

AÑO CRISTIANO

VII *Julio*



COORDINADORES

Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2005

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2005
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-763-6 (Tomo VII)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Págs.</u>
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de julio (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3-1022
APÉNDICE	1023
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	1047
ÍNDICE ONOMÁSTICO	1051

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

AGUILERA, César, schP
ALONSO SCHÖKEL, Luis, SI
ARNALDICH, Luis, OFM
ARTECHE, José de
BARRANQUERO ORREGO, Jesús María
BAU, Calasanz, schP
BEJARANO, Virgilio
CARRO CELADA, José Antonio
CID, Emilio, CM
COLOMBÁS, García María, OSB
COLUNGA, Alberto, OP
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
DÍAZ FERNÁNDEZ, José María
ECHEVERRÍA, *Lamberto de*
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
FLORES ARCAS, Juan Javier, OSB (Silos)
GARCÍA CORDERO, Maximiliano, OP
GARCÍA-VILLOSLADA, Ricardo, SI
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, María Encarnación
GÜELL, Dolores
GUIM CASTRO, Ladislao, OFM
HERVÁS BENET, Juan
IRIARTE DE ASPURZ, Lázaro, OFM Cap
LANGA, Pedro, OSA
LÓPEZ MELÚS, Rafael María, O.Carm
LUCA DE TENA Y DE BRUNET, María Luisa
LLABRÉS Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
MARÍA H. DE LA SANTA FAZ, OP
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTINS, Mario, SI
MARY G. SANTA EULALIA
MESEGUER, Juan, OFM
MOLINA PIÑEDO, Ramón, OSB (Leyre)
NÚÑEZ URIBE, Félix
OLIVAR, Alejandro, OSB
ORTIZ MUÑOZ, Antonio

PASCUAL, Augusto, OSB (Leyre)
PERAIRE FERRER, Jacinto
PÉREZ ARRUGA, Luis, OP
PÉREZ LOZANO, José María
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
PRADO, Germán, OSB
REPETTO BETES, José Luis
ROBRES LLUCH, Ramón
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SANTOS OTERO, Aurelio de
SANZ BURATA, Luis
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
SETIÉN, José María
VARGAS UGARTE, Ramón
VELADO GRAÑA, Bernardo
VIZCARRA Y ARANA, Zacarías de
YZURDIAGA LORCA, Fermín
ZURBANO, Francisco, SI

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium*, ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosisidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería*, dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía*.

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral*, el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium*. También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señaláramos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma*, ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

VII

Julio

1 de julio

A) MARTIROLOGIO ¹

1. La conmemoración de San Aarón, que por Moisés fue ungido sacerdote del Antiguo Testamento **.
2. En Vienne (Galia Lugdunense), San Martín († s. III), obispo.
3. En Bebron (Galia Lugdunense), San Domiciano († 440), abad *.
4. En Mont d'Or, junto a Reims, San Teodorico († 533), abad.
5. En Angulema (Aquitania), San Eparquio († 581), presbítero.
6. En Bretaña Menor, San Golveno († s. VI), obispo.
7. En el monasterio de Anisole (Galia Cenomanense), San Carilefo († 536), abad.
8. En Tolemaida (Palestina), San Nicasio († 1187), caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén y mártir.
9. En Londres (Inglaterra), beatos Jorge Beesley y Montfordo Scott († 1591), presbíteros y mártires bajo Isabel I *.
10. En la misma ciudad, Beato Tomás Maxfield († 1616), presbítero y mártir bajo Jacobo I *.
11. En la misma ciudad, San Oliverio Plunket († 1681), obispo y mártir bajo Carlos II **.
12. En Rochefort (Francia), beatos Juan Bautista Duverneuil, carmelita descalzo, y Pedro Aredio Labrouhe de Laborderie, canónigo de Auvergne († 1794), presbíteros y mártires *.
13. En La Valetta (Malta), Beato Ignacio Falzón († 1865), clérigo, de la Tercera Orden Franciscana **.
14. En el pueblo de Zhuhedian (China), San Zhang Huaileu († 1900), catecúmeno y mártir *.
15. En el Rancho de las Cruces (México), santos Justino Orona y Atilano Cruz († 1928), presbíteros y mártires *.
16. Junto a Múnich (Baviera), en el campo de concentración de Dachau, Beato Juan Nepomuceno Chrzan († 1942), presbítero y mártir *.

¹ Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (***) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AARÓN

Sumo sacerdote

El *Martirologio romano* vigente (año 2001), en las *Kalendas* de julio, es decir, el día primero, encabeza las 16 menciones y elogios de los santos en esa fecha con esta referencia: «Conmemoramos a San Aarón, de la tribu de Leví, que fue ungido con óleo santo por Moisés, su hermano, como sacerdote del Antiguo Testamento y fue sepultado en el monte Hor» (p. 344, ed. típica). Este elogio y memoria lapidarios y escuetos contrastan y son el eco del más extenso, brillante y detallista que nos ofrece la Biblia en Eclo 45,7-27:

«Exaltó (el Señor) a Aarón, un santo como él, su hermano (Moisés), de la tribu de Leví. Estableció con él una alianza eterna y le concedió el sacerdocio del pueblo. Le honró con espléndidos ornamentos, le ciñó con una túnica de gloria. Le revistió con perfecto esplendor, y le confirmó con las insignias del poder: los calzones, la túnica, el efod.

Le colocó granadas en los bordes de sus vestidos y muchas campanillas de oro alrededor, para que tintinearan al caminar y resonaran en todo el templo, como memorial para los hijos de su pueblo. Le dio los ornamentos sagrados de oro, jacinto y púrpura, obra de obrador, y el pectoral del juicio con el Urim y el Tumim, con cintas de escarlata, obra de artista; con piedras preciosas, grabadas como sellos, en engaste de oro, obra de joyero, y con una inscripción grabada según el número de las tribus de Israel.

Encima del turbante le colocó corona de oro, grabada con el sello de consagración, insignia de honor, obra magnífica, adorno que era un regalo para los ojos. Antes de él nunca se vieron cosas semejantes, y jamás un extraño se vistió de ese modo, sino sólo sus hijos, y sus descendientes para siempre. Sus sacrificios se consumían totalmente, dos veces al día sin interrupción.

Moisés lo consagró sacerdote, lo ungió con óleo santo. Así se estableció una alianza eterna para él, y para su descendencia mientras dure el cielo; presidirá el culto, ejercerá el sacerdocio, y bendecirá a su pueblo en nombre del Señor.

Lo eligió de entre todos los vivientes para presentar la ofrenda al Señor, el incienso y el aroma en memorial y para hacer expiación por el pueblo. Le confió sus mandamientos, y potestad sobre las prescripciones legales, para enseñar a Jacob sus dictámenes e instruir a Israel en la ley.

Unos extraños confabularon contra él, y en el desierto le cogieron envidia, los hombres de Datán y Abirón, la banda enfurecida de Coré. El Señor lo vio y se irritó y los destruyó con el ardor de su ira. Hizo prodigios contra ellos, y los consumió con su fuego ardiente. Aumentó la gloria de Aarón y le concedió una heredad, le otorgó las primicias de los frutos y sobre todo pan en abundancia.

Por eso se alimentan con los sacrificios del Señor, que él le concedió a Aarón y a su linaje. En cambio, no tiene heredad en la tierra, ni parte en el pueblo, porque: "Yo soy tu parte y tu heredad"».

Sin duda es Aarón una de las figuras más notables y señeras del Antiguo Testamento. Se nos presenta, ante todo, como protagonista inseparable de Moisés en el escenario que nos describen las tradiciones primitivas recogidas por el libro del Éxodo cuando se relata el acontecimiento dramático, verdadera epopeya de Israel, que se despliega en tres actos: liberación de la esclavitud de Egipto; peregrinación por el desierto hacia la tierra de promisión; y establecimiento de la Alianza con Yahvé, su Dios.

La vida entera de Aarón se condensa en el servicio del hermano, el servicio de Dios y el servicio de su pueblo. Aarón nació en Egipto tres años antes que Moisés (cf. Éx 7,7), en la época en que los israelitas eran duramente oprimidos por los faraones (cf. Éx 1,8-22). Concretamente, en el reinado de Ramsés II (1304-1238), quien, por el año 1250, desarrollaba una gran actividad constructora. Es entonces cuando grupos numerosos de israelitas, acaudillados por Moisés y Aarón, escapan de Egipto a través de las marismas y el desierto (Éx 13,17 a 15,27). Cruzan el desierto del Sinaí, cuando ya reinaba Merneftah (1238-1209) y, tras muchos avatares, llegan a las puertas de Canaán. Hacia 1220 aquel grupo emigrante de Egipto, con Josué como jefe, comienza la ocupación del anhelado territorio.

El padre de Aarón fue el levita Amram, hijo de Caah; Jocabel se llamaba su madre; hermana suya y de Moisés, era María, profetisa que cantó la victoria del paso triunfal por el Mar Rojo: «María, la profetisa, hermana de Aarón, tomó en sus manos un tamboril y todas las mujeres la seguían con tamboriles y danzando. Y María les entonaba: "Cantad a Yahvé, espléndida es su gloria, caballo y jinete arrojó en el mar"» (Éx 15,20). Aarón se casó con Isabel, hermana de Naasón, jefe de la tribu de Judá (cf.

Éx 6,23; Núm 1,7). De ella tuvo cuatro hijos: los dos primeros, Nadab y Abiú, murieron sin descendencia (1 Crón 24,2); el Levítico (10,1-2) explica su muerte en castigo por irregularidades en el culto al ofrecer ante Yahvé fuego profano. Los otros dos hijos, Eleazar e Itamar, tuvieron muchos descendientes que perpetuaron el sacerdocio de Aarón hasta la venida de Cristo.

La misión y el ministerio de Aarón estuvieron estrechamente unidos al de Moisés. Junto a él condujo a los hebreos hasta las puertas de la Tierra prometida. Para esta ingente hazaña fue gradualmente preparado e investido. Ya tenía 83 años (cf. Éx 7,7) cuando Yahvé, en la zarza ardiente, le designó intérprete de Moisés para que con su elocuencia supliera la dificultad que su hermano padecía para expresarse: «Moisés dijo a Yahvé: “¡Por favor, Señor! Yo nunca he sido hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua”. Yahvé le respondió: “¿Quién ha dado la boca al hombre? ¿Quién hace al mudo y al sordo, al que ve y al ciego? ¿No soy yo, Yahvé? Así pues, vete, que yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que debes decir”. Él replicó: “¡Por favor, Señor! Envía a quien quieras”. Entonces se encendió la ira de Yahvé contra Moisés y le dijo: “¿No tienes a tu hermano Aarón, el levita? Sé que él habla bien; además va a salir a tu encuentro, y al verte se alegrará su corazón. Tú le hablarás y pondrás las palabras en su boca; yo estaré en tu boca y en la suya, y os enseñaré lo que habéis de hacer. Él hablará por ti al pueblo, él será tu boca y tú serás su dios”» (Éx 4,10-16).

Después de granjearse la confianza de los ancianos del pueblo, Aarón y Moisés se presentaron al Faraón (el ya citado Ramsés II) para pedirle que permitiera a los hebreos salir al desierto tres jornadas de camino, a celebrar una fiesta en honor del Dios de Israel. Los israelitas, esclavizados, se ocupaban a toda marcha de fabricar materiales de construcción: adobes y ladrillos. La embajada al faraón no hizo más que empeorar la situación. Los hebreos, por añadidura, se vieron obligados a la sobrecarga de buscar la paja que antes les venían suministrando los egipcios. Por ello se disgustaron con Moisés y Aarón (cf. Éx 5,21). Moisés se querelló con el Señor, pero el Señor insistió en sus mandatos y reiteró sus promesas.

El Éxodo dibuja el cuadro de opresión que sufren los descendientes de los patriarcas. Los israelitas, unos marginados en la opulenta sociedad egipcia, gemían y clamaban encolerizados y sus gritos de socorro llegaban hasta Dios (cf. Éx 2,23). Moisés sale de Egipto y descubre su misión en el encuentro con una tribu yahvista del Sinaí, que le transmite la fe en el Dios verdadero, el de los padres. La experiencia religiosa y mística que tiene lugar junto a «la zarza», confirma su misión. El nombre propio del Dios de Israel —Yahvé— es la garantía de su empresa (Éx 3,7-12). Aarón acompañará siempre a Moisés.

El Faraón es un tirano explotador y obcecado que no teme enfrentarse con Dios (cf. Éx 5,2). Su invencible resistencia y su rotunda negativa, no obstante los prodigios obrados en su presencia, sólo cedió ante la última de las diez famosas plagas (cf. Éx 7,21-11,10): la muerte de los primogénitos que cubrió de luto la nación entera.

Tal como lo describe el Éxodo es un drama o poema en doce secuencias. Cada una de ellas se centra en una señal prodigiosa. La estructura es tan uniforme que muestra a las claras el artificio del poema. Pone de relieve —éste es el contexto esencial— la inolvidable experiencia histórica de la liberación de Israel y sus consecuencias religiosas. El esquema es uniforme: orden de Dios para que Moisés y Aarón lleven el mensaje; orden de realizar el signo; realización del mismo; remedo por parte de los magos; el Faraón simula ceder; Moisés y Aarón interceden y cesa el signo; obstinación del Faraón. Las fases son casi idénticas con leves variaciones.

El poema descubre una enseñanza: Dios tiene como plan formar un pueblo que sea libre y que le sirva como señal para otros pueblos. Este plan de Dios se cumplirá a pesar de los obstáculos. Para llevar a cabo una empresa tan grande, Moisés y Aarón tienen que hacer verdaderos milagros puesto que intervienen de forma decisiva en la formación del pueblo. Bajo el artificio de la forma literaria del poema, está el núcleo de la narración. El desenlace es el triunfo de Yahvé y la celebración de la victoria que se encarna en la Pascua como signo de liberación. Por eso, toda la acción sucede en una noche, no una noche cronológica, sino en el tiempo litúrgico de la noche de Pascua. En el difícil camino de la libertad Dios acompaña a su pueblo.

Aarón, por su parte, no está exento de debilidades ni pecados. Experimenta alguna vez los celos y la rebelión contra el hermano al que ha dedicado su vida (cf. Núm 11-12), sin embargo, pide perdón, demostrándose así la gratuidad de la elección divina que no se debe a méritos propios —de Aarón— sino a la libérrima voluntad de Dios. Por otra parte, se ponen de manifiesto las cualidades no comunes de su espíritu: humilde, sincero, fiel, obediente. Aunque apenas aparece junto a su hermano en los últimos episodios que preceden al éxodo, su autoridad —patente en los acontecimientos anteriores— fue tan grande, que el Faraón le incluye en las amenazas contra Moisés.

El pueblo siempre ve unidos a Moisés y Aarón, tanto cuando confía en ellos, como cuando contra ellos protestan por el hambre, la sed y las penalidades de la marcha por el desierto (cf. Éx 16,2). Cuando el Señor alimentó al pueblo con el maná, Moisés mandó a Aarón que guardara la medida de un ómer, la décima parte de un efá, en el Tabernáculo (cf. Éx 16,33-34). Así inició Aarón su ministerio sacerdotal que consistía en guardar las cosas sagradas.

Durante la batalla contra los amalecitas, Aarón sostuvo con Jur los brazos orantes de Moisés (cf. Éx 17,12). Este detalle fue una anticipación de la prerrogativa propia del sacerdote: alzar las manos al cielo para interceder por su pueblo. Cuando Moisés subió a la cumbre del Sinaí, dejó a Aarón y a Jur el encargo de regir al pueblo durante su ausencia. Como ésta se prolongaba, Aarón cedió a las presiones del pueblo y permitió la fabricación del becerro de oro. Ante él hizo poner un altar, se ofrecieron holocaustos y se inmolaron sacrificios; después declaró día de fiesta del Señor (cf. Éx 32,1-6). Fue el episodio más duro de su vida. Tal vez en su mente el becerro no era más que una imagen simbólica y no un ídolo politeísta, pero fue un pecado grave de superstición y de desobediencia a la taxativa prohibición divina de fabricarse imágenes, aunque fueran simbólicas.

La airada reprimenda de Moisés y el castigo del pueblo fueron una prueba terrible para Aarón. Fue perdonado por la intercesión de Moisés, como testifica Dt 9,20, y, terminada esa laboriosa preparación espiritual, Dios consagró a Aarón Sumo Sacerdote por medio de Moisés.

No es fácil discernir las tradiciones primitivas de otras posteriores recogidas en el Pentateuco, con adiciones posteriores. La figura de Aarón se fue convirtiendo a través de los siglos en el prototipo ideal del sacerdocio; y en su persona se proyectaron muchos rasgos y detalles del ritual y de los códigos sacerdotales posteriores. Su consagración tuvo lugar en una ceremonia solemnisima, en el mismo lugar de la prevaricación: la llanura de Er-Rahan, en las faldas orientales del Sinaí, ante el Tabernáculo del encuentro.

Durante siete días Moisés llevó a cabo los ritos de la consagración y ofreció sacrificios; mientras tanto, Aarón y sus hijos —que iban a ser ordenados sacerdotes con él— permanecieron separados del pueblo. Al final entró Aarón con Moisés en el Tabernáculo para tomar posesión. La gloria del Señor apareció sobre el Tabernáculo y un fuego venido del cielo consumió los holocaustos. Y todo el pueblo, al verlo, prorrumpió en gritos de júbilo y se postró rostro en tierra (cf. Lev 8-9). El ejercicio principal del sacerdocio quedaba confiado sólo a los descendientes de Aarón. Los demás levitas se ocupaban de tareas secundarias.

El ritual de la investidura se describe bajo la forma de un relato y comprende la entrega de las vestiduras y la unción, un sacrificio por el pecado para consagrar el altar; luego, el holocausto y, finalmente, el sacrificio de consagración. El rito de la unción que transfiere al sacerdote una prerrogativa real, no aparece hasta la época del segundo templo. En la época antigua no existía la ordenación propiamente dicha, porque el ejercicio mismo de sus funciones introducía al sacerdote en el ámbito de su sagrado ministerio.

La carta a los Hebreos explica la superioridad del sacerdocio de Cristo sobre el levítico. Más en la línea de Melquisedec que en la de Aarón, pone de relieve la condición humana del sacerdote:

«Tomado de entre los hombres está constituido en favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Es capaz de comprender a inocentes y extraviados porque está también él envuelto en flaqueza. Y a causa de la misma, debe ofrecer por sus propios pecados lo mismo que por los del pueblo. Y nadie se arroga tal dignidad si no es llamado por Dios, lo mismo que Aarón. De igual modo tampoco Cristo se attri-

buyó el honor de ser Sumo Sacerdote, sino que lo recibió de quien le dijo: "Hijo mío eres Tú; yo te he engendrado hoy". Como también dice en otro lugar: "Tú eres sacerdote para la eternidad, a la manera de Melquisedec"» (Heb 5,1-10).

La diferencia capital entre el Sumo Sacerdote aarónico y Jesús reside en el hecho de que el primero, mediante una serie de abstenciones que le mantienen separado (Lev 21,10-23), es solidario con el pueblo sólo en el pecado; mientras que Cristo está en medio de todos, pero no tiene pecado. Para representar a los hombres, el sacerdote debe ser uno de ellos; para compadecer sus miserias, debe haberlas compartido. Pues bien, esta condición humana de carne (Rom 7,5s) queda bien probada en Jesús por toda su vida terrena y sobre todo por su agonía y su muerte. En todo igual a nosotros, excepto en el pecado. Suyo es el sacerdocio que no pasa, el definitivo.

La institución del sacerdocio aarónico tuvo una importancia definitiva en la conservación del yavismo (culto al Dios único). Fue una innovación que suscitó resentimientos y envidias entre las tribus. De hecho, las funciones sacerdotales estaban reservadas al primogénito, por lo que le correspondía a la tribu de Rubén. Pero el Señor había escogido la tribu de Leví, premiándola por el celo con que reprimió la sacrilega adoración del becerro de oro (cf. Éx 32,27-29). Los excluidos del sacerdocio y los levitas que habían quedado en funciones de segundo orden encontraron un portavoz de su celotipia en la figura de un primo de Moisés y Aarón: Coré. Éste, junto con Datán, Abirón y Hor, de la tribu de Rubén, y con doscientos levitas, provocaron una revolución contra Aarón, pero fueron castigados por el Señor (cf. Núm 17).

En los 37 años siguientes ya no tenemos noticias de Aarón. Ni él ni Moisés llegan a entrar en la Tierra prometida. El libro de los Números (20,12) explica el porqué. En Meribá, la roca fue golpeada dos veces y brotó agua abundante. Es difícil comprender la culpa de los dos hermanos. Tal vez la desconfianza o la duda, como si Dios se hubiese puesto de parte de los rebeldes sedientos. Sería de orgullo.

A los cuatro meses falleció Aarón en el monte Hor (Núm 20,22-30). El pueblo se vistió de luto por 30 días. Le sucedió en el sumo sacerdocio su hijo Eleazar. Aarón aparece en la Sagrada

Escritura como una persona plenamente sumisa a su hermano Moisés, puesto por Dios al frente de todo el pueblo. Siempre está dedicado al servicio de todos los israelitas. Profundamente plegado a la voluntad de Dios que lo recompensó con una larga vida de 123 años y numerosos hijos. Por su pronto arrepentimiento de los pecados se le puede colocar entre los santos penitentes. De su descendencia nació Juan Bautista, el precursor de Jesús (Lc 1,5).

Sólo con la llegada de Cristo, su sacerdocio fue abrogado. Los mismos infieles con sus peregrinaciones y culto, a veces supersticioso, confirman las alabanzas del Eclesiástico con las que se inició esta biografía. Los árabes lo veneran en el lugar que la tradición señala, cerca de Petra, su tumba. En el Corán se le nombra unido a Moisés, como uno de los profetas. Y, aunque no es muy frecuente, algunos musulmanes llevan su nombre. La liturgia bizantina celebra su fiesta el 20 de julio; y en Occidente, el día primero. La iconografía lo presenta casi siempre junto a Moisés, ya desde la época de las catacumbas romanas, hasta las iglesias del románico y las vidrieras del gótico. Muchas veces aparece en paralelo y analogía con la vara florecida de San José, esposo de la Virgen, porque también floreció la suya como signo de elección. Desde el siglo XVI, una escultura de Nicolás Cordier en la basílica de Santa María la Mayor de Roma, representa a Aarón con el atuendo de Sumo Sacerdote hebreo agitando un incensario en alabanza del Señor.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 1 de julio (Venecia 1746) 7-11.
 AUNEAU, J., *El sacerdocio en la Biblia* (Estella 1990).
 BALLARINI, L., «Aronne», en *Bibliotheca sanctorum*. II: *Ans-Bern* (Roma 1962) cols.455-467.
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998).
 BUIS, P., *El Levítico. La ley de santidad* (Estella 2003).
 WIENER, C., *El libro del Éxodo* (Estella 1986).

SAN OLIVERIO PLUNKET

Obispo y mártir († 1681)

Hubo una época en la historia de Irlanda que se caracterizó por una sañuda persecución religiosa.

Como toda persecución organizada, esta de la historia irlandesa tiene un nombre, un tirano y un mártir. El nombre es «época penal»; el tirano, O. Cromwell, y el mártir, Oliverio Plunket. Esto no quiere decir que no hubiese otros perseguidores ni otros mártires. Éstos se cuentan a millares.

La historia religiosa de Irlanda, que ya en el siglo XI contenía en sus tres martirologios mil ochocientos santos, presenta, a partir de entonces, una pléyade de defensores de la fe que dan su vida generosamente por la religión católica. Un hecho evidente y un fenómeno extraordinario en la vida de un pueblo poco numeroso. Mientras los perseguidores triunfan en el orden político, militar y económico, fracasan en su intento de arrebatarse la fe católica al pueblo sojuzgado.

La población de la «isla de los santos» pierde casi cuatro millones de habitantes a causa de la persecución, pero ésta ha contribuido a que una nación insignificante, que no alcanza los cuatro millones dentro de su territorio, haya lanzado a otros países, como Norteamérica, más de doce millones de católicos que han sembrado su espíritu y su psicología en otros pueblos jóvenes de grandes perspectivas en el porvenir.

Era preciso presentar este cuadro general en unas rápidas pinceladas para situar en su justo punto la figura del arzobispo de Armagh decapitado. Un personaje histórico no puede considerarse independiente de su marco y de su época. Pierde talla. Un mártir es siempre un héroe de la fe, pero, cuando ese mártir representa una situación histórica, es, además, un símbolo. Ésta es la característica más significativa de San Oliverio Plunket. Es un símbolo.

Un símbolo de la unidad religiosa del pueblo irlandés que no tolera la ruptura del cristianismo, iniciada en Alemania por Lutero y consumada en Inglaterra por Enrique VIII. Un símbolo de lealtad a la Iglesia de Roma. Un símbolo de constancia hasta la muerte.

Durante la «época penal» las leyes son ominosas. Se necesitaría mucho más espacio del que disponemos solamente para dar una idea de lo que fueron las «leyes penales». Los católicos no tenían derecho a la cultura ni a los cargos públicos. No había acceso a la universidad o a los centros educativos. No se podía hablar el idioma propio. No se podía tener posesiones. Solamente cuando la persecución amaina se tolera que un católico posea un caballo, a condición de que su valor no exceda las cinco libras. Se persigue a los clérigos, se calumnia a los obispos, se destruyen pueblos enteros... Se trata de hacer de la población católica un grupo de ignorantes empobrecidos.

El lema de Cromwell es: «Los católicos, a Connor o... al infierno». Connor era la parte más pobre del país, donde la gente moría de miseria y de hambre.

En el mismo siglo XVII pueden encontrarse hechos como la matanza del padre John Murphy (que estudió su carrera sacerdotal en la Casa de la Santa Caridad de Sevilla, antiguo seminario), a quien dividieron en pedazos, ofreciendo los trozos de su carne a un vecino católico «para que los comiera». Un monumento conmemorativo se halla actualmente cerca de Westford, lugar de su martirio.

Es sorprendente que un pueblo sobreviva indemne después de una persecución de siglos. Si se viaja por los lugares en donde, un día, estuvieron las cristiandades paulinas no se encuentra ni un vestigio ni un templo. Todo desapareció bajo la invasión de los turcos y después de la primera guerra europea. Solamente en las cavernas de los montes se hallan, a veces, restos de antiguos mosaicos.

En cambio, en la «Isla Esmeralda», el viajero contempla un pueblo rejuvenecido después de siglos de sufrimiento. Sus iglesias son espléndidas, mientras que las de sus viejos perseguidores están vacías, oscuras y polvorientas. No importa que éstos alardeen de tener las iglesias «tradicionales» del país. La «iglesia» no es un edificio arrebatado por la fuerza, sino una fe y una sociedad perfecta instituida por Cristo. Y eso es lo que se descubre sobre los jaspes de los templos recientes de la católica Irlanda.

Cuando, en 1828, Daniel O'Connell consigue la emancipación, una nueva vida comienza para el catolicismo irlandés. La

libertad de los 26 condados, lograda en 1921, ha hecho posible que la nueva generación sea la primera que experimente la conciencia de vivir.

Pero, como un fundamento de esta realidad, en la catedral de San Pedro de la ciudad de Drogheda se conserva, en una urna de cristal, la cabeza incorrupta del último santo irlandés: Oliverio Plunket.

El día 8 de junio de 1680 llega a Londres el arzobispo de Armagh, removido de su silla, depuesto y confinado durante diez meses sin ninguna clase de juicio o investigación jurídica y sin posibilidad de obtener permiso para comunicarse con sus amigos o de buscar testigos.

El juicio en Londres es dirigido por Maynard y Jefries contra toda consideración de justicia y en violación flagrante de toda forma legal. Un «agente de la Corona», cuyo nombre se da como Gorman, es introducido «por un desconocido» en la sala ante el tribunal y «voluntariamente» hace de testigo en favor del reo. El conde de Essex intercede ante el rey en su favor, pero Carlos responde casi con las mismas palabras de Pilatos: «No le puedo perdonar porque [...] no me atrevo. Su sangre caiga sobre vuestra conciencia. Vosotros le podíais salvar si quisierais».

Solamente un cuarto de hora de deliberación fue preciso para que el jurado diera el veredicto: se le condena a ser ahorcado y descuartizado el día 1 de julio de 1681. El mártir solamente pronunció dos palabras ante esta sentencia: *Deo gratias*.

Hay un hecho extraño, como todos los acontecimientos providenciales de la historia. Ocho años más tarde, en el mismo día exacto en que San Oliverio Plunket había sido decapitado, el último de los reyes Estuardos era lanzado de su trono y su dinastía eliminada para siempre.

La acusación urdida contra el santo era ésta: mantener correspondencia «traidora» con Roma y con Francia, y también con los irlandeses del continente; preparar una insurrección en Armagh, Monaghan, Cavan, Louth y otros condados, organizar en Carlingford el recibimiento de fuerzas francesas y haber dirigido varias reuniones para levantar hombres con estos propósitos.

Podría fácilmente hacerse una defensa histórica frente a estos cargos, pero no es de la incumbencia de esta obra. La semejanza con la persecución y condenación de jerarcas de la Iglesia en nuestros mismos tiempos puede ser una ilustración de la identidad de métodos empleados por los perseguidores de la fe cuando tratan de acusarlos bajo pretextos económicos o políticos.

He aquí algunos párrafos tomados del juicio celebrado contra él:

«El juez: “Considerad, señor Plunket, que habéis sido acusado del más grave crimen: la traición”. Y continúa: “Estáis manteniendo vuestra falsa religión, que es diez veces peor que todas las supersticiones”. El santo responde: “Mis principios religiosos son tales que el mismo Dios todopoderoso no puede dispensar de ellos”. El juez concluye: “Veo con disgusto que persistís en profesar los principios de esa religión”».

El delito de traición no era más que un pretexto, como se ve, para condenar al primado de Irlanda por la defensa de la fe católica.

El juez insiste: «Se os aconseja que tengáis algún ministro para atenderos, algún ministro protestante».

Por fin, ante la insistencia del santo, se le autoriza a recibir los auxilios de algún sacerdote católico de los que estaban encerrados en la prisión y él hace esta última declaración:

«Puesto que soy un hombre muerto a este mundo y puesto que espero misericordia en el otro, quiero declarar que jamás he sido culpable de traición ni de ninguno de los cargos que se me han hecho, como su señoría sabrá algún día».

A pesar de su confesión fue sentenciado a muerte. El efecto de esta sentencia fue tal que un torrente de personas, católicos y protestantes, se agolparon ante su celda pidiendo su bendición o admirando su heroísmo. Hasta altas personalidades del protestantismo declararon que «Inglaterra iba a volver pronto a ser “papista” si el Gobierno persistía en condenar a muerte a personas de tanta constancia».

De unas cartas escritas por el mártir en su celda de muerte tomamos estas edificantes líneas:

«Se ha dictado contra mí sentencia de muerte. Los que me perseguían han conseguido su intento. Como San Esteban quiero clamar: “Señor, no les imputes este pecado”».

«Siento la responsabilidad de ser el primer irlandés y tener que dar ejemplo de morir sin temor. Pero veo que Nuestro Redentor sintió temor y tristeza ante la muerte y me pregunto por qué yo no la siento. Es que Cristo, con su pasión, mereció para mí el no tenerla ante mi muerte».

Las últimas líneas que escribió a vuelapluma en una breve nota fueron éstas:

«Se me ha comunicado que mañana seré ejecutado. Estoy contento de que sea en viernes y en la octava de San Juan, y de que se me haya concedido el tener un sacerdote en esa última hora».

Desde que en 1533 Enrique VIII separó la iglesia de Inglaterra de la unidad de Roma hasta este momento de 1681, habían pasado muchos años de odios y persecuciones a los defensores de la fe católica. Después de la ejecución de Carlos I en 1649, y durante los años de Cromwell —de 1653 a 1659—, la persecución a los católicos irlandeses fue intensa hasta el exterminio. El reinado de Carlos II —a partir de 1675— se caracterizó por la debilidad y la indecisión. Las diferencias de fechas históricas sobre la vida de Oliverio Plunket deben explicarse por la oposición de Inglaterra a adoptar las reformas del calendario gregoriano. Mientras que casi toda Europa las había aceptado desde 1582, todavía en 1681 Inglaterra vivía diez días retrasada, y el mismo sol que en Roma señalaba el amanecer del 11 de julio marcaba, media hora después, en Londres, el día primero. Hasta en estos pormenores aparecía el exceso de nacionalismo religioso y anglicano del siglo XVII.

Ya, desde el cadalso, Oliverio Plunket leyó su último sermón, que le había costado muchas horas de meditación, y el texto fue entregado al embajador de España en Londres, quien lo hizo imprimir y traducir a varios idiomas confirmando su fidelidad. Después de una fervorosa oración, en la que de nuevo perdonó a sus acusadores, murió con la paciencia y constancia de los mártires.

La persecución se hizo tan violenta que no fue posible protestar públicamente por la injusticia de su degollación. Sus restos fueron recogidos y venerados inmediatamente, y Roma envió al superior de los franciscanos irlandeses una orden de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide en que se excomul-

gaba a dos religiosos apóstatas, McMoyer y Duffy, que habían tenido parte en la acusación del arzobispo de Armagh.

El 23 de mayo de 1920 fue beatificado por Benedicto XV y, en el mismo corazón de Londres, una fervorosa procesión de católicos honró su memoria. El 12 de octubre de 1975 fue canonizado por el papa Pablo VI.

Comenzar la vida de un mártir por el relato de su martirio no es ninguna infidelidad histórica, porque teológicamente el martirio es suficiente prueba de la heroicidad de las virtudes.

Oliverio Plunket era hijo de una noble familia avecindada en el condado irlandés de Meath. Allí nació, en 1629, en la localidad de Loughcrew. Su madre pertenecía a la nobleza de Roscommon y su padre a la de Fingall.

Su infancia se desarrolló en un ambiente de luchas y persecuciones y entre escenas de matanzas y feroces batallas. De Irlanda pasó a Roma, en donde vivió durante ocho años estudiando filosofía, teología y derecho civil y eclesiástico, siendo uno de los primeros alumnos del Colegio Irlandés «Ludovisi» en Roma y uno de los primeros irlandeses en la universidad romana «La Sapienza». Una vez ordenado sacerdote siguió en Roma, y el 20 de noviembre de 1669 se anunció en Irlanda que Oliverio Plunket había sido nombrado obispo de Armagh. A pesar de la amnistía que siguió a los años de Cromwell, aún perduraban muchas de las leyes isabelinas. La vida de un sacerdote católico estaba valorada en el mismo precio que la de un lobo, y las cinco libras estipuladas se pagaban, en uno y otro caso, en el momento de la presentación de sus cabezas.

En 1649 había veintiséis obispos irlandeses residentes «en sus sillas» y en 1669 sólo quedaban cinco vivos y otros tres en el destierro. En cuanto se conoció la elección de Oliverio Plunket para obispo de Armagh, el virrey, lord Roberts, recibió una comunicación en que se le decía que, si podía hallarlo y apresarle, habría realizado un «aceptable servicio». Durante algún tiempo, Oliverio Plunket pudo acogerse a la hospitalidad belga, hasta que le fue posible viajar a Londres y de allí a Irlanda, en donde tomó posesión de su silla de Armagh. A la muerte del virrey presbiteriano lord Roberts, su sucesor, lord Berkeley, cambió a una política más pacifista y trató incluso con cortesía a algunos

miembros del clero. Esto facilitó la labor pastoral del arzobispo de Armagh, que pronto llegó a ser primado al declararse Armagh sede primada de toda Irlanda.

Su caridad para con sus sacerdotes y su humildad y modestia se hicieron proverbiales y caracterizaron todo su apostolado y gobierno. Su celo y actividad por la organización de su diócesis fue incansable. Aunque eran muchas las diócesis sufragáneas —en total once—, él consiguió reunir en sínodos a los obispos dependientes de la metrópoli tratándolos como hermanos y no como forasteros. Recorrió su diócesis en visitas pastorales, congregó a sus sacerdotes con afecto de pastor y sencillez de amigo, hablándoles con verdadera veneración y agradeciéndoles sus servicios, y soportó con entereza las injusticias que, en algunos lugares de su diócesis, llevaron a cabo contra los católicos, aun bajo el moderado virreinato de lord Berkeley.

La pobreza y la austeridad presidían la vida del arzobispo. En realidad, los católicos habían quedado empobrecidos. Una de las tácticas de la persecución fueron las llamadas «plantaciones» o «traídas» de protestantes escoceses, que se hacían dueños de las propiedades que antes tuvieron los católicos. Aún en 1672 el arzobispo primado denunciaba el abuso de que los católicos fueran obligados a pagar a los ministros protestantes dos chelines por cada hijo que se bautizaba en una iglesia católica. Su bondad para con sus fieles y sacerdotes se convertía en valentía y tenacidad cuando tenía que defender, frente a las injusticias, los derechos de la verdad y la fe.

Conociendo ahora estas virtudes características del primado irlandés y el marco histórico de su vida, es fácil comprender que la persecución hiciera presa en él sin demasiada dilación. La atmósfera tormentosa y la audacia de su espíritu explican suficientemente por qué fue detenido y apartado de sus fieles. La acusación de felonía y traición, y la sumisión a un tribunal inglés, eran igualmente elementos de la trama urdida contra su fe. Nunca Irlanda consideró legal el traslado del arzobispo a Londres y su juicio por los jurados ingleses. Desde 1495 las leyes inglesas carecían de vigor en Irlanda, a no ser que fueran aprobadas por las decisiones del Parlamento de Dublín, y la disposición de Enrique VIII de someter a los tribunales ingleses a cual-

quier acusado de traición que viviera en uno de los dominios de la Corona había prescrito ante el uso de los juristas desde que el Parlamento había sustituido a las Cortes.

No obstante todo este cúmulo de factores ilegales, Oliverio Plunket fue sacado un día de su diócesis y llevado a Inglaterra para, después de las formalidades acostumbradas por todos los tribunales injustos de la historia, escuchar, de boca del juez inglés, la palabra definitiva: *Guilty* (¡Culpable!). La misma estratagemma e idéntico procedimiento que un día llevara al Sanedrín a proclamar ante el más justo de los acusados su *reus est mortis* (reo es de muerte).

Sus dos únicas palabras de respuesta: *Deo gratias* (gracias a Dios) resuenan todavía bajo los arcos de la catedral de Drogheda y su cabeza incorrupta, en parte ennegrecida por las llamas a que fue entregado su cuerpo después de degollado, es el mejor clamor que los siglos han podido conservar para la posteridad.

Terminemos con estas palabras tomadas de la declaración de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide en el mismo año de 1681:

«Las conjuras en Inglaterra pretendieron ser dirigidas contra la vida del rey o como intentos de las conspiraciones irlandesas, pero, en realidad, no había más que una finalidad: atacar el establecimiento de la fe».

Oliverio Plunket pasará a la posteridad como un símbolo de constancia en defensa de la fe católica y como una prueba de la voluntad indestructible de un pueblo, tradicionalmente fiel a Roma, por conservar a toda costa su unidad religiosa.

JESÚS MARÍA BARRANQUERO ORREGO

Bibliografía

Blessed Oliver Plunket. His times and work and death at Tyburn (1629-1681) (Edimburgo 1920).

BUSHNELL, N. S., *The historical background of english literature* (Nueva York 1930).

Butler's lives of the Saints, rev. y refun. por H. THURSTON y D. ATTWATER (Londres 1956s).

HALL, H. R. W., *Social life in England through the centuries* (Londres 1920).

MCGEE, T. D'ARCY, *A popular history of Ireland*, I (Londres 1825).

QUENELL, B. - QUENELL, C. H. B., *A history of everyday things in England* (Londres 1961).

SHEED, J., *The irish way* (Londres 1932).

TREVELYAN, G. M., *A history of England* (Londres 1937).

BEATO IGNACIO FALZÓN

Clérigo († 1865)

Ignacio nació en la isla de Malta, un acontecimiento que le marcó para toda su vida. Los malteses «tienen demasiada historia encima de sus huesos» como para dejar olvidadas sus raíces.

Empecemos, pues, por estudiar este misterioso lugar.

Malta es una isla del Mediterráneo situada al sur de la de Sicilia. Es la principal isla de un pequeño archipiélago. Tiene una superficie de 350 km²; una población de 327.000 habitantes; su capital es la ciudad de La Valetta; y es una colonia inglesa (una república de la Commonwealth).

Había sido colonia fenicia, griega y romana. Carlos V la cedió a los caballeros de Rodas, que sostuvieron en ella un memorable sitio contra los turcos en 1565. Bonaparte se apoderó del archipiélago en 1798. Inglaterra ocupó las islas en 1800 y obtuvo su posesión definitiva en 1814 por el Tratado de París.

Éste es el sitio. Ignacio nació en La Valetta, capital de la isla. Su padre era abogado y se llamaba José Francisco Falzón. Su madre era María Teresa Debono. Ignacio vio la luz del sol el día 1 de julio de 1813.

La familia era respetable y bien acomodada. El padre era miembro de una comisión encargada de la elaboración del nuevo código civil. Más tarde fue juez de Su Majestad Británica. O sea, todo un personaje. Ignacio tuvo dos hermanos, Calcedonio y Francisco, que eran doctores en derecho y se hicieron sacerdotes.

Cuando Ignacio Falcón cumplió los 15 años, se vistió la sotana y recibió la tonsura. Tres años más tarde fue ordenado ostitario y lector; y más tarde, exorcista y acólito. A los 20 años —el 7 de septiembre de 1833— obtuvo en la Universidad de Malta la laurea en Derecho Canónico y Civil, pero no ejerció nunca la carrera de abogado porque sus pensamientos no estaban puestos en esos menesteres. A pesar de ser doctor en Derecho, y aunque había recibido las órdenes menores, no se ordenó sacerdote; no se consideró digno de ejercer tan alta misión. En tales circunstancias —un abogado que no ejerce y un ordenado que no quiere ser sacerdote— cabe preguntarse: ¿Qué hizo, pues, este señor, para que encima le elevasen a los altares de la santa Iglesia? Ahora lo vamos a ver.

Parece ser que lo suyo eran los enfermos y a ellos dedicó toda su vida.

En un principio se consagró a la oración. Causaba admiración entre los fieles que iban a la parroquia de San Pablo Naufrago y le veían rezar. (El nombre de esta parroquia viene de aquello que le ocurrió al apóstol en aquella isla cuando de viaje para Roma naufragó entre las rocas de la isla de Malta). Cuántas veces leyó Ignacio aquellas páginas del libro de los Hechos de los Apóstoles:

«Tropezaron contra un lugar con mar por ambos lados y encallaron allí la nave; la proa clavada, quedó inmóvil; en cambio, la popa, sacudida violentamente, se iba deshaciendo.

Los soldados entonces resolvieron matar a los presos, no fuera que alguno se escapase a nado; pero el centurión, que quería salvar a Pablo, se opuso a su designio y dio orden de que los que supieran nadar se arrojasen los primeros al agua y ganasen la orilla; y los demás saliesen, unos sobre tablones, otros sobre los despojos de la nave. De esta forma, todos llegamos a tierra sanos y salvos.

Una vez a salvo, supimos que la isla se llamaba Malta. Los nativos nos mostraron una humanidad poco común, encendieron una hoguera a causa de la lluvia que caía y del frío, y nos acogieron a todos. Pablo había reunido una brazada de ramas secas; al ponerla sobre la hoguera, una víbora que salía huyendo del calor, hizo presa en su mano. Los nativos, cuando vieron el animal colgado de la mano, se dijeron unos a otros: “Este hombre es seguramente un asesino; ha escapado del mar, pero la justicia divina no le deja vivir”. Pero él sacudió el animal sobre el fuego y no sufrió daño alguno. Ellos estaban esperando que se hincharía o que caería muerto de repente; pero después de esperar largo tiempo y viendo que no le ocurría nada anormal, cambiaron de parecer y empezaron a decir que era un dios.

En las cercanías de aquel lugar tenía unas propiedades el principal de la isla llamado Publio, quien nos recibió y nos dio amablemente hospedaje durante tres días. Precisamente el padre de Publio se hallaba en cama atacado de fiebres y disentería. Pablo entró a verle, hizo oración, le impuso las manos y le curó. Después de este suceso los otros enfermos de la isla acudieron y fueron curados. Tuvieron para con nosotros toda suerte de consideraciones y a nuestra partida nos proveyeron de lo necesario.

Transcurridos tres meses nos hicimos a la mar en una nave alejandrina que había invernado en la isla» (Hch 27,41-44; 28,1-11).

En aquella isla, y en aquella parroquia, pasaba Ignacio sus largos ratos de oración.

La misión que Ignacio desarrolló en su querida isla fue atender a los enfermos y heridos. Para entender este servicio es bueno recordar todo lo que allí se había hecho, durante siglos, a favor de los enfermos. Así llegamos a conocer la Orden hospitalaria de San Juan de Malta.

La primera Orden militar fue la de San Juan de Jerusalén. Se les llamaba también Caballeros Hospitalarios. En 1048, cincuenta años después de la primera cruzada, los mercaderes de Amalfi fundaron en Jerusalén un hospital y una hospedería para acoger a los peregrinos que acudían a Tierra Santa que pusieron bajo la advocación de San Juan Bautista.

En 1120 esta institución de caridad prosperó mucho por la llegada de los cruzados. Muchos caballeros cruzados se afiliaron a esta hermandad; y se fundaron instituciones filiales en Francia e Italia.

Los hospitalarios de San Juan Bautista tomaron forma de congregación religiosa bajo la regla de San Agustín, con la aprobación del papa Pascual II, en 1113. Más tarde, en 1137, se convirtieron en Orden militar, comprometiéndose sus miembros a tomar las armas en defensa de la fe, al igual que hicieron los Templarios desde su fundación en 1119.

Los sacerdotes de la Orden atendían a los enfermos en los hospitales y los caballeros luchaban contra los turcos en defensa de Tierra Santa. En 1291 los cruzados perdieron ante los musulmanes la última plaza que les quedaba: San Juan de Acre. Los soldados se retiraron a Chipre, y desde allí a la isla de Rodas que defendieron contra los turcos durante dos siglos. Se les llamó desde entonces «Los caballeros de Rodas».

En 1522 fueron derrotados por Solimán II tras seis semanas de asedio y tuvieron que abandonar la isla. El emperador Carlos V les donó la isla de Malta, donde se establecieron en 1530; de ahí que se les conozca también como «Caballeros de Malta». Aquí permanecieron hasta que en 1798 fueron expulsados por el general Bonaparte.

Los caballeros de la Orden nunca abandonaron su carácter hospitalario. Llevaban la cruz de Malta: una cruz blanca de 8 puntas sobre el manto negro. Su espíritu dio origen a lo que todavía seguimos llamando «caballeridad», es decir, la dignidad,

la nobleza, el decoro, el sentimiento del honor, el desinterés, la fidelidad a la palabra dada.

Los diez mandamientos de los caballeros eran:

1. Cumplir la ley cristiana.
2. Proteger a la Santa Iglesia.
3. Defender y respetar a todos los débiles, especialmente a las mujeres, viudas y huérfanos.
4. Hacer guerra sin cuartel a los sarracenos.
5. No mentir jamás.
6. Ser casto.
7. Obedecer a su señor y cumplir los deberes feudales, mientras no sean contrarios a la ley de Dios y de la Iglesia.
8. Ser humilde.
9. No retroceder ante el enemigo.
10. Oír misa, ayunar los viernes y hacer limosnas.

Y como resumen de todo ello, mantener el honor caballeresco.

Resumiendo: Fue la orden religiosa y militar más célebre y más antigua de las órdenes militares surgidas en las cruzadas. Fue fundada en Jerusalén por Pedro Gerard en 1099 y sus miembros tomaron el nombre de Hospitalarios de San Juan. Su último gran maestro fue fray Tomás de Cortona muerto en 1805. Reorganizada por Pío IX y León XIII, subsiste como orden honorífica y hoy los caballeros de Malta se consagran a la beneficencia y al socorro de los heridos de guerra.

Ignacio Falzón se hizo terciario franciscano, y como tal figura en la lista de los beatificados. No consta, por tanto, que el espíritu de los caballeros de Malta estuviese en el alma de Ignacio. Pero, sabiendo que él era de Malta, sabiendo que esta Orden se dedicaba entonces al servicio de los enfermos, y sabiendo que Ignacio empleaba su vida en este mismo trabajo, es muy fácil pensar que estuviera lleno de aquel amor caritativo de los antiguos caballeros de su querida isla de Malta. Pero, sea lo que sea, lo importante es saber cómo atendía a los enfermos y heridos que estaban en aquellos momentos en la isla.

Estos enfermos eran soldados ingleses que se estaban preparando para combatir en la guerra de Crimea. Ignacio aprendió inglés para atender espiritualmente a los heridos. En aque-

llos días había en Malta más de 20.000 soldados ingleses, lo que suponía el 10 por 100 de la población total de la isla. Utilizó sus conocimientos de inglés para poder darles catequesis. Empezó organizando sesiones de oración y clases de catecismo para los marineros católicos ingleses. Más tarde trabó amistad con soldados ingleses protestantes y de otras religiones y, de esta forma, atrajo a la Iglesia católica a muchos de ellos. Consta que más de 650 personas se prepararon con él a recibir el bautismo. Por el trato que tuvo con soldados no católicos se le puede llamar pionero del ecumenismo. O sea, un auténtico evangelizador.

Ya se sabe que los soldados que van a una guerra necesitan amigos que les acompañen en sus preocupaciones familiares. Ignacio lo hacía, y de esta forma se ganó la confianza de muchos de ellos, los cuales le entregaban objetos personales valiosos para que, si morían, se los entregaran a sus familiares.

Pero, ¿por qué atendió precisamente a los soldados ingleses que estaban preparándose para ir a la guerra de Crimea? ¿Qué sucedió en aquellas tierras durante los años 1854-1856?

Crimea es una península de Rusia meridional entre los mares Negro y Azof. Tiene una superficie de 38.500 km² con una población de 1.200.000 habitantes. Es el antiguo Quersoneso Táurico que perteneció sucesivamente a los griegos, a los romanos, a los hunos, a los tártaros y finalmente a los rusos. En 1854-1856 fue teatro de una sangrienta guerra entre Rusia y Turquía (aliada ésta con Inglaterra, Francia y el Piamonte).

Nicolás I, zar de Rusia (1825-1855), había intervenido en los Balcanes para defender a los pueblos ortodoxos contra los turcos. Obtuvo triunfos notables, pero las potencias europeas veían con disgusto el crecimiento de la influencia rusa y comenzaron a intrigar en Turquía contra Nicolás I.

Una concesión del sultán a los católicos en Palestina, lesiva para los privilegios del clero ortodoxo, produjo la guerra turco-rusa de 1853 y la formación de una coalición contra Rusia. Una escuadra anglo-francesa entró en el Mar Negro con el fin de aniquilar el poderío naval ruso, concentrado en el puerto militar de Sebastopol. Un ejército de 60.000 soldados ingleses, franceses y turcos desembarcaron en Crimea, mientras que la

escuadra se aprestaba al bombardeo de Sebastopol. Las tropas rusas fueron vencidas en Alma y en Inkermann, pero la toma de la ciudad costó inmensas pérdidas a los aliados. Por la «Paz de París» (1856) Rusia recuperó la plaza de Sebastopol y renunció a sus posesiones del Danubio y al protectorado de los súbditos cristianos de los Balcanes.

Los antecedentes de la guerra de Crimea se remontan a 1850 debido a los desacuerdos entre Francia y Rusia (Nicolás I) con respecto a la posesión de los santos lugares, más en concreto el Santo Sepulcro. Rusia apoyaba a las iglesias griegas, y Francia, a las iglesias latinas. Cuando aún no estaba resuelta la cuestión, Rusia mandó un ultimátum al imperio otomano (Turquía). En esta situación, Francia se alía con Inglaterra para proteger a Turquía. La escuadra anglo-francesa (15 de junio de 1853) se presenta en los Dardanelos para proteger Constantinopla. En 1854 hacen una alianza con Turquía en contra de Rusia. Y empieza la guerra de Crimea. Los rusos, con Gortschakof, ocupan Moldavia y la Valaquia. Y en noviembre de 1853 la flota rusa destruye la escuadra turca. Entonces, Francia e Inglaterra declaran la guerra (24 de enero de 1854). Los rusos siguen invadiendo tierras turcas. Austria se une a los aliados. Éstos temen entrar a Rusia y atacan Crimea. Vencen en Alma y comienzan a sitiar Sebastopol. En 1855 se une a ellos el rey de Cerdeña. A la muerte de Nicolás I le sucede Alejandro II. Los aliados logran entrar en Sebastopol entre un montón de escombros y de muertos. Los rusos toman Kars.

Todo este conflicto sangriento terminó con la «Paz de París», en 1856, que estipula: libertad de navegación por el Danubio y el Mar Negro. Devolución de Sebastopol a Rusia. Entrega de Kars a los turcos. Establecimiento para los súbditos cristianos de los mismos derechos que los musulmanes en Tierra Santa. Los principados del Danubio quedan bajo la protección colectiva de las grandes potencias.

El apostolado de Ignacio Falzón tuvo sus seguidores. Él trabajaba siempre con la ayuda de colaboradores laicos; algunos se hicieron sacerdotes y capellanes militares. Uno de ellos quedó en Malta continuando su labor. Ignacio vivió una existencia callada. Murió el 1 de julio de 1865 a los 52 años. Como era

miembro de la Tercera Orden de San Francisco, fue enterrado en la tumba de su familia en la iglesia franciscana de Santa María de Jesús, en La Valetta. Sus restos permanecen allí hasta el día de hoy. Fue beatificado por Juan Pablo II el 9 de mayo de 2001.

Fechas orientativas:

- Ignacio Falzón (1813-1865).
- Pío VII (1800-1823).
- León XII (1823-1829).
- Pío VIII (1829-1830).
- Gregorio XVI (1831-1846).
- Pío IX (1846-1878).
- Dogma de la Inmaculada Concepción (8-12-1854).
- Guerra de Crimea (1854-1856).
- Syllabus (8-12-1864).
- Concilio Vaticano I (8-12-1869).

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 94 (2002) 606s.

Homilía en la beatificación: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (18-5-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DOMICLANO

Abad († 440)

Se le tiene por romano, nacido en una familia cristiana en el último tercio del siglo IV. Educado religiosamente, el muchacho correspondió a los desvelos paternos y estudió con gran ahínco, pero muy pronto perdió en plena juventud a sus padres y entonces decidió vender sus bienes, dárselos a los pobres y llevar vida eremítica. Luego partió para las Galias, visitó el monasterio de Leríns y vino a establecerse en Arlés de donde San Hilario era obispo, y ante el cual se acreditó hasta el punto de ordenarlo sacerdote. Posteriormente pasó a Lyon y expuso a su obispo San Euquerio el deseo de fundar un monasterio. Así lo hizo, en

una soledad cercana a la ciudad, donde estableció la vida común de los monjes dedicados a la oración y al trabajo y en medio de los cuales brilló por sus muchas buenas obras. Cobró fama de taumaturgo, contribuyó a extinguir los restos del paganismo y defendió con valentía frente a los arrianos la divinidad de Jesucristo. Murió santamente el año 440.

BEATOS JORGE BEESLEY Y MONTFORDO SCOTT

Presbíteros y mártires († 1591)

Ambos confesores de la fe fueron martirizados en Londres el mismo día, 1 de julio de 1591, en Fleet Street. Llevados hasta allí y ante el patíbulo, los mártires confirmaron su fe serena y firmemente, siendo seguidamente ahorcados, destripados y descuartizados, dando su vida terrena en homenaje a Cristo y a la verdad de su evangelio.

JORGE BEESLEY había nacido en Goosnargh, Lancashire, el año 1562. Opta por el sacerdocio católico y estudia en el Colegio Inglés de Reims, donde se ordena sacerdote en 1587. Vuelve a Inglaterra al siguiente año y ejerce su ministerio en Laton, junto a Lancaster, y en Londres. Aquí es arrestado en 1590 y llevado a la Torre donde es sometido a tortura, permaneciendo firme en la fe. Pasó luego a la cárcel de Newgate y fue condenado a muerte.

MONTFORDO o MONFORDO SCOTT nació en Hawstead, Suffolk, en el seno de una familia acomodada. Marchó a Douai para hacer los estudios sacerdotales. Aún subdiácono, regresa a Inglaterra donde es capturado, pero puede salir libre y vuelve al continente ordenándose de sacerdote en Bruselas en 1577, y regresa a Inglaterra el 19 de junio del mismo año. Muy poco después fue arrestado en Cambridge y trasladado a Londres, con sus libros y pertenencias, por orden del obispo anglicano de la capital. No se sabe muy bien qué pasó y parece probable que lo desterraran, pero el hecho es que regresó enseguida a Inglaterra. Trabajó apostólicamente durante ocho años en la parte oriental de Gran Bretaña, y cuantos le conocían admiraban en él la austeridad y santidad de vida por su continua oración, sus ayunos y su celo apostólico. Conocida su presencia y actividad,

Topcliffe, el famoso perseguidor de sacerdotes, puso especial empeño en su captura. En 1590 estaba en casa de William Kilbeck en Hawstead cuando fue arrestado y enviado a Londres. Ante el juez reconoció ser sacerdote y dijo haber vuelto a Inglaterra por la salvación de las almas. Poco antes de ser ejecutado reafirmó en público su fe y oró por la reina. Uno de los espectadores de su ejecución se convirtió al catolicismo.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

BEATO TOMÁS MAXFIELD

Presbítero y mártir († 1616)

Una numerosa concurrencia asistió el 1 de julio de 1616 en la plaza londinense de Tyburn a la ejecución de este santo sacerdote. Todo se desarrolló sin incidentes pero pudo verse que el patíbulo estaba adornado con flores como si fuera a celebrarse una fiesta. El mártir fue traído desde la cárcel de Newgate y cuando estaba en el patíbulo se le permitió hablar. Él dijo que se le condenaba por haber vuelto a Inglaterra tras ser ordenado sacerdote pero que él había ido a Inglaterra enviado por la misma autoridad que había enviado, a su vez, a San Agustín de Canterbury y que su tarea era la de instruir a los fieles en la verdadera fe de Jesucristo. La multitud insistió en que no lo bajarán de la soga hasta que estuviera verdaderamente muerto y que no le hicieran vivo el destripamiento y descuartizamiento usuales. Así fue y, sacrificado en aras de la fe católica, el alma del mártir voló al cielo.

Tomás Maxfield o Macclesfield nació en Maer Hall, Staffordshire, el año 1585. Nace en una familia de confesores de la fe: su padre estuvo sentenciado a muerte por haber hospedado a un sacerdote y debió permanecer en la cárcel hasta 1606. Su madre, llamada Úrsula, también padeció cárcel y estando allí dio a luz a este hijo, destinado por la providencia amorosa de Dios a la gloria del martirio. Criado en un ambiente familiar de tan intensa religiosidad, no puede extrañar que sintiera el atractivo del sacerdocio y que en 1606 marchara al seminario de Douai para prepararse a la ordenación. En 1610 fue despedido del seminario, parece que no sólo por tener poca salud, sino porque

no terminaba de gustar su conducta a los superiores; pero le permitieron volver en 1612 y por fin se ordenó sacerdote en 1614. Vuelve a Inglaterra en 1615 y empieza su trabajo misionero, que fue muy breve pues llevaba solamente tres meses en Londres cuando fue arrestado y encarcelado en Gatehouse. Al ser interrogado reconoce que es sacerdote y declara admitir la autoridad del rey en todas las materias civiles pero niega la pretendida supremacía religiosa del monarca. Tras ocho meses de prisión intenta escaparse pero es capturado apenas llega a la calle, y es llevado a la prisión de Newgate. Juzgado formalmente es condenado a muerte pese a su declarada fidelidad al rey. El embajador español, duque de Gondomar, intentó que se le cambiara la sentencia de muerte pero no lo consiguió; se le permitió, en cambio, que fuera visitado por uno de los capellanes de la embajada, que le administró los sacramentos. El embajador, tras el martirio, logró hacerse con los restos del mártir. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATOS JUAN BAUTISTA DUVERNEUILY Y PEDRO AREDIO LABROUHE DE LABORDERIE

Presbíteros y mártires († 1794)

En el barco *Les Deux Associés*, en la playa de Rochefort, donde los sacerdotes destinados a la deportación padecían tantas miserias y malos tratos, murieron el día 1 de julio de 1794 dos de ellos, agotados por los padecimientos y faltos de alimentos y cuidados.

El primero de ellos era el P. Leonardo, carmelita descalzo de la casa de Angulema. Se llamaba, inicialmente, Juan Bautista Duverneuily, pero, aunque se ha dado como fecha de nacimiento el año 1737 y como lugar de nacimiento Limoges, en el registro de ordenaciones del obispado de Limoges aparece como nacido en Saint-Yrieix el 8 de enero de 1759, sin que se haya podido explicar tanta diferencia de fechas en las varias fuentes biográficas. Su partida de bautismo no ha sido localizada en el proceso de beatificación. Juan Bautista perteneció al clero secular: hizo los estudios en el seminario de Limoges y se ordenó sacerdote el 15 de marzo de 1783. Ya sacerdote optó por la vida

religiosa e ingresó en el Carmen teresiano, tomando, como queda dicho, el nombre de «Leonardo». Cuando fueron suprimidas las órdenes religiosas, fijó su residencia en Limoges y se negó al cisma constitucional. Arrestado en esta ciudad, hizo la preceptiva declaración de bienes el 28 de septiembre de 1793 y dijo que no tenía bienes ni muebles ni inmuebles. Condenado a la deportación, partió para Rochefort en el primer envío, el 25 de febrero de 1794, estando ya en su destino a comienzos de mayo. Religioso orante y celoso, no dudó en defender los derechos de Dios y de la Iglesia con santa y admirable libertad.

Pedro Yrieix Labrouhe de Laborderie nació en Saint-Yrieix el 24 de mayo de 1756, siendo su padre señor de la villa. Yrieix es un nombre que en castellano se dice Aredio, del latín *Aredius*. Tras estudiar humanidades y filosofía en Périgueux, entró en 1780 en el seminario de Limoges y se ordenó sacerdote el 25 de marzo de 1782. Muy pronto obtuvo una canonjía en la colegiata de Saint-Yrieix al resignar en él su prebenda un pariente suyo. Al ser suprimidos los cabildos por la Revolución, él y sus compañeros canónigos presentaron una protesta formal. Al no ser funcionario público, no se le pidió que hiciera el juramento constitucional, y no se consideró comprendido en la ley de expulsión de los no juramentados. Se dedicó a ejercer su ministerio a favor de los verdaderos católicos y se negó a prestar el juramento de libertad-igualdad; por ello fue arrestado en 1793 y enviado, el 25 de febrero de 1794, a Rochefort como refractario a la ley del 14 de agosto de 1792. Las noticias que han quedado de él lo presentan como un sacerdote de vida ordenada y austera, amante de los pobres, delicado de conciencia y muy piadoso. Se dijo que había muerto de una fluxión del pecho.

Ambos fueron beatificados el 1 de octubre de 1995.

SAN ZHANG HUAILEU

Catecúmeno y mártir († 1900)

Zhang Huaileu (Tchang Hoai Lu) era un hombre de unos cincuenta y tantos años, de Shansi, China, cuando vino a conocer el cristianismo y su corazón se apegó a la verdad del evangelio. Se inscribió en el catecumenado pero en su grupo no había

otros adultos sino solamente niños. Éstos se reían de la torpeza de Zhang porque le costaba mucho aprenderse las oraciones, pero a él no le importaba. Procedía con gran sencillez y humildad y anhelaba la gracia del bautismo.

Al llegar los boxers él se presentó como cristiano y dijo que creía en Jesús, confesión de fe que fue respondida con varios lanzazos que le causaron la muerte, recibiendo el bautismo de sangre. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

SANTOS JUSTINO ORONA Y ATILANO CRUZ

Presbíteros y mártires († 1928)

En el curso de la cruenta persecución de la República mexicana contra la Iglesia, el párroco y el coadjutor de Cuquío, Jalisco, fueron martirizados en el Rancho de las Cruces en la madrugada del 1 de julio de 1928.

El párroco, don Justino, había llegado al rancho el día 28 de junio y mandó llamar al coadjutor, don Atilano, porque tenía que tratar con él asuntos de la pastoral parroquial. Al coadjutor le advirtieron la peligrosidad de acudir pues se sospechaba que las autoridades estaban buscando a los sacerdotes, pero obedeció a la llamada de su párroco y acudió el día 29. Hablaron ambos sacerdotes largamente y rezaron juntos el rosario y, tras cenar, se acostaron ambos en la misma habitación. Delatada la presencia de los sacerdotes en el rancho, el capitán y un pelotón de soldados llegaron a las dos de la madrugada y dieron fuertes golpes en la puerta. Acudió el párroco a abrir, y en cuanto lo hizo y vio quiénes eran dio un viva a Cristo Rey y cayó acribillado a balazos. El coadjutor, que sintió el grito y los disparos, tomó en sus manos el rosario y el crucifijo y se puso de rodillas en la cama. Entraron los soldados y le dispararon muchos tiros, y sin que hubiera aún expirado lo arrastraron hasta el patio junto al cadáver del párroco y allí murió.

Ambos cuerpos fueron montados en un burro y llevados a la plaza del pueblo donde los arrojaron. Cuando se fueron los soldados, acudieron los fieles, rodearon los cuerpos y comenzaron a rezar. Horas más tarde los colocaron en ataúdes y los lle-

varon, entre cánticos y vivas a Cristo Rey, al cementerio. Años después llevarían sus cuerpos a la parroquia.

JUSTINO ORONA MADRIGAL había nacido en Atoyac, Jalisco, el 14 de abril de 1877. Tras diez años de estudios en el seminario de Guadalajara se ordenó sacerdote el 7 de agosto de 1904. Fue vicario en varias parroquias y luego auxiliar de la curia episcopal; en 1912 recibió el nombramiento de párroco de Ponciltlán; posteriormente pasó a la parroquia de Encarnación y, en 1916, a la de Cuquío. Fueron fecundos sus doce años de párroco en esta población. Además de cumplir con gran esmero sus deberes como pastor, estuvo encargado del seminario auxiliar y contribuyó a la fundación de las Clarisas del Sagrado Corazón, dedicadas a recoger niñas huérfanas y pobres. Las orientó con gran celo y prudencia.

ATILANO CRUZ ALVARADO había nacido en Ahuetiche de Abajo, Jalisco, el 3 de octubre de 1901 en una familia de ascendencia indígena y campesina. Luego de estudiar en los seminarios de Totaliche y Guadalajara, prosiguió el estudio en casas particulares por el cierre de estos seminarios. Se ordenó, clandestinamente, el 24 de julio de 1927 y fue destinado a Cuquío como coadjutor. Piadoso, humilde, obediente y celoso, los meses de su sacerdocio los llenó de buenas obras. No hacía un año que era sacerdote cuando el martirio lo llevó al cielo.

Ambos mártires fueron canonizados el 5 de mayo de 2000.

BEATO JUAN NEPOMUCENO CHRZAN

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Gostyczyn, Polonia, el 25 de abril de 1885, hijo de un maestro rural. Terminado el bachillerato siente la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Gniezno, ordenándose de sacerdote el 30 de enero de 1910. Tras una experiencia pastoral como vicepárroco en tres parroquias es nombrado párroco de Bieganowo, y en 1925 de Zerkow.

Junto a su actividad pastoral desarrolló también una intensa actividad social como miembro de la «Asociación de Amigos de la Ciencia» de Poznam y del «Consejo de Vigilancia» sobre la

banca de Zerkow. Fue también visitador de las catequesis parroquiales y arcipreste.

Comenzada la guerra, empezó a padecer malos tratos por parte de los elementos nazis pero él decidió no abandonar la parroquia ni siquiera cuando el templo fue clausurado, y continuó diciendo misa en secreto. Arrestado el 6 de octubre de 1941, fue llevado al campo de concentración de Dachau. Aquí hubo de sufrir muchísimo, brillando su heroica paciencia, fortaleza y caridad, ejerciendo su ministerio clandestinamente y orando sin cansancio por la salvación de todos. Murió de agotamiento el 1 de julio de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

2 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en el cementerio de Dámaso en la Via Aurelia, santos Proceso y Martiniano, mártires (fecha desconocida).

2. La conmemoración de los santos Liberato, abad, Bonifacio, diácono, Servo y Rústico, subdiáconos, Rogato y Septimio, monjes, y Máximo, niño († 484), mártires en Cartago, en la persecución vandálica *.

3. En Turón (Neustria), Santa Monegunda († 557), virgen.

4. En Winchester (Inglaterra), San Suituno († 862), obispo.

5. En Sezze (Lacio), San Lídano († 1118), abad.

6. En Villeneuve, junto a Aviñón (Francia), Beato Pedro de Luxemburgo († 1387), obispo de Metz **.

7. En Fabriciano, del Piceno (Italia), la conmemoración de los beatos Juan y Pedro Becchetti († 1420 y 1421), presbíteros, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

8. En Lecce (Apulia), San Bernardino Realino († 1616), presbítero, de la Compañía de Jesús **.

9. En Lieja (Bélgica), Beata Eugenia Joubert († 1904), virgen, de la Congregación de la Sagrada Familia del Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO PEDRO DE LUXEMBURGO

Obispo († 1387)

Nació el 20 de julio de 1369 en Ligny-en-Barrois, al oeste de Nancy, sexto hijo de Guy de Luxemburgo, un capitán al servicio del rey de Francia, conde de Ligny, y de Mahaut de Châtillon, condesa de Saint-Pol, perteneciente a una familia de rancio abolengo, emparentada con diferentes reyes, que dio emperadores al Santo Imperio y reyes a Bohemia. Queda huérfano de muy corta edad, pues a los dos años fallece su padre en un combate, y a los cuatro, su madre, personas que gozaban de gran reputación; su padre, como ejemplo de caballero, y su madre, por su bondad y espléndida caridad. Al quedar sin sus progenitores se encargó de su educación su tía Juana de Châtillon, muy piadosa.

En 1377, a los ocho años, *Clemente VII* (Roberto de Génova) le nombra canónigo de Notre-Dame, distinguiéndose por su actitud piadosa y entrega al estudio. Su personalidad no deja de llamar la atención en la corte pontificia, considerada como corrupta, desarrollando una gran caridad con los más pobres. A su llegada a París entabla amistad con Pedro d'Ailly, maestro suyo en el Colegio de Navarra. El año 1379 es enviado a Londres, donde se queda como rehén para que su hermano Valeran, prisionero de los ingleses, fuera liberado; sin embargo, el rey Ricardo II le deja pronto en libertad. El agradecido testimonio de Clemente VII a los Luxemburgo, una de las dinastías más poderosas de Europa en el siglo XIV, explica la fulgurante carrera de este joven: archidiácono de Dreux, en la diócesis de Chartres (1381), y de Bruselas (1381) y canónigo de Cambrai (1382). Cuando tan sólo cuenta con 14 años recibe el obispado de Metz —el 10 de febrero de 1384—, sucediendo a Thierry Beyer von Boppard. Metz era una ciudad situada en el ámbito de los partidarios del papa Urbano VI, para la cual el rey Wenceslao de Bohemia había elegido como prelado a Thilmann Vuss, produciéndose un enfrentamiento armado con las tropas comandadas por su hermano Valeran, que le permitieron tomar posesión de su diócesis en el mes de abril de 1385. Pero, al poco

tiempo, aprovechando su marcha a Ligny para confortar espiritualmente a su hermano Roberto, gravemente enfermo, las tropas enemigas sitiaron Metz, devastando el territorio. Por todo ello, el mismo año renunció a su sede episcopal retirándose, primero, a Ligny y, más tarde, a París.

El 15 de abril de 1384 fue promovido cardenal diácono de S. Jorge in Velabro, y el 23 de septiembre de 1386 Clemente VII lo llamó a la corte de Avignon. Era benigno, liberal en las limosnas, distribuía sus bienes entre los pobres, pero aún era mayor el tiempo dedicado a la oración, creciendo en santidad al contemplar a Jesús en la cruz, inflamado su corazón de amor a Cristo. Para sus contemporáneos «parecía un ángel» por sus ásperas penitencias, macerando su cuerpo joven con ayunos y otros sacrificios. Lleva una vida tan austera y penitente que el propio Clemente VII le ordenó que la mitigara, redoblando sus limosnas. En marzo de 1387 se trasladó a Villeneuve-les-Avignons, donde se dedica con mayor empeño a la oración, teniendo lugar sus famosos raptos y éxtasis. Enfermó de tuberculosis y se preparó con redoblada serenidad, humildad y paciencia al tránsito de su vida. Dictó testamento el 29 de junio y murió el 2 de julio de 1387, a los 17 años de edad, con una extraordinaria fama de virtudes y vida santa. Entregó su espíritu con perfectísima y rara humildad.

Fue enterrado el día 5 de julio según era su deseo en el cementerio de San Miguel, en el recinto de los pobres. La etapa de su muerte está claramente consignada por los que le atendieron. Es precisamente este acontecimiento el que explica la exaltada manifestación desarrollada en su muerte, a la que asistió una inmensa multitud, y en donde tuvo lugar el primer milagro. El culto al joven cardenal comenzó nada más recibir sepultura, pues el pueblo empezó a encender velas sobre la tumba. Según un testigo presencial: «Es el acontecimiento más extraordinario y la devoción más unánime que se ha visto en cien años».

Este entusiasmo inmediato y espontáneo es el que suscita la decisión de elaborar una relación de milagros con declaración de testigos, que comenzó el 7 de julio, dos días después de su entierro, llegando a reunir 159 milagros diferentes. Vista la fama de taumaturgo del cardenal Pedro de Luxemburgo, Clemen-

te VII nombró el 4 de septiembre de 1389 una comisión formada por el padre Gilles, Poncio de Ponte y Juan de Regis —también notario de la Cámara Apostólica— como notarios apostólicos, y por Clemente de Grandmont, obispo de Lodève, como auditor general. Debido a la turbulencia de los tiempos el proceso de beatificación quedó interrumpido en cuatro ocasiones. En 1433 Eugenio IV retomó la causa, y en 1435, estando en el Concilio de Basilea, nombró una nueva comisión en la que trabajó el cardenal Juan de Torquemada, examinando los milagros y el proceso del joven prelado. Agradecido a su leal servidor, Eugenio IV le distinguió con el título de Maestro del Sacro Palacio.

El papa Clemente VII permitió el 9 de junio de 1527 que Pedro de Luxemburgo fuera venerado como beato, y el 30 de mayo de 1629 Urbano VIII otorgó el oficio y misa de Confesores para el día de su fiesta. En 1432 fue proclamado patrón de Avignon. En 1600 se declaró fiesta de precepto el aniversario de su muerte, y se extendió su culto por toda la Provenza y Languedoc. Protector de los niños en una época en que existía una gran fragilidad infantil, era invocado contra los problemas nerviosos, enfermedades de los pulmones y la tuberculosis. La reina María de Sicilia ordenó construir sobre su tumba un mausoleo, y años después (1395) se fundó un convento de Celestinas en ese mismo lugar. Durante la Revolución Francesa (1793) sus reliquias fueron dispersadas.

El joven Pedro de Luxemburgo no pudo retraerse de la responsabilidad política que le incumbía, en un tiempo en que la Iglesia estaba dividida. El cisma del año 1378 fue promovido por los mismos Cardenales, y la elección de Urbano VI tuvo lugar en unas circunstancias tan especiales que no era nada difícil manipular o tergiversar la verdad. Intentar comprender cuál de los pretendientes era el verdadero y legítimo Papa no resultaba fácil debido a la terrible confusión de las opiniones reinantes, y en una y otra parte, Roma y Avignon, destacaron mujeres y varones de singular santidad, como Santa Catalina de Siena y Santa Cristina de Suecia, San Vicente Ferrer y Santa Coleta. Por su parte, los cardenales franceses que participaron en la «obligada» elección de Urbano VI durante el

tumultuoso cónclave de Roma, alarmados por el comportamiento del nuevo Papa se retiraron en cónclave a Fondi y, con la protección de Juana I de Nápoles, el duque de Fondi y el rey Carlos V de Francia, eligieron al cardenal Roberto, de los condes de Génova, como papa con el nombre de Clemente VII, estableciendo la corte en Avignon. Pedro supo ganarse el favor de los poderosos de su tiempo, en un momento en el que el prestigio del papado cayó muy bajo y comenzaron a difundirse algunas herejías como las de Juan Wyclif en Inglaterra y Juan Huss en Bohemia. El mundo católico estaba dividido en la obediencia a los dos papas, cada uno se llamaba legítimo y condenaba y excomulgaba al otro.

El joven cardenal se distinguió en la corte papal por su vida austera, promoviendo en Avignon, con gran éxito, la fiesta de la Presentación de la Virgen María. La fama de santidad y el fervor popular que se propagó con su muerte, y los innumerables milagros que se obraron en su tumba, facilitaban la legitimidad del papa de Avignon, razón de peso para que Clemente VII promoviera la causa de beatificación, aunque no lograra su objetivo. Los hagiógrafos redactaron una biografía sobre su vida ejemplar y edificante, que fue impresa en numerosas ocasiones, mientras los panegiristas se hacían eco de sus méritos en sus sermones hasta finales del Ochocientos.

Se le atribuye un opúsculo ascético impreso con el título de *Dieta de salud*, compuesto para la devoción particular de su hermana Juana, a quien Pedro escribía frecuentemente. En 1433, cuando de nuevo se introdujo oficialmente la causa de canonización, las distintas biografías del joven prelado pretendían servir de apoyo para que Eugenio IV pudiera concluir el proceso.

El texto de esta *Dieta de salud* no es original, sino más bien el resultado de reunir diversos textos sacados de varios tratados ascéticos, sobresaliendo una regla de vida muy popular en Francia desde el siglo XIII. Se trata, por tanto, de una compilación heterogénea con intención biográfica con textos representativos de la espiritualidad de su tiempo, estableciendo un programa de devociones diarias, y preconizando un modo de vida amante del silencio, el recogimiento y la oración. En la actuali-

dad se conocen 21 manuscritos de dicho texto, que ha sido impreso en numerosas ocasiones.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique*. XII/1: Pacaud-Photius (Paris 1984) cols.1612-1914.

Art. en *Bibliotheca sanctorum*, X: Pabai-Rafols (Roma 1968) cols.705-708.

PROUVOST, Y., «*Les miracles de Pierre de Luxembourg (1387-1390)*». *Hagiographie et culte des saints en France Méridionale (XIII^e-XV^e siècle)* (Paris 2002) 481-506.

SAN BERNARDINO REALINO

Presbítero († 1616)

Con San Bernardino Realino ocurrió un hecho insólito que tal vez no se vuelva a narrar en este *año cristiano*.

Sin esperar a que traspasase el umbral de la muerte fue nombrado patrono celestial de la ciudad de Lecce, donde murió.

Ocurrió a comienzos de 1616. Por toda la ciudad corrió el rumor de que el padre Bernardino Realino, que había sido su apóstol durante cuarenta y dos años, estaba a punto de morir. Era por entonces alcalde de la ciudad Segismundo Rapana, hombre previsor y decidido. Informado de la gravedad del «Santo Bernardino», se presenta con una comisión del Ayuntamiento en el colegio de los jesuitas. Los guardias le abren paso entre el gentío que se ha formado en la portería del colegio. Llegado a la presencia del moribundo, extrae de su casaca un documento que llevaba preparado y lo lee delante de todos:

«Grande es nuestro dolor, oh padre muy amado, al ver que nos dejáis, pues nuestro más ardiente deseo sería que os quedarais para siempre entre nosotros. No queriendo, sin embargo, oponernos a la voluntad de Dios, que os convida con el cielo, deseamos, por lo menos, encomendaros a nosotros mismos y a toda esta ciudad, tan amada por vos, y que tanto os ha amado y reverenciado. Así lo haréis, oh padre, por vuestra inagotable caridad, la cual nos permite esperar que queráis ser nuestro protector y patrono en el paraíso, pues por tal os elegimos desde ahora para siempre, seguros de que nos aceptaréis por fieles siervos e hijos, ya que con vuestra ausencia nos dejáis sumergidos en el más profundo dolor».

El anciano padre, acabado como estaba por la enfermedad, hizo un supremo esfuerzo y pudo, al fin, pronunciar un «Sí, señores» que llenó al alcalde y a toda la ciudad de inmenso júbilo.

Había nacido San Bernardino Realino en Carpi, ducado de Módena, el 1 de diciembre de 1530. Su familia pertenecía a la nobleza provinciana. Su padre, don Francisco Realino, fue caballero mayor de varias cortes italianas. Por este motivo estaba casi siempre ausente de su casa. La educación del pequeño Bernardino estuvo confiada a su madre, Isabel Bellantini.

Dicen que Bernardino era un niño hermoso, de finos modales, todo suavidad en el trato, siempre afable y risueño con todos. A su buena madre le profesó durante toda su vida un cariño y una veneración extraordinarios. Durante sus estudios un compañero le preguntó: «Si te dieran a escoger entre verte privado de tu padre o de tu madre, ¿qué preferirías?». Bernardino contestó como un rayo: «De mi madre jamás». Dios, sin embargo, le pidió pronto el sacrificio más grande.

Su madre se fue al cielo cuando él todavía era muy joven. Su recuerdo le arrancaba con frecuencia lágrimas de los ojos. Ella se lo había merecido por sus constantes desvelos y, principalmente, por haberle inculcado una tierna devoción a la Virgen María.

En Carpi comenzó el niño Bernardino sus estudios de literatura clásica bajo la dirección de maestros competentes. «En el aprovechamiento —escribe el mismo santo—, si no aventajó a sus discípulos, tampoco se dejó superar por ninguno de ellos». De Carpi pasó a Módena y luego a Bolonia, una de las más célebres universidades de su tiempo, donde cursó la filosofía.

Fue un estudiante jovial y amigo de sus amigos. Más tarde se lamentará de «haber perdido muchísimo tiempo con algunos de sus compañeros, con los cuales trataba demasiado familiarmente».

Fue, pues, muchacho normal. Hizo poesías. Llevó un diario íntimo como todos, y se enamoró como cualquier bachiller. Hasta tuvo sus pendencias, escapándosele alguna cuchillada que otra...

«Habiéndome introducido por senda tan resbaladiza —escribe el santo refiriéndose a aquellos días—, vino el ángel del Señor a

amonestarme de mis errores, y, retrayéndome de las puertas del infierno, me colocó otra vez en la ruta del cielo».

¿Quién fue este «ángel del cielo»?

Un día vio en una iglesia a una joven y quedó prendado de ella. La amó con un amor maravilloso, «hasta el punto —son sus palabras— de cifrar toda mi dicha en cumplir sus menores deseos. No obedecerla me parecía un delito, porque cuanto yo tenía y cuanto era reconocía debérselo a ella». Esta joven se llamaba Clorinda. Bellísima, había dominado por sí misma, sin ayuda de nadie, el vasto campo de la literatura y la filosofía. Era profundamente piadosa. Frecuentaba la misa y la comunión. Precisamente la vista de su angelical postura en la iglesia fue lo que prendió en el corazón de Bernardino aquella llama de amor puro y bello que elevó su espíritu a lo alto, como lo demuestran las cartas y poesías que se cruzaron entre los dos y que todavía se conservan. Clorinda y Bernardino tuvieron una confianza cada día creciente, pero siempre delicada y noble.

Bernardino tenía proyectado graduarse en Medicina. Pero a Clorinda no le gustaba, y él se sometió dócilmente a los deseos de ella. Había que cambiar de carrera y comenzar la de Derecho.

—Grande y ardua empresa quieres que acometa —le dijo Bernardino.

—Nada hay arduo para el que ama —fue la respuesta de Clorinda.

Dicho y hecho. Bernardino se sumergió materialmente en los libros de leyes, que le acompañaban hasta en las comidas, y tan absorto andaba con Graciano y Justiniano, que a veces trastornaba extrañamente el orden de los platos. Por fin, el 3 de junio de 1556, a los veinticinco años, se doctoró en Derecho canónico y Derecho civil, coronando así gloriosamente el curso de sus estudios.

A los seis meses de terminar la carrera fue nombrado *podestá*, o sea alcalde, de Felizzano. Del gobierno de esta pequeña ciudad pasó al cargo de abogado fiscal de Alessandria, en el Piemonte. Después se le nombró alcalde de Cassine, y de Cassine pasó a Castel Leone de pretor a las órdenes del marqués de Pescara.

En todos estos cargos se mostró siempre recto y sumamente hábil en los negocios. He aquí el testimonio —un poco altisonante, a la manera de la época— de la ciudad de Felizzano al terminar en ella su mandato el doctor Realino:

«Deseamos poner en conocimiento de todos que este integérrimo gobernador jamás se desvió un ápice de la justicia, ni se dejó cegar por el odio, ni por codicia de riquezas. No es menos de admirar su prudencia en componer enemistades y discordias; así es que tanta paz y sosiego asentó entre nosotros, que creíamos había inaugurado una nueva era de tranquilidad y bonanza. Siempre tomó la defensa de los débiles contra la prepotencia de los poderosos; y tan imparcial se mostró en la administración de la justicia que nadie, por humilde que fuese su condición, desconfió jamás de alcanzar de él sus derechos».

El marqués de Pescara quedó tan satisfecho de las actuaciones de Realino que, cuando tomó el cargo de gobernador de Nápoles en nombre de España, se lo llevó consigo como oidor y lugarteniente general.

En Nápoles le esperaba a Bernardino la Providencia de Dios.

La felicidad de este mundo es poca y pasa pronto. Clorinda se cruzó en la vida de Bernardino rápida y bella como una flor. Ella, que le había animado tanto en los estudios, murió apenas daba los primeros pasos en el ejercicio de su carrera. La muerte de Clorinda abrió en el alma de Bernardino una herida profunda que difícilmente podría curarse. Fue una lección de la vanidad de las cosas de este mundo.

El recuerdo de aquella joven querida le alentaba ahora desde el cielo, presentándosele de tiempo en tiempo radiante de luz y de gloria y exhortándole a seguir adelante en sus santos propósitos.

Un día paseaba el oidor por las calles de Nápoles cuando tropezó con dos jóvenes religiosos cuya modestia y santa alegría le impresionó vivamente. Les siguió un buen trecho y preguntó quiénes eran. Le dijeron que «jesuitas», de una Orden nueva recientemente aprobada por la Iglesia.

Era la primera noticia que tenía Bernardino de la Compañía de Jesús. El domingo siguiente fue a oír misa a la iglesia de los padres.

Entró en el momento en que subía al púlpito el padre Juan Bautista Carminata, uno de los oradores mejores de aquel tiempo. El sermón cayó en tierra abonada. Bernardino volvió a casa, se encerró en su habitación y no quiso recibir a nadie durante varios días. Hizo los ejercicios espirituales, y a los pocos días la resolución estaba tomada. Dejaría su carrera y se abrazaría con la cruz de Cristo.

Su madre había muerto, Clorinda había muerto. Su anciano padre no tardaría mucho en volar al cielo. No quería servir a los que estaban sujetos a la muerte. Pero, ¿cuándo pondría por obra su propósito? ¿Dónde? ¿No sería mejor esperar un poco?

Un día del mes de septiembre de 1564, mientras Bernardino rezaba el rosario pidiendo a María luz en aquella perplejidad, se vio rodeado de un vivísimo resplandor que se rasgó de pronto dejando ver a la Reina del Cielo con el Niño Jesús en los brazos. María, dirigiendo a Bernardino una mirada de celestial ternura, le mandó entrar cuanto antes en la Compañía de Jesús.

Contaba Bernardino, al entrar en el Noviciado, treinta y cuatro años de edad. Era lo que hoy decimos una vocación tardía. Por eso una de sus mayores dificultades fue encontrarse de la noche a la mañana rodeado de muchachos, risueños sí y bondadosos, pero que estaban muy lejos de poseer su cultura y su experiencia de la vida y los negocios. Con ellos tenía que convivir, y el exlugarteniente del virrey de Nápoles tenía que participar en sus conversaciones y en sus juegos, y vivir como ellos pendiente de la campanilla del noviciado, siempre importuna y molesta a la naturaleza humana. Pero a todo hizo frente Bernardino con audacia y a los tres años de su ingreso en la Compañía se ordenó de sacerdote. Todavía continuó estudiando la teología y al mismo tiempo desempeñó el delicado cargo de maestro de novicios.

En Nápoles permaneció tres años ocupado en los ministerios sacerdotales como director de la congregación, recogiendo a los pillos del puerto, visitando las cárceles y adoctrinando a los esclavos turcos de las galeras españolas. Pero en los planes de Dios era otra la ciudad donde iba a desarrollar su apostolado sacerdotal.

Lecce era y es una población de agradable aspecto. Capital de provincia, a 12 kilómetros del mar Adriático, es el centro de una comarca rica en viñedos y olivares. Sus habitantes son gentes sencillas que se enorgullecen de las antiguas glorias de la ciudad, cargada de recuerdos históricos.

El ir nuestro santo a Lecce fue sin misterio alguno. Desde hacía tiempo la ciudad deseaba un colegio de Jesuitas, y los superiores decidieron enviar al padre Realino con otro padre y un hermano para dar comienzo a la fundación y una satisfacción a los buenos habitantes de la ciudad, que oportuna e inoportuna-mente no desperdiciaban ocasión de pedir y suspirar por el colegio de la Compañía.

Los tres jesuitas, con sus ropas negras y sus miradas recogidas, entraron en la ciudad el 13 de diciembre de 1574. Por lo visto, la buena fama del padre Bernardino Realino le había precedido, porque el recibimiento que le hicieron más parecía un triunfo que otra cosa. Un buen grupo de eclesiásticos y de caballeros salió a recibirles a gran distancia de la ciudad. Se organizó una lucidísima comitiva, que recorrió con los tres jesuitas las principales calles de Lecce hasta conducirlos a su domicilio provisional.

El padre Realino era el superior de la nueva casa profesa. En cuanto llegó puso manos a la obra de la construcción de la iglesia de Jesús y a los dos años la tenía terminada. Otros seis años, y se inauguraba el colegio, del cual era nombrado primer rector el mismo santo.

Desde el primer día de su estancia en Lecce el padre Realino comenzó sus ministerios sacerdotales con toda clase de personas, como lo había hecho en Nápoles. Confesó materialmente a toda la ciudad, dirigió la Congregación mariana, socorrió a los pobres y enfermos. Para éstos guardaba una tinaja de excelente vino que la fama decía que nunca se agotaba. Después de los pobres de bienes materiales, comenzaron a desfilar por su confesonario los prelados y caballeros, tratando con él los asuntos de conciencia.

«Lo que fue San Felipe Neri en la Ciudad Eterna —dice León XIII en el breve de beatificación de 1895—, esto mismo fue para Lecce el Beato Bernardino Realino. Desde la más alta nobleza hasta los últimos harapientos, encarcelados y esclavos turcos, no

había quien no le conociese como universal apóstol y bienhechor de la ciudad».

El Papa, el emperador Rodolfo II y el rey de Francia Enrique IV le escribieron cartas encomendándose a sus oraciones. Tal era la fama de el «Santo de Lecce».

Los superiores de la Compañía pensaron en varias ocasiones que el celo del padre Realino podría tal vez dar mejores frutos en otras partes y decidieron trasladarle del colegio y ciudad de Lecce. Tales noticias ocasionaron verdaderos tumultos populares. En repetidas ocasiones los magistrados de la ciudad declararon que cerrarían las puertas e impedirían por la fuerza la salida del padre Bernardino. Pero no fue necesario, porque también el cielo entraba en la conjura a favor de los habitantes de Lecce. Apenas se daba al padre la orden de partir, empeoraba el tiempo de tal forma que hacía temerario cualquier viaje. Otras veces, una altísima fiebre misteriosa se apoderaba de él y le postraba en cama hasta tanto se revocaba la orden. De aquí el dicho de los médicos de Lecce: «Para el padre Realino, orden de salir es orden de enfermar».

Pasaron muchos años y la santidad de Bernardino se acrisoló. Recibió grandes favores del cielo. Una noche de Navidad estaba en el confesonario y una penitente notó que el padre temblaba de pies a cabeza a causa del intenso frío. Terminada la confesión, la buena señora fue al que entonces era padre rector a rogarle que mandara retirarse al padre Bernardino a su habitación y calentarse un poco. Obedeció el santo la orden del padre rector. Fue a su cuarto y mientras un hermano le traía fuego se puso a meditar sobre el misterio de la Navidad. De repente una luz vivísima llenó de resplandor su habitación y la figura dulcísima de la Virgen María se dibujó ante él. Como la otra vez, llevaba al Niño Jesús en sus brazos. «¿Por qué tiembles, Bernardino?», le preguntó la Señora. «Estoy tiritando de frío», le respondió el buen anciano. Entonces la buena Madre, con una ternura indescriptible, alarga sus brazos y le entrega el Niño Jesús. Sin duda fueron unos momentos de cielo los que pasó San Bernardino Realino. Lo cierto es que, al entrar poco después el hermano con el brasero, le oyó repetir como fuera de sí: «Un ratito más, Señora; un ratito más». En todo aquel invierno no volvió a sentir frío el padre Bernardino.

Llegó el año 1616. La vida del padre Realino se extinguía. «Me voy al cielo», dijo, y con la jaculatoria: «Oh Virgen mía Santísima» lo cumplió el día 2 de julio. Tenía ochenta y seis años, de los cuales la mitad, cuarenta y dos, los había pasado en Lecce, dándonos ejemplo de sencillez y de constancia en un trabajo casi siempre igual.

Muerto el padre, el ansia de obtener reliquias hizo que el pueblo desgarrara sus vestidos y se los llevara en pedazos, lo cual hizo imposible la celebración de la misa y el rezo del oficio de difuntos. Y, así, los funerales de este hombre tan popular y tan querido de todos tuvieron que celebrarse a puerta cerrada y en presencia de contadísimas personas.

Fue canonizado en 1947 por el papa Pío XII.

FRANCISCO ZURBANO, SI

Bibliografía

GERMIER, G., SI, *San Bernardino Realino* (Florencia 1942).

GRANERO, J. M.^a, *Vidas heroicas* (Bilbao 1947).

TESTORE, C., SI, *San Bernardino Realino* (Madrid 1943).

• Actualización:

COMITATO DIOCESANO DI CARPI, *Conosci Bernardino Realino? Il primo santo carpigiano. Fascicolo pubblicato in occasione del 50. di canonizzazione di San Bernardino Realino* (Carpi 1997).

CUGINI, R., *Bernardino Realino* (Castelleone 1977).

GIOIA, M., SI, *La grazia vocazionale in S. Bernardino Realino* (Roma 1970).

— *Per una biografia di San Bernardino Realino S.I., 1530-1616. Analisi delle fonti e cronologia critica* (Lecce 1970).

PADOAN, E., *S. Bernardino Realino* (Modena 1997).

BEATA EUGENIA JOUBERT

Virgen († 1904)

Sobre los ásperos altiplanos del Alto Loira, en Francia, está el pueblecito de Yssingaux, de la diócesis de Puy-en-Velay: tierra de santos. Allí nació Agnès du Langeac, OP (1602-1637), beatificada junto con Eugenia, a la que San Luis M.^a Grignon de Montfort pone como ejemplo de consagración a la Virgen en su *Tratado de la verdadera devoción*. Allí fundó las «Soeurs de Saint Joseph» un pionero de las congregaciones religiosas de vida activa, el P. Jean-Pierre Médaille, SI (1610-1669).

En Yssingeaux se distingue, entre sus habitantes, la familia de Pierre Joubert y Antoinette Celle, acomodados terratenientes. Pierre se ocupa de las tierras. Antoinette es una mujer de fe profunda, siempre dispuesta a socorrer generosamente a los pobres; tienen ya tres hijos, Ernesto, María y Lorenzo, a los que educan en la fe y la caridad cristianas.

El 11 de febrero de 1876, 18.º aniversario de las apariciones de la Inmaculada a la pequeña Bernadette junto al río Gave, la imagen de la Virgen de Lourdes es solemnemente coronada en nombre del papa Pío IX. Suenan todas las campanas de Francia felicitando a María. Algunos creyeron oír el repique antes de tiempo... En las primeras horas de aquel día gélido, los Joubert veían nacer su cuarto vástago —aún vendrán cuatro más—: una preciosa niña a la que bautizan esa misma mañana con el nombre de Eugenia. Mamá Antoinette, que la consagra a la Virgen, tan pronto como puede comprender la pequeña le habla de Jesús y María, la enseña a rezar.

Eugenia es un cascabel, tiene la sonrisa pintada en los ojos. Con su madre y los demás hermanitos va con frecuencia a visitar a los pobres, aprendiendo así desde pequeña a ser generosa, a darse. Le encanta jugar. A veces es caprichosa, pero se cura viendo que en casa hay hermanos más pequeños en los que fijarse. A los cinco años, en 1881, es enviada al colegio de las Ursulinas de Monistrol, donde ya estaba María, su hermana mayor, a la que toma como modelo. Tienen entre las religiosas una tía que vela solícita por sus sobrinitas. En aquella escuela, austera, Eugenia aprende a leer, a escribir y a contar. Estudia con ahínco; se abre su interés a las cosas bellas. Pero la tía ve que María, que ya tiene nueve años, ha hecho más progresos que Eugenia, y llama la atención a ésta, que promete dócilmente esforzarse más. Las compañeras mayores la recordarán humilde, modesta, amante del orden, la limpieza y la elegancia, buscando siempre el último lugar. Parece portadora de pureza, como una gracia especial de Dios. No obstante las dificultades, es feliz, y un día escribirá: «Conservo de Monistrol recuerdos deliciosos, impresiones imborrables». El recuerdo más bello es el de su primera comunión, después de confirmarse, el 29 de mayo de 1887, y los meses de intensa preparación que la precedieron.

Desde aquel día, Eugenia saborea la intimidad de Jesús, que llena su corazón, perfumándola con una alegría siempre nueva.

«¡Qué perfume me dejó el recuerdo de mi primera Comunión! No olvidaré jamás el bien que me hicieron nuestras buenísimas hermanas de Monistrol, tan maternas».

Y con Jesús Sacramentado, la Virgen María. A una de sus hermanas pequeñas dará este consejo:

«El secreto para comportarnos como hijos de Dios es vivir como hijos de la Santísima Virgen. Debemos pedirle todos los días morir antes que cometer un solo pecado mortal».

Cuando, a los once años, Eugenia salga del colegio de Monistrol, estará impregnada de fe, de oración, de alegría. Su secreto es el amor sin límites a Jesús y la confianza filial en María. Guiada por ellos, iniciará un camino de perfección.

Durante las vacaciones, retorna a su casa. En Yssingeaux, entre los suyos, vive al estilo de Monistrol. Los pobres, en los que su madre le enseñó a ver la imagen de Cristo, son sus predilectos. Cuando, una vez a la semana, los menesterosos van al hogar de los Joubert a recibir su limosna, Eugenia es la primera en colaborar con su madre para atenderlos. Enseña a rezar a sus hermanitos, de los que su preferido es el pequeño Wilfredo, quien, años después, conservará como un tesoro el rosario de Eugenia, aquel con el que ella le hacía postrarse ante la imagen de la Virgen.

Después de los estudios elementales, mamá Antoinette lleva a Eugenia al Colegio de las Hermanas de San José en Yssingeaux, donde estará un año. Las maestras tardan poco en apreciar que se les ha confiado una niña diferente a las otras. Y, según los métodos educativos de aquel tiempo, a veces la prueban acusándola de culpas que no ha cometido. Eugenia no se defiende, no abre la boca. Cierta día —cuentan— un grupo de compañeras cree ver circundando la cabeza de Eugenia una luz extraña, una especie de aureola.

Del de San José, pasa al colegio de Santa María en Le Puy, para completar su instrucción humanística. Sus condiscípulas allí nos han transmitido de ella este retrato:

«No mostraba preferencias por nadie, era igualmente cortés con todas nosotras. No criticaba nunca. En la capilla rezaba como

un ángel. Era siempre cuidadosísima de su persona. Tenía siempre un orden perfecto en su pupitre, en sus libros y cuadernos. Si alguna compañera impertinente venía a importunarla, ella no se alteraba nunca. Cuando íbamos de paseo, nos dábamos cuenta de que, a escondidas, muchas veces daba su merienda a un niño pobre. Muchas alumnas se hacían dispensar de levantarse temprano. Eugenia, en cambio, participaba todas las mañanas en la Santa Misa y la meditación que la precedía. Cuando hablaba de la Virgen, parecía tener el cielo en sus ojos».

Para entonces, ya no era una niña, sino una hermosa y gentil jovencita, con un atractivo irresistible, con una pasión en su interior: amar a la Santísima Virgen, imitarla, para ser agradable a Jesús. El Rosario es su oración predilecta. Cuando quiere obtener un favor especial, lo reza completo durante nueve días, ofreciendo a María, además, cinco sacrificios, los más costosos para ella. Y la Virgen le responde siempre. El amor a Jesús y a María es para ella la fuente de un gozo inexhaustible.

Con un grupo de alumnas ingresa en las «Hijas de María», consagrándose más íntimamente a la Madre de Dios. Enseguida la eligen presidente de la asociación mariana, porque, sin pretenderlo, con su rica personalidad, tiene un gran ascendiente sobre sus compañeras. El secreto de su atractivo es su alegría. Posee un excelente humor, es el alma de las fiestas y comedias. Muy comunicativa, contagia fe y bondad. Cuando alguna en el colegio se siente sola, acude a Eugenia. Ella disimula los defectos de las demás y pone de manifiesto sus cualidades, sembrando así paz y unión. Alguna dirá: «La sonrisa de Eugenia diciéndome que la Virgen estaba contenta conmigo, era mi mejor recompensa».

Los días de Eugenia están llenos de pequeños y grandes gestos de amor. Un amor verdadero, que se da y se sacrifica por el otro, sin buscarse a sí mismo. Sabe ser amiga de verdad, desde este presupuesto: «Debemos amarnos en Dios y para Dios». Un día —tiene 16 años— le preguntan quiénes son sus mejores amigas. Ella responde con el nombre de dos niñas de 5 y 6 años. De ellas no podía esperar nada a cambio, podía amarlas gratis.

Eugenia es toda una señorita, inteligente y culta, entusiasta y vital, con un corazón afectuoso y ardiente y... con su elección hecha. Ha entregado el corazón entero a Jesús, su único Ama-

do. Cuando sus compañeras hablan del futuro, de ideales y planes, e intentan hacerla hablar, Eugenia sonríe y calla.

Al cabo de tres años en el colegio de Le Puy, Eugenia vuelve a Yssingaux, con su familia, donde ayuda a su madre en las tareas domésticas y cuida de sus hermanos pequeños. Va al hospital a hacer compañía a los enfermos, en quienes ve a Jesús paciente. Siente cierta «envidia» de las religiosas, esposas del Señor... Reúne a los niños más pobres y abandonados del pueblo para enseñarles las oraciones y el catecismo. El vicario parroquial tiene una ayuda inestimable en Eugenia, de la que dice:

«Era un modelo de piedad, de virtud, de carácter. Dotada de excelentes cualidades, era sin embargo de una sencillez y modestia encantadoras. Fue mi primera catequista voluntaria. ¡Ayudó tanto en la parroquia!».

Las hermanas de Le Puy ambicionan una novicia como Eugenia, pero ella dice: «Aún no he deliberado nada. Busco el lugar donde Jesús desea que yo fije mi tienda...». El padre, que intuye su proyecto, se opone con fuerza: su hija mayor, María, ha ingresado hace algún tiempo en las Hermanas de la Santa Familia del Sagrado Corazón. Se trata de una reciente congregación, fundada en 1888 por la joven Adelaide Melin y el jesuita P. Rabbussier. La primera comunidad se había instalado en el monte Anis, que domina la ciudad de Le Puy, donde se levanta una antigua basílica a la Virgen, y una estatua colosal de Notre Dame de France, sobre la roca Corneille. En 1890, el papa León XIII bendice al naciente Instituto y a sus primeros miembros, cuyo carisma será la catequesis, especialmente de los niños más pobres y abandonados, y una profunda vida interior. Eugenia siente que algo la atrae al monte Anis. No es sólo el afecto por su hermana, sino el reclamo de *aquel* que la ha fascinado y la posee. Cuando va de visita, conoce el estilo de vida de la comunidad y descubre la presencia dulce y penetrante de Jesús como en la Familia de Nazaret. Se siente, ella también, en familia.

La fundadora, ahora M. M.^a Ignacia, ha buscado una casa de retiro para las hermanas a once kilómetros de Le Puy, en el campo, junto a Coubon. Es un lugar delicioso al que han llamado «La Darne Sainte Marie». En octubre de 1893, Eugenia pasa allí unos días de retiro, con su hermana, y escribe entusiasmada a su madre:

«¡Si supieras qué bien se está aquí! Es la antesala del cielo... El buen Dios no ha podido escoger mejor morada para su pequeña Santa Familia del Sagrado Corazón. Esta soledad cautiva mi alma, querida mamá. Estoy muy contenta de encontrarme con mi amada María que está, por así decir, ¡sobrehumanizada! Estamos juntas buena parte del día y, cuando nos dejamos, me parece sentirme mejor: ¡ella me habla tan bien de Dios! Pero no creas por esto que adopte el tono o el aspecto de un predicador. En medio de nuestras conversaciones, a veces nos entra una risa imparable...».

Tiene casi 18 años: la edad del amor, de la vida. Eugenia escribirá:

«Desde la infancia, mi corazón, aunque pobre, hosco y terrenal, buscaba en vano saciar su sed de amor. Quería amar, pero sólo a un Esposo bello, perfecto, inmortal, cuyo amor fuese puro e inmutable. Oh, María Santísima, Tú me has dado a mí, pobre gusanillo, el más hermoso de los hijos de los hombres, tu Divino Hijo Jesús».

El 2 de julio de 1895, fiesta entonces de la Visitación de la Virgen, Eugenia ha ido a La Darne para la toma de hábito de una joven religiosa. En un largo coloquio, abre su corazón al P. Rabussier, que la ilumina y le descubre el designio de Dios sobre ella. Tras superar la oposición de su padre, que sueña para ella ventajosos matrimonios, Eugenia, acompañada de su madre, llama a las puertas de La Darne para hacerse religiosa. Es la tarde del 6 de octubre de 1895. Las hermanas cantan las primeras Vísperas de Nuestra Señora del Rosario. Al darle el abrazo de despedida en la puerta del convento, su madre, traspasada de dolor, le dice heroicamente: «Eugenia, yo te entrego al Señor. Tú no te vuelvas nunca atrás: ¡hazte santa!». Realmente, desde aquel día, Eugenia no tendrá otro empeño que dejarse hacer santa por Jesús y María. Aquella noche escribe en su cuaderno, que ha titulado «María y yo»:

«¡Oh gracia de las gracias! ¡Estar admitida en la Santa Familia de Jesús, María y José, en esta casa de fervor, donde Jesús es el único Rey, donde María es la Señora de todos los corazones, donde cada miembro de la familia no tiene otra ambición que la de ser el más obediente, el más humilde; donde el *Cor unum* y la caridad son sagrados; donde se prodiga la más pura doctrina del Evangelio y de la Iglesia! ¡Oh, Jesús, María, mi buen Padre, santa familia, San Ignacio, gracias!».

Desde el inicio de su postulantedo, admira a todas las hermanas el recogimiento de Eugenia, que se ha propuesto vivir de fe para crear una amada soledad en el fondo de su corazón. Toda su vida se concentra en Jesús. Hasta las religiosas mayores la toman como modelo. En la capilla, su continente es angelical. Ora con todo su ser. Todo su porte exterior revela un alma empapada de Dios, apartada de todo lo extraño a la vida sobrenatural. «¿A qué he venido al convento —se pregunta con frecuencia— sino a ser santa?». Es heroico el desprendimiento que manifiesta con su hermana carnal, no demostrando ninguna preferencia por ella. Cuando trasladan a María a otra casa, Eugenia siente que se le desgarran el corazón, pero se dice: «Jesús solo cuenta. Jesús solo basta. Jesús solo es todo». Aunque en el postulantedo tiene permiso para levantarse media hora más tarde, decide levantarse, como todas, a las cinco. En todo obra venciendo su propio natural. Cuando la cocinera debe ausentarse, Eugenia, aunque le cuesta mucho, se ofrece para hacerse cargo de la cocina, renunciando así a la recreación comunitaria, el único momento de expansión de la jornada. Al ofrecer estas renunciaciones, pequeñas sólo en apariencia, anota en su diario:

«Combatir el egoísmo con la generosidad. ¡Más amor, más sacrificio! No pensar en mí misma, sino sólo en los Corazones de Jesús y María. Nunca es pequeño lo que solicita el amor».

La abrasa la sed de imitar a Jesús humillado. Cuando es reprendida por algún error o equivocación, calla y sonríe, aunque sepa que la culpable es otra hermana. Entonces, su rostro aparece aún más luminoso, porque ama la humillación, la desea, busca hacerse pequeña para atraer la mirada amorosa de Jesús.

El 13 de agosto de 1896, fiesta de su querido San Juan Berchmans, Eugenia recibe el santo hábito de manos del P. Rabussier, y exclama:

«Ancilla Christi sum! Que de ahora en adelante mi corazón, blando como la cera, sencillo como el de un niño, se deje revestir, con obediencia ciega, de la Voluntad Divina, sin oponer más resistencia que la de querer ofrecerse más y más».

Desde la primavera de 1897, el noviciado de la Santa Familia se trasladó a Saint-Denis-sur-Seine, en el antiguo Carmelo donde se santificó Luisa de Francia. Allí, Sor Eugenia es destinada a

la lavandería y la farmacia, y encargada de la limpieza de la capilla y de una sala común. Mucho trabajo, que la hermana a cuyas órdenes estaba la novicia encontraba siempre hecho. «Para sí misma soportaba todo; a las demás no nos hacía soportar nada». Cuando al poco tiempo es nombrada ayudante del noviciado, se reserva la parte más penosa en todo, por eso puede enseñar a sus connovicias:

«No hemos de hacer menos por el Señor que por alguien del mundo que nos visita. ¿Cómo podemos soportar el menor desorden en nuestra celda, donde Nuestro Señor se digna entretenerse con nosotras en la oración?».

El 8 de septiembre de 1897, sor Eugenia se consagra a Cristo con los santos votos. El P. Rabussier, en el sermón de la ceremonia, traza para ella el itinerario de la infancia espiritual. Será el camino de la breve existencia de Eugenia. Precisamente en aquellos mismos días está concluyendo, en el Carmelo de Lisieux, la breve pero intensísima vida terrena de sor Teresa del Niño Jesús, que muere el 30 de septiembre después de haber recorrido su «caminito» de infancia, de confianza, abandono y amor. No parece sino que sor Eugenia viniera a continuar por algunos años este «caminito» sobre la Tierra, como una pequeña hermana y heredera de Santa Teresita.

Como profesa temporal, inicia un período de estudio y apostolado. Es destinada a la casa de Aubervilliers, junto a París, donde el año anterior siete hermanas habían ido, a requerimiento del párroco, a ser apóstoles del catecismo en medio de una población obrera, manipulada por la prensa impía y la propaganda socialista. Allí Eugenia es encargada de la catequesis de los niños. Será felicísima. No tiene más que un deseo: «Ser una sola cosa con Jesús, ser otro Jesús, ser pequeña, pequeñísima, para adentrarme en el Corazón de María». Buscará en todo la obediencia, la soledad, la crucifixión del corazón, la humildad. «La obediencia es el fruto de la humildad y su forma más verdadera...». Pasará por la terrible prueba de creerse separada de Dios, cuando en realidad está llena de él, y por eso lo irradia.

Ante la creciente descristianización a lo largo del siglo XIX, la Iglesia siente la urgencia de evangelizar con la catequesis. No sólo eran los Papas; el mismo Presidente de la República Fran-

cesa, Adolfo Thiers, había dicho en la Asamblea Nacional: «Es necesario retornar al catecismo».

Sor Eugenia se dedicará a catequizar a los niños más difíciles, a los más pobres. Algunos días el grupo es de 70 u 80, a los que Eugenia, con la delicadeza de una madre, explica la doctrina, repitiéndola con paciencia una y otra vez hasta que la aprenden. A menudo se trata de niños de la calle, que no tienen ninguna ayuda de la familia. Muchos son hoscos, maleducados, rebeldes, sin interés. Eugenia, empero, ejerce sobre ellos una suerte de mágica atracción. Su hermana, sor María, responsable de las catequesis, se admira del ascendiente de Eugenia sobre estos pilluelos indomables. Su secreto es la fidelidad. Fidelidad a Dios, a la oración. Al pie del Sagrario se propone: «Dulzura con los niños. Cuando alguno más turbulento provoque mi impaciencia, pensaré en la dulzura y la paciencia de Jesús para conmigo, no obstante mis infidelidades». Prefiere a los más infelices y desafortunados, a los ininteligentes con los que ha de ocuparse más tiempo, sin apenas resultados. Los prepara con paciencia y bondad sin límites a la primera confesión y comunión. A veces, con los niños más retrasados, ha de repetir cientos de veces el mismo argumento, siempre con la misma incansable dulzura, mientras mira de tanto en tanto la imagen de la Virgen: «Mi buena Madre, ayúdame a enseñarles».

A un muchacho semiparalítico y descreído que vive con sus padres en un mísero granero, ella lo acoge y lo prepara con una dedicación que asombra al mismo chico, cuyo corazón se abre a la fe. El párroco de Aubervilliers se admira ante la obra de la pequeña religiosa. Otro joven, de capacidades limitadas, es conquistado por sor Eugenia de tal modo que se hace apóstol entre sus compañeros; reúne a los chicuelos callejeros en su casa para hablarles de Jesús y María. Su discípula Margarita, transformada por la catequesis de Eugenia, llega a convertir a una vecina protestante.

Después de Aubervilliers, sor Eugenia es trasladada a Le Puy y más tarde, en 1898, a La Darne Sainte-Marie. De allí, en 1901, a Liegi. En marzo de 1902 tiene el primer vómito de sangre, pero el médico no juzga grave el episodio. Tras un breve reposo, reemprende su actividad catequística. En junio emplea

sus últimas energías en preparar la fiesta del Sagrado Corazón. Llega a todo, incluso a los adornos, las flores, la procesión del Santísimo. Al fin de la jornada está agotada; la enfermera le ordena meterse en cama. El médico constata que sus pulmones están gravemente dañados; es llevada a la enfermería, donde queda sometida a la más completa inacción, que ella acepta con filial confianza en Dios: «Mi vocación no es sólo de vida apostólica. Es, sobre todo, de vida contemplativa. Escondiéndome en el Corazón herido de Jesús, respondo a mi vocación».

Tras algunas semanas de cuidados, mejora un poco, y es enviada a la casa sobre las alturas de Saint-Gilles, junto a Liegi, lugar apacible, de clima benigno en verano, donde es superiora su hermana María. Allí, rodeada de atenciones, se ocupa en pequeñas labores. Desde aquel día del Corazón de Jesús, sor Eugenia parece haber recibido un don especial de amor e intimidad con él, que se intensificará más y más hasta el día de las bodas eternas. Esta unión con Jesús —ella lo sabe— se estrecha en la Cruz. «La Cruz es el don más precioso, la mejor corona. Quiero ser una pequeña hostia que se deja inmolar en silencio, como el Señor quiera, para que él esté contento».

Al final del verano retorna a Saint-Denis, donde el 29 de septiembre de 1902 inicia su retiro anual. Escribe en su diario:

«En estos últimos tiempos he visto un poco la incapacidad, la pobreza, la miseria de mi alma. Pero, considerando la riqueza de un niño entre los brazos y sobre el seno de su madre, he resuelto hacerme como él, y no vivir sino con los ojos, el corazón y la palabra de mi Madre, con espíritu de fe y de obediencia. ¡Aleluya!».

En el invierno de 1902-1903, sor Eugenia mejora inesperadamente. Las superiores, para obtener su curación habían hecho el voto, si sucedía, de llevarla al santuario mariano de la Santa Casa de Loreto. En primavera piensan que ha llegado el momento de cumplir la promesa de la peregrinación, y el 2 de mayo de 1903 llegan a Loreto, desde donde escribe:

«Es imposible describir la impresión que se prueba entre estos muros. Aquí se olvida una de sí misma, no le parece estar en esta tierra, si algún recuerdo se tiene, es el de orar por los que amamos: la Santa Familia del Sagrado Corazón, las queridas hermanas, Francia, ¡las almas!».

Allí siente que Jesús le dice:

«Acércate al fuego de mi amor. Es una ardiente hoguera de luz y de llamas que consumen todo. Es el fuego abrasador de Nazaret. Es mi Sagrado Corazón. ¿Quieres seguirme en mi vida de pobreza y amor de Nazaret?».

Finalmente llega a Roma, donde su congregación está fundando una nueva casa, en cuya comunidad Eugenia será sembradora de alegría, además de cronista. Es recibida en audiencia por León XIII, ya anciano de 93 años, al que Eugenia, fiel hija de la Iglesia, aclama con todas sus fuerzas. «¿Por qué el mundo entero —escribe a la madre general— no se postra ante el Vicario de Cristo?». Pocas semanas después, el 20 de julio de 1903, participa del luto por la muerte del Papa. Y el 4 de agosto, se alegra por la elección de Pío X. En ambas ocasiones asiste en San Pedro a los funerales del Pontífice difunto y a la coronación del nuevo.

A finales de agosto, sor Eugenia se agrava para no recuperarse más. En octubre vuelve a peregrinar a Loreto, donde las superioras la invitan a pedir el milagro de su curación, que no llega. De la santa casa se lleva el deseo de unir sus dolores a los del Redentor. Un médico no creyente había exclamado al verla: «Una persona así no debería morir nunca». De regreso en Roma, no se levantará del lecho, difundiendo paz y alegría en torno suyo. Habla ya sólo de Dios y de su amor. Ante una imagen del Niño Jesús exclama: «¡Oh, qué hermoso! Pero, sobre todo... ¡qué pequeño!». Jesús era su modelo. Su empeño, hacerse pequeña, ofrecerse con amor total, como Jesús, contemplado en su infancia y en su Pasión redentora, máxima expresión del amor de Dios.

En los meses siguientes sor Eugenia sufre, ora, se ofrece. Se hace hostia con Jesús hostia. Tiene sed de sacrificarse por él, su único amado. Los médicos creen que no podrá soportar el verano de Roma; es mejor volver a Liegi. El 6 de mayo de 1904 Eugenia, acompañada de una hermana, parte de Roma para retornar a Saint-Gilles. En el viaje, que califica de «delicioso», debe cambiar de tren cinco veces en poco tiempo. Ya en Saint-Gilles, sus días transcurren serenos, transidos de oración. Asistida por las hermanas, tiene con ellas mil delicadezas. Vive su último mes

de mayo como una ofrenda silenciosa a su Esposo, con María. El día de Pentecostés pide al Espíritu Santo el don de sabiduría que le enseñe a ser pequeña, a ser nada. El 13 de junio, onomástico de su madre, le escribe: «Ya no sé hablar más que del cielo».

El 18 de junio se acuesta para no levantarse más. Los vómitos de sangre se suceden, incesantes. Le llevan su querida imagen del Niño Jesús. Ella lo mira, murmurando: «Todo por ti, mi pequeño Jesús, todo por ti, hasta el último aliento». A causa de la insistente tos, casi no puede hablar. Su oración es continua. El día 26 parece gravísima, recibe la unción de enfermos.

Sor Eugenia, le dicen, su hora está cercana. Una usted su cruz a la de Jesús.

«Así lo hago continuamente en mi corazón. Sufrir sin él no sería posible».

¿Sufre usted mucho?

«Terriblemente, pero estoy contenta. Sufro por el Corazón de Jesús y le pido la gracia de procurar su gloria con todo lo que tengo y lo que soy, con mi vida y con mi muerte».

Recita el *Benedicite*, invitando a todas las criaturas a alabar al Señor. Pide perdón a todas las hermanas, y a la superiora, su hermana María, la licencia para morir. Como Jesús, obediente hasta la muerte. El primer viernes, 1 de julio, recibe el santo viático. El día siguiente, fiesta de la Visitación, es el aniversario de aquel día inolvidable, 2 de julio de 1895, cuando, por medio del P. Rabussier, sintió la llamada divina a entrar en la Santa Familia del Sagrado Corazón.

«Voy a ser juzgada por el Corazón de mi pequeño Jesús, en los brazos de su Madre. ¿Cuándo, cuándo vendrá?».

Hacia las diez de la mañana, pide que todas, en torno a su lecho, recen las letanías del Sagrado Corazón, que se cante el *Miserere*, el *Te Deum*, el *Magnificat*, la *Salve*. Sor Eugenia está tranquila, en paz. Renueva su holocausto por el Papa, por la Iglesia, por su familia religiosa, por los niños y por todas las almas. Pide que se salven todos los que mueran ese día. Ofrece todo por la gloria del Divino Corazón. Invoca a su Esposo, único amado de su juventud, de su vida:

¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Jesús!

Y se deja caer para siempre entre sus brazos y en su corazón...

Con apenas 28 años, Eugenia había recorrido el caminito de infancia espiritual cuya meta es el cielo. Amortajada, aparecía bella y sonriente como un niño dirigiéndose a una fiesta. Las niñas de la catequesis se acercan a besarla. Su sepulcro, en el cementerio de Saint-Gilles, se convirtió pronto en lugar de peregrinación y plegaria. Su biografía recorrió Francia, Europa, África, el mundo entero. Su intercesión sobre cuantos la invocaban se dejaba sentir. Durante la Primera Guerra Mundial, como su hermana Santa Teresita, se convirtió en el ángel tutelar de los soldados franceses. Humildes y doctos, gentes del pueblo y eminentes hombres de Iglesia expresaban su deseo de que Sor Eugenia fuese propuesta como modelo de santidad. El cardenal español Vives y Tutó, leída su biografía, exclamó: «Es necesario canonizarla».

Su proceso de canonización se abrió en Liegi en 1919. El 9 de junio de 1983, el papa Juan Pablo II reconocía la heroicidad de sus virtudes. Tras el reconocimiento de un milagro obtenido por intercesión de la Venerable, el 11 de diciembre de 1992, fue beatificada en Roma, por el mismo Sumo Pontífice, el 20 de noviembre de 1994, solemnidad de Cristo Rey. En su homilía, el Santo Padre dijo, refiriéndose a la nueva beata:

«Es un vivo ejemplo de la acción de Dios en un corazón humano. También en ella, la educación cristiana fue decisiva para la acción futura. Dos años antes de su muerte, al fin de una breve existencia consagrada a la catequesis de los pequeños, dejó salir este grito de su corazón: “Quiero ser como un niño pequeño en brazos de su madre”.

El reino de Dios puede comenzar en el corazón de un niño. Sor Eugenia lo comprendió y por eso ponía tanto cuidado en preparar a los más jóvenes a la primera confesión y comunión. Cada uno, desde sus primeros años, está llamado a dar testimonio de la Verdad.

Incesantemente, la Iglesia nos recuerda la palabra del Señor: “Dejad que los niños vengan a mí” (Mt 19,14), porque sabe que el más pequeño, por pobre que sea, no es indiferente para Dios. Todos son llamados a su reino, y los santos nos preceden y nos muestran el camino».

Bibliografía

- DANIEL-ROPS, *Storia della Chiesa*, VI (Torino-Roma 1969) t.II.
 DECHAUD, M., *Eugénie Joubert. 28 ans de sourire* (Le Puy-en-Velay 1994).
 RISSO, P., *Eugénia Joubert. Una giovane vita per Gesù* (Leumann, Torino 1994).
 — *Beata Eugénia Joubert. Nuova epopea di fortezza* (Roma 1997).
 SAINTE FAMILLE DU SACRÉ COEUR (ed.), *Soeur Eugénie Joubert* (París 1911).
 UNA RELIGIOSA DELLA CONGREGAZIONE, *Un'epopea di fortezza. Suor Eugénia Joubert* (Roma 1928).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

*SANTOS LIBERATO, BONIFACIO, SERVO, RÚSTICO,
 ROGATO, SEPTIMIO, MÁXIMO*
 Mártires († 484)

Este martirio se sitúa en la campaña anticatólica desplegada por el rey Hunerico en el África septentrional. Esta campaña le fue pedida por el obispo arriano Cirilo. Entre los varios monasterios que fueron molestados se encontraba el de Gafsa, en la Bizacena. Siete monjes del mismo fueron detenidos: el abad Liberato, el diácono Bonifacio, los subdiáconos Servo y Rústico, los monjes Rogato, Septimio y Máximo, que era un adolescente todavía. Una vez presos, fueron llevados a Cartago.

La intención era que los monjes abandonasen el catolicismo y se hiciesen arrianos, bautizándose de nuevo, a lo que los monjes se negaron. Encerrados en la cárcel, apenas se les dio de comer esperando se rindiesen por el hambre. Pero los católicos pudieron pagar a los guardianes y llevarles algún socorro.

Vista la negativa de los monjes a adoptar el arrianismo, dio orden Hunerico de que fueran llevados a una nave y ésta fuera incendiada. Y, en efecto, se sacó a los monjes de la cárcel y se les llevó hasta el puerto, les acompañaba una verdadera multitud de católicos que los animaba a perseverar hasta el martirio. Se insistió al joven Máximo que al menos él se hiciera arriano y salvara su vida, pero fue en vano porque él y sus compañeros se mostraron firmes en todo momento. Atados a haces de leña o a troncos, se les intentó quemar, pero al no producirse llamas en forma suficiente los remataron a golpes de remo. Tiraron sus cuerpos al mar, que las aguas llevaron a la orilla, de donde los

recogieron los católicos y los llevaron triunfalmente a enterrar en un monasterio. Era el 2 de julio del año 484.

BEATOS JUAN Y PEDRO BECCHETTI DE FABRIANO

Presbíteros († 1420 y 1421)

Llamados también Juan y Pedro de Fabriano por ser éste el sitio de su nacimiento en Las Marcas. Eran parientes.

Juan vistió el hábito religioso de ermitaño de San Agustín en su propio pueblo natal, pasando luego al convento de Rímini, donde se acreditó como profesor, y en 1385 fue enviado a la Universidad de Oxford, donde además de enseñar consiguió el doctorado en teología. Vuelve a Italia y en 1392 es nombrado regente del estudio agustiniano de Perusa, pasando luego a Fabriano. Fue un estimado escritor de obras filosóficas, teológicas y escriturísticas y tuvo también buena fama como predicador. Murió el año 1420.

Pedro se hizo religioso de la misma Orden en Fabriano, pasando luego a Rímini como lector, y en 1391 a Venecia. Estimado como orador sagrado, propagaba la devoción a la pasión del Señor. Esta devoción le llevó a visitar los Santos Lugares en 1393 y a su vuelta, ayudado por Juan, edificó una capilla en el claustro del convento de Fabriano que dedicó al Santo Sepulcro y tuvo mucha devoción popular. Murió en 1421.

El culto que se les empezó a dar a raíz de su muerte lo confirmó el papa Gregorio XVI el 28 de agosto de 1835.

3 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de Santo Tomás Apóstol, que se cree evangelizó en la India († s. I) **.
2. En Laodicea de Siria, San Anatolio († s. III), obispo.
3. En Bicia (Tracia), San Memnón († s. III), centurión y mártir.
4. En Mesia, santos Marcos y Mociano († s. IV), mártires.

siguiera para transformarle en pescador de almas. Es de creer que, al oír la llamada de Jesús, lo abandonara todo y le siguiera, porque es muy probable que perteneciera él a aquel numeroso grupo de auténticos israelitas que sentían llamear en su corazón los ideales religiosos y mesiánicos, avivados por la esperanza de la llegada inminente del Mesías, que debía restablecer el reino de Israel. Por lo que nos deja adivinar el evangelio de San Juan, en las contadas ocasiones en que señala algún hecho o refiere algún diálogo en que interviene Santo Tomás, deducimos que nuestro apóstol era de modales poco refinados y amigo de soluciones tajantes, rápidas y expeditivas. Pero junto a esta brusquedad y rudeza tenía un corazón impresionable y sensible, demostrando repetidamente un amor extraordinario y una lealtad sin límites hacia su divino Maestro, que exteriorizaba con brutal franqueza. De ahí que, en justa correspondencia, profesara Jesús hacia él un afecto especial, como se lo demostró al aparecerse por segunda vez a sus apóstoles reunidos en el Cenáculo con el fin de quitar de los ojos de Tomás la venda de la incredulidad, que amenazaba cegarle, diciéndole en tono amistoso: «No hagas el incrédulo, que no te conviene».

De este amor y lealtad de Tomás hacia Cristo tenemos un fiel testimonio en su primera intervención que recuerda el Evangelio (Jn 11,1-16). Crecía la animosidad del judaísmo oficial contra Jesús, y se buscaba una ocasión propicia para quitarle silenciosamente de en medio. Todas estas maquinaciones conocías Jesús, y por ello, con el fin de ponerse al abrigo de toda asechanza, se retiró a la región de Perea. Conocían su paradero las hermanas de Lázaro, que le mandaron un recado con la noticia de que Lázaro, su hermano, estaba enfermo. A pesar de esta alarmante noticia permaneció Jesús dos días más en el lugar en que se hallaba, pasados los cuales dijo a sus discípulos: «Vamos otra vez a Judea». La noticia desconcertó a los apóstoles, que recordaban el atentado que pocos días antes tuvo Jesús. Rabí —le dicen—, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá? Cristo les responde que nada adverso sucederá en tanto que no llegue la hora decretada por el Padre, añadiendo: «Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle». A estas palabras se acogen los discípulos con el fin de disuadirle

del viaje a Judea. Sabían cuánta era la amistad que mediaba entre Jesús y la familia de Lázaro, y no dudaban de que, en caso de grave enfermedad, acudiría Jesús junto al lecho de su amigo. Pero, al anunciarles sin tapujos que Lázaro había muerto, callaron todos, consternados por la muerte de un amigo entrañable y por conjeturar que aquel triste desenlace empujaría a su Maestro a ir a Betania, situada junto a los muros de la ciudad de Jerusalén, donde, pocos días antes, los judíos juntaron piedras para apedrearles. Sólo Tomás rompió el silencio para increpar a sus compañeros de apostolado, reprochándoles implícitamente su cobardía y falta de fidelidad a su Maestro. «Vamos también nosotros a morir con él», dijo Tomás. En sus palabras, concisas y tajantes, se encierra una idea profunda. No es posible, viene a decir Tomás, que Jesús cambie de parecer y renuncie al propósito de ir a despertar a Lázaro de su sueño de muerte. Por otra parte, sería inconcebible dejarle marchar solo hacia el lugar de peligro, quedando ellos a buen recaudo en la lejana Perea. ¿Qué hacer, pues? No queda, según Tomás, otra solución airosa que acompañarle adondequiera que él vaya, aunque esta lealtad y adhesión pueda acarrearles la muerte.

Aunque el Evangelio no lo diga expresamente, por lo que dejan entrever los textos que hablan de las actuaciones de Tomás, estaba él siempre dispuesto a dar su vida por su Maestro.

En vísperas de su pasión y muerte quiso Cristo celebrar la última cena en compañía de sus discípulos. De sobremesa se entretuvo largamente con ellos, abriéndoles de par en par su corazón dolorido y tratando de tranquilizar a sus amigos ante las perspectivas sombrías de un futuro próximo. Cristo les habló de su inminente partida: «Un poco aún estaré todavía con vosotros; adonde yo voy vosotros no podéis venir». Estas palabras de adiós desgarraron el corazón de sus apóstoles hasta el punto de no poder articular palabra. Jesús infundióles ánimo diciéndoles que la separación no era definitiva porque un día se juntarían todos en la gloria. «En la casa de mi Padre —aseguróles Cristo— hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros. Pues para donde yo voy, vosotros conocéis el camino».

Estas últimas palabras llamaron la atención de Tomás, quien, con los ademanes rudos que le caracterizaban, objetó: «No sabemos adónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?». A lo cual respondió Cristo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí».

Aunque el ánimo de Tomás estuviera abatido por el pensamiento de tener que separarse de su Maestro, no perdía, sin embargo, la esperanza de poder impedir su muerte. Bien sabía él que el verdadero israelita entra por la muerte en la paz de Dios, pero la turbación y el afán de hacer algo para salvar a Jesús no le dejaban ahondar en estos misterios. También habría oído en las sinagogas que la palabra «camino», en los profetas (Is 30,11), se toma muchas veces en sentido moral y religioso, pero le ofusca el ansia por conocer adónde quiere marcharse su Maestro, con el fin de alejar los peligros que pudiera encontrar en su camino.

Este rasgo de valentía y fidelidad del apóstol ha sido recogido exactamente por el pincel de Leonardo da Vinci en su cuadro de *La última cena*, en que se representa a Tomás reafirmando a Cristo calurosamente, y con maneras casi agresivas, su fidelidad.

Una vez terminadas sus últimas enseñanzas y exhortaciones, salió Jesús del Cenáculo en dirección a un huerto que estaba al otro lado del torrente Cedrón. Sus apóstoles le acompañaban en silencio, dibujándose en sus rostros la gravedad del momento. Tomás le seguía con la esperanza de salvarle. Pocos momentos antes le había dicho Jesús que él era el camino, la verdad y la vida. Sabrá Cristo, por consiguiente, pensaba Tomás, escoger el camino verdadero para no caer en las asechanzas que le tienden sus enemigos. Además, si algunos exaltados se atrevieran a tocarle, allí estaba él, el robusto marinero, para castigar su atrevimiento.

Pero estas últimas esperanzas se derrumban al divisar el tropel de gentes que acudían a prender al Maestro, y mayormente cuando éste mandó a Pedro que metiera la espada en la vaina, porque deseaba beber el cáliz que le presentaba su Padre. Ante esa actitud de Jesús, un grave desengaño se apodera del ánimo del fornido Tomás, que se pregunta si fue un mito y un engaño el poder que había manifestado Cristo en otras ocasiones. Él,

que esperaba, como sus compañeros, la restauración de Israel y confiaba ocupar un lugar destacado en el nuevo reino, se encuentra de golpe fracasado en su ideal, objeto de escarnio de todos y con la perspectiva de volver a sus redes para ganar el pan de cada día. De ahí que, a pesar de sus bravatas y promesas, al comprobar el prendimiento de su Maestro, huye despavorido en dirección al monte Olivete para internarse en el desierto de Judá o esconderse en casa de alguna familia amiga. Pensaba Tomás que su aventura había terminado; Cristo moriría en manos de sus enemigos. Sería sepultado y desaparecería su memoria para siempre. Tanto Tomás como los otros apóstoles no previeron, ni menos esperaron, la resurrección de su Maestro.

Pasada la tormenta, encontráronse los apóstoles sin pastor, turbados y desconcertados, sumidos en la tristeza y el llanto (Mc 16,10). María Magdalena les anunció que Jesús había resucitado y que se le había aparecido, pero ellos no lo creyeron. ¿Cómo debían ellos dar fe al testimonio de una mujer? Más tarde aparecióse a dos que iban de camino y se dirigían al campo. Éstos, vueltos, dieron la noticia a los demás; ni aun a éstos creyeron (Mc 16,12-15). Los dos discípulos que se encaminaban a Emaús tardaron mucho en rendirse a la evidencia de las pruebas que les presentaba Cristo resucitado (Lc 24,13-35). Cuando los once se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado, aparecióseles Cristo. Viéndole se postraron; pero algunos vacilaron (Mt 28,16-17).

Una ola de escepticismo se había adueñado de los apóstoles y hacían falta pruebas fehacientes para que renaciera en ellos la fe y la confianza en Jesús. Y no tardaron éstas en venir, porque tuvo Cristo compasión de sus amados apóstoles, de dura cerviz y tardos en creer.

Estaban diez de ellos reunidos en el Cenáculo con las puertas herméticamente cerradas por temor de los judíos. De repente se presentó Cristo en medio de ellos y les dijo: «La paz sea con vosotros». Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Jesús les increpó suavemente por su incredulidad, y añadió: «Ved mis manos y mis pies, que soy yo. Palpadme y ved, que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo». Diciendo esto, les mostró las manos y los pies (Lc 24,37-40). Pero

aun con pruebas tan palmarias no creyeron ellos totalmente hasta que Cristo les abrió la inteligencia (Lc 24,45).

Vemos en esta aparición —la misma de que habla San Juan (20,19-25)— que, a pesar de ofrecerles Jesús pruebas tan evidentes de su personalidad, algunos abrigan ciertas sospechas. Quiso la fatalidad que a esta aparición no estuviera presente Santo Tomás, y sería aventurado querer investigar las razones que motivaron su ausencia. Quizá su mismo temperamento independiente, impulsivo y con acentuada personalidad le impelía a no querer mezclarse de nuevo en un asunto que había fracasado. Él, que tanto había batallado para impedir que Jesús cayera en manos de sus enemigos, comprueba ahora que sus esfuerzos fueron inútiles y que la causa de su Maestro se había desvanecido para siempre con la muerte del mismo. Es verdad que oye voces de unos y otros de que Cristo ha resucitado y de que se ha aparecido a algunas personas; pero él quiere pruebas tangibles: exige que se le aparezca como ha hecho con otros —que no fueron tan generosos como él—, que pueda hablarle cara a cara y palparle.

Sus compañeros de apostolado, entusiasmados, contaron a Tomás que habían visto a Cristo, que le habían tocado y comido con él. Tomás, en el fondo, quiere dar fe a su testimonio, pero responde con una negación fría a su narración entusiasta. No merece ni quiere sufrir la humillación de ser él el único del colegio apostólico que no vea al Maestro resucitado, y de ahí sus protestas de que no creerá en lo que le dicen hasta que lo vea y toque él personalmente. Es curioso ver cómo cada vez sus exigencias van en aumento: quiere ver con sus propios ojos la señal o marca dejada por los golpes y tocar la herida. «Si no veo en sus manos la señal de los clavos y meto mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré» (Jn 20,25).

No podemos afirmar que Tomás dudara formalmente de la resurrección de Cristo; más bien cabe suponer que sus exigencias ante los otros apóstoles van encaminadas a obligar a Cristo a que se le aparezca a él personalmente en premio de la fidelidad que siempre le demostró en vida. Y al formular tales pretensiones abraja en su interior la esperanza de que Jesús no se negará a ellas.

Y no podía menos de acudir Jesús al llamamiento de su apóstol. En efecto, a los ocho días estaban reunidos de nuevo los apóstoles en el Cenáculo y con ellos Tomás. Las puertas, como la primera vez, estaban cerradas. Cristo se apareció y saludó a los presentes, diciéndoles: «La paz sea con vosotros». Luego dijo a Tomás: «Alarga acá tu dedo, y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino fiel» (Jn 20,26-27). Cristo conocía las condiciones puestas por su discípulo para creer en él y se sometió gustoso a que Tomás haga la experiencia de distinguir entre un fantasma y un cuerpo viviente. No es de suponer que Tomás hiciera uso de la autorización que le hacía el Maestro. Su reacción ante las palabras de Jesús fue la de reconocer la divinidad de Jesús: «¡Señor mío y Dios mío!». Trátase de una confesión de fe completa. Nadie en el Evangelio le había dado este título, que él había reivindicado con términos precisos. Jesús mira al corpulento e impulsivo Tomás humillado a sus pies y con una sonrisa beatífica le reconviene, diciendo: «¿Crees ahora o no?». Tomás creyó por haber visto a Cristo; pero dichosos los que sin ver creyeron. Después de los apóstoles vendrán otros que no han contemplado la humanidad gloriosa de Cristo. A ellos se dirige elogiosamente Jesús.

Las futuras generaciones compensarán por el ardor de su fe lo que les faltará de presencia real. El evangelista San Juan quiso cerrar su evangelio con el episodio de Tomás. La escena que él cuenta después de ésta, la aparición de Jesús en el mar de Tiberíades, es sólo un apéndice que añadió más tarde. La respuesta final de Jesús había de ser como un amén poderoso que había de resumir todo el Evangelio y había de resonar a través de todos los siglos en el alma de los creyentes: «Porque me has visto has creído, Tomás. Bienaventurados los que no vieron y creyeron».

Con una simple mención en el relato de la pesca milagrosa (Jn 21,2) y la consignación de su nombre en la lista de los apóstoles reunidos en el Cenáculo después de la Ascensión (Hch 1,13), desaparece Tomás de los anales de la historia para adentrarse en la enmarañada selva de la leyenda. Su paso fugaz por el escenario de la historia fue provechoso para nosotros, hasta

el punto que San Gregorio el Grande no vacila en afirmar que «más beneficiosa fue para nuestra fe la incredulidad de Tomás que la fe de los apóstoles que fácilmente creyeron» (*Hom. in Evang.* 26,7).

El apóstol enérgico y valiente sentía cómo su corazón ardía en llamas por el deseo de predicar a las gentes la buena nueva del Maestro, a quien tanto amó en vida y que, después de muerto, vio con sus ojos y pudo tocar con sus manos. La atmósfera que se respiraba en Palestina era tan hostil a Cristo que hubiera sido arriesgado organizar allí un plan sistemático de apostolado. Algunos de los apóstoles fueron encarcelados o llevados a los tribunales, prohibiéndoseles predicar la doctrina de Cristo. En estas condiciones era mejor emigrar hacia los pueblos de la gentilidad. El cristianismo no era una secta como cualquiera otra de las que existían por aquel entonces en el seno del judaísmo, sino un movimiento universalista encaminado a ganar para la doctrina de Cristo a todos los hombres de buena voluntad. La estrella nacida en Belén debía alumbrar a todo hombre que viene a este mundo. A los judíos, como depositarios de la revelación primitiva, pertenecían las primicias del apostolado cristiano: pero, a causa de su obstinada ceguera, fueron ellos preteridos a los pueblos que vivían en las tinieblas y en medio de las sombras de la muerte.

Santo Tomás emprendió el camino de la gentilidad; sabemos que salió de Palestina, y las tradiciones aseguran que marchó hacia Oriente, a las tierras por donde sale el sol, para anunciarles que otro sol más radiante y vivificador había nacido en tierras de Palestina. Desde muy antiguo tomó cuerpo la tradición de que fue Tomás el apóstol de los partos, medas y persas, territorios que actualmente corresponden al Irak, Irán y Beluchistán. Otras tradiciones extienden hasta la India el campo de su apostolado, adonde llegó por el llamado «camino de la seda», que atravesaba la Persia, el Pakistán y el Tíbet. Se dice que su apostolado fue muy fructífero debido a su predicación y a la multitud de milagros que obró en confirmación de su doctrina. Una tradición siria llama a Santo Tomás «rector y maestro de la Iglesia de la India, fundada y regida por él». Sin embargo, los cristianos del Indostán, conocidos por el nombre de cristianos

de Santo Tomás, que habitan el Malabar y pertenecen a la Iglesia siria, tienen probablemente su origen de un misionero nestoriano llamado Tomás. En la Iglesia malabar se canta en las lecciones litúrgicas en honor del Santo:

«Por las fatigas apostólicas de Santo Tomás llegaron los chinos y los etíopes al conocimiento de la doctrina de Cristo. Por Santo Tomás fueron bautizados y se hicieron hijos de Dios. Por Santo Tomás el reino de Dios llegó hasta la China».

En el libro de las *Actas* atribuidas al apóstol se refieren fantásticas aventuras referentes a su ida a la India y a sus trabajos allí como arquitecto real.

El Breviario romano dice que el santo fue martirizado en Calamina, ciudad que no se ha identificado todavía. Parte de sus reliquias fueron trasladadas a Edesa, en cuyo lugar se mostraba su sepulcro, según testimonio de escritores cristianos antiguos. San Juan Crisóstomo enumera la tumba de Santo Tomás entre los cuatro sepulcros de los apóstoles (San Pedro, San Pablo, San Juan) cuyo emplazamiento puede identificarse. De Edesa sus reliquias fueron trasladadas a la isla de Quíos y de ahí pasaron a Ortona, donde se veneran actualmente.

La tradición ha atribuido a Santo Tomás un evangelio de carácter gnóstico, que se ha perdido. El actual *Evangelio de Santo Tomás*, también apócrifo, refiere numerosas y fantásticas leyendas en torno a la infancia de Jesús. También se le han adjudicado el libro de las *Actas de Santo Tomás* y un *Apocalipsis*, condenado por el papa Gelasio I a fines del siglo v.

Nunca admiraremos bastante la recia figura de Santo Tomás, quien, bajo unos modales toscos, escondía un alma noble, generosa, impresionable, amante de Jesús, confesor de su divinidad y su apóstol abnegado. En vez de hacer hincapié en su incredulidad, más bien afectada que real, debemos ahondar en el conocimiento de sus excelsas virtudes para confirmarnos en nuestra condición de soldados de Cristo.

LUIS ARNALDICH, OFM

Bibliografía

BONNET, M. (ed.), *Acta Thomae. Graece partim cum novis codicibus contulit partim primus edidit latine recensuit praefatus est indices adiecit* (Leipzig 1883).

HOPHAN, O., *Los apóstoles* (Barcelona 1957).

ROSENMÖLLER, M., *Die Apostel Jesu* (Leipzig 1821).

VIGOUROUX, F., Art. en *Dictionnaire de la Bible*, V (París 1912) cols.2197-2199.

• Actualización:

«Evangelio según Tomás», en A. DE SANTOS OTERO (ed.), *Los evangelios apócrifos*. Ed. bilingüe (Madrid 2003) 678-714.

PAGELS, E., *Más allá de la fe. El evangelio secreto de Tomás* (Barcelona 2004).

TREVIJANO ECHEVERRÍA, R., *Estudios sobre el evangelio de Tomás* (Madrid 1997).

SAN RAIMUNDO GAYRARD

Canónigo († 1118)

Los orígenes de la ciudad de Tolosa (Francia) se remontan hasta las emigraciones de los pueblos celtas (siglo IV antes de nuestra era), cuando los «bárbaros» descendieron hacia el Garona y fundaron en torno al viejo Tolosa un Estado cuya influencia debía extenderse hasta las orillas del Mediterráneo. Bajo la conquista romana, desde el año 125 antes de Jesucristo al 52 después del mismo, la Galia céltica se asimila la civilización del ocupante, y Tolosa, renovada al contacto con las instituciones romanas, constituye durante el primer siglo de nuestra era la ciudad más opulenta de la provincia Narbonense.

En esta ciudad galorromana penetró en el siglo III San Saturnino, fundador de la iglesia de Tolosa, cuya grandiosa figura se destaca en toda la antigüedad cristiana del sur de Francia. Él fue quien plantó la iglesia y es signo visible de la apostolicidad de la misma. En su memoria se construyeron dos basílicas: una en el lugar de su suplicio, antiguo Capitolio, dedicada hoy a Nuestra Señora del Toro; la otra sobre su tumba, donde se veneran aún sus reliquias, y que es uno de los más célebres monumentos de la arquitectura románica.

Pues bien: a la construcción de esta grandiosa basílica está ligado el nombre de otro santo, San Raimundo Gayrard, cuya fiesta se celebra en Tolosa el 3 de julio y en las casas de los canónigos regulares de Letrán el día 8. Es más, habiéndose realizado, por breve de 4 de mayo de 1959, la Confederación de las cuatro Congregaciones de canónigos regulares de San Agustín que existen en la Iglesia, la fiesta de San Raimundo ha pasado a celebrarse en todas las casas de dicha Confederación en esta misma fecha.

Raimundo nació en Tolosa a mediados del siglo XI. Sus padres le hicieron entrar al servicio de la iglesia de San Sernín o San Saturnino, en la que fue cantor, aunque sin pertenecer al estado clerical. Allí vio comenzar los trabajos de la nueva basílica y cómo rápidamente, en los años que van del 1080 al 1096, se elevaban el ábside y el presbiterio. El papa Urbano II, el 24 de mayo de ese año 1096, consagraba solemnemente la parte de obra que se había acabado ya.

Joven aún abandona la basílica y se casa. Transcurren así unos años de vida tranquila y ejemplar. Pero su mujer muere joven y Raimundo decide no volver a casarse y dedicarse de lleno a adquirir la santidad. Lo hace por el camino que el mismo Señor nos ha marcado en el Evangelio: la práctica de la caridad. Una caridad sin límites, manifestada en la continua distribución de limosnas, de víveres, de vestidos, de buenos consejos. Una caridad tan amplia que alcanza a todos, incluso a los mismos judíos, entonces tan menospreciados. Una caridad que llega a simbolizarse en el asilo que logra construir, en honor de Cristo y de los doce Apóstoles, para acoger a trece pobres. Una caridad que le lleva también a realizar una hermosa obra al servicio de los caminantes: las crecidas del río Hers les causaban muchas dificultades y Raimundo encuentra la manera de construir dos puentes de piedra.

Pero hay una cosa que le causa profundo sentimiento. La basílica de San Sernín, que había comenzado con tan buenos auspicios, se encontraba, sin embargo, casi detenida en su edificación. El pueblo se había cansado, y en Tolosa cundía el desaliento ante la enormidad del trabajo que quedaba por realizar. En ese momento toma Raimundo la dirección de la obra que habría de conservar hasta el mismo día de su muerte. Todo cambia al contacto con su entusiasmo y su tenacidad. Trabajador infatigable, siempre en su puesto para dirigir y estimular a los obreros, va resolviendo al mismo tiempo las dificultades de carácter técnico, que no eran pequeñas, y las de orden económico, mayores aún. Cuidando con amor de todos y cada uno de los detalles, consigue salvar el plan primitivo, que muchos consideraban completamente imposible. Edifica primero el transepto, después los últimos cuatro trozos de la nave, por fin los

muros exteriores de los lados hasta el nivel de las ventanas altas. La muerte le impide acabar por completo la obra, pero, como hemos dicho, el plan primitivo se había salvado y sus sucesores, unas veces con mayor rapidez y otras, las más, con lentitud, irán terminando la obra. Sin embargo, aún hoy se puede apreciar en la maravillosa basílica la finura de la decoración y el mimo con que están tratadas las partes edificadas por San Raimundo.

Ocurrió lo que cabía esperar. De una parte, San Raimundo, entregado por completo a su vida de caridad y de trabajo al servicio de la Iglesia, concibió deseos de consagrarse enteramente a Dios. De otra parte, los canónigos no podían mirar con indiferencia a aquel admirable arquitecto que la Providencia les había deparado para terminar la obra emprendida. Raimundo solicitó ser admitido en el Cabildo. Y los canónigos no sólo accedieron, sino que poco después le dieron el cargo de preboste del Cabildo. Canónigo ejemplar, continúa edificando a sus hermanos durante el resto de su vida hasta morir santamente el 3 de julio de 1118.

Numerosos milagros se produjeron en su tumba, y bien pronto fue honrado como un santo. Sin embargo, no se obtuvo la aprobación de su culto por parte de la Santa Sede hasta el año 1652. Con ocasión de una gran epidemia, aplacada por su intercesión, se acrecentó grandemente la devoción hacia él, y el papa Inocencio X aprobó solemnemente su culto.

Su vida no fue escrita hasta el siglo XIII, y de esta única fuente parten todos los conocimientos que de él tenemos. Inocencio X recomendó que se le invocara en las enfermedades. Pero, con razón, varios autores modernos, como los monjes benedictinos de Hautecombe y de París, han señalado la oportunidad de invocarle también como patrono de los arquitectos, de los constructores y de los mismos arqueólogos, ya que manifestó de manera tan admirable su ciencia técnica, su habilidad y su conciencia profesional. En estos tiempos de incertidumbre en cuanto al camino que ha de recorrer el arte sagrado, la protección del santo canónigo tolosano, autor de una de las más maravillosas obras de arte de la cristiandad, podría ser prenda de acierto en tan difíciles problemas.

Bibliografía

- AUBERT, M., *L'Église S. Sernin de Toulouse* (París 1933).
 AURIOL, A. - REY, R., *S. Sernin de Toulouse* (París 1930).
 DUVAL, J., *Raymond Gayraud graveur et statuaire. Notice biographique* (París 1859).
 GRIFFI, E., «Toulouse romaine et chrétienne»: *Bulletin de Littérature Ecclésiastique* 60 (1959) 117-134.
 «Vita», en *Acta sanctorum. Iulii*, t.I p.680-682.
 «Vita», en C. DOUAIS, *Mélanges de S. Sernin de Toulouse* (París 1894) 7-22.

BEATA MARÍA ANA MOGAS FONTCUBERTA

Virgen y fundadora († 1886)

Nació en el hostel familiar llamado «El Lledoner» de Corro del Vall (Barcelona), en el dulce paisaje del Vallés, el 13 de enero de 1827. Tercera hija de Lorenzo y Magdalena, fue bautizada en la iglesia de Santa Eulalia de Corro del Vall al día siguiente de su nacimiento. Se llamará María Ana Peregrina.

Su padre muere cuando aún es muy niña y su madre seis años más tarde, en 1840. Huérfana y tan sola, su madrina de bautismo se la lleva consigo a Barcelona. Parroquiana de la basílica de Santa María del Mar, María Ana «da lo que tiene a los pobres, aun a ocultas de su madrina». Y elige uno de los sacerdotes de la parroquia por confesor y director espiritual.

Cuando cuenta unos 20 años llega a su conocimiento que dos monjas capuchinas contemplativas exclaustadas, Isabel Yubal y María Valdés, se están dedicando a la educación de niñas pobres. Traba contacto con ellas y decide consagrarse al Señor en lo que va siendo una asociación. Y se incorpora al grupo. La madrina, que abrigaba otros planes ambiciosos sobre su ahijada, lleva muy a mal su decisión; pero la joven se mantiene firme y decidida. Tampoco el director espiritual ve claro y no considera conveniente el paso que está dando su dirigida. Aquí entra en escena el P. José Tous, capuchino exclaustado, y trata de convencer a mosén Gorgas, que así se llama el confesor y director espiritual, de que María Ana es pieza fundamental para llevar adelante el proyecto y la obra de las dos religiosas capuchinas. Entre los dos, Tous y Gorgas, hacen en la oración el discernimiento obligado sobre el caso. Gorgas habla con la joven y le dice: «María Ana, ¿sabes que te llaman para fundar? Vete con

Dios». Ahora sí que la madrina se siente desazonada y defraudada en todos sus sueños. María Ana se traslada a Ripoll donde se encuentran las dos religiosas mencionadas; ellas habían ofrecido al Ayuntamiento de Ripoll «la posibilidad de enseñar gratuitamente a las niñas, reclamando a cambio sólo un local adecuado». El municipio acepta. Apenas llega María Ana le dan el hábito y comienza el noviciado. En septiembre de 1850, en aquel Instituto religioso que se va configurando y al que van llegando nuevas candidatas, se piensa en elegir una responsable que se ponga al frente del proyecto. Presente la autoridad eclesiástica, se elige a María Ana, por unanimidad, para el cargo. Es ella misma quien en sus memorias fundacionales lo cuenta así:

«La citada hermana [Isabel Yubal] y sus compañeras por inspiración divina me confiaron dicha Congregación a los 10 de septiembre del mismo año, aunque incapaz y ruin para desempeñar semejante ministerio».

En seguida comienza a trabajar en la reestructuración de la obra, conforme a los estatutos que ha aprobado el obispo Casadevall.

En junio de 1851 María Ana emite sus votos religiosos y desde entonces es la superiora; ella alaba la actitud de sor Isabel que «estuvo, mes más o menos, bajo mi dirección tan sumisa que edificaba». Isabel, entregado el testigo en tan buenas manos, y después de unos meses, volvió al claustro, donde murió santamente. La otra, María Valdés, abandonó también la congregación naciente.

En el seno de la corporación municipal se suscitó la cuestión de si las encargadas de la escuela se habían de llamar «señoras de enseñanza» o «religiosas de enseñanza». María Ana quiso concluir con aquella dualidad, señoras hacia fuera y religiosas hacia dentro, y ordenó que todas llevasen el hábito. Así quedaba manifiesto el carácter religioso de las enseñantes y de la enseñanza.

Las dificultades van en aumento y el Ayuntamiento les retira la retribución municipal. Al fin, se exige a María Ana que saque el título oficial de maestra a la mayor brevedad posible; de lo contrario se anunciará la vacante. En 1852 María Ana pide a la Comisión Superior de Escuelas de la Provincia ser admitida a

los ejercicios previos a la obtención del título de maestra de escuela elemental. Los diversos ejercicios realizados en Barcelona los días 16 y 17 de febrero de 1853 los superó con buena nota, habiendo obtenido en «la censura parcial» seis calificaciones de mediana, cuatro de buena, y una de sobresaliente en Religión y Moral. Así obtuvo el título. Así quedaba aprobada para maestra de instrucción primaria elemental.

La situación mejora un poco, aunque siguen las dificultades al tener que ir acomodándose al artículo 30 del Concordato con la Santa Sede de 1851. Un buen día se presenta en Ripoll el P. Coll, dominico, fundador de las Terciarias dominicas, y propone a María Ana la fusión de ambas instituciones. Mogas le responde: «Con tal que sea la voluntad de Dios, no hay inconveniente; pero hoy por hoy no me inclino a una cosa más que a otra». El nuevo obispo de la diócesis llama a María Ana y ella le explica detalladamente la situación del Instituto. El prelado le indica que vaya a hablar con el P. Sala, director de las Terciarias carmelitas. Después de hablar con él lleva el tema a la oración y sale con la resolución de no aceptar ninguna de las fusiones aconsejadas, las dos indicadas y alguna más, bien convencida de que debía sostener aquella institución y ser guía de sus hermanas.

Vuelve a la presencia del obispo y le manifiesta su firme resolución; y éste viéndola tan animosa y sabiendo de sus muchas cualidades la anima a seguir adelante. Así se van clarificando las cosas.

Las dificultades no desaparecen sino que, a veces, parecen acrecentarse y hasta en el seno de la pequeña fraternidad cunde un cierto desaliento, hasta el punto que María Ana tiene que decir: «Las que estén dispuestas al sufrimiento por amor de Dios, queden conmigo».

Así las cosas, en 1860 sopesadas las hostilidades del Ayuntamiento, que trata de que otra institución se haga cargo de las escuelas y del hospital del pueblo, la comunidad abandona Ripoll. María Ana cuenta: «En vista de la poca protección que tuvimos en Ripoll, nuestro director el P. Tous, se vio precisado a mirar dónde podíamos poner los cimientos». Con licencia del obispo, después de nueve años abandonan Ripoll. Ya antes de este

abandono María Ana y tres compañeras han ido a fundar en Capellades (Barcelona). En el origen de la nueva fundación anda el arzobispo Antonio María Claret que ha venido de Cuba, llamado por la Reina Isabel II para ser su confesor. Amigo de infancia del P. Tous, se entrevista con él y hablan de las dificultades que atraviesa la obra de la madre Mogas. Claret anima a su amigo a seguir adelante con la obra emprendida y le señala como el lugar para una nueva fundación Capellades, donde se solicita la presencia de las Hermanas. Y donde son recibidas con entusiasmo por toda la ciudadanía. Su actividad docente se ve gratificada con nuevas vocaciones, algunas de allí mismo, de Capellades. Se hizo famosa una romería que emprendió la madre Mogas con las demás hermanas para visitar a la Virgen de Montserrat a seis horas a pie desde Capellades. «Subieron la montaña sudando abundantemente». Llegaron, rezaron, comulgaron, visitaron la iglesia y «marcharon a comer en una fuente que se encontraba en un camino de vuelta».

A mediados de 1858 abren otra casa en San Quirico de Besora, donde se busca una comunidad religiosa que lleve una escuela de niñas y atienda el hospital del lugar. Allí va Mogas con dos postulantes y comienza su labor docente. Concluidas las obras que habían tenido que realizarse, la madre Mogas vuelve a Capellades, habiendo llegado otras hermanas a San Quirico. El hospital, del que se hicieron cargo al principio, se cerró después por falta de enfermos.

El 1862 abren otra casa en Barcelona. La intervención personal y decidida de María Ana endereza las cosas y ya en 1868 el colegio, con gran prestigio, cuenta con un número muy elevado de alumnas.

La congregación va creciendo estos años y va adquiriendo buen nombre debido al buen desempeño de sus actividades. En 1864 son ya 15 hermanas con tres casas: en Capellades, San Quirico y Barcelona.

La acción de gobierno de María Ana es prudente y efectiva, como corresponde al carisma de fundadora que tiene.

El plan de expansión les lleva a salir de Cataluña y emigrar a Castilla. Un benedictino, José María Benito Serra, obispo en Australia, ahora dimisionario en España, ha fundado una casa

en Ciempozuelos (Madrid) «con el objeto de ofrecer un asilo a las mujeres extraviadas que, deseando volver a las sendas del honor y de la virtud, no encuentran quien las reciba». La inauguración del Asilo de Nuestra Señora del Consuelo tuvo lugar en junio de 1864. Serra está buscando una congregación religiosa que quiera ocuparse de ese asilo de arrepentidas. Hace varios tanteos y se pone también al habla con el P. José Tous; éste acepta pero quiere saber las bases en que ha de fundarse el establecimiento y en qué condiciones tendrán que hacerse cargo del asilo sus Hermanas Terciarias Capuchinas. Va pasando el tiempo y hay que sortear no pocas dificultades de todo tipo. Monseñor Serra tiene ya preparados los estatutos para el asilo; en ellos detalla el régimen de vida, y hasta los horarios de la comunidad que venga, sin contar con las interesadas. Finalmente, el 11 de diciembre de 1865, llegan a Madrid con el padre Tous al frente María Ana y otras tres hermanas. Nadie las espera en la estación de Madrid.

Siguen a Ciempozuelos y allí sí son recibidas afectuosamente por el obispo Serra y por doña Antonia María de Oviedo, que seguirá siendo la directora del asilo. A las religiosas se les había hecho, además, la promesa de que podrían ocuparse también de la educación de las niñas del pueblo. La aventura de Ciempozuelos, tramada más bien por el P. Tous y el obispo Serra, se va a convertir para María Ana y compañeras en «un extraño calvario», como alguien lo definió. Las secuencias de los acontecimientos, las fricciones con Serra y doña Antonia, se iban presentando en una sucesión dramática que ya ha sido estudiada a fondo (véase en bibliografía el libro de Laura Paz González).

Evidentemente, no estaban llamadas por vocación a la obra del asilo y a la atención de aquellas arrepentidas, aunque el tiempo que se ocuparon de ellas lo hicieron magníficamente. Los inconvenientes de aquella obra se fueron manifestando bastante pronto. La madre Mogas, ya desde el primer momento, los había intuido y se lo había dicho al padre Tous. Al fin, María Ana, viendo que lo del asilo no tiene futuro, hace un concierto con el Ayuntamiento, previo el permiso del padre Tous, para encargarse del hospital y de la escuela de niñas de la villa. Monseñor Serra desbarata el concierto. «Las posibles soluciones al drama

vocacional de las cuatro capuchinas y a su fidelidad al fin vocacional se han agotado». Dejarán el asilo de Ciempozuelos, primero María Ana y otra compañera a finales de noviembre de 1867, y en 1868 las dos que, ayudadas por una postulante, habían seguido trabajando.

La actividad docente de las cuatro religiosas, con María Ana y Concepción Dulcet como maestras titulares, se pone en marcha en las «Escuelas de gratitud» en Madrid, en la calle Juanelo.

Estas escuelas, sostenidas por damas de la aristocracia, habían sido fundadas por don Manuel Fernández Campuy-Dusmet, pero se encontraban en un estado lamentable. Las hermanas tienen que poner orden y concierto en el establecimiento y reorganizar la enseñanza. «Sin embargo, la calma que parecen gozar en los primeros tiempos de la estancia en la Corte empieza a tornarse en tempestad y las dificultades se suceden». Razones económicas, discrepancias en la educación que hay que dar a las niñas, arbitrariedades extrañas por parte del fundador de las escuelas y otros imponderables van llevando a un desenlace penoso. Los acontecimientos se precipitan y don Valentín Sánchez, en quien el padre Tous ha delegado todos sus poderes, aparta, sin ningún miramiento, a las hermanas del colegio y las pone, literalmente, en la calle. María Ana llega de Barcelona a Madrid a primeros de junio de 1868. Escarmentada por los casos de Ripoll y Ciempozuelos, y ahora aleccionada por lo que ha pasado en las «Escuelas de gratitud», «opta por la idea primera de prescindir de nuevos intentos al servicio de proyectos ajenos». Hay que establecerse por cuenta propia. Acude a consultar a Antonio María Claret acerca de cómo orientar definitivamente la actividad del Instituto hacia el cumplimiento de su propia vocación y carisma. En esta histórica entrevista llega a la conclusión de que las religiosas en Madrid han de trabajar «en alguno de los barrios bajos de la ciudad, que son los más necesitados, puesto que para la gente acomodada del centro ya existen muchos locales educativos». El padre Tous da, como quien dice, carta blanca a la fundadora para que funde en Madrid y extienda la obra a otros lugares. Obtenidos los permisos necesarios de autoridades eclesíásticas y civiles, abren un pequeño colegio en la calle de la Palma Alta bajo la advocación de la Divina

Pastora. «Las Hermanas están centradas en su misión de educadoras y viven en plenitud e identidad su vocación primera».

Ante la gran concurrencia de alumnas, el Colegio de la Palma Alta se queda pequeño. Hay que buscar espacios más amplios. A pesar de la revolución de septiembre de 1868 —«La Gloriosa»—, se trasladan a un lugar más espacioso en la calle de San Andrés, n.º 1. Crecen las actividades de las hermanas y se necesita más gente para un buen desempeño de todas las encomiendas. María Ana pide al padre Tous que envíe más hermanas desde Cataluña. La contestación, en 1869, es que no puede enviar ninguna hermana, por no haber de sobra. Más tarde llegarán dos, pero una regresa pronto a Cataluña. El nuevo sitio en San Andrés se va quedando también pequeño y la madre Mogas emigra de nuevo, esta vez a la calle Sagunto, n.º 7, en Chamberí. Allá se traslada en 1871 y abre el asilo colegio de niñas desamparadas de la Divina Pastora.

Desde hacía algún tiempo, Antonio María Claret, lo mismo que el cardenal franciscano de Toledo y otros eclesiásticos consultados, eran del parecer que había que ir pensando en pedir a la Santa Sede la aprobación del Instituto, dotándolo de las Constituciones más precisas que configuraran bien el carisma vocacional de la congregación.

Entre tanto se va a dar otra incidencia penosa para la vida del Instituto: la poca comunicación entre las hermanas de Cataluña y las de Madrid —de la que era responsable en buena parte el padre Tous— va caminando a una escisión entre los dos bloques. En 1872 se presentan las Constituciones «en un caso al obispo de Barcelona, en el otro, al arzobispo de Toledo. A partir de este momento reciben su aprobación dos Institutos distintos: capuchinas (Barcelona) y franciscanas (Madrid)». Intentos de reunificación, todavía en vida de María Ana Mogas, no dieron el fruto apetecido.

María Ana al quedar al frente de las hermanas de Madrid «centra su acción en este período en la configuración decisiva del Instituto, libre ya de interferencias y ocasionales atribuciones excesivas por parte de directores generales, ajenos a la identidad propia de la comunidad. María Ana, en obediencia directa al Ordinario del lugar, asume toda la responsabilidad en la animación de la vida y misión de las hermanas».

a la cruz, su espiritualidad inspirada en el Corazón de Cristo y basada en la entrega a Dios y al prójimo con "amor y sacrificio". Fiel al ideal franciscano, mostró su preferencia por los pobres, la capacidad de perdonar y olvidar las ingratitudes e injurias, así como la dedicación a la educación de la infancia, la atención a los enfermos y a los que padecían alguna carencia. De ese modo respondió a la llamada del Señor a trabajar en su viña, con un estilo tan auténtico, que "su santidad no impedía que fuera tan jovial". Éste es el estilo que transmitió a sus hijas, las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, expresado en su última exhortación: "Amaos unas a otras como yo os he amado y sufríos como yo os he sufrido. Caridad, caridad verdadera. Amor y sacrificio".

Ciertamente que en la vida de la Madre Mogas y en la vivencia personal y transmisión de su carisma se verifica aquello de que "la exacta ecuación entre carisma genuino y perspectiva de novedad y sufrimiento interior, supone una conexión constante entre carisma y cruz; es precisamente la cruz la que, sin justificar los motivos inmediatos de incompreensión, resulta sumamente útil al momento de discernir la autenticidad de una vocación" (*Mutuae relationes*, n.12). La oración ferviente de María Ana Mogas al Señor la sostenía en todas las pruebas: "Perfeccionad, Señor, asegurad los pasos que he comenzado a dar en el camino de vuestro servicio, de tal manera que ninguna cosa del mundo sea capaz de hacerme volver pies atrás"».

El repaso a la vida de la madre Mogas hace ver que su camino estuvo sembrado de cruces, de dificultades, y por eso resulta un camino de luz y de ejemplaridad evangélica singular en la búsqueda de la voluntad de Dios y en el seguimiento de Cristo, y de su Madre María, Madre del Divino Pastor. La Virgen fue considerada desde los albores del Instituto como «la suprema abadesa», ideal y estímulo de la vida consagrada de la madre Mogas y de sus hijas: Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

- «Decreto sobre la heroicidad de virtudes»: *AAS* 87 (1995) 657-660.
 Homilía en la beatificación (6-10-1996): *AAS* 89 (1997) 26-29; 440-442; 88 (1996) 889-891.
 EIJÁN, S., *Vida admirable de Sor M.^a Ana Mogas* (Santiago de Compostela 1928).
 GÓMEZ-LIMÓN RODRÍGUEZ, M.^a A., *María Ana Mogas, una vida, una obra, un carisma* (Madrid 2002).
 LÓPEZ SOBRINO, J., «La madre Mogas, camino y cayado»: *Ecclesia* (1996) n.2809, p.16-17.

- PAZ GONZÁLEZ, I. A., *Amor y sacrificio. María Ana Mogas Fontcuberta* (Madrid 1994).
 — *Camino y cayado* (Madrid 1996).
 — *María Ana Mogas Fontcuberta* (Madrid 1993).
 — *Pinceladas de una espiritualidad: María Ana y la Virgen* (Madrid 1988).
 — *Rasgos (María Ana Mogas Fontcuberta, fundadora de las Franciscanas Misioneras de la Madre del Divino Pastor, vista a través de algunos testimonios)* (Madrid 1985).
 — *Las Terciarias Franciscanas de la Madre del Divino Pastor* (Madrid 1978).
 SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis ven. servae Dei Mariae Annae Mogas Fontcuberta... Positio super virtutibus ex officio concinnata* (Roma 1988).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANATOLIO DE CONSTANTINOPLA

Obispo († 458)

Anatolio era natural de Alejandría, donde entró en el círculo de los discípulos y seguidores de San Cirilo. Acompañó al gran doctor de la Iglesia al Concilio de Éfeso (431) y en él habló firmemente contra la enseñanza herética de Nestorio. Como muestra de su confianza, San Cirilo lo nombró su representante en la corte imperial bizantina, donde muy pronto se acreditó por su sabiduría religiosa y su vida inmaculada.

En el 449 asiste al llamado «atrocínio de Éfeso», que vino a costarle la vida al santo obispo de Constantinopla, San Flaviano; y, entonces, es elegido Anatolio para sucederle en la sede constantinopolitana. Lo consagró Dióscoro de Alejandría, un obispo claramente monofisita, y esto haría que surgieran dudas acerca de la ortodoxia de Anatolio. Llegadas estas dudas a Roma, San León Magno mandó hacer una investigación al respecto y Anatolio convocó un sínodo en el que se sustanciara el asunto. Anatolio manifestó su aceptación del Tomo de León, y envió el mismo a los obispos para que lo aceptaran. Esperaba con esto que el Papa lo reconociera, lo que finalmente logró, pero se dijo que más por gracia que por justicia.

Anatolio tomó parte activa y decisiva en el Concilio de Calcedonia de 451, que además de definir la fe católica en las dos naturalezas de Cristo depuso a Dióscoro. El concilio, además, dio a Constantinopla el lugar preeminente después de Roma, lo

que a la sede romana no resultó agradable. Su muerte tuvo lugar el año 458.

En Oriente se le dio desde antiguo culto como santo, no así en Occidente, donde perseveraron las dudas sobre su ortodoxia y su santidad. En el nuevo clima de paz ecuménica, el *Martirologio romano* lo conmemora en este día.

SAN LEÓN II

Papa († 683)

León era un siciliano que marchó a Roma y entró en las filas del clero romano, distinguiéndose por sus conocimientos literarios y buen manejo de la lengua griega.

El 10 de enero de 681 moría el papa San Agatón, estando candente la cuestión del monotelismo y del concilio celebrado en Constantinopla donde se condenaba a los líderes monoteletas y al propio papa Honorio. Ese mismo mes de la muerte de Agatón, el clero y el pueblo de Roma eligieron papa a León pero no pudo procederse a su consagración hasta que no llegó la confirmación imperial. Ésta se condicionó a la aceptación por León del concilio y de la condena de Honorio, a lo que accedió León, siendo entonces consagrado. Se firmó así la paz entre Constantinopla y Roma y el emperador anuló la autocefalia de la sede ravenate. Posteriormente se ha planteado la cuestión de si León II no pagó un precio demasiado alto por la paz.

León era un hombre de vida santa, amante de los pobres, que cuidó de las reliquias de los mártires y restauró la iglesia de San Jorge in Velabro. Murió el 3 de julio de 683.

SAN JOSÉ NGUYEN DINH UPEN

Catequista y mártir († 1838)

Nació el año 1774, aproximadamente, en Nink-Cuong y se crió en la casa misional de Tien-Chu, donde se preparó para ser catequista. Llegado a la edad adulta no optó por el sacerdocio pero tampoco contrajo matrimonio y se dedicó por entero a la tarea catequética.

Asignado primero como compañero del P. Nanh, auxilió a éste en su tarea pastoral y misionera y, tras su muerte, lo llamó a su lado el obispo Santo Domingo Henares, con quien hizo varios viajes misioneros en los que fueron acompañados por San Francisco Hien.

Llegada la persecución del año 1838, mientras que Santo Domingo Henares y San Francisco Hien fueron a refugiarse en Kien-Lao, José se quedó en Tien-Chu para sostener la fe de los fieles. Para entonces José ya había sido admitido en la Tercera Orden seglar de Santo Domingo.

El 28 de mayo de 1838 hubo un registro general en el pueblo y se obligó a todos los varones a presentarse. Se le preguntó si era sacerdote o dirigente cristiano, y pudo responder que no, pero al ser invitado a pisar la cruz se negó. Entonces fue arrestado y llevado a la capital donde fue bárbaramente apaleado para que apostatara y dijera el paradero de Santo Domingo Henares. Guardó silencio. Llevado a la cárcel, contrajo una fortísima disentería pero un médico lo alivió. Nuevamente comparece ante el tribunal, que manda apalearlo para que apostate e intentan que, materialmente al menos, pise la cruz, pero José encogía las piernas y hacía inútil el intento. Devuelto a la cárcel lleno de magulladuras y llagas le volvió la disentería; los cuidados que le proporcionaron varias cristianas no surtieron efecto y murió de agotamiento en la cárcel de Nam-Dinh el 4 de julio de 1838. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

SAN FELIPE PHAN VAN MINH

Presbítero y mártir († 1853)

Nació en Cai-Nong en 1815. Destacado creyente, acompañó al vicario apostólico cuando éste hubo de dejar el país y dirigirse a Tailandia y Calcuta, donde residió. Aquí le ayudó en la redacción de un diccionario latino-annamita, siendo un acompañante fiel y leal del obispo. Muerto éste, volvió a su patria.

Por fin, en 1840, se decidió por el sacerdocio e ingresó en el seminario de Penang. Terminados los estudios fue ordenado en 1846 y destinado a su pueblo natal, donde ejerció el sacerdocio con gran dedicación.

Arreciando la persecución, se trasladó al poblado de Ma Bat donde fue acogido por una familia, pero Felipe temía que esta familia sufriera represalias por alojarlo y, entonces, decidió entregarse. Así lo hizo el 26 de febrero de 1853.

Arrestado y juzgado, se le conminó repetidamente a apostatar pero no se logró de él sino una perseverante confesión de fe cristiana. Se le condenó al destierro, pero el rey Tu Duc en vez de confirmar la sentencia de exilio la conmutó por la de muerte.

Llegado el día de su ejecución en Cai-Nhum, entregó su dinero a un amigo rogándole que con ello pagara estipendios de misas por su alma pero que no gastara nada en aparato funeral. Luego saludó a los verdugos como a unos amigos. Procuró que le dejaran claro que lo mataban por ser cristiano y entonces ofreció mansamente su cabeza al verdugo, que lo decapitó. Los fieles recogieron su cuerpo y su cabeza, y componiéndolos lo vistieron con los ornamentos de la misa y así lo enterraron en su pueblo natal. Fue canonizado el 19 de junio de 1988.

*SANTOS PEDRO ZHAO MINGZHEN Y JUAN
BAUTISTA ZHAO MINGXI*

Mártires († 1900)

En el pueblo de Dongyangtai (Pei-Wang-Ten), China, el día 3 de julio de 1900 fueron masacrados estos dos hermanos que, viendo la feroz persecución anticristiana de los boxers, intentaron salvar a los más posibles de la comunidad cristiana y, en ese empeño, se dejaron la vida. Juan Bautista tenía 57 años y Pedro 62. Fueron canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

4 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Santa Isabel († 1336), reina de Portugal y luego monja clarisa, que pasó al Padre en Estremoz mientras buscaba la paz entre su hijo y su yerno **.

2. En África, San Jucundiano, mártir (fecha desconocida).
3. En las cercanías de Bourges (Aquitania), San Laureano († s. III/IV), mártir.
4. En Cirene de Libia, San Teodoro († s. IV), obispo, que en la persecución había confesado la fe.
5. En Cahors (Aquitania), San Florencio († s. V), obispo.
6. En Lassois (Aquitania), San Valentín († s. V), presbítero y ermitaño.
7. En Blangy (Artois), Santa Berta († 725), abadesa *.
8. En Erisso, isla de Lesbos, San Andrés de Creta († 740), obispo de Gortina, que cantó las glorias de la Virgen inmaculada y asunta al cielo **.
9. En Augsburgo (Baviera), San Ulrico († 973), obispo *.
10. En Florencia (Toscana), Beato Juan de Vespignano († s. XIII/XIV).
11. En Dorchester (Inglaterra), beatos Juan Cornelius, presbítero de la Compañía de Jesús, Tomás Bosgrave, Juan Carey y Patricio Salmon, seglares († 1594), mártires bajo el reinado de Isabel I *.
12. En Cork (Inglaterra), beatos Guillermo Andleby, presbítero, Enrique Abbot, Tomás Warcop y Eduardo Fulthrop, seglares († 1597), mártires bajo Isabel I *.
13. En el territorio de los Hurones (Canadá), San Antonio Daniel († 1648), presbítero, de la Compañía de Jesús y mártir. Su memoria litúrgica se celebra el 19 de octubre *.
14. En Mauriac (Francia), Beata Catalina Jarrige († 1836), virgen, terciaria dominica **.
15. En Heng-tchou-fu (China), San Cesidio Giacomantonio († 1900), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores y mártir *.
16. En Turín (Italia), Beato Pedro Jorge Frassati († 1925), joven seglar **.
17. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato José Kowalski († 1942), presbítero, religioso salesiano y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ISABEL

Reina de Portugal († 1336)

Según parece más probable, nació a principios de 1270, hija del rey don Pedro III de Aragón y de la reina doña Constanza. ¿En qué lugar? ¿En Zaragoza? ¿En Barcelona? No sabemos fijo. Se casó en 1282 con Don Dionís, rey de Portugal, firmando el diploma matrimonial en latín. Esta frágil criatura de cabellos dorados y doce años incompletos no adivinaba, seguramen-

te, la misión que Dios le reservaba en la agitada vida peninsular de aquellos tiempos, misión religiosa, política, social y humana de primera clase.

Nieta de Jaime I el Conquistador, biznieta de Federico II de Alemania, de ellos heredó la energía tenaz y la fuerza del alma. Pero se caracterizaba, sobre todo, por la bondad inmensa y el espíritu equilibrado y justo de Santa Isabel de Hungría, su pariente cercana. Como dice la leyenda medieval de su vida, escrita por una mano contemporánea de la reina santa, ella era una mujer llena de dulzura y bondad, muy inteligente y bien educada.

El viaje a Portugal fue largo y dificultoso, pues los guerreros rodeaban los caminos de entonces, poco seguros. En junio de 1282 se encontraba en Trancoso con el rey don Dionís, a quien veía por primera vez. El *Libro que habla de la buena vida que hizo la reina de Portugal, Doña Isabel de Portugal*, al que llamaremos leyenda primitiva, y las *Crónicas de los siete primeros reyes de Portugal*, trazan vigorosamente el retrato moral de esta mujer extraordinaria, que al indomable don Alfonso IV el Bravo tan cariñosamente amó.

Le gustaba la vida interior y el trabajo silencioso. Ayunaba días incontables a lo largo del año, se conmovía por los errantes, rezaba con su libro de horas, cosía y hacía bordados en compañía de las dueñas y doncellas, y distribuía limosnas a los necesitados, sin olvidarse del gobierno de su casa (la casa de la reina era un mundo). Todo esto lo hacía intensamente y esta intensidad nos da medida de su vida.

A los veinte años nació don Alfonso IV el Bravo, que fue su cruz y el gran amor de su existencia. Caso único en la primera dinastía portuguesa, la vida de este hombre fue pura y no estará descaminado descubrir aquí la influencia de la madre, y tal vez un complejo de repugnancia por las aventuras amorosas, influenciado por los dolores que él veía padecer a Santa Isabel, medio abandonada por el marido.

Pero era discreta esta joven reina. Obligaba al hijo a obedecer a su padre (¡él era el rey!), fingía no saber nada de lo de don Dionís, y, al hablarle de eso cambiaba la conversación o *empezaba a rezar y a leer sus libros*. El rey se arrepentía o tapaba sus peca-

dos lo más que podía. Y ella, muy mujer, pero cristiana hasta la medula del alma, criaba a los hijos ilegítimos del marido. De esta forma todos se maravillaban de ver a esta niña con tanto juicio y dominio de sí misma.

En la política peninsular de entonces su poder moderador se hizo sentir profundamente, ya en las guerras entre reinos cristianos que habían de formar la España moderna, ya en las desavenencias interminables de don Dionís con el hermano y el hijo turbulento. Daba a su dueño la razón, procuraba explicarle *el derecho y la verdad*. Y no siempre era fácil convencerle. En estos momentos sombríos y cargados de destino hacía el alma de esposa, de madre y de reina: aunque *dulce en el habla*, se jugaba heroicamente el todo por el todo, llegando a ser desterrada lejos del rey.

Un odio fuerte enraizaba en el alma del infante, a punto de tratar a su padre como a un *extraño*. Y no era solamente la familia real la que estaba desunida, eran millares de familias divididas por ambos partidos, odiándose implacablemente, quemando casas y talando campos. Para rehacer la paz, deshecha en cada momento, Santa Isabel se puso en camino de Coimbra. Luchaba por lo que modernamente llamamos arbitraje. Nada de guerras. Que la sentencia sea dada por el juez. Éste es su curso. Que las tropas se alejen y, si el infante tuviese alguna razón, que el rey se la dé.

Ahora era junto a Lisboa, donde los soldados de don Dionís y del infante iban a empezar una guerrilla más sin fruto. Apre-suradamente, Santa Isabel subió a una mula y, sin nadie a su alrededor, pasó como una mujer cualquiera entre las huestes enemigas.

Recordó al hijo sus juramentos pasados, le pidió que no hiciese daño a su padre, habló con don Dionís y volvió al infante por segunda vez. Y la tempestad se apaciguó pausadamente. Es una pena que se haya perdido casi toda la correspondencia, fuera de pocas cartas. De éstas recordamos una que le envió al rey don Jaime, *almirante de la Santa Iglesia de Roma*. Otra se destinaba al rey don Dionís, y nos da medida exacta de la angustia de esta mujer, que amaba igualmente al marido que al hijo y los veía siempre en guerra:

«No permitáis —escribe ella— que se derrame sangre de vuestra generación que estuvo en mis entrañas. Haced que vuestras armas se paren o entonces veréis cómo en seguida me muero. Si no lo hacéis iré a postrarme delante de vos y del infante, como la loba en el parto si alguien se aproxima a los cachorros recién nacidos. Y los ballesteros han de herir mi cuerpo antes de que os toque a vos o al infante. Por Santa María y por el bendito San Dionís os pido que me respondáis pronto, para que Dios os guíe».

Los años fueron pasando, don Dionís enfermó de viejo, como dice el cronista anónimo. Lleváronlo a Santarem y Santa Isabel, una vez más, fue su humilde enfermera, hasta que el rey entregó su alma a Dios. Entonces la reina se sintió más lejos de este mundo. Volvería a hacer paces, a entrar en relaciones, a encaminar como podía la tormentosa política de la península Ibérica, pero su propósito estaba tomado. Púsose un velo blanco y el hábito de Santa Clara, aunque libre de votos religiosos, conservando lo que era suyo, como dice ella, para construir iglesias, monasterios y hospitales. Era una resolución antigua, ya conocida del hijo y de su confesor, fray Juan de Alcamí. Como antes (y todavía más, pues era ahora más libre para darse a Dios y a los pobres), se entregó a la vida interior y dio largueza a su sentido cristiano de función social de la riqueza.

En sus viajes veía a los pobres sentados a las puertas de las villas y de los pueblos. Distribuía vestidos, visitaba a los enfermos poniendo en ellos sus manos sin *darle asco*, y los entregaba a los médicos. Frailes menores, dominicos y carmelitas, monjitas medio emparedadas en los conventos religiosos, los que venían desde España pidiendo limosna, a todos ella daba alguna cosa. En suma: no quedaban desamparados ni presos que de su limosna no recibiesen parte. Besaba los pies de las mujeres leprosas. Junto a sí criaba muchas hijas de hidalgos, caballeros y gente más humilde. De ellas, unas se casaban, otras se metían monjas, conforme Dios quería, llevando todas una dote. Y Santa Isabel ponía en todo un cariño especial, un gesto de inefable delicadeza. Por ejemplo, a las novias que ella casaba les prestaba una corona de piedras amarillas, y el tocado y el velo, para que estuviesen más guapas. Era una actividad de estadista competente y de bienhechora social. Por donde pasaba y veía hospitales, iglesias, puentes o fuentes en construcción, en seguida ayu-

daba. Se interesaba por todas las obras, dirigió la construcción del convento de Santa Clara de Coimbra, hablaba con los operarios, les decía cómo tenían que hacer las cosas, y ellos se quedaban asombrados de sus conocimientos.

Como todos los cristianos de la Edad Media iban a Santiago de Compostela, allí se dirigió ella sin dar explicaciones a nadie, pues su marido ya había muerto. El arzobispo celebró misa y Santa Isabel ofreció al patrono de España la más noble corona de su tesoro, velos, paños bordados, piedras preciosas y la mula con su manto de oro y plata. Al volver a Portugal traía consigo el bordón y la esclavina de los peregrinos, para «aparecer peregrina de Santiago».

En un día caliente de verano la oyeron decir que la guerra iba a estallar entre don Alfonso IV, rey de Portugal, y el rey de Castilla. Eran su hijo y su nieto. El calor era tremendo. Aun así, la reina, cansada de años y de trabajo, se puso en camino. Esta vez el camino de Estremoz era como de muerte. Con un dolor agudo apareció una herida en el brazo y tuvo también fiebre. Junto a su cama estaba su nuera doña Beatriz. Entonces vio pasar como una dama con vestiduras blancas. ¿Tal vez Nuestra Señora? ¿Le subió la fiebre? Es posible. Pero revela un alma que pensaba en el otro mundo. El jueves siguiente confesóse, asistió a misa y *con gran devoción y muchas lágrimas recibió el cuerpo de Dios*. Volvió a la cama. La noche caía. Dijo a don Alfonso IV que fuese a cenar, siguiendo la costumbre que tienen las madres de cuidar a los hijos como si siempre fuesen pequeños. Sentía que la hora estaba al llegar. ¡Mucho había ya rezado en su vida! Había visitado centenares de iglesias, había asistido a incontables fiestas eucarísticas. Sabía latín, conocía de memoria los himnos litúrgicos, a punto de corregir a los clérigos cuando ellos se equivocaban. No nos extrañemos oyéndola recitar a la hora de la muerte los versos latinos: *Maria, mater gratiae...* La voz se consumía cada vez más, pero ella continuaba rezando, hasta que nadie la entendió; y así rezando acabó su tiempo. Cumpliríase lo que ella tanto pedía a Dios: murió junto al hijo. Y nada tan conmovedor como el amor indestructible de esta santa que nadie vio enfadada con aquel hijo bravo y duro de cerviz. Fue esto en el castillo de Estremoz el 4 de julio de 1336.

En siete jornadas, a través de las planicies abrasadoras de Alemtejo y de Extremadura, llevaron su cuerpo al convento de Santa Clara de Coimbra. Y allí quedó a lo largo de los siglos, rodeado de una aureola de milagros. Algunos de ellos legendarios, como el milagro de las rosas, que no viene en la leyenda primitiva. Otros, verdaderos. Al canonizarla, el 25 de mayo de 1625, Urbano VIII confirmaba la voz antigua del pueblo rodeando de una gloria inmortal a una de las más perfectas mujeres de la Edad Media.

MARIO MARTINS, SI

Bibliografía

- BRASIO, A., *Novos documentos para a história da Rainha Santa Isabel* (Coimbra 1957).
 CRESPO, J., *Santa Isabel na doença e na morte* (Coimbra 1942).
 LLANOS Y TORRIGLIA, F. DE, *Santa Isabel de Aragón, reina de Portugal* (Barcelona 1920).
 VASCONCELOS, A. DE, *Evolução do culto de Dona Isabel de Aragão* (Coimbra 1894). Con las fuentes manuscritas e impresas hasta el año de la edición.
 VIANA, J., *A vida da Rainha Santa Isabel* (Coimbra 1936).
 • Actualización:
 BLÁZQUEZ MATEOS, E. - MERINO PERAL, E., *Isabel de Portugal: la reina invisible* (Madrid 2000).
 CORREDOR GARCÍA, A., *Santa Isabel, reina de Portugal* (Sevilla 1987).
 DOMÍNGUEZ NAVARRO, E. - LERMA VILLALBA, I., *Isabel de Aragón, reina de Portugal* (Zaragoza 1986).
 GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, V., *Santa Isabel de Aragón, infanta y reina de Portugal. Historia de su vida y de su tiempo* (Zaragoza 1971).
 SAN VICENTE, A., *Isabel de Aragón, reina de Portugal* (Zaragoza 1971).

SAN ANDRÉS DE CRETA

Obispo († 740)

No conservamos muchas noticias sobre su vida, y las que poseemos llegan con bastante retraso, en fuentes del siglo X. Pero gracias a sus escritos podemos recrear el temple y la grandeza de un obispo singular de la Iglesia Oriental, cuya personalidad se adivina como una mezcla de exquisito poeta y la reciedumbre teológica y evangélica de un auténtico pastor de almas.

Se le conoce como Andrés de Creta porque su obispado de Gortina se situaba en Creta, isla del Mediterráneo Oriental, pero también se le designa como Andrés de Jerusalén, por los múltiples años de su estancia en la Ciudad Santa.

Hijo de Jorge y Gregoria, debió nacer en Damasco, hacia el año 660, cuando ya varias de estas naciones del Próximo Oriente se hallaban bajo dominio musulmán. Se dice que en los años de su infancia tenía bastantes dificultades para hablar, y fue al recibir la eucaristía por vez primera, cuando milagrosamente se vio libre de este impedimento que tanto le afeaba.

A los quince años marchó a Jerusalén, donde fue acogido por el obispo Teodoro para formar en el número de sus clérigos, llegando a ser notario y luego ecónomo del Santo Sepulcro. Aquí adquirió una notable formación teológica, además de ejercitarse en el cultivo de las letras, que tanto le servirían para sus composiciones himnográficas.

Fue seleccionado con otros monjes para marchar a Constantinopla y felicitar al emperador Constantino Pogonato por la celebración del VI concilio ecuménico, donde habían sido condenadas las herejías del monotelismo y en el que él personalmente no había tomado parte. Quedaba así demostrada la adhesión de esta iglesia a las doctrinas conciliares.

Se quedó allí adherido a la iglesia de Santa Sofía, recibiendo la orden del diaconado, para encargarse de obras de caridad. Dirigió primero un orfanato y luego un asilo.

Más tarde, hacia el año 700, fue consagrado obispo de Gortina, sede metropolitana de Creta, donde defendió la legitimidad del culto a las imágenes. Entregado por completo a su compromiso pastoral, creó también aquí diversos lugares asistenciales, desempeñando siempre su misión de manera heroica. Se conservan una veintena de sus homilías y otro notable número de predicaciones, fruto de su inquietud de pastor.

Cuando, por vez primera, intentaron invadir los árabes la isla de Creta, él mismo fue el alma de la resistencia, haciendo fracasar la intentona de su conquista. Pero en aquella situación tan conflictiva, y consecuencia de ella, la isla comenzó a sentir el aislamiento y con ello el hambre y la peste, hasta el punto de que, a pesar de su longevidad, quiso marchar personalmente a Constantinopla con el único objetivo de buscar remedios para sus diocesanos. Cuando volvía de regreso, la nave se detuvo en el puerto de Erisso, isla de Lesbos, y aquí murió el 4 de julio del año 740.

Él murió pero nos ha quedado su obra, ahora cada vez más estudiada y comprendida. San Andrés de Creta es principalmente celebrado como compositor de himnos sagrados, para lo que demostró una notable pericia. Muchas de sus composiciones se han incorporado a la liturgia de los orientales, y a no pocas se les ha añadido la música para el canto.

En nuestro tiempo la parte más destacada de las relevancias con que le van a destacar todos sus biógrafos son las homilías, panegíricos de santos y sermones, hasta el punto de que las *Homilías marianas* se han editado en Madrid con fecha de 1995. En ellas destacan dos de las principales prerrogativas de la Virgen Santísima: la Inmaculada Concepción y la Asunción al cielo. Algunas de sus afirmaciones son rotundas: «María, preservada de toda culpa, trae al mundo las primicias de la nueva creación».

Con sus homilías, San Andrés de Creta, junto a San Juan Damasceno (676-732) y San Germán de Constantinopla (638-733) forman una trilogía gloriosa de predicadores y teólogos de la Iglesia Oriental en su tiempo. Los temas cristológicos, muy variados, lo mismo nos hablan de la infancia de Jesús, como de la transfiguración o de la exaltación de la Santa Cruz. Y, si se refiere a los santos, desfilan por él aquellos santos que eran conocidos y queridos por su pueblo como San Tito, San Jorge, San Nicolás o los mismos mártires de Creta.

Pero su fama, al menos actual, se debe a las homilías marianas. Estudiadas hoy a la luz de los avances de la teología de la Virgen, San Andrés de Creta nos presenta una mariología muy avanzada, casi la misma de nuestro tiempo.

Las homilías que se han publicado ahora tratan cuatro de la Natividad de la Virgen, una de la Anunciación y tres de la Dormición o Asunción al cielo. Un conjunto de doctrina que en la constitución dogmática *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II (VIII, 56, 59, 62) le hace ser considerado como uno de los Padres convertidos en grandes testigos de la fe mariológica de la Iglesia a través del tiempo.

Su doctrina sobre la Inmaculada Concepción, a pesar de que en los Padres Orientales no hay una afirmación todavía expresa sobre la singular prerrogativa de la pureza original, en San Andrés sí enaltece una limpieza inmaculada de María y su extre-

ma vinculación con el Señor. Hay toda una serie de afirmaciones en este sentido en sus homilias donde el calificativo de *inmaculada* (*hyperámonon*) se le adjudica varias veces en un contexto de profunda limpieza, *totalmente inmaculada*. Las palabras del Cantar de los Cantares se adjudican a María, con notoria propiedad. «Eres del todo hermosa, amada mía; no hay tacha en ti» (Cant 4,7).

Respecto a la Natividad nos ratifica diversos detalles sobre el nacimiento de María, que encontramos en la Tradición y en el protoevangelio de Santiago, relativos a los padres de María, la presentación en el templo, su infancia, la genealogía davídica de María, los desposorios..., todos aquellos instantes relacionados con la infancia de Jesús, de los cuales tanto gustaban los cristianos de los primeros siglos, coincidentes y confirmando muchas veces sus propias costumbres.

La homilía de la Anunciación, posiblemente pronunciada ya en el día de su fiesta del 25 de marzo, es una pieza vibrante referida a la Encarnación del Verbo. Aquí a la grandeza teológica y escriturística del sermón se le unen detalles tradicionales como el hecho de que María estaba tejiendo un manto de púrpura, símbolo de la realeza de aquel que se encarna en sus entrañas.

En las homilias de la Asunción o de la Dormición se nos repite con insistencia la palabra Virgen, porque para San Andrés la Asunción de María y la incorrupción en el sepulcro van estrechamente unidas al misterio de su virginidad perpetua. Se trata pues de una mutua interrelación.

En estas homilias de la Asunción hay interesantes recuerdos sobre los lugares sagrados escenarios de este hecho, como el santuario de la Dormición, situado en el Valle Cedrón, cerca del Huerto de los Olivos. Y luego, en su última homilía para cantar su entrada en el Cielo, el autor sabe echar mano de todos sus recursos de poeta prorrumpiendo en un canto triunfal muy meritorio en honor de María.

Hay, además, en las homilias algo entrañablemente curioso: las connotaciones eucarísticas con las que el autor nos traslada desde María a la eucaristía. Así, por ejemplo, nos dice que Cristo es levadura que nos llega a través de María hasta el punto de convertirse en pan para la restauración del género humano, ci-

tando incluso a San Juan cuando dice: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá eternamente» (Jn 6,51). Algo que parafrasea con otras citas evangélicas.

El estilo que utiliza el autor es modélico en su forma y composición. Son homilias escritas y se cuida al máximo la expresión pero al mismo tiempo revistiéndola con los elegantes ropajes de su formación poética, pero sin dejarse jamás llevar por ésta en detrimento de sus contenidos teológicos, su compromiso de adoctrinar a su pueblo y la alabanza divina.

Quizás la mejor despedida sean unas palabras suyas que encontramos en la homilía segunda de la Dormición:

«La Iglesia, reina de la multitud de los creyentes, acompaña hoy en triunfo y ofrece con regocijo sus mejores obsequios a la Reina de todo el género humano, a la que Dios, rey y señor del universo, con triunfal magnificencia constituye reina de los cielos» (p.150).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

ANDRÉS DE CRETA, SAN, *Homilias marianas* (Madrid 1995).

GARCÍA, R., OP, *Andrés de Creta, doctor de la Inmaculada Concepción y teólogo clásico de la Asunción* (Madrid 1970).

BEATA CATALINA JARRIGE

Virgen († 1836)

La amable y sencilla figura de Catalina Jarrige, conocida por Catinon-Menette, es la de una modesta campesina y artesana francesa, valerosa y simpática, animada de una extraordinaria caridad y de un ardentísimo celo.

Su vida puede dividirse en tres etapas bien definidas. Los treinta y cinco primeros años transcurrieron en su pequeño pueblo natal, dedicada a los trabajos del campo; enseguida al servicio doméstico con distintas familias, y luego a su profesión de enajera en una ciudad cercana, donde ya viviría siempre. Allí se hizo terciaria dominica y se entregó activa y desinteresadamente al servicio de los más necesitados. El segundo período de su vida, los doce años que van desde los 35 a los 47 de edad, que bien merece llamarse heroico, coincide con la Revolu-

ción Francesa (1789-1801). En estos años, además de continuar atendiendo a los pobres, huérfanos y enfermos, protegió de modo valiente y audaz a los sacerdotes perseguidos por el régimen político: los escondía, les avisaba de los peligros inminentes y les procuraba alimentos, ropas y cuanto necesitaban para poder ejercer su ministerio. La tercera y última etapa, hasta que el Señor la tomó para sí cuando contaba 82 años de edad, fue más tranquila que la anterior, de continuo crecimiento espiritual y muy rica en obras de caridad con los pobres y los encarcelados, a quienes ayudaba material y espiritualmente. Siempre alegre, serena y jovial en el trato, tenía la gracia de saber pedir para ellos con garbo y simpatía y de distribuir con suma delicadeza cuanto le daban. Gozó de gran aprecio y veneración por parte de todos. Su vida fue el triunfo de la sencillez, y también de la fortaleza, la bondad, la caridad y la misericordia.

Catherine Jarrige nació el 4 de octubre de 1754 en la aldea de Doumis, parroquia de Chalignac, en la Alta Auvergne de Francia. Era la menor de siete hijos de una modesta familia de campesinos pobres. Tenía tres hermanas y tres hermanos.

Cuando se visita su casa natal en Doumis, donde ella dio sus primeros pasos, impresiona la exigüidad de la morada: una única habitación de reducidas dimensiones, en una planta baja; un granero que servía de hogar y de dormitorio. Allí no sobraba nada. Pierre Jarrige, el padre, era un modesto granjero, de gran bondad y con elemental instrucción: sólo sabía leer y escribir. Él y su mujer, Marie Célarier, también de humilde familia, debían trabajar duro para sostener a los suyos. Habían contraído matrimonio en 1744. Eran buenos cristianos y muy honrados. En su casa se rezaba todos los días. Trabajaban al servicio de pequeños ganaderos que vendían sus bueyes, caballos, corderos, quesos... Y de esta ocupación debía vivir la numerosa familia que iban formando.

En este ambiente se desarrolló la primera infancia de Catalina. Llevó la vida de una sencilla campesina de su tiempo: pobremente vestida, alimentada con sobriedad y colaborando en las labores domésticas desde muy niña. Temperamentalmente era animosa y jovial. Estaba dotada de un carácter franco, festivo y alegre.

No era pensable en su época la escolaridad obligatoria, por lo que, dadas sus condiciones de vida, no pudo tener la experiencia de haber acudido a la escuela. Adquirió toda su ciencia de la sabiduría rural, al contacto diario con la naturaleza, a través de la propia experiencia, por las enseñanzas y consejos de los mayores y, desde luego, por su catolicismo, en el que fue cuidadosamente formada desde niña. Su inteligencia vivaz se nutrió de la tradición oral y de cuanto la propia vida y las personas que tenía cerca le iban enseñando. Así, aprendió a creer en Dios, a coser, a hilar y a realizar las tareas cotidianas. De las cosas santas sabía lo que le enseñó su madre, y también algunos libros, porque consiguió leer un poco. Se ha conservado en Mauriac, lugar donde se desarrolló la mayor parte de su existencia, su libro de oraciones y el de su Regla de terciaria dominica. Pero hasta los 10 años vivió en el campo de Doumis con sus hermanos y hermanas y con los chavales de alrededor. Solían guardar rebaños de ovejas, que llevaban a pastar.

Simpática, amable y divertida, le complacía jugar con sus compañeros y, naturalmente, no faltaron las pequeñas disputas del juego. Tampoco era la última en aceptar apuestas con los pastores. Catinon, como la llamaban familiarmente, contó más de una vez sus travesuras de niña, que después deploraba. Abría, por ejemplo, huecos en las cercas, de modo que los rebaños de sus adversarios de aquel día pasaban por ellos y quedaban a la ventura en los prados vecinos...

A pesar de su esfuerzo constante, los Jarrige no lograron remontar una situación económica siempre precaria, por lo que los padres decidieron colocar a sus hijos. Los varones se dedicaron al comercio ambulante. Catinon, igual que sus hermanas, comenzó a servir como empleada doméstica a la edad de nueve o diez años. Como era trabajadora, daba plena satisfacción a sus amos. Sesenta años más tarde, las autoridades del distrito que la propusieron para el premio «Monthyon», le dieron este reconocimiento: «Trabajó sucesivamente con varios dueños con una fidelidad, una actividad y una inteligencia que la distinguieron, dentro de su condición». Cuando se piensa en lo que era la vida de aquellos niños tan pequeños, o de los pastorcillos que estaban en sus mismas condiciones, en la explotación de que a ve-

ces eran objeto, en su sufrimiento por estar separados de la familia, en el ritmo de trabajo más que intenso a que estaban sometidos, el elogio resulta sobradamente merecido.

Hacia los 12 o 13 años, hizo su primera comunión, preparándose como pudo para este acontecimiento tan importante de su existencia. Igual que otros niños y jóvenes, aprovechó las enseñanzas de un sacerdote que solía dedicar los domingos a enseñar la doctrina cristiana en las distintas poblaciones de su parroquia. Catalina acudía a estas catequesis con interés y piedad, completando así la formación que había recibido en el hogar. Y se produjo por entonces un notable cambio en su vida: entrada en la adolescencia, se hizo más seria y comenzó a gustarle la oración.

El 22 de diciembre de 1767 murió su madre a la edad de 47 años. Catalina hacía dos meses que había cumplido los 13. No tuvo, pues, una infancia fácil, herida por la pobreza, por la obligación de trabajar desde muy niña y por la privación de la vida en familia desde tan corta edad. Pero estas pruebas forjaron en ella un alma singularmente valerosa y, además, fue siempre muy alegre. Nunca perdió el buen humor, el encanto, la gracia, la simpatía, la jovialidad.

Al crecer, aprendió a bailar. Era uno de los principales modos de diversión en el ambiente rural, y se apasionó por la danza, de modo que llegó a tenerle verdadera afición. «Yo iba a todos los lugares donde había una velada, un baile popular, un instrumento musical», confesaba después.

Bailaba la *bourrée*, danza graciosa y típica de la región de Mauriac. Cuando comenzó su causa de canonización —1911-1930— no era común que una santa hubiera sido bailarina. Los testigos interrogados entonces afirmaban que ésta «era una danza poco reprochable, que no tenía ninguna consecuencia negativa».

No obstante, cuando tomó conciencia de que el Señor la quería para su servicio, no sin gran pesar por su parte, renunció a bailar. Tuvo a este respecto una importante experiencia personal que llamaba su «conversión». El 24 de febrero de 1786 se casó su hermana Jeanne. Ella, que ya era terciaria dominica, obtuvo autorización para ir a la boda y, después del banquete, par-

No era pensable en su época la escolaridad obligatoria, por lo que, dadas sus condiciones de vida, no pudo tener la experiencia de haber acudido a la escuela. Adquirió toda su ciencia de la sabiduría rural, al contacto diario con la naturaleza, a través de la propia experiencia, por las enseñanzas y consejos de los mayores y, desde luego, por su catolicismo, en el que fue cuidadosamente formada desde niña. Su inteligencia vivaz se nutrió de la tradición oral y de cuanto la propia vida y las personas que tenía cerca le iban enseñando. Así, aprendió a creer en Dios, a coser, a hilar y a realizar las tareas cotidianas. De las cosas santas sabía lo que le enseñó su madre, y también algunos libros, porque consiguió leer un poco. Se ha conservado en Mauriac, lugar donde se desarrolló la mayor parte de su existencia, su libro de oraciones y el de su Regla de terciaria dominica. Pero hasta los 10 años vivió en el campo de Doumis con sus hermanos y hermanas y con los chavales de alrededor. Solían guardar rebaños de ovejas, que llevaban a pastar.

Simpática, amable y divertida, le complacía jugar con sus compañeros y, naturalmente, no faltaron las pequeñas disputas del juego. Tampoco era la última en aceptar apuestas con los pastores. Catinon, como la llamaban familiarmente, contó más de una vez sus travesuras de niña, que después deploraba. Abría, por ejemplo, huecos en las cercas, de modo que los rebaños de sus adversarios de aquel día pasaban por ellos y quedaban a la ventura en los prados vecinos...

A pesar de su esfuerzo constante, los Jarrige no lograron remontar una situación económica siempre precaria, por lo que los padres decidieron colocar a sus hijos. Los varones se dedicaron al comercio ambulante. Catinon, igual que sus hermanas, comenzó a servir como empleada doméstica a la edad de nueve o diez años. Como era trabajadora, daba plena satisfacción a sus amos. Sesenta años más tarde, las autoridades del distrito que la propusieron para el premio «Monthyon», le dieron este reconocimiento: «Trabajó sucesivamente con varios dueños con una fidelidad, una actividad y una inteligencia que la distinguieron, dentro de su condición». Cuando se piensa en lo que era la vida de aquellos niños tan pequeños, o de los pastorcillos que estaban en sus mismas condiciones, en la explotación de que a ve-

ces eran objeto, en su sufrimiento por estar separados de la familia, en el ritmo de trabajo más que intenso a que estaban sometidos, el elogio resulta sobradamente merecido.

Hacia los 12 o 13 años, hizo su primera comunión, preparándose como pudo para este acontecimiento tan importante de su existencia. Igual que otros niños y jóvenes, aprovechó las enseñanzas de un sacerdote que solía dedicar los domingos a enseñar la doctrina cristiana en las distintas poblaciones de su parroquia. Catalina acudía a estas catequesis con interés y piedad, completando así la formación que había recibido en el hogar. Y se produjo por entonces un notable cambio en su vida: entrada en la adolescencia, se hizo más seria y comenzó a gustarle la oración.

El 22 de diciembre de 1767 murió su madre a la edad de 47 años. Catalina hacía dos meses que había cumplido los 13. No tuvo, pues, una infancia fácil, herida por la pobreza, por la obligación de trabajar desde muy niña y por la privación de la vida en familia desde tan corta edad. Pero estas pruebas forjaron en ella un alma singularmente valerosa y, además, fue siempre muy alegre. Nunca perdió el buen humor, el encanto, la gracia, la simpatía, la jovialidad.

Al crecer, aprendió a bailar. Era uno de los principales modos de diversión en el ambiente rural, y se apasionó por la danza, de modo que llegó a tenerle verdadera afición. «Yo iba a todos los lugares donde había una velada, un baile popular, un instrumento musical», confesaba después.

Bailaba la bourrée, danza graciosa y típica de la región de Mauriac. Cuando comenzó su causa de canonización —1911-1930— no era común que una santa hubiera sido bailarina. Los testigos interrogados entonces afirmaban que ésta «era una danza poco reprochable, que no tenía ninguna consecuencia negativa».

No obstante, cuando tomó conciencia de que el Señor la quería para su servicio, no sin gran pesar por su parte, renunció a bailar. Tuvo a este respecto una importante experiencia personal que llamaba su «conversión». El 24 de febrero de 1786 se casó su hermana Jeanne. Ella, que ya era terciaria dominica, obtuvo autorización para ir a la boda y, después del banquete, par-

ticipó en los bailes con gran entusiasmo y naturalidad, animando incluso a otros a bailar. Pero cuando volvió a su casa no pudo dormir de preocupación en toda la noche, porque entendía que su comportamiento no había sido oportuno en una persona a quien Dios llamaba para él. A la mañana siguiente se postró a los pies de la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, patrona del lugar.

«Yo lloraba como un niño —decía después—. Supliqué a la Virgen que tuviera piedad de mí, y cuando me levanté noté que me había convertido: sentí que no bailarías más».

Desde entonces sólo el Señor fue su alegría y su canto. Hay que tener en cuenta que la Regla de las Terciarias dominicas, aunque era una orden seglar, prohibía participar en los bailes. Reconocía después que esta renuncia había sido uno de los mayores sacrificios de su vida. También debió controlar su naturaleza fogosa e impetuosa.

A la edad de 24 años pensó consagrarse a Dios por completo. Después de haber trabajado como empleada doméstica en varias casas, Catalina se había trasladado a Mauriac, estableciéndose allí como bordadora de encajes. Con el fin de cuidar mejor su vida espiritual, ingresó en la Orden Tercera de Santo Domingo, convirtiéndose así en lo que la gente de la Auvergne llamaba una «Menette», que etimológicamente significa persona sola, o solitaria, pero que también tiene el sentido de «monjita», aunque, en realidad, las «Menettes» eran laicas, no religiosas. Se trataba de mujeres que se consagraban a Dios viviendo en el mundo, en medio de sus conciudadanos, y allí le servían haciendo el bien. Su estatuto podía parecerse al de las actuales vírgenes consagradas.

En Mauriac, Catalina tuvo que dedicarse a cuidar a su hermana Marguerite, que cayó gravemente enferma, lo cual le dio ocasión para que se desarrollase en ella el sentido de atención a los más necesitados. Ya desde antes, y sobre todo a partir de aquel momento, este modo de situarse ante los demás constituyó su propio camino de santidad, fielmente mantenido hasta el final de su vida. Había descubierto pronto que Dios la estaba llamando al servicio de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos, y su actividad principal comenzó a ser, en efecto,

ayudar a los más carentes de recursos, prestándoles ayuda no solamente material, sino espiritual. Colaboraba también en la catequesis. Su regla les prescribía tiempos de oración y asistencia diaria a misa: una vida de unión profunda con Cristo. Así, las «Menettes» eran entre sus contemporáneos los testigos de la ternura de Dios para con los hombres.

Había entonces en Mauriac cuatro grupos de «Menettes». La Orden Tercera de Nuestra Señora, la de San Francisco, la de Santa Inés y la de Santo Domingo. Es probable que eligiera esta última porque llevaba el nombre de una gran santa dominica, Catalina de Siena. También porque conocía al padre Ronnat, del convento de los Dominicos de Mauriac, que regía su parroquia. Así, por su santa patrona y por el cura de Mauriac, Catinon conoció la familia dominicana. Sin duda fue atraída por el espíritu evangélico y apostólico de Santo Domingo. El servicio a los más pobres, ¿no era la mejor manera de dar a conocer el evangelio? Catinon así lo pensó, y se comprometió con esta familia religiosa. Dedicó en ella cincuenta años de su vida a servir a los más pobres, a los enfermos, a los huérfanos, a los más desgraciados de la región de Mauriac. De hecho, les regaló su vida.

No faltaban pobres en la Francia de finales del siglo XVIII y principios del XIX. Catinon les conocía y sabía bien sus necesidades. Para socorrerlas, pasaba parte de su jornada pidiendo para ellos en casa de los más afortunados. Toda la burguesía adinerada fue reclamada por ella durante estos años.

Catalina solía llevar un delantal con dos grandes bolsillos, en los que metía el resultado de sus súplicas. Cuando entraba en la casa a donde iba a pedir, con una mirada limpia y perspicaz, y una insinuante sonrisa, mostraba sus grandes bolsos abiertos, y decía en lenguaje popular: «¡Llenadlos, llenadlos!». O también: «Buenos días, señora, aquí estoy otra vez; por favor, no os enfadéis». Éste era todo su discurso. El resto se adivinaba sin dificultad. Si el ama de casa se negaba a darle algo, la «Menette» seguía sonriendo y mirándola pacientemente, y se quedaba allí, a la espera. Siempre obtenía alguna cosa. A veces, cuando la respuesta se hacía esperar, llegaba a tomar cierto aire serio y enfadado y gritaba más alto que sus interlocutores: «¡Llenadlos, llenadlos!».

«¡Oh, vosotros, gran dama, gran señor! Vosotros tenéis todo lo que necesitáis: dinero, pan blanco, buen vino, fuego para calentáros. No sabéis nada de los que mueren de hambre o de frío. ¡Vamos! ¡Dadme algo o lo cojolo!».

Y normalmente se lo daban. Incluso los corazones más duros se dejaban vencer por la sonrisa de Catinon. Así conseguía pan, salchichas, frutas, vestidos, etc., para los pobres y los enfermos.

Cuando encontraba un huérfano o un niño pobre o abandonado en las calles de Mauriac, lo tomaba por la mano y lo conducía a su propia casa o a la de alguna familia acogedora, y allí lo calentaban, le daban de comer y lo vestían. Antes de dejarlo marchar, le daba lo que tenía: pan, un gorro, una camisa, unos zapatos.

Catalina nunca tuvo orgullo por su actividad caritativa. Obraba gratuitamente, sin ruido, por amor a Jesucristo y a los demás. Amiga de los pobres, vivía ella misma en gran pobreza. Alguna vez les daba sus vestidos, o sus zapatos de uso personal. Enseguida encontraba algún pobre que los necesitaba. También estaba dispuesta a renunciar a sus alimentos en favor de ellos. Se cuenta que en cierta ocasión una burguesa quiso darle a ella una sopa, y se dijo a sí misma en su propio dialecto: «Boca, tú lo quieres; boca, no lo tendrás jamás».

A esta actividad de atender a los pobres y enfermos en sus necesidades, que se iba haciendo en ella habitual, vino pronto a sumarse la ocasionada por la Revolución Francesa, que tuvo lugar a partir de 1789, cuando ella se acercaba a los 40 años de edad. Le tocó, pues, vivir su etapa adulta en una época muy dura y compleja, marcada por las profundas transformaciones religiosas, culturales, políticas y sociales que trajo consigo dicha Revolución. Además, el 28 de diciembre de 1790 murió su padre, de 77 años de edad, por lo que a los intensos sufrimientos provocados por la situación social se sumaron en ella los producidos por esta nueva situación familiar.

Sabido es que en la segunda mitad del siglo XVIII muchos quisieron enfrentar la razón con la fe, creyendo que, con sus únicas posibilidades, la inteligencia era capaz de conocer el destino del hombre. A la intolerancia del hecho religioso acompañó, además, una drástica revisión del régimen político existente,

tratando de sustituir la monarquía absoluta, entonces en su máximo esplendor, por gobiernos de tinte burgués. Así, entre 1789 y 1801 se produjo el viraje de una sociedad fuertemente jerarquizada a una de tendencia más democrática, fundada sobre la dignidad y la responsabilidad de todos. Pero esto no sucedió sin los sufrimientos, excesos e injusticias de una dura guerra civil. Después, entre 1801 y 1836, año en que moría Catalina, la sociedad francesa, temerosa e incierta, oscilaba entre la nostalgia del pasado y los logros alcanzados por la Revolución.

En este contexto de un mundo en cambio, la Iglesia, enraizada en la sociedad del Antiguo Régimen, estaba siendo víctima de la desconfianza de los poderes emergentes, a la vez que ella misma dudaba de la posibilidad de establecer el diálogo con las nuevas mentalidades. Así, para escapar a la sumisión al Estado que le imponía la «constitución civil del clero» y salvar la independencia de su misión, se vio obligada a tomar una actitud de resistencia espiritual, lo cual trajo consigo una dura y prolongada persecución.

La talla humana y espiritual de Catalina, y su fortaleza y valor, se pusieron bien de manifiesto durante estos años difíciles de la Revolución Francesa. Sin dudarle, con el buen sentido de su fe, de su entrega y de su voluntad de seguir al Señor, optó por ayudar de modo valiente y audaz a los sacerdotes que, por fidelidad a la Iglesia, rechazaban la sumisión pedida por el Estado en la aludida «constitución civil».

Ante el acoso de las autoridades, que constituyó una verdadera persecución, algunos sacerdotes tomaron el camino del exilio y otros optaron por esconderse en el paisaje accidentado de los alrededores de Mauriac. A éstos ayudó valerosamente Catalina, buscándoles refugio en las montañas de Auze y Dordogne, en las casas de los pueblos o en las esparcidas por los campos. También tuvo escondidos a dos sacerdotes en su propio domicilio, de manera que aseguraran, aunque clandestinamente, el ejercicio del ministerio pastoral en Mauriac. Y, pidiendo limosna para ellos, a todos procuraba alimentos y vestidos, además de todo lo necesario para que pudieran celebrar la santa misa.

Catalina, que debía vivir su fe en circunstancias tan difíciles, fue fiel a Dios en un momento en que el hombre estaba tentado

de ver en Él un obstáculo para la libertad y para el progreso, y cuando practicar la religión suscitaba la desconfianza de las autoridades civiles y la ironía, la befa y el insulto de muchos ciudadanos. Pero ella permaneció profundamente anclada en la Iglesia, en una sociedad donde su papel era constantemente puesto en tela de juicio.

Aunque muchos sacerdotes y fieles oscilaban ante la elección de hacer frente o no a los nuevos poderes que se oponían abiertamente a la Iglesia, o que la querían someter del todo al Estado, a Catalina, que no tenía una formación religiosa particular, su sentido de la fe le hacía presentir la importancia para la Iglesia local de permanecer en comunión con la de Roma. Por eso ayudó decida y arriesgadamente a quienes, de modo heroico, optaron por defender la identidad y la independencia de la Iglesia respecto al poder civil.

¿Dónde estuvo el secreto de una fidelidad tan esforzada y valiente? En su habitual unión con Dios, nutrida con la oración, con la participación asidua en la Eucaristía, con la frecuente reconciliación, y con su devoción a Nuestra Señora. Además, su afición a los enfermos, a los pobres y a los perseguidos la hizo más conforme con Jesucristo, de quien se sabía humilde testigo.

Para poder permanecer fiel en esta arriesgada actividad evangélica, Catalina se asía, pues, a la oración como a una fuente de agua viva. Rezaba en la iglesia, en su casa y en las calles de la ciudad. En cualquier lugar sabía hacer sitio y encontrar a Dios. «¡Cuántas veces —afirma un testigo— la he visto venir hacia mí con una mano tendida para recibir la limosna y la otra escondida bajo su delantal, en la que ella tenía discretamente el rosario!».

Durante la Revolución, Catalina resistió con fortaleza y dolor la cruel desestructuración de la Iglesia, debida al cisma que trajo consigo la aludida «constitución civil del clero». Había, en realidad, dos iglesias en Francia: la sometida al Estado y la perseguida por desear permanecer libre. Sufrió intensamente al ver consagrada por la ley francesa la ruptura de la comunión con la Iglesia de Roma, con el Papa; al constatar la supresión de la vida religiosa; al experimentar la terrible descristianización padecida durante la época del Terror, y las persecuciones injustas contra

los religiosos y religiosas y contra el clero refractario a las indebidas exigencias del poder civil.

Durante esta cruel tormenta comprendió que estaba en juego la supervivencia de la Iglesia en su país o, lo que es lo mismo, la continuación del anuncio del Evangelio por la Iglesia de Cristo. Por eso, rehusando asistir a los oficios del clero constitucional, ayudó a los sacerdotes refractarios, que estaban siendo perseguidos, a ejercer el ministerio clandestinamente, escondiendo incluso a dos de ellos en su casa, como acabamos de indicar. Así, la «Menette» de los pobres había llegado a ser también la «Menette» de los sacerdotes.

Durante lo más fuerte del «terror», Catalina recorría los bosques para llevar alimentos, vestidos y objetos de culto para la celebración de la misa a los sacerdotes que se escondían. Se arriesgaba a pedir limosna para ellos y, a fin de que pudieran protegerse, procuraba tenerles informados de las pesquisas de sus perseguidores.

En 1793 fue condenado a muerte el P. François Filiol, por ser refractario al juramento que exigían las autoridades civiles. Ella le acompañó con valentía hasta el pie del cadalso, animándole en todo momento y recogiendo después su sangre, como piadosamente hacían los primeros cristianos con la de sus mártires.

También ayudó en sus necesidades espirituales a los fieles del pueblo de Dios. Si había que bendecir un matrimonio, o confesar a un enfermo, o bautizar a un niño, bastaba decírselo a ella y enseguida, sigilosamente, de día o de noche, procuraba un sacerdote que ejerciera el requerido ministerio. Y, a medida que los revolucionarios extremaban su furor, ella redoblaba la prudencia, la vigilancia, la valentía en su discreta actividad.

No obstante, fue arrestada dos veces, pero las dos pudo, providencialmente, librarse de la condena. Una de ellas llegó a ser juzgada, pero el procesamiento concluyó dejándola en libertad por falta de pruebas. Tampoco en la otra sus acusadores pudieron probar su culpabilidad. Ella no ignoraba que a cada paso arriesgaba su vida, porque la ley castigaba tanto a los sospechosos como a los que escondían a los sacerdotes refractarios. Pero tenía el valor que da el Espíritu de Dios a las almas

fuertes y esto la animaba en su incesante actividad al servicio de la Iglesia.

La persecución duró diez largos años. Cuando terminó la Revolución, ella continuó aportando su ayuda al clero para reconstruir la parroquia de Mauriac, de modo que el Evangelio volviera a reinar en los corazones.

Después de la Revolución, continuó hasta su muerte en 1836 su ministerio incesante al servicio de los más pobres, los huérfanos y los enfermos. Y también de los encarcelados, con frecuencia personas de la nobleza o del clero, a los que visitaba y atendía derrochando cariño, comprensión y solicitud, llevándoles noticias de sus familiares y amigos, y proporcionándoles alimentos, algún entretenimiento o vestidos. Era frecuente ver recorriendo las calles de Mauriac, para llevar alivio a unos y otros, a esta mujer sencilla, ágil, paciente, mediana de estatura, con el tocado propio de las aldeanas de su tiempo, pero revestida de una fortaleza sobrehumana, de un espíritu de sacrificio verdaderamente heroico y de una caridad extraordinaria. Como dice su biógrafo Juan Bautista Serres, Catalina, «con la alegría sobre los labios y el amor en su corazón, supo penetrar en los reductos de la indigencia. Llamó a todas las puertas, a las del rico para recibir y a las del pobre para dar»: 36 años bien llenos de prudente y audaz servicio a los más necesitados. Ayudándoles tenía la conciencia de servir al Cristo que sufre.

Después de una vida extraordinariamente fecunda, una vida de amor y servicio a los más pobres y desvalidos y, muy en particular, a los ministros de la Iglesia en un momento de persecuciones y confusión, Catinon «Menette», ya anciana, entregó su alma a Dios el 4 de julio de 1836. Fue llorada por todos. La región entera se movilizó para sus exequias. Los más ricos y los más pobres, los más favorecidos por la fortuna y los obreros y campesinos, los de lejos y los de los alrededores, todos fueron a rendirle el último homenaje.

Catinon «Menette» no ha sido olvidada por sus paisanos. Su tumba es visitada y siempre tiene flores. Se la reza. Se pide su intercesión ante el Señor por los enfermos, por los más disminuidos, por las vocaciones, especialmente para la vida sacerdotal.

Su causa de canonización comenzó en 1911, 75 años después de su muerte. Eran ya pocos los testigos que la habían conocido y tratado, pero permanecía nítida y creciente su fama de santidad. Fue decisiva para el buen éxito de su «causa» la detallada biografía que publicó en 1864 el prestigioso sacerdote Juan Bautista Serres, ya aludido, elaborada sobre la base de cualificadas declaraciones de un buen número de testigos y con rigurosa utilización de las fuentes documentales. Tras la introducción de la causa en la Congregación de Ritos, el proceso apostólico tuvo lugar entre 1931 y 1933. Concluidas positivamente las fases sucesivas, fue declarada beata por el papa Juan Pablo II el 24 de noviembre de 1996 en la basílica de San Pedro de Roma.

En este solemne acto, afirmaba sobre ella el Santo Padre: «Su mensaje es un mensaje de alegría, de amor, de esperanza». Y, después:

«La sencillez evangélica fue una característica importante de Catalina Jarrige. Su existencia, a la vez humilde y luminosa, hace pensar espontáneamente en María de Nazaret, cuyos ejemplos inspiraron la generosa abnegación de la nueva beata en su servicio al prójimo».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

- AA.VV., «Bienheureuse Catherine Jarrige (Catinon Menette, 1754-1836)»: *Supplément à «La Vie diocésaine de Saint-Flour»* (1997).
- AA.VV., *Bienheureuse Catherine Jarrige. Une amie pour marcher vers le Christ. Catinon Menette, 1754-1836* (Estrasburgo 1997).
- REPETTO BETES, J. L., «Beata Catalina Jarrige», en *Id.*, *Mil años de santidad seglar. Santos y beatos del segundo milenio* (Madrid 2002) 230-231.
- SERRES, J. B., *Catinon-Menette* (París 21894).

BEATO PEDRO JORGE FRASSATI

Seglar († 1925)

— [...] Me quedo con el dinero.

— ¡...!

— Decididamente.

Explicó un amigo:

«Cierta día me pidió consejo sobre una decisión. Su padre le había ofrecido anticiparle el regalo por la obtención del título uni-

versitario: un automóvil nuevo o el precio equivalente en metálico. No sabía qué escoger. Me dijo, sin embargo, que se inclinaba por el dinero, pues podría utilizarlo en beneficio de los pobres».

Naturalmente apetitosa la posesión de un flamante deportivo Fiat, recién salido de fábrica. Fuerte, golosa tentación para un universitario de veinticuatro años. Y comprensible la sorpresa del oferente, el prestigioso periodista y empresario piamontés Alfredo Frassati premiando anticipadamente la esperada titulación profesional de su hijo Pedro Jorge, que coronaba los estudios de ingeniería de minas.

La escena enmarcada, geográficamente, en Turín; y, cronológicamente, avanzada la primavera de 1925. Felices veinticuatro años, pletóricos de dinamismo, de entusiasmo, de ilusión. Bulliciosos y divertidos. Espléndidos. Enamorados de la montaña, del mar, de las flores, de toda belleza. Amantes de la literatura, del teatro, de la pintura, de la música, de toda realidad artística. Desbordándose deportivamente sobre la nieve, en las rocosas paredes escarpadas, sobre las ruedas de la bicicleta, en los campos de fútbol, sobre los lomos de un corcel, en cualquier modalidad de riesgo o aventura.

Imaginadle quinceañero, pedaleando de un tirón los ochenta kilómetros de trazado vial, ondulado y tortuoso, entre Turín y la residencia familiar de Pallone, un pintoresco recorte habitado de las estribaciones alpinas. Corriendo, de delantero centro en punta, para conseguir el balón o para lanzarlo furiosa y apasionadamente sobre la portería contraria. Cabalgando su domado pero fogoso y difícil Parsifal.

Imaginadle en sus refrescantes zambullidas veraniegas en el Mar de Liguria, en el golfo de Génova, jugueteando con las remansadas olas mediterráneas. En las alegres y apostólicas acampadas de montaña, de rodillas, dirigiendo el diario rosario nocturno contestado por los colegas, ya tendidos sobre la litera o metidos en el saco de dormir. «Todos los días me ayudaba a misa y comulgaba —recuerda el capellán de un refugio alpino— y de regreso de la excursión, arrodillado en la capilla, hacía la visita al Santísimo». Muchos de los compañeros, impulsados por su ejemplo, también comulgaban...

Imaginadle en los ambientes juveniles, académicos, deportivos y apostólicos. Amigo sincero y leal. Sumamente respetuoso,

caballeroso con las chicas. «Sabía ser amigo —afirma una de ellas— como pocos saben serlo. Cordial y sencillo [...] Con nosotras se comportaba perfectamente, esforzándose en ser igual para con todas, de manera que ninguna pudiera decir que había recibido una cortesía, una palabra, un detalle más que otra». Otro testimonio: «Era delicado, alegre, bromista, galante, sencillo...».

Sañadle... Y sumad cuatro pinceladas testimoniales.

Inicialmente la referencia amiga:

«Pier-Giorgio Frassati era un hombre. Un hombre maduro que llevaba la recia coraza de la fe [...] Un hombre que no había sentido la contaminación de los tiempos [...] Siempre al lado de la verdad. Un hombre recto, todo de una pieza [...] Un hombre de aquellos no destinados a hacer carrera si, para llegar a terminarla, tienen que arrodillarse, adaptarse; ser “prudente”, temporizador, diplomático».

Su diplomacia tenía una sola credencial: la verdad. Por lo tanto era un hombre irritante para toda aquella «masa gelatinosa de cristianos perfumados» que piensan que, al fin y al cabo, el diablo, decentemente vestido, puede entrar en la sociedad.

Y, desde la acera de enfrente, el elogio de un periódico socialista de Milán, en cuyas páginas, reciente aún la desaparición terrena de Pier-Giorgio, se lee:

«Era, sin duda, un hombre de cuerpo entero [...] Lo que se lee de él es tan nuevo e inédito que colma de estupor a los que no comparten su fe».

También, la evocación del prestigioso teólogo Karl Rahner, relacionado familiarmente con los Frassati-Ametis durante la estancia del diplomático italiano en Berlín.

«Yo [...], después de cincuenta años, conservo vivo su recuerdo [...] Pedro Jorge Frassati representa al joven cristiano puro, alegre, entregado a la oración, abierto a todo lo que es libre y hermoso, atento a los problemas sociales, que llevaba la Iglesia en su corazón, de una espontaneidad serena y viril. Un milagro de la gracia divina».

Y, finalmente, la pincelada magistral del propio Juan Pablo II:

«Pier-Giorgio Frassati —proclamaba en su visita a Turín, en 1978— nos muestra al vivo lo que verdaderamente significa para

un joven seglar dar una respuesta concreta al “Ven y sígueme” [...] Fue la respuesta de un joven moderno, abierto a los problemas de la cultura, del deporte (¡un alpinista tremendo!), a las cuestiones sociales, a los verdaderos valores de la vida; a la vez que un hombre profundamente creyente, nutrido del mensaje evangélico, fuerte en su carácter, coherente, apasionado en servir a los hermanos y consumado en un ardor de caridad que le llevaba a acercarse, según un orden de preferencia absoluta, a los pobres y enfermos».

En la primavera del año anterior, el cardenal-arzobispo de Cracovia Karol Wojtyła, también en el marco de la capital piamentesa, había sentenciado:

«Pedro-Jorge Frassati es el hombre de las ocho bienaventuranzas que lleva en sí la gracia de un ángel, el gozo de la salvación ofrecida por Cristo».

«El cristianismo —acentuaba— es gozo y el que lo profesa debe transparentarlo en su propia vida: tiene el deber de testimoniarlo, de comunicarlo, de defenderlo en el ambiente en que se mueve...».

Y, tras la semblanza, el perfil familiar.

Pedro-Jorge Frassati Ametis llegó a la vida con el «estallido» del siglo, el Sábado Santo 9 de abril de 1901, en la poblada y convulsionada Turín. Una ciudad en proceso acelerado de industrialización, capital del Piamonte y «rendija» italofrancesa por donde se filtraban las diferentes corrientes culturales y sociales del centro y norte europeos.

Pedro-Jorge nace fruto de un adinerado matrimonio burgués, muy prestigioso, que no encontró la felicidad. Una endeble, simplemente formal relación de pareja por culpa de las ocupaciones y de la ideología del cabeza de familia. Pues don Alfredo, que en 1895 había fundado y ahora dirigía el acreditado diario liberal *La Stampa*, de gran difusión, compartía las actividades empresariales y la política. Ambas hasta extremos absorbentes. Y la dedicación pública, en 1913, le haría el senador más joven del país y, en 1920, le situaría al frente de la Embajada de Italia en Berlín. Antifascista hasta la médula. Y, religiosamente, agnóstico. Pero, eso sí, honrado y muy sensible a las necesidades de los obreros y de los desheredados.

Doña Adelaida Ametis compensaba la soledad, las horas de ausencia marital, con brillantes relaciones sociales y la afición a los pinceles. Era una mujer de exquisita fibra artística, con cele-

brada dedicación pictórica. Era, también, una esposa y madre que vivía sus creencias religiosas. Sumamente recta en la educación de sus hijos —Pedro-Jorge y Luciana, un año mayor—, a quienes contagió la estima de los valores morales y de la fe católica.

Los dos hermanos compartieron la docencia básica en el Liceo Massimo d'Azaglio, donde, con diez años, el niño iniciaría los estudios de enseñanza secundaria pero con poco aprovechamiento escolar. De manera que la desaplicación del alumno, coronando con suspenso el segundo curso, decidió el cambio de centro docente. Ahora al «Istituto Sociale», jesuítico.

Allí Pier-Giorgio, nunca un estudiante brillante pero a diario afianzándose en la constancia y en la responsabilidad, despertará al sentido cristiano de la vida, madurará la orientación de su futuro, encarnará una intensa piedad sacramental y se abrirá a la inquietud por los desheredados y los marginados.

Y, en consecuencia, con trece años se inscribe en la Asociación del Santísimo Sacramento y en el Apostolado de la Oración. Tres años más tarde milita en la Liga Eucarística. Y, diecisieteañero, se alista en las Congregaciones Marianas, en la Cofradía del Rosario y en las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Un estallido de vitalidad cristiana que, cuando el mozo curse estudios superiores, retoñará con su presencia en la Acción Católica y en la Federación de Universitarios Católicos Italianos. En el Césare Balbo, centro de reuniones y donde la muchachada discutía, practicaba juegos de salón, cantaba y se desbordaba bulliciosamente. Donde, al insulto de cierta compañera censurando su enorme vozarrón —Frassati, rebuzne usted más bajo— el reprendido correspondió con una sonora carcajada y la observación: «¿Qué más da? Lo que importa es cantar». Todo esto unido a su dedicación al apostolado parroquial y la asistencia frecuente del círculo obrero católico de la Fiat. Y aún se afiliaría a los Jóvenes Adoradores Universitarios Nocturnos. Y a Pax Romana.

Pier-Giorgio andaba mordido por la fiebre del afán de presencia en el mundo. Insaciable. Alerta a cualquier rendija asociativa para colar espíritu cristiano personal en los distintos am-

bientes de una sociedad en fermento, indiferente y, en el peor de los casos, hostil a la Iglesia. Una militancia, por supuesto, apostólicamente dinámica.

Esta militancia que le llevará a jornadas, congresos, asambleas, actos conmemorativos. Con la mera presencia y activamente. Y, paralelamente, inquietud política. Se estrena, con diecinueve ilusionados años, en las filas del Partido Popular Italiano —preludio de la Democracia Cristiana—, fundado por el sacerdote Luigi Sturzo.

El joven universitario Frassati está doblemente comprometido —como bautizado y como ciudadano— en unos momentos de grave convulsión nacional. A pecho descubierto tanto contra el comunismo como el fascismo, sin rehuir la dialéctica de los puños. En defensa del amor, no del odio y la violencia; de la libertad, no de la esclavitud dictatorial. En defensa de la Iglesia y de los valores morales que brinda al individuo y a la sociedad.

En 1922, con ocasión de la marcha fascista sobre Roma, escribía:

«En el momento grave que vive nuestra patria nosotros, los católicos y singularmente los estudiantes, tenemos un gran deber que cumplir: la formación personal. Nosotros que, por la gracia de Dios, somos católicos, no debemos derrochar los mejores años de nuestra vida, como desgraciadamente tantos jóvenes, en pos de la diversión y del placer, malgastan. Nosotros debemos estar siempre en disposición de hacer frente a la lucha que ciertamente se nos presentará».

No se refería, comprensiblemente, a una batalla cruenta. No a un enfrentamiento armado, como el que ensangrentaba la geografía europea, aludido en conversación con la empleada de servicio que lloraba la pérdida de un hermano en el frente:

— Natalina, ¿no estarías dispuesta a ofrecer la vida a cambio de que cesara la guerra?

— Pues yo sí. Ahora mismo —replicó a la muchacha.

Dieciochoañero se había matriculado en Ingeniería de Minas, en el Politécnico de Turín. Tenía un claro ideal:

«Yo seré ingeniero de minas —confesó— para poderme consagrar a Cristo entre los mineros [...] Como ingeniero puedo, dan-

do buen ejemplo, actuar de modo eficaz [...] Yo quiero ayudar de todas las maneras posibles a mi gente y esto lo podré hacer mejor como laico que como sacerdote».

Y ahora sí. Ahora se tomaba en serio los estudios. Responsable y tesonero. Hasta sacrificar el ocio y las vacaciones e incluso recortar dedicación apostólica y política. Pero jamás pasando por alto la comunión diaria, que recibía, normalmente, a primeras horas de la mañana camino de la Universidad.

Sin brillantez pero sin tropiezos pasaba cursos. Clara y decidida la vocación de apóstol seglar ingeniero de minas. En el mundo sin ser del mundo. Con traje y corbata. Consiguientemente, entraba en sus planes el matrimonio. Y, así, se enamoró de la mirada candorosa, la sonrisa perenne, la supersimpatía, la belleza, la irradiante bondad de Laura Hidalgo. La joven universitaria con quien, afortunadamente, compartía gustos, aficiones e ideales. Silenciosamente enamorado. Amor secreto. Limpio, puro, noble. Sin exteriorización verbal alguna. Aunque posiblemente la mujer de sus sueños leyera más que pura simpatía en los ojos y en las múltiples y constantes delicadezas del joven estudiante. Y gozosamente, en solitario, soñándola madre de sus hijos.

A propósito:

«A mis hijos —había intimado con amigos— no les dejaré dinero. Estoy persuadido de que las riquezas, lejos de favorecer la posición social, con sobrada frecuencia no sirven sino para fomentar las pasiones. Me preocuparé de darles una instrucción completa, una educación cristiana; de manera que, si quieren, puedan por sí mismos hacerse una posición social digna y decorosa. Pero, cumplido esto, si tengo dinero, lo emplearé en obras de caridad».

Y alimentando ilusiones se dio de bruces con un serio obstáculo. Una auténtica prueba de fuego. La realidad de la vida le enfrentó a otro dilema, pero en esta ocasión más dramático. Brutal. Muchísimo más difícil que cuando la opción con protagonismo automovilístico.

Sus padres, Alfredo y Adelaida, no simpatizaban con el amor del hijo. No estaban dispuestos a aceptar una nuera de condición social inferior a la que los Frassati-Ametis ostentaban. A esto se añadía la realidad de la situación familiar derivada del enlace matrimonial de Luciana en 1925: se había casado con

un ciudadano polaco, con la consiguiente residencia lejos del hogar patrio.

Pier-Giorgio no estimaba conveniente que papá y mamá quedaran solos. Temía que su lastimosa relación marital, precisamente ahora en su peor momento, sin la presencia filial que siempre ayudó a zurcirla, acabaría inevitablemente rota e insertible. Y quería evitarlo.

Precisamente, para no dejar solo a papá, tentado con el abandono del hogar, aceptó la colaboración periodística en *La Stampa*.

Terrible problema. Enfrentadas en su conciencia dos realidades queridas: Laura y los padres. Consultó.

Naturalmente, le confirmaron que, con veintidós años, tenía pleno derecho a la libre elección matrimonial. Que adelante. Sin escrúpulo alguno. Tranquilamente.

Pero él, prescindiendo de la mayoría de edad, no estaba en disposición de contrariar a sus progenitores. En consecuencia: «Entonces —fue la sentencia— no cabe más que la renuncia».

Y renunció.

«Podría casarme con Laura —se declararía amigablemente, calientes aún las lágrimas tras la dolorosa decisión— contra la voluntad de mis padres, pero destruir un hogar para crear otro nuevo sería absurdo».

Bravo el muchacho: «Seré yo el sacrificado».

Volviendo sobre el desapego amoroso, confiaba epistolarmente a otra amistad:

«Mi programa es el siguiente: convertir aquella simpatía especial, que yo sentía por ella y que no encaminaba al fin a donde debíamos dirigirnos a la luz de la caridad, en respetuoso lazo de amistad, entendida en sentido cristiano; en respeto a sus virtudes, en la imitación de sus preclaras dotes [...] Ahí va mi programa que espero, confiado en la gracia de Dios, llegar a cumplir, aunque me cueste el sacrificio de la vida. Eso poco importa».

Y aún una tercera referencia personal, íntima, sobre el particular:

«Sí, querido amigo: éste es un momento grave para mí. Dura es la lucha, pero hay que buscar la forma de vencer...».

Y en el combate fiero, a corazón abierto, siempre gozoso y tranquilo:

«¿Cómo no voy a estar alegre —escribió a Luciana, ya residente polaca— mientras la fe me da fuerzas? Siempre alegre. La tristeza debe ser barrida del alma del católico».

Y ¡qué creencias!: «Gracias a Dios —había dicho— mi fe es todavía bastante sólida».

Enraizada, robusta la fe. Y sólida, esencial y prioritaria la caridad entre los valores morales que Pier-Giorgio amaba, proclamaba y defendía.

Coincidentes los amigos: «¡Pero si todo él era caridad!».

Aquel auténtico amor al prójimo cercano; en los ambientes doméstico y laboral familiar, parroquial, universitario. Al prójimo lejano, particularmente los enfermos y pobres, que buscaba en el Cottolengo, en los hospitales, en domicilios particulares.

Ideas claras:

«La base fundamental de la fe católica —escribió meses antes de su muerte— es el amor, a Dios y al prójimo, sin el cual toda ella se derrumbaría».

En consecuencia:

«El prójimo tiene necesidad de nosotros y debemos estar a su servicio. Diariamente, siempre [...] No hay que dejar abandonado a ningún ser humano».

«Cuando herede, mis bienes irán a parar a los pobres».

Y ya ensayaba, prodigándose caritativamente: repartiendo el bocadillo de sus desayunos... todas las mañanas salía de casa en ayunas, para poder comulgar. Desprendiéndose de los aguinaldos, de los regalos. Protagonizando largas caminatas para ahorrar el importe del transporte público que convertía en limosna. Distribuyendo productos farmacéuticos y alimentos en las miserables viviendas urbanas y de la periferia suburbial de Turín. Rescatando hipotecados escasos y queridos objetos de valor de no pocas familias en apuros. ¡Gastándose íntegramente el importe del «Fiat» nuevo que no aceptó como premio final de carrera!

«Prefiero llevar yo mismo los paquetes a los pobres, pues así puedo infundirles ánimos y darles esperanza [...] y convencerles para que ofrezcan sus sufrimientos y que vayan a misa».

¡Verdadero apóstol!...

No heredaría. Por culpa de un virus ávido preferentemente de cuerpos jóvenes y robustos, el martes 30 de junio de 1925, en el transcurso de un alegre paseo fluvial sobre las aguas del Po, los amigos adivinaron un Frassati extrañamente fatigado justificando el interesado un simple y natural entumecimiento muscular pues llevaba un mes de excesiva vida sedentaria, recluso en su domicilio por la intensa preparación del cercano examen final de carrera. Sólo acudía a la iglesia —decía que necesitaba la comunión diaria— o a satisfacer alguna urgencia caritativa.

A la mañana siguiente el joven despertó con fiebre. Veinticuatro horas más tarde ya no podía con su cuerpo, pero él tozudo, más que tozudo, y haciendo de tripas corazón, viajó con la familia a Pollone para dar sepultura a la abuela. En Pollone empeoró.

Fue trasladado urgentemente a Turín, donde, en impetuosa cascada, hubo consulta médica, diagnóstico y tremendo bombo: Pier-Giorgio estaba afectado de una poliomiélitis de origen infeccioso posiblemente contagiada en alguna de sus caritativas visitas hospitalarias.

Poliomiélitis fulminante. Irremediable. Imposible parar el mal. La ciencia médica carecía de frenos. Sin embargo, dará tiempo al flamante apóstol laico para la lúcida, serena y gozosa recepción de los últimos sacramentos. Y aún más. Pues incluso le permitirá el encargo de unos inyectables y una ayuda económica para sendos desfavorecidos. Pier-Giorgio se muestra caritativamente solícito, generoso y heroico hasta el último momento.

Cuando los relojes marcaban las siete de la tarde y el calendario anunciaba el sábado 4 de julio de 1925, Pier-Giorgio Frassati Ametis, perdidamente enamorado de la montaña, protagonizó la última escalada. Había coronado la cima del «Verso alto» que había estampado sobre una fotografía de montañero dedicada a un amigo.

También dejó escrito:

«No seremos católicos de verdad —en *Apuntes para un discurso sobre la caridad*, dirigido a sus compañeros universitarios— mientras no conformemos nuestra vida a los dos mandamientos que son

esencia de la fe cristiana: amar a Dios con todas nuestras fuerzas y amar al prójimo como a nosotros mismos».

Una apoteosis fue la beatificación de Pier-Giorgio Frassati, en la Plaza de San Pedro, el 20 de mayo de 1990. Estaba presente Luciana, la hermana del nuevo modelo cristiano. Juan Pablo II en la despedida a la bulliciosa muchachada católica, congregada entre las columnas de Bernini, dijo: «Queridos jóvenes: os invito a imitar el ejemplo del nuevo beato».

Momentos antes, en la homilía de la misa, le había presentado como

«Un joven moderno lleno de vida, verdadero deportista de Dios, contento y orgulloso de su vocación cristiana, testigo vivo y valiente de la esperanza, en quien la fe se confundía con la caridad. Y a quien la fe y la caridad, verdaderas fuerzas motrices de su existencia, hicieron activo y trabajador en el ambiente en que vivió; en la familia y en la escuela, en la universidad y en la sociedad. Lo transformaron en alegre y entusiasta apóstol de Cristo».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 82 (1990) 3 de mayo; y 3 de diciembre.

COJAZZI, D. A., *Pier Giorgio Frassati* (Barcelona 1934).

FORCADA, V., *Beato Pedro Jorge* (Burgos 1997).

— «Beato Pedro-Jorge Frassati», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE, *Nuevo año cristiano* (Madrid 2001) 98-110.

L'Osservatore Romano (27-5-1990).

«El sitio del Beato Pier Giorgio Frassati»: <http://azionecattolica.bussola.it/frassati>.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA BERTA

Abadesa († 725)

Berta era natural de Teruana, en el Paso de Calais, y entra en la historia como fundadora del monasterio de Blangy, en el Artois. Era hija del conde Rigoberto y en su juventud había contraído matrimonio acorde con su cuna y había tenido cinco hijos. Al morir su marido, decidió hacerse monja en el monaste-

rio que ella anteriormente había fundado, siguiéndola en su propósito dos de sus hijas.

Elegida abadesa, se mostró muy celosa de una estricta observancia de la Regla, y pasados unos años decidió llevar vida retirada en una celda, dejando la dirección del monasterio a una de sus hijas. Rodeada de fama de santa murió el año 725.

SAN ULRICO DE AUGSBURGO

Obispo († 973)

Nace en el año 890 en Augsburgo, hijo de los condes de Dillingen, que confían su educación al monasterio de San Galo en Suiza. Terminados sus estudios vuelve a Augsburgo, de donde es obispo su tío San Adalberón, con quien convive y quien le agrega al clero de la ciudad y lo ordena sacerdote. Como tal sacerdote llevó una vida intachable, y pudo ser así un aceptable candidato a la sede de Augsburgo el año 923, presentado a la misma por su abuelo materno el duque de Suabia. Tres años más tarde los magiares invadieron la ciudad e incendiaron la catedral. Ulrico se dedicó a la reconstrucción de la ciudad y a poner orden y buena convivencia en la misma, adquiriendo un gran crédito como pastor y como líder. Restauró las parroquias de la ciudad y puso un evidente buen orden en las cosas de su diócesis. Una de sus afortunadas empresas fue la defensa de la ciudad, que sirvió para impedir un nuevo asalto magiar. El emperador Otón I lo nombró uno de sus consejeros, y Ulrico, por su parte, sostenía los propósitos de Otón.

Su vida personal era ejemplar. Hombre de profunda oración, de gran austeridad, de atención a los enfermos y los pobres. Todos lo tenían por santo. Intentó dimitir de la sede y poner en ella a su sobrino Adalberón, lo que se prestó a críticas y protestas, a las que hubiera tenido que responder en el sínodo de Ingelheim si no hubiera el sobrino muerto antes, con lo que se desbarató su deseo de retirarse a un monasterio. Murió en 973. Fue canonizado por el papa Juan XV en el sínodo lateranense de 993, siendo la suya la primera canonización papal de que queda noticia.

*BEATOS JUAN CORNELIUS, TOMÁS BOSGRAVE,
JUAN CAREY Y PATRICIO SALMON*

Mártires († 1594)

Cornelius parece ser la latinización de Cornelly, aunque se tiene por su verdadero apellido el de Conor O'Mahoney. Nació en Bodmin, Cornualles, entre 1554 y 1557, en una familia pobre de ascendencia irlandesa. Su padre era criado del conde de Arundel, quien le costeó los estudios en Oxford, en el Exeter College, del que fue expulsado a causa de su fe católica. Entonces decidió hacerse sacerdote y marchó a Reims y, después, a Roma donde se ordenó el año 1582. Se acreditó como orador sagrado hasta el punto de predicar ante el propio papa en la Capilla Sixtina y gozar de gran fama como tal.

Vuelto a Inglaterra en 1583, trabajó como capellán de la familia Arundel, que por entonces se veía obligada por el gobierno a vivir en Londres a fin de poder ser vigilada estrechamente. Al morir sir John Arundel en 1590 la familia marchó al castillo de Chideock donde Juan ejerció un notable apostolado. Mantuvo viva la fe de la familia Arundel y logró la vuelta al catolicismo de su propia madre que se había hecho anglicana. Llevaba una vida de gran piedad y austeridad y era sumamente caritativo con los pobres. El propio Consejo Real había comentado y lamentado su labor.

Fue denunciado por un criado a quien había llamado la atención y fue arrestado en abril de 1594 junto con otros habitantes del castillo. Fue llevado a la casa del lugarteniente Trenchard, donde atrajo a la fe a la esposa y a un hermano del mismo.

Llevado a la cárcel londinense de Marshalsea, pidió al provincial de los jesuitas que lo admitiera en la Compañía de Jesús y pudo pronunciar los votos en la misma prisión.

Los otros detenidos eran:

THOMAS BOSGRAVE, sobrino de sir John Arundel, que se hallaba en la casa en el momento del arresto del P. Cornelius y fue arrestado también por acercarse a darle un sombrero al sacerdote. Era natural de Cornualles y hombre de gran cultura, de fina elocuencia y porte aristocrático, católico fervoroso que frecuentaba los actos religiosos del P. Cornelius.

JUAN CAREY, conocido también por Terencio, había nacido en Dublín y trabajaba en el castillo como encargado de la atención a los sacerdotes que pasaban por él, encargo que cumplía con todo empeño.

PATRICIO SALMON, igualmente irlandés, de Dublín, y nacido en humilde familia, trabajaba en el castillo como criado y era un fervoroso católico.

El P. Cornelius fue torturado para que revelara los nombres de los católicos que había atendido, pero se negó firmemente. Los cuatro fueron juzgados el día 2 de julio y condenados a muerte como traidores, ofreciéndoseles la vida y la libertad si se hacían anglicanos, a lo que los cuatro se negaron. Su ejecución por ahorcamiento y descuartizamiento tuvo lugar en Dorchester el día 4 de julio de 1594. Al P. Cornelius no se le permitió hablar. Salmon pudo manifestar en voz alta que moría de buena gana por la fe católica. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

*BEATOS GUILLERMO ANDLEBY, ENRIQUE ABBOT,
TOMÁS WARCOP Y EDUARDO FULTHROP*

Mártires († 1597)

Guillermo Andleby o Anlaby era hijo de John Anlaby, de Etton, en Yorkshire, y nació hacia el año 1550. Su familia era no solamente protestante, sino decididamente anticatólica y él no parecía ser un joven muy creyente. Se graduó en el St John's College de Cambridge y para aumentar su cultura hizo un viaje al continente. Deseaba visitar a los protestantes holandeses, entonces en plena lucha con los españoles. Por curiosidad visitó el Colegio Inglés de Douai y discutió ampliamente los asuntos religiosos con el fundador del mismo, William Allen. La discusión duró hasta que Guillermo dejó de tener argumentos que oponer a su interlocutor, pero no por ello se rindió. El Dr. Allen lo dejó y se fue a rezar por él. Al día siguiente Guillermo se había convertido al catolicismo y tras ingresar en la Iglesia católica pidió estudiar para sacerdote. Fue ordenado en Château Cambrésis en 1577.

En 1578 vuelve a Inglaterra y trabaja en Yorkshire y también en Durham, Huntingdonshire y Lincolnshire. Con no poco riesgo, él y Tomás Atkinson se atrevieron a entrar a atender sacerdotalmente a los prisioneros católicos de la cárcel de Hull.

Era un hombre de gran austeridad y oración, prefería, por pobreza, hacer los viajes a pie mejor que a caballo y en todas sus cosas resplandecía un gran espíritu evangélico de pobreza. Fue arrestado en 1597 pero no se tienen particulares detalles de este hecho. Fue juzgado y condenado como traidor por haber ejercitado ilegalmente el ministerio sacerdotal en el reino de Isabel I. Con el P. Guillermo Andleby fueron ajusticiados tres seglares que, igualmente, habían confesado intrépidamente la fe católica. Eran:

TOMÁS WARCOP, en cuya casa estaba el P. Andleby cuando fue arrestado, por lo que fue condenado a muerte. Anteriormente había sido delatado y hecho preso por haber hospedado a otro sacerdote. Era natural de York y de familia acomodada.

EDUARDO FULTHROP, perteneciente a la clase alta de York y converso al catolicismo, por esto fue acusado y condenado. Se le conminó a que pidiera por la Reina y él dijo que Dios la hiciera buena sierva suya.

ENRIQUE ABBOT también procedía del protestantismo y, hecho católico, colaboraba en poner en contacto con los sacerdotes a quienes lo deseaban. Un traidor lo denunció y por ello fue arrestado y acusado de ayudar a los sacerdotes católicos.

Los cuatro fueron ahorcados y descuartizados en York el 4 de julio de 1597. Fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

SAN ANTONIO DANIEL

Presbítero y mártir († 1648)

Nace en Dieppe el año 1601. Veinte años más tarde es admitido en la Compañía de Jesús en Ruán, y luego de haber hecho el noviciado, la profesión religiosa y los estudios correspondientes, en 1630 es ordenado sacerdote. Se ofrece para la misión entre los hurones, a donde llega en 1632.

Allí trabaja apostólicamente con gran celo a lo largo de muchos años, siendo su especial carisma la catequesis a los niños, a miles de los cuales llevó al conocimiento de Cristo en sus años de actividad misionera.

A finales de junio de 1648 fue a la misión central de los hurones, llamada Santa María, a hacer sus ejercicios espirituales, y el día 3 de julio volvió a su puesto habitual, que era la misión de San José. A la mañana siguiente dijo temprano la santa misa, a la que acudieron muchos fieles, y al terminar se oyeron gritos de guerra. Eran los iroqueses. El P. Daniel se quitó los ornamentos y salió fuera. Vio que se producía una matanza y tomando agua bautizó por aspersion a los grupos de catecúmenos que estaban siendo atacados. Volvió a la capilla y señaló a los allí presentes el mejor camino para huir. Y para que la atención se dirigiera a él y los demás pudieran escapar, salió fuera de nuevo llevando una cruz. Una nube de flechas descargó sobre él, pero se mantuvo en pie hasta que lo derribó un arcabuzazo. Posteriormente su cadáver fue quemado. Su memoria, como la de los demás mártires de Canadá, se celebra el 19 de octubre, a donde remitimos.

SAN CESIDIO GLACOMANTONIO

Presbítero y mártir († 1900)

Nació en Fossa Aquilana, Italia, el 30 de agosto de 1873 y fue bautizado con el nombre de Ángel. Sintiendo de joven la vocación religiosa, se decidió por la Orden franciscana e ingresó en el noviciado de Ocre, cambiando su nombre por el de fray Cesidio. Habiendo ofrecido sus servicios a las misiones, fue enviado al colegio internacional de San Antonio de Roma, donde se preparó, y del cual sería el primer mártir.

Ordenado sacerdote marchó a China y fue destinado al distrito de Heng-tchou-fu, donde pudo desarrollar su labor misionera a lo largo de un año, al cabo del cual el Señor lo llamó a su gloria por el martirio. El día 4 de julio de 1900 en medio de la persecución bóxer contra el cristianismo una multitud invadió la misión. Fray Cesidio temiendo que fueran a profanar las sagradas formas corrió hacia la iglesia para consumirlas pero va-

rios golpes de lanza acabaron con su vida. Tomaron su cadáver, lo envolvieron en una tela y lo rociaron de petróleo y lo quemaron. Tenía el joven sacerdote 26 años. Fue canonizado con los otros mártires de China el 1 de octubre de 2000.

BEATO JOSÉ KOWALSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Siedliska, Polonia, el 13 de marzo de 1911. Terminada la enseñanza elemental entró en el colegio Don Bosco de Oswiecim. Después de cinco años de estudios se decidió por la vocación religiosa y entró en la Congregación salesiana en el noviciado de Czerwinsk en 1927. Un año más tarde hacía los primeros votos. Estudió filosofía en Cracovia y en 1934 hizo la profesión perpetua. Concluidos los estudios de teología se ordenó sacerdote en 1938. Fue destinado como secretario del inspector don Adán Cieslar; colaboró en la pastoral juvenil, predicando, dando ejercicios, retiros...; y llevó el coro juvenil.

Con la ocupación nazi fue arrestado el 23 de mayo de 1941 junto con otros salesianos y llevado a la prisión de Montelupi en Cracovia. El 26 de junio siguiente es llevado al campo de concentración de Oswiecim (Auschwitz), donde hubo de padecer muchísimo. El 4 de julio de 1942 fue asesinado por los guardias del campo por negarse a profanar un rosario. Era devotísimo de la Santísima Virgen. Fue beatificado el 13 de junio de 1999.

5 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Cremona (Italia), San Antonio María Zacarías († 1539), presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Regulares de San Pablo o Barnabitas **.

2. En Cirene (Libia), Santa Ciprila († 303), mártir *.

3. La conmemoración de San Atanasio de Jerusalén († 451), diácono, que murió mártir por defender el Concilio de Calcedonia *.
4. La conmemoración de San Domecio el Médico († s. v), ermitaño en el monte Quros de Armenia.
5. En el Monte Admirable (Siria), Santa Marta († 551), madre de San Simeón Estilita el Joven.
6. En el Monte Atos, San Atanasio († 1004), hegúmeno, que introdujo en la Gran Lavra la vida cenobítica **.
7. En Wexford (Irlanda), beatos Mateo Lambert, Roberto Meyler, Eduardo Cheevers y Patricio Cavanagh († 1581), mártires bajo Isabel I *.
8. En Oxford (Inglaterra), beatos Jorge Nichols, Ricardo Yaxley, presbíteros, Tomás Belson, seminarista, y Hunfredo Pritchard († 1589), mártires bajo Isabel I *.
9. Junto al poblado de Huangeryin (China), santas Teresa Chen Jinxi y Rosa Chen Aixie († 1900), hermanas, vírgenes y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ANTONIO MARÍA ZACARÍAS

Presbítero y fundador († 1539)

Nació en Cremona (Italia) el año 1502 y murió en la misma ciudad el 5 de julio de 1539. Basta la escueta indicación de estas fechas para comprender la trascendencia que, para la vida de la Iglesia, tuvieron los días que vivió Antonio María Zacarías. Inquietud y aspiración de reforma, ansias de renovación por caminos no siempre gratos a la jerarquía eclesiástica, miedo pusilánime en unos y excesos imprudentes en no pocos, definen el clima en el que debía germinar la semilla de un nuevo reformador santo, entre otros que, como San Cayetano de Thiene y San Ignacio de Loyola, produjo la Iglesia católica en el siglo XVI. Reformador, santo y, además, añadimos, precursor del gran San Carlos Borromeo en la elevación espiritual de la diócesis de Milán.

Antonio María fue obra de la gracia, que comenzó por materializarse en el regalo de una piadosísima madre; de su seno salió a contemplar la luz de este mundo y de sus brazos tuvo la dicha indecible de volar a contemplar la claridad de Dios. La buena Antonietta Pescaroli recibió con conciencia de responsabilidad el encargo y la confianza que la Providencia en ella de-

positó al darle un hijo para hacer de él un buen cristiano; por fidelidad a él, y para mejor dedicarse a su formación, rehusó la joven viuda un nuevo matrimonio. Antonio María Zacarías pudo así aprender de su madre a ser pobre para poder ser caritativo, hasta tanto que, con el fin de facilitar a ésta el ejercicio de la caridad en favor de los necesitados, renunció notarialmente a los bienes que le correspondían por herencia paterna; se nos hará, pues, natural que, como un necesitado más, solicite humilde de su madre lo indispensable para su sustento, sin permitirse jamás nada que pueda parecer superfluo o lujoso; para Antonio María supondría ello privar a otros de lo necesario para vivir.

Quiso prepararse por el estudio de la medicina para ser un ciudadano útil a sus hermanos los hombres. Pero el Señor le quería escoger para curar dolencias de otra índole. En los años de estudiante la piedad y amor a la Santísima Virgen, a quien había consagrado su virginidad, sostuvo firme su propósito de virtud y su espíritu de caritativo servicio a los hermanos, que fue poco a poco transformándose en el deseo de ser sacerdote. Pero, a pesar de que la decadencia de las costumbres, aun en el clero, hiciera a sus contemporáneos poco respetable la dignidad sacerdotal, supo él descubrir la grandeza de la misión del sacerdote, a la vez que la profundidad de su indignidad, de manera que sólo por el prudente consejo de su director espiritual se decidiera a entrar por el camino del sacerdocio.

En una época en que la Reforma de la Iglesia aspiraba no solamente a la purificación de las costumbres, sino a la consolidación de la doctrina, no bastaba ser virtuoso para responder a las exigencias que su tiempo tenía, consciente o inconscientemente, respecto de los sacerdotes. Hacía falta doctrina sólida inspirada precisamente en las fuentes puras de la revelación, en la Sagrada Escritura. Visto desde la perspectiva de nuestro siglo, nos parece sumamente moderno y actual el esfuerzo puesto por Antonio María Zacarías, estudiante para el sacerdocio, de llegar a la comprensión de la doctrina católica, en la teoría y en el espíritu de San Pablo, a través de sus preciosas epístolas. Libertad y gracia, virginidad y cuerpo místico, locura por Cristo crucificado y desprecio de las realidades terrenas, son algunos de los muchos temas en los cuales se fue empapando el futuro

apóstol y reformador, cuya íntima preocupación no fue otra que la de reproducir la imagen del apóstol Pablo, gran enamorado de Cristo.

Once años escasamente fue Antonio María sacerdote; pero los santos saben vivir con intensidad su tiempo, y así debió vivirlo quien en tan poco tiempo mereció ser llamado por su bondad y caridad, por su prudencia y celo, el «Ángel de Cremona» y el «Padre de la Patria». Su madre le enseñó a compadecer y aliviar el sufrimiento ajeno, y, ordenado sacerdote, no tuvo que hacer otra cosa que seguir la misma trayectoria, poniendo al servicio de sus hermanos el gran don del sacerdocio, que fue en él luz, mortificación, amor.

En un siglo de exaltación de la razón y de la cultura, y de optimismo desbordado por los valores humanos, Antonio María Zacarías luchó por llevar a los creyentes la ceguera de la fe y la locura de la cruz; la Eucaristía y la pasión fueron las devociones que con mayor ardor trató de inculcar en el pueblo cristiano, y aún perduran ciertas prácticas que él introdujo, como son el recuerdo piadoso de la pasión y de la muerte del Señor al toque de las tres de la tarde de todos los viernes, y la práctica de las cuarenta horas de adoración al Santísimo Sacramento, solemnemente expuesto sucesivamente en diversas iglesias para salvar la continuidad del culto.

Los santos no suelen ser guardianes egoístas de los tesoros que en ellos deposita la gracia; buscan la comunicación abundante y fecunda, en vistas a una mayor eficacia apostólica; por esto es frecuente que en torno a ellos surjan familias religiosas vivificadas por su espíritu y penetradas de su misma inquietud apostólica. Antonio María descubrió en el mundo en que la Providencia le situó, una gran indigencia; vio en su cristianismo una radiante luz que la colmara; y su vida personal, lo mismo que la de los clérigos de la congregación de San Pablo, no será otra cosa que la dedicación a la obra de la salvación de los hermanos, en el sacrificio total de las apetencias puramente personales. Así nació en Milán esta asociación para la reforma del clero y del pueblo, que más tarde sería conocida con el nombre de los «barnabitas», por la sede en que se instalaron definitivamente a partir del año 1545. Clemente VII la aprobó en 1533.

Un sacerdote y un seglar, Bartolomé Ferrari y Jacobo Morigia, fueron sus primeros colaboradores. Y no solamente en el espíritu y la doctrina quisieron estos hombres de Dios imitar a San Pablo; como éste en el foro, se lanzaron ellos a las calles de Milán, predicando, mucho más que por la preparación de su elocuencia, por la austeridad y la mortificación de la vida. No faltaron quienes se escandalizaron ante estas santas «excentricidades», acusándoles de hipócritas y aun heréticos. Se les promovió una causa ante el senado y la curia episcopal de Cremona, de la que la nueva asociación salió fortalecida, pues le valió la bula de Paulo III, quien el año 1539 puso a la nueva Congregación religiosa bajo la inmediata jurisdicción de la Santa Sede.

Con el fin de llevar el espíritu de la Reforma a las jóvenes y a las mujeres, Antonio María transformó un instituto erigido con esta finalidad por la condesa Luisa Torrelli de Guastalla en monasterio de religiosas que tomará por nombre el de *Angelicus*, que fue también aprobado por Paulo III. Siguiendo fiel a su espíritu, la base de la transformación religiosa y moral la puso el fundador en la instrucción religiosa, sin la cual no puede existir una verdadera reforma. San Carlos Borromeo se sirvió de ella aun para la reforma de los monasterios, elogiándola tanto que la llamó «la joya más preciosa de su mitra».

No sería completa la reseña sobre la obra de San Antonio María Zacarías si pasáramos por alto una de sus preocupaciones que plasmó en una realización que a nosotros, hombres del siglo XXI, nos parece especialmente interesante y actual. Consciente por experiencia propia de lo que la vida familiar, honradamente vivida, puede colaborar en la elevación de las costumbres privadas y públicas, creó una congregación para los unidos en matrimonio, ordenada a la reforma de las familias.

Al echar una mirada retrospectiva sobre la vida de Antonio María, canonizado el 27 de mayo de 1890 por Su Santidad el papa León XIII, llama poderosamente la atención no sólo la abundancia de su obra, realizada en tan breve espacio de tiempo, sino también, y en mayor grado aún, la perspicacia y claridad de la visión que tuvo de los problemas, que le hizo buscar los remedios verdaderos y permanentes de todas las situaciones difíciles de la vida de la Iglesia: el estudio de la verdad, el amor

de la caridad, el sacrificio por el hermano. Por esto San Antonio María Zacarías nos parece aun hoy un santo moderno, actual, capaz de iluminarnos con el resplandor de su vida y de su espíritu.

JOSÉ MARÍA SETIÉN

Bibliografía

- BOFFITO, G. M., *Biblioteca Barnabita illustrata*, IV (Florenca 1937) 209-264.
 LEÓN XIII, «Allocutio habita in Consistorio die XIX aprilis anno MDCCCXCVII»: *Leonis XIII Acta XVII* (1897) 108-112.
 TEPPA, A., *Vita di S. Antonio M. Zacaria* (Milán 1987).

SAN ATANASIO EL ATONITA

Hegúmeno y fundador († 1004)

Se llama Athos a la parte más oriental de las tres puntas o extremidades de la Península Calcídica que se extiende como un tridente en el Mar Egeo y forma como una especie de prolongación de Macedonia. Está unida al continente por un istmo de dos kilómetros de ancho. La anchura de Athos es de 20 kilómetros y su longitud de 80, aproximadamente. Poco a poco se va elevando en su parte dorsal desde casi el nivel del mar hasta alcanzar los 1.000 metros en su parte extrema, donde, de pronto, y casi en acantilado sobre el mar, se alza la pirámide rocosa del Monte Athos (2.033 metros). De este monte toma su nombre la península. Por su característica forma y situación cabe el mar, atrajo la atención de los navegantes desde tiempos remotos y en torno suyo nacieron extrañas leyendas. Una línea de fronteras en el istmo, respetada desde hace siglos, marca la barrera donde se cierra el «mundo» y comienza la Montaña Santa, venerada por la cristiandad ortodoxa como la más pura realización de la vocación evangélica hacia la santidad.

El aislamiento de este mundo monástico constituye una especie de pequeña república, gobernada desde dentro por sus propias leyes. En 1046 el emperador bizantino Constantino IX Monómaco concedió al territorio independencia administrativa del poder imperial. En el mismo documento estableció la prohibición de entrada a las mujeres en los monasterios y en la península.

la. Con todo, el aislamiento no es absoluto, porque Athos es meta de peregrinaciones de los fieles ortodoxos. Pero el reglamento que prohíbe la entrada a las mujeres sigue siendo hoy severamente observado. Así, cuando en 1963 se celebró el milenario de la fundación y organización de Athos, con gran afluencia de personalidades, mientras el rey Pablo con su séquito participaba en las ceremonias oficiales y en los ritos sagrados, la reina Federica permaneció en la nave anclada, lejos de la costa.

Las primeras noticias de asentamientos de monjes datan de los siglos VIII-IX. Coinciden con la crisis religiosa del imperio bizantino provocada por la persecución de los emperadores iconoclastas de las imágenes sagradas contra los defensores del culto de las mismas, entre los que los monjes eran los elementos más influyentes y combativos. Esta lucha comenzó el año 726 por obra de León III Isáurico (717-741). Se detuvo bajo la regencia de la emperatriz Irene (780-790, después emperatriz en solitario del 797 al 802), que hizo posible la celebración del VII Concilio ecuménico de Nicea en 787, en el que se definió la licitud del culto de las imágenes sagradas. Recomenzó con virulencia con León V el Armenio (813-820). Y terminó con la muerte de Teófilo (829-842), por obra de la emperatriz Teodora, regente de Miguel III (842-867), todavía niño.

Monjes defensores de las imágenes, perseguidos y dispersados, se refugiaron en Italia. Otros, continuaron en lugares solitarios y perdidos. Esto era Athos en aquel entonces, deshabitada prácticamente. De esta forma, algunos monjes aislados se establecieron allí. De dos de ellos nos llegaron noticias: San Pedro Atonita y San Eutimio el Joven. La organización cenobítica en Athos se remonta a la fundación del monasterio de la Gran Laura por San Atanasio Atonita (año 963) y de otros cenobios a lo largo de su vida, a imitación de su obra. Él fue quien implantó la Regla de San Basilio y el cenobitismo.

Para conocer su vida y empresas existen tres categorías de fuentes: los escritos del propio San Atanasio, los más antiguos documentos de los archivos de Athos y las *vidas y elogios* consagrados a él en una época cercana a la que vivió.

Nació hacia el año 920 en Trebisonda (hoy Terabzon, en la costa turca del Mar Negro) en el seno de una familia acomodada.

da. Bautizado con el nombre de Abraamios, siendo todavía adolescente fallecieron sus padres y fue recogido por un familiar de su madre que le envió a Constantinopla para completar sus estudios. Aquí trabó amistad con Miguel Maleinos, igúmeno de la laura de Kyminas (en Bitinia), y con un sobrino de aquél, el futuro emperador Nicéforo II Focas. Durante algún tiempo ejerció la profesión de enseñante en Constantinopla. La abandonó para abrazar la vida monástica en Kyminas, donde adoptó el nombre de Atanasio.

Después de pasar cuatro años en Kyminas, cuyo ideal monástico, como en todas las lauras, se limitaba a formar solitarios, se consideró capaz de llevar vida anacorética en la cueva de un lugar llamado Kycleses. Un día recibió la visita de Miguel Maleinos y de León Focas. Aquél le hizo entender que le destinaba para sucesor suyo. Él, para evitar el cargo de igúmeno, que contradecía a su ideal de solitario, hacia el año 958, se retiró de incógnito al Monte Athos, bajo el nombre de Barnaba. Las colonias de ermitaños atonitas eran entonces pocas y pequeñas, con una organización muy elemental: vivir agrupados, aunque lejos los unos de los otros, y reunirse los domingos y las fiestas para orar en común.

En Athos, primero se instaló en la ermita de Zygos y más tarde en Karyés. «Vivía —al decir de sus biógrafos— en la presencia de Dios». Se entregaba al trabajo manual. Tuvo que hacer frente a las tentaciones y a la acedia. La lucha que mantuvo para vencerse le marcó profundamente. Así es como llegó a comprender los peligros a que están expuestos los solitarios.

Algún tiempo después, fue descubierto por Nicéforo Focas, quien en 960 le rogó le acompañara en una expedición contra los sarracenos que invadieron Creta y tomaron la isla como centro de sus correrías. Se negó a ello, pero los atonitas le pidieron que accediese, pues algunos de sus ermitaños se encontraban prisioneros. Nicéforo Focas consiguió someter a los sarracenos. Entonces, el futuro emperador le confió que acariciaba la idea de hacerse monje en Athos, bajo su dirección. San Atanasio le hizo ver que no existían lauras organizadas. Nicéforo se ofreció a financiar su construcción, amén de una iglesia, y dedicar ambas a la Madre de Dios.

La laura, conocida como la Gran Lavra (Gran Laura), la comenzó a construir en la primavera del año 961 en el borde mismo del monte Athos. Pero a medida que se iban levantando los edificios, San Atanasio evolucionaba ideológicamente. Llegó al convencimiento de que la vida cenobítica, llevada con seriedad, era tan perfecta o más que la eremítica. Concluyó la construcción del monasterio, pero lo que en realidad levantó no fue una laura sino un perfecto cenobio, orientado hacia la vida contemplativa.

Mas, no se contentó con eso. Como era la costumbre, también legisló, pues entre 970-971 redactó un *typikón*, es decir, un reglamento para ordenar la vida comunitaria de los cenobitas y disciplinar también la vida de los ermitaños en sus cabañas y cuevas, lejos del monasterio. Para componerle tomó como base la Regla de San Basilio y el *typikón* del monasterio de Studium, en Constantinopla, debido a la santidad y experiencia de San Teodoro de Studium († 826), reglamento que constaba de 24 artículos.

San Teodoro había padecido la cárcel y el exilio por defender el culto de las sagradas imágenes. Luego, en el monasterio de Sakkoudium, donde los monjes podían vivir en común y también como ermitaños, implantó la Regla de San Basilio. Orientaba a los monjes, no a la búsqueda de experiencias místicas extraordinarias, sino a la amistad con Dios en la práctica de la obediencia, la pobreza y la vida común perfecta. En 797 se trasladó a Studium, un monasterio urbano de Constantinopla, desde donde organizó una confederación de monasterios y redactó su *typikón*. Muy pronto la vida y organización de Studium se convirtió en el modelo para los demás monasterios bizantinos.

En su *typikón*, San Atanasio tomó 14 de los artículos del de San Teodoro. En su conjunto, resultó un reglamento más severo, más minucioso y completo, puesto que procuró perfeccionar la obra legislativa del que le sirvió de modelo. Veremos en seguida en qué sentido. Ahora bien, durante el período bizantino, fueron cuatro los documentos que se promulgaron del *typikón* de San Atanasio: el de 971-972, llamado del emperador Juan I Tzimisce; el de Constantino IX Monómaco (1045-

1046); y los dos de Manuel II Paleólogo, uno promulgado en el siglo XIV y el segundo en 1406. Los cuatro textos repiten las mismas cláusulas con pocas variantes.

Pero además del *typhikón*, entre 976 y 1003, escribió la *diatypôsis* de la laura, que es la carta de fundación de su monasterio y, al propio tiempo, su testamento espiritual. Luego redactó la *hypotypôsis* o reglamento disciplinar y litúrgico que, igualmente, depende en lo esencial de la de San Teodoro de Studium, amén de dos cánones en honor de San Teodoro y San Juan.

La fundación y puesta en marcha de la Gran Lavra se considera como un acontecimiento de capital importancia en la historia del monacato oriental por ser el monasterio más importante de Athos y el que dio pie para levantar otros muchos cenobios y eremitorios en la Península Calcídica. Y como San Atanasio introdujo el cenobitismo en la Santa Montaña, provocó una especie de conversión a la espiritualidad de la vida comunitaria en un lugar donde sólo existían ermitaños.

Con todo, de las obras citadas y del conjunto de todas sus empresas, se desprende que sí, efectivamente, logró dar un nuevo y fuerte impulso para restaurar el ideal monástico de San Basilio, interpretado por San Teodoro de Studium, su obra monástica no carece de deficiencias. Sabido es que San Basilio a sus monjes no quiso darles otras normas de vida que las del Evangelio y formarles como cristianos perfectos. San Teodoro procuró seguir su ejemplo, pero dictando algunas leyes que precisaran las formas concretas de su fidelidad a la Escritura. Como el fundador de Athos añadió normas todavía más rigurosas y meticulosas, ello dio pie para que, con el paso del tiempo, el ideal del monacato atonita perdiera de vista el del cenobitismo primitivo, que no es otro que el del Evangelio.

Todos los monasterios de Athos debían ser independientes, esto es, no estarían sometidos a los funcionarios estatales y eclesiásticos. Sólo el igúmeno tendría plena jurisdicción espiritual y temporal en su cenobio. Veremos luego quiénes intervenían en su elección. Fijó en 80 el número de los monjes de cada monasterio, mas después de las donaciones de Juan II Tzimiscas, en 120. Ningún miembro de la familia real podía abrazar el mona-

cato en Athos. El tiempo de probación de los candidatos duraría tres años, por lo menos. Y al ser admitidos definitivamente, tenían que renunciar a todos sus bienes.

El *typikón* y la *diatypósis* también se ocupan de la elección del igúmeno. Con todo, presentan diferencias que sorprenden. En el *typikón*, el igúmeno, antes de morir, debe nombrar a su sucesor, tras consultar a los monjes más señalados. En la *diatypósis* San Atanasio encarga su nombramiento a su amigo Juan Ibero, después de la consulta a quince monjes experimentados. Al parecer, esta disposición sólo sirvió para nombrar al sucesor de San Atanasio, que fue Antonio de Athos, uno de sus biógrafos.

Con todo, las disposiciones más importantes de los documentos mencionados son las dictadas para los monjes y, sobre todo, para el igúmeno. A los monjes recomienda la obediencia. San Atanasio les dice textualmente:

«Ante Dios y sus ángeles os aseguro que todos aquellos que perseveren por su amor en la obediencia hasta el fin, su mérito será mayor que el de los anacoretas y merecerán recibir la corona eterna del buen y justo Juez».

Pero predica, antes que nada, la unidad, el amor, el respeto y el servicio mutuo entre los monjes:

«Todos los hermanos —dice— vivan juntos, persiguiendo el mismo fin; mantengan un mismo sentir y querer; así toda la fraternidad formará un cuerpo armonioso, aunque compuesto de miembros diferentes».

Todo debía ser común entre los monjes: la iglesia, el monasterio, el refectorio, los alimentos, los hábitos, los códices, etc.

Como quedó dicho, muchas de las normas que dicta para el igúmeno son de San Teodoro de Studium, aunque más estrictas y precisas. Debe observar la pobreza más estricta y, por ende, no puede disponer de nada propio, pues «al monje no le está permitido disponer libremente ni de su cuerpo ni tampoco de su alma». No podrá tener criados para su servicio personal. Ninguna dependencia podrá cerrarse con llave y sólo el ecónomo manejará dinero para proveer de todo lo necesario a los monjes, «con el fin de disipar las preocupaciones materiales de los que han abandonado el mundo». No viajará ni tampoco se ausentará del monasterio sin verdadera necesidad. No aspirará a

cargos eclesiales o políticos importantes. Su celda y las de sus hijos espirituales serán modestas y sin acceso a las mujeres. Recibirá con caridad a los huéspedes y les brindará modesto aunque digno hospedaje, mientras permanezcan en el monasterio.

Aún en vida de San Atanasio, la sede del gobierno general de Athos estuvo en el monasterio de Keryés. Un *prótos* —primado de un consejo compuesto de delegados de cada uno de los monasterios, sin el cual ninguna determinación podía ser válida— presidía la confederación de monasterios. Dicho consejo velaba por la buena observancia y la formación de los novicios y de las diferentes categorías de monjes, controlaba la administración temporal, etc. Pero los monasterios conservaban su autonomía en lo referente a su estilo propio de vida, su hábito, sus costumbres y usos particulares.

Por lo demás, la observancia y la comida (invariablemente mala) eran austerísimas y la abstinencia de carnes perpetua. El trabajo manual, al que San Atanasio concedía importancia singular, era obligatorio para todos. Los oficios litúrgicos, de los cuales nadie estaba dispensado, duraban muchas horas. Capital importancia concedía a la lectura, al silencio y a las catequesis impartidas por el igúmeno a los monjes.

El *tyfikón* y la *hypotypósis* contienen, finalmente, normas concernientes a los ermitaños. Cada monasterio podía mantener a cinco solitarios, los cuales distribuían su tiempo entre la oración y el trabajo y siempre bajo la autoridad del igúmeno del monasterio al que pertenecían.

Así pues, a partir de la fundación de la Gran Lavra y la promulgación del *tyfikón*, la vida monástica de la confederación de Athos poseyó las peculiaridades propias que se han mantenido durante más de 1.000 años. El género de vida monacal en los monasterios es el cenobítico. Pero además de los cenobios, distinguibles hoy por su estructura de ciudadelas, protegidas por altos muros y una torre, existían otros centros monásticos donde se practicaba la ascesis individual o en grandes o pequeños grupos. Primero, las *skite*; a veces, su comunidad era tan numerosa como la de los mismos monasterios, aunque dependieran de ellos. Estaban luego los *kellion*, que, aún hoy día, se reconocen por la presencia de una iglesia y un grupo de casas donde

viven dos o tres ermitaños en cada una de ellas, sometidos, asimismo, al igúmeno de un monasterio. Centro todavía menor era el *kalibe* (cabaña), eremitorio habitado por un solo monje, con su oratorio para celebrar la litúrgica.

Ya en vida de San Atanasio el número de los monjes y de los centros monásticos aumentó notablemente. Sus biógrafos ponen de relieve su santidad, su encanto personal, la solidez y el influjo de su obra, no sólo entre los cenobitas y solitarios de Athos, sino también entre los obispos, otros igúmenos y monjes extraños a la confederación. Capítulo aparte merecen los cristianos de los más diversos países que se llegaban en peregrinación a la península. Algunos de aquellos monjes fundaron cenobios en la Santa Montaña. El *typikón* de 971-972 menciona ya 58 centros monásticos, y el de 1045, 150. Ciertamente que muchos de ellos contaban con pocos miembros. Pero en 1045, la Gran Lavra tenía ya la cifra de 750 monjes. Y en sus mejores tiempos, la Santa Montaña llegó a sobrepasar el número total de 50.000 monjes.

He aquí los monasterios más importantes, levantados por extranjeros en vida de San Atanasio: el de Vatopedi surgió en el año 972 y lo fundaron tres personajes importantes de Adrianópolis —Atanasio, Nicolás y Antonio—, atraídos por la fama de santidad de San Atanasio. En 976, Eutimio de Constantinopla fundó el de Dorhiaríu. El tercer cenobio en orden cronológico apareció hacia el año 979 y fue el de Íviron, es decir, «de los íberos», nombre que se daba a los georgianos.

Hacia el 990 se presentó en Athos el monje León de Amalfi, hermano de Pandolfo II, príncipe de Capua. En aquel entonces, algunas ciudades de Italia meridional (Capua, Benevento, Nápoles, Gaeta) estaban bajo el protectorado bizantino y las naves de los amalfitanos recorrían el Oriente. León y sus compañeros se alojaron en Íviron. Juan y Eutimio proporcionaron el terreno y ayudaron a los monjes italianos a construir un monasterio, donde fueron llegando otros candidatos de las colonias amalfitas de Oriente. El monasterio seguía el rito latino y la Regla de San Benito. Sus abades firmaron las actas de la comunidad de Athos en 1083, 1087 y 1169, después, por tanto, del cisma de 1054. Esto no debe extrañar, porque en principio la excomu-

nión recíproca del patriarca Miguel Cerulario y de los legados del Papa podía interpretarse sólo como una ruptura de relaciones diplomáticas que no interesaba al resto de la cristiandad. Hoy sólo existe una torre derruida y se la llama «morfinon», corrupción de «amalfinon» (de los amalfitanos).

Aún vivo San Atanasio, tres hermanos de Ocrida (Ohrid, en Yugoslavia) —Moisés, Aarón y Juan— fundaron el monasterio de Zografu, que dos siglos después pasó a los búlgaros. Y hacia fines del siglo X, por interés de los reyes georgianos, surgió el de Filotheu.

En 963 Nicéforo II Focas logró ser coronado emperador. San Atanasio temía que le confiara cargos de importancia y huyó a Chipre. Pero Nicéforo II le aseguró que no le molestaría y le pidió que volviera a Athos. Entonces regresó para tomar las riendas del gobierno. Recordemos que el emperador tenía la lejana esperanza de pasar los últimos años de su vida como monje, junto a San Atanasio, pero no le dio tiempo, porque fue asesinado por el hijo de una de sus hermanas, llamado Juan Tzimisces, a causa de las intrigas de su mujer, Teófano, una de las mujeres fatales de la historia bizantina. Juan I Tzimisces sucedió a su tío en el trono, tras dar muestras de su arrepentimiento. Por esto, en Athos están pintados entre los santos y benefactores el tío y el sobrino, asesinado y asesino, respectivamente, uno junto al otro.

Por todo lo dicho páginas atrás, se comprende la oposición de los antiguos solitarios de Athos. Reprochaban a San Atanasio que, en una región monástica consagrada sólo al eremitismo, hubiese introducido la vida en común.

Si existe relativa similitud entre un cenobio y una laura, la diferencia entre ambos estilos de monacato es radical. La laura es un cenobio sui generis y transitorio, donde los monjes se preparan para el singular combate del yermo. Cabe el núcleo central de los edificios conventuales están, muy distantes las unas de las otras, las celdas donde los monjes viven solos y, al término de su formación espiritual, se dispersan para entregarse a la anacoresis. Por lo demás, en la primitiva laura no existía superior, cada monje vivía a su aire y se entregaba a la vida de oración y de ascesis según las luces que recibía de lo alto. La laura, pues,

podía ser aceptada sin dificultad por los monjes atonitas más antiguos. No así el cenobitismo pleno. Reprochaban a San Atanasio la novedad e innovación en la Santa Montaña. Por ello, hasta hubo conatos de asesinarle.

Tras haber reconocido como emperador a Juan I Tzimisces (969-978), los solitarios más antiguos de Athos le presentaron sus quejas. El emperador comprendió en seguida el fondo del problema e intervino en favor de San Atanasio: confirmó las donaciones y privilegios de su antecesor y añadió más legados que hicieron posible aumentaran los monjes. Pero antes que nada, envió como visitador imperial a Eutimio, del monasterio de Studium, al cual satisfizo el ordenamiento de San Atanasio, tan parecido al de su cenobio. Convocó a todos los igúmenes, ermitaños y solitarios de Athos y, tras una semana de discusiones, el emperador aprobó la obra de San Atanasio. Seguidamente promulgó el *typikón*, llamado precisamente de Juan I Tzimisces, en el que aparece por primera vez la prohibición de la entrada de las mujeres en los monasterios. En el decreto de aprobación también confirmó la autoridad del protós, que todos los ermitaños reconocieron, pero compensada por la necesidad de consenso por parte de los igúmenes y ermitaños. Además, se reservaba al emperador cualquier modificación del documento. Todo lo cual calmó a los atonitas, que recobraron su fe en San Atanasio y así pudo éste continuar su obra. Fue a partir de entonces cuando aumentaron espectacularmente los cenobios en Athos y la vida comunitaria predominó sobre la eremítica.

Nos falta decir que San Atanasio fue un gran taumaturgo. Sus biógrafos mencionan algunos de los milagros que Dios obró por su intercesión mientras peregrinó en el mundo. Asimismo, hacen mención de los testigos que quedaban de los mismos cuando escribieron sus biografías. Citemos nada más que un ejemplo como botón de muestra: la curación del monje Teodoro, enfermo de cáncer y que contaba un hermano suyo, llamado Xenofón, sacerdote de uno de los cenobios atonitas. Después de su muerte, los biógrafos relatan tres supuestos prodigios, uno de los cuales sucedió a los pocos días de su tránsito: se trata de la curación instantánea de un niño muy enfermo,

después de poner un paño empapado en la sangre del santo sobre el cuerpo doliente.

Por lo que se refiere a sus visiones, contamos nada más la que tuvo en la gruta a la cual gustaba retirarse, cueva que todavía se enseña, y donde brotó una fuente después de la aparición de la Virgen cuando, en un momento de desaliento, decidió irse en busca de un lugar más apropiado para construir la Gran Lavra.

San Atanasio vivió hasta el año 1004 y murió aplastado por una viga al término de la construcción de la iglesia de la Gran Lavra. Tardaron tres días en sepultarle y su cuerpo no daba muestras de corrupción. Uno de esos días, al tocar una de sus heridas, corrió la sangre y los monjes se apresuraron a empaarla en un lienzo. «Es —dice uno de sus biógrafos— remedio soberano contra todas las enfermedades».

El 5 de julio, día de su fiesta, su tumba es meta de peregrinaciones.

Después de la muerte de San Atanasio, la atención benéfica de la familia imperial en las empresas por él iniciadas continuó con mayor intensidad. Se trataba de tutelar una institución que ya aparecía como benemérita de la fe y de la cultura bizantina. Así surgieron otros cenobios en los siglos XI-XII, entre los que destaca el de Aghíu Panteleímonos, para monjes rusos. En 1054, como apuntamos ya páginas atrás, se produjo la separación de la Iglesia bizantina de la romana, que más tarde se llamará el cisma de Oriente, pero ello no afectó a los monjes de Athos. Más tarde, serán ellos los más denodados defensores de la separación de Roma. El siglo XIV fue de gran florecimiento para la Santa Montaña y los monjes atonitas aumentaron su influencia espiritual en todo el mundo ortodoxo y se levantaron más monasterios.

Podrían distinguirse hasta cuatro períodos en el desarrollo del Monte Athos. El primero va desde que se instalaron los primeros monjes en la Santa Montaña (siglos VIII-IX) hasta la llegada de San Atanasio. Y como quedó demostrado páginas atrás, queda caracterizado por una intensa vida anacorética.

El segundo principió con la llegada del santo a la península y la construcción de la Gran Lavra (año 963). Esta segunda etapa se extiende hasta el siglo XVI.

En un tercer período, que va del siglo XVI al XVIII, se nota una gran decadencia en aquellos monasterios bien asegurados en su bienestar material: relajación de la disciplina, discordias internas y notable disminución del número de monjes. Sólo a fines del XVIII el Patriarca de Constantinopla pudo introducir una reforma. Pero los años pasados bajo dominio turco trajeron otros inconvenientes. En la insurrección griega de 1821, los monjes intervinieron abiertamente en la política y se sumaron a la insurrección común. Entonces, las tropas turcas ocuparon los monasterios y les impusieron un pesado tributo. Sólo una intervención de las grandes potencias logró que Athos volviera a su antigua independencia. En 1912, tiempo de las guerras balcánicas, existían unos 10.000 monjes. Esta guerra recuperó para Grecia la Península Calcídica, garantizó en adelante su antigua constitución y los monjes volvieron a ser dueños del territorio.

Con esto se entra en el cuarto período. Según la Carta constitucional, el Estado griego reconoció a Athos como una provincia autónoma y nombró un representante del monarca con rango y privilegio de diplomático. En el orden eclesiástico, Athos constituye una exarquía patriarcal, sobre la que el Patriarca de Constantinopla ejerce toda la jurisdicción.

En la actualidad, el Monte Athos está constituido por 20 monasterios que pertenecen a las diversas Iglesias ortodoxas nacionales, aunque predominen los de procedencia griega. Están bajo la dirección de un igúmeno, cuando son de vida común; los demás lo están por un consejo de ancianos. Existen, además, los skite establecidos dentro del territorio de cada cenobio. Luego, las grutas de los eremitas, donde habitan dos o tres monjes en común. Hay eremitas, monjes viajeros y mendicantes. El gobierno queda asegurado por un consejo compuesto de 20 delegados de los 20 monasterios y divididos en cinco comités que dirigen por turno los asuntos ordinarios.

En la actualidad, la decadencia de Athos es muy sensible. Se debe a causas diversas, como el reclutamiento de candidatos de procedencia casi exclusivamente rural, el aislamiento intelectual, que ha venido considerándose como una virtud ascética, y la

falta de ayuda por parte de los diversos países, a excepción de Grecia, en cuyo territorio queda enclavado.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

- AA.VV., *Le millénaire du Mont Athos (963-1963). Études et mélanges* (Chevetogne 1963), 2 vols.
 GÓMEZ REA, J. - RODOLFO GALBIATI, E., *Monte Athos. La república de la fe* (Madrid 1985).
 JANIN, R., «Athanasie l'Athonite (Saint)», en *Dictionnaire de spiritualité*, I (Paris 1937) 1052-1054.
 MORAL, T., «Luz sobre Athos, centro de vida monástica. Ante el milenario de su fundación (963-1963)»: *Unitas* (1962) 304-305.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA CIPRILA

Mártir († 303)

Era emperador Diocleciano y quería a todo trance acabar con el cristianismo, y corría por ello generosa la sangre de los mártires. En Cirene, Libia, una mujer cristiana, Ciprila, viuda, que había sido curada por el obispo Teodoro y estaba a su servicio, fue también acusada de cristianismo y llevada ante el gobernador. Éste le pidió que adorara a los dioses romanos, cuyas estatuas se hallaban presentes, y la cristiana se negó absolutamente, alegando que solamente adoraba al único Dios del cielo y de la tierra. El gobernador insistió, pero fue en vano. Ciprila decía tenazmente que no. Entonces le extendieron el brazo, le abrieron la mano y sobre ella colocaron carbones encendidos con incienso. Lo natural hubiera sido soltarlos por estarse quemando, pero entonces habrían dicho de ella que había ofrecido incienso a los ídolos. Y para no hacerlo sostuvo los carbones en la mano. Vista la inutilidad del intento, la mártir fue torturada de varias formas de tortura, sin que con éstas tampoco obtuvieran nada. Por fin pusieron fin a su vida. Era el 5 de julio, probablemente del año 303.

SAN ATANASIO DE JERUSALÉN

Díacono y mártir († 451)

Atanasio era diácono en la iglesia de la Santa Resurrección del Señor en Jerusalén. Allí servía al Señor con entrega y devoción y era firme su adhesión a la fe verdadera. Convocado el concilio de Calcedonia en 451 para resolver el tema de las dos naturalezas de Cristo, el obispo jerosolimitano, Juvenal, no acudió al concilio, y su ausencia fue aprovechada por el monje monofisita Teodosio para hacer propaganda de su doctrina y pedirle al pueblo que se adhiriera al partido eutiquiano y se negara a aceptar la definición del santo concilio.

Atanasio se puso en contra de tal proceder y de manera pública y ostentosa se manifestó en contra, exigiendo que todos se adhirieran al concilio de Calcedonia y a su definición y tuvieran una fe recta acerca de la doble naturaleza de Cristo.

Teodosio temió que las palabras de Atanasio hicieran mella en el pueblo y por ello decidió el asesinato del diácono, que se cumplió, dando éste su vida en defensa de la fe verdadera. Era el 5 de julio del año 451.

*BEATOS MATEO LAMBERT, ROBERTO MEYLER,
EDUARDO CHEEVERS Y PATRICIO CAVANAGH*

Mártires († 1581)

Estos cuatro mártires irlandeses fueron sacrificados por su fe católica en julio de 1581 en su pueblo de Wexford, siendo escenario de su martirio el que lo había sido de su vida sinceramente cristiana.

Mateo Lambert era panadero, dueño en realidad de una modesta panadería, con la que se ganaba la vida. Los otros tres eran pescadores. Los cuatro fueron arrestados bajo la acusación de haber ayudado al vizconde Baltinglass y a su capellán jesuita el P. Robert Rochford en lo que fue un intento desafortunado de dejar el país por el puerto de Wexford cuando Baltinglass cayó en la cuenta de que no podía mantener su revuelta contra la Reina. El intento de ayuda fue desafortunado.

Los cuatro fueron a parar a la cárcel, probablemente al calabozo del castillo de Wexford. Parece que su juicio y el de otros acusados comenzó el 10 de junio de 1581 y estaba concluido ya a primeros de julio. Había interés por parte del diputado regio en dar algún castigo ejemplar. Mientras personas de mayor posición social tenían otra suerte, las víctimas vinieron a ser los más humildes.

Mateo Lambert fue interrogado y, según parece, torturado también. Se le preguntó por su lealtad al Papa y a la Reina. Él dijo que era católico, que creía en lo que la Iglesia cree, y que él no entraba en controversias religiosas. Esto lo dijo y lo repitió ante el tribunal. Pero desde la deposición de Isabel I por el papa Pío V en 1570 la lealtad al Papa era considerada deslealtad a la Reina, y en consecuencia él fue condenado a muerte como traidor. Los otros tres fueron igualmente torturados y, pese a la presión de sus familias, perseveraron en decir que eran católicos tanto en los interrogatorios como delante del tribunal. Y de ahí vino su condena a muerte como traidores.

Los cuatro fueron ahorcados, destripados y descuartizados en Wexford en el mes de julio, pero no se sabe con certeza la fecha, pareciendo la más probable la del 5 de julio, en que los conmemora el *Martirologio romano*. Fueron beatificados el 17 de septiembre de 1992.

*BEATOS JORGE NICHOLS, RICARDO YAXLEY,
TOMÁS BELSON Y HUNFREDO PRITCHARD*

Mártires († 1589)

El día 5 de julio de 1589 en la ciudad de Oxford fueron martirizados a causa de su fe católica dos sacerdotes, condenados a muerte por serlo, y dos seglares, condenados por haber ayudado a los sacerdotes. Los cuatro habían sido localizados juntos en la misma casa, una fonda propiedad de una viuda católica. Fueron arrestados, llevados a la cárcel, encadenados, juzgados y condenados como traidores. Fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

JORGE NICHOLS era natural de Oxford y se sabe que estudió en el Brasenose College y que en 1581, deseando ser sacerdote,

marchó a Reims en cuyo colegio inglés hizo los estudios y fue ordenado sacerdote por el cardenal Guisa, el 24 de septiembre de 1583. Un año más tarde volvía a Inglaterra y se le asignaba, como sitio de apostolado, su propia ciudad de Oxford y sus entornos. Pudo hacer, a lo largo de seis años, un sustancioso apostolado, logrando reconciliar muchas personas con la Iglesia. Era hombre de mucha virtud, agrado y cultura, cualidades que puso al servicio de la misión católica.

RICARDO YAXLEY o Jaxly pertenecía a una familia del Suffolk. Había nacido en Boston, Lincolnshire, probablemente el año 1560. Marchó a estudiar a Reims, donde se ordenó sacerdote el 21 de septiembre de 1585 y cuatro meses después volvía a Inglaterra con otros tres sacerdotes. Se unió a su antiguo compañero de estudios, Roberto Dibdale, y posteriormente se asoció al P. Nichols en su misión de Oxford, aunque no se ha determinado la fecha de esta conjunción misionera o quizás el motivo de estar con él en la misma posada era que había ido a verle porque era su director espiritual.

TOMÁS BELSON era natural de Brill, junto a Ayslebury. Había sido seminarista en Reims, cuyo colegio dejó el año 1584. Estaba en la posada de Oxford para ver al P. Nichols que era su confesor.

HUNFREDO PRITCHARD era galés y vivía en Oxford; era criado de Catalina Welsh, la viuda católica dueña de la fonda en donde los cuatro fueron arrestados. Era un alma simple y honesta que durante doce años había prestado los más eficaces servicios a los católicos perseguidos.

El arresto se produjo a media noche, sin duda porque alguien avisó a la autoridad de la presencia de varios sacerdotes. Los tres huéspedes y el criado fueron arrestados —también lo fue la dueña del hostel pero no fue sometida a juicio— y llevados ante el vicescanciller, ante quien reconocieron que eran católicos. Él preguntó si había algún sacerdote entre ellos. El P. Nichols se presentó como tal y tuvo lugar seguidamente una discusión religiosa con el vicescanciller hasta que éste, dialécticamente acorralado, prefirió concluir. Enviados los sacerdotes a una cárcel y los seglares a otra y encadenados en ellas, un grupo de teólogos protestantes vino a dialogar con ellos e intentar su

pase al protestantismo. La controversia, que se basó sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía, tuvo lugar en público, delante de mucha gente, y el P. Nichols mostró sus dotes como polemista, y pareció más adecuado concluirlo. El vicescanciller los interrogó de nuevo y quiso sacar de ellos con quiénes habían tratado. Pero mantuvieron su confesión católica con firmeza y no delataron a nadie.

Fueron llevados a Londres y presentados a Walsingham, quien les dijo que no sólo eran traidores sino perturbadores del orden público en el país, a lo que ellos replicaron que difundir el evangelio no podía ser calificado de desorden ni sedición. Fueron torturados con la intención de averiguar los nombres de las otras personas católicas, pero ninguno de ellos dijo nada. Entonces, fueron reexpedidos a Oxford para ser juzgados y condenados. Les acompañó sir Francis Knolly, del Consejo Privado, para intimidar con su presencia al jurado. El juicio tuvo lugar en el castillo de Oxford. Los cuatro, al oír la sentencia de muerte, dieron gracias a Dios y se abrazaron entre sí. Un ministro protestante le dijo a Hunfredo que era un pobre ignorante y que no sabía qué era ser católico. Él dijo que sí lo sabía aunque no fuera capaz de explicarlo.

Para la ejecución pública concurrió mucha gente. Escarmentados de la capacidad del P. Nichols para explicar su fe católica, no se le dio permiso para hablar antes de ser ejecutado. Lo fue en primer lugar. Una vez ahorcado lo bajaron y el P. Yaxley se dirigió hacia el cadáver, lo abrazó y le dio gracias en público por haberlo guiado en el ministerio y haber sido para él un verdadero padre espiritual, y se encomendó a él en aquella hora tremenda. La conducta del joven sacerdote impresionó vivamente a la multitud. Seguidamente fue ahorcado, y al ser bajado, el siguiente mártir besó su cuerpo y se encomendó a él. Era Belson, que mostró en aquella hora una gran fortaleza y serenidad. Por último subió al patíbulo Pritchard con rostro sonriente y dijo a los presentes que los ponía como testigos de que no moría por otra cosa que por su fe católica. Las cabezas de los cuatro mártires fueron expuestas en el castillo de Oxford, mostrando serenidad y compostura en sus rostros, tanto que se mandó fueran expuestas en sitio menos público. Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987.

**SANTAS TERESA CHEN JINXIE Y ROSA
CHEN AIXIE**

Virgenes y mártires († 1900)

Estas dos mártires chinas pertenecían a la comunidad cristiana de Huangeryin (Tong-Kia-Tchoang), y cuando, surgida la persecución bóxer, ambas se enteraron de las atrocidades que los perseguidores cometían, junto con otros fieles decidieron marcharse a Tan-Kyu, la población que los misioneros habían fortificado en un intento de defender a los cristianos. Marcharon en un carro.

Pero llegaron los boxers, rodearon el carro y exigieron que las jóvenes bajaran del mismo. Protestó uno de los que iban en el carro y esa protesta le costó, en el acto, la vida. Entonces, las dos muchachas se bajaron, se pusieron de rodillas y empezaron a rezar en voz alta. Un bóxer mató de un golpe a Rosa y dio otro a Teresa que empezó a desangrarse en el suelo. Los boxers se marcharon tras haberlas matado. Los dos cuerpos fueron recogidos y el carro prosiguió su marcha, pero Teresa murió en el camino. Era el 5 de julio de 1900. Ambas fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000.

6 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Santa María Goretti († 1902), virgen y mártir, que fue martirizada en Nettuno en defensa de su castidad **.
2. En Fiésole (Toscana), San Rómulo, al que se da culto como mártir y primer obispo de la ciudad (fecha desconocida).
3. En Egipto, San Sisoés († 429), llamado el Grande, ermitaño.
4. En Escocia, la conmemoración de San Paladio († 432), obispo *.
5. En el territorio de Armagh (Irlanda), Santa Monena († 517), abadesa de Killeevy.
6. Junto al Rin, San Goar († s. vi), presbítero *.
7. En Londres (Inglaterra), el martirio de Santo Tomás Moro, cuya memoria se celebra el 22 de junio con San Juan Fisher (cf. *Año cristiano. Junio*, p.537-546).

8. En Londres, Beato Tomás Alfield († 1585), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I*.
9. En Rochefort, Beato Agustín José (Elías) Desgardin († 1794), religioso cisterciense y mártir*.
10. En Orange, Beata Susana Águeda (María Rosa) de Loye († 1794), religiosa benedictina y mártir*.
11. En Shuangzhong (China), San Pedro Wang Zuolong († 1900), mártir*.
12. En Roma, Beata María Teresa Ledochowska († 1922), virgen, fundadora del Sodalicio de San Pedro Claver**.
13. En Buenos Aires, Beata Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús March Mesa († 1943), virgen, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia**.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARÍA GORETTI

Virgen y mártir († 1902)

El día 9 de octubre de 1954 moría en Corinaldo una pobre mujer de pueblo. Los periódicos del mundo entero publicaron la noticia con gran relieve. ¿Quién era la señora Assunta, a quien la gente solía llamar «mamá Assunta», para que mereciese el interés de la prensa mundial? ¿Qué hazañas había realizado para que el Ayuntamiento de su pueblo decretase funerales públicos y la gente tapase con una pirámide de flores su ataúd?

Assunta Goretti era una viejecita de ochenta y ocho años, que no sabía leer ni escribir, pero que poseía esa sabiduría superior de los que conocen y viven el Evangelio. El año 1943, al correr al refugio porque las sirenas daban la alarma de aviación, se rompió una pierna y desde entonces quedó inválida. Estaba sentada en un carrito. A pesar de lo cual mereció que Su Santidad el Papa la recibiese en el Vaticano con los honores concedidos a los príncipes y jefes de Estado. Los periodistas de todas partes solicitaban sus manifestaciones y, aunque quería pasar inadvertida a todos, era una de las figuras más populares del pasado siglo.

¿Quién era esta mujer singular? La madre de una niña mártir, la única persona que ha tenido la dicha de presenciar la canonización de su propia hija.

Fue el 24 de junio de 1950. Como los peregrinos venidos de todos los confines no iban a caber en la basílica de San Pedro, el papa, Pío XII, canonizó a Santa María Goretti en la plaza delantera a la basílica. Se calcula que medio millón de personas presencié aquella tarde la ceremonia emocionante. No se recordaba nada igual en los anales de Roma.

La historia de Santa María Goretti es hoy sabida de todos. Incluso ha sido llevada a la pantalla, aunque con esa manía del cine de retocar y deformar los hechos.

Era una familia de pobres campesinos italianos. Un matrimonio compuesto por los esposos, Luis Goretti y Assunta Carlini, y cinco hijos. La segunda es María, nacida en Corinaldo el 16 de octubre de 1890.

Pero en Corinaldo no encuentran manera de ganarse la vida, a pesar de poseer allí unas tierrecillas. Y emigran. Primero a Colle Gianturco, y al cabo de dos años a Ferriere di Conca, a once kilómetros de Nettuno. Allí se instalan como colonos del conde Mazzoleni.

Aquel terreno era entonces en extremo malsano. Eran las regiones pantanosas del Agro Pontino. El mosquito que transmite la malaria acechaba insidiosamente a los pobres labriegos. Así, Luis Goretti murió al poco tiempo de aposentarse su familia en Ferriere. Y quedaron solos Assunta y sus cinco hijos, el mayor de los cuales apenas tenía trece años.

«Ánimo, mamá —decía María, la mayor de las niñas—. ¿Por qué tienes miedo? ¡Ya vamos siendo grandes! Basta que el Señor nos dé salud. Saldremos adelante, saldremos».

Assunta trabajaba en el campo, como un hombre. Siempre había trabajado, porque quedó huérfana con pocos años. Trabajaba y educaba a sus pequeños. Desde que éstos aprendían a hablar les enseñaba a hacer la señal de la cruz y a rezar las primeras oraciones y los rudimentos de la doctrina cristiana.

Marietta atendía a todo, lavaba a sus hermanitos menores, iba por agua, preparaba la comida, cosía. Nunca tuvo amigas, pues las ocupaciones de la casa no le dejaban tiempo para jugar.

Pero es que sobre los deberes de la propia familia recaía también sobre ella la obligación de atender a otras dos personas que vivían en la misma casa y eran aparceros en las faenas agrí-

colas, Juan Serenelli y su hijo Alejandro, mocetón de unos veinte años. La casa tenía dos dependencias separadas, pero la escalera y la cocina eran comunes para ambas familias.

Alejandro no era mal muchacho; pero empezó a darse a lecturas deshonestas que emponzoñaron su alma. Y el que hasta entonces había mirado con indiferencia a la hija mayor de la señora Assunta, empezó a fijarse demasiado en la chiquilla.

No porque ésta diese motivo alguno. Todos están acordes en afirmar, y así lo ha declarado después repetidamente el mismo Alejandro, que María Goretti era muy modesta y miradísima en el vestir. Era una niña —todavía no llegaba a los doce años—, pero algo desarrollada, quizá más de lo que pudiera esperarse de su edad. Y en el corazón de Alejandro Serenelli se encendió una brutal pasión.

Dos veces la tentó. Al principio, la pequeña no comprendió el alcance de lo que Alejandro pretendía; pero vio que era algo malo. Y resistió fuertemente arrojando al tentador, a pesar de su edad y su vigor. Alejandro se sintió despreciado y vencido por Marietta.

Volvió al asalto por tercera vez. Era la tarde del 5 de julio de 1902. Alejandro ha pensado bien todas las cosas. Abajo su padre, la señora Assunta y todos los de la casa, se encuentran trillando habas en la era. Arriba, en el descanso de la escalera, María Goretti cose una camisa que Alejandro le había mandado urgentemente remendar con el secreto designio de que la muchacha quedase sola en alguno de los aposentos.

Marietta se intranquiliza cuando ve llegar a Alejandro. Está sobre ascuas; sabe lo que el joven brutal quiere y verse a solas con él la atemoriza. Cose apresuradamente. El mocetón la llama:

—María, ven acá.

—¿Para qué? ¿Qué quieres?

—Tú ven acá.

—No. Si no me dices qué quieres, no voy.

Alejandro la toma violentamente por un brazo, le tapa la boca con la mano y, venciendo la resistencia de la pobreta, da una patada a la puerta y la cierra. La débil fuerza de una niña

que no ha cumplido doce años vencerá las fuerzas del muchacho de veinte. Grita Marietta:

—¡No! ¡No!... ¡Es pecado! ¡No, no! ¿Qué haces, Alejandro?... ¡Vas al infierno!...

El mocetón, viendo que nada consigue, coge un hierro afilado que tenía a punto y se ensaña con su tierna víctima, que prefiere la muerte antes que pecar. Hasta catorce heridas que traspasan su vientre y el pecho pudieron apreciar los médicos que después la reconocieron. Al fin acuden los familiares. Loca de dolor, pregunta a su hija la señora Assunta:

—Marietta mía, ¿qué ha sucedido? ¿Quién ha sido? Dime, dime...

—Fue Alejandro.

—¿Por qué te hizo esto, hija mía?

—Porque me quería hacer las cosas malas y yo no quería.

Y exacto, quedó intacta la tierna virgencita, conforme a la confesión del mismo asesino y al testimonio de los médicos.

A las cinco horas una ambulancia lleva a la pobre hija al hospital de los hermanos de San Juan de Dios de Nettuno. Por la misma carretera dos carabinieri llevan esposado a Alejandro Serenelli. Distinto fruto de la educación que Assunta Goretti y Juan Serenelli dieron a sus hijos.

Poco pudieron hacer los médicos del hospital. Sin embargo, intentaron la laparotomía o apertura del vientre para poder operarla. Y sin darle anestésico; dos horas de atroz martirio. Marietta coge entre sus manos la medalla de la Milagrosa que siempre llevaba al cuello.

La preparan al viático, que recibe como un ángel. Le sugieren que perdone al asesino, y contesta al punto:

—Sí, le perdono por amor a Jesús, y quiero que venga también conmigo al cielo.

Algunas horas más tarde moría la niña entre delirios, en los que se la oía defenderse contra Serenelli e invocar a la Virgen Santísima.

La muerte de Marietta llenó de estupor a toda la comarca. Sin distinción de público acudieron todos a su entierro.

Treinta años después fue desenterrado su cadáver y llevado a una capilla en la basílica de Nuestra Señora de las Gracias, de

Nettuno. Miles de fieles rezan ante aquellos restos de una virgen cristiana, la Santa Inés del siglo XX, como la llamamos hoy.

El heroísmo de Santa María Goretti no fue improvisado. Los actos de hermosas virtudes de que dio prueba antes de su muerte —preferir la muerte al pecado, perdonar a su asesino, soportar con paciencia sobrehumana una operación sin cloroformo y la sed abrasadora que luego siguió—, todo esto era consecuencia de una vida santa, a la que venía preparándose con el ejercicio constante de las virtudes cristianas en un ambiente lleno de fe, de trabajo y de privaciones.

Assunta enseñaba a sus hijos el catecismo, les infundía el horror al pecado, les acostumbraba a la oración. Su hogar era pobre; tenían lo justo para vivir, la madre había de pasar la jornada fuera, en los trabajos del campo. Y Marietta lo hacía todo en casa con la formalidad de una persona mayor. Y todavía encontraba tiempo para rezar el rosario en sufragio de su padre muerto. Y reunía a sus hermanos y les enseñaba la doctrina y rezaba con ellos. Y hasta consolaba a su madre:

—No tenga cuidado, mamá: verá cómo salimos adelante.

Marietta estaba más crecida de lo que sus años podían exigir. Con su pelo castaño, sus ojos negros y su tez fresca y rosada, era una muchacha sana de cuerpo y espíritu. La modestia era su principal virtud, ha declarado siempre unánimemente su madre. Nunca fue presumida, pues, además, vestía las ropas usadas que le daba una vecina.

Así, con oración, modestia y trabajo, se preparó esta santita para llegar a ser canonizada en la Plaza de San Pedro un 24 de junio de 1950.

El desgraciado confesó de pleno su crimen. Y se arrepintió de aquel acto de locura una tarde de verano. Condenado a treinta años de cárcel, mereció que le rebajasen su condena en tres años por su buen comportamiento. Cuando salió empezó a servir como criado y hortelano en el convento de capuchinos de Ascoli.

La niña le había perdonado en el hospital. Pero, como el mismo Serenelli manifestó después, ya cuando Marietta se retorció en el suelo apuñalada con el punzón de hierro, le dijo:

—No es nada, Alejandro... Yo te perdono.

Por eso la señora Assunta perdonó también al criminal. Fue una escena que sólo puede darse entre cristianos. Estaba de criada del señor cura de Corinaldo la madre de María Goretti cuando la noche de Navidad de 1938 llamaron a la puerta de la casa rectoral. Abrió la señora Assunta y un hombre le dijo:

—¿Me reconoce usted, señora Assunta? —al tiempo que bajaba los ojos.

—Sí, Alejandro; te recuerdo.

—¿Me perdona? —suplicó el infeliz, que llevaba en el rostro las trazas de veintisiete años de cárcel.

—Si Dios te ha perdonado, Alejandro, ¿cómo no te he de perdonar yo?

Aquella noche la pasó en la casa del párroco, y juntos, la madre y el asesino de su hija, se acercaron a comulgar en la Misa del Gallo.

Y siempre, cuando hablaban de Serenelli, la señora Goretti no consentía que le tratasen mal.

—¡Está tan arrepentido! Y habiéndole perdonado Marietta, ¿cómo no le voy a perdonar yo? Es cierto que ha cometido un pecado enorme; pero Dios ha sabido sacar bien de tanto mal.

María Goretti fue beatificada por Pío XII el 27 de abril de 1947.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

AAS 37 (1945) 234-236, 299-300; 39 (1947) 352-358; 40 (1948) 26-32.

Art. en *Novelle Revue Théologique* 49 (1947) 1087-1088.

AURELIO DELLA PASSIONE, CP, *La Beata Maria Goretti, martire della purezza* (Roma 1945).

— Actualización:

A proposito di Maria Goretti, santità e canonizzazione. Atti della Commissione di studio istituita dalla Congregazione per le cause dei santi il 5 febbraio 1985 (Ciudad del Vaticano 1986).

ALBERTI, G., *Maria Goretti. Storia di un piccolo fiore di campo* (Roma ²1990).

CIOMEI, F. - SCONOCCHIA, S., *S. Maria Goretti nelle paludi pontine. Storia completa della martire* (Nettuno ⁷1993).

CONTESSA, F., *Santa Maria Goretti* (Cinisello Balsamo 2001).

DE CAROLIS, D., *Maria Goretti. Una santità nel quotidiano* (Milán 2000).

FORNARA, F., *Santa Maria Goretti* (Roma ¹⁰1978).

GUERRI, G. B., *Povera santa, povero assassino. La vera storia di Maria Goretti* (Milán 1985).

BEATA MARÍA TERESA LEDOCHOWSKA

Virgen y fundadora († 1922)

María Teresa Ledochowska (1863-1922), virgen y fundadora de las Hermanas de San Pedro Claver, también conocidas como Sodalicio de San Pedro Claver, nació en Loodsdorf, diócesis de San Hipólito, Austria inferior, el 29 de abril de 1863. Hija del conde polaco Antonio Ledochowska de Austria y de la condesa suiza Josefina Salis-Zizers, y, por ende, sobrina del cardenal Mieczeslao Halka Ledochowski, fue la hermana mayor de Włodzimierz (1866-1942), quien llegaría a ser prepósito general de la Compañía de Jesús, y de Julia (1865-1939), en religión madre Úrsula, fundadora de las Ursulinas del Sagrado Corazón de Jesús Agonizante, beatificada por Juan Pablo II en Poznan, el 20 de junio de 1983, y por él mismo canonizada el 18 de mayo de 2003. Formada en el colegio de las Damas Inglesas de San Hipólito, era simpática y despierta, brillante y a la vez entusiasta; el ambiente aristocrático que desde la infancia respiró no la retrajo en modo alguno del Evangelio ni del calor a los hermanos. Es más, se puede asegurar que su adolescencia discurrió dentro de un marco hogareño feliz y tranquilo y profundamente cristiano en el que fue creciendo fiel a la sencilla y robusta fe de los mayores, herencia de sus padres.

En 1882 se trasladó con la familia a Polonia, donde prosiguió la formación en la cracoviense Lipnica Murowana, y tres años más tarde, con veintidós juveniles años todavía, entró al servicio de la Gran Duquesa de Toscana, o sea, en la corte del duque Fernando IV, residente en Salzburgo, como dama de honor de la gran duquesa Alicia. Desde el primer momento María Teresa se encontró a gusto en el nuevo ambiente cortesano y tardó un suspiro en sobresalir por la piedad, el orden, la puntualidad y la fidelidad a su deber. Dos significativos encuentros mantenidos en el castillo cambiaron su vida: el uno, con las Hermanas Franciscanas Misioneras de María que venían de cuestación para las misiones africanas; y el otro, con el cardenal Lavignerie, gran apóstol del continente de la negritud. Ambos la conmovieron profundamente y terminaron por hacer de ella, joven reflexiva y alegre, un ser vocacionado para las misiones: el problema misionero, del que jamás había oído hablar, empeza-

ba a surgir por doquier con inusitado empuje, singular ímpetu espiritual, desusada fuerza evangelizadora y notoria capacidad persuasiva.

El suyo, de hecho, es un arco biográfico que se extiende desde el pontificado del Beato Pío IX (1846-1878) hasta el profundamente misionero de Benedicto XV (1914-1922), de cuyas encíclicas cabe destacar la *Maximum illud* (30-11-1919), pieza maestra de la moderna misionología. En ese mismo espacio cronológico acaece también la Conferencia Mundial de Misiones celebrada en Edimburgo el año 1910, cuna y fecha del ecumenismo moderno, algo que Juan Pablo II no dejará de señalar en la apertura de la Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos el año 1994.

María Teresa Ledochowska, pues, empezó a sentir dentro de sí misma la irresistible fascinación de un Cristo al que deseaba consagrarse con el corazón limpio e indiviso. La historia del Nazareno que redimió a los hombres dándoles ejemplo de obediencia hasta la muerte, tiraba de ella sin cesar y era en su espíritu generoso como una permanente incitación a servir a esos mismos hombres por él redimidos en medio de las miserias y el dolor, especialmente en África.

Quiso ella, entonces, hacer también algo por las misiones, prodigarse en auxilios, contribuir, ayudar, influir, en cierto modo ser misionera desde el castillo, sin desatender las obligaciones ante la Gran Duquesa, pero pronto comprendió lo difícil de un proyecto así: se hacía imposible sacar adelante ambas cosas a la vez. Con aguda intuición, comprendió al vuelo el importante papel que el apostolado de la prensa iba a tener para la Iglesia en el futuro. De tal convicción nace en 1889 la revista misionera *Eco de África*, que preparaba y redactaba ella misma. Claro está que su deseo de escribir de las misiones africanas, por tantos motivos laudable actividad, empezó a robarle la mayor parte del tiempo, de modo que, a la vista del cuadro que su situación ofrecía, pidió ser liberada de las obligaciones de la Corte. Renuentes al principio, los duques acabaron por acceder a su petición.

Abandonada la vida palaciega en 1891, se abre ante sus ojos a partir de ese momento un camino de atrayentes iniciativas y,

sobre todo, el discernimiento y maduración de una idea que le viene rondando la cabeza. Alquila un pequeño piso en la ciudad, y se pone a trabajar con toda su alma por África: para ello traba contacto con los misioneros que allí trabajan a fin de conocer las necesidades del vasto continente. Es por entonces, también, cuando le llegan noticias de la cruel esclavitud que allí se está dando, lo que contribuye a redoblar más y más, si cabe, celo y trabajo y ansias de darse y desgastarse por la erradicación de semejante lacra. Durante varios años combina las múltiples actividades diarias con escritos en contra de la esclavitud.

En la visita que el año 2003 giró a Senegal —patria del gran poeta de la negritud, Léopold Sédar Senghor— el presidente norteamericano George W. Bush calificó la cacería de esclavos en África con destino a América como «ese inmenso crimen de la historia». Ingleses, holandeses, franceses, portugueses y españoles protagonizaron en los siglos XVII y XVIII la mayor cacería de la historia, la salvaje y cruel y tremenda caza del hombre, el comercio de esclavos, en fin.

Senghor escribe en *L'esprit de la civilisation*: «El renacimiento europeo fue construido sobre la ruina de la cultura negro africana. El poderío de América fue cebado con la sangre y el sudor de los negros». Es muy probable que María Teresa Ledochowska, inteligente y fina y siempre afanada en recabar información acerca de tan grotesca infamia, acabase sabiendo de ese gran pecado del mundo cristiano, por el que Juan Pablo II no vaciló en pedir perdón en nombre de la Iglesia en la inolvidable jornada del 12 de marzo del Año Santo 2000.

Sensible de cualquier modo a estas y otras miserias semejantes, María Teresa resuelve acoger junto a sí a jóvenes generosos, llenos de entusiasmo por el mismo ideal: liberar al África toda de la esclavitud y convertirla pronto a Cristo. Llegada a este punto, piensa en fundar una congregación con el propósito de que una obra de esta índole pueda continuar, después de morir ella, tan benemérito apostolado. Viaja por ello a Roma con el fin de pedir el necesario permiso canónico de la Santa Sede. La recibe en audiencia privada el clarividente León XIII, quien, por cierto, le hace muchas preguntas. María Teresa, según cuentan las crónicas del Instituto, habló de su obra, del Sodalicio de

San Pedro Claver, de aquellos años de trabajo intenso y duro y solitario, de esos años difíciles, en fin, que suelen atravesar los fundadores al principio hasta ver su proyecto fundacional consolidado, y pidió la bendición apostólica. El papa Pecci alzó los ojos y, sonriendo, le dijo: «Bien, ésta es una ocasión especial». Y bendijo la obra. Pero había que proseguir y reforzar la marcha de algo que estaba después de todo en ciernes.

María Teresa redacta en 1893 los estatutos de una asociación misionera llamada Sodalicio de San Pedro Claver, que León XIII aprueba. La congregación comprende miembros internos o misioneros pronunciando votos religiosos, y externos, celadores y participantes. Las constituciones serán definitivamente aprobadas por San Pío X el 10 de junio de 1904. Discurre el año 1894, y surge por fin el Instituto de San Pedro Claver: lo que acaba de nacer es una congregación misionera para ayudar a las misiones de África cuyo reconocimiento pontificio obtiene del papa Sarto en 1910. María Teresa va a regir dicho Instituto no sólo con gran prudencia, sino ante todo con gran afecto de amor que servirá de revulsivo para abrir y sentir entre los que la circunden la dulce y consoladora presencia de Dios. En el título va San Pedro Claver, apóstol de los esclavos negros o «apóstol de Cartagena», del que, por cierto, no se conoce retrato alguno auténtico, pero que indica bien a las claras por dónde quería la fundadora orientar la torrencera de sus aspiraciones misionales. Beatificado por el Beato Pío IX el 21 de septiembre de 1851 y canonizado en compañía de su maestro Alonso Rodríguez por León XIII, el 15 de enero de 1888, San Pedro Claver fue declarado el 7 de julio de 1896 patrono de las misiones africanas. La república de Colombia le honraría en 1955 como padre de la nación.

De vuelta a Salzburgo, María Teresa hace un alto en el camino y se detiene en Trento, donde encuentra a la señorita suiza Melania von Ernst, la que va a ser su primera colaboradora. María Teresa pide a Melania von Ernst, residente junto a los condes Wolkenstein, colaboración: que se una a ella en sacar adelante el todavía balbuciente Instituto. Melania, una vez que sabe de la aprobación del Santo Padre, se adhiere sin vacilación alguna, de modo que, después de arreglados sus asuntos, se une

a la fundadora. Juntas comienzan en Salzburgo la vida religiosa poniéndose bajo la dirección espiritual de los Jesuitas. En la residencia de María Serg monta María Teresa una tipografía que imprime periódicos misioneros en diversas lenguas. Al fin la obra está encarrilada. A su muerte, el 6 de julio de 1922, estará ya en plena expansión. Y todavía lo está. Culta e inteligentísima, Melania von Ernst fue su brazo derecho en cuantos trabajos emprendieron juntas y sobrevivió a María Teresa en muchos años, pues murió en 1961, a la edad de 102.

Religiosa desde 1895, María Teresa se multiplica en dedicación. Fueron innumerables sus conferencias en reuniones católicas y congresos eucarísticos. El año 1900, por ejemplo, organizó en Viena el Congreso antiesclavista. A las máquinas para la prensa indígena montadas en la mencionada casa junto a Salzburgo, une el montaje de más tipografías con igual fin en otros países. La obra mientras tanto, como el grano de mostaza, crece y se desarrolla prodigiosamente. María Teresa trabaja de manera incansable: da conferencias sobre las misiones en muchas ciudades europeas para despertar el interés misionero por África. Su palabra arrastra a las multitudes y consigue siempre para la causa nuevos amigos. Pronuncia dos en Trento, donde consigue hacerse en 1909 con una casa y abrir así un domicilio con dos celadoras laicas que trabajan para el Instituto hasta que, en el 1924, llegan definitivamente las hermanas.

En 1913 el *Eco de África* era editado ya en nueve lenguas con una tirada mensual de 44.000 ejemplares, impresos en las tipografías que la misma Ledochowska había hecho surgir aquí y allá, y de las cuales salieron bien pronto ediciones de la Biblia, catecismos y otras obras en múltiples lenguas y dialectos africanos. Nueve publicaciones periódicas en varias lenguas, como la *Pequeña Biblioteca de África*, la *Correspondencia Africana*, el *Almanaque Claveriano*, el *Calendario misionero para niños*, el *Joven Negro* y numerosos otros opúsculos, vienen a completar el ya impresionante cuadro bibliográfico. María Teresa comprende que sólo evangelizando el mundo se puede combatir el mal de las viejas y nuevas esclavitudes. De ahí su fundación. Una vocación la suya, por cierto, que se actúa mediante el apostolado asiduo, promoviendo el conocimiento y el amor por las misiones. El Instituto

contaba cuando su beatificación con cerca de 238 miembros y 33 casas: en diversas ciudades de Europa, del Norte y Sur de América, en India, en África y en Oceanía y, por lo que al personal concierne, con hermanas provenientes de 28 países. Fin primario: ayudar desde lejos a las misioneras con la propaganda, desde luego, pero también con ofertas y medios materiales. Alma noble, de gran sencillez y sinceridad, su entusiasmo juvenil y una singular fuerza de autocontrol le aseguraron extraordinario éxito, que ella atribuía sólo a Dios. Sus obras están activas en más de veinte naciones y cuatro continentes con fines asistenciales, centros de buena prensa, catequísticos y de apostolado universitario.

Entendía María Teresa que la falta de instrucción es ya, en sí misma, una forma de discriminación y un intolerable abuso por parte de quien detenta el poder. El turismo sexual y la explotación de los niños en Tailandia, Birmania, Brasil, etc. Los jóvenes de la calle, los «rag-pickers», o también los «meninos de rua», y tantos nombres para referirse a la triste realidad de la infancia abandonada en las metrópolis del tercer mundo; el trabajo de menores por una paga irrisoria de un sinnúmero de hijos de familias pobres y desesperadas; la dependencia económica de los pobres de América, explotados por los ricos propietarios, etc. María Teresa experimenta una verdadera conversión a la vista de tanta necesidad y tanto dolor, sobre todo en contraste con su anterior vida de corte. Ya en sus primeros años había dejado escrito en su diario: «Ofrecida la sagrada comunión para el nuevo modo de vida... muy feliz y serena... abandono el tabaco».

No es ella una publicista facilona y aprovechada, ni una gacetera de fondo sentimentaloides y hermético, o de carácter simplemente piadoso y devocional: desde la fundación, el Sodalicio recoge de primera mano los datos referidos al continente africano, los verifica, los contrasta, los ordena, los pone al día constantemente. Se pide a los misioneros no sólo informaciones, sino también cartas geográficas precisas de aquellos inmensos territorios. Y así es como poco a poco, pasito paso que diría el poeta, consigue hacerse con grandes recopilaciones de fotografías y de objetos varios que después son expuestos en las principales ciudades europeas. A base de un continuo ir de un

centro a otro centro, a fuerza de organizar encuentros de propaganda, pronunciar conferencias, escribir artículos y ensayos, mantener abundantísima correspondencia, María Teresa Ledochowska logra emprender iniciativas de todo género, a menudo originales, y recoger y distribuir ingentes sumas de dinero para las misiones. La casa general de su Instituto se convierte en lugar de encuentros para quien quiera trabajar por la Iglesia en África, y todos, de una u otra forma, acaban recibiendo ayuda sin particularismos de índole nacionalista o de otro género. Pero los años pasan y el desgaste crece y la vida declina.

La salud de la fundadora, precaria ya, va deteriorándose de día en día. Ella, sin embargo, excepcional mujer dedicada por entero a Dios y a la Iglesia, con la pluma siempre en ristre lo mismo a favor de las misiones que librando la batalla antiesclavista, sigue tan contenta y feliz de ver que la obra crece próspera y saludable. Pasa los últimos años en Roma, en la casa madre de la Congregación, donde muere en olor de santidad el 6 de julio de 1922.

La etimología de María arroja, según la lengua egipcia, «amada por Dios»; y según el hebreo, «señora». Su emblema era el lirio. Algo, y puede que mucho, denotan tales nombres y tal signo. El apostolado de las Hermanas Misioneras de San Pedro Claver consiste hoy en formar e informar a los fieles sobre las necesidades de la Iglesia misionera. A ejemplo de su fundadora y fieles a su vocación, viven dedicadas a la misionología entre niños, jóvenes, adultos, y a suscitar colaboración en la obra evangelizadora de la Iglesia. Desean ser en el mundo actual, presa del estrés y del frenesí, esclavo de las pasiones y del bienestar, voz de los sin voz. Procuran fomentar las buenas costumbres y despertar las buenas voluntades latentes proponiendo modos y medios concretos para comprometerse en persona y construir un mundo cada vez más justo y fraterno. La esclavitud, ese oprobio y vergüenza de la humanidad que ya existía en los albores del género humano, todavía sigue vigente bajo diversas denominaciones y apelativos, como en el Norte de Sudán, donde aún se venden jóvenes africanos como esclavos, para vergüenza de una humanidad que se dice inteligente y civilizada, pero que ya se ve cuán roma y terca sigue en el aprendi-

zaje de la hermosa lección impartida por tantas ledochowskas que desde el Evangelio siguen reclamando libertad.

Fue María Teresa mujer dotada de cualidades geniales: una mente extraordinariamente analítica y ordenada; una segura y casi infalible intuición del valor de las personas; una capacidad singular de admirar y dejarse conmover por la belleza descubierta en las cosas pequeñas y grandes de este mundo; una extraordinaria sensibilidad para las artes, especialmente las figurativas y literarias; un corazón, el suyo, ardiente, capaz de amar y compartir las alegrías y los sufrimientos de los otros. Así se explica que, llena de fatigas, muera cuando todavía no tiene los sesenta. Pero eso mismo aclara de igual modo que su Instituto esté bien arraigado en muchos países y espiritualmente preparado para continuar el trabajo según su lema preferido: *Divinorum divinissimum cooperari in salutem animarum*. No le faltaron dificultades, claro que no, incluso de autorizados miembros de la Iglesia que no comprendieron su ideal. Siempre pasa lo mismo.

La tarea misionera de la madre María Teresa fue apreciada y muy querida y recordada no ya únicamente en África: toda la Iglesia, en realidad, se sintió y se sigue sintiendo interpelada por la acción apostólica de esta gran mujer, cuya fama de santidad empezó a difundirse prodigiosamente y sin cesar por todas partes a raíz de su muerte, de modo tal que las voces en demanda de una pronta beatificación no se hicieron esperar. Instruidos, pues, y completados pronto los procesos canónicos, la causa de beatificación y canonización se abrió el 21 de enero del año 1945. Pablo VI sancionó solemnemente el día 16 de marzo de 1970 el proceso acerca de la heroicidad de las virtudes teologales, es decir fe, esperanza y caridad, y cardinales, o sea prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

La cuestión de los milagros a ella atribuidos siguió después su curso y fue objeto de examen y discusión en congresos habidos al efecto en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos, siendo aprobado por Pablo VI el decreto de dos milagros obrados por intercesión de la sierva de Dios el 9 de diciembre de 1974. El primero de ellos, a favor de Judit de Rivo, madre de familia de 42 años, víctima de un aparatoso accidente sufrido en Roma el 26 de septiembre de 1930, cuando camina-

ba por la Via Appia, cerca del lugar Tres Tabernas, vulgarmente conocido por Cisterna, del que se siguió una situación a juicio de los médicos irreversible de la que, no obstante, salió completamente restablecida el 26 de octubre. El segundo fue con la joven de 17 años Vicenta Mazzeotti, aquejada en junio de 1936 de un mal en el fémur izquierdo que los días 4 y 5 de julio de ese mismo año se agravó hasta presentar un cuadro clínico que los médicos juzgaron irrecuperable, pero del que entre los días 5 y 6 del mismo mes, implorada la intercesión de la Venerable Ledochowska, salió inesperadamente sana, sin volver a sentir molestia alguna. Atestiguada y declarada *ultra naturae leges sanationem* por los médicos, se tramitaron los dos casos en las curias eclesiásticas Albanense (1929-1934) y del vicariato de la Urbe (1947-1949) para el primero, y en Consentina (año 1948) sobre el segundo, y se instruyó el proceso canónico, del que salió el decreto de la Sede Apostólica el 1 de julio de 1951. En sesión del 20 de diciembre de 1972 fueron examinadas ambas curaciones en sesión celebrada por el Consejo de Médicos de la Sagrada Congregación. Sometido, en fin, todo el proceso al juicio de los teólogos y de la plenaria del mismo dicasterio respectivamente los días 29 de octubre y 19 de noviembre de 1974, el ponente de la misma, el cardenal Pericle Felici obtuvo la respuesta positiva de los cardenales. El 5 de diciembre Su Santidad Pablo VI ratificó ante el prefecto de dicha Sagrada Congregación, cardenal Luis Raimondi, el juicio cardenalicio favorable, del que se extendió el correspondiente decreto con fecha 9 de diciembre de 1974.

La beatificación llegó el domingo 19 de octubre de 1975 por el magisterio del papa Pablo VI. Aquel día era la Jornada Mundial de las Misiones de 1975, año santo de la reconciliación. Subió a los altares junto a tres nuevos beatos: Carlos José Eugenio de Mazenod, fundador de los Oblatos de María Inmaculada; Arnold Janssen, fundador de la Sociedad del Verbo Divino, y José Freinademetz, de la misma congregación, misionero en China. El papa Montini eligió la jornada dedicada a las misiones como el marco ideal para proponer a la cristiandad cuatro ejemplos de actividad evangelizadora. Desde el día en que llegó a sus manos el opúsculo que hablaba del cardenal Lavigerie y de su

cruzada por liberar a los esclavos de África, María Teresa no había bajado la guardia como publicista y escritora en la lucha contra la esclavitud.

Ningún juicio mejor para comprender la vocación misionera de la Beata María Teresa que las palabras del Concilio Vaticano II en el dintel del decreto *Ad gentes*:

«La Iglesia peregrina es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre [cf. LG 2]. Este propósito dimana del “amor fontal” o caridad de Dios Padre, que, siendo Principio sin principio, del que es engendrado el Hijo y procede del Espíritu Santo por el Hijo, creándonos libremente por un acto de su excesiva y misericordiosa benignidad, y llamándonos, además, graciosamente a participar con Él en la vida y en la gloria, difundió con liberalidad, y no cesa de difundir, la bondad divina, de suerte que el que es creador de todas las cosas ha venido a hacerse todo en todas las cosas (1 Cor 15,28), procurando a la vez su gloria y nuestra felicidad. Y plugo a Dios llamar a los hombres a participar de su vida no sólo individualmente, sin mutua conexión alguna entre ellos, sino constituirlos en un pueblo en el que sus hijos, que estaban dispersos, se congreguen en unidad» (AG 2).

Las palabras con que Pablo VI abrió la homilía de beatificación denotan fina sensibilidad por la eclesiología misionera, que es, por lo demás, donde ha de ser entendida la espiritualidad de la Beata María Teresa Ledochowska:

«Esta nueva, esplendorosa etapa del Año santo cae intencionalmente en la Jornada Misionera Mundial. Y esta circunstancia es subrayada aquí, hoy, de modo particular, por la presencia de numerosos obispos misioneros, que han gastado toda su vida al servicio de la Iglesia, y de 400 catequistas de los países de misión. A todos les saludamos con especialísimo afecto. Hoy la Iglesia está toda unida en oración y en fervor de generosidad por la causa misionera. Es la ocasión anual en que ella, Pueblo de Dios en camino, reflexiona sobre su fisonomía esencial y su misión constitutiva. Es la palabra de Jesús, que así la define y así la quiere: Como el Padre me envió, también yo os envío (Jn 20,21). Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes (Mt 28,19). El Concilio Vaticano II subrayó, en el Decreto sobre la actividad misionera, que la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera [AG 2]; y prosiguió trazando una admirable y amplia síntesis teológica, que encuadra la misión en el plano salvífico del Padre: esa parte “del amor fontal” [ibid.], se realiza en el envío del Hijo Unigénito, con quien Dios dispuso entrar en la historia humana de modo nuevo y definitivo [AG 3], y se

prolonga en la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés, el cual en todos los tiempos infunde en el corazón de los fieles el mismo espíritu de misión que impulsó a Cristo [AG 4]. Como enviada por Cristo, la Iglesia continúa en el tiempo y en el espacio este fundamental deber suyo, que ella no podría disminuir o alterar sin traicionar la propia constitutiva naturaleza, la propia originaria vocación».

Fue asimismo el papa Montini quien, a instancias del episcopado polaco en pleno con su cardenal primado Wyszyński al frente, declaró, el 20 de enero de 1976, a la recién beatificada María Teresa Ledochowska celeste patrona de todas las obras misionales de la Iglesia en Polonia.

El específico mensaje que la nueva beata propone a los hombres de esta época nuestra de estrés y posmodernidad, puede reducirse, en síntesis del propio Pablo VI, a la siguiente triple invitación:

a) Sentir y ver en los hombres al hermano, que con nosotros y como nosotros vive, ama, espera, llora; a ayudarlo a elevarse, a conseguir la plenitud de su desarrollo humano, social, cultural, espiritual. Y todo ello no por motivos, digamos, naturales, sino primero y sobre todo por la luz de la Revelación, que nos indica misteriosamente presente y escondido en el rostro de los hermanos, especialmente si sufren, el rostro mismo de Cristo.

b) Acoger los signos de los tiempos para testimoniar y rendir siempre actual la presencia de la Iglesia en el mundo, en todos aquellos modos que nos vengán ofrecidos sea por las circunstancias del *kairós* (*redimentes tempus*, "aprovechando bien el tiempo" [Ef 5,16]), sea por las inclinaciones del genio propio de cada uno.

c) Tomar siempre mayor conciencia de que en el actual orden de cosas, del que están surgiendo nuevas condiciones para la humanidad, la Iglesia, sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-14), se siente llamada con mayor urgencia a la obra de salvación y renovación de toda criatura, para que todas las cosas sean instauradas en Cristo y en él formen los hombres una sola familia y un único Pueblo de Dios (AG 1). El alimento insustituible de esta obra de suprema importancia es: la fe; el amor; la oración; en el corazón de valerosos misioneros. Una fe sin límites en Dios, que se traduce en un apasionado amor a Cristo. Fe y amor que se despliegan en un desbordante deseo de difundir entre los hombres el mensaje de salvación».

También, Juan Pablo II decía a los peregrinos polacos el 16 de mayo de 1979:

«En este excepcional encuentro hodierno nosotros debemos augurarnos —con ayuda de la Gracia de Dios y por intercesión de María Madre de la Iglesia que es nuestra Señora de Jasna Gora, Reina de Polonia, con la intercesión de San Estanislao, de San Adalberto y de todos los Santos y Beatos polacos hasta el Beato Maximiliano Kolbe y la Beata María Teresa Ledochowska— que todos nosotros, allí donde estemos, consigamos dar testimonio de la madurez de Polonia, hacer más fuerte nuestro derecho de ciudadanos entre todas las Naciones de Europa y del mundo, y servir al noble fin de testimoniar el universalismo cristiano».

Con singular clarividencia y sabia lectura de los signos de los tiempos, anticipándose a esta época de la prensa escrita y audiovisual, la Beata María Teresa ejerció maravillosamente el apostolado de la pluma y de la palabra, hoy diríamos del ordenador y del micrófono. Fue un prodigio de actividad catequística en el uso de los medios de comunicación. De ahí que su persona toda y su quehacer apostólico encajen de lleno en las siguientes palabras del decreto *Inter mirifica*, del Concilio Vaticano II:

«Esfuércense todos los hijos de la Iglesia para que los medios de comunicación social se utilicen eficazmente, sin la menor dilación y con el máximo empeño, en las múltiples obras de apostolado, según lo exigen las circunstancias de tiempo y situación, anticipándose a las iniciativas dañosas, especialmente en aquellas regiones en las que el progreso moral y religioso reclama mayor diligencia» (IM 13).

La espiritualidad de la Madre María Teresa y del Sodalicio por ella fundado se basa en las reglas de la Compañía de Jesús.

La Beata María Teresa Ledochowska, en fin, aquella mujer íntegra, integrada e integradora, indispensable bandera de generosidad y coraje en la incesante lucha contra la esclavitud, brilla hoy con singular refulgencia en el alto y espacioso firmamento de la Iglesia universal por su eficaz y prodigioso dominio de los medios en el apostolado de la prensa. Es asimismo un referente obligado en el continente de ébano, el que un día vio con dolor cómo sus hijos nacidos libres —hasta 100 millones según estimaciones de ciertos especialistas— eran desarraigados del suelo materno africano, de la naturaleza caliente, salvaje, subsahariana y austral para ser transportados como animales en barcos negreros al continente americano.

En la mañana del domingo 10 de abril de 1994, presidiendo la solemne concelebración eucarística en la apertura de la Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, dijo Juan Pablo II: «África es también en un cierto sentido la segunda patria de Jesús», y con la mente puesta en San Cipriano, San Aurelio, San Agustín, ese genio incomparable del cristianismo, y en los mártires scilitanos, y en los de Mombasa, y en los de Kampala, y en tantos y tantos hijos ilustres de la Iglesia pertenecientes al continente africano, añadió: «El día de África en la Iglesia dura ya desde casi 2.000 años».

La Beata María Teresa Ledochowska gastó su vida toda para demostrar desde el Evangelio que si en la Europa de los siglos XVI, XVII y XVIII hubo gobiernos cristianos que toleraron o aceptaron o incluso fomentaron el comercio de esclavos, también florecieron hijos europeos de la Iglesia capaces de luchar y enfrentarse y plantar cara a semejante ignominia. Su vida fue un canto a la libertad, y su apostolado una entrega sin reservas a la plausible vocación de devolver a los modernos esclavos africanos, cuyos antepasados fueron conducidos engrilletados sin piedad a tierras de América, el preciado tesoro de la libertad que ellos no pudieron disfrutar por el pecado de los hombres. Y, en última instancia, a descubrir en todo el mundo las excelencias, muchas por cierto, de ese hermoso continente de la negritud que en los umbrales del siglo XXI despierta ya con la cólera de unas heridas todavía sin cicatrizar.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

- Art. en *Bibliotheca sanctorum*. VII: *Giustiniani-Lhuillier* (Roma 1966) cols.1169-1171.
- ANSÓN, L. M., «Ese inmenso crimen de la historia»: *La Razón* (10-7-2003) sección «Canela fina».
- Bibliotheca missionum* 18 (1953) 1160-1164; 20 (1954) 590-603.
- BIELAK, V., *María Teresa Ledochowska* (Madrid 1934).
- Enciclopedia cattolica*, VII (Ciudad del Vaticano 1951) cols.1015-1016.
- GUSTAVA, R., OFM (ed.), *Hagiografia Polska. Słownik bio-bibliograficzny* (Varsovia 1971) 1-17 (publicaciones sobre la Beata).
- LANGA, P., «El ecumenismo y las misiones»: *Misiones Extranjeras* 179 (2000) 397-406.
- MAJKOWSKI, J., «Ledochowska (Marie-Thérèse, Bienheureuse)», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique*. IX: *Labadie-Lyonnet* (París 1976) 510.
- Martyrologium romanum*, o.c., 353, n.12; 733.

- MOLINARI, P., «Ledochowska, Maria Teresa, beata», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. V: *Iona-Monacbesimo* (Roma 1978) cols.569-571.
- PABLO VI, Allocutiones-VII. «In foro Petriano habita iis qui sollemni Beatificationi interfuerunt Servorum Dei: Caroli Iosephi Eugenii de Mazenod, Arnoldi Jansen, Iosephi Freinademetz et Mariae Theresiae Ledóchowska [Die 29 mensis octobris a. 1975]»: *AAS* 57 (1975) 591-596, esp. 594.
- PABLO VI, Litterae apostolicae-IV. «Venerabili Dei Famulae Mariae Theresiae Ledóchowska, virgini, Fundatrici Sodalitii Sancti Petri Claver, honores Beatorum decernuntur [Datum Romae, die 19 octobris a. 1975: I. CARD. VILLOT, Secretarius Status]»: *AAS* 58 (1976) 250-253.
- PABLO VI, Litterae apostolicae-IV. «Beata Maria Teresia Ledóchowska declaratur Patrona caelestis missionalium operum Polonorum [Datum Romae, die 20 ianuarii a. 1976: I. CARD. VILLOT, Secretarius Status]»: *AAS* 58 (1976) 173.
- SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Beatificationis et canonizationis Ven. Servae Dei Mariae Theresiae Ledóchowska, fundatricis Sodalitii S. Petri Claver. Super dubio [9.12.1974: A. CARD. RAIMONDI, Praefectus]»: *AAS* 57 (1975) 214-216.
- SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Theresiae Ledóchowska, fundatricis Piae Sodalitatis S. Petri Claver Pro Missionibus Africanis. Positio super virtutibus* (Roma 1953); *Nova positio super virtutibus* (Roma 1966).
- VALTIERRA, A., *El santo que libertó una raza, San Pedro Claver* (Bogotá 1954).
— *El esclavo de los esclavos* (Bogotá 1954).
- WALZER, M. T., *Su nuove vie. Della vita e dell'attività della venerabile serva di Dio Maria Teresa Ledochowska* (Roma 1974).

BEATA NAZARIA IGNACIA DE SANTA TERESA DE JESÚS MARCH MESA

Virgen y fundadora († 1943)

Había nacido el 10 de enero del año de 1889 en Madrid y era la cuarta hija de los dieciocho hijos del matrimonio de José March Reus y Nazaria Mesa Ramos, de los cuales sólo once hermanos sobrevivieron. Recibió el bautismo en la parroquia de San José, en la calle Alcalá, el día 11 de abril del mismo año y la primera comunión a los nueve años de edad en el Colegio del Espíritu Santo, en Sevilla, dirigido por las religiosas agustinas, donde sintió la llamada del Señor que le decía: «Nazaria, sígueme». A lo que ella contestó: «Te seguiré, Señor, de cerca, como puede hacerlo una criatura humana». Aquel día se consagró al Señor.

En el colegio soñaba con convertirse en misionera jesuita y para ello formó con sus compañeras un grupo llamado «misio-

neras ocultas» que, con su oración y trabajo, trabajaban por las misiones.

Habiendo dejado el colegio, tuvo oportunidad de experimentar los atractivos del mundo. Ella misma dirá algunos años después: «A los siete años, cuando la razón comienza a dejarse sentir, te conocí y, desde entonces, te amé». El sacramento de la confirmación fue para ella el bálsamo que la haría superar la lucha y se consagró sin reserva alguna y para siempre a Jesucristo, confirmando su propósito de seguirlo lo más de cerca posible.

Su padre era marino de profesión y con su familia —debido a sus dificultades económicas— se trasladó a México el año 1906. Durante la travesía conoció a un grupo de Hermanitas de los Ancianos Desamparados que la impresionaron por su simplicidad, humildad y entrega a los pobres, y en esa congregación entraría, siendo muy joven. Volvió a España para hacer el noviciado y pronunciar los primeros votos religiosos, el día 15 de octubre de 1911. Poco después es destinada, junto con 9 compañeras, a Oruro (Bolivia) para fundar una nueva casa de acogida para los ancianos. Comienza para ella una etapa de su vida centrada en la atención a los ancianos desamparados y necesitados que la llevó a recorrer todos los lugares en donde pudiera adquirir medios para atenderlos. Fue con ocasión de esos recorridos cuando sintió que el clamor de los pobres —no sólo de los ancianos— «subía al cielo». Comienza a sentir que el Señor le pide algo más. Su amor por Bolivia era inmenso, llegando incluso a ofrecer su vida por la Iglesia boliviana.

Sería el año 1920 cuando conoció en Oruro el Beaterio de las Nazarenas, donde sintió que Jesús Nazareno le decía: «Nazaria, tú serás fundadora, y esta casa, tu primer convento». Mientras realizaba los Ejercicios Espirituales ignacianos experimentó el deseo de agrupar a diversas personas bajo el estandarte de la cruz, concibiendo una congregación religiosa que debería ser una cruzada de amor en torno a la Iglesia.

Tras cinco años de discernimiento espiritual, el 16 de junio de 1925, Nazaria Ignacia dejaba su comunidad de los Ancianos Desamparados para iniciar, en un destartalado edificio conocido como el «Beaterio de las Nazarenas», la fundación de una congregación religiosa con un capital de 40 centavos entrega-

dos por la antigua abadesa. Los motivos que la llevaron a ello los cuenta ella misma:

«Las circunstancias históricas y ambientales del nacimiento de nuevas iglesias locales en Bolivia; la escasez de sacerdotes y de vocaciones religiosas nativas; la presencia de numerosas sectas enfrentadas con la Iglesia católica y la dura realidad económica, política y social del país».

Las primeras compañeras serían diez jóvenes bolivianas. El 12 de febrero de 1927 se erige canónicamente la congregación de «Hermanas Misioneras de la Cruzada Pontificia», que era «hija primeriza, tierna, legítima de la Iglesia boliviana» en palabras del obispo, monseñor Antezana.

La novedad de la nueva congregación le reportó innumerables contradicciones ya que las nuevas hermanas no encajaban en el molde tradicional de las demás religiosas. Pero ella vio el dedo de Dios y siguió adelante de acuerdo con el representante del Papa en el país y con la misma jerarquía que la apoyó. Intuyó, casi cuarenta años antes del Concilio Vaticano II, que estaba llegando la hora de los laicos.

En las constituciones dejó escrito que el Instituto tendría como prioridad la acción social de la mujer; como fin especial, la difusión del catecismo entre niños y adultos; y como signo distintivo el ser reconocido por su particular unión con el Santo Padre. Quería «establecer un reino de amor y de caridad» en todo el mundo.

En dos ocasiones estuvo cerca del martirio; la primera en 1932 en Bolivia, con ocasión de una violenta persecución.

Fue una mujer valerosa y tenaz y esto se refleja en su obra.
Decía:

«Éste es nuestro espíritu: guerrero, fiel, nada de cobardías, todo amor, amor sobre todo a Cristo y en Cristo a todos. Repartirse entre los pobres, animar a los tristes, dar la mano a los caídos, enseñar a las hijas del pueblo, partir su pan con él, en fin, dar toda su vida, su ser entero por Cristo, la Iglesia, las almas».

Oruro fue el centro de irradiación de la nueva congregación. Las religiosas atendían a niñas abandonadas, visitaban presos, catequizaban en las parroquias y en los cuarteles, preparaban las visitas pastorales en las minas y en los campos. Lo que

pretendían las llamadas «pontificias» era la promoción integral de la mujer a través de la profesionalización y la defensa de sus derechos, y con este objetivo fundaron el primer «sindicato de obreras» que se conoce.

Pero la obra se desbordó y no sólo localmente. Tras Oruro, las hermanas abrieron casas en Cochabamba, La Paz, Potosí y Santa Cruz. Pretendía un servicio amoroso a los más pobres y necesitados; buscaba sólo el bien del pueblo y el servicio incondicional a la Iglesia en sus pastores, sobre todo en los lugares más difíciles y conflictivos. Decía a sus hijas:

«Tenemos que trabajar con todas nuestras fuerzas, como prometimos al hacer nuestros votos, a fin de difundir el reino social de Jesucristo, difundiendo su doctrina a través del catecismo y de profunda instrucción religiosa en todas las clases sociales, pero en particular entre los más humildes y necesitados, para llevarles a la Iglesia, al Papa, su cabeza visible, y a los obispos».

Hay dos palabras que pueden sintetizar su vida y su mensaje: iglesia y pueblo. No se comprende una sin la otra, según el mismo estilo de Jesucristo. Dos palabras que son dos grandes compromisos: la gloria de Dios y la salvación de las almas. Ardía en amor de Dios, como se ve en el lema que adoptó: *Charitas Christi urget nos!*

Su muerte tuvo lugar en Buenos Aires el nueve de junio del año de 1947 y sus últimas palabras fueron: «Por Cristo... la Iglesia... las almas». Su cuerpo reposa en la ciudad de Oruro desde el 1972. Las dos congregaciones que fundó, las Misioneras Cruzadas de la Iglesia y las Misioneras Seculares de la Iglesia, están presentes en tres continentes, haciendo realidad el carisma de madre Nazaria Ignacia y su proyecto de anunciar y edificar el Reino con la evangelización, a través de las obras pastorales y catequéticas que ayuden a todas las personas a encontrar su camino en la Iglesia.

El papa Juan Pablo II, el 27 de septiembre de 1992, día de su beatificación, hablaba del ansia apostólica de madre Nazaria Ignacia con estas palabras:

«Movida por esta ansia apostólica, fundó en Bolivia las Misioneras Cruzadas de la Iglesia, con las cuales se propuso “bajar a la calle” para encontrar a los hombres, solidarizarse con ellos, ayudarles, sobre todo si esos hermanos estaban cubiertos por las lla-

gas de las necesidades materiales, como el pobre Lázaro del Evangelio (cf. Lc 16,21), pero principalmente para llevarlos a Dios».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

- AZUARA, M.^a V., *Bajando a la calle* (Madrid ³1992).
- BAPTISTA, J., SI, *Ignacia, mujer de ayer y hoy* (Cochabamba ²1992).
- Diario de madre Nazaria Ignacia March, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia* (Madrid 1989), 4 vols.
- GARCÍA-GUTIÉRREZ GÓMEZ, M., *Nazaria Ignacia March, mujer de Iglesia en el corazón del pueblo* (Madrid ²1992).
- MACÍAS LÓPEZ, A.-M.^a, *La fuerza del sí. Semblanza de M. Nazaria-Ignacia, fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia (Beatificada el día 27-IX-1992)* (Sevilla 1992).
- «Madre Nazaria Ignacia March. Missionaria tra poveri ed emarginati»: *L'Osservatore Romano* (27-9-1992).
- RUIZ-JURADO, M., SI, *Por Cristo, por la Iglesia, por las almas! La madre Nazaria Ignacia [March], fundadora de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia* (Roma 1992).
- SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonización de la sierva de Dios Nazaria Ignacia March, en religión: Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús... «Positio» sobre la vida, virtudes y fama de santidad* (Roma 1987), 2 vols.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PALADIO

Obispo († 432)

No se sabe gran cosa de la juventud de Paladio. Parece haber estado en el círculo de San Germán de Auxerre y hay quien piensa que era diácono en Roma y que como tal aconsejó y pidió al papa San Celestino I que delegara en San Germán para que fuera a Bretaña a combatir la herejía pelagiana. Parece que Paladio acompañó al santo de Auxerre en su misión. En 429 fue consagrado obispo y enviado a Irlanda, donde llevó a cabo una misión limitada. Murió de vuelta a Roma el año 432.

SAN GOAR

Presbítero († s. VI)

No hay duda de que ya en el siglo VIII existía la celda de San Goar, a la orilla del Rin, en la diócesis de Tréveris, y que fue

dada en donación por Pipino el Breve al monasterio de Prüm. Sobre ella surgiría luego una basílica, a donde fue llevada la tumba del santo, que se convirtió en meta de numerosas peregrinaciones, circulando entre los peregrinos noticias de muchos milagros alcanzados por la intercesión del santo. Más tarde se formó una ciudad que tomó nombre del mismo, Sankt Goar.

En el mismo siglo VIII y por un monje de Prüm fue escrita la más antigua biografía del santo, según la cual era oriundo de Aquitania y había llegado a Tréveris en tiempos de Childeberto. Ordenado sacerdote, tuvo licencia para construirse una celda y una ermita junto a Oberwesel y una sala de hospedaje para peregrinos. Todos los días celebraba la misa, menos el viernes, recitaba el salterio y atendía a los peregrinos, dándoles sabios consejos de vida cristiana. Rechazó el episcopado y vino a morir un 6 de julio, siendo enterrado en su propia celda. Parece que hay que situar la vida del santo en el siglo VI.

BEATO TOMÁS ALFIELD

Presbítero y mártir († 1585)

Tomás Alfield (o Aufield o Hawfield) nace en Gloucester en 1552 en el seno de una familia protestante; era hijo de un maestro de Gloucester School. Se educó en Eton y en el King's College de Cambridge en el que fue «fellow» entre 1571 y 1575. En este año decidió su conversión al catolicismo y al año siguiente estuvo varios meses en el seminario de Douai. Cuatro años más tarde regresó al mismo seminario, concluyendo sus estudios en Reims y ordenándose sacerdote en 1581. Enseguida volvió a Inglaterra, usando el apellido Badger. Logró la conversión del futuro Beato Guillermo Dean y estuvo presente el 1 de diciembre de dicho año 1581 en la ejecución de San Edmundo Campion y sus compañeros en la plaza londinense de Tyburn, sobre lo que dejó escrita una memoria. Continuó su apostolado hasta que en la primavera de 1582 fue arrestado, parece que por denuncia de su propio padre. Llevado a la Torre y sometido a tortura, accedió a renunciar al catolicismo y volver al anglicanismo, siendo por ello dejado libre en septiembre de 1582.

Pero, muy poco después, su conciencia le impulsó a volver a Reims donde manifestó su arrepentimiento y su deseo de ser readmitido en la Iglesia católica. Pareció sincero su arrepentimiento y se le dio la reconciliación. Más aún, se le permitió continuar el ejercicio del ministerio y regresar como misionero a Inglaterra. En junio de 1585 fue nuevamente arrestado y, esta vez, encerrado en la cárcel de Newgate. El cargo era haber traído, incumpliendo la ley, libros contrarios a la prerrogativa real de cabeza de la Iglesia y, concretamente, haber introducido y distribuido ejemplares del libro de W. Allen, *A true, sincere and modest defence of english catholics*, en el que el fundador del seminario de Douai respondía al alegato de lord Burghley en su libro *The execution in justice*, según el cual los católicos ingleses ejecutados lo eran por traición y no por motivos religiosos. Tomás admitió haber difundido tal libro, al igual que lo admitió Tomás Webbley que sería condenado y ejecutado con él.

En el juicio se le ofreció a Tomás la libertad y la vida si admitía la supremacía religiosa de la Reina, a lo que se negó tenazmente. Fue declarado traidor y ejecutado en Tyburn el 6 de julio de 1585. Una orden de aplazamiento de la ejecución llegó tarde. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATO AGUSTÍN JOSÉ (ELÍAS) DESGARDIN

Religioso y mártir († 1794)

Agustín José Desgardin nació el 21 de diciembre de 1750 en Hénin-Liétard, diócesis de Arrás, hoy en el Pas de Calais. Educado cristianamente en su casa, y luego de practicar unos años el oficio de cuchillero, sintió la vocación religiosa y con veintisiete años no cumplidos optó por la vida monacal, tomando el hábito cisterciense el 8 de mayo de 1777 en la abadía de Sept-Fons, en el Allier. Hecho el noviciado, profesó con el nombre de hermano Elías el 20 de junio de 1778.

Como hermano converso, prestaba sus servicios con humildad y empeño en la comunidad, constando que en 1790 era el cirujano o enfermero de los monjes. Cuando llegó la Revolución y la abadía fue clausurada, él se marchó con su prior, el P. Pierre-Paul Charles, y otros religiosos, y vivía con ellos en

Montluçon el 6 de diciembre de 1791. Como todos sus compañeros se negó él también a prestar el juramento constitucional, lo que le valió la prisión junto con el prior. Ambos volvieron a encontrarse en la prisión de Sainte-Claire des Moulins. El directorio del departamento del Allier lo condenó a la deportación (31 de marzo de 1794), saliendo el día 3 de abril y constando que el 16 de mayo estaba ya en Rochefort. Fue llevado al barco *Les Deux Associés*, donde ya se hallaba su prior.

Se dedicó, como antiguo enfermero del convento, a asistir a todos los enfermos en cuanto obtuvo la licencia de su prior. Era consciente de que se trataba de algo peligroso pues podía contagiarse de cualquiera de las muchas enfermedades que había en el barco, pero decidió sacrificarse voluntariamente por aliviar a los enfermos. Religioso fervoroso, lleno de bondad y de virtudes, fue un ángel de consuelo en aquellas terribles circunstancias. Había podido llevar consigo algunos remedios que aplicaba como mejor sabía. Todavía en buena edad y bastante fuerte, se contagió atendiendo a los enfermos y murió mártir de la fe y la caridad el 6 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

BEATA SUSANA ÁGUEDA (MARÍA ROSA) DE LOYE

Religiosa y mártir († 1794)

Susana Águeda de Loye nació en Sérignan, el 4 de febrero de 1741. Educada cristianamente, se sintió llamada a la vida del claustro e ingresó en el monasterio de la Asunción, de monjas de la Orden de San Benito, de Caderousse. Allí hizo el noviciado y profesó los votos religiosos tomando en religión el nombre de sor María Rosa.

Su camino al martirio comenzó cuando su monasterio fue suprimido por la Revolución y, llegada la época del Terror, ella y varias compañeras fueron detenidas y encarceladas, siendo llevadas a Orange, donde pasó varios meses en la cárcel. Impelida a que cumpliera la ley del 9 de nivoso que obligaba a las religiosas a prestar el juramento de libertad-igualdad, sor María Rosa se negó alegando motivos de conciencia. Y por ello fue la primera religiosa condenada a muerte. La acusación decía: «Ciuda-

danos jueces: Yo traigo ante vosotros y acuso a Antonio José Lousignan, sacerdote aquí presente, y a Susana Águeda Deloye, religiosa, de ser los dos culpables del mismo delito: muy enemigos de la libertad, que han intentado subvertir la República por el fanatismo y la superstición, y refractarios a la ley, ellos se niegan a prestar el juramento que se les exige». Como consecuencia de esta acusación, comprobada —decía la sentencia— en el curso del juicio, fue condenada a guillotina, y así ejecutada el 6 de julio de 1794 en Orange. Fue beatificada con las otras mártires de Orange el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SAN PEDRO WANG ZUOLONG

Mártir († 1900)

Pedro Wang Zuolong (Wang Tsong Loung) había nacido en Shuangzhong (Choang-Tchung), China, en 1842, y en su juventud había sido seminarista, pero luego optó por la vida seglar y vivía en su pueblo llevando una vida religiosa y honesta.

Cuando llegó la persecución bóxer y corrió la noticia de que estos perseguidores del cristianismo perpetraban grandes atrocidades, decidió huir del pueblo, pero volvió pues no quería dejar solo a su hermano. Se mantuvo, prudentemente, en las afueras del pueblo hasta que una mujer lo reconoció y se lo señaló a los boxers como cristiano.

Fue apresado y lo colgaron por la coleta del palo de la bandera que estaba delante de la pagoda y lo mortificaron con golpes, quemaduras, etc., mientras que, poco a poco, se le iba desprendiendo el cuero cabelludo. Finalmente se le desprendió y cayó al suelo en medio de un gran concurso de gente que había acudido a verle y que no dejaba de mostrar compasión por él. Los boxers pidieron entonces una suma de dinero para dejarlo libre, y se consiguió, pero exigieron, además, que renegara del cristianismo, a lo que el mártir se negó. Entonces lo metieron en la pagoda y lo forzaron a que adorase a los dioses. Pedro se mantuvo firme en no adorar sino al Dios verdadero. Allí mismo fue rematado. Era el 6 de julio de 1900. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000.

7 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Panteno de Alejandría († s. III), varón apostólico **.
2. En el monasterio de Faremoutiers-en-Brie (Aquitania), Santa Edilburga o Etelburga († 695), abadesa.
3. En Winchester (Inglaterra), San Hedas († 705), obispo, que trasladó a esta ciudad la sede episcopal desde Dorchester.
4. En Eichstätt, de la Franconia, San Wilibaldo († 787), obispo *.
5. En Tamlacht (Irlanda), San Mael Ruain († 789), obispo y abad.
6. En Urgel (Cataluña), San Odón († 1122), obispo **.
7. En Perugia (Umbría), Beato Benedicto XI († 1304), papa, de la Orden de Predicadores *.
8. En Fossano (Italia), Beato Odino Barotti († 1400), párroco **.
9. En Winchester (Inglaterra), beatos Rogerio Dickinson, presbítero, Rodolfo Milner, padre de familia, y Lorenzo Humphrey, joven († 1591), mártires bajo Isabel I*.
10. En Rochefort (Francia), Beato Juan José Juge de Saint-Martin († 1794), presbítero y mártir*.
11. En Orange (Francia), Beata Ifigenia de San Mateo (Francisca María Susana) de Gaillard de la Baldène († 1794), virgen, de la Orden de San Benito, Congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, mártir*.
12. Junto a Heng-tchou-fu (China), santos Antonino Fantosati, obispo, y José María Gambaro, presbítero († 1900), mártires*.
13. En Kitcheou (China), San Marcos Ji Tianxiang († 1900), padre de familia y mártir*.
14. En Huijiacun (China), Santa María Guo Lizhi († 1900), madre de familia y mártir*.
15. En Rakunai (Melanesia), Beato Pedro To Rot († 1945), padre de familia, catequista y mártir**.
16. En León (Costa Rica), Beata María Romero Meneses († 1977), virgen, de la Congregación de Hijas de María Auxiliadora*.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PANTENO DE ALEJANDRÍA

Varón apostólico († s. III)

Panteno es el nombre más antiguo que se conoce dentro de la línea de los pensadores cristianos de Alejandría. Las noticias

que sobre él nos han llegado son escasas y poco seguras; la mayor parte proceden de la *Historia eclesiástica* de Eusebio de Cesarea, pero las mismas expresiones que el fidedigno autor emplea: «se cuenta», «se dice», no inspiran mucha confianza.

Según los datos presentados por Eusebio, Panteno era hombre de vasta cultura que había sido estoico, deducción que puede rastrearse por los indicios estoicos y más tarde platónicos en la antigua teología cristiana. Panteno habría predicado el Evangelio desde Oriente hasta la India (la de Santo Tomás):

«Se dice —cuenta Eusebio— que antes de llegar él, le había precedido el Evangelio de Mateo que había llegado hasta aquellos pueblos; Bartolomé, uno de los apóstoles, les habría predicado a Cristo y les habría dejado el Evangelio de Mateo escrito en caracteres hebraicos; aquellas gentes lo habían conservado hasta entonces».

Históricos o no, esos datos no pueden proceder únicamente de una fuente oral. Sería de enorme valor si conociésemos su fuente real o si la hubiesen repetido Clemente, Orígenes o Julio Africano. El caso es que, si fuera cierto el que Panteno hubiese estado en la India, se apoyaría la hipótesis, sugerida por algunos, de una influencia del pensamiento hindú sobre ciertas corrientes de la filosofía griega y en la teología cristiana. Se puede pensar, a partir de esa suposición, que Panteno fue un «judeo-cristiano perteneciente al ambiente palestino». Panteno conoce el hebreo y con toda seguridad de él provienen los conocimientos que Clemente posee de las tradiciones judeo-cristianas relativas a Santiago y a la doctrina apocalíptica, como suponen algunos estudiosos.

Eusebio parece identificar a Panteno con un maestro que Clemente de Alejandría habría descubierto en «algún lugar remoto de Egipto». Si bien esta identificación ya ha sido desechada, sí hay que reconocerlo en aquella expresión de Clemente: «abeja de Sicilia». La expresión no alude tanto a un lugar de origen cuanto a expresar un contenido literario para aludir a cómo Panteno libaba en los prados de los profetas y en los del Evangelio para producir una rica miel con que alimentar el conocimiento (*gnosis*) en las almas de sus discípulos.

Panteno, según las pocas indicaciones de Clemente, habría dado su enseñanza exegética en Egipto, hacia 180, orientada ha-

cia el conocimiento espiritual. La «gnosis» que transmitía era muy diferente de aquella que enseñarían los herejes, aunque ciertamente en aquella época no estaban bien delimitados todos los campos entre ortodoxia y heterodoxia. Panteno sería, entre los llamados «presbíteros», el eslabón de una tradición secreta que se remontaba a los apóstoles y que Clemente de Alejandría se enorgullecía de haber recibido y de haber sido el primero en haberlas puesto por escrito en sus «strómatas», y sobre todo en sus «hypotepóses», hoy perdida.

Las tentativas por delimitar los datos proporcionados por Clemente sobre Panteno no han conducido a conclusiones decisivas. Clemente le es deudor de las tradiciones exegéticas; y le nombra a propósito de una pregunta de método en su *Eclogae propheticæ* 56,2. Es probable que Clemente y Panteno tuviesen en común una opinión benevolente hacia la cultura y filosofía griega y, en lo esencial, una misma doctrina en lo referente a: distinción, pero no oposición entre fe y «gnosis», primado de la contemplación, divinización del hombre por la «apatheia» y la semejanza con Dios. La espiritualidad inherente a la teología alejandrina tendría, pues, su fuente en Panteno y podríamos añadir que el personaje del «gnóstico» que aparece en la última «stromata» de Clemente es un retrato de Panteno.

Eusebio le atribuye, además de su enseñanza oral, algunas obras escritas, pero no da el nombre de ninguna de ellas. Jerónimo también dice que escribió y lo mismo repiten otros padres y escritores. Algún autor ha sugerido, con reservas, que Panteno podría ser el autor de la obra *A Diogneto*. Pero todo ello va en contra de la afirmación de Clemente: «Los presbíteros no escribían nunca».

Hacia 233, Alejandro de Jerusalén y Orígenes le nombran en un intercambio de cartas; el primero une su nombre al de Clemente para llamarlos «padres bienaventurados que nos han precedido» y el otro lo tiene como uno de los maestros cristianos ejemplares formados en la filosofía. En los más antiguos martirologios aparece Panteno como santo el 7 de julio y en la Iglesia copta el 22 de junio. Como dato ilustrativo hay que reseñar que la revista del Patriarcado ortodoxo de Alejandría lleva el nombre de *Pantainos* desde 1908.

Sea como fuere, el nombre de Panteno ha estado siempre unido a Alejandría y a su escuela cristiana, por lo que parece de justicia traer aquí un resumen de la historia de esa antiquísima y principal Iglesia que tan ricos frutos ha dado a la Iglesia universal. He aquí algunos datos y referencias:

Alejandría es la ciudad del bajo Egipto, la antigua Recondah del tiempo de los faraones, llamada Rhacotis por los griegos; después de reconstruida por Alejandro el Grande, Alejandrinópolis, y Alejandría, por los romanos.

Cuando Alejandro conquistó el Egipto (322 a.C.), quedó admirado de la situación magnífica en que se hallaba enclavada la pequeña población de Rhacotis, y decidió levantar, en aquel lugar una ciudad que llevase su nombre, confiando la elaboración de su proyecto al arquitecto, el cual dio a su plano la forma de una clámide. Fueron levantados magníficos monumentos, que hicieron de Alejandría una ciudad magnífica; su admirable situación permitióle lograr un gran desarrollo comercial y un grado de superior prosperidad.

Por espacio de tres siglos (323 a 30 a.C.) fue la capital de los «Ptolomeos lagidas», sucesores de Alejandro en el reino de Egipto, los cuales hicieron de Alejandría la metrópoli comercial e intelectual del mundo de aquellos tiempos. Según Diodoro de Sicilia, su población de ciudadanos libres pasaba de los 300.000, lo cual hace suponer que el total de su población rebasaba del millón de habitantes. Gozó de fama su biblioteca, que llegó a reunir más de 790.000 volúmenes, y fue destruida por el fuego cuando Julio César destruyó la flota alejandrina (43 a.C.) y tiempo después, en época de Teodosio.

Conquistada la ciudad por Octavio Augusto, fue capital de provincia romana, hasta que Amr-ibn-Al-Asi la conquistó a su vez, después de un largo sitio (640 d.C.). Desde entonces, su importancia empezó a declinar por causa de la fundación del Cairo, que luego pasó a ser capital de Egipto. La decadencia de Alejandría llegó a ser tan grande, que, cuando Napoleón I la conquistó (1798), sólo contaba con 7.000 habitantes. Posteriormente, fue recuperándose, hasta ocupar de nuevo un lugar de gran importancia.

La fama de «ciudad de sabios» que siempre ha tenido Alejandría se puede resumir en las diversas «escuelas» o líneas doc-

trinales en las que se erigió como maestra para todo el mundo antiguo. Citemos:

Escuela filosófica.— A fines del siglo II, Amonio Saccas fundó la última de las grandes escuelas filosóficas de la antigüedad. A menudo se ha hecho notar que Alejandría estaba predestinada a ser la patria del eclecticismo y particularmente, también, el punto de unión entre Grecia y Oriente. El esfuerzo realizado por los Ptolomeos para implantar en ella la civilización griega, tenía que dar, como consecuencia de la manera de ser del espíritu griego, la amalgama de dialéctica y éxtasis que los maestros de esta escuela unen en sus métodos, y asimismo el que, poco a poco, a través del gusto por la precisión y el rigor, a un gran espíritu crítico sucediese una gran afición al simbolismo. Los maestros más sobresalientes de la Escuela de Alejandría fueron, aparte el mencionado Amonio, Plotino, Porfirio, Jámblico, Proclo y Damascio. El decreto de Justiniano prohibiendo la enseñanza de la filosofía pagana en el Imperio, marcó el fin de esta escuela, ya decadente (529).

Escuela judía.— La existencia de judíos en Egipto tiene antecedentes antiguos, pues, ya luego de su cautiverio de Babilonia, muchos de ellos se establecieron en tierra egipcia. Durante el reinado de Ptolomeo I Lagos, fueron conducidos a Alejandría gran número de prisioneros judíos que, puestos en libertad luego, y junto con los ya existentes y los judíos mercenarios que había además en sus tropas, pronto llegaron a formar una nutrida colonia que contribuyó a la prosperidad de la ciudad. Filón llega a considerar que la población de esta nacionalidad alcanzó, en esta comarca, la cifra del millón de almas. Es natural que tan gran contingente de población tuviera que dar algún fruto intelectual.

Tanto en Alejandría como en el resto de Egipto, los judíos adoptaron la lengua griega, lo cual les indujo a ser lectores de las obras filosóficas y literarias de los griegos y contribuyó a dar a sus producciones un carácter especial, puesto que su forma es esencialmente helénica.

Según algunos autores, allí se realizó una fusión del pensamiento griego y judío y es, a través de la obra de Platón, donde se efectúa la unión de las dos corrientes. En cambio, otros afir-

man que, en lugar de una fusión, hay que hablar de unos contactos forzados entre las ideas judías y las griegas, y de ahí tantas alegorías conciliantes y la metafísica disparatada destinada a hallar esta concordancia.

Emprenden la traducción al griego de la Biblia, versión que es denominada «de los Setenta», realizada por varias generaciones. En el canon alejandrino de la Biblia se ha conservado un buen número de escritos que no figuran en el hebreo, como son ciertas adiciones a los libros de Esdras, Ester, Daniel, y aun libros completamente nuevos, como el de la Sabiduría, Salomón; Baruch, y los de Judit y Tobías. La Iglesia católica los reconoce como inspirados, y se suelen llamar deuterocanónicos. Los salmos de Salomón no son inspirados.

De sus producciones sobresalen, entre las obras históricas, los libros de los Macabeos, de los cuales el tercero y el cuarto, éste de carácter filosófico, no se hallan en el canon; la historia de los reyes de Judea, escrita por Demetrio, y, con el mismo título, otra de Eupolemo; varias historias de los judíos, escritas por Aristeo, Artapán, Cleodemo; las antigüedades judías, de Josefo; Aristóbulo (150 a.C.) interpretó alegóricamente varias doctrinas de los libros sagrados, y ensaya demostrar que tanto Pitágoras y Sócrates como Platón y Homero, todos se habían inspirado en la Biblia. El filósofo más sobresaliente de esta escuela es Filón (siglo I a.C.), autor de muchas obras, en algunas de las cuales comenta el Pentateuco, en otras trata de filosofía, y en otras, de cuestiones históricas y apologéticas. En todas se manifiesta judío, a pesar de que en sus doctrinas emplea la alegoría y de que hace suya la filosofía griega.

La acción de los judíos alejandrinos no se encaminó a la polémica, sino más bien a la conversión de los espíritus al judaísmo, como se comprueba por el gran número de escritos y fragmentos interpolados en los textos auténticos, con miras, todo ello, a inspirar a los paganos una cierta veneración para con su religión.

La Didascalía, o Escuela «cristiana» de Alejandría.— La comunidad cristiana de Alejandría era objeto de constantes ataques por parte de los intelectuales gentiles y judíos. Al objeto de defenderse de ellos y, al mismo tiempo, acompañar con razonamien-

tos su doctrina, fundaron una escuela, que fue dirigida por doctores en posesión de una gran erudición, tanto con referencia a las Sagradas Escrituras como a las letras profanas. Esta escuela llegó a tal punto de esplendor, que su fama se extendió por el mundo de entonces.

Según un historiador del siglo V, el primer doctor con que contó esta escuela fue Atenágoras, pero la tradición fija como fundador de ella a San Panteno, que ya se ha mencionado. Según afirma Eusebio, Clemente hizo de él el siguiente elogio: «Esta verdadera abeja de Sicilia, libando las flores de los profetas y de los apóstoles, constituía en las almas de aquellos que le escuchaban una provisión muy pura de ciencia».

Su discípulo Clemente (150-215?), natural de Alejandría, parece que viajó por Grecia, Italia, Siria y Palestina. De retorno en su patria, fijó en ella, de manera definitiva, su residencia, atraído por las enseñanzas de Panteno, a quien sucedió en la cátedra, hacia 200. Hombre de vasta erudición, procuraba poner la ciencia al servicio de la fe. Introdujo en la escuela estudios profanos, entretrejiendo su doctrina con la enseñanza del Catecismo. Cuando la persecución de Septimio Severo, tuvo que abandonar su cátedra, refugiándose a Capadocia. Se cree que murió hacia 215.

Su sucesor fue Orígenes, natural de Alejandría e hijo del mártir Leónidas. Sólidamente instruido por su padre y perfeccionados sus conocimientos por las enseñanzas de Clemente, ocupó, a la edad de dieciocho años, la dirección y la cátedra de su maestro, con tanto acierto —y sabiduría— que elevó a la mayor fama a la escuela catequética. Su infatigable aplicación le hizo merecer el sobrenombre de «Adamantino». Hacia 212, hizo un viaje a Roma; más tarde (215), a Cesarea de Palestina. Después de un nuevo viaje a Cesarea y a Atenas, a su regreso (231) Demetrio le hizo deponer, acusándole de irregularidad en su ordenación y de herejía en su doctrina. Había sido ordenado en Palestina. Se retiró a Cesarea de Capadocia. Encarcelado durante la persecución de Decio, murió en Tiro (235), a consecuencia de los malos tratos recibidos. En la escuela alejandrina le había sucedido su colaborador en la enseñanza, Heraclas, pero éste no tardó mucho tiempo en ser reemplazado por Dio-

nisio, discípulo también de Orígenes. Dionisio poseía una gran erudición y fue notable filósofo, sabiendo mantener la escuela a la altura que la había situado su maestro. Le sucedieron Teognoste, Pierio, Achillas, Serapión, Pedro el Mártir, Macario el Ciudadano, Dídimo, de gran renombre y virtud, admirado por San Antonio, Rufino, San Jerónimo, Paladio, Rodón; éste se trasladó a Side, donde continuó su enseñanza. También aparece en la lista de los catecúmenos Arrio, sacerdote de Alejandría encargado de interpretar las Escrituras, pero que luego cayó en la herejía.

No obstante lo dicho, para evitar confusiones, conviene tener en cuenta que la expresión «Escuela de Alejandría» se usa alguna vez para referirse a la escuela catequética de Alejandría, pero generalmente significa una manera de pensar y de hacer teología que es la de Clemente y, sobre todo, la de Orígenes, y que pervivirá luego en otros escritores, alejandrinos o no. Se suelen señalar como características de esta escuela de Alejandría: el marcado interés por la investigación filosófica del contenido de la fe; la preferencia por la filosofía de Platón; y, especialmente, la abundante utilización del método alegórico en la interpretación de las Sagradas Escrituras.

En el Antiguo Testamento, que hay que leer a la luz que el Nuevo arroja sobre él, se narran sucesos que, teniendo un gran valor en sí mismos, lo tienen aún mayor como prefiguración de algo venidero. Así, el cordero pascual, que con su sangre protege a los israelitas de la muerte y que luego se recibe como alimento para iniciar el viaje hacia la Tierra prometida, es una prefiguración de Jesucristo, «el cordero de Dios que quita el pecado del mundo», el cual nos libera de la muerte eterna con la efusión de su sangre y en la Eucaristía se nos da en alimento para fortalecernos en nuestro camino hacia la patria celestial; por eso se dice que el cordero pascual es una figura o un «tipo» (que en griego significa figura) de Cristo.

El Nuevo Testamento a menudo entiende así («interpreta») algunos de los hechos o de las expresiones del Antiguo; se trata por tanto de una manera de entenderlo profundamente adecuada y verdadera, ya que la hace el autor sagrado bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Pero, en principio, no hay razón para suponer que ese sentido más profundo lo puedan tener sólo aquellos sucesos o expresiones que la misma Escritura interpreta así; y, de hecho, parece que se encuentra en otros.

Para referirnos a uno y otro sentido se puede usar la terminología siguiente. Aquello que significa primariamente un texto de la Escritura es su sentido literal. A su vez, éste puede ser propio si sigue el significado obvio de las palabras («Entonces les soltó a Barrabás, y a Jesús, después de haberle hecho azotar, se lo entregó para que lo crucificaran», Mt 27,20); o impropio y figurado («Yo soy la vid y vosotros los sarmientos», Jn 15,5). Aquellas otras significaciones más profundas que se pueden encontrar en las narraciones del texto sagrado son su sentido espiritual o místico.

Según se busque uno u otro sentido en un determinado pasaje de la Escritura se habla respectivamente de interpretación o exégesis literal o histórica, o bien de interpretación o exégesis alegórica.

Si los precedentes que se hallan en la misma Escritura justifican plenamente el método de interpretación alegórica, hay que decir que tampoco era ajeno a la mentalidad griega un modo de proceder semejante. Por una parte, es una característica propia del lenguaje la posibilidad de encerrar sentidos a varios niveles en unas mismas expresiones literarias; así, por ejemplo, la simple relación de una noticia puede al mismo tiempo constituir una crítica de otra situación a la que directamente no se alude. Pero, además, ante el contraste que existía entre las narraciones mitológicas paganas y cualquier esquema racional sobre la divinidad, desde tiempo atrás se habían impuesto y generalizado las interpretaciones alegóricas de los más venerados textos paganos sobre los dioses, los de Homero y Hesíodo, y esto había ocurrido precisamente en Alejandría.

La gran diferencia entre esta interpretación hecha por los paganos por un lado y por el judío Filón y los cristianos por otro, es la de la verdad del material sobre el que trabajan: textos creados por los hombres en un caso, textos escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo en otro. Hay aún otra diferencia, y es que Dios puede hablar no sólo con palabras, sino también

con hechos que, mediante su providencia, hace que en parte ocurran para prefigurar algo futuro y más perfecto; o que incluso hace que sucedan únicamente para significar algo, como en el caso de la higuera que Jesús maldijo y enseguida se secó (cf. Mc 11,12s).

En algunos de los textos, Orígenes explica con claridad qué es este sentido místico. Pero lo más característico de este autor era que daba tanta importancia al sentido alegórico, que sostenía que lo tenían todos los pasajes y aun todas las frases y palabras de la Escritura, lo cual parece exagerado.

Para ilustrar lo que es esta exégesis alegórica llevada al extremo, podemos traer dos ejemplos tomados de San Agustín, quien sin embargo la usa sólo con fines de edificación; están tomados de sus tratados sobre el evangelio de San Juan. Los cinco maridos que había tenido la Samaritana significarían los cinco sentidos, y el que tiene ahora, y que no es su marido, sería la razón, que aún no ha tomado posesión de ella: por eso no reconoce a Jesús. Los treinta y ocho años que llevaba el paralítico junto a la piscina tienen también su significado, pues equivalen a cuarenta menos dos; cuarenta es un número que significa perfección, lo que a continuación explica Agustín con otras muchas alegorías; y los dos que faltan para la perfección significan aquellos dos mandamientos de la caridad en que Jesús resumía la Ley y los Profetas; por eso la situación de aquel hombre era imperfecta, porque le faltaba la caridad. Ya se ve que, utilizado en cuestiones dogmáticas, este método podía llevar a equivocaciones.

La búsqueda del sentido alegórico, importante para entender la Escritura en toda su profundidad, es, como reconoce Orígenes, difícil; requiere una especial sensibilidad intelectual y, sobre todo, sobrenatural; está muy expuesta al subjetivismo, cosa que no ocurre con la búsqueda del sentido meramente literal e histórico, que es en todo caso previa y necesaria.

De ahí la reacción de algunos, su resistencia a prodigar los tipos o figuras y su deseo de ceñirse a una exégesis literal, aunque no necesariamente poco profunda; o la actitud relativamente frecuente de los que, como San Agustín, utilizan la interpretación alegórica sólo para sacar consecuencias morales y ascéticas de los textos sagrados, con fines de edificación.

Para terminar el tema, se puede hacer notar que aunque la interpretación alegórica puede ser útil para resolver los problemas que pueden plantear algunos textos, especialmente difíciles de entender si sólo tuvieran un sentido literal, no es ésta su función principal, sino un resultado de ella. Su función principal es entender en toda su profundidad la palabra de Dios.

Además de lo dicho, y como complemento, creemos necesario añadir aquí un breve compendio de la historia de la Iglesia Alejandrina. De la tradición recogida por Eusebio y aceptada por San Epifanio y San Jerónimo, resulta que el fundador de la Iglesia de Alejandría fue el evangelista San Marcos. Sabemos que, desde los primeros tiempos de Alejandría, existía una numerosa colonia judía que, como es lógico, mantenía relaciones con su país de origen, Palestina; cosa que, sin duda, facilitó grandemente la expansión de las doctrinas cristianas.

Según el citado Eusebio, San Marcos se trasladó de Roma a Egipto, en el año 40 o 43, y evangelizó Egipto, Tebaida, Pentápolis y construyó muchas iglesias en Alejandría. Fue enterrado, después de su martirio y muerte (año 62 o 68), en la iglesia de Boucoles o Bukolia. Eusebio, en su crónica y en su historia eclesiástica, nos da a conocer los sucesores de San Marcos en la sede de Alejandría durante los dos primeros siglos: Aniano, Abilio, Cerdón, Primo, Justo, Eumenes, Marcos II, Celadion, Agripino, Juliano, Demetrio. Éste ocupó la sede episcopal de 189 a 232, dando a la iglesia de Alejandría tal esplendor, que superó a las de Antioquía y Éfeso. Le sucedieron, continuando su obra, Heraclas (de 232 a 247) y San Dionisio, discípulo de Orígenes, el cual gobernó la iglesia en un período agitado por las persecuciones, tuvo que intervenir en un gran número de cuestiones eclesiásticas, combatió enérgicamente la herejía de Sabelio y, no pudiendo asistir al primer concilio de Antioquía para combatir a Pablo de Samosata, compuso un escrito contra esta nueva herejía. Como sucesores de Dionisio, hay autores que mencionan a Atenodoro, Malquión y Máximo, sin que pueda asegurarse.

Durante los dos primeros siglos, la Iglesia de Alejandría no fue inquietada por los poderes públicos, hasta el año 195, en que las circunstancias hacen escribir a Clemente: «Cada día ve-

mos, por nuestros propios ojos, correr a torrentes la sangre de los mártires quemados vivos, crucificados y decapitados». En 202, el emperador Septimio Severo, estando en Palestina, publicó un edicto en que prohibía, bajo las penas más severas, que se hicieran judíos, y extendía esta prohibición a que se convirtieran al cristianismo. Luego pasó a Alejandría y allí hizo cumplir su edicto con gran rigor; entre el gran número de víctimas que este edicto produjo, se cuenta Leónidas, padre de Orígenes. Las lecciones de la Catequesis fueron suspendidas, y evitada toda provocación por parte de los cristianos, que sufrieron esta violenta persecución con gran fortaleza de ánimo. En 216, hubo nuevas persecuciones, pero no alcanzaron tanta intensidad. En 249, una algarada entre los paganos se convirtió en una persecución contra los cristianos, produciendo numerosas víctimas, entre las cuales destaca la virgen Apolonia; una virtuosa mujer, Quinta, etc. Bajo el reinado de Decio, la persecución se extendió de manera tal, que el número de víctimas llegó a cifras increíbles. Como se habían producido muchas defecciones, una vez llegada la calma y considerando cómo se acogería a los que habían apostatado, acordóse recibirlos de manera misericordiosa, como así lo hicieron los confesores.

Si en un principio el emperador Valeriano fue favorable a los cristianos, al final de su vida (257) publicó un edicto renovando las crueles persecuciones. Después de la persecución, sobrevino la peste. Los moribundos y los cadáveres eran abandonados por las calles y entonces, los cristianos, demostraron su gran caridad y misericordia y, olvidando todos los daños recibidos, se dedicaron a atender de manera abnegada a unos y dar sepultura a los otros. Esta actitud despertó la admiración hacia los cristianos, si bien en sus filas hubo nuevas víctimas debido al cumplimiento de estos piadosos deberes.

La persecución se reprodujo en 306 y 307, y luego en 310-312, Maximiano Daya, príncipe disipado y cruel, renovó las crueldades con los cristianos. Entonces San Antonio abandonó el desierto, seguido de algunos de sus compañeros y se presentó en Alejandría. El juez temió los resultados a que pudiera conducir el coraje del ilustre ermitaño; les prohibió, no solamente el mostrarse, sino residir en la ciudad, pero San Antonio no hizo caso de estas advertencias, y nadie se atrevió a molestarle. FRA

Finalmente, Constantino, ya dueño de Occidente, publicó un edicto en favor de la Iglesia y obligó al cruel Maximino a poner fin a las persecuciones. En 313 publicó en Milán el famoso edicto en que reconocía a cada uno el derecho de elegir su religión y daba a los cristianos la seguridad de una completa libertad.

Después de San Pedro, que murió mártir en 311 o 312, ocupó la sede episcopal de Alejandría San Alejandro (313-328), el cual tuvo que luchar fuertemente contra el arrianismo, al que combatió tanto en Egipto como en el Concilio de Nicea. En 328, le sucede San Atanasio (328-375), que sostiene constantes y duras luchas con los poderes civiles, los cuales, unidos al arrianismo, facilitan la intrusión en la sede alejandrina a Pisto, Gregorio, Georges y Lucio. Luchas que, en realidad, son maniobras para dar a Bizancio la supremacía de la Iglesia oriental. Su sucesor, Pedro II (375-381), tuvo que continuar la palestra, y se vio obligado a refugiarse en Roma, aunque supo afirmar las prerrogativas alejandrinas en Constantinopla. Su sucesor fue su hermano Timoteo, sin que a la sazón la lucha hubiese acabado, antes al contrario, y además, el esplendor de la Iglesia cristiana de Egipto había entrado de pleno en su curva de declinación. De 395 a 412, ocupa la sede Teófilo; de 412 a 444, San Cirilo, quien, en 431, preside el Concilio ecuménico de Éfeso, donde se anatematizó a Nestorio. Dióscoro (444-451), por su parte, fue condenado por los Padres de Calcedonia (451), los cuales pusieron bajo la autoridad del obispo de Constantinopla a todos sus colegas orientales. El hecho de pasarse en masa los cristianos alejandrinos al monofisismo, en protesta de tal decisión, constituyó un golpe fatal para la que era la sede más importante de la Cristiandad después de Roma. Su vida desde entonces es precaria, se resiente de los vaivenes de la política imperial. Sus obispos, nombrados por los emperadores, son unas veces ortodoxos, y otras, monofisitas, según las tendencias de la corte, pero, a pesar de haber ocupado la sede hombres virtuosos y excelentes, nunca dejaron de ser odiados por los egipcios.

Cuando la invasión árabe (638), los monofisitas o coptos los acogieron como a sus verdaderos libertadores y les facilitaron la entrada en Alejandría. Esta actitud les permitió obtener el favor

de los vencedores, que casi lograron hacer desaparecer la iglesia melquita.

Después de Pedro, nadie ocupó la sede episcopal, que permaneció vacante casi durante un siglo; después, todos los obispos que tuvo fueron sometidos al metropolitano de Tiro y por éste consagrados; las iglesias pasaron a sus rivales o fueron convertidas en mezquitas.

El califa Hescham (724-743) autorizó la reorganización de la iglesia anti-monofisita, ocupando entonces la sede Cosmas, artesano que no sabía leer ni escribir, pero que tuvo la habilidad de que los templos fueran restituidos a la comunidad ortodoxa. Politiano, su sucesor, obtuvo nuevas concesiones, y luego sus sucesores no tuvieron más remedio que continuar con una política de intriga para poder salvarse de los monofisitas o del fanatismo musulmán, entre los múltiples cambios políticos y de poderes, hasta culminar en la sumisión de Egipto al imperio turco (1517), que, a su vez, trajo nuevas persecuciones, tanto contra los monofisitas como contra los ortodoxos. Éstos, ya por los Abasidas, habían sido obligados a usar vestidos que les distinguiesen de los musulmanes; entonces, además, desaparecieron sus escuelas, teniendo que adoptar la lengua del vencedor. A partir de su incorporación al imperio otomano (1517), la Iglesia greco-alejandrina no cuenta ya.

Como dato final se recuerda que el I Concilio ecuménico de Nicea (año 325, c.6) declaró que debía mantenerse la práctica existente por la cual el obispado de Alejandría ejercía una jurisdicción superior sobre el episcopado de todo el departamento o diócesis civil de Egipto (Diocleciano dividió el Imperio romano en doce diócesis).

El I Concilio ecuménico de Constantinopla (381) sancionó los mismos derechos respecto de Éfeso, para la diócesis civil de Asia; respecto de Cesarea, para el Ponto, y de Heraclea, para Tracia. Desde entonces, a Alejandría se le reservó el título de Arzobispado.

El Concilio ecuménico de Calcedonia (451), como hemos visto, separó de Alejandría las tres Palestinas, las cuales dio a Jerusalén, constituyendo así un Patriarcado separado, pero con cesión al Arzobispado de Constantinopla de la supremacía de

jurisdicción. Después del cisma, el Patriarcado de Alejandría se redujo a ser siempre un simple título casi hasta nuestros días.

Realizada nuevamente la unidad católica, varios patriarcas orientales conservaron el título y los privilegios, así como la jurisdicción sobre los fieles del rito respectivo.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- Art. en *Enciclopedia de la religión católica*, I (Barcelona 1950) cols.375-383.
- BARRE, A. DE LA, Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. I: *Aaron-Angelus* (París 1908) cols.805-824.
- BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VII: *Juillet* (París 1948) 151-153.
- MOLINÉ, E., *Los Padres de la Iglesia* (Madrid 1995) 184-189.
- SAMPERS, A., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique*. XII/1: *Pacaud-Photius* (París 1984) cols.159-161.

SAN ODÓN DE URGEL

Obispo († 1122)

En el propio de la diócesis de Urgel figuran tres santos obispos: San Justo († 546), San Armengol († 1035) y San Odón, que falleció el 7 de julio de 1122 rodeado de fama de santidad. Once años después, el 21 de julio de 1133, su sucesor el obispo don Pedro Berenguer junto con su Cabildo catedral establecía su culto anual. Desde entonces, la diócesis de Urgel comenzó a celebrarlo con oficio propio el mismo día 7 de julio, fecha de su muerte. El acta de esta canonización, firmada por el obispo Pedro y ocho dignatarios del Cabildo, es elocuente y curiosa: se decreta que San Odón sea celebrado con la misma solemnidad con que es honrado «nuestro tan gran pontífice y patrono San Armengol», y que a la celebración litúrgica en la catedral siga un banquete por cuenta de la mesa capitular, para disfrute de todo el personal catedralicio, incluidos los niños (*tam in maximis quam in pueris*). Por su parte el obispo se compromete a contribuir anualmente con una vaca (*unam vaccam de meo censu*), vinculando a perpetuidad a sus sucesores. El acta no deja cabo alguno por atar con respecto al banquete: «Cuando la fiesta del 7 de julio

coincida en viernes, los clérigos tendrán el banquete a base de buenos pescados (*magnis piscibus honorifice clerici reficiantur*).

En la primera edición del *Martirologio romano* no se vio incluido San Odón. Pero Baronio lo incorporó definitivamente en la segunda edición de 1589, ateniéndose al *Flos sanctorum* publicado por Alonso de Villegas en 1583.

El pontificado urgelense de Odón se inscribe en un período de gran esplendor y reconstrucción espiritual y material del obispado: los siglos XI y XII. Hijo tercero de los condes de Pallars, emparentados con los condes de Barcelona y la más alta nobleza, nació en Sort entre los años 1063-1065. Desde el año 950 el condado de Pallars se había integrado definitivamente en el obispado de Urgel. Odón creció en los años en que la diócesis y el condado de Urgel continuaban progresando en la lucha contra los sarracenos. Diócesis y condado quedaron completamente liberados en 1105 con la toma de la ciudad de Balaguer. Destinado Odón al estado eclesiástico, recibió alta formación en la escuela catedralicia. Su prosapia pudo contribuir a que muy joven fuera elegido arcediano de la Seo, coincidiendo con los cuatro años de pontificado de Fulco (1092-1096), marcados por graves enfrentamientos y disturbios. Fulco residió en Cardona hasta su traslado a la sede barcelonesa. En estas difíciles circunstancias tuvo lugar la elección por parte del clero, la nobleza y el pueblo. Dice un antiguo manuscrito de la catedral de Urgel: «Deseaban acertar en la elección de un obispo que respondiera a la angustia del momento, a las necesidades de la iglesia y a la indigencia de los pobres». Examinados en todos sus pormenores las vidas de otros posibles candidatos, Odón fue elegido por unanimidad el año 1096. Tenía unos treinta años. Su pontificado se extiende hasta el año 1122. Apenas nos aportan dato alguno de su pontificado las lecturas del antiguo breviario de la Iglesia de Urgel. Cuanto dicen se nos ofrece muy bien resumido en los dísticos latinos de su epitafio, que traducimos:

«Aquí yace el cuerpo de San Odón, que fue obispo de Urgel y gloria de la ciudad, de estirpe egregia, por él ennoblecida. La Iglesia lo proclama su protector intrépido, garante de sus derechos, de mente preclara e insigne por su virtud, padre de huérfanos, amparo de viudas, salud de los enfermos y alimento para los pobres».

En su *Martirologium hispanum* Juan Tamayo Vargas declara que en vida y después de muerto obró muchos milagros que no fueron debidamente reseñados. Él nos ofrece cinco. El más sobresaliente es el de un joven mudo de Paillard que había nacido sin lengua y la obtuvo junto con el habla por la intercesión del santo.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ALBERT I CORP, E., *Sant Ot, bisbe d'Urgell, i la seva època* (Barcelona 1987).

BARAUT, C., et al., *Episcopologi de l'Església d'Urgell* (La Seu d'Urgell 2002).

RIBER, L., *Els sants de Catalunya. Cicle comtal V* (Barcelona 1922) 5-59.

BEATO ODINO BAROTTI

Presbítero († 1400)

El nuevo *Martirologio*, día 7 de julio, presenta al Beato Odino Barotti así:

«En Fossano, en el Piamonte, beato Odino Barotti, presbítero, párroco pobre y de vida austera, que consumió su vida entregándose día y noche al cuidado de enfermos y moribundos durante una peste contagiosa».

Odino Barotti nació en 1334 en Fossano, en el Piamonte, diócesis entonces de Turín, en una familia de reconocida tradición cristiana. Su padre se llamaba Santiago y Catalina su madre.

Pronto se afianzó en el joven Odino la vocación al sacerdocio y, cuando tuvo la edad requerida, vista su profunda vida cristiana y su buena formación, fue admitido entre los clérigos. Hechos los estudios necesarios y recibidas las órdenes menores y el subdiaconado y diaconado, fue ordenado sacerdote, cuando aún no tenía más que 23 años, por el obispo de Turín.

Prueba de la confianza que su vida y su formación merecían a sus superiores es que, como primer campo en el que ejercer su sacerdocio, se le asignó la parroquia de San Juan Bautista, la principal entonces de Fossano.

Sobre la vida y la actividad pastoral del joven sacerdote escribe Juan Níger, canónigo penitenciario de la iglesia de Fossano y buen conocedor de las tradiciones populares y de los archivos de la ciudad:

«Tan pronto como se hizo cargo de la parroquia se entregó a anunciar la Palabra de Dios, a administrar los sacramentos, a cumplir con todas sus obligaciones y a ejercer la caridad, de modo que, al poco tiempo de estar al frente de dicha iglesia, todos lo veneraban, porque veían claramente que los ministerios que ejercía estaban inflamados por la vida interior, pues se le veía entregado asiduamente a la oración, a las vigiliás y al ayuno».

Muy en consonancia con las corrientes de espiritualidad de su tiempo, Odino practicó la pobreza en alto grado, y esto no sólo por ascesis personal, sino también para poder socorrer a los necesitados que entonces y en la región en la que ejercía el ministerio sacerdotal eran muchos. Era voz popular que con mucha frecuencia entregaba a los que le pedían limosna lo que se le había preparado para él, o que mandaba al clérigo que vivía con él que se lo llevase a algún necesitado. A este propósito recoge el mencionado Juan Níger de la tradición popular el siguiente caso. Le habían regalado en la fiesta de Navidad un capón. Se enteró de que una pobre mujer estaba enferma y sin nada para comer, y sin dudarle le encargó al clérigo que vivía con él que tomase el capón y se lo llevase inmediatamente a dicha mujer. Como el clérigo le pidiese que le indicase el lugar exacto en que esa buena señora vivía, le dijo Odino simplemente: «Dios te lo indicará». Tomó, pues, el clérigo el capón en sus manos y se internó por la ciudad. Al pasar ante una puerta sintió que el capón se le iba de las manos hacia esa puerta. Entró en la casa y encontró a una pobre mujer. La consoló y le entregó el capón.

Hacia 1376 vistió el hábito de los terciarios franciscanos, signo externo de su vida penitente y mortificada. Y no mucho después, con las credenciales de sus superiores en regla, descalzo y con el burdo hábito de terciario franciscano, peregrinó a Jerusalén para venerar los Santos Lugares en los que el Señor vivió y murió. Es probable que latiese en él como en tantos otros de su tiempo el deseo del martirio que le configuraría en el más alto grado con el crucificado. De hecho estuvo a punto

de morir mártir, pues cayó en manos de los turcos, que le retuvieron prisionero unos cuantos días.

Su celo le movió a peregrinar repetidas veces con sus fieles a Roma y a Loreto, habiendo obtenido antes del Legado apostólico de Turín el poder utilizar durante la peregrinación un altar portátil.

Sobrio, austero y sobre todo hombre de intensa vida interior, Odino fue precisamente por ello celoso pastor de almas que gastó su vida generosamente sirviendo a las ovejas que se le habían encomendado o que acudían a él. Para mover a sus fieles a recibir el sacramento de la penitencia obtuvo del papa Urbano VI las facultades de penitenciario apostólico, y de su obispo, licencia para absolver en casos reservados.

Y su preocupación por «dar de comer al hambriento, de beber al sediento, por vestir al desnudo» le movió a buscar soluciones estables para tantos pobres y enfermos como entonces malvivían en la ciudad y en su entorno. Comenzó organizando una cofradía cuya misión era ocuparse de los enfermos y de los peregrinos. Mas la obra benéfica en la que nuestro Beato puso más interés, y que quedó como perenne monumento de su amor a pobres y enfermos, fue la transformación de un pequeño hospital en un gran centro en el que poder acoger y cuidar a los menesterosos. Invirtió en esta obra todos sus bienes y tendió su mano con tesón a todos los que podían aportar algo, entre ellos a Amadeo VII, primer duque de Saboya, y al obispo de Turín. Antes de morir, en 1400, pudo ver convertida en realidad su ilusión.

En 1389, muerto el prepósito del cabildo de la colegiata, fue elegido Odino por unanimidad prepósito de dicha colegiata con gran alegría del pueblo fiel. Durante su mandato se remodeló y amplió la colegiata y se construyó junto a la misma una torre.

Murió en julio de 1400 víctima de su celo pastoral y de su caridad sin límites, pues durante una epidemia que asoló la ciudad gastó todas sus ya no muchas reservas vitales entregándose día y noche a atender a los enfermos y moribundos. Contaba 66 años. Fue sepultado en el cementerio de los canónigos, pero pronto la fama de su santidad y la creciente veneración del pueblo que le invocaba como a un verdadero santo movió al obis-

po de Turín a decretar su traslado a la iglesia de la colegiata. Su cuerpo, que aparecía íntegro aún, fue colocado en uno de los muros laterales del coro en una hornacina en la que a través de la reja de una pequeña ventana es posible contemplar su cuerpo.

En 1808, previos los trámites necesarios, Pío VII confirmó su culto y le declaró beato.

AUGUSTO PASCUAL, OSB

Bibliografía

Act. SS. Boll., 21 de julio.

Vita del Beato Oddino Barotti, prevosto della Collegiata di Fossano (Fossano 1812).

BEATO PEDRO TO ROT

Catequista y mártir († 1945)

«Como sabéis, el evento central de mi visita es la beatificación de Peter To Rot, catequista y mártir. Podéis estar realmente orgullosos de vuestro hermano melanesio, que constituye un gran honor para vuestro pueblo. Peter To Rot es un ejemplo admirable de hombre de familia, de líder eclesial y de persona dispuesta a entregar su vida por Dios y por el prójimo».

Juan Pablo II acababa de besar tierra de Papúa Nueva Guinea y, en el aeropuerto internacional «Jackson», de Port Moresby, se dirigía a las autoridades y a los fieles; a cuantos sumaban presencia y entusiasmo realzando la ceremonia de la bienvenida al pontífice. Era la tarde del lunes 16 de enero de 1995.

Al rato, a solas con una nutrida representación de sacerdotes, religiosos y laicos de la joven Iglesia de Oceanía, anunciaba:

«Mañana el nombre de Peter To Rot, un hijo de Nueva Bretaña y del pueblo tolai, será inscrito en el martirologio, libro glorioso donde la Iglesia anota a los que han muerto por amor a Dios y a su pueblo».

Con la mente y el corazón en los seglares:

«Queridos laicos: es muy significativo el hecho de que el primer beato de Papúa Nueva Guinea haya sido un seglar y un catequista. Espero que en la Iglesia Peter To Rot se convierta en fuente de

inspiración para todos los que trabajan en el apostolado seglar y, en particular, para los catequistas, “que representan la fuerza básica de las comunidades cristianas, especialmente en las Iglesias jóvenes” (*Redemptoris missio*, 73)».

Acentuando:

«¡Cuánta necesidad tienen las Iglesias jóvenes de esta parte del mundo de hombres y mujeres del calibre de Peter To Rot!...»

Port Moresby es la capital del país —nacido oficialmente en 1975— formado por la porción oriental de la isla de Nueva Guinea y otras de menor superficie: Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y Manus, en el archipiélago Bismarck; Bougainville, Buka y Nissau, integrantes de las Islas Salomón; los conjuntos de las Luisiadas y de Entrecasteaux y los de Trobriand y Woodlark, al sureste del territorio nacional.

Son 462.840 metros cuadrados de montañas y valles, ríos y erupciones volcánicas y costas de preciosas playas, flotantes en la inmensidad oceánica que inunda una tercera parte del globo terráqueo y suma aproximadamente la mitad del agua del planeta. Con la mayor selva tropical del mundo, que ocupa, aproximadamente, el ochenta y cinco por ciento de la superficie del país. Esa apretada e inmensa espesura verde, hogar de la mayoría de indígenas, es víctima de una voraz deforestación en nombre del desarrollo económico nacional, que crea malestar y ya ha originado conflicto social.

«La selva —reivindicación nativa— es nuestro medio de vida. Es también la herencia que nuestros ancestros nos han dejado».

Y, además de las maderas duras robadas a los bosques, la explotación del cobre, del oro y del petróleo ha desfigurado el país, que modernamente ha conocido un cambio brutal, saltando, como se ha escrito, de la edad de piedra a la del plástico.

Son aproximadamente cuatro millones y medio de habitantes, mayoritariamente melanesios. Una auténtica babel de tribus y culturas. Con más de setecientos dialectos locales. Católico un tercio de la población.

La capital de Papúa Nueva Guinea, Port Moresby —que el capitán John Moresby apellida—, es vicariato apostólico desde

1889 y el 15 de noviembre de 1966 estrenó arzobispado. Estadísticamente: una veintena de presbíteros diocesanos y más de treinta regulares y un centenar largo de religiosos no sacerdotes y ciento treinta y tantas religiosas para los 99.000 bautizados de la joven circunscripción eclesiástica...

Port Moresby queda al sudeste del país, ciudad de 200.000 habitantes, abierta a una magnífica bahía natural, a casi medio millar de kilómetros de las costas septentrionales australianas. Mirándose en el inmenso océano moteado de miles y miles de islas; contabilizadas, unas 30.000.

Y en este contexto, la biografía del protagonista.

Peter To Rot vino al mundo en el seno de una joven comunidad católica, de una Iglesia de frontera, geográficamente muy extendida, que ha sabido y sabe dar muestras de sacrificio y de capacidad de diálogo con la cultura.

Nació en Rakunai, un puñado de rústicas viviendas aldeanas sobre las ondulaciones serranas que coronan Rabaul, capital de una de las veinte provincias del país. En la isla melanesia de Nueva Bretaña. Discurría el año 1912.

Peter, hijo del que sería gran jefe de la tribu durante cuarenta años, empalmaría con las creencias religiosas de sus padres, católicos de primera generación, bautizados en edad adulta por los misioneros de los Sagrados Corazones. El cabecilla indígena no sólo contagiará la fe a su descendencia, sino que al ser un entusiasta creyente y proselitista hasta la médula, será apóstol de Rakunai y se empleará a fondo en el desarrollo de la vida cristiana del poblado.

Sumando vivencias, familiares y locales, Peter llegará a la adolescencia adornado con una piedad exquisita, admirablemente dócil y obediente, virtudes que, a juicio del misionero, insinuaban vocación sacerdotal. Pero el padre era de otro parecer. No aceptaba que la madurez religiosa indígena diera para merecer tanto. Juzgaba aún prematura la opción.

Pues, si no sacerdote, sí catequista. Sí, al menos, rumbo apostólico en la vida de Peter. Con dieciocho años fue alumno en las aulas del colegio de San Pablo, de Taliligap. Tres años de escolarización le dieron el diploma. Oficialmente capacitado para la docencia, se inició en la catequización local.

Años de colaboración parroquial intensa instruyendo a la gente menuda, organizando encuentros de formación con adultos, dirigiendo actos de piedad... Siempre con la Biblia, que era su referencia constante, en las manos.

Y llegó el amor.

El 11 de noviembre de 1936 casó con Paula Ia Varpit, una joven católica de un pueblo cercano. Oraba con ella —apostillará Juan Pablo II— por la mañana y por la tarde. Dios les daría tres hijos: dos varones y una mujer, única superviviente. El pequeño sería fruto matrimonial póstumo, nacido tras el martirio paterno y muerto prematuramente. Hacia sus hijos —nueva referencia pontificia— sentía un profundo afecto y pasaba con ellos la mayor parte de su tiempo.

Pero también vino la guerra. El terrible segundo conflicto mundial del siglo XX que, en el Pacífico, enfrentó a estadounidenses y japoneses.

La lucha armada trajo más que inquietud e inseguridad a la vida de Peter To Rot. La alteró seriamente. De entrada, a la ocupación nipona del país en 1942 acompañó la inmediata reclusión de todo el personal misionero en campos de concentración, con el consiguiente desamparo del brillante catequista. Desamparo y, por añadidura, mayor responsabilidad.

En labios del pontífice:

«Cuando la aldea de Rakunai fue ocupada [...] y después de que los heroicos sacerdotes misioneros fueron encarcelados, él asumió la responsabilidad de la vida espiritual de sus habitantes».

Toda la responsabilidad recayó sobre el joven catequista to-lai, convertido en guía espiritual único para la comunidad católica del distrito de Rakunai, asegurando las reuniones de culto, la instrucción religiosa, la administración bautismal, la custodia y distribución de la eucaristía a los enfermos y moribundos, la asistencia en las uniones matrimoniales y a los pobres...

En un principio no hubo mayores problemas. Éstos vinieron cuando los cristianos fueron culpados de los reveses bélicos sufridos por los ocupantes; entonces, la región quedó bajo mando directo de la policía militar.

Las dificultades serias llegaron después: cuando la realidad bélica fue cercana; cuando Nueva Guinea fue sangriento esce-

nario de odios poderosamente armados; cuando el sitio de Rabaul, la mayor base aeronaval nipona de Nueva Bretaña; cuando la ferocidad de los bandos contendientes decantaba la victoria a favor de los americanos; cuando la rabia armada de los hijos del Sol Naciente, humillados militarmente, se tornó blasfema e hizo culpable de sus derrotas al dios de los cristianos.

Descaradamente, en 1945, estalló la persecución religiosa, siendo prohibido el culto y toda actividad confesional, tanto pública como privada, y fue reinstaurada la poligamia.

Valiente el catequista Peter. Dispuesto a jugarse el tipo. Se rebeló contra el ataque a la vida moral cristiana; a la indisolubilidad del vínculo matrimonial. Y lo hizo en repetidos enfrentamientos públicos tanto con un hermano suyo, como con un oficial de policía japonés y con otro agente del orden indígena que pretendía emparejar con una católica ya casada y, además, emparentada con el catequista.

Peter To adoctrinaba y actuaba, aunque ahora más discretamente. Una osadía que pagará cara porque el espíritu de venganza del aludido policía nativo —que le denunció en la presidencia de un rito matrimonial católico— pudo más que la prudencia de Peter. Fue condenado, sin proceso alguno, a dos meses de internamiento en el campo de concentración de Vunaiara, desde donde explicaba:

«Estoy aquí a causa de los que han roto el juramento matrimonial y a causa de los que no quieren el crecimiento del reino de Dios». Y donde vivió seis semanas de auténtico calvario.

Sereno y alegre, se manifestó dispuesto a morir por la fe y por su pueblo. Es verdad que no consumió toda la pena impuesta, pero no porque fructificaran las distintas gestiones a favor de su liberación, no por la vía de la misericordia; sino porque, sencilla y lamentablemente, al final de una jornada veraniega —julio de 1945— uno de los médicos japoneses del campo «le inyectó el ahorro de los quince días restantes». Tuvo el consuelo de acabar su vida en compañía del crucifijo de catequista que, temiendo lo peor, había pedido a Paula y ésta le había traído horas antes.

Martirizado silenciosamente. Discretamente. Sin ejecución sangrienta. Pero ¡mártir!

Las autoridades militares simularon y anunciaron una muerte natural, pero gracias a la aportación testimonial de un prisionero de Vunaiara conocemos el histórico final del intrépido catequista.

Toda la aldea le lloró. Todo el distrito lamentó la pérdida. Todos se sentían huérfanos. Todos, haciendo caso omiso de la normativa gubernamental, se sumaron a la despedida. Una masiva ceremonia funeraria nunca vista en el lugar. Y fueron públicos los elogios cariñosos al mártir de Rakunai. Con el general convencimiento de que Peter To Rot, el cristiano comprometido tolai, había dado su vida por la fe.

El día de la beatificación todo Port Moresby era una fiesta. Una beatificación por todo lo alto en el estadio «Sir John Guise». Un marco sencillo y humilde pero, también, festivo; cargado de significado. Con danzas y cantos y desbordado entusiasmo popular. Con la emotiva presencia de Rufina —de cuarenta y nueve años, única superviviente de los hijos del protagonista de la ceremonia litúrgica—, de tres compañeros de prisión, de 1.300 catequistas de todas las diócesis de Papúa Nueva Guinea y de las Islas Salomón, de una delegación de Rabaul y de incontables fieles venidos de Australia, Nueva Zelanda y otras islas del Pacífico. Y todos, literalmente, aguantando el chaparrón. Bendita lluvia, verdadera agua de mayo tras medio año de sequía.

La liturgia se inició a las ocho de la mañana del 17 de enero de 1995. En la homilía, glosando el significado de la realidad litúrgica, dijo Juan Pablo II:

«Para la Iglesia que está en Papúa Nueva Guinea la beatificación de Peter To Rot inaugura un nuevo período de madurez cristiana. En la historia de la Iglesia local, en cualquier país, el primer mártir indígena marca siempre un nuevo inicio. Por esta razón, como Pastor de la Iglesia universal, deseaba ardientemente compartir esta gran alegría con vosotros y asociarme a vuestra acción de gracias a Dios por el primer beato de Papúa Nueva Guinea».

También en labios papales:

«Me alegra de manera especial el hecho de que haya aquí tantos catequistas de toda Papúa Nueva Guinea. Vosotros, queridos catequistas, sois “testigos directos, evangelizadores insustituibles, [...] la fuerza básica de las comunidades cristianas” (*Redemptoris missio*, 73)».

Y una recomendación a la juventud presente:

«Un saludo especial a los numerosos jóvenes presentes. El beato Peter es un modelo también para vosotros. Os enseña a no preocuparos sólo por vosotros mismos, sino a poneros con generosidad al servicio de los demás. Como ciudadanos, debéis sentir la necesidad de trabajar para mejorar vuestro país y para garantizar que la sociedad se desarrolle con honradez y justicia, con armonía y solidaridad. Como seguidores de Cristo [...] no tengáis miedo de comprometeros en la tarea de dar a conocer y amar a Cristo, en especial entre vuestros coetáneos».

El modelo, en síntesis:

«Fue un esposo devoto, un padre amoroso y un catequista comprometido, conocido por su cordialidad, su amabilidad y su compasión...».

Coronamos la crónica biográfica por donde empezamos: nuevamente en el aeropuerto «Jackson» de Port Moresby, el miércoles 18 de enero de 1995, momento antes de que Juan Pablo II emprendiera vuelo a Sydney. Al pie del avión se despedía:

«La vida del Beato Peter To Rot es un tesoro precioso que será siempre vuestro. Es un faro que irradia una luz esplendorosa, una luz que os lleva a mantener en alto los nobles ideales que lo impulsaron a él: la fe en Dios, el amor a la familia, el servicio al prójimo y la gran valentía ante las pruebas y el sacrificio».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 87 (1995), octubre.

L'Osservatore Romano (27-1-1995).

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servi Dei Petri To Rot...* (Roma 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN WILIBALDO

Obispo († 787)

Wilibaldo era hijo del conocido como San Ricardo, sobrino, por parte de madre, de San Bonifacio, el apóstol de Alemania, y

hermano de los santos Winibaldo y Walburga. Nació en Wessex alrededor del año 700. Según la tradición, estuvo muy enfermo de pequeño y al conseguirse de Dios su curación, sus padres decidieron consagrarlo al Señor.

Fue educado en el monasterio de Waltham, Hampshire, que dejó el año 720 para ir de peregrinación con su padre y su hermano. Muerto su padre en Luca, Italia, ambos hermanos siguieron hasta Roma, y Wilibaldo prosiguió la peregrinación hasta Tierra Santa, lugar que visitó con gran fervor religioso. Parece haber sido el primer inglés que viajó hasta Palestina y Oriente, y su viaje quedó por escrito porque de labios de Wilibaldo lo tomará años más tarde una monja de Heidenheim. Su vuelta a Italia se produjo en el año 730.

Ingresó, entonces, en el recién reedificado monasterio de Montecasino, y sus noticias sobre la vida monacal en Oriente resultaron muy interesantes, hasta el propio papa Gregorio III se interesó por el relato de su viaje. En 740 fue enviado por el Papa a Alemania como colaborador de su tío San Bonifacio, metropolitano por entonces de Germania y legado papal. Wilibaldo fue ordenado presbítero por su tío y se dedicó con entrega a la causa de la evangelización de Franconia. Dos años más tarde era consagrado por su tío, obispo de Eichstätt. Seguro de que la vida monástica era contribución esencial a la obra evangelizadora, fundó en Heidenheim un doble monasterio, masculino y femenino, donde puso como abad y abadesa respectivamente a sus hermanos Winibaldo y Walburga.

Se mostró como un pastor activo y celoso, que visitaba con frecuencia y fervor todas las poblaciones de su diócesis, haciéndolas objeto de su más cercano cuidado pastoral, atento a todas las necesidades espirituales del pueblo. Se retiraba a veces a su amado monasterio para tomar fuerza interior pero volvía siempre animoso y entregado al tajo de la labor pastoral. Fue cuarenta y cuatro años obispo de esta afortunada diócesis, que floreció grandemente, bajo su mandato, en la vida cristiana. Murió el 7 de julio del año 787. Su tumba se conserva en la catedral de Eichstätt.

BEATO BENEDICTO XI

Papa († 1304)

Nicolás Boccasini nació hacia el año 1240 en Treviso, hijo de una humilde familia. Estaba en Venecia estudiando cuando sintió la llamada a la vida religiosa y profesó en la Orden de Predicadores el año 1257. Hecha la profesión y los estudios correspondientes, se ordenó sacerdote y en 1268 era lector de teología y predicador en su Orden, ejerciendo estos ministerios en los conventos de Venecia y luego de Bolonia. Se dedicó también a la escritura e hizo numerosos comentarios bíblicos así como un libro de sermones.

En 1286 fue elegido provincial de su Orden en Lombardía, cargo que llevó adelante con gran dedicación y acierto, acreditándose como un guía prudente de las comunidades religiosas de su Orden. Diez años más tarde, y validos los frailes de este su buen gobierno, lo eligieron maestro general de la Orden. Como tal, supo estar al lado del papa Bonifacio VIII que, luego de la experiencia del papado «angélico» de Celestino V, quería poner en la Iglesia orden y eficacia frente a las dificultades que creaban Francia, por un lado, y los espirituales, por otro, estando dividido y opuesto al papa un número significativo de miembros del propio colegio cardenalicio. Nicolás quiso ser instrumento de paz y el propio papa le confió mediar en la disputa entre Inglaterra y Francia (1297). En 1298 el papa lo creó cardenal y obispo de Ostia, recibiendo ese año la consagración episcopal. Estuvo junto al papa en el Año Santo de 1300 y al año siguiente el papa lo envió como legado suyo a Hungría, donde no tuvo su legación el éxito deseado.

Volvió a Italia a tiempo de poder ser uno de los dos cardenales que estuvieron al lado de Bonifacio VIII cuando su palacio de Anagni fue asaltado por los franceses y la propia vida del papa estuvo en peligro. Al poco tiempo el papa fue liberado por el pueblo y volvió a Roma, donde murió el 11 de octubre de 1303. Terminadas las novendiales, los cardenales se reunieron en cónclave y el día 22 de octubre elegían papa al cardenal Boccasini que tomaba el nombre de Benedicto XI.

Enseguida mostró ser un hombre de paz. Perdonó a los Colonna y los reintegró en sus bienes y dignidades exceptuando a

Sciarra Colonna, autor del sacrilegio de Anagni. Intentó en vano la paz en Florencia. Absolvió al rey Felipe IV de Francia igualmente en interés de la paz, pero se negó a absolver a Nogaret que con Sciarra había sido el autor del atentado de Anagni. Contra quince jefes de esta empresa publicó Benedicto XI, el 7 de junio, una bula de excomunión (*Flagitiosum scelus*), en la que recordaba que él mismo era testigo ocular de los crímenes que ahora castigaba. Felipe IV, viéndose perdonado, pasó en su soberbia a más: envió legados al papa para que se procediera a la condenación de Bonifacio VIII. El papa se negó a las pretensiones francesas y se negó a la convocatoria de un concilio con ese objeto.

Todo indicaba que Benedicto XI iba a tener un fructífero pontificado, cuando inesperadamente falleció en Perusa a los 64 años de edad el 7 de julio de 1304. Estaba hospedado en el convento de Santo Domingo y parece que la causa de su muerte fue una disentería provocada por unos higos que le regalaron y que estaban envenenados. Se cuenta que, elegido papa, recibió a su madre pero que cuando la vio tan elegantemente vestida se negó a reconocerla. La buena mujer tomó su humilde ropa y entonces el papa bajó de su sede y la abrazó con todo cariño. La fama de santidad y el culto popular que se le tributa encontró respaldo con la confirmación de su culto el 24 de abril de 1736.

*BEATOS ROGERIO DICKINSON, RODOLFO MILNER
Y LORENZO HUMPHREY*

Mártires († 1591)

Los dos primeros mártires murieron juntos el 7 de julio de 1591. Del otro se sabe que también murió mártir ese año pero no hay seguridad sobre el día exacto. El *Martirologio* lo conmemora en ese mismo día.

ROGERIO DICKINSON (Dickenson) era natural del Lincolnshire donde nació hacia 1555 en una familia protestante, pero en su juventud conoció el catolicismo y se convirtió. Decidido por el sacerdocio, estudió en el seminario de Reims (1582) y se ordenó sacerdote en Laon en 1583. Vuelto a Inglaterra se le asignó el condado de Hamp como campo de apostolado y se

dedicó a trabajar por las almas con todo su empeño, pero, ya a finales de 1583, fue arrestado. Preso en la cárcel de Bridewall y luego en la de Gatehouse, padeció tortura y malos tratos y fue desterrado del país.

Vuelto secretamente a Inglaterra, ejerció su ministerio en el condado de Worcester, pero acordándose de los fieles de Hamp. Pese al peligro volvió allá y pudo trabajar cuatro intensos y fructuosos años. Lo delató un falso católico y fue de nuevo arrestado y encerrado en la cárcel de Marshalsea durante cinco meses, en los que padeció tremendos interrogatorios y fuertes torturas para que dijera quiénes le habían alojado y ayudado. Reenviado a Winchester, fue juzgado y condenado como traidor ya que admitió ser un sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto a Inglaterra.

RODOLFO MILNER o Miller había nacido en Stacstead, Hants, h. 1521. Su familia había aceptado las novedades religiosas de Enrique VIII y él era ya un padre de familia de nueve o diez hijos, a los que alimentaba con su trabajo de agricultor, cuando empezó a tener dudas religiosas. Conoció a varios misioneros católicos y le impactó su género austero y sacrificado de vida. Se decidió y entró en la Iglesia católica, pero el mismo día en que había hecho su primera comunión, fue arrestado y metido en la cárcel donde se le mantuvo varios años sin ser sometido a juicio. En este tiempo se granjeó la confianza del carcelero que lo dejaba salir bajo palabra, le daba la llave de la prisión y le permitía atender y consolar a otros presos católicos. Él aprovechaba esta situación para introducir en la cárcel a sacerdotes que administrasen los sacramentos. Su colaboración era especialmente con el P. Stanney, jesuita, y luego con el P. Dickinson, que sería su compañero de martirio. Sorprendido en esta actividad, fue por fin juzgado con el P. Dickinson. Sus hijos le suplicaban que fuera a la iglesia protestante para poder así salvar la vida pero el mártir se mantuvo firme en su fe católica. Fue condenado a muerte en la horca y a ser descuartizado.

LORENZO HUMPHREY era un joven de 21 años que había nacido en el Hampshire y a quien su inquietud religiosa le llevó desde el protestantismo hasta la fe católica y de ahí al martirio en 1591. Llegó a la fe tras oír una fervorosa plática del P. Stanney sobre la presencia real de Cristo en la eucaristía y el valor de

la misa. La devoción eucarística sería el rasgo distintivo de su espiritualidad como católico. Se puso enfermo hasta el extremo de delirar durante la fiebre y un mal amigo lo acusó de haber llamado herética a la Reina durante el delirio. Arrestado, el joven declaró su respeto por la soberana y afirmó no ser responsable de lo dicho durante un delirio. Llevado a la cárcel, pidió los oficios más humildes y se le concedieron. Juzgado y condenado a muerte, cuando lo sacaban, uno de los que lo llevaban cantó coplillas alusivas a su fidelidad al Papa. El mártir se limitó a sonreírse y el otro le dio una bofetada. Lorenzo le preguntó que por qué. Fue ahorcado y descuartizado.

Los tres fueron beatificados el 15 de diciembre de 1829.

BEATO JUAN JOSÉ JUGE DE SAINT-MARTIN

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Limoges el 14 de junio de 1739 en el seno de una distinguida familia. Decidido por la vocación eclesiástica, entró en el seminario de Limoges el 31 de diciembre de 1761 y se adscribió a la Compañía de San Sulpicio. Entre 1765 y 1766 estuvo en la casa sulpiciano llamada La Solitude y fue luego director del seminario de Viviers (1770-1771), pasando luego a los seminarios de Toulouse y de Limoges (1785). El 13 de agosto de 1789 tomó posesión de una canonjía en la catedral de Limoges, por resignación en él de un tío suyo.

Llegada la Revolución y disuelto el cabildo, se quedó a vivir en Limoges y se creyó autorizado en conciencia a prestar el juramento de libertad-igualdad, recibiendo el certificado de civismo. Pero esto no le privó de ser arrestado y detenido en La Règle, donde prestó declaración el 28 de septiembre de 1793. Entonces se retractó del juramento hecho primero ante los sacerdotes y luego ante el comisario G. Imbert. Condenado a la deportación, fue parte del segundo envío, estando ya en Rochefort el 13 de abril de 1794 y siendo embarcado luego en Les Deux Associés. Era un sacerdote piadoso y virtuoso. Murió por falta de agua dulce el 7 de julio de 1794. Fue beatificado el 1 de octubre de 1795.

BEATA IFIGENIA DE SAN MATEO

Virgen y mártir († 1794)

Francisca María Susana de Gaillard nació en Bollène, Francia, el 23 de septiembre de 1761. En su juventud ingresó en la Congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, en el monasterio de su propia ciudad natal, y allí hizo el noviciado y la profesión religiosa tomando el nombre de sor Ifigenia de San Mateo. Fue una religiosa observante, muy exacta en el cumplimiento de sus deberes como profesas y como miembro de la comunidad.

Expulsada como las demás monjas del monasterio, su familia le ofreció asilo en su casa natal pero ella prefirió quedarse con las demás hermanas, para procurar mantener el espíritu religioso y, en la medida de lo posible, la vida común, dando alto ejemplo de paciencia y profunda vida interior. El 22 de abril de 1794 fue arrestada con las demás hermanas y con ellas conducida a Orange y encerrada en la prisión de La Cure, y durante catorce días pudo con sus compañeras llevar vida de común piedad y observancia religiosa. Pero el día 6 de julio se produjo la primera condena a guillotina de una de las religiosas detenidas, una hermana benedictina, y al día siguiente sor Ifigenia era llamada a juicio, ella sola, separada de sus compañeras, seguramente con la esperanza de que viéndose sola flaquearía su fe.

La acusación contra ella fue ésta: «Yo os presento y delante de vosotros acuso a Susana Gabriela Gaillard, una exnoble, de unos 32 años, de la Congregación del Santísimo Sacramento de Bollène, donde tenía su residencia. Ella jamás ha servido a la Revolución, ella ha hecho, por el contrario, todo cuanto ha podido depender de ella para impedir su progreso por el fanatismo y la superstición que excita con su ejemplo, refractaria a la ley de su país, y ha rehusado constantemente prestar el juramento que se le exige».

La acusada confesó abiertamente su profesión religiosa y su fe, se negó a prestar el juramento que contrariaba su conciencia, y fue condenada a morir en la guillotina, lo que se llevó a cabo en la plaza de Orange aquel mismo día 7 de julio de 1794. Fue beatificada el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

*SANTOS ANTONINO FANTOSATI Y JOSÉ MARÍA
GAMBARO*
Mártires († 1900)

ANTONINO FANTOSATI nació en Santa Maria in Valle, junto a Trevi, en Umbría, Italia, el 16 de octubre de 1842. Sintiendo la vocación religiosa, y a pesar de que era de constitución endeble, ingresó en la Orden de Menores, en la provincia franciscana de Asís. En octubre de 1867, ya sacerdote, dejó Roma para partir a China como misionero en un grupo de religiosos de su Orden. Ejerció su ministerio en el Alto Hupeh, a donde llegó el 15 de diciembre de 1867. Pasó los primeros siete años entre Schankin y He-tan-kou, aprendiendo la lengua china que llegó a saber en profundidad. Luego marchó a Lao-ho-kow, importante centro fluvial, donde durante dieciocho años ejerció su ministerio con mucha prudencia y habilidad. A él se debe la bella catedral de Lao-ho-Kow y de Cha-yuen-Kou. Fue procurador, vicario general y administrador apostólico. Cuando la carestía y la peste hicieron presa en la población, levantó en la última de las ciudades citadas un orfanatorio para niños abandonados y distribuyó entre la pobre gente numerosas ayudas llegadas de Europa. En 1880 fue vicario general de mons. Banci. En 1888 volvió una temporada a Italia, pero regresó enseguida a su amada China.

En 1892 fue elegido vicario apostólico de Hunan Meridional y consagrado obispo titular de Adraa, realizando como tal una intensa labor misionera, continuadora de sus afanes como sacerdote. No dejó de darse cuenta de que las circunstancias se estaban volviendo difíciles. El estallido de la revolución bóxer le cogió fuera de su residencia ordinaria; entonces, decidió, con su compañero San José María Gambaro, regresar en barca a Heng-chou. Cerca ya pudo ver cómo el misionero P. Cesidio había sido quemado vivo y que la iglesia y el orfanatorio habían sido destruidos. Al desembarcar, el 7 de julio de 1900, muchos pescadores asaltaron la embarcación. El santo obispo, desde la orilla, quiso calmar a la multitud, pero un golpe de timón sobre la cabeza lo derribó a tierra, donde después de largas horas de agonía un pagano lo atravesó con una punta de hierro y expiró.

JOSÉ MARÍA GAMBARO nació en Galliate, Novara, Italia, el 7 de agosto de 1869 y fue bautizado con el nombre de Bernardo,

que cambiaría por el de José María al ingresar en el noviciado el 27 de septiembre de 1886. Hechos los votos en la Orden franciscana, prosiguió los estudios sacerdotales y recibió la ordenación de presbítero el 13 de marzo de 1892, pero ya antes había estado destinado al colegio seráfico de Ornavasso y dedicado a la formación de los futuros religiosos franciscanos. Ofrecido desde hacía tiempo para las misiones, fue destinado a China, donde llegó en marzo de 1896, concretamente a Hunan meridional. Encargado primero de la formación de los seminaristas chinos en el seminario de Chen-fan-tan, fue luego destinado a la misión de Yen-chou y realizó una magnífica labor. Compañero en el viaje del obispo Fantosati a partir de Pentecostés de 1900, fue con él martirizado a golpes y murió junto al prelado mientras éste le absolvía. Ambos se habían dirigido palabras de ánimo y confortación. Su martirio duró unos veinte minutos.

Ambos fueron canonizados con otros mártires de China el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

SAN MARCOS JI TIANXIANG

Mártir († 1900)

Marcos Ji Tianxiang (Kitien Siang) nació en Yetcang-ten en 1839, en el seno de una familia de tradición cristiana. Era persona culta, de clase acomodada, que ejercía la medicina y tenía a su cargo la administración de los bienes de la comunidad cristiana de su pueblo. Pese a sus buenas cualidades los misioneros le habían retirado la licencia de comulgar porque no se corregía del vicio de tomar opio. Él comprendió la razón de los misioneros y no por ello se alejó de la religión.

Llegados los boxers, fue arrestado junto con su familia, y fue mucha la gente del pueblo que pedía a los boxers que lo indultaran porque era muy buena persona. El mandarín estuvo de acuerdo en indultarle si renegaba del cristianismo, pero Marcos se negó. Entonces, delante de sus ojos, sacrificaron a toda su familia y luego él fue decapitado. Era el 7 de julio de 1900. Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

SANTA MARÍA GUO LIZHI

Mártir († 1900)

María Guo Lizhi (Kuo Li Cheu) era una cristiana casada, de 65 años de edad, con hijos y nietos. Los boxers, en odio por la fe que profesaba, mataron a su marido y quemaron la casa. Quedó en la más absoluta necesidad pero insistió ante los suyos en ser fieles a Dios y tener paciencia. Volvieron los boxers y dos hijos suyos lograron huir, pero María, sus tres hijas y cuatro nietos cayeron en manos de los perseguidores. Ella, cual otra madre de los Macabeos, dice el *Martirologio*, los animó a perseverar en la fe y asistió a su sacrificio, siendo la última en dar la vida por la fe en el poblado de Hujiacun, Shenxian, en la provincia de Hebei, China, el 7 de julio de 1900. Fue canonizada por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

BEATA MARÍA ROMERO MENESES

Virgen († 1977)

Nace en Granada (Nicaragua) el 13 de enero de 1902. Su familia, cristiana y caritativa, le da una buena educación y la orienta a los estudios artísticos ya que estaba muy bien dotada para la música y la pintura. Alumna del colegio de las Hijas de María Auxiliadora, sintonizó enseguida con el espíritu salesiano y comenzó a plantearse, en cuanto fue una adolescente, si sería su camino la vida religiosa. Se decidió e ingresó en 1923 en la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, en la que hizo el noviciado y los votos, y se entregó por completo a la gran misión de la educación y formación cristiana de las jóvenes.

En 1931 fue destinada a Costa Rica y aquí se acreditó por su intensa actividad apostólica. Acompañada de sus alumnas hizo una gran labor social y catequística por las aldeas de los alrededores de la capital, logrando, además, el apoyo de muchas personas bien situadas económicamente. Las visitas médicas gratuitas, la formación profesional de jóvenes y mujeres pobres, la asistencia farmacéutica a los necesitados, las obras de alfabetización, la acogida de enfermos pobres y aun de sus familias, la construcción de casitas para los sin techo («ciudadelas de María Auxiliadora») y la creación de otras muchas iniciativas jalonaron

su intenso trabajo social y apostólico. En medio de él resplandecían sus excelsas virtudes, singularmente su caridad universal. Murió en León, Costa Rica, el 7 de julio de 1977. Fue beatificada por Juan Pablo II el 14 de abril de 2002.

8 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de santos Áquila y Priscila († s. I), esposos, auxiliares del apóstol San Pablo *.
2. En Heraclea de Tracia, Santa Glicería, mártir (fecha desconocida).
3. En Cesarea de Palestina, San Procopio († 303), mártir.
4. En Taormina (Sicilia), San Pancracio, obispo y mártir (fecha desconocida).
5. En Toul (Francia), San Auspicio († s. v), obispo.
6. En la Renania, San Disibodo († s. vii), ermitaño y fundador de un monasterio.
7. En el monasterio de Bilsen (Brabante), Santa Landrada († 690), abadesa.
8. En Würzburg (Turingia), San Kiliano († 689), obispo y mártir *.
9. En Constantinopla, santos monjes abrahamitas († s. ix), martirizados por el culto a las sagradas imágenes en el imperio de Teófilo.
10. En Vilzacara (Emilia), San Adriano III († 885), papa *.
11. En Tívoli (Lacio), Beato Eugenio III († 1153), papa, de la Orden Cisterciense **.
12. En la cárcel de Shimabara (Japón), Beato Mancio Araki († 1626), mártir *.
13. En Young-Nien (China), San Juan Bautista Wu Wenyin († 1900), padre de familia y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO EUGENIO III

Papa († 1153)

Poco se sabe de la vida de Bernardo, monje cisterciense, antes del 15 de febrero de 1145, en que fue elegido Papa. La histo-

ria oficial de los pontífices de aquella época sólo nos dice que antes de su elección era abad del monasterio romano de los «Santos Anastasio y Vicente, Ad aquas salvas in Trium Fontium». No se conoce ni la fecha de su nacimiento ni las diversas etapas de su vida, que los biógrafos han intentado reconstruir recurriendo a menudo a especulaciones e hipótesis, no sólo poco convincentes, pero ni siquiera sostenibles.

Los documentos solamente permiten —y siempre que se pueda certificar que el Bernardo del que hablan los documentos sea la misma persona que más tarde fue elegido Papa con el nombre de Eugenio III— afirmar con certeza: 1.º) que en 1115 era monje y clérigo y que en 1128 era prior del monasterio camaldulense de San Zenón en Pisa; 2.º) que después, en tiempos del arzobispo Uberto (1132-1137) ocupó el cargo de «vicedominus» en dicha ciudad; y 3.º) que hacia 1141, quizá en conexión con la estancia de San Bernardo en Italia, fue enviado como abad al monasterio de los Santos Anastasio y Vicente, en Roma, que había sido restaurado y confiado a los cistercienses por el papa Inocencio II.

Según el historiador pisano Raffaele Roncioni (s. XVI) Bernardo era de la noble familia de los Paganelli de Montemagno, pero esta afirmación contrasta con el testimonio del propio San Bernardo que define a Eugenio como *homo rusticanus*, calificación que hace pensar que era de origen campesino o por lo menos modesto. Su nacimiento en Montemagno di Camaiore está en contradicción con la inscripción sepulcral de San Pedro en donde se afirma que *Pisa virum genuit*. Algún otro sostiene que el nombre del futuro Papa fue el de Pedro como el de su padre, etc.; también hay algún autor que asegura que Bernardo antes de ser Papa había sido cardenal, pero esto no es más que una confusión de nombres y lugares.

La elección del cisterciense pisano como sucesor de Lucio II que había muerto con ocasión de un atentado, elección que no había sido del agrado de San Bernardo, estaba relacionada no sólo con consideraciones de reforma en el Colegio cardenalicio del que formaban parte en aquel momento tres cardenales pisanos, sino también de la difícil situación política en Roma. La elección tuvo lugar en el refectorio del monasterio de

San Cesario en el Palatino el mismo día de la muerte de Lucio y la entronización se hizo a las pocas horas en Letrán. Pero ya en la noche del 16 al 17 de febrero el nuevo Papa fue constreñido a abandonar la ciudad en revuelta. Fue consagrado obispo el domingo *exsurge* (antiguo domingo de Sexagésima), el 18 de febrero de 1145, en el monasterio de Farfa.

No se saben los motivos que impulsaron al abad Bernardo a tomar el nombre de Eugenio. En algunos compendios históricos medievales, Eugenio viene calificado como de *simplex*. Este calificativo no constituía de por sí un juicio negativo, sino que hace referencia, más bien, a la sencilla rectitud del monje y no indica necesariamente un modo especial de haber ejercitado sus funciones de gobierno en Pisa y en Roma antes de su elección.

Eugenio no estableció nunca buenas relaciones con los romanos. Durante su pontificado de ocho años, cuatro meses y tres semanas, sólo estuvo entre ellos, sumando sus diversas estancias, un año y medio escaso. En los primeros años su residencia favorita fue Viterbo; más tarde se aposentó en Túsculo, Ferentino y Segni. En Roma mandaba el Senado, restaurado en 1144 según el modelo antiguo, teniendo como cabeza al patrio Giordano Pierleoni, descendiente, curiosamente, de una familia de judíos convertidos y hermano del papa Anacleto II, fallecido en 1138. Eugenio excomulgó a Giordano al comenzar su pontificado, pero a finales de aquel mismo año cerró un acuerdo con los romanos, en el que, por un lado, se reconocía la existencia del Senado por parte del Papa y, por otro, los romanos aceptaban el cargo de «Prefecto de la urbe» nombrado por el pontífice. Gracias a este acuerdo Eugenio pudo volver a Roma; pero su estancia sólo duró hasta marzo de 1146.

Pronto, Arnaldo de Brescia, un tribuno que clamaba contra los vicios del clero, pero que en 1145 se había sometido al Papa en Viterbo, se constituyó de nuevo en guía espiritual de los romanos. Eugenio exhortó mediante una carta a los ciudadanos de Roma a no dejarse arrastrar por la influencia de Arnaldo. Pero como no le hicieron caso tuvo que excomulgarle en 1148.

En esto, en el otoño de 1149, el Senado invitó al alemán Conrado III a venir a Roma y recibir la corona imperial de manos del senado romano y establecer allí su residencia. Tal invita-

ción no obtuvo respuesta y Eugenio pudo volver a su ciudad durante un breve período, gracias a la ayuda militar de los normandos. La última vez que estuvo en Roma fue en diciembre de 1152, esta vez bajo la mano militar germana, después que los romanos hubiesen intentado varias veces sustituir la autoridad papal por un par de tentativas imperiales.

En 1147 y 1148, empujado por los acontecimientos del Oriente cristiano, hizo un largo viaje a Francia. La reconquista de Edessa por parte de los infieles (Navidad de 1144) tenía preocupado al Papa ya antes que en noviembre de 1146 el obispo Ugo de Gablah llegase a Viterbo con noticias más fidedignas y solicitando ayuda. El 1 de diciembre de 1145 en Viterbo, Eugenio había emanado la bula *Quantum praedecessores* con la que invitaba a la cruzada, bula que se renovó el 1 de marzo de 1146 en el Trastévere. El Papa esperaba sobre todo el concurso de los caballeros franceses, visto que el propio rey Luis VII había declarado su disponibilidad en la Navidad de 1145 durante una Dieta celebrada en Bourges. La participación de los germanos debió, a su vez, serle menos atractiva, pues quería contar con ellos para resolver las cosas de Roma. Todavía un año después, también muchos príncipes alemanes y el mismo rey Conrado III tomaron la cruz en Spira impulsados por la predicación de San Bernardo. En abril de 1147 Eugenio autorizó a los príncipes germanos del norte a organizar un ejército para combatir a los todavía paganos eslavos. En el mismo año dio el consentimiento a Alfonso VII de Castilla para hacer una expedición militar contra los musulmanes en el contexto de la reconquista de España. Y en el verano de 1146, se hicieron tentativas con el emperador Manuel I de Bizancio, para que participara en la Cruzada; el 5 de octubre de 1146, desde Viterbo el Papa ordenó finalmente al clero italiano predicar la santa Cruzada. No obstante, a pesar de sus muchos esfuerzos el Papa no logró conservar el control de tal empresa.

Eugenio inició su viaje a Francia partiendo en los primeros días de 1147 desde Viterbo. Llevaba un séquito de al menos diecisiete cardenales. En base a la bula emanada durante este viaje es posible reconstruir el itinerario de la corte pontificia. Pasaron por muchas ciudades: Marturi, Lucca, Pontrémoli, Vercelli,

Susa; y pasados los Alpes alcanzaron Lyon y poco después Cluny. El encuentro con el rey de Francia tuvo lugar en Dijon el 20 de marzo. A continuación el Papa y el rey continuaron juntos el viaje; llegaron a Claraval, el monasterio de San Bernardo, el 6 de abril y continuaron por Troyes, Provins y Meaux. Celebraron la Pascua el 20 de abril, en París, con gran solemnidad, que incluía la coronación y unción del propio rey, por parte del Papa, en la iglesia abacial de St-Denis. Se sabe que en una procesión celebrada en honor de Santa Genoveva, patrona de París, se levantaron violentos disturbios antipapales incitados presumiblemente por los partidarios de Abelardo y de Arnaldo de Brescia y que indujeron al Papa a establecer algunas reformas monásticas.

El ejército cruzado se puso en marcha a las órdenes del Rey francés el 2 de mayo de 1147 y le siguió el alemán conducido por Conrado III. El Papa permaneció en Francia pasando el verano y el comienzo del otoño, casi siempre en Auxerre. En noviembre pasó a territorio alemán viviendo hasta finales de febrero de 1148 entre Verdun y Tréveris. De allí salió finalmente para Reims, a donde llegó para celebrar la Pascua. De Reims inició viaje de retorno a Italia, viaje que se prolongó más de medio año, pues su llegada a Viterbo se constata por primera vez el 30 de diciembre de 1148.

Durante su viaje, de casi dos años, el Papa celebró dos concilios en Francia, uno en París y otro en Reims, y un tercero en Cremona, Italia. Se había programado celebrar otro concilio en Tréveris, territorio alemán, pero no se llevó a cabo. De los cánones emanados por esos concilios sólo se conservan los de Reims, aunque en diversos archivos se conservan documentos y noticias de los temas tratados en los otros concilios.

En el caso del concilio de París, celebrado en fechas no precisas, aunque probablemente poco después de la llegada del Papa a la ciudad (Pascua de 1147), se trató sobre todo de un largo consistorio en el que se discutió sobre el obispo de Poitiers, Gilberto Porretano, sospechoso de herejía en cuanto a su doctrina sobre la Trinidad. También se debatieron otros problemas de política eclesiástica, como el de la destitución del arzobispo de York, San Guillermo Fitzherbert, por dudarse de su elección canónica (cf. *Año cristiano. Junio*, p.182-189).

Un año más tarde, en marzo de 1148, se reunieron en Reims más de cuatrocientos obispos y abades (la mayoría franceses), convocados por el Papa para un concilio. Los cánones allí promulgados repetían disposiciones de hacía treinta años sobre el celibato y la disciplina del clero. En él se vuelven a declarar nulas todas las disposiciones del antipapa Anacleto II y se condenan algunas de las herejías que entonces se predicaban en la Gascuña y en la Provenza. Las sanciones hacen hincapié probablemente en el sacerdote Pedro Bruis y en el monje Enrique contra el que San Bernardo había emprendido una campaña doctrinal en 1145. Bernardo de Claraval participó personalmente en el concilio y su influencia en él fue grande.

Pero la decisión más importante de este concilio fue la de suspender a los arzobispos de Maguncia y de Colonia que no se habían presentado en Reims a pesar de los contactos amistosos que el propio Eugenio había tenido con ellos en Tréveris. Mas las motivaciones de esta decisión no están del todo claras y sólo dejan paso a suposiciones. En Francia las suspensiones alcanzaron a los obispos de Orleáns y Troyes. Por lo demás, el concilio tuvo que entrar en el conflicto de la sede primada, contestada por Lyon, Vienne y Bourges y ocuparse también de temas relacionados con las exenciones en las diócesis de Bourges, París, Sens, Autun y Rouen. Eugenio suspendió a casi todos los obispos ingleses, porque habían desertado del concilio a causa del veto que sobre ellos había extendido su rey. La única excepción fue la del arzobispo de Canterbury que no se había dejado intimidar, obteniendo como premio el reconocimiento de su «primado» contra los argumentos de York. El rey inglés Esteban fue citado ante el tribunal pontificio para justificar su veto pero prefirió no acudir. También se trató sobre el primado de Toledo que era contestado por diversas sedes de la península ibérica.

No sólo los viajes, sino las legaciones, confiadas por lo demás a cardenales, garantizaban la influencia del Papa fuera de los estados pontificios, aunque la avidez y el lujo de los emisarios eclesiásticos suscitaban a menudo ásperas críticas. Los legados debían resolver tanto cuestiones políticas como eclesiásticas, pero en la práctica prevalecían las acciones específicamente diplomáticas. Se enviaron legados a Alemania para comunicar la

anulación del primer matrimonio de Federico I con Adela de Vohburg, ya parientes entre sí. Más grave, y de consecuencias históricas importantes, fue el divorcio del rey francés Luis VII con Leonor de Aquitania acaecido un año antes, con el consentimiento del Papa, pero sin el envío de legado pontificio.

En la segunda cruzada, de 1147 a 1148, Eugenio III se hizo representar por el cardenal obispo de Porto, Dietwin, mientras el cardenal presbítero Guido de San Crisógono acompañó a los cruzados franceses. El obispo Anselmo de Havelburg hizo de legado pontificio en 1147 en la cruzada contra los serbios. En la primavera de 1147 el cardenal Dietwin, y, tras él, el cardenal Guido de San Cosme y San Damián, canciller de la Iglesia romana, trataron con Conrado III a propósito de su participación en la cruzada, aunque Eugenio hubiese preferido, como ya se ha apuntado, una renuncia para poder contar con él para defender los intereses del Papa en Roma.

La canonización de San Enrique II (1002-1024) ya se preparó desde el comienzo del pontificado de Eugenio para obtener los favores de la realeza germana. Se realizó en 1146. Por lo demás, los intercambios de embajadores entre la corte pontificia y Alemania fueron particularmente intensos a lo largo de todo el pontificado de Eugenio III. El arzobispo Adalberto era considerado como el legado permanente del Papa en Alemania. Pero había otros legados ocasionales, hasta cinco o seis cardenales curiales a los que se ve actuar en diversos puntos de la geografía germánica. Y, finalmente, el mismo año de su muerte, el cardenal Bernardo de San Clemente y Gregorio del Santo Ángel concluyen en nombre de Eugenio III un tratado con el nuevo rey Federico Barbarroja.

También tuvo que intervenir entre bohemios y polacos que estaban enemistados por los conflictos dinásticos. En 1148 un legado pontificio, Juan, que era sólo subdiácono, fue enviado a Polonia mientras que el cardenal diácono Guido de Cremona lo fue a Moravia. En Inglaterra el obispo Enrique de Winchester, hermano del rey Esteban y legado permanente del Papa, fue sustituido en su legación, hacia 1150, por el arzobispo de Canterbury, Teobaldo; siendo este cambio otra medida que se tuvo que tomar por los conflictos existentes entre el Papa y la corona inglesa.

En los años 1151 y 1152 el cardenal presbítero Juan Paparo de San Lorenzo in Damaso marchó a Escocia e Irlanda. Objeto de su misión fue la separación de la Iglesia escocesa, al norte de la Isla, de la metropolitana de York. En cambio, en Irlanda se trató de elevar al rango de *metropolitán* a cuatro obispos. Un cardenal inglés, Nicolás Breakspear (futuro Adriano IV), fue enviado a los países escandinavos, y a él se debe la erección del arzobispado de Nidaros (Trondheim) en Noruega, que fue separado de la sede metropolitana danesa-sueca de Lund mientras que al arzobispo de esta ciudad le fue entregado el palio de parte del Papa. En Suecia el legado presidió un sínodo en Linköping donde se decretaron normas disciplinares y se obtuvo del rey que pagara el óbolo de San Pedro.

Los ocho años de pontificado dieron mucho juego político y sería largo enumerar todos los movimientos político-eclesiásticos de aquel pontificado. Basta con recordar que el Papa quiso restaurar el antiquísimo orden de la autoridad bilateral del Papado y el Imperio mediante el tratado de Constanza en 1153. Además, de Eugenio III se conservan más de mil bulas que en general son confirmaciones de los derechos y bienes de entidades religiosas y eclesiásticas.

Entre los que recibieron más seguridades de protección papal se encuentran los privilegiados cistercienses, hermanos de orden. Se cuenta que Eugenio III siempre se consideró un monje y que debajo de los vestidos pontificios siempre llevaba el hábito cisterciense. Elevó al cardinalato a tres monjes de su orden, y en 1152 confirmó la *Charta Charitatis* introduciendo algunos detalles que tenían como fin resguardar la paz eclesiástica y las normativas de la exención de los entredichos.

Ningún signo exterior o interior revela que haya habido durante su gobierno cambios especiales, si bien se puede indicar anecdóticamente que por primera vez en una bula del 10 de abril de 1153 dirigida a los canónigos de San Pedro aparece el título de «*vicarius Christi*» aplicado al Papa; probablemente esta denominación se debe a la influencia de San Bernardo y reivindica para el Papa la función de máximo guía espiritual.

De San Bernardo se conservan cuarenta cartas dirigidas a Eugenio III y su tratado *De consideratione ad Eugenium Papam*, es-

crito entre 1148 y 1153. La obra de San Bernardo testimonia un grado máximo de unión espiritual entre el maestro y el alumno que ha llegado a sentarse en la sede de Pedro. En todos estos escritos se desarrolla un programa de reforma eclesiástica basado en el ideal de la pobreza apostólica que también debe practicar el papado. La posición de Bernardo era, en aquel momento, completamente opuesta a la de Gerhoch, el docto preboste del monasterio de los canónigos regulares de Reichesberg que en sus escritos se declaraba contrario a las novedades y reformas bernardinas. Gerhoch había dedicado sus obras a Eugenio poco después de que fuese elegido Papa, y éste le había alabado por ello.

Eugenio también había entrado en correspondencia con Santa Hildegarda de Bingen, con Pedro Lombardo y con Pedro el Venerable, que pudo decir a San Bernardo que se había sentido confundido al visitarlo en Roma ya que Eugenio le había dado tantas muestras de respeto y consideración que parecía que él era el Papa y Eugenio el discípulo e hijo. Su gran interés por la teología le impulsó, además, a invitar al obispo Anselmo de Havelberg a escribir *Los diálogos*, en los cuales Anselmo, embajador imperial en Constantinopla entre 1135-1136, da cuenta de las disputas mantenidas con los teólogos greco-ortodoxos a cuyo frente estaba el arzobispo Niketas de Nicomedia. Y también, a invitación del Papa, el jurista Burgundión de Pisa, que había acompañado a Anselmo a Constantinopla, tradujo del griego las obras de San Juan Damasceno y las publicó bajo el título de *De fide orthodoxa*. Algunos investigadores modernos han mencionado la posibilidad de que el Papa hubiese animado al monje camaldulense Graciano a emprender su famosa colección canónica.

La *Vita* de Eugenio III en el *Liber pontificalis*, revisado y continuado por Bosone, trata sólo de los inicios del pontificado y es un tanto escaso de datos. El hecho es tanto más sorprendente cuanto que Bosone, funcionario de la Curia, estaba bien informado de los acontecimientos y estaba muy interesado en la suerte del papado y del Estado de la Iglesia. Se le ha atribuido a Bosone un elenco, hoy perdido, de los bienes de la Iglesia y de sus ingresos en tiempos de Eugenio III, y que fue utilizado si-

glo y medio más tarde por Cencio Savelli, el futuro Honorio III, en su *Liber censuum*. De todo ello se deduce que durante el pontificado se agenciaron muchos bienes a favor de la corte pontificia y los gastos también fueron múltiples a causa de diversas construcciones emprendidas en los palacios apostólicos del Vaticano, etc. No puede decirse que en eso el Papa siguiera los ideales cistercienses, por lo que no es de extrañar que el propio San Bernardo manifestase en más de una ocasión su perplejidad y dudas de la capacidad del cohermano para guiar a la Iglesia a partir de sus ideales, que evidentemente no todos compartían.

La historiografía pontificia posterior fue más clemente con Eugenio III, que dejó un buen recuerdo sobre todo en su ciudad natal Pisa y entre los cistercienses. Ya entre los contemporáneos se le llamaba «beato», aunque en la época no era necesariamente un calificativo que tuviese un sentido canónico. A partir de la mitad del siglo XVI empieza a aparecer su fiesta en los libros litúrgicos cistercienses, como «Beato»; finalmente, a petición de los cistercienses, el ahora Beato Pío IX, el 3 de octubre de 1872 confirmó su culto, estableciendo su fiesta en el día de su muerte, el 8 de julio. En la historia de la Iglesia, tal como hoy se la considera, el pontificado del Eugenio III marca el fin de la época de la reforma gregoriana.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VII: *Juillet* (Paris 1948) 190-192.
- VREGILLE, B. DE, Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. V/1: *Enchantement-Eucharistie* (Paris 1913) cols.1490-1682.
- ZIMMERMANN, H., Art. en *Enciclopedia dei Papi*, II (Roma 2000) 279-284.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS ÁQUILA Y PRISCILA

Compañeros de San Pablo († s. 1)

Áquila y Priscila o Prisca fueron discípulos y colaboradores del apóstol San Pablo y como tales aparecen en el Libro de los Hechos de los Apóstoles y en las Cartas paulinas. Áquila era de raza judía y su familia era originaria del Ponto. El matrimonio había tenido que dejar Roma cuando un decreto de Claudio expulsó a los judíos de la capital del Imperio. Pablo se unió a ellos y se alojó en su casa en Corinto porque Áquila tenía su misma profesión, la de tejedor de tiendas. Cuando Pablo dejó Corinto se fueron con él, pero se quedaron en Éfeso mientras él viajaba por Siria. En ausencia de Pablo instruyeron a Apolo, un judío bien versado en las Sagradas Escrituras pero que conocía el cristianismo de forma deficiente y no había recibido sino el bautismo de Juan. Cuando Pablo escribe a los romanos da recuerdos para ellos, lo que indica que a la muerte de Claudio habían vuelto a Roma, y los elogia diciendo que no dudaron en exponer su vida por Pablo. No se sabe a qué se refiere Pablo, y si lo hace, quizás, al alboroto de Éfeso. Los saludos que manda son también extensivos a la iglesia que se reúne en su casa. Cuando en el año 57 Pablo escribe su primera carta a los Corintios manda recuerdos del matrimonio Áquila y Priscila y de la iglesia que se reúne en su casa. Pablo en carta a Timoteo desde Roma les manda saludos. No se tienen de ellos posteriores noticias.

SAN KILLANO

Obispo y mártir († 689)

Kiliano era irlandés, nacido seguramente en Mullagh, diócesis de Kilmore. Cuando aparece en la historia lo hace liderando un grupo de once compañeros que se lanzaban a la evangelización del continente. Seguramente ya tenía Kiliano la dignidad episcopal. Llegaron a la desembocadura del Rin y anduvieron por su orilla hasta llegar al Main, donde embarcaron y se dirigie-

ron a la ciudad de Würzburg. Aquí empezó su labor evangelizadora que se llevó a cabo con éxito. Convertido el jefe Gozberto, Kiliano viajó a Roma donde sometió su labor al papa San Conón († 687) y, después de dos años, volvió a su labor misionera. Al llegar se encontró con que Gozberto se había casado con su cuñada y no dudó en reprocharle semejante matrimonio como contrario a la ley de la Iglesia, por lo que ella urdió el asesinato de Kiliano. Desde entonces es venerado como mártir y sus reliquias se llevaron más tarde a la catedral de Würzburg.

SAN ADRIANO III

Papa († 885)

No han faltado historiadores que se extrañen de que a este papa se le dé nombre y culto como a santo, insistiendo en que no todos sus actos fueron verdaderamente ejemplares, pero es un hecho que desde su muerte los fieles lo veneraron como santo en su tumba en San Silvestre de Nonantola.

Adriano era romano, hijo de Benedicto, y, como miembro del clero romano, había debido asistir al horroroso final del pontificado de Juan VIII, que fue asesinado. Hubo de ver, igualmente, que en el torbellino de las luchas romanas por el poder, el sucesor de Juan VIII, Marino I, ascendía a la sede romana siendo ya obispo, lo que iba contra la tradición, y que los continuos tumultos impedían la paz en Roma. Adriano, elegido el 17 de mayo del año 884, quería la paz. La quería entre Oriente y Occidente y la quería igualmente en Roma. Por ello, sin duda, pensó que algunos castigos ejemplares a intrigantes y alborotadores, como Jorge del Aventino y María, la mujer del *superista* Gregorio, contribuirían a aplacar los ánimos y poner paz por el camino de la justicia. Hoy pueden parecer castigos crueles, pero entonces parecieron sin duda justos y eficaces.

Igualmente podemos ver en la voluntad de Adriano III de acudir a la dieta de Worms para jurar un heredero al imperio, aunque fuera un heredero bastardo, el deseo del Papa de dejar zanjado, mediante el acuerdo y el consenso, un asunto que podría prestarse a ambiciones, discusiones y guerras. Habiéndose reunido en la persona de Carlos el Gordo toda la monarquía de Carlo-

magno, era sensato fijar el heredero en una dieta e impedir que la herencia se convirtiera en un motivo de disensión y violencia. Llevado por su amor a la paz, el papa Adriano III decidió aceptar la invitación del emperador y hacerse personalmente presente en la misma con el peso de su autoridad canónica y moral. Pero en el camino, cerca de Módena, se sintió enfermo y murió en la aldea de Spilamberto (otros dicen que fue en Vilzacara) el 8 de julio del año 885. Su cadáver fue llevado a enterrar al monasterio de San Silvestre de Nonantola. El culto que se le venía dando fue confirmado por el papa León XIII el 10 de junio de 1891.

BEATO MANCIO ARAKI

Mártir († 1626)

Mancio Firozayemon Araki era persona de clase acomodada, nacido en el seno de una familia ya cristiana, que lo educó en la fe, haciendo de él un hombre de sólidas convicciones católicas. Vivía en la misma casa con su hermano Matías y decidieron ambos hermanos dar acogida en ella a los misioneros cristianos.

Por un lado su casa, situada en el pueblo de Coxinorxu, reino de Arima, estaba suficientemente alejada y discreta como para que pudiera pasar inadvertida la presencia en ella de algún sacerdote. Por otra parte, en el reino de Arima no se estaban urgiendo los decretos persecutorios contra el cristianismo. Pero cuando en abril de 1625 el rey de Arima visitó la corte imperial y vio cómo eran perseguidos los cristianos cobró miedo de que su blandura se viera como desobediencia al emperador y decidió entonces urgir la persecución en su reino. Cuando esto se hizo público, los más de los cristianos se dispusieron al martirio, pero no faltaron apóstatas que querían a todo trance salvar la vida y se ofrecieron a delatar el paradero de los misioneros y de los que los ocultaban. Se hallaba en casa de Mancio y Matías el padre jesuita beato Francisco Pacheco, provincial de la Compañía en Japón. Un delegado del rey, sabiendo el paradero del P. Pacheco, se llegó al pueblo de Mancio y Matías, puso guardias en todas las salidas y se dirigió a la casa. El P. Pacheco, al conocer la presencia de los soldados, salió a la puerta de la casa, intentando evitar que Mancio y Matías fueran acusados de alojar-

le, pero ambos hermanos fueron obligados a salir y se les arrestó como al misionero.

Los tres, junto con otros detenidos, fueron llevados a la cárcel y tuvieron una severa prisión. Mancio, enfermo de tuberculosis, empeoró notablemente y pese a los ruegos de sus compañeros se le dejó morir en la cárcel, donde exhaló su alma el 8 de julio de 1626. Cuatro días más tarde su cadáver fue llevado a la colina de Nagasaki, donde sus compañeros fueron martirizados y el cadáver de Mancio quemado. Uno de los mártires, el Beato Juan Tanaka, le dio un abrazo al cadáver en señal de veneración por el cuerpo de un mártir. Fue beatificado por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

SAN JUAN BAUTISTA WU WENYIN

Padre de familia y mártir († 1900)

Juan Bautista Wu Wenyin (Ou Wenn Yin) era un hombre casado y padre de familia, cristiano fervoroso y administrador de los bienes de la pequeña comunidad cristiana de su pueblo, Young-Nien.

Cuando empezó la revolución bóxer hubo una revuelta en su pueblo y como consecuencia de ella una muerte. Vino entonces el mandarín y arrestó a varias personas, entre ellas nuestro mártir. Pero en el curso del juicio quedó claro que él apenas había tomado parte en la revuelta y que era ajeno por completo a la muerte. No obstante, y visto que era cristiano, se le condenó a ser decapitado, y se vio que era su cristianismo la causa de su condena. Los cristianos lo tuvieron desde el principio por mártir. Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

9 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Los santos Agustín Zhao Rong, presbítero, Pedro Sans, obispo, y compañeros mártires de China que padecieron por el evangelio en dife-

rentes tiempos y persecuciones (s. XVII-XX), y que son: Luis Versiglia, Antonino Fantosati, Francisco Fogolla, Gabriel Taurino Dufresse y Gregorio Grassi, obispos; Cesidio Giacomantonio, Elías Facchini, Juan de Triora (Francisco María), José María Gambaro, Teodorico Balar, de la Orden de Hermanos Menores; Francisco Serrano, Joaquín Royo, Francisco Díaz del Rincón, Juan Alcober, de la Orden de Predicadores; León Ignacio Mangín, Modesto Andlauer, Pablo Denn, Remigio Isoré, de la Compañía de Jesús; Alberico Crescitelli, del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras; Augusto Chapdelaine y Juan Pedro Neel, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París; Calixto Caravario, de la Sociedad Salesiana; Francisco Regis Clet, de la Congregación de la Misión; Pablo Lieou Han Tso y Tadeo Liu Ruiting, todos ellos sacerdotes; María de la Paz (María Ana) Giuliani, María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, María Adolfinia (Ana Catalina) Dierk, María Amandina (Paulina) Jeuris, María Clara (Clelia) Nanetti, María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, vírgenes, del Instituto de Franciscanas Misioneras de María; José Zhang Wenlan y Pablo Chen Changpin, alumnos del seminario; Juan Wang Rui, Juan Zhang Huan, Juan Zhang Jingguang, Patricio Dong Bodi, Felipe Zhang Zihe, Andrés Bauer, Francisco Zhang Rhong, Matías Feng De, Pedro Wu Anpeng, Pedro Zhang Banniu, Simón Chen Ximan, Tomás Shen Jihe, éstos religiosos; Jerónimo Lou-Tin-Mei, Joaquín He Kaizhi, Juan Chen Xianheng, Juan Zhang Tianshen, Juan Zhang Dapeng, Lorenzo Wang Bing, Lucía Yi, Martín Wu Xuesheng, Pedro Liu Wenyuan, Pedro Wu Guosheng, todos ellos catequistas; Agueda Lin, Inés Cao Kuiying, Andrés Wang Tianqing, Ana An Jiaozhi, Ana An Xinzhi, Ana Wang, Bárbara Cui Lianzhi, Isabel Qin Bianzhi, Santiago Yan Guodong, Santiago Zhao Quanzin, Juan Bautista Lou Tingyin, Juan Bautista Wu Mantang, Juan Wu Wenyin, Juan Bautista Zhao Mingxi, Juan Bautista Zhou Wurui, Juan Wang Guixin, Juan Wu Wenyin, José Ma Taishun, José Wang Guiji, José Wang Yumei, José Yuan Gengjyin, José Yuan Zaide, Lang Yangzhi, Lorenzo Bai Xiaoman, Lucía Wang Cheng, Lucía Wang Wangzhi, Magdalena Du Fengju, Marcos Ji Tianziang, María An Guozhi, María An Lihua, María Du Tianshi, María Du Zhaozhi, María Fan Kun, María Fu Guilin, María Guo Lizhi, María Qi Yu, María Wang Lizhi, María Zhao Guozhi, María Zhao, María Zheng Xu, María Zhou Wuzhi, Marta Wang Lizhi, Pablo Ke Tingzhu, Pablo Lang Fu, Pablo Liu Jinde, Pablo Wu Juan, Pablo Wu Wanshu, Pedro Li Quanhui, Pedro Liu Ziyu, Pedro Wang Erman, Pedro Wang Zuolong, Pedro Zhao Mingzhen, Pedro Zhou Rixin, Raimundo Li Quanzhen, Rosa Chen Aixie, Rosa Fan Hui, Rosa Zhao, Simón Qin Chunfu, Teresa Chen Jinxie, Teresa Zhang Hezhi, Xi Guizi y Zhang Huailu, seglares **.

2. En Regio (Emilia), Beata Juana Scopelli († 1491), virgen, de la Orden Carmelita *.

3. En Londres (Inglaterra), Beato Adrián Fortescue († 1539), padre de familia y mártir *.

4. En Brielle (Holanda), santos Nicolás Pieck y compañeros mártires [Santos mártires de Gorkum] († 1572): Jerónimo de Weert, Teodorico

van der Eem, Nicasio de Heeze, Wilealdo de Dinamarca, Godofredo Coart de Melveren, Antonio de Hoornaert, Antonio de Weert y Francisco de Roye, presbíteros de la Orden de Hermanos Menores, con Pedro van der Slagmolen d'Assche y Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, religiosos legos de la misma Orden; Juan Lenaerts, canónigo regular de San Agustín, Juan de Colonia, presbítero de la Orden de Predicadores; Adriano de Hilvarenbeek y Santiago Lacops, presbíteros de la Orden Premonstratense; Leonardo Vechel, Nicolás Poppel, Godofredo van Duynen y Andrés Wouters, sacerdotes seculares **.

5. En Tiferno (Umbría), Santa Verónica Giuliani († 1727), virgen, de la Orden de Clarisas Capuchinas **.

6. En Orange (Francia), beatas María Ana Magdalena de Guilhaemier y María Ana Margarita de Rocher († 1794), vírgenes, de la Orden de Santa Úrsula, mártires en la Revolución Francesa *.

7. En Kouy-Tcheu (China), San Joaquín He Kaizhi († 1839), catequista y mártir *.

8. En Tayuanfu (China), santos Gregorio Grassi y Francisco Fogolla († 1900), ambos religiosos franciscanos y obispos, y veinticuatro compañeros martirizados por los boxers en odio a la fe. Los nombres de estos veinticuatro compañeros son: Elías Facchini, Teodorico Balat, presbíteros, y Andrés Bauer, religiosos los tres de la Orden de Hermanos Menores; María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, María de la Paz (María Ana) Giuliani, María Clara (Clelia) Nanetti, María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, María Adolfin (Ana Catalina) Dierk, María Amandina (Paulina) Jeuris, religiosas de la Congregación de Franciscanas Misioneras de María; Juan Zhang Huan, Patricio Dong Bodi, Felipe Zhang Zihe, Juan Zhang Jingguang, Juan Wang Rui, Tomás Shen Jihe, Simón Chen Ximan, Pedro Wu Anpeng, Francisco Zhang Rong, Matías Feng De, Santiago Yan Guodong, Pedro Zhang Banniu, Santiago Zhao Quanzin y Pedro Wang Erman, seglares *.

9. En São Paulo (Brasil), Santa Paulina del Corazón Agonizante de Jesús (Amable Visintainer) († 1942), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanitas de la Inmaculada Concepción **.

10. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Fidel Chijnacki († 1942), religioso capuchino y mártir *.

11. En Roma, Beata María de Jesús Crucificado Petkovic († 1966), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES DE CHINA

(† 1648-1930)

97
Su Santidad Juan Pablo II canonizó el 1 de octubre del Año Santo 2000, día de Santa Teresa del Niño Jesús —era la tercera

canonización del Jubileo—, a Agustín Zhao Rong († 1815) y 119 compañeros mártires, víctimas de varias persecuciones en China. El régimen de Pekín reaccionó indignado por considerarlos «criminales» y «traidores a la patria», y entendió su canonización como «insulto al pueblo chino». El Papa, sin embargo, aclaró en la homilía que sería la historia, con el sereno juicio que impone la distancia, la encargada de juzgar las complejas épocas vividas en China y que la Iglesia, canonizándolos, lo único que había pretendido era «reconocer que son un ejemplo de coraje y de coherencia para todos y que honran al pueblo chino».

Imponente ceremonia la de aquel día, concitadas en la plaza de San Pedro cien mil personas, entre ellas varios miles procedentes de los lugares de origen o apostolado de los nuevos santos —Hong Kong, Taiwán, Mozambique, Eritrea, Sudán, España, Francia, Polonia, Estados Unidos, Colombia, Brasil, etc.—, que desafiaron la lluviosa mañana de Roma. Juan Pablo II proclamó santos a 87 mártires chinos de los siglos XVII al XX —obispos, sacerdotes, seminaristas, hombres y mujeres laicos que ejercieron como catequistas, incluso niños— y a 33 misioneros extranjeros de España —seis nada menos—, Francia, Bélgica y Holanda, pero apóstoles en China esos siglos y ajusticiados igual que los nativos por difundir allí el evangelio. El Vaticano eligió como cabeza de grupo al sacerdote chino Agustín Zhao Rong. Y los católicos de Hong Kong, a pesar de las presiones comunistas, celebraron con misas especiales la canonización de los 120 mártires, comprendidos los mencionados 87 chinos, primeros del país comunista en ser declarados santos.

Fueron canonizadas, también, con los 120 mártires: sor María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, fundadora de las Siervas de Jesús de la Caridad, sor Katherine Drexel y sor Josefina Bakhita. Las lecturas, oraciones y cantos sonaron en diversas lenguas, mientras un grupo de chinos ataviados con sus trajes tradicionales participó en la procesión del Evangelio y otro de africanos danzó acompañando la procesión del ofertorio al mismo tiempo que se cantaba en árabe. Concelebraron con el Papa cuatro cardenales y medio centenar de arzobispos, obispos y superiores de institutos religiosos. San Agustín Zhao Rong y los 119 compañeros mártires fueron ejecutados entre 1648 y 1930.

El evangelio llega a China en el siglo V. Con los albores del siglo VII surge allí la primera iglesia. Florece la comunidad cristiana bajo la dinastía Tang (618-907) y, en el XIII, la comprensión del pueblo chino y sus culturas, que tuvieron notables misioneros como Juan de Montecorvino, que impulsó la primera misión católica en el «Reino del medio» con sede episcopal en Vejen. No extrañe, pues, que desde el siglo XVI, cuando las comunicaciones entre Oriente y Occidente empezaron a ser más frecuentes, la Iglesia católica venga practicando el deseo de llevar a este espacioso pueblo asiático la luz del Evangelio, de suerte que sus rayos puedan enriquecer más aún el inapreciable tesoro de tradiciones culturales y religiosas, tan ricas como profundas. De estos madrugadores orígenes y del floreciente desarrollo posterior, así como de la dolorosa decadencia de la Iglesia china, uno de los capítulos más tristes de la historia del pueblo de Dios en el continente asiático, se ocupó la Asamblea especial para Asia del Sínodo de los obispos, desarrollada del 18 de abril al 14 de mayo de 1998 en el Vaticano.

Desde los más remotos orígenes del pueblo chino, mitad del tercer milenio antes de Cristo, poco más o menos, el sentimiento religioso hacia el Ser Supremo y la piedad filial y devota hacia los antepasados difuntos conforman las características más relevantes de su cultura milenaria. Esta nota de neta religiosidad se halla, con mayor o menor presencia, según casos y lugares, en los chinos de todos los siglos, hasta en los del nuestro, cuando bajo el influjo del ateísmo occidental, algunos intelectuales, especialmente los educados en el exterior, han querido desprenderse, como algunos de sus maestros occidentales, de cualquier idea religiosa que pudieran tener. El secularismo y la ausencia de criterios morales son ingredientes muy comunes en los pueblos todos de esta sociedad globalizada y posmoderna.

A partir de las últimas décadas del XVI varios misioneros católicos pusieron rumbo a China: habían sido elegidas, con gran esmero, personas como Matteo Ricci y otros, teniendo en cuenta, además de su espíritu de fe y amor, sus capacidades culturales y sus cualidades en diversos campos del saber, en especial de la astronomía y de las matemáticas. De hecho, gracias a estos tales y al aprecio que los misioneros demostraron sentir por el

notable espíritu de investigación de los estudiosos chinos, pudieron establecerse pronto muy provechosas relaciones de colaboración científica que sirvieron luego, a su vez, para abatir murallas y abrir puertas sin fin, incluso las de la corte imperial, y entablar muy útiles contactos con personas de gran capacidad científica. La calidad de la vida religiosa de estos misioneros indujo a no pocas figuras de alto nivel social a conocer mejor el espíritu evangélico que éstos anunciaban. A finales del siglo XVI y principios del XVII, fueron numerosos los que, adquirida la debida preparación, pidieron el bautismo y llegaron a ser fervientes cristianos, manteniendo con justo orgullo, sin tregua y por doquier, la identidad china de su cultura. El cristianismo entonces fue visto, en cuanto a los valores del pueblo chino, como realidad conciliadora y enriquecedora, nunca opuesta o recelosa, y menos aún, claro es, destructiva. Era el Evangelio así como energía de nueva luz procedente de otra dimensión. Se dio, en suma, una especie de actitud similar a la de los apologistas de la primera patristica.

Gracias a las fluidas relaciones entre algunos misioneros y el mismo emperador K'ang Hsi, y, también, a los servicios de éstos para restablecer la paz entre el «zar» de Rusia y el «hijo del cielo» —o sea, el emperador— se consiguió que éste promulgara en 1692 el primer decreto de libertad religiosa disponiendo que todos los súbditos podían seguir la religión cristiana y los misioneros predicarla en sus vastos territorios. A resultas de lo cual, la acción misionera y la difusión del Evangelio se desarrollaron notablemente y no pocos chinos, atraídos por la luz de Cristo, pidieron el bautismo. Desdichadamente, la complicada cuestión de los «ritos chinos» irritó sobremanera al emperador K'ang Hsi, quien, a todas luces influenciado por la actitud del vecino Japón, desató la persecución que, de manera abierta o solapada, violenta o velada, se prolongó en sucesivas oleadas desde la primera década del siglo XVII hasta el XX, llevándose por delante a numerosos misioneros y fieles laicos y destruyendo muchísimas iglesias.

Fue el 15 de enero de 1648 cuando los Tártaros Manciù —hostiles a la religión cristiana—, luego de haber invadido la región del Fujian, dieron muerte al misionero español Francisco

Fernández de Capillas, sacerdote de la Orden de Predicadores. Una vez encarcelado y torturado, sufrió decapitación mientras rezaba, con otros, los misterios dolorosos del rosario. Reconocido por la Santa Sede como protomártir de China, fue beatificado junto a otros catorce mártires por San Pío X el 2 de mayo de 1909.

Hacia mediados del siglo XVIII, otros cinco misioneros españoles, también dominicos, que habían ejercido su apostolado entre 1715-1747, corrieron igual suerte a causa del nuevo envite persecutorio iniciado en 1729 y recrudecido en 1746 —época de los emperadores Yung-Cheng y su hijo K'ien-Lung—. Se trataba del obispo Pedro Sanz i Jordá, martirizado el 26 de mayo de 1747 en Fuzhou; y de los sacerdotes Francisco Serrano Frías, elegido obispo titular de Tipasa de Mauritania; Joaquín Royo Pérez, Juan Alcober Figuera y Francisco Díaz del Rincón, martirizados el 28 de octubre de 1748 en Fuzhou. Todos ellos fueron beatificados por León XIII el 14 de mayo de 1893.

Una nueva ola de persecuciones contra la religión cristiana registra el siglo XIX. Mientras emperadores anteriores habían autorizado el catolicismo, Kia-Kin (1796-1821), en cambio, publicó numerosos y severos decretos en contra: el primero en 1805; otros dos en 1811 contra los chinos que estudiaban para las órdenes sagradas y los sacerdotes propagandistas de la religión cristiana; y en 1813 otro decreto exonerando de castigo a los apóstatas voluntarios, pero amenazando a los demás. Sufrió martirio, entonces, el chino Pedro Wu Guosheng, laico catequista, nacido de familia pagana que, una vez bautizado, pasó el resto de su vida anunciando la religión cristiana. Los intentos por que apostatase fueron inútiles. Sentenciado a muerte, murió estrangulado el 7 de noviembre de 1814. Siguió sus pasos José Zhang Dapeng, laico catequista, comerciante, bautizado en 1800, alma de la misión en Kony-Yang. Encarcelado, acabó de igual manera el 12 de marzo de 1815.

Ese mismo año se promulgan otros dos decretos aprobando la conducta del Virrey del Sichuan, que había hecho decapitar al obispo Dufresse, de las Misiones Extranjeras de París, y a muchos cristianos chinos. La persecución fue terrible, y entre sus víctimas están el mencionado obispo mártir Juan Gabriel

Taurin Dufresse, arrestado el 18 de mayo de 1815, conducido a Chengdu, condenado y ajusticiado el 14 de septiembre de 1815, y el cabeza de grupo de los ahora canonizados Agustín Zhao Rong, sacerdote diocesano chino, antiguo soldado de la escolta cuando Dufresse fue conducido desde Chengdu hasta Beijin. Tan impresionado le dejó en aquella ocasión la paciencia del prelado que, admitido entre los neófitos y regenerado con las aguas bautismales, ingresó en el seminario y, tras su ordenación sacerdotal, sufrió arresto y crueles suplicios, muriendo mártir en 1815. Asimismo, Juan de Tiora, OFM, sacerdote, prisionero con otros en el verano del 1815, condenado a muerte y estrangulado el 7 de febrero de 1816; José Yuan Gengiyin, sacerdote diocesano chino que, tras haber escuchado al obispo Dufresse hablar del cristianismo, quedó tan conmovido por la belleza de su fe que no tardó en ser un neófito ejemplar: ordenado más tarde sacerdote y entregado a la evangelización en diversos distritos, cayó prisionero en agosto de 1816 y acabó en el estrangulamiento el 24 de junio de 1817.

Cumple, asimismo, citar a Francisco Regis Clet, de la Congregación de la Misión, quien, obtenido permiso para ir a las misiones chinas, se había embarcado para el Oriente en 1791. Sacrificado misionero durante treinta años, tras evangelizar con incansable fervor tres inmensas provincias del Imperio —Jiangxi, Hubei, Hunan— y ser víctima de la traición de un mal cristiano, sufrió arresto, prisión y atroces suplicios, acabando estrangulado el 17 de febrero de 1820.

El mismo dramático final tuvieron los chinos Tadeo Liu Ruiting, sacerdote diocesano que se negó a apostatar diciendo que era sacerdote y quería ser fiel a la religión que había predicado (murió el 30 de noviembre de 1823); Pedro Liu Ziyu, catequista laico, arrestado en 1814 y condenado al exilio en Tartaria, donde permaneció casi veinte años hasta que, vuelto a la patria, fue de nuevo apresado y se le aplicó el estrangulamiento el 17 de mayo de 1834; Joaquín He Kaizhi, catequista laico, bautizado a los casi 20 años, prisionero en la gran persecución del 1814 con muchos otros fieles y sometido a crueles torturas; desterrado en Tartaria 20 años, regresó a la patria, donde fue nuevamente apresado y rehusó apostatar, de modo que, confirmada

la sentencia de muerte por parte del emperador, acabó como los anteriores el 9 de julio de 1839.

El sacerdote de la diócesis de Coutances, Augusto Chapdelaine, seminarista de Misiones Extranjeras de París, se había embarcado directamente a China en 1852, recalando en Guangxi a finales del 1854. Arrestado en 1856, torturado, condenado a muerte y enjaulado, expiró en febrero de 1856. Lorenzo Bai Xiaoman, laico chino y modesto obrero, hecho prisionero con Chapdelaine y conducido al tribunal donde no consiguieron que apostatase, fue decapitado el 25 de febrero de 1856. Inés Cao Kuiying, viuda, de antigua familia cristiana; dedicada a la instrucción de las muchachas jóvenes convertidas por Chapdelaine, fue arrestada, condenada a morir enjaulada y ajusticiada el 1 de marzo de 1856.

El 28 de enero de 1858, por orden del mandarín de Mao Kou, en la provincia de Guizhou, fueron ajusticiados tres catequistas, conocidos como los «Mártires de Mao Kou»: Jerónimo Lou Tin-Mey, Lorenzo Wang Bing y Águeda Lin. Se pidió a los tres que renunciaran a la religión cristiana, a lo que se negaron y, por ello, fueron decapitados.

El 29 de febrero de 1861 sufrieron el martirio, simultáneamente, dos seminaristas y dos laicos, de los cuales uno era cultivador y la otra una viuda que prestaba servicios de cocinera en el seminario. Conocidos como los «Mártires de Qingyanzhen (Guizhou)», son: José Zhang Wenlan, seminarista; Pablo Chen Changpin, seminarista; Juan Bautista Lou Tingying, laico; y Marta Wang Louzhi, laica.

El 18 y 19 de febrero de 1862, dieron su vida por Cristo los conocidos como «Mártires de Guizhou», es decir, Juan Pedro Neel, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París, y los catequistas laicos Martín Wu Xuesheng, Juan Zhang Tianshen, Juan Chen Xianheng y Lucía Yi.

Mientras tanto, habían ocurrido en lo político episodios con notables repercusiones para la vida de las misiones cristianas. En junio de 1840 el Comisario imperial de Guangdong, queriendo, con razón, suprimir el comercio del opio, en manos inglesas, había hecho arrojar más de veinte mil cajas de la droga al mar, pretexto de la inmediata guerra con victoria de los ingle-

ses: China debió firmar en 1842 el primer tratado internacional de los tiempos modernos, al que pronto siguieron otros con América y Francia. Aprovechando la ocasión, Francia sustituyó a Portugal como potencia protectora de las misiones y, como consecuencia, se promulgó un doble decreto: uno, de 1844, por el que se permitía a los chinos practicar la religión católica; otro, de 1846, suprimiendo las antiguas penas contra los católicos. Pudo entonces la Iglesia vivir abiertamente y ejercer su acción misionera, que desarrollaba, también, en el ámbito de la educación superior, universitaria y de la investigación científica. Al multiplicarse los diversos institutos culturales de alto nivel y gracias a su actividad, muy apreciada, se establecieron gradualmente lazos cada vez más profundos entre la Iglesia y China con sus ricas tradiciones culturales.

Esta colaboración favoreció la mutua estima y participación en aquellos valores llamados a regir siempre toda sociedad civil. Así transcurrió un siglo de expansión de las misiones cristianas, excepción hecha del período en que se abatió sobre ellas la desgracia de la insurrección de la «Asociación de la justicia y de la armonía» (conocida comúnmente como de los boxers). Ocurrió al principio del siglo XX y dio pie a un nuevo derramamiento de sangre de muchos cristianos. Es sabido que en esta revuelta confluyeron todas las sociedades secretas y el odio acumulado y reprimido contra los extranjeros de los últimos decenios del XIX a causa de las vicisitudes políticas y sociales que siguieron a la «guerra del opio» y a la imposición de los así llamados «Tratados desiguales» por parte de las potencias occidentales.

El móvil de la persecución a los misioneros europeos, fue, sin embargo, muy distinto. La causa de su eliminación fue puramente religiosa: mártires, pues, de igual modo que los fieles chinos que se habían hecho cristianos. Documentos históricos indiscutibles evidencian el odio anticristiano que impulsó a los boxers a asesinar a los misioneros y a los fieles locales adheridos a su doctrina. Respecto a ellos se hizo público un edicto el 1 de julio de 1900, en el cual se decía, en síntesis, que ya había pasado el tiempo de las buenas relaciones con los misioneros europeos y sus cristianos: que los primeros debían ser repatriados inmediatamente y los fieles obligados, bajo pena de muerte, a la

apostasía, por cuyo motivo sufrieron el martirio algunos de los primeros y muchos de los segundos, agrupados como sigue.

a) «Mártires de Shanxi», muertos el 9 de julio de 1900. Son Frailes Menores Franciscanos, a saber: Gregorio Grassi, obispo; Francisco Fogolla, obispo; Elías Facchini, sacerdote; Teodorico Balat, sacerdote; y Andrés Bauer, hermano religioso.

b) «Mártires del Hunan Meridional», asesinados el 7 de julio de 1900. También Frailes Menores Franciscanos: Antonino Fantosati, obispo; José María Gambaro, sacerdote; y Cesidio Giacomantonio, sacerdote (4 julio). A ellos hay que añadir las Franciscanas Misioneras de María, tres francesas, dos italianas, una belga y una holandesa: María Ermelina de Jesús (Irma) Gri-vot, María de la Paz (María Anna) Giuliani, María Clara (Clelia) Nanetti, María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, María Adolfina (Ana Catalina) Dierk y María Amandina (Paulina) Jeuris.

De los mártires chinos de la familia franciscana forman parte también once franciscanos seculares, todos chinos: Juan Zhang Huan, seminarista; Patricio Dong Bodi, seminarista; Juan Wang Rui, seminarista; Felipe Zhang Zhihe, seminarista; Juan Zhang Jingguang, seminarista; Tomás Shen Jihe, sirviente laico; Simón Qin Chunfu, catequista laico; Pedro Wu Anpeng, laico; Francisco Zhang Rong, laico agricultor; Matías Feng De, laico neófito; y Pedro Zhang Banniu, obrero laico. Cumple añadirles los fieles laicos chinos Santiago Yan Guodong, agricultor; Santiago Zhao Quanxin, sirviente; y Pedro Wang Erman, cocinero.

Cuando la rebelión de los boxers, iniciada en Shandong y extendida luego a Shanxi y Hunan, llegó también al sudeste de Tcheli —en aquel entonces vicariato apostólico de Xianxian, confiado a los jesuitas— los cristianos asesinados se contaron por millares. Entre ellos, cuatro misioneros jesuitas franceses y cincuenta y dos cristianos laicos chinos: hombres, mujeres y niños; el más anciano de ellos de 79 años, mientras que los dos más jóvenes sólo tenían 9 años. Todos sufrieron el martirio en julio de 1909; muchos, en la iglesia del pueblo de Tchou-Kiaho, donde se habían refugiado y estaban orando. Fueron beatificados el 17 de abril de 1955 por Pío XII.

Los cuatro sacerdotes jesuitas franceses eran: León Ignacio Mangín, Pablo Denn, Remigio Isoré y Modesto Andlauer. He aquí, también, el nombre y edad de los laicos chinos: María Zhou Wuzhi, de unos 50 años; Pedro Zhou Rixin, de 19; Juan Bautista Zhou Wurui, de 17; María Fu Guilin, 37; Bárbara Cui Lianzhi, 51; José Ma Taishun, 60; Lucía Wang Cheng, 18; María Fan Kun, 16; María Qi Yu, 15; María Zheng Xu, 11; María Du Zhaozhi, 51; Magdalena Du Fengju, 19; María Du Tianshi, 42; Pablo Wu Juan, 62; Juan Bautista Wu Mantang, 17; Pablo Wu Wanshu, 16; Raimundo Li Quanzhen, 59; Pedro Li Quanhui, 63; Pedro Zhao Mingzhen, 61; Juan Bautista Zhao Mingxi, 56; Teresa Chen Jinxie, 25; Rosa Chen Aixie, 22; Pedro Wang Zuolong, 58; María Guo Lizhi, 65; Juan Wu Wenyin, 50; Zhang Huailu, 57; Marcos Ji Tianziang, 66; Ana An Xinzhi, 72; María An Guozhi, 64; Ana An Jiaozhi, 26; María An Lihua, 29; Pablo Liu Jinde, 79; José Wang Guiji, 37; Juan Wang Guixin, 25; Teresa Zhang Hezhi, 36; Lang Yangzhi, 29; Pablo Lang Fu, 9; Isabel Qin Bianzhi, 54; Simón Qin Chunfu, 14; Pedro Liu Ziyu, 57; Ana Wang, 14; José Wang Yumei, 68; Lucía Wang Wangzhi, 31; Andrés Wang Tianqing, 9; María Wang Louzhi, 49; Xi Guizi, 18; María Zhao Guozhi, 60; Rosa Zhao, 22; María Zhao, 17; José Yuan Gengyin, 47; Pablo Ke Tingzhu, 61; Rosa Fan Hui, 45.

Que tan considerable número de laicos chinos ofreciese la vida a Cristo juntamente con los misioneros que les habían anunciado el Evangelio y, por ellos, se habían prodigado, evidencia la profundidad de los vínculos de la fe en Cristo, capaz de reunir en una sola familia personas de razas y culturas diversas, estrechamente hermanados entre sí, no ya por motivos políticos, sino en virtud de una religión que predica la fraternidad y la justicia, el amor y la paz.

Además de los mártires de los boxers hasta ahora mencionados, debe hacerse memoria igualmente de Alberico Crescetti, sacerdote del Instituto Pontificio de Misiones Extranjeras de Milán, que desarrolló su ministerio en el Shanxi Meridional y fue martirizado el 21 de julio de 1900. Años después, al nutrido ejército de los mártires arriba recordados iban a unirse algunos miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco: el obis-

po Luis Versiglia y el sacerdote Calixto Caravario, asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul.

Juan Pablo II dijo en la homilía de canonización (1 de octubre de 2000):

«Dios Padre los consagró en su amor, acogiendo la súplica de su Hijo, quien, para adquirirle un pueblo santo, extendió los brazos en la cruz y, muriendo, destruyó la muerte y proclamó la resurrección (cf. *Plegaria eucarística* II, pref.)».

«La Iglesia hoy —prosiguió— da gracias a su Señor, que la bendice y la inunda de luz con el resplandor de la santidad de estos hijos e hijas de China. El Año Santo es el momento más oportuno para hacer que resplandezca su heroico testimonio. La jovencita Ana Wang, de 14 años, resiste a las amenazas de su verdugo, que la invita a apostatar, y, disponiéndose a la decapitación, con el rostro radiante, declara: “La puerta del cielo está abierta a todos”, y susurra tres veces “Jesús”. El joven Xi Zhuze, de 18 años, grita impávido a quienes le acaban de cortar el brazo derecho y se preparan para desollarlo vivo: “Cada pedazo de mi carne y cada gota de mi sangre os repetirán que soy cristiano”».

Análoga convicción y común alegría testimoniaron los otros 85, hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, que, con la entrega de su vida, sellaron su fidelidad indefectible a Cristo y a la Iglesia. Sucedió todo esto, ciertamente, en el arco de varios siglos y en épocas diversas, complejas y difíciles de la inmensa China, cuyo juicio corresponderá, como es lógico, a la historia, pero cuya valentía y coherencia toca igualmente ensalzar a la madre Iglesia. ¿Qué madre sería aquella que no defendiera y enalteciera a sus hijos que antes se han dejado la piel por defenderla y alabarla a ella? En esta multitud de mártires e intercesores brillan también 33 misioneros y misioneras, que dejaron su tierra y trataron de introducirse en la realidad china, asumiendo con amor sus características, con el deseo de anunciar a Cristo y servir a ese pueblo. Cabría decir que son los dolores de aquel parto de la evangelización y la inculturación en el inmenso continente asiático los que acabaron fructificando en este luminoso alumbramiento de la canonización.

«Sus tumbas —recordó al final el Papa— están allá, como un signo de su pertenencia definitiva a China, que ellos, aun con sus límites humanos, amaron sinceramente, gastando por ella

vida y energías». A la noche oscura que le sobrevino al cristianismo chino llegó el rayo de luz de estos misioneros y catequistas mártires. Los padres sinodales de la Asamblea especial para Asia del Sínodo de los obispos «se conmovieron por los relatos de testimonio heroico, perseverancia inquebrantable y crecimiento continuo de la Iglesia católica en China». Flores exóticas del inagotable y hermoso jardín de la Iglesia en China, estos mártires que Juan Pablo II elevó para siempre a los altares el 1 de octubre del Año Santo 2000, precisamente el día de la patrona de las misiones, representan la perenne juventud de la misionología, el pujante ardor de la catequesis, la inefable entrega del sacrificio martirial. Obreros trabajando a golpe de Evangelio y de sol a sol en las dilatadas tierras del sol naciente y con la incondicional entrega de sus vidas, constituyen hoy un canto armónico y tripartito al decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia; a la declaración *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas; y a la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in Asia*. Con su canonización el fulgor de la santidad hecha martirio resplandece en China y en el mundo entero.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 92 (2000) 377.

CHARBONNIER, J., *Histoire des chrétiens de Chine* (Paris 1992).

JUAN PABLO II, «Homiliae: Romae, in beatificatione plurium servorum Dei [1-X-2000]»: AAS 92 (2000) 849-853.

Martyrologium romanum, o.c., 357s, n.1; 671.

POLI, G., «Mártires de China», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1664-1665.

WANG, G., *Martirologio della Chiesa cattolica in Cina* (Ciudad del Vaticano 1968).

YUSHENG, L., *Zhonghua Xundao Xianliechuan* (Secretariado de la Conferencia Episcopal China, 1977).

SANTOS MÁRTIRES DE GORKUM

(Nicolás Pieck, Jerónimo de Weert, Teodorico van der Eem, Nicasio de Heeze, Wilealdo de Dinamarca, Godofredo Coart de Meveren, Antonio de Hoornaert, Antonio de Weert, Francisco de Roye, Pedro van der Slagmolen d'Assche, Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, Juan Lenaerts, Juan de Colonia, Adriano de Hilvarenbeek, Santiago Lacops, Leonardo Vechel, Nicolás Poppel, Godofredo van Duynen y Andrés Wouters)
(† 1572)

La primera página de la historia de la nacionalidad holandesa está manchada de sangre. Hoy quisieran borrarla todos los holandeses, aun los protestantes más reaccionarios. Fueron jornadas inexplicables en un pueblo que pasa como prototipo de cordura y de sentido de tolerancia.

Para comprender lo que entonces sucedió precisa trasladarse al clima político y religioso, también social, de los Países Bajos de la segunda mitad del siglo XVI, ricos y superpoblados, invadidos por los predicantes calvinistas y alzados en guerra sin cuartel contra el dominio español.

El año 1566, con la aparición en escena del partido de los gueux o «mendigos», señala el comienzo de una serie de devastaciones iconoclastas en todo el Flandes español, no sin connivencia de la nobleza. Felipe II envía al duque de Alba. La sola presencia del gran estratega, alma recta y mano dura, impone el orden y el silencio. Silencio rencoroso, precursor de las grandes catástrofes. Guillermo de Nassau saca partido de la situación para levantar la bandera de la independencia. El de Alba le derrota en todos los frentes. Pero allí queda la pesadilla de los «mendigos del mar», guarecidos en las islas que ciñen la costa. Gente desgarrada, rebotada de todos los países, sin otro vínculo que el odio a los papistas y la sed de pillaje.

Desde 1571 los manda el conde de La Marck, que ha jurado no raparse la barba ni cortarse las uñas hasta el día en que haya vengado, en los sacerdotes y religiosos, la muerte de los condes de Egmont y de Hornes, ajusticiados por los españoles. Un golpe audaz le ha puesto en posesión de la importante plaza fuerte de Brielle, en la desembocadura del Mosa. Iglesias y conventos

son saqueados, quemadas las imágenes, asesinados con crueldad refinada los eclesiásticos que no logran ponerse a salvo.

El 25 de junio de 1572 una flotilla, mandada por el capitán Marino Brant, atacaba la pequeña ciudad de Gorkum. Las fuerzas fieles al rey hubieron de hacerse fuertes en la ciudadela, donde fueron a refugiarse todos los sacerdotes y religiosos. Pertenecían al clero secular el párroco Leonardo Vechel, su coadjutor Nicolás Jarissen y un anciano de setenta años, por nombre Godofredo van Duynen. Los dos primeros en la plenitud de sus fuerzas y de su celo pastoral, intrépidos defensores de su grey y llenos de caridad con los pobres. El anciano vivía retirado en su casa de Gorkum debido al trastorno de sus facultades mentales, que no le impedía ejercer las funciones sacerdotales y llevar una intensa vida interior.

El grupo más importante de los refugiados estaba formado por trece franciscanos de la Observancia, que componían, con algunos más, la comunidad existente en la ciudad. Gobernábala como guardián un religioso de dotes excepcionales, el padre Nicolás Pieck, joven de treinta y ocho años, en cuyo semblante se espejaban, a la par, la penetración de la mente y la limpidez serena del espíritu. Era su vicario el padre Jerónimo de Weert, de trato agradable y ejemplar en la guarda de sus obligaciones religiosas. Después estaban los padres Nicasio de Heeze, eximio director de almas; Teodorico van der Eem, anciano de setenta años que desempeñaba la capellanía del monasterio de religiosas de la Tercera Orden; Willehald de Dinamarca, venerable y austero nonagenario, expulsado de su patria por la persecución protestante; Antonio de Weert, Antonio de Hoornaert, el recién ordenado Francisco van Rooy, y un padre Guillermo, que constituía la nota discordante del cuadro, pues tenía contristada a la comunidad con su conducta poco regulada. Completaban la comunidad los hermanos legos fray Pedro de Assche, fray Cornelio de Wijk-bij-Duurstede y el novicio de dieciocho años fray Enrique.

Había también un religioso agustino, el padre Juan de Oosterwijk, capellán del segundo monasterio de religiosas de Gorkum. Las dos comunidades femeninas habían sido puestas a salvo con anterioridad.

Asimismo, habían dejado la ciudad a tiempo los canónigos del Cabildo a excepción del doctor Pontus van Huyter, administrador de los bienes capitulares, que se hallaba, con los demás, en el castillo.

En la noche del 27 de junio la guarnición tuvo que capitular. Brant juró respetar la vida y la libertad de todos los defensores y refugiados. Pero ¿podía confiarse en la palabra de aquella gente? Como primera precaución todos se confesaron y se aprestaron con el «pan de los fuertes» para la inmolación.

Las escenas que siguieron vinieron a confirmar plenamente los presentimientos. Primero el saqueo general. Después el despojo de los detenidos uno a uno. Los *guenx* querían dinero, y como los franciscanos, fieles cumplidores de su regla, no lo llevaban, fueron maltratados sin piedad. El hallazgo de los cálices y demás vasos sagrados, ocultados en la torre, dio pie para una orgía sacrílega. Durante ocho días tuvieron que soportar cuantas burlas y crueldades es capaz de inventar una soldadesca ebria: parodias litúrgicas, simulacros de ejecución, torturas inauditas. Al padre Pieck le suspendieron con su propio cordón; éste se rompió, y el guardián cayó al suelo sin sentido. Los verdugos, para comprobar si había muerto, aplicáronle una llama a los oídos, a la nariz y en el interior de la boca.

Para curarle fue preciso llamar a un cirujano, que resultó ser su propio cuñado, ardid de que se sirvieron los familiares para intentar libertarlo, como ya se había hecho con otros dos sacerdotes. El padre Pieck, en efecto, era natural de Gorkum, donde tenía parientes y amigos de influencia. Merced a ellos tuvo desde el primer momento la libertad en su mano. Su respuesta, sin embargo, lo mismo ante el cirujano que ante sus dos hermanos, ladeados ya hacia la herejía y empeñados hasta el trance final en doblegarle con ruegos, persuasiones y amenazas, fue invariablemente la del superior fiel a su puesto: «No aceptaré la libertad si no es juntamente con mis religiosos».

El 7 de julio eran conducidos a Brielle. Los reclamaba el conde de La Marck desde su cuartel general. Y el emisario de confianza fue el canónigo apóstata Juan de Omal, auténtica estampa de renegado. Las befas y malos tratos se multiplicaron durante el trayecto y a la llegada al puerto de Brielle. Medio des-

nudos y atados de dos en dos, fueron conducidos a la ciudad, entre los insultos soeces del populacho, y obligados a parodiar una procesión. El canto escogido por los confesores de la fe fue el *Te Deum*.

En la inmunda cárcel donde fueron hacinados hallaron a los párrocos Andrés Wouters y Andrés Bonders. Aquel mismo día se les unieron dos religiosos premonstratenses: Jacobo Lacops, que seis años antes había dado el escándalo de hacerse pastor protestante, pero lo había reparado con una vida ejemplar, y Adrián de Hilvarenbeek. Sumaban un total de veintitrés los prisioneros.

Era demasiado hermoso. El conde de La Marck y su satélite Juan de Omal buscaban la apostasía. Y se iniciaron taimados interrogatorios, proposiciones, disputas sobre puntos de fe. Fue conmovedora la respuesta en que se cerró el lego fray Cornelio, ante las capciosas argumentaciones: «Yo creo todo lo que cree mi superior».

Hubo defecciones dolorosas. Pontus van Huyter y Andrés Bonders lograron la libertad claudicando. El guardián hubo de sufrir el ataque supremo de los suyos: ¡qué le costaba lograr que sus religiosos, sin negar ningún artículo de la fe, retiraran la obediencia al Papa, al menos fingidamente!

A la una de la mañana del día 9 fue la ejecución. Pieck subió el primero a la horca, sin dejar de animar a los demás. Ante el patíbulo hubo aún otras dos deserciones: la del padre Guillermo, tibio hasta el final, y la del novicio imberbe fray Enrique. Los demás afrontaron la muerte con serenidad, resistiendo hasta el final las insidias de los ministros calvinistas.

Los diecinueve fueron canonizados por Pío IX el 29 de junio de 1867.

LÁZARO IRIARTE DE ASPURZ, OFM CAP.

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.II p.798-801.

ESTIUS (Van Est), V. G., *Historia Martyrum Gorcomiensium* (Douai 1603).

MEUFFELS, H., CM, *Les martyrs de Gorkum* (Les Saints; París 21908).

SANTA VERÓNICA GIULIANI

Virgen († 1727)

Decididamente, la chiquilla era de la mismísima piel del diablo. No se le podía decir a Miccer Francesco, que la idolatraba, pero lo chismorreaban todas las vecinas, más o menos indignadas según el tamaño y dimensión de la última travesura. A nosotros, en cambio, lo que nos subleva es el empeño tenaz de los escritores de la época por convencernos de que todo en la niña era privilegiado, milagroso y sobrenatural. Pero Úrsula Juliani, tan bonita con sus ojos dulces, sus trenzas apretadas y su nariz perfecta, era una niña sana, exuberante y dispuesta a pasarlo bien y, sobre todo, a imponerse a cuantos la rodeaban. Las circunstancias se lo habían allanado mucho. La menor de siete hermanas, muy pronto huérfana de madre, linda y pizpireta, se mostrará pronto dominante, caprichosa, pero con una espontaneidad deliciosa que hoy nos encantaría. Por supuesto, es muy piadosa, y sus hermanas, que acabarán monjas, la educan en clima muy devoto.

Afortunadamente, para conocerla bien nos ha dejado ocho tomos gordos y rollizos de su *Diario espiritual* y unas confesiones o declaraciones de su niñez, y de allí tomo yo lo que los biógrafos, con un remilgo trasnochado, no han querido decir.

Está haciendo examen tras una puerta, tomándose cuenta de su conducta de la semana. No ha sido de las peores: se emperrió en que la llevasen a la lotería que han abierto para el carnaval, y claro está que la llevaron; luego, como sus hermanas no querían asistir a sus cultos (unas letanías cantadas ante una frágil Madonna de barro colorado), las empujó con genio...

¡Ah, sí! Bueno, eso ha sido lo peor, pero con fines muy elevados... Ya verán: porque uno de sus primos se iba a divertir demasiado en los festejos de esos días le invitó a un rato de esgrima y le hirió levemente en un muslo, lo que le ha hecho tener que meterse en la cama. Seguro que ése no va en todo el carnaval a la trattoria ni a las barracas. Desde luego los sistemas de la futura santa son de los definitivos, pero ¿no nos seduce esa viveza, esa naturalidad de niña vehemente y mimada? Úrsula, desde luego, no es santa. Lo será más tarde, y de una alzada ex-

traordinaria, pero es grato y atractivo saber que la historia empieza realmente así.

Un día en que sus hermanas no acuden al rosario porque estaban con sus mundillos haciendo encajes, Úrsula, rotunda y eficaz, les da una patada, y ruedan escaleras abajo blondas y carretes, bolillos y lanzaderas...

Por lo demás, tenía mucho corazón y una compasiva tendencia a comprender las penas de todos los que veía.

Su padre iba alcanzando puestos más lucrativos, logrando obtener un empleo distinguido como superintendente de la Real Hacienda en Plasencia, y, no queriendo estar solo, llamó allí a sus hijas, que se instalaron con bastante boato y comodidad. Eran frecuentes los convites, y a Úrsula siempre le parecían excesivas aquellas grandes bandejas de dulces para amigos que también los tenían en sus casas. No se andaba con chiquitas, y con un gran cartucho iba recogiendo antes de la fiesta cuanto le parecía oportuno para sus pobres. Luego eran los asombros de sus hermanas, su disgusto y mal rato, viendo muy disminuida su esplendor y abundancia.

Estas exuberancias de un temperamento riquísimo se conjugaban muy bien con un gran fervor y deseo de oración, en la que seguía también su impulso de sencillez y autenticidad. Hablaba con la Virgen y con el Niño Jesús, que tenía en una imagen sumamente devota, pero, claro, no le respondían. Esto contrariaba a la niña, y se quejaba claramente a ellos con candoroso enfado. El Señor, que suele acomodarse al carácter de cada uno y que conocía la intención limpia y fragante de Úrsula, se avino a la oración de la chiquilla preguntona y un día, bello entre todos, Úrsula vio cómo la imagen se animaba y la Virgen viva, palpitante, ponía entre sus manos regordetas al amabilísimo Niño Jesús... Aun en ese momento de cielo sigue siendo ella y le pregunta: «¿Por qué no me contestabas ni hacías caso?». Y los dos se sonrieron porque tenían que proceder al gusto de Úrsula.

Monseñor Lucas Antonio Eustaqui, obispo de Città di Castello, ha decidido proceder enérgicamente. Irán tres médicos, el provisor y el jesuita padre Crivelli, expertísimo en estos asuntos, y se estudiará el caso con toda rigidez y exactitud. Y escribe el prelado los puntos severos que se impondrán a la monja capu-

china. Ésta se somete plenamente. Se hace obediente hasta el más exhaustivo aniquilamiento. Se entrega mansamente en rendimiento blando y absoluto. Todas las monjas se creen con derecho a comentar, decir, opinar, a imponerle pruebas y demostraciones de virtud. Ella no sólo se resigna, sino que gustosamente se deja estrujar destilando óleo de paz, bálsamo de humildad. Esta monja flexible y manejable se llama ahora sor Verónica, pero se llamaba antes Úrsula de Juliani.

Es la revancha de Dios. Es el éxito de su gracia. Paso a paso, renuncia tras renuncia, porque la santidad es bordado lento y despacioso, la hija impulsiva de Micer Francesco se ha ido adentrando en el amor de aquel que merece todo el sacrificio de nuestro «yo» y que, después de aniquilarlo en su germen vicioso, lo torna criatura nueva, recién nacida del agua, del Espíritu y de la sangre.

Verónica ingresó en las capuchinas a sus diecisiete años, buscando sólo un sitio adecuado para amar, pero Jesús ha encontrado en ella un alma a propósito para redimir.

Y la introduce por unos caminos muy penosos a su afán de verismo, a su sensibilidad a todo lo ridículo, a su franca concepción de la vida. Pero él ha firmado sus planes.

Verónica encontrará un día sus manos y pies rasgados por heridas profundas; mayor todavía es la de su costado. Tres obispos, gran número de médicos y sacerdotes, después de investigaciones, exámenes y análisis, tienen que declararse impotentes para explicarlo con humana demostración. Verónica sufre de este revuelo de la ciudad, de palabras mordaces y críticas penosas, pero lo supera todo retirándose a su celda, donde a solas vive una jornada incomprensible de expiación y rescate que se reproduce cada veinticuatro horas.

Lo de menos es que la juzguen los hombres, lo más recio es que ella se juzga en Dios, bajo esa luz contemplativa y clara, tenebrosa y fúlgida a la vez que le muestra con certero punzón todas sus faltas y tendencias. Tiene tres clases de visiones de sí misma, pero la más interesante para los estudiosos de la mística es la que ella llama «por vía de comunicación».

Tras una repetición abundante de lo que ella llama «ósculos de amor», que nos dejan admirados de ese mundo elevadísimo

de las efusiones divinas, Verónica se establece definitivamente en la unión transformante, y al exterior se revierte en el cargo de abadesa que le es confiado.

Nada más práctico y sensato que el gobierno de aquella que parecía vivir más allá de las nubes.

Verónica es graciosa y afable. Todavía quedan sus recetas para emplastos y cataplasmas a las enfermas, que eran sus predilectas. Ningún gasto ni detalle le parecía excesivo tratándose de ellas.

Corre la voz de sus milagros, y sus hermanas, que son clarisas, le piden algo suyo para conservarlo como reliquia. El buen humor de la santa unirá la condescendencia con su aire juguetón y les confecciona una muñeca vestida de capuchina, que unos años más tarde servirá para curar enfermos.

Así de divina y de humana, de natural y de endiosada, esta santa italiana del setecientos, poder y voluntad de imperio, certifica la frase arriesgada de Godoy, el comentarista de Milosz: «El deseo de dominio, enraizado en el alma humana, no es otra cosa que la sed, la búsqueda frenética del amor supremo y que aboca, por lógica, en la perfecta santidad».

MARÍA H. DE LA SANTA FAZ, OP

Bibliografía

CANTAGALLI, R., *Il Diario* (Siena 1956).

PIZZICARIA, P., SI, *Un tesoro oculto. Diario de Santa Verónica*, 7 vols. (Barcelona 1970).

SALVATORI, F. M.^a, *Vida de la Beata Verónica Giuliani abadesa de las capuchinas en Santa Clara de... Castelo* (Madrid 1808).

• Actualización:

DA RIESE (PIO X), F., *Santa Veronica Giuliani implacata inseguitrice di amore e di dolore* (Padua 1985).

— *Veronica Giuliani santa dell'amore e del dolore* (Padua 1988).

LEONARDI, G. M.^a, *Santa Veronica Giuliani clarissa capucina* (Mercatello sul Metauro, PS 1983).

LUCETTI, D., *Ascesa spirituale e misticismo di Santa Veronica Giuliani dagli inizi all'unione trasformante* (Città di Castello 1983).

VERÓNICA GIULIANI, STA., *Experiencia y doctrina mística. Relatos autobiográficos*. Ed. preparada por L. IRIARTE (Madrid 1991).

SANTA PAULINA DEL CORAZÓN AGONIZANTE DE JESÚS

Virgen y fundadora († 1942)

Paulina del Corazón Agonizante de Jesús tiene el privilegio de ser la primera santa brasileña aunque no naciera en Brasil sino en Vígolo Vattaro, un pueblecito de la provincia italiana de Trento, al sur del Tirol, entonces bajo dominio austro-húngaro. Allí vio la luz el 16 de diciembre de 1865 la niña Amábile Lucía Visintainer Pianezzer, pero cuando no había cumplido los diez años, sus padres Antonio Napoleone y Ana con los cinco hijos nacidos hasta entonces embarcaron rumbo a Brasil en busca de mejores condiciones de vida. Fue la segunda de catorce hermanos, la mayoría de ellos brasileños de nacimiento, y brasileña de vida y de entrega se hizo Amábile desde que pisó el continente americano y se instaló su familia, con otros muchos italianos de la misma región, en un lugar al que llamaron Vígolo, en el actual municipio de Nueva Trento, estado de Santa Catarina, como homenaje a la tierra natal y donde todavía hoy se puede rastrear un deje italianizante en el portugués que allí se habla.

Quiso Juan Pablo II que el primer peldaño canónico, la beatificación de aquella chica italiana de nombre Amábile, conocida después entre los brasileños como madre Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, lo subiera en Florianópolis, en el estado sureño de Santa Catarina, el 18 de octubre de 1991, con motivo del segundo viaje apostólico del Papa a Brasil. Aquel día el Papa evocó su calidad de «enfermera», de ser para los demás: los pobres y los enfermos. Sólo once años después, el 18 de mayo de 2002, día de Pentecostés, al mismo tiempo que Alonso de Orozco, Ignacio de Santhiá, Humilde de Bisignano y Benedicta Cambiagio, alcanzó en la plaza de San Pedro de Roma el reconocimiento de la santidad y se convirtió en la primera santa brasileña.

La familia de Amábile Visintainer había cruzado el Atlántico en un momento de fuerte emigración con la aspiración de hacer —como entonces se decía— «las Américas». Este trasvase tan numeroso de italianos norteos al extranjero y el desamparo que experimentaban fuera de su país fueron los causantes de que poco después emprendiera Juan Bautista Scalabrini la fun-

dación de sus congregaciones de asistencia a los emigrantes. Precisamente con alguno de estos misioneros entraría en contacto la madre Paulina en su etapa de atención a los hijos de esclavos en São Paulo.

Cuando la familia Visintainer llegó a Brasil, en septiembre de 1875, ante las numerosas dificultades, las muchas bocas y las pocas manos, tuvo Amábile que echar una mano y trabajar siendo todavía niña para contribuir al sostenimiento de la casa paterna. La pequeña población de Vígolo se fue organizando poco a poco y estrechando a base de recuerdos los lazos entre los miembros de la comunidad. Por de pronto, el nombre del pueblo reproducía el del solar italiano, pero también la parroquia fue dedicada a San Jorge, que era el patrón de su pueblo natal. Esta iglesia parroquial fue para la adolescente Amábile una segunda casa, la frecuentó con asiduidad mientras se preparaba para la primera comunión, que recibió a los doce años, y entregó muchas horas de su vida al apostolado dando catequesis a los más pequeños y visitando a los enfermos. Ni siquiera cuando murió su madre y tuvo que cuidar de los hermanos pequeños olvidó su compromiso parroquial.

Era entonces Amábile una joven de 22 años muy hacendosa y preocupada por los enfermos. Tres años después, de acuerdo con su amiga Virginia Rosa Nicolodi, decidió trasladarse a una casucha cercana a la parroquia de San Jorge para vivir allí y cuidar a una enferma terminal de cáncer. Casi se podía decir que fue ésta la semilla, la primera piedra de su congregación, que nacería el 12 de julio de 1890 en Nueva Trento, bajo el asesoramiento del superior de la misión de los jesuitas, Luis María Rossi.

Aquello, sin embargo, no era más que el comienzo, porque la aprobación diocesana de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, otorgada por el obispo de Curitiba, monseñor José de Camargo Barros, no llegó hasta el 25 de agosto de 1895. Meses después, en diciembre de este mismo año, hizo los votos religiosos junto con Virginia y Teresa Ana Maule. En calidad de fundadora, Amábile recibió el encargo de superiora general y quiso ser llamada en adelante sor Paulina del Corazón Agonizante de Jesús. La vida ejemplar de las hermanas y las tareas

apostólicas emprendidas hicieron de aquella comarca un vivero de vocaciones, y eso que la pobreza y las dificultades fueron la enseña diaria que adornaba su entrega.

Los días de Nueva Trento llegaban a su fin. El padre Rossi, su consejero, tuvo que irse a vivir a São Paulo para dirigir la residencia de jesuitas, al mismo tiempo que convencía a la madre Paulina para que continuara su obra en aquella ciudad. Y así lo hizo. En febrero de 1903 la madre Paulina era elegida superiora «de por vida» en un capítulo general de la congregación y dejaba Nueva Trento. Ya en São Paulo, fue habilitada una capilla del barrio de Iparanga, con el nombre de Sagrada Familia, para dar acogida a los hijos de antiguos esclavos, una vez abolida legalmente la esclavitud en 1888. Mientras cuidaba ancianos, huérfanos y chicos abandonados, coincidió en el mismo barrio con el padre Giuseppe Marchetti, un misionero escalabriniano ocupado también en mantener un orfanato para hijos de esclavos.

Pero sólo duró seis años el gobierno de la madre Paulina en su Congregación, de 1903 a 1909. Comenzaba la gran prueba de su vida. Por malos entendidos, cizañas alimentadas desde fuera y apoyadas por alguna religiosa y también por la autoridad eclesiástica, fue convocado un capítulo general, evidentemente manipulado, que acordó deponerla de su cargo de superiora en agosto de 1909. En el decreto firmado por el arzobispo de São Paulo, don Duarte Leopoldo e Silva, se le comunicaba que viviera y muriera en la congregación «como súbdita», aunque se le reconocía y mantenía el título de «Veneranda madre fundadora». Cuentan que cuando el arzobispo le anunció personalmente su destitución, «se arrodilló, se humilló, respondió que estaba totalmente dispuesta a entregar la congregación, se ofrecía espontáneamente para servir como súbdita».

Y como súbdita vive, desde 1909 hasta 1918, en el asilo de San Vicente de Paúl que ella había fundado en Bragança Paulista dedicada a cuidar enfermos y ancianos, experimentando una verdadera noche del espíritu y soportando humillaciones. Fueron años —según comentaba el padre Rossi— ofrecidos por la santificación de sus hijas como «víctima de amor y de reparación», marcados por el trabajo, el sufrimiento y la oración, aceptados como prueba por el bien de la Congregación y para que

«nuestro Señor fuera conocido, amado y adorado por todos en todo el mundo».

La superiora general que la sucedió, la madre Vicência Teodora, la llamó en 1918, con permiso del arzobispo don Duarte, para que residiera en la casa madre de Iparanga en São Paulo, donde la madre Paulina viviría hasta el fin de sus días, entregada de lleno a las hermanas enfermas. Junto a su caridad ejemplar, dispensada a los pobres y a los enfermos, pues «son el verdadero rostro de Dios», brilla de manera singular su obediencia y humildad en gestos y palabras. «Quiero ser vuestra para siempre, Señor —decía en sus momentos de oración—, la última de vuestras hijas que quiere ser siempre la última, para estar más cerca de Vos, mi querido Jesús». O esta frase de oro que resume treinta y tres años de aceptación, sin una mala palabra ni un lamento: «¡Voluntad de Dios, paraíso mío!». «Hágase la voluntad de Dios» era no sólo su habitual jaculatoria, sino lo último que se le oyó decir antes de morir el 9 de julio de 1942.

Conservó siempre la consideración de «Veneranda madre fundadora» y así lo reconocía un decreto de honor enviado por la Santa Sede a la Congregación en mayo de 1933. Más adelante, cuando la madre Paulina pasaba por las tribulaciones de su enfermedad, hizo su testamento espiritual, firmado el 12 de julio de 1940, por los días en que la Congregación de las Hermanitas celebraba los cincuenta años de su fundación, donde se puede leer este consejo:

«Sed muy humildes. Confiad siempre y mucho en la Divina Providencia; nunca, jamás, os desaniméis, aunque vengan vientos contrarios. Nuevamente os digo: Confiad en Dios y en María Inmaculada; manteneos firmes y ¡adelante!».

Las hermanas que la trataron la describían como enérgica, decidida y comprensiva, laboriosa en todas sus tareas —campesinas, fabriles o de gobierno—, las más humildes y las de mayor responsabilidad, siempre de acuerdo con un lema que cumplía a rajatabla y contagiaba a las demás hermanas: «trabajar es rezar». Vivió con y por los pobres, se propuso «ser para los demás», fue mujer de oración y de espiritualidad eucarística y vivió los últimos años el viacrucis de una enfermedad que respondía al «agonizante» de su nombre religioso. A partir de 1938 empezó a

sufrir un deterioro sensible de su salud, múltiples dolores provocados por la diabetes que exigieron la amputación sucesiva de un dedo y de un brazo. Cuando murió, a los 77 años, estaba completamente ciega.

El día siguiente de su santificación, las Hermanitas de la Inmaculada Concepción —más de medio millar extendidas por once países— pudieron oír en la voz de Juan Pablo II este aprecio del carisma de su fundación y de su fundadora:

«Hecho de disponibilidad para servir, en la Iglesia, a los más necesitados y a los que están en situación de mayor injusticia, con sencillez y vida interior. De ahí nace su ejemplo de fe, para buscar y aceptar siempre la voluntad de Dios en todo; y de caridad, hilo conductor que unió todas las etapas de la existencia de la madre Paulina, con la entrega total de sí misma a los hermanos, especialmente a los más necesitados».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 95 (2003) 161-163.

CADORIN, C., *Essere per gli altri* (Roma 1988).

JUAN PABLO II, «Los santos, Pentecostés perenne de la Iglesia». Homilía en la canonización: *Ecclesia* (2002) n.3103, p.35-36.

L'Osservatore Romano (20-10-1991) 4.

L'Osservatore Romano. Supplemento Speciale (19-5-2002) 11-13.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (17-5-2002) 10.

BEATA MARÍA DE JESÚS CRUCIFICADO PETKOVIC

Virgen y fundadora († 1966)

El papa Juan Pablo II realizó su centésimo viaje apostólico a Croacia. Duró del 5 al 9 de junio de 2003. Llevaba el viaje como lema «La familia, camino de la Iglesia y del pueblo». Se disponía el Santo Padre, pese a su ancianidad y estado de salud, a sacar fuerzas de flaqueza y animar a tantos hijos de la Iglesia católica como viven en el noble país croata a seguir a Cristo con mayor resolución y mayor fuerza. Luego de visitar el día 5 la diócesis de Rijeka, se dispuso el día 6 a visitar la de Dubrovnik y en el curso de esta visita beatificar a la religiosa María de Jesús Crucificado Petkovic, la primera mujer croata beatificada en los tiem-

pos modernos. En la misa de la beatificación se concentraron cuarenta mil personas que hicieron patente al Santo Padre el hondo sentido católico de la comunidad cristiana de Dubrovnik. Esta ciudad, notable por su historia, surgió el año 615 cuando los ávaros invadieron Dalmacia y los habitantes se refugiaron en una pequeña península. Experimentó la nueva población un desarrollo rápido y logró ciertas cotas de autonomía aun perteneciendo al Imperio bizantino. En 1205 pasó a la soberanía de la República de Venecia y en 1258 se incorpora al reino de Hungría. Pero en 1382 alcanza la independencia y se constituye en una pequeña y próspera república, que en los siglos XV y XVI llega a tener una flota de 500 naves y relaciones diplomáticas con toda Europa, floreciendo en ella también la cultura. Esta independencia le es arrebatada por las tropas de Napoleón en 1806. En el siglo XX estuvo en el reino de Yugoslavia y luego en la República del mismo nombre, dentro de Croacia, de la que sigue formando parte una vez alcanzada por este país su independencia. Desde el 990 hay una diócesis en Dubrovnik, acogida al patrocinio de San Blas, de quien los fieles son sumamente devotos. Tiene actualmente una población de 86.642 habitantes, de los cuales el 86 por 100 son católicos. Tiene 61 parroquias, 61 sacerdotes diocesanos, 35 sacerdotes religiosos y 226 religiosas. Cuenta con un centro escolar católico y cinco casas de beneficencia. No hay que decir que acogió jubilosamente el 6 de junio de 2003 la visita del Santo Padre.

La beatificación tuvo lugar en el centro de la ciudad, asistiendo las autoridades del Estado y representaciones civiles y habiendo venido croatas desde Brasil y Argentina, donde habitualmente viven, para estar en la beatificación. Tanto el hecho mismo de la visita papal como la figura de la M. María de Jesús Crucificado bien merecían el esfuerzo.

María Petkovic nació en Blato, de la isla de Korcula en la costa croata, diócesis de Ragusa, el 10 de diciembre de 1892. Nace en el seno de una familia cristiana y numerosa. Sus padres se llamaban Antonio Petkovic y María Marinovis, y gozaban de buena posición social. Ella se abre al tipo de educación religiosa, centrada en los grandes valores humanos y evangélicos, que daban sus padres a los ocho hijos que amorosamente formaban

en su hogar. La oración y la misericordia con los pobres eran dos características de su casa, a las que María se mostró muy pronto particularmente sensible. Se le enseñó, y ella lo aprendió, que los pobres eran «hermanos elegidos y amados por el Señor». En 1899 recibió el sacramento de la confirmación y, exquisitamente preparada por varios años de asidua catequesis, en 1905 se acercó por vez primera al convite eucarístico.

María era una jovencita piadosa y llena de buena voluntad, a la que el ejemplo de las religiosas Esclavas de la Caridad que frecuentaba, le hacía plantearse el tema de si estaba ella también llamada a la vida religiosa. Muy unida a sus padres, les dijo con franqueza que éste era el pensamiento que rondaba su corazón, pero los padres le insistieron en que la veían más bien capaz de ser una buena madre de familia.

El año 1906 el obispo de su diócesis visita su parroquia, y ella es una de las jóvenes que da el paso adelante en inscribirse en la Asociación de Hijas de María. Era el 8 de septiembre de aquel año y María se consagró de corazón a la Santísima Virgen, buscando con seriedad cuál era la voluntad de Dios para con ella. La respuesta la hallaría en otra fiesta de la Virgen, el día 21 de noviembre, fiesta de la «Presentación». Puesta en oración, abrió el evangelio por el pasaje de la conversación entre Jesús y el joven rico, a quien invitó a dejarlo todo y seguirlo. El joven rehusó, pero María se sintió llamada personalmente y decidió seguir por completo y con todas sus fuerzas a Jesús. En la homilía de la beatificación, comentó así el Santo Padre este momento crucial de la vida de María:

«Maestro bueno, ¿qué de hacer para tener en herencia la vida eterna?» (Mc 10,17). Es la pregunta que también sor María de Jesús Crucificado hizo a su Señor desde que, siendo joven, colaboraba en la parroquia de Blato, en la isla de Korcula, y se prodigaba al servicio del prójimo en las asociaciones del Buen Pastor y de las madres católicas así como en la cocina popular. La respuesta resonó nítida en su corazón: «Ven y sígueme». Así conquistada por el amor de Dios, eligió consagrarse para siempre a él...».

Decidida a consagrarse al Señor por el camino que el Señor mismo le mostrase, con permiso de su confesor emitió el voto privado de castidad. No tenía sino 14 años pero era, para entonces, muy madura de juicio y muy segura de sus íntimos de-

seos. La Asociación de las Hijas de María la eligió primero su secretaria y luego, viendo la capacidad de la joven, la elegiría su presidenta. Ella, por su parte, dio vida, primero, a la «Asociación del Buen Pastor» el año 1914 y en 1915 a la «Asociación de madres cristianas».

Dedicaba mucho tiempo a estas obras de apostolado, pero también se esmeraba en obras de caridad. Y así visitaba asiduamente a las personas mayores necesitadas de ayuda y a los enfermos; se ocupaba de la suerte de las familias pobres y procuraba encontrar casas de cobijo para los niños huérfanos o abandonados. Le quedaba tiempo para la misa diaria, la oración prolongada ante el Santísimo Sacramento y la contemplación amorosa de la Pasión del Señor, que llenaba su alma de espiritualidad y fe. Inscrita en la Orden Tercera de San Francisco, vivía con intensidad el espíritu franciscano.

La llamada de Dios definitiva le llegaría por un medio inesperado. El año 1919 las religiosas Esclavas de la Caridad se ven en la precisión de dejar su casa de Blato. Y, entonces, el obispo de Ragusa, monseñor Josip Marcellic, con quien ella se dirigía espiritualmente, la invitó a que, con un grupo de jóvenes de sus mismos sentimientos religiosos, se hiciera cargo de la casa. Así lo hizo María, viendo que lo apropiado sería proceder a la fundación de una nueva comunidad religiosa. Lo pensó mucho delante del Señor, y siguiendo la orientación de su obispo, se decidió a encabezar una congregación religiosa que tuviese como fin «difundir y propagar, mediante las obras espirituales y corporales de misericordia, el conocimiento del amor divino». El día de su entrada en la casa fue el 25 de marzo de 1919, fiesta de la Anunciación del Señor, y el día 4 de octubre del año siguiente, fiesta de San Francisco, tuvo lugar la primera vestición del hábito religioso. Las nuevas religiosas se llamarían Hijas de la Misericordia de la Tercera Orden Regular de San Francisco, cuya regla seguirían. Ella tomó el nombre de sor María de Jesús Crucificado. El día 14 de octubre, siguiente a la vestición, las hermanas la nombraron superiora general de la naciente congregación.

Sor María estaba destinada a regir la congregación durante más de cuarenta años, y a hacerlo con firmeza y prudencia, con

evidente sabiduría evangélica, por la que supo vencer las dificultades y expandir la congregación, agrandando su obra de servicio y amor a los necesitados. Las casas que fue fundando las dedicaba a la formación de la juventud femenina o a la acogida de niños pobres o de enfermos. Fundó asilos, casas de formación profesional, escuelas de servicio doméstico, etc. Una multitud de obras de servicio y caridad que jalonaron los años de su vida.

El año 1923 vio aprobadas sus constituciones por el obispo diocesano, que erigió formalmente la congregación, y en 1928 la nueva comunidad obtuvo el ser agregada a la orden franciscana. La aprobación pontificia le llegaría en 1956.

A sor María, por los emigrantes, le llegó la noticia de que en Argentina había un ancho campo en que era posible hacer el bien en nombre de Jesucristo fundando obras de la congregación. Y luego de haber fundado una primera casa en el país en 1936, decidió en 1940 establecerse ella personalmente en dicha República donde estaría durante doce años, promoviendo obras de educación y beneficencia en Argentina y en otros países de América. En carta escrita el 31 de agosto de 1952 a todas sus hijas les recomendaba:

«Seguir a Cristo, escuchar a Cristo, humillarse en Cristo, sufrir silenciosamente en Cristo, arder en Cristo, perdonar en Cristo, amar en Cristo, sacrificarse en Cristo».

Éste había sido el ideal que la había movido hasta entonces y por el que había ido sembrando el bien, testigo creíble del amor cristiano, en todas partes. Era una mujer fuerte en la adversidad, tierna en sus afectos, profundamente enamorada de Cristo, cuya presencia sentía. Se entregaba a sus obras de misericordia con una alegría espiritual contagiosa. Decía que la vida de las religiosas se resumía en dos palabras: oración y apostolado. Y este lema lo vivía con intensidad radiante, siendo para todos un ejemplo viviente de todas las virtudes.

En 1952 la M. María de Jesús Crucificado decidió establecerse en Roma, donde puso la nueva casa general de la Congregación, a fin de estar cerca de la Sede de Pedro, por la que sentía una devoción inmensa. Quería en todo momento empaparse de las enseñanzas y las orientaciones del Papa para vivir como hija fidelísima en el corazón mismo de la Iglesia. La Providencia la

llamaba a dar nuevos ejemplos de virtud. El año 1954, a los dos años de vivir en Roma, le dio una hemorragia cerebral, que trajo consigo una parálisis parcial de su cuerpo. Abrazada a la cruz de su debilidad, siguió rigiendo animosamente la congregación, pero en 1960 se dio cuenta de que sería mejor para ésta tener una superiora general que gozara de plena salud, y sin que nadie la presionara, presentó la dimisión de su cargo, quedándose a vivir en la propia casa de Roma. Desde entonces oró y sufrió y ofrendó sus sufrimientos físicos al Señor como contribución a las obras de misericordia que su congregación llevaba adelante. Se preparó con sencillez franciscana para la muerte, que le llegó en Roma el 9 de julio de 1966.

En la actualidad, las Hijas de la Misericordia cuentan con 429 religiosas, que trabajan en doce países de Europa y América, dedicadas al apostolado parroquial, la educación de los niños y jóvenes, la asistencia a personas ancianas y enfermas y a cuantas obras de misericordia son necesarias en nuestra sociedad.

Digamos, por último, que el Santo Padre aprovechó la beatificación de sor María de Jesús Crucificado en Dubrovnik, para hacer un llamamiento a la mujer croata, la que vive en el mundo y la religiosa, proponiéndoles el ejemplo de esta gran mujer, verdadera seguidora de Jesucristo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 95 (2003) 349-352.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (13-6-2003) 318-319.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA JUANA SCOPELLI

Virgen († 1491)

Juana Scopelli nació en Reggio Emilia el año 1428 en el seno de una acomodada familia que le proporcionó una buena educación cristiana. Llegada a la juventud, ante una propuesta de matrimonio, dijo la joven que había hecho voto de castidad y

se había consagrado a Dios. Deseaba además hacerlo en la vida religiosa pero no había aún monjas carmelitas y ella, que frecuentaba la iglesia de los frailes carmelitas, quería vivir de la espiritualidad carmelitana. Pide poder llevar el hábito del Carmen y se le concede, y viste desde entonces el manto blanco, al estilo de las mantelatas.

La fundación del monasterio femenino de carmelitas tiene lugar en 1458 cuando conoce a una viuda con dos hijas que, igualmente, deseaban consagrarse a Dios y para ello ofrecen su propia casa. Dejando todo lo suyo, salvo un crucifijo que se lleva consigo, Juana deja su casa y se va a vivir con las tres mujeres que con ella van a constituir una incipiente comunidad religiosa. Todas adoptan el manto carmelitano. Empezaron una vida retirada y modesta, en la pobreza, la humildad y la oración, oración con la que se consiguió la conversión de un joven muy conocido que profesaba ideas heréticas. Con la positiva ayuda del obispo, la comunidad pudo ampliarse y tomar posesión de un antiguo convento cisterciense, Santa María del Popolo, a donde se trasladó Juana con sus compañeras, dando su obediencia al vicario general del Carmen y admitiéndolas la Orden en el capítulo general de 1487. Juana Scopelli fue elegida primera priora por unanimidad. Ella dio ejemplo de todas las virtudes por su altísima vida de oración, su devoción mariana y toda clase de buenas obras. La comunidad toda daba un ejemplo claro de vida religiosa siguiendo a la priora. Ésta gozaba ya en vida fama de santa, se le atribuía el don de profecía y se contaban de ella numerosos milagros. Murió santamente el 9 de julio de 1491. Clemente XIV confirmó el culto que se le dio a raíz de su muerte el 24 de agosto de 1771.

BEATO ADRIÁN FORTESCUE

Mártir († 1539)

Adrián Fortescue nació hacia 1476 en Punsbourne, Hertfordshire, en el seno de una noble familia. Por parte de madre era primo hermano de Ana Bolena. Se casó dos veces, primero con Ana Stonor y luego, doce años más tarde, con Ana Rede. Tuvo cinco hijos, dos hijas del primer matrimonio y tres varo-

nes del segundo matrimonio. Entre sus servicios al país se cuenta su participación en las campañas en Francia de 1513 y 1523. Fue parte del entorno de la reina Catalina pero cuando llegó la cuestión del nuevo matrimonio del rey, él asistió a la coronación de su prima Ana Bolena en 1533 y fue nombrado caballero del Baño. Separó la cuestión religiosa de la cuestión política y prestó juramento al Acta de Sucesión, y nunca abandonó su bien probada religiosidad. Era persona de asidua y regular oración, daba limosnas a los pobres, tenía vínculo de hermandad con la Orden de Predicadores y buscaba con sinceridad la perfección cristiana. Cumplía con exactitud sus deberes y se dice que se hizo caballero de devoción de la Orden de Malta, lo que recientemente ha sido negado. Se afirma, también, que su arresto y prisión en 1534 no tenía nada que ver con razones religiosas sino con su relación con los condes de Kildare que habían promovido una rebelión en Irlanda. Dejado libre en 1536, se le pidió acaudillara tropas contra la llamada «Peregrinación de la Gracia» en 1536, señal de que por entonces nadie ponía en duda su lealtad a la corona.

Pero en febrero de 1539 fue arrestado bajo la acusación genérica de traición y encerrado en la Torre. Y aunque en esa misma acta de acusación estaba incluido el cardenal Pole, no hay constancia alguna de que Fortescue ayudara al cardenal en sus actividades contra Enrique VIII, bien que fuera cierta la relación de Fortescue con la madre del cardenal, que también moriría mártir, la beata Margarita Pole.

Bajo esa genérica y nada circunstanciada acusación de traidor fue condenado a muerte y decapitado en la Torre el 9 de julio de 1539. ¿Había negado la supremacía religiosa del monarca? Parece lo probable, y esto habría sido la causa de su detención. Tenido por mártir, el papa León XIII lo incluyó en la lista de los que fueron declarados beatos en 1895.

BEATAS MARÍA ANA MAGDALENA DE
GUILHERMIER Y MARÍA ANA MARGARITA
DE ROCHER

Virgenes y mártires († 1794)

MARÍA ANA MAGDALENA DE GUILHERMIER nació en Bollène, Francia, el 29 de junio de 1733 en el seno de una familia noble. Inclinada a la vida religiosa, ingresó en 1750 en el monasterio de las ursulinas de su ciudad natal y profesó con el nombre de sor Santa Melania. Vivió más de cuarenta años en el monasterio, llevando vida ejemplar como religiosa, hasta que el monasterio fue disuelto y ella con las demás fue obligada a ir a Orange donde padeció prisión y juicio. Se la acusó de negarse a prestar el juramento de libertad-igualdad y de poner obstáculos por su fanatismo a la marcha de la Revolución.

MARÍA ANA MARGARITA DE ROCHER nació en Bollène, Francia, el 20 de enero de 1755 en el seno de una noble familia. Ingresó en el monasterio de ursulinas de su ciudad natal, donde profesó con el nombre de sor María de los Ángeles y donde pudo pasar veinte años llevando vida ejemplar como religiosa. Llegada la Revolución y habiendo de dejar el monasterio, permaneció con sus hermanas religiosas y con ellas fue arrestada y llevada a la cárcel en Orange. Fue juzgada bajo la acusación de no someterse a las leyes de la República y de propagar el fanatismo.

Ambas fueron guillotizadas en Orange el 9 de julio de 1794 y beatificadas, por Pío XI, el 10 de mayo de 1925.

SAN JOAQUÍN HE KAIZHI

Catequista y mártir († 1839)

Joaquín He Kaizhi (Ho-Ka-Tche) nació en Tchao-Tso, provincia de Kouei-Tcheou, en 1774 y a los veinte años conoció el cristianismo, se abrió a la fe y recibió el bautismo. Fue desde entonces un cristiano fervoroso que, en la persecución de 1814, fue arrestado, llevado a Kouy-Yang y sometido a terribles torturas para que apostatará, pero permaneció firme e incommovible. Entonces fue desterrado a Mongolia, donde vivió por espacio

de dieciocho años sin perder nada de su fervor religioso. Cumplida la pena, volvió a su casa y siguió siendo un cristiano ejemplar, al que se le encomendó la tarea de catequista, que él realizaba con gran dedicación y celo. Costeó la erección de un oratorio que sirviera de lugar de reunión de la comunidad cristiana, a la que exhortaba a perseverar en la fe y la instruía en ella.

Estas actividades provocaron un nuevo arresto en 1839, durante el cual fue otra vez torturado cruelmente sin que su fe se viniera abajo. La cárcel, donde fue recluso durante unos meses, la convirtió en lugar de apostolado, allí consolaba a los cristianos arrestados y admiraba, por su firmeza, a los propios paganos. Por fin, fue condenado a muerte por estrangulamiento. Confirmada la sentencia por el emperador, se le llevaba al lugar del suplicio cuando un amigo le ofreció un vaso de vino para confortarle. Pero él se acordó de que Jesús se había negado a beber el vino en la cruz y no quiso tampoco probarlo. Fue estrangulado el 9 de julio de 1839 y canonizado el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

SAN GREGORIO GRASSI Y COMPAÑEROS

Mártires († 1900)

El 24 de noviembre de 1946 el papa Pío XII ponía en los altares a un grupo de mártires de China que habían sido martirizados, conjuntamente, el 9 de julio de 1900 en el curso de la persecución de los boxers y que son conocidos como los mártires del Shansi. Posteriormente han sido canonizados por Juan Pablo II junto con los demás mártires de China el 1 de octubre de 2000.

En la residencia misionera de Tai-yuen-fu estaban dos obispos franciscanos, siete misioneras franciscanas de María, tres religiosos franciscanos, dos de ellos sacerdotes, y catorce fieles seglares, a los que la providencia de Dios destinaba a la gloria del martirio. El día 4 de julio de 1900 no se les ocultaba ya a los obispos ni a los demás la suerte que les esperaba si las medidas persecutorias se tomaban con ellos, lo que era absolutamente probable. Ninguno quiso huir, sino que todos decidieron correr

juntos la suerte que Dios dispusiera y morir por la fe si ésa era la voluntad divina. A medianoche del día 4 se oyen llegar los carros y los caballos de los soldados, una veintena, que llegan y ordenan a todos subir a un carro. Son llevados a la casa de un mandarín, donde quedan en calidad de presos y metidos en una única habitación, húmeda y estrecha, en donde muy mal caben. Hay un jergón y acuestan en él a las huérfanas enfermitas que las religiosas han llevado consigo. Todos se dedican a la oración y en ella perseveran, con mala comida y asistencia, hasta que llega la fecha del 9 de julio. Pidieron a sus guardianes que les dejaran celebrar la misa y todos se robustecieron con la eucaristía. A las tres de la tarde llegaron rumores alarmantes a la prisión. El obispo Grassi les da la absolución sacramental a todos. Temiendo resistencia se acerca un pelotón de soldados, quienes al encontrar a todos arrodillados en torno al obispo, con golpes y malos tratos los mandan ir con ellos al tribunal del virrey Yu-Shien. Allí comienza un interrogatorio que se iba a extender a todos los detenidos, pero que sólo tuvo lugar con el obispo Grassi. Cuando le oye decir que ha venido a China a propagar el evangelio y traer la salvación de Cristo, la ira le lleva a clavar un puñal en el pecho del prelado y a gritar que los maten a todos. Se produce entonces en el patio una masacre de los mártires. Las religiosas cuando ven que comienza la carnicería se ponen de rodillas y entonan el Tedeum y es con este cántico en los labios como son degolladas y masacradas. Ellas mientras cantaban se abrazaron como hermanas y así recibieron el martirio, siendo luego sus restos mortales arrojados a una fosa. Un año más tarde las potencias europeas obligaron al gobierno chino a rendir homenaje a los mártires. Se les erigió un triple monumento (24 de marzo de 1903) y fue condenado a muerte el virrey que los mandó matar.

Damos ahora una breve noticia de cada mártir:

1. GREGORIO GRASSI, nacido en Castellazzo Bormida, Italia, el 13 de diciembre de 1833, vistió el hábito franciscano el 2 de noviembre de 1848 y un año más tarde emitió la profesión solemne. Hechos los estudios pertinentes, se ordenó sacerdote el 17 de agosto de 1856. Dos años más tarde se preparó en Roma para marchar a China, a donde llegó a finales de 1860.

Trabajó apostólicamente en diversos distritos del Shansi hasta que en 1876 fue nombrado obispo coadjutor del vicariato apostólico de Shansi, y accedió a la responsabilidad del mismo en 1891. Trabajó con gran celo por la propagación de la fe, la buena marcha del vicariato y la asistencia a los pobres y necesitados. Cuando se le propuso huir, alegó que desde pequeño anhelaba el martirio.

2. FRANCISCO FOGOLLA, nacido en Montereaggio, Italia, el 4 de octubre de 1839, tomó el hábito franciscano en 1858 y al año siguiente hizo la profesión religiosa. Ordenado sacerdote el 19 de septiembre de 1863, tres años más tarde marchó a China, siendo destinado al vicariato del Shansi, donde realizó un intenso trabajo misional. Volvió a Europa en 1898 y estando en París le llegó su nombramiento de obispo coadjutor del vicariato, consagrándose en París el 24 de agosto de aquel año. Para buscar subsidios y ayudas recorrió varias naciones y volvió a China en 1899 llevando consigo un grupo de nuevos colaboradores, siete de ellos franciscanas misioneras de María.

3. ELÍAS FACCHINI, nacido en Reno Centese, Ferrara, Italia, el 2 de julio de 1839, ingresó en la Orden franciscana en 1858 y profesó el 1 de noviembre del año siguiente. Hizo los estudios y se ordenó sacerdote el 18 de diciembre de 1864, y pidió ser destinado a China. Llegó allá el año 1868 y se le encargó el seminario indígena de Tai-yuen-fu, pasando luego a superior del convento de Tun-el-Koun, pero volviendo pronto al seminario, donde le aguardaba la corona del martirio.

4. TEODORICO BALAT, nacido en St.-Martin-du-Taur, Albi, Francia, el 23 de octubre de 1858, vistió el hábito franciscano en Pau en 1880 luego de haber sido alumno del seminario diocesano de Albi. Obligada la comunidad a marchar a Inglaterra, se ordenó sacerdote en Clarendon en agosto de 1884, y al año siguiente lograba su ardiente anhelo de marchar como misionero a China. Luego de trabajar en varios distritos, fue maestro de novicios en 1896 y luego destinado a la misión de Tai-yuen-fu como procurador y capellán de la comunidad de franciscanas misioneras.

5. ANDRÉS BAUER, nacido en Guebwiller, Alsacia, el 24 de noviembre de 1866, vistió el 12 de agosto de 1886 el hábito

franciscano en calidad de hermano lego. Destinado a la misión de China, llegó a Tien-yuang-fu en 1899 y fue puesto al frente del personal seglar de la misión. Murió cantando, mientras era martirizado.

6. MARÍA ERMELINA DE JESÚS (en el siglo Irma Grivot) había nacido en Baune, Dijon, Francia, el 28 de abril de 1866. Con el título de maestra ingresó en la congregación de Franciscanas Misioneras de María y profesó en 1896. Pese a su juventud fue elegida superiora de la comunidad de Tai-yuen-fu por sus excelentes cualidades de prudencia y dotes de gobierno. Fue la primera en ser sacrificada.

7. MARÍA DE LA PAZ (en el siglo María Ana Giuliani) había nacido en Bolsena, Viterbo, Italia, el 23 de diciembre de 1875 e ingresó en la congregación en 1892. En la comunidad de Tai-yuen-fu era la asistente de la superiora. Ella fue la que a la vista de los verdugos entonó el *Te Deum*.

8. MARÍA CLARA (en el siglo Clelia Nanetti), nacida en S. María Maddalena, Adria-Rovigo, Italia, el año 1872, entró en 1890 en la congregación, siendo acogida en Roma por la propia fundadora, la beata María de la Pasión. Marchó con sus compañeras a China y se dedicó con entrega a su tarea. Su lema: «Las manos en el trabajo y el corazón en la altura». La primera cabeza en rodar fue la suya.

9. MARÍA DE SANTA NATALIA (en el siglo Juana María Kerguin), nacida en Belle-Isle-en-Terre, Francia, el 5 de mayo de 1864, se hizo franciscana misionera a los 24 años y se llamaba a sí misma «el asnillo de San Francisco». Mostró mucha alegría por estar en China trabajando por el evangelio. Muy humilde y muy sencilla, era la mayor del grupo de las hermanas.

10. MARÍA DE SAN JUSTO (en el siglo Ana Moreau) había nacido en Rouen, Francia, el 9 de abril de 1866 y, leyendo los Anales de la Propagación de la Fe, sintió la vocación misionera. Profesó en 1891 y puso lo mejor de sí misma en su trabajo en China.

11. MARÍA ADOLFINA (en el siglo Ana Dierk) había nacido en Ossendrecht, Holanda, el 8 de marzo de 1866, entró en la congregación en Amberes en 1892. Llegó a China con la ilusión del trabajo apostólico y del martirio.

12. **MARÍA AMANDINA** (en el siglo Paula Jeuris) nació en Schakebroeck, Bélgica, el 28 de diciembre de 1872. Decidió su vocación religiosa en 1895 e ingresó en Amberes en la congregación de las franciscanas misioneras. Enviada a China se le confió la dirección del ambulatorio, en que atendía a numerosos enfermos, siempre con su sonrisa y amabilidad. Los chinos la llamaban la monja que siempre ríe.

13. **JUAN ZHANG HUAN** había nacido en Tae-kuo, China, en 1877, y con 11 años había entrado en el seminario menor de Ko-lao-kou, pasando luego al de Tai-yuen-fu bajo el P. Facchini. Era terciario franciscano.

14. **PATRICIO DONG BODI** había nacido en Ku-chen-in, China, en 1882 y era seminarista en Tai-yuen-fu. El P. Fogolla lo llevó consigo en su viaje a Europa en 1898, dejando muy buena impresión en cuantos lo conocieron. Era terciario franciscano y aspiraba a la vida religiosa.

15. **JUAN WANG RUI** había nacido en Sin-li-tsun, China, en 1884, era seminarista y terciario franciscano y también había hecho el viaje a Europa.

16. **FELIPE ZHANG ZIHE** había nacido en 1880 en San-Kin-iu, China, y había sentido muy joven la llamada al sacerdocio e ingresado en el seminario. Era terciario franciscano.

17. **JUAN ZHANG JINGGUANG** había nacido en Nan-sce, China, en 1882. Por sus buenas cualidades fue admitido en la Orden Tercera de San Francisco.

18. **TOMÁS SHEN JIHE** había nacido en 1851 en Lu-ngan-fu, China, y era terciario franciscano. Servía a mons. Grassi desde hacía diez años y era modelo de lealtad y obediencia, con una gran sintonía espiritual.

19. **SIMÓN CHEN XIMAN** había nacido en 1854 en el seno de una antigua familia cristiana y había querido ser sacerdote pero su salud no se lo permitió. Terciario franciscano, llevaba treinta años sirviendo fielmente a mons. Fogolla y ayudando como catequista. Se había quedado soltero para consagrarse al Señor. Acompañó a mons. Fogolla en su viaje a Europa.

20. **PEDRO WU ANPENG** había nacido en Liu-lin-tsuen, China, en 1860 y también hubiera deseado ser sacerdote pero no pudo y entonces se consagró al Señor en el celibato. Arresta-

do a las puertas de la ciudad mientras llevaba encargos para los misioneros, lo tuvieron atado a un madero toda la tarde pero luego lo dejaron libre y volvió a unirse a los misioneros, con los que encontró el martirio.

21. FRANCISCO ZHANG RONG era agricultor y padre de familia y llevaba diez años como portero en el orfanatorio; era de antigua familia cristiana, muy piadoso y adicto a los misioneros y terciario franciscano.

22. MATÍAS FENG DE tenía 45 años y era neófito, pero en cuanto recibió el bautismo pidió el ingreso en la Orden Tercera de San Francisco. Trabajaba en la misión como criado.

23. PEDRO ZHANG BANNIU tenía 51 años y era un fervoroso cristiano; no era criado de la misión pero hacía algunos trabajos extraordinarios cuando eran precisos. Cuando vio que por temor se alejaban algunos trabajadores de la misión, él se ofreció voluntario a sustituirlos y así llegó al martirio.

24. SANTIAGO YAN GUODONG tenía 45 años y era de profesión agricultor; cuidaba de las verduras para la misión y en el último año colaboraba también en la cocina.

25. SANTIAGO ZHAO QUANZIN era un hombre casado, que prestaba algunos servicios en la misión, siendo un cristiano fervoroso. Cuando fue arrestado algunos soldados amigos suyos para salvarlo dijeron que no era cristiano pero él confesó la fe y ello le costó la vida.

26. PEDRO WANG ERMAN había nacido en 1870 y se había criado desde niño en el orfanato de la misión y luego de haber estado al servicio de un sacerdote chino pasó a la cocina del seminario de Tai-yuen-fu, siendo un fervoroso cristiano.

BEATO FIDEL CHIJNACKI

Religioso y mártir († 1942)

Jerónimo Chijnacki (Chojnacki) nació el 1 de noviembre de 1906 en Lódz, Polonia. Terminados los estudios primarios, trabajó primero en una compañía de seguros y luego en Correos en Varsovia. Era un joven de vida cristiana fervorosa y miembro de la Acción Católica. A los 27 años, en 1933, ingresó en la Orden Capuchina en Nowe Miasto, tomando el nombre de fray

Fidel al comenzar el noviciado. Hecha la profesión estudia filosofía en el convento de Zakroczym y teología en el de Lublín, haciendo en el curso del estudio los votos perpetuos (1937). Cuando estalla la II Guerra Mundial hubo de interrumpir los estudios, siendo arrestado el 25 de enero de 1940 y llevado al campo de concentración de Sachsenhausen y seis meses más tarde al de Dachau. Habiéndose contagiado de tuberculosis, las durísimas condiciones del campo lo llevaron a la muerte el 9 de julio de 1942. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

10 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, santos mártires Félix y Felipe, Vidal, Marcial y Alejandro, Silano y Jenaro, los cuales, enterrados en diferentes cementerios, son conmemorados conjuntamente por la Iglesia romana (fecha desconocida).
2. En la Via Cornelia, en el miliario segundo desde Roma, santas Rufina y Segunda, mártires (fecha desconocida).
3. En Sabina, santas Anatolia y Victoria, mártires (fecha desconocida).
4. En África, santos Jenaro y Marino, mártires (fecha desconocida).
5. En Iconio de Licaonia, San Apolonio de Sardes, mártir (fecha desconocida).
6. En Nicópolis (Armenia), santos Leoncio, Mauricio, Daniel, Antonio, Aniceto, Sisino, y otros († s. iv), mártires bajo el imperio de Licinio.
7. En Pisidia, santos Bianor y Silvano († s. iv), mártires.
8. En Nantes, San Pascario o Pasquier, obispo († 680).
9. En el monasterio de Münsterbilsen (Flandes), Santa Amalberga o Amelia o Amalia († 772), virgen *.
10. En Perugia (Umbría), San Pedro Vincioli († 1007), presbítero y abad que introdujo en su monasterio la observancia cluniacense *.
11. En Odense (Dinamarca), San Canuto IV († 1086), rey de aquel país y mártir **.
12. En Orange (Francia), beatas María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin e Inés de Jesús (Silvia) de Romillon († 1794), vírgenes, de la Orden de Santa Úrsula, mártires en la Revolución Francesa *.
13. En Dong Hoy (Annam), santos Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh y Pedro Nguyen Khac Tu († 1840), laicos y mártires *.

14. En Damasco, beatos Manuel Ruiz († 1860), presbítero, y siete compañeros de la Orden Franciscana, más tres fieles de la Iglesia maronita, mártires. Los compañeros son: Carmelo Volta, Pedro Soler, Nicolás Alberca, Engelberto Kolland y Ascanio Nicanor, presbíteros; Francisco Pinazo y Juan Santiago Fernández, hermanos legos; Francisco, Mooti y Rafael Massabki, hermanos de sangre **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CANUTO

Rey y mártir († 1086)

Fue rey de Dinamarca, murió asesinado como consecuencia de su entrega al bien de los súbditos y por haber combatido los abusos de los nobles y señores feudales de su reino, que no le perdonaron su piedad y su caridad para con los explotados. Pero, ante todo, fue una persona digna, humilde, piadosa y caritativa, consciente de que debía hacer el bien en su entorno. El pueblo le recordó como bueno y le llamó el «santo» desde su muerte, aunque su reinado fue breve y agitado. Más tarde fue reconocida y proclamada su santidad por el papa Pascual II al declararle patrono de Dinamarca. Por eso es santo popular en el país y su nombre, menos sonoro en los países del sur de Europa, se usa con frecuencia en su tierra en todas las naciones que se asoman al Mar del Norte y al Báltico. Su mismo nombre en danés significa «amable o bondadoso».

Nació, probablemente, en el año 1040. Fue el tercer hijo de los trece naturales que tuvo Suenón II, rey de Dinamarca, hijo a su vez de Harold (1074-1080). Eran tiempos en que los agitados reinos y los agitadores reyes emprendían múltiples aventuras, alentados por una nobleza feudal ávida de posesiones, hábil en las intrigas, dueña de los destinos de la sociedad según los estilos feudales que hacían a los señores dueños de la vida de sus súbditos. Canuto gobernó poco tiempo, pero en medio de la injusticia fue rey justo y a pesar de las intrigas fue hombre noble, honrado y fiel a sus promesas.

Fue el cuarto rey de este nombre en el trono. Contrajo matrimonio con Eltha, hija de Roberto, conde de Flandes. Tuvo un hijo que recibió el nombre de Carlos el Bueno. Y llevó siem-

pre una vida de piedad y de oración, en medio de los avatares de una corte turbulenta. Recogió una herencia de continuas guerras y rebeliones, frecuentes desde que su antecesor Canuto II, que la historia nacional llamó el Grande y había muerto el 1036, había unificado bajo su cetro los reinos de Dinamarca, de Noruega y de Inglaterra. También recibió la herencia de su antecesor y abuelo, Canuto III, llamado «el Fuerte» o «el Bravo», quien había repartido su reino entre tres hijos al morir en 1042, dejando el trono de Dinamarca a Suenón II, su padre. Pero sus decisiones no se cumplieron y comenzó una etapa de rebeldías y guerras para hacerse con el poder y, por supuesto, con las riquezas y los tributos.

Hizo lo posible por acrecentar las rentas de las iglesias, adornándolas y enriqueciéndolas con ricos dones. Fundó hospitales y casi agotó su tesoro real en socorrer a los pobres del reino. Edificó diversos monasterios y templos y dedicó su vida a buscar la felicidad de sus súbditos. Al mismo tiempo limpió los mares de piratas; sobre todo, eliminó al más famoso de ellos, Eigilio de Bornholm, y salió vencedor ante las rebeliones de algunos nobles que sembraron de muerte varias provincias. Canuto tuvo que castigar cuando pudo y tolerar cuando no pudo hacer otra cosa. Personalmente era muy austero y dominaba su cuerpo con ayunos y ásperas penitencias. Se entregaba a la oración y no tomaba decisiones importantes sin antes haber pasado un tiempo orando y reclamando las plegarias de sus súbditos.

El llamado «primer imperio» danés se desintegró. Noruega se separó tras la rebelión de Magnus el Bueno, Inglaterra proclamó rey a Eduardo, el Confesor, a quien destronó Guillermo el Conquistador. Los consejeros de Canuto le movieron a una expedición a Inglaterra en favor de los sajones desposeídos por el nuevo monarca. Guillermo el Conquistador salió victorioso y los daneses tuvieron que retirarse después de fuerte derrota en York, dolorosa sobre todo por la traición de su hermano Olaf, que se pasó a Guillermo.

San Canuto, que no era rey guerrero ni podía emplear la violencia en forma excesiva, sufrió las consecuencias de aquella derrota. Los tributos que había tenido que reclamar para sufragar la expedición le costarían la vida, pues provocaron la subleva-

ción del sur del Reino, la región de Jutlandia, y desde entonces juraron sus enemigos terminar con su vida, sobre todo alentados por el traidor Olaf.

En los pocos años que Canuto IV ocupó el trono se mostró persona muy religiosa, como gobernante muy justo, como guerrero muy prudente y misericordioso, como cristiano muy celoso por la extensión del cristianismo en las zonas que se mantenían en un paganismo muy agresivo y militante. Dinamarca había sido cristianizada por el apóstol benedictino San Anscario, pero no todo el reino había entrado por los caminos del Evangelio.

Canuto se ocupó con el mayor celo en extender la fe cristiana hasta los confines de sus dominios. Animó a los monjes y predicadores para que llevaran el mensaje cristiano a las regiones más paganas y, pronto, las provincias de Curlandia, Livonia y Samogitia fueron mayoritariamente cristianas. Eso significaba en aquel tiempo que se aceptaba la ley, el orden, el respeto a las mujeres, el cumplimiento de los pactos y promesas, es decir, las formas culturales de Occidente, y se asumían costumbres más justas sobre los matrimonios, los duelos, los tributos a las iglesias y monasterios, los cultos y festividades. De esta manera, Canuto el Santo trabajó por la inserción de los pueblos escandinavos en la civilización cristiana occidental.

La economía se resintió con la guerra, y los recaudadores de tributos fueron a veces muy duros con las provincias, sobre todo después de la expedición fracasada a Inglaterra. La pobreza se extendió por el reino. Para aplacar el hambre quiso elevar los impuestos a la clase noble que gozaba de muchos privilegios y grandes exenciones. Ésta se puso de acuerdo para no aportar nada. Y no solamente no le pagaron a él, sino que la Iglesia corrió igual suerte. Aumentó la pobreza al no recibir los diezmos, con los cuales se mantenía el clero y las obras que llevaban para pobres y para huérfanos. Canuto se desprendió de casi todos sus bienes para suavizar la indigencia de su pueblo y hasta su corona se la legó a la catedral de Roskilde.

Hubo, con motivo de la guerra, algunas sublevaciones de señores locales. Con su hermano Benito puesto de su parte, intentó atraer a los nobles a su partido, aunque con pocos lo con-

siguieron. La conjura de su hermano Olaf con los grandes del reino fue tomando cuerpo y Canuto tuvo que huir en determinado momento a la isla de Odense. Rodeado de sus adversarios, fue consciente que iba a morir. En la iglesia de San Albano se entregó a la oración y ya no trató de defenderse. Hincó las rodillas delante del altar, y extendidos los brazos al cielo y rogando a Dios por sus enemigos, fue atravesado con una lanza. Así dio su alma a Dios el 10 de julio de 1086.

Esta muerte se interpretó como martirio por el pueblo y por los monasterios y las iglesias que él había ayudado tanto. Pronto se le atribuyeron milagros y favores a quienes se los pedían y la gente le fue tributando un culto inicial, que el año 1118 el papa Pascual II, papa desde 1099, sancionó con una declaración de canonización al estilo medieval. Desde entonces fue el santo nacional por excelencia. Sus sucesores, Olaf (1086-1096), Erik I (1096-1103), muerto como cruzado en Paphos, y Nicolás (1103-1134), continuaron en el trono, pero desde entonces las guerras intestinas y las disensiones se multiplicaron en el reino. Sin embargo, la fe se mantuvo en Dinamarca hasta las rebeliones protestantes del siglo XVI.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

- Act. SS. Boll.*, 12 de julio: *Vita*, por AELNOTH.
 CHEVALIER, C. U. J., *Répertoire des sources historiques du moyen âge*, I (París 1905) col.771.
 RYAN, P., «St. Canute IV», en *The Catholic Encyclopedia*, III (Londres).
 SCHENK, J. E. - ALBERT MARTORELL, M.^a (coords.), *La palabra de Dios en mi vida*. V: *Santoral. Enero-Junio* (Valencia 2001).
 SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis*, II (Bruselas 1900-1901) 232.

BEATOS MÁRTIRES DE DAMASCO

(Manuel Ruiz, Carmelo Volta, Pedro Soler, Nicolás Alberca, Engelberto Kolland, Ascanio Nicanor, Francisco Pinazo, Juan Santiago Fernández, Francisco, Mooti y Rafael Massabki)

(† 1860)

En la noche del 9 al 10 de julio de 1860, en la iglesia de los religiosos franciscanos de Damasco, fueron masacrados ocho

miembros de la Orden de Menores y tres católicos seculares que con ellos estaban. El motivo de su muerte fue el odio a la religión cristiana por parte de los drusos que invadieron el convento y la negativa de los religiosos y los seculares a abandonar el cristianismo para abrazar el islam.

Cuando a comienzos de julio de 1860 el fanatismo de algunos musulmanes empezó a dar cuenta de su presencia y se produjo la primera matanza de europeos, los religiosos se negaron a abandonar su residencia, sin duda pensando que, como ellos eran bien tratados por la población y tenían sólido prestigio ganado en la ciudad, se les respetaría. De todos modos no estaban dispuestos a desertar de su puesto. Se ha dicho que su bondad y su conciencia tranquila los engañó respecto a la suerte que les esperaba.

Por la mañana del día 9 se dieron cuenta de la exaltación de ánimo de los drusos y pudieron conocer que el tumulto se extendía por toda la ciudad. Llegada la tarde, todos ellos se concentran en la iglesia y se dedican a la oración poniendo sus vidas en las manos divinas y aceptando de antemano lo que fuera la voluntad divina hacia ellos. A las once cierran concienzudamente todas las puertas del convento y regresan a la iglesia para fortalecer sus ánimos en la oración. El P. Manuel Ruiz, rector de la casa, toma el Santísimo Sacramento y reparte entre todos las sagradas formas para que, robustecidos todos con el pan de los fuertes, pudieran hacer frente al combate que ya preveían muy cercano. Habían cerrado todas las puertas de la casa y, también, las ventanas, de modo que ésta aparecía como una buena fortaleza en la que iba a ser imposible la entrada. Estando en la iglesia comulgando y cuando ya la noche estaba avanzada, comenzaron los drusos a dar grandes golpes en las puertas del templo con ánimo evidente de echarlas abajo. No podían, pero sucedió lo inesperado: una persona que conocía la casa, porque era quien suministraba a los religiosos la carne y la verdura y que se une a la cadena de «Judas Iscariotes» que registra la historia, indicó a los asaltantes una puerta frágil que podrían fácilmente derribar para entrar. Así lo hicieron, y dando grandes alaridos recorrieron el convento hasta que llegaron al templo, donde hallaron a los mártires serenos y entregados a la oración.

Cuando los vio entrar, el P. Manuel se levantó y fue a su encuentro. No había podido pronunciar palabra cuando uno de los asaltantes le espetó: «Hazte musulmán». El religioso contestó con energía: «Antes prefiero mil veces la muerte». Se fue al altar y apoyó en él la cabeza a la espera del martirio. En efecto, fue decapitado de un golpe de cimitarra. Y entonces todos los demás fueron masacrados. No solamente fueron muertos, sino que, muertos ya, se cebaron en sus cuerpos, destrozándolos a golpe de cimitarra. Llevaron, luego, los cuerpos a una cisterna donde los arrojaron.

Éstos son los datos de los once mártires:

MANUEL RUIZ LÓPEZ, el rector de la comunidad, había nacido en San Martín de Ollos, provincia de Santander, el año 1803. Siendo muy joven tomó el hábito franciscano. Hechos los votos y los estudios eclesiásticos, se ordenó sacerdote, y se distinguió como religioso fervoroso y cumplidor. Se ofreció para marchar a Tierra Santa y su ofrecimiento fue aceptado en 1831. Llega a Palestina y lo primero que hace es aprender el árabe. Luego se entrega a su misión de presencia cristiana en los Santos Lugares. Finalmente, es enviado a Damasco como rector del colegio y casa que en dicha ciudad tenían los franciscanos. Era un sacerdote fervoroso y prudente, con claras dotes de mando para saber presidir una comunidad.

CARMELO VOLTA nace en el Real de Gandía, Valencia, el año 1802. Muy joven ingresa en la Orden franciscana, en la que profesa y hace los estudios eclesiásticos hasta su ordenación sacerdotal. Luego se ofrece para Tierra Santa, a donde es destinado en 1831, siendo más tarde elegido para formar parte de la comunidad de Damasco.

ENGELBERTO KOLLAND era natural del Tirol, en cuya población de Ramsau había nacido en 1827. Ingresa en la Orden franciscana, profesa en ella y hace los estudios hasta su ordenación sacerdotal. Persona de vasta cultura, hasta el extremo de hablar seis idiomas, vivía en Damasco perfectamente integrado en una comunidad de religiosos españoles, y en ella desarrollaba a la perfección su trabajo.

ASCANIO NICANOR era natural de Villarejo de Salvanés, Madrid, y había nacido el año 1810. Muy joven ingresa en la Orden

franciscana y apenas había recibido la ordenación sacerdotal cuando tiene lugar la exclaustración de 1835 que le obligó a volver a su casa. Es nombrado vicario de las concepcionistas de Aranjuez. Pero apenas instalado el colegio misional de Priego en 1853 él pide el ingreso en el mismo, siendo el primero de sus alumnos, y forma parte de la primera expedición que en 1859 parte para Tierra Santa. Destinado casi enseguida al colegio de Damasco, halla en él el martirio al año siguiente de su llegada.

NICOLÁS ALBERCA nace en Aguilar de la Frontera, Córdoba, el año 1830. Educado cristianamente, su vocación de joven es la vida religiosa pero no podía realizarla porque en España se habían cerrado todos los conventos. Pero en 1856 se entera de que se ha abierto el colegio misional de Priego y pide en él el ingreso ilusionado. Es admitido, hace la profesión y los estudios eclesiásticos y, apenas ordenado sacerdote en 1859, parte en la primera expedición misional a Tierra Santa, desde donde escribe cartas conmovedoras a su madre, contándole sus experiencias en su tarea. Pasó una breve estancia en Jerusalén, pero enseguida fue destinado con los demás compañeros de martirio al colegio de Damasco, donde su primera tarea era el aprendizaje del árabe.

PEDRO SOLER nace en Lorca, Murcia, el año 1827. Desde joven sentía el atractivo de la vida religiosa, pero no pudo abrazarla hasta que no se abrió el colegio de Priego. Profesó en 1857 y dos años más tarde es enviado a Tierra Santa y se le asigna el colegio de Damasco. No llegaría a ordenarse de sacerdote porque el martirio le llegó cuando aún se preparaba al sagrado ministerio.

FRANCISCO PINAZO nace en Alpuente, Valencia, el año 1812. Viste en 1830 el hábito franciscano y profesa en calidad de hermano lego. Expulsado del convento por la exclaustración, vive sus votos con gran espiritualidad en medio del mundo, y se ofrece para la custodia de Tierra Santa a fin de poder reintegrarse a la comunidad religiosa. Aceptado su ofrecimiento, es destinado al colegio de Damasco.

JUAN SANTIAGO FERNÁNDEZ nace en 1808 en Moire, de la parroquia de Santa María de Corballada, Orense. En 1831 ingresa en la Orden franciscana y, hecho el noviciado, emite la

profesión religiosa como hermano lego. Expulsado del convento por la exclaustación de 1835, pasa a su pueblo natal, donde vive ejemplarmente. Pero deseando reanudar la vida común, se ofrece para Tierra Santa, y una vez aceptado es destinado a la casa de Damasco.

FRANCISCO MASSABKI era seglar, casado y padre de familia, rico comerciante en sedas y persona de hondas y fervorosas convicciones religiosas, en cuya casa se observaban con gran rigor los preceptos evangélicos, perteneciendo al rito maronita. Asistía cada día a misa, y por la tarde, cerrada su tienda, acostumbraba a ir a la función religiosa que tenían los franciscanos, a los cuales se unió cuando supo el tumulto anticristiano suscitado por los drusos en la ciudad. Los asaltantes preguntaron expresamente por él y cuando lo reconocieron le dieron este recado:

—«El jefe religioso Abdallah Halabi dice que tú y tu familia seréis salvos con la sola condición de que os hagáis musulmanes».

El mártir respondió:

—«Decidle que puede quedarse con el dinero que me debe y que me puede quitar la vida pero que mi religión nadie podrá sacarla de mi corazón».

Entonces le dijeron:

—«Pues nuestra orden es la de matar a todos».

Y él respondió:

—«Nuestro Señor dice: No temáis a los que matan el cuerpo pero no pueden dañar el alma; temed más bien al que puede condenar alma y cuerpo al infierno».

Golpes de cimitarra y de mazas acabaron con la vida del confesor de la fe.

MOOTI o ABDELMUTI MASSABKI era hermano del anterior, y su nombre significa «Siervo del Generoso». Estaba, igualmente, casado y era padre de familia. Ayudaba en el negocio a su hermano, pero luego prefirió dejar el negocio y trabajar para los religiosos franciscanos en el colegio. Viendo venir las probabilidades del martirio, manifestó a sus alumnos que estaba dispuesto a él y que exhortaba a los jóvenes cristianos a mantener la religión aun a pesar de la persecución. Llevaba una vida muy pia-

dosa. Al localizarlo los que entraban le dirigieron multitud de insultos, y le dijeron claramente que la única forma que tenía de salvar la vida era hacerse musulmán. Él gritó con fuerza: «Soy cristiano. Mátenme». Y fue abatido y asesinado.

RAFAEL MASSABKI, hermano de los dos anteriores, era soltero y ayudaba a su hermano en el negocio, pero también prestaba su colaboración a los franciscanos, especialmente en la sacristía. Persona muy religiosa, se pasaba largas horas de oración ante el sagrario. Los asaltantes se dirigieron a él y le dijeron que su salvación estaba en hacerse musulmán. Rafael no respondió. Se puso de rodillas y se entregó a la oración. Entonces uno de los asaltantes le cortó la cabeza de un golpe de cimitarra y los demás se ensañaron con su cuerpo. Se dice que cuando preguntaron por ellos, los tres dijeron: «Tenemos una sola alma y jamás la perderemos con la apostasía. No tenemos miedo a los que matan el cuerpo».

La causa de beatificación de los ocho franciscanos estaba prácticamente concluida cuando el Patriarca maronita hizo ver que los tres seculares maronitas eran igualmente verdaderos mártires. El papa Pío XI reconoció la justicia de la demanda del Patriarca y dio instrucciones a la Sagrada Congregación para que por vía urgente se sustanciara la información. Fueron a Siria mons. C. Salotti, promotor de la fe, y el P. Santarelli, postulador de la Orden franciscana, los cuales pasaron luego a Beirut para recoger la información testifical y documental oportuna. Con rapidez se hizo el estudio acerca de ellos y fueron beatificados por el papa Pío XI con los religiosos el día 10 de octubre de 1926.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 18 (1926) 411-415.

GONZALO DE CÓRDOBA, Fray, *Del solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957).

LENORMANT, F., *Histoire des massacres de Syrie en 1860* (París 1861).

PAOLI, P., *I beati Emanuele Ruiz e i suoi sette compagni dell'Ordine dei Fratelli Minori martiri a Damasco* (Roma 1926).

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 235.

SALOTTI, C., *L'eroismo di tre martiri maroniti, Francesco, Mooti e Raffaele Massabki* (Roma 1926).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA AMELIA

Virgen († 772)

Amelia o Amalberga o Amalia era natural de las Ardenas y en su adolescencia ingresó como monja en el monasterio de Munsterbilzen. Le dio el velo de las vírgenes San Wilibrordo († 739), apóstol de la Frisia. Quiere la leyenda que ella hubo de vencer la resistencia de la corte para casarla con el futuro Carlomagno.

A esta Santa Amelia se la ha confundido con la homónima esposa del conde Witger que luego entró en el convento de Maubeuge y cuyas hijas también son veneradas como santas.

SAN PEDRO VINCIOLI

Presbítero y abad († 1007)

Nació en Montelagello o Agelione, cerca de Perugia, en fecha desconocida. Inclinado desde niño a la piedad, los padres no miraban con buenos ojos la vocación religiosa del muchacho. Pero el joven maduraba su vocación y se preparó al sacerdocio que recibió oportunamente, dando un gran ejemplo de virtud como sacerdote y sobresaliendo por su caridad con los pobres. No dudó en pedir a Otón II, a su paso por Perugia, que impidiera los latrocinios y abusos de sus tropas. El emperador le hizo caso.

Luego tuvo la iniciativa de fundar un monasterio benedictino en el sitio de la antigua catedral de Perugia y en donde estaban las reliquias de San Herculano. Obtenida la licencia del obispo, se construyó el monasterio y quedó Pedro como superior al frente del mismo, acudiendo numerosas vocaciones deseosas de vivir la vida religiosa en profundidad. El papa Juan XIII († 972) estuvo de acuerdo en la erección del monasterio, y otorgó la exención de la jurisdicción episcopal y consagró abad del mismo a Pedro. La iglesia fue dedicada a San Pedro el 22 de noviembre del año 969. Pedro rigió santamente el monasterio, dando personalmente un eximio testimonio de virtud y

vida cristiana por su austeridad, espiritualidad y grandes virtudes. Murió el 10 de julio de 1007.

*BEATAS MARÍA GERTRUDIS DE SANTA SOFÍA DE
RIPERT D'ALAUZIN E INÉS DE JESÚS (SILVIA)
DE ROMILLON*

Virgenes y mártires († 1794)

El 10 de julio de 1794 fueron guillotinas en Orange dos religiosas ursulinas, procedentes del convento de esta Orden en Bollène, habían sido detenidas y llevadas a Orange y, tras los días de reclusión, juzgadas y condenadas a muerte.

MARÍA GERTRUDIS DE RIPERT D'ALAUZIN (Alauzier) era de familia noble y había nacido en Bollène el 15 de noviembre de 1757 y al profesar en el monasterio ursulino de Bollène había tomado el nombre de sor Santa Sofía. Fue acusada de procurar el triunfo del fanatismo y la tiranía y haberse negado a prestar el juramento de libertad-igualdad que se le exigía. El día antes de su juicio y condena, previendo que iba a tocarle ya la muerte por Cristo, dijo: «Estoy en una especie de éxtasis y como fuera de mí misma, porque estoy convencida de que mañana moriré y veré a mi Dios».

SILVIA INÉS DE ROMILLON había nacido también en familia noble en la ciudad de Bollène el 15 de marzo de 1750 y había profesado en el monasterio ursulino de su ciudad con el nombre de sor Inés de Jesús. Acusada de lo mismo que su compañera, en el camino hacia el suplicio vio a su hermana que se dolía mucho de su muerte y la animó.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

*SANTOS ANTONIO NGUYEN HUU (NAM) QUYNH
Y PEDRO NGUYEN KHAC TU*

Mártires († 1840)

En la población vietnamita de Dong-Hoy fueron martirizados por estrangulamiento, el día 10 de julio de 1840, dos confe-

sores de la fe, uno anciano de 72 años, el otro un joven de apenas 30. Sus vidas habían discurrido por caminos diferentes, pero, unidos por la fe, vinieron también a unirse en la simultaneidad del martirio.

ANTONIO NGUYEN HUU (NAM) QUYNH había nacido en Mi Huong, provincia de Quang-Binh, en 1768, hijo de un cristiano catequista que lo educó esmeradamente en la fe cristiana. Al llegar a la juventud optó por la vida militar y participó en una guerra civil, dejando el ejército cuando ya tenía el grado de capitán. Entonces se dedicó al comercio y al mismo tiempo hacía los estudios de medicina. Terminados éstos ejercía como médico, pero solamente a favor de los pobres y de manera gratuita, viviendo de sus negocios. Tenía fama de persona bondadosa. Fue arrestado por haber enviado a un criado a buscar a un misionero y este criado, forzado, declaró el objeto de su viaje, siendo entonces detenido el médico. Se mantuvo firme en la fe, pese a que fue bárbaramente azotado. Detenido en la cárcel, dio testimonio de gran mansedumbre y paciencia. Por fin se ordenó la ejecución de su sentencia de muerte.

PEDRO NGUYEN KHAC TU se había criado en la misión dominicana y lo había elegido como su compañero y catequista San Pedro Dumolin Borie. Lo acompañó fielmente y siguió siendo su compañero cuando el misionero fue elegido obispo. Llegada la hora de la captura del obispo, no huyó sino que se dio a conocer como cristiano y catequista. No cedió a amenazas ni tormentos y se mantuvo fiel a Cristo. Martirizaron al misionero y a él lo dejaron en la cárcel para ver si las miserias de la prisión lo ablandaban. En vista de que esto no se lograba se procedió a estrangularlo en el mismo sitio en que había muerto meses antes el obispo misionero.

Ambos fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

11 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Benito de Nursia († 547), abad, fundador del monasterio de Montecasino y autor de la Santa Regla, por la que ha merecido ser llamado patriarca de los monjes de Occidente. Patrono de Europa. Murió, según se cree, el 21 de marzo **.
2. En Roma, la conmemoración del papa San Pío I († 155), hermano de Hermas, el autor del célebre libro llamado *El Pastor* *.
3. En Iconio (Licaonia), San Marciano († s. III/IV), mártir.
4. En Cesarea de Mauritania, Santa Marciana, virgen y mártir († 303).
5. En Burdeos, San Leoncio († 570), obispo *.
6. En el estuario del Vara en Escocia, San Drostano († s. VI), abad y luego ermitaño.
7. En Disentís (Suiza), santos Plácido, mártir, y Sigisberto, abad († s. VII).
8. En Moyenmoutier, San Hidulfo († 707), obispo.
9. En Córdoba, San Abundio († 854), presbítero y mártir *.
10. En Kiev (Rusia), Santa Olga († 969), que abrió las puertas a la evangelización de su pueblo **.
11. En el monasterio de Grandselve, Beato Bertrán († 1149), abad, de la Orden Cisterciense *.
12. En Wiborg (Dinamarca), San Ketilo († 1150), presbítero, canónigo regular *.
13. En Lincoln (Inglaterra), beatos Tomás Benstead y Tomás Sprott († 1600), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
14. En Orange (Francia), beatas Rosalía Clotilde de Santa Pelagia Bès, María Isabel de San Teoctisto Pélissier, María Clara de San Martín Blanc y María Margarita de Santa Sofía de Barbegie d'Albarède († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa *.
15. En Lyugong-yin (China), santas Ana An Xinzhi, María An Guozhi, Ana An Jiaozhi y María An Lihua († 1900), vírgenes y mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BENITO

Abad († 547)

«Hubo un varón de vida venerable, bendito por gracia y por nombre». Y fue Benito, el de Nursia. Ha tenido por biógrafo al papa San Gregorio Magno. Pero Benito escribió la *Regla de los monasterios*, y en ella tenemos retratado su propio vivir cotidiano,

observando ya el mismo San Gregorio que Benito, consecuente con su doctrina, fue el primero en observar la norma de vida perfecta que él mismo dictó para monjes observantes, muy distintos de los sarabaítas y giróvagos, plaga de aquellos tiempos.

Nace Benito por los años de 480 en la provincia de Nursia, en los montes Sabinos, no lejos de Roma. Nace en una familia acomodada y tiene, por lo menos, una hermana, por nombre Escolástica.

Ya adolescente, sus padres quieren hacer de él un letrado, un orador, para lo cual le colocan en Roma, asistido en la gran urbe decadente por el aya, que suple las veces de una madre solícita y cariñosa.

Quizá no tiene ya madre en la tierra.

Benito asiste a las aulas de algún rétor y se entrena en la retórica, saliendo discípulo aventajado, como lo demostrará el estilo pulido de su futura Regla, sometido al ritmo o *cursus* de la elegante prosa entonces en boga.

Pero el joven Benito es un austero montañés, mal avenido con la corrupción de la corte, con el pensar y el vivir de gran parte de la estudiantina, en su mayoría aún pagana. Medita dejar aquel ambiente fétido y malsano, y un buen día sale de la ciudad con dirección a su tierra natal, aunque seguido por su aya, entristecida y alarmada. Se detiene en Afide, parando allí unos meses, conquistándose la simpatía del vecindario, especialmente de su párroco, quien ve en Benito un clérigo ideal. Corre un día la voz de haber recompuesto por arte de milagro un harnero prestado de frágil arcilla.

El que antes desdeñó ser un día gramático o rétor y conseguir con ello un brillante porvenir mundano, huye ahora de la aureola de taumaturgo, buscando un escondido paraje en los cercanos montes, en la cuenca del Anio, hallándolo precisamente junto a unos viejos y desmoronados edificios que habían contemplado las crápulas de la corte neroniana.

Hay allí un embalse artificial, y por eso la rocosa cueva por él recogida para mansión se llama cueva de Subiaco (sub-lago).

Enterrado en vida, no habla el intrépido solitario de unos veinte años sino con las alimañas y las aves; de vez en cuando con algún pastor de ovejas y cabras que penetran en la espesura.

Un compasivo monje, Román, le viste el hábito monacal y, a hurtadillas de su abad, le propina el necesario alimento, quitándolo de su propia boca.

Ya empieza, contra el todavía imberbe, pero bravo mancebo solitario, la guerra del enemigo malo, rompiéndole a pedradas la esquila que le avisa cuando Román le descuelga por el peñasco la cestilla de pobres provisiones.

Y luego, una ruda tentación carnal, de la que Benito sale triunfador, lanzándose desnudo en el próximo zarzal. Escarmentada la carne, no volverá a rebelarse contra el espíritu.

Ahora le espera al asceta otro género de palestra. Ha visto los peligros de la completa soledad, y, cuando monjes del cenobio de Vicovaro le proponen salir de su retiro y ser su abad, Benito lo consiente, bien que temeroso de su edad y quizá también de un posible fracaso, pareciéndole difícil enderezar a hombres avezados a la indisciplina.

El que hasta entonces había vivido «solo consigo, a la vista del Supremo Inspector», vivirá en adelante con otros en la vida cenobítica o de comunidad, que él considera como la más fuerte y más segura.

Y funda en las cercanías doce conventos con doce monjes cada uno, por el patrón de los monasterios pacomianos del Egipto, en los que oración y trabajo manual están sabiamente organizados.

El abad Benito admite en su convento a gentes de toda edad y condición, a ricos y a pobres, a bárbaros y a romanos, a esclavos y a libres y libertos, con un admirable sentido de cristiana igualdad, porque —dice— «en Cristo todos somos uno y servimos en una misma milicia».

Admite incluso niños, esos *pueri oblati*, las luego célebres *Escuelas monacales*, seminario de sabios y de santos.

Entre esos niños ofrecidos por sus padres como ofrenda a Dios con una oblación ritual, están los hijos de dos patricios romanos, Plácido y Mauro, los benjamines de la familia monacal. Con ellos sale cierto día y hace manar copiosa fuente, muy necesaria, dentro del cerco de piedras colocadas por ellos, y entre Mauro y Benito, éste que manda, aquél que obedece, extraen del fondo del lago a Plácido, tragado por las aguas, caminando

Mauro a pie enjuto sobre el líquido cristal azulado hasta asirlo por el largo cabello.

Pasan días y años en la paz benedictina, entre el *ora et labora*, dos alas que sostienen al alma en su vuelo. Pero el enemigo, que nunca duerme, concita los ánimos de ciertos monjes revoltosos contra su joven abad, mal avenido con toda liviandad, y quizá demasiado recto para ellos. Murmuran, forcejean, y, al fin, intentan envenenarle con el vino. Mas, ¡oh prodigio!, al bendecirlo en el refectorio, quíebrase el vaso. Como el presbítero Florencio, hombre influyente y disoluto, atenta también contra su vida, Benito, siempre sereno, reunida la comunidad, se despide de ella y camina hacia el sur con algunos hermanos adictos a su persona y a la Regla. Entre éstos se cuenta el obediente Mauro, está también el cariñoso cuervo, que grazna y revolotea en torno de la comitiva, cual celoso can, fiel guardador de su amo.

Y llegan juntos a la lejana villa de Cassino, ascendiendo al castro romano que domina el fértil y sonriente valle. Destruídos los simulacros de las divinidades gentiles, los monjes peregrinos establecen allí la vida monástica, aprovechando los muros de antiguos templos y fortaleza. Montecassino será en adelante un místico castillo, una atalaya desde donde los monjes otean al mundo y calen las nubes en la oración, aunque bajen a librar las batallas del Señor cuando el interés del prójimo así lo demanda.

El monasterio de Benito, «escuela práctica del divino servicio», estará desde ahora constituido por el patrón del cenobio basiliano. En él madura sus experiencias anteriores. Si desde su infancia demostró cierta madurez de anciano, *cor gerens senile*, podía adiestrarse más y más, y perder quizás algún resabio de aquella *nursina durities*, característica de su tierra natal. Nadie ya osa envenenar al «venerable varón de Dios, lleno del espíritu de todos los justos».

Quien no le deja en paz es su eterno émulo, Satán, contra cuya picaresca y furia tiene siempre el recurso de la oración y el signo de la santa cruz. A veces bástale el desprecio para fugarlo, cuando le molesta con ruidos, cuando le llama: *Maledicte!* al no contestarle si le dice: *Benedicte!*

Y es natural que el diablo le persiga cuando también Benito le persigue él mismo y sus monjes, quemando sus simulacros y derribando sus aras, levantando un bastión espiritual inexpugnable. En él se libran batallas y se adiestran los soldados de Cristo «verdadero Rey, empleando, ante todo, las preclaras y fortísimas armas de la santa obediencia, amando y sirviendo a ese magno Rey que ni muere ni es infiel a sus promesas».

El asedio diabólico llega a ser tan rabioso, que le mata un joven monje, de noble familia, derribando cierto día la pared en construcción. Pero Benito abad arrebató su presa a la muerte voraz. La guerra contra Benito no difiere mucho de las célebres tentaciones del abad Antonio, patriarca de monjes en Egipto. Menos importancia tuvo el imaginario incendio de la cocina monasterial. Menos también el caso de aquella piedra que, con no ser muy pesada, no pueden moverla entre todos los monjes canteros. Pero no la mueven con palanca, la levantan como una plumilla cuando Benito conjura al diablo en ella asentado. De ahí la medalla y la llamada cruz de San Benito, tan buscada por los fieles.

Otro día lo lanza del cuerpo de un monje, obseso por el maligno, quien le mueve a salirse enseguida de la oración común y aun del monasterio. Entonces el conjuro eficaz es un sonoro bofetón y el monje permanece con los demás en el coro.

Se precisa un instrumento eficaz para que la obra emprendida quede consolidada y perdure hasta el fin de los tiempos; una Regla que resuma la evangélica perfección y recoja el espíritu y la experiencia monástica de Oriente y Occidente.

De ahí la Regla benedictina, la *Regla maestra*, la *Santa Regla*, la más sabia y prudente de las Reglas (San Gregorio M.), el código que figurará sobre el altar, junto a la Biblia, en algunos concilios de la Iglesia.

El abad Benito, buen romano, que sabe dictar leyes, pero también cumplirlas, es el primero en el coro a las dos de la mañana, cuando comienza el canto de las divinas alabanzas. Él es el más asiduo en la «lección divina» diurna y nocturna, en el trabajo de manos, que ocupa al monje varias horas. No come carne de cuadrúpedos, como tampoco sus monjes, pero sí bebe una discreta hemina o módica ración del generoso vino de la soleada Campania, tan regustado por Horacio.

En el régimen abacial, como «padre que es del monasterio», procura a cada cual lo necesario, sin atender a las envidias, pero también sin demostrar injustas y odiosas preferencias, «amando más, únicamente, al que halla más aventajado en la obediencia», que todo lo resume.

Mira con especial solicitud de padre a los monjes enfermos, enfermos del cuerpo o del alma, viendo en ellos, muy especialmente, a Cristo, como también en los huéspedes.

Redacta un código penal, moderado cual ninguno en aquel tiempo, y antes de acudir al cuchillo de la separación con la oveja obstinada en perderse, discurre su caridad mil ingeniosos ardidés, mil remedios de prudente médico y de avisado pedagogo. Aunque no transige en punto a los principios básicos, si alguno delinque descubre el delito con su admirable discreción de los espíritus y reprende en forma severa al par que paternal.

Todo el secreto de la evangélica perfección lo cifra en el complejo que llama humildad. Por los doce grados de ésta el alma llega infaliblemente a la celsitud de la perfección, a la unión de caridad más íntima con Dios, la cual fuga el imperfecto temor. Por eso reprende ásperamente a cierto monje joven y noble, alumbrándole él mismo en la comida, para con ello confundir su secreta y mal dominada soberbia.

Quiere con inflexible lógica que todo sea lo que se dice ser. Así el oratorio ha de servir para orar, no para charlar; el abad, que se llama padre, ha de serlo con todas sus consecuencias. Ha de hacer dulce la vida a sus monjes, como también éstos la del abad, y todo, principalmente, por honor y amor a Cristo.

El mayordomo, que comparte algo de la cura abacial, ha de participar asimismo del espíritu de paternidad con los monjes. No son súbditos de un señor y miembros de una sociedad religiosa, sino miembros de una familia; porque en el monasterio ha de haber cálidas relaciones familiares. Entre hermanos de toda edad, condición y temperamento, débense evitar roces dolorosos y hacer del cenobio una antesala del cielo.

El trato mutuo habrá de ser, no sólo correcto, sino delicado y exquisito. Ni el tuteo está permitido al monje, porque el amor fraterno no excluye el respeto. Benito guarda siempre un continente noble y señorial, propio de su distinguida cuna. Conside-

ra que el monje, quizá de villana extracción, elevado ya por su total entrega a Cristo, adquiere una dignidad que le prohíbe todo lo rústico y lo vulgar. Ha aprendido en San Ambrosio que «nobleza es virtud», todavía más que herencia de sangre, quizá viciada y corruptible si no corrompida por el vicio, tan general entre ricos y potentados.

Pero si el padre Benito es un asceta contemplativo y mira al cielo desde la *torretta* de Montecassino, no por eso desdeña la acción de caridad y de apostolado con aquellos que se debaten en lo bajo del valle contra el pecado y la adversidad.

Desciende con frecuencia, requerido por los grandes o por los humildes. Un día será un clérigo que pide aceite para un remedio urgente; otro día vendrá un pobre aldeano acosado por su brutal acreedor; otro día resucitará al niño de cierto labrador que se lo pide con sencilla fe; una vez recibe en audiencia al bárbaro rey Totila, despidiéndole corregido después de anunciarle que, tras conquistar Roma, pasará a Sicilia, y al nono año morirá.

Pero, si toda humana desgracia conmueve su corazón, aféctale muy especialmente la ceguera de los que no conocen a Dios ni viven como para gozarle para siempre. Y por eso, aun renunciando al propio gusto, pero sin perder por ello la presencia divina, deja con frecuencia su amada soledad claustral, atendiendo a la salud espiritual de los pueblos comarcanos e iniciando así la labor misionera que luego sus monjes habrán de proseguir y ampliar por todo el Occidente, mereciendo con esto el título de padre de Europa que dom Guéranger y finalmente el papa Pío XII le atribuyeron.

El diálogo con los hombres no impide su dialogar con Dios, pues al que «ve al Creador se le hace angosta toda criatura». De donde él saca mayor luz y fuerza es de su trato con la Divinidad en los divinos misterios, el *Opus Dei*, la obra de Dios por excelencia, a la que nada se debe anteponer, según él enseña, por ser ellos la fuente de toda santidad, ocupación y obra principal del monje, como de todo buen cristiano.

El abad oficia, sin duda, siquiera en los días solemnes del año litúrgico. Es el primer liturgo de la casa y bien se nota que Benito tiene de Roma la confianza e incluso los poderes sacer-

dotales, requeridos para ciertos actos, como son la excomunión de unas beatas insolentes con su buen capellán.

En el último decenio de su vivir terreno ve Benito extinguirse algunos luceros de la Iglesia, amigos suyos: el gran Cesáreo de Arlés, como él legislador monástico. Luego el sabio abad de Vivario, Casiodoro, mentor de reyes. Una estrellada noche ha contemplado subir a los cielos, en globo como de fuego, el alma santa de su buen amigo el obispo de Capua, Germán. Pero más aún le afecta el vuelo de paloma al seno del Esposo de su entrañable hermana, la virgen Escolástica, que ante Dios todavía ha podido más que él, consiguiendo una furiosa tempestad para alargar unas horas la postrera despedida.

Todo esto le va despegando más y más de todo lo transitorio y apegando a lo eterno, afligiéndole asimismo la precaria situación de la patria y de la Iglesia, mal dirigida por el papa Vigilio, a quien el clero romano tilda de perjuro al credo de Calcedonia. Presiente, además, nuevas invasiones y saqueos, el incendio y destrucción de su propio monasterio, salvas únicamente las vidas de sus monjes, y todo ello junto abate al anciano y facilita su vuelo a las altas esferas, donde se alaba a Dios y se le canta el *Aleluya* sin cansancio.

Quizá las nieblas invernales impresionan también su salud. Resiste la Cuaresma del 547, pero el Jueves Santo, 21 de marzo, asistiendo a los divinos misterios, siéntese morir y quiere hacerlo de pie, como lo deseaba Vespasiano.

Efectivamente; el bravo atleta de Cristo, de pie, envía su espíritu al Creador, nutrido del cuerpo y sangre de Cristo y oleado, sostenido por sus hijos, que celebran entre alegres y tristes el tránsito, la Pascua de su abad, que les había enseñado a «desear con toda concupiscencia espiritual la vida perdurable y con gozo la santa Pascua».

Unos monjes, más favorecidos, contemplan su alma voladora subiendo sobre alfombras y entre mágicas luminarias, hasta posarse en el trono prometido a cuantos lo dejaron todo por seguir a Cristo.

Y la luminosa estela que tras él queda en el mundo, no se acaba de borrar. Benito, *el Pater, Dux et Magister Benedictus*, como dice San Bernardo, apacienta todavía con su doctrina, su vida,

su intercesión, a cuantos se cobijan entre los pliegues de su amplia cogulla.

GERMÁN PRADO, OSB

Bibliografía

Acta SS. Boll., 21 de marzo.

ARROYO, G., *Sancti Benedicti Regula Monasteriorum cum concordantia eiusdem* (Silos 1947).

ARRUFAT, R., *Sant Benet. Vida y obra del gran Patriarca* (Montserrat 1929).

CHAPMAN, J., *St. Benedict and the Sixth Century* (Londres 1929).

COLOMBÁS, G. M., *San Benito: su vida y su regla* (Madrid 21968).

GREGORIO MAGNO, SAN, «Vita», en *Diálogos* 1.2: PL 66,125s (en griego y latín).

HERWEGEN, I., *Der heilige Benedikt* (Düsseldorf 1951).

MARÉCHAU, B. M., *Saint Benoît, sa vie, sa Règle, sa doctrine spirituelle* (París 1911).

PRADO, G., *Regla de San Benito de Nursia* (Madrid 1943).

RENAUDIN, P., *Saint Benoît dans l'histoire* (París 1928).

SCHUSTER, A. I., *Storia de S. Benedetto e dei suoi tempi* (Milán 1946).

Varios poemas en la Edad Media, cf. *Monumenta Germaniae Historica. Antiquitates*, 1: *Poetae latini medii aevi*, 1 (Berolini 1880) 36s.

• Actualización:

AYMARD, P., *Vida de San Benito* (Madrid 42002).

COLOMBÁS, G. M. - ARANGUREN, I. (eds.), *La regla de San Benito* (Madrid 32000).

FERNÁNDEZ LAGO, J., *Vida y novena de San Benito* (Santiago de Compostela 2000).

GONZÁLEZ GARCÍA, M. A., *San Benito de Nursia. Padre de monjes y amigo de todos* (Burgos 2001).

LINAGE CONDE, A., *San Benito y los benedictinos*, 7 vols. (Braga 1992-1993).

MOLINA PIÑEDO, *San Benito. Fundador de Europa* (Madrid 1980).

PULIDO MATOS, N., *Vida y obra de San Benito* (Lebrija 1999).

VOGÜÉ, A. DE, OSB, *San Benedetto uomo di Dio* (Cinisello Balsamo 1999).

SANTA OLGA

Duquesa de Kiev († 969)

La historia de Santa Olga está estrechamente ligada a la cristianización de la nación rusa. Ocupa, por eso, un puesto destacado en el santoral de estos pueblos, unida siempre a la grandeza de su nieto San Vladimiro el Grande. Es en nuestro tiempo cuando se apuesta por un renacer en el conocimiento de este santoral eslavo, que a veces nos sorprende con vidas escalofriantes, acusando a Occidente de que apenas conozcamos porción tan querida de la Iglesia.

Es, pues, desde estas coordenadas desde donde hay que conocer la vida de Santa Olga, gran duquesa de Kiev.

Nació nuestra santa hacia el año 890, en el pueblo de Vybuti a unos 70 km. de Pskov sobre el río Velika. Mujer privilegiadamente hermosa, pertenecía al linaje de los varegos, una de las tribus vikingas, procedentes del norte europeo.

Los varegos, hacia el siglo IX, bajando por la ruta marcada por el río Volga, se encargaron de liberar al pueblo eslavo de la dominación de los jazaros, cuyo dominio aguantaban ya desde hacía varios siglos. Sorprendidos por la placidez de las tierras que tocaban y de las culturas con que entraban en contacto, prosiguieron en sus correrías hasta el Mar Negro y las montañas del Cáucaso. Gracias a ellas llegaron a conectar con los bizantinos, indudablemente mucho más avanzados en todos los órdenes.

Fue así como crearon permanentemente un camino que unía el norte con el sur de Europa, los varegos con los griegos. Ese camino se fiaba principalmente de los ríos, dada la superioridad del pueblo vikingo en las artes de navegar, y cruzaba, por otro lado, las llanuras de Kiev.

Posiblemente, por estas mismas circunstancias el príncipe Igor Rjurikovich conoció a la bellísima Olga, según se cree, hija de uno de los jefes varegos, al que se había confiado la vigilancia y custodia de algunos de los puntos estratégicos del más frecuentado camino varego que bajaba por el río Dniéper, ya que, entre otras cosas, era el más corto. Ya en este primer encuentro el príncipe Igor Rjurikovich al encontrarse con Olga o Helga, quedó tan prendado de su belleza que, a pesar de los pocos años, casi una niña, la convirtió en su esposa.

Duró tan feliz unión hasta el 945, cuando su marido, Igor, fue muerto por los dravlianos o dravljanos. Cuajada en años y curtida en responsabilidades, la desgracia y el dolor no fueron óbice para que la viuda reaccionara violentamente y mandara dar muerte a los principales jefes responsables. A los supervivientes los gravó con todo tipo de impuestos y gravámenes.

Demostró tal energía en esta situación que no dudó en asumir la regencia de Kiev. Un compromiso para el que tenía unas cualidades inusuales tan relevantes que su pueblo la amaba y veneraba masivamente. Sabía concordar los más bondadosos afectos hacia sus súbditos con la más aplomada justicia, sin to-

lerar a nadie ni por nada la menor injusticia. Debió ser por estos años de acendrada ecuanimidad y grandeza de servicio a su pueblo cuando conoció las doctrinas cristianas predicadas en aquellas tierras por los Santos Cirilo y Metodio, evangelizadores de los eslavos a partir de mediados del siglo IX, por los años de 861 y 862. La Providencia la regalaría la propia conversión.

En su vida privada se volcó en la educación de su hijo Svjatoslav, que había nacido en el 942. No tuvo la dicha de verlo cristiano, pero sería luego un nieto suyo, Vladimiro —uno de los hijos de Svjatoslav— quien la recompensase generosamente convirtiéndose espectacularmente, ya que después de una vida escandalosamente pagana, supo responder a una entrega tan generosa al Evangelio que le llevó hasta ser venerado en los altares. No en vano la abuela y el nieto son considerados por el pueblo como sus apóstoles eslavos. Fueron los contactos de este nieto suyo con los católicos bizantinos lo que abrió definitivamente el camino del cristianismo a los pueblos rusos.

Con anterioridad, Olga, como madre del gran duque de Kiev, Svjatoslav, pidió misioneros alemanes a Otón I, quien envió al monje Alberto I (Adalberto) de Tréveris que fue consagrado obispo para los rusos, pero cuando llegó a su destino, las relaciones y en consecuencia la influencia de los bizantinos habían triunfado definitivamente en la joven Rusia.

Índice significativo de esto fueron las jornadas del bautismo de Olga, muy celebradas. Se sabe que para ello, el año 957, Olga llegó a Constantinopla con un gran séquito, siendo recibida por Constantino VII Porfirogénito con grandes honores y fiestas. En la propia Bizancio recibió el bautismo administrado por el propio patriarca Polieucto, quien al despedirla lo hizo con estas laudatorias palabras: «Bendita entre las mujeres rusas, porque amaste la luz y echaste las tinieblas. Por eso te bendecirán los hijos rusos hasta la última generación».

Fue una auténtica profecía. Olga murió el 11 de julio del año 969. Su veneración fue inmediata. Ya en tiempos de su nieto Vladimiro era tan popular que él en persona, el año 996, trasladó el cuerpo de la abuela a la iglesia de Desiatinnaya, construida por él mismo.

La fiesta en la Iglesia Oriental se fijó el 11 de julio, el día de su muerte. Fecha que también aceptó la Iglesia Occidental católica. En 1574 un concilio ruso confirmó su veneración popular.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Arts. en diversas historias y diccionarios: *Enciclopedia Larousse*; *Gran Enciclopedia Rialp*; *Diccionario Espasa*, etc.

DEL COLLE, B., *Olga e Gorbaciov. 1000 anni di cristianesimo in Russia* (Milán 21988).

ELISSALDE CASTREMONT, L., *Histoire de l'introduction du christianisme sur le continent russe et Vie de Sainte Olga* (París 1879).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN PÍO I

Papa († 155)

No es mucho lo que se sabe de este papa, que según el *Liber Pontificalis* era hijo de Rufino y procedente de Aquileya. Hermano de Hermas, el autor del famoso *Pastor*, habría que decir que su familia era de condición servil. En su tiempo hubo un sínodo en Roma que condenó el marcionismo. También en su época era profesor en Roma San Justino el Apologista. No hay constancia histórica de que San Pío I muriera mártir, aunque este título se le ha venido dando de mucho tiempo.

SAN LEONCIO DE BURDEOS

Obispo († 570)

Nació en el departamento de Aquitania, probablemente en Burdeos, hacia el año 515, en el seno de una familia noble galo-romana. Al llegar a la juventud se hizo militar y estuvo como tal en España, seguramente en la expedición del rey franco Childeberto (531). Contrajo matrimonio con Placidina, sobrina de San Sidonio Apolinar.

Pese a estar casado, fue elegido obispo de Burdeos a la muerte del obispo Leoncio, llamado Leoncio I, siendo Leoncio

de Burdeos conocido como Leoncio II; y esto sucede poco antes del 549. A raíz de su consagración episcopal trató a su esposa como una hermana. En calidad de obispo de Burdeos asiste al concilio de Orleans en el año 549 y participa en los concilios de París del 552 y del 560. Tuvo problemas con los reyes Clotario I y Cariberto pues éstos eligieron obispo de Saintes sin contar con el metropolitano. Construyó la basílica de San Martín extramuros de la ciudad y, dentro de ella, la catedral que dedicó a la Virgen María. Además construyó otras iglesias en la diócesis. Murió hacia el año 570, y su episcopado fue cantado por Venancio Fortunato en sus poemas como un tiempo digno de recordarse por sus obras de caridad y la buena organización de su diócesis.

SAN ABUNDIO

Presbítero y mártir († 854)

Era natural de un pueblecito de la serranía cordobesa llamado Analelos. Habiendo optado por el sacerdocio, fue nombrado párroco de su propio pueblo natal. Él no fue uno de los mártires espontáneos que se dieron por entonces. Fue apresado —dice San Eulogio— por la calumnia y el engaño de algunos musulmanes. Cuando se vio camino de una posible muerte, convirtió la desgracia en martirio. Pues llevado ante el cadí confesó a Cristo como autor de la salvación y dijo que Mahoma es un falso profeta y argumentó con razones su posición religiosa.

Esta confesión cristiana irritó sumamente al juez, que mandó fuera ejecutado el sacerdote en el acto y que su cadáver quedara abandonado para que lo comieran los perros y las bestias. Era el 11 de julio del año 854.

BEATO BERTRÁN DE GRANDSELVE

Abad († 1149)

Bertrán aparece en la historia como abad del monasterio de Grandselve, fundado en 1117 y muy observante; era hombre de gran pureza y sencillez evangélica, manso y fuerte. Viendo la

situación religiosa de la Francia meridional se dedicó a predicar contra el error albigense. Los albigenses lo persiguieron y obligaron a dejar por un tiempo su abadía y vivir en Italia.

Bertrán recibió la estima de San Bernardo, al cual solicitaron Bertrán y sus monjes ser admitidos en la Orden Cisterciense, lo que en efecto tuvo lugar el 31 de marzo de 1145. Hombre de intensa oración, decía misa con gran devoción y el Señor le recreó con experiencias místicas. Murió el 11 de julio de 1149.

SAN KETILO

Presbítero († 1150)

Ketilo (Quetilo, Exuperio) nació a comienzos del s. XII en Venning, Jutlandia, en el seno de una familia acomodada. Inclinado desde joven a la piedad y a la cultura, por ello el obispo de Viborg, Eskil, lo llamó a su diócesis y lo ordenó sacerdote para su clero. Pero él poco después optaba por la vida religiosa e ingresaba en el convento de canónigos regulares agustinos de Viborg. Acreditado muy pronto dentro de la comunidad, se le confió el cargo de preboste y se le puso al frente de la escuela capitular, donde se educaban los futuros clérigos.

Ketilo Procuró la paz en medio de las disputas dinásticas y promovió la evangelización de los vendos. El que se le haya tenido por algunos como mártir, parece tener como origen el que murió asesinado el año 1150. Su muerte fue quizás el 27 de septiembre pero se le ha celebrado en Dinamarca el día 11 de julio, porque parece que ese día del año 1188 lo canonizó el papa Clemente III.

BEATOS TOMÁS BENSTEAD Y TOMÁS SPROTT

Presbíteros y mártires († 1600)

El 11 de julio de 1600 fueron ejecutados, como traidores, en Lincoln, Inglaterra, dos sacerdotes católicos, a los que no se les encontró otro motivo de traición que el haberse ordenado de sacerdotes en el extranjero y haber ido al reino inglés

a ejercer su ministerio. Fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

TOMÁS BENSTEAD o TOMÁS HUNT, como le llama la causa de beatificación, había nacido en Norfolk, y decidido por el sacerdocio había estudiado en el colegio de San Albano, de Valladolid, y en el colegio de San Gregorio de Sevilla, ciudad en la que se ordenó sacerdote en 1599. Habiendo vuelto a Inglaterra para ejercer su ministerio fue enseguida arrestado en el hostel Saracens' Head. Logra escaparse, pero es de nuevo capturado y llevado a la cárcel y al juicio.

TOMÁS SPROTT nace en Skelsmergh, condado de Westmoreland, el año 1571 en el seno de una familia católica. Decidido a hacerse sacerdote marchó a Douai y se ordenó presbítero en 1596. Vuelve a Inglaterra y trabaja apostólicamente hasta que a comienzos de julio de 1600 es apresado en Lincoln junto con el beato Tomás Hunt o Benstead y con él juzgado y martirizado.

Ambos mártires fueron beatificados por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATAS ROSALÍA CLOTILDE DE SANTA PELAGIA BÈS, MARÍA ISABEL DE SAN TEOCTISTO PÉLISSIER, MARÍA CLARA DE SAN MARTÍN BLANC Y MARÍA MARGARITA DE SANTA SOFÍA DE BARBEGIE D'ALBARÈDE

Virgenes y mártires († 1794)

El 11 de julio de 1794 fueron guillotinas en la plaza de Orange cuatro religiosas que habían perseverado firmes en su vocación religiosa y, unidas por firmes lazos de fraternidad cristiana, no se habían separado entre sí y habían compartido la confesión cristiana de fe que las había llevado a la muerte. Fueron condenadas por ser enemigas de los principios republicanos y propagandistas del fanatismo y por negarse a prestar el juramento de libertad-igualdad. Eran éstas:

ROSALÍA CLOTILDE BÈS había nacido el 30 de junio de 1753 en Baume-du-Transit, diócesis de Valence, y en su juventud ingresó en el monasterio de la Congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento en la localidad de Bollène

(4 de marzo de 1772), donde hizo la profesión religiosa con el nombre de sor Rosa de Santa Pelagia en 1774. Era una religiosa ejemplar y supo responder con firmeza en el interrogatorio al que la sometieron. Recibida la sentencia de muerte se volvió y les dijo a sus hermanas condenadas con ella: «Es hoy por fin cuando nuestro celestial Esposo va a admitirnos a las bodas por las que hasta ahora no hemos hecho más que pequeños sacrificios...». Abrazó a cada una de las hermanas y, sacando una caja de peladillas de su bolsillo, dijo: «Éstos son los dulces de mi boda...». Y cada hermana tomó una peladilla con gran gusto. Y mostrando el anillo de su profesión dijo: «He aquí la señal de la promesa que nos hizo el Señor y que va a cumplir muy pronto. Vamos, hermanas, vamos a un mismo altar; que nuestra sangre, lavando nuestras infidelidades y uniéndose a la de la víctima santa, nos abra las puertas del tabernáculo eterno».

MARÍA ISABEL PÉLISSIER nació en Bollène el 17 de enero de 1742 y entró en el convento sacramentino de su misma localidad, en el que profesó los votos religiosos tomando el nombre de sor Teoctista María o sor San Teoctisto. Llevó con gran habilidad la administración de la casa religiosa. Era muy estimada por sus virtudes. Al salir para el martirio ella entonó el *Magnificat*, dando gracias a Dios por el don del martirio.

MARÍA CLARA BLANC profesó en el monasterio sacramentino de Bollène en 1761 con el nombre de sor San Martín cuando ya tenía unos treinta años y fue religiosa durante treinta y tres años, hasta su martirio. Se mostró firme ante el tribunal y recibió con alegría la noticia de su condena a la guillotina, agradeciendo a Dios el don del martirio.

MARÍA MARGARITA DE BARBEGIE D'ALBARÈDE nació en St. Laurent-de-Carnols el 8 de octubre de 1740 y decidió su vocación religiosa ingresando en el monasterio ursulino de Pont-St-Esprit, donde se mostró una religiosa cumplidora y llena de vida interior. Tomó el nombre religioso de sor Santa Sofía. Expulsada de su monasterio, se unió a sus hermanas y con ellas fue apresada y llevada a Orange, donde con las tres anteriores religiosas sacramentinas compareció ante el tribunal, dio testimonio de Cristo y fue condenada a muerte.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

*SANTAS ANA AN XINZHI, MARÍA AN GUOZHI,
ANA AN JLAOZHI Y MARÍA AN LIHUA*
Virgenes y mártires († 1900)

En el poblado chino de Tchai-Ben-Seu había una comunidad cristiana a la que pertenecían las cuatro mujeres cristianas cuyo martirio conmemora el *Martirologio* hoy. Eran María An Lihua, Ana An Xinzhi, María An Guozhi y Ana An Jiaozhi, de 64, 62, 26 y 29 años de edad. Ellas, al saber que los boxers recorrían los pueblos buscando cristianos, se marcharon a un pueblo de paganos, Liugong-yin, donde sus parientes las acogieron humanitariamente. Llevaban consigo dos niños pequeños. Pero los boxers supieron por alguien a qué pueblo habían ido las cuatro cristianas y entonces se hicieron presentes en él y exigieron a los parientes que las entregaran.

Las cuatro fueron invitadas a apostatar del cristianismo, pues de lo contrario serían degolladas. Las cuatro confesaron intrépidamente a Cristo y manifestaron que no pensaban renegar del evangelio. Entonces los boxers perdonaron a los niños y decapitaron a las cuatro. Era el 11 de julio de 1900. Fueron canonizadas el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

12 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Ancira (Galacia), santos Proclo e Hilarión († s. II), mártires.
2. En Aquileya, santos Fortunato y Hermágoras († s. III), mártires.
3. En Milán, santos Nabor y Félix († 303), mártires *.
4. En Fano (Piceno), San Paterniano († s. IV), obispo.
5. En Lyón (Galia), San Vivencio († 523), obispo *.
6. En Passignano (Toscana), San Juan Gualberto († 1073), fundador de la Orden de Valumbrosa **.
7. En el monasterio de La Cava (Campania), San León I de La Cava († 1079), abad *.
8. En Londres (Inglaterra), beato David Gunston († 1541), caballero de Malta y mártir bajo Enrique VIII *.

9. También en Londres, San Juan Jones († 1598), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo el reinado de Isabel I*.

10. En Nagasaki (Japón), beatos Matías Araki y sus compañeros mártires: Pedro Arakiyori Chobioye y su esposa Susana; Juan Tanaka y su esposa Catalina; Juan Nagai Naisen y su esposa Mónica y su hijo el niño Luis († 1626)*.

11. En Orange (Francia), beatas Rosa de San Javier (Magdalena Teresa) Tallien, Marta del Ángel Bueno (María) Cluse, María de San Enrique (Margarita Leonor) de Justamond y Juana María de San Bernardo de Romillon († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa*.

12. En Nam Dinh (Tonkín), San Clemente Ignacio Delgado Cebrián († 1838), obispo y mártir**.

13. En Ninh Binh (Tonkín), Santa Inés Le Thi Thanh De († 1841), madre de familia y mártir*.

14. En Nghê An (Annam), San Pedro Khanh († 1842), presbítero y mártir*.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN GUALBERTO

Fundador († 1073)

Juan nació en un castillo cerca de la ciudad de Florencia. Su familia era noble, rica, poderosa. Su padre, Gualberto, señor del castillo, era muy conocido en toda la comarca.

Juan creció, se hizo un apuesto joven; el porvenir se le presentaba lleno de las más halagadoras promesas, como una senda sembrada de flores. Pero un acontecimiento inesperado vino a torcer el rumbo de la vida del joven florentino. El lance es conocido. Un buen día cabalgaba Juan Gualberto rodeado de varios escuderos. Todos eran gente valerosa; todos iban armados de punta en blanco. De pronto, en una revuelta del camino, se presenta ante sus ojos un hombre. Juan le reconoce al instante: es el asesino de uno de sus parientes; tal vez —es éste un punto que la historia no ha logrado poner en claro— dio este hombre muerte al propio hermano de Juan. El desgraciado reconoce también al caballero que viene a su encuentro. Inútil intentar la fuga; no le es posible, solo como se halla, hacer frente a la pequeña y aguerrida tropa; no le queda más remedio que someterse al destino, a la ley inexorable de la venganza, que exige su sangre. Todo esto se le ocurre en un momento. Y en un súbito

arranque, inspirado por el sentimiento religioso, se deja caer del caballo y, con los brazos en cruz, espera el golpe mortal. Espera en vano. El golpe mortal no llega a descargarse.

En el espíritu de Juan Gualberto la actitud de su enemigo evoca la imagen de Cristo crucificado. Sí, es el Señor quien está ante él; el Señor, que murió por los que le injuriaban y calumniaban, por los que le herían y crucificaban; el Señor, que nos manda perdonar y amar a nuestros enemigos. La lucha entre la sed de venganza y la conciencia de su deber de cristiano, aunque duró breves instantes, debió de ser muy recia en el alma del joven caballero. Venció la gracia divina; la ley del amor triunfó. Juan perdonó, heroicamente, a su enemigo. Poco después, agotado, con el alma vibrante de emoción, penetraba en una iglesia, caía de hinojos ante el altar y sus ojos admirados veían que el crucifijo se animaba y Cristo le hacía una inclinación de cabeza, como agradeciéndole lo que acababa de hacer por su amor.

Desde aquel día Juan Gualberto no fue el mismo de antes. Sus pensamientos seguían otros derroteros; sus ilusiones, sus aspiraciones mundanas se amortiguaban, se desvanecían como el humo. Cristo había hecho algo más que darle a entender sensiblemente cuánto le agradecía la acción heroica de perdonar al asesino; Cristo premióle este rasgo llamándole al número de sus escogidos. La iglesia en la que entró Juan Gualberto después de la escena que acabamos de narrar era la de la abadía de San Miniato. No pasó mucho tiempo antes de que Juan llamara a la puerta de este monasterio y pidiera al abad el hábito benedictino. El abad no rechazó al postulante, sino que sometió a prueba la autenticidad de su vocación. Nada arredra al animoso joven. Pero entretanto su ausencia es notada en el castillo, y el noble señor sale en busca de su hijo.

No tarda en presentarse a la puerta de San Miniato. El padre abad está perplejo; no se atreve a resistir al noble castellano. Juan se niega a salir, temeroso de que su padre le arrastre de nuevo, a la fuerza, al torbellino de la vida mundana. Gualberto amenaza a los monjes con toda suerte de males si no le devuelven a su hijo. El abad no sabe cómo salir del atolladero. La solución la halla Juan. Ya que no se atreve el padre abad a darle el santo hábito, él mismo se lo viste, luego de haberse cortado el

cabello, y, tomando un libro, se sienta en el claustro para darse a la lectura espiritual. Entretanto el superior del monasterio va a decir a Gualberto que su hijo se niega a salir al locutorio, pero que él mismo, si gusta, puede pasar a hablarle en el interior de la clausura. Al hallarse con el nuevo monje el noble señor lloró, se quejó amargamente de su ingratitud, pero acabó por bendecirle y dejarle que siguiera en paz su vocación.

Bueno y edificante era el hermano Juan; su vida transcurría pacífica y dichosa en San Miniato. Pero un día murió el abad, y uno de los monjes compró la dignidad vacante al obispo de Florencia. Nos hallamos en la época de la simonía. Los cargos eclesiásticos se venden al mejor postor, y el redil de Jesucristo se ve invadido por falsos pastores. Juan Gualberto no se resigna a tener un abad simoníaco, y con otro religioso abandona el monasterio y su ciudad natal, no sin antes haber proclamado en plena plaza pública de Florencia que Huberto, abad de San Miniato, y Hatto, obispo de la diócesis, eran herejes simoníacos.

Juan y su compañero iban en busca de otro cenobio donde proseguir tranquilamente su vida monástica, que es vida de paz y oración. Recorren varias abadías, pero ninguna observancia llena sus aspiraciones. Sediento de perfección, Juan Gualberto se dirige a Camaldoli, entonces en la cumbre de su prestigio, en donde es probado en toda paciencia; pero, cuando el prior de Camaldoli se dispone a admitirle definitivamente, nuestro monje no se decide a abrazar la vida eremítica, que era la de los camaldulenses, pues no le parece conforme a la regla de San Benito que había profesado. Juan Gualberto quiere permanecer cenobita. Y de este modo le conduce Dios a la realización de la obra de su vida. Como ninguna observancia religiosa le satisface, el monje, inquieto, incapaz de afincar en parte alguna, fundaría un nuevo cenobio y una nueva congregación monástica bajo la regla benedictina.

Valumbrosa, en los Apeninos toscanos, era en aquel entonces un paraje solitario, cubierto de espesos bosques. Dos religiosos llevaban allí una vida anacorética; el lugar pertenecía a las monjas de Sant'Ellero. A Juan Gualberto le gustó la paz profunda que reinaba en Valumbrosa, y resolvió quedarse allí. Los dos solitarios le recibieron con los brazos abiertos, y pronto

nuevos reclutas de la milicia de Cristo se juntaron al pequeño grupo, pues la fama de santidad de Juan Gualberto era ya muy grande. Así empezó, humildemente, como suelen las obras de Dios, un movimiento espiritual que debía adquirir grandes proporciones. Durante mucho tiempo los monjes hubieron de contentarse con un oratorio de madera; sus alimentos eran escasos, y día hubo en que faltaron totalmente; sus hábitos no podían ser más pobres. Hubieron de padecer también persecuciones y calumnias de malvados y envidiosos. Los monjes, con todo, estaban contentos, pues en la escasez y en la tribulación se sentían verdaderos seguidores de Cristo. Y la obra prosperó. El número de religiosos iba creciendo. En 1036 la abadesa de Sant'Ellero, que desde el principio había ayudado a los monjes con libros y vituallas, les hizo donación del terreno, y Juan Gualberto fue nombrado primer abad de Valumbrosa, sin que le valiera la tenaz resistencia que opuso.

La aspiración suprema del nuevo abad era que en su monasterio se observara perfectamente la regla de San Benito; sin embargo, su culto a la letra del código benedictino no rebasaba los límites de la discreción, y así, por ejemplo, cuando faltaban otros alimentos, no vacilaba en dar carne a sus religiosos. Insistió particularmente en la clausura monástica y nunca quiso aceptar para sus hijos espirituales ministerio alguno fuera del cenobio, pues sabía muy bien que, so color de cura de almas, muchos monjes habrían tal vez perdido la suya propia. Otro punto capital de la observancia valumbrosana era el espíritu de pobreza, tan olvidado en aquellos tiempos: en el hábito, en la mesa, en los edificios, todo debía ser simple, modesto, sobrio, pobre, pues los monjes han renunciado, individual y colectivamente, a toda superfluidad y boato. No para evitar el trabajo, sino a fin de salvaguardar la clausura y evitar a sus monjes, en lo posible, cualquier contacto con el mundo, aceptó el abad Juan Gualberto la institución de los hermanos conversos, recientemente implantada entre los camaldulenses. Y gracias a sus cuidados, a sus continuas exhortaciones y a su ejemplo indeficiente, la vida monástica floreció esplendorosa en Valumbrosa.

Y no sólo en Valumbrosa. Pronto llovieron de todas partes ofertas de fundaciones o de restauraciones de monasterios anti-

guos y de Valumbrosa la nueva savia empezó a fluir hacia otros centros de vida religiosa. Entonces comenzó para Juan Gualberto la época de las correrías monásticas. Pues no se limitaba a mandar monjes a los lugares en donde eran requeridos, sino que retenía bajo su régimen todos los monasterios fundados o reformados por los valumbrosanos. Era él quien imponía los superiores, quien visitaba las casas, quien corregía y ordenaba todo. El fundador, además, sabía elegir certeramente los lugares desde donde podría ejercer seguro influjo. Así el monasterio de San Salvi, junto a Florencia; el de San Miguel, en Passignano, y el de San Salvador, de Fucecchio, formaban una red que tenían que atravesar casi todos los viandantes que de los países transalpinos se dirigían a Roma, o de Roma se encaminaban a los países de la otra parte de los Alpes. Estas abadías rivalizaban en importancia con la de Valumbrosa, pues el santo tuvo el acierto de mandar a ellas a sus discípulos más aventajados por la doctrina o por la santidad de vida. De esta guisa era muy grande la influencia ejercida por estos monasterios, donde se vivía la misma vida que en Valumbrosa y se pugnaba por los mismos ideales.

La Iglesia atravesaba tiempos difíciles. Su libertad se veía amenazada, coartada en todas partes; su pureza sufría rudos asaltos. La simonía y el nicolaísmo hacían estragos por doquier. La lucha estaba en el punto crítico. Sobre el trono del Imperio se sentaba Enrique IV; sobre la cátedra de Pedro, San Gregorio VII. ¿Cómo dejaría de acudir el alma ardiente del abad de Valumbrosa en auxilio de la Iglesia? Su celo devorador perseguía, más allá de las fronteras monásticas, dos objetivos principales: restaurar la santidad de la vida cristiana, particularmente entre los eclesiásticos, y restablecer la pureza de la fe. ¿No era ésta la esencia del ideal gregoriano?

La Toscana, su patria, y las regiones colindantes se beneficiaron preferentemente de sus esfuerzos titánicos, de sus carismas de taumaturgo; el clero, sumido en gran parte en el fango del concubinato, experimentó una renovación profunda, hasta el punto de que muchos eclesiásticos empezaron a vivir en comunidad, realizando el ideal que venía predicándose desde los tiempos de los Padres: los fieles abrazaban una vida cristiana más pura y más ferviente. El influjo del abad de Valumbrosa

llegó a obtener que en la comarca se restaurara la celebración de la vigilia pascual a su tiempo debido, es decir, durante la noche del Sábado Santo al Domingo de Resurrección.

Pero la gran lucha de Juan Gualberto se desarrolló contra la simonía, que el santo consideraba como «la primera y la peor de todas las herejías». Según él, debía tratársela con el mismo inflexible rigor que San Pedro usó con Simón Mago. Sus monjes serían huestes aguerridas contra los simoníacos. A los tales, por elevado que fuera el cargo que inicuamente ocuparan, tenían que desenmascararles en público, hacer lo posible para que fueran depuestos cual falsos pastores. La empresa estaba llena de las más espantables dificultades. La fuerza de los obispos simoníacos, respaldados por poderosos amigos y cómplices, era verdaderamente enorme, y muchas veces hacerles frente equivalía a poner en peligro la propia vida. Hubo casos sangrientos, como el ocurrido en el monasterio de San Salvi, cuando el santo y sus hijos empezaron a proclamar que Pedro Mediabarba, obispo de Florencia, había comprado su sede. Las cosas llegaron a tal punto que una noche el obispo mandó a unos sicarios que maltrataron e hirieron a los religiosos, destrozaron los altares y prendieron fuego al monasterio. Mas tanto Juan Gualberto como sus monjes no cejaron hasta ver depuesto al usurpador.

El abad de Valumbrosa era un santo: de ahí la eficacia de su acción; pero un santo recio, severo, batallador. Poseía el genio que convenía para la obra que Dios le encomendara. Sus biógrafos nos hablan de sus increíbles ayunos, de la extraordinaria pobreza de sus hábitos, de su espíritu de mortificación... y también de su genio extremadamente irascible.

«Su austeridad era tanta —dice uno de ellos—, tanta la vehemencia de sus increpaciones, que aquel contra quien se enfadaba experimentaba la sensación de tener contra sí el cielo, la tierra y hasta al mismo Dios».

No faltan en sus gestas ejemplos que justifiquen esta frase. En cierta ocasión montó en cólera porque en uno de sus monasterios habían aceptado los bienes de un novicio, y el monasterio ardió. Otra vez, visitando el cenobio de San Pedro de Moscheto, vio que habían construido un edificio mayor y más

hermoso de lo que hubiera deseado. Hizo llamar al abad y le preguntó: «¿Eres tú quien se ha edificado esos palacios?». Y, sin aguardar respuesta, mandó a un riachuelo que por allí pasaba que destruyera aquel edificio, lo que, en efecto, y casi inmediatamente, hizo.

Tal se nos presenta el anverso del carácter del santo; el reverso es mucho más simpático. Si se enfadaba tan espantosamente contra los que faltaban en algo, luego, después de la reprimenda, les consolaba con entrañas maternas. Su amor a los pobres llegaba hasta el extremo de entregarles, en tiempos de hambre, el pan de sus monjes, y, cuando no tenía con qué socorrerles, vendía los ornamentos sagrados. San Juan Gualberto era, además, tan humilde y tal era la reverencia que tenía a todos los grados de la jerarquía eclesiástica, que, aun siendo abad y superior de una congregación monástica, jamás pudieron obligarle a que se dejara ordenar, ni siquiera de órdenes menores.

El santo abad de Valumbrosa murió el 12 de julio de 1073 en el monasterio de Passignano. Pocos días antes hizo escribir para todos sus numerosos hijos espirituales una carta en que les exhortaba a la caridad fraterna. También mandó que escribieran en un trozo de pergamino estas palabras: «Yo, Juan, creo y confieso la fe que los Santos Apóstoles predicaron y los Santos Padres, en los cuatro concilios ecuménicos, confirmaron». Con este pergamino en la mano murió y, conforme a su voluntad, fue sepultado. Por esta fe católica había combatido el buen combate.

GARCÍA MARÍA COLOMBÁS, OSB

Bibliografía

- CASINI, S., *Storia di S. Giovanni Gualberto* (Alba-Roma 1927).
- DAVIDSHON, R., *Forschungen zur älteren Geschichte von Florenz* (Berlín 1896) 50-54.
- SALVINI, A., *San Giovanni Gualberto, fondatore di Vallombrosa* (Roma 21950).
- Actualización:
- DI RE, P., *Giovanni Gualberto nelle fonti dei secoli XI-XII. Studio critico-storico-agiografico* (Roma 1974).
- LUCARELLI, V., *S. Giovanni Gualberto, mille anni di giovinezza* (Roma 1996).
- SPINELLI, G. (ed.), *Alle origini di Vallombrosa. Giovanni Gualberto nella società dell'XI secolo* (Novara 21991).
- STRUMIS, A. de, *San Giovanni Gualberto* (Siena 1974).

SAN CLEMENTE IGNACIO DELGADO CEBRIÁN

Obispo y mártir († 1838)

La figura martirial de este celoso y admirable misionero dominico sólo se puede entender en el contexto de la Iglesia del Vietnam y de los miles de héroes que mantuvieron su fe en una silenciosa y humilde resistencia ante las dificultades que la cultura y los privilegios de las castas más elevadas oponían al mensaje evangélico. Tantos ejemplos de heroísmo sólo tienen comparación con los tiempos primitivos del cristianismo, cuando «la sangre de los mártires fue semilla de nuevos cristianos» (Tertuliano).

El trabajo misionero en la península indochina se inició ya en el siglo XVI al amparo de las colonizaciones europeas en Oriente. Entonces surgieron los primeros vicariatos apostólicos del Norte (Dáng-Ngoái) y del Sur (Dáng-Trong), en el 1659.

Gracias a esos trabajos, es la región de Asia donde más católicos hay en todo el inmenso, poblado y misterioso continente amarillo, que acoge a la mitad de la población de la tierra. Las 25 diócesis que hay en Vietnam (10 en el norte, 6 en el centro y 9 en el sur) y los 6 millones de católicos (el 12 por 100 de la población) sólo se explican hoy por un fecundo riego de sangre martirial.

Se conocen 53 edictos de persecución a lo largo de los tiempos y son unos 130.000 cristianos de todo tipo los que fueron conducidos al sacrificio por su fe en el evangelio. Desde el inicio del siglo XX, fueron 117 los que la Iglesia católica elevó, no al honor de los altares, sino al servicio misionero desde el cielo. Porque son ellos, junto a la legión de héroes silenciosos de la tierra, los que interceden por sus hermanos caminantes y les animan a esperar en el cielo desde la tierra.

En el año 1900, el papa León XIII beatificó 64 mártires.

En 1906, Pío X beatificó a 8 personas y en 1909 otras 20.

En 1951, Pío XII beatificó a los «Mártires de Vietnam», 25 personas de las que 11 eran españoles y dominicos: 6 obispos y 5 sacerdotes.

En este último grupo estaba la figura de San Clemente Ignacio Delgado, con otros significativos mártires, como Cebrián Melus († 1838) y sus compañeros, luego canonizados por Juan

Pablo II el 19 de junio de 1988. Fueron 117 los «Mártires de Vietnam» que dieron su vida por la fe en la entonces llamada Cochinchina, con Annam y Tonkín como referencia. Los 117 fueron asesinados según las bárbaras formas que solían emplear para ejecutar los diversos jueces: 75 condenados a la decapitación, 22 estrangulados, 6 quemados vivos, 5 desgarrados los miembros del cuerpo y 9 en la cárcel por hambre o por diversos géneros de tortura.

El ritmo de los martirios reconocidos como tales por la Iglesia fue desigual: 2 cayeron bajo el reinado de Trinh-sam (1767-1782), 2 en el reinado de Canh-trinh (1782-1802), 58 bajo el de Minh-mano (1820-1840), 3 en el reinado de Thieu-tri (1840-1847), y 50 con el rey Tu-duc (1847-1883). Más de un siglo de goteo sangriento y de represión no fue suficiente para que los cristianos se sintieran desanimados. Lo normal fue que, al ver en cada ejecución el edicto con la sentencia que se colocaba en el lugar del suplicio, los cristianos se sintieran dolidos, pero animados a seguir luchando por vivir en el camino de la verdad. Al fin y al cabo, todos los edictos decían lo mismo al referirse al motivo de la sentencia: «No haber amado y adorado a los dioses propios y haber predicado dioses ajenos».

Uno más de esos emblemas de sinceridad y valentía fue el martirio de Clemente Ignacio, modelo de valor en la larga lista de los mártires vietnamitas. Había nacido el 22 de noviembre de 1762 en el pueblo aragonés de Villafeliche, en la comarca de Calatayud, a 85 kms. de la capital. Recibió el bautismo en la parroquia de San Miguel, en su pueblo natal, pueblo de gente sencilla, en la proximidad de la sierra de Alea y junto al río Jiloca. En ese ambiente forjó su carácter, sereno y pacífico, junto a otros tres hermanos. Sus padres, Francisco Delgado y Teresa Cebrián, completaron con la austeridad de su vida labradora y la piedad recia de sus tradiciones cristianas el corazón del futuro misionero.

Su entrada en la Orden de Predicadores tuvo lugar en el convento de San Pedro Mártir, de Calatayud. Allí profesó en 1781, al cumplir los 18 años. Luego fue enviado al Real Colegio de Orihuela, al centro de estudios de toda la provincia dominicana de Aragón. Se preparó con los dominicos para su ordena-

ción sacerdotal. Pero, antes de recibirla, a los 22 años, solicitó ser enviado a países de misiones, expresando su preferencia por el Extremo Oriente. El 19 de septiembre de 1785 zarpó con algunos compañeros del puerto de Cádiz camino de su destino, atravesando el Atlántico primero, cruzando México a lomos de caballería, para embarcarse luego y atravesar el inmenso Pacífico camino de las Islas Filipinas. El relato de uno de los expedicionarios, el prior del convento de Santa Catalina de Sena de Barcelona, fray Raimundo Callis, es prolífico en detalles de los meses que duraba entonces tan arriesgado viaje. Llegaron al fin al puerto de Cavite el 16 de julio de 1786. El viaje había durado 8 meses.

En Manila pasó un tiempo completando sus estudios en la célebre Universidad de Santo Tomás. Recibió allí la ordenación sacerdotal en el convento de Santo Domingo. Se quedó dos años actuando como procurador o administrador del convento. En este tiempo llegó al convento la petición de voluntarios para ir a la misión china de Tonkín, que atravesaba un período de persecución y grandes riesgos. Clemente Ignacio entendió que era su oportunidad misionera y se ofreció voluntario, con la fortaleza de su edad, de su buena salud y de su elevación de ideales.

De los quince voluntarios que se habían ofrecido, entre los jóvenes dominicos de la casa, fueron elegidos dos. Con él se encaminó a la arriesgada aventura evangelizadora fray Francisco Albarán. El 13 de noviembre de 1788 se embarcaban en Cavite, camino de Macao, donde llegaron el 11 de diciembre. Fray Francisco enfermó en la travesía y hubo de regresar a Manila desde Macao. Fray Ignacio se tuvo que unir a un grupo de paúles franceses que iban también a Tonkín.

A su llegada residió en el seminario de Trung-Ling y comenzó, con otros dominicos, a ejercer su ministerio entre los muchos cristianos que frecuentaban las iglesias. A su llegada reinaba un respiro en la persecución, interrumpida por los beneficios sanitarios y educativos que ofrecían a las gentes de cada lugar. Fue nombrado maestro y administrador de la misión por el Vicario apostólico. Tomó el nombre annamita de «Y» y los fieles pronto le conocieron como Duc-Thay-Y. Con gran facili-

dad aprendió el tonkinés. Y con gran generosidad se entregó a todas las tareas, ganándose el corazón de los feligreses a los que atendía.

En algunas de sus cartas relataba la libertad aparente que había para que cada uno tuviera y practicara la religión que quisiera. Pero, también, reflejaba cómo el panorama se iba oscureciendo, sobre todo en las provincias del Norte, donde un tirano gobernador comenzó pronto a molestar a los cristianos y de manera especial a los misioneros europeos que les atendían pastoralmente.

En febrero de 1795 recibió el nombramiento de «Vicario provincial» de los dominicos que trabajaban en algunos lugares del reino de Tonking. Pero ya no pudo poner en ejecución las decisiones del Capítulo provincial que los dominicos habían tenido en Manila y que le habían sido remitidas. Las medidas contra los cristianos promulgadas por la corte comenzaron a poner en peligro la vida de los misioneros extranjeros y muchos de ellos tuvieron que vivir prácticamente escondidos en espera de que se suavizaran las ordenanzas.

En una carta que escribía el 22 de marzo de 1795 hablaba de la libertad religiosa que había habido, de la fe firme que tenían los cristianos de la región y de los muchos peligros que se avecinaban. Poco antes, el vicario apostólico, el P. Feliciano Alonso, había sido designado obispo y había pedido al papa Pío VII que nombrara obispo coadjutor al P. Clemente Ignacio. Concedida la petición, fue consagrado obispo el 20 de septiembre de 1794 y tuvo que empezar a visitar todas las zonas a las que no podía llegar el obispo titular. Fueron unos años de muchos peligros y de continuos viajes.

Inesperadamente falleció el P. Feliciano el 2 de febrero de 1799, a sus 65 años y después de 33 en la misión. De forma inmediata, el P. Clemente Ignacio se tuvo que hacer responsable del vicariato y atender pastoralmente a toda la región de Tonkín oriental. Fueron pocos años, pero acuciantes, pues careció de ayudas, incluso de las prometidas. Ni de la corona de España, que había ayudado antes generosamente, ni de Propaganda Fide de Roma, que atravesaba por grandes dificultades, le llegaba aporte alguno. Sin embargo, no se desanimó y puso toda su confianza en la Providencia.

Fueron 43 largos años como obispo, por lo general, duros para su actividad pastoral, no sólo por esa carencia de recursos materiales, sino por los peligros vitales y las frecuentes detenciones y ejecuciones de cristianos y de misioneros. Valeroso y siempre confiado en Dios, siguió promoviendo la solidaridad entre los fieles y alentó a todos los desanimados. Las relaciones con las autoridades locales comenzaron pronto a ser difíciles por los obstáculos que ponían a las mejores iniciativas educativas y sanitarias.

Las tensiones aumentaron hasta la llegada al poder del nuevo rey Minh-mano en 1820. Entonces la persecución religiosa ya se hizo explícita y las condenas a muerte comenzaron a ser dictadas a diario con el fin de exterminar a los cristianos. Los misioneros tuvieron que actuar en secreto y siempre escondidos. El obispo Clemente, no menos que los demás, comenzó su etapa de catacumbas, pero siguió moviéndose como y cuando podía. Hubo momentos en que los sacerdotes quedaron reducidos a cinco en todo el vicariato y tenían que atender a unas 150.000 almas cristianas.

En Propaganda Fide de Roma se conservan los informes que llegaban del vicariato y que eran ordinariamente redactados por él: fueron unos 20 años de vida escondida y de persecución sangrienta. Si el cristianismo no fue barrido del todo, se debió precisamente a su valentía y a su prudencia. A cada momento, el peligro de ser aprisionado y ejecutado de la forma más dolorosa para escarmiento de los cristianos era una posibilidad. Sin embargo, él se movía con habilidad y logró visitar las cristiandades, ordenar algunos nuevos presbíteros, conceder autorizaciones y excepciones, gobernar como pudo una iglesia condenada por el cruel rey a la extinción.

Su lugar de residencia, escondido y conocido por pocos, era Ke-Bui-Chu. Pero también sabía trasladarse a otros lugares cuando era detectado o corría el peligro de serlo. Así vivió, en el filo de la espada, hasta el 29 de mayo de 1838, en que fue localizado y hecho prisionero. Tenía ya 76 años. El trato de los que le detuvieron fue cruel y despectivo, al considerarle ya condenado a muerte. Con todo, tardó un mes en celebrarse el aparente juicio y ser condenado a muerte por decapitación. Una vez sen-

tenciado, y mientras la sentencia era refrendada en la corte, fue encerrado en una jaula. Allí agonizó durante 45 días, privado de alimento y bebida casi por completo, asfixiado de calor, siendo objeto de las burlas de los perseguidores. La confirmación de la sentencia ya no llegó a tiempo para cortar su venerable cabeza porque murió el 12 de julio de ese año de 1838. Había estado como misionero medio siglo y había sido obispo casi todo el tiempo.

Después de su muerte, se cumplió con el cadáver el rito de la decapitación. Su cuerpo, recogido por sus fieles, fue enterrado casi en secreto en la iglesia de Tru-Lihn. Aquel mismo año de 1838 fueron martirizados otros dos obispos: el dominico Domingo Henares, el 25 de julio, y Pedro Rosa Úrsula, de las Misiones Extranjeras de París, el 24 de noviembre. También lo fueron 11 sacerdotes (9 vietnamitas y 2 europeos) y 12 laicos y catequistas.

Clemente Ignacio fue beatificado por León XIII en 1900, junto a otros misioneros muertos en Tonkín. El 19 de junio de 1988 Juan Pablo II, con un grupo de 117 mártires muertos en diversos lugares y años, procedió a su canonización. Su fiesta se celebra el 12 de julio y los muchos misioneros aragoneses que siempre miraron con ilusión a las tierras de Oriente le consideran su santo patrono, junto a Teresa de Lisieux o Francisco Javier.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

- MARTÍNEZ PUCHE, J. A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Agosto* (Madrid 2000) 240-244.
SECRETARIADO PROVINCIAL DE MISIONES. PROVINCIA DOMINICANA DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, *Testigos de la fe en Oriente. Mártires dominicos de Japón, China y Vietnam* (Hongkong 1987).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS NABOR Y FÉLIX DE MILÁN

Mártires († 303)

Nabor y Félix eran dos soldados romanos, procedentes del norte de África, que habían ido a Milán en servicio del empera-

dor Maximiano. Eran cristianos. Desencadenada la persecución anticristiana en Oriente, el emperador Maximiano se sintió también animado a practicarla en Occidente, sin duda por invitación de sus colegas los emperadores de Oriente. La persecución empezó por la purga del ejército. Entonces Nabor y Félix, para no tener que participar en los sacrificios idolátricos, dejaron el ejército, lo que trajo consigo su proceso. No queriendo abjurar de la fe, fueron sentenciados a muerte. Pero la sentencia no se ejecutó en Milán sino en Laus Pompeia (Lodi Vecchio), seguramente para aterrorizar a la comunidad cristiana local. Una vez en esta población fueron públicamente ejecutados por decapitación.

Los cristianos de Milán, siendo obispo San Materno, trasladaron triunfalmente sus cuerpos a la capital cuando por fin la Iglesia tuvo paz, y, depositados en la basílica que se llamará «naboriana», los fieles les dieron culto intenso. Cedida ésta a los franciscanos a mitad del siglo XIII, éstos la reedificaron y volvió a florecer el culto a los mártires, tanto que por varios siglos el 12 de julio fue día de precepto en Milán. En el siglo XV fueron llevados los cuerpos a un nuevo altar y entonces sus cráneos fueron colocados en sendos relicarios de plata. Al ser trasladados los cuerpos a la basílica de San Ambrosio en 1799 desaparecieron los cráneos. Éstos aparecieron en Namur en casa de un anticuario, que los devolvió a Milán siendo arzobispo el futuro Pablo VI (1960).

SAN VIVENCIOLO DE LYÓN

Obispo († 523)

Vivenciolo fue primero monje en el monasterio de Condat, en el Jura, bajo San Eugendo, pero muerto este abad fue elegido para la sede episcopal de Lyón. Lo fue al menos desde 515. Sobresale su memoria por la convocatoria de varios concilios, singularmente el de Epaone, al cual insistió él que asistieran el clero y el pueblo, de forma que todos tuvieran clara noticia de las normas que daban en él los Padres reunidos. Se conoce una carta de San Vivenciolo convocando el concilio y es, ciertamente, un documento digno de un prelado sabio y responsable. La fe-

cha de su muerte fue el 12 de julio, pero no es seguro el año. Parece que alrededor del año 523 o 524.

SAN LEÓN I DE LA CAVA

Abad († 1079)

León era natural de Luca y fue uno de los primeros discípulos de San Alferio cuando éste era todavía un ermitaño que vivía en una cueva. Pasó luego con él al monasterio de La Cava, fundado por Alferio, y tanto se distinguió por sus virtudes que Alferio lo designó su sucesor.

Al comienzo de su mandato como abad (1050), un señor feudal asaltó el monasterio y tomó prisionero al abad, pero poco después lo dejó libre. Su fortaleza trajo consigo que al monasterio se le dejara llevar su vida en paz. Él vivió siempre con gran pobreza y sencillez. Recogía leña en los montes e iba a venderla para dar su importe a los pobres. Aunque al entrar en el monasterio el obispo Pedro Pappacarbone le cedió a éste el mando del monasterio, muy pronto hubo de retomararlo ya que el gobierno de Pedro no se ajustaba a la tradición de La Cava. Logró que el papa San Gregorio VII confirmara el orden de su monasterio (21 de abril de 1073). Murió el 12 de julio de 1079. Su culto fue confirmado con el de San Alferio y otros abades el 23 de diciembre de 1893.

BEATO DAVID GUNSTON

Mártir († 1541)

El día 12 de julio de 1541 fue ajusticiado en St. Thomas Waterings el caballero de Malta David Gunston o Gonson, acusado de traición al rey, pero en realidad fue a causa de su fe católica.

Era hijo de William Gunston, vicealmirante de la flota inglesa y tesorero de la Marina. Había ingresado en la Orden de Malta y había estado en la isla de Malta hasta que por asuntos de la misma Orden decidió volver a Inglaterra. Enrique VIII había decidido suprimir la Orden en Inglaterra y apoderarse de todos

sus bienes. Para ello llevó una ley al Parlamento que se la aprobó el 10 de mayo de 1540. Para entonces David ya había vuelto a Inglaterra.

Todo hace suponer que David no ocultaba el juicio religioso que le merecía la conducta del rey, al arrogarse la supremacía en materia religiosa, negar el primado universal del papa y reformar la religión a su gusto. En Malta ciertamente David no había dudado en calificar al rey de hereje por negar el primado del papa.

Como negar la supremacía religiosa del rey era considerado delito de traición (ley 26, cap. 13), David fue formalmente acusado de traición el 8 de octubre de 1540 ante el Consejo Privado por sir John Stony, basándose en una declaración de un tal Philip Babbington. Como resultado David fue arrestado y encerrado en la Torre y el día de la Trinidad de 1541 fue procesado. A las acusaciones de haber hablado mal del rey y de negar su supremacía religiosa se añadió la de haber dicho que del Papa no se puede apelar a nadie en la tierra y desde luego no al rey. Ha habido discusiones sobre el tenor literal inglés de las palabras de David, pero lo que queda claro es que para él en materia religiosa las apelaciones eran al Papa, como cabeza de la Iglesia, y no al rey, a quien debían hacerse.

David fue sentenciado a muerte como traidor, entregado al mariscal y llevado a la cárcel de Marshalsea, de donde fue llevado al lugar de la ejecución. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

SAN JUAN JONES

Presbítero y mártir († 1598)

Juan Jones, que tuvo como alias los de Groffiths Jones, Buckley, Harberd y Freer, nació en Clynog Fawren del Carnavonshire, Gales, en el seno de una familia católica. No se sabe con certeza la fecha de su nacimiento pero era ya un joven en el reinado de María I, la cual devolvió Inglaterra al catolicismo y autorizó la erección de conventos. Uno de ellos fue el convento franciscano de Greenwich en el que hizo su ingreso y comenzó su noviciado el joven Jones. Pero antes de que hubiera podido

emitir la profesión religiosa, el convento fue cerrado por orden de la nueva reina Isabel I que reimplantaba el protestantismo en el país. Este cierre fue en 1559. Entonces Jones marchó a Pontoise en Francia y se unió a la comunidad franciscana de esta ciudad. Aquí concluyó su noviciado y pudo emitir los votos religiosos tomando el nombre de Godofredo Mauricio.

De aquí marchó a Roma, al convento de Santa María de Araceli, y o bien venía ya sacerdote de Pontoise o se ordenó en Roma. Y estando en Roma pidió ser enviado a la misión inglesa. Esta petición le fue aceptada en 1592. Antes de partir Jones, el papa Clemente VIII le recibió en audiencia, le bendijo y le dijo: «Ve, hijo mío, porque tú eres un verdadero hijo de San Francisco. Reza por mí y por la Iglesia».

Vuelto a Inglaterra en 1592, pudo trabajar apostólicamente más de tres años hasta que fue arrestado por el terrible Topcliffe, el enemigo mortal del nombre católico. Su arresto y proceso estuvo ligado a la maquinación de Topcliffe para la ruina de Robert Branes y de Mrs. Wiseman. Se acusó al P. Jones de haber dicho misa en Gatehouse, donde los dichos estaban presos, y de haber recibido de ellos donativos, lo que no era cierto. Arrestado y encarcelado en Clink, aquí estuvo dos años, y durante este tiempo Topcliffe lo sometió a tortura en su propia casa, haciéndole sufrir inauditas barbaries con la intención de sacarle testimonio que pudiera apoyar sus acusaciones. Pero él aprovechó este tiempo de cárcel para hacer un provechoso apostolado con los católicos que acudieron a verle.

El 3 de julio de 1598 los tres fueron procesados en el King's Bench-Westminster. Los acusados negaron las acusaciones respecto a la misa y las limosnas. El P. Jones fue acusado por la ley 27 de Isabel que prohibía entrar en Inglaterra a los ordenados en el continente, considerando traición este hecho. Él reconoció que era sacerdote y que se había ordenado fuera de Inglaterra. Se le aplicó la ley y se le condenó a ser ahorcado y descuartizado, pese a que el propio juez reconoció que no había otra posible acusación contra él. Él alegó que no había cometido ninguna rebelión contra la Reina y que ordenarse sacerdote no podía ser un crimen y que sólo había venido a Inglaterra a conquistar almas para Cristo. El día 12 de julio siguiente fue llevado

a St. Thomas Waterings, donde lo esperaba Topcliffe y una gran multitud. Él se hincó de rodillas y se puso a rezar al pie de la horca y declaró ser inocente. Subido ya al carro, recordó el verdugo haber olvidado la soga. Fueron a buscarla y mientras tanto el mártir oraba, respondía a las incriminaciones de Topcliffe y hablaba al pueblo. Finalmente no hacía sino repetir: «Dulce Jesús, tened piedad de mi alma». La impresión causada en la multitud fue tan favorable que al llegar un hombre a caballo, muchos gritaron: «Es la dilación de la ejecución». Pero en realidad traía la soga. Se la echaron al cuello y él seguía hablando. Entonces fueron a arrear a los caballos para que tiraran del carro, pero un grupo de hombres sostuvo los caballos hasta que el mártir calló. Entonces arrearon los caballos y el P. Jones quedó colgado de la soga. Topcliffe al ver la actitud de la multitud dejó que colgara hasta que hubo muerto y sólo entonces se procedió a descuartizarlo. Su cabeza fue puesta a la puerta en Southwark y su cuerpo en los caminos a Newington, Lambeth...

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por Pablo VI.

*BEATOS MATÍAS ARAKI, PEDRO ARAKIYORI
CHOBIOYE, SUSANA ARAKIYORI, JUAN TANAKA,
CATALINA DE TANAKA, JUAN NAGAI NAISEN,
MÓNICA NAGAI Y LUIS NAGAI*

Mártires († 1626)

En la colina de los Mártires de Nagasaki, el 12 de julio de 1626, fueron martirizados por el nombre de Jesús ocho cristianos: cuatro hombres, tres mujeres y un niño. Las mujeres y el niño fueron degollados, los hombres fueron quemados a fuego lento. Todos ellos confesaron intrépidamente la fe de Jesucristo.

MATÍAS (CISAYEMÓN) ARAKI era miembro de una noble familia, ya cristiana al tiempo de su nacimiento. Él y su hermano Mancio, cuyo martirio ya fue relatado el día 8 de julio, vivían en Coxinotzu, reino de Arima. Decidieron ambos hospedar al Beato Francisco Pacheco, provincial de la Compañía de Jesús en el Japón, pensando que su casa, por estar en un sitio lejano y oculto, sería segura. Pero la delación de un traidor trajo consigo su

arresto, prisión en Ximabara y condena a muerte por negarse a apostatar del cristianismo.

JUAN NAGAI NAISEN era de noble familia de Ximabara y, cristiano desde su nacimiento, en la adolescencia hizo el propósito de vivir siempre cristiano y llegar al martirio si era menester con tal de mantener la fe. A los 24 años contrajo matrimonio con Mónica y tuvieron un hijo y dos hijas. El matrimonio decidió abrir su casa a los misioneros y correr los riesgos que ello llevaba. Distribuyó los bienes a los pobres y se quedó con lo necesario. Acogió a Juan Bautista Zola en otoño de 1622, y avisado de que levantaba sospecha preparó la huida del misionero la noche del día 22, pero al mediodía la casa fue asaltada por guardias y todos quedaron arrestados. Tras ser sometido a interrogatorio y juicio y haberse mantenido firme en la fe, desnudaron ante él a su mujer Mónica y amenazaron con violarla delante de él si no apostataba. Aterrorizado, Juan se avino a lo que se le pedía y él y su mujer quedaron libres. Arrepentido enseguida, hizo penitencia y decidió presentarse nuevamente al gobernador y confesar la fe. Así lo hizo, y otra vez con su mujer y sus hijos fue llevado a la cárcel de Omura donde padecería muchísimo y de donde salió para el martirio.

MÓNICA NAGAI era de familia noble y cristiana fervorosa. Casada con Juan Nagai, compartió la fe y las opciones religiosas de su esposo y cuando fue encarcelada e interrogada se negó a apostatar. Torturaron delante de ella a sus dos hijas pequeñas pero no renegó por ello, y salía ya para el martirio cuando sus hijas le fueron quitadas dejando con ella a su hijo Luis. Había soportado con increíble fortaleza el tormento del agua regurgitada. Al llegar a la colina del martirio vio a su esposo atado ya al poste en que iba a ser quemado; se puso de rodillas y se dedicó a orar. Luego fue decapitada.

LUIS NAGAI era un niño de siete años, hijo de Juan y Mónica, que estaba siendo educado en la fe por sus padres. A causa de las duras condiciones de la cárcel estaba tan débil que un soldado hubo de llevarlo en brazos al sitio del martirio. El soldado lo soltó y el niño corrió a buscar a su madre, que estaba orando. La madre no interrumpió la oración y entonces desde el poste el padre le dirigió palabras de aliento. Asistió espantado a la de-

capitación de su madre y estaba mirando su cabeza cortada cuando él mismo fue degollado.

PEDRO ARAKIYORI CHOBIOYE era un fervoroso cristiano que vivía en Coxinotzu y que daba albergue en su casa al hermano jesuita Gaspar Sadamatzu, motivo por el que fue arrestado, sometido a interrogatorios y torturas para que apostatará, pero se mantuvo firme en la fe. De la cárcel fue sacado para ser quemado vivo en la colina de Nagasaki.

SUSANA ARAKIYORI era la esposa de Pedro, con quien estuvo de acuerdo en hospedar en su casa al jesuita, que, cuando fue hallado, sirvió de motivo para su detención. Se la aisló para ver si su resistencia se venía a menos, y al no apostatar, fue paseada desnuda por las calles, colgada por los cabellos de la rama de un árbol y teniendo a su hijita pequeña desnuda y muerta de frío a sus pies; así estuvo ocho horas sin que la resistencia de la mártir se viniera abajo. Se le hizo entonces el tormento del agua regurgitada y luego se la ató a la pared con una argolla, debiendo estar así los meses siguientes hasta su martirio. A la salida para el mismo le quitaron la niña.

JUAN TANAKA había nacido en el seno de una familia ya cristiana y era un cristiano convencido y fervoroso desde su juventud. Preparado por los jesuitas pudo ser catequista y puso lo mejor de sí mismo en el desempeño de este encargo. Casado con Catalina, ofreció su casa para albergue de los misioneros, lo que sirvió de motivo para su detención y posterior martirio, puesto que hallaron en su casa al P. Baltasar Torres y al hermano Miguel Tozó, ambos jesuitas. Llegado al lugar del martirio, fue atado al poste y, prendido el fuego, las cuerdas se quemaron y se vio suelto. Entonces le dio un abrazo al cadáver del Beato Mancio Araki; luego besó las manos de los otros mártires que estaban siendo quemados y a la vista de todos volvió a su poste y allí consumó su martirio.

CATALINA TANAKA era la esposa de Juan. Participaba de sus mismos sentimientos religiosos y estuvo de acuerdo en acoger misioneros en su casa. Arrestada y encarcelada, se negó a apostatar y se mantuvo fiel a Cristo hasta que fue degollada.

Todos fueron beatificados por Pío IX el 7 de julio de 1867.

ROSA DE SAN JAVIER (MAGDALENA TERESA)
TALLIEN, MARTA DEL ÁNGEL BUENO (MARÍA)
CLUSE, MARÍA DE SAN ENRIQUE (MARGARITA
LEONOR) DE JUSTAMOND Y JUANA MARÍA DE
SAN BERNARDO DE ROMILLON

Virgenes y mártires († 1794)

En la plaza de Orange donde estaba levantada la guillotina fueron sacrificadas el 12 de julio de 1794, por su fidelidad a Cristo y al evangelio, cuatro religiosas que firmemente, desde su prisión, habían manifestado su fidelidad a la Iglesia y a sus propios votos religiosos, rechazando cualquier compromiso contrario a su conciencia. Todas ellas subieron al patíbulo con fortaleza y serenidad. En la acusación contra ellas que sirvió de base a la condena a muerte se había dicho que las cuatro religiosas eran refractarias a la ley, habían rehusado constantemente y con obstinación prestar el juramento que se les había exigido y habían propagado el más peligroso fanatismo.

MAGDALENA TERESA TALLIEN había nacido en Bollène el 13 de septiembre de 1746. Sintiendo la vocación religiosa, ingresó en el monasterio de la congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento de su población natal el año 1770 e hizo la profesión religiosa con el nombre de sor Rosa de San Javier, y vivió ejemplarmente en el monasterio durante veinticuatro años, hasta que con las demás hermanas fue llevada a Orange, mostrando en todo tiempo su decisión de ser fiel hasta el final.

MARÍA CLUSE había nacido en Bouvante el 5 de diciembre de 1761 y había sido recibida en calidad de hermana conversa en el monasterio de la congregación de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento de Bollène, donde había hecho la profesión religiosa con el nombre de sor Marta del Ángel Bueno. Siguió la suerte de las otras hermanas y con ellas fue llevada a Orange, donde perseveró en el buen espíritu y en la entrega generosa a la voluntad de Dios. Condenada a muerte y llevada al pie del patíbulo, iba a subir a él cuando se dirigió a ella uno de los verdugos y le propuso salvarla si le prometía ser su esposa. Indignada, la religiosa le dijo: «Verdugo, haz tu oficio, porque yo quiero hoy ir a cenar con los ángeles».

MARGARITA LEONOR DE JUSTAMOND había nacido en Bollène el 12 de enero de 1746 y había ingresado en el monasterio de Santa Catalina de Avignon, perteneciente a la Orden cisterciense, donde emitió la profesión solemne con el nombre de sor María de San Enrique. En 1790 fue suprimido su monasterio y marchó a Bollène donde se unió a las religiosas ursulinas y siguió su suerte hasta el martirio.

JUANA MARÍA DE ROMILLON había nacido en Bollène el 12 de julio de 1753 y había ingresado en el monasterio de religiosas de Santa Úrsula de Pont-St.-Esprit, de donde pasó al de su misma Orden en Bollène, siendo arrestada con sus hermanas y llevada a Orange, donde padecería el martirio.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTA INÉS LE THI THANH DE

Madre de familia y mártir († 1841)

Nació hacia el año 1800 en el pueblo de Bai Dem, Vietnam, pero en la adolescencia había fijado su residencia con su madre en Phunc-Nhat. Era muy joven cuando contrajo matrimonio con Nguyen-Van-Nhat, del que tuvo seis hijos. Era madre ejemplar y cristiana fervorosa, que abría su casa a los misioneros que frecuentaban la población para asistir pastoralmente a los cristianos.

Siguiendo su costumbre, en abril de 1841 albergó en su casa al misionero P. Galy. Pero un catequista apóstata delató su presencia y acudió con tropas la autoridad provincial, que mandó registrar la casa de Inés y halló escondido al sacerdote en una cisterna del huerto.

Inés es arrestada y llevada a Tran-Hoa; fue sometida a durísimos interrogatorios y bárbaras torturas para que apostatará, a lo que se negó firmemente. Su salud era delicada, no soportó las torturas y expiró en la cárcel el 12 de julio de 1841. Fue canonizada el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

SAN PEDRO KHANH

Presbítero y mártir († 1842)

Este invicto mártir vietnamita había nacido en Nguyen-Kiet el año 1780. Luego de haber ejercitado el oficio de catequista de forma ejemplar, fue admitido al sacerdocio y ordenado el año 1819. Ejerció su ministerio pastoral en diversas parroquias con celo y dedicación y siendo reconocida de todos su vida virtuosa.

Estaba de párroco en Ngansau cuando fue llamado por el P. Masson, uno de los provicarios del vicariato apostólico occidental, porque tenía que tratar con él algunos asuntos de la misión. Pero en una estación de aduana fue reconocido como sacerdote e inmediatamente arrestado. Era el 19 de enero de 1842. Invitado bajo amenazas y torturas a apostatar, se mostró firme y fiel a Cristo y fue dejado en la cárcel a lo largo de meses para ver si apostataba. Pero el mártir mantuvo la fe. Condenado a muerte, fue decapitado el 12 de julio de 1842. Se pudo rescatar su cuerpo y sepultarlo cristianamente. Fue canonizado por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

13 de julio**A) MARTIROLOGIO**

1. En Bamberg, San Enrique († 1024), emperador **.
2. La conmemoración de San Esdras, sacerdote y escriba **.
3. La conmemoración de San Silas, compañero de los santos Pablo y Bernabé.
4. En Alejandría de Egipto, San Serapión († 212), mártir.
5. En la isla de Quíos, Santa Mirope († s. III/IV), mártir.
6. En Filomelio (Frigia), santos Alejandro y treinta soldados, mártires († s. IV).
7. En Albi (Aquitania), el tránsito de San Eugenio († 501), obispo de Cartago, desterrado de su sede por la persecución vandálica *.
8. En la Bretaña Menor, San Turiavo († s. VII/VIII), obispo y abad.
9. En Génova (Liguria), Beato Jacobo de Vorágine († 1298), obispo, de la Orden de Predicadores *.
10. En Norwich (Inglaterra), Beato Tomás Tunstal († 1616), presbítero, mártir bajo el reinado de Jacobo I *.

11. En Rochefort, beatos Luis Armando José Adam, franciscano conventual, y Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars († 1794), presbíteros y mártires en la Revolución Francesa *.

12. En Orange (Francia), beatas Magdalena de la Madre de Dios Isabel Verchière, Teresa Enriqueta de la Anunciación Faurie, Ana Andrea de San Alejo Minutte, María Ana de San Francisco Lambert, María Ana de Santa Francisca Depeyre y María Anastasia de San Gervasio Roquard († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa *.

13. En Chau-Doc (Cochinchina), San Manuel Le Van Phung († 1859), mártir *.

14. En Budrio (Italia), Santa Clelia Barbieri († 1870), virgen, fundadora de la Congregación de Mínimas de la Virgen Dolorosa **.

15. En Galeazza Pepoli (Italia), Beato Fernando María Baccilieri († 1893), fundador de la Congregación de Siervas de María **.

16. En Langziqiao (China), San Pablo Liu Jinde († 1900), mártir *.

17. En Nangong (China), San José Wang Guiji († 1900), mártir *.

18. En San Juan de Puerto Rico, Beato Carlos Manuel Rodríguez Santiago († 1963), seglar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ENRIQUE

Emperador († 1024)

En la primavera del año 973 el ducado de Baviera celebraba con grandes festejos el nacimiento del príncipe heredero. Este niño, que llegaría a ser emperador y santo, era hijo de Enrique el Batallador, duque de Baviera, y de la princesa Gisela de Borgoña.

Podemos, fácilmente, imaginarnos los primeros años del niño príncipe: las fiestas, la caza, los trovadores, la guerra, en el marco poético del Medievo.

La vida de San Enrique parece que comienza como un bonito cuento de hadas, pero aquellos tiempos no eran de pura poesía; guerras y pestes se dejaban sentir y la Iglesia atravesaba lo que se ha llamado su «edad de hierro». La sociedad sufría violentos vaivenes y, en uno de ellos, nuestro pequeño santo tuvo que sufrir durante algunos años la persecución, mientras su padre, vencido en guerras familiares, era condenado al destierro.

Recobrada la calma y restablecido su padre en el trono de Baviera, el joven Enrique se dedicó al cultivo de las artes y las letras, bajo la custodia del santo obispo de Ratisbona, San Wolf-

gang, que había sido su padrino de bautismo y se cuidó de darle una esmerada educación cristiana.

A la muerte de su padre ocupó el trono nuestro santo, que contaba por entonces veintidós años. Era uno de los príncipes más instruidos de su tiempo; joven y fuerte, su fama corrió pronto por toda Alemania, ganándose la simpatía general. Para completar el cuadro, gozó también del amor, casándose con la princesa Cunegunda, con quien vivió tan santamente que hoy veneramos a ambos en los altares.

San Enrique fue un verdadero padre para sus súbditos; su ímpetu de mozo no le hizo olvidar la responsabilidad de ser rey.

Cuando algún señor feudal o alguna ciudad se sublevaban, cosa, por lo demás, harto frecuente en aquellos tiempos, sus jefes militares le aconsejaban destruir tales ciudades o fortalezas para castigo de su orgullo y escarmiento de los demás, pero el joven rey contestaba con calma: «Dios no me dio la corona para hacer mal, sino para corregir a los que lo hacen».

Así poco a poco su gobierno se consolidaba cada vez más y su buena fama corría de boca en boca.

Una noche se le apareció en sueños su padrino, San Wolfgang, y le hizo leer en la muralla: «Después de seis», desvaneciéndose inmediatamente la aparición.

San Enrique creyó que se trataba de un anuncio de su próxima muerte en el plazo de seis días y redobló sus acostumbradas penitencias, poniéndose en las manos de Dios. Pero el sentido exacto de la aparición lo comprendió sólo después de seis años, ya que exactamente a los seis años de la aparición, el 1 de enero del año 1002, fue proclamado emperador de Alemania. Acababa de morir el emperador Otón III y, como no dejaba descendencia directa, correspondía por derecho a San Enrique ocupar el trono del Imperio romano-germánico.

Reunidos los electores del Imperio declararon emperador a San Enrique, con gran gozo de todos sus súbditos. Sin embargo, para ocupar el trono al que tenía todos los derechos se vio obligado a hacer algunas guerras familiares contra otros pretendientes.

La situación del Imperio en aquellos momentos no era nada halagüeña. Numerosos señores feudales, marqueses y obispos,

se hacían la guerra mutuamente, asolando el país con sus *razzias*. A su vez, el rey de Polonia intentaba invadir Alemania y los bizantinos presionaban en las fronteras del sur del Imperio.

Para poner fin a todo esto, San Enrique organizó un formidable ejército y poco a poco logró imponer la paz en todos sus dominios, haciendo, además, tributarios a los reyes vecinos. San Enrique contaba entre sus dotes personales un gran genio militar.

Interesado en la reforma espiritual del clero, el año 1007 convocó en Francfort un concilio general para tratar este tema. De todos los puntos del Imperio acudieron numerosos preladados. Cuando San Enrique entró en la sala del concilio se postró en tierra ante todos los obispos en humilde y pleno reconocimiento de su potestad en todos los asuntos espirituales; tal gesto de humildad no lo había hecho ningún emperador germano. Bajo la protección imperial el concilio dictó severas normas disciplinares y San Enrique se encargó de hacerlas cumplir.

El emperador fundó espléndidamente numerosos monasterios y nuevas iglesias. Por todas partes florecían nuevos claustros, en que los monjes se entregaban a sus obras de piedad y de cultura, y desde todos los rincones del Imperio miles de campanas volteaban dando gracias al emperador. En Alemania todavía se conservan muchas de las grandes catedrales de entonces. Sobre las antiguas ciudades se destaca su imponente masa, como auténticas fortalezas, y su silueta marca siempre dos torres o dos ábsides iguales, simbolizadores de los dos poderes: la Iglesia y el Imperio.

Pero en Italia los Estados Pontificios no gozaban de la misma paz. Toda Italia era un hervidero de luchas fratricidas y en los Estados del Papa reinaba la más completa anarquía.

San Enrique pasó a Italia con un fuerte ejército para restablecer el orden, pero tuvo que salir de nuevo hacia Polonia para sofocar la sublevación de aquella parte del Imperio. Toda la vida del santo transcurre en un continuo zigzaguear de marchas militares y batallas para restablecer la paz y castigar a los malhechores.

San Enrique era amigo de la paz; tal vez por contraste con su azarosa vida amaba la delicia de un claustro silencioso y le

gustaba darse a la oración completamente solo. Podía parecer que le gustaba ser monje.

Cierta vez, estando en Estrasburgo, en el año 1012, maravillado de la piedad de los canónigos de la catedral quiso ser canónigo, y así se lo pidió al obispo que presidía el cabildo. El obispo vio las buenas disposiciones del emperador, pero prefirió tomar su petición en broma y, siguiendo el juego, le pidió una promesa de obediencia: «¿Estáis, señor, dispuesto a obedecerme en todo?».

Y a decir verdad que el rey estaba bien dispuesto a renunciar a todo para hacerse miembro de aquel santo cabildo. Entonces el obispo dijo: «Pues bien: yo os ordeno, en virtud de santa obediencia, que continuéis rigiendo el Imperio como hasta ahora, porque el Señor os ha destinado para rey y no para canónigo».

El rey obedeció, pero fundó una rica prebenda para que un canónigo se ocupara siempre de rezar por el rey, con el título de «rey del coro» y los honores consiguientes. Tal tradición se conservó en Estrasburgo hasta bien entrado el siglo XIII.

Entretanto murió en Roma el papa Sergio IV y fue elegido sucesor el papa Benedicto VIII, pero éste fue expulsado de Roma por el antipapa Gregorio y tuvo que refugiarse junto al emperador, el cual hizo una marcha sobre Roma para colocar al verdadero Papa en la Santa Sede. El Papa, en agradecimiento, le regaló un globo de oro adornado con piedras preciosas, representando su soberanía sobre el mundo, y desde entonces ése fue el símbolo de los emperadores. En tal ocasión San Enrique y su esposa fueron ungidos y coronados como emperadores de la cristiandad. Roma celebró con gran júbilo aquellas fiestas; parecía como si, bajo signo cristiano, hubiera resucitado otra vez el antiguo Imperio de Roma. Era el 14 de febrero del año 1014.

Seguramente, pocos reyes pudieron gozar como San Enrique del amor de sus súbditos, y sus vasallos recibieron como un don del cielo el tener tan buen rey.

A su muerte, el emperador hizo llamar a los padres de su esposa y a los grandes de la corte y, tomando dulcemente la mano a Santa Cunegunda, les dijo: «He aquí a la que vosotros me habéis dado por mujer ante Cristo, como me la disteis virgen, virgen la pongo otra vez en las manos de Dios y en las vuestras». Luego dictó su testamento y fue a reunirse con los santos.

En Grona las campanas tocaban a muerto el 13 de julio de 1024. Mientras tanto una gran procesión trasladaba los restos de San Enrique emperador a la catedral de Bamberg, donde todavía se conservan. Fue canonizado por el Beato Eugenio III en el año 1146.

LUIS PÉREZ ARRUGA, OP

Bibliografía

- BUTLER, A., *The lives of the Fathers, martyrs and other principal saints* (Londres 1922).
 DVORNIK, F., *The making of Central and Eastern Europe* (Londres 1949) 185-222.
 GÜNTER, H., *Kaiser Heinrich II, der Heilige* (Munich 1904).

SAN ESDRAS

El Escriba

El *Martirologio romano*, en su edición típica de 2001, señala el 13 de julio la memoria elogiosa de Esdras, con estos datos:

«Conmemoración de San Esdras, sacerdote y escriba que, en tiempo de Artajerjes, rey de los persas, al volver de Babilonia a Judea, congregó al pueblo disperso y puso todo su afán en comprender, practicar y enseñar la Ley del Señor en Israeℓ».

Muchos de los israelitas deportados a Babilonia, al prolongarse el exilio, se acomodaron a la vida de los paganos, fascinados por su cultura. Otros, en cambio, sentían la nostalgia de su tierra y de su templo, y soñaban en la vuelta a Jerusalén augurada por los profetas: «Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel; aún volverás a tener el adorno de tus adufes, y saldrás a bailar entre gentes festivas» (Jer 31,4).

Esdras, sacerdote y escriba, alimentaba estas esperanzas. Entre tanto, colgaban sus cítaras de los sauces, junto a los canales de Babilonia y se sentaban a llorar con nostalgia de Sión. «¿Cómo cantar los cánticos del Señor en tierra extranjera?» (cf. Sal 137 [136]).

Con el dominio de los persas, cambiaron las cosas. Deseaban estabilizar en la paz sus posesiones y se decidieron a organizar la administración del imperio con relaciones amistosas, teniendo muy en cuenta el respeto a las creencias que aglutinaban

a los pueblos sometidos. Todos los gobernadores de las provincias tenían a su lado secretarios reales, como testimonia Herodoto (IV,128). Estaban encargados de la correspondencia diplomática. Funcionarios competentes se relacionaban con los distintos grupos religiosos.

A partir del decreto de Ciro (año 538 a.C.) fueron regresando los deportados a su patria en escalonadas caravanas. «Entonces los cabezas de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas y todos aquellos cuyo ánimo había movido Dios, se pusieron en marcha para subir a edificar el templo de Yahvé en Jerusalén» (Éx 1,5). «El rey Ciro mandó sacar los utensilios del templo de Yahvé que Nabucodonosor se había llevado de Jerusalén y había depositado en el templo de su dios» (Éx 1,7).

Inmediatamente se pusieron los repatriados a reconstruir Jerusalén. Con Zorobabel, del linaje de David, alzaron el altar de los holocaustos e inauguraron la reconstrucción del templo. Impulsaron la ardua tarea, con su voz iluminada, los profetas Ageo y Zacarías. Los trabajos, amparados y subvencionados por la administración de los persas, se interrumpen cada poco por la insistente oposición de los vecinos samaritanos. Gráficamente lo expresa la Biblia cuando dice: «Con una mano cuidaba cada uno de su trabajo; con la otra, empuñaba el arma. Cada uno de los constructores tenía ceñida a la cintura la espada mientras trabajaba» (Neh 4,11-12). De hecho, no se pudo terminar el templo hasta el año 515, en el que fue dedicado (cf. Esd 6). En el medio siglo siguiente, los esfuerzos para alzar las murallas de Jerusalén siguen siendo obstaculizados por los mismos samaritanos.

Para situar correctamente la misión de Esdras en estos momentos oscuros del postexilio, la fuente indispensable son los libros que llevan su nombre y el libro de Nehemías, advirtiendo que la acción restauradora de este último, copero del Rey y gobernador laico, se desarrolló unos cincuenta años antes que la de Esdras.

Los dos libros de Esdras forman una unidad como prolongación del libro de las Crónicas, y no se pueden tomar como «históricos» en el sentido actual de este concepto porque están dominados por el contenido teológico para diseñar el judaísmo

bíblico en torno al templo y la Torá; con este fin, se altera la cronología.

Si resultaba difícil la restauración material de la ciudad con su templo y sus muros, mucho más arduo iba a ser reconstruir la vida espiritual de la comunidad. Ésta fue la misión prioritaria de Esdras y en ello puso todas sus fuerzas.

Pero ¿quién era Esdras? Su nombre dice ya algo de su tarea: «Dios es socorro». No está probado que fuera sacerdote, ni de la familia de Aarón. Se le llama siempre «escriba» (*sopher*, secretario). «Un escriba experto en la Ley de Moisés» (Esd 7,6). «Scriba velox», pronto, rápido y ágil, porque la facilidad es fruto de la experiencia.

Esdras fue un judío de Babilonia convertido en funcionario de la corte de Persia. Un comisario que no ejerció como gobernador provincial pero, en cambio, se le atribuyen funciones culturales y el estudio de la Ley. Se dedicó a investigarla a fondo hasta «tenerla en la mano» —como de pasada se dice en el documento de Artajerjes—, Esd 7,14-25. No sólo llegó a comprenderla teóricamente sino que la practicaba y la enseñaba, dándola a conocer a su pueblo disperso en Babilonia. Por eso era tan estimado entre los grupos de los judíos, donde había alcanzado gran prestigio y logrado notoria celebridad (cf. Esd 7,10).

Había aplicado su corazón a cuidar la ley de Yahvé y a enseñar su moral, sus preceptos y sus normas. Comprender, practicar y enseñar, es el triple deber de cuantos tienen la misión de formar a las personas y a los pueblos. Así se explica que el rey Artajerjes lo enviara a la cabeza de una nueva expedición de repatriados, en número de 1.800. Era el año séptimo de su reinado (465-425), es decir, el 459:

«Artajerjes, rey de reyes, al sacerdote Esdras, secretario de la Ley del Dios del cielo, paz perfecta, etc. Éstas son mis órdenes: "Todo aquel que en mi reino pertenezca al pueblo de Israel, o a sus sacerdotes o sus levitas, y quiera volver a Jerusalén, puede partir contigo, ya que el rey y sus siete consejeros te envían para inspeccionar a Judá y a Jerusalén en lo referente a la Ley de tu Dios, que está en tus manos, y para llevar allá el oro y la plata [...] Y tú, Esdras, conforme a la sabiduría de tu Dios, que posees, nombra jueces y magistrados que administren la justicia a todo el pueblo de

Transeufratina, a todos los que conocen la Ley de tu Dios. A quienes la ignoran, habréis de enseñársela...» (Esd 7,12-15.25).

El decreto está redactado en términos tan favorables, dentro de su género literario, que Esdras prorrumpe en esta expresión y ferviente acción de gracias:

«Bendito sea Yahvé, Dios de nuestros padres, que movió de esta manera el corazón del rey para glorificar el templo de Yahvé en Jerusalén y me granjeó el favor del rey, de sus consejeros y de los altos jefes del rey!» (Esd 7,27-28).

La caravana, compuesta por 1.800 judíos con sacerdotes y levitas, partió de Babilonia en abril confiando en el Señor para las dificultades del camino, después de unos días de oración y ayuno (cf. Esd 8,21.31). La llegada a Jerusalén, después de tan larga peregrinación, se interpreta como cumplimiento del designio divino. La mano bondadosa de Dios estaba con él (cf. Esd 7,28). En el eje de su tarea estaba la Ley dada a Moisés. (En la tradición se le atribuye, por parte de algunos, la última redacción del Pentateuco).

Sin duda, uno de los episodios más significativos de su vida y su obra es la solemne proclamación y lectura pública y comunitaria de la Palabra de Dios que orientó la vida de los antepasados y ha de convertirse en norma y lámpara que oriente los pasos de la naciente comunidad. El marco es la celebración litúrgica de la fiesta de los Tabernáculos o de las Tiendas, recordando la alegría del encuentro con los orígenes. Todo un lenguaje celebrativo, lleno de simbolismo. Con la fiesta del mes séptimo (septiembre-octubre) se inauguraba, antes del destierro, el nuevo año. Tiene el sentido teológico de indicar un comienzo. Es el acta de nacimiento del judaísmo bíblico. El texto dice así:

«Llegado el mes séptimo, todo el pueblo se congregó como un solo hombre en la plaza que está delante de la puerta de las Aguas. Dijeron al escriba Esdras que trajera el libro de la Ley de Moisés que Yahvé había prescrito a Israel. Trajo el sacerdote Esdras la Ley ante la asamblea, integrada por hombres, mujeres y todos los que tenían uso de razón. Era el día uno del mes séptimo. Leyó una parte [...] desde el alba hasta el mediodía [...] y los oídos del pueblo estaban atentos al libro de la Ley.

El escriba Esdras estaba de pie sobre un estrado de madera levantado para esta ocasión [...] Esdras abrió el libro a los ojos de todo el pueblo —pues estaba más alto que todo el pueblo— y al abrirlo, el pueblo entero se puso en pie. Esdras bendijo a Yahvé, el Dios grande; y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: “¡Amén! ¡Amén!”; e inclinándose se postraron ante Yahvé, rostro en tierra. Josué, Bani [...] que eran levitas, explicaban la Ley al pueblo que seguía en pie. Y Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios aclarando e interpretando el sentido, para que comprendieran la lectura.

Entonces [...] Esdras, el sacerdote escriba (y los levitas que explicaban al pueblo), dijeron a todo el pueblo: “Este día está consagrado a Yahvé vuestro Dios; no estéis tristes ni lloréis”. Pues todo el pueblo lloraba al oír las palabras de la Ley. Díjoles también: “Id y comed manjares grasos, bebed bebidas dulces y mandad su ración a quien no tiene nada preparado. Porque este día será consagrado a nuestro Señor. No estéis tristes: la alegría de Yahvé sea vuestra fortaleza”. También los levitas tranquilizaban al pueblo diciéndole: “Callad: este día es santo. No estéis tristes”.

Y el pueblo entero se fue a comer y beber, a repartir raciones y hacer gran festejo, porque habían comprendido las palabras que les habían enseñado. El segundo día, los cabezas de familia de todo el pueblo, los sacerdotes y los levitas se reunieron junto al escriba Esdras para comprender las palabras de la Ley. Y encontraron escrito en la Ley que Yahvé había mandado, por medio de Moisés, que los israelitas tenían que habitar en cabañas durante la fiesta del último mes. En cuanto lo oyeron hicieron pregonar en todas las ciudades y en Jerusalén: “Salid al monte y traed ramas de olivo, de pino, de mirto, de palmera y de otros árboles frondosos, para hacer cabañas conforme a lo escrito”.

Salió el pueblo y trajeron ramas y se hicieron cabañas, cada uno en su terrado, en sus patios, en los atrios del templo de Dios, en la plaza de la puerta del agua y en la plaza de la puerta de Efraín. Toda la asamblea, los que habían vuelto del cautiverio, construyó cabañas y habitó en ellas —cosa que los israelitas no habían hecho desde los días de Josué, hijo de Nun, hasta aquel día— y hubo gran regocijo. Esdras leyó en el libro de la Ley de Dios diariamente desde el primer día hasta el último. Durante siete días se celebró fiesta; al octavo tuvo lugar, según la norma, una asamblea solemne» (Neh 8,1-18).

El pueblo conmovido respondía ¡Amén! Habían comprendido las palabras que les habían enseñado. Fue un acontecimiento histórico decisivo: la imposición por parte de Esdras de la Ley como contribución, a la vez religiosa y civil, aceptada por el pueblo, reconocida y sancionada por el soberano persa (cf.

Esd 7,26). Con ello, el judaísmo postexílico conquistaba su propia identidad y una relativa autonomía e independencia. Por eso, el acontecimiento tan relevante vuelve a reinterpretarse en la liturgia sinagoga que nacía entonces reforzando la imagen fundadora de Esdras al servicio de la palabra.

La comunidad de repatriados que se encontró Esdras en Jerusalén era muy heterogénea, con grave riesgo de infidelidad y sincretismo religioso por haberse mezclado en matrimonios mixtos con los paganos. Los jefes y los consejeros habían sido los primeros en dar mal ejemplo casándose con mujeres que adoraban a dioses extranjeros (cf. Esd 9,1s). Cuando Esdras propone vigorosamente la separación drástica, no es por una razón social, sino teológica. La separación cruel e inhumana, y la expulsión de las esposas con sus hijos, es una necesaria consecuencia de la elección. Sólo una raza santa, separada de todo elemento impío y mezclado (cf. Neh 13), puede pretender la posesión de la tierra santa y vivir su misión histórica que es proteger la Ley de Dios. Sólo a esta luz tradicional puede comprenderse el radicalismo de las medidas tomadas por Esdras y aceptadas por el pueblo, que fue gradualmente poniéndolas en práctica para salvar lo esencial: la identidad religiosa de la comunidad.

En estos momentos vivía Israel una problemática especial, una tensión dialéctica incesante entre el universalismo y la fidelidad a la Alianza. Por otro lado, esta corriente segregacionista del judaísmo postexílico en minoría de refundación no puede hacernos olvidar otras corrientes que brotan de su misma fuente. Así, el libro de Rut, escrito en tiempos de Esdras, mira con simpatía el matrimonio mixto de una moabita con Booz del que nacerá el abuelo de David. Es una actitud revolucionaria frente al conservadurismo de inspiración deuteronomica. La visión de los ninivitas convertidos frente a Jonás mosqueado, es impresionante. El Dios de Jonás no tiene más que una preocupación, la salvación de Nínive; e Israel tiene una sola misión: ser instrumento de salvación.

En 1 Crón 1-9 y en 2 Crón 8-11 se citan matrimonios mixtos sin juzgarlos negativamente. Los profetas Isaías y Jeremías atestiguan la vocación universalista de Israel. En la carta a los

deportados, de Jeremías 29,4-7, ofrece una imagen mucho más positiva de las relaciones de Israel con las naciones: «Trabajad por hacer próspera la ciudad a donde yo os haya desterrado y rogad por ella al Señor, porque su bien será vuestro bien». El tercer Isaías en sus oráculos (cf. n.56-66), bajo una forma más nacionalista pues la salvación llega por medio de Jerusalén, atestigüa el más amplio universalismo: «A los extranjeros que decidan reunirse y servir al Señor [...] los traeré a mi monte santo y les alegraré en mi casa de oración [...] porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos» (Is 56,3-7).

La lectura de Esdras no debe hacernos olvidar esta otra tradición interna del judaísmo: la vocación universalista de Jerusalén en la que «todo hombre ha nacido» (Sal 87,5-6). La historia de José y el libro de Ester, nacidos en la diáspora de Egipto y de Persia (Susa), tienen otras actitudes distintas. El movimiento reformista de Esdras lo condujo a radicalizar algunas medidas tomadas por Nehemías que no se había enfrentado más que con dos casos escandalosos. Esdras convocó la asamblea de todos los repatriados (cf. Esd 10,7-16) y les dio órdenes de separarse de las gentes del país y de las mujeres extranjeras, por fidelidad a Dios. La unanimidad que se alcanzó tuvo excepciones en la oposición de algunos laicos y levitas. Para aplicar esta reforma en su radicalidad nombró una comisión de cabezas de familia.

La misión y tarea de Esdras fue de orden principalmente espiritual: la educación del corazón y del espíritu, difícil de analizar y valorar. Sus logros, innegables, son menos visibles que la reconstrucción material de Jerusalén, pero sus efectos, no menos importantes y duraderos. La adopción por la comunidad judéo-samaritana de la misma Ley es un éxito de su obra refundadora que se comprueba hasta nuestros días; pero la misión de unificar la comunidad de expatriados fue más complicada: menos de un siglo después el grupo samaritano se segregó del grupo judío, con lo que se ponía de manifiesto el fracaso de esa unidad.

La tradición de escribas y doctores que consideran a Esdras como su maestro y modelo ha engrandecido considerablemente su figura. Se le atribuye una parte importantísima en la formación del canon de las Escrituras Sagradas. Muchos lo ven como

un nuevo Moisés. La Ley se impone como código legal —reconocido por el rey pagano— para regir a una etnia particular, con el peligro de olvidar, al menos en su aplicación, al legislador divino y universal.

Esdras es el iniciador del culto sinagoga (cf. Neh 8). El iniciador, también, de una religiosidad centrada en el estudio atento de la Palabra de Dios y de su Ley. Inaugurando el tiempo de los escribas, Esdras anticipa el de los rabinos fariseos en las tradiciones del judaísmo. El apócrifo de su nombre (IV de Esdras) lo idealiza legendariamente afirmando que todos los escritos sagrados habían desaparecido con la ruina de Jerusalén y que Esdras, inspirado por Dios, había dictado de memoria durante cuarenta días a cinco secretarios, noventa y cuatro libros; de los cuales, veinticuatro, los de la Biblia hebrea, debían ser publicados; y los demás —los otros setenta— debían quedar reservados a los doctos. San Jerónimo advierte que los sueños de los apócrifos no deben confundirse con los libros verdaderamente inspirados. Con mayor sobriedad, el rabí Nathán (s. II) dice que Esdras le dio al Pentateuco su forma actual; pero, realmente, sólo se refirió a la promulgación de la Ley dada por Moisés. De Babilonia trajo un ejemplar de la Ley, copiado por su mano, en el arameo que ya estaba en uso.

No necesita Esdras halos de leyenda. Su obra basta para su gloria. Un grabado en cuero (s. XVI), obra de Nicolás de Bruyn, representa al Ángel del Señor que explica a Esdras el sentido de la visión apocalíptica y apócrifa más conocida: la del águila bicéfala que simboliza el Imperio Romano. Una de las cabezas devora a la otra, mientras un león salta rugiente hablando a Esdras con voz humana.

El Eclesiástico dedica un espléndido y vibrante elogio al escriba, con palabras técnicas (cf. Eclo 39,1-11), pero ignora por completo a Esdras, tal vez por haber unificado a los judíos con el «pueblo insensato que mora en Siquén» (Eclo 50,28).

«El que se aplica de lleno a meditar la ley del Altísimo [...] y dedica su ocio a estudiar las profecías [...] Por la mañana dirige su corazón hacia el Señor, su Hacedor; mostrará la instrucción recibida y se gloriará en la ley de la alianza del Señor [...] Muchos elogiarán su inteligencia y jamás será olvidada. Las naciones hablarán de su

sabiduría y la asamblea proclamará su alabanza. Mientras viva, su nombre será famoso entre mil y cuando muera, eso le bastará...».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

- Act. S.S. Boll.*, 14 de julio (Venecia 1747) 475s.
 ABADIE, PH., *El libro de Esdras y de Nehemías* (Estella 1998).
 ALONSO SCHÖKEL, L. A., *Crónicas, Esdras, Nehemías* (Madrid 1976).
 ESPADA, F., «Esdras», en *Bibliotheca sanctorum*. V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) cols.83-86.

SANTA CLELLA BARBIERI

Virgen y fundadora († 1870)

En la pequeña aldea de Las Budrie, en la comunidad rural de San Giovanni in Persiceto, próxima a Bolonia, nació el 13 de febrero de 1847 una niña, hija de José Barbieri y Jacinta Nanetti, dedicados al cultivo de plantaciones de cañamo en el centro de la inmensa llanura atravesada por el Reno, y en la parte bañada por el Samoggia. En el transcurso de la epidemia colérica que recorrió las naciones europeas ocasionando millares de muertos, el 11 de julio de 1855 falleció su padre, a los 32 años de edad. Esta desgracia obligó a la viuda e hijos a avecindarse en un caserío próximo, cuyo maestro le enseñó las primeras letras, aunque no aprendió con perfección.

El 8 de junio de 1856 fue confirmada, preguntando a su madre: «Mamá, ¿cómo puedo hacerme santa?». Tenía señalado su camino hacia la santidad. A los 11 años recibió la primera comunión y al concluir la misa sintió, repentinamente, que su corazón se llenaba de amor a Dios. Manifestaba entre sus compañeras una singular madurez, empezando a sufrir desmayos que, en ocasiones, se prolongaban unos treinta minutos, sin que palideciera su rostro. Eran éxtasis, gracias espirituales con que Dios la regalaba preparándola para sí. En 1862 don Cayetano Guidi, párroco local, la inscribió como catequista en la parroquia, preocupándose en su formación espiritual, admitiéndola tiempo después como sirvienta suya. La vida en la casa abadía no fue fácil, pues una hermana del sacerdote no la soportaba, llegando incluso en alguna ocasión a golpearla.

Durante este tiempo su deseo era entrar como novicia en algún instituto religioso pero carecía de dote, como entonces se exigía a las jóvenes, rechazando algunas ofertas matrimoniales que se le brindaron. Los problemas políticos de este conflictivo período histórico, caracterizado por el paso del dominio pontificio a la reunificación del Estado italiano, le sirvieron para acentuar el sentido de responsabilidad, de la necesidad del amor de Dios, participando en los sufrimientos que padecía el pueblo de Dios.

Cuando en 1859 estalla la segunda guerra de independencia varias provincias de Italia pidieron la incorporación al reino del Piamonte. El Papa excomulgó a los usurpadores, pero las provincias del Estado pontificio quedaron anexionadas al nuevo reino. La cuestión romana se hizo candente. En 1860 las tropas de Garibaldi ocupan las Marcas y Umbría, y Víctor Manuel de Saboya es proclamado rey de Italia. El vicario capitular de Bolonia fue condenado a tres años de cárcel, también el párroco de Las Budrie, don Cayetano Guidi. El nuevo gobierno italiano apoyado por la izquierda anticlerical siguió hostil a la Iglesia durante largo tiempo y, entre los meses de junio y julio de 1866, unos 50 sacerdotes de la diócesis de Bolonia fueron arrestados. Además, el 7 de julio del mismo año el parlamento aprobó la supresión de las órdenes religiosas, provocando un grave problema social y religioso. Estos dramáticos acontecimientos incentivaron sus penitencias, agravando una tuberculosis pulmonar que padecía. Al comienzo de 1867 se encontró muy enferma, con agravamiento posterior que la puso en situación peligrosa.

Tenía veinte años y se le ordenó guardar cama, pues se encontraba a las puertas de la muerte. Cuando se recuperó consoló a su madre: «No llores, que no voy a morir ahora. El Señor espera todavía algo más de mí». Restablecida, pero sin poder continuar con el trabajo en la rectoral, se decidió por formar un «retiro», en donde vivir con otras tres compañeras. Un tío suyo, el doctor Ceferino Nanetti, la denunció a la prefectura al considerar que se trataba de una «concentración de monjas» que había prohibido la ley, pero no prosperó su petición al reconocer el carácter laical de su «retiro».

En su mente se aclaró un proyecto de vida común, sencillo y esencial: «Somos muy pobres, no podemos ser aceptadas nunca en ningún convento. Reunámonos, pues, para vivir una vida recogida y hacer el bien». La supresión de los institutos religiosos hizo más realista y válida esta notable intuición suya que al inicio parecía casi temeraria y desproporcionada. El 1 de mayo de 1868 se reunió con tres compañeras en la llamada «casa del maestro», donde, desde el primer momento, experimentaron la divina Providencia. Así nació en la pobreza y el abandono una nueva forma de vida activa y espíritu contemplativo, al servicio de la caridad a tiempo pleno, con extraordinaria sencillez y alegría.

Se prodigaron con benéficos resultados, atendiendo y educando a los niños, visitando a los enfermos y ayudando a los moribundos, aunque tuvieron que sufrir grandes privaciones pues los campesinos contaban con pocos bienes para mantenerlas, y el párroco colaboraba pagando el alquiler de la casa. Con el fin de recaudar ayudas se dedicaron al bordado y a espiigar el trigo, una vez concluida la recolección de la cosecha. El 7 de enero de 1869 hubo una violenta manifestación en San Giovanni in Persiceto en protesta contra la ley de la molienda, apoyándolos con su oración en la iglesia, junto a las madres y esposas de los manifestantes. El domingo siguiente frente a las detenciones represoras logra mantener la calma de los vecinos. El 31 de enero, durante una misa, vive un momento de inefable ardor místico, que la lleva a «mortificar mi voluntad en todas las cosas para agradar cada vez más al Señor», invitando a todos: «¡Amad a Dios!». Su corazón respiraba paz, modestia, dulzura y sencillez. La admiraban todos y era querida por todos.

El 25 de marzo de 1869, Jueves Santo ese año, fiesta de la Anunciación, titular de la parroquia, tuvo otro momento carismático que le regaló el Espíritu divino, repitiendo el lavatorio de Cristo a los apóstoles en doce jóvenes, delante de sus compañeras.

A principios de 1870 enfermó de nuevo de la tuberculosis que arrastraba desde niña, visitándola su tío médico que salió de la habitación profundamente conmovido. El 13 de julio de ese año expiró, a los 23 años de edad. El cardenal arzobispo de Bolonia tituló aquel «retiro» como Mínimas de la Dolorosa.

La fama de santidad de su vida, fundada en el heroico ejercicio de la caridad y demás virtudes, motivó que el 15 de abril de 1920 se abriera el proceso diocesano de beatificación, concluyendo los trabajos en 1933. En 1940 se inicia el proceso apostólico, que terminó tres años más tarde. El 22 de febrero de 1955 Pío XII promulgó la heroicidad de las virtudes. Pablo VI la proclamó beata el 27 de octubre de 1968, y el 9 de abril de 1989 Juan Pablo II la canonizó, incluyéndola en el calendario de los santos. Ha sido proclamada patrona de los catequistas de la diócesis de Bolonia.

Como reconoció el Santo Padre en 1968, la primera impresión que ofrece su vida es la de su pequeñez y brevedad, pues vivió sólo 23 años:

«En algunos casos la brevedad de la vida se culmina con extraordinarias virtudes personales y gracias espirituales que confían a esta joven vida la aureola más gloriosa y difícil de conseguir: la santidad».

Una riqueza admirable de los dones sobrenaturales que dejan más nítida la evidencia del amor de Dios. Nace en una familia donde la laboriosidad, la sobriedad, la modestia, el sentido del deber y del temor de Dios estaban a flor de piel. Una cándida simplicidad y sensibilidad moral, viviendo auténticamente el evangelio.

En el silencio de su vida, sin signos extraordinarios milagrosos, encontramos el trato íntimo con el Señor. Podemos vislumbrar en el testimonio de esta joven, en su pequeñez, una impresión de grandeza a través de la inocencia de esta singular criatura, con un interior alimentado continuamente por un coloquio espiritual con Dios, que ama y espera ser amado, más que investigado. Quien nada era se convierte en maestra, comunicando su propia interioridad, un tesoro escondido de amorosa virtud, con amorosa ansia de servir a la parroquia, educando en la fe a los otros, en un cenáculo donde la oración y el servicio a los pobres y enfermos la convierten en luz de esperanza para muchos. Amor traducido en obras de caridad para todos.

Ardor y oración son el mejor ejemplo de su vida: fascinada por Cristo y llena de su gracia, emprende el camino de la perfección, recorriéndolo con empeño juvenil y amoroso apostola-

do, practicando heroicamente la caridad. Virtudes de un pueblo fuerte y cristiano. Dios elige siempre lo más débil del mundo para confundir a lo fuerte. Donde la indigencia reclama que alguien la socorra y le sirva, allí está ella, con silencioso sacrificio de sí misma. Un don generoso y misterioso de vida consagrada e inmolada. Siguiendo al espíritu con el impulso gozoso de los carismas, para hacer posible y fácil el mandato de Cristo. En medio del tumultuoso vivir, la humilde virtud se abrió paso, expresando con nitidez la libertad del corazón consagrado al servicio de Dios y de los hermanos.

En tiempos no fáciles para la Iglesia y en un ambiente social invadido por fermentos hostiles al Evangelio, no dudó en hacerse obrera de la doctrina cristiana, catequista del mensaje evangélico, para llevar a todos el anuncio de Jesús, el Salvador, profesando su fe con valentía y perseverancia. Atraídas por la fuerza de su entusiasmo, otras jóvenes de la parroquia se le unieron también, compartiendo su mismo ideal de vida apostólica y contemplativa. Esta admirable joven ofrece a todos la plena y total confianza en Cristo y en la Iglesia, porque creyó en las palabras de Jesús, superando insidias y tentaciones, evitando atractivos y peligros mundanos.

Con una vida exteriormente sencilla y ordinaria hizo crecer dentro de sí misma una llama de amor tan intensa y ardiente hacia el Divino Esposo, que su misma naturaleza se resintió por ello. En un espacio de tiempo tan breve asombra el grado de santidad que alcanzó esta criatura humilde y frágil, pobre totalmente de bienes materiales y de cultura, pero rica en la sabiduría de los sencillos. Los más amados por Dios. La devoción a la eucaristía ocupa un papel fundamental en su vida, descubriendo día a día con un celo renovado la amorosa presencia de su Señor: «Abrid vuestro corazón y echad fuera abundantes llamas de amor y con estas llamas encended el mío. Haced que yo arda de amor». Nada tiene de extraño, por tanto, la opinión que sus paisanos tenían de ella:

«Si Dios hubiese mandado sobre la tierra uno de los ángeles de su corte, aquel ángel no habría podido vivir una vida más bella, más santa, más fecunda de bien para sí y para los demás que la que vivió ella. Esta joven no es el fruto de una escuela particular de espiritualidad, sino el producto genuino de la Iglesia, de la labor de-

sarrollada en la parroquia de su pueblo. Es un fruto espléndido de la Iglesia local».

En ella todo es simple. Su riqueza interior procede del contacto personal con Dios, y llena de Dios, por quien renuncia a todo, lo irradia en su persona y en la fecunda actividad apostólica. La gracia del Espíritu Santo en ella se convierte en gracia para todos, colaborando con Cristo a salvar el mundo. En esta joven santa encontramos una vida vivida en plenitud, en la esperanza de poseerlo todo viviendo en el amor de Cristo.

El milagro de la canonización

En 1959 nació Liana Stefanutto, natural de Údine, pasando la infancia con buena salud. En 1973 empezó a notar dolores en la rodilla izquierda, siéndole diagnosticada una artroalgia reumatoide. En 1982 fue reconocida en el hospital de Santa Úrsula de Bolonia pero la terapia no mejora, al contrario, empeora. No responde al tratamiento y, finalmente, los médicos le pronostican infausta *quoad vitam*, por la gravedad que presentaba la enferma y por la ineficacia reconocida de la terapia. En la noche del 19-20 de junio de 1982, y después de colocar una reliquia e invocar a la Beata Clelia, la enferma se vio en la mañana siguiente libre de toda sintomatología dolorosa. El 15 de julio, completamente restablecida, abandonó el hospital y posteriormente contrajo matrimonio. Los peritos de la Congregación para las Causas de los Santos reconocieron que esta curación no puede explicarse según los conocimientos médicos, confirmando la consulta médica del 18 de noviembre de 1987, por unanimidad, el carácter sobrenatural de esta curación, sentencia confirmada por decreto de Juan Pablo II el 11 de febrero de 1989. En 1993 el cardenal G. Biffi, arzobispo de Bolonia, erigió en Santuario la iglesia parroquial de Santa María de Las Budrie en donde se veneran sus sagrados restos.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Beati e santi canonizzati da Paolo VI, II (Ciudad del Vaticano 1996).
BONORA, M.^a C., *Santa Clelia Barbieri* (Leumann, Turín 1996).

GIOVETTI, P., *Santa Clelia Barbieri. Una biografia* (Cinisello Balsamo 1994).

L'Osservatore Romano (28-X-1968) beatificación; (10-IV-1989) canonización.

RISSE, P., *Un canto d'amore. Profilo biografico di santa Clelia Barbieri* (Leumann, Turín 1989).

BEATO FERNANDO MARÍA BACCILIERI

Fundador († 1893)

Ferdinando María Baccilieri, nació en Campodoso, en la parroquia de Reno Finalese (diócesis de Módena), el 14 de mayo de 1821, en una familia acomodada, y fue bautizado el día siguiente. Sus padres, Domenico Baccilieri y Leonilde dalla Bona, que se distinguían por su religiosidad, educaron cristianamente al pequeño Fernando, y a sus cinco hermanas. Crece así en la mejor escuela: la de la fe y la caridad. Recibe una formación cultural muy cualificada, primero en su propia casa, después en el renombrado colegio de los barnabitas de Bolonia y por fin, con los jesuitas, en Ferrara.

Durante esta época, ya adolescente, atraído por el ejemplo de sus maestros, experimentando con fuerza el deseo de anunciar el Evangelio en tierras de misión y sintiendo vivamente en su corazón la vocación a la vida religiosa, decidió hacerse misionero en la Compañía de Jesús para poder predicar el Evangelio en el lejano Oriente. Comenzó el año de noviciado en Roma, en Sant'Andrea al Quirinale, pero hubo de interrumpirlo por la precaria situación de su salud. Eran otros los proyectos de Dios: su débil salud, razón por la que debe retornar al hogar familiar, hizo comprender poco a poco a don Baccilieri que en los planes de Dios la tierra de misión para él sería Galeazza Pepoli. Aquí entenderá que el camino del Evangelio sólo se puede recorrer a través del camino de la cruz y de la renuncia.

Realizados sus estudios filosóficos y teológicos en los seminarios de Finale Emilia, Módena y Ferrara, recibió la ordenación presbiteral en esta última ciudad el 2 de marzo de 1844 con apenas 22 años. El día de su ordenación prometió «celebrar siempre con las felices disposiciones de la primera vez: con alma limpia, abrasada de viva fe y ardiente amor».

De nuevo en Reno Finalese, como colaborador del párroco en aquellos sus primeros años, de 1844 a 1851, se entregó con

celo y asiduidad a las misiones populares, al confesonario y al ministerio de la predicación, invitado en otras parroquias y diócesis. Durante este período fue también profesor y director espiritual en el Seminario de Finale Emilia y obtuvo el Doctorado en Derecho Civil y Eclesiástico por la Pontificia Universidad de Bolonia. Contra todas sus previsiones y deseos, en 1851 fue destinado por el arzobispo como vicario parroquial a la parroquia de Santa María de Galeazza, en Galeazza Pepoli, perteneciente a la archidiócesis de Bolonia, de la que fue nombrado párroco en 1852. Su deseo juvenil de ser misionero tuvo cumplimiento, en modo imprevisto, al aceptar por pura obediencia, y con repugnancia no pequeña, esta llamada del cardenal Oppizoni.

En aquella pequeña comunidad, de 627 habitantes, que se encontraba en condiciones morales y religiosas no muy halagüeñas, don Fernando María desarrolló sin interrupción durante el resto de su vida —41 años— un incisivo y fructuoso apostolado, rehusando otros cargos eclesiásticos de mayor dignidad que le fueron propuestos. Educado por los hijos de S. Ignacio para buscar siempre y sólo la «mayor gloria de Dios», Fernando María, como el apóstol, no busca la gloria humana, permaneciendo fiel al acto de obediencia que fue el origen de su ministerio parroquial: así dará a sus fieles, junto con el Evangelio, su misma vida.

Hombre de grandes horizontes y anchuroso corazón, en todo momento y lugar trabajará haciendo el bien a todos, no reduciendo su actividad tan sólo a las ovejas de su rebaño. Realmente, don Fernando quiso vivir en plenitud su sacerdocio, gastando su vida al servicio de la humanidad pecadora y débil. Lleno del Espíritu del Señor, fue un apreciado e iluminado guía de espíritus, y un celosísimo director de conciencias para toda categoría de personas, a las que, sin cansarse, no ahorrando trabajos ni sacrificios por su bien, animaba y espoleaba incesantemente por las sendas de la caridad, guiándolas con amor y sabiduría a las cumbres de la unión con Dios.

Su jornada comenzaba a las 3.30 h. de la mañana. Su misma muerte lo confirma: expiró a las 3.40 h. del 13 de julio de 1893, con la cabeza inclinada en el libro de meditación abierto sobre

su mesita de estudio. De corazón manso y humilde, paciente, amante de la paz y de la concordia, sensible a los sufrimientos de su gente, le gustaba hablar con Dios en medio de la noche, cuando en torno, por la quietud y el silencio, se creaban las condiciones para sumergirse profundamente en la intimidad divina. El coloquio personal con el Señor concluía con la celebración de la Santa Misa, cuidadosamente preparada, a las cinco de la mañana.

Según los testimonios, unánimes, la de don Fernando Baccilieri era una celebración diversa de la de los otros sacerdotes. No por las palabras ni los gestos, sino por la convicción interior, por la interiorización del Misterio que se producía sobre el altar, por el exquisito cuidado de las rúbricas y disposiciones litúrgicas. Aquel penetrar en la verdad insondable de las palabras pronunciadas con los labios, le hacía identificarse él mismo con la pasión y muerte del Señor, reviviendo de forma incruenta el sacrificio del amor del Salvador divino. Los testigos hablan de una especie de luz que emanaba de su persona, aun admitiendo que no ocurría nada extraordinario. Era como si sobre el altar descendiese una luz de lo alto, transfigurando y sublimando al celebrante. Aquella riqueza de amor divino que vivificaba el corazón sacerdotal de don Fernando se difundía después en toda la actividad de la jornada.

Los primeros beneficiarios eran sus parroquianos. Después de cuatro décadas, algunos conocían a su párroco hacía mucho tiempo. Estaba aún viva en su memoria la transformación obrada por él en junio de 1851, apenas llegado, con treinta años, a Galeazza. Aunque convencido de que iba allí por pocos días, se empleó a fondo en predicar la realidad del pecado y de la misericordia divina. Sus palabras persuasivas, cargadas de verdad, penetraron profundamente en el ánimo de los feligreses, muchos de los cuales sentían la necesidad de desahogar en el corazón de aquel joven vicario el peso de sus culpas y remordimientos. La iglesia parroquial se repobló.

A la llegada de don Baccilieri, por el pavimento del templo, cubierto de hierbajos y suciedades, campaban a sus anchas las sabandijas. En sólo dos semanas se había producido como una transformación colectiva. Las almas, alejadas antes de Dios a

causa de la poca ejemplaridad del párroco precedente, desde hacía tiempo sentían la necesidad casi física de pacificarse con el Señor. El joven y santo sacerdote llegado providencialmente a ellos, parecía traerles una bendición llovida del cielo. La dulzura de su trato, su modo de orar, tan sincero, la seriedad y madurez de su vida, conquistaron aquellos corazones, que no tardaron en darse cuenta de que estaban ante un verdadero sacerdote, y no ante un simple funcionario.

Siempre pronto a acoger las confidencias de sus feligreses, disponible para permanecer habitualmente hasta diez horas al día en el confesonario, don Baccilieri buscaba a todos para darles una palabra de paz, serenidad y consuelo. Solía decir que la confesión es el encuentro con la misericordia y con el amor divino, y que el Señor no desea otra cosa que dar alivio a las almas. Acercándose a las personas, escuchándolas con ilimitada paciencia, el párroco era el desaguadero de mil aflicciones causadas por situaciones familiares, sociales, económicas.

Comprendió que su primera misión era conducir a estas almas a los pies de la cruz del Señor para que de ella bebieran la fuerza y el valor. También él había recorrido ese camino cuando, enfermo, tuvo que dejar el noviciado de los jesuitas, en Roma, para tornar a casa, con los suyos. En el rostro doliente de la Madre de Jesús había encontrado un dolor semejante al suyo, experimentando que ella podía comprenderle y ayudarle. La Santísima Virgen le ayudó maternalmente; Fernando llegó a ser sacerdote. Primero vicario y luego párroco de Galeazza, le tocaría conducir a la Madre del cielo las almas que le confiaba la Iglesia, para que, descubriendo en el sufrimiento de María un reflejo del padecer y la angustia de tantos días tristes, aprendiesen de su corazón inmaculado la esperanza y la fe para continuar el camino cotidiano. El amor a la Virgen Dolorosa se convertía, pues, en el punto de referencia espiritual para todos. Ella, que al pie de la cruz acoge en su regazo al Hijo muerto, conduce a sus hijos en el orden de la gracia al sacramento eucarístico para que acojan a Jesús Resucitado y se transformen en un solo cuerpo y un solo espíritu con él.

Así, la devoción a la Virgen y el amor a la Eucaristía hicieron del desierto espiritual de Galeazza una tierra rica en almas

generosas que, bajo la guía de su santo pastor, reencontraron la serenidad, la paz y la seguridad para afrontar con valentía las inevitables dificultades de la vida. Así entendía el beato las condiciones para una verdadera devoción a María: «La primera es huir de los pecados veniales cometidos con advertencia; la segunda, emplearse en obras santas; la tercera, honrarla con plegarias, visitarla en sus imágenes». Y a sus hijas, las Siervas de María, les decía: «María quiere de vosotras que la imitéis en sus virtudes, para hacerlos en todo semejantes a ella». El sufrimiento de la pobre gente rural del siglo XIX encontraba en los Dolores de María motivo de consolación y esperanza; el mismo don Fernando sabía por experiencia cuánto debía a la protección de la Dolorosa, la Madre que comparte el dolor del Hijo crucificado. No se puede mirar a la Madre, sin sentirse atraídos por Jesús desde la cruz. Él es la verdadera esperanza, la única salvación, a quien María conduce indefectiblemente. La santidad tan fuertemente mariana de don Fernando fue, así, cauce de santificación para todos.

Con verdadero espíritu misionero predicó el Evangelio a todos, sintiéndose siempre padre y pastor de hombres y mujeres, pequeños y grandes, justos y pecadores, sanos y enfermos. Con todos practicó celosamente la administración del sacramento de la penitencia y la dirección de las almas, distinguiéndose por su espíritu paterno, su prudencia y su don de consejo. Consciente de que los laicos están llamados a contribuir al crecimiento de la Iglesia y a su continua santificación (cf. LG 33), favoreció su colaboración a través de la institución de varias asociaciones, masculinas y femeninas, que fueron como levadura con la que fermentó toda la masa. Constituyó en la parroquia 14 asociaciones, con 3.000 miembros inscritos, provenientes también de las parroquias limítrofes. «Poco importa que los que vienen no sean todos de mi parroquia —decía—, son todas almas redimidas por la sangre de Jesucristo».

Al servicio de la predicación y de las diversas actividades pastorales ponía múltiples obras de caridad. Siempre tenía abiertos su corazón y su casa a las necesidades de los pobres; su voz estaba siempre pronta a defender a los débiles. No renunciaba jamás a hacer el bien, aun a costa de grandes sacrificios. De él se ha dicho:

«Hizo el bien con profunda conciencia de cumplir en todo y por todo la voluntad de Dios, esforzándose en hacerlo de la forma más perfecta, teniendo como modelo al Buen Jesús, que quiso amar a los suyos hasta el fin, y como ejemplo a la Virgen Dolorosa, que amó a Jesús, y por él a todos los redimidos, hasta el extremo del dolor de su Corazón Inmaculado».

Por su entrañable devoción a la Virgen, especialmente bajo la advocación de la Dolorosa, se hizo Terciario de los Siervos de María en 1855. Extendió esta su profunda devoción a toda la parroquia, fundando dos instituciones dedicadas a la Dolorosa: una Confraternidad Servita y una Fraternidad de la Tercera Orden de los Siervos de María, en la que se inscribieron no pocas muchachas del lugar, entre ellas las cuatro hermanas Busi. De éstas, Albina y María Luisa serán sus dos principales activistas y, guiadas por la santidad de su párroco, las primeras colaboradoras en la fundación de la Congregación de las Siervas de María de Galeazza, nacida para la instrucción del pueblo y la catequesis, y para la atención, cuidado y asistencia de los pobres y menesterosos. La fundación de la primera comunidad de «mantellate» Siervas de María de Galeazza, que comenzó a dar sus primeros pasos en 1855, inició la vida común el 23 de junio de 1862 y sería aprobada por el arzobispo de Bolonia en 1899. Plenamente insertas en la parroquia de Galeazza, las siervas testimoniarán, como su fundador, las tres características típicas del carisma servitano: «espiritualidad mariana, vida fraterna y servicio». Don Fernando y sus hijas, troquelados en el ejemplo y la caridad de los «Siete Santos del Senario», encendieron una hoguera de esperanza para la gente de Galeazza, para la iglesia de Bolonia y para la humanidad entera.

Hoy el carisma del Beato Baccilieri continúa en el tiempo por medio de sus hijas, las Siervas de María de Galeazza, cuyos orígenes están estrechamente ligados a su ministerio de párroco de Galeazza y a su profunda estima de las posibilidades humanas e intelectuales de la mujer. De ahí su contribución a la educación y promoción de la mujer, entonces excluida del ámbito de la instrucción y de las responsabilidades. Su relación filial con María parece ser el origen de este aspecto de la vivencia espiritual del Beato Fernando María: la preocupación por la promoción de la dignidad de la mujer. La congregación tendrá

como misión prioritaria y específica la educación de las jóvenes. Consciente don Fernando de que la ignorancia es lo que, a menudo, hace que una persona sea despojada de su dignidad, abre una escuela elemental para niñas pobres; es una primera semilla que irá creciendo.

Hombre de gran cultura y profunda inteligencia, mirando proféticamente al futuro, quiso que sus hijas diesen vida a escuelas de formación, como auténticas cátedras de cultura y educación, a fin de que tantas niñas y jóvenes pudieran encontrar lugares donde instruirse para el día de mañana. Animado de una ardiente caridad, estableció que instituyesen también casas donde poder acoger a los necesitados, los huérfanos, los desheredados y marginados, donde poder curar a los enfermos, para que en todas partes pudiesen hacer el bien. Hoy, después de casi siglo y medio, su familia religiosa se extiende por varias diócesis italianas, Alemania, regiones brasileñas de la Amazonia y de Bahía, Corea del Sur y la República Checa.

Éste fue su ideal: la santidad sacerdotal, que mantuvo constante y fiel hasta su muerte, acaecida de improviso el 13 de julio de 1893, en la casa parroquial, mientras hacía su meditación cotidiana sobre la Pasión del Señor. Los testimonios sobre su fama de santidad fueron inmediatos. Su amigo don Ettore Malavolti lo calificó: «Sacerdote según el Corazón de Dios, poderoso en obras y palabras, apóstol de paz y caridad»; el redentorista P. Ernesto Bresciani le hace eco al llamarle, con las palabras del Eclesiástico, «amado de Dios y de los hombres, cuya memoria es bendita». Sobre todos destaca la autorizada voz del cardenal Lucido María Parocchi que, a los pocos días de la muerte del siervo de Dios, declaraba:

«He conocido a muchos y muy celosos sacerdotes en la diócesis de Bolonia, y todos me merecen una gran estima; pero un alma tan de Dios como el párroco de Galeazza, no la he conocido jamás. No era la suya una santidad ordinaria, sino especial, pero que, sin embargo, en él era común, a la vista de su espontaneidad. Era un alma grande y bella, un santo; la diócesis de Bolonia ha perdido en él un santo ejemplar. Yo he alimentado siempre por Don Fernando una estima verdaderamente singular. Era un Cura de Ars en compendio».

Fue la suya una santidad sellada por la normalidad, porque su vida no estuvo señalada con hechos prodigiosos. Practicó to-

das las virtudes cristianas «en modo eminente, pero sin ostentación, sin ruido, sin singularidades»; buscó siempre la simplicidad evangélica, y amó *nesciri et pro nihilo reputari*, permaneciendo toda su vida «un pobre cura rural [...], acostumbrado a tratar con personas a la buena de Dios». Cultivó la interioridad que encuentra su fuente y su culmen en la unión con Dios, a través de la oración y la vida sacramental. Su celo apostólico lo hizo pastor solícito no sólo del bien de las almas a él confiadas, sino de todas, redimidas por Cristo.

Incoado el proceso de beatificación en 1927 con la apertura del proceso diocesano, concluyó con el decreto del 3 de julio de 1998 sobre el milagro atribuido a la intercesión de don Fernando María. El Santo Padre Juan Pablo II lo declaró beato el 3 de octubre de 1999. Su cuerpo fue sepultado en la iglesia parroquial de Galeazza Pepoli, y hoy se conserva en la Casa Madre de las Siervas en Galeazza, donde continúa siendo para sus hijas y sus devotos un mensaje viviente de caridad, repitiendo con su memoria su testamento espiritual, y dejando oír en silencio los latidos de su corazón sacerdotal, vivificado por la santidad.

En la homilía de la misa de la beatificación, el Papa dijo de él:

«Fernando María Baccilieri, presbítero, fue un celoso obrero en la viña del Señor mediante el ministerio parroquial, que desempeñó con una conducta de vida íntegra. En calidad de pobre “cura rural”, como le gustaba definirse, educó a las almas con una vigorosa predicación, en la que expresaba su profunda convicción interior. Así se convirtió en imagen viva del Buen Pastor.

Terciario de la orden de los Siervos de María, con una devoción intensa y filial a la Virgen, especialmente a la Virgen de los Dolores, quiso incluir el nombre de María también en el título de la familia religiosa que fundó, las religiosas Siervas de María de Galeazza.

Ahora el beato Fernando María [...] canta en el cielo su “cántico de amor” a la viña del Señor (cf. Is 5,1)».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

AAS 92 (2000) 776s.

LUCCHETTA, M.^a G., *Ferdinando Baccilieri, apostolo della vita quotidiana* (Cinisello Balsamo 21999).

L'Osservatore Romano (2, 3 y 4-10-1999).

RIZZO, E., *Ferdinando M. Baccilieri. Nuovo curato d'Ar*s (Bologna 1999).

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servi dei Ferdinandi Mariae Baccilieri. Positio super virtutibus* (Roma 1989).

BEATO CARLOS MANUEL RODRÍGUEZ SANTIAGO

Seglar († 1963)

Fue morrocotudo el susto. La voracidad de las llamas les dejó sin techo. En plena calle. Baudilio y Herminia y sus cinco criaturas a merced del sol y de las lluvias torrenciales tropicales, de día y de noche. Naturalmente, como a la intemperie no podían quedar, se fueron a vivir con los abuelos maternos.

Una mudanza que traería secuelas psicológicas. Curiosamente, la más afectada fue la madre que, pese a su serena alegría, se sintió siempre desplazada, en casa ajena, sin libertad plena. No eran su cocina, su comedor, el marco de su intimidad, sus muebles, sus cosas... que añoraba. No fue por el trato, pues a la abuela —Alejandrina Estarás, con quien intimaría mucho el nietecito Charlie— todos la describen una «santa mujer».

Charlie también se resintió, pues de resultas de las repetidas recomendaciones de mamá insistiendo en el cuidadoso respeto al hogar ajeno, desarrollaría un carácter reservado y tímido.

Las llamas habían reducido a pavesas la vivienda y el modesto comercio familiares. A empezar, pues, sobre cenizas. Tarea muy difícil sumando nada menos que familia numerosa. Siete estómagos a llenar y siete cuerpos a vestir. Todo, allende el Atlántico; en Puerto Rico, la más pequeña de las islas de las Grandes Antillas y la de mayor crecimiento demográfico.

El lugar exacto era Caguas —distrito de Guayana—, treinta kilómetros al sur de la capital: San Juan. Caguas, una pequeña ciudad de gran comercio agrícola que, pese a su elevada densidad demográfica, no daba la impresión de aglomeración urbana.

En Caguas, Charlie había lloriqueado por primera vez, recién estrenada la vida, el 22 de noviembre de 1918. Fruto del amor cristiano de Manuel Baudilio Rodríguez y de Herminia Santiago, ambos originarios de familias fecundas, sencillas y de fe recia. Era el segundo de una descendencia numerosa: dos chicas, que casarían; otra, que sería religiosa carmelita; y un hermano que vestiría el hábito benedictino. Fue bautizado el 4 de mayo siguiente, en la histórica iglesia parroquial del Dulce Nombre de Jesús, con los nombres de Carlos-Manuel-Cecilio.

En Caguas y en 1924, cuando el niño ya sumaba media docena de tiernos años, menos la existencia, la familia lo perdió todo. Bueno; todo, todo, no: la fe de Baudilio, admirablemente resignado, era de fibra rocosa y el desastre no pudo con ella. Tesonero el hombre... manos al tajo. Hasta que Dios quiera. Hasta 1940 en que, tras una larga y penosa enfermedad cristianamente soportada, dejó viuda a Herminia y huérfanos a sus cinco hijos. Ella, una mujer también muy piadosa —de comunión diaria— y tesonera, capitaneando media docena de futuros enfrentados a la vida...

No perdamos de vista los seis años de Charlie. Marcan el inicio de su escolarización. Primeras letras en el colegio católico de Caguas bajo la tutela de las Hermanas de Notre-Dame que, a la par con los redentoristas, moldearán humanística, moral y religiosamente, la infancia y la adolescencia del alumno.

Una niñez marcada por la primera comunión y el servicio al altar. Un monaguillo, muy formal, al que resultan simpáticos las luces y las flores y los cantos y los cultos del templo. No entiende las ceremonias sacras pero las disfruta y saborea según las posibilidades de su paladar infantil. Y le son queridas; insinuando el amor apasionado que llegarán a merecerle, haciendo del apostolado litúrgico el norte de su breve pero densa vida.

Son años de nazaret. Años de formación en silencio, cultivando ilusiones, madurando ideales en el escenario del referido centro católico donde, en 1932, completará el octavo grado de primaria. El alumno más aventajado de la clase, distinguido con medalla en la asignatura de religión. Ocho cursos en contacto con las mentadas monjas, derivado en una gran amistad que duraría tanto como su existencia terrena.

Inicia la enseñanza media estrenando matrícula en la escuela pública Gautier Benítez, de Caguas. Allí, antes de coronar el primer período académico, nota molestias y dolores en el estómago y en el vientre. Diagnóstico: colitis ulcerosa. Pero sigue dos cursos más. En 1934 se desplaza a San Juan, donde recupera, en la Academia Perpetuo Socorro, la relación académica con las monjas de Notre-Dame y con los padres redentoristas. En la capital del país le darán guerra los trastornos gastrointestinales. Eso sí, finalizará el tercer curso, pero no iniciará otro.

La enfermedad le retiene en Caguas donde los solícitos cuidados médicos y maternos le permiten combinar actividad laboral y académica y, alumno nuevamente de la Gautier Benítez, finaliza los estudios.

En 1946 entra formalmente en el mundo del trabajo como empleado administrativo. Siete años removiendo, llenando, revisando papeles en un despacho. Pero el afán de saber le tentaba. Le inquietaba. Le acuciaba. Y se va a la universidad de Puerto Rico, en Río Piedras. No pasa del primer curso, pero coronado, eso sí, con excelentes calificaciones.

Forzada marcha atrás. Pero única y exclusivamente porque su resquebrajada salud podía más que la conjunción de la rica inteligencia y el exuberante amor al estudio con que Dios le había adornado. Al traste con la carrera universitaria. Definitivamente adiós de Charlie —como cariñosamente le apellidaban los condiscípulos y los amigos— a la vida académica. Aunque no adiós a los libros. Solía decir: «¡Libros buenos! [...] estrellas que alumbran el pensamiento, flores para perfumar el corazón». Será un lector voraz.

Le interesarán las artes, las ciencias, la filosofía, la religión, la música... y era un entusiasta de la zarzuela. Durante un año recibirá clases de piano. Era tal su voluntad que, por cuenta propia, continuará el aprendizaje; adquiriendo cierta elegancia en el manejo de las manos sobre las teclas y hasta un cierto dominio del órgano, armonizando los cultos parroquiales. ¡La música sacra! Su gran pasión que, en 1948, le hará cofundador del coro parroquial «Te Deum Laudamus».

Otros grandes amores del joven puertorriqueño fueron el campo y el mar. Amaba las excursiones, las caminatas, las zambullidas en el río o en el océano. Amaba las puestas de sol sobre los cafetales y los cañaverales dulces; sobre los chaparrales y los bosques en desaparición. Amaba las flores y las plantas y los pájaros. Realmente enamorado de la naturaleza y sus criaturas, que le acercaban a Dios. Tenía alma de poeta...

Y, tras el revés de la vida, vuelta a la actividad laboral, recuperando la dedicación administrativa. Nuevamente encerrado en un despacho. Oficinista en Caguas, en Gurabo y en Río Piedras. Trabaja de administrativo y traductor en la Estación Expe-

rimental Agrícola de Río Piedras, adscrita a la Universidad de Puerto Rico. Allí le dio un «fiebrón» apostólico de tinte litúrgico; una inquietud proselitista, un afán que se tornaría crónico e iría a más, al igual que las molestias intestinales arrastradas desde años atrás.

Y lee mucho. Libros y artículos de temática religiosa, preferentemente sobre liturgia. Lecturas que digiere, compendia, populariza y propaga a través de *Liturgia y Cultura cristiana* —que a partir de 1951 se unificarían en *Cultura cristiana y liturgia*—, dos publicaciones mimeografiadas que le suponen horas y horas de dedicación y en las que emplea gran parte del modesto salario. Todo sea por el amor a Cristo.

Y a Cristo por medio de la participación en el culto que, a diario, vive con gran intensidad y quiere que la vivencia prenda y se propague más en la parroquia. A tal efecto organiza un «Círculo de liturgia» que, con el tiempo, devendría en «Círculo de vida cristiana».

El futuro primer beato puertorriqueño justificaba: «Necesitamos católicos despiertos al momento actual [...] Católicos del presente, que sepan nutrirse del pasado, pero con los ojos puestos en el futuro». Cristianos cabales y conscientes.

En una comunicación epistolar el 29 de septiembre de 1959, a un tal Manolín, aclaraba conceptos de un artículo que firmaba en un semanario católico:

«La vida católica no consiste en una mera imitación externa y laboriosa de los ejemplos de Cristo [...] El cristianismo es la inserción en nosotros de la vida de Dios [...] Ser cristiano es revestirse de Cristo. Quiere decir que Cristo vive verdaderamente en nosotros mediante la gracia [...] Sólo es cristiano el que ha sido injertado en Cristo por la gracia. Es preciso nacer de nuevo, ser una nueva criatura. Y esto en un sentido real, aunque misterioso; no metafórico, poético o psicológico...».

Un ejemplo para facilitar la comprensión:

«No se es cristiano como se es budista, por ejemplo. El budista admira y reverencia a Buda, acepta su doctrina, trata de ajustar sus acciones a la enseñanza moral y a los ejemplos de Buda. Eso es todo. Buda es el maestro y él es el discípulo [...] No son las meras relaciones de un discípulo con su maestro. Son las relaciones vitales de los sarmientos con la vid...».

Aún sigue:

«Desgraciadamente es éste un punto que muchos cristianos no tienen claro [...] De este modo el meollo del mensaje cristiano [...] queda opacado y no causa en los cristianos de hoy aquella admiración, gratitud, fervor y entusiasmo que debería causar. Convierten su religión en una serie de obligaciones y prácticas, en un legalismo al estilo del Antiguo Testamento, en un simple credo y un código moral».

Total que: «Toda la grandeza y dignidad del cristiano se fundamenta en el bautismo». El bautismo, que nos hace hijos de Dios! Una realidad que es compromiso pero también motivo de alegría y de esperanza.

El espíritu litúrgico pascual impregnará la vida cristiana de Charlie. Insiste en la justificación: «Vivimos para esa noche». Refiriéndose, naturalmente, a la Vigilia de resurrección. Vivía... y se desvivía para que otros le siguieran.

«Su fecundo y generoso apostolado —proclamará Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación— consistió principalmente en esforzarse para que la Iglesia en Puerto Rico cobrara conciencia de este gran acontecimiento de nuestra salvación...».

Aún no habían nacido consignas romanas. Aún no soplaban aires conciliares —canalizados a través de la *Sacrosanctum concilium*— estimulando la acción pastoral brillante, lozana y vigorosa que no pocos soñaban y muchos reclamaban. Aún estaban por venir los tiempos nuevos...

Y Charlie, precursor y pionero, ya sumaba dedicación y empeño en la renovación litúrgica mediante el empleo del lenguaje vernáculo y a través de la participación activa de los fieles; particularmente de la vivencia del misterio pascual, su gran obsesión, centro y meta del culto católico y fuente inagotable de gracia. Gozosamente agradecido al papa Pío XII, autor de la restauración del esplendor litúrgico vespertino del Sábado Santo.

En Río Piedras, siendo funcionario administrativo, se desbordará apostólicamente empeñado en meter a Cristo en las aulas y en el ambiente universitario. Empeñado en contagiar a profesores —su hermano Pepe forma parte del claustro— y a alumnos la ilusión cristiana que le cosquillea y le impulsa. A

tal efecto fundará el «Círculo universitario católico», dará vida a sus célebres «Días de vida cristiana»; organizará coloquios, adoctrinará en la fe, participará en reuniones de estudio y debate, colaborará con organizaciones católicas. Atento a su responsabilidad social, informándose y formando a otros cara a la visión cristiana de las diferentes situaciones que les tocara vivir.

Recortamos un párrafo de los textos epistolares del militante puertorriqueño:

«Varias veces te he invitado al “Centro universitario católico” —escribe a un tal Rafael Ángel, en fecha 25 de abril 1955—. Temes quizás que vamos a exigirte lo que no puedes dar; que vamos a imponerte algo que no puedes o no quieres aceptar por ahora. Quizás te imaginas que te van a obligar a rezar o a confesar o comulgar. Yo te aseguro que nada te exigirán ni te impondrán, a no ser que te dejes querer como a un verdadero hermano».

Líneas después:

«Encontrarás en el Centro amigos y amigas como nunca antes los has tenido; todos dispuestos a servirte, a compartir contigo sus alegrías y a darte ayuda en la solución de tus dificultades. Son personas que ya tienen o que van en camino de tener una preparación intelectual como la tuya; con las mismas aspiraciones, los mismos sueños, las mismas dificultades, los mismos problemas que tú tienes».

Y a su disposición, si le interesa, un sacerdote, inteligente, bueno, comprensivo. Advirtiéndole:

«Le puedes decir todas tus dificultades y todos tus problemas, de cualquier orden que sean; tus aspiraciones, tus sueños, tus ilusiones, tus deseos, tus temores, tus fracasos, tus caídas, tus victorias, seguro de que has de ser atendido y comprendido y de que se te dará la verdadera solución para todo».

Acaba:

«Puedes estar seguro que, cuantas veces necesites de mi ayuda, de mi tiempo, de mis libros, estoy enteramente a tu disposición. Puedes tener la certeza de que no me molestas en lo más mínimo [...] y que me sentiría complacido en poder ayudarte y compartir contigo todo lo bueno que Dios nos da —su gracia, su verdad, su caridad— y el precioso grupo de los amigos del “Centro universitario católico”, cosas que no cambiaría por nada del mundo».

«b» Fue la descripción del «Centro universitario católico», que acabaría absorbiéndole; con dedicación exclusiva.

Fragil la figura pero recio el espíritu de Carlos Manuel. Diríase que apostólicamente un todoterreno juvenil. Con una disponibilidad de servicio, una entrega generosa al prójimo y un celo tan ardiente por Cristo que cautivaba y enardecía. La alegría trasluciéndole siempre en la mirada y en la sonrisa. Y la firme convicción de su fe venciendo la natural timidez. Y un delicado sentido del humor y una vivacidad extraordinaria. Los testimonios «cantan»:

Manuel Doménech, sociólogo:

«Él en mí hizo la diferencia entre un cristiano tradicional y uno maduro. Me hizo consciente de que, si me formaba como profesional e intelectualmente, también, con mayor razón, lo debía hacer en mi fe, dándole solidez».

La religiosa carmelita de clausura Rosa María Estremera:

«Todo el que se acercaba a él se encontraba con Dios. Era una vivencia contagiosa de su fe [...] La vivencia personal de su fe demostraba el vasto conocimiento que tenía de los temas religiosos [...] que era un hombre convencido de su fe, la cual apreciaba como su mayor tesoro».

Y aún una referencia que evidencia el espíritu ecuménico que nuestro protagonista familiarmente mamó:

«Ellos —manifiesta Abigaíl Díaz Alfaro— eran católicos conocidos y nosotros protestantes (bautistas) visibles. Ellos han resultado ser una de las familias más prominentes dentro del catolicismo en Puerto Rico y nosotros dentro del protestantismo. Era un entendimiento y una convivencia lo que se vivía entre las dos familias. Nos teníamos y nos tenemos un amor tan grande...».

Llevaba una década apostólicamente intensa. Aunque la enfermedad le minaba —insaciable gusano que, metido en las entrañas, le estaba royendo continuamente—, él aguantaba, en silencio, serenamente, heroicamente.

Pero un día sorprendió a su hermano monje: «Me voy a morir y no estoy preparado». Sí. Acababa de conocer que la enfermedad crónica, vivida en heroico silencio desde su juventud y que jamás doblegó su espíritu, había derivado en cancerosa. Y, como si el dolor en la carne no fuera suficiente, vive una terri-

ble oscuridad espiritual: invadido por una tremenda «noche oscura de la fe», perdiendo de vista a Dios, sintiéndose un hijo abandonado por su Padre. Era la purificación, de la que escapan pocas almas grandes.

La enfermedad ya está en fase terminal, por lo que la intervención quirúrgica del 12 de marzo del año siguiente no solucionó nada. El mal no tenía remedio. Ni freno. Pero había recuperado la alegría y el consuelo de saberse hijo y amado de Dios. Había superado triunfalmente la dura prueba.

«El 13 es buen día», había dicho Charlie. Nadie entendió a qué venían aquellas palabras. Quienes las habían oído o conocían no las descubrieron proféticas hasta unas fechas después, hasta el 13 de julio de 1963, cuando Carlos Manuel Rodríguez Santiago, sereno y con la sonrisa en los labios, asistido espiritual y humanamente por su hermano, recién ordenado sacerdote, entregaba sus 44 años, apostólicamente pletóricos, a Dios. Murió en olor de santidad.

Le encontraron una libreta especial en la que sumaba frases y anécdotas breves, de cosecha propia y ajena, cara a la reflexión personal y a la catequización. Anotaciones que le retratan. A modo de florilegio:

«Cuando cierres los ojos a una tentación, asegúrate de que no es una guiñada».

«La pasión no es buena ni mala; eso depende de ti. Los santos fueron casi siempre hombres con grandes pasiones, pero también los malvados. ¡Ten cuidado!».

«El que sólo quiere hacer cosas grandes y no hace las pequeñas se expone a no hacer nada».

«Si no posees libertad interior, ¿qué otra libertad esperas tener?».

«El mejor apostolado es siempre el ejemplo de la vida».

«La santidad no es una especialización. Es la vida cristiana, toda la vida, todas las vibraciones del alma, todos los instantes de una existencia dignificada por la gracia de Cristo».

«La salvación del mundo depende del santo que yo llegue a ser».

Charlie vivió heroicamente las virtudes cristianas.

«Carlos Manuel Rodríguez —proclamará solemnemente el Papa, en la homilía de la beatificación— puso de relieve la llamada universal a la santidad para todos los cristianos y la importan-

cia de que cada bautizado responda a ella de manera consciente y responsable...».

Es el primer puertorriqueño elevado a los altares. Fue glorificado canónicamente —previo meteórico proceso abierto en 1992— por Juan Pablo II en la plaza de San Pedro, el 29 de abril de 2001.

Fue merecedor de gratitud por una curación milagrosa. Principal deudor: un enfermo de cáncer, un paciente con linfoma maligno multisistemático —según diagnóstico— que, tras el piadoso recurso de la esposa al siervo de Dios, recuperó la salud. Una realidad histórica con fecha de 1981, reconocida oficialmente por la Iglesia el 20 de diciembre de 1990. Un caso inexplicable desde la perspectiva médica según conclusión de los iniciales estudios, en Boston, evidenciando la total desaparición de las masas cancerosas. La posterior y definitiva evaluación médica y científica, doce años después, a cargo de expertos hematólogos, reumatólogos y oncólogos, entre otros profesionales, dictaminó que no había explicación médica ordinaria para este curso de eventos y la curación que ha persistido por más de trece años. Fue la primicia milagrosa del primer beato antillano.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 93 (2001), 7 de julio.

GAFO, J., SJ, «Beato Carlos Manuel Rodríguez (Charli)», en A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Julio* (Madrid 2001) 278-281.

L'Ossevatore Romano (27-4-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUGENIO DE CARTAGO

Obispo († 501)

La persecución anticatólica de los vándalos pasaba como un vendaval sobre las iglesias africanas de sus dominios. La ilustre sede cartaginesa llevaba veinticuatro años sin obispo cuando Genserico, el rey perseguidor, muere en 481, y su sucesor, Hunerico, permitió que se abrieran algunas iglesias católicas y se

cubrieran algunas sedes episcopales. A cuenta de esta limitada libertad pudo ser elegido obispo de Cartago el sacerdote Eugenio, probablemente procedente de Oriente. Hombre de vida santa, de palabra fácil y evangélica, amante de los pobres y los desheredados de la sociedad, se acreditó enseguida por sus buenas obras y era notoria la pobreza y austeridad con que vivía. Este prestigio suscitó la ira del rey, que le prohibió predicar en público y admitir vándalos en la Iglesia católica. Iba a empezar una nueva persecución.

El rey convocó una reunión de los obispos católicos con los arrianos en Cartago el año 484 con la secreta esperanza de que los arrianos convencerían a los católicos a abandonar su fe y aceptar el arrianismo. Los católicos se mantuvieron firmes en la fe ortodoxa, y como consecuencia los obispos fueron exiliados y a los católicos se les prohibió ejercer cargos públicos o gestionar negocios sin un certificado de adhesión al arrianismo. Eugenio fue desterrado a Túnez.

No se olvidaba de su pueblo el desterrado obispo y por medio de cartas se comunicaba con los fieles y los exhortaba a la perseverancia y la fidelidad. Muerto Hunerico, no por ello acabó la persecución y hubo de pasar aún un trienio para que se le autorizara a volver a su sede (487). Desde entonces la iglesia cartaginesa pudo gozar de cierta paz, aprovechada por el prelado para abrir iglesias y recomponer el tejido de la maltratada comunidad. Pero el año 500 sube al trono Trasimundo y la persecución empieza de nuevo. Eugenio es obligado a marchar otra vez al destierro, esta vez más allá de las costas, pues se fue al sur de Francia, donde murió en un monasterio de Albi el año 501. Su memoria la recoge el *Martirologio* el 13 de julio, aunque su muerte se ha fechado el 6 de septiembre.

BEATO JACOBO DE VORÁGINE

Obispo († 1298)

Nació en Voraggio (Varazze), junto a Génova, el año 1230. No tenía más que catorce años cuando se decide a ingresar en la Orden de Predicadores en la que, hecho el noviciado, profesa y tras los pertinentes estudios se ordena sacerdote. Se acredita

en su Orden como excelente profesor de teología y sagrada escritura en diferentes conventos y asimismo como un predicador de firmes convicciones y poderosa palabra.

En 1267 es elegido provincial de su Orden en Lombardía y llevó adelante su cargo con tanta energía, celo y acierto que fue reelegido sucesivamente otras veces hasta completar diecinueve años de provincial. En 1286 el cabildo catedral de Génova lo elige obispo, pero él se resiste firmemente a aceptar esta dignidad. La confianza mostrada con él por el papa Nicolás IV en el levantamiento de las censuras en que la ciudad había incurrido hizo que se volviera a nueva elección en 1292, no pudiendo ya esta vez negarse y siendo consagrado obispo en Roma.

Como tal arzobispo él quiso ser un hombre de paz y componer las tremendas diferencias entre güelfos y gibelinos, tarea en la que no tuvo mucho éxito pero que le acreditó como hombre evangélico. A ello además contribuyó su insigne caridad, mostrada en el apoyo prestado a los hospitales y casas de beneficencia, e hizo cuanto pudo por la reparación de iglesias y monasterios. Amable y comprensivo, no por ello era menos exigente con el clero en el cumplimiento de la disciplina eclesiástica. Su fama como escritor la debió a su libro cumbre, la *Leyenda de los santos*, llamada *Leyenda áurea*, tantas veces editada tras la aparición de la imprenta y que tanto ha marcado la espiritualidad de muchas generaciones a lo largo de los siglos. Esto no ha impedido que esta obra haya sido atacada por su falta de crítica histórica y su admisión de manifiestas leyendas sin valor histórico. Sus otras obras conservadas han tenido menor difusión.

Murió el 13 de julio de 1298 y su culto tradicional fue finalmente confirmado por la Santa Sede el 11 de mayo de 1816, beatificado por Pío VII.

BEATO TOMÁS TUNSTAL

Presbítero y mártir († 1616)

Tomás Tunstal nació en Whinfell, junto a Kendal, en 1580. Tenía veintiséis años cuando ingresó en el colegio inglés de Douai y se preparó al sacerdocio que recibió el año 1610. Con el alias de «Dyer» vuelve enseguida a Inglaterra, pero llevaba

muy poco tiempo en el reino inglés cuando fue localizado como tal sacerdote y arrestado.

Pasó cinco años largos en la prisión y a comienzos de 1616 logra huir de la cárcel, el castillo de Wishbech, pero se hiere en una mano y acude a una mujer que lo cure. Ésta comenta a su marido que ha atendido a un herido, y siendo el marido juez de paz se olió que el herido era el sacerdote huido y fue nuevamente arrestado. Esta vez lo llevaron al castillo de Norwich. Un testigo falso, llamado Symons, declaró que había reconciliado con la Iglesia católica a dos protestantes, y aunque los interesados lo negaron, se le pidió a Tomás que reconociera la supremacía religiosa del rey, a lo que éste se negó, y por ello lo condenaron a muerte como traidor. Apenas había el jurado pronunciado su veredicto Tomás se santiguó, se puso de rodillas y alzando al cielo los ojos y las manos dijo en voz alta y en latín: «Bendita sea la santa Trinidad e individua Unidad. La confesaremos porque ha tenido misericordia de nosotros». Y siguió rezando un tiempo. Entonces el juez Altam volvió a preguntarle si quería prestar el juramento de acatamiento a la supremacía religiosa del rey, y Tomás le dijo que era su conciencia la que no se lo permitía.

Llevado al patíbulo el 13 de julio de 1616, el juez de paz que lo arrestó la segunda vez le pidió perdón, que él le concedió. No se le permitió hablar pero se le dejó que orara durante un cuarto de hora. Luego quiso hablar al pueblo sobre el texto paulino: «Somos espectáculo para el mundo...» (1 Cor 4,9), pero se le mandó callar. Él preguntó qué hora era y le dijeron que las once. «Es casi la hora del almuerzo —dijo—, Dios me conceda sentarme hoy a su mesa en el reino de los cielos». Los ministros protestantes y el sheriff le preguntaron si creía que iba a salvarse por sus buenas obras, y él contestó que las buenas obras se hacían meritorias gracias a la sangre de Cristo, a cuyos méritos recurría y en cuyas llagas se metía. Pidió por el rey y por el falso acusador y ofreció su cuello a la soga que iba a ahorcarlo. Cuando lo rodeó el lazo de la soga, dijo: «Seas glorificado, Señor». Y le rogó al verdugo le avisase del momento en que iba a ser colgado para poder morir con el nombre de Jesús en los labios. Le propusieron que diera él mismo la señal, pero dijo que él no po-

día acelerar su propia muerte. Volvió a santiguarse y rogó a los católicos presentes que rogaran por él. Luego dijo en latín: «Buen Jesús, Verbo del Padre, esplendor de la eterna gloria»... Y añadió: «A tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». El sheriff dijo: «Ahora», y el mártir exclamó: «Jesús, Jesús, ten misericordia de mí». Y siguió su ahorcamiento y descuartizamiento. Su cabeza fue expuesta en la Puerta de San Benito, como él había pedido. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

N.B. El *Martirologio* dice que este sacerdote era monje benedictino. No hemos hallado tal dato en ninguna de las fuentes consultadas, empezando por la *Positio* de 1928.

*BEATOS LUIS ARMANDO JOSÉ ADAM Y
BARTOLOMÉ JARRIGE DE LA MORÉLIE DE BLARS*

Presbíteros y mártires († 1794)

Luis Armand José Adam nació en Ruán el 19 de diciembre de 1741. Cuando sintió la vocación religiosa, ingresó en los franciscanos conventuales el 1 de septiembre de 1761, hizo la profesión religiosa tras el noviciado y se ordenó sacerdote concluidos los estudios teológicos. Llegada la Revolución, hubo de dejar su convento y quedarse a vivir en Ruán, en la calle Barbet, número 6, donde fue arrestado el 12 de abril de 1793. Interrogado, se negó a prestar los juramentos que se le pedían y manifestó la mayor adhesión a sus votos religiosos. Declaró que llevaba varios años sin poder decir misa y que no pensaba dejar, a menos que se lo quitaran por la fuerza, su hábito religioso. El 6 de marzo de 1794 fue enviado a la deportación, llegando a Rochefort el 12 de abril siguiente. Embarcado en Les Deux Associés, se dedicó a la oración, guardando un gran silencio y teniendo una admirable paciencia con todas las miserias que allí se padecían. Murió santamente el 13 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix.

Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars nació el 18 de marzo de 1753 en Moutier, junto a Saint-Yrieix. Primero fue militar y luego ingresó en la abadía benedictina de Lezat, diócesis de Rieux, donde hizo la profesión religiosa y se ordenó

sacerdote. Luego pasó al clero secular, incardinándose en la diócesis de Limoges.

Llegada la Revolución, se quedó a vivir con su familia en Saint-Yrieix, de cuya iglesia colegial era canónigo un hermano suyo. Continuó ejerciendo con celo su ministerio en 1791 y 1792. En 1793 fue arrestado y condenado a la deportación por el tribunal del departamento de Haute-Vienne, siendo declarado refractario a la ley del 14 de agosto de 1792. El 25 de febrero de 1794 se le envió a Rochefort, a donde llega el 12 de abril, siendo embarcado en Les Deux Associés. Se constituyó en enfermero de sus hermanos presos, pero muy pronto cayó él enfermo, muriendo el 13 de julio de 1794 y siendo enterrado en la isla de Aix.

Fueron beatificados ambos el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

*BEATAS MAGDALENA DE LA MADRE DE DIOS
ISABEL VERCHIÈRE, TERESA ENRIQUETA DE
LA ANUNCIACIÓN FAURIE, ANA ANDREA
DE SAN ALEJO MINUTTE, MARÍA ANA DE
SAN FRANCISCO LAMBERT, MARÍA ANA
DE SANTA FRANCISCA DEPEYRE Y
MARÍA ANASTASIA DE SAN
GERVASIO ROQUARD
Virgenes y mártires († 1794)*

El día 13 de julio de 1794 en la plaza de Orange, Francia, donde se hallaba levantada la guillotina, fueron sacrificadas a causa de su fidelidad a Cristo seis religiosas, tres de ellas sacramentinas y otras tres ursulinas, las cuales habían comparecido aquella mañana ante el tribunal acusadas de ser refractarias a la ley, de haber rehusado obstinadamente prestar el juramento de libertad-igualdad que se les exigía y de haber propagado el más peligroso fanatismo. Tras estas palabras de la acusación lo que se esconde es la fidelidad de las seis a Cristo, a la Iglesia y a sus votos religiosos, habiéndose comportado con gran dignidad, nobleza, fortaleza espiritual y mansedumbre todo el tiempo de su detención. Ciertamente se habían negado a prestar el

juramento revolucionario, que tenía para ellas connotaciones antirreligiosas y significaba estar de acuerdo con la línea anticatólica de la Revolución. Frente a la recién fundada Iglesia constitucional, ellas eran fieles a la religión católica, tildada por la Revolución como peligrosa superstición o fanatismo. Llegaron al patíbulo con serenidad y elevados sus corazones al Señor y murieron como verdaderas discípulas y esposas de Jesucristo. Éstos son sus datos personales:

ISABEL VERCHIERE nació en Bollène el 2 de enero de 1769 y muy joven ingresó en el monasterio de la congregación de la Adoración Perpetua del SS. Sacramento de su ciudad natal, donde emitió la profesión religiosa con el nombre de sor Magdalena de la Madre de Dios y donde vivió como religiosa ejemplar hasta su expulsión del monasterio y posterior detención. Llevada a Orange, permaneció con sus compañeras en la oración y la paciencia.

TERESA ENRIQUETA FAURIE nació en Serignan el 4 de febrero de 1740 e ingresó en el monasterio de la congregación de sacramentinas de Bollène donde profesó tomando el nombre de hermana de la Anunciación. Perseveró en el monasterio hasta su cierre y con sus hermanas fue detenida y llevada a Orange, mostrándose en todo momento como «religiosa perfecta» según se decía de ella, comentándose que no tenía otra ambición que la de servir al buen Dios con amor y fidelidad. Cuando se la invitó a prestar el juramento revolucionario exclamó: «Ya hice a Dios mi juramento; no haré ningún otro». Cuando las llevaban al tribunal, dijo a sus compañeras: «Valor, hermanas mías [...] llega el momento del triunfo. Las puertas del cielo se abren para recibirnos». Y al ser llevada al patíbulo entonó las letanías de la Virgen María.

ANA ANDREA MINUTTE nació en Serignan el 4 de febrero de 1740 e ingresó en la congregación de sacramentinas de Bollène, donde profesó los votos religiosos con el nombre de sor San Alejo. Permaneció en la vida religiosa hasta que fue expulsada con las demás hermanas de su monasterio y posteriormente detenida y llevada a Orange. Contestó a los jueces con gran firmeza.

MARÍA ANA LAMBERT nació en Pierrelatte el 17 de agosto de 1742 y en su juventud ingresó en el monasterio de ursulinas

de Bollène, donde profesó los votos religiosos y tomó el nombre de sor San Francisco. Perseveró en la vida religiosa y se unió a sus hermanas, siendo detenida con ellas y llevada a Orange, donde contestó con firmeza a los jueces y fue martirizada.

MARÍA ANA DEPEYRE nació en Tulette, diócesis de Valence, el 2 de octubre de 1756, e ingresó como hermana coadjutora en el monasterio de ursulinas de Carpentras, tomando el nombre de sor Santa Francisca. Uniéndose, cuando la supresión del monasterio, a sus hermanas de Bollène y con ellas detenida y llevada a Orange, aquí confesó a Cristo y fue martirizada.

MARÍA ANASTASIA DE ROQUARD nació en Bollène el 5 de octubre de 1749 y en su juventud ingresó en el monasterio de ursulinas de su ciudad natal y profesó con el nombre de sor San Gervasio. Aquí se acreditó como religiosa observante y prudente y mereció que sus hermanas la eligieran superiora, cargo que desempeñaba al tiempo de la disolución del monasterio y prisión de las religiosas el día 2 de mayo de 1794. Llevada luego a Orange, aquí se mostró digna de la vocación religiosa recibida y con sus hermanas se mantuvo firme en la fe y fue fiel hasta el martirio.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SAN MANUEL LE VAN PHUNG

Mártir († 1859)

Nació en la población vietnamita de Dua Nuoc el año 1800 aproximadamente. Era un fervoroso cristiano, casado y padre de familia, celoso de la gloria de Dios y del progreso del cristianismo. Él erigió a sus expensas una iglesia, un convento de religiosas y un colegio, y utilizó su dinero y su influencia para inutilizar ante el subprefecto de la provincia las denuncias que llegaban contra los cristianos. Pero dos despechados, puentean-do al subprefecto, se fueron directamente al gobernador y denunciaron la presencia de un sacerdote en casa de Manuel. Registrada la casa se halló en ella un sacerdote nativo, por lo que Manuel fue arrestado.

Detenido en la cárcel de Chau-Doc, pudo ser visitado por sus hijos y él siguió dando ánimos a la comunidad cristiana para

que perseverara en la fe. Se le presionó para que apostatara pero no se logró de él otra cosa que una firme y sólida confesión de fe en Cristo. Fue condenado a muerte. En Cay-Met, junto a Chau-Doc, fue estrangulado, recibiendo un momento antes la absolución sacramental de manos de San Pedro Quy, sacerdote que fue martirizado con él. Su cuerpo, según su deseo, fue llevado a su pueblo, que era una isla, y enterrado en la iglesia. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por Juan Pablo II.

SAN PABLO LIU JINDE

Mártir († 1900)

Pablo Liu Jinde (Liou-Tsinn-Tei) tenía 79 años en el momento de su martirio, y fue su sentido de la responsabilidad el que le llevó al martirio. Se ganaba la vida como trabajador del campo y tenía a su cargo la iglesia del pueblo de Langziqiao (China) y la administración de los bienes de la comunidad cristiana, y vivía por ello en una casita adosada a la iglesia.

Cuando los cristianos supieron de la llegada de los boxers, huyeron del pueblo para salvar la vida, pero Pablo dijo que él no podía abandonar la iglesia. Distribuyó entre los pobres los fondos de la comunidad y decidió no irse, poniéndose en las manos de Dios. Llegados los boxers lo arrestaron y le exigieron con amenazas que apostatara del cristianismo, a lo que el anciano se negó firmemente. Entonces lo mataron a golpes de espada. Después de la persecución, los cristianos honraban su tumba como la tumba de un mártir. Fue canonizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

SAN JOSÉ WANG GUIJI

Mártir († 1900)

José Wang Guiji (Wang Koei-Tsu) era un cristiano de 37 años de edad, casado y con hijos; un creyente convencido y fervoroso, como lo era igualmente su hermano Juan. Cuando supieron la llegada de los boxers tomaron a sus familias y, en carros, las llevaron a la población de Chan-Kia-Tchoang donde

los cristianos se habían fortificado. Una vez que las dejaron allí, volvieron a sus casas y entraron en el pueblo de Nangong, donde los vecinos les preguntaron si eran cristianos y ellos dijeron que sí. Entonces los vecinos avisaron a los boxers.

Ambos huyeron, pero mientras Juan escapaba, José cayó enseguida en manos de los boxers que procedieron a darle muerte. Era el 13 de julio de 1900. Fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

14 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Camilo de Lelis († 1614), presbítero, fundador de la Congregación de Clérigos Regulares Ministros de los Enfermos **.
2. En Brescia, San Optaciano (s. v), obispo.
3. En Soignies (Brabante), San Vicente o Maldegario († 677), fundador de dos monasterios.
4. En Oldenzeel, San Marquermo o Marcelino († 762), presbítero y monje.
5. En Stáry Kynperk (Bohemia), Beato Hroznata († 1217), religioso premonstratense y mártir *.
6. En Hautecombe (Saboya), la deposición del Beato Bonifacio († 1270), arzobispo de Canterbury, monje cartujo **.
7. En Verona (Italia), Santa Toscana († 1344), viuda *.
8. En Foligno, Beata Angelina de Marsciano († 1435), monja de la Tercera Orden de San Francisco *.
9. En Valencia, Beato Gaspar Bono († 1604), presbítero, de la Orden de los Mínimos **.
10. En Lima (Perú), San Francisco Solano († 1610), presbítero, de la Orden de Menores, insigne evangelizador **.
11. En Londres (Inglaterra), Beato Ricardo Langhorne († 1679), mártir bajo el reinado de Carlos II *.
12. En Cerecca-Ghebaba (Etiopía), Beato Ghebra Miguel († 1855), presbítero, de la Congregación de la Misión, mártir *.
13. En Nagong (China), San Juan Wang Guixin († 1900), mártir *.
14. En Angostura (Colombia), Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos († 1926), presbítero **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CAMILO DE LELIS

Presbítero y fundador († 1614)

No cabe un mentís más rotundo a la vieja costumbre de presentar a los santos como si ya poseyeran la santidad desde la misma cuna. Porque nadie hubiera osado decir no ya en la infancia, sino en su misma juventud, que Camilo de Lelis estaba llamado a ser un día fundador de una orden religiosa, y venerado en los altares. Contra toda conjetura humana, la Providencia divina actuó fuerte y suavemente, y Camilo, dócil a las inspiraciones de la gracia, sorprendió a sus mismos contemporáneos con el espectáculo maravilloso de una santidad lograda.

Notemos que tenía un carácter duro, resuelto, impetuoso. Toda su vida se hará admirar por la tenacidad con que sabe sostener sus propias ideas frente a todo y frente a todos. No otra cosa había aprendido en su propio hogar. Nada de blanduras. Su padre, don Juan de Lelis, era un militar que había corrido media Europa al servicio de las banderas y de las empresas de España. Comenzó su carrera militar a las órdenes del condestable de Borbón, en el sacco de Roma. Y pasó después a la defensa de Nápoles, al asedio de Florencia, a las batallas de Lombardía y del Piamonte. Después de combatir contra Francia, se retiró a Bucchianico, con el mando de las tropas que aseguraban la vigilancia y defensa de la costa adriática, tan amenazada entonces por los turcos. Por esos días tuvo la dicha de que su esposa le diera un hijo: Camilo. También la madre reunía cualidades de firmeza y carácter sobresalientes. Las largas ausencias del marido le habían hecho afrontar las responsabilidades del gobierno de la casa.

El nacimiento de Camilo fue un verdadero acontecimiento. Ya el día no pudo ser más señalado: era el domingo de Pentecostés y se celebraba la fiesta de San Urbano, la mayor solemnidad del pueblo. Año de 1550, proclamado año santo. La solemnidad religiosa fue particularmente notable, y cuando estaba terminando llegó la noticia del nacimiento de Camilo.

Todo el pueblo participa de la alegría que al matrimonio causa la llegada de aquel tardío hijo. Y así transcurren felices los

años de su infancia. Pero el niño había heredado la sangre batalladora del padre. Ya a los diecisiete años intenta enrolarse en el ejército de Venecia, sin conseguirlo. Y cuando San Pío V convoca para una cruzada contra los turcos, el padre, ya viudo, corre junto al hijo hacia Ancona, para participar en la empresa. Pero su edad era ya muy avanzada. Unas fiebres le obligan a retirarse y antes de llegar a su hogar muere, en Sant'Elpidio a Mare, entre los brazos de su hijo.

Así vino a quedar Camilo enteramente solo sobre la tierra. Solo... y enfermo. Por aquellos mismos días empieza a sentir el dolor de una llaga que ya no le dejará nunca a lo largo de la vida, y que será para él fuente de dolorosísimos sufrimientos. Llaga misteriosa, cuya naturaleza exacta no llegaban a diagnosticar los médicos, y que influirá de manera decisiva en su vida.

Alguien le sugiere que podría curarse en Roma, en el hospital de Santiago, y allí acude, sin pensar que el contacto con este hospital va a tener una influencia decisiva en su vida. A primeros de marzo de 1571 entra en la ciudad y el 7 ingresa en el hospital. Conocemos el asiento de las prendas que dejó en el guardarropa. Sólo una capa de paño negro, vieja, es la señal de una nobleza de cuna, ahora oscurecida por su angustiosa situación económica y su mala salud.

Vienen las alternativas. Primero, cuando parece curado, quedó como criado en el hospital. Parece que va a encajar allí, y así se apunta en la «Compañía de Santiago» dedicada al cuidado de los enfermos. Pero... aparece en él un terrible vicio que habría de costarle muchísimo quitar de sí: el juego. Y ese vicio le puso en la calle. Por cuatro años va a ser el típico soldado de alquiler del siglo xv: «Grande, membrudo, violento, se juega la vida para después jugarse el sueldo en las tabernas, sobre las mesas sucias, o en los campamentos, sobre los viejos tambores», nos dice uno de sus biógrafos. Está presente en varias acciones de armas. Pero la suerte de aquellos soldados de alquiler era dura. Al llegar el invierno, sus capitanes les licenciaban, porque no era tiempo de guerras. De Camilo nos consta que se jugó, en una estancia suya en Roma, hasta la misma camisa. Cerca de la iglesia española de Montserrat, en una calleja frecuentada entonces por la soldadesca y llena de hosterías y casas de mala fama, se

conservó durante años una hornacina con un arco, en la que un devoto había hecho pintar, de un lado, la escena del juego, y del otro, la imagen de San Camilo, con dos versos alrededor que decían:

Qui die' Camillo sua camicia al gioco.

Ed or si adora nel medesimo loco.

(Aquí dio Camilo su camisa al juego, y aquí ahora se le adora.)

Volvió, sin embargo, a las armas, pero por poco tiempo. Después de guerrear en Túnez, desembarcaba en Palermo, y volvía de nuevo a jugarse todo lo que tenía. De retorno a Nápoles hizo voto de vestir el hábito de San Francisco si salía del peligro de una gran tempestad. Era el 28 de octubre de 1574. Pero pronto olvidó todo aquello, volvió de nuevo al juego, y se encontró enteramente miserable, reducido a tener que pedir limosna. Jamás consintió, según él nos dirá más adelante, en robar. Dios le preservó también de caer en la impureza. Por lo demás, el juego continuaba siendo su pasión, y no tuvo otro remedio que ponerse a la puerta de las iglesias a pedir limosna. Allí estaba, en Manfredonia, cuando un hombre se interesó por él y dirigió sus pasos al convento de los capuchinos, donde se estaban haciendo unas obras.

Camilo trabajó duramente como peón de la construcción. Poco a poco fue haciéndose a una vida más ordenada. Los frailes le cogieron cariño. Un buen día le enviaron a otro convento para traer provisiones. Inesperadamente, el 2 de febrero de 1575, a los veinticinco años, una luz celestial llegó a su alma. Mientras caminaba, junto al borriquillo que llevaba las provisiones, sintió la llamada de Dios, y cayó llorando sobre el suelo.

Al llegar al convento pidió el hábito. Tras algunas vacilaciones se lo consiguieron, pero el roce del mismo hábito con la pierna volvió a abrir la antigua llaga. Hubo de suspender el noviciado, y volver al hospital de Santiago, esta vez para dar el buen ejemplo de una vida de humildad y oración. De nuevo, curado al parecer, vuelve a los capuchinos. Y de nuevo la llaga le obliga a dejar el noviciado, para volver al hospital de Santiago, por tercera vez en su vida. La primera había ido como un joven desgarrado, aficionado al juego. La segunda como un novicio capuchino, ansioso sólo de vivir apartado y dedicado a

la oración. Esta vez iba a ponerse por completo al servicio de los enfermos. Su vocación estaba allí.

Y a los enfermos se entregó ya de una manera definitiva, para todo el resto de su vida. Desde este mes de octubre de 1579 hasta su muerte toda su existencia transcurrirá en los hospitales, sin otro afán y otro deseo que ejercitar su ardiente caridad con los pobres enfermos.

Como es natural, no tuvo desde el primer momento idea alguna de llegar a ser fundador. Su entrega a los enfermos hizo que fuera nombrado «maestro de la casa», es decir, lo que en español diríamos mayordomo. Parece que entonces pensó en una especie de cofradía de hombres que sirvieran a los enfermos por amor de Dios. Se conservan aún los estatutos que él había diseñado, y que aparecieron hace unos años en los archivos. Incluso intentó reclutar a unos cuantos, entre el personal del hospital, que secundaran este designio suyo. Pero su intento chocó fuertemente. Hubo habladurías, reprensiones, disgustos..., y al final tuvo que salir del hospital. Es más —caso extraño—, San Felipe Neri miró con hostilidad el proyecto. San Camilo de Lelis, que siempre amó a San Felipe, no tuvo, sin embargo, el consuelo de que éste apoyara nunca sus proyectos.

Antes de salir del hospital de Santiago decidió hacerse sacerdote. Y después de haber estudiado en el célebre Colegio Romano, aunque de forma harto superficial, celebró su primera misa el 10 de junio de 1584. Tras un rápido viaje a su tierra natal, el primero de septiembre de aquel mismo año dejaba el oficio de maestro de la casa y se reunía poco después con un pequeño grupo de compañeros en la iglesia de la Virgencita de los Milagros. Le acompañaba en aquel traslado la hermosa imagen del crucifijo que un día, cuando más angustiado estaba por la incertidumbre de su porvenir, le había dicho rotundamente: «Es obra mía».

La pequeña comunidad vivía un género de vida realmente insostenible. Pronto enfermaron, pues además el sitio era insalubre a más no poder. Hubo que trasladarse primero a la calle de Botteghe Oscure, y después a una pequeña casa, junto a la iglesia de la Magdalena. Aquí es donde se inicia ya la vida de comunidad propiamente dicha. En medio de una pobreza impre-

sionante, Camilo y sus compañeros se dedican a atender a los enfermos, y consiguen, el 18 de marzo de 1586, el breve *Ex omnibus* de Sixto V con la aprobación de su género de vida, aunque no debiera mediar obligación de votos. Se trataría, por consiguiente, de una sociedad o congregación. Camilo fue elegido primer general y obtuvo poco después para él y para sus compañeros el poder llevar sobre el manto y la sotana una cruz roja.

Desde la casita de la Magdalena los «ministros de los enfermos» iniciaron sus actividades al servicio de los enfermos.

En primer lugar, y ante todo, en los hospitales. Todos los días salían de casa en dirección al inmenso hospital del Espíritu Santo, próximo al Vaticano, donde con celo y caridad inextinguible atendían en todo a los enfermos. Hoy el hospital es para nosotros un lugar muy cuidado, donde la higiene se extrema, y donde, aun existiendo deficiencias, hay siempre un cierto cuidado en la limpieza. Aquéllos eran otros tiempos. Puestos en manos de criados, las más de las veces mal pagados, con un desconocimiento casi absoluto de las leyes de la higiene, bajo el influjo de falsas ideas que impedían una ventilación racional... los hospitales, y no era excepción el mismo del Espíritu Santo a pesar de tratarse de uno de los mejores del mundo, ofrecían por lo común un espectáculo no poco repugnante a la naturaleza humana. Los biógrafos de San Camilo recogen datos macabros del abandono en que se encontraban los enfermos, de la tristísima situación en que se hallaban los que ya habían sido desahuciados, de los malos tratos que recibían todos por parte de los criados. La empresa era, por consiguiente, en muchas ocasiones, verdaderamente heroica. Personas llenas de la mejor intención no podían resistir un rato el ambiente del hospital en el que Camilo y sus religiosos pasaban, sin embargo, el día entero.

A este ministerio fundamental de los hospitales añadieron Camilo y sus hijos otros dos ministerios: el de los encarcelados, y el de los moribundos.

Ésta era su vida ordinaria. Con su fundador a la cabeza, que a nadie cedía en entusiasmo y en entrega, que se reservaba para sí, como favor especialísimo, los cuidados más bajos y las tareas más penosas, aquel grupo de sacerdotes y hermanos le-

gos dio en Roma maravillosos ejemplos de caridad y entrega a los pobres.

Pero no olvidemos que estamos en el siglo XVI. Todavía la medicina no había conseguido triunfar sobre las epidemias. De vez en cuando un terrible azote, la peste, se hacía presente en las ciudades empavorecidas al ver aparecer aquel espectro. Llenas de terror, las muchedumbres procedían de manera desatentada, con las bárbaras maneras inmortalizadas por Manzoni en *Los novios*. Puede decirse que todos, autoridades, nobles y pueblo, perdían la cabeza ante el desastre. A Camilo y a sus hijos les tocó hacer frente muchas veces a la peste y las epidemias. Y lo hicieron con heroísmo verdadero. Sin vacilar un momento, viendo que la muerte diezmaba sus filas, se dedicaban en jornadas agotadoras a cuidar a los apestados. Las muchas dificultades y oposiciones que encontró la obra fueron vencidas precisamente por el impresionante heroísmo que los nuevos religiosos supieron emplear al servicio de los apestados.

Ni es esto solo. Cuando en 1596 marcha un ejército a combatir en los campos de Hungría, Camilo recibe del romano pontífice el encargo de organizar la asistencia sanitaria. Y allí van, con los soldados, los ministros de los enfermos llevando su cruz roja, como anticipo de la que siglos después habría de ondear en los campos de batalla. También allí los camilos hicieron prodigios de heroísmo y de caridad.

Éste era el panorama de la Orden naciente. Poco a poco había ido arraigándose y extendiéndose. Primero a Nápoles, después a Milán, más tarde a Génova..., poco a poco fue extendiéndose por toda la península italiana y por las islas. Fracasó, en cambio, con gran pena del fundador, su intento de salir de Italia hacia Francia y España.

Pero el crecimiento trajo también sus dificultades. Uno de los episodios más dolorosos de toda la vida del fundador. San Camilo, que amaba a los hospitales, que desde el primer momento había mantenido que allí estaba la auténtica casa religiosa de sus hijos, llegó a aceptar en alguna ocasión hacerse cargo por completo de todo el régimen de los mismos. Ya no se trataba de la asistencia espiritual a los enfermos, ni siquiera de salir de la propia casa para ir a atender con los cuidados materiales a los

mismos. Se trataba de instalarse en los hospitales y vivir única y exclusivamente para ellos, de tal manera que todo, desde la administración hasta el cuidado espiritual, desde las tareas más bajas hasta las más delicadas, estuvieran en manos de los que por eso se llamaban «ministros de los enfermos».

Y estalló el conflicto. No podemos contarlo aquí con detalle. Tuvo enfrente San Camilo no sólo a gentes de fuera, preladados incluso, sino también a religiosos que con él habían convivido desde los primeros tiempos y que venían gozando de toda su confianza.

San Camilo, que había recibido una instrucción muy elemental, que no era hombre de ideas abstractas y de grandes conceptos, tenía, sin embargo, unas cuantas ideas evangélicas, firmes y claras, enteramente asimiladas, y las defendió con todas sus fuerzas. Sin una vacilación, contra todo y contra todos, con una resolución y firmeza absolutas, mantuvo sus ideas y consiguió sacarlas a flote. No podía transigir con algo que había sido el ideal de toda su vida.

Durante la lucha dejó el generalato. Pero en manera alguna renunció a lo que era irrenunciable: su cualidad de fundador. Él había tenido la inspiración de Dios, y él habría de cuidar, mientras viviera, de que esa inspiración se realizase. Y así lo hizo. Con toda humildad, pero con firmeza, consiguió que las cosas se arreglaran y que la primitiva idea se reafirmase y llegara a consolidarse. Después, pudo ya morir contento.

Nada más sencillo y al mismo tiempo más encantador que la ascética camiliana. Ninguna complicación. Se establece un principio: en el Evangelio el Señor nos muestra al prójimo como imagen suya, y anuncia que en el juicio final premiará como hecho a él mismo lo que se haya hecho a los pobres. En consecuencia, hay que servir a los pobres sin poner límite alguno. El mismo sacerdocio no ha de ser obstáculo para que quien lo ha recibido cure las llagas, lave los pies, haga los servicios más humildes a quien se encuentra enfermo.

A esto se añade otro principio también elemental, pero riquísimo en consecuencias: la suerte eterna del hombre se decide en la hora de su muerte. Por consiguiente, cuanto se haga por acompañarle y atenderle espiritualmente en esa hora decisiva

va será poco. Otros ministerios podrán exceder a éste en determinados aspectos. Pero siempre el cuidado de los moribundos, de los agonizantes, tendrá esta característica de ser decisivo. Porque, como dice el viejo aforismo, tantas veces repetido por los Santos Padres: «Del lado que caiga el árbol, de aquél quedará para siempre».

Apoyándose en estos dos principios tan sencillos, la vida de San Camilo fue una entrega absoluta, sin límite, heroica, a los enfermos. No terminaríamos nunca si quisiéramos recoger las anécdotas maravillosas que de él nos conservaron los procesos de canonización. Baste decir que durante toda su vida sirvió de admiración a cuantos estuvieron en contacto con él. Enfermo, con la úlcera de la pierna siempre abierta, con una hernia, con dos furúnculos, que le causaban un verdadero suplicio, con un estómago debilísimo..., Camilo pasaba largas horas en el hospital cuidando a los enfermos, sin dormir apenas, con un régimen alimenticio que apenas bastaría para no morirse literalmente de hambre.

Había llegado la hora de volar al cielo, «su patria», como le gustaba llamarle. Después de recorrer las diversas casas del instituto regresó a Roma, a su queridísima casita de la Magdalena. Allí hubo de quedar en cama, con una nostalgia constante e intensísima de su querido hospital del Espíritu Santo. Cuando el tiempo mejoró y el médico le permitió salir un poco, para tomar el aire y el sol, se dio la paradoja de que el enfermo se dirigiera... precisamente al hospital, para respirar aquel aire viciado. Los religiosos que le acompañaban nos cuentan cómo se transformó su rostro cuando al pasar el puente sobre el Tíber divisó el hospital. Y el emocionante plebiscito de cariño y entusiasmo que suscitó entre los enfermos su presencia. Lloraban todos viéndole pasar entre las camas despidiéndose de aquellos enfermos a los que tanto había querido.

Lejos de sus queridos enfermos, pero en medio de ellos constantemente en espíritu, pasó los últimos días de su existencia. La noche del domingo 13 al lunes 14 de julio de 1614 fue una vigilia preagónica, lenta, dolorosa. Por fin, a las nueve y media de la noche de aquel lunes 16 de julio, en el momento en que el sacerdote recitaba la hermosa invocación *Mitis, atque festi-*

vus, Christi Iesu tibi aspectus appareat, «el humilde y alegre rostro de Jesucristo te aparezca», Camilo sonrió suavemente y exhaló su último suspiro. Contaba sesenta y cuatro años bien cumplidos.

Inmediatamente corrió por la Ciudad Eterna la noticia del fallecimiento. La multitud acudió presurosa, hasta el punto de hacer necesaria la intervención de la fuerza pública para organizar el desfile. Algún malintencionado dio una torcida versión de esto último al cardenal vicario. Éste ordenó a los padres que sepultaran el cuerpo de Camilo de noche «sin lápida ni inscripción». Así lo hicieron, y por el momento pareció que su figura iba a pasar al olvido. Pero no ocurrió esto. El pueblo continuó encomendándose a él. Y su fama de santidad fue extendiéndose cada vez más. Ante la insistencia de los fieles, Paulo V accedió a que se le enterrase normalmente, y no se impidiera a los fieles que se encomendaran a él.

El 13 de abril de 1617 el general de la Orden pedía que comenzaran el examen de los testigos sobre su fama de santidad. Fue beatificado el 2 de febrero de 1742 por Benedicto XIV y canonizado por el mismo Papa el 29 de junio de 1746. Un decreto de la Congregación de Ritos de 15 de diciembre de 1762 ofreció a la Iglesia universal su oficio con misa propia. León XIII le declaró en 1886 patrono en todo el universo, juntamente con San Juan de Dios, de los enfermos y de los hospitales. Y en 1930 Pío XI le proclamó patrono del personal de los hospitales, juntamente también con San Juan de Dios.

La Orden de los Ministros de los enfermos por él fundada llegó a ser suprimida en 1810. Pero resurgió con nueva fuerza y hoy cuenta con unos mil trescientos miembros extendidos por todo el mundo.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

CICATELLI, S., *Vida y virtudes del V.P. Camilo de Lellis, fundador de la religión de los Clérigos Regulares Ministros de los Enfermos*. Traducido del italiano por L. Muñoz (Madrid 1653).

— (Nueva ed.): SANNAZZARO, P. (ed.), *Vita del P. Camillo de Lellis fondatore della Religione dei Chierici Regolari Ministri degli Infermi* (Roma 1980).

MARTINDALE, C. CH., *S. Camillo de Lellis* (Milán 1947).

REGI, D., *Memorie storiche del venerabile P. Camillo de Lellis, e de' suoi Chierici Regolari Ministri degli Infermi* (Nápoles 1676).

VANTI, M., *S. Camillo de Lellis e i suoi ministri degli infermi* (Roma 1958).

— *Lo spirito di S. Camillo de Lellis* (Roma 1959).

• Actualización:

BARTHOLOMÄUS, L., *Camillo de Lellis. Servo dei malati* (Roma 1992).

CHIULLI, L., *Camillo de Lellis. Dati biografici e testimonianze al processo di beatificazione* (Roma 1985).

D'ALESSIO, G., *Il valore cristiano del corpo in San Camillo de Lellis* (Roma 1997).

PRONZATO, A., *Todo corazón para los enfermos: Camilo de Lelis* (Salamanca 2000).

SOMMARUGA, G., *Camillo de Lellis un messaggio di misericordia* (Gorle 1988).

BEATO BONIFACIO DE SABOYA

Obispo († 1270)

La valoración de los méritos y virtudes de este arzobispo de Canterbury, a quien el papa Gregorio XVI reconoció el título de beato el 7 de septiembre de 1838, depende mucho de las fuentes a las que acudamos. Para los historiadores saboyanos él fue un verdadero santo que procuró, sobre todo, en su ministerio episcopal la necesaria reforma de la Iglesia. Pero si atendemos a los historiadores ingleses, los fallos y errores de este arzobispo en la sede cantuariense impidieron su culto en Inglaterra y que en general tuviera buena prensa en la historia civil y eclesiástica inglesa.

Bonifacio no llegó a ser monje cartujo. Fue novicio de la Gran Cartuja pero hubo de abandonar el monasterio antes de haber pronunciado la profesión religiosa. Y con mucha lealtad cuando en 1858 el capítulo general de la Cartuja decidió incluir su memoria litúrgica en el propio de la Orden lo señaló como «quondam novitii nostri Ordinis», es decir: un tiempo novicio de nuestra Orden. Nada menos y nada más.

También a veces se le presenta como obispo sucesivo de Belley, Valence y Canterbury, y esto dicho así no responde exactamente a la verdad histórica. Porque fue elegido procurador de la diócesis de Belley y luego de la de Valence, e incluso fue elegido obispo de Belley por el cabildo diocesano, pero no llegó a pasar del orden del subdiaconado, y no fue hasta su elección como arzobispo de Canterbury cuando se ordenó diácono, presbítero y obispo. Gobernó, pues, las tres sedes, pero las dos primeras a título de procurador, la primera además como obis-

po electo, y solamente en Canterbury ejerció la plenitud del ministerio sagrado.

Bonifacio nació hacia el año 1207 en el castillo de Sainte-Hélène-du-Lac, en la Saboya. Era hijo del conde Tomás I de Saboya y de su esposa Margarita de Ginebra. Era el undécimo de los hijos de los condes. Entre sus hermanos estaba Beatriz, cuya hija fue Leonor de Provenza, futura reina de Inglaterra, como esposa del rey Enrique III, y a la que se atribuye influencia decisiva en su nombramiento como arzobispo de Canterbury. Se dice que fue un adolescente de carácter fogoso y fuerte, pero que desde pequeño daba muestras de estar inclinado a la piedad, y que por ello se le dedicó a la Iglesia, ingresando él por su propia voluntad en la Gran Cartuja de Grenoble, donde inició el noviciado. Tendría unos veintidós años. Parece que la razón por la que deja el noviciado es que se le encomienda que vaya de prior al monasterio benedictino de Nantua, que estaba muy necesitado de reforma. Este cargo lo conservaría a lo largo de su vida, pero en cuanto los problemas que motivaron su ida a Nantua se solventaron, y ello fue en poco tiempo, Bonifacio manifestó su deseo de volver a la Cartuja a continuar su noviciado. Y en efecto reanudó el mismo en la Gran Cartuja. Pero enseguida, sin tiempo de profesar, la Santa Sede lo manda de procurador a la diócesis de Belley y hubo de dejar con lágrimas la Cartuja. Era el año 1232 y al año siguiente los canónigos del cabildo catedral lo eligieron para obispo de la sede. Pero, como queda dicho, él no accedió a las órdenes mayores. Siete años después de su elección para Belley, se le encomienda ser procurador de la diócesis de Valence, vacante por la muerte de su propio hermano Guillermo. En estos cargos Bonifacio se granjea la fama de ser un firme defensor de los derechos de la Iglesia pero no menos firme defensor de los derechos propios, mostrando la fortaleza de carácter que ya se le vio de jovencito.

El 16 de noviembre de 1241 y en el destierro, tras unas borrascosas relaciones con la corona, muere el arzobispo de Canterbury San Edmundo Rich. La reina Leonor supo mover los hilos de modo que fuera elegido para suceder al difunto su tío Bonifacio. Quizás en la elección de un saboyano para la sede primada inglesa no influyera solamente su parentesco con la so-

berana pero sin duda en la aceptación del nombramiento por la corte romana parece que sí influyó decisivamente la presión de los reyes ingleses. Se sucedieron varios pontificados antes de que el 17 de septiembre de 1243 Inocencio IV confirmara la elección. Bonifacio marchó entonces a Inglaterra y allí el obispo de Worchester lo ordenó de diácono y luego de presbítero. Llamado por Inocencio IV al I Concilio de Lyón, acudió Bonifacio y recibió la consagración episcopal de manos del romano pontífice el 15 de enero de 1245.

Pero si la corona inglesa se creía que por ser el nuevo arzobispo tío de la reina iban las relaciones con la sede cantuariense a ser más fáciles, estaba equivocada. Bonifacio comenzó reclamando. Por una parte se dice que el rey había metido mano en los bienes de la Iglesia, imponiendo tasas excesivas y causando gravísimos débitos a la sede primada. Y por otro lado se dice que la administración temporal del arzobispado por parte de San Edmundo había sido calamitosa y que había dejado a la diócesis fuertemente endeudada. Bonifacio no hizo más que llegar cuando se dio cuenta de la situación y pretendió afrontarla. Estando en Lyón para ser consagrado obispo y acudir al Concilio, presentó la situación al papa y le pidió percibir durante siete años las rentas de todos los beneficios vacantes de la provincia eclesiástica de Canterbury, y por tanto no solamente de su propia diócesis primada, y además poder imponer tasas para recoger fondos destinados a saldar las deudas de la sede metropolitana. El papa le concedió la gracia solicitada, gracia que no podía menos que enfrentarle con los sufragáneos, como así fue. Vuelto a Inglaterra, su solemne entronización como sucesor de San Agustín tuvo lugar el 1 de noviembre de 1249, y seguidamente se dispuso a hacer la visita general tanto de su diócesis como de las diócesis sufragáneas, dispuesto a cortar enérgicamente todo cuanto fuera abuso anticanónico y a ejercer la gracia obtenida de la Santa Sede.

Los problemas no se hicieron esperar. El deán y el clero de la iglesia de San Pablo de Londres se opusieron a su visita, alegando que su superior era el obispo de Londres. A Bonifacio no le temblaba la mano y los excomulgó sin más. Igualmente los religiosos del priorato de San Bartolomé, de Smithfield, se

opusieron a la visita del primado alegando que jamás habían sido visitados sino por el propio obispo. Se cuenta una penosa anécdota: se dice que en el curso de la discusión con el prior de San Bartolomé le dio Bonifacio un empujón al prior y lo tiró al suelo. Cuando la gente de Londres supo este acto de ira tan poco edificante la tomó con el arzobispo que se vio obligado a huir por el Támesis y refugiarse en Lambeth, desde donde excomulgó al clero de San Bartolomé y al propio obispo de Londres. Quiso seguidamente visitar San Albano pero se halló con que el clero de esta iglesia hacía apelación formal al papa. Bonifacio escribió igualmente a Roma, donde no halló el deseado apoyo para sus drásticas medidas, por lo que hubo de hacerse él mismo presente en la corte papal. Roma propuso un compromiso. Se le reconocía a la sede metropolitana el derecho a la visita pero se le restringía el uso. Cuando al año siguiente, 1253, visitó San Albano, dejó a todos encantados con sus nuevas maneras suaves y amables.

Tuvo, igualmente, problemas con la corona. No había hecho más que llegar a Inglaterra cuando se negó a dar el visto bueno a la elección que había hecho el rey para la sede episcopal de Chichester, proponiendo él otro candidato que logró instalar. Era su primera batalla para lograr lo que él llamaba la libertad de la Iglesia, y en realidad contaría para ello con el apoyo de los otros obispos. Como la Iglesia había apoyado económicamente la pretendida cruzada de Enrique III, los obispos querían que el rey les pagara reconociendo más derechos a la Iglesia. Parecía el rey estar de acuerdo, pero ello era ocasión para que los obispos presentaran nuevas quejas de agravio, y entonces Bonifacio convocó una reunión de obispos y abades en Merton donde se exigieron los derechos y libertades de la Iglesia, singularmente en la elección de obispo. El rey, al saberlo, prohibió a los obispos acudir, mas la reunión se celebró y se acordó lanzar anatemas y censuras contra quienes conculcaran los derechos de la Iglesia.

El rey Enrique III tuvo por entonces problemas con los lores y señores temporales, los cuales estaban hartos de sufragar las políticas reales. Bonifacio se puso de parte de ellos, y cuando en 1258 eligió el Parlamento en Oxford un nuevo Consejo Real,

se puso como cabeza del mismo a Bonifacio. Aprovechó éste la oportunidad para celebrar en Lambeth un concilio provincial en el que los obispos volvieron a presentar contra la corona su hoja de agravios, redactándose las famosas Constituciones de Lambeth. El rey acudió al papa alegando que se atacaban las prerrogativas reales, y Urbano IV por ello no confirmó los acuerdos de Lambeth. Cuando Bonifacio supo esta opción papal, se sintió desautorizado y voluntariamente se exilió a Francia, de donde volvió en 1266, sin que los problemas con el rey se solucionaran y sin que Bonifacio dejara de usar la excomunión contra quienes él estimaba que lesionaban los derechos de la Iglesia. Pero no se contó con él cuando se trató de derribar al rey del trono y darle un sustituto. Bonifacio siempre estuvo por la legitimidad del trono de Enrique. En 1262, iniciada la guerra civil, marchó, como queda dicho, a Saboya donde siguió apoyando a Enrique, tras cuyo triunfo volvió a Inglaterra.

En 1268 volvió a Saboya con licencia del rey a fin de acompañar en la cruzada al príncipe Eduardo. Pero habiéndose debilitado su salud, vino a morir el 14 de julio de 1270 en su castillo de Sainte-Hélène des Millières en Saboya, siendo sepultado en el monasterio cisterciense de Hautecombe.

Pese a esta agitada vida, no debe ponerse en duda su santidad personal: era un hombre de oración, casto, celoso de la gloria de Dios y del bien de la Iglesia, que vivía personalmente con austeridad y pobreza y no buscaba intereses personales, y era muy generoso con los pobres, a los que socorría largamente y para quienes fundó un hospital en Maidstone.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

FEDELINI, E., *Vie du bienheureux Boniface de Savoie* (Noutiers 1839).

MAYO ESCUDERO, J., *Santos y beatos de la Cartuja* (Salzburgo 2000).

STRICKLAND, G., *Ricerche storiche sopra il beato Bonifacio di Savoia, arcivescovo de Canterbury, 1207-1270* (Turín 1895).

BEATO GASPAR BONO

Presbítero († 1604)

Fueron sus padres modestos artesanos: Juan, francés, e Isabel, de la villa de Cervera, en el antiguo reino valenciano, en cuya capital se establecieron como tejedores de lino. El Señor bendijo este matrimonio ejemplar dándoles cuatro hijos: Isabel, Gaspar, Juan y Mateo. Gaspar vino al mundo el día 5 de enero de 1530 y recibió este nombre en veneración de uno de los santos reyes, por haber nacido en la víspera de su fiesta. Vivía el matrimonio con escasez. Y aun la escasez se trocó en pobreza angustiosa cuando la madre, todavía joven, quedó completamente ciega y no pudo ayudar al esposo en los telares. Tampoco Juan se bastaba por sí solo para atender al pesado oficio. Vendió, pues, aquellos instrumentos de su ocupación diaria, dejó la casa porque ya no la necesitaba tan grande, y se puso a ganar el pan afilando cuchillos y vendiendo juguetes de poco valor; le bastaban unas cañas y unos pedazos de papel para fabricar molinillos de viento. Contaba Gaspar entonces unos tres años.

En Valencia, como en todas las partes de la cristiandad europea, se mezclaban en extraña proporción la fe viva y la gloriosa piedad medieval con las pecaminosas corrientes derivadas del Humanismo y del Renacimiento.

La palpitación que despertó en todas partes San Vicente Ferrer en el paso del siglo XIV al XV quedó también de manera poderosa en su patria chica. Concretamente la adivinamos en los infantiles entretenimientos de Gaspar. No sólo se complacía en cantar la salve, vestir de flores arrayanes una cruz y dar otras muestras de su piedad, sino que en plena calle organizaba procesiones con sus amiguitos, para remedar las de los disciplinantes, al menos en el canto doloroso del estribillo vicentino: «¡Señor, verdadero Dios, misericordia!», llevando luces de candelillas y cantando las letanías. Pusiéronle sus padres a los diez años en casa de un rico mercader, pero a Gaspar no le llenaba aquel oficio, cuando empezó a sentir el anhelo de cosas más altas: quería ser sacerdote. Y no vio otro camino posible ni mejor que el claustro. Y hasta le pareció fácil, porque otro criado mayor de la misma casa, que andaba con idénticos proyectos y sa-

bía el latín, se ofreció a enseñarle esta lengua. Gaspar entraba de allí a poco en el convento de dominicos de la ciudad. Bien es verdad que, recapacitando la mucha pobreza de su casa, tuvo que desandar el noble camino y volver al antiguo empleo.

Llegó de esta manera hasta los veinte años, y, aunque su dueño le quería bien y le ayudaba a sustentar a sus ancianos padres, Gaspar, en busca de más propicia fortuna, se alistó en el ejército de Carlos V. Quizá le moviese a ello un sentimiento de inferioridad que le apartaba de buscar el anhelado sacerdocio, pues era balbuciente y tartamudo. En el ejercicio de las armas transcurrieron ocho o diez años, sin ascenso ni esperanzas de prosperidad. No tenemos noticias de encuentros, batallas, sitios, asalto y defensa de fortalezas en las que tomara parte señalada. ¿Fueron para él aquellos años completamente grises? Más adelante dirá que, hallándose en este género de vida (más apto para la distracción que para las virtudes), se complacía en repetir, a tiempo y a destiempo, la jaculatoria tan valenciana: «Jesús, María, José»; asimismo profesaba devoción a San Valero (titular de una de las parroquias de Valencia) porque fue tartamudo; rezaba diariamente el oficio, rosario y letanía de Nuestra Señora; frecuentaba templos y lugares píos, y «de mi pobreza —añade— no dejaba de dar limosna a los pobres, aunque faltase a mi sustento». Indudablemente, era también militar a lo divino y en estos campos de la vida interior debería desplegar sus dotes y recursos de combate y estrategia, buscando la santidad a toda costa, con brillante éxito y guiando a otros.

La ocasión para cambiar de banderas le llegó por el duro camino del fracaso material. Sucedió que él, con algunas unidades de su escuadrón de caballería, tuvo que hostigar al enemigo sólo con finalidad de descubierta: mas éste respondió con tan fiero empuje que Gaspar y los suyos retrocedieron en confuso desorden. El mismo Gaspar cayó en un pozo seco, quedando oprimido por su cabalgadura; los enemigos vinieron sobre él, y, después de abrirle la cabeza a golpes de pica o alabarda, le dejaron por muerto. En aquella terrible angustia invocó a sus santos patronos y a la Virgen de los Desamparados, prometiendo ingresar en la Orden de San Francisco de Paula si salía con vida. Pudo cumplir el voto. Experimentado ya en la pobreza y en los

trabajos de ella, no le resultaba áspero seguir las reglas del severo instituto: perpetua abstinencia de carnes, de huevos y lacticios, coro a medianoche y otras penitencias.

En aquel santo retiro la virtud de Gaspar comenzó a ser notable. Su mismo apellido, Bono, se prestaba a inocentes juegos de palabras que ponían a prueba su humildad, y él se precavía contra la vanagloria diciendo: «Sólo de bueno tengo el nombre, porque de palabra, obra y pensamiento soy malo». Curiosa fue la manera que en cierta ocasión discurrió para escapar sin miramiento a una posible tufarada de soberbia. Se celebraban en el convento unas conclusiones públicas de filosofía, y uno de los novicios, para lucir su ingenio, usando del recurso fácil y de todos conocido, alabó al padre Gaspar, que presidía. Mas fue tal el dolor de éste, que, asomando a sus ojos las lágrimas, saludó a los concurrentes, abandonó la sala y se retiró a su celda lleno de confusión. Llegó la hora de la cena, y el inocente agresor tuvo que escuchar, entre otras admoniciones, esta salida propia de un santo: «Por que vuestra caridad no pague la lisonja en el purgatorio, reciba una disciplina por espacio de un miserere». Se cuenta de San Felipe Neri que tenía un sexto sentido: era capaz de olfatear la hediondez del pecado y conocer sus especies. Del Beato Gaspar Bono cabe asegurar que leía en las conciencias. Si llegaba al convento algún religioso con el alma no tan pura como cabía esperar de su estado y profesión, le recibía con sañudo y desapacible semblante, y le hablaba mostrando sequedad y rigor en las palabras. Si esta misma persona le pedía licencia para salir, le atajaba al punto con aspereza:

«Ah Jesús, María, José! ¿Para qué quiere ahora ir fuera? Quéde-se en casa; que yo sé que le conviene así al servicio de Dios y al bien de su alma».

La Orden de los mínimos, fundada hacia 1460, es decir, en unos momentos en que la sociedad cristiana comenzaba a sentir deseos vivos de restauración y de apostolado reformativo, no encarna aquel espíritu nuevo. Los seguidores de San Francisco de Paula se mantienen dentro del molde de las Órdenes mendicantes, según la estructura medieval. Forman un frente silencioso, aunque no menos heroico, donde la humildad puede tener menos quebras. De aquí que la tendencia apostólica, la salva-

ción del prójimo, no encaje en la espiritualidad del Beato Gaspar Bono como fin primordial, si no es dentro de los muros del cenobio. Mandará al hermano limosnero que le cuente los pecados y públicos desórdenes de que haya tenido noticia por las calles, a fin de aplacar a la justicia divina con oraciones y penitencias, pero no irá a buscar a los pecadores.

Ésta es su espiritualidad genuina: imitar al *Poverello* de Asís con una tendencia más rigurosa que las ramas franciscanas. Gaspar Bono será luz y sal de la tierra, pero sin salir apenas al mundo, en el silencio del claustro. Su primer biógrafo y contemporáneo, el padre fray Vicente Guillermo Gual, atestigua que, hallándose el siervo de Dios en el convento de Valencia, fue visto por el sacristán menor —que por la incumbencia de su oficio había de ir a medianoche a tocar las campanas para los maitines— en medio del coro y envuelto en una claridad tan deslumbradora que no le permitía distinguir qué cosa era aquella. Quedó inmóvil sin atreverse a pasar adelante ni poder volver atrás. Pero luego mitigáronse los resplandores y vio al siervo de Dios en oración, el cual se levantó y le dijo:

«¿Qué tiene, hermano fray Pedro? Parece que está turbado y espantado. Ea, hijo mío, sosiéguese por lo que ha visto. Le suplico humildemente, y como superior le mando, que guarde secreto».

Emulando la increíble abstinencia de San Francisco de Paula, no perdonaba a su cuerpo ni cuando los graves accidentes de su enfermedad reclamaron la presencia del médico. Éste, viendo la mucha debilidad del santo religioso, le ordenaba comiese carne. Respondía el padre Gaspar: «Ya veo que tiene razón que regale mi cuerpo. Yo le prometo de regalarle como conviene». Sin duda que la respuesta encerraba doble sentido. Lo que se siguió fue que se estuvo encerrado por espacio de tres días y sólo una vez al día se alimentaba con hierbas, pan y agua. Instábale el hermano Roque a que tomase otras viandas. A lo cual solía decir:

«No trate, hermano Roque, de esto, por caridad, porque para regalar a la señora del alma conviene maltratar al vil esclavo del cuerpo, que, en sintiendo el regalo, luego, como bestia fiera, se envanece para destruir el alma, cuánto más que a esta bestiaza la trato mejor que merece».

Había nacido el 10 de marzo de 1549 en la pequeña ciudad de Montilla, en la Andalucía, del matrimonio de Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez Hidalgo. Sus padres eran acomodados y cuando el niño estuvo en edad de estudiar lo entregaron a los jesuitas, que tenían entonces un colegio en el lugar. Allí aprendió las letras humanas y allí también sintió despertarse su vocación. A los veinte años, en plena adolescencia, decide vestir el sayal franciscano y acude al convento de San Lorenzo, en las afueras, donde el guardián, fray Francisco de Angulo, le abre las puertas de aquel cenobio, en donde va a poner los fundamentos de su futura santidad. Dios, en efecto, le había escogido para santo. Por entonces los franciscanos habían sentido renovarse su fervor y anhelaban imitar más de cerca a Jesucristo, siguiendo las huellas del «pobrecito de Asís». Solano, desde los primeros días de su vida religiosa, sintió en su corazón arder esta llama, determinó abrazarse estrechamente con Cristo, siguiendo desnudo al desnudo Jesús. Hizo su profesión el 25 de abril de 1570 y renunció a todo para vivir unido a su modelo. Unos dos años más tarde dejaba Montilla y se trasladaba al convento de Nuestra Señora de Loreto, en las proximidades de Sevilla, donde alternó el estudio de las ciencias sagradas con la oración y la penitencia. Escogió para vivienda la celda más pequeña e incómoda del convento, bien próxima al coro, en donde pasaba buena parte de su tiempo.

Allí recibió la unción sacerdotal y un 4 de octubre cantó su primera misa en la capilla de la Virgen, hallándose presente su padre, que muy poco después dejaba este mundo. Como tenía buena voz y era muy aficionado a la música, arte que podemos decir cultivó toda su vida, le nombraron vicario de coro y predicador. La muerte de su progenitor y la ceguera de que adoleció su madre le obligaron a volver a Montilla, pero transformado en otro hombre. De su breve estancia en su ciudad natal quedó indeleble recuerdo. Aquel joven franciscano «no hermoso de rostro, moreno y enjuto», como nos lo describe uno de sus contemporáneos, se atrajo las miradas de todos por el espíritu con que hablaba y la santidad que emanaba de todo su ser. Aún se cuenta que hizo varias curaciones, pero el más evidente indicio de su ascendiente sobrenatural nos lo da el hecho de haber pe-

dido la marquesa de Priego, la señora del lugar, un hábito de fray Francisco para que le sirviese de mortaja.

Tan sólidas eran ya sus virtudes que los superiores de la Orden le enviaron a Arruzafa, en las cercanías de Córdoba, a fin de que en esa recolección ejerciese el cargo de maestro de novicios. Nadie mejor que él para servir de guía a quienes aspiraban a realizar íntegramente el ideal del fraile menor. Tres años vivió en este convento y el 1581 pasa a San Francisco del Monte, monasterio escondido entre los breñales de Sierra Morena. En aquella soledad su espíritu se expande y se une más estrechamente a Dios. No olvida, sin embargo, a sus hermanos, y, cuando la peste diezma a los vecinos de Montoro, acude solícito a ayudar a los enfermos a bien morir y a curar a los atacados del mal. Le acompaña un buen hermano lego, fray Buenaventura, que al fin sucumbe también a los rigores de la peste, y Solano continúa asistiendo a sus hermanos dolientes en la iglesia de San Sebastián, transformada en hospital, donde aún se conserva un cuadro que recuerda su caridad.

Se le nombra guardián del convento y a los tres años es enviado al convento de San Luis de la Zubia, en la vega de Granada. Aquí termina su labor en España, porque en 1588 solicita marchar a América en compañía del padre comisario, fray Baltasar Navarro, que ha venido en busca de misioneros. Ciérrase entonces la primera etapa de su vida; la segunda le verá en las apartadas regiones del Tucumán, convertido en misionero de indios, hasta el año 1602, en que se le ordena volver al Perú, donde entabla la estricta observancia de los recoletos y donde fallece en 1610. Estas tres etapas en que podemos dividir su vida son bien marcadas y cada una de ellas tiene su carácter peculiar. En España ha alternado el estudio de la perfección religiosa con el de las ciencias y los cargos de gobierno con el ministerio apostólico, pero esto último lo hace sólo a intervalos y no de una manera metódica y continua. Es la etapa de preparación y en la cual se macizan sus virtudes. Cuando tome la carabela que le ha de conducir a Tierra Firme ya Solano es un santo, es el varón de Dios, que lo pisotea todo para unirse a su Señor.

El 3 de marzo de 1589 pasaba la barra de Sanlúcar la flota que conducía al nuevo virrey del Perú, don García Hurtado de

Mendoza. En una de las naves, oculto a las miradas de todos, viajaba nuestro héroe, acompañado por un regular grupo de hermanos suyos que pasaban a América a conquistar, para Cristo, muchas almas. Con viento favorable llegaban a Cartagena el 7 de mayo y, tras unos días de espera en aquel puerto, pasaban a Portobelo y de aquí a Panamá, adonde debió llegar Solano a fines del mes de junio de 1589. La falta de embarcaciones le obligó a permanecer en aquel mortífero clima, donde perdieron la vida dos de los franciscanos que iban en su compañía. Después de cuatro meses lograron hallar una nave que los condujese al Perú, pero tan descuadernada que unos cuantos golpes de mar, como luego veremos, bastaron para dar al través con ella. Solano, en compañía del padre fray Diego de Pineda y de fray Francisco de Torres, tomó pasaje a su bordo, y la embarcación levó anclas en el puerto de Perico y se dio a la vela para el Callao.

La navegación desde Panamá hasta aquel puerto se hacía difícil, así por tener que vencer la corriente marina que baña aquellas costas como por la falta de viento, sobre todo en esta época del año. Así sucedió entonces, y en la vecindad de la isla de la Gorgona, frente a las costas de la actual Colombia, aquella frágil nave vino a zozobrar. En un batel lograron llegar a tierra algunos de los pasajeros y tripulantes, pero Solano permaneció sereno en los restos flotantes de la nave, alentando a los naufragos y auxiliándolos en aquel caso extremo. Cuando el batel volvió en su busca fue el último en acogerse a él, y lo hizo lanzándose al mar, después de arrollar el hábito a la cintura. Una vez en la playa, y cubierto tan sólo con la túnica, fue en busca del hábito que había perdido y lo halló en la arena. San Francisco, como él decía, le había dado aquel hábito y él también se lo había de devolver.

Por más de dos meses hubieron de permanecer los naufragos en la costa, desprovistos de todo auxilio. Uno de los compañeros de Solano había perecido en el naufragio, el otro, cansado de esperar, decidió salir en el batel con otros compañeros en busca de socorro. Tenían que alimentarse de peces, mariscos y hierbas silvestres, y no sin trabajo los encontraban. Solano, olvidado de sí, procuraba levantar el ánimo de sus compañeros, aliviaba sus males y les daba cuanto caía en sus manos y podía

servir para su sustento. Parece que en más de una ocasión su pesca tuvo todos los contornos de milagrosa. El Señor escuchaba a su siervo. Al fin arribó el socorro tan ansiado. A últimos de diciembre una nave recogió a los náufragos y los condujo al puerto de Paita, al norte del Perú. De aquí continuó Solano su camino por tierra hasta llegar a la ciudad de los reyes, Lima. Cruzó aquella costa desierta, interrumpida a veces por los valles que riegan los ríos que bajan de la cordillera, y en 1590 entraba en la capital del virreinato, donde ya le había precedido el virrey don García y en donde por aquel tiempo gobernaba aquella iglesia un esclarecido prelado, Santo Toribio de Mogrovejo.

Solano ardía en deseos de pasar a las misiones a que estaba destinado. Fray Baltasar, que le había traído consigo, atendió sus ruegos y con otros ocho religiosos emprendió el camino que conducía al Tucumán. La distancia era enorme. Basta fijar los ojos en un mapa de América para darse cuenta del inmenso espacio que había que recorrer. Pero a esta dificultad se añadía otra mayor: la de la aspereza y rigor de la tierra. Había que traspasar los Andes y, luego de cruzarlos, llegar hasta el Cuzco, para tomar después el camino que conduce al Chaco, esto es, a la meseta frígida y desnuda casi de vegetación que domina la actual Bolivia y se prolonga casi hasta los confines del Norte argentino. Aquí comenzaba la bajada abrupta y sinuosa hasta Salta y más abajo a las llanuras del Tucumán. Solano hubo de arrostrar esta jornada caminando unas veces a pie, otras en pobres cabalgaduras, y sufriendo todas las consecuencias de la falta de abrigo de las rigideces del clima. Si por allí habían pasado los conquistadores y capitanes en busca del Dorado y del rico cerro de Potosí, ¿iban a mostrarse menos animosos los discípulos de Cristo, los conquistadores de las almas?

En noviembre de 1590, según la carta del comisario fray Baltasar Navarro a Su Majestad, llegaba la expedición al Tucumán (carta fechada en Santiago del Estero el 26 de enero de 1591). En todo aquel territorio no había por aquel tiempo sino dos obispados, el del Tucumán y el del Río de la Plata. El primero era tan pobre, decía su obispo, fray Fernando Trejo, en 1601, que su catedral carecía de ornamentos decentes y no tenía

cómo poder levantar el seminario. Los franciscanos, dominicos y mercedarios habían penetrado en la región años hacía, pero su número era muy escaso. Tras ellos vinieron los padres de la Compañía de Jesús, pocos también. En 1610 la Orden de Santo Domingo sólo tenía un convento en Córdoba; los franciscanos tenían seis: en Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Rioja, Talavera y Salta, pero en el que más, había seis o siete frailes, y en el que menos dos o tres; los mercedarios tenían también seis casas, en las mismas ciudades, pero su número era menor; finalmente la Compañía sólo tenía domicilios en Córdoba y en Tucumán, aunque en el primero los religiosos pasaban de veinte. Si esto sucedía en 1610, ya podemos calcular lo que sería en 1591, o sea unos veinte años antes, en el momento en que Solano arriba a esas tierras.

Muy escasa es la documentación que poseemos sobre sus actividades apostólicas en el Norte argentino. Casi todos sus biógrafos, aun en la época moderna, no han hecho otra cosa sino inspirarse, no siempre con fidelidad, en las declaraciones de los procesos. Por fortuna, éstos se llevaron a cabo cuando aún vivían muchos que habían conocido y tratado al santo, y de allí que su testimonio sea de calidad. Fray Francisco permaneció en el Tucumán sólo once años, de 1591 a 1602, primero como misionero y doctrinero de Socotonio y la Magdalena, y a partir de 1595, como custodio o viceprovincial de todos los conventos del Tucumán y del Paraguay, dependientes de la provincia del Perú.

La labor del misionero era ardua. No sólo había que vencer la resistencia del indígena, receloso siempre de los españoles, de quienes había recibido y recibía muchas vejaciones, sino, además, romper con las dificultades de la lengua y las que oponía la misma naturaleza, en un país cruzado por montes y ríos y en su mayor parte deshabitado. La caridad y mansedumbre de Solano y la pobreza de su hábito le ganó el corazón de los indios; se aplicó al estudio de su lengua y Dios ayudó sus esfuerzos. Se dice que poseyó el don de lenguas, pero no está de más advertir que, por las declaraciones de quienes le trataron, el capitán Andrés García de Valdés le enseñó la tonocote y uno de sus compañeros confiesa que tardó cuatro meses en aprender otra

de las lenguas indígenas. Sin embargo, en su caso se renovó el milagro del día de Pentecostés, porque, hablando en una sola lengua, sus oyentes le entendían como si les hablara en la propia.

El santo se impuso a aquellas mentes casi infantiles y el secreto de sus éxitos estuvo en su perfecta unión con Dios. Hay un hecho que aparece referido por uno de los testigos de los procesos, el cura de la Nueva Rioja, don Manuel Núñez Maestro, pero sus biógrafos lo han desfigurado y hasta lo han hecho inverosímil. El Jueves Santo del año 1593 Solano se encuentra en la población, que apenas lleva dos años de fundada. Ha venido invitado por el cura. Cuarenta y cinco caciques con su respectivo séquito se dan cita en el mismo lugar y este número de indios alarma al teniente de gobernador, quien aconseja a los vecinos preparar las armas. En la noche, como era el uso de España y de muchas ciudades del Perú, va en la procesión un grupo de disciplinantes, desnudos medio cuerpo arriba, azotando sus espaldas. Los indios no salen de su asombro. Solano aprovecha la ocasión para hablarles del Redentor y de sus sufrimientos por nosotros; les cautiva y le piden que los instruya en los misterios de la fe. Algunos dieron en decir que los bautizó a poco a todos y que su número llegaría a 9.000. El cura Núñez no dice esto. Sus palabras textuales son: «Los retuvo a todos hasta que fueron bautizados».

Solano no podía desconocer lo que habían ordenado sobre el particular los concilios limenses de 1567 y 1584. En el Tucumán se conocían esas prescripciones y en 1597 las hacía suyas el sínodo celebrado en Santiago del Estero por el obispo Trejo. Tampoco nos parece verosímil que fueran 9.000 los bautizados. El cura Núñez dice solamente que el número de indios llegaría a 9.000, pero es más que probable que en ese número incluía los de la región o los que estaban sujetos a los caciques que hicieron su aparición en la Rioja. Aun reduciendo el hecho a sus debidas proporciones, la acción del apóstol campea y sobresale. Tampoco creemos, como algunos afirman, que su actividad se extendiera al Gran Chaco y a otras regiones alejadas del Tucumán. No hay fundamento para asegurarlo. Santiago del Estero, la desaparecida Esteco, la Rioja y Córdoba fueron el teatro de

sus hazañas. En todos estos lugares dejó las huellas de su paso y testimonios evidentes de su santidad. Cítanse las fuentes de Talavera o Esteco y la de la Nueva Rioja. En ambas brotó el agua al conjuro de la voz de Solano. De la primera apenas cabe dudar, pues cuando, en 1617, pasó por allí el visitador del Tucumán, don Francisco de Alfaro, todos le señalaron la fuente del Padre Solano que allí brotaba copiosamente.

En el año 1601 los superiores le llaman al Perú, querían servirse de él para la nueva recolección de Nuestra Señora de los Ángeles, que estaba a punto de fundarse en Lima. Obediente a la voz de Dios, emprende el largo camino que le separa de aquella ciudad. Su humildad no acepta el cargo de guardián y queda como vicario. No mucho después el comisario fray Juan Venido le envía a la ciudad de Trujillo, en calidad de guardián. Esta vez no puede rehuir el cargo. En 1604 vuelve nuevamente a la recoleta de Lima y en diciembre del siguiente año, abandonando su retiro, y con un crucifijo en la mano, sale por calles y plazas, exhortando a todos a hacer penitencia de sus pecados y amenazando a los reacios con los castigos de Dios. La vista de aquel fraile, espejo de la penitencia, el ardor de su mirada y el fuego de sus palabras conmueven a sus oyentes. Le siguen hasta la plaza Mayor y allí el gentío se hace cada vez más numeroso. Resuenan por los aires las voces de perdón y por toda la ciudad cunde la voz de un inminente castigo del cielo. Recientes están los ejemplos de Arica y Arequipa, assoladas por un terremoto, de modo que aquella noche hubo que dejar abiertas las iglesias, por el gran concurso de gente que pedía a gritos confesión.

La ciudad pasó la noche en alarma. Hasta Rosa, la virgen incomparable, azota su cuerpo sin piedad, pidiendo a Dios por los pecadores. El virrey, conde de Monterrey, manda al siguiente día hacer una averiguación del hecho. Ordena, de acuerdo con el padre comisario, que un tribunal examine e inquiera del predicador lo que ha dicho y las causas que le han movido a decirlo. Solano se presenta sereno y, como ha obrado por divino impulso, no hace sino exponer la verdad. Sin embargo, recibió una admonición, a fin de que en adelante no perturbara la tranquilidad de los habitantes.

En lo sucesivo su vida es más del cielo que de la tierra. Sus fuerzas van decayendo visiblemente y por esta causa se le trasla-

da al convento de Jesús, de Lima, donde, tras breve enfermedad, causada más por las privaciones y trabajos que por el desgaste natural del organismo, fallece el día de San Buenaventura, 14 de julio de 1610, cuando se elevaba la hostia en la misa mayor. Su entierro tuvo contornos apoteóticos. El virrey, marqués de Montesclaros, y el arzobispo Lobo Guerrero son los primeros en conducir el féretro a la iglesia, donde la guardia de albarderos apenas puede contener a la multitud. Predica sus virtudes el provincial de la Compañía, Juan Sebastián de la Farra, y se le da sepultura en la cripta de la iglesia, donde más tarde se levantará una capilla. El mismo año de su muerte, a 21 de julio de 1610, se empezaron las informaciones sobre su vida y virtudes, las cuales dieron por resultado el que la santidad de Clemente X lo beatificase en el año 1675 y Benedicto XIII lo proclamase santo en 1726.

RAMÓN VARGAS UGARTE

Bibliografía

- CAGGIANO, A., *La figura de San Francisco Solano y su actuación en el Tucumán según el proceso de beatificación y canonización* (Buenos Aires 1950).
- CÓRDOBA Y SALINAS, D. DE, OFM, *Vida, virtudes y milagros del nuevo apóstol del Perú, el venerable P. Francisco Solano* (Lima 1630; 2.ª y 3.ª impresión en Madrid en 1643 y 1676, respectivamente).
- IZAGUIRRE, B., OFM, *Historia de San Francisco Solano* (Tournai 1908).
- SANTA CLARA CÓRDOBA, A., OFM, *San Francisco Solano* (Buenos Aires 1949).
- Actualización:
- DÍAZ, A., *San Francisco Solano* (Córdoba 1991).
- GARCÍA ORO, J., *San Francisco Solano. Un nombre para las Américas* (Madrid 1988).
- HUSPAUR, L. A., *San Francisco Solano* (Sevilla 1989).
- Proceso diocesano de San Francisco Solano*. Estudio preliminar F. Iwasaki Cauti; versión paleográfica M.ª J. Acuña (Montilla 1999).
- SOBRINO, J. A. DE, *San Francisco Solano. Un pionero de la evangelización de los pueblos de América* (Córdoba 1987).

BEATO MARIANO DE JESÚS EUSE HOYOS

Presbítero († 1926)

El sacerdote colombiano Mariano de Jesús Euse Hoyos, popularmente conocido con el cariñoso apelativo de «El padre Marianito», a quien Juan Pablo II beatificó el 9 de abril del Año Santo 2000, vio la luz el 14 de octubre de 1845 en Yarumal, en

la casa sita en el cruce de la calle 20 (Carrera de Valdivia) con calle 20 (San Mateo), al norte de la diócesis de Antioquia. Vástago de una familia profundamente católica y el mayor de siete hermanos, sus padres se llamaban Pedro José Euse Bustamante y Rosalía de Hoyos Gómez. La profunda fe de sus ascendientes fructificó en vocaciones sacerdotales: desde la suya hasta la de su primo segundo el obispo Valerio Antonio Jiménez de Hoyos, y la de su tío materno don Fermín de Hoyos, con él especialmente vinculados uno y otro, ya que, si del primero recibió la ordenación sacerdotal, del segundo fue coadjutor en San Pedro de los Milagros (Antioquia). Por línea paterna, en fin, está igualmente el Padre José María, otro tío suyo. El apellido Euse le llegaba de la Normandía francesa, de donde su bisabuelo había tenido que emigrar a Colombia.

Bautizado en Yarumal al día siguiente de nacer, recibió el sacramento de la confirmación con sólo dos años el 22 de septiembre de 1847 en el antioqueño Girardota, de manos de monseñor Juan de la Cruz Gómez Plata, segundo obispo de Antioquia. Sus cristianos padres, profundamente religiosos y desconfiando de la escuela pública, muy hostil entonces a la Iglesia, corrieron personalmente con su educación. De ellos aprendió no sólo las buenas costumbres sino también a leer y a escribir, en suma los rudimentos de la ciencia. El empeño familiar dio buen resultado, pues el muchacho comenzó pronto a enseñar a otros niños menos afortunados que él. Creció en un ambiente campesino del que recibió profundos e imborrables influjos que habrían de marcar luego la sencillez típica de su vida, la reciedumbre sólida de su espíritu y la absoluta radicalidad de su incondicional y generosa entrega al ministerio entre la humilde gente del campo.

Hasta los 15 años no empezó a estudiar formalmente en un colegio. La vocación sacerdotal se le manifestó a los 16. A partir de entonces fue confiado a la solicitud de su tío Fermín Hoyos, párroco de Girardota, sacerdote de reconocidas virtudes y de señalada ciencia y de notable sabiduría. Con ahínco y perseverancia, el joven emprendió su formación cultural y religiosa. Acompañó a su tío cuando a éste le llegó el traslado en calidad de párroco y vicario foráneo a San Pedro. Mariano pasaba su

vida sencilla, entregada y comprometida, entre la oración, el estudio y el trabajo. Bachiller el año 1860 en el Colegio Nacional de San José de Marinilla (Antioquia), donde estudió matemáticas, geografía, historia y lengua castellana, aprobadas con óptimos resultados, decide ingresar ya de 24 años para hacerse sacerdote en el recién abierto Seminario Conciliar de Medellín el 3 de febrero de 1869, donde se prepara con laudable empeño, señalado provecho y elevado espíritu a la recepción de las órdenes sagradas. A los 26, el 14 de julio (alguien data el 24) de 1872, recibe la ordenación sacerdotal por la imposición de manos del predicho primo suyo monseñor Valerio Antonio Jiménez de Hoyos.

Dijo la primera misa en el templo de San José, Medellín. Inició el ministerio en San Pedro de los Milagros, como coadjutor, hoy se dice vicario cooperador, del tío don Fermín, quien así lo había solicitado del señor obispo. Allí permaneció desde agosto de 1872 hasta abril de 1876, distinguiéndose por la absoluta dedicación a sus deberes sacerdotales, el transparente manejo de los recursos que la feligresía donaba para el culto y una firme y resuelta decisión de emprender grandes obras, como la basílica menor, hoy orgullo y referente religioso de aquella región. Fallecido don Fermín en enero de 1875, le llega el traslado, siempre como vicario cooperador, primero a Yarumal (1876) y luego a Angostura (1876-1878). El 15 de abril de 1876 suena la hora de coadjutor del padre Rudesindo Correa, párroco de Angostura, anciano ya y de precaria salud. El 30 de noviembre de 1878 la de cura en propiedad de Sabanalarga, en el occidente antioqueño (1879-1881), y el 21 de enero de 1882 pasa definitivamente, esta vez en su condición de párroco perpetuo, a su ya conocido y querido Angostura, donde habría de permanecer hasta la muerte el 12 de julio de 1926. Los examinadores diocesanos le reconocieron la ciencia y los conocimientos necesarios para desempeñar aquel oficio pastoral. Apenas toma posesión, se da cuenta de las muchas y no pequeñas dificultades que le aguardan: la primera, construir el templo de la parroquia. Otros lo habían empezado, pero las obras estaban paradas por falta de fondos, dificultades técnicas y amenazas de guerra civil en la región. Tras un paciente y largo año de espera, y luego de supera-

das las dificultades, le fue posible reanudar las obras y concluir pronto la construcción. Durante la guerra tuvo que esconderse varias veces en las montañas o en las cuevas.

En Angostura, valga repetirlo, permaneció hasta su muerte como solícito y celoso pastor del rebaño que se le había encomendado. Su fama de santo se difundió, ya en vida, por toda la comarca. Nada era capaz de frenar sus ilusiones o poner coto a su celo sacerdotal: ni las trabas que le ponía la autoridad civil, entonces muy contraria a la Iglesia, ni las dificultades provenientes del tiempo y del lugar, que no fueron pocas. Su intenso y constante apostolado produjo copiosos frutos, dejando entre la gente, a la hora de su muerte, profunda huella y reconocimiento. Y es que supo hacerse todo de todos en la vida del pueblo, participando y asumiendo como suyas las penas y alegrías de la entera parroquia y alrededores. Para todos en general y cada uno en particular supo siempre mostrarse padre diligente, maestro cercano, consejero de confianza y testigo fiel del amor de Cristo en aquella viña del Señor.

El ejercicio de su misión se hizo muy difícil a causa de las guerras civiles de la época, en las que ciertamente el Estado de Antioquia no llegó a estar muy comprometido, pero tampoco ello supuso en modo alguno quedar inmune del pernicioso influjo impuesto por los conflictos bélicos nacionales. Su trabajo pastoral discurrió especialmente entre los pobres y los humildes, siguiendo al pie de la letra el ejemplo y la enseñanza del divino Maestro, Jesucristo. Siempre demostró predilección por los grupos humanos más al margen de las posibilidades económicas y de los reconocimientos sociales. Desde entonces empieza a ser llamado, en reconocimiento a su constante solicitud por los más desposeídos, «padre Marianito». Sobresalió asimismo por su asistencia a los enfermos, muchos de los cuales recibieron el alivio gracias al don de curación con el que Dios le había agraciado.

Los pobres, a quienes él solía llamar «los nobles de Cristo», eran sus preferidos. No tenía reparo alguno en emplear sus propios bienes para remediar la indigencia de extraños y las penurias de los más débiles. Eran frecuentes sus visitas a los enfermos, y para asistirles estaba dispuesto a cualquier cosa y a

cualquier hora del día o de la noche. Con infinita mansedumbre y acabada sencillez de espíritu se ocupaba de los niños y de los jóvenes para servirles de guía por el camino de las buenas costumbres y de la prudencia. Gran amor el suyo hacia los campesinos, pues le recordaban con su sola presencia que él mismo había sido uno de ellos hasta los 16 años. Estaba muy atento a sus necesidades espirituales y sociales, e incluso a las económicas. Conociendo como conocía a su gente, sabía hablarles al alma, tocarles el corazón, llegarles hasta la fibra más íntima. Era su catequesis sencilla de veras, pero a la vez eficaz. Difundía la buena prensa y enseñaba la doctrina cristiana a todos, ricos y pobres, adultos y niños, hombres y mujeres.

Alentó mucho en su parroquia la práctica religiosa: asistencia a la misa dominical y festiva, rezo del rosario en familia, devoción al Corazón de Jesús, asociaciones católicas, oración por las vocaciones. Hizo además algunas obras materiales dignas de nota, como: la conclusión de la iglesia parroquial, su propia casa curato, el campanario, las ermitas de la Virgen del Carmen y de San Francisco y el cementerio, obras unas y otras que contribuyeron ni se sabe a despertar y sostener la vida cristiana de los fieles. Vivía una vida pobre, austera, mortificada, a lo Santo Cura de Ars, y sobresalía por la constancia en la oración, raíz de su apostolado y vida sacerdotal. Muy devoto de la Eucaristía, de la Santísima Virgen, de los Ángeles y de los Santos, amaba con increíble ardimiento y entrañable ternura a Dios Padre, por cuya gloria trabajó siempre. De aquí nacía su afán por salvar las almas de sus parroquianos y del mundo entero. Durante años y años disfrutó de buena salud, lo que también le permitió practicar la mortificación con penitencias y constantes ayunos hasta que, al fin, le sobrevino una grave infección de la vejiga y una fuerte inflamación de la próstata. A mediados de junio de 1926 no tuvo más remedio que guardar cama. El 12 de julio sufrió un ataque de enteritis que se lo llevó. Tan grande y radical era su pobreza que ni la ropa necesaria para cambiarse tenía. Los que le cuidaban tuvieron que acudir a la caridad de la gente para poder asistir al enfermo como convenía. Cercano el final, dijo él entonces: «Ya he vivido bastante. Ahora mi deseo más grande es unirme a mi Jesús».

La intensidad de su trabajo y su avanzada edad habían debilitado sensiblemente su salud. A los ochenta bien cumplidos, frisando ya casi con los ochenta y uno, y después de casi cuarenta y tres de dedicación pastoral a la parroquia de Angostura, fue llamado este siervo bueno y fiel a la casa del Padre. Las exequias concitaron el íntimo dolor de la feligresía, encargada de transmitir a las sucesivas generaciones el respeto por las virtudes y la obligación de la debida alabanza a Dios ante los innumerables favores concedidos por intercesión de aquel siervo suyo. El tránsito fue justo cuarenta y seis años después de su ordenación sacerdotal. El 13 de julio de 1926 se le dio cristiana sepultura en la capilla de la Virgen del Carmen, de Angostura, que él mismo había hecho construir. Su muerte fue muy sentida por el pueblo, que acudió en pleno a los funerales junto con varios sacerdotes y las autoridades. Diez años después, 11 de julio de 1936, sus restos fueron trasladados al templo parroquial. Cuando la exhumación, el cuerpo había aparecido momificado, lo que dio pie a incrementar, si cabe, más aún la fe que ya se venía propagando entre las gentes por Angostura y alrededores. Y empezaron a surgir los milagros. Se le había considerado santo ya en vida, pero con el reconocimiento de sus virtudes en grado heroico y la aprobación del milagro, requisitos previos a la beatificación, la Iglesia podía corroborar lo que el pueblo fiel había sentido y propagado desde su muerte.

El 10 de octubre de 1980, en efecto, la Congregación para la Causa de los Santos acoge el proceso de beatificación y el 3 de mayo de 1981 es proclamada la heroicidad de sus virtudes. Diez años después, el 3 de marzo de 1990, empieza a dársele el título de Venerable. El 26 de marzo de 1999, son leídos ante Juan Pablo II los decretos de aprobación de milagros donde está el correspondiente al «padre Marianito» y el 5 de junio del mismo 1999 el Santo Padre señala el domingo 9 de abril del año jubilar 2000 para la ceremonia de beatificación en la plaza de San Pedro. El Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos se convierte así, para la Iglesia de Colombia, en permanente estímulo a una profunda renovación espiritual. Su gran mensaje proclama que la vocación del cristiano es la santidad. No se trata, pues, como suele suceder equivocadamente con los santos, de un hombre

más de esa exultante leyenda que desborda las fronteras de la imaginación, sino de un personaje de carne y hueso, de alegrías y dolores, de gozos y padecimientos, sencillo, alegre, accesible, que supo asumir con altura de miras y mortificante rigor el peso de su ministerio sacerdotal. El feliz acontecimiento de aquella beatificación sigue siendo para los colombianos un acicate a encontrar esa paz que nace de lo más hondo del alma cuya fúlgida corona es la santidad. Ser cristiano, pues, implica la obligación de ser santo.

El presbítero Rafael Gildardo Vélez Saldarriaga, de la diócesis de Santa Rosa de Osos, en Antioquia, fue el agraciado del milagro para la beatificación. La curación de un cáncer linfático permitió que los científicos de la comisión médica de la Congregación para la Causa de los Santos, dictaminaran que sólo un milagro podría haberlo salvado. En 1983 el padre Vélez fue operado de un tumor canceroso en la próstata. Cuatro años después quedó postrado en cama y le diagnosticaron cáncer linfático, incurable. Durante los meses siguientes visitó a cinco médicos y todos le dieron poco tiempo de vida. Su hermano en religión, el padre Hernán, le administró la santa unción de los enfermos. Él se encomendó al padre Marianito y empezó a rezarle la oración que figuraba en su fotografía.

La tradición oral de Angostura da cuenta y no para de prodigios y milagros obrados por nuestro beato. Dicen, por ejemplo, que en cierta ocasión el padre Marianito estaba en el atrio escuchando a uno de sus feligreses cuando vio a un ángel que caía, elevó sus manos al cielo y dio la bendición. En medio del tumulto ante la terrible escena de ver caerse de un balcón a Carmen Trujillo Cárdenas, la niña se levantó y corrió hacia su casa. Un prodigio similar al de otros santos, verbigracia San Juan de Sahagún. Cuentan asimismo que José Quintero pagó el entierro, agradecido porque el Padre le curó una grave herida con sólo hacerle la señal de la cruz con su dedo humedecido en saliva. Conversiones, solución a problemas familiares, curaciones, consecución de trabajo, exorcismos y hasta conjuros contra plagas de langostas, ratas y hormigas se le atribuyen sin cesar.

Diagnosticado un cáncer hepático al padre John Jairo Yepes Agudelo, de 41 años, párroco en Ebejico, Antioquia, el médico

internista que lo trató llamó de inmediato a la familia para informar de la dolorosa noticia. La familia no se conformó con el dictamen y solicitó una videoendoscopia. Y empezaron las oraciones a Dios para que por intercesión del Padre Marianito echase una manita al enfermo. A los dos días le remitieron a la clínica Las Américas y mientras esperaba a que le hicieran el examen vino a su encuentro el párroco de Angostura, Antonio Posada, con una medallita del beato. Entró a la videoendoscopia con la medallita bien apretada en la mano. El resultado fue un cálculo, del que al día siguiente, una vez operado, se recuperó completamente.

A preguntas de los periodistas, los familiares íntimos del padre Marianito se sentían abrumados de agasajos y declaraciones por los días de la beatificación:

«El ejemplo que tenemos que dar al país es impresionante. Nuestra contribución a la gran labor de la diócesis ha sido patrocinar estampitas con su biografía en cuatro idiomas», dijo un sobrino nieto suyo, Gerardo Euse Hoyos.

El mayor de los Euse Hoyos —con los mismos apellidos porque los abuelos eran primos hermanos—, Mariano de Jesús, vive en Santa Rosa de Osos y allí le comentan a diario historias de milagros.

«En los últimos tiempos —dice— me han llegado por lo menos veinte casos de matrimonios que no habían podido tener hijos años y años y hoy muestran orgullosos y reconocidos a sus primogénitos».

El más contemporáneo a la beatificación que Mariano tuvo fue cuando la camioneta en que viajaba fue retenida por el ELN, carretera de Doradal.

«Antes de que nos hicieran bajar del carro y se lo llevaran con su conductor, apreté la estatuilla del padre, que estaba pegada al tablero y le recé, dice. A las dos horas regresaron con el hijo del dueño del vehículo».

A Bertha, su esposa, le curó la pierna con tromboflebitis, siendo así que la úlcera era tan severa que estaba a punto de gangrenarse.

El ambiente del pueblo en vísperas de la beatificación era, como es lógico, cordial y festivo. Al entrar en el casco urbano,

se veía por encima de las estrechas callejuelas, esbelta y airosa, la iglesia que durante cuarenta y tres años Mariano de Jesús Euse Hoyos, el padre Marianito, había dirigido. Se notaba una rara atmósfera de devoción. Nada parecía haberse alterado con el paso del tiempo desde 1936, cuando empezó a venerarse el cuerpo incorrupto de Marianito, que en 1990 la Iglesia dispuso guardar mientras se aprobaba la beatificación. En cada casa hay un altar; en cada billetera y en cada bolsillo, un llavero con su imagen. En el quiosco del centro del parque, donde aún se escucha música de Los Cuyos y se toma el tinto con aguardiente en la madrugada —para matar el gusanillo y hacer frente al frío que baja de las montañas—, sólo se habla de los favores, milagros, curaciones y hasta exorcismos que hizo y sigue haciendo el padre Marianito.

Juan Pablo II exteriorizó su alegría de elevar a la gloria de los altares a algunos nuevos beatos en el marco de las celebraciones del Año Santo 2000. Cinco confesores de la fe, precisó, que anunciaron a Cristo con su palabra y dieron testimonio de él con su incesante servicio a los hermanos: Mariano de Jesús Euse Hoyos, sacerdote diocesano y párroco; Francisco Javier Seelos, sacerdote profeso de la congregación del Santísimo Redentor; Ana Rosa Gattorno, viuda, fundadora del instituto de las Hijas de Santa Ana; María Isabel Hesselblad, fundadora de la orden de las religiosas del Santísimo Salvador; y María Teresa Chiramel Mankidiyan, fundadora de la congregación de la Sagrada Familia.

Seguir y servir según el lema de Jn 12,26 fueron las dos palabras clave del Evangelio de la ceremonia de beatificación. Seguir fielmente a Jesucristo en el ejercicio abnegado del ministerio fue la base sobre la que cimentó el padre colombiano Mariano de Jesús Euse Hoyos toda su piedad. Desde su íntima experiencia de encuentro con el Señor, vivió el renovado compromiso de evangelizar a niños y adultos, especialmente campesinos. No se ahorró sudores, ni sacrificios ni penalidades, entregado de cuerpo y alma durante casi cincuenta años, en la modesta parroquia de Angostura, a la gloria de Dios y al bien de las almas que le habían sido encomendadas.

El suyo fue luminoso testimonio de caridad, comprensión, desgaste, solidaridad y perdón, un servicio de veras impagable

para la querida nación colombiana y también un valioso estímulo a seguir trabajando sin concederse tregua ninguna por la paz y la reconciliación total en ese amado país.

«Si el 9 de abril de hace cincuenta y dos años marcó el inicio de violencias y conflictos, que por desgracia todavía duran, que este día del año del gran jubileo —proseguía el Papa— señale el comienzo de una etapa en la que todos los colombianos construyan juntos la nueva Colombia, fundamentada en la paz, la justicia social, el respeto de todos los derechos humanos y el amor fraterno entre los hijos de una misma patria».

Aun perteneciendo a tierras y culturas diversas, formamos en Cristo un solo pueblo, una sola Iglesia, un mismo edificio espiritual, del que los santos son piedras brillantes y sólidas. El Papa quiso rendir así gracias a Dios por el espléndido testimonio de los nuevos beatos y animó a contemplarlos a la luz de la Pascua. Durante el rezo del Ángelus evocó la dimensión mariana del acto:

«María, Reina de los confesores —afirmó—, nos ayude a seguir a su divino Hijo, como hicieron los nuevos beatos», de quienes impetró su intercesión para que, «participando íntimamente en la pasión redentora de Cristo, como ellos, la Iglesia entera se beneficie del poder intercesor de estos ilustres hijos suyos y viva la fecundidad de la semilla que muere y es acogida como cosecha en el reino de los cielos».

La homilía de la beatificación es significativa.

«“Queremos ver a Jesús” (Jn 12,24). Ésta es la petición que hacen a Felipe algunos griegos que habían subido a Jerusalén con ocasión de la Pascua. Su deseo de encontrarse con Jesús y escuchar su palabra suscita una respuesta solemne de Cristo: Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre (Jn 12,23). ¿Cuál es esta hora a la que Jesús alude? El contexto lo aclara: es la hora misteriosa y solemne de su muerte y su resurrección. Ver a Jesús. Como aquel grupo de griegos, innumerables hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, han deseado conocer al Señor. Lo han visto con los ojos de la fe. Lo han reconocido como Mesías, crucificado y resucitado. Se han dejado conquistar por él y se han convertido en sus discípulos fieles. Son los santos y los beatos que la Iglesia señala como modelos para imitar y ejemplos para seguir».

«Mientras prolongamos la alegría de la celebración de ayer —dijo en la audiencia del lunes 10 de abril de 2000 el Papa a los peregrinos llegados a Roma para la beatificación—, tenemos la oportunidad de dirigir nuestra mirada, con mayor veneración, a los

nuevos beatos, para profundizar algunos aspectos de su testimonio. Deseo saludar muy cordialmente a todos los peregrinos venidos para participar en la beatificación del sacerdote colombiano Mariano de Jesús Euse Hoyos. Saludo a los señores cardenales, a los obispos, sacerdotes y fieles colombianos, que dan gracias a Dios por las maravillas que ha obrado por medio del padre Marianito. Sacerdote profundamente dedicado a su misión, fue siempre guiado por una fe sólida, arraigada en la vida y comprometida en favor de los demás. Fue misericordioso y muy cercano con todos, especialmente con los pobres y necesitados. Su fama perdura entre vosotros y es un ejemplo a imitar especialmente en este momento crucial de la historia de vuestra querida patria.

«Quisiera que la figura radiante del beato Mariano Euse apareciera a los ojos de toda la sociedad colombiana como “un don de paz” en el marco de este Año jubilar. Colombia alcanzará la paz si respeta siempre y en todas partes el sagrado e inviolable derecho a la vida. La paz, don de Dios, es también tarea del hombre. Por eso, todos los colombianos, sin excepción alguna, han de colaborar en construirla, rechazando toda forma de violencia, luchando contra la pobreza, el hambre, el desempleo, los conflictos armados, los secuestros de personas, el narcotráfico y la degradación de la naturaleza».

Pidió que:

«El luminoso testimonio de caridad, comprensión, servicio, solidaridad y perdón [del padre Marianito] sea de ejemplo en Colombia y también una valiosa ayuda para seguir trabajando por la paz y la reconciliación total en ese amado país [...] Si el 9 de abril de hace cincuenta y dos años marcó el inicio de violencias y conflictos, que por desgracia duran aún, que este día del año del Gran Jubileo señale el comienzo de una etapa en la que todos los colombianos construyan juntos la nueva Colombia, fundamentada en la paz, la justicia social, el respeto de todos los derechos humanos y el amor fraterno entre los hijos de una misma patria» —comentó refiriéndose al dramático «Bogotazo».

Por decreto ley del 30 de julio de 2001 el Congreso de Colombia declaró monumento nacional y patrimonio histórico el Templo Parroquial Nuestra Señora de Chiquinquirá, ubicado en el municipio de Angostura, departamento de Antioquia, en la diócesis de Santa Rosa de Osos, otorgándole el nombre de «Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos». Dispuso igualmente publicar a cargo del presupuesto de la honorable Cámara de Representantes, en cinco mil ejemplares, la recopilación que el comité de beatificación había hecho de la obra espiritual, realiza-

ciones materiales y acciones carismáticas del Beato Mariano de Jesús Euse Hoyos. Determinó, por último, colocar una placa de mármol con el texto de la presente ley, así como renovar todos los años la apropiación presupuestaria con el fin de dar permanente vitalidad y conservación a dicho monumento. Gloria de Colombia y preclaro hijo de la Iglesia, el Padre Marianito es ya, elevado a los altares, una clara prueba de hasta dónde puede llegar la grandeza de la sencillez.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

AAS 92 (2000) 845; 847.

Biblioteca electrónica cristiana: www.multimedios.org.

CONGRESO DE COLOMBIA, Ley 667 de 2001, en *Diario Oficial*/N.º 44.503 (30-7-2001).

JARAMILLO, E., *El libro del admirable padre Marianito, cura de Angostura* (Río Negro 2000).

Martyrologium romanum, o.c., 369, n.14; 734.

PALACIO, A. E., *Marianito tal cual* (Santa Rosa de Osos 2001).

RAMÍREZ, M. A., «Padre Marianito»: *El Tiempo* (9-4-2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO HROZNATA

Religioso y mártir († 1217)

Hroznata, nacido en Teplá hacia el año 1160, fue un relevante caballero de la corte de Otocar I de Bohemia, brillante como militar y como político. Casado y con un hijo, aunque muy pronto su hijo y su esposa fallecieron, lo que llenó a Hroznata de un intenso dolor, que le hizo dejar la corte.

Vuelto a Teplá fundó un monasterio premonstratense y se cruzó para ir a la cruzada que se anunciaba y visitar los santos lugares, a lo que se obligó con voto. Como la cruzada no tuvo lugar, el papa le conmutó el voto por la construcción de una nueva casa religiosa. Entonces fundó un monasterio femenino de premonstratenses en Chotesov (1200).

Repensando su sitio en la vida, decidió ingresar él mismo en la vida religiosa y se hizo premonstratense en su pueblo en calidad de hermano lego. Se le encargó la administración de los

bienes temporales del monasterio. Estaba ocupado en la recuperación de algunas tierras a las que el monasterio pretendía tener derecho cuando fue cogido preso por los detentores de las tierras y retenido en Stáry Kynsperk, pidiendo sus captores un rescate para dejarlo libre. Pero, a consecuencia de los malos tratos y la inanición, murió antes de que el rescate llegara. Enterrado en la abadía de Teplá, el pueblo lo tuvo por santo y por mártir en defensa de las inmunidades de la Iglesia. Murió el 14 de julio de 1217. Su culto fue confirmado el 16 de septiembre de 1897 por León XIII.

SANTA TOSCANA

Viuda († 1344)

Nació a mediados del siglo XII en Zevio, junto a Verona. Contrajo matrimonio con Alberto Conoculi, que era veronés. Se dice que en su matrimonio guardó castidad por acuerdo de ambos cónyuges.

Muerto su marido, decidió vivir en pobreza para seguir más de cerca a Jesucristo y vendió todos sus bienes y los repartió a los pobres, lo que su familia llevó muy a mal.

El año 1314 se fue a vivir a Verona, residiendo en una cabaña en la colina llamada San Zenón al Monte. Aquí se dedicó a la asistencia de los pobres y abandonados, que visitaba asiduamente, y servía en sus propias casas. Igualmente era asidua al hospital de San Juan de Jerusalén, donde servía con gran caridad a los enfermos y los consolaba en su tribulación. Y dedicada a estas obras de misericordia pasó el resto de su vida hasta que murió el 14 de julio del año 1343 o 1344. El pueblo la ha venido venerando como santa.

BEATA ANGELINA DE MARSCIANO

Religiosa († 1435)

Hija de los condes de Marsciano, nace en Monte Giove, junto a Orvieto, el año 1377, y es educada esmeradamente por su buena madre, a la que tiene el dolor de perder cuando sólo tenía

12 años. Pensaba ella consagrar a Dios su virginidad cuando su padre le propone matrimonio con el conde de Civitella. Ella rehúsa de momento, pero ante la insistencia del padre, decide acceder. Celebrado el matrimonio, se dice que ella logra convencer a su esposo para guardar perpetua castidad. El matrimonio fue feliz pero duró sólo dos años porque el conde murió al cabo de este tiempo.

Angelina ingresa en la Orden Tercera de San Francisco y con sus amigas se dedica a una vida de oración y buenas obras, atendiendo a los necesitados y haciendo un intenso apostolado con las jóvenes descarriadas o a punto de descarriarse, labor que se extiende a todo su condado. Pero personas mal intencionadas la acusan ante el rey de Nápoles, Ladislao, y éste la manda comparecer. Pero Angelina sabe dar respuesta adecuada a todas las objeciones que a su apostolado se hacían. De momento no pasa nada pero a poco sus acusadores vuelven a la carga y logran que el rey la destierre de Civitella.

Entonces vende Angelina sus bienes personales, no reservándose sino lo necesario para su sustento y el de siete compañeras que van a compartir su destierro. Marcha a Asís, donde visita la tumba de San Francisco, y allí tiene la inspiración de fundar en Foligno un monasterio de monjas de la Tercera Orden de San Francisco que se dediquen a la instrucción y formación de las jóvenes. Así lo hace con licencia del obispo de Foligno y funda el monasterio de Santa Ana, que muy pronto se llena de otras almas que quieren compartir el ideal. Angelina extenderá su obra. Otros dieciséis monasterios serán fundados por ella, y en todos ellos florecerá el espíritu religioso y la obra apostólica emprendida. Ella edificó a cuantos la trataban por su pureza angelical, su caridad, su humildad, modestia y celo cristiano. Murió en Foligno el 14 de julio de 1435. El papa León XII confirmó su culto el 8 de marzo de 1825.

BEATO RICARDO LANGHORNE

Mártir († 1679)

Ricardo Langhorne era un acreditado abogado londinense del Inner Temple, y además de ser persona estudiosa y culta era

un convencido católico, que precisamente por ser conocido como tal y ser prominente dentro del catolicismo inglés, fue elegido por Titus Oates para acusarlo de sedición y complot contra el rey cuando lanzó sus falsas acusaciones sobre una supuesta conjura papista contra la vida del rey.

El 7 de octubre de 1678 Ricardo, acusado formalmente por Titus Oates, fue arrestado y encerrado en la cárcel de Newgate, donde estuvo muy estrechamente guardado hasta que el sábado 14 de junio de 1679 fue llevado a juicio en el Old Bailey. Aquí Oates y otros acusadores falsos le presentaron como el jefe de la conjura y que pensaba sacar partido personal de la rebelión si ésta hubiese conseguido sus objetivos. Uno de los acusadores, Bedloc, juró que lo había visto registrar cartas rebeldes concernientes a la conjura.

Ricardo se defendió haciendo ver la inconsistencia de las acusaciones y cómo se basaba en testimonios que se contradecían con otros alegados por él. Pero no le valió. Él y los cinco jesuitas acusados con él fueron condenados a muerte bajo la acusación de traidores. Difirieron un mes la ejecución de la sentencia en la esperanza de que él diera los nombres de otros implicados en la supuesta conjura. El mes pasó inútilmente porque Ricardo en la cárcel se dedicó a la oración y a prepararse para la muerte.

El 14 de julio de 1679 fue llevado a la plaza londinense de Tyburn. Subió al patíbulo y le dijo a la gente allí congregada que había recibido promesa de tierras y honores si abandonaba su catolicismo, pero que él había rehusado cambiar su religión. Proclamó que él era leal al rey y que no lo había traicionado nunca. Cuando el verdugo le colocó la soga alrededor del cuello, el mártir besó la soga y dijo: «Jesús bendito, en tus manos encomiendo mi alma y mi espíritu. Llévame ahora al paraíso. Yo deseo estar con mi Jesús». Seguidamente fue ahorcado, destripado y descuartizado. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATO GHEBRA MIGUEL

Presbítero y mártir († 1855)

Era natural de Dibo, Etiopía, donde nació en 1791. A los 25 años se hizo monje en su religión copta y se dedicó a la enseñanza. Maestro en la escuela de Gondar, fue en su tiempo el más distinguido teólogo. Por su amor a la verdad, estaba en crisis en él el monofisismo, pero no se había planteado nunca pasar al catolicismo romano.

Fue un viaje a Roma con motivo de haber ido anteriormente a El Cairo en la delegación que pedía al patriarca copto un nuevo obispo para Etiopía el que le puso en contacto con la religión católica. También visitó Jerusalén. Volvió decidido a pasar a la fe calcedonense y a hacerlo personalmente si no quería hacerlo el nuevo obispo designado.

San Justino de Jacobis lo recibió en el seno de la Iglesia y desde su conversión Ghebra Miguel decidió acompañarlo y ser su ayudante. Estudia teología y el santo obispo Jacobis lo ordena presbítero. Decide adherirse también a la misma Congregación de la Misión a la que el obispo pertenecía. Profesor en el seminario católico, publicista de libros en etíope, organizador de la apologética frente a los ataques coptos, hizo cuanto pudo por ser útil a la comunidad católica y contribuir a su expansión.

El obispo copto se quejó al emperador Teodoro del éxito que tenía el obispo católico y junto a él Ghebra Miguel. Esto trajo el arresto del sacerdote en 1854 y su detención en la cárcel a lo largo de trece meses. Juzgado, es condenado a muerte pero el cónsul inglés logra que se le conmute la pena por cadena perpetua. Se procuró entonces su apostasía y para ello fue atormentado terriblemente, sin que el sacerdote se echara atrás, y entonces fue obligado a seguir al rey en sus desplazamientos, yendo a pie y pasando muchas penalidades. Contrajo finalmente una disentería y, como consecuencia, falleció en Cerecca-Ghebaba el 14 de julio de 1855. Fue beatificado por el papa Pío XI el 3 de octubre de 1926.

COPIA DE LA

del abogado licenciado
donde se encuentra y en

SAN JUAN WANG GUIXIN

Mártir († 1900)

Juan Wang Guixin (Wang Koei-Tsu) era hermano del mártir José que se conmemora el 13 de julio. También casado y padre de familia, al saber los horrores que practicaban los boxers llevó su familia a la población de Chan-Kia-Tchoang, donde la dejó encomendada a la misericordia de Dios, y volvía a su pueblo junto con su hermano cuando en Nankong fue delatado a los boxers que allí mataron a su hermano. Él pudo huir y llegó a Ceu-ly-pu, pero fue localizado y llevado ante el mandarín local, que intentó salvarlo y le propuso para ello que disimulara su religión. Pero como se negaba a nada que pudiera significar renegar de ella, hubo de ser entregado a los boxers. Lo sacaron fuera de la población mientras el mártir rezaba en voz alta y fue decapitado. Era el 14 de julio de 1900. Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

15 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Lyon, San Buenaventura († 1274), obispo y cardenal, de la Orden de Menores, doctor de la Iglesia **.
2. En Puerto Romano, santos Eutropio, Zósima y Bonosa (fecha desconocida), mártires.
3. En Cartago, en la basílica de Fausto, San Félix († 303), obispo de Thibiuca, mártir *.
4. En el mismo sitio, santos Catulino († 303), diácono y mártir, y demás mártires que descansan en la basílica de Fausto.
5. En Alejandría de Egipto, santos Felipe y diez niños († s. IV), mártires.
6. En la isla de Tenedos, en el Helesponto, San Abudemio († s. IV), mártir.
7. En Nísibe (Mesopotamia), San Santiago († 338), primer obispo de esta sede *.
8. En Roermond (Brabante), San Plequelmo († 713), obispo.
9. En la abadía de Senones, en los Vosgos, San Gumberto († 790), corepiscopo.

10. En Tesalia, el tránsito de San José († 832), obispo de Tesalónica *.
11. En Nápoles, San Atanasio († 872), obispo.
12. En Kiev (Rusia), San Vladimiro († 1015), príncipe, que al bautizarse tomó el nombre de Basilio **.
13. En Ratzeburgo (Dinamarca), San Ansüero († 1066), abad, y veintiocho compañeros, monjes y mártires *.
14. En Västeras (Suecia), San David († 1080), obispo *.
15. En Breslau (Silesia), Beato Ceslao († 1242), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
16. En Moncalieri, San Bernardo († 1458), margrave de Baden *.
17. En aguas de Canarias y a bordo de la nave Santiago, beatos Ignacio Azevedo († 1570) y treinta y ocho compañeros de la Compañía de Jesús [Mártires de Brasil], martirizados por los piratas calvinistas. Los nombres de los compañeros son: Diego de Andrade, presbítero; Gonzalo Henriques, diácono; Antonio Soares, Benito de Castro, Juan Fernández (I), Manuel Álvarez, Francisco Álvarez, Juan de Mayorga, Esteban Zudaire, Alfonso de Baena, Domingo Fernández, otro Juan Fernández (II), Alejo Delgado, Luis Correia, Manuel Rodríguez, Simón López, Manuel Fernández, Álvaro Mendes, Pedro Núñez, Luis Rodríguez, Francisco de Magallanes, Nicolás Dinis, Gaspar Álvarez, Blas Ribeiro, Antonio Fernández, Manuel Pacheco, Pedro de Fontoura, Andrés Gonçalves, Amaro Vaz, Diego Pires, Marcos Caldeira, Antonio Correia, Fernando Sánchez, Gregorio Escribano, Francisco Pérez de Godoy, Juan de Zafra, Juan de San Martín, religiosos, y un Juan («Agregado») que iba con ellos **.
18. En Campi Salentina (Italia), San Pompilio María Pirrotti de San Nicolás († 1766), presbítero, de la Orden de los Clérigos de las Escuelas Pías **.
19. En Rochefort, en la nave en que estaba detenido, Beato Miguel Bernardo Marchand († 1794), presbítero y mártir *.
20. En Nam-Dinh (Tonkín), San Pedro Nguyen Ba Tuan († 1838), presbítero y mártir, a quien dejaron morir de hambre en la cárcel *.
21. En París (Francia), Beata Ana María Javouhey († 1851), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de San José de Cluny **.
22. En My Tho (Cochinchina), San Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong) († 1855), mártir *.
23. En Bielsk Podlaski (Polonia), Beato Antonio Beszta-Borowski († 1943), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BUENAVENTURA

Obispo y doctor († 1274)

San Buenaventura —Juan de Fidanza— nació en Bañorea (Bagnoreggio), pequeña ciudad italiana en las cercanías de Vi-

terbo. Un hecho milagroso ilumina su niñez como prenuncio de lo que sería su vida. Estando gravemente enfermo, su atribulada madre lo encomendó y consagró a San Francisco de Asís, por cuya intercesión y méritos recuperó la salud. Llegado a los umbrales de la juventud se afilió a la Orden fundada por su bienhechor, atraído, según el mismo santo confiesa, por el hermoso maridaje que entre la sencillez evangélica y la ciencia veía resplandecer en la Orden franciscana. En las aulas de la universidad de París, a la sazón lumbrera del saber, escuchó las lecciones de los mejores maestros de la época a la vez que atendía con ardoroso empeño a su formación espiritual en la escuela del «pobrecillo de Asís». Sus bellas cualidades de mente y corazón, perfeccionadas por la gracia, le atrajeron la simpatía y admiración de sus maestros y condiscípulos. Alejandro de Hales decía que parecía no haber pecado Adán en Buenaventura. Durante un decenio enseñó en París con aplauso unánime. Y, cuando apenas contaba treinta y seis años, la Orden, reunida en Roma en capítulo, le eligió por su ministro general el 2 de febrero de 1257.

A lo largo de dieciocho años viajará incansable a través de Francia e Italia, llegando a Alemania por el norte, y por el sur a España; celebrará capítulos generales y provinciales y proveerá con clarividencia a las necesidades de la Orden, para entonces extendida por todo el mundo antiguo conocido, en cuanto a la legislación y a los estudios, y sobre todo en cuanto a la observancia de la regla, para la que señaló el justo término medio, equidistante del rigorismo intransigente y de la relajación condenable. Sus normas de gobierno son en lo substancial válidas aún hoy, después de siete siglos. Con toda razón puede llamársele en cierto sentido el segundo fundador de la Orden de Francisco de Asís, del que escribió, a petición de los frailes, una biografía, modelo en el género por la serenidad crítica, amor filial y arte literario que la hermosean.

Predicaba con frecuencia impulsado de su celo por el bien de las almas. Papas y reyes, como San Luis, rey de Francia, universidades, corporaciones eclesiásticas y especialmente comunidades religiosas de ambos sexos eran sus auditorios. Los papas le distinguieron con su aprecio, consultándole en cuestiones

graves del gobierno de la Iglesia. Gregorio X, que por consejo del santo había sido elevado al sumo pontificado, nombróle cardenal, le consagró obispo él mismo y le retuvo a su lado para preparar el segundo concilio ecuménico de Lyón, en el que el Seráfico Doctor dirigió los debates y por su mano se realizó la unión de los griegos disidentes a la Iglesia de Roma. Fue el remate glorioso de una vida consagrada al bien de la Iglesia y de su Orden. Pocos días después, el 15 de julio de 1274, entregaba a Dios su bendita alma en medio de la consternación y tristeza del concilio, que se había dejado ganar por el irresistible encanto de su personalidad y por la santidad de su vida. El Papa mandó —caso único en la historia— que todos los sacerdotes del mundo dijeran una misa por su alma.

Si fue ingente la acción de San Buenaventura como hombre de gobierno, viendo los once gruesos volúmenes in folio de sus obras, hay que convenir que no fue inferior la que desarrolló en el aspecto científico. En los años de docencia en la universidad parisiense escribió comentarios a la Biblia y a las *Sentencias* de Pedro Lombardo. De la época de su gobierno nos quedan obras teológicas, apologías en que defiende la perfección evangélica y las órdenes mendicantes de los ataques de sus adversarios, muchos centenares de sermones y opúsculos místicos; algunos, como el *Itinerario del alma a Dios*, son joyas inapreciables de la mística de todos los tiempos. En sus obras hallamos la síntesis definitiva del agustinismo medieval y la idea de Cristo centro de la creación, y además la síntesis más completa de la mística cristiana. Todo ello presentado con claridad y precisión escolásticas, a la par que en un estilo armonioso y elegante, como de maestro, no sólo en las ideas, sino también en el decir. Sobre todas las otras cualidades de que están sus escritos adornados resalta una peculiar fuerza divina que el papa Sixto IV descubre en sus obras que arrastra y enfervoriza a las almas. Es la unción espiritual que rezuman todas sus páginas. Y no podía ser de otra manera, ya que la ciencia bonaventuriana no es frío ejercicio de la inteligencia, sino sabiduría, sabor de la ciencia sagrada vivida y practicada. Es, pues, muy comprensible el influjo inmenso del magisterio del santo doctor en la posteridad. Ideas y estímulos han bebido a caño libre en sus páginas maestros de

la espiritualidad y almas sedientas de perfección. También en nuestra patria han sido editados repetidamente sus opúsculos auténticos y aun los espurios, pero inspirados en su espíritu o compuestos con retazos de sus obras.

En medio de actividad tan desbordante el ministro general de la Orden seráfica fue ascendiendo por las vías de la santidad hasta su cumbre más cimera. No es solamente un teólogo que puede dar razón adecuada de los fenómenos místicos merced a los profundos conocimientos que de la ciencia sagrada posee. Es parejamente un varón experimentado, que ha vivido, por lo menos, algunos de los fenómenos que analiza. Se juntan, por tanto, en su persona ciencia y experiencia. Mas no vaya a creerse que, antes de pisar las alturas de la unión mística, no tuviera el Doctor Seráfico que mantener recias luchas consigo mismo y con sus torcidas inclinaciones. Nada más aleccionador que la Carta que contiene veinticinco memoriales de perfección, breve código ascético, de valor inestimable por lo que de autobiográfico encierra. Leyéndola se columbran los esfuerzos que hizo para desligar su corazón de todo afecto desordenado de las criaturas y lograr una extremada exquisitez de conciencia y se entrevén sus progresos en el ejercicio de las virtudes. Entre sus virtudes preferidas están la humildad y la pobreza, la oración, la mortificación y la paciencia. Una ingenua leyenda, no comprobada, nos lo muestra lavando la vajilla conventual en el preciso momento en que llegan con las insignias cardenalicias los enviados del Papa. Si el hecho no es real, simboliza exactamente la humildad del santo en medio de los mayores éxitos y honores. En el desempeño de su cargo brillaron su prudencia, su humilde llaneza y amor de padre en atender a sus súbditos de cualquier categoría que fuesen. La piedad bonaventuriana es marcadamente cristocéntrica y mariana. Puso todo su empeño en imitar a Cristo, camino del alma. La pasión sacratísima era el objeto preferido de sus meditaciones y amores seráficos. Todos los días dedicaba un obsequio especial a la Virgen Santísima y en honor suyo ordenó a sus religiosos que predicasen al pueblo la piadosa costumbre de saludarla con el rezo del Ángelus. Tenerle devoción equivalía para el santo a imitarla en su pureza y humildad.

El papa Sixto IV le canonizó el año 1482. En 1588 Sixto V le proclamó doctor de la Iglesia, asignándole el título de Doctor

Seráfico. El sapientísimo León XIII le declaró príncipe de la mística; y Pío XII exhortaba a los cultivadores de las ciencias eclesiásticas con palabras de San Buenaventura a unir el estudio con la práctica y la unción espiritual.

Grandiosa fue la actividad del Santo de Bañorea como sacerdote, como prelado y como sabio. Pero ni la ciencia ni la acción secaron su espíritu. Espoleado de abrasante amor a Dios y al prójimo, vivió una intensa vida interior, savia que empapaba toda su actividad de efluvios sobrenaturales. Secreto resorte de todo dinamismo sobrenaturalmente fecundo ha sido siempre una robusta vida interior. Es la lección perenne que el santo nos brinda con las enseñanzas de su magisterio y el ejemplo de su vida. Es el camino que con gesto amable y persuasivo señala a las almas que no quieran dejarse arrastrar por este mundo ahito de técnica, de adelantos, de prisas y velocidades supersónicas, amenazado, en cambio, de un espantoso vacío interior.

JUAN MESEGUER, OFM

Bibliografía

- GRATIEN DE PARÍS, OFM CAP, *Historia de la fundación y evolución de la Orden de Frailes Menores en el siglo XIII* (Buenos Aires 1947).
- LONGPRÉ, E., «Bonaventure, Saint», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*. IX: *Bishop-Bonilli* (París 1937) cols.742-788.
- «Bonaventure, Saint», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique*. I: *AA-Byzance* (París 1937) cols.1768-1843.
- Obras de San Buenaventura*. Ed. bilingüe, 6 vols. (Madrid 1945-1949).
- LÓPEZ, A. - CASTRO, M., «San Buenaventura en la bibliografía española»: *Archivo Ibero-Americano* 16 (1921) 342-399; 2.ª época 11 (1951) 317-342.
- Actualización:
- CARPENTER, CH., *San Buenaventura. La teología como camino de santidad* (Barcelona 2002).
- CASTRO, M. DE - HUERGA, A. - ANDRÉS MARTÍN, M., *San Buenaventura* (Madrid 1976).

SAN VLADIMIRO EL GRANDE

Príncipe († 1015)

Vladimiro Sviatoslavich, San Vladimiro el Grande. Con este título se le conoce en todas las biografías. Príncipe ruso nacido hacia el año 960. Era nieto de Santa Olga, bautizada el año 955, e hijo del gran duque Sviatoslav de Kiev —de sangre norman-

da— y de una esclava de origen eslavo llamada Malfreda. En su ciudad natal fue educado en el paganismo de su padre, quien muy pronto le entregó el gobierno de la segunda ciudad más importante del principado, Novgorod, que administró bajo la tutela de un tío suyo.

A la muerte de su padre en el año 973, heredó el trono su hermano Jaropolk. Herencia que no fue aceptada por Vladimiro, quien marchó a Escandinavia donde logró reunir un grupo de hombres, regresando otra vez a su ciudad de Novgorod. Asentado allí con los fieles que lo acompañaban consiguió dar muerte a su hermano después de violentas luchas entre ambos. A partir del año 980 quedó dueño absoluto de Kiev y de toda Rusia.

Eran unos años de transición del cristianismo en aquellas tierras desde que la nueva religión había sido introducida entre los eslavos por los santos Cirilo y Metodio y donde secretamente había hecho ya grandes progresos.

Vladimiro, en los primeros años de su reinado, dejó que se continuasen las creencias paganas. Él ya conocía la existencia del cristianismo pues su abuela Olga había construido en la ciudad la iglesia de Santa Sofía, siguiendo el modelo de basílica—incluso con el mismo nombre— de Constantinopla.

Con ocasión de una campaña solicitada por los emperadores bizantinos Basilio II y Constantino VIII para reprimir al cabecilla rebelde Bardas Foca, que se había proclamado emperador hacia el año 987, comenzó a interesarse por las creencias cristianas. Parece ser que el emperador Basilio le había prometido como mujer a su hermana Ana. Por eso, al año siguiente, tras conquistar la ciudad de Cherson en Crimea, envió mensajeros al mismo emperador Basilio II de Constantinopla pidiéndole la mano de Ana, con la amenaza de que si se la negaba marcharía contra la misma Constantinopla.

Basilio contestó que a los cristianos no les era lícito contraer matrimonio con paganos. Que si de veras le agradaba el amor de aquella hermana suya y como aseguraba conocer el cristianismo, habiendo estudiado sus doctrinas, se inclinaba a ellas, debería recibir el bautismo.

Responsabilizado Basilio de la buena respuesta de Vladimiro envió a su hermana a Cherson, ciudad situada en la desem-

bocadura del Dniéper, rodeada de un brillante séquito para celebrar el pactado matrimonio. Vladimiro, de manos de sacerdotes bizantinos, recibió primero el bautismo, no sin antes repudiar a la serie de concubinas que lo rodeaban de acuerdo con las costumbres paganas de la época. El matrimonio se celebró el año 988.

Este hecho tuvo una importancia trascendental y una doble significación. Por una parte, Bizancio reconocía al joven estado ruso y establecía con él contactos económicos y culturales. Por otra parte, Rusia adoptaba así el cristianismo como religión oficial, lo que consolidó la política del joven estado y de su clase dirigente.

Vladimiro ya cristiano regresa a Kiev con el firme propósito de intentar que también sus súbditos abrazaran la nueva doctrina. Para certificar la verdad del novedoso credo comenzó por destruir los ídolos paganos convenciendo así a su pueblo de la impotencia e inutilidad de los que ellos llamaban dioses. El efecto fue positivo gracias al ejemplo de su soberano. Bastantes acudieron a recibir el bautismo que, por la falta de iglesias, lo celebraban en las orillas del río Dniéper. Pero tampoco faltó la oposición y resistencia como en Novgorod por parte de importantes núcleos paganos.

Para facilitar la cristianización de su pueblo mandó construir nuevas iglesias, no sólo en Kiev, sino también en otros lugares como Pereiaslav, Chernigov, Vladimir y otras más. Las iglesias de Kiev fueron dedicadas una a Santa María y otra a la Transfiguración del Señor.

Además de estos hechos, y pensando en el pueblo que le seguía, abandonó su política bélica y se dedicó a buscar el bienestar de sus súbditos creándoles escuelas y facilitándoles tribunales eclesiásticos para que presidiera la justicia como norma de vida común. Su bondad y el amor a los suyos eran tangibles y manifiestos.

También supo llevar con entereza cristiana las pruebas que le deparó el destino. En 1011 murió su esposa. Tuvo que sufrir la rebelión de uno de sus hijos, Yaroslav, que, ayudado por los varangos, se rebeló contra su padre. Cuando en el 1014 se preparaba para marchar contra la ciudad de Novgorod y arrebatár-

sela a su hijo, en el camino cayó enfermo y murió. Era el 15 de julio de 1015.

Sobre la organización de la iglesia rusa en tiempos de Vladimiro conocemos bastante poco. Durante su gobierno se creó ya algún obispado como el cercano Belgorod y quizás algunos más. Lo que resulta incuestionable es que a finales del siglo XI existían ya hasta once obispados, algunos tan famosos como Novgorod, Polok, Vladimir y otros. Posiblemente se hallaban bajo la jurisdicción búlgara. Desde luego, el arte, el culto y las formas estaban inspirados en las orientaciones y modos de la iglesia bizantina de Constantinopla. Sin embargo, la lengua utilizada fue siempre la eslava, lo que facilitó la comprensión por parte del pueblo, y además propició la independencia eclesial de los griegos. Desde los tiempos de San Cirilo, hacia el año 862, ya se había comprendido que resultaba indispensable hablar la lengua de los oyentes y ofrecerles los textos sagrados en su lengua, el eslavo.

Mantuvo también relaciones con la iglesia latina. Se conocen algunas legaciones papales y las relaciones con San Bruno Querfurt en su viaje misional al sur de Rusia y Prusia donde fue martirizado el año 1009.

La muerte de Vladimiro tuvo lugar en el palacio de la villa de Berestovoje, siendo enterrado en Kiev probablemente en la iglesia de Santa María, que él mismo había erigido.

San Vladimiro consolidó definitivamente el estado ruso. Fue el fundador de la dinastía y del estado de Kiev. Llevó a efecto la unión de todos los territorios eslavos orientales y los incorporó al imperio de Kiev. La extensión entonces del estado era muy notable. Cristianizó el imperio de Kiev hasta el punto de que la nueva religión se dejó sentir a todos los niveles. Dejaba, así, esbozadas las grandes líneas del régimen social ruso. Un estado fundamentalmente agrícola cuya economía se basaba en la propiedad feudal, algo común en aquellos momentos. Unos años después de su muerte, durante el reinado de Yaroslav Vladimirovich (1019-1054) se hace la primera recopilación de leyes —la *Russkaia Pravda*— donde se refleja la evolución de las relaciones feudales y la lucha de clases sociales en la antigua Rusia. Vladimiro supo estar a la altura de su conciencia cristiana, pero

el régimen ruso había comenzado una andadura social que no terminaría prácticamente hasta nuestros tiempos.

Muy pronto el pueblo por el que tanto había hecho, lo empezó a venerar como santo. Su canonización ya es definitiva a principios del siglo XIII. *La Crónica de Néstor*, una de las fuentes más importantes para su biografía, lo compara con Constantino pues no en vano siguió la misma conducta de su conversión personal y su bautismo junto a la poderosa influencia en los pueblos eslavos. La Iglesia católica también lo ha reconocido como santo celebrando su fiesta el 15 de julio, fecha de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

- Arts. en diversas historias y diccionarios: *Enciclopedia Larousse*; *Gran Enciclopedia Rialp*; *Diccionario Espasa*, etc.
 BAUMGARTEN, N. P. G. DE, *San Vladimiro e la conversione della Russia* (Roma 1930).
 SPIDLIK, T., SI, *Il millenio del battesimo di San Vladimiro* (Roma 1988).

BEATOS MÁRTIRES DE BRASIL

(Ignacio Azevedo, Diego de Andrade, Gonzalo Henriques, Antonio Soares, Benito de Castro, Juan Fernández (I), Manuel Álvarez, Francisco Álvarez, Juan de Mayorga, Esteban Zudaire, Alfonso de Baena, Domingo Fernández, otro Juan Fernández (II), Alejo Delgado, Luis Correia, Manuel Rodríguez, Simón López, Manuel Fernández, Álvaro Mendes, Pedro Núñez, Luis Rodríguez, Francisco de Magallanes, Nicolás Dinis, Gaspar Álvarez, Blas Ribeiro, Antonio Fernández, Manuel Pacheco, Pedro de Fontoura, Andrés Gonçalves, Amaro Vaz, Diego Pires, Marcos Caldeira, Antonio Correia, Fernando Sánchez, Gregorio Escribano, Francisco Pérez de Godoy, Juan de Zafra, Juan de San Martín, y un Juan, «Agregado»)
 († 1570)

Bien ganado tenía la madre Teresa de Jesús este conventual sosiego con que se regala en Ávila después de las andaduras y desventuras de aquel año 1570.

La fundación de Pastrana le puso el corazón en aprietos de sangre ante el dramático destino de sus pobres monjas, entrega-

das al turbio albedrío de la princesa de Éboli. Con su único ojo bello, inquietante y sutil, quiso doña Ana Mendoza de la Cerda envolver sus extravíos en el lirio celeste de la blanca capa del Carmelo. Y como todo eran embelecocos de fantasía y antojos de viuda aún verde, muy pronto colgó penitencias, silencios y hábito. Pero ni aun así placían la devoción y el recogimiento en aquel Carmen, acosado desde fuera por las impertinencias priorales de la Éboli. Total, que la Santa procuró «por cuantas vías pudo, suplicando a perlados, que quitaran de allí el Monasterio», como se hizo. Y Teresa de Jesús, baldada de carretas y de muleros, dio con su amargura en la Encarnación de Ávila, peregrinando penosamente los caminos de Madrid, Toledo y Escalona.

Se entiende muy bien toda su vida a la luz de aquel ardoroso anhelo de San Pablo: «Suplir con el sacrificio de su carne lo que resta a la pasión de Jesucristo por su Cuerpo que es la Iglesia» y a tan altos arrobos le sube su corazón enamorado —su «muero, porque no muero»—, que muchas veces refresca los ardores de su angustia con la memoria de aquella ansia adolescente de martirio que la empujaba a irse para cristianizar las tierras de los moros. ¡El martirio!

Y ahora, en el silencio de su clausura apacible, cuando el verano implacable de Castilla pone los cielos transparentes como el purísimo cristal donde se mira la gloria de Dios. 15 de julio de 1570. Teresa canta los finos latines del salterio de vísperas en honra de su Madre del Carmen, que es también la Virgen capitana del mar. Y es su oración tan honda y tan quieta, que luego se sale, sí, extática y luminosa, a la contemplación de los divinos secretos inefables. Jesucristo le va a compensar sus fracasos de Pastrana. Y de pronto le muestra una falange de jesuitas, con sus estolas de sangre y sus palmas de martirio, que suben glorificados a la eterna beatitud del cielo. Queda la santa absorta, enajenada de gozo, embebida en la luz del cortejo, que viene desde la mar oceánica, desconocida y distante; y aún le parece que la espuma de las olas pone un escabel de pleitesía a los bienaventurados, que canta con ellos un tedéum de oro y de cristal hasta que se pierde en la gloria de Dios.

Cuando torna en sí, confiere a su confesor y consejero, padre Baltasar Álvarez, el regalo de aquella visión misteriosa que

tan altas consolaciones le diera: porque la sangre de los mártires —lo sabe ella muy bien— ha sembrado en el mundo el buen trigo de Dios para colmar los graneros de la Iglesia. Pero ni fraile ni monja atinan a esclarecer el mensaje de la visión. Pasaría aún mucho tiempo hasta que Lisboa y Madrid conocieran la aventura de un navío que por las mismas rutas del Descubrimiento dio testimonio de los destinos misionales de España, para vergüenza de muchos colonialismos que vendrían después. Y esta historia admirable os la voy a referir muy puntualmente para la mayor gloria de Jesucristo.

Todo el negocio anda entre santos. La primavera de 1569 recibe San Francisco de Borja, en su curia generalicia romana, al P. Ignacio de Azevedo, jesuita portugués, insigne por su piedad y sabiduría. Retorna desde el Brasil a traer informes sobre la encomienda de visitador que el tercer general de la Compañía le diera en 1566. Sus noticias son francamente alentadoras.

Durante los tres primeros meses de su residencia en la capital —Bahía de Todos los Santos— se había detenido el padre para reavivar el verdadero espíritu de Loyola entre sus hermanos jesuitas de la primitiva fundación, hecha diecisiete años antes.

«En aquel tiempo —leemos en una crónica antigua—, la provincia misionera del Brasil recibió con Acevedo el alma de la Compañía, ya que hasta entonces se había regido según criterio de los distintos superiores, diferentes en talentos y espíritu y con diverso influjo sobre los súbditos».

Como es natural, le costó muchas penas y trabajo esta reforma interior hasta configurarles con la imagen de San Ignacio, que él guardaba fielmente en la norma de su corazón y de su vida. Y lo hizo, según las viejas memorias, «con suma prudencia, celo ancho y encendida caridad», virtudes poco comunes a su edad joven.

Tenía asegurada la base inmovible de aquellas difíciles misiones: los obreros de la mies. Pero la mies era mucha: una selva virgen que escondía terribles misterios de sangre. Los fundadores se habían establecido cautamente a los principios por todas las orillas del mar, en la desembocadura de los grandes ríos, donde la presencia de los soldados portugueses les guarda-

ba de morir entre las bocas hambrientas y salvajes de los antropófagos. Algunos, sin embargo, cristianizaban la selva. Y a todos visitó Azevedo, superando las penalidades de tantos caminos arriesgados. Fundó escuelas de enseñanza y aquellas magníficas «reducciones», como primera conquista del orden social para alivio de pobreza y estímulo del trabajo. Con licencias del Rey D. Sebastián erigió en Río de Janeiro el Colegio Real, de altos estudios, verdadero martillo de la herejía calvinista, que contaba allí con innumerables prosélitos.

Y ahora, en esta dulce primavera romana de 1569, entrega a Francisco de Borja el brillante informe de su visita al Brasil. Hay una petición justa, celosa, instantánea: que se le autorice una leva de misioneros portugueses y españoles como urgente estrategia para la conquista cristiana de las tierras recién descubiertas. Accede Borja, porque la Compañía sólo busca la mayor gloria de Dios. Y para que esta recluta de soldados de la Iglesia cuente con las máximas bendiciones del cielo le presenta al papa San Pío V, que emocionadamente acoge aquella empresa de la catolicidad española. Hay un detalle misterioso: el pontífice concede a Azevedo la licencia singularísima de sacar dos copias de aquella *Madona de San Lucas*, venerada en Santa María la Mayor, para que les acompañe. Y, mediante estas imágenes, la Señora, que es Reina de los apóstoles, va a jugar en la aventura marina del martirio el papel protagonista de «Columna de toda fortaleza».

Al retorno de Roma, encontramos a Azevedo en Zaragoza en plenas faenas de completar su expedición de sesenta y nueve voluntarios jesuitas. No viene perdido, sino atado a la fama de virtudes y enorme temple de un coadjutor humilde que le llegó hasta la Ciudad Eterna. Se trata de Juan de Mayorga, el navarro. Y diciendo «navarro», ya se comprende la reciedumbre de un carácter decidido a las más duras conquistas y batallas por la defensa de la fe. Mucho tiempo estuvo abierta una disputa histórica sobre su origen incierto. Pero las recientes investigaciones del insigne P. Pérez Goyena han devuelto a Mayorga su bautismo de navarro verdadero. La controversia tenía sus razones. Porque precisamente en el mismo año en el que nace —1530—, en San Juan de Pie de Puerto, nuestro César Carlos

abandona el regimiento de aquella sexta merindad, atribuida siempre a la corona de Navarra. Bastante lógico que los historiadores franceses, con muy débiles argumentos, le hicieran francés. Pero ahora son abrumadoras sus credenciales de legitimidad navarra y española.

Sabemos de él que tenía «un sujeto sano y robusto», común entre la raza vasca; que era pintor y que fue admitido en la Compañía, a la edad de treinta y cinco años, el 22 de julio de 1566. Sería un artista modesto, piadoso desde siempre en su oficio, pues ignoramos los calibres de su maestría, aunque es fama que sus pinturas obraron prodigios y fueron muy solicitadas después de su martirio.

No estaba Mayorga huérfano de paisanaje en aquella fulgurante leva del P. Azevedo por España y Portugal. En el colegio de Plasencia se alistó entre los misioneros otro navarro —Esteban Zudaire—, puro, en sus diecinueve años, como un lirio de sus ricas montañas de la Améscoa. Entonces precisamente salía de unos fervorosos ejercicios espirituales, en los que le fue revelada su vocación al martirio. Era sastre de artesanía. Pero, en aquella empresa de cristianizar a los infieles, un artista podía traerlos a la fe y religión de Cristo con la hermosura y la gracia de sus colores, y el buen sastre cubrir castamente los pecados de la carne pagana y desnuda.

Para marzo de 1570, ya tenía Azevedo asentada en Lisboa la expedición de sesenta y nueve jesuitas en espera de hacerse a la mar. Como tanto le urgía su arribo inmediato al Brasil, contrata pasaje con el capitán de la carabela *Santiago*, bajo la promesa de aparejar en tres semanas todo lo necesario para tan larga y peligrosa travesía. Los futuros compañeros de viaje eran mercaderes —corazones avaros, sin religión ni justicia—, y se convino en acomodar media nave, a forma de clausura, para que los religiosos allí pudieran libremente cumplir sus rezos y su regla. Todo perfecto, admirable. Pero luego saltaron penosas trifulcas con el capitán, dilaciones y dilaciones, a lo largo de cuatro meses.

El 5 de junio la *Santiago* se hacía a las aguas desde Lisboa, agregada a una flota de ocho carabelas bien armadas para conducir al mismo destino al nuevo gobernador, D. Luis de Vasconcellos. Los misioneros fueron distribuidos de esta suerte:

veinte en la nao capitana; tres como ángeles custodios de una turba de niños, huérfanos por la peste de Lisboa, que iban a posesiones de ultramar; siete como capellanes del resto de la flota, y treinta y nueve, con el P. Azevedo, en la *Santiago*. Pero sobre este único y grande camino del mar, Dios traza otro misterio de caminos que se enfilan hacia su gloria. ¿Quién pensara entonces, cuando la primavera madura ponía en la cornisa de las playas lisboetas un triunfo de gaviotas, de rosas de sal y de canciones, que allí arriba, entre las brumas de La Rochelle, un hombre perjuro de su fe católica, cínico y pirata, reunía sus carabelas para cazar a los cristianos? Sólo Dios.

Santiago Soria se tituló «general de los mares» de aquella doña Juana de Navarra, reina sin reino, oprobio de mujeres y calvinista. Era rico por sus asaltos afortunados a naves venecianas y portuguesas. Pero ahora no le atraían las joyas ni los doblones de oro, sino aquel placer de la venganza. A todo viento de sus velas impacientes, planta su flota, como un diabólico atlante, en la misma ruta del gobernador Vasconcellos, y le veja con sus mensajes altaneros y desvergonzados. Es buen estratega, astuto y valiente.

El 13 de junio la expedición cristiana pone sus proas a la isla de Madeira, donde se toman un descanso. Los naturales del país avisan a Vasconcellos que el corsario Soria navega por las alturas de Gran Canaria, y entonces decide detenerse hasta que pasen los peligros de un asalto pirata. Para Azevedo el problema es duro, pavorosa la prueba. Los mercaderes de la *Santiago* urgen proseguir, porque la suerte de la propia vida pesa menos que los doblones de oro que han de amontonar con el tráfico de sus mercaderías. El bendito P. Ignacio se recoge a ayunos y a oración; celebra ante sus compañeros una misa del Santo Espíritu, declarándoles, en una encendida arenga, los términos reales del peligro que corren si se hacen a la mar de nuevo. Aceptan todos menos cuatro, que se reemplazan con otros cuatro valientes. Y el 9 de julio boga la *Santiago*, con buen temple de vientos, hasta la vista de La Palma. Pero entonces, a la luz borrosa del alba, un marinero grita desazonadamente: «¡Naos a la vista!». Es Soria, fanfarrón de sus cuatro carabelas, veloces y fuertes de artillería, que levanta su bandera intimando la rendi-

ción de la *Santiago*. La respuesta es una seca descarga de morteros y arcabuces, que pone un escalofrío de odio y de rabia en la carne morena del corsario. Después, una rápida maniobra de envolvimiento al navío cristiano... ¡Y al abordaje!, mientras él increpa desde el puente de la nao capitana:

«Perros sarnosos, que abris por el Brasil juicios de inquisición y de tortura para mis amigos luteranos. ¡A morir sin piedad, sin óleos, como los perros!».

Hay un confuso griterío de blasfemias, cruzarse de picas y de espadas, jadeos de sudor, oraciones, crujidos de huesos rotos, entrañas al desnudo, tufo de sangre caliente... ¡Horrible la tortura, las matanzas! ¿Y cómo el cielo permanece azul, apacible, confundido con las aguas quietas, que ya son de pura sangre?

Azevedo cayó en primer lugar. Quisieron arrancarle aquella *Madona de San Lucas*, pero sus manos, como garfios de acero, sostenían en alto la divina imagen. Y allí quedó sobre las olas para sostener el martirio de los compañeros. A Mayorga le partieron materialmente por la cintura, rotas ya las articulaciones para que su robustez de vasco no le salvase nadando a la desesperada. Y aún bendecía a sus verdugos con el crucifijo cuando la tumba piadosa del mar acogía sus despojos sangrientos. La muerte de Zudaire fue más rápida, pero más expresiva: le segaron casi la cabeza del cuerpo, y, cuando le arrojan a las aguas, aquellos labios limpios y jóvenes que perdonan cantan un *Te Deum* de triunfo, que luego repiten y agrandan las caracolas, los ángeles y los vientos para que todos los triunfadores, que ofician su propio sacrificio, entren en la gloria de Dios.

¿Por qué Teresa de Ávila contempla, este mismo atardecer, el gozo celeste de estos bienaventurados jesuitas? Acaso las voces de la sangre. Porque, al fin de la matanza, indultado el hermano cocinero con el designio de ponerle al servicio del pirata, un sobrinillo del capitán de la *Santiago* toma una sotana de los mártires y, revestido de jesuita, se ofrece —como una rosa encendida su carne de niño— para cerrar la corona triunfal de este martirio. Como en Sebaste de Armenia, misteriosamente.

Invita a pensar la historia. Estos esforzados atletas de Cristo —oscuros y humildes como Zudaire y Mayorga— entregaron,

en testimonio de su fe, la existencia por la esencia, sin miedo a los que pueden matar el cuerpo, pero no alcanzan a destruir los alcázares inmortales del alma.

Las doctrinas de Cristo en su Evangelio y su obra de redención, perennemente viva en el alma de su Iglesia, han de padecer hasta el fin. Porque él se nos ha revelado como el signo de contradicción y piedra de toque para el bien y para el mal.

En nuestro tiempo, junto a sutiles persecuciones y opresiones físicas que han levantado una muchedumbre de «testigos del Señor Jesús», con el tributo martirial de sangre y haciendas cunde otro más dramático combate: el del materialismo dialéctico y técnico, que convierte al hombre, descristianizado, en una helada máquina de rencor, de tedio y de angustia. Es llegada la hora de definir nuestra vida en un sentido sacro de testimonio, en defensa de las verdades de nuestra fe, de la moral católica y de los derechos y libertades de la Iglesia. Ser testigos de la verdad del Evangelio, dentro de la casa y en medio del mundo, como esta noble falange jesuita de mártires que en su lejanía de siglos nos enseñan a cuánto nos obliga nuestro bautismo de cristianos.

El culto de los «Mártires de Brasil», como se les conoce, fue confirmado el 11 de mayo de 1854 por Pío IX.

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

Breviarium Romanum pro Societate Iesu. Pars aetiva.

DUBARAT, V. P. - DARANATZ, J. B., *Recherches sur la Ville et sur l'Église de Bayonne*, III (Bayona 1929).

PÉREZ GOYENA, A., *La santidad en Navarra. Santos, beatos y personas insignes en santidad del pueblo navarro* (Pamplona 1947).

— «Sobre hagiografía navarroespañola»: *Estudios Eclesiásticos* 16 (1942).

TÉRESA DE JESÚS, STA., «Libro de las Fundaciones», en EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, OCD - O. STEGGINK, O.CARM (eds.), *Obras completas de Santa Teresa de Jesús* (Madrid 2003) 671-815.

TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús. Biografías* (Madrid 1943).

VIZCAY, M., *Derechos de naturaleza de los naturales de San Juan del Pie del Puerto* (Zaragoza 1621).

• Actualización:

COMISIÓN LITÚRGICA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974).

SAN POMPILIO MARÍA PIRROTTI DE SAN NICOLÁS

Presbítero († 1766)

En la tarde del 15 de julio de 1766, víspera de la Virgen del Carmen, rendía a Dios su alma de apóstol el santo escolapio Pompilio María. Nacido en 1710, sintió a los dieciséis años el llamamiento a la vida religiosa, y a raíz de la cuaresma predicada en su patria, Montecalvo Irpino, por el padre rector de las Escuelas Pías de la vecina capital de Benevento, localidades ambas de la Italia meridional, escapó de su casa al colegio de residencia del fervoroso predicador y le pidió la sotana calasancia. Las razones de su buen padre, que siguió tras él, y era notable abogado, fueron estériles ante la firme decisión del hijo. Y el noviciado y el neoprofesorio, con sus estudios, no hicieron sino continuar el tenor de vida inocente y penitente que ya en casa había llevado. Allá, en efecto, muchas noches, tras la disciplina y la oración mental, el sueño se apoderaba de él en el propio oratorio doméstico y le tendía en el pavimento, con la cabeza apoyada sobre la tarima del altar, hasta la mañana siguiente.

Terminada la carrera escolapia, ejerce el apostolado de la enseñanza durante catorce años, el primero de ellos con primeras letras en Turi y los trece restantes, con Humanidades y Retórica, en Francavilla, Brindis, Ortona, Chieti y Lanciano, más la prefectura de las Escuelas y la presidencia de la Archicofradía de la Buena Muerte. De su apostolado entre los alumnos se recuerdan rasgos de sobrenatural penetración. Uno de ellos es en Lanciano. Al comenzar su clase le advierten los chicos la ausencia de Juan Capretti. El padre Pompilio se reconcentra y a los pocos segundos exclama: «¡Pobre Capretti! No puede venir porque está moribundo... Pero no será nada. Vayan dos en seguida a preguntar por él». Y corren dos muchachos a su casa con la anhelante pregunta. Sus padres se extrañan, habiéndole oído levantarse y creyendo que estaba en la escuela con toda normalidad. Suben temerosos a la habitación y, efectivamente, lo encuentran en el suelo, de bruces, sin sentido, próximo a expirar. Sobresaltados le levantan, le acuestan, le llaman repetidas veces, y al fin el pobre accidentado empieza a volver en sí, balbuciendo entre sollozos: «¡Padre Pompilio, padre Pompilio!». No sabía sino que, al levantarse, había sido presa de dolores y escalofríos

que le hacían desfallecer sin dejarle gritar. Después sólo sabía que le había llamado su maestro y que ya se sentía vivir. Al volver al colegio los dos emisarios el padre tomó pie para encarecer la necesidad de estar a todas horas en gracia del Señor. Ni hay que añadir el prestigio de que aureolaban al humilde padre sucesos semejantes.

Pero en aquella misma etapa docente, de 1733 a 1747, a los dos años de ordenado de sacerdote, el Capítulo provincial de 1736 acuerda facultarle para la predicación de la divina palabra, sin eximirle, naturalmente, de sus tareas escolares; y por todos aquellos mencionados colegios de la Pulla y de los Abruzos, en que enseña a tantos niños y jóvenes, empieza a enfervorizar desde el púlpito a hombres y mujeres, destacándose como misionero de fuerza y eficacia sorprendentes. Pronto merece el dictado de apóstol de los Abruzos, tras intervenciones maravillosas que impresionan a poblaciones enteras. En el mismo Lanciano, último de los colegios de esta etapa, cercana ya la hora de medianoche, Pompilio sale una vez de su habitación, abre la puerta de la iglesia, sálese a las calles vecinas y empieza a clamar despertando a los despreocupados durmientes, para que se levanten todos y acudan al templo, pues él inmediatamente les va a predicar. Hasta hace lanzar a vuelo las campanas llamando a sermón. Ante tamaña novedad todo Lanciano se alborota y se arremolina en torno al púlpito del apóstol. Y el santo vidente les anuncia estremecido que un horrendo terremoto se va a dejar sentir en toda la comarca, pero que ellos no teman, pues su celestial Patrona la Virgen del Puente intercede de manera singular por la afortunada población. En efecto, aún está hablando cuando un ronco fragor subterráneo, que avanza desde la lejanía, hace temblar el suelo y vacilar los edificios, oprimiendo de espanto y crispando de nerviosismo a la totalidad del auditorio. Afortunadamente, el seísmo se desvía, y un respiro de alivio sucede al agobio. La alarma del santo no ha sido vana. La explosión de gratitud tras la oleada de terror es confesión colectiva, fruto de aquellas vigiliat, henchidas de proféticas visiones, en que el santo predicador, cual otro Abraham, participa en la mediación y el secreto de los castigos y de las condescendencias divinas.

Segunda etapa en la vida escolapia de San Pompilio es su estancia en Nápoles por otros doce años, 1747-1759. Tanto en el colegio de Caravaggio como en el de la Duquesa, ambos en la capital del reino napolitano, hallará campo más vasto para su celo. Desde Lanciano había solicitado del Papa el título de misionero apostólico. Benedicto XIV no le contestó; pero intensificó las misiones en las Dos Sicilias, en tanto que los superiores de la Orden desligaban a Pompilio de la tarea de la enseñanza para dedicarle plenamente a capellán permanente, predicador cotidiano y a confesor continuo de chicos y grandes en la iglesia de los respectivos colegios. Y en tal ambiente, y como director de la Archicofradía de la Caridad de Dios, se entrega a una vida apostólica fervorosísima, que Dios sella con incontables y sorprendentes prodigios. Tal vez hace falta en Nápoles un revulsivo así, cuando el regalismo de Tanucci, ministro del rey Carlos, el que luego en España será Carlos III, amenaza a la Iglesia en el reino no menos que el jansenismo de los *capellonni*.

Una madre acude un día a la iglesia de Caravaggio con el inaplazable problema de que se le ha caído su hijito a un pozo. Pompilio se compadece, parte con ella hasta el brocal, hace la señal de la cruz, y en los procesos consta la maravilla de que el nivel de las aguas empieza a subir, como si el pozo las regurgitara, hasta que aflora el niño, ileso y sonriente, al alcance de la mano de su madre enloquecida.

Una penitente del taumaturgo sufre los malos tratos de su marido, hombre vicioso y de áspera condición. Se encomienda a las oraciones de su confesor y experimentan las cosas tal cambio que hasta el esposo invita a un paseo por el campo el próximo domingo a su antes odiada mujer. Corre ella a contárselo al confesor, pero éste, sin darle total crédito, la pone en recelo y la aconseja que le llame, si llega a verse en peligro. Realízase lo del paseo dominical, mas ya en pleno campo el pérfido consorte saca un cuchillo y trata de asesinarla; pero, al invocar ella al padre Pompilio, aparece su figura demacrada y austera, arrebatada el arma al asesino y le increpa de tal forma que cae de hinojos compungido y con promesa de confesión. Va, efectivamente, a confesarse a la mañana siguiente con el propio San Pompilio, y éste le muestra el consabido cuchillo. Pero lo más notable es

que, a la hora precisa del frustrado atentado, el santo estaba en público, en el púlpito de su iglesia, e interrumpió unos momentos su sermón, como abstraído en otra cosa, y lo continuó después sin aludir a nada. No tardó en saberse todo y quedó depuesto en los testimonios procesales. La bilocación no es fenómeno desconocido en las vidas de los santos.

Más tierno y humano fue el incidente del sermón del 17 de noviembre de 1756. Lo interrumpió en el momento más inspirado de un párrafo vibrante; permaneció mudo unos minutos, que al expectante público parecieron eternos, y a continuación explicó: «Suplico un *requiem aeternam* por el alma bendita de mi madre, que en este instante acaba de fallecer». Y así innumerables hechos asombrosos.

Mas la santidad no se prueba en los prodigios, sino en la tribulación y el sufrimiento. ¿Fue política externa de regalismo? ¿Fue política interna de separación de provincias entre la Pulla y la Napolitana? ¿Fueron —y es lo más probable— maquinaciones de los *capellonni* jansenistas que chocaban con las misericordiosas benignidades del confesonario del padre Pompilio? Lo cierto es que tanto del palacio real como de la cancillería arzobispal salieron órdenes a principios de 1759 suspendiendo del ministerio y desterrando del reino al taumaturgo de Nápoles. Los caballos de la calesa que le llevó primero al colegio de Posilino no quisieron arrancar hasta que el padre rector dio por obediencia la orden al propio desterrado. Consumado el primer paso, llegó de Roma el destino a Luga, en la Emilia, y a Ancona, en las Marcas, regiones centrales de Italia con colegios que no eran de la Pulla ni de Nápoles.

De cuatro años fue esta que podemos llamar tercera etapa de la vida apostólica de San Pompilio, ni menos fervorosa ni menos fecunda que la de Nápoles o los Abruzos, y avalada además con la resignación y humildad con que abrazó toda obediencia. Pero el Señor dispuso su rehabilitación con la vuelta triunfal a Nápoles, el rectorado de Manfredonia, el apostolado en su ciudad natal de Montecalvo y el rectorado con el magisterio de novicios en Campi Salentino de la Pulla, donde brillaron sus últimos destellos y dejó con sus huesos la ejemplaridad de su santísima muerte. Por cierto, aquí revivió la figura del entero

escolapio con sus preocupaciones docentes y hasta haciéndose cargo provisional de la escuela de los pequeñines.

Pero no hay que omitir el doble carácter de externa austeridad y de dulzura interior que tiene las dos caras de la espiritualidad pompiliana. En pleno siglo XVIII, el de Voltaire y Rousseau, del enciclopedismo y del regalismo, del iluminismo y racionalismo, pródromos de la Revolución Francesa, San Pompilio predicó principalmente de los *novísimos* o *postrimerías* con los acentos de un San Vicente Ferrer, y plasmó la devoción a las almas del purgatorio en prodigios que pueden parecer ridículos al contarlos, pero que dejaron honda huella de pasmo y terror en los testigos presenciales al realizarse, como el rezar el rosario alternando con las calaveras de la cripta o carnerario de la iglesia de Caravaggio, o saludar y recibir contestación verbal de los esqueletos del cementerio de Montecalvo, y no en forma privada, sino ante multitudes. Por otra parte, su devoción a la Virgen obtuvo coloquios como el del Ave María contestado con un «Ave, Pompilio» de parte de la *Mamma bella*, como él llamó siempre a Nuestra Señora, y el *bel-lo amante* fue el Corazón de Jesús, cuya devoción propagó con tantos favores y prodigios como Santa Margarita María de Alacoque. Fue, pues, San Pompilio una llamada de sobrenaturalismo en los momentos mismos en que empezaba el intento de descristianización de los siglos XVIII y XIX de la Edad Moderna.

CALASANZ BAU, schp

Bibliografía

- CLEMENTE, A., schp, *Vida del Beato Pompilio* (Barcelona 1913).
 SIGNORIELLO, P., *Cenno storico del venerabile Pompilio* (Nápoles 1865).
 TASCA, G. - GRILLO, F., schp, *Vita di San Pompilio* (Roma 1934); trad. española: *Vida de San Pompilio María Pirrotti de las Escuelas Pías* (Barcelona 1934).
 • Actualización:
 LÁZARO, F., *San Pompilio M.^a Pirrotti. Su persona, vocación, carácter y fisonomía* (Madrid 1976).
 LÓPEZ RUIZ, S., *San Pompilio María Pirrotti, un escolapio místico y activo* (Madrid 1984).
 RODRÍGUEZ ESPEJO, M., *La fuerza de Dios. San Pompilio M.^a Pirrotti, escolapio* (Granada 2000).
 — *Dos escolapios de frontera: Calasanz y Pompilio María* (Granada 2003).
 TOSTI, O., *San Pompilio M.^a Pirrotti delle Scuole Pie. Cronologia storico-critica della vita e lettere datate* (Roma 1982).

BEATA ANA MARÍA JAVOUHEY

Virgen y fundadora († 1851)

Vivió esta mujer borgoñona, fuerte, emprendedora, en pleno siglo XIX, en un momento de la historia erizado de dificultades para la Iglesia, para Francia y, en concreto, para la vida religiosa. Supo superar todas las contrariedades gracias al Espíritu de fortaleza y de celo apostólico con que Dios la había favorecido. Cuanto más difíciles fueron los tiempos y más débiles las fuerzas humanas, más se afianzó en la fe y más vigorosamente luchó, como escribió Pío XII en la bula de beatificación que sintetiza la grandeza de esta santa fundadora que, para el bien de sus hermanos y la difusión del Evangelio, desarrolló una actividad que causó tanta admiración entre sus contemporáneos.

Nació en el pequeño pueblo de Jallanges el 10 de noviembre de 1779 —justo diez años antes de la Revolución Francesa—, en la diócesis de Dijon, en la Borgoña. Era la quinta de los diez hijos del granjero Baltasar Javouhey y de Claudine Marizot. Al día siguiente, fiesta de San Martín, fue bautizada y recibió el nombre de Ana. Sus padres le proporcionaron una sólida educación religiosa. Con su familia, se trasladó en 1786 a vivir en Chamblanc, en el norte de Seurre (Côte-d'Or), donde en 1789 hizo su primera comunión. Desde entonces se consideró totalmente consagrada a Dios y a sus obras. Aquel mismo año vivió el estallido de la Revolución, que tanta perturbación causaría a la Iglesia y que condicionaría los primeros pasos de las vivencias religiosas de Ana.

La niña, muy consciente del momento que vivían la sociedad y las comunidades cristianas, empezó ya su apostolado y su servicio a la fe de los hermanos. Entre los sacerdotes que habían negado su juramento a la constitución, encontró al P. Ballanche, celoso misionero diocesano, que fue su guía espiritual en el camino de perfección emprendido y en el apostolado que iba a constituir la vocación a la que se entregaría plenamente. El P. Ballanche fue acogido en la casa del hermano de Ana, Esteban, donde clandestinamente, de noche, celebraba los sacramentos, en los que Ana participaba mientras recibía del sacerdote orientación y ánimo en la tarea apostólica que entonces ya inició.

El 11 de noviembre de 1798, la joven puso los cimientos de su obra al realizar en privado, y durante una misa celebrada en casa de su hermano, el voto de virginidad y de dedicarse a la educación de la juventud y al servicio de los pobres. Desde este día, con la ayuda de sus tres hermanas, y en su propio hogar o en la casa de Esteban, inició su apostolado de instruir a los niños, preparándoles para la primera comunión, y visitar y asistir a los enfermos pobres.

Pero aún no había dilucidado su vocación: ¿se dedicaría a obras de caridad, en la línea promovida por San Vicente de Paúl, o se encerraría en el claustro, optando por la vida monástica? En 1800 hizo una experiencia de ocho semanas en Besançon con las Hermanas de la Caridad, fundadas por Santa Juana-Antida Thouret. Fue entonces cuando tuvo un sueño premonitorio de lo que constituiría su misión: vio una multitud de negros y mulatos y le pareció oír la voz de Santa Teresa de Jesús: «Éstos son los hijos que Dios te da; seré la protectora de tu orden».

En 1803 se trasladó a Suiza para pasar una temporada en la Trapa de Valsainte, bajo la dirección de dom Agustín de Lasrange. Empezó su noviciado con las monjas trapenses, pero su director espiritual, el mismo día en que tenía que profesar, le exhortó a seguir otro camino, el de la fundación de su propia Congregación. De la Trapa de Valsainte, Ana conservó toda su vida la disposición a aceptar totalmente en su vida la voluntad de Dios.

De Suiza, se dirigió a Souvans, en el Jura, para abrir una escuela, luego pasó a Choisey donde recogió a varios huérfanos; en junio de 1804, su padre fue a recogerla y la llevó a Chamblanc, donde en su propia granja le construyó varias dependencias para que ella y sus hermanas pudieran dedicarse a su apostolado y a sus ejercicios de piedad. Pero el obispo de Dijon no dio el oportuno permiso para que tal forma de vida religiosa siguiera adelante.

En Pascua de 1805, el papa Pío VII, que regresaba de París donde, el anterior 2 de diciembre, había presidido la coronación imperial de Napoleón, pasó por Chalon-sur-Saône. Allí acudieron Ana y sus hermanas. Aquel domingo, 14 de abril, comulgaron

ron de manos del pontífice, luego las recibió en audiencia y obtuvieron la bendición para su obra.

Animadas con tal bendición, Ana y sus hermanas, dejando el hogar paterno de Chamblanc, abrieron aquel mismo año escuelas para niñas y para niños en la misma ciudad de Chalon, con la anuencia del obispo de Autun. En las escuelas se seguía el método de San Juan Bautista de La Salle: enseñar a leer y escribir y contar en un ambiente de virtud y religión. Allí se empezó a conocer a las nuevas maestras como «Hijas de San José»; el nombre y el patrocinio del Santo Patriarca fueron inspirados por el recuerdo de la primera fundación de Santa Teresa de Jesús, a quien Ana consideró siempre como protectora de su Congregación. Las «Hijas de San José» se acogieron a la nueva ley de asociaciones religiosas, dictada por Napoleón en 1804. El 12 de diciembre de 1806 el emperador aprobó la Asociación religiosa de San José, formada en la diócesis de Autun.

El 12 de mayo de 1807, en la iglesia parroquial de San Pedro de Chalon, ante el obispo y una gran concurrencia de fieles alborozados, Ana con sus tres hermanas de sangre y otras cinco que lo serían por su profesión, reciben el hábito religioso de Hermanas de San José, pronuncian los votos religiosos y eligen a Ana como superiora. Ésta a su nombre de pila añade el de María. El hábito elegido es el modesto vestido azul de las trabajadoras que cultivan las viñas de la Borgoña. En junio, sor Ana-María dedica al Corazón de Jesús la nueva familia religiosa.

Del «ministro de cultos» obtuvo la cesión por tres años del antiguo edificio del seminario de Autun. Allí quiso instalar su casa madre y su noviciado, que acogió a unas veinte muchachas. Tuvo que realizar importantes obras de consolidación del edificio, para cuya financiación solicitó la generosidad de su padre. Desde entonces empezó a expandirse la nueva congregación, que Sor Ana-María dotó de sabias reglas. En el antiguo seminario, las hermanas acogieron y curaron a numerosos prisioneros de las campañas napoleónicas. Al fin tuvieron que desalojar el viejo seminario y trasladarse a un barrio pobre de la ciudad.

En enero de 1812, salió a la venta el antiguo convento de los Recoletos de la villa de Clichy, cercano a la celeberrima abadía benedictina. Ana-María convenció a su padre de que lo com-

para, como de hecho lo hizo el 29 de mayo. El día de San Juan las Hermanas de San José llegaron a Cluny para establecerse en el convento, que será considerado la casa-madre, que dará nombre al Instituto.

En la primavera de la Restauración, la fundadora se dirige a París con tres hermanas y otra joven de Chamblanc para establecer una comunidad en un barrio pobre de la capital. Las estrecheces y carencias de la nueva casa, compartidas con los miserables de la ciudad, ponen a prueba la fortaleza de carácter de la beata. En la capital, adopta para sus escuelas el método inglés de enseñanza Lancaster, que enseña con rapidez a los niños a escribir y calcular, e introduce a los niños monitores que pueden secundar y hasta reemplazar al maestro. A pesar de las críticas, la enseñanza de las Hijas de San José obtuvo reconocimiento y carta de ciudadanía en París.

Aquí Sor Ana-María entró en contacto con el señor Desbussins de Richemont, intendente de la isla de Bourbon (o de la Reunión), colonia francesa en el extremo sur de África. De las conversaciones surge el proyecto de fundar una comunidad en la isla que se dedique a la educación de jóvenes y al cuidado de los hospitales. El 10 de enero de 1817 un primer grupo misionero de cuatro hermanas se embarca en La Rochelle rumbo a la isla, a cuyo puerto de Saint-Denis llega el 28 de junio. Abrieron el primer centro educativo en la ciudad de Saint Paul. Ésta es la primicia de la expansión misionera de las Hermanas de San José de Cluny; fue el grano de mostaza que creció en árbol frondoso (Mt 13). Debido a estas circunstancias, en 1818, al redactar unas nuevas constituciones, se añadió al fin principal de la congregación, la educación de la juventud, el del cuidado de los enfermos.

En la Reunión el éxito de las Hermanas de San José de Cluny fue la admiración de todos, por ello las autoridades francesas les confiaron el cuidado de las misiones en Senegal, en la porción que los ingleses acababan de devolver a Francia. A finales de enero de 1819, siete religiosas de San José embarcaron desde Rochefort hacia la costa occidental africana. En Senegal, al principio con una pobreza absoluta de medios, las misioneras dedicaron sus mayores desvelos a los enfermos y a la educación

de los niños. En febrero de 1822 también la fundadora se hizo a la mar con seis de sus hijas hacia África, sin licencia ni billete, pues ella quería tocar con sus manos las necesidades de la nueva misión. Durante su estancia en Senegal, concibió el proyecto de promover el clero indígena para África y de favorecer el desarrollo agrícola y económico de los países que eran evangelizados. Escribía entonces: «¡Cuánto amo a África! ¡Cuántas gracias doy a Dios de haberme traído aquí!». Veía entonces cumplido en realidad el sueño de su juventud: Dios le daba hijos en aquellos negros que tanto amaba ya. Desde Senegal, la madre Ana-María acude también a Gambia en diciembre de 1822 con algunas de sus hijas, llamada por el gobernador inglés de Santa María de Gambia y Sierra Leona. Ayudada sólo por una joven negra, en quien veía las primicias de África para Cristo, también llegó a la capital de Sierra Leona el 15 de marzo de 1823, donde enfermó gravemente.

El 24 de marzo de 1824, Sor Ana-María se encontraba nuevamente en París. En la capital, trabajó en la redacción de los Estatutos de la Asociación, que quedaron aprobados por la ley del 24 de marzo de 1825 y la orden del 17 de junio de 1827. El obispo de Autun, Roche-Étienne de Vichy (1819-1829), reconoció asimismo el nuevo estatuto legal.

Preocupada por la insuficiencia de clero que había constatado en África, decide abrir un colegio para niños y niñas negros en la casa que la Congregación tiene en Bailleul-sur-Térain. Los niños serán los futuros sacerdotes, las niñas religiosas o maestras seglares. En 1825 se inauguraba el primer seminario africano en Francia. De él saldrán tres sacerdotes senegaleses. Si la madre Javouhey no prosiguió esta labor de promoción del clero indígena en África, se debió a que dejó la iniciativa al venerable Francisco M. Libermann, que en 1841 había fundado los Misioneros del Corazón de María, que unió a la sociedad del Espíritu Santo en 1848, de la que fue superior general. Libermann puso sus misioneros totalmente al servicio de la raza negra y promovió decididamente la formación y la ordenación de sacerdotes africanos, desde que sus religiosos iniciaran su misión en la isla Mauricio, en la Reunión y en Senegal (1841-1843). La madre Ana encontró en el P. Libermann un firme apoyo y orientación

espiritual, en 1843, para solucionar sus diferencias con el obispo de Autún.

En 1828, Ana-María acepta el ofrecimiento del ministro de la Marina, Chabrol, de acudir a la Guayana francesa para retomar la antigua fundación de la *Nouvelle-Angoulême*. El 28 de junio de 1828, con un centenar de personas, Sor Ana-María se embarcó en Brest y desembarcó en Cayena el siguiente 10 de agosto. Allí pasó cinco años de enorme trabajo y duro sacrificio para reconstruir la villa de Mana, distante doscientos kilómetros de Cayena. En medio de dificultades sin cuento, entre las cuales cabe reseñar el estallido en la metrópoli de la revolución de 1830, Ana-María, con una planificación social, económica y misionera perfecta, supo devolver ilusión y esperanza a colonos y a indígenas. La obra que merece especial atención en este tiempo es su dedicación a la liberación de los negros esclavos.

A su regreso a Francia, el 15 de agosto de 1833, se encuentra con nuevos problemas y adversidades. Desde 1829 un nuevo obispo rige la diócesis de Autun, Troussel d'Héricourt (1829-1851). Siendo aún congregación diocesana, el Instituto de la beata Ana-María, con sede en Cluny, tiene como superior mayor al obispo de la diócesis en que radica la casa principal. La fundadora respeta su autoridad pero se esfuerza por mantener la regla canónica.

Superadas de momento estas desavenencias, sor Ana-María regresa a la Guayana el 26 de diciembre de 1835. El buque hace escala en San Luis de Senegal, donde la madre puede abrazar nuevamente a sus hijas misioneras y a los africanos que tanto amaba. En la Guayana vuelve a demostrar su habilidad en la solución de un problema que entonces los políticos discutían acaloradamente: la emancipación de los esclavos. La experiencia de la madre Javouhey había dado óptimos frutos en Mana. El gobierno francés otorga la confianza a la fundadora para que lleve a cabo esta liberación. Con unos quinientos esclavos liberados, la religiosa trabaja nuevamente en Mana, que ella convierte en centro de educación de los negros, para que encontraran nuevas vías de integración en el trabajo para usar dignamente de su libertad. Confiada sólo en Dios, a pesar de malas interpretaciones y contradicciones.

«Al fin —escribe Pío XII— Dios otorgó la victoria a su Esclava, que gozaba de tal autoridad entre los indígenas que era llamada por éstos “Ángel”, “Apóstol”, “Madre”. Las autoridades francesas, y el rey mismo, que antes ya la habían ayudado, ratificaron la libertad que ella había concedido a los miserables esclavos».

El 18 de mayo de 1843, la madre Javouhey dejó a sus amados negros para regresar a la metrópoli, donde le esperaban nuevos problemas y angustias. El 4 de agosto desembarcó en Burdeos.

En París, se encontró nuevamente con las secuelas de los problemas suscitados a la congregación por el obispo de Autun. Tras dolorosos episodios, pudo firmarse la paz en París el 15 de enero de 1846. La fundadora reconoce al obispo una autoridad especial sobre la congregación. Se aviene a que haya un solo noviciado, en Cluny.

En los últimos años de su peregrinación terrena, consolidó la congregación con sus gestiones y con sus consejos; con humildad y con amor, supo atraer hacia su Instituto la benevolencia de los prelados reticentes. Sobre todo quiso dejar afianzado el carácter misionero de su Instituto. En 1847 el Instituto contaba con trescientas religiosas en las colonias y setecientas en Francia. Había sido pionera de la misión en África y dio la señal para la participación de las mujeres católicas en el apostolado en ultramar.

En 1848 vivió en París los días aciagos de una tercera revolución. Día 1 de noviembre de 1849 tuvo el gozo de poder inaugurar en París un segundo noviciado, con la autorización del obispo de la diócesis, en el Faubourg St. Jacques, en el n. 21 de la rue Méchain, que se convertiría en la casa general de la congregación.

Pensaba viajar a Roma en los primeros meses de 1851 para recabar la aprobación pontificia de su Instituto. Pero en el mes de marzo, su salud se resquebrajó. Contaba 72 años. Se fue despidiendo de sus hijas, mientras su pensamiento volaba hacia las tierras de África y América que ella había evangelizado y donde permanecían sus hijas siempre dispuestas a socorrer a los pobres, a hacer obra de liberación en favor de los oprimidos. Su pensamiento se centraba sobre todo en Mana, la ciudad que ha-

bía levantado sobre los cimientos de la libertad, del progreso, de la fraternidad cristiana y de la igualdad.

Con su corazón fijo sólo en Dios, cuya voluntad había querido seguir toda la vida, alimentada con los sacramentos de la fe, entregó su espíritu al Creador y Padre el martes 15 de julio de 1851, en París. Murió en gran fama de santidad que pronto se esparció entre las gentes y las tierras que se habían beneficiado de su amor a todos, especialmente a las gentes sencillas, a los esclavos, a los negros: todos en ella habían encontrado la mano abierta y providente de Dios.

Recibió sepultura en Senlís, donde la congregación poseía la capilla más grande. A partir de su beatificación, reliquias insignes de sus despojos fueron repartidas entre diversas casas de las Hijas de San José.

Al afianzarse la fama de santidad de Ana-María, su causa de canonización fue abierta en París en 1897. En 1908 el papa San Pío X firmó el decreto de introducción de la causa en Roma. Pío XI la declaró venerable en 1937 por el reconocimiento de sus virtudes heroicas. Pío XII aprobó los milagros para la beatificación, que fue celebrada en la Basílica de San Pedro del Vaticano el día 15 de octubre de 1950.

La obra de la madre Ana-María fue continuada por su hermana Sor Rosalía, la cual obtuvo de la Santa Sede en 1854 el decreto de alabanza para la congregación. En 1899 fueron aprobadas definitivamente sus Constituciones.

Las Hijas de San José de Cluny abrieron nuevas casas en Europa: en Italia, Irlanda, Escocia, Portugal. Las leyes francesas en contra de las congregaciones religiosas provocaron su expansión en otros países, como España, que contó con la primera casa en Vigo, en 1903. A finales del siglo XIX fue muy considerable su expansión en tierra de misiones: en África y en América. En pleno siglo XX, las hijas de una de las más grandes misioneras del siglo XIX extendieron su apostolado a Nueva Zelanda, Australia, USA y Canadá, Brasil, Papuasía, etc.

Actualmente la Congregación cuenta con unas cuatro mil religiosas.

Bibliografía

- AAS 42 (1950) 801-806.
 Art. en *Bibliotheca sanctorum*. VII: *Giustiniani-Lhuillier* (Roma 1966) cols.1015-1017.
 AUBINEAU, L., *La révérende mère Javouhey, fondatrice de la Congrégation de Saint Joseph de Cluny* (Paris 1887).
 BERNOVILLE, G., *Une gloire de la France missionnaire, Anne-Marie Javouhey* (Paris 1942).
 CAILLARD, V., *La vénérable Anne-Marie Javouhey* (Les Saints; Paris 1909).
 CHAUMONT, Cl.-M., *La vénérable Anne-Marie Javouhey (1779-1851). Sa vie, ses travaux, ses épreuves* (Paris 1909).
 DELAPLACE, F. J. B., *La R. M. Javouhey fondatrice de la Congrégation de Saint Joseph de Cluny. Histoire de sa vie, des oeuvres et mission de la Congrégation*, 2 vols. (Paris 1886; 12.^a ed. revisada, y ampliada por Ph. KIEFFER en 1914).
 FONTAINE, A., *Annales historiques de la Congrégation de Saint Joseph de Cluny* (Solesmes 1890).
 — *Recueil des Lettres de la Vénérable Anne-Marie Javouhey (1779-1851)*, 5 vols. (Paris 1909-1917).
 GOYAU, G., *Un grande «homme»: Mère Javouhey apôtre des noirs* (Paris 1920).
 MAUGENEST, M. A., «San Giuseppe di Cluny, Suore di», G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) cols.504-507.
 MERLAUD, A., *Anne-Marie Javouhey. Audace et génie* (Paris 1982); trad. española: *Ana María Javouhey. Audacia y genio* (Madrid 1991).
 PLUS, R., *Une passionnée de la volonté de Dieu. La B. Anne-Marie Javouhey* (Paris 1951).
 TRAMOND, R., *La merveilleuse épopée d'A.-M. Javouhey* (Namur 1964).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FÉLIX DE THIBIUCA

Obispo y mártir († 303)

El primer decreto de persecución de Diocleciano, del 24 de febrero del año 303, no se dirigía contra las personas sino contra las cosas de la Iglesia: destruir los templos y mandar al fuego los libros sagrados. La persecución llegaba después de un período de paz en el que la vitalidad de muchas comunidades cristianas se había venido a menos. Promulgado este decreto o edicto, en África se procedió con más rigor a la destrucción de los libros que a la demolición de los templos. Hubo de todo, desde héroes a traidores. Uno de los héroes fue el obispo Félix de Thibiuca. Esta población, que hoy se llama Zouстина, estaba cerca de Cartago. En las nonas de junio del año 303 se publicó allí el decreto imperial y el administrador de la ciudad, Magniliano, mandó que, puesto que el obispo Félix había viajado a Cartago, se presentaran ante él los presbíteros de la comunidad.

Éstos fueron preguntados por los libros sagrados y respondieron ellos que los tenía el obispo en su casa. Dijeron no saber dónde estaba el obispo y quedaron bajo guardia oficial.

Al día siguiente volvió el obispo y fue llevado ante el administrador. Éste le pidió que le entregara los códices de la comunidad cristiana para quemarlos y el obispo dijo que no pensaba entregarlos: «Antes preferiría que me quemaran vivo, que no las Escrituras divinas. Vale más obedecer a Dios que a los hombres». El administrador le señaló que, ante todo, lo importante era cumplir la orden imperial, pero el obispo insistió en que primero había que obedecer a Dios. Entonces le dio al obispo tres días de plazo para que lo pensara.

Pasados los tres días, volvió Félix a comparecer y repitió su negativa. No le quedó otra opción al administrador que enviarlo a Cartago a cargo del decurión Vicencio Celsino. Félix salió para Cartago el 24 de junio. Cuando llegó fue puesto a disposición del legado, que mandó se le encerrara en la cárcel. Al día siguiente compareció Félix ante el legado, que le preguntó que por qué no entregaba unas escrituras inútiles. El obispo repitió su negativa. Y el legado dio orden de que se le arrojara a los más profundos calabozos de la cárcel.

Al cabo de dieciséis días Félix fue llevado a las diez de la noche ante el procónsul Anulino. El diálogo fue el mismo. Requisitoria de entregar las Escrituras y negativa del santo obispo a hacerlo. En consecuencia fue condenado a muerte y se fijó la fecha de los idus de julio para su ejecución. Llegada la hora, el obispo levantó los ojos al cielo y dijo en voz alta: «Dios mío, a ti sean dadas gracias. Cincuenta y seis años he vivido en este mundo. He guardado la virginidad. He observado el evangelio. He predicado la fe y la verdad. Señor de cielo y tierra, Jesucristo, por tu amor doblo mi cuello al verdugo, tú que permaneces para siempre». Terminada esta oración fue conducido al lugar del suplicio y cuando llegó allí fue degollado. Se le enterró en el camino de los Escilitanos, en el cementerio de Fausto.

Esta narración verídica está tomada de las *Actas* del mártir, sinceras y conformes con la historia, que se conservan para ejemplo de las generaciones cristianas siguientes.

SANTIAGO DE NÍSIBE

Obispo († 338)

Santiago era un monje sirio que fue designado primer obispo de la ciudad de Nísibe en Mesopotamia alrededor del año 308. Como tal obispo desempeñó una gran labor en la consolidación y extensión del cristianismo en su área. Él levantó la basílica o iglesia en que reunía a los fieles, él abrió la primera escuela teológica para el progreso de los estudios religiosos y él asistió el año 325 al Concilio de Nicea, donde combatió de forma firme y clara el arrianismo y defendió la verdadera divinidad de Jesucristo.

Murió el año 338 después del ataque de Sapor II de Persia a Nísibe, siendo él el alma de la defensa.

Se le han atribuido diferentes obras teológicas de verdadero mérito que otros piensan, sin embargo, que no son suyas. Su culto es muy antiguo en todo el Oriente cristiano.

SAN JOSÉ DE TESALÓNICA

Obispo († 832)

José nace en Constantinopla en una familia muy cristiana y en la que un tío materno, San Platón, abad, daba un ejemplo admirable de santidad. Movidos por este ejemplo los miembros de la familia profesaron la vida religiosa: su madre y su hermana se hicieron monjas en Constantinopla y él mismo con sus hermanos y su padre se retiró a sus tierras de Sacudion donde fundaron un monasterio.

La familia hubo de correr la suerte de Platón. Cuando éste se enfrentó al emperador Constantino VI a cuentas de su matrimonio adulterino, el monasterio de Sacudion fue cerrado y hubieron los monjes de dispersarse. Volvieron en 797 pero los ataques árabes lo volvieron tan inseguro que los monjes se trasladaron al monasterio de San Juan Bautista de Constantinopla, conocido como Estudio y a sus monjes como estuditas. Superior de este monasterio fue San Teodoro, hermano de nuestro santo.

El año 806 José fue designado obispo de Tesalónica y tres años más tarde tuvo problemas con el nuevo patriarca, San Nicéforo, cuya designación consideró ilegal por no estar ordenado el designado. Y como, además, su hermano y él se negaron a la comunión litúrgica con el sacerdote que había bendecido el citado matrimonio de Constantino VI, San Nicéforo convocó un concilio en el que fueron ellos, San Platón y otros monjes, primero, llevados a prisión y luego desterrados a las islas de los Príncipes en el mar de Mármara. Desposeído de su sede, se le nombró un sucesor. Dejado libre, volvió a estar desterrado entre el año 815 y el 821 a causa de su negativa a aceptar la doctrina iconoclasta a la que se opuso con toda firmeza. Relegado a Tesalia, vino a morir de hambre el 15 de julio del 832 y es tenido por mártir. Se conservan de él himnos y homilias.

SAN ANSUERO Y VEINTIOCHO COMPAÑEROS

Religiosos y mártires († 1066)

El 15 de julio del año 1066 fueron apedreados hasta morir veintiocho monjes de la comunidad benedictina de St. Georgenberg, junto a Ratzenburg, en Dinamarca, junto con su abad San Ansuero. Se trataba de la reacción pagana de una tribu de los vendos a los continuos trabajos de evangelización de los monjes.

Ansuero pertenecía a la nobleza de Schleswig y había sido primero monje y luego abad del citado monasterio. Les pidió a los verdugos que lo matasen a él al final para poder estar animando a sus compañeros a ser fuertes y recibir la muerte con mansedumbre. Puesto de rodillas, oraba, como un nuevo San Esteban, por los perseguidores y así recibió la muerte a pedradas. Su culto estuvo vigente en Dinamarca hasta la Reforma, cuando sus reliquias fueron dispersadas. Pero aún el 15 de julio es día de acción de gracias por la conversión al cristianismo.

SAN DAVID DE VÄSTERAS

Obispo († 1080)

Era un monje inglés que pasó una temporada de su vida en el monasterio de Cluny y, llevado de su fervor religioso y ansia del martirio, se ofreció a colaborar con la misión inglesa en Suecia, cuando los tres sobrinos de San Sigfrido fueron martirizados. Llegó a Växjö donde tenía su sede San Sigfrido y éste le encomendó la evangelización de Västmanlandia, parte centro-oriental de Suecia, encargo que cumplió. Elegido obispo de Västeras, levantó un monasterio (Munkathorp) que fue su cuartel general de la obra evangelizadora y se acreditó por su palabra, sus buenas obras y también por sus milagros. Murió en edad avanzada en 1080 y su tumba fue venerada en la catedral hasta que con la Reforma sus restos fueron sacados y llevados a un cementerio común.

BEATO CESLAO

Presbítero († 1242)

Se le tiene por hermano de San Jacinto y se le hace miembro de la familia de los condes de Odrowatz en Silesia. Nacido hacia 1180 y educado en Cracovia, París y Bolonia, optó por el sacerdocio y llegó a canónigo de Cracovia y preboste de Santa María en Sandomierz. Era un sacerdote piadoso y caritativo que daba muchas de sus rentas a los pobres.

En 1220 acompañó a su obispo y a San Jacinto a Roma, donde conocieron a Santo Domingo, que con su extraordinaria santidad les impactó fuertemente. San Jacinto y él decidieron hacerse dominicos y recibieron el santo hábito de las manos del propio Santo Domingo.

Éste mandó a Ceslao que volviera a Polonia con el encargo de abrir allí casas de la Orden y atender a la frecuente predicación que es el carisma de la misma. Fundó casas en Praga (cuando iba de camino) y Cracovia, donde se detuvo unos años. Luego pasó a Wroclaw y en 1232 fue elegido provincial de Polonia. Hizo un viaje a Bolonia y prosiguió luego en su patria la tarea emprendida. Fue un acreditado director espiritual, habien-

do llegado a los altares algunas almas dirigidas por él. La victoria cristiana sobre los tártaros de 1240 se atribuyó a sus plegarias. Murió en Breslau el 15 de julio de 1242. Su culto fue confirmado el 7 de agosto de 1712 por Clemente XI.

SAN BERNARDO DE BADEN

Seglar († 1458)

Podría decirse que Bernardo II, margrave de Baden, fue el último gran caballero cruzado, idealista y desprendido de humanos intereses, sin otro afán que el de salvar la cristiandad poniendo coto al avance del islam que acababa de conquistar Constantinopla y de poner fin al imperio bizantino.

Nació en Baden en 1428, hijo del margrave Jacobo y de su esposa Catalina de Lotaringia. Recibió una esmerada educación como caballero y como cristiano, acreditándose como militar valiente y lleno de pundonor. En 1453, al fallecer su padre, le sucede como margrave. Aunque estuvo prometido a la princesa Magdalena, hija de Carlos VII de Francia, el matrimonio no llegó a realizarse. Era conocida de todos su piedad, su devoción a la Virgen, su honestidad de vida y costumbres, su lealtad y buena intención en todo. El emperador Federico III lo tomó a su servicio.

Cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos, en el año 1453, el emperador le encargó que visitara las cortes europeas pidiendo ayuda para una cruzada que impidiera la expansión turca y salvara a la cristiandad. Bernardo dejó a su hermano Carlos como regente de sus estados para dedicarse por completo a esta tarea de la organización de la cruzada, poniendo en ella toda su capacidad de idealismo y persuasión. Por su parte el papa Calixto III no deseaba otra cosa. Bernardo se dispuso a ir a Roma a visitar al papa y dejando Turín emprendió el camino de Roma, pero se contagió de una epidemia y murió en el convento franciscano de Moncalieri el 15 de julio de 1458, siendo enterrado en la iglesia de Santa María de la Escala. El pueblo empezó enseguida a venerarlo como santo y a decir que se obtenían milagros en su tumba, y todos se hacían lenguas de su piedad, su pureza y su espiritualidad. Hasta el 16 de septiem-

bre de 1769 no confirmó la Santa Sede el culto que se le daba, aunque ya en tiempos de Sixto IV se empezaron las investigaciones en orden a su canonización. Es el patrón de Baden.

BEATO MIGUEL BERNARDO MARCHAND

Presbítero y mártir († 1794)

Miguel Bernardo Marchand nació en El Havre el 28 de septiembre de 1749, hijo de Pedro y Catalina. Inclinado desde joven al sacerdocio, consta que se ordenó subdiácono en septiembre de 1773, diácono un año más tarde y presbítero en Pascua de 1775. Fue enviado como vicario a Vaurouy, en el distrito de Caudebec, en Seine-Inférieure.

Llegada la Revolución, se negó a prestar el juramento constitucional, por lo que fue privado de su cargo y más tarde acusado como refractario, siendo arrestado en Ruán en abril de 1793. Al año siguiente, el 12 de marzo salía hacia Rochefort como deportado, y al llegar allí fue destinado al barco *Les Deux Associés*. Se dedicó a atender a los compañeros enfermos, y cuando se vio a sí mismo enfermo de muerte no cesó en su actividad caritativa. Murió el 15 de julio de 1794 y le enterraron en la isla de Aix. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SAN PEDRO NGUYEN BA TUAN

Presbítero y mártir († 1838)

Natural de Ngaoc-Duong, Tonkín, donde nació en 1763, fue convertido al cristianismo por los dominicos, y optó por el sacerdocio, al que se preparó adecuadamente, siendo ordenado presbítero por el obispo San Clemente Ignacio Delgado, entonces vicario del Tonkín oriental.

Ejerció su ministerio con gran dedicación durante treinta años en diferentes destinos a que le envió la obediencia y fue siempre un sacerdote fiel y cumplidor. Su último destino fue Lác-Món. Estando aquí supo que el misionero español San José Fernández, religioso dominico, había caído enfermo

en Ninh-Chuong y corrió allá para ayudarlo y estar a su lado. Pero vio que aquel lugar era peligroso y entonces decidieron cruzar el río, lo que necesitaba una operación arriesgada y bien organizada. Llegaron a Qui-Lau, ya en el vicariato occidental, donde los misioneros franceses les dieron acogida caritativa, hospedándose en la casa de un pagano. Pero éste cedió a la tentación de delatar su presencia esperando la recompensa.

Pedro fue arrestado el 18 de junio de 1838 y llevado a Nam-Dinh, donde se le exigió la apostasía. Se negó firmemente y fue condenado a muerte. A la espera de la confirmación real, fue bárbaramente torturado y cargado con la canga pese a ser persona anciana. Antes de que llegase la confirmación de su sentencia, murió en la cárcel el 15 de julio de 1838 a consecuencia de los malos tratos. Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

SAN ANDRÉS NGUYEN KIM THONG
(*NAM THUONG*)
Mártir († 1855)

Andrés nació en Go-Ti, Tonkín, el año 1790 en el seno de una familia cristiana. Educado esmeradamente, el joven manifestó su voluntad de colaborar con la Iglesia y obtuvo su diploma de catequista, ejerciendo su cargo con mucha responsabilidad y siendo nombrado responsable de todos los catequistas del distrito misional de Binh-Dinh. Por otro lado su prestigio como persona honesta le valió el nombramiento de alcalde de su pueblo, puesto que aprovechó para parar cuantos golpes persecutorios pudo contra la comunidad cristiana.

Un sobrino suyo, a quien él había afeado una conducta desarreglada, lo denunció como cristiano. Fue arrestado y llevado a Binh-Dinh. Encarcelado, se le permitía, sin embargo, salir y visitar a los suyos y por temer represalias contra su familia no huyó. Llevado a juicio, confesó la fe, se negó a apartarse de ella y se le desterró a una lejana provincia, a la que iría en un viaje extenuante. Cargado con la canga y cadenas debió andar kilómetros y kilómetros sin descanso, hasta que quedó exhausto. Le quitaron, estando en Mitho, la canga y las cadenas pero Andrés

cayó al suelo, se entregó a la oración y no pudo ya levantarse hasta morir. Fue canonizado por Juan Pablo II el 19 de junio de 1988.

BEATO ANTONIO BESZTA-BOROWSKI

Presbítero y mártir († 1943)

Este sacerdote había nacido en Browskie Olki el 9 de septiembre de 1880 y había hecho sus estudios eclesiásticos en el seminario de Vilna, donde se ordenó sacerdote el 17 de julio de 1904. Fue destinado a Vilba, Surwiliski y Bielsk, sucesivamente, siendo premiados sus trabajos con el nombramiento de canónigo honorario de Pinsk.

Cuando estalló la guerra mundial fue nombrado vicario general para la zona de la diócesis de Pinsk, ocupada por soviéticos y nazis —sucesivamente—, sirviendo con gran celo a sacerdotes y seglares en tan difíciles circunstancias. Llevaba una vida ejemplar, muy austera y ascética y era muy notable la piedad con que celebraba la santa misa.

Su arresto tuvo lugar el 15 de julio de 1943 junto con dos sacerdotes y cuarenta y siete seglares. Detenidos e interrogados, unas horas más tarde se les ordenó subir a unos camiones y fueron llevados al cercano bosque de Piliki donde fueron fusilados por la Gestapo y enterrados en una fosa común. El papa Juan Pablo II lo beatificó el 13 de junio de 1999.

16 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. Nuestra Señora del Carmen **.
2. En Anastasiópolis (Galacia), San Antíoco († s. III-IV), mártir, hermano de San Platón.
3. En Sebaste de Armenia, San Atenógenes († 305), corepíscopo y mártir.

4. En la isla de Jersey, en el mar de Bretaña, San Helerio o Helier († s. vi), ermitaño, martirizado por unos piratas.
5. En Maastricht (Países Bajos), santos Monulfo y Gondulfo († s. vi/vii), obispos.
6. En Saintes (Hainault), santos Reinelda, Grimoaldo y Gondulfo († 680), mártires.
7. En Córdoba, San Sisenando († 851), diácono y mártir*.
8. En Chiemsee (Baviera), Beata Irmengarda († 866), abadesa*.
9. El martirio del Beato Simón da Costa († 1570), último mártir de los de la nave «Santiago», conmemorados el 15 de julio*.
10. En Warwich (Inglaterra), beatos Juan Sugar, presbítero, y Roberto Grissold († 1604), mártires bajo el reinado de Jacobo I*.
11. En Cunhaú (Brasil), beatos Andrés de Soveral, presbítero, y Domingo Carvalho († 1645), mártires**.
12. En Rochefort (Francia), en el barco-prisión, los beatos Nicolás Savouret, franciscano conventual, y Claudio Béguinot, cartujo († 1794), presbíteros y mártires*.
13. En Orange (Francia), beatas Amada de Jesús (María Rosa) de Gordon y sus seis compañeras: María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, María Ana de San Miguel Doux, María Rosa de San Andrés Laye, Dorotea (Julia) del Corazón de María y Magdalena (Francisca) del Santísimo Sacramento de Justamont († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa*.
14. En Saint-Sauveur-le-Vicomte (Normandía), Santa María Magdalena Postel († 1846), virgen, fundadora de la Congregación de las Hijas de la Misericordia**.
15. En Lujiapo (China), Santa Lang Yangzhi, catecúmena, y su hijo San Pablo Lang Fu († 1900), mártires*.
16. En Zhangiaji (China), Santa Teresa Zhang Hezhi († 1900), mártir*.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN

El Carmelo es el Monte de María. Parece que Dios sentía predilección por pregonar sus bandos desde la cúspide de las montañas: Sinaí, Tabor, Bienaventuranzas, Gólgota...

El monte Carmelo, con cuya extraordinaria belleza compara a su Esposa el Cantar de los Cantares, es de sabor netamente bíblico. Hay que ir hasta el Libro de los Reyes o más arriba para dar con su origen. Dos son los montes que en Palestina llevan este nombre. El de Judea —que no nos interesa— es árido y

seco, parece que pesa sobre él la maldición de Cristo contra el pueblo deicida. El de Galilea, por el contrario, es fértil y fecundo en toda clase de frutos. Está junto al mar Mediterráneo y fue el teatro donde se deslizó la vida del profeta de Dios, Elías Tesbita.

La fiesta litúrgica de este día, extendida a toda la Iglesia en 1726 por Su Santidad Benedicto XIII, recoge la narración bíblica que se entreteje entre Elías, el Carmelo y María.

El pueblo de Israel había vuelto a pecar. Dios envió a Elías para castigarle. Este profeta, en cuyo corazón y labios ardía el fuego del culto al verdadero Dios, cerró el cielo con el poder de su oración. Tres años y medio sin caer una gota de agua sobre la tierra. Arrepentidos, vuelve Elías a interceder por ellos y el Señor escucha su oración. Elías sube a la cumbre del Carmelo. Se postra en tierra y ora con fervor. Manda a su criado que mire hacia el mar. Sube y mira. No hay nada. Vuelve a subir hasta siete veces. A la séptima dice: «Divísase una nubecilla, pequeña como la palma de la mano de un hombre, la cual sube del mar [...] Y en brevísimo tiempo el cielo cubrióse de nubes con viento, y cayó una gran lluvia».

Algunos autores, sobre todo a partir del siglo XIV, vieron en esta nubecilla, en figura o tipos bíblicos, a la Virgen Inmaculada, mediadora universal. La Iglesia así lo ha aceptado en su liturgia.

El monte Carmelo es un abultado volumen de historia. Ha visto pasar a su vera los pueblos más diversos. Desde muy antiguo habitaron los carmelitas en él y en él comenzaron a dar culto a la Virgen Inmaculada.

A ella, a Santa María, tal cual la celebraban en la alta Edad Media, sobre todo a partir del concilio de Calcedonia, los ermitaños del monte Carmelo levantaron una célebre capilla, meta de peregrinaciones a fines del siglo XI, o principios del XII. Con ello no hacían más que ponerse bajo su *patronato*, o, como entonces se decía, bajo su *título*. Más adelante se unirá, formando una sola, la doble idea: María-Carmelo.

En el siglo pasado, por los años 60, se hicieron excavaciones para buscar restos arqueológicos de esta venerada capilla. En marzo de 1958 el conocido arqueólogo franciscano P. Belarmi-

no Bagatti comenzó las excavaciones junto a la llamada «Fuente de Elías» y unos meses después descubría los cimientos y parte de los muros de una capilla de 22,30 por 6,25 metros, y junto a ella una pared de 2,5 metros de ancha que parece ser los restos del primitivo monasterio de San Brocardo.

La simbólica interpretación de la nubecilla, que no es más que una hermosa figura para significar a la humilde y pura Virgen María como mediadora universal de todas las gracias por su divina maternidad corredentora, contribuyó a aumentar el profundo marianismo que impregnó, desde sus orígenes, la historia, liturgia y espiritualidad del Carmelo. El monte Carmelo ha ido pasando de unas manos a otras, aunque sus pacíficos y legítimos moradores son los hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo.

Poco después de la milagrosa aprobación de la regla carmelitana por Honorio III en 1226 vinieron los carmelitas a Occidente. El pueblo los recibió como llovidos del cielo. Decían que se llamaban: *Hermanos de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo*. Más adelante, el 26 de abril de 1379, el papa Urbano VI concedía tres años y tres cuarentenas de indulgencias a cuantos así los llamaran.

Para algunos príncipes y clero no fue así. Pronto comenzó una negra persecución contra ellos. El general de la Orden, San Simón Stock (1165-1265), acudía con lágrimas de dolor a la Santísima Virgen para que viniera en auxilio de su Orden. Hasta llegó a componerle algunas fervorosas plegarias que rezaba con seráfico fervor. He aquí la *redacción breve* de la aparición, entrega y promesa del santo escapulario. Es una de las más críticas y antiguas que se conocen:

«El noveno fue San Simón de Inglaterra, sexto general de la Orden, el cual suplicaba todos los días a la gloriosísima Madre de Dios que diera alguna muestra de su protección a la Orden de los carmelitas, que gozaban del *singular título* de la Virgen, diciendo con todo el fervor de su alma estas palabras: “Flor del Carmelo, vid florida, esplendor del cielo, Virgen fecunda y singular, ¡oh Madre dulce, de varón no conocida!, a los carmelitas da privilegios, estrella del mar”.

Se le apareció la Bienaventurada Virgen acompañada de una multitud de ángeles, llevando en sus benditas manos el Escapulario de la Orden y diciendo estas palabras: “Éste será privilegio para ti

y todos los carmelitas, quien muriere con él no padecerá el fuego eterno, es decir, el que con él muriere se salvará²³».

Desde este momento comienza María a obrar prodigios por medio del santo escapulario y a propagarse entre ricos y pobres, nobles y plebeyos, hombres y mujeres, hasta llegar a ser nota distintiva de los auténticos cristianos y verdaderos devotos de María el llevar sobre el pecho este escudo invulnerable contra los dardos del infierno.

Escritores poco críticos dudaron gratuitamente de la historicidad de la aparición y entrega del santo escapulario. A todos estos desaprensivos historiadores les ha contestado el P. Bartolomé María Xiberta, O. Carm., después de estudiar detenidamente estas cuestiones:

«Creo que, después de la paciente búsqueda y examen de los documentos, las tesis formuladas contra la historicidad del Escapulario se han derrumbado una tras otra... Es más: me atrevo a afirmar que la visión de San Simón Stock, en la que se funda la devoción al Santo Escapulario, está autorizada y avalada por tales documentos históricos, que apenas se puede aspirar a más. Niegue quien quiera la historicidad de la visión de San Simón Stock; pero cuide de no despreciar nada con la vana confianza de que obra así movido por documentos históricos».

El Carmelo, por privilegio especial, tiene como rito propio aquel que se usaba en el Santo Sepulcro de Jerusalén durante la época de las Cruzadas.

Con todo, aunque se llegase a poder negar —que decimos no es posible— la historicidad de la visión y entrega, aun así tendría idéntico valor el escapulario y la devoción del Carmen porque se lo ha dado repetidas veces la Iglesia al aprobarlo, fomentarlo y recibirlo en su liturgia.

Como el Carmelo, por su origen, evolución, finalidad, espiritualidad y legislación, está consagrado a María, no tardó en llenar de profundo marianismo su liturgia: ayunos en las vigiliass de sus fiestas, comunión en las mismas, oficio parvo, salve regina, muchas veces al día repetida, misas en su honor, festividades nuevas, iglesias y conventos a ella dedicados, etc.

Durante este tiempo —aún faltaban tres siglos para ser instituida la Sagrada Congregación de Ritos— había gran libertad para introducir y suprimir en la liturgia. El Carmelo desde un

principio celebró como fiesta patronal de la Orden una fiesta mariana. Según épocas y regiones, fueron sobre todo las fiestas de la Asunción y la Inmaculada Concepción las más celebradas.

Juan Bacontorp, «el Doctor Resoluto», cuenta que en el siglo XIV, cuando la curia romana residía en Aviñón, el Papa y la curia cardenalicia asistían el 8 de diciembre a la fiesta de la Inmaculada que se celebraba en la iglesia de los carmelitas, igual que lo hacían el día de San Francisco en la de los franciscanos y el de Santo Domingo en los padres dominicos.

En algunas partes, sobre todo en Inglaterra, quizá poco después de la entrega del santo escapulario, se introdujo una nueva festividad mariana: «La solemne conmemoración de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo».

Esta fiesta fue extendiéndose de día en día hasta que, al reunirse la Orden en Capítulo general el 1609 se propuso a todos los gremiales qué festividad debía tenerse como titular o patronal de la Orden, y todos unánimemente contestaron: «La solemne conmemoración de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo».

Comenzó como fiesta de familia, pero como por el don del Santo Escapulario —que se extendía tanto como la misma Iglesia— todos se sentían auténticos carmelitas, pronto llegaron a la Santa Sede peticiones e instancias solicitando poder celebrar dicha festividad.

España —como siempre cuando se trata de amores marianos— fue la primera en obtener del papa Clemente X, el 1674, el permiso para celebrar esta festividad en todos los dominios del Rey católico. A esta petición siguieron otras muchas, hasta que el 24 de septiembre de 1726 Su Santidad Benedicto XIII la extendía a toda la cristiandad con rito doble mayor y con la misma oración y lecciones para el segundo nocturno que desde el siglo anterior rezaban ya los religiosos carmelitas.

Hoy la fiesta del Carmen, en muchas partes del mundo católico, es considerada como fiesta casi de precepto. En las naciones latinas, sobre todo, se le profesa una tierna y profunda devoción, y es el santo escapulario del Carmen la enseña que con devoción y amor cubre el pecho de todos los auténticos católicos.

El significado o fisonomía de la fiesta del Carmen es diferente del de otras festividades marianas, aunque, como es natural, no son sino diferencias accidentales, ya que para que sea devoción mariana y genuinamente ortodoxa debe esencialmente reducirse a la devoción mariana en general.

Así, el *Martirologio* sintetiza y anuncia la fiesta: «Conmemoración solemne de la Bienaventurada Virgen María del Monte Carmelo, a la cual la familia carmelitana consagra este día por los innumerables beneficios recibidos de la misma Santísima Virgen en señal de servidumbre».

La fiesta del Carmen es como el tributo de amor que el Carmelo —todos los hijos de María que llevan su vestido— le ofrecen anualmente en señal de acatamiento y gratitud. El 16 de julio canta los inmensos favores que María ha derramado a través de los siglos sobre su Orden predilecta y sobre sus más fieles hijos, y a la vez la consagración y total entrega del Carmelo a María. Con este espíritu celebran los carmelitas su fiesta y con estos sentimientos la celebraron los santos y debemos celebrar-la nosotros.

El contenido doctrinal de esta fiesta es muy rico y a la vez profundamente dogmático y espiritual, igual que el de las grandes fiestas marianas del ciclo litúrgico, con las cuales se penetra íntimamente. La idea dominante de esta festividad no es otra que la acción maravillosa de María sobre el Carmelo, es decir, su realeza universal como mediadora de todas las gracias, igual que la Iglesia la celebra el día de la Asunción. La advocación del Carmelo es sumamente grata a María y al pueblo.

Gruesos volúmenes se hallan publicados ya desde sus remotos orígenes que recogen los prodigios obrados en mar, tierra y aire al ser invocada bajo la advocación de Nuestra Señora del Carmen.

No hay que olvidar tampoco las dos últimas apariciones de María. La decimoctava y última visita que hace María a Santa Bernardita en la gruta de Massabielle la reservaba para el día 16 de julio de 1858, a pesar de que desde la decimoséptima habían pasado días muy señalados. Y el 13 de octubre de 1917, a los tres pastorcitos de Fátima, se les aparece por sexta y última vez vestida con el hábito marrón y capa blanca carmelitanos.

Que sea devoción sumamente grata al pueblo también es una verdad demasiado clara. Hay devociones que necesitan quien las fomente y propague, languideciendo rápidamente cuando les faltan estos apóstoles. No es así la del Carmen o del Santo Escapulario. Ella, por sí sola, con sus prodigios y sus privilegios, se extiende y propaga.

Con todo, no hay que confundirlo. La devoción del escapulario no debe propagarse sólo por razón de los así llamados «privilegios», ya que ésta sería una devoción falsa o imperfecta. La razón de los privilegios no es sino para fomentar el amor de caridad a Jesús y a María. El valor principal de la devoción del Carmen no está en los prodigios a que hemos aludido ni en los privilegios que veremos, sino en su profundo valor espiritual o ascético en orden a nuestra santificación. Es decir, el escapulario debe ayudarnos a vivir nuestra total consagración a Jesús por María en su servicio y en su presencia, en su unión e imitación.

La devoción al escapulario ha decaído un tanto porque algunos, fijándose casi exclusivamente en sus privilegios, desconocen su importancia, significación y valor en la vida cristiana, de la que es su más elocuente manifestación. De hecho la Iglesia la ha hecho suya para consagrar oficialmente a todo hombre a María desde el principio de su vida. Aun así continúa siendo la devoción característica y propia de las familias cristianas. ¿Y por qué? Porque su poderoso valimiento llega a los momentos más difíciles de la vida, a la hora cumbre de la muerte, y, traspasando los umbrales de acá, no se da descanso hasta el mismo purgatorio, de donde saca a las almas que le fueron devotas y vistieron en vida el santo escapulario. Éstas son sus credenciales: «En la vida protejo, en la muerte ayudo y después de la muerte salvo».

Se halla tan extendida esta devoción entre el pueblo cristiano, que un ilustre historiador —B. Zimmerman— podía escribir a principios del siglo anterior: «La Cofradía del Escapulario es la más numerosa asociación del mundo después de la Iglesia católica».

Verdad histórica que coincide con lo que escribía en su obra póstuma, *María Santísima*, nuestro cardenal Gomá:

«Nadie ignora lo extendida que está por todo el pueblo cristiano, en todas partes, y con qué profundo arraigo, la devoción a la

«Santísima Virgen del Carmen, de tal forma que a esta devoción podemos llamarla por antonomasia “devoción cristiana”, o mejor, “católica”».

Estas afirmaciones se refieren de un modo especial a España. A fines del siglo XVI, en 1595 exactamente, escribía el placentino José Falcone:

«En nuestros días florece en España, donde no hay casa en que no se lleve el hábito del Carmelo, con el fin de disfrutar de las infinitas indulgencias carmelitanas [...] En verdad, toda España con Portugal parece un gran convento de carmelitas. Todos desean cubrirse con tales armas contra las enfermedades corporales y espirituales. En toda España hay conventos de carmelitas e innumerables Congregaciones carmelitanas».

Desde entonces, sobre todo, sienta sus reales la Virgen Santísima del Carmen en nuestra patria y en sus hijas de América: Chile, Argentina, Colombia, México..., y queda grabado su nombre en pueblos y montes, ríos y valles, puertos y gremios, talleres y fábricas, jardines e industrias... hasta convertirse en la advocación mariana preferida del pueblo cristiano. Así lo cantará la copla popular:

«Es la Virgen del Carmelo
la que más altares tiene;
su sagrado escapulario
no hay pecho que no lo lleve».

Y el himno oficial del VII centenario: «Tú tienes altares en todo confín».

Dejando aparte muchos otros patronazgos de la Santísima Virgen del Carmen es necesario destacar el que ejerce sobre la Marina.

El 19 de abril de 1901, por decreto de la reina regente, doña María Cristina, publicaba *La Gaceta* una extensa real orden por la cual declaraba a la Santísima Virgen del Monte Carmelo patrona y titular de la Marina de guerra, así como ya lo era de la Marina mercante. El 12 de julio de 1938, en plena guerra nacional, el general Franco renovaba solemnemente esta real orden.

El santo escapulario, vestido y sacramental de María, es el instrumento o imán que atrae a los hombres hacia esta devoción. Con ocasión del VII centenario de la entrega de esta dádiva mariana se ha estudiado con todo el aparato de la crítica

moderna la historia, liturgia, espiritualidad y otras cuestiones del santo escapulario del Carmen. A la luz de estos estudios se han corregido importantes libros de texto y prestigiosas enciclopedias.

Los más importantes y trascendentales privilegios del santo escapulario son: vivir la misma vida de María, vestir su mismo vestido, disfrutar de un amparo especial por estar a ella consagrados... Por esto la devoción del santo escapulario del Carmen, «la primera entre las devociones marianas» la llamaba Su Santidad Pío XII el 11 de febrero de 1950, además de ser muy grata a María es sumamente ventajosa al que la practica. Pocas devociones, de hecho, tienen prometidas tantas y tan señaladas gracias. He aquí las principales:

— Morir en gracia de Dios. Es la gran promesa que ya hemos visto hizo la Santísima Virgen al entregar el Santo Escapulario a Simón Stock en 1251.

— Salir del purgatorio a lo más tardar el sábado después de la muerte. Así lo dijo la Santísima Virgen al papa Juan XXII, en 1322. Es el llamado privilegio sabatino.

Para hacerse acreedor a estos privilegios son necesarias algunas condiciones: estar inscrito en la Cofradía, vestirlo noche y día, guardar castidad según su estado, rezar el oficio parvo y guardar abstinencia, aunque pueden ser conmutados por otras obras buenas, y sobre todo vestir el Escapulario cual conviene viviendo la vida cristiana en toda su integridad.

El 8 de julio de 1916 Su Santidad Benedicto XV, con deseos de que se siguiese usando el escapulario de tela, concedió quinientos días de indulgencias cuantas veces se besara. Quien viste el escapulario del Carmen se hace acreedor de todas las indulgencias, gracias y privilegios que los sumos pontífices a través de los siglos han otorgado a la Orden del Carmen. Participa, asimismo, de las oraciones y penitencias que se hacen en todo el Carmelo.

Ante programa tan halagador, ¿quién será capaz de no dar su nombre a milicia tan extraordinaria? Igual que en el Medievo los magnates y príncipes cubrían con sus púrpuras las personas y edificios que patrocinaban de un modo especial, así María Santísima cubre con su mismo vestido a aquellos a quienes ama

con amor de predilección. Nunca como hoy se ha hablado tanto de consagración a Jesús y a María. La consagración se suele hacer en determinadas circunstancias y con una fórmula de antemano preparada. Pero, ¿y después?

La imposición del santo escapulario constituye el acto más elocuente y real de nuestra consagración a la Santísima Virgen. Por el escapulario se vive íntima y continuamente consagrado a María tal cual nos exige nuestra condición de hijos y hermanos suyos. Por él pertenecemos a María, ya que vestimos su mismo ropaje. Por ello debemos vivir su misma vida.

Para que los efectos de consagración duren noche y día, hoy y mañana y hasta el fin de nuestra existencia sobre la tierra, ¿puede darse un medio más apropiado y eficaz que el santo escapulario del Carmen? Así lo decía Su Santidad Pío XII en el magnífico documento que sobre el santo escapulario regalaba al mundo el 11 de febrero de 1950:

«Todos los carmelitas, por tanto, así los que militan en los claustros de la primera y segunda Orden como los afiliados a la Tercera Orden Regular o Secular y los asociados a las Cofradías que forman, por un especial vínculo de amor, una misma familia de la Santísima Madre, reconozcan en este memorial de la Virgen un espejo de humildad y castidad; vean en la forma sencilla de su hechura un compendio de modestia y candor; vean, sobre todo, en esta librea que visten día y noche, significada con simbolismo elocuente, la oración con la cual invocan el auxilio divino. Reconozcan, por fin, en ella su consagración al Corazón sacratísimo de la Virgen Inmaculada, por Nos recientemente recomendada».

J. Garreta Sabadell, en su *Catecismo de la Virgen María*, afirma que el santo escapulario fue, en los siglos XVI y XVII, el dique que contuvo las herejías e hizo que el mundo volviese otra vez a Jesús por María.

Lo que hizo entonces ¿no puede repetirlo ahora? Vivimos en la época del mundo mejor. Vemos con tristeza que nuestros hermanos, los hombres, se alejan cada día más de la casa del Padre. ¿Qué hacer para atraerlos? Volvamos a la fe y piedad de nuestros padres. Vivamos su misma vida, aun en medio del adelantado y vertiginoso siglo nuestro.

Devolvamos el valor —que no ha perdido— a esta sólida devoción que el mundo ha olvidado por alejarse tanto. Que los

lazos del escapulario del Carmen simbolicen nuestra vuelta a la casa del Padre, nuestra sumisión a sus mandatos, nuestra unión familiar, nacional e internacional. Que el vestido de María cubra las desnudeces desvergonzantes de la sangrante y llagada humanidad.

En diciembre de 1938 monseñor Lemmes, obispo de Roermond, en Holanda, exhortaba a sus diocesanos a consagrarse a la Santísima Virgen y decía que confiaba en un resurgir espiritual, esperanzador para toda la diócesis si vestían con verdadero fervor y practicaban con escrupulosidad las obligaciones que impone el santo escapulario del Carmen a quienes lo visten debidamente. Las esperanzas no se vieron defraudadas. Lo que hace tantos años sucedía en un país rodeado de enemigos de estas prácticas puede repetirse en todas las naciones. Que la Madre hermosa del Carmelo nos lo conceda.

RAFAEL MARÍA LÓPEZ MELÚS, O.CARM

Bibliografía

- ESTEVE, E. M., O.CARM, *De valore spirituali devotionis S. Scapularis* (Roma 1953).
 FORCADELL, A. M., O.CARM, *Commemoratio solemnis Beatae V. M. de Monte Carmelo* (Roma 1951).
 LÓPEZ MELÚS, R. M.^a, O.CARM, *Enquiridion del santo escapulario* (Zaragoza 1951).
 XIBERTA, B. M., O.CARM, *De visione S. Simonis Stock* (Roma 1950).
 • Actualización:
 BOSTIO, A., *Patronato y patrocinio de la Santísima Virgen María sobre la Orden del Carmen que le está consagrada* (Madrid 1981).
 LÓPEZ MELÚS, R. M.^a, *El escapulario de la Virgen del Carmen* (Madrid 1990).
 — *La Virgen del Carmen en la poesía y coplas populares* (Onda, Castellón 2002).
 — *La Virgen del Carmen, la devoción popular* (Onda, Castellón 2001).

BEATO ANDRÉS DE SOVERAL Y BEATOS MÁRTIRES DE CUNHAÚ

Mártires († 1645)

La Iglesia del Brasil recuerda con emoción los primeros días de su establecimiento cuando determinados colonizadores querían establecerse en las tierras salvajes de la selva en busca de beneficios materiales y de mejor estilo de vida. Eran los días en los que desde Europa llegaban grupos de diversas creencias y actitudes religiosas. Con frecuencia coincidían en los mismos

destinos colonizadores sin escrúpulos, resentidos contra los católicos si eran protestantes, y contra los cristianos si eran de otras religiones. Aconteció en América del Norte y también en Brasil.

El 25 de diciembre de 1597, solemnidad de Navidad, llegaron por primera vez los miembros de una expedición colonizadora, acompañada por cuatro misioneros —dos jesuitas y dos franciscanos—, pioneros de la evangelización del Río Grande del Norte. Se establecieron en un lugar que llamaron Natal (Navidad) que hoy es próspera capital de la provincia de Río Grande del Norte. Poco a poco se dedicaron al trabajo; a la siembra del Evangelio en las tierras habitadas por los indios «potigüares».

Pronto surgió una cristiandad floreciente y los misioneros, además de predicar el mensaje cristiano, se dedicaron a proteger a los indígenas ante la voracidad de los colonizadores. Medio siglo después llegaron también colonos holandeses. Fue en diciembre de 1633 cuando la capitanía de Río Grande del Norte cayó en poder de los advenedizos y se produjo, por algún tiempo, la llamada «invasión holandesa de Brasil». Los recién venidos traían las consignas de su metrópoli de Europa, pues desde 1637 a 1644 Mauricio de Nassau había decretado la tolerancia religiosa, a pesar de las protestas del Sínodo de la reforma calvinista. Mas en las colonias tardaban en llegar y en cumplirse las órdenes de Europa y las decisiones emanadas de la autoridad se burlaban si otros intereses arrastraban a los aventureros de fortuna.

Por eso llegaron entre los «invasores» de Río Grande nutridos grupos de calvinistas, sobre todo reclutados como soldados sin entrañas, deseosos de enriquecerse y de combatir con cierto fanatismo contra los católicos portugueses ya establecidos en la región. Las tensiones entre portugueses y holandeses, entre los católicos y los calvinistas, estuvieron en la base de las matanzas que acontecieron en Río Grande.

El párroco Andrés de Soveral y el presbítero Ambrosio Francisco Ferro y sus grupos parroquiales de fieles, perdieron la vida por odio a la fe. Se conocen centenares de portugueses asesinados en diversas matanzas. Con el tiempo se recogieron

los nombres de 28 laicos, hombres, mujeres y niños, a quienes mataron sólo por ser católicos y que sirvieron de cimiento de aquella Iglesia del Brasil. Los hechos acontecieron en el año de 1645. Ellos fueron los protomártires del Brasil, miembros de parroquias pacíficas, establecidas en Cunhaú y luego en Uruaçú, en la ribera del río Potengi.

Primera matanza

El primer hecho martirial ocurrió en la localidad de Cunhaú, el 16 de julio de 1645. El día anterior llegó a la localidad, a 73 kilómetros de Natal donde se hallaba la capitanía del Río Grande, el enviado del gobierno holandés, el aventurero Jacob Rabbi. Venía acompañado de un regimiento de soldados y de un centenar de indios. Dijo ser portador de órdenes que debería comunicar al día siguiente, cuando los colonos de las haciendas cercanas se reunieran para la misa dominical. Se convocó a todos para que acudieran al sacrificio. Las órdenes se anunciaron como procedentes del Gran Consejo holandés de Recife, que había tomado aparentemente el mando en la región de la que dependía Natal y todo el territorio de Río Grande.

La mayor parte de los colonos se reunieron para la misa en la capilla de Nuestra Señora de las Candelas, bajo la presidencia del párroco el P. Andrés de Soveral. No todos cayeron en la trampa pues algunos colonos desconfiados se quedaron en sus haciendas para ver qué acontecía o para defenderlas si eran asaltadas. Ellos fueron quienes luego relataron los acontecimientos.

Estaban en la eucaristía y al momento de la consagración, cuando la sagrada forma se elevó en las manos del sacerdote, el traidor Rabbi dio orden de cerrar las puertas de la iglesia y comenzó con los soldados y los indios «tupaías» y «potiguares» acompañantes una sangrienta carnicería de las 69 personas reunidas: hombres desarmados, mujeres y niños. Los soldados dispararon con saña contra los indefensos católicos. Los indígenas se cebaron en ellos con sus machetes y espadas sobre los aterrorizados hombres que cubrían con sus cuerpos a los niños y a sus mujeres.

El P. Soveral al ver desde el altar lo que acontecía, exhortó al martirio a sus feligreses y a pedir perdón de sus pecados para ir al cielo. Como hablaba bien la lengua de los indígenas, les pidió no profanar los objetos que había sobre el altar amenazándolos con grandes desgracias si lo hacían. Los indígenas vacilaron unos momentos, temerosos de algún sortilegio. Los «potiguares», más salvajes que los «tupaias» y menos crédulos ante las amenazas, se lanzaron sobre el altar e hicieron pedazos todos los objetos que sobre él había con gran regocijo de los soldados que seguían disparando sus armas contra los supervivientes o los moribundos. Uno de los indígenas arrojó su arma y atravesó al sacerdote, que fue inmediatamente acribillado por los demás asaltantes.

Murieron en aquella matanza 69 de los presentes, según los datos. El cuerpo del sacerdote fue con el que más se ensañaron cuando ya estaba en la agonía. Los fieles asumieron la muerte con resignación y muchos de ellos recitaban plegarias de perdón para los asesinos y pedían perdón a Dios por sus pecados. No ofrecieron resistencia alguna, según los testimonios posteriores de algunos de los que contemplaron la sangrienta escena.

Entre los fieles de la parroquia no todos murieron en la matanza. De los que se habían quedado en sus haciendas desconfiando de los advenedizos hubo quien luchó con fiereza y otros se escondieron en lugares inaccesibles. Bastantes terminaron capturados y asesinados en una orgía de sangre. No eran aquellos tiempos ni aquellos ambientes propicios a muchos registros ni la dispersión de los colonos hacía posible demasiado control de las personas.

Muchos no fueron incluidos en el proceso de beatificación pues eran desconocidos y de hecho hubo quien logró escaparse. Sólo figuraron en ese proceso los que fueron conocidos por sus nombres y quedó claro que dieron su vida por ser católicos y por su fe religiosa odiada por los fanáticos calvinistas atacantes. Además del sacerdote, parece que con nombre propio sólo se identificó en esta primera matanza a un familiar suyo, llamado Domingo Carvalho, que era comerciante a juzgar por las monedas de oro encontradas luego entre sus ropas.

Segunda matanza

Los asesinos recorrieron otros lugares matando a gentes indefensas. Mientras tanto, la noticia de la matanza de Cunhaú se difundió entre los habitantes de Río Grande del Norte. Los moradores del entorno de Natal, atemorizados por la doble amenaza de los indios y de los holandeses, buscaron lugares más seguros: primero en Fortaleza de los Reyes Magos; luego emigraron hacia el río Uruaçu y a otros lugares. Unos grupos se refugiaron en las orillas del río Potengi.

El 3 de octubre tuvo lugar la segunda matanza, en Uruaçu, realizada explícitamente por odio a los católicos. Fueron asesinadas cerca de 80 personas, entre las que resalta un grupo de 12 más influyentes, reunidos en torno a otro párroco, el P. Ambrosio Francisco Ferro. Desde la matanza de Cunhaú en julio había un grupo escondido en Uruaçu, lugar cercano a São Gonçalo do Amarante, a 18 kms. de Natal. Escondidos en lugares de difícil acceso, aunque no para los indios acostumbrados a moverse por las selvas y los ríos. Habían construido empalizadas y defensas improvisadas.

Allí irrumpieron unos 60 soldados holandeses, apoyados por unos 200 indígenas que estaban dirigidos por un fanático cacique convertido al calvinismo. Se llamaba Antonio Paraôpeba. Les alentaba una compañía de soldados también llenos de odio hacia los portugueses católicos. Asaltaron el lugar y destruyeron las defensas. Llegaron a pactar la rendición bajo la promesa de respetar las vidas y fueron vilmente traicionados. Los soldados dejaron a los indígenas la macabra tarea de asesinar a los vencidos, conforme a los ritos y costumbres feroces de muchos de ellos, que habían sido guerreros e incluso antropófagos.

La crueldad fue la tónica de esta matanza: a algunos les cortaron los brazos y las piernas, a otros les sacaron los ojos, les arrancaron la lengua, les cercenaron las narices y las orejas; a varios niños les cortaron la cabeza. A un niño lo estrellaron contra el tronco de un árbol y a otro le partieron por la mitad con una espada. A los muertos los despedazaron luego en pequeños trozos. El más significativo fue Mateus Moreira: después de cortarle las piernas y los brazos, le seguían pidiendo que blasfe-

mara de la Eucaristía. Le intentaron sacar el corazón por entre las costillas. Y murió exclamando: «Alabado sea el Santísimo Sacramento». Todo esto ocurría con la complacencia del grupo de soldados que les dirigían y con la feroz alegría de saber que estaban limpiando la zona de enemigos europeos.

La brutalidad de las escenas quedó en las páginas de los cronistas y se divulgó por todas las comarcas del Brasil. El documento más antiguo que recogió hechos tan crueles y lejanos fue un escrito de Lupo Curado Garro, capitán y gobernador militar de Paraíba, que fue redactado sólo 20 días después de los hechos. Gracias a él, conocemos algunos datos. Por ejemplo, sabemos que el español se llamaba Antonio Vilela Cid, que era hidalgo nacido en Castilla, y que había llegado a Río Grande en 1613 cumpliendo órdenes del Rey Felipe II y con el cargo de capitán. No había cumplido con lo que se le había mandado desde la Corte, pero ejerció desde 1620 la tarea de juez ordinario en Natal. Estaba casado con Doña Inés Duarte, hermana del P. Ambrosio Francisco Ferro. Murió junto con su hijo y cerca del sacerdote, a quien intentó defender en el ataque.

Ambas matanzas quedaron para siempre asociadas al fanático Jacob Rabbi, que era holandés procedente del condado de Waldeck. Había llegado de Holanda, contratado por la Compañía de las Indias Occidentales, junto con el conde João Mauricio de Nassau-Siegen. El 23 de enero de 1637 había desembarcado en Recife para poner bajo el mando holandés una parte del territorio brasileño, entonces de la corona portuguesa, que estaba ceñida en ese momento por Felipe II. Su compenetración con los indígenas había sido total durante años. Se había casado, o amancebado, con una nativa «jandú» llamada Dominga. Era culto y llegó a hacer algunos estudios antropológicos de los indios. Pero profesaba un calvinismo fanático, que fue lo que llevó a provocar las matanzas de los católicos.

En la muerte de los colonos buscaba su enriquecimiento personal adquiriendo propiedades y tratando de asegurar su porvenir afianzando la colonia bajo mando holandés en toda la capitanía de Río Grande, Paraíba y Pernambuco. La última etapa de su vida se dedicó a expediciones de saqueo y a las matanzas con los indígenas, que le seguían ciegamente y cuya lengua y

costumbres dominaba. Después de la segunda matanza y de otras menos numerosas, terminó él mismo asesinado en una emboscada en la noche del 4 de abril de 1646.

Andrés de Soveral

Los emblemas martiriales de aquellos acontecimientos fueron los dos sacerdotes que animaron los dos grupos de mártires. El primero fue el párroco Andrés de Soveral, que quedó en el recuerdo histórico de todos como modelo de misionero celoso y valiente. Había nacido hacia 1572 en San Vicente, ciudad situada en la isla de San Vicente, cerca de São Paulo. Recibió el bautismo en la parroquia de su lugar de nacimiento dedicada a San Vicente mártir.

No se conocen muchos datos de su infancia, pero es casi seguro que estudió en un colegio local denominado del Niño Jesús, fundado por los jesuitas en 1533. Allí debió sentir su vocación y entró en la Compañía. El 6 de agosto de 1593, a los 21 años, hizo su noviciado en Bahía. Estudió teología y mostró gran interés por las lenguas indígenas. Fue luego enviado al colegio de Olinda, en Pernambuco, centro de irradiación para la evangelización de los indígenas. Se inició en la actividad misionera en un viaje que hizo con el P. Diego Nunes por el territorio de los indios «potiguaras». En una de las aldeas conoció a la indígena Antonia Potiguar, que era jefa de la tribu y se había hecho cristiana. Bendijo su matrimonio y bautizó a otros indígenas de la aldea.

No se sabe por qué, pero al poco tiempo, desde 1607, había dejado la Compañía de Jesús, pues no figura en sus registros y listas desde ese año. Probablemente se puso bajo la dependencia del obispo diocesano de Bahía, a la que pertenecía Río Grande del Norte, para contar con más libertad en sus empresas misioneras. De hecho, en 1614 figuraba ya como párroco de Cunhaú. Se entregó con celo a la animación religiosa de sus feligreses, tanto blancos como indios. Era austero y visitaba los poblados y las haciendas de los colonos.

Con ayuda de las familias había construido en el poblado una pequeña iglesia y la gente le respetaba y estimaba. Los indí-

genas, con los que se comunicaba en su idioma, le contaban como protector y nunca le hubieran hecho daño. Tuvieron que venir otras gentes de lejos para terminar con su inmunidad sacerdotal. Tenía 73 años cuando acontecieron los hechos que le llevaron a la muerte.

Ambrosio Francisco Ferro

El animador del otro grupo de mártires fue el sacerdote Ambrosio Francisco Ferro, de la diócesis de Natal. Era portugués y había nacido en las Azores. Luego emigró a Brasil y se ordenó sacerdote en la diócesis de Bahía. Había sido nombrado vicario de Río Grande en 1636. Era generoso, muy piadoso y desinteresado. Cuando conoció las matanzas que se perpetraban por parte de los calvinistas holandeses y que no tenían otro propósito que ahuyentar a los portugueses de la región, temió lo peor para sus feligreses y trató de salvar sus vidas. Les alentó a refugiarse en la Fortaleza de los Reyes Magos, llamada luego Castelo de Keulen, que estaba en la aldea cercana al Uruaçu.

Ayudó a construir defensas y empalizadas por si llegaban los perseguidores que habían perpetrado la matanza de Cunhaú y de los que se sabía que seguían haciendo estragos por la región. No quedan datos del martirio. Parece que fue de los primeros en ser atravesado por una espada, precisamente por ser el sacerdote del grupo y ser conocido por los asesinos.

En el lugar de las matanzas se levantó pronto una iglesia y un monumento a los mártires que comenzó pronto a convocar peregrinos de toda la región. En ambos grupos, que el tiempo uniría en una misma causa de beatificación, había un sacerdote; y también familias enteras, con varios niños y niñas que fueron asesinados. No perdonaron a nadie. Fueron en total veintisiete brasileiros, un portugués (el sacerdote Ambrosio), un español (Antonio Vilela Cid) y un francés de Navarra, entonces francesa (Lostau Navarro).

Las víctimas se presentaron desde antiguo como mártires de la fe. No murieron por sus posesiones, sino por ser católicos, requisito teológico para ser considerados verdaderos mártires. Quedó siempre el recuerdo de su fe y de la resignación con que

recibieron la muerte a manos de fanáticos adversarios, los holandeses calvinistas, aunque los asesinaron por medio de indios salvajes. Hubo de llegar el siglo XX para que se introdujera en Roma la causa de beatificación y canonización de aquellos venerados mártires cuyo ejemplo pervivía en la conciencia colectiva de los cristianos de Río Grande. Así lo confirmó el papa Juan Pablo II, aprobando el decreto de martirio el 21 de diciembre de 1998.

La beatificación de estos 30 héroes tuvo lugar el 5 de marzo de 2000. Según Francisco de Asís Pereira, postulador de la causa de beatificación, pudo tener lugar con estos dos grupos de mártires, pues durante siglos fue la memoria colectiva del pueblo cristiano la que les tributó admiración y reclamó que el Papa les propusiera como beatos a su consideración. La veneración que se les tributó en la capilla de los mártires, construida al poco tiempo y perpetuada con el paso de los siglos, era testimonio suficiente de su dignidad martirial.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

LIMA, A. A., *Terras de mártires* (1999).

MONTEIRO, E. L'E., *Mártires de Cumbau e Uruaçu*.

PEREIRA, F. DE A., *Protomártires do Brasil* (Recife 1990).

RUBERT, A., *A Igreja no Brasil. II: Expansão missionária e hierárquica (século XVII)* (Santa María 1983) 121-125.

SANTA MARÍA MAGDALENA POSTEL

Religiosa y fundadora († 1846)

Estuvo a punto de morir al nacer, aquel 28 de noviembre de 1756. Una vecina la bautizó *in extremis* y el bautismo solemne se cumplimentó aquella misma tarde. Así vino al mundo Julia María Francisca Postel en Barfleur, un pueblo de Normandía. Sus padres, Juan Postel y Teresa Levallois, eran modestos campesinos pero profundamente cristianos. Tuvieron cinco hijos más, de los cuales uno fue sacerdote que murió en 1790.

Se cuenta que, ya a los cinco años, encontrándose con una chiquilla vestida de andrajos le dio su manto y que otro día se

desprendió de sus zapatos para dárselos a un mendigo. Su madre juzgaba de mal gusto semejantes liberalidades y reprendía severamente a Julia. En la escuela no parece que avanzase mucho, ni presagiase en nada sus muchos talentos posteriores, pues a los once años, firma con una sola cruz en la partida de bautismo de uno de sus hermanos.

Con frecuencia la gente se burla de aquellos santos que desde muy pequeños empiezan a dar muestras de virtud y caridad. La verdad es que se quiere hacer pasar por el mismo rasero todo tipo de personalidad, como si Dios tuviera que atarse a unos parámetros que a nosotros nos resultasen admisibles. Sin descontar que en algunas hagiografías se pueden encontrar repeticiones de los mismos módulos y ejemplos, no del todo exactos o comprobados, en ocasiones la caridad divina, que no tiene por qué atarse a ningún esquema, da muestras de su impulso y gracia desde los primeros años de la niñez responsable y consciente. Julia, a pesar de la opinión materna, dio siempre muestras de entrega hacia los pobres, especialmente en los pequeños detalles de la vida cotidiana. Pedía para los pobres, llevaba leña y agua a la casa de los enfermos, limpiaba sus casas y les encendía el fuego. De naturaleza exuberante, se obligó a vivir en disciplina con ella misma, en la que, sin excluir la cortesía, se prohibía a sí misma la precipitación y las bromas.

Su madurez humana fue precoz, a los nueve años hizo voto de castidad y de dedicarse a la salvación del prójimo; el párroco, a pesar de las prescripciones de la época la admitió, a esa misma edad, a la comunión eucarística, motivando su decisión diciendo que el caso de Julia no creaba, por su excepción, ningún precedente y añadía: «Ninguno de nosotros conocerá en su vida a otra Julia Postel».

Su vida ascética fue creciendo y desarrollándose: los viernes, a escondidas, sólo tomaba pan y agua. Habiendo oído en un sermón que en los días de ayuno había que medir lo que se comía, se ingenió en hacerse una rústica balanza para poder pesar las rodajas de pan; y cuando, enterados de régimen tan severo, le fue prohibido cambió la almohada de la cama por una piedra.

Un día al salir de clase se encontró con que en un prado dos soldados se estaban disponiendo para un duelo, entonces ella se

acercó y poniéndose de rodillas les presentó un crucifijo; los hombres se quedaron estupefactos y, sin duda movidos por la gracia, se reconciliaron y se abrazaron allí mismo.

En Barfleur la escuela se hizo insuficiente para las cualidades de Julia, pero gracias a la generosidad de una bienhechora pudo ingresar en la escuela de la abadía de Valognes que solía recibir jóvenes de familias pudientes. Y pronto las benedictinas, ante los rápidos progresos de Julia y sobre todo debido a su virtud y piedad, trataron, en lo posible, de ganársela para el monasterio. Julia, sin embargo, retornaba a su familia durante las vacaciones y no soltaba prenda en cuanto a dar a conocer su determinación.

En 1774, cuando contaba con 18 años de edad, concluyó sus estudios y de vuelta a Barfleur abrió un pensionado. En ella enseña a sus alumnas las cosas prácticas de la vida doméstica, como administrar bien una familia y una casa. Para no cansarlas, después de un tiempo dedicado a aprender a escribir o hacer las cuentas, les enseña a tejer y a coser. Su ascendencia moral era ya grande; su piedad, ardiente; asiste todos los días a misa y comulga en ella siempre, cosa extraordinaria para la época. Poco después organiza un taller de bordado y durante el trabajo se mezclan la charla, las anécdotas, y los cantos. Julia reacciona contra la moda excesivamente escotada y viste de oscuro con cuellos altos.

Continuó Julia asistiendo a los pobres. Solía tomar una sola comida al día, no entrando en su dieta ni la carne ni el pescado, sólo las legumbres, pan de días y agua; y así hasta el día de su muerte.

Al desencadenarse la Revolución Francesa, se desentiende de los sacerdotes juramentados excomulgados por Roma. Escondió todos los objetos de culto en su casa y recibía en su minúscula capilla, bajo una escalera, a los sacerdotes fieles que venían a celebrar los sacramentos, con peligro de su vida. En esa escondida capilla guardaba la Eucaristía y pasaba noches enteras en oración y leyendo a los maestros de la vida espiritual y a los santos Padres. Se le autorizó a darse ella misma la comunión (aunque tomando la forma con unas pequeñas pinzas de plata) y a llevar el viático a los moribundos.

En 1798 fue admitida como terciaria franciscana. Y cuando todo volvió a la calma, Julia volvió a su labor de catequesis, ágil, cordial, alentadora y siempre dispuesta, sin ofender a nadie, en medio de las rivalidades eclesiásticas y civiles fruto de los años de terror durante la Revolución. En 1804 una de sus alumnas, María Dadure, al morir con sólo ocho años, le profetizó que un día iba a ser fundadora.

En el entretanto, el ayuntamiento de Cherburgo dictó un bando solicitando voluntarias que quisieran ocupar el puesto de maestras para niñas pobres. Julia partió, disponiendo sólo de «la Providencia, el trabajo y la pobreza». Se despidió moviendo los dedos y bromeando al decir: «Éstas son mis rentas». El capellán del hospicio de Cherburgo le alquiló una casa y Julia, a sus cuarenta y nueve años, comenzó a ser llamada la «señorita santa». Se unieron a ella tres antiguas alumnas de Barfleur. El vicario general apoyó y animó la naciente comunidad y el 8 de septiembre de 1807 cuatro de ellas pronunciaron sus votos religiosos en la congregación que iba a llamarse: «Hijas pobres de la Misericordia». En aquel momento, a sus cincuenta y un años, Julia cambió su nombre por el de María Magdalena, con el que se la conocerá en la posteridad.

Madre María Magdalena no tardó en solicitar de la ciudad y de la diócesis una capilla y un capellán que, además del culto, tuviese la obligación de enseñar el catecismo a los niños pobres y de visitar a los enfermos. Por su parte, las religiosas se dieron una regla en la que se escribía: «Silencio, obediencia pronta, absoluta, gozosa». Y siguen una dieta austerísima: como alimento sólo tienen a menudo pan y agua; como cama, un poco de paja; pasan la vigilia del jueves al viernes en oración y lectura. Y la madre prolonga todos los días las horas, trabajando por los más necesitados y dedicándose largos ratos a la oración antes de descansar.

Tienen en sus aulas más de doscientas alumnas a las que hay que enseñar a coser, bordar y tejer. Y la madre organiza un obrador para las jóvenes doncellas.

Mientras tanto, van llegando algunas postulantes y, al mismo tiempo, con la restauración de la nación, empiezan a regresar las congregaciones religiosas. Una de ellas es la de las Hermanas de

la Providencia que se dedicaban a menesteres parecidos a las de las Hijas pobres de la Misericordia. María Magdalena, deseosa de evitar rivalidades, se retira de Cherburgo. Marcharon primero a Octeville y luego a Tamerville, donde son acogidas muy bien en una propiedad del Duque de Plaisence, Lebrun, gran dignatario del recién estrenado Imperio napoleónico. Pero las cosas estaban yendo demasiado bien y en poco tiempo Dios la prueba: mueren cinco religiosas; a esto se fueron añadiendo otros problemas: las intrigas de las maestras seglares del lugar y las de la gente de bien, así como diversas dificultades con el párroco. La madre Postel no ve más solución que partir de nuevo para Valognes. Pero también allí surgen contrariedades pues en dicha población ya hay benedictinas e Hijas de la caridad y no hay novicias para todas. Así las cosas, la comunidad de la madre Postel se ve reducida a seis miembros. La madre decide volver a Tamerville donde viven tan pobremente que sólo tienen patatas para comer. Gracias a Dios, poco después, pudieron abrir una escuela.

En 1817 el hambre hace estragos en la población y las religiosas organizan dar una sopa caliente a los más necesitados. Al año siguiente el Prefecto de la región decreta que es obligatorio tener el título de maestra para poder enseñar y madre Postel a sus 62 años se prepara y pasa con éxito el examen. Pero las hermanas se han reducido a cuatro. Entonces, cuando se estaba apurando toda esperanza, comienzan a afluir las vocaciones y hasta la madre lucha contra la muerte curando instantáneamente a una de sus hijas de un cáncer.

Tiene 76 años, en 1832, cuando tienen que emigrar de nuevo. Salen de Tamerville y se dirigen a Saint-Sauveur-le-Vicomte donde se ha adquirido una antigua abadía benedictina en ruinas; y tienen tan poco dinero que no pueden ni pagar al notario que les ha de redactar las escrituras. Allí empezaron a recibir huérfanas e indigentes. Las religiosas, para poder sobrevivir, trabajan en el campo y en la huerta. Se levantan a las tres de la madrugada (hora solar) y recitan el rosario mientras limpian y preparan las legumbres. El obispo las visita y la madre María Magdalena le presenta a la religiosa más joven, que sólo tiene veinte años. Nadie sospechaba que esta joven iba a ser su sucesora al frente de la congregación.

En 1837 la comunidad, contando a las novicias, se componía de 24 miembros, teniendo la fundadora 81 años. Fue entonces cuando el vicario de religiosas de la diócesis les hizo que aceptasen las normas y fines de las constituciones de los Hermanos de La Salle: instrucción gratuita a los pobres; y las hermanas, que son a la vez maestras y enfermeras, son puestas bajo la dependencia de la Santa Sede como congregación de derecho pontificio.

La Madre Postel es ya una anciana venerable y pide dejar el cargo de superiora y pasar a ocupar el de sacristana. A pesar de ello, continúa llevando una vida de gran austeridad: duerme sobre dos tablas en forma de cruz, lleva cilicio y corselete metálico y ayuna rigurosamente toda la cuaresma.

El 21 de septiembre de 1837 las 14 religiosas y 10 novicias hacen su profesión religiosa conforme a sus nuevas constituciones. El 12 de octubre del año siguiente el gobierno de la nación reconoce legalmente al nuevo Instituto de las Hermanas de la Misericordia. El noviciado es numeroso. Y todas reconocen en la fundadora una gran lucidez y discreción espiritual a la hora de aceptar las nuevas vocaciones.

Madre María Magdalena Postel tuvo la alegría de ver su congregación, antes de morir, repartida en 37 casas. El espíritu que animaba su obra se fundaba en el cumplimiento de la Regla, en las virtudes religiosas y en la meditación cotidiana de la Sagrada Escritura. En cuanto al trabajo, la Madre lo consideró siempre una necesidad vital y ella lo cumplió siempre hasta la extenuación.

Tuvo hasta el final de su vida un espíritu joven y enérgico, una memoria prodigiosa y un juicio seguro sobre las cosas y personas; siempre de carácter equilibrado y con una caridad hacia las hermanas en las que no aparecía sombra alguna. Solía decir:

«Hay que sacrificarlo todo para que el prójimo se encuentre bien y contento; hay que hacer el mayor bien posible a todos y sin que nadie lo advierta [...] Una humildad que se pregona es sospechosa [...] Yo no quiero sino lo estrictamente necesario y hasta eso es necesario alcanzarlo con el trabajo de nuestras manos... Obedecer es ir al cielo llevado sobre las espaldas de otro».

Hasta su última hora fue la primera en el trabajo y la última en salir de la capilla. El descorazonamiento le parecía que era

un desfallecimiento en la fe. Rezaba el rosario mientras iba de una parte a otra en sus quehaceres y, además, rezaba el oficio divino desde su juventud. Nunca se encendió fuego en su habitación y tomaba su única refección a las cuatro de la tarde. Durante sus crisis de asma decía a los que se inquietaban al verla: «Estoy bien, porque estoy como quiere Jesús que esté».

Ya en vida no fueron pocas las gracias que Dios distribuyó por sus manos, curando enfermos, y multiplicando los alimentos. Disfrutó de todos sus sentidos, vista, oído y movimiento teniendo incluso noventa años. Al fin de su vida su congregación tenía alrededor de 150 profesas y 20 novicias. Recibió la unción de los enfermos el 14 de julio de 1846, muriendo al día siguiente pronunciando las palabras de su amado Jesús: «Dios mío, a tus manos encomiendo mi espíritu».

Tras su muerte los milagros y gracias se multiplicaron entre los fieles. Fue beatificada en 1908 por San Pío X y canonizada por Pío XI en 1925.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VII: *Juillet* (Paris 1948) 369-373.
- GARRIGUES, M.^a-O., Art. en *Bibliotheca sanctorum*. VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) 1131-1135.
- LOVISON, F., Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, II (Madrid 2000) 1625-1626.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SISENANDO

Diácono y mártir († 851)

Nos cuenta su martirio San Eulogio de Córdoba, quien nos dice que el mártir Sisenando era lusitano, había ido a Córdoba a estudiar, siendo recibido en la basílica de San Acisclo, donde recibió instrucción religiosa y se le ordenó de diácono.

Habiendo sucedido el día 7 de junio el martirio de los santos Pedro y Walabonso, Sisenando creyó verlos en una visión y

que los mártires le animaban a presentarse también él a confesar a Cristo como habían hecho ellos. Sisenando, animado por esta visión, se presentó al cadí y confesó su fe, denostando como falsa la religión del islam.

Inmediatamente fue encarcelado. Estando en la cárcel escribiendo una carta, tuvo la revelación de que venían ya por él y entregó la carta sin terminar al chico que la esperaba, y en ese instante entraron gritando los guardias y entre denuestos y bofetadas lo llevaron al cadí nuevamente, ante el que repitió su confesión de fe. Fue entonces degollado a la puerta del palacio, y su cadáver arrojado al río. Dos días más tarde fue hallado el cuerpo por dos mujeres cristianas que lo llevaron a la basílica de San Acisclo, donde fue enterrado honoríficamente. Sisenando era todavía joven cuando tuvo lugar su martirio el 16 de julio de 851.

BEATA IRMENGARDA

Abadesa († 866)

Irmengarda o Ermengarda nació hacia el año 832, hija del rey Luis el Germánico y de su esposa Emma. Era, por tanto, nieta de Carlomagno. Educada cristianamente, en su juventud siente la vocación religiosa y su padre está de acuerdo en que la siga, nombrándola para ello abadesa del monasterio de Buchau y luego de la abadía real de Chiemsee en Baviera.

Ella se acreditó enseguida por su piedad, austeridad y espíritu de penitencia. Mostró una gran responsabilidad en el régimen de su abadía, procurando el mayor bien de sus religiosas y animándolas con su ejemplo personal a una entrega plena y absoluta a Cristo y al camino de la santidad, viviendo con perfección y totalidad la regla de San Benito.

Murió en su monasterio de Chiemsee (Frauenwörth) el 16 de julio de 866, y fue enterrada en la iglesia del mismo, siendo constante el culto que el pueblo cristiano le ha dado desde su muerte. Este culto fue confirmado por el papa Pío XI el 19 de diciembre de 1928.

BEATO SIMÓN DA COSTA

Religioso y mártir († 1570)

Simón da Costa o Acosta nació en Oporto, Portugal, el año 1542. Educado cristianamente, se sintió atraído por la vida religiosa e ingresó en la Compañía de Jesús, en la que profesó con la cualidad de hermano coadjutor. Era un joven de agradable presencia, por eso, cuando el asalto, en aguas de Canarias, de la nave Santiago en la que iba el Beato Ignacio de Azevedo y sus compañeros —como puede verse en la biografía correspondiente al día de ayer—, pensando que sería persona principal no lo mataron en el acto sino que lo llevaron al galeón del capitán Soria y aquí le tuvieron. Preguntado si era o no jesuita, el joven podía haber salvado la vida negándolo, pero afirmó abiertamente ser religioso y esto le costó la vida el 16 de julio de 1570. El culto de los «Mártires de Brasil», como se les conoce, fue confirmado por Pío IX el 11 de mayo de 1854.

BEATOS JUAN SUGAR Y ROBERTO GRISSOLD

Mártires († 1604)

En Warwick, Inglaterra, el 16 de julio de 1604 fueron ahorcados y descuartizados dos confesores de la fe que prefirieron dar la vida antes que renegar de la Iglesia de Jesucristo. El uno, Juan Sugar, era sacerdote, el otro, Roberto Grissold, era seglar. Al primero se le condenó a muerte como traidor por haberse ordenado sacerdote en el continente y haber vuelto a Inglaterra a ejercer su ministerio, y al otro por haber prestado ayuda al sacerdote, lo que era considerado igualmente delito de felonía.

JUAN SUGAR había nacido en Wambourne, no lejos de Wolverhampton en el condado de Stafford, en el seno de una familia acomodada, de religión protestante, y fue educado en Oxford, en el Merton College, donde no obtuvo el doctorado porque tenía escrúpulos en prestar el juramento de acatamiento a la primacía religiosa de la reina. Era persona muy religiosa y su celo por la gloria de Dios le llevó a hacerse ministro protestante, ejercitando su ministerio en Cannock, en el mismo condado de Stafford.

No se conoce por qué pasos y por medio de qué personas llegó a la religión católica, pero es un hecho que abandonó su

ministerio protestante y su religión, se hizo católico y marchó a Douai a estudiar, donde fue ordenado sacerdote y enviado en 1601 a la misión inglesa. Trabajó por los condados de Warwick, Stafford, Wigorne, etc. Todos cuantos le trataron apreciaron en él enseguida singulares virtudes: de gran pureza e inocencia, manso y humilde, afanoso en socorrer a los pobres y mostrar con todos una gran caridad, muy austero y parco en su comida, alma de oración asidua y fervorosa.

Fue arrestado el domingo 8 de julio de 1603 junto con Roberto Grissold cuando iban de camino a Rowington, en el condado de Warwick, y fue llevado a esta ciudad y metido en la cárcel. Compareció ante el tribunal los días 13 y 14 de julio de 1604, presidiendo el juez Kingsmill que lo condenó a muerte por ser sacerdote procedente de un seminario del continente y haber entrado en el reino inglés contra la ley que lo prohibía. Se fijó la ejecución para el día 16 de julio.

En la mañana de la ejecución vinieron a verle unos amigos y les dijo: «Estad alegres, porque no tenemos motivo para entristecernos sino de alegrarnos, porque si me toca hoy un amargo almuerzo, me espera una dulcísima cena». Pidió a Dios que perdonase al juez y a todos los que lo habían perseguido y arrestado.

Cuando era llevado sobre un zarzo al lugar de la ejecución dio dinero a cincuenta pobres al tiempo que rezaba con gran piedad. Un ministro protestante le dijo al pie del patíbulo que tuviera fe y él le contestó: «Yo creo aquello que enseña mi madre la Iglesia católica». Y le preguntó al ministro le dijera quién había convertido aquel país, y le dijo el ministro que respondiera él. Y dijo el mártir que había sido el papa San Eleuterio que había enviado dos misioneros al rey Lucio de Bretaña y lo habían convertido a él y a su pueblo. Y añadió: «En cambio esta nueva religión la ha inventado Enrique VIII».

Fue despojado de toda su ropa, menos de su camisa. Al empezar a subir los peldaños de la escalera dijo: «Gracias a Dios hoy puedo subir bastante bien». Bendijo la soga con la señal de la cruz y dijo: «Con la señal de la cruz vine al mundo y con la señal de la cruz salgo de él». El vice-sheriff le dijo que pidiera por el rey. El mártir contestó: «Dios bendiga al rey, a la reina y

al pequeño príncipe y a todo el consejo. Dios perdone al magistrado, al señor juez Burgoyne y a todos aquellos que me capturaron y también a vos, y que Dios a mí también me perdone». Entonces, el verdugo se dirigió a él y le dijo: «Perdóneme también a mí, buen padre». Y el mártir respondió: «Hijo, te perdono de todo corazón». Y dirigiéndose al pueblo añadió: «Buena gente, muero con gusto porque iré a un sitio de gloria y suplico a Jesús que reciba mi alma, y pido a todos los ángeles, mártires y santos que acompañen mi alma a aquel bendito lugar. Deseo ser desatado para estar con Cristo y pido a Dios que todos los aquí presentes puedan participar de aquella felicidad a la que yo ahora voy. Jesús, Jesús, recibe mi alma». Y todo el pueblo respondió: «Amén, amén». Le dijeron que él no moría por su conciencia sino por traición, y respondió: «Estáis equivocados. Nadie puede inculparme de traición sino sólo de seguir mi conciencia». Entonces le dijeron: «¿Estás preparado para morir?». Y él respondió: «Estoy preparado en Jesús». Seguidamente fue ahorcado, pero aún no había muerto cuando fue bajado y en vivo se le empezó a descuartizar.

ROBERTO GRISSOLD o Greswold nació en Rowington, junto a Knowle, en el condado de Warwick, hacia el año 1575. Era un católico fervoroso que no tenía reparo en ayudar a los sacerdotes católicos. Fue sorprendido y arrestado cuando acompañaba al padre Juan Sugar. Pudo haber salvado la vida tres veces. Primero, cuando lo arrestaron, porque uno de los que lo arrestaron era su primo Clement Grissold, quien le dijo que si quería siguiera su camino, que no lo arrestaban, pero él dijo que no se iba sin el sacerdote. Pudo también fugarse de la prisión, para lo cual le dejaron «a posta» la puerta abierta, pero él no quiso irse sin el sacerdote y, además, tenía deseos del martirio, y así se quedó con el sacerdote un año entero en la cárcel. Y su tercera oportunidad fue en el curso del proceso, cuando el juez Kingsmill le preguntó si estaba dispuesto a ir a una iglesia protestante y él respondió que no. Le dijo el juez que entonces iba a ser ahorcado. Se produjo este diálogo entre el juez y el mártir:

— Mártir: «Le ruego, milord, que haga que yo obtenga justicia y que el país sepa por qué razón muero».

— Juez: «Te garantizo que se te hará justicia; el país sabrá que mueres culpable de felonía».

— Mártir: «¿En qué cosa he cometido felonía?».

— Juez: «Tú has cometido una felonía por estar en compañía, por asistir y por ayudar a un sacerdote de un seminario, es decir a un traidor».

Se le volvió a ofrecer la vida si iba a la iglesia protestante y el mártir dijo que no. Entonces el juez, muy nervioso, lo condenó a muerte.

Llegada la mañana de la ejecución, mandó el juez de nuevo a ofrecerle la libertad y la vida si iba a la iglesia protestante. El mártir, deseoso del martirio, rehusó.

Una mujer lloraba por él y el mártir le dijo: «Buena mujer, ¿por qué llora? No hay motivo para llorar sino para alegrarse porque hay que entrar en la cámara del Esposo no con lágrimas sino con alegría». Le dijo ella que esperaba le hubieran perdonado la vida, y él dijo que entonces se habría perdido la ocasión de morir por Dios, que se hiciera su voluntad. Y volviéndose a los católicos que habían acudido les pidió perseverancia.

Iba andando a pie detrás del zarzo en el que llevaban al P. Sugar y uno le dijo que no cogiera por donde había fango. El mártir le dijo: «No he seguido al P. Sugar hasta aquí para dejarlo ahora por un poco de fango».

Llegado al lugar del suplicio, se arrodilló y empezó a orar, y aunque él había sido persona miedosa y hasta se había desvanecido una vez que se hirió, asistió con gran fortaleza moral al descuartizamiento del cuerpo del P. Sugar. Una mujer católica se puso delante de él para que no viera cómo descuartizaban al misionero, y él le dijo que podía quitarse pues por la gracia de Dios no estaba aterrorizado.

Negó ser él el culpable de su muerte y, cuando lo acercaron al lazo de soga con que iba a ser ahorcado, tiñó la soga con la sangre del P. Sugar, y desde el patíbulo dijo a la gente: «Buena gente: sed testigos de que muero no por robo o por felonía sino por mi fe». Perdonó a sus perseguidores, también al verdugo, y recitó el *Confiteor*. Lo ahorcaron mientras invocaba el nombre de Jesús.

Ambos fueron beatificados por Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATOS NICOLÁS SAVOURET Y CLAUDIO BÉGUINOT

Presbíteros y mártires († 1794)

NICOLÁS SAVOURET había nacido el 27 de febrero de 1733 en Jouvelle, Haute-Saône. En su juventud ingresó en los franciscanos conventuales, hizo el noviciado y la profesión religiosa y se ordenó oportunamente de sacerdote, pero desconocemos en qué conventos estuvo destinado y qué oficios o cargos tuvo dentro de la Orden, salvo que se sabe que era doctor en teología y que al tiempo de la Revolución Francesa ejercía como director de las clarisas de Moulins, diócesis entonces de Autun.

Cuando se planteó el tema de la prohibición de los votos religiosos, él no dudó en declararle al procurador síndico de su departamento que él no abandonaba voluntariamente su orden ni su hábito. Cuando llegó la cuestión del juramento constitucional hay constancia de que junto con el obispo y otros muchos sacerdotes el P. Savouret se negó a prestarlo. Se conocen ciertas reclamaciones de tipo económico que el P. Savouret presentó por aquellos años.

Como en 1793 cumplió sesenta años, él debió estar dispensado de la deportación, pero su nueva negativa a prestar el juramento de libertad-igualdad lo llevó a ser arrestado el 18 de mayo en la commune de Moulins y a ser enviado a Rochefort, donde estaba ya el 13 de abril de 1794, embarcado en el Borée. Pasó luego a Les Deux Associés, donde murió el 16 de julio de aquel año. Murió a causa de haber sido abandonado en su enfermedad, cuyo remedio él sabía y pidió en vano. Persona culta y piadosa, pidió se le administraran los sacramentos el día 14 de julio, fiesta de San Buenaventura, pero su gravedad hizo que se le adelantaran. Tuvo ante la muerte una gran serenidad y presencia de espíritu.

CLAUDIO BÉGUINOT nació en Langres, Haute-Marne, el 19 de septiembre de 1736. Sintiendo la vocación religiosa, ingresó en la Orden Cartujana e hizo la profesión el 15 de agosto de 1760, y se ordenó posteriormente de sacerdote. En 1770 él era sacristán de la cartuja de Val-Saint-Georges. En 1772 está como huésped en Ruán. En 1777 estaba en la cartuja de Bourg Fon-

taine, Aisne, y en 1782 otra vez está como huésped en Ruán. Fue religioso profeso de la cartuja de Saint-Julien, en Saint-Pierre-de-Quevilly.

Cuando los conventos son suprimidos, se quedó en Ruán dos años, y allí estaba cuando fue arrestado en abril de 1793, alojado en casa de Caban Vergetier. Él no había prestado ninguno de los dos juramentos que se exigían. Fue detenido en la prisión de Saint-Vivien. El 6 de marzo de 1794 fue enviado como deportado a Rochefort, donde estaba el 12 de abril. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 16 de julio de 1794. Persona de gran espiritualidad y santidad de vida que había pasado su vida dedicado a la contemplación de las cosas divinas, era buscado en el barco por todos como el mejor confesor, y su pureza y humildad le hacían recomendable a todos. Llevó su enfermedad con gran fortaleza y mansedumbre. Llevaba consigo un crucifijo que fue roto por los guardianes y asimismo instrumentos de penitencia que sirvieron de burla.

Fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

*BEATAS AMADA DE JESÚS (MARÍA ROSA) DE
GORDON, MARÍA DE JESÚS (MARGARITA
TERESA) CHARANSOL, MARÍA ANA DE
SAN JOAQUÍN BÉGUIN-ROYAL, MARÍA
ANA DE SAN MIGUEL DOUX, MARÍA
ROSA DE SAN ANDRÉS LAYE,
DOROTEA (JULIA) DEL CORAZÓN
DE MARÍA Y MAGDALENA
(FRANCISCA) DEL SANTÍSIMO
SACRAMENTO DE JUSTAMONT*

Virgenes y mártires († 1794)

El día 16 de julio de 1794 en la plaza de Orange, Francia, fueron guillotinas siete religiosas, que aquella misma mañana habían sido juzgadas y condenadas a muerte. Los jueces estimaron que las acusaciones contra ellas habían quedado probadas. Las acusaciones por las que la República francesa consideraba que aquellas religiosas no debían seguir viviendo sino que de-

bían ser ejecutadas eran éstas: «Todas ellas han propagado sin cesar el más peligroso fanatismo, han predicado la intolerancia y la superstición más horrible, y, refractarias a la ley, han rehusado prestar el juramento que la ley les exige...». En señal de tolerancia, aquellas «intolerantes» fueron enviadas a la guillotina. Las religiosas eran:

MARÍA ROSA DE GORDON, nacida en Mondragón el 29 de septiembre de 1733, ingresó en el monasterio de las sacramentinas de Bollène y al profesar tomó el nombre de sor Amada de Jesús. Tenía en el monasterio el cargo de asistente hasta su salida del monasterio. Y cuando éste fue suprimido vivía con las hermanas en comunidad en una casa alquilada y en ella continuó con su cargo, sirviendo a las hermanas como una madre, sobre todo desde que se vieron privadas de la presencia de la M. De la Fare. Ellas las animaba y consolaba, intentando ser útil en todas las cosas. Había ingresado en el monasterio en 1751 y había llevado una vida verdaderamente ejemplar.

MARGARITA TERESA CHARANSOL nació en Richerenches el 28 de febrero de 1758, y al profesar en el monasterio de las sacramentinas de Bollène tomó el nombre de sor María de Jesús. Al llegar la persecución se quedó con las hermanas y con ellas fue arrestada, y llevada a Orange.

MARÍA ANA BÉGUIN-ROYAL nació en Vals-Sainte-Marie el año 1736, y había ingresado en el monasterio de sacramentinas de Bollène en calidad de hermana coadjutora y tomó el nombre de sor San Joaquín. Perseveró junto a las hermanas y con ellas fue arrestada y llevada a Orange.

MARÍA ANA DOUX había nacido en Bollène el 8 de abril de 1739 y había profesado en el monasterio de las ursulinas de su ciudad natal con el nombre de sor San Miguel en calidad de hermana conversa. Al cerrarse el monasterio se quedó con sus hermanas y corrió su misma suerte.

MARÍA ROSA LAYE nació en Bollène el 26 de septiembre de 1928 e ingresó en el monasterio de ursulinas de su ciudad en calidad de hermana conversa y tomó el nombre de sor San Andrés. Esta hermana durante su detención no dejó de suspirar por la gracia del martirio, aunque en su humildad se tenía por indigna de ella.

DOROTEA JULIA había nacido en Bollène el 27 de mayo de 1743, e ingresó en el monasterio ursulino de Pernes donde profesó con el nombre de sor Corazón de María, y en el que fue superiora. Unida a sus hermanas fue arrestada y detenida con ellas. Tenía fama de santa.

MAGDALENA FRANCISCA DE JUSTAMONT había nacido en Bollène el 26 de julio de 1754 y era hermana de la religiosa sor María de San Enrique martirizada el 12 de julio. Había profesado los votos religiosos en el monasterio cisterciense de Santa Catalina de Avignon con el nombre de sor Magdalena del Santísimo Sacramento. Expulsada de su monasterio se fue a Bollène y allí se unió a las hermanas ursulinas, de donde primero fue expulsada y luego arrestada y llevada a Orange.

Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

SANTA LANG YANGZHI Y SAN PABLO LANG FU

Mártires († 1900)

El 16 de julio de 1900 en el pueblo chino de Lujiao los boxers martirizaron a una mujer y a su hijo de siete años, Lang Yangzhi y Pablo Lang Fu, respectivamente. Ella había nacido en la religión pagana y se había casado con un cristiano, cuya fe le atrajo, y al cabo de varios años de matrimonio se inscribió como catecúmena para prepararse a la gracia del bautismo. Su hijo había nacido en 1893, había recibido en el bautismo el nombre de Pablo y estaba siendo educado cristianamente. Ella estaba muy feliz de ser catecúmena y ajustaba su conducta a los preceptos del evangelio.

Cuando aquel día los boxers llegaron al pueblo, el marido pudo esconderse y ponerse a salvo, pero, indicada su casa como casa de un cristiano, los boxers la arrestaron y exigieron que dijera que no era cristiana. Pero la joven dijo que lo era y entonces la ataron en un árbol de la calle frente a su propia casa. Los vecinos intercedieron por ella en vano. Llegó su hijo Pablo y lo ataron al mismo árbol que la madre. Ella lo animó a sufrir por Cristo y le recordó el premio de gloria que esperaba a los que perseveran. Los boxers incendiaron la casa y, cuando el fuego

estaba en su apogeo, mataron a los dos con sus lanzas y arrojaron los cuerpos en el fuego.

Pasada la persecución, el marido halló los cuerpos de ambos entre las cenizas de la casa y les dio sepultura. Fueron canonizados por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

SANTA TERESA ZHANG HEZHI

Mártir († 1900)

Teresa Zhang Hezhi (Tchang Hene Cheu) era una mujer cristiana que había estado casada y quedó viuda con varios hijos, a cuyo sostenimiento y buena educación se dedicó.

Al conocer la llegada de los boxers se escondió, pero fue localizada y detenida. Se le conminó a apostatar pero se negó y, llevada a la pagoda, rehusó adorar a los dioses falsos. Entonces fue sacrificada junto con un hijo y una hija. Era el 16 de julio de 1900 en el pueblo de Zhangiaji. Fue canonizada por el papa Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000.

17 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Cartago, santos Mártires Escilitanos: Esperato, Nartzal, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Jenara, Generosa, Vestia, Donata y Segunda († 180) **.

2. En Amastraide (Paflagonia), San Jacinto († s. III), mártir.

3. En Sevilla, santas Justa y Rufina († s. IV), vírgenes y mártires **.

4. En Milán (Liguria), Santa Marcelina († 400), virgen, hermana de San Ambrosio *.

5. En Roma, en la iglesia del Monte Aventino, la memoria de un hombre santo llamado Alejo († s. IV), que dejando su casa rica, se hizo pobre voluntario y mendigo *.

6. En Auxerre (Galia Lugdunense), San Teodosio († s. VI), obispo.

7. En Pavía (Liguria), San Enodio († 521), obispo *.

8. En Kerkelodor, junto a Amberes, en Brabante, San Fredegando († 740), monje y misionero.

9. En Wichcombe (Mercia), San Kenelmo († 821), príncipe y mártir *.
10. En Roma, San León IV († 855), papa *.
11. En Stockerau (Austria), San Colmán († 1012), peregrino *.
12. En Nitra, junto al río Waag, cerca de los Montes Cárpatos, santos Andrés (antes Zoerardo) y Benito († 1010), ermitaños *.
13. En Cracovia (Polonia), Santa Eduvigis († 1399), reina de Polonia, que por su matrimonio con Ladislao Jagellón, introdujo el cristianismo en Lituania **.
14. En París (Francia), beatas Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine y quince compañeras del Carmelo de Compiègne († 1794), vírgenes y mártires en la Revolución Francesa: María Ana Francisca de San Luis Brideau, María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Constanza (María Genoveva) Meunier, María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, María de Santa Marta Dufour, Isabel Julieta de San Francisco Javier Verolot, Catalina y Teresa Soiron **.
15. En Zhujiaxieshuang (China), San Pedro Liu Ziyu († 1900), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES ESCILITANOS

(Esperato, Nartzal, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Jenara, Generosa, Vestia, Donata y Segunda)
(† 180)

El día 17 de julio del año 180, al comienzo del reinado de Cómodo, el desdichado hijo y sucesor de Marco Aurelio, fueron ejecutados en Cartago un grupo de mártires procedentes de Scili, pequeña población de Numidia, en el África proconsular romana.

Eran gente humilde, doce en total, de los cuales cinco eran mujeres. Serían, probablemente, artesanos o trabajadores del campo, sin que tengamos de ellos más noticias que las escuetas que nos han transmitido las actas de su martirio. Todo hace su-

poner que fueran parientes entre sí, o tal vez matrimonios, pero no tenemos referencia exacta de tales extremos.

El documento de su martirio es de los más emocionantes de la antigüedad cristiana y nos recuerda en su misma sencillez a los Evangelios. Resulta milagroso que haya podido conservarse, pues durante la persecución de Diocleciano fueron sistemáticamente destruidos los archivos cristianos y perecieron muchísimas de las actas auténticas de martirio. Estas a que nos referimos contienen el proceso proconsular estenográfico tomado verbalmente por los notarios imperiales. Se trata de un texto irrecusable, que todo él rebosa verdad.

Procesos semejantes debieron de hacerse muchísimos. Las persecuciones sufrieron grandes alternativas, desde Nerón a Diocleciano. Unas veces arreciaban, otras aflojaban, permitiendo épocas de respiro en que podía organizarse la vida religiosa con cierta seguridad.

La legislación romana era un tanto ambigua en lo referente al cristianismo, y por este tiempo se regulaba por el rescripto de Trajano, que prohibía buscar a los cristianos —*conquirendi non sunt*—, pero obligaba a las autoridades a formarles proceso cuando se presentaba contra ellos una denuncia suscrita en regla, dado que las delaciones anónimas no habían de ser tomadas en consideración. Ya se comprende que en una situación tan precaria, sujeta además a los rumores y calumnias que corrían entre el populacho sobre supuestos crímenes y costumbres nefandas de los cristianos, la vida de éstos estaba pendiente de un hilo, que con suma facilidad se quebraba cuando el procónsul o gobernador de provincias se dejaba exceder en su celo o compartía la inquina del vulgo contra ellos.

Porque lo extraño del caso es que, reconociendo en principio la legislación la honradez de los cristianos al prohibir que se les buscase —«a los criminales se les busca y persigue», argüía con lógica Tertuliano—, en cambio, si eran delatados por tales, se les condenaba a pena de muerte, aunque obtendrían sentencia absolutoria si apostataban de su fe.

De esta forma los procesos contra los cristianos revestían unas características peculiarísimas, que no tenían parangón con otros delitos que fueran llevados a los tribunales. La sola confe-

sión del reo, sin más necesidad de testigos, era motivo suficiente de condenación, salvo que se retractase de su «crimen». Esto daba lugar a un forcejeo entre el presidente del tribunal y el cristiano, no carente de emoción, que en el caso que nos ocupa es destacadísimo, pues hasta se llega a conceder a los cristianos un plazo para que piensen y recapaciten, lo cual se hace constar asimismo en la sentencia.

La terquedad del cristiano de mantenerse firme en su fe, que no cedía ante la tortura ni ante la muerte, debía ser incomprendible para el juez pagano. A algunos de éstos se les ve naturalmente honrados, y que proceden con disgusto en tan enojosos procesos, en los que, finalmente, eran ellos los vencidos y los mártires los campeones. Por lo general, se quedaron en lo exterior sin comprender toda la grandeza de los mártires, como el mismo Marco Aurelio que, siendo un alma noble, de ética tan elevada que su pluma puede parecernos cristiana, persiguió duramente a los fieles tomando a fanatismo su desprecio de la vida.

Pero también hubo almas mejor dispuestas que llegaron a la verdad del cristianismo a través de la entereza de los propios mártires, superando los prejuicios y leyendas que corrían acerca de su baja moralidad. La comparación era bien patente: «así no morían los criminales», que, además, tenían ganada la libertad con un sencillo gesto de echar unos granos de incienso ante la estatua del emperador o formular por escrito o verbalmente una retractación.

Tales procesos, siendo públicos, se prestaban también a una «propaganda» de la nueva religión. El mártir era, etimológicamente, «el que daba fe», el que confesaba en público su doctrina y el que a menudo la rubricaba con su sangre, con lo que el testimonio resultaba del todo excepcional.

Los fieles no desaprovechaban la ocasión. Así hacían, junto con la confesión de su fe, una exposición de la misma, justificando sus creencias y la imposibilidad de retractarse de ellas. A las llamadas a la cordura de los jueces paganos contestan siempre que no pueden obedecer. Ellos acatan las leyes del Imperio, pagan los tributos, son ciudadanos respetuosos con las autoridades constituidas; pero no pueden acatar la religión oficial, que

comportaba el culto al emperador y a la diosa Roma, o sea, la divinización del Estado. Esto constituía su «crimen», que lo era de lesa majestad y estaba castigado con pena de muerte.

Sin embargo, como los cristianos en su vida ordinaria no eran peligrosos se les dejaba en paz, siempre que no mediase delación formal o que los tumultos del populacho, tantas veces provocados por los judíos, no aconsejasen una táctica de rigor. En general, la política del Imperio para con el cristianismo fue temporizadora, recordándonos en algunos aspectos la de ciertos Gobiernos anticomunistas de nuestros días.

Al evocar el martirio de los doce cristianos de Scili quisiéramos rendir un homenaje a otros muchísimos mártires anónimos de entonces. El cristianismo había penetrado ya profundamente en todas las capas sociales, había alcanzado no sólo las ciudades mejor comunicadas, adonde llegarían primero los predicadores evangélicos, sino también los municipios, y los «pagos» o aldeas. En África el centro de irradiación debió ser Cartago, puerto comercial de primer orden. Este grupo compacto de cristianos de Scili, bien instruidos en su fe, bien seguros de su religión, no serían improvisados; constituirían una comunidad cristiana con culto normal, con adoctrinamiento metódico, donde se leían entre los fieles las epístolas de Pablo, «varón justo».

Como estos núcleos los había ya a finales del siglo II por todo el Imperio y eventualmente habían de pagar su tributo de sangre. Los de Scili son un caso en que han llegado a nosotros noticias ciertas del martirio de un grupo importante. ¿Cuántos otros fueron también víctimas de la persecución? Dios lo sabe, en cuya presencia no hay héroes anónimos; pero, así como las naciones levantan monumentos a los «soldados desconocidos», al traer aquí las actas del martirio de los fieles escilitanos honramos a todos aquellos cuyos nombres ignoramos y a los que en conjunto invocamos en las letanías diciendo: «Todos los santos mártires, rogad por nosotros».

Dicen así, copiadas literalmente, las tales actas:

«En Cartago, siendo cónsules Claudiano por primera vez y Presente por segunda, el día 16 de las calendas de agosto comparecieron en la sala del tribunal Esperato, Nartzalo, Cittino, Donata, Secunda, Vestia.

El procónsul Saturnino dijo: "Aún estáis a tiempo de lograr el perdón de nuestro señor el emperador si es que entráis en cordura".

Esperato dijo: "Nunca hemos hecho ningún mal ni hemos perpetrado delito; jamás hemos maldecido y aun hemos dado gracias del mal recibido. Ya ves, pues, que honramos a nuestro emperador".

El procónsul Saturnino dijo: "También nosotros somos religiosos, y nuestra religión es bien sencilla, y juramos por el genio de nuestro señor el emperador, y rogamos por su salud, lo cual también vosotros deberíais hacer".

Esperato dijo: "Si tranquilamente prestas oídos te expondré el misterio de la sencillez".

Saturnino dijo: "Dado lo mal que empiezas a despoticar contra nuestros dioses, no esperes te preste oídos, lo que debéis hacer es jurar por el genio de nuestro señor el emperador".

Esperato dijo: "Yo no conozco como máximo el imperio de este siglo, sino que más bien sirvo a aquel Señor a quien no ha visto ni puede ver con sus ojos hombre ninguno. No he cometido hurto; si algo compro, también pago los impuestos, y eso porque reconozco a mi Señor y al Emperador de los reyes y de todas las naciones".

El procónsul Saturnino dijo dirigiéndose a los demás: "Dejad de tener las creencias de éste".

Esperato dijo: "Las creencias son malas cuando incitan al falso testimonio o a cometer homicidios".

Saturnino, el procónsul, dijo: "Mirad, dejad este género de locura".

Cittino dijo: "No tenemos miedo si no es a Nuestro Señor que está en los cielos".

Donata dijo: "El honor a César como a César, pero el temor sólo a Dios".

Vestia dijo: "Soy cristiana".

Secunda dijo: "Yo también lo soy y quiero seguir siéndolo".

El procónsul Saturnino dijo a Esperato: "Y ¿tú continúas en ser cristiano?"

Esperato dijo: "Soy cristiano".

Y todos reafirmaron lo que él.

Saturnino dijo: "¿Queréis un plazo para reflexionar?"

Esperato dijo: "En asunto tan justo no ha lugar a deliberación".

El procónsul Saturnino dijo: "¿Qué traéis en ese estuche?"

Esperato dijo: "Unos libros y las cartas de Pablo, varón justo".

El procónsul Saturnino dijo: "Os doy un plazo de treinta días para que reflexionéis".

Esperato respondió de nuevo: "Soy cristiano".

Y lo mismo respondieron los demás.

Entonces el procónsul Saturnino leyó el decreto en la tablilla: "Esperato, Nartzalo, Cittino, Donata, Vestia y Secunda, y los demás que han confesado haber vivido como cristianos, a causa de que, habiendo sido invitados a seguir el uso de Roma, lo han rehusado obstinadamente, se determina que sufran la pena de espada".

Esperato dijo: "Demos gracias a Dios".

Y Nartzalo: "Hoy ya mártires estaremos en el cielo. Gracias a Dios".

El procónsul Saturnino mandó anunciar por pregón: "Esperato, Nartzalo, Cittino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Genara, Generosa, Vestia, Donata, Secunda sean conducidos al suplicio".

Todos dijeron: "Gracias a Dios".

Así terminan las actas del martirio, con ese «Deo gratias» unánime de los doce mártires, como si la lectura de la sentencia provocara en ellos parte un suspiro de alivio, parte un grito de triunfo.

Una mano cristiana añadió a los protocolos oficiales esta coletilla: «Así todos juntos fueron coronados del martirio y reinan con el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos».

Realmente, no necesita apostillas tan bello documento. El procónsul Saturnino, el primero que desencadenó en África la gran persecución, según Tertuliano, pudo aprender laconismo y entereza de aquellos humildes cristianos que tuvo en su tribunal. Hablan con mesura, sin fanfarronería, pero con dignidad. Conservan todas las viejas virtudes romanas, que eran orgullo de este gran pueblo, pero sublimadas con la nueva religión. ¡Qué noble la frase de Secunda: «¡Lo que soy, eso quiero ser!».

Hay en la breve y rotunda afirmación de esta mujer una firmeza inmovible. Por eso les sobraron a todos los treinta días de plazo: «En causa tan justa no había lugar a deliberación».

Al responder con tal aplomo y seguridad aquellos sencillos aldeanos, sin sentirse cortados ante la pompa de la sala del tribunal del procónsul, nos parece percibir la profecía de Cristo: «Cuando os lleven a juicio no andéis pensando las palabras que debáis decir; mi Padre os pondrá en los labios las palabras que no podrán replicar vuestros adversarios».

Sí, es el procónsul el derrotado a pesar de dictar sentencia condenatoria. Sólo ante el triunfo pronunciamos frases de agra-

decimiento, y los mártires de Scili dijeron todos a una: «Gracias a Dios».

Las reliquias de estos mártires fueron conservadas en una espléndida basílica que posteriormente se levantó en su honor, en Cartago, y donde algunas veces predicó San Agustín. Después fueron transportadas a Lyon y en el siglo IX a Arlés, donde se supone que reposan actualmente.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.IV, p.204-216.

BERTRAND, L., *Les martyrs africains* (París 1931).

DANIEL-ROPS, *L'Église des apôtres et des martyrs* (París 1948) 217-219.

FRANCHI DE CAVALIERI, P., «Le reliquia dei martiri scilitani»: *Römische Quartalschrift* 17 (1903) 209-221.

MOREAU, J., *La persécution du christianisme dans l'Empire Romain* (París 1956).

VANNUTELLI, P. (ed.), *Atti dei martiri. I: Martiri scilitani; Perpetua e Felicità; Cipriano vescovo* (Ciudad del Vaticano 1962).

• Actualización:

RUGGIERO, F. (ed.), *Atti dei martiri scilitani. Introduzione, testo, traduzione, testimonianze e commento* (Roma 1991).

RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid ⁵2003) 349-355.

SANTAS JUSTA Y RUFINA

Virgenes y mártires († s. IV)

Dos santas mártires de comienzos del siglo IV, jóvenes, bellas y laboriosas, tocadas de la gracia popular que da Sevilla. Así las vieron algunos de nuestros pintores más famosos, como Zurbarán, Murillo, Goya...

A mediados del siglo VII su culto se había extendido por toda la Bética y la parte meridional de la Cartaginense. Diversas localidades, además de Sevilla, las tienen por patronas o cuentan con iglesias dedicadas a ellas: Orihuela, Huete, Badajoz, Lisboa...

Los datos relativos a su martirio se encuentran en el *Martirologio hispano del siglo X*. Entre las diversas *passiones* que nos aporta esta obra, la de las santas Justa y Rufina sorprende por su verismo, ofreciéndonos garantías de atenerse objetivamente a la verdad histórica. Así, por ejemplo, Sabino, el obispo que

según las actas les dio cristiana sepultura, es el mismo Sabino que a principios del siglo IV representó a Sevilla en el Concilio de Elvira; y la exacta descripción de los ritos sirios en honor de Adonis y Salambó (la Venus fenicia) y otras precisiones históricas nos llevan a un autor que, si no fue testigo ocular, supo recoger tradiciones orales o escritas no afectadas de deformación.

Justa y Rufina se dedicaban a la venta de objetos de cerámica, lo que no implica que ellas mismas los fabricasen, por más que popularmente se las crea alfareras. Al acercarse las fiestas de Adonis que se celebraban en Sevilla del 17 al 19 de julio, sus devotos iban de casa en casa con su imagen y la de Salambó, pidiendo dinero o cosas de algún valor para celebrar su fiesta. Al llegar al puesto de venta de Justa y Rufina, les pidieron algunos vasos o floreros con que formar lo que llamaban «los jardines de Adonis». Ellas se negaron rotundamente a contribuir al culto idolátrico, produciéndose fuerte algarada: los idólatras les destrozaron sus existencias de alfarería y ellas, a su vez, hicieron añicos la estatua de Salambó. Aquello era mucho más que un disturbio callejero. El gobernador romano Diogeniano las culpó de sacrilegio por haber destrozado el ídolo, y ordenó encarcelarlas y darles tormento. Llegado el triduo sagrado, tuvo lugar la procesión solemne presidida por el mismo Diogeniano. Hizo salir de la cárcel a ambas mujeres y seguirle encadenadas y descalzas, recorriendo la campiña hasta los montes marianos.

Devueltas a la cárcel, Justa murió allí y Diogeniano mandó precipitar su cuerpo en un pozo profundo. Sabino logró después extraerlo y sepultarlo honrosamente en el cementerio cristiano de Sevilla.

El relato de la muerte de Rufina está algo más circunstanciado. Diogeniano la hizo estrangular y quemar su cuerpo en el anfiteatro. No quedó reducido a cenizas. Los huesos calcinados fueron sepultados «*pari honorificentia*», con los mismos honores que su hermana Justa. «De este modo —concluyen las actas— las santas mártires de Dios, con igual pasión y distinto final, consiguieron gozar de la misma gloria y ya merecen ser ahora veneradas». Como se ve, el final del acta casi supone un imperativo de culto: «merecen ya ser veneradas».

Los verídicos datos del martirio abren el deseo de conocer algo de la vida de estas jóvenes intrépidas. Su *passio* se abre con una breve introducción ajustada a las consabidas fórmulas de la antigua hagiografía:

«Justa y Rufina, frágiles por razón de su sexo, pobres de condición digna, pacientes, castas, eran mujeres de su casa, nada teniendo y poseyéndolo todo. Se dedicaban a la venta de objetos de cerámica, y sus ganancias eran remedio de indigentes, reservándose para sí mismas sólo lo suficiente para comer y vestir, dedicadas diariamente a la oración, sabiendo muy bien que sus obras no eran vanas ante Dios».

A base de ampliaciones ingenuas de estos datos tan elementales y elocuentes se han escrito diversas biografías populares, rebosantes de encanto. Murillo intuyó a Justa y Rufina rodeadas de sus cacharros, con las palmas martiriales y sosteniendo con sus manos la Giralda, vivo símbolo de la Sevilla que las tiene por patronas.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico (siglos VII-XI)*, I (Madrid 1953) 131-136; II (Madrid 1955) 269-299.
- FLÓREZ, E., *España sagrada. X: De las iglesias sufragáneas antiguas de Sevilla* (Madrid 1753).
- GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España*, I (Madrid 1929) 268-271.
- REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos. Santos, beatos, venerables y siervos de Dios nacidos o fallecidos en Andalucía* (Jerez de la Frontera 1982).

SANTA EDUVIGIS

Reina de Polonia y Lituania († 1399)

En primer lugar, hay que distinguir a esta santa de otra que también se llama Eduvigis.

Una es viuda y monja cisterciense; nació en Baviera en 1174 y murió a los 65; tenía por padres a Bertoldo e Inés; su marido se llamaba Enrique, duque de Polonia; y de ella hablan todos los libros antiguos.

La otra (ésta) es reina de Polonia y Lituania; nació en Hungría en 1374, y murió con 25 años. Sus padres eran Luis, rey de

Polonia y Hungría, e Isabel de Bosnia. Se casó con Ladislao, rey de Lituania.

Todos aprecian en Polonia a su reina y todos la querían santa; por esa razón, el Papa polaco no tuvo el menor reparo en impulsar su proceso de canonización. Así, Juan Pablo II concedió su fiesta y su misa el 31 de mayo de 1979; en 1984 fue declarada beata y el día 8 de junio de 1997 fue canonizada en Cracovia.

La vida de Eduvigis, reina, es un tanto peculiar. Si todos los datos de su vida no estuviesen consignados en las *Actas* de la Santa Sede de 1998 (p.825-827), casi no se podrían creer.

Cuando sólo contaba con 4 años la prepararon para el matrimonio. Su padre hizo un pacto con Leopoldo de Austria para que Eduvigis se casara con su hijo Guillermo, que tenía 8 años.

Pero no es que se prometieran. Es que se celebró una ceremonia de enlace, presidida por el cardenal Demetrio, el día 18 de junio de 1378, en Haimburg. ¿Qué clase de ceremonia fue aquélla? Sin duda, no pudo ser un matrimonio de veras. Quizá quisieron que, como compromiso, el acto tuviera cierta solemnidad, pero nada más.

Pero no sólo eso. A los dos niños les dejaron vivir juntos unos cuantos días. Cuando Eduvigis comprendió que su futuro marido era un imberbe y un infantil, se fue a Hungría con sus padres. No pretendía con ello romper el compromiso; ni podía ni sabía hacerlo, sólo quería esperar a que ambos fueran mayores. Así pues, prefirieron esperar.

En esto, Luis, el padre de Eduvigis, muere. Y es reconocida como reina de Hungría la hija mayor del difunto rey, que se llamaba María. Pero los polacos habían puesto sus ojos en la chiquilla «casada» y pidieron con todas sus fuerzas que la reina de Polonia fuera Eduvigis. La madre accedió a la petición, y de esta manera Eduvigis fue coronada reina de Polonia, en Cracovia, el 15 de octubre de 1384. Estaba presente el arzobispo primado de Gnienzo. La nueva reina contaba entonces con diez años; era una reina llena de sabiduría y rodeada de muñecas de trapo.

Aconteció entonces el problema de su matrimonio. Los polacos no querían a Guillermo, el antiguo novio, como rey de Polonia. Por otra parte, se había presentado una propuesta matri-

monial de un tal Ladislao Jagellón, rey de Lituania. Ésta era realmente tentadora y consistía en que, si Eduvigis le escogía por esposo, se convertiría al catolicismo él y todo su pueblo entero.

Eduvigis se acordó del antiguo novio, aquel precioso niño con el que había convivido varios días jugando en el jardín a la sogá. Pero le pareció que aquello no había sido serio y que ahora tenía que pensar las cosas mejor. Por otra parte, ella, que era una buena creyente, sentía como un gran ideal aquello de convertir al catolicismo a todo un marido con sus súbditos, perros y caballos.

Guillermo se presentó en Cracovia haciendo valer sus derechos pero los nobles del lugar le impidieron sus propósitos. Se marchó al comprobar que ni su novia ni el pueblo de su novia lo aceptaban. Desapareció para siempre del panorama polaco.

El 18 de febrero de 1386 se celebró en Cracovia la boda con el rey de Lituania. Para ello fue necesario que el novio se bautizara.

La familia del primer novio no estaba resignada, y denunciaron el caso a Roma. Alegaron razones de todo tipo: que ya estaba casada desde pequeña con Guillermo..., que había tenido relaciones con su primer marido... Para la resolución del litigio tuvo que intervenir Urbano VI. Un papa cuyo pontificado fue bastante complejo, estando en la base del origen del cisma de Occidente, tras el nombramiento del antipapa Clemente VII. Esta situación desorientó mucho a toda la Iglesia, incluso algunos santos se decantaron por el papa rebelde.

En esta tensa situación, el Papa tuvo que decidir sobre la validez del primer «matrimonio» de Eduvigis; sobre si aquellas primeras relaciones habían significado algo o absolutamente nada. El asunto se resolvió a favor de Eduvigis, en una bula de 18 de abril de 1388. Al año siguiente, Urbano VI falleció. Su sucesor, Bonifacio IX, se ofreció a ser padrino del primer hijo que naciera de este feliz matrimonio.

Eduvigis, reina de Polonia por parte de padre y de Lituania por parte de su esposo, empezó a ejercer su reinado con verdadera sabiduría. Estuvo atenta a todos los problemas del país. Cuidó especialmente de los campesinos y de todos los que se

encontraban en mala situación económica. Logró ganarse el corazón de todos sus súbditos.

Quedaba pendiente la conversión de Lituania. Era una de las promesas de su esposo en su noviazgo. Pero ella no quiso valerse de situaciones ventajosas, y mucho menos de las armas, para lograr que todos se convirtieran al catolicismo. Lo hizo con tal cuidado y amor, que la nación se hizo católica por el maravilloso ejemplo de su reina. A ella se le atribuye el honor de haber convertido Lituania.

Otro grave problema supo resolver esta valerosa mujer. Se trata de la cuestión de los rutenos, los católicos de rito griego. Parecía que, siendo de rito griego, deberían estar separados de Roma. Eduvigis logró del papa Bonifacio IX que los cristianos polacos de rito griego pudieran ser católicos sin dejar sus costumbres ni su lengua ni sus ritos. Lo logró con sentido común y sabiduría.

Sus obras de caridad fueron innumerables. Fundó numerosos hospitales en Cracovia y en otras partes; a veces asistía ella misma, con sus propias manos, a los enfermos de los hospitales.

Era una mujer con carisma. Todos la querían. Era de una gran religiosidad y vida interior. Siempre es difícil llamar la atención por ser un buen cristiano. Pero si este cristiano es un rey, y si esta cristiana es una reina, mucho más difícil. A los de arriba se les critica muchas veces con harta razón; otras, sin razón alguna. Pero conseguir que siendo reina la quiera todo el mundo es una empresa de gran dificultad. Sólo saben hacerlo los santos de verdad. Los que entregan toda su vida al cumplimiento fiel de su deber.

Eduvigis murió en Cracovia el 17 de diciembre de 1399. Sólo tenía 25 años. El pueblo entero la lloró. No es extraño que un paisano suyo, Juan Pablo II, la llevara a los altares siete siglos después.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 90 (1998) 825-827.

REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002) 83s.

BEATAS CARMELITAS DE COMPIÈGNE

[Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine, María Ana Francisca de San Luis Brideau, María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Constanza (María Genoveva) Meunier, María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, María de Santa Marta Dufour, Isabel Julieta de San Francisco Javier Verolot, Catalina y Teresa Soiron]
Mártires († 1794)

Una hermana carmelita, sor Isabel Bautista, monja en el monasterio de Compiègne (Francia), tuvo una vez un sueño en el que, según dijo, se le habían aparecido todas las religiosas de su convento, en el cielo, cubiertas de resplandeciente manto blanco y sosteniendo en las manos una palma, símbolo o señal con que tradicionalmente la Iglesia indica la gloria del martirio.

Un siglo más tarde, aquella visión iba a concretarse en realidad. Y, posteriormente, un decreto de la Iglesia de Roma declaraba mártires con todos los honores de veneración a dieciséis carmelitas del monasterio de Compiègne que habían dado la vida por su fe.

El sueño de sor Isabel Bautista se había cumplido. Pero para que se cumpliese hubo necesidad de que el mundo pasara por una situación gravísima. Al siglo XVIII le faltaba una decena de años para terminarse. Francia comenzaba a padecer los primeros síntomas de la Revolución, y las ondas de aquel movimiento ideológico y social, provocado, al principio, por un déficit económico, dieron, al igual que contra otros muchos, contra los muros del convento de Compiègne, donde, desde la fundación en 1641, generaciones sucesivas de religiosas conservaban en santa y piadosa reclusión el espíritu de su regla.

La Asamblea Nacional Constituyente había hecho público un decreto por el que se exigía que los religiosos fueran consi-

derados como funcionarios del Estado. Deberían prestar juramento a la Constitución y sus bienes serían confiscados. Era el año 1790. Miembros del Directorio del distrito de Compiègne, cumpliendo órdenes, se presentaron el 4 de agosto de aquel año en el monasterio a hacer inventario de las posesiones de la comunidad. Las monjas tuvieron que dejar sus hábitos y abandonar su casa. Cinco días después, obedeciendo los consejos de las autoridades, firmaron el juramento de libertad-igualdad. Los religiosos que se negaban a firmarlo eran deportados.

Después fueron separadas. Hicieron cuatro grupos y vivían en distintos domicilios, pero continuaron practicando la oración y entregándose a la penitencia como antes.

Era ya 1792. A menudo les venía a la memoria el sueño de sor Isabel. Un día la madre priora, entendiendo el deseo que cada día se hacía más patente en el corazón de sus monjas, les propuso hacer «un acto de consagración por el cual la comunidad se ofreciera en holocausto para aplacar la cólera de Dios y por que la divina paz que su querido Hijo había venido a traer al mundo volviera a la Iglesia y al Estado».

Las dos más ancianas rehusaron en el primer momento, horrorizadas por la idea de la muerte en la guillotina, más por el espantoso medio que por el sacrificio en sí. Pocas horas después, sin embargo, acudieron llorando a solicitar el favor de unirse en el ofrecimiento a sus hermanas en religión. La fe y la esperanza las habían ayudado a superar el humano miedo.

A partir de entonces, diariamente, renovaron este acto de consagración.

La regularidad y el orden de su vida, que reproducía todo lo posible en tales circunstancias la vida y horario conventuales, fueron notados por los jacobinos de la ciudad. En ello encontraron motivo suficiente para denunciarlas al Comité de Salud Pública, cosa que hicieron sin pérdida de tiempo.

El régimen del terror estaba oficialmente establecido en Francia y había llegado en aquellos momentos al más alto nivel imaginable. El rey había sido ejecutado y el Tribunal Revolucionario trabajaba sin descanso enviando cientos de ciudadanos sospechosos a la muerte.

La denuncia de las carmelitas decía que, pese a la prohibición, seguían viviendo en comunidad, que celebraban reuniones

sospechosas y mantenían correspondencia criminal con fanáticos de París.

Convenía presentar pruebas, y con ese objeto se efectuó un minucioso registro en los domicilios de los cuatro grupos. El Comité encontró diversos objetos que fueron considerados de gran interés y altamente comprometedores. A saber: cartas de sacerdotes en las que se trataba bien de novenas, de escapularios, bien de dirección espiritual. También se halló un retrato de Luis XVI e imágenes del Sagrado Corazón. Todo ello era suficiente para demostrar la culpabilidad de las monjas. El Comité, pues, redactó un informe en el que explicaba cómo, «considerando que las ciudadanas religiosas, burlando las leyes, vivían en comunidad» y que su correspondencia era testimonio de que tramaban en secreto el restablecimiento de la Monarquía y la desaparición de la República, las mandaba detener y encerrar en prisión.

El 22 de junio de 1794 eran recluidas en el monasterio de la Visitación, que se había convertido en cárcel. Allí esperaron la decisión final que sobre su suerte tomaría el Comité de Salud Pública asesorado por el Comité local. Entonces acordaron retractarse del juramento prestado antes, «prefiriendo mil veces la muerte mejor que ser culpables de un juramento así». Esta resolución las llenó de serenidad. Cada día aumentaba el peligro, pero ellas se sentían más fuertes. Continuaban dedicadas a orar y, gracias a estar en prisión, podían hacerlo juntas, como cuando estaban en su convento. Ya no se veían obligadas a ocultarse y ello les procuraba un gran alivio.

Transcurridos unos días, justamente el 12 de julio, el Comité de Salud Pública dio órdenes para que fueran trasladadas a París. El cumplimiento de tales órdenes fue exigido en términos que no admitían demora. No hubo tiempo para que las hermanas tomaran su ligera colación ni cambiaran su ropa, que estaba mojada porque habían estado lavando. Las hicieron montar en dos carretas de paja y les ataron las manos a la espalda. Escoltadas por un grupo de soldados salieron para la capital. Su destino era la famosa prisión de la Conserjería, antesala de la guillotina. Nadie ayudó a las monjas a descender de los carros al final del viaje. A pesar de sus ligaduras y de la fatiga causada por el

incómodo transporte, fueron bajando solas. Una de las hermanas, sin embargo, enferma y octogenaria, Carlota de la Resurrección, impedida por las ataduras y la edad, no sabía cómo llegar al suelo. Los conductores de las carretas, impacientados, la cogieron y la arrojaron violentamente sobre el pavimento. Era una de las religiosas que dos años antes había sentido miedo ante el pensamiento de una muerte en el patíbulo y había dudado antes de ofrecerse en sacrificio. Pero en este momento era ya valiente y, levantándose maltrecha, como pudo, dijo a los que la habían maltratado:

«Créanme, no les guardo ningún rencor. Al contrario, les agradezco que no me hayan matado porque, si hubiera muerto, habría perdido la oportunidad de pasar la gloria y la dicha del martirio».

Como si nada hubiese ocurrido, en la Conserjería prosiguieron su vida de oración prescrita por la regla. No se dejaban perturbar por los acontecimientos. Testigos dignos de crédito declararon que se las podía oír todos los días, a las dos de la mañana, recitar sus oficios.

Su última fiesta fue la del 16 de julio, Nuestra Señora del Monte Carmelo. La celebraron con el mayor entusiasmo, sin que por un instante su comportamiento denotase la menor preocupación. Por la tarde recibieron un aviso para que compareciesen al día siguiente ante el Tribunal revolucionario. La noticia no les impidió cantar, sobre la música de La Marsellesa, unos versos improvisados en los que expresaban al mismo tiempo fe en su victoria, temor y confianza, y que se conservan en el convento de Compiègne.

Ante el Tribunal escucharon cómo el acusador público, Fouquier-Tinville, las atacaba durísimamente: «Aunque separadas en diferentes casas, formaban conciliábulos contrarrevolucionarios en los que intervenían ellas y otras personas. Vivían bajo la obediencia de una superiora y, en cuanto a sus principios y sus votos, sus cartas y sus escritos son suficiente testimonio».

Fueron sometidas a un interrogatorio muy breve y, sin que se llamara a declarar a un solo testigo, el Tribunal condenó a muerte a las dieciséis carmelitas, culpables de organizar reuniones y conciliábulos contrarrevolucionarios, de sostener correspondencia con fanáticos y de guardar escritos que atentaban

contra la libertad. Una de las monjas, sor Enriqueta de la Providencia, preguntó al presidente qué entendía por la palabra «fanático» que figuraba en el texto del juicio, y la respuesta fue: «Entiendo por esa palabra su apego a esas creencias pueriles, sus tontas prácticas de religión».

Era, sin la menor duda, su amor a Dios, su fidelidad a sus votos y a su religión lo que les había hecho merecer el castigo. Habían ganado heroicamente en la constancia el honroso título de mártires.

Una hora después subían en las carretas que las conducirían a la plaza del Trono. En el trayecto la gente las miraba pasar demostrando diversidad de sentimientos, unos las injuriaban, otros las admiraban. Ellas iban tranquilas; todo lo que se movía a su alrededor les era indiferente. Cantaron el *Miserere* y luego la *Salve Regina*. Al pie de la guillotina entonaron el *Te Deum*, canto de acción de gracias, y, terminado éste, el *Veni Creator*. Por último, hicieron renovación de sus promesas del bautismo y de sus votos de religión.

Una joven novicia, sor Constanza, se arrodilló delante de la priora, con la naturalidad con que lo hubiera hecho en el convento y le pidió su bendición y que le concediera permiso para morir. Luego, cantando el salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, subió decidida los escalones de la guillotina. Una tras otra, todas las carmelitas repitieron la escena. Una a una recibieron la bendición de la madre Teresa de San Agustín antes de recibir el golpe de gracia. Al final, después de haber visto caer a todas sus hijas, la madre priora entregó, con igual generosidad que ellas, su vida al Señor, poniendo su cabeza en las manos del verdugo. Era el día 17 de julio por la tarde.

Sus restos fueron enterrados, con los de otros veinticuatro condenados, en lo que se llamó más tarde cementerio de Picpus. Una placa de mármol con el nombre de las mártires y la fecha de su muerte figura sobre la fosa y en ella hay grabada una frase latina que dice: *Beati qui in Domino moriuntur* (Felices los que mueren en el Señor).

La Iglesia declaró que el sacrificio de aquellas nobles mujeres no había sido en vano, puesto que «apenas habían transcurrido diez días de su suplicio cuando cesaba la tormenta que

durante dos años había cubierto el suelo de Francia con la sangre de sus hijos» (Decreto de declaración de martirio, 24 de junio de 1905).

El cardenal Richard, arzobispo de París, inició el proceso de su beatificación el 23 de febrero de 1896. El 16 de diciembre de 1902 el papa León XIII declaraba venerables a las dieciséis carmelitas. Se sucedieron los milagros, como una garantía de su santidad, y en 1905 San Pío X declaraba beatas a aquellas «que, después de su expulsión, continuaron viviendo como religiosas y honrando devotamente al Sagrado Corazón».

MARY G. SANTA EULALIA

Bibliografía

- AAS 35 (1902) 382-384; 38 (1905-1906) 162-196; 40 (1907) 161-164, 457-465.
 CHEROT, H., «Les seize carmélites de Compiègne»: *Études* 46 (1904); 47 (1905).
 GRANDMAISON, C. DE, *Les bienheureuses carmélites de Compiègne* (París 1906).
 PIERRE, V., *Les seize carmélites de Compiègne* (París 1905).
 SOREL, A., «Les carmélites de Compiègne devant le Tribunal révolutionnaire»: *Bulletin de la Société Historique de Compiègne* 4 (1878) 133-239.
- Actualización:
- ANTOLÍN, F., «Las mártires de Compiègne, testigos de los sufrimientos de Cristo»: *Teresa de Jesús* 74 (1995).
 BUSH, W., *To quell the terror. The true story of the carmelite martyrs of Compiègne* (Washington 1999).
 HUGELÉ, PH., *No las dejaron ser libres. El martirio de las carmelitas de Compiègne* (Burgos 1998).
 MACCA, V., «Compiègne, Las dieciséis carmelitas de», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 278-282.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA MARCELINA

Virgen († 400)

Marcelina nació hacia el año 330 en Tréveris, hija del prefecto y hermana de San Ambrosio de Milán. Se fue a vivir a Roma con su familia y al llegar a la juventud recibió el velo de las vírgenes, era el año 353, de manos del papa Liberio en la basílica de San Pedro en la fiesta de Epifanía.

Su hermano le dedicaría el tratado sobre la excelencia de la virginidad. Vivía con gran austeridad, dedicada a obras de reli-

gión, y en estrecho contacto con su hermano al que, cuando ya era obispo de Milán, visitaba y no tenía empacho en darle los consejos que creía oportunos. No vivía en comunidad sino en una casa en Roma con una sola compañera. Su hermano la apreciaba mucho y elogiaba su vida de entrega plena al Señor. Murió pocos años después que su hermano, hacia el año 400. La beata Ana María Sala († 1891) fundó una congregación que dedicó a nuestra santa y cuyas religiosas son conocidas como «las marcelinas».

SAN ALEJO

(† s. IV)

El nuevo *Martirologio* conmemora este santo diciendo que en Roma, en la iglesia del Aventino que lleva su nombre, se venera a este hombre de Dios que, a tenor de la tradición, dejó su casa que era rica para hacerse pobre y vivir de limosnas sin darse a conocer. Y lo sitúa en el siglo IV.

La memoria de este santo surge en Edesa, Siria, se difunde por Oriente y a partir del siglo X también por Occidente. Y tiene variantes, situando en Roma la versión griega a este santo, haciéndolo hijo de padres ricos y que en el día de su boda conviene con su esposa en guardar castidad, deja Roma sin dejar traza y vuelve al cabo de diecisiete años como un mendigo y sin darse a conocer, viviendo como pobre acogido en casa de sus padres y ni siendo reconocido sino hasta su muerte. A partir del siglo X tiene una gran difusión esta leyenda en Roma y se le dedica la iglesia del Aventino.

SAN ENODIO DE PAVÍA

Obispo († 521)

Aunque nacido en Arlés hacia el año 475, Magno Félix Enodio se cría en Pavía, donde en su juventud contrae matrimonio, pero luego ambos esposos deciden consagrarse a Dios, ella como monja y él como diácono. Enseñó retórica en Milán hasta

que fue elegido obispo de Pavía el año 514. Fue un pastor celoso del bien de su rebaño y solícito de la atención a los pobres.

Como obispo mostró su firme comunión con la iglesia romana, defendiendo primero al papa San Símaco contra el antipapa Lorenzo y negándose a que las decisiones papales pudieran ser sometidas a revisión por nadie. El papa San Hormisdas le encomendó mediar con la sede bizantina para restablecer buenas relaciones pero no tuvo éxito. Dejó algunos escritos. Murió en el año 521.

SAN KENELMO

Mártir († 821)

Se le tiene por príncipe de Mercia que a los 7 años de edad sucedió en el trono real a su padre el rey Coenwulf. Según la leyenda, fue mandado asesinar por su hermana Cynefrith y, por ello, se le tuvo como mártir, habiendo aprobado su culto San Dunstano († 988). No hay duda de que desde el siglo X tiene culto como mártir y se le encuentra en los calendarios y libros litúrgicos.

Para la crítica histórica, se trata de un personaje histórico, efectivamente hijo del rey de Mercia, al que no es seguro que sobreviviera y puede que en plena juventud, es decir, más o menos con veinte años, muriera en una batalla. Fue enterrado en Winchcombe, donde también fue enterrado el rey, su padre.

SAN LEÓN IV

Papa († 855)

León nació en Roma en el seno de una familia de origen lombardo, y se crió en el monasterio benedictino de San Martín, junto al Vaticano, en el que luego entró y profesó como monje. Bajo el papa Gregorio IV († 844) entró en la curia papal como subdiácono, y posteriormente el papa Sergio II († 847) lo hizo cardenal presbítero del título de los Cuatro Santos Coronados. Tras la muerte de dicho papa, el 27 de enero del 847 fue León elegido papa por unanimidad. Seguramente fue la amena-

za sarracena sobre Roma la que impidió pedir confirmación al emperador. Los sarracenos el año 846 habían caído sobre la basílica de San Pedro devastando la tumba del apóstol.

León consideró imprescindible dotar de seguridad a Roma y por eso hizo amurallar los distritos de la ciudad del lado derecho del Tíber, fundando así la llamada ciudad leonina. El papa organizó las defensas de modo que cuando de nuevo aparecieron los sarracenos, el año 849, las tropas alentadas por el papa pudieron vencerles en Ostia. Reforzó seguidamente las defensas de Civitavecchia y Porto.

León fue un papa enérgico, muy consciente de su autoridad, y no dudó en enfrentarse con Hincmaro de Reims, Juan de Ravena y el cardenal Anastasio. Coronó a Luis II, hijo de Lotario, en Roma y defendió frente a todos los poderes públicos la libertad de la Iglesia. Igualmente sostuvo su autoridad frente a interferencias del patriarca bizantino en Sicilia. Benefició notablemente las iglesias de Roma, siendo muchas las páginas que a esto dedica el *Liber pontificalis*. Celebró en 853 un sínodo en Roma que trató de puntos importantes de la disciplina eclesiástica. Su vida personal era ejemplar y todos debieron reconocer sus muchas virtudes. Logró prestigiar, y mucho, la sede apostólica. En su tiempo tuvo lugar el incendio del Borgo que inmortalizó Rafael en las estancias vaticanas. En su tiempo también llegó a Roma el príncipe Alfredo, futuro rey de Inglaterra, y fue ungido por el papa.

León IV murió el 17 de julio de 855 y fue enterrado en San Pedro.

SAN COLMÁN DE STOCKERAU

Mártir († 1012)

Se trataba de un irlandés que iba en peregrinación a Tierra Santa en traje de tal, pero a su paso por Stockerau, Austria, fue tomado por un espía, condenado a muerte y ahorcado en un árbol. No llegó a la Jerusalén terrena pero sí a la Jerusalén celestial.

No todos estuvieron de acuerdo con aquella expeditiva actuación que había calificado de espía al manso personaje que

era obviamente Colmán y, nada más ajusticiado, los fieles se encomendaron a él como un santo y el Señor confirmó esta invocación con los muchos milagros que se hicieron en su tumba. La idea de que era un verdadero santo se extendió por Austria, Hungría y el Tirol, y comenzaron a dedicársele iglesias y a ser venerado como protector. Es un caso muy concreto y notable de lo falible que es la justicia humana.

SANTOS ANDRÉS Y BENITO DE HUNGRÍA

Ermitaños († 1010)

Zoerardo era un polaco que, tras haber hecho vida eremítica, ingresó en la abadía de Zobor, Hungría, junto a Nitra, y tomó el nombre de Andrés. Se retiró luego a llevar otra vez vida de ermitaño junto al río Waag al pie de los Cárpatos. Su austeridad era increíble y su penitencia continua, llevando a raíz de la piel un riguroso cilicio.

Benito fue un discípulo suyo, que tras la muerte de Zoerardo, continuó viviendo en el mismo sitio hasta que unos ladrones lo asaltaron, asesinaron y echaron al río, de donde luego se pudo rescatar su cuerpo y fue llevado a la catedral de Nitra.

SAN PEDRO LIU ZIYU

Mártir († 1900)

Era el encargado de la iglesia del pueblo Zhujiaxiezhuang, China, al tiempo que un cristiano convencido y fervoroso. Cuando se anunció la llegada de los boxers los demás cristianos huyeron pero él no quería dejar abandonada la iglesia y se quedó.

Llegó un mandarín partidario de los boxers y como no se encontraba a Pedro mandó arrestar a un sobrino suyo que no conocía su paradero y, además, era pagano. Pedro, enterado del asunto y temiendo siguieran las represalias contra el sobrino, decidió presentarse espontáneamente al mandarín. Éste le mandó enseguida que abandonara el cristianismo y le ofreció perdonarle la vida. Pero Pedro confesó la fe con firmeza y se negó

a apostatar de Jesucristo, por lo que el mandarín lo mandó decapitar.

Fue canonizado el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II junto con los demás mártires de China.

18 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En la Via Tiburtina, en el noveno miliario de Roma, santos Sínforosa y sus siete compañeros: Crescente, Julián, Nemesio, Primitivo, Justino, Estácteo, y Eugenio († s. III/IV), mártires y, a causa de su martirio, hermanados en Cristo.

2. En Milán (Liguria), San Materno († s. IV), obispo.

3. En Doróstoro (Mesia), San Emiliano († 362), mártir bajo el imperio de Juliano el Apóstata.

4. En Brescia (Véneto), San Filastrio († ca. 397), obispo.

5. En Forlimpopoli (Emilia), San Rufilo († s. V), tenido por su primer obispo.

6. En Metz (Austrasia), San Arnulfo († 641), obispo y luego ermitaño*.

7. En Constantinopla, Santa Teodosia († s. VIII), monja, martirizada por defender el culto a las sagradas imágenes*.

8. En Utrecht (Holanda), San Federico († 838), obispo, evangelizador de Frisia*.

9. En Segni (Lacio), San Bruno († 1123), obispo, abad un tiempo de Montecasino**.

10. En Cracovia (Polonia), Beato Simeón de Lipnica († 1482), presbítero, de la Orden de Menores**.

11. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista de Bruxelles († 1794), presbítero y mártir*.

12. En Nam Dinh (Tonkín), Santo Domingo Nicolás Dinh Dat († 1839), mártir*.

13. En Krystonopil (Ucrania), Beata Tarcisia (Olga) Mackiv († 1944), virgen, de la Congregación de Hermanas Esclavas de María Inmaculada, mártir*.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BRUNO DE SEGNI

Obispo de Segni y abad de Montecasino († 1123)

Estamos ante una de las personalidades italianas más destacadas del entorno de los papas reformadores de fines del siglo XI y principios del XII. Para conocer su vida y empresas existen dos fuentes principales: el *Chronicón Casinense*, donde Pedro Diácono narra los hechos más salientes del santo, y una *Vita*, obra de un autor anónimo, contemporáneo suyo. Hay que tener también muy en cuenta su abundante obra literaria y todo un acervo de documentos pontificios o sinodales que mencionan algunas de sus actividades y empresas o en los que aparece su firma.

Nació en 1049 en Solera, cerca de Asti (Lombardía), en el seno de una noble y acomodada familia. Después de haber sido educado en el monasterio benedictino de San Perpetuo y estudiar en Bolonia y en Sena, llegó a ser canónigo de la catedral de aquella ciudad, donde adquirió gran fama como teólogo, exegeta, canonista, liturgista, hagiógrafo y polemista eminente. Con el paso del tiempo lo demostrará su ingente e importante obra literaria.

Cuando contaba treinta años, aproximadamente, colaboró activamente en la lucha literaria en la que participaron diversos teólogos contra la doctrina de Berengario de Tours, que negaba la presencia real de Cristo en la Eucaristía. ¿Fue con ocasión de aquella controversia cuando escribió sus tres tratados de liturgia, titulados *De ornamentis Ecclesiae*, *De sacrificio azimi* y *De sacramentis Ecclesiae*? Aborda en ellos los temas de los ornamentos pontificales, algunos de los sacramentos y la consagración de las iglesias. En sus *Instituciones litúrgicas*, dice dom Próspero Guéranger de dichas obras que «muestra en las mismas que fue un enamorado de la liturgia romana, amén de ser uno de los liturgistas más eminentes del siglo XI».

Berengario comenzó a defender hacia 1046 las doctrinas de Juan de Escoto y de Rathramno contra Pascasio Ratberto, que se reducían a esto: «En la Eucaristía no estaba el verdadero cuerpo y sangre de Cristo, sino sólo una figura e imagen».

Como era activo y hábil, atrajo a muchos a sus ideas, provocando al mismo tiempo a los teólogos a enconadas discusiones. Condenado en varios sínodos, el papa Gregorio VII le concedió que compareciera ante el sínodo romano celebrado en 1079. Pero permaneció aferrado a su herejía.

San Bruno defendió en el dicho sínodo de Roma la doctrina de la Iglesia sobre la Eucaristía y atacó duramente a Berengario. Con todo, su defensa no consta en las actas del mismo ni tampoco en ninguno de los documentos pontificios oficiales llegados hasta nosotros. Lo que sí parece cierto, es que para premiar sus aportaciones a la solución del peliagudo problema, Gregorio VII, sobre el año 1080, le nombró obispo de Segni.

Segni es una ciudad que se encuentra en la provincia de Roma, a unos veinte kilómetros de Valletti y a muy pocos kilómetros de la ribera derecha del Tolere o Sacco, afluente del Liri o Alto Garellano. En la ciudad de Segni, durante la Edad Media, y en momentos de graves apuros, los papas buscaron asilo más de una vez.

A partir de su elevación a la sede de dicha diócesis, es cuando San Bruno comienza a figurar entre el equipo de los preladados más estimados y eminentes del entorno de Gregorio VII, el Papa gracias al cual llegó a su cima el movimiento de reforma eclesial que desplegaron algunos de los Papas que le antecedieron, porque estaba el terreno preparado para el gran apogeo del pontificado. Proclamado por el pueblo en 1073 al morir Alejandro II, inmediatamente puso en juego su energía indomable, su habilidad diplomática y su gran talento para llevar adelante la reforma que la Iglesia necesitaba. Se debatía la independencia del poder eclesiástico, pero en unión con los poderes civiles para hacer cumplir la ley a todos y realizar el ideal de la superioridad del poder espiritual del pontificado sobre el poder temporal de los príncipes en consonancia con los sentimientos de su tiempo, que estaba en la conciencia de todos. Por esto, a nadie podía sorprender, ni significa arrogancia ni tampoco ambición de poder o aspiración al dominio universal, el que Gregorio VII procurara poner en práctica los principios de esta superioridad: los llamados *Dictatus Papae*, que no eran propia invención suya, sino que trataban de realizar el ideal propuesto ya

por San Agustín y defendido un poco más tarde por San Gregorio Magno. En realidad deshacían el sistema de los emperadores, que se habían considerado hasta entonces tutores del romano pontífice.

Pero antes que nada, enderezó sus mejores esfuerzos a la reforma del clero como base de todo lo demás, aunque gran número de obispos, abades y sacerdotes se declararon en rebeldía. El origen del mal —el concubinato y la simonía de muchos— estaba en que existían prelados que no eran dignos y celosos, y esto procedía de la investidura laica, es decir, que su elección se debía a miras políticas. Por esto, prohibió en el sínodo romano de 1075, bajo pena de excomunión, la investidura laica.

El emperador de Alemania, Enrique IV, que al principiar el pontificado de Gregorio VII le prometió todo su apoyo, cambió su proceder frente al Papa, pues continuó nombrando prelados por su cuenta y obrando simoníacamente. Hasta que en una asamblea del episcopado alemán, tenida en Worms en 1076, depuso a Gregorio VII. Éste reaccionó excomulgando al emperador y a los obispos que tomaron parte en la dicha asamblea. Era la primera vez que un Papa deponía a un monarca. Entonces sus partidarios le abandonaron. Cuando Enrique IV constató que sus apoyos cambiaban de signo, ante la gravedad de la situación, fue hasta el castillo de la condesa de Tuscia, donde estaba refugiado el pontífice, y éste le absolvió.

Mas poco duraron las buenas relaciones entre ambos, porque Enrique IV siguió amparando la investidura laica y a los obispos simoníacos. Gregorio VII le excomulgó nuevamente en 1080. Además, el Papa reconoció como emperador de Alemania a Rodolfo de Suavia. Enrique IV nombró entonces un antipapa (Clemente II) y en 1083 tomó Roma, que fue reconquistada por las tropas normandas, con Roberto Guiscardo al frente. Pero los romanos no perdonaron a Gregorio VII el saqueo de la ciudad por los normandos. Se tuvo que retirar a Salerno, donde murió el 5 de mayo de 1085.

San Bruno de Segni se mostró, desde el principio de su episcopado, continuo y ardiente partidario y defensor en la cuestión de la lucha contra la investidura de los laicos y en la extirpación de la simonía. Para ello, y sin concederse descanso, enderezó

toda su actividad apostólica y también su pluma, escribiendo varias obras siguiendo, en todo, las ideas, las disposiciones y la política de Gregorio VII. Por entonces, sobresalió como cano-nista y nos dejó dos libros magistrales. Es uno de ellos su trata-do *Sermo venerabilis Brunonis episcopis de symoniacis*, donde se mues-tra como defensor acérrimo de los derechos y prerrogativas de la Iglesia. El otro libro es también un tratado completo, pero de eclesiología, en la línea de la reforma coetánea, cuyo título reza así: *Libri sententiarum*.

El antipapa Clemente se mantuvo en el poder, por lo que se retrasó once meses la elección del sucesor del papa Gre-gorio VII. Al final, fue elegido Víctor III, que era abad de Montecasino y un hombre indeciso, pero murió al año si-guiente (1087). Le sucedió Urbano II, antiguo monje de Cluny (1088-1099), decidido partidario de la Reforma Gregoriana. Al fallecer, los cardenales eligieron a Pascual II (1099-1118).

Durante los dos lustros que Urbano II se mantuvo en el pontificado, San Bruno de Segni también gozó de la confianza y de la estima del nuevo Papa. La documentación existente le muestra acompañándole, con altas personalidades eclesiásticas, en sus viajes por Italia y Francia. Le vemos en el concilio de Clermont (1095), que constituyó el mayor triunfo de Urbano II, pues en él, además de iniciarse la primera cruzada, se reglamen-taron los importantes asuntos de orden eclesiástico que habían motivado su presencia en Francia. Encontramos también a San Bruno en la primera dedicación de la iglesia del monasterio de Cluny (1095), donde consagró tres de sus altares. Finalmente, le vemos estampando su firma en el concilio de Tours (1096), en el cual se volvió a tratar de la primera cruzada y de la expedi-ción al Oriente.

Al poco tiempo de regresar a Italia, el conde Ainulfo, señor de Segni, partidario decidido y defensor acérrimo de las ideas y la política del emperador Enrique IV, comenzó a perseguir a San Bruno hasta el punto de llegar a retenerle tres meses en muy estrecha reclusión. Fue a partir de entonces cuando deci-dió alejarse definitivamente de Segni, renunciar al obispado y retirarse como monje a la abadía de Montecasino, donde tomó el hábito benedictino en 1103.

Pero San Bruno optó por esta solución drástica a sus problemas con el señor de Segni, creyendo que no precisaba una autorización expresa del Papa —lo era desde 1099 Pascual II—. Éste, a pesar del gran disgusto con que recibió la nueva, le siguió confiando misiones delicadas. El 25 de junio de 1106 le encontramos como legado pontificio, presidiendo un concilio muy concurrido en Poitiers (Francia), donde se condenó a Norgaldo, obispo de Autún, acusado de simonía por los canónigos de su iglesia catedral.

En 1107 falleció Otón, el abad de Montecasino. Los monjes de la abadía escogieron a San Bruno como sucesor del prelado difunto. Y por un privilegio especial de Pascual II, principió a administrar a un tiempo el monasterio de Montecasino y la diócesis de Segni. Parece del todo cierto que sus *Sermones de diversis*, recogidos en seis gruesos volúmenes, que contienen alrededor de ciento cincuenta homilías, fueron dictados a su comunidad de monjes.

Montecasino, monasterio fundado por San Benito de Nursia hacia el año 529, fue el lugar donde el Patriarca de los monjes de Occidente llevó íntegramente a la práctica su ideal de vida monástica, expresado en su *Regula monachorum*. Se localiza en la Campania, a mitad de distancia entre Nápoles y Roma, sobre una montaña escarpada de más de quinientos metros de altura, que se yergue majestuosa en medio de un gran anfiteatro, formado por las estribaciones de los Apeninos. Coronándola, está la gran mole de la abadía. En los siglos XI y XII fueron grandiosos su auge y desarrollo. Desde el punto de vista de la cultura llegó a ser Montecasino uno de los centros más vivos y era muy estrecha la colaboración entre los monjes casinenses y el papado en orden a la reforma eclesial, sobre todo moral. De Montecasino proceden muchos obispos y cardenales de la época y tres papas: Esteban IX (1057-1058), Víctor III (1086-1087) y Gelasio II (1118-1119), en poco más de 50 años.

Desde Montecasino y su diócesis de Segni, San Bruno continuó interesándose y combatiendo los debatidos problemas eclesiales de la investidura laica y de la simonía, manteniendo siempre los principios y las orientaciones de reforma que inició Gregorio VII.

El papa Pascual II personificaba también la reforma eclesial por sus libertades, pacientemente perseguida desde hacía medio siglo, pero en su conducta fue poco enérgico y consecuente. En 1106 había fallecido, excomulgado, Enrique IV. Su hijo Enrique V no cambió la táctica de su antecesor y se declaró abiertamente contra la reforma gregoriana. El Papa se opuso y en 1106 y 1110 repitió la prohibición más absoluta de la investidura laica. Pero Enrique V intentó un golpe de audacia. Se reunió en 1111 en Sutri con Pascual II y ambos llegaron a un acuerdo que no agradó a los obispos alemanes. Entonces el emperador, por la fuerza, le hizo prisionero, juntamente con algunos cardenales, para que le concediera el derecho de la investidura de los laicos con todos los corolarios que de ella se derivaban. Dos meses pasó Pascual II en prisión y, ante las amenazas de un cisma, juró que concedería a Enrique V lo que pedía, añadiendo, además, la promesa de coronarlo como emperador de Alemania y de no lanzar en adelante excomunión contra él.

Cuando la noticia de la capitulación papal se extendió por todo el Occidente, levantóse una protesta unánime contra Pascual II. En Francia e Italia se escribieron muchos libros y se celebraron varios sínodos contra él. Hasta se hablaba de su deposición, mientras el Papa mismo llegó a pensar en su renuncia. En Italia comenzó el movimiento de protestas en febrero de 1111. Según el *Chronicón Casinense* de Pedro Diácono, San Bruno escribió una carta muy larga a Pascual II en la cual le aconsejaba que rompiera el tratado con Enrique V. Ganó a su manera y parecer a los cardenales León de Ostia y Juan de Túsculo. Por lo demás, suscitó en junio de 1111 una reunión de descontentos en Roma que se quejó al Pontífice de haber cedido a las presiones del emperador.

Tal vez Pedro Diácono exagere un poco las cosas, pues se ha conservado la carta de San Bruno a Pascual II, cuyo tono es muy diferente. Se levanta en ella contra las mentiras que sus enemigos hubieran podido propalar contra él y afirma que amaba al Papa «como a un padre y señor» y que, «estando vivo, no hay por qué tener otro Papa». Si desaprobaba la convención intervenida con Enrique V, que le fue arrancada por una violenta traición, sabía que Pascual II compartía los sentimientos de los

descontentos y que se sentía libre para manifestar en su verdad el problema de la investidura laica con todos los corolarios que de ella se derivaban.

«Todos los apóstoles —continúa diciendo San Bruno a Pascual II— condenan y separan de la comunión de los fieles a los que obtienen una iglesia por mediación de un poder secular. Los laicos, por muy religiosos que sean, no tienen la facultad de disponer de una iglesia. Igualmente nuestra constitución, emanada de la fuente apostólica, condena y separa de la comunión de los fieles a todos aquellos clérigos que reciban la investidura de la mano de un laico y a aquellos que les imponen las manos. Esta constitución de los Apóstoles y la vuestra son santas y católicas. Quien quiera que las desoiga, no es católico».

San Bruno concluye pidiendo a Pascual II que confirme su constitución anterior y que condene de nuevo lo que siempre consideró como herejía, puesto que «poco caso se hace de un juramento arrancado por la fuerza y que, como tal, puede ser violado sin escrúpulos».

Un año más tarde, en el sínodo de Letrán de 1112, Urbano II declaró suspenso el privilegio concedido a Enrique V, como obtenido por la violencia, y proclamó de nuevo los principios de la reforma de Gregorio VII.

Pascual II, debió comprender las razones y la actitud de San Bruno y de tantos otros preladados influyentes de su entorno, pero para mantener el principio de autoridad y la legitimidad de su decisión, le depuso como abad de Montecasino y le recluyó en su diócesis de Segni. San Bruno aceptó con dignidad la penitencia impuesta y renunció a su abadiato el 13 de octubre de 1111. Los monjes casinenses eligieron para sucederle al abad Gerardo, que fue solemnemente bendecido en Roma por Pascual II a 4 de febrero de 1112.

A partir de estos acontecimientos, San Bruno desaparece de la escena pública, vive oculto en Segni y, muy posiblemente, totalmente entregado a la refundición de algunas de sus obras más importantes, principalmente de las de exégesis bíblica y de teología espiritual. Gracias a ellas conocemos la impronta fuerte, segura y profunda que ejerció con su doctrina. Están sus *Comentarios* al Pentateuco, al libro de Job, al Salterio, al Cantar de los Cantares, a los cuatro Evangelios y al Apocalipsis. Le atribu-

yen comentarios a los libros de Josué y de Judit, pero han desaparecido. También es suyo un prólogo al libro del profeta Isaías. En todas estas obras el comentario teológico y espiritual es de tipo alegórico y místico, al estilo de San Gregorio Magno. Merecen capítulo aparte varias *Vitas* de santos: la del papa San León IX, la de San Pedro de Anagni y una crónica del traslado de las reliquias de San Esteban a Roma. Y, por fin, están las cuatro o cinco largas cartas que llegaron hasta nosotros, una de las cuales es la que escribió al papa Pascual II, y que fue extractada páginas atrás.

Todas las obras de San Bruno —algunas de las que hemos citado fueron atribuidas erróneamente a Santo Tomás de Aquino o a San Bruno, arzobispo de Colonia— las editó en el siglo XIX el P. Migne en los tomos CLXIV y CLXV de su *Patrología latina*; ahora bien, reprodujo una edición preparada por Bruno Bruni entre 1789-1791. Ediciones críticas de algunas de las mismas hicieron Gogolski y A. Amelli. F. Caraffa dice que «como escritor, revela gran formación teológica y bíblica, doctrina segura y profunda y un poderoso ingenio».

San Bruno falleció en la ciudad de Segni el 18 de julio de 1123, a los 74 años de su edad. Le dieron cristiana sepultura en su iglesia catedral. Lucio III le canonizó en 1183. Honorio III le dedicó un altar en la catedral de Segni en 1223. El *Martirologio romano* señala la celebración de su fiesta para el día 18 de julio.

RAMÓN MOLINA PIÑEDO, OSB

Bibliografía

- CIPOLLINI, F., *Bruno di Segni († 1123) e la Chiesa del suo tempo* (Venecia 2001).
 FLICKE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia. VIII: Reforma gregoriana y Reconquista* (Valencia 1985).
 MAZIS, A. DE, «Bruno de Segni (Saint) (1049-1123)», *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*. X: *Bouillon-Bzovius* (París 1938) col.294.
 PENCO, G., *Storia del monachesimo in Italia delle origini alla fine del Medio Evo* (Roma 1961).

BEATO SIMEÓN DE LIPNICA

Presbítero († 1482)

Nació en torno al año 1435-1440 en Lipnica Murowana, en las proximidades de Bochnia (Polonia), hijo de Gregorio, desconociéndose el nombre de su madre. Sus primeros hagiógrafos destacan que de niño era precozmente maduro, visitando a menudo el templo parroquial donde rezaba fervorosamente a la Virgen María, por la cual sentía una especial devoción. Concluidos los estudios primarios en la escuela parroquial pasó en 1454 a la academia de Cracovia del primer convento seráfico que había fundado el año anterior San Juan de Capistrano, en donde asimismo fue maestro de novicios, guardián y provincial. La frase preferida de quien fue maestro y modelo de santos fue: *Rezar, trabajar y esperar*. Tuvo de compañeros a dos futuros beatos, Juan de Dukla y Ladislao de Gielnow, muestra evidente del benéfico magisterio espiritual que impartió el fundador del convento franciscano de Cracovia, predicador insigne y destacado misionero apostólico, defensor de la pobreza y con fama de santidad en su tiempo, según opinión general.

Dotado de espíritu de gran contemplación, oración y grandes penitencias, pronto se señaló entre los alumnos de esta famosa academia por su elocuencia y sus méritos. Buscaba el candor de la poesía para ensalzar las glorias de María, dedicándole hermosas composiciones. Su vida era realmente una obra íntegra de la gracia divina, recurriendo sus compañeros a su consejo en numerosas ocasiones. El testimonio en la enseñanza y en el ejemplo de vida movió su espíritu a solicitar el ingreso en la Orden de Frailes Menores, y obtenido el bachillerato el año 1457 fue admitido como novicio en el mismo convento en donde realizó sus estudios teológicos, recibiendo el presbiterado en 1465. Poco tiempo después fue elegido guardián en Tarnow. Dos años más tarde (1467) se hallaba de predicador en el convento de Stradom, donde adquirió fama de insigne orador, explicando con gran agudeza los más difíciles textos de la Sagrada Escritura. Su palabra llena de ardor y sabiduría era límpida y penetrante, conmoviendo profundamente a sus oyentes, a quienes les contagiaba su profunda fe en la Palabra divina.

Los pecadores más penitentes afligidos por su mala vida se convertían con verdadero propósito de enmendarse, y algunos se consagraban al amor de Dios según su extraordinario ejemplo de caridad. En 1463 fue el primer franciscano en sustituir a los Dominicos en el privilegiado ministerio de predicar en la catedral de Wawel, donde su elocuente magisterio reunía a multitud de fieles ansiosos de escuchar sus sermones, llenos de unción espiritual y ciencia divina. En mayo de 1472, junto con un grupo de frailes polacos, estuvo en L'Aquila para el solemne traslado del cuerpo de San Bernardino de Siena, desde la iglesia de S. Francisco al nuevo templo erigido en honor del admirado santo franciscano, predicador insigne del Santísimo Nombre de Jesús.

El año 1478 fue elegido definidor de Cracovia, tomando parte también en el Capítulo General de Pavía. Estuvo después en Roma y en los Santos Lugares de Tierra Santa. Una peregrinación penitencial realizada con decidido anhelo del martirio siguiendo el ejemplo de Jesucristo, nuestro Salvador. Antes de iniciar este peregrinaje aprendió de memoria la Regla de la Orden Seráfica: para tenerla siempre presente con los ojos de la mente, en el caso de que fuera capturado por los infieles.

En julio de 1482 tuvo lugar una funesta invasión pestífera que duró hasta el mes de enero del año siguiente, causando numerosas víctimas, muriendo a diario más de cien personas. Los franciscanos en esta ocasión dieron ejemplo altísimo de caridad atendiendo a los apestados, multiplicándose en llevarles los sacramentos y la cercanía fraterna en esa dolorosa circunstancia. Se distinguió notablemente el padre Simeón, ofreciendo su vida al Señor para que concluyera esta cruel epidemia. Y fue escuchado. Se contagió el 12 de julio de 1482, soportando con extraordinaria paciencia los dolores y sufrimientos, muriendo el 18 de dicho mes a los 47 años de edad.

Lleno de fe, su lengua cantaba las glorias divinas y su fama se extendió con sus sermones, piadosos y eruditos, siendo muy pronto conocido como el taumaturgo de Polonia, pues los fieles experimentaban de cotidiano qué admirables prodigios se realizaban por su mediación y poderosa intercesión. Sus sermo-

nes adoctrinaban a sus oyentes en la modestia y el temor de Dios, rehuendo los honores mundanos, recurriendo a él como padre amantísimo en sus necesidades, convirtiendo a muchos por su ardiente caridad. Frente a los poderosos se mantuvo siempre con gran fortaleza de espíritu, convirtiendo a algunos luteranos al catolicismo. Vivió fielmente su vocación, en extraordinaria simplicidad, reconciliando a los enemigos, edificando a todos con el ejemplo de su vida, siempre humilde y obediente, vigilantísimo y celoso de sus obligaciones.

El celo por las almas le embargaba, viendo en cada criatura el rostro de Dios, a quienes invitaba a sanas costumbres con óptimos resultados, logrando que todos le entendieran y se convirtieran. Su palabra intrépida traspasaba el corazón, aun de los más recalcitrantes. Buen pastor de sus ovejas, propagó la devoción al Nombre de Jesús, según San Bernardino de Siena, defendiendo la fe contra los sarracenos con impetuoso coraje.

A su muerte los frailes le enterraron en el coro de la iglesia conventual de Cracovia, ante el altar mayor, donde comenzaron al poco tiempo a producirse los primeros milagros. Años más tarde, y con permiso de Inocencio VIII, el 12 de julio de 1487 sus restos fueron trasladados a un lugar más distinguido, donde se erigió un mausoleo y a donde los fieles acudían con especial devoción. Allí se produjo el admirable milagro de una niña que había sido muerta por su padre, y resucitó cuando fue llevada al sepulcro de quien era llamado por las multitudes verdadero santo, como demostraban los numerosos exvotos y tablas votivas que rodeaban aquel altar, sobre todo en tiempos de calamidades públicas, pidiéndole ayuda a su especial protector. El año 1617 se publicaron sus numerosísimos milagros. El 5 de julio de 1609 Segismundo III, rey de Polonia, suplicó a Pablo V que fuera inscrito en el calendario de los santos este religioso franciscano, insigne por sus virtudes y por su altísima caridad, gloria de nuestro Pueblo. Su hijo Ladislao IV insistió ante la Santa Sede en 1636, remitiendo el voluminoso informe redactado en 1617 con los numerosísimos milagros que la devoción le atribuía, pero no fue hasta 1680 cuando la causa de beatificación se pudo reiniciar. El 22 de mayo de 1683 la Sagrada Congregación de Ritos emitió el decreto que fue aceptado por el Santo Padre.

Finalmente, en 1689 se confirmó el culto que recibía desde tiempo inmemorial.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.IV.

Art. en *Bibliotheca sanctorum*. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1181-1182.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ARNULFO DE METZ

Obispo († 641)

Nace en las cercanías de Nancy hacia el año 582, en una familia noble. Entra muy joven al servicio del duque Gondolfo, quien lo introduce en la corte de Teodeberto II, rey de Austrasia. Contrajo matrimonio con Doda, una joven noble, y tuvo dos hijos, siendo por el mayor antepasado de la dinastía carolingia. Contribuyó a la reunión de los reinos de Austrasia y Neustria (613) y al año siguiente, pese a su carácter de seglar y a que ya aspiraba a la vida monástica, fue elegido por el clero y el pueblo y consagrado obispo de Metz. Continuó siendo consejero del rey Clotario II y tutor de su hijo Dagoberto. Gobernó bien su diócesis y asistió a los concilios de Clichy y de Reims. Pero no se sentía llamado al ministerio episcopal y por ello en 629 dejó su sede y se marchó al monasterio de Habend, llamado luego Remiremont, fundado por su amigo San Romarico. Allí vivió santamente hasta su muerte el 18 de julio de 641.

SANTA TEODOSIA

Virgen y mártir († s. VIII)

Teodosia nace en Constantinopla en el último tercio del siglo VII en el seno de una familia muy religiosa. Huérfana de padre a los siete años, su madre, que ingresa en un monasterio, la lleva consigo y allí se cría. Al morir su madre, vende todos los bienes que ella le ha dejado y los reparte entre los pobres.

Llegada la persecución iconoclasta, Teodosia toma parte activa en la oposición a esta herejía y participa en las manifestaciones callejeras que se oponían a la misma. León III Isáurico mandó derribar la estatua de Cristo que estaba en la Puerta Calce del palacio real. Teodosia estaba al frente del grupo de mujeres que se opusieron a esta medida, derribaron la escalera y tiraron al suelo al funcionario encargado de la operación. Era el 27 de enero del 729. También, ella fue una de las manifestantes que tiraron piedras contra el patriarca Anastasio que había sido nombrado en vez del depuesto San Germán y que apoyaba la herejía. Esta valiente conducta trajo consigo el que Teodosia fuera asesinada. Su cuerpo fue llevado piadosamente a enterrar en el monasterio de Dexiocrates.

SAN FEDERICO DE UTRECHT

Obispo († 838)

Según algunos, Federico era paisano y sobrino de San Bonifacio, y por tanto de Crediton en Devon; otros lo consideran inglés, pero de Wessex, y otros creen que no tenía tal origen inglés sino que era frisio. Lo cierto es que era sacerdote en el clero de Utrecht y que estaba a su cargo la instrucción de los conversos al cristianismo y que hacia el 825 fue elegido y consagrado obispo de Utrecht.

Como obispo se sintió responsable, no sólo de conducir la marcha de su comunidad cristiana por la senda del evangelio, sino también de ampliar la tarea evangelizadora, y así envió misioneros que predicasen el evangelio por todo el norte de los actuales Países Bajos. Participó en el concilio de Maguncia el año 829.

Federico murió de forma violenta el 18 de julio del año 838 y fue enterrado en la cripta de la iglesia de El Salvador, de Utrecht, donde el pueblo cristiano empezó a venerarlo como mártir en la seguridad de que había sido asesinado por haber cumplido sus deberes como obispo. Para algunos, Judit urdió el asesinato, era la segunda esposa de Ludovico Pío, a quien el santo reprochó su nuevo matrimonio en vida de la primera es-

posa. Para otros, el asesino fue un noble de Wacheren, cuya conducta había reprendido el santo.

BEATO JUAN BAUTISTA DE BRUXELLES

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Saint-Leonard (Haute Vienne) el 12 de septiembre de 1734 en el seno de una familia religiosa, tres de cuyos hijos serían sacerdotes. Habiendo optado por el sacerdocio, que recibió en 1758, fue vicario de las parroquias de Grandbourg, Montbrun y Saint-Leonard, de cuya iglesia colegial llega a ser canónigo, cargo que simultanea con el de vicario de Saint-Fiacre en la iglesia de Saint-Etienne de la misma población.

Llegada la Revolución, rehusa prestar los juramentos que se le exigían y sigue viviendo en Saint-Leonard donde es arrestado con uno de sus hermanos a fines de 1792 y, llevado a Limoges, es encerrado en el exconvento de La Règle. No fue oída su petición de ser llevado a otro edificio de detención ya que La Règle estaba resultando muy dañina para su salud. Sus compañeros de prisión lo eligieron superior, es decir, el encargado de denunciar las faltas de limpieza o adecuación al reglamento vigente, y al no hacerlo se le impuso el castigo de un mes en la casa de arresto (del 14 de septiembre al 15 de octubre de 1793), siendo otra vez llevado luego a La Règle.

Aunque en febrero de 1794, por sus enfermedades y achaques, se le dispensó de la deportación, un mes más tarde se le obligaba a marchar con el segundo convoy para Rochefort. Allí estaba el 13 de abril cuando se le hizo un registro a bordo de *Le Borée* y le llevaron luego a Les Deux Associés. Él y su hermano se dedicaron a transcribir, según recordaban, los oficios litúrgicos. El documento aún se conserva. Persona culta y sacerdote celoso, que había cumplido con notable entrega sus deberes sacerdotales, murió de escorbuto el 18 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

SANTO DOMINGO NICOLÁS DINH DAT

Mártir († 1839)

Había nacido en Phu-Nai, en el Tonkín occidental, y había optado en su juventud por enrolarse en el ejército del gobernador. Éste primero toleró a los cristianos pero luego se avino a las leyes persecutorias y mandó a Domingo y demás soldados cristianos que apostatasen. Domingo y dos más, Agustín y Nicolás, se negaron. Los demás apostataron. Torturados, resistieron firmes en la fe, pero drogados posteriormente, estando en esa situación, pisotearon la cruz, fueron declarados apóstatas y dejados libres y se les entregó un dinero para que volviesen a sus pueblos. Los tres jóvenes, sin embargo, cuando se les pasó el efecto de la droga, volvieron a afirmar su fe ante el gobernador, que con nuevas torturas no logró su apostasía. En vista de ello los envió a sus respectivos pueblos, insistiendo ante las autoridades locales en que los tuvieran por apóstatas. Decidieron entonces ir a Hué a entregar personalmente al emperador el testimonio de su fe. Pero los padres de Domingo lo retuvieron y no pudo ir a Hué. Aquí sus compañeros fueron martirizados.

Domingo insistía en proclamar su fe, y ello le valió nuevo arresto. Llevado a Nam-Dinh, se le sentenció a muerte, y cuando llegó la confirmación de la sentencia fue decapitado el 18 de julio de 1839. Fue canonizado el 19 de julio de 1988 por Juan Pablo II.

BEATA TARCISLA (OLGA) MACKIV

Virgen y mártir († 1944)

Olga Mackiv nació en la población ucraniana de Hodorib (Lvov) el 23 de marzo de 1919. Educada cristianamente en su familia, al llegar a la juventud optó por la vida religiosa e ingresó en la Congregación de Esclavas de María Inmaculada, en la que emitió la profesión religiosa el 5 de noviembre de 1940, tomando el nombre de hermana Tarcisia.

Destinada a la casa de su congregación en Krystonopol, Polonia, el 17 de julio de 1944 con sus hermanas del convento corrió a refugiarse en los sótanos a causa del intenso bombardeo

de las fuerzas soviéticas. Al día siguiente un soldado soviético llamó a la puerta. Acudió a abrir la hermana Tarcisia creyendo que sería el capellán a quien esperaban. En cuanto abrió y el soldado la vio, la disparó a bocajarro y le provocó la muerte. Al día siguiente el militar volvió al convento y confesó sin rubor que había disparado contra la hermana Tarcisia por ser una monja católica. Fue beatificada el 26 de junio de 2001 por Juan Pablo II.

19 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La Conmemoración de San Epafras († s. I), que fue compañero del apóstol San Pablo *.
2. En Mero, Frigia, santos Macedonio, Teódulo y Taciano († ca.362), mártires bajo Juliano el Apóstata.
3. En el Monasterio Annesino, junto al río Iris en el Ponto, Santa Macrina († 379), virgen, hermana de San Basilio Magno *.
4. En Constantinopla, San Dío el Taumaturgo († s. V), presbítero, archimandrita de un monasterio de acemetas.
5. En Roma, San Símaco († 514), papa *.
6. En Córdoba, Santa Áurea († 856), virgen y mártir **.
7. En Utrecht (Lotaringia), San Bernoldo o Bernulfo († 1054), obispo *.
8. En Aberbeng (Franconia), Beata Estila († 1141), virgen.
9. En Foligno (Umbría), Beato Pedro Crisci († 1323), que vivió penitente en el campanario de la Iglesia Catedral al servicio de la misma *.
10. En Chichester (Inglaterra), San Juan Plessington († 1679), presbítero y mártir **.
11. En Lujiazhuang (China), San Juan Bautista Zhou Wurui († 1900), mártir *.
12. En Liucun (China), santos Isabel Qin Bianzhi y su hijo Simón Qin Chunfu, de catorce años de edad († 1900), mártires *.
13. En Borowikowszczyzna (Polonia), beatos Aquiles Puchala y Herman Stepien († 1943), presbíteros, franciscanos conventuales, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ÁUREA

Virgen y mártir († 856)

Durante la dominación árabe, Córdoba fue una de las ciudades que se ennoblecieron no sólo con la magnificencia mora sino también con la cristiana, aunque por caminos muy opuestos. Para los árabes se trataba de bonanza material, para los cristianos de soterrada grandeza espiritual.

Fueron una serie de santos que, nacidos en los linderos disputados por familias cristianas y musulmanas, por la suerte o mejor la respuesta esforzada de los creyentes en Cristo supieron dar heroicos ejemplos, escritos muchas veces con el heroísmo del martirio. Heroísmo tanto más admirable porque se consumió en personas delicadas, frágiles ante los ojos del mundo. Es éste el caso de Santa Áurea.

Aunque se disputan el lugar de su nacimiento Córdoba y Sevilla, el escenario de su virtud, sin lugar a dudas, fue Córdoba. Los progenitores de Áurea eran naturales de Sevilla, descendiente su padre de la más alta nobleza andaluza, dueño entonces de preciados terrenos, del que, sin embargo, no conocemos su nombre. Su madre Artemia, por el contrario, distinguidísima matrona, era cristiana. Entre sus hermanos hay que contar además a Adolfo y a Juan, insignes mártires cristianos y también santos.

Artemia, al morir su marido, se retiró al monasterio de Cuctelara, uno de los muchos que florecían en territorio cordobés. Llevaba consigo a su hija Áurea. Allí la ilustre dama, por su virtud y no por su alta alcurnia, llegó a encargarse de la dirección y gobierno de la comunidad.

Creció la niña al lado de su madre hasta más de los veinte años, dando muestras excepcionales de virtud y perfección dentro de las pautas marcadas por las exigencias evangélicas. Posiblemente ella misma profesara en el monasterio. Unos hechos que trascendían y eran conocidos hasta por los mismos árabes, incluido el propio juez de la ciudad. Pero nadie se atrevió a denunciarla como renegada de la religión paterna, dado que era conocida y respetada su nobleza.

No sucedió lo mismo con los familiares de su padre, todos fervientes seguidores de Mahoma: conociendo las creencias de la joven, intentaron persuadirla para que siguiera la religión de su padre como era obligatorio para ella, ya que la ley coránica manda que los hijos profesen la ley de su padre. Fracasados en sus intenciones la denunciaron a las autoridades.

Llevada desde Córdoba ante el juez, Aurea, seducida por las promesas que se le hacían o quizás por el temor a morir martirizada como sus dos hermanos, aceptó, o, al menos, aparentó aceptar las creencias mahometanas. Pudo así volver libre a su tierra, aunque se sintió indigna de ingresar en su amado monasterio, angustiada por la cobardía de su conducta. Eligió entonces una casa privada, propiedad posiblemente de alguna familia cristiana. Y fue en esa soledad donde Dios, del que no se había apartado, volvió a llamar a su conciencia. Cayendo muy pronto en la cuenta de la responsabilidad y también de la culpa de su acción, lloró amargamente su pecado y volvió a hacer públicos sus convencimientos.

No tardaron en llegar al juez las noticias de la nueva situación de la arrepentida virgen, y personalmente dio la orden de que la llevaran a su presencia, para comprobar directamente la verdad de la nueva situación. Volvieron otra vez los halagos, luego las recriminaciones y al final las amenazas. Ahora, todo inútil. Incluso buscó la ocasión de contrarrestar su mal ejemplo anterior declarando públicamente su fe en Cristo. El P. Croisset, pone en su boca una espectacular confesión:

«Yo jamás me separé de mi Señor Jesucristo, ni por sólo un instante creí en vuestras falsedades; si a tu presencia se deslizó un poco mi lengua, ella fue sola la que erró; pero mi corazón estuvo firme en lo que a mi Dios debía. Luego que de ti me separé lloré mi culpa con arroyos de lágrimas; siempre he conservado la fe y la verdadera Religión Cristiana que profesé desde mi infancia, en la que he ejercitado toda mi vida, manteniéndola con firme propósito de no dejarla, aunque sea a costa de mi sangre. El Señor a quien me consagré desde mis tiernos años, condolido de mi flaqueza me ha fortalecido con su poderosa mano, él es quien me restituyó por su infinita bondad a su primera gracia; por tanto tú como juez elige lo que te parezca, o bien quítame la vida según disponen tus leyes, o bien déjame libre para que satisfaga las obligaciones de mi religión y de mi estado».

Confuso el juez de tan maravillosa y patente confesión, mandó ponerla en una dura prisión mientras daba parte al rey Mohamed para que aprobara la condena. Al día siguiente fue decapitada, dejándola colgada de un palo para escarmiento público. Y no contento con su cruel acción dio luego órdenes para que la arrojasen al Guadalquivir con la perversa intención de que los cristianos no pudieran tributarle los honores que como virgen y mártir merecía.

Su glorioso triunfo tuvo lugar el 19 de julio del año 856 de la era cristiana. Es ése el día de su fiesta. San Eulogio, también mártir de Córdoba, nos dejó las principales noticias de la santa en el libro III, capítulo 14 de su *Memoriale sanctorum*.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

- CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año*, III (Madrid 1853) 125-126.
- REPETTO BETES, J. L., *Andalucía, tierra de santos. Santos, beatos, venerables y siervos de Dios nacidos o fallecidos en Andalucía* (Jerez de la Frontera 1982).
- Vida y novena de Santa Aurea Virgen* (Burgos 1972).

SAN JUAN PLESSINGTON

Presbítero y mártir († 1679)

Parece que su nombre originario era Guillermo, pero luego se lo cambió por el de Juan, con el que ha subido a la gloria de la canonización. Su apellido también ha fluctuado: Plessington, Pleasington y Scarisbrick. Es bien sabido que los sacerdotes de la misión inglesa usaban *alias* para pasar mejor inadvertidos. Su nacimiento se sitúa en Dimples Hall, junto a Garstang, condado de Lancaster, y se supone el año 1637 el de su nacimiento. Se ha hablado de que su familia podía ser protestante, pero más se diría católica toda vez que aun niño fue enviado a una escuela que privadamente llevaban los jesuitas en Scarisbrick Hall junto a Ormskirk. De ahí pasó al colegio de St. Omer en Flandes y posteriormente al Colegio Inglés de Valladolid, donde se ordena sacerdote en 1662. Al año siguiente vuelve a Inglaterra y comienza su tarea misionera: velar por la permanencia en la fe de

los católicos y reconciliar con la Iglesia a cuantos vivían fuera de ella.

Inicialmente vivió en Holywell en el norte de Gales, que fue el campo de su acción apostólica. Su candor, bondad y sencillez le hicieron ser apreciado y querido por todos. Luego, en 1670, pasó a vivir con Mr. William Massey en Puddington, condado de Chester, tomando a su cargo la preceptoría de los hijos de esta familia. Como la década 1660-1670 fue un tiempo de paz relativa para los católicos, Plessington pudo realizar sin problemas su ministerio de forma casi abierta. Pero la década de los 70 ya no sería igual.

En efecto, en 1673 se aprobó la *Test Act* para tratar de ayudar a diferenciar entre anglicanos y católicos. Los funcionarios quedaron obligados a prestar un juramento (*Oath of Allegiance*) en el que se reconocía al monarca como cabeza de la Iglesia de Inglaterra y a aceptar la comunión bajo el rito protestante. La intención de esta *Test Act* era excluir a los católicos de los cargos públicos. El duque de York, y futuro rey Jacobo II, hermano y presunto heredero del monarca Carlos II, que carecía de hijos, hubo de dejar su cargo de almirante porque, siendo católico, se negaba a prestar el citado juramento.

En 1678 tuvo lugar la denuncia por parte de Titus Oates del llamado complot papista, una conjura dirigida —decía su delator— a matar al rey e imponer el catolicismo como religión del Estado. Titus Oates, nacido el 15 de septiembre de 1649 y muerto el 12 de julio de 1705, había nacido en Oakham en el seno de una familia baptista. Su padre era pastor. Educado en el Caius College, se hizo clérigo anglicano y llegó a vicario de la parroquia de Bobbing, pero fue expulsado bajo la acusación de alcoholismo y homosexualidad. Pasó como capellán al barco *Adventurer* pero hubo de hacer frente a nuevas acusaciones. Entonces abandonó el protestantismo y se presentó a los jesuitas en Valladolid y St. Omer diciendo que quería abrazar la vida de la Compañía, que finalmente hubo de abandonar. Despechado vuelve a Inglaterra e intima con el furioso anticatólico Israel Tonge, clérigo anglicano. Y fue entonces cuando ideó acusar a los católicos de una conjura para asesinar al rey y poner en su lugar un gobierno católico. En agosto de 1678 se le hizo saber

esta noticia al rey Carlos II, y como no hubo la esperada reacción real, Tonge insistió ante el monarca, afirmando que estaba implicada Francia en el complot así como los jesuitas y los católicos ingleses. El rey no se lo tomó muy en serio pero se lo contó al conde de Danby, muy enemigo de los católicos, y éste se puso en contacto con Oates. Éste insistió ante otras personalidades, como el magistrado sir Edmund Berry Godfrey, en que el complot se dirigía a poner en el trono al duque de York y a sustituir a todos los líderes protestantes que serían asesinados. El consejo real interrogó a Oates, que el día 23 de septiembre hizo 43 alegaciones contra varios miembros de las órdenes religiosas (541 jesuitas) y nobles católicos. Empezaron los primeros arrestos, siendo el guía el propio Oates. El Lord Chief Justice, sir William Scroggs, dio comienzo al proceso contra el *Popist Plot* (complot papista). Y sucedió entonces que el 12 de octubre desapareció sir Edmund Berry Godfrey y apareció estrangulado cinco días más tarde. Oates explotó el suceso para una pública campaña de difamación contra los católicos, acusando a los jesuitas del asesinato. El rey Carlos II decidió convocar al Parlamento. Aunque el monarca no creía en el complot, el Parlamento le obligó a ordenar una investigación. Cundió la histeria. La gente hablaba de la necesidad de defenderse y la Cámara de los Comunes fue registrada por si había una nueva conspiración de la pólvora. Cinco lores católicos fueron arrestados y llevados a la Torre y se llegó a pedir públicamente que el duque de York fuera excluido de la sucesión.

En este clima tuvo lugar el arresto de Plessington y de otros sacerdotes. Tres católicos renegados acusaron a Plessington, que fue arrestado y llevado a juicio y se le aplicó el vigente estatuto 27 de Isabel I, según el cual todo sacerdote ordenado en el extranjero era reo de alta traición. Nueve sacerdotes, uno de ellos Plessington, fueron condenados a muerte. De estos sacerdotes cuatro fueron mandados a Londres para que fueran interrogados y a ser posible hacerles confesar el complot denunciado por Oates. Amenazas, promesas, recompensas fueron inútiles. El Parlamento entonces pidió al rey que fueran ejecutados todos los sacerdotes condenados. El rey se resistió, pero como el Parlamento insistió, el 10 de julio de 1679 ya no tuvo

más remedio que consentir. El 11 de julio el Consejo Real, al que el monarca no asistió, dio un mandato de que los jueces de los respectivos juzgados dieran las oportunas instrucciones para hacer ajusticiar a los sacerdotes condenados. El primero en ser ajusticiado fue el P. Plessington, que el 19 de julio fue llevado del castillo de Chester a Gallows Hill, en Chester.

El mártir llegó sereno al lugar de la ejecución, y como le dejaron hablar, dijo estas palabras:

«Queridos conciudadanos: Estoy aquí para ser ejecutado no por hurto u homicidio ni por alguna otra cosa contra la ley divina o por haber hablado contra la Monarquía y el Gobierno civil. Supongo que alguno de los presentes estuvieron en mi proceso en los últimos juicios y pueden atestiguar que no se me pudo hacer cargo de otra cosa que la de ser sacerdote. Estoy seguro que pensáis que el sacerdocio no va de suyo contra la monarquía ni contra el gobierno del país. Si queréis consultar el Antiguo o el Nuevo Testamento, que son la base de la Religión, (veréis) que si no hay sacerdotes no hay religión. Lo dice San Pablo en el capítulo VII, 12 de la carta a los Hebreos. Si el sacerdocio se cambia, se cambia también la Ley, y por ello al quedar el sacerdocio abolido, la Ley y la Religión vienen absolutamente a menos.

Que el Papa tenga poder para deponer a los reyes o para dar licencia de matar no es punto de nuestra fe. Yo protesto en presencia de Dios y de la Corte celestial que soy absolutamente inocente de la conjura de la que tanto se habla y que aborrezco propósitos tan sanguinarios y dañosos, y si bien han pasado nueve semanas desde que fui condenado a muerte no he sido acusado de semejante cosa, así que puedo confortarme con las palabras de San Pedro IV, 15-16: “Que ninguno de vosotros sufra como homicida o ladrón o malhechor, o como avaro de las cosas materiales, pero si alguno sufre por ser cristiano que no se avergüence o lo lamente”. Yo he merecido una muerte peor, porque aunque he sido un leal y fiel súbdito de mi rey, pero he pecado muchas veces contra Dios. Quizás ladrones y bandidos que asaltan por los caminos tienen mayor perfección que yo en su servicio a Dios, toda vez que yo he recibido tan grandes favores de Él. Pero como no ha habido pecador del que él no se haya compadecido si acude a la misericordia de Jesús, así yo espero, por los méritos de su pasión, que él tendrá misericordia de mí que estoy arrepentido de corazón de haberlo ofendido. Sed testigos los que me escucháis de que yo profeso sin dudar y firmemente todos los artículos de la fe católica romana y que por la verdad de cada uno de ellos, con la ayuda de Dios, yo estoy dispuesto a morir, y que prefiero morir antes que poner en duda algún punto de la fe enseñada por nuestra Santa Madre la Iglesia Católica Romana...

En qué condiciones Margarita Plat, uno de los principales testigos contra mí, estaba antes o después que estaba conmigo, díganlo los más próximos parientes de ella.

George Massey, otro testigo, juró en falso cuando juró que yo le di el sacramento y celebré la misa en el lugar y tiempo recordado por él, y yo verdaderamente creo que ni él me habló jamás ni yo le hablé ni nos vimos sino en la semana del juicio. El tercer testigo, Robert Wood, murió repentinamente. Pero ¿por qué debo hablar de muertos? Estos fueron todos los testigos, al menos los que depusieron. Yo de corazón y libremente perdono a todos los que han sido o son en alguna manera causa de mi muerte y de todo corazón les deseo que los que viven se puedan arrepentir cordialmente. Que Dios bendiga al Rey y a la familia real y le dé un próspero reinado aquí y una corona de gloria en la otra vida. Que Dios les dé paz a sus súbditos y que ellos vivan y mueran en la verdadera fe, esperanza y caridad. No queda sino que yo me encomiende a mí mismo a la misericordia de Jesús, por cuyos méritos yo espero alcanzar misericordia. Oh Jesús, sé para mí Jesús».

El mártir terminó su discurso. Subió serenamente la escalera, dejó mansamente que le pusieran la soga al cuello. Se recogió en oración. Quitaron la escalera y colgó por un tiempo en el aire. Luego cortaron la soga, cayó al suelo y los verdugos le abrieron el pecho, le sacaron el corazón y las entrañas y desuartizaron su cuerpo. Pudo más tarde su familia enterrar sus restos. Fue canonizado con otros mártires ingleses el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Westmonasterien. Beatificationis seu Declarationis Martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock... et Sociorum in odium fidei, ut fertur, in Anglia intersectorum* (Roma 1928).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres 1970).

WAUGH, M., *Blessed John Plessington* (Londres 1961).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EPAFRAS

Discípulo de San Pablo († s. I)

Lo conocemos por las cartas a los Colosenses y a Filemón. En esta última el apóstol San Pablo lo llama «compañero de cautiverio por Cristo». Enviado por San Pablo, Epafra llevó el cristianismo a Colosas, ciudad situada al sur de la antigua Frigia, cerca de Laodicea, a unos 180 kilómetros de Éfeso. Luego de haber sido una ciudad populosa y rica en los siglos V-IV a.C., en el tiempo de Epafra era ya solamente una pequeña población. Se cree que Epafra fuera de Éfeso, donde San Pablo lo convirtió al cristianismo, y se cree que evangelizó igualmente en Laodicea y Hierápolis.

Terminada su labor evangelizadora volvió junto a Pablo, a cuyo lado estaba cuando se escribe la carta a los Colosenses. Epafra ha llevado a Pablo noticias acerca de falsos doctores que predicaban doctrinas muy peligrosas, atribuyendo a los ángeles una mediación superior a la de Cristo y exigiendo un ascetismo más inspirado en las religiones místicas que en el cristianismo.

Pablo lo llama «querido compañero y fiel ministro de Cristo en representación de Pablo». Epafra llevó a Pablo la estima de la comunidad de Colosas. Posteriormente sabemos por la carta a Filemón que Epafra sufrió cárcel junto con Pablo.

SANTA MACRINA LA JOVEN

Virgen († 379)

Era la hija mayor de los esposos Basilio y Emelia, los padres de los santos Basilio, Pedro de Sebaste y Gregorio Niseno, una verdadera familia de santos. Nacida hacia el año 330 en Cesarea de Capadocia, a los doce años fue prometida en matrimonio pero el novio murió antes de la boda, y entonces ella hizo voto de permanecer célibe, quedándose en casa para ayudar en la educación de sus hermanos, que eran nueve.

Muerto su padre, San Basilio estableció a su madre y hermana en una finca, donde con otras mujeres llevaron vida comunitaria, dedicadas a la divina contemplación. Muerta su madre en 373, Macrina decidió abrazar la extrema pobreza: se desprendió de todas sus posesiones y vivió en adelante del trabajo de sus manos. En esta pobreza evangélica radical murió. Macrina sucedió a su madre a la cabeza de la citada comunidad monástica que estaba a orillas del río Iris en el Ponto.

Su muerte tuvo lugar el año 379. Su hermano San Gregorio de Nisa habla de ella en su tratado *Sobre el alma y la resurrección*, introduciéndola como interlocutora en el diálogo que es el libro. Se habla en él de varios milagros obrados por Macrina. Se la llama «la Joven» para distinguirla de su abuela paterna.

SAN SÍMACO

Papa († 514)

Símaco era natural de Cerdeña y, luego de convertirse del paganismo, fue agregado al clero de Roma donde había obtenido el orden del diaconado. Cuando murió el papa Anastasio II en noviembre del 498, se pasó a una doble elección de sucesor: la mayoría eligió a Símaco, pero una minoría, bastante filobizantina, eligió al presbítero Lorenzo. Ambos bandos acudieron al rey de los godos, Teodorico el Grande, pese a su condición de arriano, y éste fue el que se declaró por Símaco y logró que se afanzara en la sede de Pedro, intervención ésta de un monarca arriano que no dejó de escandalizar a muchos.

Símaco intentó en un sínodo romano legislar sobre la elección de papa, pero abrió el camino a una designación de sucesor por el propio papa, orillando a la comunidad cristiana, lo que no logró imponerse.

Sus adversarios no se dieron por vencidos y acusaron a Símaco ante Teodorico de grandes crímenes, hasta el punto de convocar el rey un sínodo en 502 que aclarase la situación. El sínodo negó que pudiera alguien someter al papa a juicio, y por ello Símaco quedó ileso frente a todas las acusaciones.

Afanzado en la sede romana, Símaco demostró tener notables cualidades y ser capaz de regir con vigor su Iglesia: expulsó

a los maniqueos, envió socorros a los católicos perseguidos en África, se ocupó de rescatar cautivos de Italia, restauró numerosas iglesias romanas y dio acogida a los peregrinos que visitaban las tumbas apostólicas. Muy celoso de la independencia de la Iglesia frente a los poderes temporales, algunos han interpretado mal su vigor y fortaleza. Murió en Roma el 19 de julio del año 514.

SAN BERNOLDO DE UTRECHT

Obispo († 1054)

Bernoldo o Bernulfo, como también se le llama, era un clérigo cortesano del emperador Conrado II, y fue el propio monarca el que lo designó para obispo de Utrecht en el verano de 1027. Quiere la leyenda que este nombramiento se debiera a que fue Bernoldo quien llevó al emperador la noticia del nacimiento de su hijo.

Conservó una buena amistad con Conrado II y asimismo con su sucesor Enrique III, del que era amigo personal ya antes de su ascensión al trono imperial en 1046, y aprovechó esta amistad con ambos emperadores para dilatar las tierras de su obispado. Enrique había hecho una expedición contra los húngaros en 1042, a la cual lo acompañó Bernoldo. Cuando Enrique III logró vencer la liga que se había formado contra él, convocó una asamblea de obispos y eclesiásticos en Aix-la-Chapelle (1049), presidida por el papa León IX y a la que asistió Bernoldo y en la que obtuvo confirmación de la ampliación de las tierras de su diócesis.

Bernoldo fue un obispo reformador que apoyó el movimiento cluniacense y la autonomía de los monasterios, y era claramente opuesto a la intromisión de los laicos en el gobierno de la Iglesia. No consta sin embargo su asistencia a los varios concilios reformadores que en su tiempo y en el pontificado de León IX se tuvieron en Reims y en Maguncia. Por iniciativa suya se construyeron numerosas iglesias en su diócesis. Llevó personalmente una vida digna y ejemplar. Murió el 19 de julio de 1054.

BEATO PEDRO CRISCI

Penitente († 1323)

Pedro Crisci era un ciudadano de Foligno que, nacido probablemente en 1243, a los treinta años de edad decidió vender todos sus bienes y repartir el importe entre los pobres para vivir en adelante en la mayor pobreza y humildad. Dedicado al servicio de la catedral, vivía en un hueco del campanario, vestido de una basta túnica y practicando la más rigurosa penitencia.

Peregrinó varias veces con espíritu de eximia piedad a Roma y a Asís, y murió con fama de santo el 19 de julio de 1323. La ciudad, que reconoció enseguida sus muchas virtudes, ha celebrado durante siglos su fiesta que aún se observa en la catedral, y aunque no canonizado formalmente, se logró una bula del papa Bonifacio IX el año 1400 en la que concede indulgencias a los que celebran su fiesta visitando la catedral de Foligno. Aunque en esta bula se le llama santo, la voz popular siempre lo ha tenido por beato y como tal figura en el *Martirologio*.

SAN JUAN BAUTISTA ZHOU WURUI

Mártir († 1900)

Juan Bautista Zhou Wurui (Tchou Ou Yoei) era un joven cristiano chino de 17 años a quien los misioneros habían pedido que fuera a observar los movimientos de los boxers en orden a las medidas de protección que frente a su agresión se pudieran tomar.

El joven cumplía su encargo junto con otros compañeros cuando se topó con un grupo de boxers, los cuales vieron que el joven llevaba un escapulario y por ahí dedujeron su identidad cristiana. Entonces lo arrestaron y le exigieron la apostasía, y como el joven se negaba empezaron a maltratarlo a fin de hacerle desistir de la fe. Se mantuvo firme el muchacho y para reducir su resistencia decidieron cortarle las manos y luego los pies. El invicto mártir no apostató. Siguió confesando a Jesucristo hasta que fue finalmente decapitado. Era el 19 de julio de 1900 en el pueblo de Tchou-Kai-Ho (Lujiazhuang). Fue cano-

nizado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000 junto con los demás mártires de China.

*SANTOS ISABEL QIN BLANZHI Y SIMÓN
QIN CHUNFU
Mártires († 1900)*

Isabel Qin o Tsinn era una mujer cristiana viuda y madre de cinco hijos que, tras la muerte de su marido, se había ido a vivir a la casa de sus padres. Su hijo Simón era un adolescente fuerte y bien parecido que tenía 14 años.

Cuando supo Isabel que los boxers iban por los pueblos matando a los cristianos, mandó a sus padres a otro pueblo y ella y sus hijos eligieron el que creyeron buen escondite, del que pasaron a otro y luego a otro. En este cambio de escondites una familia pagana ofreció a Simón la mano de una de sus hijas, pero el joven rehusó por no abandonar a su madre y por no meterse en una familia pagana en la que se ponía en peligro su fe. Por fin Isabel y sus hijos fueron descubiertos por los boxers que pasaron a masacrar a toda la familia. Primero fueron decapitados los hijos y la última la madre. Aunque todos murieron por ser cristianos, solamente Isabel y Simón fueron incluidos en la causa de beatificación y luego canonizados, con los demás mártires de China, el 1 de octubre de 2000 por Juan Pablo II.

*BEATOS AQUILES PUCHALA Y HERMÁN STEPIEN
Presbíteros y mártires († 1943)*

Estos dos sacerdotes pertenecían a la Orden de Franciscanos Conventuales y atendían pastoralmente la parroquia de Pierszaje, Polonia, cuyo párroco se había visto obligado a huir a consecuencia de la guerra mundial. En el mes de julio de 1943 la Gestapo, en venganza por acciones militares de la resistencia, arrestó numerosas personas de la zona. Ambos sacerdotes tuvieron la posibilidad de esconderse pero prefirieron quedarse con los arrestados para prestarles su asistencia pastoral y su ayuda moral, no dejando de ver lo peligrosa que era su actitud.

El día 19 de aquel mes la policía nazi llevó a todas las personas arrestadas al pueblo de Borowikowszczyzna. Aquí los sacerdotes fueron separados de sus fieles y llevados a las afueras del pueblo donde les fusilaron en el henil de los Rudowicz. Luego prendieron fuego al henil. Los habitantes de su pueblo, en cambio, salvaron la vida pero fueron deportados para trabajos forzados en Alemania. Posteriormente las cenizas y los restos de los huesos de ambos sacerdotes fueron enterrados junto a la iglesia parroquial de Pierszaje.

JOSÉ PUCHALA había nacido el 18 de marzo de 1911 en el pueblo de Kosina, junto a Lancut, en la diócesis de Przemyls. Apenas acabada la escuela elemental, sintió la vocación religiosa e ingresó en el seminario menor de los PP. Franciscanos Conventuales de Lvov el año 1924. Tres años más tarde ingresaba formalmente en la Orden Franciscana, tomando al iniciar el noviciado el nombre de Aquiles y emitiendo los primeros votos religiosos el 29 de septiembre de 1928. Hizo seguidamente los estudios filosófico-teológicos, en el curso de los cuales emitió la profesión solemne (22 de mayo de 1932) y al término de los mismos se ordenó de sacerdote el 5 de julio de 1936. Destinado primero al convento de Grodno y luego al de Iwieniec, en la diócesis de Pinks, aquí estaba cuando empezó la guerra mundial. Y, como queda dicho, al quedar sin sacerdote la parroquia de Pierszaje él se ofreció para atenderla pastoralmente. Sacerdote celoso y religioso observante, el Señor premió su generosa entrega a las almas con el don del martirio.

CARLOS STEPIEN nació el 21 de septiembre de 1910 en Lodz, hijo de una familia obrera. Ingresó niño en el seminario menor de los PP. Franciscanos Conventuales, de donde pasó al noviciado de la Orden el año 1929 tomando el nombre religioso de Hermán. Profesó los primeros votos en el noviciado de Lagiewniki el 3 de septiembre de 1930. De allí pasó al seminario mayor de su Orden en Cracovia, donde emitió la profesión solemne el 27 de junio de 1934 y fue enviado seguidamente a Roma para continuar los estudios, que concluyeron en 1938, pero ya antes se ordenó de sacerdote el 25 de julio de 1937. Vuelto a Polonia fue destinado al convento de Radomsko. En 1939 se licenció en teología en la Universidad de Lvov. Pasó

luego al convento de Vilna, y, declarada ya la guerra, al de Iwie-niec. Como queda dicho, al quedar sin sacerdote la parroquia de Pierszaje, se ofreció a atenderla junto con el P. Aquiles, y ello sería la ocasión de su martirio. Era un religioso empeñado en superar sus defectos y hacerse cada día digno de la vocación recibida del Señor. Gozaba de la confianza de sus superiores y supo poner su ministerio sacerdotal por encima de su seguridad personal.

Ambos fueron beatificados con los mártires de Polonia el 13 de junio de 1999 por Juan Pablo II.

20 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. San Apolinar († s. II), obispo y mártir, en Classe, junto a Rávena **.
2. La conmemoración de San Elías Tesbita († s. IX a.C.), profeta del Señor **.
3. La conmemoración de San José Barsabas, llamado el Justo († s. I), que fue uno de los propuestos para sustituir a Judas Iscariote *.
4. En Antioquía de Pisidia, Santa Marina o Margarita (fecha desconocida), virgen y mártir *.
5. En Etiopía, San Frumencio († s. IV), obispo ordenado por San Atanasio y evangelizador de aquel país *.
6. En Cartago, San Aurelio († 430), obispo *.
7. En Boulogne (Francia), San Vulmaro († 689), presbítero y abad *.
8. En Córdoba, San Pablo († 851), diácono y mártir.
9. En Hildesheim (Sajonia), Beato Nernardo, obispo.
10. En Seúl (Corea), santos Magdalena Yi Yong-hui, Teresa Yi Mae-im, Marta Kim Song-im, Lucía Kim, Rosa Kim, Ana Kim Chang-gum y María Won Kwi-im, virgen, y Juan Bautista Yi Kwang-nyol († 1839), mártires *.
11. En Nam Dinh (Tonkín), San José María Díaz Sanjurjo († 1857), obispo, de la Orden de Predicadores, mártir *.
12. En Zhoujiahe (China), santos León Ignacio Mangin y Pablo Denn, presbíteros, de la Compañía de Jesús, y María Zhou Wuzhi († 1900), mártires *.
13. En Lujiazhuang (China), San Pedro Zhou Rixin († 1900), mártir *.

14. En Daliucum (China), Santa María Fu Guilin († 1900), mártir *.
15. En Wuqiao Zhaojia (China), santas María Zhao Guozhi y sus hijas Rosa y María Zhao († 1900), mártires *.
16. En Dechao (China), San Xi Guizi († 1900), catecúmeno y mártir *.
17. En Madrid, beatas Rita de la Dolorosa Pujalte Sánchez y Francisca del Corazón de Jesús Aldea y Araujo († 1936), vírgenes, de la Congregación de Hermanas de la Caridad del Corazón de Jesús y mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN APOLINAR

Obispo y mártir († s. II)

Los antiguos martirologios transmiten la noticia de que San Apolinar fue el primer obispo de Rávena, en el norte de Italia, y que murió mártir, según parece, a fines del siglo II. Pero estas mismas noticias y otras que sobre él se nos transmiten están envueltas en el misterio y rodeadas de multitud de leyendas.

Lo más seguro respecto de este santo, tan celebrado por otra parte en la antigüedad, es lo siguiente:

San Pedro Crisólogo, obispo de Rávena en la segunda mitad del siglo V (432-452), nos dice en el *Sermón* 128 que Apolinar fue el primer obispo de Rávena y el único mártir de la ciudad. Ahora bien, especificando algo más el concepto de martirio de este santo, nos comunica a través de ponderaciones oratorias que, de hecho, no murió por efecto de los tormentos y con la efusión de su sangre, por lo cual no podía ser considerado con rigor como mártir. Sin embargo, añade que los trabajos que tuvo que sufrir en el gobierno de su iglesia y la paciencia que mostró en todos ellos, que a veces llegó a la efusión de sangre, permiten considerarle en nada inferior a los mártires. En efecto, según dice, él estuvo siempre dispuesto al supremo sacrificio y a punto de ser sacrificado cuando se dejó convencer por las oraciones de su grey, y quedó todavía algún tiempo en este mundo, difiriendo el cumplimiento de sus deseos.

Tales son las noticias que, en substancia, nos comunica San Pedro Crisólogo sobre San Apolinar. Por otra parte, según una fórmula de juramento usada en Rávena desde fines del siglo VI, transcrita por San Gregorio, aparece claramente que entonces

se daba comúnmente a San Apolinar el título de mártir. Por lo demás, los martirologios posteriores, a partir de este tiempo, transmiten constantemente la noticia de que San Apolinar de Rávena murió mártir.

Asimismo, se admite generalmente que San Apolinar es el obispo más antiguo y Rávena la primera diócesis de la alta Italia. Así lo atestiguan F. Savio en sus investigaciones sobre los obispos de la Lombardía y Harnack en su célebre estudio sobre la extensión del cristianismo en el siglo III. Ambos suponen que San Apolinar gobernó la diócesis de Rávena en la segunda mitad del siglo II. Por otra parte, tanto de las expresiones de San Pedro Crisólogo y de San Gregorio Magno como de otras de Fortunato en su *Vida de San Martín*, se deduce que el cuerpo de San Apolinar era venerado en Rávena.

Y con esto entramos en terreno plenamente histórico, del que poseemos abundantes noticias. A partir del siglo VI San Apolinar se constituye en un santo sumamente venerado en la Edad Media, a medida que la ciudad de Rávena iba ganando en significación, estableciendo una verdadera competencia con Roma. Consta, en efecto, que ya desde el año 500 San Apolinar goza de gran veneración en toda la llanura del Po, por lo cual su nombre es incluido en el canon del rito ambrosiano. Durante el gobierno del obispo de Rávena, Ursicino (534-538), se construye en honor de San Apolinar una iglesia en Classe, en las afueras de la ciudad. Un rico banquero llamado Julián contribuye a su extraordinaria magnificencia, y su consagración, verificada con gran pompa en 549 por el obispo Maximiano, marca el principio de una nueva era para Rávena; pues, realizada por Justiniano I (527-565) la conquista del sur y centro de Italia y constituida Rávena en capital de este territorio bizantino, se inicia el período de grandeza de esta ciudad. Desde entonces una de sus tendencias es ofuscar en lo posible la grandeza de Roma, a lo cual contribuyen eficazmente los emperadores bizantinos desde el Oriente, con su constante oposición a los romanos pontífices.

Ahora bien, una de las bases sobre la cual se funda la exaltación de Rávena en competencia con Roma es su primer obispo San Apolinar y la gran basílica levantada en su honor en Classe.

Por eso, como Roma posee en la basílica constantiniana el venerado sepulcro de su primer obispo, San Pedro, también se comienza a honrar con gran veneración el sepulcro de San Apolinar, llevado con gran pompa por el obispo Maximiano a la nueva basílica, trasladándolo a ella juntamente con el sarcófago o arca primitiva. Así lo atestigua una inscripción, conservada todavía en nuestros días en la nave lateral. Por ella se puede comprobar este doble hecho: por una parte, la presencia del cuerpo de San Apolinar en la nave lateral de la basílica, y, por otra, la traslación del mismo verificada por el obispo Maximiano.

Sobre esta base, pues, se continuó trabajando por la grandeza de Rávena y de su primer obispo, San Apolinar. Como los emperadores bizantinos dominaban en Roma, erigieron dos capillas en la misma basílica de San Pedro en honor de San Apolinar: la primera, ya a principios del siglo VI; la segunda, entre los años 625 y 638. Se trataba, pues, de introducir en Roma misma el culto de San Apolinar. Entretanto continuaba el esfuerzo que hacía Rávena por enaltecer la veneración del santo. Así, su obispo Mauro (642-671) verificó un nuevo traslado de su sarcófago, colocándolo en el centro de la iglesia y esculpiendo sobre láminas de plata la historia del mártir, y, como complemento de toda esta campaña de exaltación de San Apolinar, surgió en este tiempo la leyenda en torno suyo, la *Pasión de San Apolinar*.

Es interesante, para conocer el espíritu del tiempo, considerar la facilidad con que se introdujeron en el ambiente popular los rasgos del patrono de Rávena, claramente legendarios.

En efecto, según esta *Pasión*, Apolinar era uno de los discípulos de San Pedro y con él vino de Antioquía a Roma en tiempo del emperador Claudio (41-54). Enviado, pues, por el «Príncipe de los Apóstoles» para predicar el Evangelio en Rávena, se dirigió a esta ciudad, donde obró estupendos milagros, con los cuales se convencieron sus habitantes de la misión divina que les traía. De este modo recibieron el bautismo muchos de ellos, en particular un tribuno muy influyente y un patricio llamado Bonifacio. Tan notables y numerosas conversiones exasperaron a los sacerdotes de los ídolos y a muchos fanáticos paganos, los cuales atormentaron inhumanamente al apóstol, por lo cual se vio forzado a ocultarse, después de doce años de fecunda labor en la ciudad.

Pasado algún tiempo emprendió una nueva campaña de apostolado, obrando grandes milagros, por lo cual un delegado del nuevo emperador, Nerón (56-68), empleó contra él toda clase de medios para inducirle a que abandonara el culto de Cristo y ofreciera incienso a Júpiter; de aquí pasó a las amenazas; mas, viendo que ni los halagos ni las amenazas lograban doblegar su férrea constancia, le hizo azotar bárbaramente y aplicar otros tormentos, y, como no consiguiera rendirlo, le cargó de cadenas, y arrojó a un horrible calabozo, de donde partió poco después desterrado a Grecia.

Embarcado juntamente con otros tres clérigos, tuvo que sufrir una horrorosa tempestad; mas, llegado a Corinto, evangelizó la región de Misia, donde curó de la lepra a uno de sus reyezuelos, pero no pudo realizar muchas conversiones; siguió luego por las riberas del Danubio y entró en Tracia, donde obtuvo fruto más abundante; pero, enfurecidos contra él los adoradores de Serapis, le azotaron cruelmente y arrojaron en un bajel fuera de su territorio.

Vuelto a Rávena, después de tres años de ausencia, fue recibido con gran entusiasmo por los cristianos, e inició con gran fervor una nueva etapa de predicación y conversiones, acompañadas de multitud de milagros. Pero, inesperadamente, fue arrebatado por un pelotón de paganos, los cuales le hicieron objeto de las mayores violencias, y, conduciéndole al templo de Apolo, le obligaron a adorarlo. Entonces el santo, lejos de obedecerles, se puso en oración, y rápidamente el ídolo cayó al suelo hecho pedazos, con lo cual, enfurecidos los paganos, le condujeron al juez Taurus, exigiéndole que le condenara a muerte. Éste quiso entonces poner en ridículo ante todo el mundo a aquel hombre, de quien tantas maravillas se contaban y tanto influjo ejercía en las masas. Así, pues, puso delante de él y de gran multitud del pueblo y de la nobleza, reunidos, a un hijo suyo, ciego de nacimiento, y le intimó con toda solemnidad que, si le curaba, todos creerían en él; de lo contrario, recibiría el castigo de sus imposturas.

Puesto, pues, Apolinar ante esta alternativa, hizo primeramente oración, y luego, invocando el nombre de Dios, devolvió la vista al niño. Ante tan estupendo milagro abrazó la fe cristia-

na gran multitud de espectadores y el mismo juez condujo al santo a lugar seguro, donde pudo entregarse durante cuatro años a su obra de apostolado. Pero descubierto por fin por los fanáticos paganos y denunciado a Vespasiano (69-79), fue conducido a la cárcel y entregado a la custodia de un centurión; mas, como éste era cristiano, pudo evadirse; pero, apresado entonces por los paganos, fue azotado y maltratado cruelmente, y, recogido por los cristianos, murió siete días después, el 23 de julio del año 81.

Tal es, en conjunto, la *Pasión de San Apolinar*, que en el siglo VII encuentra ya su expresión definitiva y constituirá en adelante la base de la grandeza y veneración tributada al santo. La grandeza y significación de Rávena frente a Roma van en aumento durante los siglos VI y VII. Al mismo ritmo crece la grandeza y veneración de San Apolinar, el apóstol y fundador de Rávena. La basílica de San Apolinar in Classe se convierte en el centro más concurrido de piedad y veneración. A las riquezas con que la embelleció desde un principio Justiniano I se añaden multitud de preciosos mosaicos y otras obras de arte, que la convierten en uno de los más preciosos monumentos de arte bizantino. En el siglo IX ocurre otra novedad. A la suntuosa iglesia que con el título de Jesucristo Salvador había erigido en Rávena el rey ostrogodo Teodorico el Grande, en torno al año 500, se le dio en este siglo nombre de San Apolinar el Nuevo y se la convierte en basílica más suntuosa y exuberante, y como el prototipo de la abigarrada ornamentación bizantina. Los preciosos mosaicos que cubren casi todas las paredes constituyen los mejores modelos de este estilo.

Ahora bien, ¿qué ha ocurrido con la basílica de San Apolinar in Classe? La explicación es muy sencilla. Era el tiempo de las terribles incursiones de los sarracenos, y como Classe era el puerto de Rávena, su basílica estaba expuesta a la profanación y a la ruina. Por esto se fingió un traslado de la basílica de San Apolinar in Classe al interior de la población y se convirtió a la basílica de San Apolinar el Nuevo en el nuevo santuario de San Apolinar. De hecho, así quedaron las cosas desde entonces. Mas cuando, pasado el peligro, se quiso restaurar el culto y la significación de la primera basílica, se inició una verdadera rivalidad entre las dos basílicas de San Apolinar.

Para confirmar definitivamente sus derechos de preferencia, la basílica de San Apolinar in Classe hizo realizar un reconocimiento solemne de las reliquias del santo en 1173 durante el pontificado de Alejandro III (1159-1181). De nuevo, en 1511, en tiempo de Julio II (1503-1513) se efectuó otro reconocimiento oficial al mismo tiempo que se renovaba el sepulcro del altar mayor.

Mas como los monjes de San Apolinar in Classe el siglo XVI se trasladaran al monasterio de San Romualdo, de Rávena, lleváronse secretamente consigo las reliquias de San Apolinar. Entonces, pues, presentó una reclamación la catedral de Rávena, alegando que ella tenía más derecho a aquellas reliquias que los monjes de San Romualdo. Con esta ocasión la Sagrada Congregación de Ritos dispuso en el año 1654 que se restituyeran aquellas reliquias a la antigua basílica de San Apolinar in Classe.

Por otra parte, aun fuera de Rávena y las llanuras del Po es admirable la expansión que alcanzó durante la Edad Media el culto de San Apolinar. Así aparece en un estudio reciente, no sólo en lo que se refiere a Italia, sino también a otros territorios. Así, para no citar más que unos pocos ejemplos: la importante sede metropolitana de Reims; el Apolinarisberg, en Alemania, entre Coblenza y Bonn, cerca de Remagen; la abadía de Burt-scheind, dedicada al santo, cerca de Aquisgrán; la iglesia monástica de Michel-bach-le-Haut, en el alto Rhin.

Indudablemente, su culto alcanzó un gran esplendor entre los siglos VI y IX, y es una de sus manifestaciones la rivalidad entre Rávena y Roma. Pero, después de alcanzar su punto culminante, experimentó también su crepúsculo, si bien conservó siempre una relativa significación.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

AGNELUS DE RAVENNA, *Liber Pontificalis, sive, vitae Pontificum Ravennatum*, en *Monumenta Germaniae Historica. 1: Scriptores. 3: Scriptores rerum Longobardicarum et Italicarum* (Hanover 1878) 280, 322, 329. Nueva ed.: *Liber pontificalis ecclesiae Ravennatis*, 2 vols. (Friburgo 1996).

«Apollinaire», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique. III: Anforaria-Arjons* (París 1924).

FARABULINI, D., *Storia della vita e del culto di S. Apollinare primo vescovo di Ravenna e apostolo dell'Emilia pubblicata per la solennità del suo XVIII centenario e dedicata alla Santità*

di N.S. Pio Papa IX, 2 vols. (Roma 1874). PEDRO CRISÓLOGO (SAN), *Sermones* 128: PL 52,552s.

GREGORIO MAGNO (SAN), *Epist. ad Castor.*: PL 77,845.

LUCCHESI, G., *Note agiografiche sui primi vescovi di Ravenna* (Faenza 1941) 34s.

«Ravenne», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*. XIV/2: Portier-Rome (Paris).

WILL, E., *S. Apollinaire de Ravenne* (Paris 1936).

ZATTONI, G., *La data della «Passio S. Apollinaris» di Ravenna* (Turín 1904).

— «El valor histórico de la «Passio S. Apollinaris»»: *Rivista Storico-Critica delle Scienze Teologiche* (1905-1906).

SAN ELÍAS TESBITA

Profeta (s. IX a.C.)

Nació el profeta en la Transjordania, hacia el año 900 a.C. Es decir, ya consumada la división del pueblo escogido en dos reinos: al norte, el reino de Israel, con capital en Samaria; al sur, el reino de Judá, con capital en Jerusalén. Mientras el profeta crece ignorado, la situación política y religiosa del reino del Norte se va perfilando. El heredero del trono, Ajab, se ha casado con la hija del rey fenicio Itobaal. El matrimonio ha conseguido paz y buenas relaciones comerciales con los navegantes fenicios; pero ha traído una reina extranjera, devota servidora de los dioses fenicios, Jezabel.

Mujer dominadora y sin escrúpulos, sabe empujar al marido o actuar por cuenta propia. Cuando el rey fracasa en su intento de comprar la viña de Nabot, Jezabel levanta una calumnia contra Nabot, le hace asesinar con apariencia legal y entrega triunfante la viña a su marido. Y lo mismo que elimina a un rico provinciano persigue a muerte a los profetas de Yahvé. Sólo se salva un centenar, porque el mayordomo del rey, Abdías, los esconde en cavernas y los alimenta durante la época de máximo peligro. Entre los profetas de Yahvé uno lleva un nombre significativo: «Eliyahu», o sea: «Yahvé es mi Dios». Elías se salva en un retiro de su región natal y en una ciudad fenicia llamada Sarepta.

Hasta que le llegó el momento de actuar. Elías había predicho unos años de sequía como castigo por las idolatrías; el hambre arreciaba en Samaria cuando reapareció Elías, profeta del castigo y mediador de la conversión.

El rey se encontró con Elías y le dijo: «¿Eres tú, ruina de Israel?». «No arruino yo a Israel, sino tú y tu familia, porque habéis abandonado la ley de Yahvé y servís a los baales. Pero ahora congregárame todo Israel en el monte Carmelo, y también a los 450 profetas de Baal que comen a la mesa de Jezabel».

Convocó Ajab a los hijos de Israel y congregó a los profetas en el monte Carmelo. Acercóse Elías al pueblo y le dijo: «¿Hasta cuándo estaréis cojeando a dos muletas? Si Yahvé es el Dios, seguidle; si es Baal, seguidle a él». El pueblo no respondió palabra. Dijo Elías: «Soy el único profeta de Yahvé que queda, mientras los profetas de Baal son 450. Que nos traigan dos novillos: que escojan ellos uno, lo despedacen, lo coloquen sobre la leña sin aplicar fuego; yo prepararé el otro sobre la leña sin aplicar fuego. Invocad después el nombre de vuestro dios, yo invocaré el nombre de Yahvé. Y el dios que conteste con fuego, ése es Dios». El pueblo respondió: «Está bien».

Tomaron los profetas el novillo, lo prepararon e invocaron el nombre de Baal, de la mañana al mediodía, diciendo: «¡Oh Baal, respóndenos!»; y no había voz ni había respuesta; y danzaban en torno al altar que habían hecho. Al mediodía se burlaba de ellos Elías diciendo: «Gritad con voz fuerte; dios es, pero está ocupado o atareado, o está de viaje, o duerme y se despertará». Y gritaban en voz alta, y se sajaban con espadas y lanzas, según su costumbre, hasta derramar sangre. Pasado el mediodía vaticinaban; pero no había voz, ni había respuesta, ni había atención.

Entonces Elías dijo al pueblo: «Acercaos». Y se acercaron. Restauró el altar de Yahvé e hizo una zanja de dos sats de capacidad en torno al altar. Amontonó la leña, despedazó el novillo, le colocó sobre la leña. Y dijo: «Llenad cuatro cántaros de agua y derramadla sobre la víctima y la leña». «Otra vez», y lo repitieron. «Otra vez», y lo hicieron tercera vez. El agua corría en torno al altar y llenaba la zanja. A la hora de la ofrenda vespertina Elías oró: «Yahvé, Dios de Abraham, Isaac e Israel; sépase hoy que tú eres el Dios de Israel, y yo tu siervo, que por tu orden he hecho esto. Respóndeme, Yahvé; respóndeme; sepa este pueblo que tú eres Yahvé, el Dios, que conviertes los corazones a ti». Y cayó el fuego de Yahvé, devoró la víctima y la

leña, las piedras y el polvo, y lamió las aguas de la zanja. Violo el pueblo, y cayó rostro a tierra diciendo: «Yahvé es Dios, Yahvé es Dios». Y dijo Elías: «Prended a los profetas de Baal, que no se salve ni uno»; y los prendieron. Elías los bajó al torrente Cisón y los mató allí.

El reino de Israel vive a caballo a ambos lados del Carmelo: al norte limita con Fenicia; al sur, con Judá. El pueblo claudicaba entre el dios de Fenicia y el Dios de Judá. El monte Carmelo ha sido arista de decisiones, plataforma del profeta Elías y escenario de la gloria de Yahvé. El pueblo se ha convertido, ya puede venir la lluvia. Y el Carmelo, monte que se adentra en el mar, atalaya las nubes en el horizonte.

Elías se encorvó a tierra, la cabeza entre las rodillas, y dijo a su criado: «Sube, observa en dirección al mar». Subió, observó y dijo: «No hay nada». «Vuelve siete veces». A la séptima retornó diciendo: «Una nube pequeña como la palma de la mano se levanta del mar». Díjole Elías: «Avisa a Ajab y dile: “Unce y baja, no te impida la lluvia”». Y en esto se obscureció el cielo de nubes y viento, y cayó un aguacero.

Ante la victoria espectacular sobre el Carmelo y la matanza de los profetas de Baal, la reina no se rinde, sino declara guerra formal al profeta. Jezabel envió un mensajero a Elías: «Que los dioses me castiguen una y otra vez si mañana a estas horas no hago de tu vida lo que hiciste a uno de ellos». Temió él por su vida, se levantó, marchó, llegó a Beerseba y dejó a su criado allí.

El profeta, después de la gran victoria se siente derrotado, sin fuerzas para seguir luchando. Una fuerza ajena le impulsa hacia el desierto: lugar sacro de la revelación de Dios, de la alianza, noviciado del pueblo escogido. Elías apenas lo entiende, abatido de angustia mortal. «Caminó un día por el desierto, y se sentó bajo una retama, y deseó morir: “Basta, Yahvé; toma mi alma, que no soy mejor que mis padres”. Se acostó y se durmió; mas he aquí que un ángel le tocó y le dijo: “Álzate, come”. Miró bajo su cabecera y vio una torta y una vasija de agua. Comió, bebió y volvió a dormir. Tornó el ángel de Yahvé y le dijo: “Álzate, come, que es más fuerte que tú el camino”. Se alzó, comió y bebió, y con la fuerza de tal comida caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte de Dios, Oreb».

Allí entró en una cueva, donde pasó la noche. Y he aquí la voz de Yahvé que le decía: «Sal y ponte en la montaña ante Yahvé» —he aquí que Yahvé pasaba—. Vino un viento potente, impetuoso, que rompía montes y quebraba peñascos, y no estaba Yahvé en el viento. Tras el viento un terremoto, y no estaba Yahvé en el terremoto. Tras el terremoto un fuego, y no estaba Yahvé en el fuego. Tras el fuego, la voz callada de la brisa. Al oírla Elías se cubrió el rostro con el manto, salió y se puso a la entrada de la gruta. La voz le dijo: «¿Qué haces aquí, Elías?». «Sentí celo ardiente por Yahvé Sabaot, porque los hijos de Israel te han abandonado, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas; he quedado yo solo, y buscan mi vida para quitármela». Díjole Yahvé: «Vete, torna por tu camino; ungirás a Hazael por rey de Siria, a Yehu por rey de Israel, a Eliseo como profeta y sucesor tuyo. El que escape de la espada de Hazael lo matará Yehu; el que escape de la mano de Yehu lo matará Eliseo; y perdonaré en Israel a siete mil: las rodillas que no se doblaron ante Baal, las bocas que no le adoraron».

La tarea que resta a Elías es traspasar poderes a su sucesor y desaparecer. Está maduro para el rapto final.

Se ha corrido una voz entre los gremios de profetas, se susurra a media voz. Se lo dicen al discípulo predilecto y sucesor. «Eliseo, ¿sabes que hoy se llevará Yahvé a tu señor?». «Silencio, que ya lo sé». Elías intenta despachar a su discípulo, y éste no lo consiente: «Por Yahvé y por tu vida, que no te abandonaré».

Un grupo de cincuenta profetas los vieron acercarse al Jordán, golpear las aguas con el manto enrollado y pasar a pie enjuto. Quedaron solos, al otro lado, prontos para las últimas confidencias. «Eliseo, ¿qué quieres que haga por ti, antes de ser arrebatado?». «Dame los dos tercios de tu espíritu (hazme tu heredero)». «Difícil petición; si me vieres en el rapto, lo obtendrás; si no me vieres, no se hará».

Mientras iban caminando y hablando, un carro de fuego con caballos de fuego los separó, y Elías subió en un torbellino al cielo.

Al llegar el Mesías el espíritu de Elías baja para precederle: no dos tercios, sino el espíritu entero pasa a Juan el Bautista. Y Juan precede al Mesías con el espíritu y el poder de Elías. Los

judíos preguntan a Juan: «¿Eres tú el Cristo?»; él responde: «No lo soy». «¿Eres tú Elías?»; responde: «No lo soy». «¿Pues quién eres?». «Soy el que prepara los caminos del Señor». No es Elías en carne, sino en espíritu. También fue arrebatado Juan, víctima del rey perverso.

Un día escogió Jesús a tres apóstoles para manifestarles su gloria. «Se transfiguró ante ellos: su rostro brilló como el sol, sus vestidos eran blancos como la luz. Y aparecieron Moisés y Elías, que hablaban con él».

Los dos grandes profetas peregrinos del Sinaí se han dado cita en el Tabor para saludar al Mesías ya llegado. Y así han quedado los dos, en el ábside de la basílica del Tabor; inmóviles en piedra de mosaico sobre el tabernáculo, siempre presentes en espíritu ante su Señor.

LUIS ALONSO SCHÖKEL, SI

Bibliografía

Élie le prophète. I: *Selon les écritures et les traditions chrétiennes*. II: *Au Carmel dans le judaïsme et l'islam* (París 1956).

• Actualización:

ÁLVAREZ BARREDO, M., *Las narraciones sobre Elías y Eliseo en los libros de los Reyes. Formación y teología* (Murcia 1996).

CARMÉLITES DU MONASTÈRE SAINT ÉLIE SAINT-RÉMY-LES-MONTBARD, *Le saint prophète Élie d'après les Pères de l'Église* (Abbaye de Bellefontaine 1992).

KETTERER, E. - POIROT, E., «Les figures d'Élie le prophète»: *Suppléments aux Cahiers Évangile* (1997), número monográfico.

LÓPEZ-MILLÚS, R. M.^a, *El profeta San Elías. Padre espiritual del carmelo* (Onda, Castellón 1995).

MARTINI, C. M.^a, *El Dios viviente. Reflexiones sobre el profeta Elías* (Valencia 1995).

BEATAS RITA DE LA DOLOROSA PUJALTE SÁNCHEZ Y FRANCISCA DEL CORAZÓN DE JESÚS ALDEA Y ARAUJO

Virgenes y mártires († 1936)

La guerra civil de España, que estalló el 18 de julio de 1936 tras el fracaso de la II República, constituye el marco del martirio de las religiosas Rita Pujalte y Francisca Aldea. Ellas fueron las dos primeras mujeres consagradas a Dios que sufrieron el

martirio en el alba misma de dicha contienda, cuando apenas registraba Madrid los primeros chispazos del incendio.

La II República se proclamó el 14 de abril de 1931, día en que Alfonso XIII se embarcó en un buque de la armada, rumbo a Marsella. España pareció aquel día repleta de esperanzada felicidad. Eran los más quienes creían que los grandes problemas que arrastraba la nación encontrarían remedio adecuado en aquella solución. En la historia de España comenzaba una nueva página.

Los obispos mantuvieron una prudente actitud de espera y se abstuvieron de manifestaciones o juicios hostiles, limitándose a recomendar sensatez a los sacerdotes, prohibiéndoles intervenir en política, pero sin ocultar su nerviosismo por el paso de la Monarquía a la República. La Santa Sede, por su parte, recomendó respeto y obediencia a los poderes constituidos para el mantenimiento del orden y el bien común.

Pero apenas iniciada la nueva etapa política se sintieron como en casa propia demagogos y ateos extremistas. El 11 de mayo de 1931 acaeció la primera quema de conventos —incendios esporádicos no faltaron en el quinquenio republicano—, en el que casi un centenar, entre templos y conventos, fueron pasto de las llamas en tres días de barbarie popular. La ola destructora se extendió a varias regiones: Madrid, Valencia y provincia, Murcia, Alicante, Málaga, Sevilla, Cádiz, Jerez, Algeciras y Sanlúcar de Barrameda, sin que las autoridades republicanas hicieran nada para impedirlo. Mientras tanto, el Gobierno y las Cortes provisionales tomaron medidas sectarias, como la proclamación de la enseñanza laica y el destierro de varios obispos.

La votación de la Constitución republicana tuvo lugar el 9 de diciembre de 1931. Los textos constitucionales alusivos a la Iglesia mostraron evidente parcialismo enemistoso para con ella. Ya los primeros decretos del Gobierno provisional adolecieron de idéntico sectarismo, línea que se mantuvo en la legislación posterior al 9 de diciembre de 1931, al aplicar por decretos menores las normas genéricas del articulado constitucional. Aquí encontraron un quehacer sabroso muchos políticos de diversa graduación, coincidentes en su anticlericalismo. Fue éste un camino políticamente descabellado que, tras haber desposeí-

do a la República de toda seriedad democrática, fue concitando contra la situación los ánimos de la gente de orden.

El primer semestre de 1932 fue, en este aspecto, el más activo del quinquenio. El 24 de enero de 1932 fue disuelta la Compañía de Jesús. El 2 de febrero se dio la ley del divorcio. El 6 apareció el decreto de secularización de los cementerios. Por estas fechas, los maestros nacionales recibieron orden de retirar el crucifijo de las aulas. Pero la ley que más polvareda levantó fue la «Ley de Confesiones y Asociaciones Religiosas» (2 de junio de 1933), en que quedaba limitado el ejercicio del culto católico y sometido, en muchas ocasiones, al consentimiento de la autoridad civil. Se llevaban hasta extremas consecuencias las normas secularizadoras sobre bienes eclesiásticos, previsto ya por la Constitución (artículo 26). Se sancionaba la potestad del Estado de anular los nombramientos eclesiásticos. Y las órdenes religiosas habían de ser sometidas a un régimen de inspección en su gobierno interior, sus actividades y su administración, pues se las consideraba como un peligro para la seguridad del Estado.

Al rebasar con mucho los propios límites de un régimen de separación, la ley de Confesiones y Asociaciones levantó viva protesta en la España católica. El episcopado publicó una carta colectiva (25 de mayo), Pío XI dio a conocer la encíclica *Dilectissima nobis* (3 de junio) y el arzobispo primado, Gomá, publicó su pastoral *Horas graves* (12 de junio). Las ideas de los tres documentos son sustancialmente idénticas: ponen de relieve la gravedad del momento que vivía España, denuncian la política sectaria de la República y condenan las medidas discriminatorias, injustas y violentas contra la Iglesia. Todo ello, explica la formación de varias agrupaciones locales que llegaron a cuajar en un partido político de derechas —Acción Popular— que respondía a las exigencias de los católicos de aquellos tiempos.

Pocas novedades se registraron en el orden legislativo a partir de junio del 33. Por una parte, parecían explotadas las posibilidades sectarias de la Constitución y, por otra, el triunfo electoral centro-derechista en las elecciones de noviembre supuso un freno, ya que no una marcha atrás, en tales medidas extremas.

En efecto, hubo elecciones para Cortes constituyentes en junio de 1931 y elecciones generales el 19 de noviembre de

1933 en las cuales ganaron los conservadores. El 16 de febrero de 1936 hubo nuevas elecciones generales, que fueron difíciles y duras. Por una parte, los partidos de derecha estaban minados por mutuos recelos. En cambio, entre los de izquierda reinaba gran optimismo, pues consiguieron llegar a la deseada coalición del Frente Popular. Con todo, los resultados electorales mostraron una cierta paridad de tendencias políticas: el Frente Popular obtuvo el 34,3 por 100 de los votos, las derechas el 32 por 100, mientras que el centro no consiguió más que un 5,4 por 100.

Pronto se produjo el hundimiento total de la convivencia pacífica entre los españoles. Aquella República, que se instauró sin disparar un solo tiro, que llegó en medio de un clima general de esperanza, que ilusionó a tantos españoles y a la que se le abrió, nada más llegar, un crédito ilimitado en orden a reconstruir España, fracasaba ahora, carcomida por la intolerancia de los unos y de los otros.

Elaboró una Constitución de carácter avanzado y laico, que causó, como vimos, inquietud en la derecha, sin satisfacer a la izquierda. Gobernando los socialistas con Azaña, se produjo un movimiento militar de carácter monárquico, dirigido por Sanjurjo (10 de agosto de 1932). Más tarde se desarrollaron sangrientos sucesos de carácter social en Castilblanco y Casas Viejas. Al triunfar los conservadores en las elecciones del 19 de noviembre de 1933, ocupó el poder Lerroux, el cual gobernó con la ayuda del partido derechista de Gil Robles y ello provocó la revolución del 6 de octubre de 1934 en Asturias y en Cataluña.

Lo de Asturias fue muy grave. Prescindiendo de otras consideraciones y limitándonos a nuestro tema, hay que decir sin tapujos que fue un auténtico ataque organizado contra la Iglesia. Fueron destruidos 58 templos y 34 eclesiásticos sufrieron el martirio. Cataluña no derramó tanta sangre eclesiástica como su adelantada Asturias. El estallido se sofocó con rapidez y estaba presidido por preocupaciones autonomistas. Con todo, hubo dos religiosos heridos y el martirio del párroco de Navás (Lérida).

Como la colaboración entre Lerroux y Gil Robles en el gobierno se acentuaba, al mismo tiempo que la unión de los partidos de izquierdas para derribarlos, logróse disolver las Cortes y convocar elecciones generales. Celebradas a 16 de febrero de

1936 —hay que repetirlo—, dieron el triunfo al Frente Popular. Destituido Alcalá Zamora, Azaña ocupó la presidencia de la República, al mismo tiempo que se producían continuas revueltas de carácter social, huelgas, atentados, incendios de iglesias y conventos. Diecisiete sacerdotes eran asesinados en diversos lugares y circunstancias. La situación llegó a ser insostenible, cuando el 13 de julio asesinaron a Calvo Sotelo, jefe de la oposición. Cinco días después se inició el Alzamiento Nacional.

El 17 de julio por la tarde se levantó la guarnición de Melilla. Inmediatamente le siguieron las otras guarniciones africanas. Los días 18 y 19 de julio lo hicieron las demás de la península. El golpe no fue unánime ni tuvo éxito en todas partes, pero desde el primer momento se le unieron varios elementos de la población civil: requetés y carlistas en Navarra, falangistas en Castilla la Vieja, voluntarios pertenecientes a grupos políticos de la derecha, como las juventudes de Acción Popular, Renovación Española, grupos políticos de derechas que pertenecían a las clases media y alta, pero también elementos del campesinado y artesanado, ante todo de la Meseta Superior, Alto Ebro y Norte. En su conjunto, la gran masa católica de la nación.

Después de unos días de confusión, se constató que el Alzamiento no triunfó en toda España, pero que el Gobierno tampoco dominaba la situación. Formaban la España nacional las regiones donde predominaban la pequeña y media propiedad agraria y la industria artesana. Formaron el bando republicano las zonas de industria media y pesada o de propiedades latifundistas. Estas condiciones favorecían al bando republicano, que controlaba las ciudades importantes, la casi totalidad de la industria de interés estratégico, la minería y los recursos del Estado, desde el Banco de España hasta los elementos mecanizados y la mayor parte de la escuadra y la aviación. La confusión de los primeros meses estuvo marcada por una serie de abusos que revelan el desmadre que reinó. Una de las primeras tragedias vividas fue la persecución religiosa.

Esta persecución afectó a la zona de dominio republicano y estaba planificada, alentada, y fue consumada por españoles, bajo la tolerancia, la impotencia y, frecuentemente, la consigna explícita de autoridades que detentaban el poder en un país de

tradición católica, hecho que evidencia una apostasía previa en amplios sectores del pueblo español.

Sus antecedentes se encuentran en la ideología determinante de la República, pero son fruto de una constante antirreligiosa y anticlerical, incubada en la España de las Cortes de Cádiz (1812). El liberalismo decimonónico originó en la política española una crisis en las relaciones Iglesia-Estado. El problema religioso había sufrido, así, más de un siglo de politización, fenómeno en el que la masonería puso siempre especial empeño. Todas las revueltas políticas del siglo XIX repercutieron, cruenta o incruentamente, en las relaciones Iglesia-Estado y, a su vez, las reacciones políticas tuvieron siempre una perspectiva, más o menos acentuada, de carácter religioso o antirreligioso. Como ensayos socio-religiosos de la proscripción política de la Iglesia, cabe citar: el pronunciamiento de Riego (1820), el «pecado de sangre» (1834), la matanza de frailes, la desamortización y exclaustración (1836), el gobierno de Espartero (1840-1843 y 1854-1856), la Primera República (1868-1870), la sesión de las Cortes llamada de «las blasfemias» (26 de abril de 1869). Y ya en el siglo XX, la semana trágica de Barcelona (1909) y «la ley del candado» (1910). En esta línea política de dirigismo anticlerical y de irreligiosidad, asumida por varios movimientos políticos y explotada por ciertas propagandas redencionistas de las lacras sociales del pueblo, es preciso situar la intención y el proyecto abiertamente persecutorio del régimen instaurado el 14 de abril de 1931.

Laicismo como ideología política y quema de conventos e iglesias como consigna iconoclasta, hicieron acto de presencia desde los mismos orígenes de la II República. La Constitución de la misma y toda la legislación subsiguiente mantuvo la tónica de hostilidad contra la Iglesia y los valores cristianos de la sociedad. Hicimos breve mención de todo ello páginas atrás. Así, el Frente Popular se encontró con unas masas impregnadas por el odio anticlerical y decididas a consumir su obra, ocasionando —al decir de V. Cárcel Ortí— «la más cruel persecución sufrida por la Iglesia española desde los tiempos del Imperio romano».

«Nadie que tenga a la vez buena fe y buena información —escribe Madariaga— puede negar los horrores de esta persecución. Que el número de sacerdotes asesinados haya sido de 16.000 o

1.600, el tiempo lo dirá. Pero que, durante meses y aun años, bastase el mero hecho de ser sacerdote o religioso para merecer la pena de muerte, ya de los tribunales más o menos irregulares que, como hongos, salían del suelo popular, ya de revolucionarios que se erigían a sí mismos en verdugos espontáneos, ya de otras formas de venganza o ejecución popular, es un hecho confirmado. Como lo es también el que no hubiera culto católico de un modo general hasta terminada la guerra y que, aun en casos excepcionales, sólo hubiese alguno que otro. Como lo es, asimismo, que las iglesias sirvieran de almacenes, mercados, salones de espectáculos y de bailes y hasta en algunos casos de vías públicas, incluso para vehículos de tracción animal».

Esta persecución religiosa fue de tan rápida acción y tan exterminador su empuje que, pasado medio mes desde el Alzamiento, podía escribir Andrés Rieu, jefe del Partido Obrero Unificado, en *La Vanguardia* de Barcelona: «La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia, sencillamente no dejando una en pie».

«Esta destrucción material de templos y de objetos de culto —dice Montero— descubre el costado más espiritual de la persecución, por dos motivos: porque las cosas y objetos son siempre más inocentes que las personas y porque, cuando esos objetos son de algún modo sagrados, su aniquilamiento descubre una saña contra el mundo religioso mucho más significativa que si los aniquilados fueran de carne y hueso».

Quien destroza una imagen, quema un retablo, profana cálices o pisotea corporales, difícilmente puede excusarse en reivindicar motivos clasistas e imperativos de guerra. No cabe duda que eso que venimos llamando persecución religiosa se nos muestra más plásticamente en millares de templos destruidos, saqueados y desvalijados, Cristos e imágenes de la Virgen y de los Santos mutilados y parodias sacrílegas que en las ráfagas del paredón nocturno, donde podían mezclarse con los justos algunos o muchos pecadores.

«Aquella barbarie marxista fue, a su vez, típicamente ibérica —continúa Montero—, pues no conocemos en los atropellos posteriores del comunismo un ensañamiento con los objetos sagrados de tan rabioso encono ni de dimensiones tan abrumadoras».

Los testimonios están a flor de tierra para espectáculo de propios y extraños.

«Cuando se habla de templos destruidos —añade Montero— es ocioso indagar la veracidad de quien lo cuenta; basta visitar los escombros. Por desgracia, este contacto directo con las destrucciones no exige a ningún español desplazamiento alguno, puesto que a dos pasos de cada vivienda está la huella o el recuerdo viviente de la inmensa devastación sacrílega. De las ciudades y pueblos que estuvieron durante el trienio bélico dentro del mapa de la persecución religiosa, raro es el que no cuenta con algún mal de esta índole».

Imposible intentar tan siquiera un esbozo de alcance genérico sobre las cantidades de iglesias, ermitas, altares, vasos sagrados, ornamentos litúrgicos, imágenes, casas religiosas y cosas pertenecientes a la Iglesia que se vieron afectados por el huracán sacrílego. Desde luego, la persecución de las cosas fue más abundante que la de las personas. Para dar una idea, diremos que en la pastoral colectiva del episcopado español (1 de julio de 1937), decían los obispos: «Aunque son prematuras las cifras, de balance del conjunto, contamos con unos 20.000 templos destruidos o totalmente saqueados».

Y junto a la supresión del culto y la destrucción de templos y demás objetos sagrados, la matanza general de sacerdotes, religiosos y religiosas que alcanzó cifras impresionantes. Los datos que dan los historiadores son los siguientes: 12 obispos, 4.184 sacerdotes del clero secular y seminaristas, 2.365 religiosos y 283 religiosas. Total, 6.844 víctimas. Estas cifras se hallan necesitadas de precisiones. En primer lugar, que éstas son las personas cuyos nombres y apellidos constan de manera fehaciente. Añádase también que aquí sólo nos referimos a muertes violentas, sin tener en cuenta las torturas y las violencias que igualmente se infligieron. Y resulta del mismo modo importante destacar que sólo se contabilizan víctimas de sacerdotes o personas en estado de religión, y no los millares de laicos que murieron únicamente por el hecho de su afección incondicional a la Iglesia.

El que existiera represión violenta en las dos zonas en las que España quedó dividida, no quita nada a la consideración de que la persecución por motivos religiosos únicamente se dio en la zona republicana y que dicha persecución revistió caracteres de crueldad inaudita. Lo triste de algunas afirmaciones de la debatida pastoral colectiva del episcopado español (1 de julio de

1937), es que responden a la verdad más estricta. No exageraron los obispos al afirmar:

«Se les cazó como a perros y se les persiguió a través de los montes; fueron buscados con afán en los escondrijos. Se les mató sin juicio, las más de las veces sobre la marcha, y sin más razón que su oficio social de sacerdotes. Las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda. A muchos les amputaron los miembros o les mutilaron espantosamente antes de matarlos; les vaciaron los ojos, les cortaron la lengua, les abrieron en canal, les quemaron o enterraron vivos, les mataron a hachazos. La crueldad máxima se ha ejercitado con los ministros del Señor. No se ha respetado el pudor de la mujer, ni aun a la consagrada a Dios por los votos religiosos».

Se quiere explicar la posibilidad de tamaños desmanes a causa de la actitud conservadora de la Iglesia y por su alianza con los poderosos. Hecho que, hoy día, desde un punto de rigor histórico, no resiste la más simple crítica y es más bien una excusa de carácter tópico, teniendo en cuenta, sobre todo, que centenares de los sacerdotes muertos no tenían el menor contacto ni el menor contubernio con esos círculos. Y lo mismo puede decirse de la mayoría de los seglares que fueron asesinados porque practicaban la religión católica. Murieron por ser sacerdotes; por motivos, primero, religiosos; luego, políticos; en ciertos casos, por motivos sociales. Murieron, eso sí, a manos de otros católicos, porque sus asesinos estaban, en su inmensa mayoría, bautizados. La causa de su muerte es, pues, el odio de una España por la otra; de una España por la Iglesia. La inmensa mayoría de los sacerdotes asesinados eran de condición tan humilde, tan pobres y tan pueblo, como sus mismos asesinos. Y es de advertir que, en líneas generales, aquellos sacerdotes y religiosos murieron con una serenidad, una paz y un ánimo que todavía resulta hoy día asombroso. Ésta es la realidad que consta a través de la documentación que actualmente poseemos. El Gobierno de Madrid, por su parte, volvió a caer en el mismo error en que cayó en mayo de 1931, al aceptar, en ocasiones, hasta públicamente, que la persecución religiosa era un desquite necesario que el pueblo tenía derecho a tomarse.

De las 6.844 víctimas, fueron cayendo: 17 del 1 de enero al 18 de julio de 1936 en diversos lugares y circunstancias. 861 du-

rante los últimos días de julio; solamente el 25 de julio, festividad del patrono de España, fueron torturados y asesinados 95 sacerdotes y religiosos. A principios de agosto, los obispos Olaechea (de Pamplona) y Múgica (de Vitoria) publicaron un documento conjunto denunciando la muerte de más de 1.100 clérigos. Durante el mes de agosto, fueron asesinados otros 2.077, casi 70 al día. A mediados de septiembre de 1936, las víctimas se aproximaban a 3.400. Fue por entonces cuando Pío XI, en la audiencia concedida a un grupo de peregrinos españoles, cantó las glorias de los mártires españoles. Cuando no había transcurrido un año de la contienda, los asesinatos de clérigos eran ya de 6.500. «La Iglesia de España —dice V. Cárcel Ortí— no había conocido cosa semejante desde los tiempos primitivos». La cifra de muertos era impresionante. Fue entonces cuando los obispos se decidieron a publicar la pastoral colectiva del 1.º de julio de 1937, varias veces mencionada en estas páginas, que tanta polvareda levantó. La discusión que sobre ella ha seguido hasta nuestros mismos días revela la importancia que tuvo y el interés objetivo que encierra.

Pero aquella situación, fruto de la coacción imperante, no debe hacernos pensar que se había extinguido el espíritu religioso con la persecución, si por espíritu religioso entendemos el fervor cristiano y el desarrollo pujante de las virtudes evangélicas. Se rezaba en la clandestinidad y el fervor de las prácticas piadosas hechas por las familias y los individuos alcanzó cotas jamás logradas, así como también el espíritu de caridad y de sacrificio, pues en la zona nacional, lo mismo que en toda la zona republicana, a pesar de haber desaparecido en ella toda manifestación externa de la vida religiosa, la fe seguía en pie y a más presión inclusive. Como asegura Montero:

«En la España republicana la vida religiosa en aquellas circunstancias empezó a discurrir por cauces clandestinos como ocurre con un río tragado por la arena que reaparece más caudaloso kilómetros después. Fueron primero brotes espontáneos, desconectados, en la soledad recién conquistada de los escondrijos, para extenderse después en movimientos pujantes y organizados por cárceles y campos de concentración, por trincheras, por domicilios, hospitales y embajadas y por las madrigueras en la montaña».

Tal es, en suma, el contexto histórico en que sucedieron los martirios de las beatas Rita Dolores Pujalte Sánchez y Francisca Aldea Araujo del Corazón de Jesús.

Madre Rita nació el 19 de febrero de 1853 en Aspe (Alicante). En 1888 ingresó en la congregación de las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón. Gozó de la confianza y el aprecio de la fundadora del instituto, madre Isabel Larrañaga. Por ende, desempeñó cargos de mucha responsabilidad: superiora local, maestra de novicias, superiora general y vicaria. Diabética y casi ciega, se encontraba retirada en el colegio de Santa Susana para pasar los últimos días de su vida. Allí la sorprendieron los trágicos acontecimientos que hemos contado.

Madre Francisca nació el 17 de diciembre de 1881 en Somolinos (Guadalajara). Huérfana de padre y de madre a los nueve años, la recogieron las Hermanas de la Caridad del Sagrado Corazón del colegio de Santa Susana. A los 18 años decidió abrazar la vida consagrada de sus educadoras. Parte de su existencia la dedicó a la enseñanza y en la congregación desempeñó los cargos de superiora local, secretaria y ecónoma general.

El colegio de Santa Susana se ubicaba en el barrio de Las Ventas, una de las zonas suburbanas del Madrid de entonces. Era uno de los primeros colegios abiertos por la madre Isabel Larrañaga. Funcionaba como curia general, pero en él se daba acogida a niñas pobres y huérfanas. Y la labor educativa de las monjas también se extendía por las escuelas del barrio para promocionar a niñas de familias económicamente débiles.

Cuando en julio de 1936 la situación comenzó a ser tan peligrosa, toda la comunidad optó por permanecer en el colegio para seguir atendiendo a las niñas recogidas en él. El día 20 fue asaltado y tiroteado por los republicanos. Las madres Rita y Francisca en cuanto tuvieron noticias de que la llegada de los asaltantes era inminente, se dirigieron a la iglesia para prepararse al martirio. Intuyeron su propia suerte, semejante a la de Jesús. Les pasó por el corazón lo sucedido en el Calvario y resonaron en sus oídos las palabras: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen». Prodigaron el perdón anticipado a los que atentaban contra sus vidas y se dispusieron a la muerte, que presentían segura, poniéndose en las manos providentes del Pa-

dre: «Pongámonos en sus brazos, y que sea su santísima voluntad», dijo madre Rita.

En la portería, momentos antes de salir, recitaron el Credo en presencia de los republicanos. Algunos de los mismos, fingiendo ayudarlas —su intención era darles muerte—, las acompañaron hasta el piso de una familia conocida, la de doña Amparo Salazar. Allí rezaron el rosario como preparación próxima a su martirio y para dar gracias a Dios por la posibilidad que les brindaba de dar testimonio de Jesús.

No habían pasado un par de horas, cuando cinco hombres y dos mujeres llegaron al piso de doña Amparo a buscarlas. Las condujeron a una furgoneta. Ellas no opusieron resistencia alguna y esperaron sin miedo la muerte, porque el amor que las sostenía, móvil de toda su vida, era fiel. Hacia las tres de la tarde de aquel 20 de julio de 1936 las fusilaron en la carretera de Barajas, cerca de Canillejas. Madre Rita contaba con ochenta y tres años y madre Francisca con cincuenta y cuatro. Testigos presenciales se maravillaron de la serenidad de sus rostros. La fama de su martirio se divulgó muy pronto.

Fueron beatificadas el 8 de mayo de 1998, juntamente con otras ocho religiosas salesas y otra monja carmelita, también martirizadas al inicio de la guerra civil de España, con la madre Maravillas de Jesús (carmelita española) y con un monje maronita libanés.

En la homilía de su beatificación dijo Juan Pablo II:

«Decidieron permanecer en su puesto, a pesar de la persecución religiosa desatada en aquel tiempo, para no abandonar a las huérfanas que atendían. Este acto heroico de amor y de entrega desinteresada por los hermanos les costó la vida, que, aun siendo enfermas y ancianas, fueron apesadas y abatidas a tiros.

El gran mandamiento de Jesús había arraigado profundamente en ellas durante los años de su vida religiosa, vividos en fidelidad al carisma de la congregación. Creciendo en el amor por los necesitados, que no se arredra ante los peligros ni rehúye el derramamiento de la propia sangre si fuera preciso, alcanzaron el martirio. Su ejemplo es una llamada a los cristianos a amar como Cristo nos ama, aun ante las más grandes dificultades».

Bibliografía

- CÁRCEL ORTÍ, V., «La Iglesia durante la II República y la Guerra Civil (1931-1939)», en R. GARCÍA VILLOSLADA (dir.), *Historia de la Iglesia en España. V: La Iglesia en la España contemporánea* (Madrid 1979) 331-394.
- «Dos religiosas asesinadas al inicio de la guerra civil española»: *L'Osservatore Romano* (15-5-1998) 275.
- JUAN PABLO II, «Homilía durante la misa de beatificación de doce siervos de Dios en la Plaza de San Pedro (10 de mayo de 1998)»: *L'Osservatore Romano* (15-5-1998) 281.
- MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid 2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JOSÉ BARSABAS

(† s. I)

José Barsabas, es decir hijo de Sabas, aparece una vez en el Nuevo Testamento. Es en el libro de los Hechos de los Apóstoles (1,15-26) con ocasión de la elección de un sustituto de Judas Iscariote. Nos dice el libro santo que los apóstoles, luego de la ascensión del Señor y siguiendo su mandato, no se marcharon de Jerusalén sino que se quedaron en la Ciudad Santa para aguardar la Promesa que había hecho el Padre por medio de Jesús y que se cumpliría el día de Pentecostés. Fueron días de convivencia fraterna y de oración, estando reunidos los Doce con la Madre de Jesús y con las santas mujeres y los hermanos de Jesús. Y uno de aquellos días, estando reunidas unas ciento veinte personas, Pedro, el corifeo del colegio apostólico, propuso que se llenara el hueco dejado por Judas, el cual había sido traidor a Jesús entregándolo y luego se había ahorcado. Pedro propuso que se cumpliera lo escrito en el libro de los Salmos: «Que otro ocupe su cargo» (Sal 109,8).

Pedro señaló las condiciones imprescindibles para que alguien pudiera ser candidato a ocupar el puesto dejado vacante por Judas en el grupo de los Doce: «Uno de los que nos han acompañado todo el tiempo que Jesús el Señor estuvo con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que subió al cielo» (Hch 1,22). Con estas condiciones se propusieron dos candidatos, Matías y José Barsabas, al que llamaban de sobre-

nombre el Justo. Esto significa que los dos llenaban las condiciones requeridas para ser declarado cualquiera de ellos testigo oficial de la resurrección de Jesús y ser agregado al colegio apostólico, redondeando el número de Doce. La elección estuvo precedida por una oración comunitaria en la que se imploraba la manifestación de la voluntad divina. Y el sistema elegido para conocer esta voluntad fue echarlo a suerte, y, como es sabido, la suerte cayó sobre Matías, quedando por tanto José Barsabas fuera del grupo de los Doce.

El Nuevo Testamento nada nos dice en adelante de este candidato no elegido, ni al mencionar en Hch 15,22 a Judas Barsabas señala relación alguna con José. Se podría pensar si José fue uno de los setenta y dos discípulos a quienes Jesús confió, según Lc 10,1-20, la misión de ir por delante de él anunciando su llegada y la del reino de Dios, y que regresaron luego tan satisfechos del éxito evangelizador de su tarea. No es ello improbable siendo un discípulo de Jesús de la primera hora («desde el bautismo de Juan») y que lo había acompañado fielmente («hasta que subió al cielo»). Así lo pensó Eusebio, que lo presenta predicando en varios países y haciendo milagros en nombre de Jesús. Eusebio atribuye esta tradición sobre José Barsabas a Papías. Un apócrifo, los *Hechos de Pablo*, dice que fue preso por orden de Nerón pero que salió libre cuando a su vez fue liberado San Pablo tras su primera llegada a Roma.

SANTA MARINA O MARGARITA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

El *Nuevo Martirologio* señala la memoria de esta santa diciendo: «En Antioquía de Pisidia, Santa Marina o Margarita, que según tradición consagró su cuerpo a Cristo por la virginidad y el martirio». Y en el *Martirologio romano* anterior decía Baronio: «En Antioquía la pasión de Santa Margarita, virgen y mártir». Y en nota a esta memoria señala: «A ésta la llaman de otro modo, Marina, Beda y Usuardo el catorce de las calendas de julio. Pero los griegos, que la llaman Marina, tratan de ella en los *Menologios* el dieciséis de las calendas de agosto; pero en el antiguo martirologio romano, al que se refieren antiguos manuscritos y re-

cientes martirologios, se celebra este día. Se comprueba que yerran los que sitúan su martirio en Alejandría, pues consta que fue en Antioquía de Pisidia y así lo señalan los griegos. Antiguo fue también en la Iglesia Occidental el culto de esta santa mártir; pues en las antiguas Letanías de la Iglesia romana, que se encuentran situadas en el orden romano se la reseña a ella entre las santas vírgenes y mártires; sobre su célebre día de fiesta se tiene mención en el concilio de Oxford». Seguidamente aborda Baronio en dicha nota el tema de sus *Actas*.

Los datos seguros son éstos: existen unas actas griegas de Santa Marina, que se dicen redactadas por un tal Teótimo, testigo ocular del martirio. Estas Actas en un tiempo muy antiguo fueron ya traducidas al latín y difundidas en Occidente pero con la particularidad de que si en el original griego la santa se llamaba Marina, en la traducción latina se la llama Margarita. Su culto estuvo tan difundido que la santa llegó a ser uno de los catorce santos auxiliares. La tradición dependiente de las *Actas* luego se diversificó y dio lugar a diferentes versiones, todas ellas en la línea de lo más sorprendente, maravilloso e increíble.

Se la presenta a la santa como una cristiana natural de Antioquía de Pisidia e hija de un sacerdote pagano, Edésimo. Ella había llegado al cristianismo porque, huérfana de madre, fue confiada a una nodriza cristiana y criada en el campo, y la nodriza infundió en la niña el amor a Cristo, la instruyó en la fe de Cristo y la hizo bautizar. Llegada a los quince años y conocedora de la persecución de Diocleciano contra el cristianismo, ardía en deseos de ser ella mártir también. La oportunidad se le presentó cuando mientras llevaba a apacentar las ovejas de su nodriza pasó por allí Olibrio, el gobernador de la provincia. Quedó prendado de la belleza de la joven y quiso hacerla su esposa o concubina, si es que era esclava. Obligada a comparecer ante el gobernador, rechazó las pretensiones amorosas de Olibrio y fue denunciada como cristiana. Marina confesó de momento su fe e, invitada a apostatar, no valieron promesas ni amenazas. Entonces fue cruelmente torturada, pero permaneció firme. Echada a un oscuro calabozo, se le aparece el demonio en forma de dragón amenazando con devorarla, pero ella lo ahuyentó con la señal de la cruz. Vuelve el demonio a tentarla

bajo otras apariencias, siempre en vano. Vuelven a llevarla a juicio, vuelve ella a manifestarse firme en la fe, vuelven a darle terribles tormentos, y ella, inmersa en la oración, persevera firmísima. Por fin, es llevada fuera de la ciudad y decapitada.

¿Existió realmente Santa Marina o Margarita? Para muchos hagiógrafos y tratadistas modernos se trata de un personaje fabuloso, que nunca tuvo existencia histórica. Pero podría pensarse que lo fabuloso son las Actas pero que por debajo puede haber la memoria de una santa de este nombre griego, de la que la leyenda suplió los datos que no dio la historia. Esto parece más conforme con la pervivencia de su memoria en el nuevo *Martirologio romano*. Se ha conservado la memoria el día 20 de julio, como siempre se hizo en Occidente, mientras los griegos la señalan el 17. No debe omitirse la devoción que sentía por ella Santa Juana de Arco, a la que se le aparecía esta santa.

SAN FRUMENCIO

Obispo († s. IV)

La Iglesia de Etiopía celebra a este su padre en la fe con el título de *abba Salama*, es decir, «el revelador de la Luz», y celebra su fiesta el 20 de julio. Baronio lo situó en el anterior *Martirologio romano* el día 27 de octubre, fecha sin fundamento, y a su vez la Iglesia bizantina lo conmemora el 30 de noviembre.

Rufino, en su *Historia eclesiástica*, cuenta que en el imperio de Constantino un filósofo de Tiro, acompañado de dos alumnos suyos, uno de ellos Frumencio, de vuelta de la India, desembarcó en la costa de Etiopía con sus demás compañeros de viaje. Tanto el filósofo como todos los demás fueron masacrados por los etíopes, salvo dos jóvenes, Frumencio y Edesio, que fueron llevados a la corte de Axum como esclavos, sin duda por su juventud. Ambos jóvenes prosperaron en la corte, llegando Frumencio a ser secretario real. Muerto el rey, le sucede Ezana, menor de edad, estando la regencia a cargo de su madre. Y en este tiempo Frumencio aprovecha su buena situación en la corte para hacer propaganda del cristianismo, con acogida que auguraba buen éxito. Llegado el rey a la mayor edad, Frumencio y su compañero piden licencia para volver a su país. Edesio vuelve a

Tiro y cuenta su historia a Rufino, que luego la señalaría en su obra, y a su vez Frumencio se dirige a Alejandría y visita a San Atanasio, al que dio noticia de la puerta abierta al evangelio en Etiopía.

El Patriarca alejandrino no se lo pensó dos veces: ordenó obispo a Frumencio y lo mandó de vuelta a Axum con la misión de evangelizar el país. Lo hizo Frumencio y logró con su labor implantar el cristianismo en aquel país, que en tan gran parte sigue hoy siendo cristiano. Tradicionalmente el obispo etíope ha venido acudiendo a Alejandría para su ordenación. En Etiopía se formó una Iglesia con caracteres y tradiciones propias.

SAN AURELIO DE CARTAGO

Obispo († 430)

Se sabe muy poco de su vida anterior al episcopado. Apenas otra cosa sino que pertenecía al clero cartaginés en calidad de diácono. El año 388 San Agustín se encuentra con él en Cartago y se hacen amigos, dejando Aurelio muy edificado a Agustín por su caridad con los pobres y la solemnidad y belleza con que se celebraban los divinos oficios en Cartago bajo el cuidado de Aurelio. Parece que a mediados de la década de los 90 del siglo IV Aurelio es elegido obispo de Cartago al tiempo que San Agustín lo es de Hipona.

Lo mismo que el Santo Doctor, se verá San Aurelio en la precisión de oponerse al donatismo y al pelagianismo, convocando para ello numerosos sínodos, e igualmente hizo frente con decisión a otros muchos puntos de disciplina eclesiástica, de la que era verdaderamente celoso. Fue un pastor enérgico, un verdadero hombre de acción. Agustín estuvo en frecuente correspondencia con él, le dedicó algunas de sus obras y es claro que ambos santos sintonizaban en convicciones y en obras. Tuvo la estima de San Inocencio I y de San Juan Crisóstomo y vino a morir el año 430 cuando se producía la invasión vándala del norte de África.

SAN VULMARO

Abad († 689)

Vulmaro era natural de la región de Boulogne, en el norte de Francia, y llegado a la juventud contrajo matrimonio y llevó una vida normal y honesta. Pero resultó que su esposa, Osterhildam, estaba ya casada y el primer marido reclamó que aquella mujer era suya. Este fracaso hizo a Vulmaro repensar el sentido de la vida y optó entonces por pedir ser admitido en el monasterio de Hautmont en el Hainaut.

Vulmaro entró en el monasterio primero como criado, y fue empleado en cortar leña para los monjes y cuidar del ganado. Pero su humildad, buena actitud y buenas cualidades se ganaron el ánimo del abad, el cual le vistió el hábito monacal y lo preparó luego al sacerdocio, que oportunamente recibió. Con la debida licencia pasó una temporada como ermitaño en el monte Cassel. Y aquí tuvo la idea de fundar un nuevo monasterio, como en efecto hizo erigiendo la abadía de Samer, de donde sería abad. Tuvo en vida gran crédito como hombre santo y se le atribuyeron milagros. Una vez muerto, su tumba fue objeto de gran veneración por parte de los fieles.

*SANTOS MAGDALENA YI YONG-HUI, TERESA YI
MAE-IM, MARTA KIM SONG-IM, LUCÍA KIM, ROSA
KIM, ANA KIM CHANG-GUM, MARÍA WON KWI-IM,
JUAN BAUTISTA YI KWANG-NYOL*

Mártires († 1839)

En el lugar de Seúl llamado Pequeña Puerta del Oeste fueron decapitados el 20 de julio de 1839 ocho cristianos, siete mujeres y un varón, que prefirieron perder la vida antes que abandonar la fe de Cristo, que profesaban de corazón y que confesaron con sus labios sin miedo a las represalias.

Éstos son sus datos personales:

MAGDALENA YI YONG-HUI había nacido en Pongchon, Seúl, el año 1809. Era hija de la también mártir y santa Magdalena Kye-im. Educada cristianamente, ella y su hermana mayor decidieron guardar virginidad para servir con mayor libertad al

Señor. Pero cuando su padre quería a todo trance casarla, decidió irse a Haktari, en Hanyang, la capital. El día antes de cumplir los diecisiete años le reveló a una criada su propósito de marcharse. Tomó un hatillo de ropas y, acompañada por la criada, salieron al día siguiente para la capital siguiendo a su padre que ese día iba allí. Llegó a casa de su tía Teresa, le contó su historia y la tía le permitió quedarse y vivir tranquilamente allí. Como ella dejó en la cercanía de la casa ropa ensangrentada pensaron que algún animal la había atacado y el padre al saberlo volvió urgentemente a casa. Supo el padre que Magdalena rehusaba casarse con el novio que él la había buscado y pensó que él era el responsable de la muerte de su hija. Tres meses más tarde la tía mandó a la madre de Magdalena un recado secreto tranquilizándola respecto a su hija y diciéndole que se encontraba a salvo en su casa. La madre, hasta entonces hundida por la pena, respiró, y el padre al ver la mutación de su esposa empezó a sospechar. La madre le contó la verdad y él fue a la capital a asegurar a su hija que podía seguir su propio camino. Luego de estar un tiempo con su tía, Magdalena pasó por otras casas y finalmente, por intervención de un sacerdote, pudo poner su propia casa. Cuando su hermana Bárbara quedó viuda, se fue a vivir con ella y compartieron ambas la vida durante años, y recibían la visita de su madre en Navidad y Pascua. Llegada la persecución de abril de 1839, Magdalena fue una de las cristianas que se decidieron a ofrecerse espontáneamente a las autoridades y así se presentaron como cristianas a los soldados que buscaban a Agustín Yi Kwang-hon. No las tomaron en serio y las mujeres persistieron, y como prueba les enseñaron sus rosarios. Entonces los soldados las llevaron a la cárcel. Al día siguiente fueron interrogadas e invitadas a renunciar al cristianismo. Ellas contestaron que no traicionarían al Señor aunque les costase la vida. Las autoridades estaban perplejas y las interrogaron un día tras otro comprobando la convicción con que se confesaban cristianas. Los guardias las golpearon en las rodillas pero las mártires se mantuvieron firmes. Les pegaron aún más fuerte pero sin resultado. La sangre caía desde las heridas al suelo.

Había otros muchos presos cristianos en la cárcel y se declaró una epidemia de tífus. Faltaba agua y alimentos y la situación

se hizo muy dura. Empezaron las apostasías. San Pedro Maubant, el misionero francés que había ido a Corea luego de tanto tiempo de ser solicitados misioneros, animaba a los presos diciéndoles que si morían de miseria en la cárcel, ello no era menor martirio que morir a espada. Por fin las espontáneas confesoras de la fe fueron llevadas ante el Ministro de Justicia, ante el que repitieron su confesión de fe y su negativa a apostatar. Como consecuencia, en el día señalado Magdalena junto con sus compañeras fue decapitada.

TERESA YI MAE-IM había nacido en 1788 en Pongcheon, Seúl. Era tía de la mártir anterior. Se había casado con un hombre no católico pero se quedó viuda con sólo 20 años. Volvió a la casa paterna y entonces tuvo lugar su encuentro con una persona católica que la llevó a la Iglesia. Una vez bautizada, hacía propaganda cristiana entre sus familiares y amigos. Cuando Magdalena, su sobrina, como queda dicho, huyó de su casa, ella la recibió en la suya. Fue una de las que se presentaron espontáneamente a los soldados, padeciendo interrogatorios, tortura, cárcel y finalmente decapitación.

MARTA KIM SONG-IM nació en Pupyong, provincia de Kyonggi, el año 1787, y antes de ser cristiana estuvo casada dos veces. La primera vez con un hombre con el que no era posible llevarse bien por el carácter irascible del mismo, tanto que ella optó por separarse. Simplemente se marchó de casa y se fue a vivir a Hanyang. Aquí se unió a un ciego que se ganaba la vida echando las cartas y con él contrajo matrimonio y vivió muchos años. Tendría unos cincuenta años cuando, mediante un vecino católico, conoció el cristianismo. Murió el marido ciego, con quien la vida tampoco había sido fácil, y entonces comenzó a ganarse la vida trabajando como criada doméstica y lo hizo en varias casas católicas. Pudo así conocer el cristianismo más de cerca y comenzó a admitir en su corazón la fe y a valorar desde ella los sucesos de su vida pasada. Conoció por entonces a Teresa Yi Mae-im, la mártir anterior. Llegada a la fe y bautizada, residía con Teresa y fue una de las que espontáneamente confesaron su cristianismo, siendo apresada, torturada y condenada a decapitación.

LUCÍA KIM había nacido en Kangchon, Seúl, el año 1818 en el seno de una familia aristocrática. La familia ya se había muda-

do a Kongdok cuando murió su padre, que dejaba quince hijos, siendo Lucía la más pequeña. Su madre estaba todavía muy impactada por la muerte del esposo cuando un vecino católico se acercó a ella a brindarle el consuelo de la religión cristiana. Con motivo de esta influencia toda la familia se hizo cristiana. Lucía se aprendió el catecismo de memoria con sus solos nueve años, y fue bautizada por un sacerdote recién llegado a Corea. A los 14 años Lucía decidió guardar su virginidad y consagrarla al Señor. Al morir su madre se encontró en la mayor pobreza, y aunque la ayudaban personas caritativas, conoció bien lo que es el hambre. Una vez que llevaba varios días sin alimentos la visitó su hermana mayor y se extrañó que no hubiera vendido cosas de la casa para poder comer. Ella respondió que dejaba la venta de las cosas para cuando hubiera de comprar zapatos porque la policía venía por ella. Significó con ello que estaba a la espera del martirio. Una cuñada suya la visitó y ella le regaló una cuchara diciendo que ya le quedaba poco tiempo para poder usarla y le aconsejó que si la arrestaban a ella no perdiera la oportunidad del martirio. Estaba en la casa de Teresa Yi Mae-im hablando sobre la persecución religiosa cuando decidió con las otras compañeras presentarse espontáneamente a los soldados. Siguió su arresto, prisión, torturas, juicio y muerte por decapitación.

ROSA KIM era natural de Seúl, donde había nacido el año 1784 en el seno de una familia pagana. En su juventud contrajo matrimonio pero posteriormente se separó su marido de ella. Entonces se fue a vivir con una pariente suya que era católica y por ahí vino a conocer el cristianismo. A pesar de ser ya mayor se dedicó con gran esfuerzo a aprenderse la doctrina cristiana. Inteligente y comunicativa, no sólo ella se hizo cristiana sino que era feliz comunicando su fe a otros. Vivía cristianamente y cuando tenía oportunidad recibía los sacramentos. Los demás católicos la consideraban una cristiana modelo. Arrestada el 16 de enero de 1838, pasó por varias cárceles y mostró siempre gran firmeza y serenidad. Al comparecer ante el juez, vio que estaban allí preparados los instrumentos de tortura. Se los señaló el juez pero ella señaló que nunca se separaría de Dios y que le tenía ofrecida su vida. Torturada y luego sentenciada a muerte, la ejecución se retrasó hasta el citado 20 de julio de 1839.

ANA KIM CHANG-GUM había nacido en Seúl en una familia católica el año 1789. Educada cristianamente, desde joven se adhirió de todo corazón a los principios del cristianismo. Tenía espléndidas dotes naturales de inteligencia y habilidad. Llegada a la edad nupcial contrajo matrimonio, pero su esposo murió al poco tiempo. Se dedicó entonces al cuidado de su madre, y tuvo el consuelo de que llegara un sacerdote y le administrara a la anciana el sacramento de los enfermos. Tuvo como vecino a San Juan Bautista Yi Kwang-nyol que estaba destinado por Dios a compartir el martirio con su cristiana vecina. Ambos se conocieron y se animaron a vivir cristianamente, y juntos pusieron un pequeño negocio del que sacaban su sustento. Ambos fueron arrestados el 8 de abril de 1839 con María Kwi-im. Interrogada Ana confesó abiertamente su fe y se negó a apostatar como enseguida se le exigió bajo amenazas. Posteriormente sería torturada, sometida a juicio y condenada a muerte. Detenida en la cárcel, pasó hambre, sed, enfermedad y malos tratos hasta que llegó el día de su ejecución.

MARÍA WON KWI-IM había nacido en Yongmo Ri, Koyang Kun, provincia de Kyonggi, el año 1818. Muy niña perdió a su madre y estuvo algún tiempo con su padre, pero se la llevó su tía Lucía Won, que era cristiana y preparó a la niña para el bautismo, que recibió a los quince años de edad tomando el nombre de María. Se le ofreció un matrimonio pero ella decidió permanecer virgen y ofrecerse al Señor, por lo que vestía como las mujeres casadas. Cuando en la noche del 8 de abril de 1839 la policía rodeó la casa de su tía Lucía, intentó María huir pero se topó con un conocido que la entregó a la policía. Muy impactada por el arresto, se serenó luego y aceptó la voluntad de Dios, confesó la fe en el interrogatorio y se negó a apostatar. No lo consiguieron tampoco las torturas. Se mantuvo firme en el juicio y en los malos tratos de la cárcel hasta que fue decapitada en la fecha señalada.

JUAN BAUTISTA YI KWANG-NYOL nació el año 1795 en Kwangju, provincia de Kyonggi, y era hermano del también mártir San Agustín Yi Kwang-hon. Pertenecía a una familia aristocrática. Había oído ya hablar del cristianismo cuando su hermano Agustín, tras su conversión, le invitó expresamente a

hacerse católico y él estuvo de acuerdo, pese a ser ya entonces una religión prohibida en el reino. Comenzó a vivir con intensidad su nueva fe. Se hizo cargo de su madre y vivió con ella cerca de la casa de Agustín. Su pobreza le impidió casarse. Los cristianos lo incluyeron varias veces en el grupo que fue a Pekín para pedir misioneros a Corea, y fue en uno de estos viajes cuando recibió el bautismo y tomó el nombre de Juan Bautista. Decidió entonces no contraer matrimonio nunca para estar libre al servicio de la Iglesia. Vivía con gran espíritu ascético. La Iglesia utilizó sus servicios como catequista. Se incrementó la persecución y el 8 de abril de 1839 fue arrestado junto con su anciana madre. Presenció el interrogatorio y maltrato infligido a su hermano Agustín, arrestado también ese día, e invitado a apostatar se negó firmemente. Llevado a juicio y torturado, permaneció firme. Condenado a muerte, no se le ejecutó junto con su hermano porque una ley prohibía ejecutar a dos hermanos al mismo tiempo. Por ello fue dejado para otra fecha, que fue finalmente el 20 de julio de 1839.

Todos estos santos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en Seúl.

SAN JOSÉ MARÍA DÍAZ SANJURJO

Obispo y mártir († 1857)

Nace en Santa Eulalia de Suegos, Lugo, y decidida su vocación eclesiástica, estudió en el seminario de Lugo, de donde pasó luego a la Universidad de Compostela. Optó por la vida religiosa e ingresó el 25 de septiembre de 1842 en el colegio misionero de Ocaña, de la Orden de Predicadores, donde hizo el noviciado y la profesión religiosa, ordenándose de sacerdote el 23 de marzo de 1844.

Destinado a las misiones de Tonkín, marchó a Manila con otros cinco compañeros, y aquí, a la espera de su destino misionero, dio clases en la universidad. En 1845, por el tiempo de Pascua, llegó a Tonkín. Fue destinado al seminario para nativos de Luc-Thuy. Aquí realizó una buena labor a la que puso fin un motín popular que en 1847 saqueó la casa, dispersó a los alumnos y obligó al P. José María a marcharse. Luego de varias peripecias se pudo refugiar en Cao-Xa. Surge por entonces el de-

creto persecutorio contra el cristianismo del emperador Tuduc, que invitaba a apresar a los misioneros extranjeros, a los que calificaba con los peores epítetos, y se ofrecían trescientas onzas de plata a quien descubriese un misionero europeo. Sor-teando los peligros el P. José María permaneció en el país, dis-puesto siempre a ejercer su ministerio sacerdotal con el celo en-tusiasta que le distinguía.

El año 1849 se crea el nuevo vicariato del Tonkín Oriental, al frente del cual se puso a monseñor Martí, y se toma la cos-tumbre de darle al vicario un coadjutor con rango de obispo para garantizar la continuidad del ministerio episcopal en la zona. La Orden de Predicadores propone al Papa que el primer obispo coadjutor con derecho a sucesión en el nuevo Vicariato sea nuestro futuro mártir y es consagrado ese mismo año en Doung-Xuyen. Muy pronto, sin embargo, en 1852 sucede al vi-cario como titular del vicariato y fija su residencia en Bui-Chu. No se llevó adelante la persecución con el mismo énfasis y por ello hubo unos años en que fue posible un trabajo apostólico relativamente tranquilo, aunque siempre había que usar de mu-cha prudencia. Dando pruebas de una gran entrega apostólica, hizo cuanto pudo por proseguir la tarea evangelizadora y robus-tecer la comunidad cristiana que le estaba confiada.

Pero en 1857 un nuevo decreto hizo revivir las medidas más drásticas contra los misioneros europeos y el cristianismo, ame-nazando de muerte a los jefes de poblados que no denunciaran la presencia de europeos en su población. El nuevo mandarín de Bui-Chu rodeó el poblado para impedir cualquier huida y se lanzó a capturar al obispo José María. Fue arrestado y se le arre-bató la cruz y el anillo que fueron destruidos. Luego se le some-tió a prisión, se le invitó a apostatar o sería condenado a muer-te. El siervo de Dios se mantuvo firme y sereno. El mandarín lo condenó a muerte, siendo ejecutada la sentencia por decapita-ción en Nam-Dinh el 20 de julio de 1857. Su cabeza fue ex-puesta en un palo para general escarmiento y luego junto con el cuerpo arrojada al río.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pa-blo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo lar-go del siglo XX.

*SANTOS LEÓN IGNACIO MANGIN, PABLO DENN,
MARÍA ZHOU WUZHI, PEDRO ZHOU RIXIN, MARÍA
FU GUILIN, MARÍA ZHAO GUOZHI, ROSA ZHAO,
MARÍA ZHAO Y XI GUIZI*

Mártires († 1900)

León Mangin, Pablo Denn, sacerdotes jesuitas ambos, y María Zhou Wuzhi, fueron masacrados por los boxers en el asalto a la misión de Zhoujiahe, en la provincia china de Hebei, el día 20 de julio de 1900.

LEÓN IGNACIO MANGIN había nacido en Verny, junto a Metz, Francia, el 30 de julio de 1857. Hizo los estudios secundarios y al término de los mismos se decidió por la vida religiosa, ingresando en la Compañía de Jesús el 5 de noviembre de 1875. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, fue enviado a Lovaina, donde hizo los estudios de filosofía. Luego fue destinado a un colegio de su Orden en Lieja y se dedicó a la enseñanza. Habiéndose ofrecido para las misiones extranjeras, fue enviado a China en 1882. Al llegar hizo los estudios teológicos al tiempo que aprendía la lengua china. El 31 de julio de 1886 fue ordenado sacerdote junto con el futuro mártir y santo Isidoro Isoré. Seguidamente fue enviado a la misión de Zhoujiahe (Tchou-kia-ho). Era una población de cuatrocientas personas. Aquí trabajó con entrega y dedicación a lo largo de los años, creciendo la comunidad cristiana. En 1898 comenzaron las bandas de boxers sus actividades, y el P. Mangin pensó que era preciso fortificar la misión. Así lo hizo, refugiándose en ella muchas otras personas hasta un número de tres mil. Los boxers intentaron un primer asalto el 15 de julio pero los resistentes pudieron repelerlos. El día 18 lograron saltar las primeras barricadas y por fin el 20 pudieron llegar hasta la iglesia donde se encontraban los dos sacerdotes, revestidos con los ornamentos sagrados y dirigiendo la plegaria común. Había allí numerosos fieles, sobre todo mujeres y niños, que estaban arrodillados y no opusieron resistencia alguna. Los dos sacerdotes estaban junto al altar y muy cerca de ellos los catequistas. Los boxers ofrecieron la salvación a cuantos apostataran. Un grupo muy pequeño aceptó la oferta. Los que no la aceptaron fueron masacrados. El

P. Mangin dio la absolución sacramental. Los sacerdotes murieron de los primeros. Luego la iglesia fue incendiada.

PABLO DENN nació en Lille, Francia, el 1 de abril de 1847. Hechos los estudios primarios, se colocó al llegar la adolescencia en un banco a fin de ayudar económicamente a su madre que se había quedado viuda. Sentía la vocación misionera pero veía que por entonces no podía seguirla. La compensó haciendo un intenso apostolado entre sus compañeros y ayudando a los pobres en las Conferencias de San Vicente de Paúl. Por fin el 6 de julio de 1872 pudo cumplir su ideal religioso ingresando en la Compañía de Jesús. Ofrecido para misionero, fue enviado a la China y ya estando en este país hizo el noviciado, la profesión religiosa y los estudios pertinentes y recibió la ordenación sacerdotal el 19 de diciembre de 1880. Tuvo diferentes encargos que cumplió con gran entrega: en el centro misional de Fang-Kai-chiai (1880-1884), en el colegio de Tchan-Kia-Tchoan (1884-1898), siendo profesor, prefecto de disciplina y finalmente rector, y por último fue enviado al distrito de Ku-tcheng. Cuando llegó la revolución de los boxers y una de sus cristianidades había sido ya echada al fuego por ellos, el P. Denn recibió la llamada del P. Mangin para que se fuera con él. Y así lo hizo, muriendo con él cuando los boxers asaltaron la iglesia.

MARÍA ZHOU WUZHÍ (o Tchou Ou Cheu) era una de los muchos cristianos que en aquella ocasión fueron masacrados con los dos sacerdotes. Era la esposa del administrador de la comunidad cristiana, Esteban, y había sido una magnífica esposa y una gran creyente, colaboradora activa de la misión. Cuando al llegar los boxers vio que éstos se disponían a disparar contra el P. Mangin, ella se puso delante queriendo salvarle la vida y recibió las descargas que acabaron con la suya. Tenía unos cuarenta años de edad.

En este mismo día 20 el *Martirologio romano* conmemora a otros mártires de la misma persecución bóxer, martirizados no con los mártires anteriormente señalados sino en otros lugares. Éstos son:

PEDRO ZHOU RIXIN, joven de 19 años, natural de Lujiazhuang, en la provincia de Hebei, y que con tantos otros cristianos se había refugiado junto al P. Mangin. Cuando llegaron los boxers y asaltaron la iglesia pudo saltar por una ventana y esca-

par. Escondido, estuvo mucho tiempo sin comer, y cuando lo hallaron los soldados, lloraba de hambre y de miedo. El capitán lo trató bien y le prometió la vida si apostataba. Se negó firmemente el muchachó y entonces fue decapitado. Esto sucedió varios días después del 20 de julio, no se sabe exactamente cuál, y el *Martirologio* ha preferido conmemorarlo hoy. El martirio tuvo lugar en su pueblo natal.

MARÍA FU GUILIN era una maestra y catequista fervorosa, nacida en 1863, y que, dedicada al Señor y a la obra apostólica, dio un alto ejemplo de vida cristiana. Llegada la persecución bóxer, ella aconsejaba a todos huir pero no lo hizo ella misma hasta que, siendo inminente la venida de los perseguidores, se refugió en una casa abandonada. Los boxers lo supieron porque una mujer pagana la delató. Sacada con violencia a las afueras del pueblo Daliucun donde vivía la invitaron a apostatar, y al no hacerlo la hirieron primero y la decapitaron después. Era el 10 de julio de 1900.

MARÍA ZHAO GUOZHI y sus hijas ROSA y MARÍA fueron sacrificadas por los boxers en odio al cristianismo en el poblado de Wuqiao Zhaojia. María era viuda y atendía con mucho cuidado a la educación de estas dos hijas. Se escondieron las tres en un pozo, no sin gran peligro, pero las sacaron unos vecinos y enseguida cayeron en manos de los boxers. Éstos procedieron en el acto a decapitar a la madre, y entonces propusieron a las aterrorizadas muchachas que renegaran del cristianismo para salvar sus vidas. Las ataron a sendos árboles y les hicieron la propuesta una y otra vez. Las dos jóvenes se negaban con firmeza, lo que irritó sobremanera a uno de los boxers que, sacando su espada, acabó con la vida de las dos mártires.

XI GUIZI (o K'itchou Tseu) era un joven catecúmeno de 18 años que aún no tenía nombre cristiano. Estaba adherido a Cristo de todo corazón y estudiaba el catecismo con el mayor interés. Era obrero manual y tenía poca cultura. Su familia se oponía a que se convirtiera al cristianismo. Cuando supo la llegada de los boxers huyó, pero su padre lo mandó volver a casa y él obedeció. Apresado por los boxers, fue llevado a la pagoda para que adorara a los dioses. El joven se negó alegando su fe cristiana. Entonces fue maniatado y llevado camino de la ejecución. Pasó por delante de su casa, cuyos miembros mostraron

hacia él una total indiferencia, no moviendo un dedo para salvarlo. Al pasar por delante de la capilla cristiana, pidió permiso para arrodillarse y adorar a Jesucristo. Llegado al lugar de la ejecución, le soltaron las manos, hizo sobre sí la señal de la cruz y dejó mansamente que lo descuartizaran vivo. Era en el pueblo de Dechao, provincia de Hebei.

Todos estos mártires fueron canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, junto con los demás mártires de China.

21 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Lisboa, San Lorenzo de Brindis († 1619), presbítero, religioso capuchino y doctor de la Iglesia, cuyo natalicio fue tal día como mañana **.
2. En Marsella (Galia), San Víctor († ca.292), mártir.
3. En Emesa (Siria), San Simeón Salo, ermitaño, y San Juan († s. VI), ermitaño, compañero suyo **.
4. En Roma, la conmemoración de Santa Práxedes († s. II), bajo cuyo nombre hay dedicada una iglesia en el Esquilino *.
5. En Estrasburgo (Alsacia), San Arbogasto († s. VI), obispo.
6. En Rochefort (Francia), Beato Gabriel Pergaud († 1794), presbítero, canónigo regular y mártir *.
7. En Yanzibian (China), San Alberico Crescitelli († 1900), presbítero, del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, mártir *.
8. Cerca de Daining (China), San José Wang Yumei († 1900), mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN LORENZO DE BRINDIS

Presbítero y Doctor de la Iglesia († 1619)

El santo nació en Brindis, cerca del lugar en que la bota italiana llevaría la espuela contra el Balcán turco. Era en julio de 1559. Tres semanas después, el viejo papa Paulo IV, duro campeón de la reforma católica, moría en Roma. El populacho mostraba su alegría por verse libre de su firme puño, y echó abajo la estatua del Pontífice. El recién nacido heredaría en cierto modo el celo del reformador difunto, pero sabría ser más caritativo y más flexible.

Había nacido de noble familia. Recibió en el bautismo el nombre de Julio César. Se cuenta que a los seis años predicó en la catedral y que el auditorio quedó transportado de admiración. Reduzcamos las cosas a sus justos límites, no es imposible que participara en alguna fiesta infantil, al estilo de las que tan frecuentemente vemos organizarse en las catequesis. Y nada tendría de raro que el despierto muchacho, puesto en una ocasión tal, encantara a su auditorio por el despejo y la soltura con que trataba de las verdades religiosas.

Muerto su padre, César entra en los franciscanos conventuales, y queda allí hasta la edad de catorce años. Pero ya hemos dicho cuál es el emplazamiento de Brindis. Los turcos amenazaban con su poder creciente la pequeña ciudad y César, con su madre, se refugia en Venecia, donde un tío suyo cuidará tiernamente de su formación. El adolescente no había olvidado el ideal franciscano. Y el 17 de febrero de 1575 entra en la Orden capuchina tomando el nombre de Lorenzo. Su ingreso tuvo lugar en el convento de Verona. Novicio modesto y grave, penitente hasta el extremo, cayó enfermo y hubo que retrasar su profesión. Por fin, el 24 de marzo, víspera de la Anunciación, pudo hacerla.

El futuro doctor de la Iglesia recibió en la Orden capuchina una formación verdaderamente excepcional. Enviado a estudiar a Padua, conoció a fondo la Sagrada Escritura, y así, durante su vida, hemos de verle muchas veces discutir directamente sobre el texto hebreo con los herejes y los judíos. Tuvo un conocimiento de idiomas poco corriente, pues hablaba el francés, el alemán, el griego, el siríaco y el hebreo. Su formación teológica era tal que, no siendo aún sacerdote, predicó dos cuaresmas en Venecia, ciudad nada fácil para un predicador bisoño. Alguna de sus conquistas apostólicas tuvo enorme resonancia en la ciudad, así, por ejemplo, la de aquella cortesana que, venida al sermón con ánimo de hacer alguna mala conquista, fue conquistada por Cristo.

Una vez sacerdote, sus trabajos continuaron a un ritmo todavía más vivo. Durante tres años, por encargo de Clemente VIII, predica a los judíos de Roma, obteniendo buenos resultados gracias a sus conocimientos de hebreo. Pero las dos

grandes empresas de su vida habían de ser la lucha antiprotestante y la cruzada contra los turcos.

El historiador, aun profano, que recorra sumariamente los acontecimientos religiosos de la edad postridentina, y estudie la contraofensiva de la restauración católica, tropezarán necesariamente con la figura de este capuchino italiano que, aun perteneciendo a la provincia de Venecia, fue enviado en 1599 a Austria, al frente de un grupo de doce hermanos suyos, con los que se estableció en Viena, Graz y Praga. Llegaba allí Lorenzo precedido de la fama de religioso austero, de hombre cultísimo, de predicador iluminado, de polemista eficaz. A sus cuarenta años de edad había recorrido ya con éxito asombroso toda Italia. Y, en efecto, en Praga sus predicaciones conmueven la opinión pública y provocan la reacción de los protestantes que solicitan del emperador Rodolfo II su expulsión.

Un doble paréntesis se abre en su acción antiprotestante, para atender a la guerra contra los turcos, y al cargo de ministro general de su propia Orden (1602-1605). Pero apenas libre de los cuidados de este cargo, vuelve de nuevo a la lucha, primero en Praga (1606-1610), y después en Múnich (1610-1613), junto a su amigo íntimo el duque Maximiliano, de Baviera. Se esforzó en la constitución de una liga de príncipes católicos de Alemania que pudiera oponerse a la unión de los protestantes, y con una misión oficial en Madrid conquistó que se adhiriera y ayudara financieramente a dicha liga el rey Felipe III de España. Cuando parecía seguro que iba a tener que marchar de Alemania, una intervención del cardenal Dietrichstein ante el papa Paulo V lo impidió. Así él pudo continuar su trabajo. Obtuvo después el restablecimiento de la paz entre las autoridades españolas y el duque de Saboya, Carlos Manuel el Grande, en 1618, y desarrolló una feliz legación en Madrid y Lisboa (1618-1619), en defensa de la ciudad de Nápoles contra la tiranía del virrey Osuna.

Es difícil sintetizar en pocas líneas la colosal labor de este predicador. «Dios me ha llamado —repetía— a ser franciscano para la conversión de los pecadores y de los herejes». Y, en efecto, predicó, de manera incesante, en Italia, Hungría, Bohemia, Bélgica, Suiza, Alemania, Francia, España y Portugal. Apoyado

por los jesuitas, desarrolló una admirable labor en la Europa central, y sembró de conventos franciscanos gran parte de estas naciones en las que había predicado.

Hacia falta también un animador espiritual en la lucha contra los turcos, que golpeaban las puertas del Imperio. El papa Clemente VIII envió a San Lorenzo de Brindis al emperador Rodolfo II «seguro de que él solo valdría lo que un ejército». Y, en efecto, San Lorenzo fue el brazo derecho del príncipe Felipe Manuel de Lorena, que consiguió el año 1601 una victoria resonante sobre el islam en Stuhiweissenburg (Alba Real) contra la masa de cerca de 80.000 turcos, capitaneados por Mohamed III, que se aprestaba a invadir la Stiria y amenazaba conquistar Austria, invadiendo desde allí Italia y Europa entera. San Lorenzo nos escribió una preciosa crónica de la campaña y, aunque ocultase en parte sus rasgos de valor, capitanes y soldados le aclamaron como el principal autor de la batalla. No cabe la menor duda de que también San Lorenzo pudo ejercitar, en aquel cosmopolita ejército, su conocimiento de idiomas. Lo que es cierto es que resultó un admirable capellán militar, que a la hora de la victoria únicamente se lamentaba de no haber podido lograr con aquella ocasión el mérito del martirio.

En marzo de 1959, Su Santidad el papa Juan XXIII elevó a San Lorenzo de Brindis a la dignidad de Doctor de la Iglesia universal, después de haber escuchado el parecer de la Sagrada Congregación de Ritos. Es el tercero de los franciscanos que recibe este honor, después del doctor seráfico, San Buenaventura, y del doctor evangélico, San Antonio de Padua. A San Lorenzo de Brindis le podría cuadrar bien el título de doctor apostólico.

Independientemente de su admirable predicación por toda Europa, nos dejó San Lorenzo una multitud de obras, editadas desde 1926 a 1956 en una espléndida colección de quince volúmenes, que nada deja que desear ni en cuanto al aparato científico ni en cuanto a la magnífica presentación tipográfica. Allí encontramos más de ochocientos sermones que ocupan once de los quince volúmenes: Marial, Cuadregesimales, Adviento, domingos del año, santoral, etc. Se ha señalado que estos once volúmenes constituyen un admirable ejemplo de lo que modernamente se ha llamado teología kerigmática, y que esta manera

de exponer las verdades eternas le sitúa en la línea de clásica actividad pastoral de los Santos Padres y de los grandes Doctores obispos. En especial, destaca su admirable mariología, de una claridad de conceptos verdaderamente extraordinaria.

Encontramos también en su obra literaria reflejada la actividad que desarrolló en pro de la conversión de los judíos. Estas tareas y la enseñanza de la Sagrada Escritura a los religiosos de su Orden, juntamente con su conocimiento profundo del hebreo y suficiente del arameo y el caldeo, le permiten mostrarse como espléndido exegeta en su *Explicación del Génesis*. Uniendo una sana filosofía con profundos conocimientos teológicos, trata de manera magistral todas las cuestiones referentes a Dios Creador, a sus atributos, a los ángeles, a la naturaleza y composición del hombre, a la institución matrimonial, etc.

También se refleja en su obra literaria el admirable apostolado antiprottestante que desarrolló. Tuvo en Praga una disputa con el luterano Policarpo Leiser, teólogo escritor y predicador de la corte del príncipe elector de Sajonia. Reflejo de aquella disputa son los tres volúmenes de la *Lutheranismi hypotyposis*, manual práctico de apología de la fe católica y confutación de la interpretación protestante. El vigor de la dialéctica teológica está sostenido por la exactitud del estudioso, que se informa sobre la génesis histórica y doctrinal del protestantismo directamente en la literatura y en los símbolos protestantes, en una cuarentena de autores reformados, sin excluir los manuscritos y los libelos, además de las obras de Lutero. En esta empresa, defensiva y confirmativa al mismo tiempo, característica de una época en que la controversia adquirió tanta importancia, San Lorenzo emula, con acentuación polémica, la acción de San Pedro Canisio y simplifica, para el uso ministerial, el método escolástico de las *Disputationes* de San Roberto Belarmino.

La proclamación de San Lorenzo como Doctor de la Iglesia universal contribuirá al conocimiento de su biografía y, consiguientemente, de su influencia en la historia del pensamiento y en la misma marcha política de Europa. Porque aún ocultan muchísimos documentos interesantes los archivos europeos, que podrán dar luz sobre aspectos desconocidos de su increíble actividad.

En medio de tareas tan extraordinarias, acogido en todas partes como un santo, habiendo obtenido ciertos éxitos extraordinarios en su acción diplomática, se mantuvo siempre, aunque rodeado de ovaciones, sencillo y afable, revestido de una humildad típicamente franciscana. Rechazaba los honores con la mayor naturalidad. Permaneció siempre fiel a su costumbre de dormir sobre tablas, de levantarse durante la noche para salmodiar, de ayunar con frecuencia a pan y verdura, de disciplinarse cruelmente y, sobre todo, de meditar con asiduidad los sufrimientos de Cristo.

Se encontraba en Lisboa, tratando con Felipe III la causa de los napolitanos vejados y oprimidos por el virrey, cuando le llegó la muerte. Era el 22 de julio de 1619. Su cuerpo fue llevado al convento de monjas franciscanas de Villafranca del Bierzo, en León. Fue beatificado por Pío VI en 1783 y canonizado por León XIII en 1881. Según hemos dicho, Su Santidad el papa Juan XXIII, el 19 de marzo de 1959, le otorga el título de Doctor de la Iglesia por el breve *Celsitudo ex humilitate*: «Con esta proclamación la Iglesia adscribe oficialmente al senado luminoso de sus maestros, que unen la santidad con una ciencia sagrada auténtica y excelente, su trigésimo miembro».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Compendium vitae sancti Laurentii a Brundusio ex tabulario S. R. Congregationis (Roma 1881).

HIERONYMUS A FEJETTE, *De S. Laurentii a Brundusio... activitate apostolica et operibus* (Venecia 1937).

Leonis XIII Acta, t.2 (1882) 428-450.

LORENZO DE BRINDIS, *Opera omnia*, 15 vols. (Quaracchi 1926-1956).

MILANO, I. DA, «San Lorenzo da Brindisi. Dottore della Chiesa»: *L'Osservatore Romano* (12-5-1959) 3-4.

NÚÑEZ, L. M., «Los procesos de 1630 y 1677 para la beatificación de San Lorenzo de Brindisi»: *Archivo Iberoamericano* 12 (1953) 312-389.

POSTULAZIONE GENERALE FF. MM. CAPPUCINI, *Collectione Miscellanea laurentiana* (Padua 1951-1963).

- 1. *S. Lorenzo da Brindisi: studi. Conferenze commemorative dell'edizione «Opera omnia».*
- 2. *La mariologia di S. Lorenzo da Brindisi.*
- 3. *L'apologetica di S. Lorenzo da Brindisi: originalità. Studio storico-critico.*
- 4-7. *San Lorenzo da Brindisi dottore della Chiesa universale (1559-1619).*
- 8. *Teologia e missione in San Lorenzo da Brindisi.*

- Actualización:

ARMELLADA, B. DE, «La spiritualità di S. Lorenzo da Brindisi, dottore apostolico della Chiesa»: *Laurentianum* 41 (2000) 111-149.

GUZMÁN SANCHO, A., *San Lorenzo de Brindis (Doctor apostólico)* (Madrid 1994).

MCGINN, B., *The doctors of the church. Thirty-three men and women who shaped christianity* (Nueva York 1999).

SAN ALBERICO CRESCITELLI

Presbítero († 1900)

Desde los más remotos orígenes del pueblo chino (hacia la mitad del tercer milenio antes de Cristo) el sentimiento religioso hacia el Ser Supremo y la piedad filial y devota hacia los antepasados difuntos han sido características relevantes de su cultura milenaria.

Esta nota de neta religiosidad se encuentra, más o menos, en los chinos de todos los siglos, hasta el nuestro, cuando bajo el influjo del ateísmo occidental, algunos intelectuales, especialmente los educados en el exterior, han querido desprenderse, como algunos de sus maestros occidentales, de cualquier idea religiosa.

El Evangelio se anunció en China en el siglo V y, a comienzos del VII, se erigió allí la primera iglesia. Durante la dinastía T'ang (618-907) la comunidad de los cristianos estuvo floreciente durante dos siglos. En el XIII la comprensión del pueblo chino y de su cultura, que supo tener un misionero como Juan de Montecorvino, logró que se pudiera dar impulso a la primera misión católica en el «Reino del medio» con sede episcopal en Beijin.

No es de extrañar que, especialmente en la época moderna (es decir, desde el siglo XVI, cuando las comunicaciones entre Oriente y Occidente comenzaron a ser en cierto modo más frecuentes), haya existido por parte de la Iglesia católica el deseo de llevar a este pueblo la luz del Evangelio, a fin de que ésta enriqueciese aún más el tesoro de tradiciones culturales y religiosas tan ricas y profundas.

Así pues, a partir de las últimas décadas del siglo XVI, varios misioneros católicos fueron invitados a China: se habían elegido con gran esmero personas como Matteo Ricci y otros, teniendo en cuenta, además de su espíritu de fe y de amor, sus ca-

pacidades culturales y sus cualidades en diversos campos de la ciencia, en especial de la astronomía y de la matemática. De hecho, gracias a éstos y al aprecio que demostraron los misioneros por el notable espíritu de investigación presente en los estudiosos chinos, pudieron establecerse relaciones de colaboración científica muy provechosas, que sirvieron a su vez para abrir muchas puertas, incluso las de la corte imperial, y para así entablar relaciones muy útiles con varias personas de grandes capacidades.

La calidad de la vida religiosa de estos misioneros fue lo que indujo a no pocas personas de alto nivel a sentir la necesidad de conocer mejor el espíritu evangélico que los animaba y, luego, de instruirse en los postulados de la religión cristiana, lo cual se hizo de manera conveniente a sus características culturales y a su modo de pensar. A finales del siglo XVI y primeros del XVII, fueron numerosos los que, una vez adquirida la debida preparación, pidieron el bautismo y llegaron a ser cristianos fervientes, manteniendo siempre con justo orgullo su identidad de chinos y su cultura. El cristianismo se vio en aquel período como una realidad que no se oponía a los más altos valores de las tradiciones del pueblo chino, ni se superponía a ellos, sino que los enriquecía con una nueva luz y dimensión.

Gracias a las óptimas relaciones existentes entre algunos misioneros y el mismo emperador K'ang Hsi; gracias a sus servicios prestados por restablecer la paz entre el «zar» de Rusia y el «hijo del cielo», o sea el emperador, éste promulgó en 1692 el primer decreto de libertad religiosa, en virtud del cual todos sus súbditos podían seguir la religión cristiana y todos los misioneros podían predicarla en sus vastos dominios. Como consecuencia, la acción misionera y la difusión del mensaje evangélico se desarrollaron notablemente y fueron muchos los chinos que, atraídos por la luz de Cristo, pidieron recibir el bautismo.

Pero, desgraciadamente, la cuestión espinosa de los «ritos chinos» irritó sobremanera al emperador K'ang Hsi y preparó la persecución (fuertemente influenciada por la del vecino Japón), que en unos sitios más, en otros menos, abierta o solapada, violenta o velada, se extendió prácticamente con sucesivas oleadas desde la primera década del siglo XVIII hasta la mitad del si-

glo XIX, matando a misioneros y a fieles laicos y destruyendo no pocas iglesias.

Fue exactamente el 15 de enero de 1648 cuando los tártaros menciado, habiendo invadido la región del Fujian y mostrándose hostiles a la religión cristiana, dieron muerte a San Francisco Fernández de Capillas, sacerdote dominico. Después de haberlo encarcelado y torturado, lo decapitaron mientras rezaba con otros los misterios dolorosos del Rosario. Es considerado el protomártir de China.

Hacia la mitad del siglo siguiente, el XVIII, otros cinco misioneros dominicos españoles, que habían ejercido su actividad entre los años 1715-1747, fueron también asesinados como resultado de una nueva ola de persecución iniciada en 1729 y con secaces más encarnizados en 1746. Era la época de los emperadores Yung-Cheng y de su hijo K'ien-Lung.

Una nueva fase de régimen de persecución de los cristianos se desató posteriormente en el siglo XIX. Mientras algunos emperadores de los siglos precedentes habían autorizado el catolicismo, el emperador Kia-Kin (1796-1821) publicó numerosos y severos decretos en contra. El primero se remonta a 1805; dos edictos del 1811 iban dirigidos contra aquellos chinos que estudiaban para recibir las órdenes sagradas y contra los sacerdotes que propagaban la religión cristiana. Un decreto del 1813 exoneraba de cualquier castigo a los apóstatas voluntarios, es decir, a los cristianos que declaraban espontáneamente que abandonaban la fe, pero amenazaba a todos los demás. En 1815 se promulgaron otros dos decretos en los que se aprobaba la conducta del Virrey del Siciuni, persistiendo una persecución aún más exacerbada en la que sufrieron martirio: Pedro Wu Guosheng y José Zhang Dapeng, laicos catequistas; Gabriel Taurino Dufresse, obispo; Agustín Zhao Rong, sacerdote diocesano chino; Juan de Triora, OFM, sacerdote; José Yuan Zaide, sacerdote diocesano chino; Francisco Regis Clet, CM; Tadeo Liu Ruiting, sacerdote diocesano chino; Pedro Liu Wenyan, catequista laico chino; Joaquín He Kaizhi, catequista laico chino; Augusto Chapdelaine, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París; Lorenzo Bai Xiaoman, laico chino; Inés Cao Kuiying, Jerónimo Lou-Tin-Mey, Lorenzo Wang Bing y Águeda Lin, catequistas,

conocidos como «Mártires de Mao Kou»; los seminaristas José Zhang Wenlan y Pablo Chen Changpin y los laicos Juan Bautista Lou Tingyin y Marta Wang Louzhi, conocidos como «Mártires de Qingyanzhen» (Guizhou); y los llamados «Mártires de Guizhou», a saber: Juan Pedro Neel, sacerdote de las Misiones Extranjeras de París; Martín Wu Xuesheng, Juan Zhang Tianshen, Juan Chen Xianheng y Lucía Yi, catequistas laicos.

En junio de 1840 el Comisario imperial de Guangdong, queriendo con razón suprimir el comercio del opio, que estaba en manos de los ingleses, había hecho arrojar al mar más de veinte mil cajas de esta droga. Éste había sido el pretexto de la guerra inmediata, con victoria de los ingleses.

Terminada la guerra, China debió firmar en 1842 el primer tratado internacional de los tiempos modernos, al que siguieron muy pronto otros con América y Francia. Aprovechando la ocasión, Francia sustituyó a Portugal como potencia protectora de las misiones y como consecuencia se promulgó un doble decreto: uno de 1844, por el cual se permitía a los chinos seguir la religión católica, y otro de 1846, mediante el cual se suprimían las antiguas penas contra los católicos.

La Iglesia pudo entonces vivir abiertamente y ejercer su acción misionera, desarrollándola también en el ámbito de la educación superior, universitaria y de la investigación científica. Al multiplicarse los diversos institutos culturales de alto nivel y gracias a su actividad muy apreciada, se establecieron gradualmente lazos cada vez más profundos entre la Iglesia y China con sus ricas tradiciones culturales. Esta colaboración con las autoridades chinas favoreció de un modo creciente la mutua estima y participación en aquellos valores que deben regir siempre toda sociedad civil.

Transcurrió así un siglo de expansión de las misiones cristianas, excepción hecha del período en que se abatió sobre ellas la desgracia de la insurrección de la «Asociación de la justicia y de la armonía» (conocida comúnmente como de los «boxers»), que, a principios del siglo XX, causó el derramamiento de sangre de muchos cristianos.

En esta revuelta confluyeron todas las sociedades secretas y el odio acumulado y reprimido contra los extranjeros de finales

del siglo XIX a causa de las vicisitudes políticas y sociales que siguieron a la «guerra del opio» y a la imposición de los así llamados «Tratados desiguales» por parte de las potencias occidentales.

Sin embargo, fue muy distinto el móvil de la persecución a los misioneros, aunque fueran de nacionalidad europea. Su matanza fue determinada por una causa puramente religiosa: fueron muertos por el mismo motivo que los fieles chinos que se habían hecho cristianos. Documentos históricos indiscutibles ponen en evidencia el odio anticristiano que impulsó a los boxers a asesinar a los misioneros y a los fieles locales que se habían adherido a su doctrina. Respecto a ellos se emitió un edicto el 1 de julio de 1900, en el cual se decía que ya había pasado el tiempo de las buenas relaciones con los misioneros europeos y sus cristianos; los primeros debían ser repatriados inmediatamente y los fieles, obligados a la apostasía, bajo pena de muerte. El resultado fue el martirio de algunos misioneros y de muchos chinos de los siguientes grupos:

Los «Mártires de Shanxi», muertos el 9 de julio de 1900, son los Frailes Menores Franciscanos: Gregorio Grassi y Francisco Fogolla, obispos; Elías Facchini y Teodorico Balar, sacerdotes; Andrés Bauer, hermano religioso;

Los «Mártires del Hunan Meridional», muertos el 7 de julio de 1900. Eran también Frailes Menores Franciscanos: Antonino Fantosati, obispo; José María Gambaro y Cesidio Giacomantonio, sacerdote. A estos mártires franciscanos se añaden siete Franciscanas Misioneras de María: tres francesas, dos italianas, una belga y una holandesa. Son las beatas María Ermellina de Jesús, María de la Paz, María Clara, María de Santa Natalia, María de San Justo, María Adolfinia y María Amandina.

De los mártires chinos de la familia franciscana forman parte también once franciscanos seculares, todos chinos. Son los santos Juan Zhang Huan, Patricio Dong Bodi, Juan Wang Rui, Felipe Zhang Zhihe, Juan Zhang Jingguang, seminaristas; Tomás Shen Jihe, Simón Qin Chunfu, Pedro Wu Anpeng, Francisco Zhang Rhong, Matías Feng De y Pedro Zhang Banniu, laicos.

A ellos se añaden los santos fieles laicos chinos: Santiago Yan Guodong, Santiago Zhao Quanxin y Pedro Wang Erman.

— Cuando la rebelión de los boxers, iniciada en Shandong, difundida luego en Shanxi y en Hunan, llegó también al sudeste de Tcheli, en aquel entonces vicariato apostólico de Xianxian, confiado a los jesuitas, los cristianos asesinados se cuentan por millares. Entre éstos se encuentran cuatro misioneros jesuitas franceses y cincuenta y dos cristianos laicos chinos: hombres, mujeres y niños; el más anciano, de 79 años, y los dos más jóvenes, de sólo 9. Todos sufrieron el martirio en el mes de julio de 1909; muchos fueron muertos en la iglesia del pueblo de Tchou-Kia-ho, donde se habían refugiado y estaban en oración junto con los misioneros jesuitas León Mangin, Pablo Denn, Remigio Isoré y Modesto Andlauer.

He aquí los nombres y edades de los santos laicos: María Zhou Wuzhi, de unos 50 años; Pedro Zhou Rixin, de 19; Juan Bautista Zhou Wurui, de 17; María Fu Guilin, 37; Bárbara Cui Lianzhi, 51; José Ma Taishun, 60; Lucía Wang Cheng, 18; María Fan Kun, 16; María Qi Yu, 15; María Zheng Xu, 11; María Du Zhaozhi, 51; Magdalena Du Fengju, 19; María Du Tianshi, 42; Pablo Wu Juan, 62; Juan Bautista Wu Mantang, 17; Pablo Wu Wanshu, 16; Raimundo Li Quanzhen, 59; Pedro Li Quanhui, 63; Pedro Zhao Mingzhen, 61; Juan Bautista Zhao Mingxi, 56; Teresa Chen Jinxie, 25; Rosa Chen Aixie, 22; Pedro Wang Zuolong, 58; María Guo Lizhi, 65; Juan Wu Wenyin, 50; Zhang Huailu, 57; Marcos Ji Tianziang, 66; Ana An Xinzhi, 72; María An Guozhi, 64; Ana An Jiaozhi, 26; María An Lihua, 29; Pablo Liu Jinde, 79; José Wang Guiji, 37; Juan Wang Guixin, 25; Teresa Zhang Hezhi, 36; Lang Yangzhi, 29; Pablo Lang Fu, 9; Isabel Qin Bianzhi, 54; Simón Qin Chunfu, 14; Pedro Liu Ziyu, 57; Ana Wang, 14; José Wang Yumei, 68; Lucía Wang Wangzhi, 31; Andrés Wang Tianqing, 9; María Wang Louzhi, 49; Xi Guizi, 18; María Zhao Guozhi, 60; Rosa Zhao, 22; María Zhao, 17; José Yuan Gengyin, 47; Pablo Ke Tingzhu, 61; Rosa Fan Hui, 45.

El hecho de que este considerable número de fieles laicos chinos haya ofrecido la vida a Cristo juntamente con los misioneros que les habían anunciado el Evangelio pone en evidencia la profundidad de los vínculos que la fe en Cristo establece, reuniendo en una sola familia personas de razas y culturas diversas,

estrechamente hermanadas entre sí, no ya por motivos políticos, sino en virtud de una religión que predica el amor, la fraternidad, la paz y la justicia.

Además de todos los mártires de los boxers hasta ahora mencionados, debe recordarse también a San Alberico Crescitelli.

ALBERICO CRESCITELLI nació el 30 de junio de 1863 en Altavilla Irpina —provincia de Avellino, diócesis de Benevento—, hijo de Benjamín —farmacéutico del pueblo— y Degna Bruno, distinguido matrimonio, profundamente cristiano. Fue el más robusto de los diez hermanos, lo bautizaron en la iglesia parroquial de Santa María Asunta con el nombre de Alberico Pietro Pelegrino. Inclinado por naturaleza a la piedad, desde la infancia demostró una viva inteligencia y una gran fuerza de voluntad para aprender, así como un afanoso interés por las labores agrícolas. Su padre le mandaba vigilar las tierras familiares, lo que le será muy útil años después, en su ministerio apostólico.

Le encantaba leer. Después de algún tiempo trabajando en el campo, a sus quince años decide reemprender los estudios y hace de la biblioteca del canónigo Rafael Crescitelli, en Altavilla, su sala de lectura: lee ávidamente libros de liturgia, historia de la espiritualidad y ascesis. Las lecturas y las largas visitas a la iglesia, donde copia himnos a la Virgen para distribuirlos a los fieles, le hacen descubrir su vocación al sacerdocio.

Tras los primeros estudios en su ciudad natal, el 8 de noviembre de 1880 ingresó en Roma en el Pontificio Seminario de San Pedro y San Pablo para las Misiones Extranjeras, fundado por Monseñor Avanzini. (Es el actual Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras desde su unión, en 1926, con el Seminario para las Misiones Extranjeras de Milán.) Durante siete años estudió Filosofía en el Archigimnasio Gregoriano, y Teología en la Pontificia Universidad Lateranense, en la antigua sede de San Apolinar, y en la Gregoriana, consiguiendo con buenas notas los grados académicos. El 4 de junio de 1887 fue ordenado sacerdote; en otoño debía partir para las misiones, pero los planes del Señor, de momento, eran otros.

Alberico, que cuatro años antes había perdido a su padre y a su hermana Rossina cuando, estando los dos en Casamicciola, en la cercana isla de Ischia, murieron a causa de un tremendo

terremoto que provocó 1.784 víctimas, ahora se encontrará de nuevo, y muy de cerca, con la muerte. Cuando, antes de embarcarse para las misiones, pasa unos días en Altavilla para despedirse de su pobre madre y el resto de su familia, se desata en toda la Campania una terrible epidemia de cólera. En 37 días se contagian 275 personas y mueren 103. Con la anuencia de sus superiores, Alberico se queda allí cuatro meses para asistir a los enfermos y moribundos, y lo hace con tal abnegación y caridad que sus paisanos le conceden una medalla de bronce.

Por fin, el 6 de abril de 1888, desde el puerto de Génova, pudo partir para China, destinado al vicariato apostólico de Xiaozhay, la actual diócesis de Hanchung, en la provincia de Attivo, adonde llegó, tras cuatro meses de viaje, el 18 de agosto. Inició enseguida el estudio de la lengua, y monseñor Gregorio Antonucci, vicario apostólico, le confió un distrito con poco más de un millar de cristianos. Pronto comenzó un intenso apostolado, entre dificultades y peligros de todo género, visitando las comunidades cristianas diseminadas a lo largo de las orillas del río Han, por el Oeste hasta Mienhsien, y por el Este hasta Hanyang-pin, donde construyó una iglesia. Para reunir a aquellos cristianos tan dispersos proyectaba con éxito la formación de colonias agrícolas. En enero de 1900 le fueron asignados, en la zona más montañosa de las misiones, los distritos de Mienhsien, Lioyang y Ningkiang. En este último, el más lejano e incómodo, trabajó particularmente, sin perdonar fatigas y sacrificios, atravesando los inmensos territorios por ríos tempestuosos, a caballo, a pie, en el rigor de los meses invernales o con el calor sofocante del verano. El continuo viajar le obligaba a vivir en precarias y molestas cabañas, improvisadas y miserables, pero él escribía: «Mi corazón me dice que estoy donde Dios me quería, y estoy contento». Nunca antes había vivido un sacerdote en aquellos territorios, donde la sequía era pertinaz, y el hambre se dejaba sentir. Esta hambruna crónica era el mayor obstáculo para la predicación del misionero, que sabría conquistarse la confianza de la gente mejorando sus condiciones materiales. De nuevo, como en su niñez, Alberico se siente campesino, enseñando a sus cristianos a mejorar sus cultivos. Por eso, Pío XII pudo decir en la homilía de su beatificación:

«No parece extraño que un misionero se ocupe de la agricultura, ni podrá decirse que sea contrario al apostólico ministerio conocer la índole del pueblo al que se debe anunciar la buena nueva. Tratar de interesarse por aquello que más le interesa a la gente es uno de los modos de hacerse todo a todos».

La situación no era muy prometedora, sin embargo, el P. Alberico es imbatible. Compra terrenos para proporcionar una fuente de ingresos a los pobres y vagabundos; asiste, ayuda, defiende a los débiles, catequiza a grandes y chicos... Reclama para sus campesinos cristianos, excluidos de toda ayuda, el derecho a recibir en tiempo de carestía una asistencia como la de los otros. Satisfecho por haber conseguido algunos subsidios para los cristianos, escribe al vicario apostólico el 10 de julio de 1900: «En Yentzepien reina una paz jamás vista; los litigios han acabado como por encanto». Esto atraerá sobre él la envidia y enemistad de algunos jefes locales. Pero a él no le importa.

Su actividad apostólica, paciente e incansable, provoca un fuerte movimiento de conversiones. En su última carta, del 10 de julio de 1900, escribirá a su obispo, monseñor Pío Giuseppe Paserini, que ha conseguido hacer más de 560 catecúmenos y que, entre familiares y amigos de éstos, pronto acabarán bautizándose unos 740. Alarmados los aduaneros de la zona, empezaron a perseguir a los cristianos hasta privarles de los subsidios que el emperador concedía a todos para que pudieran hacer frente a la grave carestía que entonces devastaba toda la provincia y, particularmente, aquella zona. En general, en toda China, los sentimientos xenófobos y anticristianos se hacían cada vez más violentos, dando lugar a agresiones e incluso matanzas. El poder político, débil y corrupto, decía una cosa y hacía otra; parecía deplorar las matanzas cuando en realidad las veía con buenos ojos, llegando incluso, en algunos casos, a impulsarlas. En Ningkiang había muchos simpatizantes de las sociedades secretas, entre ellas el «Grupo de la justicia y la concordia», cuyos miembros eran llamados «boxers», por practicar las artes marciales (boxe), como entrenamiento físico y moral.

En aquella situación, Alberico escribía a su madre el 11 de marzo de 1900:

«Tened buen ánimo y no os preocupéis por mí. Yo estoy en las manos de Dios, estoy contento; sólo espero hacer su voluntad, no

deseo nada más. Y me parece que el Señor me da más fuerza cuando la necesito más».

Crescitelli trabajó mucho a favor de los cristianos y obtuvo para ellos en muchos casos la justicia de las autoridades. Pero cuando todo parecía transcurrir en paz, un edicto imperial del 5 de julio de 1900, que proscribía el cristianismo, decretó dar muerte al misionero y a los que aparecieran como fieles a él. Sus catecúmenos de Yentzepien, donde se encontraba, ofrecieron al P. Alberico ponerlo a salvo en la provincia cercana de Sechwan, pero él no quería abandonar a sus fieles en el momento del peligro. Al fin, por la insistencia de éstos, se decidió sólo a dejar el pequeño poblado de Yentzepien, para pasar al pueblo vecino de Yang-pin-kwan. Cuando se disponía a hacerlo se lo impidió Jao, el jefe del poblado, que lo retuvo en su despacho hasta la madrugada con la excusa de que las calles eran muy poco seguras, y por fin, lo entregó en manos de sus perseguidores.

En el silencio de la noche resonaron tres golpes de muerte: era la señal convenida. Un grupo numeroso de desalmados se abalanzó para coger al «diablo europeo», mientras el P. Alberico les decía mansamente: «¿Por qué hacéis esto? ¿Qué mal os he hecho?». Por toda respuesta, casi le cortan de un tajo de cuchilla el brazo izquierdo. Al esquivar el golpe, fue herido en la nariz y los labios. Ensangrentado y aturdido por los bastonazos, fue torturado toda la noche y, en medio del mercado de Yentzepien, expuesto al ludibrio y los maltratos de una muchedumbre enfurecida y llena de odio que lo sometía a desprecios innumerables.

Al rayar el día, atado de pies y manos, es arrastrado con una soga a la orilla del río, cercana al mercado. Allí quisieron decapitarlo con un cuchillo empleado para segar el forraje de las bestias y, como no pudieran cortarle la cabeza de un solo tajo, usaron la hoz a modo de sierra, hasta que la cabeza del mártir cayó sobre la arena. A continuación, descuartizaron el cadáver, arrojando al río los miembros de aquel cuerpo, inmolado como el de Jesús... Era el alba del 21 de julio de 1900. Algunos testigos narraron que cuando degollaron al santo misionero, el cielo, antes nublado, se aclaró repentinamente, dejando caer limpiísimos rayos de sol sobre el cadáver. El papa Pío XII, al beatificarlo, recordaba así su muerte:

«El suyo fue, humanamente hablando, un martirio horrible, tal vez de los más atroces que la Historia registra. Nada faltó en él, ni la crueldad de los tormentos, ni su duración, ni las humillaciones más bárbaras, ni los sufrimientos del corazón, ni las hipocresías de los falsos amigos, ni los clamores hostiles y amenazadores de los sicarios, ni la oscuridad del abandono».

Había muerto mártir un joven sacerdote, normal, pacífico, valiente, enamorado de Jesucristo crucificado. Como él, fue eliminado por un complejo y oscuro engranaje de intrigas políticas y de poderes, al que era completamente extraño. Murió solo y humillado a la orilla de un río, en una región de China que no había conocido antes, a la que fue destinado como misionero. Alberico recibió como un regalo el martirio que lo purificó y lo hizo precioso a los ojos de Dios. Su historia, a más de un siglo de distancia, parece una crónica de hoy. Una crónica de Indonesia, de Ruanda, de África Central, de Sierra Leona, de Filipinas. La crónica de tantos misioneros, granos de trigo enterrados para hacer florecer el desierto de la historia, chispas del corazón de un Dios que ama con pasión a su pueblo y no lo abandona nunca. Desde aquella tarde en que el divino mártir entregó su vida en el Calvario, nadie muere solo, lejos o inútilmente, porque con Cristo nadie está solo, o lejos, nadie es inútil.

Su proceso de canonización se inició el 21 de diciembre de 1927. Pío XII beatificó a Alberico Crescitelli el 18 de febrero de 1951, fijando su fiesta el día de su martirio, 21 de julio. Juan Pablo II lo canonizó el 1 de octubre del Año Jubilar 2000 en San Pedro del Vaticano, junto a los beatos Agustín Zhao Rong y 118 compañeros mártires de China. Ante las acusaciones del gobierno chino sobre los mártires canonizados, el Papa señaló que eran el resultado de una deficiente lectura de la historia.

El Papa, al encontrarse con los peregrinos que celebraban a los nuevos santos, dijo:

«Una lectura parcial y no objetiva de la historia ha llevado a algunos a ver solamente las limitaciones y los errores en la labor y la vida de los misioneros en China [...] Si cometieron errores —¿acaso el ser humano está libre de todo error?— pedimos perdón». Los mártires vivieron y murieron durante «situaciones de gran turbulencia social». Con la canonización «la Iglesia no quiere hacer juicios sobre esa etapa, y menos aún quiere legitimar los comporta-

mientos de los gobiernos de aquella época, sino arrojar luz sobre la heroica fidelidad de estos dignos hijos de China que no se dejaron intimidar por la amenaza de una feroz persecución».

Los canonizados, mártires entre los años 1648-1930, con edades entre 7 y 87 años, incluían a 87 chinos: hombres y mujeres laicos y cuatro sacerdotes. También a los misioneros de Francia, España, Italia, Bélgica y los Países Bajos: siete obispos, dieciocho sacerdotes, un religioso y siete monjas.

A este nutrido ejército de mártires deben unirse dos miembros de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco: San Luis Versiglia, obispo, y San Calixto Caravario, presbítero, asesinados juntos el 25 de febrero de 1930 en Li-Thau-Tseul.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

- Atti e Processi per la Beatificazione e sul martirio dei martiri francescani uccisi nel 1900* (Roma 1932).
- BALCONI, L., *33 anni in Cina* (Milán 1946).
- *Alberigo Crescitelli* (Milán 1950).
- BUBANI, P. A., *Epistolario A. Crescitelli* (Milán 1990).
- CRESCITELLI, L., *Vita del Servo di Dio P. Alberigo Crescitelli (scritta dal fratello Luigi)* (Ave-lino 1914).
- LAZZAROTTO, A., *La Chiesa cattolica in Cina* (Milán 1981).
- MIENCAGLIA, G., *Il Beato Alberigo Crescitelli* (Milán 1950).
- L'Osservatore Romano* (1/3-10-2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS SIMEÓN SALO Y JUAN DE SIRIA

Ermitaños († s. vi)

Originarios uno y otro de Siria, en el tiempo del emperador Justiniano, se conocieron y se hicieron amigos durante una peregrinación a los Santos Lugares. Iban los dos de vuelta a casa, a la que Simeón deseaba llegar para reencontrar a su anciana madre, visitaron las lauras de monjes de Palestina y se sintieron ambos llamados a dejar el mundo y vivir solamente para Dios. Recibieron el hábito monástico y practicaron un tiempo la vida cenobítica antes de pasar a vivir como ermitaños. Pero pasado un tiempo y sabedor de la muerte de su madre, Simeón decidió

volver a Siria y trabajar por la salvación de las almas. Vuelto a Emesa, quiso pasar por idiota (Salo), pese a lo cual se acreditó por sus milagros y obtuvo la conversión de muchas personas. Predijo su muerte y se cuenta que en su entierro el cuerpo del santo desapareció milagrosamente.

Por su parte Juan, una vez recibido el hábito monástico, quedó preocupado por la suerte de su esposa y pidió para ella que el Señor le diese también vocación monástica o la llevase al cielo. Sucedió esto segundo. Cuando, luego de veinte años de vida eremítica en común, Simeón volvió a Siria, se deja de tener datos de Juan, sabiendo solamente que perseveró en su vida de ermitaño. Los sinaxarios bizantinos conmemoran a los dos juntos el 21 de julio, día en que los recoge el *Martirologio romano*.

SANTA PRÁXEDES

Virgen (s. II)

Es seguro que al menos en el siglo VII ya se daba culto en Roma a las reliquias de Santa Práxedes en la iglesia de San Silvestre en la Via Salaria y así consta de varios documentos, poniendo su memoria el *Calendario vaticano* (s. XII) el 21 de julio, como igualmente se halla su nombre en varios códices del *Martirologio jeronimiano*. No se encuentra su nombre, sin embargo, ni en la *Depositio martyrum* (s. IV) ni en los sacramentarios antiguos (Leoniano, Gelasiano, Gregoriano). En Roma, como recuerda el *Martirologio*, tenía de antiguo un título a ella dedicado, iglesia de la que había sido titular Pascual I († 824) y que la reconstruyó cuando llegó al pontificado y parece que fue entonces cuando se trasladaron las reliquias de la santa a su título. Es bien sabido cómo este papa, para salvarlas, repartió por las iglesias de Roma muchas reliquias de los mártires. En esta iglesia siguen estando dichas reliquias. Las *Actas* de esta santa y de Santa Potenciana o Pudenciana no tienen verdadero fundamento histórico.

BEATO GABRIEL PERGAUD

Presbítero y mártir († 1794)

Gabriel Pergaud nació y fue bautizado el 29 de octubre de 1752 en Saint-Priest-la-Plaine, Francia, en una familia acomodada. En su juventud siente la vocación religiosa y profesa como canónigo regular de San Agustín, de la congregación francesa reformada, llamada de Santa Genoveva, en la abadía de Beaulieu. Fue luego procurador de la abadía de Paimpont y en 13 de marzo de 1779 se le nombró prior simple de Sainte-Brigitte de Merdignac. Se le quiso hacer prior de Mégrit, pero prefirió quedarse en su abadía de Beaulieu, de la que ya era prior.

Llegada la Revolución, el 14 de julio de 1791 se le constituye guardián de los sellos puestos en el mobiliario de su monasterio. El día 21 de enero de 1792 hubo un pillaje en la abadía y se conserva una narración de lo ocurrido firmada por él usando el título de prior. Él continuó en la abadía de Beaulieu todo el año 1792, sin prestar el juramento a la constitución civil del clero ni el de libertad-igualdad, y no consta que en este tiempo ejerciera el ministerio.

Pero el 19 de enero de 1793 fue presentado al Directorio del departamento y encerrado en la casa común de Saint-Brieuc esperando poder pasar a Jersey. El 14 de abril, en efecto, el Directorio intentó hacer pasar un grupo de eclesiásticos a las islas inglesas del Canal en plan de deportación. Se le dio su pasaporte que él firmó. Mas la partida no tuvo lugar y él fue trasladado a los carmelitas de Guincamp, siendo objeto de orden de deportación el 8 de marzo de 1794 y saliendo para Rochefort el día 16. Embarcado desde el 10 de junio en Les Deux Associés, dio testimonio claro de valor y fe, una gran presencia de ánimo y una neta firmeza. Murió el 21 de julio de 1794 luego de una larga agonía. Fue enterrado en la isla de Aix. El 1 de octubre de 1995 lo beatificó Juan Pablo II como mártir.

SAN JOSÉ WANG YUMEI

Mártir († 1900)

José era un fervoroso cristiano de 68 años de edad que había nacido en el pueblo de Wei-Hsien y vivía en el de Majiazhuang, en la provincia china de Hebei, donde era el administrador de los bienes de la comunidad cristiana. Viendo venir la perspectiva del martirio, se llenó de alegría pues amaba al Señor con todo su corazón. Llegados los boxers lo arrestaron y lo metieron en un carro en el que iban arrestadas varias mujeres cristianas. Al llegar al pueblo de Daining, los boxers quisieron hacer con él un escarmiento que lograra aterrorizar a las mujeres y, así, lo bajaron del carro y le acometieron con puñetazos, patadas, golpes, etc., hasta que un soldado con la lanza le atravesó la garganta y otro le cortó la cabeza. Era el 21 de julio de 1900. Fue canonizado por Juan Pablo II, junto con los demás mártires de China, el 1 de octubre de 2000.

22 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa María Magdalena († s. I), discípula del Señor, que se le apareció resucitado y le encomendó anunciar su resurrección a los discípulos **.
2. En Ancira (Galacia), San Platón († s. III/IV), mártir.
3. En África, santos mártires masilitanos († s. III/IV), en cuyo natalicio San Agustín predicó al pueblo.
4. En Antioquía de Siria, San Cirilo († ca.306), obispo y mártir.
5. En Esquemaris (Cáucaso), San Anastasio († 662), monje, discípulo de San Máximo el Confesor, que padeció mucho por la fe verdadera y murió en el destierro.
6. En el monasterio de Fontenelle (Neustria), San Wandregisilo († 668), abad *.
7. En Ménat (Galia), San Meneleo († ca.700), abad.
8. En Pavía (Lombardía), San Jerónimo († s. VIII), obispo.
9. En Lodi (Lombardía), San Gualterio o Walter († 1224), fundador del Hospital de la Misericordia *.

10. En Venecia, Beato Agustín Fangi de Biella († 1493), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

11. En Lisboa (Portugal), San Lorenzo de Brindis († 1619), cuya memoria se celebró ayer.

12. En Cardiff (Gales), santos Felipe Evans, de la Compañía de Jesús, y Juan Lloyd († 1679), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos II **.

13. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Lombardie († 1794), presbítero y mártir *.

14. En Majiazhuang (China), santos Ana Wang, virgen, Lucía Wang Wangzhi y su hijo Andrés Wang Tianqing († 1900), mártires *.

15. En Daining (China), Santa María Wang Lizhi († 1900), mártir.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARÍA MAGDALENA

Discípula del Señor († s. I)

María Magdalena irrumpe en el Evangelio y en la historia cuando entra, temblorosa pero resuelta, en casa del fariseo Simón.

La escena relatada por San Lucas (7,36-50) parte en dos vertientes la vida de esta mujer: antes y después de su encuentro con Jesús.

De este episodio, que la liturgia nos propone en el Evangelio de su fiesta, hemos de arrancar para conocerla. Delicadamente, el evangelista silencia en este lugar su nombre, pero en el capítulo siguiente nos habla de María Magdalena, de quien Jesús había arrojado siete demonios (Lc 8,2).

La semejanza íntima entre la María Magdalena nombrada por los cuatro evangelistas con la pecadora innominada que se arroja a los pies de Jesús en casa del fariseo justifica plenamente la identificación que la tradición cristiana y la liturgia hacen de estas dos figuras evangélicas.

Recogiendo los datos necesarios para reconstruir «su pasado» hallamos que *era una mujer pecadora que había en la ciudad* (Lc 7,37), que esta ciudad era Magdala, y que le fueron perdonados sus pecados *porque había amado mucho* (Lc 7,47); luego antes de la escena en casa de Simón había conocido a Jesús, había sido transformada por él.

Era Magdala una ciudad próspera. Recostada en la ribera del mar de Galilea, se había enriquecido con la industria de salazón de pescado. A esto había que añadir la riqueza de su suelo cruzado de corrientes, que le permitían el lujo de ceñirse de árboles.

María, ávida y hermosa, pasearía por aquellas calles su belleza aderezada de lino finísimo, de brazaletes y de collares. La admiración de los hombres y el tintineo de sus tobillos anillados, que suscitaban miradas de envidia y de deseo, le distraían la tristeza. Pero las horas de placer se le escapaban de las manos sin remedio, como las cuentas de un collar roto, dejándole insatisfecho el corazón.

Jesús iniciaba su vida pública eligiendo como centro de su predicación y sus milagros a la pequeña Galilea.

Un día cualquiera llegó hasta Magdala el rumor. Iba creciendo como la brisa vespertina que riza apenas la superficie del lago para estallar al fin en ola sobre la orilla.

— *¡Ha aparecido un Profeta! Se rodea de discípulos. ¡Anuncia el reino de Dios y dice que está dentro de nosotros! Viene hacia Magdala [...] ¡Ya llega! [...] Está aquí. ¡El Profeta!*

Se dejó arrastrar por un grupo que corría. Fue sólo un instante. Divisó su estatura destacada. Más cerca pudo distinguir sus rasgos. Le agradaron. Eran regulares y firmes, pero... ¿y sus ojos? No podía verlos. Fue sólo un instante. Él, al pasar, la miró. Hubiera querido retenerle, pero él seguía ya su camino.

No podía María olvidar los ojos del Profeta. ¿Qué había en aquellos ojos? ¿Reproche? Sí, reproche; pero también compasión, una compasión inmensa. La vida se le hizo insoportable. Cada pecado grababa más hondo en su recuerdo aquella mirada. Le dijeron que Cafarnaúm era su residencia más frecuente.

La tarde estaba ahíta de polvo y la ciudad parecía desierta; pronto descubrió un apiñado enjambre frente a una casa del barrio de los pescadores. Magdalena tardó horas en ir ganando puestos pacientemente hasta llegar al umbral en que Jesús inagotablemente se inclinaba sobre las necesidades de todos. Le golpeaba apresuradamente el corazón. Se había cubierto con un velo tupido que ocultaba por entero su vestido rico, sus cabellos. ¿Qué le pediría ella al Profeta? Nada. Realmente. No tenía nada que pedirle. Ni sabía ahora por qué había venido.

De pronto se produjo un gran revuelo. Alguien por la parte posterior de la casa había logrado levantar la techumbre y en este momento, ante un murmullo expectante, descolgaban una camilla con un hombre totalmente rígido e inmóvil (Mc 2,1-2; Mt 9,1-18; Lc 5,17-26).

Los escribas y personas importantes que rodeaban a Jesús se apartaron, y quedó el hombre tendido en el centro de la habitación delante de él. El enfermo, intensamente pálido, imploraba con los ojos. Jesús le miró largamente —se hizo un silencio total—; después, posando una mano sobre su frente, dijo en tono solemne:

—*Hijo, ten confianza; perdonados te son tus pecados.*

Magdalena, en la misma puerta, tembló: ¡sus pecados!

Hubo un instante de sorpresa y desencanto. Miradas de reprobación de los escribas. Pareció que uno de ellos iba a hablar, pero Jesús le tomó la palabra.

—¿Por qué os escandalizáis de que yo perdone los pecados? Pensáis, sin duda, que sólo Dios puede hacerlo... *Pues, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad de perdonar los pecados, a ti lo digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa.*

María comprendió entonces la profundidad de la mirada compasiva de Jesús. Creyó que él, con su poder divino, había taladrado su conciencia y que la había visto a ella, manchada de lujuria, de envidia, de codicia. De repente, aquellas palabras de Jesús anteponiendo el perdón de los pecados a la salud del cuerpo, la habían colocado frente a sí misma. Todo su orgullo de mujer hambrienta de halagos se rebelaba. No podía soportar el pensamiento de su propio espectáculo. Sentía asco de su vida y juntamente una rebeldía indomable que le impedía reconocerse indigna, despreciable, merecedora de la infinita compasión de Jesús.

El remordimiento es amargo cuando el amor no lo ha transformado aún en contrición. Es como una losa que nos oprime, amenazando aplastarnos para siempre; como una serpiente que se revuelve en el alma.

Lentamente, por debajo del orgullo encabritado, y a medida que éste se amansaba, la gracia iba abriéndose paso. A la rebeldía sucedía la esperanza que habían dejado prendida en su alma

aquellas palabras dirigidas al paralítico: *Hijo, ten confianza; tus pecados te son perdonados*. Ella también podía ser perdonada.

Sus pecados le pesaban ahora como una cadena insoportable. Pero las cadenas atan a la tierra. Ella, para liberarse, tenía que romperlas, y se sentía sin fuerzas, impotente. En esta agonía que le deshace el alma, porque ya no quiere pecar y peca, busca de nuevo a Jesús.

Ahora Él enseña en el Monte. Entre Caná y Cafarnaúm, en la ladera del Poniente, que conserva fresca la hierba hasta el centro del verano. La muchedumbre que le rodea es compacta. No logra acercarse al Maestro, pero le escucha:

—*Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios.*

—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos también alcanzarán misericordia.

—Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Y estas palabras abren su alma a un deseo acuciante de bondad y de bien.

Como el aliento del amanecer despertando a las palmeras del desierto, como el primer vuelo de un pájaro recién nacido, aletea en su corazón un amor nuevo, un amor puro que le empuja sin violencias hacia aquella verdad, hacia aquel bien vislumbrado que se personifica en Jesús.

Sólo él podía saciar los verdaderos deseos de su corazón.

Como la esposa del Cantar ella quiere buscar al amado por calles y por plazas e increpar a los centinelas de la ciudad: «¿No habéis visto al amado de mi alma?».

Supo que estaba en casa de Simón. Entró muy de prisa, apretando fuertemente su frasco de perfume. Hubiera querido pasar inadvertida, pero no fue posible. Casi la echaron para atrás las miradas de escándalo y de desprecio. No importaba. Se lo merecía. Su orgullo se había fundido porque había triunfado el amor.

Le vio y se arrojó a sus pies. Quiso decirle su arrepentimiento, suplicar su perdón. Pero no pudo. Se le ahogaron en lágrimas las palabras. Sólo supo besarlos y llorar, no sabía si de amor o de dolor. Él comprendía.

Derramó sobre sus pies el perfume. Quería darle esta muestra de gratitud; pero... ¡qué poco era aquello! Se soltó en gesto rápido las trenzas. Eran algo muy suyo, algo que ella había cuidado con esmero como a su gala preferida, justo era emplearlas ahora en enjugarle a él los pies.

Ahí seguía, ajena a la irritación circundante cuando habló Jesús:

—*Simón, quiero decirte una cosa.*

—Dila, Maestro.

—Un acreedor tenía dos deudores...

Aludida por él, María se estremeció desde sus plantas escuchando aturdida la defensa que ¡de ella! hacía el Maestro.

Lentamente irguió la cabeza y se atrevió, al fin, a mirarle.

—*Mujer, perdonados te son tus pecados...*

Movió ella los labios sin lograr emitir ningún sonido.

—*Tu fe te ha salvado, vete en paz (Lc 7,36-50).*

Las palabras del Señor fueron eficaces en su alma, que quedó inundada de paz.

«¡Oh hijas de Jerusalén!, conjúroos por las cabras y por los ciervos de los campos que no despertéis ni desveléis a mi amada» (Cant 3,5).

María, renovada y libre, se une al grupo de mujeres que asisten a Jesús. En adelante su vida aparece íntimamente trenzada con los principales acontecimientos de la vida de Cristo: vicisitudes de su ministerio mesiánico, pasión y muerte, resurrección.

«Y aconteció luego que recorrió él una tras otra las ciudades y aldeas predicando y anunciando la buena nueva del Reino de Dios. Con él iban los doce y algunas mujeres [...] María, la llamada Magdalena, de la cual habían salido siete demonios, y Juana, la mujer de Cuza [...], y otras muchas que le servían con sus haberes» (Lc 8,1-3).

Seguir a Jesús, servirle, pudo parecer a Magdalena una felicidad indecible. Pronto comprobó que estaba sembrado de sacrificios. Pero amaba. Amaba con sinceridad, tenía una deuda que pagar y siguió adelante.

La vida pública del Señor cosechó algo más que éxitos.

A los pocos días de iniciar el peregrinaje en su seguimiento estuvieron a punto de lapidarle en Nazaret (Mc 6,16; Mt

13,53-58). El entusiasmo que produjo la multiplicación de los panes se trocó en desvío cuando Jesús prometió a su auditorio que él les daría a comer su carne y a beber su sangre. María no entendía nada, pero no podía dejar de creer en él. ¿No estaban todos ellos a cada paso comprobando su poder divino? ¿Cómo podían dudar? ¿No palpaban en sí mismos una transformación inexplicable a su solo contacto? ¡Ah! Ella no tenía derecho a dudar. ¡Había experimentado tan ciertamente que era él y sólo él quien la había curado atrayéndola tan suave pero tan fuertemente hasta arrancarla del pecado!

Menos mal que aquel día Simón, en un arranque, había sabido interpretar lo que ella misma sentía.

—No, Señor, nosotros no te dejaremos. *¿Adónde iríamos? ¡Sólo Tú tienes palabras de vida eterna!* (Jn 6,60-70).

Galilea, Fenicia, Decápolis, Judea. En Judea el ambiente era hostil, preñado de peligros. Pero ella no tenía miedo. Tampoco comprendió entonces por qué algunos discípulos tenían miedo.

Hasta que... Parecía imposible. Imposible. Habían vuelto a Jerusalén para la Pascua. Se precipitaron los acontecimientos. Ella no lo había creído, a pesar de los rumores, a pesar de las amenazas, y el golpe la anonadó.

¡Habían prendido al Maestro! (Mt 26; Mc 14; Lc 22; Jn 18).

Habían prendido al Maestro de noche, mientras ella dormía. ¿Cómo era posible que durmiera? Y ahora —estaba amaneciendo— le acababan de llevar a Pilato después que el sanhedrín hubo decretado su muerte (Mt 27; Mc 15; Lc 23).

Alzaron la cruz.

María se quedó helada de horror. No podía ser él. No podía serlo. Sus ojos —aquellos ojos— estaban turbios de sangre. Su cuerpo, como un gusano retorcido y lívido.

—*¡Si eres el Hijo de Dios baja de la cruz!* (Mt 27,40).

¿Bajaría? ¿Por qué no se desclavaba? Podía hacerlo. Estaba segura. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué?

—*Padre mío, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Lc 23,34).

Sí, era Jesús. Éste era Jesús. Perdonando, siempre perdonando. ¿Cómo era posible que él, tan bueno... acabase así? Él no lo merecía, ella sí. Lo hubiese merecido, pero él... ¿h?

—*Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.* (Lc 23,42)

Miró a lo alto. Esta voz parecía venir de uno de los malhechores crucificados junto al Maestro. Ahora Jesús le miraba y parecía querer hablarle:

—*Yo te lo digo, hoy mismo estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23,42-43).

¡Con qué facilidad perdonaba Jesús! ¡Con qué facilidad la había perdonado a ella! ¡Con qué facilidad perdonaba ahora a este malhechor! ¿No sería que Jesús sufría para tener derecho a perdonar?

Le daba vértigo el misterio que se abría a su entendimiento como una sima.

La justicia de Dios —ella lo había sabido siempre— era inexorable. Necesariamente inexorable. Y Jesús perdonaba tan fácilmente.

Miró a Jesús. Tuvo valor para mirar de nuevo a Jesús.

¡Ése era el precio del pecado! Ese jirón blanco y retorcido surcado de sangre. ¡De nuestros fáciles pecados!

Su angustia, su desesperación primera había cedido a un dolor hondo, anonadado, que no podía contener.

Una mano amiga se posó sobre su brazo. Era la Madre de Jesús... Se miraron. Tuvo vergüenza de haber exteriorizado con tanta vehemencia su dolor, pues... ¿podría haber dolor comparable al suyo?

La Madre también lloraba, pero sosegadamente, como la lluvia mansa que fecunda la tierra.

Jesús tenía que morir. Moriría. ¡Qué amor el suyo! Iba a morir por sus pecados.

Cuando el corazón sufre nos parece que el tiempo se detiene para oprimirnos. Es una ilusión. Nos oprime la pena, pero el tiempo pasa. Y pasaron aquellas horas para los amigos de Jesús desde que Él quedó encerrado en el sepulcro dejándoles sumidos en una inercia llena de estupor.

La sensibilidad de Magdalena, deshecha por el horror del suplicio, reproducía a cada instante la imagen de las llagas, los clavos, las espinas, la sangre de Cristo.

Se revolvía sin poder ni querer escapar del atroz recuerdo ni de la certeza de que Jesús había muerto por sus pecados. Le parecía sentir la sangre de Cristo chorreando sobre su alma para

dejarla blanca, sin mancha. ¿No había dicho el profeta: «Aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, quedarán vuestras almas blancas como la nieve, y aunque fuesen teñidas de encarnado como el bermellón se volverán del color de la lana más blanca»? (Is 1,18).

Su único consuelo era prometerse a sí misma que moriría con él.

Esto haría: En cuanto terminase el descanso sabático correría al sepulcro y permanecería allí hasta morir. Junto al cuerpo de Jesús, sin separarse de él.

Los dedos del alba hilaban tenuemente el amanecer más hermoso que ella hubiera presenciado jamás. Toda la fragancia de la primavera parecía emerger de la tierra saliendo al encuentro del pequeño grupo de mujeres. Sus siluetas se confundían con la luz difusa del camino que conducía al sepulcro. Una brisa fresquísima oreaba sus mantos.

María no podía reprimir sus apresurados latidos cuando divisaron el sepulcro a lo lejos. Mas... ¿qué era aquello? La piedra estaba corrida.

¡Había sido violada la sepultura! (Mc 16,4; Jn 20,1).

Despavorida, desanda Magdalena el camino, corriendo hasta quedar sin aliento para avisar a los discípulos. ¡Han robado el cuerpo del Maestro!

Pedro y Juan corren también (Jn 20,2-4). Ella, muy rezagada esta vez, alocada y exhausta, llega de nuevo y encuentra el lugar solitario.

Se postra llorando junto al sepulcro vacío.

No puede resignarse a perder el cuerpo de Jesús. No le queda otra señal tangible de su existencia. Necesita palpar de nuevo esta prueba inequívoca de que los últimos meses de su vida no han sido un sueño.

¿Un sueño? ¿Estará soñando ahora?

Tocada por una intuición se asoma toda por la oscuridad negra transpirada de frescor de la cueva. En el interior divisa dos sombras blancas.

—*Mujer, ¿por qué lloras?*

—*Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.*

Se siente dispuesta a buscarlo, a rescatarlo como sea. No puede discurrir. Sólo sabe que quiere el cuerpo de Jesús, que necesita el cuerpo de Jesús para morir a su lado como un perro fiel.

Se vuelve y tropieza su vista con una figura erguida. Le hiere el sol en contraste con la obscuridad del sepulcro. Deslumbrada, sólo sabe echarse a llorar de nuevo.

—*Mujer, ¿por qué lloras, a quién buscas?*

—*Señor, si tú lo has llevado de aquí dime en dónde lo has puesto, que yo me lo llevaré.*

—*¡María!*

Y cae a sus plantas, vencida por esta sola palabra que estalla en su conciencia como una cascada de luz. La realidad de Jesús resucitado se revela a su alma más aún que a sus ojos atónitos.

Nunca sabrá traducir esta revelación inefable de Jesús. Su divinidad, su amor sin límites. ¿Fue un siglo o fue un instante? Como un eco lejano suena en su recuerdo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios». Él la había limpiado con su sangre y por eso ve... Sólo al quebrarse el hilo de aquel íntimo encuentro pudo ella balbucir, a la par que alargaba sus brazos para abrazar los pies del Señor:

—*¡Raboní!*

Pero Jesús la detiene suavemente:

—*No me toques...*

Había dejado besar y ungir sus pies por la pecadora arrepentida que se llegaba a él por primera vez. Pero ahora se ha dado a conocer a aquella alma en su espíritu, y esta gracia exige una respuesta de fe sin aledaños sensibles.

—*Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios... (Jn 20,11-18; Mc 16,9-11).*

No quería Jesús que Magdalena muriese doliente y abatida... Lo que exigía de su amor era una postura de fe y de obediencia.

«Y fue María Magdalena...»

La brisa del amanecer se ha detenido ante el triunfo del sol que corre como un gigante su camino.

Los evangelistas no vuelven a nombrarla, pero nos es fácil descubrir su silueta entre las fieles mujeres que presenciaron el último adiós del Maestro ascendiendo entre nubes.

¿Después? Una abundante tradición la lleva al desierto y hasta la hace arribar con la diáspora judía en las playas de Marsella.

Nosotros que la hemos visto palpitar en las páginas del Evangelio preferimos dejar que se oculte con Él a nuestros ojos. No nos hace falta más.

María Magdalena será siempre en el santoral romano el prototipo de la mujer que, habiendo pecado, se convierte en un rendimiento total al amor divino.

La gracia de la conversión es con frecuencia así: un toque discreto, una invitación, una mirada. De nuestra respuesta depende un escalonamiento sucesivo de gracias que nos lleven hasta la santidad.

A través del texto evangélico hemos seguido este proceso en María, la pecadora. Ella fue fiel en cada etapa.

A la gracia de la conversión que se operó en ella, sin duda alguna, por la predicación y los milagros de Jesús, María responde con la confesión humillante de su culpa en casa de Simón.

Después del perdón se consagra totalmente al servicio del Maestro y le sigue hasta la cruz como no fueron capaces de seguirle los discípulos.

Muerto, no le abandona. Quiere rescatar su cuerpo... ni siquiera ve su impotencia para hacerlo, ni los peligros que entraña su deseo. Jesús recompensa su fidelidad con la gracia inmensa de su primera aparición.

A partir de este momento se inicia en aquella alma una fase de madurez que hemos creído ver en la frase de Jesús: «No me toques».

La fe en la soledad y la constancia del servicio en una vida olvidada de reparación, como de quien ha visto morir a Jesús por ella, la conducen a los altares.

La Iglesia la propone en el día de hoy para ejemplo nuestro.

MARÍA LUISA LUCA DE TENA Y DE BRUNET

Bibliografía

- DANIEL-ROPS, *Jesús en su tiempo* (Barcelona 1954).
 FILLION, L. C., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Madrid 1960).
 GOMÁ Y TOMÁS, I., *Los santos Evangelios* (Barcelona 1941).
 LACORDAIRE, H. D., OP, *Santa María Maddalena* (Turín 1927).

RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo* (Barcelona 1960; nueva ed. Madrid 2000).

ZELLER, R., *Le silence de l'amour* (París 1953).

• Actualización:

BERNABÉ UBIETA, C., *Las tradiciones de María Magdalena en el cristianismo primitivo* (Estella 1994).

HASKINS, S., *María Magdalena, mito y metáfora* (Barcelona 1993).

SANTOS FELIPE EVANS Y JUAN LLOYD

Presbíteros y mártires († 1679)

Estos dos mártires ingleses, jesuita el primero, sacerdote secular el segundo, perecieron en el curso de la persecución anticatólica desatada en Inglaterra bajo el reinado de Carlos II cuando un tal Titus Oates denunció una pretendida conspiración contra la persona del monarca y de la que se presentaba como protagonistas a los jesuitas y a los católicos en general.

Titus Oates llevó tan lejos su conversión al catolicismo como para pedir y obtener el ingreso en el colegio inglés de Valladolid en orden a convertirse en misionero. Fue admitido el 1 de junio de 1677, pero en octubre era despedido. Su despecho le llevó a inventar al año siguiente una conspiración contra el rey que debía restablecer por la fuerza el catolicismo en los dominios del monarca. Alegó que él había sido enviado desde Valladolid a Madrid para solicitar ayuda al rey español a fin de llevar adelante la dicha conspiración. Oates confirmó con juramento su declaración ante el Consejo Privado y ante el magistrado de Londres, sir Edmundbury Geoffrey, cuyo cadáver era encontrado poco después en una zanja en Primrose Hill. Ello brindó la oportunidad para reavivar la legalmente vigente persecución contra los católicos en el reino. En el curso de esa persecución morirían nuestros dos mártires, acusados ambos no de participar en la conspiración sino simplemente de ser sacerdotes ordenados en el extranjero y vueltos a Inglaterra, lo que estaba severamente prohibido y penado en el llamado «Estatuto 27» de Isabel.

Era el 22 de julio de 1679. Estaban los dos mártires en la misma celda de la cárcel de Cardiff. De allí fueron mandados salir, llevando ambos las manos encadenadas a la espalda. Lo hicieron ambos con rostro sereno y subieron al carromato que

los llevó a Gallows Field, al norte de lo que es ahora la carretera de Richmond. Cuando ambos divisaron el patíbulo, dijeron lo que la tradición cuenta de San Andrés apóstol: «¡Salve, oh Cruz buena, tanto tiempo anhelada!». Se acercaron ambos al patíbulo, se pusieron de rodillas y lo besaron. Se pusieron de pie y preguntaron al sheriff cuál de los dos iba a ser sacrificado primero. El juez replicó que Evans. Se abrazaron ambos mártires y Lloyd quedó en el encargo de dar la absolución sacramental a Evans en el momento en que empezara a ser destripado. Felipe Evans obtuvo permiso para hablar y se dirigió a los presentes para decir que no había otra causa para su muerte sino ser sacerdote católico. Dijo:

«Éste es el mejor púlpito que un hombre puede tener para predicar; por ello no puedo dudar en decirlos nuevamente que yo muero por Dios y por la causa de la religión; y pienso para mí que estoy tan feliz que si tuviera muchas vidas, gustosamente las daría por tan buena causa. Si me dejaran vivir, ya viviría poco tiempo, porque no soy joven. Me alegra mucho saber que tan poco tormento me reporta la felicidad eterna. Yo agradezco a todos los que han intervenido, y a usted también, señor Sheriff. Adieu!, señor Lloyd, aunque por poco tiempo, ya que volveremos a encontrarnos en breve. Pedid todos por mí y yo devolveré la oración cuando, con el beneplácito divino, yo disfrute de la visión beatífica. Me consideraré bien pagado si alguno de vosotros, al verme morir así, de tan buena gana, por la religión, tiene un buen pensamiento sobre ello».

Dicho esto, guardó silencio, y tras una pausa, dijo con voz clara y fuerte: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu».

Los verdugos hicieron su labor: ahorcaron al mártir, lo bajaron poco después, lo abrieron y destriparon y lo descuartizaron luego. Durante la carnicería de su compañero conservó Juan Lloyd la serenidad y en el momento oportuno, cumpliendo su promesa, dio la absolución sacramental al mártir.

Fue ahora el turno de Juan Lloyd. Él también se dirigió a los presentes y les dijo:

«Mi compañero de sufrimientos ya ha declarado la causa de nuestra muerte. No necesito repetirla. Además nunca he sido buen orador. Diré por tanto solamente que yo muero en la verdadera fe católica y apostólica, según las palabras del Credo: Creo en la Santa Iglesia católica; y muero con las tres virtudes: fe, esperanza y caridad. Yo perdono a todos los que me han ofendido: si he ofendido

a alguien me arrepiento y le pido perdón. Pido a todos vosotros recéis por mí, en particular a los católicos aquí presentes, deseándoles que lleven sus cruces con paciencia y que recuerden aquel pasaje de la Sagrada Escritura: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos».

Entonces se colocó debajo de la horca y dio gracias a todos aquellos que habían sido amables con él y pidió al sr. Carné que rezara por él. Se arrodilló tres veces y dijo en latín: «Señor, ten misericordia de mí, pecador», y también: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu». Hizo luego una señal y comenzó su martirio, igual que el de su compañero.

Digamos algo de la vida de ambos atletas de Cristo, que consumaron con tan gloriosa confesión de fe su carrera terrena.

FELIPE EVANS nació en Monmouth, Gales, el año 1645, hijo de Guillermo Evans y de Winifreda Morgan. Pasó a educarse en Saint-Omer, y sintiendo la vocación religiosa ingresó en la Compañía de Jesús el año 1665. Hizo su noviciado en Watten y los estudios superiores en Lieja con gran satisfacción de sus superiores. Ordenado sacerdote, fue enviado a la misión inglesa el año 1675, siéndole asignado como campo de su trabajo el Gales meridional. Como misionero demostró un gran celo, y no rehusó ningún trabajo por duro o peligroso que fuera, siendo evidente que desde el principio estaba dispuesto a dar su vida por la fe. El Señor le concedió la gracia de atraer muchas almas a la fe católica.

Conocida la presencia en la región del P. Felipe Evans, ofreció John Arnold, un feroz perseguidor de los católicos, que vivía cerca de Abergavenny, doscientas libras por su captura. Los amigos avisaron al P. Evans del peligro que corría pero él se negó a abandonar el puesto de apostolado que le había sido asignado por la obediencia. Por fin el P. Evans fue arrestado el 4 de diciembre de 1678 en Sker, Glamorgan, donde se hallaba con sus amigos católicos en casa de Cristóbal Tuberville. Fue llevado a casa de un magistrado, Humphrey Wymdham, que vivía en Dunraven Castle, donde llegó también el magistrado Richard Longher. Ambos enviaron a Evans a la cárcel de Cardiff como sospechoso de ser jesuita o sacerdote papista. Yendo de camino, pasaron la noche en Llantwit Major, y allí sir Edward

Stradling y otro magistrado le ofrecieron la libertad y la vida si suscribía el juramento de aceptación de la supremacía religiosa del rey. El P. Evans no dejó de apreciar la buena voluntad con que le ofrecían ese camino de libertad pero les respondió que estaba dispuesto a ir a la cárcel y aun a la muerte antes que prestar un juramento contrario a su conciencia. Fue llevado entonces a la cárcel del condado y luego al castillo de Cardiff y encerrado en la llamada Black Tower. El sr. Tuberville obtuvo para él del gobernador del castillo que se le pusiera en una celda con el P. Lloyd, preso igualmente.

Pasaron seis meses durante los cuales las autoridades se esforzaron por encontrar quienes pudieran testificar contra el P. Evans. Hubo un incidente con un católico al que le ofrecieron declarar como testigo y al que pegaron por negarse, partiéndole un labio, de resultas de lo cual murió al poco. Por fin encontraron a dos pobres mujeres, madre e hija, y a un enano llamado Mayne Trott, los cuales habían sido católicos. El juicio se fijó para comenzar el día 3 de mayo, fiesta entonces de la Invencción de la Santa Cruz. Las mujeres depusieron que ellas habían estado presentes en una misa del P. Evans y habían recibido de sus manos la comunión. Como era verdad, el P. Evans no respondió nada, se limitó a guardar silencio ante este testimonio. El juez, persona amable, le pidió que rebatiera el testimonio pero el mártir siguió callado. Entonces el juez advirtió al jurado que si el testimonio oído les resultaba suficiente tenían que declarar culpable al P. Evans. El jurado, el día 9 de mayo, emitió su sentencia de culpabilidad, y el juez condenó al P. Evans a la muerte por ahorcamiento, destripamiento y descuartización.

JUAN LLOYD era natural del Brecknockshire, Gales, y pertenecía a una antigua familia galesa. No se sabe exactamente la fecha de su nacimiento y apenas hay datos de su juventud. Ingresó en 1649 en el colegio inglés de Valladolid, con el seudónimo de Floyd, y se ordenó sacerdote el 7 de junio de 1653. Al año siguiente fue enviado a su Gales natal como misionero y, sorteando los peligros, pudo ejercer su ministerio a lo largo de casi veinticinco años, quedando igualmente pocas noticias de este continuado apostolado. Se sabe que tenía un gran amigo, el se-

ñor Owel Carné, de Nash, el cual estuvo presente en su martirio y a quien el mártir mandó un saludo cuando lo divisó entre los presentes. Fue arrestado en Penlyn, Gamorgan, el 20 de noviembre de 1678. Bajo la acusación de sospechoso de ser sacerdote papista fue enviado a los calabozos del castillo de Cardiff por Ricardo Basset. Aquí en la cárcel fue encerrado por fin en una celda junto con el P. Felipe Evans, cuya suerte compartió desde entonces.

Su juicio fue el mismo que el del P. Evans. A él se le acusó de ser sacerdote de alguno de los seminarios del Continente y de haberse ordenado sacerdote bajo la pretendida autoridad de la Sede Romana y haber entrado en el reino y ejercido el ministerio en Penlyn. El jurado consideró probados estos extremos y lo condenó a la muerte reservada a los traidores.

Ambos mártires fueron incluidos en el grupo de cuarenta confesores de la fe de Inglaterra y Gales que el papa Pablo VI canonizó solemnemente en Roma el 25 de octubre de 1970.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Westmonasterien. Beatificationis seu Declarationis Martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock... et Sociorum in odium fidei, ut fertur, in Anglia interfectorum* (Roma 1928).

TESTORE, C., *Il primato spirituale di Pietro difeso dal sangue dei martiri inglesi* (Isola del Liri 1929).

TIGAR, C., *Forty English and Welsh Martyrs* (Londres 1970).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN WANDREGISILO

Abad († 668)

Wandregisilo nace en Verdún hacia el año 600. Era un hombre casado y oficial de la corte del rey Dagoberto cuando hacia el año 630 él y su esposa deciden abandonar el mundo para dedicarse a Dios por completo. Ingresó en el monasterio de St. Baudry en Montfaucon e hizo la profesión monacal. Pero deseaba vivir en completa soledad y obtuvo licencia para irse a

Saint-Ursanne en las montañas del Jura, donde llevó, efectivamente, vida eremítica, entregado a la divina contemplación y a la más extrema austeridad. Adquirió un gran prestigio y varios monasterios se honraron de que pasara temporadas en ellos. Estando en la abadía de Romain-Moutier, en la que pasó un largo tiempo, el arzobispo de Ruán, San Audoeno, lo ordenó sacerdote. Posteriormente fundó la abadía de Fontenelle en Normandía, de la que quedó al frente como abad. Impuso en el monasterio la Regla de San Columbano y realizó una importante obra evangelizadora en la zona, al tiempo que fundaba una cadena de monasterios filiales. Murió en su abadía, parece que el año 668.

SAN GUALTERIO

Fundador († 1224)

Gualterio nace en Lodi hacia el 1184, hijo de unos padres muy piadosos que habían prometido dedicar a Dios su hijo si el Señor se lo concedía. Cumpliendo el voto fueron a Roma y en la basílica de San Pedro consagraron el hijo a Dios y vueltos a Lodi lo educaron para la vida religiosa, tomando a los quince años el hábito de hermano hospitalario. Muerto su padre, Gualterio colocó a su madre en un convento y tras vender todos sus bienes y darlos a los pobres, marchó a Piacenza donde ejerció el servicio hospitalario en el Hospital de San Raimundo in Palmario. Unos años más tarde vuelve a Lodi y sirve como hospitalario en el Hospital de San Bartolomé. Por fin, viendo la necesidad de un hospital y hospicio para peregrinos y viandantes, sobre todo enfermos, en la entrada del pueblo, pide y alcanza del municipio un terreno a las afueras de la población, que se le concede el 30 de abril de 1206. Aquí, apoyado por el sacerdote Everardo, levanta la deseada casa de acogida para peregrinos y enfermos, juntándosele luego otras personas para compartir el servicio a los acogidos, así hombres como mujeres. Llevaba una vida de gran austeridad: andaba descalzo, vestía una túnica basta, ayunaba con frecuencia, pasaba largas horas en oración y daba abundantes limosnas a los necesitados. Amplió luego su obra abriendo otras instituciones similares a la suya por la dió-

cesis de Lodi y que funcionaron como filiales de su hospital original. Rodeado de fama de gran santidad murió el 22 de julio de 1224 y su tumba fue enseguida objeto de culto popular. La diócesis de Lodi celebra su memoria litúrgica.

BEATO AGUSTÍN FANGI DE BIELLA

Presbítero († 1493)

Agustín Fangi nace en Biella, Piamonte, en el seno de una aristocrática familia, hacia el año 1430. Llegada la juventud, opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, donde hace la profesión religiosa y, tras los pertinentes estudios, se ordena sacerdote. Pasa por una dura prueba: contrae una grave y dolorosa enfermedad, a la que se quiso poner remedio con intervenciones quirúrgicas que no surtieron el deseado efecto. Pero enfermo y todo, observaba las constituciones de su Orden con gran estrechez y daba señales de una gran devoción y vida interior. Acreditado como predicador y director espiritual de muchas almas, varios conventos lo eligieron sucesivamente su prior a fin de que instaurara en ellos una reforma consistente en la rígida observancia de la Regla y constituciones de la Orden. Él deseaba retirarse a un sitio pacífico para vivir dedicado a la oración y el ordinario ministerio sacerdotal, lo que consiguió viviendo los últimos diez años de su vida en el convento de Venecia, donde falleció santamente el 22 de julio de 1493. A su muerte comenzó en torno a su tumba un culto popular que fue confirmado por la Santa Sede el 5 de septiembre de 1872.

BEATO SANTIAGO LOMBARDIE

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Limoges el 1 de diciembre de 1737 y fue bautizado aquel mismo día en la parroquia de San Pedro. Llegada la juventud, opta por el sacerdocio y tras los estudios pertinentes se ordena de sacerdote. En 1763 es nombrado párroco de Saint-Hilaire-de-Foissac, hoy en el cantón de Lapeau. Llegada la Revolución, se niega a prestar el juramento de acatamiento a la

constitución civil del clero y es arrojado de su parroquia, yéndose entonces con su familia a Limoges. Aquí es arrestado y encerrado en la prisión de La Règle. No teniendo con qué subsistir, hubo de ponerlo así en conocimiento de las autoridades (2 de mayo de 1793). Ni entonces ni en posteriores peticiones para sí y para su familia obtuvo nada. El 2 de abril de 1794 el médico lo declara sano para la deportación. Parte para Rochefort, donde ya estaba el 5 de mayo, cuando fue objeto de un registro. Embarcado en Les Deux Associés, murió el 22 de julio de 1794 y fue enterrado en la isla de Aix. Cuando enfermó, se le negó cualquier auxilio y así hubo de arrastrar muchos días su enfermedad, padeciendo muchísimo, y llegando al extremo de no quedarle sino la piel sobre los huesos. Aun así, sonreía a todos y llevaba su enfermedad y terrible situación con gran mansedumbre y paciencia. Todos admiraron su bondad y fortaleza espiritual. Fue beatificado como mártir el 1 de octubre de 1995 por Juan Pablo II.

*SANTOS ANA WANG, LUCÍA WANG WANGZHI Y
ANDRÉS WANG TIANQING*

Mártires († 1900)

ANA WANG era natural de Majiazhuang, en la provincia china de Hebei, donde nace el año 1886. Su familia era católica pero no muy fervorosa y, sin embargo, ella desde pequeña mostró mucha inclinación a la piedad. Llegada a la adolescencia, quería mantener su virginidad y consagrarse al Señor pero su familia, a sus espaldas, concertó su matrimonio y, para ello, fue llevada a otro pueblo. Antes de que el matrimonio se consumara, ella se escapó y volvió a su pueblo. Al poco tiempo se supo que llegaban los boxers y Ana con otros muchos se refugiaron en la escuela, donde ella los animó al martirio. Llegaron los boxers y exigieron enseguida la apostasía. Apostataron algunas mujeres, entre ellas su madrastra, lo que Ana sintió muchísimo. Apresada con otros, fue llevada al camino de Daining con los demás y decapitada. Tenía 14 años.

LUCÍA WANG WANGZHI, 31 años, tenía un hijo de 7 años llamado ANDRÉS. Eran de Wei-Hsien. Con otros muchos acu-

den a refugiarse en la escuela de Majiazhuang, donde los capturan los boxers. Viendo venir que su final era el martirio pasó la noche en oración. Llegada la hora del sacrificio, junto a la boca de la fosa, un soldado se compadeció del niño y propuso al capitán le diera permiso para adoptarlo, pero la madre, viendo el peligro de que en ese caso el niño se educara fuera de la fe cristiana, atrajo al niño a sí. Éste comprendió, se puso de rodillas y comenzó a rezar en voz alta. Entonces madre e hijo fueron decapitados. Era el 22 de julio de 1900.

Estos mártires eran canonizados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000, junto con los demás mártires de China.

23 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, Santa Brígida († 1373), viuda, fundadora de la Orden del Santísimo Salvador **.
2. La conmemoración de San Ezequiel, profeta **.
3. En Classe, junto a Rávena, San Apolinar, obispo († s. II), cuya memoria se celebra el 20 de julio.
4. En Bizia (Tracia), San Severo († 304), mártir.
5. En Marsella (Galia), San Juan Casiano († 435), presbítero **.
6. En Cimiez (Galia), San Valeriano († 460), obispo *.
7. En Orvieto (Toscana), Beata Juana († 1306), virgen, terciaria dominica *.
8. En Manzanares (Ciudad Real), beatos Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina († 1936), presbítero, y cinco compañeros mártires: José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez, religiosos de la Congregación de la Pasión **.
9. En Carabanchel Bajo (Madrid), beatos Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Giménez († 1936), presbítero, y ocho compañeros mártires: Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, presbítero; Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, José de Jesús y María Osés Sainz, Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Felipe de San Miguel Ruiz Fraile, religiosos de la Congregación de la Pasión **.

10. En Toledo, beatos Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó († 1936), presbíteros y mártires, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús **.

11. En Dachau (Baviera), Beato Cristino Gondek († 1942), presbítero, religioso franciscano, mártir *.

12. En Presov (Eslovaquia), Beato Basilio Hopko († 1976), obispo y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA BRÍGIDA DE SUECIA

Viuda y fundadora († 1373)

Suecia es en la actualidad un país típicamente protestante: sus habitantes, en su inmensa mayoría, son luteranos, y la vida y la cultura de la nación están impregnadas del espíritu del protestantismo. La Reforma, que allí tuvo lugar en la primera mitad del siglo XVI, favorecida por los nobles y por el poder real, acabó por completo con el catolicismo, seis veces secular: hoy día hay de nuevo católicos en Suecia, pero son muy poco numerosos. Sin embargo, durante la Edad Media la cultura católica y la vida espiritual florecieron también en los países escandinavos, que llegaron a constituir un verdadero plantel de santos. Están, en primer lugar, los tres santos reyes mártires, patronos de los tres reinos escandinavos: San Canuto de Dinamarca, San Olao de Noruega y San Eric de Suecia, y después otros muchos más (sobre todo monjes y monjas, presbíteros y obispos); pero entre todos los santos de Escandinavia, la más célebre es Santa Brígida de Suecia.

Santa Brígida nació, probablemente, en 1303 en Finsta, en la región de Upland, núcleo originario del reino de Suecia. De su infancia no sabemos mucho; cuenta una piadosa leyenda que, al nacer, su madre se salvó milagrosamente del peligro de muerte en que se encontraba, y que, niña ya, si se intentaba castigarla, las varas se quebraban al ir a pegarle. Fueron sus padres Birger Petersson e Ingeborg Bengtsdotter, ricos terratenientes; su padre era senador del reino y gobernador de Upland y, lo mismo que su madre, era de una profunda y piadosa religiosidad: ambos se confesaban todos los viernes, se mortificaban con rigu-

rosos ayunos, practicaban la limosna, apacentaban su espíritu con lecturas piadosas y hacían largas peregrinaciones. En realidad, toda la familia de Santa Brígida era muy devota y cristiana: tía suya era Ingrid de Skänninge, fundadora del primer convento de dominicas en Suecia, y un hermano de Santa Brígida, cuyo nombre era Israel, se llamaba y consideraba caballerescamente «el novio de la Virgen». Santa Brígida quedó muy pronto huérfana de madre y, sin salir del medio social de su cuna, se educó con una tía, esposa del gobernador de Östergötland, en un ambiente religioso y caballeresco.

A los catorce años (conforme a los usos de la época) fue casada con el noble caballero Ulf Gudmarsson, senador y gobernador de la región de Närke; fijaron su residencia en Ulvasa, en Östergötland, y en casi treinta años de matrimonio tuvieron ocho hijos (Marta, Carlos, Birger, Catalina, Benito, Gudmar, Ingeborg y Cecilia) de muy diverso carácter, pues mientras Carlos fue un príncipe ligero y mundano, Catalina (elevada también a los altares) sería la fiel continuadora de la obra de su madre, a quien profesó en vida una ejemplar devoción filial y de quien fue su mejor colaboradora.

Santa Brígida ayudaba a su marido en el gobierno de sus extensos dominios señoriales y le animaba a la lectura y al estudio, con el fin, sobre todo, de que conociera bien las leyes para juzgar con rectitud; mas no por ello desatendía la educación de sus hijos: asistía ella misma a las lecciones del clérigo encargado de la instrucción de los niños y juntamente con ellos empezó a aprender latín, velando al mismo tiempo por que se les infundiera el santo temor de Dios y se fortalecieran en la fe cristiana.

Después, Santa Brígida fue llamada a la corte, como dama de honor de la reina Blanca, esposa del rey Magnus Eriksson; hizo todo cuanto estuvo en su mano para que en la corte hubiera un ambiente menos mundano y los reyes llevaran una vida más profundamente religiosa, si bien sus desvelos no se vieron coronados por el éxito.

En 1341, siguiendo una tradición familiar, Santa Brígida y su marido hicieron la peregrinación a Santiago de Compostela, viaje que duró dos años y que les permitió ver de cerca las dos más grandes calamidades del siglo: la Guerra de los Cien Años

(entre Inglaterra y Francia) y el destierro de los Papas en Aviñón (Francia). De vuelta del largo viaje a la remota España, Ulf Gudmarsson se encierra en el monasterio cisterciense de Alvastra, donde enferma y muere el 12 de febrero de 1344.

La muerte de su marido señala el comienzo de una mayor actividad por parte de Santa Brígida. La divina llamada de que entonces fue objeto se nos cuenta de esta manera en las *Revelaciones extravagantes*:

«Pasados algunos días después de la muerte de su marido, encontrándose Santa Brígida muy preocupada acerca de su estado, vióse envuelta e inflamada por el espíritu del Señor; y arrebatada en espíritu vio una nube resplandeciente y oyó una voz que desde la nube le decía: “Yo soy tu Dios, que quiero hablar contigo”. Asustada, no sea que fuese engaño del enemigo, oyó por segunda vez: “No temas, pues Yo soy el Creador, no el engañador. Y has de saber que no hablo por ti sola, sino por la salvación de todos los cristianos. Escucha, pues, lo que digo. Tú serás mi esposa y mi instrumento; oírás y verás cosas ocultas espirituales y celestes, y mi espíritu permanecerá contigo hasta la muerte. Cree, pues, firmemente que soy Yo mismo, que nací de la Virgen pura, que sufrí y padecí muerte de cruz por la salvación de todas las almas; que resucité de entre los muertos y subí a los cielos; que ahora, además, por mi Espíritu, hablo contigo”».

Poco después, en 1345, iniciaba Santa Brígida la construcción de un monasterio doble, para monjas y monjes, en Vadstena; a orillas del Vättern, siendo ayudada con dinero por el mismo rey, pero solamente al principio, porque después el monarca se opuso al proyecto y hasta ordenó la demolición de las obras comenzadas. Pero estas dificultades iniciales, lo mismo que otras mayores, que después le saldrían al paso, no arredraron a Santa Brígida. En este tiempo escribe también Santa Brígida la Regla para su proyectado monasterio, y recibe otra serie de revelaciones divinas con el encargo de dar a conocer su contenido, como así lo hace, una vez obtenida la oportuna licencia de los obispos suecos a quienes consultó. De conformidad con lo que se le había revelado, se dirigió amonestando a los monarcas, a los nobles y al mismo clero, para que llevaran una vida más de acuerdo con la moral cristiana; a los reyes de Inglaterra y de Francia, para que hicieran la paz; al Papa, para que abandonara la ciudad francesa de Aviñón y regresara a Roma, verdadera cabeza de la cristiandad.

Y a Roma y no a Aviñón se dirigió Santa Brígida en 1349 con el doble propósito de conseguir del Papa la aprobación de la Regla, y de ganar el jubileo del Año Santo de 1350. Nuestra santa tuvo en la Ciudad Eterna la revelación de esperar allí hasta que hubiera venido el Papa, y así lo hizo, reuniendo a su alrededor mientras esperaba, un grupo de personas, «los amigos de Dios», entre los cuales sobresalían su hija Catalina y los preladados suecos Pedro de Alvastra y Pedro de Skänninge; años después se unió a ellos el eremita Alfonso de Vadattera, obispo de Jaén, buen teólogo y bien relacionado con la Curia y la nobleza de Roma, que protegería eficazmente a los ascetas escandinavos y que después sería el recopilador de la obra escrita de Santa Brígida. Después de casi veinte años de espera vino por fin a Roma el papa Urbano V, dando su aprobación a la Orden brigidina, si bien con tantas restricciones que desfiguraban substancialmente la imagen que de la misma había bosquejado la santa. Por otra parte, el Papa se volvió a Francia, a pesar de las súplicas insistentes de Santa Brígida para que no lo hiciera. Santa Brígida hubo de continuar su estancia en Roma y no volvería ya a ver más su tierra.

Santa Brígida y el grupo reunido en torno a ella llevaban en Roma una vida de inusitada dureza en aquel mundano siglo XIV, siguiendo, hasta donde les era posible, las normas de la Regla que para su Orden había escrito. El grupo monacal estaba sometido a una estrecha pobreza voluntaria, ganándose todo el sustento con el trabajo manual y en muchos casos pidiendo, lo que no les impedía ejercer la caridad, bien mediante la limosna material, bien enseñando la doctrina cristiana a los pobres y extranjeros; las visitas a las iglesias y a las sepulturas de los mártires y las peregrinaciones a los más apartados santuarios de toda Italia eran otras de las actividades favoritas de nuestra santa. Mientras tanto, se disciplinaba con largos ayunos y rudas penitencias: por ejemplo, dormía siempre sobre el santo suelo. Santa Brígida, exigente consigo misma, también lo era con los demás; uno de los rasgos de su personalidad que más la dieron a conocer entre las gentes romanas era su actividad amonestadora, hasta el punto de haberle dado el remoquete de «bruja escandinava» todas aquellas personas a quienes molestaban sus cons-

tantes llamadas al orden y a la rectitud de vida, algo que brillaba por su ausencia en el ambiente agitado y anárquico de la Roma de aquellos tiempos.

Acompañada de su hija Catalina, de los dos Pedros y de Alfonso de Jaén, embarcándose en Nápoles y haciendo escala en Chipre, hizo también Santa Brígida la peregrinación a Tierra Santa, viviendo medio año en la «tierra del Evangelio», donde Dios se sirvió dispensarle abundantes revelaciones relativas a la vida humana del Señor, en particular sobre su nacimiento y su pasión, revelaciones cuya notoria influencia en los artistas que después han representado tales misterios señalan con complacencia los biógrafos modernos de Santa Brígida. Poco después de haber regresado de esta larga peregrinación, moría nuestra santa el 23 de julio de 1373 en Roma, en la que había sido su residencia romana, la que después se llamaría «Casa de Santa Brígida», que en los tiempos finales de la Edad Media y luego en los del Renacimiento iba a constituir algo así como el hogar escandinavo de la ciudad de los Papas.

Santa Brígida fue enterrada en la iglesia romana de San Lorenzo in Panisperma; pero sólo provisionalmente, pues poco después su hija Catalina, junto con su hermano Birger Ulfsson y los dos Pedros, trasladaron a Suecia los restos mortales de la santa. El largo camino de Roma a Danzig lo hicieron pasando por Viena y por el celeberrimo santuario mariano de Czestochowa, en Polonia; en Danzig se embarcaron hasta la isla báltica de Öland, que atravesaron por tierra, para embarcarse de nuevo y, bordeando la costa, tocar tierra sueca en Sóderköping; desde aquí, hasta su definitivo reposo en su amado monasterio de Vadstena, los restos mortales de la santa pasaron todavía por las populosas y para ella familiares ciudades de Skänninge y Linköping. A su paso por los diversos países de Europa, el fúnebre cortejo iba cumpliendo una verdadera actividad misionera: Santa Catalina dirigía a los pecadores saludables instrucciones, procuraba con sus hechos y palabras inspirar por doquier el santo temor de Dios, y al mismo tiempo daba a conocer las predicciones y revelaciones de Santa Brígida. Ya en Suecia, el recorrido con los restos mortales de Santa Brígida adquirió caracteres de una auténtica procesión triunfal; los milagros florecían a su

paso y de todas partes acudían a saber las revelaciones brigidinas, a rogar y rezar ante sus despojos, y a oír los sermones de Pedro de Alvastra. Después de haber recorrido durante más de medio mes las tierras patrias que había dejado un cuarto de siglo antes y a las que en vida no había podido regresar, Santa Brígida fue enterrada en el monasterio de Vadstena el 4 de julio de 1374, viéndose honrado el sepelio con la asistencia de lo más florido de la nobleza y del clero de Suecia, así como de un pueblo abundante y devoto.

Los milagros ante su tumba fueron numerosos y poco tiempo después, en 1375, su santa hija Catalina emprendía el largo viaje a Roma para conseguir la canonización de su amada madre y la aprobación definitiva de la «Orden brigidina»; Santa Catalina vio logrado el segundo objetivo, pero Santa Brígida no fue elevada a los altares sino por el papa Bonifacio IX en 1401 (cuando ya había fallecido Santa Catalina). La canonización fue confirmada en 1415 en el concilio de Constanza por el antipapa Juan XXIII, pero los reyes de Suecia querían una canonización absolutamente legítima para su santa y pidieron, y obtuvieron, en 1419 la confirmación de la misma por el papa Martín V, Sumo Pontífice de toda la cristiandad. Su fiesta se celebraba el 7 de octubre, que sigue siendo el día de Santa Brígida en el calendario nacional sueco, hasta el siglo XVIII, en que el papa Urbano VIII la trasladó al 8 de octubre para que no coincidiese con la fiesta del Rosario; con posterioridad ha sido trasladada al 23 de julio, tal como figura en el nuevo *Martirologio romano*.

Además del ejemplo de su vida de santidad, de la extraordinaria y sorprendente actividad de Santa Brígida han llegado hasta nosotros dos frutos visibles y perdurables: sus obras literarias y la Orden del Santísimo Salvador.

La Orden brigidina (*Ordo Sanctissimi Salvatoris*) es contemplativa y su finalidad primordial es alabar al Señor y a la Santísima Virgen y ofrecer reparación por las continuas ofensas que se cometen contra la divina Majestad; sus miembros han de llevar una vida perfecta para el honor de Dios y la salvación de las almas y tomar como base de su oración la meditación en la pasión del Señor. Su hábito y su manto es gris, y tanto en el hábito como en el número de sus miembros dejó su impronta el arrai-

gado simbolismo medieval. Cada monasterio debía tener 60 monjas, 13 presbíteros, dos diáconos, dos subdiáconos y ocho hermanos legos, con lo cual el número total de 85 personas igualaría al de los 72 discípulos más los 13 apóstoles, incluyendo entre éstos a San Pablo. El carácter de Orden mixta fue una de las mayores dificultades que encontró nuestra santa para su aprobación, aparte de la decisión, aún vigente en su época, del concilio de Letrán de 1215 de que no se crearan órdenes nuevas. Realmente fue la hija de Santa Brígida, Santa Catalina, la que consiguió la aprobación definitiva de la Orden brigidina y quien organizó conforme a la Regla de la misma el monasterio de Vadstena.

La Orden del Santísimo Salvador, por su celo apostólico, por su eficaz labor en la instrucción del pueblo y por su actividad cultural, significó un fuerte lazo de unión de los tres reinos escandinavos. Su actividad en el campo de la cultura fue muy grande a finales de la Edad Media: muchos brigidinos escandinavos fueron obispos y profesores de universidad; ellos tradujeron la Biblia a los idiomas escandinavos, y fueron los monjes de Vadstena los que tuvieron la primera imprenta de Suecia. La Orden del Santísimo Salvador se extendió por toda Europa, llegando a tener unos 80 florecientes monasterios; con la Reforma protestante, primero, y con la Revolución Francesa, después, la Orden brigidina sufrió mucho, si bien consiguió sobrevivir en Europa en el monasterio bávaro de Altomünster.

En el siglo XVI, una dama española, la venerable Marina de Escobar, dio un gran impulso a la rama española de la Orden que ha perdurado en México y en España. La Orden del Santísimo Salvador fue restaurada el siglo pasado en la década de los cincuenta, siguiendo muy de cerca las huellas y el espíritu de Santa Brígida, merced al infatigable tesón de la madre Isabel Hesselblad, otra tenaz mujer sueca (falleció en 1957); y fue construido un nuevo monasterio en Vadstena, al lado mismo de la famosa «Iglesia Azul» (*Blakyrka*), la primera de la Orden brigidina.

Los escritos de nuestra santa constituyen la obra capital de la literatura sueca medieval. El conjunto más importante lo forman las *Revelaciones*, en ocho libros, recogidas y ordenadas (aunque no muy sistemáticamente) por Alfonso de Vadaterra; y las

llamadas *Revelaciones extravagantes*, no incluidas en la recensión hecha por el obispo de Jaén y recopiladas más tarde por Pedro de Alvastra; hay que añadir además la *Regla del Santísimo Salvador* y el *Sermón angélico sobre la excelencia de la Virgen*. Santa Brígida sabía y hablaba latín, pero su obra era dictada en sueco a sus secretarios (los dos Pedros), que la iban poniendo en latín; no en un latín con pretensiones clásicas, sino en el latín que era la lengua de la conversación de los hombres cultos de su siglo, es decir, la verdadera lengua europea de la época. Estar escritas en latín fue, sin duda, un factor que contribuyó decisivamente a favorecer la difusión de los escritos brigidinos, sobre todo de las *Revelaciones*, que conocieron nada menos que nueve ediciones en menos de doscientos años. Las *Revelaciones* de Santa Brígida fueron, sin embargo, discutidas desde muy pronto, siendo eficazmente defendidas en el concilio de Basilea (1436) por el dominico y, más tarde, cardenal, Juan de Torquemada, quien al mismo tiempo hizo un detenido estudio de las mismas y las clasificó en tres tipos: corporales, espirituales e intelectuales. Estas revelaciones fueron un mensaje que Santa Brígida debía llevar al mundo; el Señor le había dicho: «No hablo por ti sola, sino por la salvación de todos los cristianos». Pero fueron también las revelaciones que iba recibiendo las que determinaban la actuación de Santa Brígida a lo largo de su vida.

Ya a los siete años se le apareció la Virgen María ofreciéndole una corona de espinas:

—«Ven y acércate, Brígida», le dijo.

—«¿Quieres esta corona?».

—«Sí», contestó nuestra Santa.

Una corona blanca sobre la toca sería después el distintivo más característico del hábito brigidino. A los diez años se le apareció Cristo en la cruz, diciéndole:

—«Mira cómo estoy herido».

—«¿Quién te ha hecho eso, Señor?».

—«Los que me desprecian y se olvidan de mi amor me han hecho esto», le dijo el Señor.

Pocos años más tarde se le apareció un diablo pestilente, que le dijo:

—«Nada puedo sin permiso del Crucificado».

Todo ello determinaría la profunda devoción de Santa Brígida a Cristo crucificado. Obedeciendo a revelaciones recibidas hizo el viaje a Roma y allí permaneció esperando durante cerca de veinticinco años el definitivo regreso del Papa; y por el mismo motivo tuvo siempre fe en el triunfo de su obra, es decir, en la definitiva aprobación de la Orden del Santísimo Salvador, cuya Regla había escrito nuestra santa también por inspiración divina.

Santa Brígida tuvo también revelaciones sobre diversos acontecimientos: por una revelación divina supo, estando en Roma, la muerte de su yerno —al mismo tiempo que ésta se producía en Suecia—; y predijo también, para tan pronto como hubiese regresado a Aviñón, la muerte del papa Urbano V, quien, a pesar de las insistentes súplicas de la santa para que no lo hiciera, no quiso quedarse en Roma cuando vino allí en 1367.

«Por la gracia del Espíritu Santo —podemos leer en las *Revelaciones extravagantes*— tuvo este gran don la esposa de Cristo: que cuantas veces se le acercaban personas llenas de espíritu inundo y soberbio, en seguida sentía un hedor tan grande y tenía en su boca un sabor tan amargo que apenas podía soportarlo».

Otros muchos hechos milagrosos se cuentan de nuestra santa, gran número de los cuales están recogidos en el *Libro de los milagros de Santa Brígida de Suecia*, pero ¿qué mayor milagro que el de la fundación y pervivencia de la Orden del Santísimo Salvador, fundada en medio de dificultades humanamente invencibles y perenne a pesar de las persecuciones de que ha sido objeto en Europa?

Los escritos de Santa Brígida, y en particular sus *Revelaciones*, nos permiten conocer muy bien su mundo de ideas y pensamientos, sus ideales, su carácter y hasta el desenvolvimiento de su propia espiritualidad. En ellos queda reflejado: su gozo ante la obediencia («La virginidad merece la corona —dice—, la viudedad acerca a Dios, el matrimonio no excluye del cielo; pero lo que lleva a la gloria es la obediencia»); su devoción a la humanidad de Cristo —a la pasión sobre todo—; a la Eucaristía —los domingos y días de fiesta, lo que entonces se consideraba comunión muy frecuente—; al Corazón de Jesús («Cosa digna es —dice la santa— que tu invicto Corazón, ¡oh Jesús!, sea siem-

pre magnificado en el cielo y en la tierra e incesantemente alabado»); y a la Santísima Virgen (en los escritos brigidinos se puede espigar una serie de afirmaciones que constituyen todo un tratado de mariología).

También nos es dado seguir en ellos la lucha que, para conseguir una mayor perfección y llegar a la verdadera humildad, hubo de sostener contra diversas clases de tentaciones: tentaciones de orgullo y sensualidad; tentaciones contra la fe; sentimiento de verse abandonada por el Padre celestial y de considerarse, a veces, incapaz de orar. Pero también podemos ver allí su voluntad inquebrantable, su gusto siempre creciente por la austeridad, su deseo ferviente de apostolado, su afán de reformar las costumbres. Realmente es sombrío el cuadro que Santa Brígida traza en sus escritos al describir el estado de la cristiandad de su época; a laicos, órdenes religiosas, presbíteros, obispos y papas: a todos llama a penitencia. Si no siempre tuvo éxito, consiguió muchas veces lo que se proponía. A su esposo, lo atrajo a una vida más piadosa; a su hija Catalina, la hizo entrar en el círculo de su actividad de fundación y santificación, y lo mismo sucedió con otras personas que con ella entraban en contacto.

Por su carácter práctico y activo, por sus rasgos de simplificación espiritual, por su constante tendencia a la austeridad, se la ha considerado —sobre todo en su país— como una precursora de la Reforma; pero éstos son más bien rasgos de una auténtica reformadora hondamente católica, como lo prueba además su devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen. Mujer de carácter complejo y gran coraje, fue una infatigable luchadora y, como ella misma nos dice, «la mensajera de un gran Señor».

Santa Brígida mereció, por todo esto, que su muy amado Crucificado le dijera poco antes de morir: «Yo he hecho contigo como suele hacer el esposo, que se esconde de su esposa para ser de ella más ardientemente deseado. Así Yo no te he visitado con consuelos en este tiempo pasado porque era el tiempo de tu prueba. Pero ahora, una vez ya probada, ven a mí».

Bibliografía

Acta sanctorum, 4 de octubre.

ADALSTEN, K., *Licht aus dem Norden. Die heilige Birgitta van Schweden* (Friburgo 1951).

ALVASTRA, P. DE - SKANNINGE, P. DE, *Vida*, en E. M. Fant (ed.), *Scriptores rerum svecicarum medii aevi ex schedis praecipue Nordinianis collectos dispositos ac amendatos*, III (Upsala 1876) 188-206.

COLLIJN, J. (ed.), *Acta et processus canonizationis Sanctae Birgittae* (Estocolmo 1924-1931).

FLAVIGNY, C. M., *Sainte Brigitte de Suède. Sa vie, ses révélations et son oeuvre* (París 3^a1910).

HÖJER, TH., *Studier i Brigittenordens historia* (Estocolmo 1905).

HOLLMAN, L. (ed.), *Revelaciones extravagantes* (Upsala 1956).

RUSSO, F., *Santa Brigida nella leggenda e nella storia* (Nápoles 1913).

SCHMID, T., *Birgitta och hennes uppenbarelser* (Lund 1940).

VADATERRA, A. DE (rec.), *Revelaciones* (Lübeck 1492).

• Actualización:

ALMAZÁN, V., *Santa Brígida de Suecia. Peregrina, política, mística, escritora* (Santiago de Compostela 2001).

ANDERSSON, A. (ed.), *Il libro di Brigida, santa e profeta* (Roma 1979).

BUTKOVICH, A. (ed.), *Revelations. Saint Birgitta of Sweden* (Los Ángeles, CA 2^a1973).

DOHENY, W. J., *The life of Saint Birgitta of Sweden* (Westmonasterii 1980).

ECHEBERRÍA, J. A., *Santa Brígida de Suecia. Su vida. Fundaciones de su orden en nuestro país* (Zarautz 1990).

HARRIS, M. T., *Birgitta of Sweden. Life and selected revelations* (Nueva York 1990).

VILLA, N. D., *Santa Brígida de Suecia. Su orden, sus escritos, el Río de la Plata* (Madrid 1997).

SAN EZEQUIEL

Profeta (Antiguo Testamento)

El último tercio del siglo VII a.C. es decisivo para la suerte del minúsculo reino de Judá. Asiria ha sido suplantada por el imperio naciente caldeo. Nínive cae en el 612 a.C., y con la gran ciudad se cierra para siempre el ciclo histórico del colosal imperio asirio. El nuevo orden de cosas se estructura bajo la mano férrea del conquistador Nabucodonosor. Primeramente, como generalísimo de los ejércitos caldeos, atraviesa Palestina en persecución del faraón Neco II. Después, el 605, sube al trono y trata de consolidar las conquistas de su padre Nabopolasar. Una de las regiones recalitrantes es Palestina, que con Siria y Transjordania busca el medio de sacudir el pesado yugo babilonio. Egipto excita los sentimientos nacionalistas de estos pueblos, sometidos antes a su órbita política. En Jerusalén, después de la muerte trágica del piadoso rey Josías en la batalla de Megiddo (609 a.C.), reina un hijo de éste, por nombre Joaquim, el cual, al

principio, procura halagar al coloso babilonio, pero termina por unirse en una coalición de pequeñas potencias contra Nabucodonosor. El profeta Jeremías había dado la voz de alerta, predicando la sumisión a Babilonia, pero en vano. En el 598 los babilonios ponen cerco a Jerusalén, la capital de Judá, que termina por capitular. El precio del desastre es la deportación de una gran parte de la población judía, entre ellos el propio rey Jeconías, hijo de Joaquim, muerto durante el asedio, y un joven llamado Ezequiel, que iba a ser el profeta del exilio. La vida de los desterrados no era dura, pues se les reconocían ciertas libertades, pero la nostalgia de la patria y del templo de Jerusalén nublaban sus ilusiones. No podían creer que Dios les hubiera abandonado definitivamente. Formaban parte del pueblo de las promesas, y Yahvé no permitiría que la catástrofe total de su pueblo se consumase. Siglo y medio antes había permitido la desaparición del reino israelítico del Norte, cuya capital era Samaria, pero Jerusalén significaba demasiado en la historia del pueblo elegido para que sufriera la misma suerte. Yahvé habitaba en Jerusalén y, por tanto, no podía permitir que los enemigos de Judá destruyeran el lugar de su morada. Justamente un siglo antes las tropas de Senaquerib tuvieron que abandonar el asedio de la ciudad santa por una intervención milagrosa del ángel de Yahvé. Ahora habría de repetirse el mismo prodigio, tal era el modo de pensar de los exiliados. Ezequiel, como enviado de Yahvé para consolar a los desterrados, no participa de las ideas de sus compatriotas. Jerusalén será tomada por los caldeos y totalmente destruida con su santo templo. Tal es la triste realidad que deben aceptar los exiliados, y de ahí la ingrata misión del profeta ante sus connacionales. Para éstos será un pesimista, un derrotista, que no comprende los altos designios del pueblo hebreo. Ezequiel, pues, tendrá que continuar la labor del sufrido e incomprendido Jeremías. Ha llegado la hora del castigo divino para el pueblo israelita pecador, y no cabe sino aceptar con espíritu de compunción y humildad los designios punitivos de Yahvé. Después vendrá el desquite, la resurrección nacional, la repatriación de los exiliados y la inauguración de la comunidad teocrática de los tiempos mesiánicos.

La Misión profética de Ezequiel tenemos que dividirla, pues, en dos etapas históricas: antes y después de la destrucción

de Jerusalén por los caldeos (598 a.C.). De un lado tiene que hacer frente al falso optimismo —hijo de la presunción— de los exiliados, que no creen en la destrucción de la ciudad santa, y por otro, cuando ya la catástrofe se ha consumado, debe levantar los ánimos deprimidos, dando esperanzas luminosas sobre un porvenir mejor. Sus compatriotas desterrados creían que Yahvé se había excedido en el castigo, al menos les había hecho cargar con los pecados de sus antepasados. «¡Nuestros padres comieron las agraces y nosotros sufrimos la dentera!». Éste es el grito unánime de protesta de los exiliados ante Ezequiel, el centinela de Yahvé. El profeta tiene que demostrar que Dios ha sido justo en el castigo, y que éste no tenía otra finalidad sino purificar a su pueblo moralmente para prepararle a una nueva etapa gloriosa nacional. Yahvé no había abandonado a su pueblo, sino que estaba con los exiliados para protegerlos. La visión inaugural, en la que aparece Yahvé lleno de majestad en su carro triunfal escoltado por los querubines, simboliza la especial providencia que tiene sobre el pueblo exiliado, pues se ha trasladado a Mesopotamia para ayudarles y alentarles en el exilio.

Ezequiel era de la clase sacerdotal y desde el punto de vista profético inaugura una nueva etapa en Israel. Sus oráculos difieren también desde el punto de vista literario de los tradicionales preexílicos, tal como aparecen en Amós, Oseas, Isaías y Jeremías. Les falta el frescor y sencillez de éstos, y, por otra parte, se dan la mano con la literatura apocalíptica que va a pulular en la época tardía del judaísmo. Se le ha llamado «profeta de gabinete» en el sentido de que sus escritos resultan demasiado artificiales en comparación con los de sus predecesores. Sin embargo, no se debe exagerar la nota de artificialidad. Ezequiel se halla en una encrucijada histórica, y su personalidad está cabalgando sobre dos épocas: la correspondiente a los últimos años de la monarquía judía y la exílica, con sus implicaciones de cambio de ambiente geográfico y ruptura de tradiciones seculares. Su misión fue la de salvar la crisis de conciencia nacional que siguió a la caída de la monarquía, orientándola hacia una nueva era teocrática de esplendor y triunfo definitivo. Por otra parte, para entender sus escritos debemos tener en cuenta que Ezequiel tenía un temperamento de visionario. Sus enseñanzas, en

parte, están expresadas en un lenguaje simbólico, a veces difícil de entender. Tal es la oscuridad de sus visiones que los rabinos no permitían se leyera su libro antes de haber cumplido los treinta años. En el Talmud se dice que el rabino Hanaías gastó trescientos recipientes de aceite estudiando y dilucidando las páginas misteriosas de Ezequiel para que la Sinagoga no lo declarara libro apócrifo.

Una característica de la predicación de Ezequiel es su predilección por las acciones simbólicas o parábolas en acción. Antes de él varios profetas como Oseas y Jeremías habían representado plásticamente sus oráculos en acciones simbólicas para causar mayor impresión en un auditorio de temperamento oriental imaginativo. Al igual que Isaías, Ezequiel se considera personalmente como un «sino para la casa de Israel», viendo en sus propias experiencias personales un sentido profético para su pueblo. Así, para significar los años de la cautividad de Israel y de Judá, se somete a una inmovilidad, acostándose ciento noventa días del lado izquierdo y cuarenta del derecho (4,4-7). Para significar el hambre que los ciudadanos de Jerusalén han de sufrir durante el asedio, el profeta debe alimentarse de una mezcla racionada de trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y avena, lo que resultaba abominable para un judío que quería vivir según la Ley mosaica (4,9-10). Con ocasión de la muerte de su esposa debe abstenerse totalmente de manifestaciones de duelo para simbolizar la actitud de conformidad que deben adoptar los exiliados al tener noticias de la destrucción de Jerusalén (24,15-24). Un día recibe una orden extraña de parte de Yahvé:

«Tú, hijo de hombre, dispón tus trebejos de emigración y sal de día a la vista de los exiliados [...] Saca tus trebejos, como trebejos de camino, de día, a sus ojos, y parte por la tarde a presencia suya, como parten los desterrados. A sus ojos horada la pared y sal por ella, llevando a sus ojos tus trebejos, y te los echas al hombro, y sales al oscurecer, cubierto el rostro y sin mirar a la tierra, pues quiero que seas pronóstico para la casa de Israel» (12,3-5).

Su huida por la brecha de la pared horadada de su casa debía simbolizar la huida del rey Jeconías, que se escapará por las brechas de las murallas de Jerusalén para huir de los asaltantes caldeos.

Su existencia personal, pues, se confundía con su misión profética ante sus compatriotas desterrados. Por orden divina tiene que encerrarse a temporadas en un mutismo absoluto (3,26.24.27). Todos los detalles de su vida tienen proyección profética en orden a la comunidad de exiliados.

Otra característica de sus escritos es el elemento visionario. Ya en su primera presentación como profeta a la comunidad exiliada Ezequiel describe una grandiosa visión que iba a ser clave en su teología:

«El año quinto de nuestra cautividad (593 a.C.), estando yo entre los cautivos en la orilla del río Quobar, se abrieron los cielos... y fue sobre mí la mano de Yahvé. Miré y vi venir de la parte del septentrión un nublado impetuoso, una nube densa, en torno de la cual resplandecía un remolino de fuego, que en medio brillaba como bronce en ignición. En el centro de ella había semejanza de cuatro animales vivientes, cuyo aspecto era éste: tenían semblante de hombre, pero cada uno tenía cuatro aspectos y cada uno cuatro alas. Sus pies eran derechos y la planta de sus pies era como la planta del toro. Brillaban como bronce en ignición. Por debajo de las alas, a los cuatro lados, salían brazos de hombre, todos cuatro tenían el mismo semblante y las mismas alas, que se tocaban las unas con las del otro. Al moverse no se volvían para atrás, sino que cada uno iba cara adelante. Su aspecto era éste: de hombre por delante los cuatro, de león a la derecha los cuatro, de toro a la izquierda los cuatro, y de águila por detrás los cuatro. Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto, dos se tocaban la del uno con la del otro, y dos de cada uno cubrían su cuerpo [...] Había entre los vivientes fuego como de brasas, encendidas cual antorchas, que discurrían por entre ellos, centelleaban y salían rayos... Sobre las cabezas de los vivientes había una semejanza de firmamento, como de cristal [...] y por debajo del firmamento estaban tendidas sus alas, que se tocaban dos a dos... Sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había una apariencia de piedra de zafiro a modo de trono, y encima una figura semejante a hombre que se erguía, y lo que de él aparecía, de cintura arriba, era como el fulgor de un metal resplandeciente, y de cintura abajo, como el resplandor del fuego, y todo en derredor suyo resplandecía [...] como el arco que aparece en las nubes en día de lluvia» (c.1).

La majestad de Yahvé aparecía sobre un carro triunfal tirado por seres que eran los reyes del mundo de los vivientes: el hombre, el león, el toro y el águila. Sintetizaban toda la creación que servía de trono al Creador, que iba a visitar a los exiliados a Mesopotamia. La comunidad de los exiliados no habría de estar

desamparada de su Dios. El pueblo judío resucitaría un día para organizarse como pueblo. Su actual estado de postración nacional era pasajero, y un castigo purificador a sus infidelidades. Es la lección de otra visión apocalíptica:

«Fue sobre mí la mano de Yahvé, y llevóme Yahvé fuera, en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Hízome pasar por cerca de ellos, y vi que eran sobremanera numerosos sobre la haz del campo, y enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿revivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor Yahvé, Tú lo sabes. Y Él me dijo: Hijo de hombre, profetiza a estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Yahvé. Así dice Yahvé: Voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis, y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu, y viviréis... Entonces profeticé yo como se me mandaba, y a mi profetizar se oyó un ruido, y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la carne, y los cubrió la piel, pero no había en ellos espíritu. Profeticé, y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron de pie, un ejército grande en extremo. Dijo Yahvé: Esos huesos son la entera casa de Israel».

Nada más plástico para anunciar a sus compatriotas exiliados la esperanza de una resurrección nacional cierta en los designios divinos. Lejos de dejarse llevar por la desesperación deben orientar sus pensamientos hacia una era venturosa de resurrección nacional; es la hora de la teocracia mesiánica. Los exiliados volverán a la patria, y ésta será equitativamente dividida entre las tribus. En el centro geográfico estará el templo y a su lado los sacerdotes y levitas juntamente con el príncipe. Toda la nueva tierra de promisión será feracísima porque saldrá del templo un torrente que regará hasta la zona desértica del mar Muerto, las aguas de éste se verán pobladas de peces, y una frondosidad edénica de árboles que darán doce frutos al año bordeará sus riberas:

«Y vi que desde el umbral del templo brotaban aguas, que descendían del mediodía del altar... y vi que las aguas salían del lado derecho [...] y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta los tobillos; midió mil codos, y llegaban hasta las rodillas; midió otros mil codos, llegaban hasta la cintura. Midió otros mil, y era ya un río que me era imposible atravesar, porque las aguas habían crecido de manera que no se podía pasar a nado [...] Y vi que de una y otra orilla había muchos árboles... Las aguas van a la región oriental y desembocarán en el mar, en aquellas aguas pútridas, y éstas se sa-

nearán, y todos los vivientes que nadan en las aguas vivirán, y el pescado allí será abundantísimo... En las orillas del río se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y cuyo fruto no faltará. Todos los meses madurarán sus frutos, por salir sus aguas del santuario, y serán comestibles, y sus hojas medicinales...» (c.47).

Al lado de esta visión sobre el futuro de Israel como colectividad nacional, Ezequiel destaca el sentido de responsabilidad individual. Se le ha saludado como el campeón del individualismo en el Antiguo Testamento. En adelante, y en el nuevo orden de cosas, ya no correrá el proverbio: «Nuestros padres comieron las agraces y nosotros sufrimos la dentera»; sino que cada uno será castigado sólo por sus pecados. Antes del exilio al individuo se le consideraba sobre todo como miembro de la comunidad israelita, responsable de los méritos y deméritos de ésta. Después del castigo purificador de la cautividad se organizará una nueva sociedad en la que las responsabilidades individuales serán más aquilatadas y la justicia será la norma de la nueva vida social e individual.

Ezequiel ha sido el instrumento de Dios para salvar la crisis de conciencia surgida al derrumbarse la monarquía israelita. Durante veinte años (593-573) desplegó una amplia actividad para salvar las esperanzas mesiánicas de sus compañeros de infortunio. No sabemos nada sobre su muerte, pero su personalidad profética y literaria dejó una profunda huella en la historia de los judíos, como modelador de un nuevo tipo religioso, surgido en horas de desgracia y desesperanza general. En el panegírico dedicado por el autor del Eclesiástico a los antepasados gloriosos de Israel se dice de nuestro profeta: «Ezequiel vio en visión la gloria que el Señor le mostró sobre el carro de los querubes, e hizo mención de Job, el profeta, que perseveró fiel en los caminos de la justicia». La tradición rabínica posterior le reservó un lugar preferente en el aprecio de los grandes personajes del Antiguo Testamento.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, OP

Bibliografía

Act. S.S. Boll., 10 de abril.

AUGÉ, R., «Ezequiel» en *La Biblia de Montserrat* (Montserrat 1956).

- CALMET, A., *Dissertations, qui peuvent servir de prolégomènes de l'écriture sainte*, II (París 1720) 363s.
- DENNEFELD, L., *Ezequiel* (La santa Biblia; París 1947).
- PELT, J.-B., *Histoire de l'Ancien Testament*, II (París 1925) 320s.
- POWER, E., «Ezequiel», en B. ORCHARD et al., *Verbum Dei. Comentario a la sagrada escritura*, II (Barcelona 1956) 558s.
- SPADAFORA, F., *Ezequiele* (La Sacra Biblia; Turín 1948).
- STEINMANN, J., *Le prophète Ézéchiél et les débuts de l'exil* (París 1953).
- Actualización:
- ASURMENDI, J. M., *Ezequiel* (Estella 1987).
- GARCÍA DE LA FUENTE, O., *Ezequiel, Daniel, Oseas y otros profetas de Israel* (Málaga 2001).
- JIMÉNEZ HERNÁNDEZ, E., *Ezequiel* (Basauri 2004).
- MONLOUBOU, L., *Un sacerdote se vuelve profeta: Ezequiel* (Madrid 1973).
- SAVOCA, G., *El libro de Ezequiel* (Barcelona 1992).

SAN JUAN CASIANO

Abad († 435)

Juan Casiano es uno de los grandes clásicos de la espiritualidad y vida monástica. Sus obras *Las Instituciones* y sus *Conferencias* se leen actualmente no sólo en los noviciados de los monasterios sino en otros ambientes que quieren entroncarse en la espiritualidad más genuina de la antigüedad cristiana. La misma Regla de San Benito (primera mitad del siglo VI) utiliza abundantemente su doctrina. Incluso podríamos añadir que sus libros han ayudado a muchos religiosos en su formación espiritual, la misma obra: *Ejercicios de perfección y Vida cristiana* del, hasta hace pocos años, conocidísimo jesuita P. Rodríguez le es deudora de gran parte de su doctrina y ejemplos.

Casiano era un nombre (quizá mejor un apodo) corriente pero muy extendido durante el alto imperio y en el martirologio de esa época encontramos varios mártires con ese mismo nombre. La vida de nuestro Casiano nos es muy poco conocida. Se ha escrito mucho sobre el lugar de su nacimiento: Provenza, Palestina, Siria, Constantinopla, Kurdistán. Ya Genadio en el siglo V lo declaró originario de Scithya (Escitia) y Marrou investigó que en la desembocadura del Danubio (*Scithya minor*) hay numerosas inscripciones rupestres con el nombre de «Cassiani», especialmente en Dobrudja del Norte. Este lugar, sito en lo que hoy es Rumania, pertenecía a la cultura latina tras su conquista por Trajano en el siglo II.

Casiano nacería probablemente entre los años 355 y 360 puesto que él mismo se dice «joven» cuando partió de Belén hacia el año 385, fecha de la llegada de San Jerónimo al lugar del nacimiento de Jesús. En efecto, Casiano no menciona a Jerónimo entre sus interlocutores monásticos. La razón de la piadosa peregrinación de Casiano a Tierra Santa también la podemos comprender pues por estas fechas su país está infectado de guerras y saqueos.

De Belén, Casiano partió para Egipto con un compañero llamado Germán. Ambos querían estudiar y conocer en su propio ambiente la espiritualidad de uno de los más conocidos monacatos de la antigüedad. Y permanecieron en Egipto nada menos que entre doce o quince años. Allí se pusieron en contacto con los padres más representativos del monacato «antoniano». No llegaron a introducirse entre los grupos cenobíticos pacomianos, sino que, después de retornar por un breve tiempo a Palestina en el 392, para renovar sus permisos en su monasterio de origen, volvieron a Egipto, al sur de Alejandría, al célebre desierto de Escete, donde permanecieron unos cinco años.

Hacia el año 400, o un poco antes, nuestros dos inseparables amigos viajaron a Constantinopla donde entablaron amistad con San Juan Crisóstomo. El Patriarca ordenó a Germán de presbítero y a Casiano de diácono. En 405, San Juan Crisóstomo, de nuevo perseguido y exiliado, salió de Constantinopla. Los dos amigos, con una carta de recomendación del clero constantinopolitano solicitando ayuda para su Patriarca, partieron hacia Roma. De allí retornaron de nuevo a las orillas del Bósforo, pero los partidarios del Patriarca estaban en horas bajas y tuvieron que alejarse de la zona.

Se desconoce hacia dónde partieron Germán y Casiano; se han hecho muchas conjeturas para cubrir los diez años entre 405 y 415. Unos opinan que marcharon a Palestina y otros a Roma. Los primeros piensan que Casiano se encontró en Tierra Santa con un tal Lázaro, obispo de Aix depuesto en 412 y refugiado en Palestina. Lázaro sería el que habría puesto a Casiano en contacto con aquellos lejanos territorios de la Galia.

Sea como fuere, sólo sabemos que entre 415 y 416 encontramos de nuevo a Casiano en el sur de las Galias, en Provenza.

Y en 419 Próculo, obispo de Marsella, lo ordena sacerdote. Poco después tiene lugar la fundación de dos monasterios en la ciudad, uno para hombres, el de San Pedro y San Víctor junto a la orilla del Lacydon, en el Viejo Puerto, y otro para mujeres, el de San Salvador.

Se ignora cómo utilizó Casiano su rica experiencia monástica para organizar sus monasterios. Castor, obispo de Apt y fundador de varias comunidades, pidió al ilustre viajero establecido en sus cercanías que les describiera el modo de vida de las comunidades monásticas de Egipto y Palestina. Casiano escribió entonces los doce libros sobre Las instituciones cenobíticas y los remedios contra los ocho vicios capitales. En ellos describió: 1.º, el hábito de los monjes; 2.º, reglas sobre la oración y la salmodia nocturna; 3.º, reglas de la oración y la salmodia durante el día; 4.º, sobre los que abrazan una vida de renuncia; 5.º-12.º, sobre los pecados capitales, a los que él une el de la tristeza (9). Distingue entre tristeza y acedia o desidia (10), vanagloria (11) y orgullo (12) y no trata ex profeso de la envidia. Casiano redacta los mismos puntos de vista que Evagrio Póntico (sabio filósofo griego que se hizo monje en el desierto de Escitia) en referencia a los ocho vicios capitales y en otras materias que tienen su base en las teorías neoplatónicas de la época. Esta obra tuvo que ser concluida probablemente antes del 418, año en el que los papas Zósimo e Inocencio condenan algunas de las sentencias pelagianas que Casiano profesa ingenuamente.

Las *Conferencias (Collationes)* son una colección de discursos espirituales que conoció en la antigüedad lo que hoy llamaríamos un éxito editorial. En cada una de ellas se describe de forma simpática y agradable las visitas hechas por aquellos dos piadosos viajeros a los más importantes padres del desierto en el Bajo Egipto y en las que se presenta, resumidas, las enseñanzas que se dignaron impartir a sus huéspedes. Es muy probable que Casiano se tomase en esta redacción más de una libertad al poner por escrito sus recuerdos. Sus digresiones tienen el encanto de las antiguas leyendas. De las veinticuatro conferencias, las diez primeras están dedicadas al obispo Leoncio de Frejus; la segunda parte (siete conferencias) la dedica a San Honorato, abad de Lerins y que más tarde sería elegido obispo de Arles en

el año 426. Y la tercera parte (siete conferencias) apareció después del 426.

La primera parte trata de la perfección cristiana (I), de la discreción necesaria para acceder a ella (I y II), de la renuncia que hay que hacer para seguir la vocación (III), de la concupiscencia (IV), de los vicios (V), del pecado (VI), de la resistencia de la voluntad contra los ataques del demonio (VII), de los ángeles y de los demonios (VIII), de la oración y de la vida contemplativa (IX y X).

A continuación Casiano precisa y completa ciertos temas: la caridad (XI), la apatheia o castidad (XII), la gracia y la libertad (XIII, conferencia marcada por el semipelagianismo), la ciencia espiritual (XIV), el carisma y los milagros (XV), la amistad entre los perfectos (XVI), lo esencial y lo accesorio en la vida espiritual, a propósito de los votos y promesas (XVII).

En las últimas conferencias trata: (XVIII) sobre los tres géneros de monjes (cenobitas, anacoretas y sarabaítas, sin contar a los monjes aislados y «originales»); (XIX) del objetivo de los dos caminos, el de los cenobitas y el de los anacoretas; (XX) de la vía purgativa; (XXI) sobre la libertad de los hijos de Dios bajo la nueva alianza; (XXII) de las tentaciones «carnales» (terrenales) que pueden encontrarse incluso entre los más santos; (XXIII) de la impecabilidad, que nadie posee en esta tierra; (XXIV) de las dificultades y consuelos de la vida anacorética.

El total de los capítulos o pequeños tratados nos recuerdan a los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, consagrados totalmente a honrar al Cordero inmaculado. Todos estos textos de Juan Casiano han sido leídos y meditados por miles de almas religiosas que van desde monjes y ermitaños hasta piadosos laicos que beben en ellos la espiritualidad de la Sagrada Escritura de la que las conferencias están transidas. He aquí un ejemplo: el abad Isaac (Conf X, 10) nos muestra la actualidad siempre perenne del versículo: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme» (Sal 69,2). Tiene, pues, su motivo el que dicho versículo haya sido escogido entre todos los de la Escritura. En él se encuentran todos los sentimientos que pueden conmover el corazón humano; puede adaptarse de maravilla y como a la medida de toda situación, estado y crisis espiritual. En él se

muestra el remedio contra toda tentación, sea en la invocación a Dios, sea en la confesión humilde y piadosa, así como la vigilancia con que hay que alertarse ante el temor que nos causa la inquietud, el miedo, la misma consideración de nuestra propia fragilidad, la esperanza de ser escuchado, la confianza en un auxilio siempre presente y presto, porque quien siempre invoca a su protector está seguro de tenerlo siempre junto a sí. En ese verso se contiene tanto el fervor de la caridad como la percepción de las emboscadas del enemigo y el pavor que ellas pueden causar, porque a todo lo largo del día y de la noche no hay momento en que dejemos de estar libres de peligros y caídas, a no ser que nos ayude el socorro de Dios, nuestro abogado.

Este verso, para todos los perseguidos por las asechanzas de los demonios, se convierte en un muro inexpugnable, una coraza impenetrable, un escudo fortísimo. En el descorazonamiento, la ansiedad, la tristeza, sean cuales fueren los pensamientos que nos deprimen, no permite que desesperemos de nuestra salvación, porque en él se nos manifiesta que aquel a quien invocamos es el que nos está observando de continuo en nuestras luchas y nunca se aleja de los que le suplican.

Este mismo verso recuerda a los que gozan de buena salud espiritual en consuelos y alegrías que no deben enorgullecerse ni vanagloriarse de su situación. Podemos estar ciertos que sin la protección divina no podemos estar tranquilos puesto que mediante dicha invocación se implora continuamente y hasta con presteza el auxilio divino. Sí, ciertamente la invocación sálmica es de necesidad y máxima utilidad para todos y en todas las circunstancias. Porque quien reclama ayuda, siempre y en todo lugar, muestra claramente que tiene necesidad del auxilio divino tanto en los aprietos y reveses de la vida como en la prosperidad y en las alegrías. Es Dios quien nos saca de la adversidad y quien nos hace permanecer en el bien; en ambos casos la humana fragilidad no puede subsistir sin la asistencia divina. Pero he aquí la cita; es larga, pero vale la pena leerla detenidamente, pues en ella se pone de manifiesto, en primera persona, todo lo que acabamos de resumir:

«La pasión de la gula me invade; busco alimentos que el desierto no produce, y en la soledad más alejada estoy oliendo los aromas de los mejores festines y no puedo menos de sentirme atraído

por tales aromas. Entonces no tengo más remedio que defenderme de la pasión diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Siento el impulso de anticipar la comida a la hora establecida; lucho con denuedo para guardar una justa y normal sobriedad, entonces no me queda más remedio que gritar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Los severos ayunos me serían útiles para sostener los combates carnales, pero me asusta el temor a sufrir el vacío de mi estómago y los ruidos de mis entrañas; y para que mis deseos se realicen o para que el fuego de la concupiscencia carnal se extinga debo orar así: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Me acerco a la mesa, cuando llega su hora, pero el alimento me da asco y siento el rechazo de la comida contra el deseo natural, entonces debo rogar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Quiero aplicarme a la lectura para encauzar mis pensamientos, pero un dolor de cabeza me echa para atrás. Desde la hora de tertia el sueño atenaza mis párpados y mi cabeza cae sobre el libro de la Escritura y estoy tentado de adelantar o alargar la hora del sueño. Cuando tengo que salmodiar, un sueño plúmbeo cierra mis ojos y me fuerza a interrumpir la hora o su integridad: debo igualmente pedir: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Después de varias noches de insomnio y fatiga noto que el sueño no viene a mis ojos necesitados de descanso y reposo, debo suspirar a Dios, entonces, diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Tengo que enfrentarme con mis pasiones; a menudo me siento molestado por el aguijón de la carne que se esfuerza en arrancarme el consentimiento mediante sus engaños y seducciones; y para que el fuego del enemigo no lo arrase todo y desaparezca el perfume de la castidad, me es necesario clamar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Noto cómo las antorchas de los deseos se apagan y cómo la llama de la concupiscencia se enfría; y para que esta situación perdure o, mejor, para que la gracia de Dios sea eficaz en mí en este punto, ahora y siempre, debo, desde el fondo de mi corazón, solicitar: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

La cólera, el amor al dinero, la tristeza me agobian sin reposo; me fuerzan a rechazar las dulzuras que había entrevisto y que quería alcanzar, y para que la tormenta del furor no produzca frutos amargos, tengo que gritar en mi profundo abatimiento: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

El desaliento, la vanagloria, la soberbia me invaden con fuerza. La negligencia, el tedio me ahogan de un modo sutil y placentero, y por miedo de que esta perniciosa situación proyectada por el

enemigo me invada completamente, tengo que suplicar con corazón contrito: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

He adquirido la gracia de la humildad y de la sencillez deponiendo la hinchazón de la soberbia a través de una constante compunción, mas para que otra vez no suceda que el pie del soberbio me pisotee y que me eche fuera la mano del malvado, o el orgullo de mi superación me produzca males mayores, debo gritar con todas mis fuerzas: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Innumerables distracciones y fantasías sacuden mi espíritu; no puedo sujetar la dispersión de mis pensamientos. Me es imposible ponerme en oración sin que me distraigan continuamente vanas imágenes y conversaciones ociosas; me siento seco, árido, estéril e incapaz de tener sentimientos espirituales. Pues para liberarme de tal marasmo, gemidos y suspiros no son suficientes, sino que tendré que invocar a Dios diciendo: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

Percibo que mi interior se restablece, que mis pensamientos se estabilizan; recobro el gozo espiritual, una alegría indescriptible me invade tras la visita de las inspiraciones divinas. Con exuberancia de trasportes espirituales acojo las abundantísimas inspiraciones de lo alto para conocer los misterios más sagrados e inescrutables, gracias a las luces que el Señor me hace; pues para que eso se arraigue y perdure en mí, el mayor tiempo posible, debo poner la máxima atención y decir constantemente: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

La noche, los demonios terribles me asedian y asaltan. Los malos espíritus con sus susurros me turban. La misma esperanza de obtener la salvación y de vivir desaparecen angustiosamente de mi espíritu; entonces acudo corriendo a la invocación que me salva; con todas mis fuerzas exclamaré: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme".

De nuevo la gracia del Señor me ha curado. Su socorro me anima; me siento rodeado de innumerables miríadas de ángeles y me siento tan fuerte que quisiera retar a aquello que hasta ahora yo temía más que la muerte y cuya sola presencia era suficiente para provocar en mí terror y espanto físico o espiritual. Pues para conservar esa fuerza y valentía del alma sostenida por la gracia de Dios es necesario que yo lo invoque una y otra vez: "Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme"».

Así pues, la invocación y oración de este verso sálmico debe ser incesante y perpetua: en las adversidades para ser liberados, en la prosperidad para que se mantenga y nos aleje de todo orgullo. Sí, que la invocación de este verso no caiga nunca de tus

labios. Cualquiera que sea tu trabajo, en la celda, en los viajes, no ceses de repetirla. Al dormir, al comer y hasta en las menores urgencias de la vida natural, medítala. Rumiar esta fórmula salvífica te guardará al abrigo de los ataques de los malos espíritus, te purificará de los vicios de aquí abajo, te conducirá hasta la contemplación de lo invisible y lo divino y te transportará hasta los ardores inefables de la oración que pocos alcanzan. Que el sueño te encuentre meditando este verso, hasta el punto de que, a fuerza de repetirlo, lo digas incluso entre sueños. Que al levantarte sea tu primera oración, el primero de tus pensamientos; que te haga ponerte de rodillas a los pies de tu lecho y que después te acompañe en todas tus acciones sin apartarlo de tu mente jamás. Lo meditarás según las normas del legislador del Deuteronomio: «Tanto si estás en tu casa como si vas de viaje, así acostado como levantado, la atarás a tu mano como una señal, y será como una insignia entre tus ojos; la escribirás en las jambas de tu casa y en tus puertas, así lo inscribirás en lo profundo de tu corazón, de modo que suba a tus labios cuando te inclines para la oración, tras lo cual, te dedicarás a todas las ocupaciones de la vida; que esta oración te sea espontánea y constante en tu vida» (Dt 6,7-8).

Después de sus conferencias, Casiano escribió a petición del archidiácono de Roma, el futuro papa San León, un documento sobre la Encarnación contra Nestorio. Es una obra de poca enjundia, escrita desde puntos de vista poco sólidos teológicamente y que fácilmente hubiera sido contraargumentada por el propio Nestorio. Sin embargo, este escrito sirvió al papa Celestino para condenar a Nestorio en el Concilio de Roma de agosto de 430 en espera de que fuera finalmente condenado por el Concilio de Éfeso al año siguiente.

Los puntos de vista semipelagianos de Juan Casiano fueron vigorosamente combatidos por San Próspero de Aquitania que escribió precisamente un libro (hacia 432) contra «el conferenciante», en referencia clara al autor de las «conferencias».

Juan Casiano murió hacia 435. Se le festeja en Marsella el 23 de julio. La iglesia oriental lo conmemora el 28 o el 29 de febrero. Los orientales tradujeron sus obras al griego y comparte este privilegio con el papa San Gregorio Magno, del que también

tradujeron los *Diálogos*. Ya en 1120 el *Martirologio* de Arles-Toulon lo incluye como santo.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

- BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* VII: *Juillet* (París 1948) 569-577.
- GODET, P., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. II/2: *Cabados-Cisterciens* (París 1905; ³1932) cols.1823-1829.
- OLPHE-GALLIARD, M., Art. en *Dictionnaire de spiritualité*. II: *Cabasillas-Cyrille* (París 1953) cols.214-276.

BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS DE DAIMIEL (MANZANARES Y CARABANCHEL)

GRUPO DE MANZANARES: Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina, José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez.

GRUPO DE CARABANCHEL: Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Jiménez, Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granada, Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, José de Jesús y María Osés Sainz, Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Felipe de San Miguel Ruiz Fraile.
Religiosos y mártires († 1936)

En julio de 1936 España entera se vio invadida por una ola de odio que provocó numerosas muertes. La represión adquirió caracteres de persecución religiosa: sacerdotes, religiosos y monjas fueron expulsados de sus casas, encarcelados y asesinados por la única razón de su pertenencia a la Iglesia católica.

En este día la Iglesia recuerda a un grupo de 15 religiosos pasionistas del grupo de 26 que formaban parte de la comunidad pasionista de Daimiel (Ciudad Real) que fueron martirizados el 23 de julio de 1936 en dos lugares diversos: Manzanares y Carabanchel Bajo.

Se trataba de una comunidad de estudiantes pasionistas formada por 30 religiosos, entre padres, hermanos coadjutores y estudiantes a los que aquellos días acompañaba el P. Provincial, P. Nicéforo de Jesús y María, el cual se disponía a efectuar la visita canónica a la provincia de la Sagrada Familia, comenzando precisamente por la casa de Daimiel. Le tocó la misma suerte que a gran parte de la comunidad.

La vida ordinaria de la comunidad se desarrolla sin mayores sobresaltos hasta el mes de julio de 1936. Ya en mayo de 1931 hubo algún intento de represión que, no obstante, no provocó incidentes como los que ocurrieron a partir del mes de marzo de 1936 con un registro de unos 300 hombres en busca de armas. Siguiéron días de gran tensión y zozobra y en el mes de julio, en concreto el día 19, volverían los milicianos a la casa de los pasionistas con el fin de buscar nuevamente armas. Todo el pueblo estaba en alarma y todas las iglesias, salvo la suya, cerradas y controladas. Continuaba, no obstante, la vida regular de la comunidad. El 20 de julio pretendió ser una jornada normal; los estudiantes debían estudiar porque se acercaba el tiempo de los exámenes. Precisamente fue ésa la noche escogida por los milicianos para rodear el convento y al amanecer, justo después de los maitines, se llevó a cabo un nuevo registro de los milicianos. El día transcurrió con la inminencia de que iban a ocurrir registros; los religiosos hicieron sus oraciones y actos de piedad y se retiraron a sus celdas con la angustia interior de verse rodeados de peligro. Hacia las 11,30 de la noche entre el 21 y el 22 de julio, un nuevo grupo de milicianos llamaron a la portería dando la orden de abandonar el convento en media hora. El P. Provincial ordenó que todos se vistieran de paisano y tras reunirlos en la iglesia, a pesar de que estaban golpeando las puertas de la misma los que querían entrar, les dijo: «Hermanos, si ha llegado nuestra hora, ¡ánimo! El Señor estará con nosotros. Recibamos su ayuda».

Tras dar la absolución a todos y recibirla él mismo del superior, el P. Nicéforo tomó el Santísimo y dijo:

«Ciudadanos del calvario [...] es la hora de nuestro Getsemaní [...] La naturaleza, en su parte débil, desfallece y se acobarda. Pero Jesucristo está con nosotros... Os voy a dar el que es la fortaleza de los débiles. Si a Jesús lo confortó un ángel, a nosotros es el mismo

Estalayo, estudiante; Epifanio Sierra, estudiante; Abilio Ramos, estudiante; Zacarías Fernández, estudiante; Fulgencio Calvo, estudiante.

Los 26 mártires pasionistas de Daimiel fueron todos beatificados por el papa Juan Pablo II el día 1 de octubre de 1989, aunque su muerte ocurrió en fechas diversas: 23 y 25 de julio, 25 de septiembre y 23 de octubre.

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

AAS 81 (1989) 121-131.

CARCEL ORTÍ, V., «Los 26 religiosos pasionistas de la comunidad de Daimiel (Ciudad Real)», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 135-216.

GARCÍA-GREGOR LENZEN, P., *Mártires pasionistas de Daimiel. Rosas del Calvario* (Zaragoza 1993).

MERINO, L., *La pasión de Jesucristo y la de los mártires pasionistas de Daimiel, Nicéforo y 25 compañeros* (Zaragoza 1989).

PIÉLAGOS, F., *Vida y testimonio. Homenaje a los 26 Mártires Pasionistas de Daimiel (1936) en su beatificación por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1989* (Zaragoza 1989).

UFFICIO DELLE CELEBRAZIONI LITURGICHE DEL SOMMO PONTEFICE (ed.), «Capella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la Beatificazione dei Servi di Dio Nicéforo Díez Tejerina e 25 Compagni, C. P. Martiri, Lorenzo Maria Salvi, C. P. Presbitero, Geltrude Caterina Comensoli, Vergine, Francesca Anna Citter Carbonell, Vergine. Piazza S. Pietro, 1.º ottobre 1989» (Ciudad del Vaticano 1990) 3-8.

BEATOS PEDRO RUIZ DE LOS PAÑOS, JOSÉ SALA PICÓ Y BEATOS MÁRTIRES DE LA HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS DIOCESANOS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Guillermo Plaza Hernández, Recaredo Centelles Abad, Martín Martínez Pascual, Antonio Perulles Estívil, José Pascual Carda Saporta, Isidoro Bover Oliver y José María Peris Polo
Religiosos y mártires († 1936)

PEDRO DOLORES DE MARÍA RUIZ DE LOS PAÑOS Y ÁNGEL nació en Mora (Toledo) el 18 de septiembre de 1881, de Francisco Ruiz de los Paños Ayllón y de Braulia Ángel Navarro. Nació casualmente en el domicilio de sus abuelos maternos, pues sus padres vivían por aquel tiempo en Orgaz, y, como nada más nacer hubo que hacerle una operación quirúrgica, una tía de su

madre, María Ángel, al verlo en peligro de muerte lo llevó inmediatamente a la parroquia para que fuese bautizado. Como ese día aquel año estaba dedicado a los «Dolores gloriosos de María», le añadieron en su nombre también este recuerdo.

Cuando fue consciente, celebraríala siempre, en el día de su cumpleaños, todavía más el día de su bautismo:

«He dado muchas gracias a Dios por haberme dado la vida en este día. Me acuerdo mucho de una tía carnal de mi madre, persona muy resuelta, que, como me vio, al nacer, en gran peligro de muerte, me cogió sin más averiguaciones y me llevó a la iglesia en el mismo momento, y así Dios se valió de ella para hacerme cristiano enseñuida».

Su padre era secretario de ayuntamiento y ejerció en diversos municipios; por ellos también pasó Pedro siendo niño: en Orgaz desde 1881 a 1884; en Villaminaya, donde recibió la confirmación, desde 1884 a 1888; y en La Calzada de Oropesa desde 1888 a 1893, aquí hizo su primera comunión en 1890. Desde 1893 la familia volvió a establecerse en Orgaz y, como aquí también se abrió a la vida en la adolescencia, desde entonces consideraría a este pueblo como propio.

Después de la primera comunión comenzaron a prepararlo para ingresar en el Seminario, puesto que, además de frecuentar la escuela, iba a clases particulares de latín que le daban, primero, don Martín Bermejo, párroco de La Calzada de Oropesa, y, luego, don Benito López de las Hazas, cura de Orgaz (quien, el 1 de septiembre de 1936, a sus ochenta y un años, y totalmente ciego, sería también fusilado).

Se fundió, pues, su modo de ser con el deseo de su familia en claros indicios de vocación sacerdotal, pues, como él mismo comentaba:

«No recuerdo tampoco cuándo recibí los primeros llamamientos de Dios. Dijéronme, aún muy niño, que había de ser sacerdote y en esa creencia viví siempre, sin haber pensado una sola vez en lo contrario. Tú, oh buen Jesús, que ibas preparando toda mi vida, te encargaste también de preparar mi voluntad con muchos años de anticipación para que recibiera en su día tu divino llamamiento».

El 28 de septiembre de 1894 se examinó de ingreso, primero y segundo de Humanidades en el Seminario de Toledo, y el 30 ingresó en él matriculándose en el tercer curso.

En esos años no había buen ambiente en aquel seminario y Pedro tuvo que pasarlo mal, puesto que muchos chicos no pensaban en el sacerdocio; por eso aún llama más la atención que él viviera, desde el principio, con toda dedicación a su vida espiritual y a su formación académica.

Un compañero atestiguaba:

«De seminarista era muy virtuoso, muy devoto de la Santísima Virgen y, sobre todo, del Santísimo Sacramento. Y, a pesar de estar enfermo, nunca quería trato de distinción. Veíamos en él al seminarista que se imponía por su virtud, a pesar de ser serio».

En primero de Teología, teniendo ya conocimiento de lo que era el sacerdocio y lo que significaba dedicar su vida a la formación de sacerdotes, pidió entrar en la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, dedicada —por inspiración y fundación del Beato Manuel Domingo y Sol— a la renovación en la formación sacerdotal. Precisamente el rector del Seminario de Toledo informaba al mismo fundador de la Hermandad sobre Pedro:

«Para mi gusto es todo un hombre: ha de tener cualidades de gobierno excepcionales, aparte que su talento y piedad le colocan entre los primeros del Seminario. Yo le juzgo el alumno más completo y, desde luego, el que más me satisface».

Pero cayó gravemente enfermo.

«Al cumplir los veinte, tomé la resolución de lo que había de ser, y parece que el Señor la esperaba. Me puso a morir. Ésa fue la aceptación. Pero me arreglé contra toda esperanza y en bien poco tiempo. Y a los veintidós años estaba ya dando guerra. Trabajé atrocemente y caí de nuevo, tres o cuatro años después. Aquello me duró más; tuvo menos fuerza, pero fue muy pesado».

Pidieron a don Manuel Domingo y Sol que le concediera pasar un año en el colegio de Orihuela, por el clima levantino más benigno que el de Toledo, pero regresó pronto.

Hizo su ingreso en la Hermandad, con su consagración de probando, el 12 de agosto de 1904, y emitió sus primeros compromisos el mismo día del año siguiente.

En 1904 los operarios se habían hecho cargo del Seminario de Málaga. Allí fue destinado como prefecto de disciplina. Fue ordenado subdiácono el 21 de diciembre de ese año. El 8 de

abril de 1905 recibió el diaconado y al día siguiente, 9 de abril, el presbiterado.

«Por una gracia especial me han conferido las órdenes de diácono y presbítero en dos días seguidos».

Estuvo en el mismo seminario hasta el final de curso en 1910. Era un sacerdote impregnado de amor a Dios y muy caritativo con los pobres. Incluso de joven había enseñado a sus hermanos a compartir los bienes y para los pobres guardaba las monedas de plata. Durante toda su vida sacerdotal mostraría su capacidad de oración, en la intimidad con Cristo, a quien quería referir la vida de todos los que trataba. Tenía ansias de santidad, siempre más.

Pedro había escrito entonces a su Director General que deseaba entrar en la Compañía de Jesús y, ante el temor de perderlo, éste encomendó a don Andrés Serrano que lo siguiera. Pero en noviembre dejaba el noviciado de la Compañía, que estaba en Granada, y se dirigió al Seminario de Jaén, el más cercano llevado por operarios. Sólo estuvo en Jaén hasta el 3 de enero de 1911, pues lo que quedaba de curso lo pasó con su madre, en Orgaz, quien murió en abril, y después en el Colegio de San José de Tortosa, donde escribió el *Libro del seminarista*. No había escrito ningún libro así, dirigido a los seminaristas; pero aquellas mil cuartillas nunca llegaron a publicarse.

Comenzó el curso 1911-1912 en el Seminario de Badajoz, como prefecto de disciplina, y todo ese curso lo pasó con achaques. Escribía, por eso, exponiendo su situación:

«Creo que me sería de alivio si, en lugar de llevar el trabajo y movimientos de la comunidad, me pusieran de mayordomo o director espiritual, desligándome, en parte, de ese otro trabajo de vigilancia para el cual me faltan las fuerzas físicas...».

Y añadía:

«Yo me conformo con lo que usted disponga de mí para el año que viene...».

En agosto de 1912 el director general le comunicó que iría destinado como mayordomo al Seminario de Sevilla, que la Hermandad de Operarios asumía en ese año. Allí puso en orden muchas cosas, compartiendo su trabajo con charlas a los

teólogos que recogió en un libro titulado: *El estado sacerdotal. Sus excelencias y ventajas*, pero tampoco llegó a ser publicado. Desde el curso 1913-1914 estableció en Sevilla la «Obra del fomento de las vocaciones», que empezaba a sostener a cuarenta seminaristas y, en tres años, había sufragado la pensión completa a 104 seminaristas. Esta vez sí que publicó un folleto vocacional para niños, *Camino de gloria*, y otro en 1915 sobre *Las vacaciones del seminarista*. Quiso comenzar la edición de una hoja periódica vocacional, pero no se lo permitieron, aunque él, resignado, escribía:

«La propaganda se va abriendo camino y más se abriría con la hojita que le proponía, si les hubiera parecido bien».

Como se ve, era un sacerdote lleno de iniciativas en la pastoral de las vocaciones.

En 1917 fue nombrado rector del Seminario de Plasencia, al hacerse cargo los operarios de este seminario, teniendo que dejar Sevilla con mucho sentimiento por parte de su Cardenal. Allí empezó preocupándose de la formación interior de los seminaristas, pues no tenían exhortaciones espirituales. Hizo un plan de charlas con los seminaristas, para cada uno de los días de la semana y, durante los diez años que estuvo allí de Rector, los nuevos sacerdotes salían con una espléndida formación humana y espiritual, intelectual y pastoral.

Trabajó, como en Sevilla, en la «Obra de las vocaciones sacerdotales» y ya pudo publicar aquella proyectada *Hoja vocacional*, mensualmente. Fundó también una hoja infantil vocacional titulada *El sembrador*. Siendo él rector en Plasencia fundó y se celebró por vez primera «El día del Seminario». Publicó también dos folletos, uno en 1922 sobre *El fomento de vocaciones eclesiásticas*, con una tirada de medio millón de ejemplares, y otro en 1923 sobre *La perseverancia del seminarista*.

Con la ayuda de otros operarios transcribió a máquina todos los escritos del Beato Manuel Domingo y Sol, en 45 volúmenes y, al contacto con ese trabajo, todavía se convenció más de que el trabajo por el fomento de las vocaciones sacerdotales y por la formación de los futuros sacerdotes era el apostolado más trascendental de la Iglesia.

Era incansable en el trabajo, a pesar de su escasa salud.

En agosto de 1927 fue elegido miembro del Consejo general de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y, más tarde, rector del Pontificio Colegio Español de San José de Roma. Escribía sobre este nombramiento:

«Mi gusto sería quedarme aquí en Plasencia, tan oscuramente como he vivido; no me asusta Roma, pero tampoco me mueve. Sin embargo, mi gusto no pienso que sea mi voluntad; ésta deseo que sea la de Dios [...] Yo no aspiro a nada más que a servir a Dios por el camino que él disponga».

Fue rector del colegio durante seis cursos, hasta 1933. Hablaba personalmente con todos los colegiales y logró que fueran alumnos aventajados en la Universidad Gregoriana. Allí también escribió un folleto sobre la Hermandad: *Regale sacerdotium*, publicó numerosas colaboraciones sobre el sacerdocio y, al despedirse, dejó escrito el libro: *Los primeros cuarenta años del Pontificio Colegio Español de San José de Roma*.

Dejó de ser rector porque el 31 de julio de 1933 fue elegido director general de la Hermandad. Desde el principio comenzó a renovar la espiritualidad sacerdotal de sus miembros, en la reparación al Corazón de Jesús y en el deseo de ofrecerse como víctimas. Y fundó un «Aspirantazgo» para formar, desde los primeros años de estudio, a futuros miembros de la Hermandad. Como director general publicó distintas *Cartas circulares* a los operarios.

Impulsaba la promoción de vocaciones precisamente en aquellos años tan difíciles de la segunda República en España y propuso la celebración de una «Semana Pro Seminario» que se celebró en Toledo en 1935. Con esta ocasión propuso también que se creara un Secretariado Nacional de Seminarios, realidad que sólo se pondría en marcha en España mucho más adelante, en 1959. Concibió también que ese Secretariado tuviera una revista y hasta pensó su título: *Vocaciones*, y comenzó a editarla en febrero de 1936, pero sólo se publicarían unos números antes del comienzo de la guerra civil. Posteriormente la revista de ese Secretariado tendría el mismo título. Promovió, además, la idea de que en Toledo radicara la Facultad de Teología de una proyectada universidad católica en Madrid.

Quien había obedecido fielmente en todo, bien podía ejercer el servicio de la autoridad.

Don Pedro fue fundador de un instituto femenino religioso, fundador póstumo, si cabe, porque el instituto se constituiría canónicamente pocos años después, pero las «Discípulas de Jesús» lo tienen por verdadero padre fundador, ya que fundador es quien recibe la inspiración y quien pone las acciones primeras e imprescindibles para la fundación.

La inspiración para ese instituto religioso femenino le sobrevino cuando era rector del Seminario de Plasencia. Lo escribió él mismo:

«En Plasencia, el día 18 de agosto de 1931, a las tres de la tarde, rezando maitines, en el Colegio de Vocaciones, se me ofreció la idea de las Discípulas de Jesús, en pocos momentos».

Las Discípulas no sólo pueden recordar el día, sino también la hora. Concibió este instituto como una pequeña constelación:

«Discípulas son las religiosas [...] las cuales dirigen toda la organización, y son como el Estado Mayor. Delegadas son otras personas piadosas que, viviendo con sus familias, diseminadas por la diócesis respectiva, ejercitan los ministerios de la Congregación y, aunque de modo privado, son religiosas por los votos, pruebas y prácticas que ejercitan [...] Por último, auxiliares son todas las personas buenas que, por propia voluntad y sin compromiso alguno, ayudan unas a otras para la consecución del fin del Instituto».

Con tres grados de compromiso: uno, religioso; otro, lo que ahora sería instituto secular; y otro, como movimiento apostólico vocacional. Pensaba que las mujeres podrían colaborar en la promoción de las vocaciones sacerdotales con una dedicación y un fruto apostólico insospechado. Imaginaba, pues, en cada diócesis un puñado de religiosas, unas cuantas gavillas de delegadas y una multitud de espigas, como auxiliares, que fructificaran en muchedumbre de vocaciones.

Empezó con el primer puñado, incluso tenía casa preparada para las primeras Discípulas, escritas las Constituciones y distintas anotaciones sobre el carisma y la misión, en las que había plasmado este don nuevo para la Iglesia. Hasta viajó de Tortosa a Toledo para dar comienzo a la obra con el núcleo inicial, a quienes tenía citadas para el 20 de julio de 1936. Pero, como es obvio, ya no pudieron reunirse y don Pedro sellaría este ofre-

cimiento a la Iglesia con el ofrecimiento de su vida. Parece que él habría presentado que no podría ver levantarse la obra, aunque hubiera puesto los cimientos.

Porque en su interior se estaba preparando para el martirio. Ya de seminarista pedía este don al Señor y hasta escribía:

«Algunas veces, excitado por tu divina caridad, he deseado darte mi sangre y he sentido envidia de los que sufrieron el martirio».

En unos versos escritos en Málaga en 1907, los concluía:

«¡Dichoso el sacerdote que, perseguido,
rinda el último aliento martirizado!».

Ya de sacerdote, habló muchas veces sobre sus deseos de martirio y expresó que, si le llegara, lo aceptaría gustosamente. A una carmelita le manifestó que, todos los días, pedía al Señor la gracia del martirio.

Del 26 de junio al 5 de julio de 1936 tres miembros de la Hermandad, que serían mártires, dirigieron una tanda de ejercicios espirituales para operarios: don Isidoro Bover, don José Pascual Carda y don Pedro Ruiz de los Paños. Uno de los ejercitantes anotó que, en una de las pláticas, don Pedro les dijo:

«En la Hermandad se ora y se trabaja mucho. Estoy contento de los Operarios. Solamente nos falta sangre de martirio. Hacen falta Operarios Mártires. El día que los tengamos, la labor de la Hermandad será fecunda y magnífica».

Don Pedro llegó a Toledo el 16 de julio de 1936, por la tarde, acompañado por don Jaime Flores, su secretario, quien luego sería obispo de Barbastro. Traía la intención de reunir a las primeras Discípulas de Jesús.

En aquellos días, ya de vacaciones, junto con don Pedro, residían en el seminario don Miguel Amaro Rodríguez, don José Sala Picó (rector del seminario menor), don Guillermo Plaza Hernández (prefecto de teólogos), don Tomás Torrente (mayordomo), don Jaime Flores y dos seminaristas, Antonio Ancos y Ángel Ródenas. Don Jaime, quien podría escapar, pudo testificar sobre el ambiente que vivieron en aquellos días y los deseos de martirio que mostraron ante la posibilidad que se les estaba cerniendo. De todo esto hablaron en los días 19 al 22 de

julio, incluso cuando se oía el bombardeo sobre el Alcázar y su entorno. Hacían turnos de vela ante el Santísimo. Don Pedro bajó a la cocina para animar a las religiosas que atendían al Seminario y para darles ánimo en aquellos momentos tan difíciles. En sus palabras unía el testimonio del martirio a la confianza en Dios. La Hermana cocinera le preguntó cómo tendría que comportarse, si tuviera que preparar la comida a los que los perseguían, y le contestó:

«Preparándola lo mejor que pueda y con la misma o mayor caridad que lo hace con nosotros».

En alguno de aquellos momentos, cuando el estruendo de los bombardeos hacía temblar los cristales del seminario, don Pedro sugirió a sus compañeros aplaudir a Dios, estando en verdadero peligro de muerte, y los invitaba a aceptar la muerte por Dios y por el bien de España. No dejaban de visitar, una y otra vez, al Santísimo.

En el atardecer del día 22 de julio, cuando llegó la noticia —por empleadas de teléfonos— de que ya habían matado a algunos sacerdotes, acordaron abandonar el seminario, por el peligro que allí había, intentando refugiarse en casas de personas de confianza. Don Pedro dispuso que los sacerdotes se vistieran de paisano, y, como no tenían otra cosa, se pusieron un blusón de dril. Don Pedro se confesó con don Tomás Torrente. Antes de salir del seminario comulgaron.

Don Pedro también dio la comunión a las religiosas, en la puerta de la cocina, y repartieron así todo el Santísimo para que no quedara reserva. Al despedirse de ellas les dijo:

«Adiós, hijas mías, hasta el cielo, si no nos volvemos a ver; ya están aquí los rojos y creo que han matado a algún sacerdote. Tened confianza en Dios. A vosotras no os pasará nada; a nosotros, los sacerdotes, sí, pues nos matarán».

Se fueron del seminario distribuyéndose los seis, de dos en dos: don Pedro y don José Sala, don Jaime y don Tomás; don Guillermo con los dos seminaristas, y don Miguel, solo.

Don Pedro y don José aceptaron, en principio, la invitación que les había hecho el párroco de la parroquia vecina de San Andrés para que se refugiaran en su casa, pero, después de pensarlo entre ellos, decidieron dirigirse a una casa antigua donde

vivía el maestro Salvador López Martín, pero, como en un piso de la casa vivía un socialista que se opuso rotundamente, a eso de las nueve de la noche se fueron a refugiar a casa de otro sacerdote, don Álvaro Cepeda, en la calle de Santa Isabel, 22.

Les ofrecieron, como cena, un poco de chocolate. Don Pedro invitó a todos a rezar el rosario. Al terminar, con palabras suaves habló de la gloria del sacerdote que sufre el martirio:

«Mañana, a primera hora, vendrán por nosotros y nos matarán —dijo a sus compañeros—, que nos encuentren bien preparados para presentarnos ante nuestro Padre...».

Don Pedro, en la habitación donde pasó la última noche, dejó esta carta escrita a lápiz y dirigida a sus hermanos:

«Toledo, 22 de julio de 1936.

Queridos hermanos: Son las cinco y media de la tarde. Llevamos casi tres días de asedio militar. Bombas y tiros a millares. Una pena grandísima. Hoy ha caído junto al Seminario quizá la última que han lanzado. Por el eco de estos valles y, sobre todo, de esta casa tan grande, creen las pobres gentes de estos contornos que han salido tiros. Pidiendo al Señor en la capilla hemos estado los días últimos a fin de que a todos los aplacase. No hemos podido hacer más. Pero ahora, con la calumnia propalada, será difícil salir del Seminario y no sé lo que sucederá. Es posible que seamos sometidos a cualquier requisia; es posible cualquier cosa en circunstancias tan anormales. Si me sucediera algo, os doy el adiós hasta el cielo, donde espero que Jesús me lleve con Él. Yo no tengo más deseo ni más esperanza que Jesús, de manera que allí os espero. De todos me acuerdo mucho, mucho; y como no puedo escribir a todos, valga esta carta para la Hermandad, para las carmelitas de ambas casas y de otras, para las discípulas, etc. A todos en Jesús haré sentir su divina misericordia. Que todos rueguen por mí. No sé si a vosotros os ha pasado algo. En el cielo lo veré. Adiós. Os abraza y quiere mucho vuestro hermano, Pedro.»

Hacia las siete y media de la mañana, la hermana de don Álvaro les preparó el desayuno y, apenas terminado, se presentaron unos milicianos a quienes éste les ofreció tabaco y hablaron con él, con respeto y buenas formas, pero, de repente, irrumpieron otros milicianos diciendo que habían salido tiros de la casa. Era la forma de allanar la morada, porque don Álvaro aseguraba todo lo contrario.

Ustedes son maristas, les dijeron y, como no se conformaban con la negativa dada una y otra vez por don Pedro, les afirmó que eran superiores del seminario. Su rostro de sacerdotes, con su compostura y su mirada, no lo podían ocultar. Detuvieron a los tres y, aunque hablaron de atarlos uno a otro, se los llevaron sueltos sin oponer resistencia alguna.

Un testigo contó cómo se los llevaban, con los brazos en alto, con los puños cerrados porque el jefe de la patrulla decía que las manos en alto sin cerrarlos era «fascio». Por el camino los vieron muchas personas. Los querían matar en aquella calle pero uno de los suyos, que estaba comprando en una tienda, salió a la puerta y, después de proferir unas blasfemias, espetó a los milicianos que se los llevasen a otro sitio, que, si no, los iban a tener allí todo el día, y que no había derecho a hacer eso en una calle de tanto tránsito. Los mataron, después, en el Paseo del Tránsito.

Don Leandro de la Flor Pérez, declaró todo lo que pudo ver sobre el fusilamiento de los tres sacerdotes:

«Yo vivía en la Casa de Maternidad de la ciudad de Toledo, sita en la calle de San Juan de Dios, junto a la Sinagoga llamada del Tránsito. En dicha Casa de Maternidad desempeñaba yo mi profesión de practicante.

Eran aproximadamente las nueve de la mañana del día 23 de julio de 1936, y me encontraba lavándome, teniendo la persiana de mi habitación bajada. Entonces oí un ruido considerable de muchas personas que en aquel momento pasaban por la calle de Reyes Católicos, precisamente debajo de la ventana de mi habitación, en el piso bajo de la Casa de Maternidad. Yo me asomé a la ventana un poco oculto detrás de la persiana, y vi, a unos metros solamente de distancia, a unos veinte o treinta milicianos armados y algunas mujeres.

En el momento de asomarme a la ventana oí que un miliciano dijo: «¡Pararsus!», y, parados, observé con todo detalle las personas de don Pedro Ruiz de los Paños, don José Sala y don Álvaro Cepeda, que estaban uno detrás de otro por el orden que les acabo de mencionar.

Don Pedro llevaba un blusón de dril; las manos cerca del pecho, con un semblante sereno, y miraba repetidamente al cielo. Don José Sala iba vestido con un blusón de dril y con aspecto sereno. Don Álvaro Cepeda, de paisano y con nerviosismo.

Inmediatamente el miliciano dijo: «Pà adelante», y don Pedro y don José anduvieron para adelante, así como don Álvaro, que recibió unos empujones de los milicianos. Entraron andando los tres

sacerdotes, delante de los milicianos, en el Paseo del Tránsito, y yo les seguía viendo perfectamente con la cara pegada a la reja de mi ventana, desde la cual iba observando cuanto iba aconteciendo.

Estando a pocos metros después de dejar la calle de Reyes Católicos, y muy próximos a un bando del Paseo del Tránsito los tres sacerdotes dichos, oí una descarga que hicieron los milicianos que los conducían, con los fusiles y otras armas de fuego que llevaban.

Yo vi cómo don Pedro cayó inmediatamente boca abajo con las manos extendidas hacia delante, quedando en esta postura tendido en el suelo. Don José Sala se torció un poquito y también cayó al suelo. Don Álvaro Cepeda también se retorció y cayó boca arriba.

Así quedaron muertos, y los milicianos inmediatamente se retiraron, volviéndose por donde habían ido y volvieron a pasar delante de mi ventana. Yo les oí decir: «¡Ya cayeron otros tres; a ver si terminamos con todos!». Desaparecieron riéndose a carcajadas y celebrándolo ellos y las mujerucas que les acompañaban.

Los cadáveres permanecieron en el mismo sitio, sin que nadie los tocara, hasta el mediodía, alrededor de la una. Yo mandé varias veces a sirvientas de la Maternidad que se acercaran para ver si los habían llevado, comprobando también por mí mismo este extremo; pero no presencié el acto de retirarlos, suponiendo que, como acostumbraban hacer, los subirían a una camioneta de las destinadas a la recogida de basuras y los llevarían a enterrar».

Bien pudo morir como mártir quien su vida diaria —como se dijo de él— podría resumirse así: «Todo para Dios, nada para sí mismo».

En la homilía de su beatificación, el Papa destacó, además, su carisma de fundador:

«Pedro Ruiz de los Paños enriqueció además a la Iglesia con la fundación de las Discípulas de Jesús, dedicadas al apostolado vocacional».

Desde entonces la Hermandad de Operarios, a quien le faltaba el testimonio de mártires propios, como había dicho el mismo don Pedro, contaba ya con él, don José Sala y, después, con otros compañeros.

JOSÉ SALA PICÓ había nacido el 24 de junio de 1888 en Pons, diócesis de Urgel y provincia de Lérida, el mayor de doce hijos del matrimonio cristiano compuesto por Jacinto y Josefa. Tres de sus hermanas serían religiosas.

Ya desde niño destacaba por su seriedad y gravedad. Había oído contar a su padre el martirio de los primeros cristianos, así

como el de los Macabeos, y le contaba que le gustaría ver a alguno de sus hijos morir mártir y comprobar si, como ellos, alentaba a los demás al martirio. Esto se le quedó muy grabado a José.

A los nueve años, con su hermano Ramón, fueron a vivir con su tío que era párroco en Ordino (Andorra); él mismo les impartía clases de Latín y Humanidades. Más tarde el tío le pagaría el curso de filosofía y teología como alumno interno en el Seminario de la Seo de Urgel. Tenía gran capacidad para el dibujo y la pintura.

José recibió la tonsura clerical y las órdenes menores en 1909; el subdiaconado en 1910 y, a finales de ese año, el diaconado. Fue ordenado presbítero el 15 de abril de 1911 y ejerció su ministerio en varias parroquias de la diócesis: la primera en Guissona como vicario, después capellán de la granja de Liñola, fue coadjutor también en Pallás, Balaguer y Bergamuy, hasta que en 1914 ingresó en la Hermandad con permiso de su obispo Juan Benlloch, quien escribió al director de la Hermandad de Operarios:

«Esta tarde se me ha presentado don José Sala, joven vicario en un anejo de esta parroquia de Aren, participándome sus deseos de ingresar en esa mi amada Congregación de Operarios Diocesanos. Es un santito y no me desprendería de él fácilmente; pero, para dárselo a usted, hago gustoso el sacrificio».

Emitió sus primeros votos el 12 de agosto de 1915 y en 1924 los definitivos. Fue destinado al Seminario de Segovia, y obedeció dócilmente venciendo en la repugnancia que le daba llevar la administración y tener que tratar con dineros.

En 1918 fue trasladado al colegio de San José de Toledo: primero fue prefecto de los alumnos, y desde 1924 —en que el colegio se convirtió en seminario menor— fue nombrado primer rector. Todos los días daba una charla para la meditación de los seminaristas y les comentaba la lectura espiritual. Se mostraba con firmeza y exigencia y, a la vez, con suavidad y dulzura en la educación de los chicos. Tenía una especial sensibilidad para la liturgia y ayudaba a los seminaristas con el fin de que pudieran tener un misal y seguir la celebración diaria. Rezaba en el coro el oficio divino y se confesaba semanalmente en la misma iglesia del seminario, delante de los seminaristas.

Su padre murió en 1926, sin que pudiera acudir a su muerte, funeral y entierro.

La característica más notable de su vida fue su humilde bondad. Era muy sencillo, un poco seco o despegado, pero de gran corazón. Se alegraba mucho de todo lo bueno que acontecía a los demás. Era muy práctico y mostraba un gran sentido común.

En los primeros meses de 1936 tenía miedo de que hubiera desbandada en el seminario ya que los padres se querían llevar a casa a sus hijos, por miedo. Ante los peligros que se cernían escribía: «Esperamos que nos dejarán terminar el curso en paz. La perspectiva gris es para lo futuro. ¡Dios sobre todo!».

El alzamiento militar le sorprendió allí, en su seminario menor de Toledo y, en aquellos días, pasó a vivir al vecino seminario mayor con don Pedro Ruiz de los Paños y otros sacerdotes. Estaba convencido de que iba a morir mártir, pues creía llegado el momento deseado por su padre. No quería ocultarse ni vestirse de paisano, pero lo hizo por obediencia.

El día 20 de julio visitó a dos de sus hermanas, que eran religiosas jerónimas en el convento de San Pablo de Toledo, para felicitar a la que se llamaba Magdalena porque decía que el 22 ya no podría ir. Las animó a estar preparadas para el martirio y que se ofrecieran al Señor: «Era una gloria muy grande ser mártires y una dicha muy grande que no a todos concede el Señor».

Murió junto a don Pedro Ruiz de los Paños y don Álvaro Cepeda en el Paseo del Tránsito de Toledo. Un testigo presencial de los hechos, el médico don José Rivera Lerma, lo relató así:

«La manera de conducirse los tres sacerdotes detenidos con los milicianos que los traían era la siguiente, que yo aprecié de cerca con toda claridad: venían los tres en fila, uno detrás de otro, el primero don Pedro, con las manos en alto, en la actitud que se ponen en el ofertorio de la misa, con las palmas hacia el cielo, con una cara sonriente y dulce, juzgando que esa sonrisa provenía del interior ofrecimiento que iba haciendo al Señor de su vida. A continuación don José Sala, el cual iba con la misma humildad con que yo le había conocido siempre, que levantó dos veces la vista para mirarme, que indudablemente me reconoció; pero estaba, como el anterior, en semejante actitud, entregado interiormente a Dios. Llevaba también las manos en alto, apareciendo, en la actitud

de las mismas, estado de cansancio. Por último iba don Álvaro Cepeda».

Don Jaime Flores, obispo que fue de Barbastro —que en aquellos días estuvo con los mártires hasta que salieron en la noche del 23 de julio— pudiendo escapar hacia Madrid en un coche, testificó: «Don José Sala me había dicho con alegría que era el momento de cumplir Dios el deseo de su padre de tener un hijo mártir».

El papa Juan Pablo II, el día 1 de octubre de 1995, en la plaza de San Pedro de Roma, beatificó a Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó y a los otros ocho compañeros miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús: Guillermo Plaza Hernández, Recaredo Centelles Abad, Martín Martínez Pascual, Antonio Perulles Estívil, José Pascual Carda Saporta, Isidoro Bover Oliver y José María Peris Polo, que sufrieron muerte en testimonio de la fe y por ser sacerdotes.

HERMANDAD DE SACERDOTES OPERARIOS DIOCESANOS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Para comprender el martirio de los miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, como de los demás santos o beatos martirizados durante la persecución religiosa en España, es necesario remontarse a la proclamación de la II República, el 14 de abril de 1931, cuando la Iglesia comenzó a sufrir un hostigamiento legislativo declarado y, a la par, una violencia física infligida por distintos grupos políticos y sindicales (marxistas, socialistas, anarquistas y republicanos, con influencia de la masonería) sobre las personas y los bienes de la Iglesia. En sólo tres días de mayo de 1931 fueron incendiados un centenar de iglesias y conventos religiosos, y muchos cientos más en los años sucesivos, pues la persecución duró desde 1931 a 1939.

En mayo de 1933 la Conferencia de Metropolitanos emitió una *Declaración* sobre la ley de Confesiones y Congregaciones religiosas, pues violaba los derechos fundamentales de las personas y de las instituciones. La disolución gubernamental de la

Compañía de Jesús era una muestra o prólogo. Y en julio del mismo año, la carta encíclica del papa Pío XI, *Dilectissima nobis*, denunciaba la persecución religiosa a la Iglesia en España.

Las primeras víctimas son del 5 de octubre de 1934, en la llamada «revolución de Asturias», donde fueron asesinados 37 sacerdotes, religiosos y seminaristas y fueron incendiadas 58 iglesias.

El inicio del alzamiento militar sorprendió a la jerarquía de la Iglesia que vio cómo, en el origen del movimiento nacional, entre otras causas de orden civil, social, cultural y económico, y en el modo coactivo de haber celebrado unas elecciones en febrero de 1936 con el fin de obtener y mantener el poder a toda costa por el llamado «frente popular», entraba también como causa la política antirreligiosa del gobierno republicano. Entre las causas de la guerra no estaban, pues, solamente las del desorden social, cultural y político.

Una vez iniciada la guerra civil en julio de 1936, el asesinato de sacerdotes, religiosos, religiosas y seminaristas y la destrucción de iglesias y seminarios o casas religiosas fueron diarios en la zona republicana, de tal forma que en 1937 el episcopado español dirigió una carta colectiva (firmada por 43 obispos y cinco vicarios capitulares) al episcopado mundial denunciando esta persecución encarnizada. La jerarquía de la Iglesia, en esa misma carta, deseaba y propiciaba la paz, pues lamentaba la guerra como un mal gravísimo que no había querido, pero tampoco podía callar ante tanta violencia ni permanecer indiferente ante los derechos y valores, religiosos y de la nación, que habían sido y estaban siendo conculcados.

Durante ese tiempo fueron martirizados trece obispos, más de cuatro mil sacerdotes, tres mil religiosos y trescientas religiosas. Son incontables los seglares. La mayoría de todos ellos en los primeros seis meses de la guerra civil. Murieron perdonando a sus enemigos. Llama la atención la fidelidad de tantas personas, en una de las persecuciones más violentas y con mayor número de mártires en la historia de la Iglesia.

Los horrores cometidos por el ateísmo militante son indescriptibles y manifestaban un odio a la fe, con deseos de que desapareciera la Iglesia del mapa español, pasando así a la obra lo

que los ideólogos proclamaban con las palabras, que el estado español debía ser laicista en el más pleno sentido y, para conseguir ese fin, todos los medios —incluso los más violentos— podían ser lícitos en la práctica.

Dos líderes, uno nacional y otro internacional, habían pronunciado clara su intención:

«Había muchos problemas en España [...] El problema de la Iglesia [...] Nosotros lo hemos resuelto totalmente, yendo a la raíz: hemos suprimido los sacerdotes, las iglesias y el culto».

«En las provincias que dominamos la Iglesia no existe. España ha sobrepasado en mucho la obra de los soviets, porque la Iglesia, en España, está hoy aniquilada».

Se unía, pues, el objetivo de eliminar a la Iglesia católica con los brotes más incontrolables de anticlericalismo.

La Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús fue fundada por el Beato Manuel Domingo y Sol (1836-1909), siendo sacerdote de la diócesis de Tortosa, el 29 de enero de 1883. Después de la celebración de la misa recibió la inspiración de fundar una hermandad de sacerdotes que, con un fuerte espíritu de reparación al Corazón de Jesús, se dedicaran a la formación de futuros sacerdotes. Recibió su primera aprobación del obispo diocesano de Tortosa el 17 de mayo de 1883. Anteriormente, don Manuel, al encontrarse con un seminarista pobre, y con otros más, había fundado un «Colegio de San José», para que nadie que tuviera vocación sacerdotal tuviera impedimento alguno para llegar a ser sacerdote. Después de ése, fundó otros muchos colegios por distintas diócesis españolas y de Lisboa (Portugal). También, gracias a él, se fundó el «Pontificio Colegio Español de San José en Roma», donde se han formado miles de sacerdotes, muchos de ellos llamados al episcopado. Desde 1897 distintos obispos pidieron a los miembros de la Hermandad que dirigieran su respectivo seminario diocesano, tanto en España como en México.

«Todos los Operarios Diocesanos estaban entregados al ministerio en los seminarios cuando en 1936 España se vio sacudida por un violento ambiente antirreligioso. En los seminarios y con los seminaristas vivían habituados a un clima de persecución, y la posibilidad del martirio era tema frecuente de sus conversaciones», se recoge en el decreto sobre el martirio de estos sacerdotes.

De los treinta operarios que fueron asesinados durante la persecución religiosa en España, sólo fue introducida la causa de canonización de nueve de ellos porque había testigos presenciales de los últimos momentos de su martirio en 1936, éstos pudieron declarar más tarde sobre la fidelidad de todos ellos (los treinta) hasta el final. Junto con Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó muertos el 23 de julio en Toledo, están: Guillermo Plaza Hernández, el 9 de agosto en Argés (Toledo); Recaredo Centelles Abad, el 25 de octubre en Nules (Castellón); Martín Martínez Pascual, el 18 de agosto en Valdealgorfa (Teruel); Antonio Perulles Estivill, el 12 de agosto en Marsá (Tarragona); José Pascual Carda Saporta, el 4 de septiembre en Oropesa (Castellón de la Plana); Isidoro Bover Oliver, el 2 de octubre en Castellón de la Plana, y José María Peris Polo, el 15 de agosto en Almazora (Castellón). (Puede verse la biografía de cada uno de ellos en el volumen del mes correspondiente al día de su martirio en este *Año cristiano*).

La persecución religiosa en Toledo, donde fueron mártires don Pedro, don José y don Guillermo, fue dura y progresiva, como un horno que se calienta poco a poco hasta ponerse incandescente. En España, durante los seis primeros meses de 1936, fueron cometidos unos tres mil atentados graves de carácter político o social; destruidas, incendiadas o profanadas multitud de iglesias; asesinados numerosos sacerdotes, religiosos, seminaristas y religiosas.

En Tarragona, el rector del seminario escribía a don Pedro, el director general de la Hermandad de Operarios: «Únicamente el Señor sabe lo que nos espera en el transcurso del año que hoy comenzamos», que justamente era centenario del nacimiento del Beato Manuel Domingo y Sol.

Y en Valencia, escribía otro rector en febrero:

«Han intentado quemar varias iglesias y casas religiosas, entre ellas el colegio de Santo Tomás de Villanueva [...] ha habido momentos de verdadero peligro de una hecatombe [...] En los pueblos ha habido muchos desmanes; en muchos de ellos han quemado imágenes, iglesias, casas abadías...».

El Beato Antonio Perulles, que fue martirizado en Marsá, escribía en el mismo mes:

«En Alicante han saqueado todas las parroquias, menos una [...] Con todos los objetos de culto hicieron grandes hogueras en la calle, no habiendo dejado más que las paredes [...]».

Y el Beato Isidoro Bover, en el mes de marzo:

«Por algunos días ha sido el tema de actualidad el orden público, y lo sigue siendo en las conversaciones particulares, a medida que se van sabiendo las atrocidades espeluznantes que se han cometido desde el 16 de febrero [...] Nos consta que el día de San José no se dijo misa en la tercera parte de las parroquias de la diócesis de Murcia, que parece ha sido la comarca más castigada».

En Valdealgorfa, en la provincia de Teruel y archidiócesis de Zaragoza, el Beato Martín Martínez, que fue martirizado en su propio pueblo, con anterioridad había escrito:

«Vi pasar un camión de milicianos forasteros. En la plaza oí que preguntaron a los del pueblo, lo primero, si habían matado al cura, y después les dijeron que habían de derribar una cruz que había a la entrada del pueblo, y que si no la derribaban, los matarían a ellos».

Hasta ocho pregones municipales había dado, entre el 26 de julio y el 18 de agosto, para conminar a los vecinos a que descubrieran a los sacerdotes ocultos en aquel lugar. El bando último dictaba pena de muerte contra los que fueran sorprendidos en la ocultación de un clérigo. Los de ese pueblo testificaron después que habían matado a Martín sólo porque era sacerdote, cuando sólo llevaba poco más de un año de sacerdocio.

La diócesis de Tortosa fue una de las que más persecución sufrió, pues más de trescientos sacerdotes fueron martirizados. En Nules, don Recaredo Centelles y en Villarreal, don José Pascual Carda. Muchos pueblos de Castellón pertenecían entonces a esa diócesis, y por la Vall de Uxó iba y venía la llamada «Columna de hierro» que asesinaba en la retaguardia del frente.

El papa Juan Pablo II dijo de estos nueve beatos en la homilía de beatificación, en la plaza de San Pedro el 1 de octubre de 1995:

«Los nueve miembros de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, que con Pedro Ruiz de los Paños y Ángel a la cabeza, son beatificados hoy, fueron martirizados tras haber trabajado, conforme al propio carisma, en la formación de futuros sacerdotes en diversos seminarios de España y de

- o México. Entregados desde una honda espiritualidad sacerdotal al fomento de las vocaciones, como continuadores del celo apostólico del Beato Manuel Domingo y Sol, su vida, coronada con la palma del martirio, nos recuerda la urgencia de este apostolado».

En esa misma celebración el Papa determinó para la memoria litúrgica de estos nueve mártires el día 23 de julio, fecha del martirio de los beatos Pedro Ruiz de los Paños y José Sala Picó.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

- AAS 86 (1994) 286-291.
 ANDRÉS HERNANDEZ, J. DE, *Testigos de su sacerdocio* (Madrid-Salamanca 1990).
 — *Las redes del pescador. Pedro Ruiz de los Paños, apóstol de las vocaciones* (Madrid 1985).
 BOIX QUEROI, R., M. *Iltr. Don José María Peris Polo «Rector del Seminario»* (Tortosa 1983).
 CANDANEDO, G., *Mártires de la Hermandad* (Madrid 1995).
 CÁRCCEL ORTÍ, V., «Los nueve sacerdotes operarios diocesanos», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 453-488.
 MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid 2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VALERIANO DE CIMIEZ

Obispo († 460)

Nacido en una familia galorromana de la Galia Narbonense, al llegar a la juventud contrajo matrimonio, pero posteriormente, se entiende que con acuerdo de la esposa, abrazó la vida eremítica y pasó al monasterio de Lerins. Acreditado por su ciencia y santidad, fue elegido obispo de Cimiez y es el primero de esta sede que se conoce. Lo era ya en 449. Fue un buen prelado, celoso del bien de los fieles a él confiados, y trajo a su diócesis un grupo de monjes de Lerins para que se establecieran en ella. Fue conocido por sus escritos ascéticos y morales. Tomó parte en los sínodos de Riez y Vaison, y en 457 presidió el de Arlés. Apoyó al papa San León en la diatriba antimonofisita. Murió el año 460.

BEATA JUANA DE ORVIETO

Virgen († 1306)

Juana o Vanna, como se la llamaba sincopando su nombre de Giovanna, nació en Carnaiola en el seno de una familia de labriegos hacia 1264. Muertos sus padres, se la llevaron consigo unos parientes de Orvieto con quienes se crió. Llegada a la juventud, sus parientes le buscaron un matrimonio, pero ella rehusó y desde entonces dejó la casa de su familia y vivió por sí misma ganándose el pan con su trabajo manual. Llena de espíritu de piedad, se puso bajo la dirección del beato Santiago de Bevagna y se hizo terciaria dominica. Se la definió como paciente, obediente y tranquila y llena de buenas obras. Hizo grandes progresos en la vida espiritual y el Señor la favoreció con éxtasis. Era muy amante de los pobres, a los que atendía cuanto podía. Murió el 23 de julio de 1306, y recibió culto popular que el papa Benedicto XIV confirmó el 11 de septiembre de 1734.

BEATO CRISTINO GONDEK

Presbítero y mártir († 1942)

Adalberto Gondek nació el 6 de abril de 1909 en Slona, Polonia, en el seno de una modesta familia de campesinos. Recibe de sus padres el espíritu religioso que le distinguió siempre. Fue seminarista del Colegio Seráfico de Lvov los años 1925-1928. Decidida su vocación religiosa, entró en la provincia de Santa María de los Ángeles, de la Orden franciscana, y tras hacer el noviciado hizo la profesión religiosa el 26 de agosto de 1929 con el nombre de fray Cristino. Hizo los estudios de filosofía en el Instituto Humanístico Filosófico, de los PP. Capuchinos, en Cracovia, y pasó luego a hacer los estudios teológicos en el Instituto Teológico del seminario de Przemyśl. El 18 de abril de 1933 pronunció la profesión de votos solemnes.

Ordenado sacerdote el 21 de junio de 1936, su salud le impidió seguir los estudios de Historia de la Iglesia que su Orden quería que cursara, y fue enviado a Chelm Lubelski, de donde el 26 de noviembre de 1936 pasó al convento de Włocławek como confesor y predicador y un poco después se le dio el cargo de

vicario del convento. Llegada la guerra fue arrestado por la Gestapo el 26 de agosto de 1940, llevado a la prisión de Szczeglin, luego al campo de concentración de Sachsenhausen y finalmente el 14 de diciembre del mismo año 1940 al campo de concentración de Dachau. No soportó las terribles condiciones del campo y murió el 23 de julio de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por Juan Pablo II.

BEATO BASILIO HOPKO

Obispo y mártir († 1976)

Nació el 21 de abril de 1904 en Hrabské, Eslovaquia, en el seno de una modesta familia de campesinos. Como su madre, viuda en 1905, emigró a Estados Unidos en busca de mejores condiciones de vida, se encargó mientras tanto del muchacho su abuelo y luego un tío suyo materno que era sacerdote greco-católico.

Decidido por la vocación sacerdotal, hizo sus estudios a partir de 1923 en la Academia Teológica greco-católica como alumno del seminario de Presov. Antes de ser ordenado, su madre le envió dinero para que se fuera a Estados Unidos y se ordenara allí como sacerdote de la eparquía greco-católica de Pittsburg, pero enfermó y para pagar a los médicos la operación necesaria hubo que emplear el dinero del viaje. Recibió la ordenación sacerdotal el 3 de febrero de 1929. Enviado a la parroquia de Pakostov trabajó con gran dedicación y de forma especial en el campo de la juventud. Pasa luego a una parroquia de su rito en Praga y se le une su madre que vuelve de los Estados Unidos. Entre 1936 y 1941 fue director espiritual del seminario de Presov. En abril de 1940 obtuvo el doctorado en teología y desde septiembre de 1941 fue secretario del obispo. En 1943 fue nombrado profesor de teología pastoral y teología moral en la Facultad de Presov, donde hizo una gran labor, escribió artículos y libros y fundó una revista, coadyuvando a la publicación de libros de espiritualidad.

Sus muchos méritos fueron reconocidos con el nombramiento de obispo auxiliar de Presov, siendo consagrado el 11 de mayo de 1947, cuando ya las circunstancias políticas de su país

se estaban volviendo muy difíciles para los creyentes en general y para los greco-católicos muy en particular. En efecto, el Estado comunista preparaba la eliminación de la Iglesia greco-católica y terminó por declararla ilegal en abril de 1950. Por este motivo monseñor Hopko fue arrestado el 18 de octubre de ese mismo año y sometido a terribles interrogatorios y presiones para que firmara una declaración de haber cometido acciones ilegales. Ni los interrogatorios ni las medidas tomadas contra él, como caminar continuamente, no dejarle dormir, no darle de comer, etc., minaron su firme resistencia. El 24 de octubre de 1951 fue sentenciado a quince años de cárcel, una multa de veinte mil coronas checoslovacas, la pérdida de los derechos civiles durante diez años y la confiscación de todos sus bienes. Fue pasando por las duras cárceles de Bratislava, Ilava, Leopoldov, Praga, Mirov y Valdice, todo un viacrucis. Estaba en esta última cárcel cuando, el 12 de mayo de 1964, a causa de su estado de debilidad, lo dejaron en libertad condicional y lo obligaron a vivir en Osek, en una casa para sacerdotes retirados, a fin de que no estuviera en la Eslovaquia oriental. Y estuvo continuamente vigilado. Su estado de salud tanto física como mental era muy lamentable. Padecía depresiones causadas por las torturas y malos tratos. Rehabilitada la Iglesia greco-católica el 13 de junio de 1968, recibió la licencia para reanudar su actividad pastoral, lo que hizo con gran voluntad pese a su mala salud. Vino a morir en Presov el 23 de julio de 1976, y al hacersele la autopsia se demostró que había sido envenenado progresivamente al serle suministradas durante años pequeñas cantidades de arsénico.

Declarado mártir el 7 de julio del 2003, ha sido beatificado por el papa Juan Pablo II el 14 de septiembre del mismo año en su viaje a Eslovaquia.

24 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En el monasterio de Annaya (Líbano), San Sarbelio Makhlouf († 1898), presbítero, de la Orden Libanesa Maronita **.
2. En Bolsena (Toscana), Santa Cristina, virgen y mártir (fecha desconocida).
3. En Amiterno (Sabina), San Victorino, mártir († s. IV).
4. En Tauriana (Calabria), San Fantino el Mayor, llamado el Tau-maturgo († s. IV).
5. En la Tebaida, Santa Eufrasia, virgen y ermitaña († s. V).
6. En Ardmore (Irlanda), San Declano, obispo († s. V).
7. En Albí (Aquitania), Santa Sigolena, religiosa († s. VI).
8. En Rusia, santos Boris y Gleb († 1015), mártires, hijos de San Vladimiro *.
9. En Rieti (Sabina), San Balduino († 1140), abad *.
10. En Trond (Brabante), Santa Cristina la Admirable († 1224), virgen.
11. En Sandez (Polonia), Santa Cunegunda o Kinga († 1292), religiosa clarisa **.
12. En Ferrara (Emilia), Beato Juan Tavelli de Tosignano († 1446), obispo, de la Orden de los Jesuatos *.
13. En Colonia (Alemania), la traslación de los tres Magos de Oriente que visitaron al Niño Jesús en Belén.
14. En Águila (Nápoles), Beato Antonio Torriani († 1494), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
15. En Orbe (Saboya), Beata Luisa de Saboya († 1503), princesa de Chalon, religiosa clarisa *.
16. En Derby (Inglaterra), beatos Nicolás Garlick, Roberto Ludlam y Ricardo Simpson († 1588), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I *.
17. En Newcastle (Inglaterra), Beato José Lambton († 1592), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
18. En Durham (Inglaterra), San Juan Boste († 1594), presbítero y mártir bajo el reinado de Isabel I *.
19. En Man Dinh (Tonkín), San José Fernández († 1838), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
20. En Nápoles (Campania), Beato Modestino de Jesús y María (Domingo) Mazzarello († 1854), presbítero, de la Orden de Menores *.
21. En Guadalajara, beatas María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García, y María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas († 1936), vírgenes, carmelitas descalzas, mártires **.
22. En Barcelona, Beata María de las Mercedes Prat Prat († 1936), virgen, de la Compañía de Santa Teresa, mártir **.

23. Igualmente en Barcelona, Beato Javier Bordás Piferer († 1936), religioso salesiano y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SARBELIO MAKHLOUF

Presbítero y ermitaño († 1898)

Es justamente a los pies de los cedros del Líbano donde nace en el año de 1828 Youssef Makhlof, en una aldea del monte Líbano, siendo el menor de cinco hermanos. Huérfano de padre a los tres años y habiéndose vuelto a casar su madre, el joven Youssef fue confiado a un tío suyo. Su juventud no presenta nada relevante; durante el día lleva a pacer la vaca heredada de su padre, y, cuando puede, lee y reza, hasta el punto que su piedad no deja de ser notada por quienes viven cerca de él, que le llaman «el santo» de sobrenombre.

El niño sentía una atracción especial por la soledad, presagio de lo que sería más tarde su opción monástica, lo que no le impedía ser considerado juicioso e inteligente por quienes le rodeaban, que se admiraban incluso por su buen humor. Siendo aún adolescente tuvo ocasión de conocer a dos tíos maternos que eran ermitaños, cuyas vidas le impresionaron y le dejaron una profunda huella.

Alrededor del año 1851, uno de sus tíos, el P. Daniel Chidiac, conduce al joven sobrino al monasterio de Nuestra Señora de Maïfouq, perteneciente a una de las tres órdenes monásticas de la iglesia maronita, en concreto a los baladitas, que se consideraban como el resto del monacato, herederos espirituales del gran San Antonio.

En el monasterio muy pronto destaca por su piedad y religiosidad. Trasladado al monasterio de San Marón de Annaya acabó el tiempo de su probación y allí se establece. Y allí vendría su madre a tratar de persuadirlo de volver a la casa materna, pero viéndolo seguro le dijo estas significativas palabras: «Una de dos, o persevera y sé un fiel monje, o bien ahora mismo vuelve conmigo a tu casa». El 1 de noviembre de 1853 hacía su profesión monástica y recibía el nuevo nombre de «Charbel».

Por cuestiones de estudios fue trasladado al monasterio de San Cipriano de Kfifane. Tras su ordenación presbiteral volvió al monasterio de Annaya donde, durante quince años, no tuvo ningún cargo especial, pero será la edificación de todos los que entraban en contacto con él.

En alguna ocasión se le ofreció la posibilidad de ir a visitar a su familia, ante lo cual respondió: «El monje que va a ver a su familia debe volver a comenzar su noviciado». Se veía un profundo amor a su vida contemplativa y una particular exigencia ascética que la sostenía.

Los monjes que le conocen dan numerosos testimonios de su piedad y vida de oración, de sus veladas nocturnas, de la profundidad con que celebraba cada día la Eucaristía, hasta considerarlo como modelo de todas las virtudes cristianas y monásticas. Cuando no tenía otra obligación, permanecía en oración en la iglesia del monasterio.

Su pobreza no era menos admirable que su obediencia, la cual no tenía nada de servil ni de infantil, sino que había madurado en los largos años de cenobitismo.

El año de 1875 marca un hito en la vida del monje maronita. Tras reiterados intentos consigue el permiso para hacerse ermitaño y retirarse a la ermita de San Pedro y San Pablo, a unos cientos de metros del monasterio. Ya desde el año 1869 había sido encargado de llevar la comida a otro ermitaño del monasterio, el P. Eliseo, que vivió en ella desde 1830 a 1875 y probablemente se dejó impresionar y contagiar por él.

Como ermitaño, el P. Charbel sigue perteneciendo a su comunidad y dependiendo de su abad; vuelve al monasterio, para la Eucaristía, en los días especiales de Navidad, Pascua y para la fiesta de San Antonio el Grande. Compartía la capilla de la ermita con otro ermitaño, el P. Macario, ayudándose mutuamente a misa y recitando juntos el oficio divino. Como diría el papa Pablo VI el día de su canonización: «Dio ejemplo de una vida toda ella centrada en la Eucaristía, en la oración silenciosa ante el Santísimo Sacramento y en las prácticas heroicas de la obediencia, la pobreza y la castidad».

El ermitaño se dedica casi exclusivamente a la vida litúrgica y espiritual. Su vida ascética responde a su gran ideal: cinco ho-

ras de sueño al máximo, ayuno y abstinencia casi continua, un cilicio que rodea su cuerpo, una única comida a las tres de la tarde, algunas horas de trabajo manual en la viña y el huerto, y alguna que otra visita a la villa vecina para orar sobre los enfermos... A esto se reduce la vida del ermitaño Charbel.

Los últimos años de su vida le ven padecer diversas enfermedades que no le llevaron a perder su habitual dulzura. Lo que llamaba particularmente la atención era su silencio: «Era todo silencio», decían sus hermanos.

De noviembre de 1896 a 1898 le visitaba un joven profeso que escribía:

«Jamás lo vi de mal humor. Desde que se levantaba, se dirigía directamente a la capilla y pasaba en ella alrededor de cinco horas. Luego me llamaba para rezar juntos el rosario y para una visita al Santísimo Sacramento. Una vez que salía de la capilla, no volvía a hablar más».

¶ Mientras celebraba la Eucaristía, el viernes dieciséis de diciembre de 1898, precisamente en el momento de la elevación, una crisis de apoplejía lo inmovilizó. Su compañero, el P. Macario, con grandes esfuerzos, logró sacar de entre sus manos el cáliz que contenía la sangre de Cristo y la patena con el cuerpo de Cristo. Su última enfermedad duró una semana; murió el sábado 24 de diciembre de 1898. Su cuerpo, trasladado al monasterio, fue velado el día de Navidad, uno de los pocos días que todos los ermitaños se reúnen para la celebración eucarística. Por la tarde tuvo lugar el oficio fúnebre. Al momento de la inhumación, algunos hermanos aconsejaron enterrarlo dentro de un féretro pensando en su posible santidad. El superior, no queriendo transgredir los usos del monasterio, añadió: «Si es santo, sabrá conservarse él mismo». Comenzaba la prodigiosa historia de su conservación. Había vivido 23 años como ermitaño.

Desde 1926 a 1928 se hicieron los trámites necesarios para su beatificación; después, el proceso se detuvo hasta el 25 de febrero de 1950, fecha en que se percibe visiblemente un líquido que brota de su cuerpo y que se derrama por las paredes de la sepultura, lo que obligó a una exhumación con la apertura de la tumba; se siguen multiplicando las gracias y los milagros entre los devotos que vienen a rezar ante sus restos

mortales. De todas las regiones del Líbano, peregrinos de todas las confesiones vienen a implorar gracias al que ya consideraban santo. Muchos milagros se le atribuyen y no sólo entre los cristianos sino también entre los musulmanes, lo que testificaba una frase escrita a finales de 1898 en el obituario del monasterio de Annaya por el superior del mismo: «Lo que él realizará después de su muerte dispensa de todo comentario sobre la santidad de su vida».

Su vida quiso ser parecida a la de los santos ermitaños Pablo y Antonio.

En 1954, el papa Pío XII decide proseguir el proceso de beatificación, y el 5 de diciembre de 1965, el papa Pablo VI presidía la ceremonia de su beatificación, mientras que la canonización tuvo lugar el 9 de octubre de 1977.

Pablo VI lo consideró hijo predilecto del Líbano, primer confesor oriental que llega a los altares, símbolo de unión entre Oriente y Occidente y signo de fraternidad eclesial entre los cristianos del mundo entero, miembro eminente de la santidad monástica que con su ejemplo e intercesión enriquece a todo el pueblo de Dios.

El patriarca maronita en el discurso de agradecimiento al papa Pablo VI por su canonización dijo de él:

«Charbel Makhlouf pasaba las horas de sus noches y de sus días y sus jornadas enteras en el silencio de adoración y de súplica, así como en el trabajo, viviendo de este modo de las más puras tradiciones del monacato oriental, dando al mundo de hoy el siguiente mensaje: Que sólo en la penitencia, en la oración de adoración, en el trabajo se encuentra la fuente de la verdadera alegría y donde se percibe precisamente lo único necesario, sin lo cual nuestro universo absurdo no tendría sentido, ni el hombre moderno dignidad».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

- DAHER, P., *Vie, survie et prodiges de l'ermite Charbel Makhlouf* (París 1953).
HAYEK, M., *Le chemin du désert... Charbel Makhlouf* (Lyon 1962).
WEHBE, L., «Le témoignage monastique de l'Église maronite»: *Collectanea Cisterciensia* 28 (1966) 88-115.

SANTA CUNEGUNDA

Religiosa († 1292)

El 16 de junio de 1999 el papa Juan Pablo II canonizaba a la Beata Cunegunda, reina de Polonia, en la ciudad polaca de Sacz donde falleció como monja clarisa el 24 de julio de 1292, en el monasterio por ella fundado. En su homilía Juan Pablo II evocaba la gran concentración católica que, bajo la presidencia del primado de Polonia, cardenal Wyszynski, y con numerosos representantes de los episcopados húngaro y polaco había tenido lugar en esta misma ciudad hacía treinta años, con motivo de las celebraciones del milenario. Allí se había levantado entonces un fervoroso clamor impetrando la canonización de Cunegunda, y ahora Juan Pablo II ponía de relieve el dato providencial de poder él mismo responder como papa a este clamor, declarando santa a Cunegunda.

Su proceso de beatificación, precedido del culto popular ya iniciado a raíz de su muerte, se incoó en 1628. En 1690, Alejandro VIII confirmaba el antiguo culto, lo que equivalió a su beatificación.

Vida enteramente singular la de esta santa que reúne los títulos de reina, virgen y religiosa de la Segunda Orden Franciscana. Bien puede decirse de ella que floreció, maduró y se extinguió en un excepcional contexto de santidad. Nació en la ciudad húngara de Esztergom el 5 de marzo de 1234, hija del rey Bela IV y de Teodora Laskarysa. Del ambiente cristiano de la casa real dice bastante el hecho de figurar también en el catálogo de los santos sus hermanas Santa Margarita y la Beata Yolanda. De su stirpe paterna son, además, San Esteban, patrón principal de Hungría, Santa Ladislao, Santa Isabel de Turingia, Santa Eduvigis de Silesia y Santa Inés de Praga.

Al llegar a Polonia desde muy niña para ser educada en la corte de su futuro esposo el príncipe de Cracovia Boleslao, siguió gozando de un clima similar de santidad. La madre de Boleslao y su hija la Beata Salomé llevaban vida ascética, dedicando tiempo a la oración y a la lectura de la Sagrada Escritura y de las vidas de los santos. Así contribuyeron eficazmente a suscitar en Cunegunda la aspiración a la santidad. Sus biógrafos apuntan que tomó por especial protectora a Santa Eduvigis, tras-

plantada como ella de Hungría a Polonia. También anotan que en su espiritualidad influyeron San Jacinto y el Beato Sadok, que avivaban el ambiente cristiano de Cracovia en los mismos días en que allí moraba Cunegunda. La espiritualidad franciscana la atrajo fuertemente y se inscribió en la Tercera Orden, llegando a consagrarse enteramente a Dios con voto de virginidad. Hay situaciones que el mundo es incapaz de comprender; y nosotros podemos preguntarnos acerca de la iluminación mística que la hizo capaz de persuadir a Boleslao, ya convertido en su esposo, a llevar una vida virginal para gloria de Dios. Después de una prueba de dos años, ambos esposos hicieron voto de castidad perpetua en manos del obispo. Se sintieron así especialmente fortalecidos y libres para dedicarse enteramente a servir a su pueblo.

Los años de 1241 a 1247 supusieron para Cunegunda y su esposo un durísimo paréntesis. Los tártaros invadieron Polonia y Hungría obligándoles a arrostrar las durezas de los prófugos. La gran prueba los unió más y los fortaleció, regresando dispuestos a afrontar graves turbulencias y divisiones y a levantar al país de una situación de ruina. Fue un largo período de 32 años, hasta la muerte de Boleslao el 7 de diciembre de 1279. En los primeros años de este período se inscribe la canonización de San Estanislao, obispo de Cracovia, asesinado el año 1079. Los virtuosos monarcas fueron los promotores de esta canonización, buscando la protección del santo sobre un pueblo en estado de reconstrucción.

Su dedicación floreció en el campo de la política, de la beneficencia y la cultura. A Cunegunda, según los datos recogidos ya por los primeros biógrafos, el pueblo la veneraba, denominándola consoladora, médico, nutricia, y santa madre, denominaciones que suponen el reconocimiento de la fecundidad de su maternidad virginal. De su huella material hay un bello exponente, resaltado por Juan Pablo II en la homilía de su canonización: «A su nombre están vinculadas las minas de sal gema de Wieliczka y de Bochnia, cerca de Cracovia».

Al fallecer su esposo, dejó Cracovia trasladándose a Sacz, y allí se dedicó durante once años a reorganizar la región: fundó nuevas aldeas y ciudades y construyó iglesias. Su devoción al Se-

rafin de Asís floreció en la fundación de un convento de franciscanos y otro de clarisas. A éste destinó toda su herencia, de acuerdo con el obispo. Ella misma terminó ingresando en este convento de clarisas en 1288. Tras un año de noviciado emitió la profesión religiosa el 24 de abril de 1289. En términos enteramente hagiográficos sus biógrafos ponderan su dulzura y afabilidad con sus hermanas, obedeciendo como si fuera la última de ellas y escogiendo los trabajos más humildes, como lavar la vajilla, asear la casa y asistir a las enfermas. Hay un dato perfectamente documentado que demuestra su preocupación por elevar el nivel de participación litúrgica de las monjas: hizo traducir los salmos al polaco, lo que reviste especial interés cultural, resaltado por Juan Pablo II en su canonización: «A su persona y al convento por ella fundado está vinculado el nacimiento de verdaderos monumentos de la literatura, como el primer libro escrito en lengua polaca: *Zoltarz Dawidów* (Salterio de David)».

No faltan para Santa Cunegunda amplios relatos de numerosos milagros obrados en vida y a raíz de su muerte. En su convento de Sacz sigue manando la fuente brotada por sus súplicas, cuando no había medios para traer el agua desde muy lejos.

La vida de Cunegunda como monja clarisa fue muy corta. Transcurridos dos años de su profesión, cayó enferma en septiembre de 1291 y permaneció encamada hasta su muerte el 24 de julio de 1292. Tenía 58 años. Se halla sepultada en la capilla de la Santísima Virgen María del monasterio por ella fundado. Su canonización ha contribuido grandemente a incrementar las peregrinaciones a este lugar privilegiado de la Polonia católica. Su fiesta se celebra el 24 de julio.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- Compendium vitae, virtutis ac miraculorum necnon actorum in causa canonizationis beatae Cunegundis seu Kingae, monialis professa ex ordine S. Clarae olim ducissae Cracoviensis et Sandomiriensis: 1234-1292* (Roma 1999).
- KOWALSKI, L., *Santa Cunegonda o Kinga, dell'Ordine de S. Chiara gia duchessa de Cracovia e Sandomierz: 1234-1292* (Roma 1999).

BEATAS MÁRTIRES CARMELITAS DESCALZAS DE GUADALAJARA

María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García y María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas
Religiosas y mártires († 1936)

Se trata de las tres carmelitas descalzas del monasterio de San José de Guadalajara, las primeras beatificadas, el 29 de marzo de 1987, de entre tantas víctimas de la persecución religiosa de 1936-1939 en España.

Las tres fueron juntas al martirio y las tres han subido juntas a los altares, después de haber vivido juntas en el convento.

Sus nombres son: María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba Martínez García); Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia García García); y María Ángeles de San José (Marciana Valtierra Tordesillas).

La primera, PILAR DE SAN FRANCISCO DE BORJA, nació en Tarazona (Zaragoza) el 30 de diciembre de 1877. Bautizada el mismo día de su nacimiento en la catedral mudéjar de la ciudad. Era la última de once hermanos. Siete de ellos habían ido muriendo uno tras otro: a los dos, a los tres, a los cuatro años. Más tarde moriría otra hermana, a los 20 años. Su madre, Luisa, llegó a exclamar: «De los once hijos que Dios me dio, ya tengo en el cielo ocho. Todos me los ha llevado el Señor ya muy criaditos, pero muy niños; y la que murió de 20 años era tal, que de su gloria estoy tan segura como de la de los pequeños». Los tres supervivientes eran: Severiana y Jacoba (Pilar), que serán carmelitas descalzas en el mismo convento de San José de Guadalajara, y su hermano Julián.

Jacoba recibió el sacramento de la confirmación el 1 de agosto de 1879. Su hermano Julián fue ordenado sacerdote en las tóporas de Cuaresma de 1883. Su primer destino sacerdotal lo tuvo en San Martín de Moncayo. De aquí pasó a Torrellas en enero de 1887; y allí se fueron a vivir con él sus padres, Gabino y Luisa, y las dos hermanas. En Torrellas recibió la pequeña la primera comunión, el día de la Ascensión de 1889, 11 de mayo.

En septiembre de 1891 es nombrado don Julián párroco de Nuestra Señora del Rosario de Corella (Navarra). Allá se traslada la familia en pleno, padres y hermanas, siguiendo al hijo sacerdote a su nuevo destino. Jacoba llega a Corella a sus trece años. Parece que ya se va formalizando algo, pues antes ha sido muy traviesa. Una testigo de aquellos años en Corella dice de ella que era «una chica buena y piadosa». Cuando Jacoba tenía 15 años, Severiana, su hermana, entró en el monasterio de carmelitas descalzas de San José de Guadalajara en 1893. A la ida de su hermana al convento, no faltaba quien preguntase a Jacoba:

- «¿Vas a ser monja tú también? ¿No te gustaría serlo?».
- Ella contestaba sin pestañear: «Nada de eso, nada de eso».
- Su madre le reconvenía: «Hija, contesta: “lo que Dios quiera”».
- Y ella, decidida: «Madre, ¿cómo voy a decir: lo que Dios quiera, si yo no quiero ser monja?».
- Y ¿si Dios quiere que lo seas?, insistía doña Luisa.
- Y Jacoba cada vez más enardecida: «Si yo no quiero ser, ¿cómo lo va a querer Dios? Vaya, madre, que yo no quiero ser monja».

Pero el día de la profesión de su hermana el 13 de junio de 1894, ésta pidió la vocación para aquella muchacha tan reacia, tan enemiga de ser monja, como lo había sido la propia Santa Teresa en su adolescencia.

Y el llamamiento del Señor llegó a madurar rápidamente. Como quiere entrar en el mismo convento de su hermana, le toca esperar porque no hay plaza libre, está completo el número máximo de 21 señalado en las Constituciones. Su padre don Gabino murió el 1 de marzo de 1896, sabiendo ya de la vocación de su pequeña. Poco después, Jacoba se entera de que había muerto la más anciana de la comunidad y, contenta como unas castañuelas, dice a su madre:

- «¡Madre, ya se ha muerto la monja ancianita. Ya puedo entrar en el convento!»
- Hija —le dice su madre—, ten al menos un poco de pena por la muerte de la madre Paz, que tanto te quería.
- Jacoba responde: “Yo no puedo estar triste por su muerte, porque si ella u otra monja no se muriese, yo no podía entrar. Ahora arreglen todo para que me vaya pronto!”».

Y allá se fue, entrando en el convento el 12 de octubre de 1898, día del Pilar. Ese mismo día ya vistió el hábito de carmeli-

ta descalza. En la toma de hábito predicó su hermano Julián. Allí estaba también su madre. Ambas, madre e hija, vivieron con gran fortaleza el tener que separarse una de otra. Cambiando el nombre al estilo bíblico y según la costumbre de la Orden, Jacoba Martínez García quedó convertida en Jacoba Pilar de San Francisco de Borja. Éste era el nombre religioso completo, aunque se la conocerá corrientemente por hermana Pilar.

Terminado el año de noviciado, emitió la profesión definitiva —la única que entonces se hacía— el 15 de octubre de 1899, fiesta de Santa Teresa. Predicó su hermano Julián, recordándole que «se había desposado con un gran Señor que lleva escrito: “Rey de los Reyes, y Señor de los Señores” (Ap 19,16)». Allí estaba también su madre radiante de gozo, que moriría en Corella el 7 de octubre de 1914. Y don Julián cinco años más tarde, en 1919, en Guadalajara, adonde, delicado de salud, se había retirado en 1918, siendo capellán del convento donde vivían sus dos hermanas.

Los años de vida religiosa de Pilar se caracterizan por su laboriosidad. Bordaba primorosamente. Nos quedan piezas bordadas por ella que son de admirar. Llamaba la atención por su amor al recogimiento, muy aficionada a estar en los dos santuarios de la carmelita: el coro y la celda. Su espíritu de obediencia era muy grande. Solía decir con desparpajo: «Aunque la madre priora fuera una escoba, habría que obedecerla». Cuando su hermana Severiana (en religión, Araceli) ejercía como priora —y lo hizo varias veces—, Pilar no tenía ninguna bula, sino que le tocaba obedecer todavía con más prontitud y más espíritu de fe.

Tenía en alto grado la virtud, tan teresiana, de no disculparse. En tema de castidad era delicadísima, tentada frecuentemente a lo largo de toda su vida. Unos días antes de abandonar el convento, camino del martirio, confiaba a otra religiosa «que temía a aquellos hombres por miedo a perder la virginidad». Su fe era muy viva y llena de confianza en el Señor. Cuando hablaba de Jesús sacramentado le gustaba llamarlo «El vivo»; ante él en el coro se le iban todas las penas. Su devoción mariana y josefina eran muy finas; su espíritu litúrgico muy notable. Todas estas actitudes y la corona de virtudes: amor a Dios, caridad fraterna,

alegría teresiana en muy alto grado, espíritu de oración, etc., que configuraban su persona recibirán el sello definitivo con la gracia del martirio, con el que, al coronar los méritos de esta su criatura, coronará el Señor su propia obra.

La segunda de las mártires es la hermana TERESA DEL NIÑO JESÚS (Eusebia, en el siglo). Nació en la villa de Mochales (Guadalajara) el 5 de marzo de 1909. Era la segunda de ocho hermanos. De familia profundamente cristiana: oración en común, rosario, bendición de la mesa, mes de las flores, mes del Sagrado Corazón, mes del rosario y otras prácticas alimentaban la piedad sincera.

De este hogar salió la vocación de Eusebia al Carmelo, la de su hermano Julián, sacerdote en la diócesis de Sigüenza-Guadalajara, y la de Jerónimo, jesuita primero y después sacerdote diocesano en la misma diócesis.

Eusebia (Teresa) fue llevada a Sigüenza antes de cumplir los siete años a vivir con su tía Francisca y con su tío materno, el famoso sacerdote don Florentino, profesor, canónigo, canciller de la Catedral, que sufrirá también martirio.

El 20 de junio de 1916 recibió la confirmación; y a los 8 años, el 7 de junio de 1917, la primera comunión. En noviembre de 1918 ingresó como interna en el colegio de las ursulinas de Sigüenza. Allí prosiguió sus estudios hasta mayo de 1923, cuando, con catorce años, salió definitivamente del colegio-internado.

La música que estudió los cuatro años le servirá más adelante en el convento. Entre los 10 y 11 años, con permiso de su confesor y de su tío Florentino, hizo voto de castidad, que permitió ir renovándolo cada año. Hizo también voto de esclavitud mariana, consagración filial a la Virgen: «En María, con María, por María y para María».

A raíz de la lectura de la *Historia de un alma* de Teresa de Lisieux, fue brotando en Eusebia la vocación religiosa, que se afianzó en ella al oír los sermones del triduo solemne sobre Teresa de Jesús en el III centenario de su canonización, predicados en las ursulinas por el famoso padre Gabriel de Jesús (Román Izquierdo).

Don Francisco Toro, su confesor, y su tío don Florentino estaban al corriente de la vocación carmelitana de la joven. Su

tío, con el que seguía viviendo en Sigüenza, comenzó a probarla y a prepararla para la vida del convento: régimen de comidas, mortificaciones, perfeccionamiento en la música, etc.

Fue don Florentino quien comunicó a los padres la vocación de su hija. Accedieron a ello, «aunque con gran sacrificio». En conversación franca con su madre, quien le decía que siendo tan joven podía esperar un poco, Eusebia le contestaba: «No quiero dilatar mi entrada, pues podría morirme entre tanto».

El 17 de octubre de 1924 salió definitivamente de su casa de Mochales y volvió a Sigüenza. Fue con su tío a Guadalajara para conocer a las carmelitas descalzas del monasterio de San José donde quería entrar. El 5 de marzo de 1925 cumplía 16 años; el 2 de mayo siguiente entró en el convento —como Teresa de Lisieux, en quien había estado pensando, que había entrado en el Carmelo a los 15—. Tomó el hábito el 4 de noviembre, llamándose desde entonces Teresa del Niño Jesús y de la Santa Faz, como su santa predilecta de Lisieux. La fiesta fue muy grande: presentes sus padres, hermanos y otros familiares y el párroco de Mochales, junto con don Florentino. Éste viendo a la sobrina tan hermosa de carmelita le dijo: «Te pareces tanto a Santa Teresita que no te falta más que la aureola; pero ésa tienes que ganártela».

Y de verdad se la fue ganando a través de la vida de cada día que nunca es fácil en un convento, pero que siempre puede y debe ser santificadora.

La primera profesión de la hermana Teresa tuvo lugar el 7 de noviembre de 1927. Allí estaba don Florentino, sus padres y sus hermanos. A medida que iban pasando los tres años de profesión simple, y cercano ya el tiempo de la solemne, escribía: «Estoy muy contenta y ya contando los días que faltan». Se preparó muy bien para un acontecimiento tan trascendental y, a imitación de Teresa de Lisieux, extendió una invitación escrita a los ángeles y demás ciudadanos del cielo para que asistieran a sus «bodas»: a su profesión solemne y definitiva en el Carmelo. Hizo ocho días de Ejercicios Espirituales y en ellos formuló un plan de vida sustanciado en tres palabras clave: amor, fidelidad, abandono. El destinatario de esas tres actitudes es el mismo: Jesús. A raíz de esta profesión cambió su segundo apellido reli-

gioso: de la Santa Faz, por el de San Juan de la Cruz. Bien dispuesta con toda esta preparación, el 5 de marzo cumplía los 21 años y al día siguiente emitía su profesión solemne. Ofició en la ceremonia su tío don Florentino. Allí también sus padres y otros familiares y, más contento que nadie, su hermano pequeño Gaudencio, que no había hecho más que contar y contar los días que faltaban para la profesión de su hermana.

Para componer su semblanza espiritual hay que tener en cuenta en esta criatura, temperamentalmente tan activa, que a través de los oficios y trabajos comunitarios se iba configurando con Cristo el Señor. Desempeñó el oficio de enfermera que ejercitaba con toda caridad, «desviviéndose por todas las enfermas»; oficio éste para el que había nacido y para el que estaba muy bien dotada. Como organista contribuía magníficamente al esplendor del culto divino y a la dulce alegría de ver que las hermanas se enfervorizaban con aquellas melodías que iba desgranando. Como era también la encargada del canto y de los ensayos, no le faltaron algunos percances con hermanas de poco y mal oído. ¡Gajes del oficio!

Su laboriosidad era proverbial y, a veces, se la oyó decir: «¡Qué gusto siento en verme cansada!». No sólo su espíritu de mortificación era muy grande sino que hizo mortificaciones corporales muy fuertes por la conversión de los pecadores y por el bien de la Iglesia. Sobre esto tenía conciencia muy clara.

La primera y principal batalla de su vida fue consigo misma, con su temperamento fuerte. Como recordatorio de esta necesidad y voluntad de autolucha llevaba escrita esta sentencia: «Cuanto más te mortificas, tanto más te santificas». Otra característica de su espiritualidad era la devoción singular que tenía a la Eucaristía, gustándole «especialmente estar delante del Santísimo», tomando lo que llamaba baños de sol, de día y de noche, a todas horas, no tratándose del sol material que se pone sino del sol que no conoce ocaso, que es Cristo el Señor.

En su espiritualidad cien por cien teresiana entraba también el interés por la santificación de los sacerdotes. Sus grandes ideas y convencimientos los ha dejado muy bien expresados en las cartas a su hermano sacerdote don Julián. Su espíritu misionero era muy notable, a imitación de Santa Teresita, la santa de

sus amores. La hermana Teresa «manifestó su amor a las misiones con el deseo de haber ido a fundar al Japón». Su hermano Jerónimo, jesuita, declaró que le escribía manifestándole «sus deseos de fundar en el Japón para tener ocasión de sufrir el martirio». Su vida de oración personal era muy rica, lo mismo que su oración litúrgica. Y en algo tan teresiano como el espíritu festivo en las recreaciones, sobresalía también: «Entre amables sonrisas y frases juguetonas, practicaba la caridad y divertía a sus hermanas, dejando a todas alegres y edificadas».

El vector principal de su vida era la caridad fraterna, adoptando aquel estribillo: «Ante todo la caridad». En los últimos Ejercicios Espirituales de su vida, comenzados el 26 de noviembre de 1935, el segundo de sus propósitos era: «Caridad (esto para toda la vida)», y en otro pequeño escrito volcaba su corazón:

«Cantaré eternamente las misericordias del Señor. Mis resoluciones, Señor mío, son, ya lo sabes: 1) Amarte con locura no teniendo otro deseo que consumirme en las llamas de tu amor. 2) Para probarte este amor, trabajar por ser ángel de la caridad en mi comunidad. Cuento con tu gracia, Jesús mío».

La tercera mártir es la hermana MARÍA ÁNGELES DE SAN JOSÉ. Nació en Getafe (Madrid), el 6 de marzo de 1905. Fue bautizada el 12 del mismo mes y año en la parroquia de Santa María Magdalena. Última de 10 hermanos: cuatro niños y seis niñas. Dos de las niñas y los cuatro niños murieron de pequeños. La familia era, como se dice, «devítica»: su padre, don Manuel Valtierra, tenía tres primas carnales, tres hermanas y dos sobrinas segundas religiosas; y tres de sus cuatro hijas se consagrarán también al Señor: escolapia, una; concepcionista franciscana, otra; y nuestra María Ángeles, carmelita descalza.

El 30 de septiembre, cuando M.^a Ángeles Marciana contaba tres años y medio, murió su madre, doña Lorenza. La pobre niña, al darse cuenta de lo ocurrido, decía a su padre: «¡Papá, qué solitos estamos!». Al asistir la pequeña vestida de luto a la profesión de su hermana Marcelina, le dijo: «Macela (así decía con su lengua de trapo), se ha muerto mamá. Yo no he llorado, he rezado por ella». Marcianita comenzó a ir al colegio de la Sagrada Familia de Getafe. Recibió la confirmación el 3 de mayo

de 1910 y la primera comunión el 1 de mayo de 1913, jueves de la Ascensión, a los ocho años. Y desde entonces repetía que quería ser monjita, aunque ya antes, desde muy pequeña, decía con su lengua infantil: «¡Quiero ser monca!», cuando todavía no acertaba a decir monja, porque se le resistía la jota. Le gustaba mucho pintar: paisajes, Jesús orando en Getsemaní y diciendo: *Fiat voluntas tua!*

Dejó de ir al colegio a los 14-15 años. En estos años ya se significaba por su hermosura de cuerpo y alma. Cuando alguna amiga le decía que era muy buena, replicaba: «Hay que aprender, hay que aprender a ser buenas. Ama mucho a la Virgen». Su comportamiento era bien conocido como ejemplar en el ámbito de sus amistades: caridad exquisita en las palabras, nada de murmuración, siempre alegre, sonriente. Destacaba también por su amor al silencio y a la soledad y, al mismo tiempo, por su apostolado múltiple: misiones, catequesis, Conferencias de San Vicente de Paúl. Se interesó especialmente por las misiones de los carmelitas descalzos y fue entrando plenamente en el organigrama misionero preparado y alentado por el hoy venerable P. Juan Vicente de Jesús María OCD (1862-1943), con el punto de referencia a *La Obra Máxima*. Fue representante de esta revista misionera, celadora de los «Coros marianos», creados también por el mismo Juan Vicente. Era Marciana extraordinaria recogiendo limosnas para las misiones y sellos usados que enviaba al viejo misionero. Con razón, en las oficinas de *La Obra Máxima* está presente María Ángeles en un gran cuadro, como protectora.

Fue también María de los Sagrarios: en la parroquia de la Magdalena, hoy iglesia catedral de Getafe, era «el brazo derecho del párroco, ocupándose preferentemente en las cosas de las misiones, además de la catequesis, enfermos y demás obras de apostolado». Aunque estaba muy metida en el apostolado seglar, no por eso desatendía la voz interior que la llamaba a la vida religiosa. A su hermana Petra —que se haría escolapia— la manifestó ya a los trece años su decisión de entrar como religiosa carmelita. Había leído *Historia de un alma* y deseaba seguir los pasos de Teresita, a los 15 años.

Pero le tocó una prueba de bien larga espera, pues tuvo que atender a su padre y a una tía enferma, por lo que no entrará en

el convento hasta los 24 años ya cumplidos. Su hermana escolapia ya se había ido; como también antes su hermana concepcionista, y la tercera, Pilar, se había casado en 1924. Marciana quiso entrar en el convento de «La Imagen» de Alcalá de Henares. Después de mucho trato y visitas, desistió al enterarse de que era un convento fundado, no por Santa Teresa, sino por la granadina María de Jesús (Yepes).

¿Adónde se dirigirá? Al Cerro de los Ángeles. Se entrevistó con la hoy ya canonizada madre Maravillas de Jesús y le manifestó sus deseos de entrar en el convento. Ésta le dijo que no había plaza disponible. A pesar de la negativa, Marciana dirá siempre: «¡Ay, qué madre aquélla, era una verdadera santa! ¡Qué consejos me ha dado tan buenos! La recordaré mientras viva».

Su hermana Pilar, ya casada, fue a vivir por un tiempo a Madrid, con lo que ya quedaba bien atendido su padre don Manuel. ¿Ya podrá irse Marciana al convento? Pero, ¿por qué no lo hace? Por atender a su tía materna Concepción Tordesillas. Muerta su tía, a la que ha cuidado como una hija, manifiesta a su padre su voluntad de entrar ya en el Carmelo. El padre, de 71 años, accede a la petición de su benjamina, con no poco sufrimiento. Y así siguió dando pasos a ver dónde la admitirían. Hechas algunas gestiones a través de una amiga, le llega la noticia de que puede ser admitida en San José de Guadalajara. Inmediatamente va a ver a las religiosas y a enterarse de todos los pormenores y requisitos para el ingreso. Llena de alegría manifestó su deseo de entrar en breve, como lo hizo. No se quiso esperar ni siquiera a la profesión perpetua de su hermana Petra en las Escolapias, el 12 de septiembre.

Marciana entró en Guadalajara el 14 de julio de 1929. Dejar a su padre le ha costado mucho y en una de sus primeras cartas a su hermana Marcela, dirá: «De quien me acuerdo mucho es de padre, ¡pobrecillo!, me echará de menos. Pero Dios nuestro Señor le compensará el sacrificio de las tres, y le dará mucha resignación en sus sufrimientos». Marciana se acomodó bien y pronto a la vida del convento. Llevaba pocos días dentro cuando su padre se puso gravemente enfermo. No faltó quien creyera que la enfermedad era efecto de la ausencia de Marciana. Don Manuel se repuso felizmente, aunque siguió con su bronquitis crónica y otros achaques de su edad.

Marciana tomó el hábito el 19 de enero de 1930. Su padre, más quebrantado de salud, no pudo asistir. No se volvieron a ver más desde que la hija salió de Getafe el 7 de julio del año anterior. Asistió su hermana Pilar, su esposo e hijos. Marciana Valtierra Tordesillas será desde ahora María de los Ángeles de San José.

Su profesión religiosa hace el número 174 de las efectuadas en el monasterio. Tuvo lugar el 21 de enero de 1931. A los tres años de esta primera profesión hará la solemne el 21 de enero de 1934. Le impuso el velo y predicó el P. Prudencio Pérez, superior de los escolapios de Madrid. En la estampa-recordatorio puso un texto del rezo de Santa Inés que se celebraba ese día: «Me desposé con aquel a quien adoran los ángeles». Al final del recordatorio aparecen las «fechas de inolvidable recuerdo para ella: entrada en religión: 14 de julio de 1929; toma de hábito: 19 de enero de 1930; profesión simple: 21 de enero de 1931; profesión solemne: 21 de enero de 1934». Así quería ella perpetuar en su memoria esas fechas que no se borraban de su corazón.

El holocausto de su profesión definitiva se agrandó con la muerte de su padre a los dos meses y cinco días de aquel día. María Ángeles se sintió muy afectada. Escribiendo a su hermana escolapia le manifestaba su dolor profundo y, hablando de la brevedad de cualquiera vida, elevaba su pensamiento a la vida de arriba, que es la verdadera. Y añadía: «¡Cuánto suspiro por esa vida y por el momento en que me ha de unir para siempre a Dios! ¡Cuánto tarda ese día tan deseado!».

Su semblanza espiritual ya de monja tiene mucho de simple extensión y profundización de los rasgos que ya la caracterizaban antes de entrar en el convento. Una de sus compañeras de comunidad declara: «La hermana Ángeles creo que ya vino santa al convento». En cuanto a la caridad en palabras y obras, era la exquisitez en persona, como declaran sus compañeras, con detalles muy finos y que cuentan mucho en la vida de comunidad. ¡Gran clase la de la caridad de esta dulce María Ángeles! Obediente en casa, en la familia, coronaba esta obediencia con el voto religioso en el Carmelo. Supo vivir pobre como los pobres de Yahvé.

De Marciana jovencita declaraba su hermana Pilar: «La virtud que más brilló en ella fue la castidad». Ya en el convento ad-

vertían sus compañeras que su castidad consagrada tenía una connotación mariana particular: «Somos, decía, hijas de la Virgen». Madre Virgen, hijas vírgenes.

El espíritu misionero que tenía antes de ser monja lo conservó y aumentó dentro de la clausura. Así lo declaran varias de las religiosas. No podía hacer todo lo que hacía en su casa de Getafe; pero conservó, sin embargo, el empeño de recoger sellos para enviarlos a *La Obra Máxima*. En ella se verificaba lo que escribía el padre Juan Vicente:

«La monja descalza con su oración y sacrificios no es una simple misionera, sino sostén y providencia especial de misioneros: ella con su oración irresistible logra más que nadie del dueño de la mies que haya misioneros, que éstos sean perfectos, que la gracia fecunde sus sudores y que su celo sea coronado de copioso fruto de almas».

Como devociones especiales cultivaba la devoción al Santísimo, a la Santísima Virgen, a San José y a Teresita del Niño Jesús. De las personas de Teresa y de Juan de la Cruz estaba enamorada, como buena hija. Y de sus libros decía: «Lo mismo los de la santa que los del santo padre yo creo que me parecen nuevos cada vez que los leo».

Las semblanzas de las tres las podría rubricar con lo que escribí hace años en unas páginas sueltas que llevaban por título *Trazos de una vida*. Allí llamaba a Pilar, sor Retiro; a Teresa, sor Intrepidez; a María Ángeles, sor Fidelidad.

Cuando escribí el libro *Nuevos diálogos de carmelitas* en Guadalajara decía lo que ahora me gusta repetir:

«He ido llevando la biografía de las tres mártires y sus respectivas semblanzas espirituales hasta el límite cronológico en que se acercaban los días de su prueba suprema.

Han quedado en mi imaginación, las tres:

como tres palomas mensajeras esperando la señal de la partida y del lanzamiento.

Como tres ciervas sedientas suspirando por la fuente,

como tres espigas con vocación de harina,

como tres flechas en la mano del arquero,

como tres racimos llorando por el lagar,

como tres gusanos de seda a punto de crisálida,

como tres melodías inconclusas,

como tres águilas planeando en el aire del deseo y avizorando el momento de apresar, y, sobre todo, de ser apesadas y arrebatadas

por Aquel que la santa de Lisieux, tan querida por las tres, llama "el águila adorada que yo amo, la que me atrae", "águila eterna";
 como tres vírgenes prudentes con las lámparas encendidas, en vela y en espera del Esposo Cristo,
 como tres enamoradas clamando: Marana tha! Ven, Señor Jesús! (Ap 22,20)».

Las tres alimentaban deseos de martirio. El 22 de julio de 1936 Pilar se presenta a su hermana Araceli, que era la priora de la comunidad, para decirle: «Madre, he dicho al Señor que si quiere alguna víctima en esta comunidad que me escoja a mí y se salven las demás».

Teresa tenía verdadero anhelo por el martirio y manifestó muchas veces esos sus deseos ardientes. María Ángeles manifestaba en todas sus cartas sus deseos de sufrimiento y de martirio. En una oración de su puño y letra extiende esta plegaria: «¡Dios mío, recibid mi vida entre los dolores del martirio y en testimonio de mi amor a Vos, como recibisteis la de tantas almas como os amaron y por vuestro amor murieron!».

De estos deseos se pasará a los hechos. No hace falta relatar aquí lo dura que fue la persecución religiosa en España, especialmente en la segunda mitad de julio de 1936. Apenas las tropas marxistas toman la ciudad de Guadalajara a las 7 de la tarde del día 22 de julio, queman la iglesia de San Ginés, el humilladero de Nuestra Señora de la Soledad, el colegio de Huérfanos de la Guerra... Y comienza lo que ha tenido que llamarse «caza» a sacerdotes, religiosos y religiosas. El capellán de las descalzas, don Eulogio Cascajero, arrojando mil peligros, se llega al convento para confortar a la comunidad con su presencia y darles la comunión: «Comulguen por viático», les dice. Sobre las 8 de la noche comienzan a salir del convento las 18 monjas. Dos de las mártires, Pilar y María Ángeles, pasaron la noche en el hotel Iberia (hoy hotel España) junto a la iglesia de Santiago. La hermana Teresa pernoctó en Casa «La Ciega», una pensión en la misma calle del hotel. En el hotel Iberia, además de cinco carmelitas, había un buen número de bernardas en el sótano y varios sacerdotes y religiosos escondidos en el último piso. Y dentro, también, unos cuantos milicianos con toda su euforia.

La prudencia aconsejaba buscar otro refugio más seguro. Por eso algunas hermanas se van a Casa «La Ciega», entre ellas,

Pilar y María Ángeles. Así, ya están juntas las tres que serán mártires. Teresa, intrépida, sale a la calle la mañana del 23 y anda buscando a ver dónde podrá oír misa el próximo día de Santiago. Hechas las averiguaciones pertinentes, se vuelve a la pensión. Ahora en la pensión hay ya 14 de las 18 monjas carmelitas. También ha entrado algún miliciano. El día 24 la dueña de la pensión les advierte que no va a poder albergar más que a tres, pues el peligro de estar tantas monjas juntas es gravísimo, ya que las andan buscando. Las demás tendrán que salir a otro refugio. Teresa conoce a una señora en la calle Francisco Cuesta, n. 5 que podrá acoger a dos. Pilar y María Ángeles se ofrecen para ir a dicha casa. Teresa las acompaña para indicarles el sitio. Salen las tres juntas de la pensión hacia las cuatro de la tarde. Cuando doblan hacia la calle Francisco Cuesta y entran en el portal n. 5, una de las milicianas que está con otros camaradas merendando en lo alto de un camión grita a sus compañeros: «¡Ésas son monjas! ¡Ésas son monjas! Tiradlas, ¡que son monjas!». «Dejadlas que se vayan», dice uno de los milicianos. Y la otra: «Si vosotros no lo hacéis, lo haré yo». El miliciano herido en su hombría replica: «A hacer una tortilla nadie me gana». Se tiran del camión y van a por ellas. Cuando llegan ya las monjas han entrado en el portal. Suben a la casa. Tocan el timbre. La puerta no se abre. Llamen en un piso más abajo. Nada.

Los milicianos están ya a la puerta. Alguien que baja por la escalera, en atención a la familia que allí vivía, en el piso de abajo, temiendo ocurriese algo desagradable, las obliga a salir a la calle.

La primera en salir fue María Ángeles y la primera en recibir varios tiros. Cae al suelo mortalmente herida. Queda en silencio. Las palabras sobran. La segunda, Pilar, herida también da unos pasos y se desploma. Y recogiendo todas sus fuerzas exclama: «¡Viva Cristo Rey, Dios mío, perdonadlos!».

Viendo que no está muerta, disparan de nuevo sobre ella y le infieren una gran herida con arma blanca. Las estaciones de su calvario hasta que entregue su vida son de un dramatismo espeluznante. Un guardia de asalto consigue llevarla a una farmacia cercana para que la auxilien. Mientras, los asesinos gritan: «¡A rematar a esa monja, a rematar a esa monja!».

El médico que la reconoce en la farmacia, dispone que sea trasladada a la Cruz Roja. Gente por la calle y en la plaza de Santo Domingo donde estaba el dispensario, al enterarse que se trata de una monja gritan lo mismo: «¡Hay que rematarla, hay que rematarla!».

Finalmente logran introducirla en la Cruz Roja y la depositan en la mesa de operaciones. Una de las doctoras que la ve ha dejado una descripción detallada de la malherida:

«La oí decir: “¡Dios mío!, ¿qué les he hecho yo para que así me traten?”; e inmediatamente: “Perdonadles, que no saben lo que hacen”, y repitió muchas veces estas palabras, hasta tal punto que aquel espectáculo me impresionó de tal forma, que estaba profundamente acongojada y llorando y en el mismo estado de ánimo estaban casi todos los presentes, médicos practicantes e incluso los guardias de asalto».

Una vez que la atendieron en la Cruz Roja ordenaron el traslado al hospital. Calmadas un poco las turbas, se la pudo trasladar. El director del centro sanitario, viendo que estaba gravísima, la envió a la sala de mujeres al frente de la cual estaba sor Dolores Casanova, Hija de la Caridad. Esta testigo de excepción del momento supremo certifica: «Yo, que bajo el vestido de seglar llevaba el rosario, se lo presenté y ella besó el crucifijo y dijo: “¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!”. Y murió en seguida».

Así llega hasta nosotros la noticia de la oblación de aquel su cuerpo tan herido y nos emociona saber de los sentimientos de su noble espíritu, transido de amor y de perdón. Así muere esta mártir.

María Ángeles, la primera que habían herido, fue llevada también a la Cruz Roja en estado preagónico y allí murió en silencio.

Y ¿qué se ha hecho entre tanto de la hermana Teresa? Cuando las dispararon al salir del portón de la casa donde iban a refugiarse, las balas no la alcanzaron y pudo ponerse a salvo por el momento. Trató de entrar en el hotel Palace, pero un miliciano apostado en la entrada se lo impidió. En ese momento llegaba otro que se acercó a ella e intentó tomarla del brazo con intenciones no muy claras y halagándola con sus palabras. Teresa lo rechazó con energía. ¡Buena era ella! Se junta algún miliciano

más y van como empujándola y llevándosela hacia no se sabe dónde: la calle San Juan de Dios, la calle de la Normal, la plaza Dávalos. Alguien que les pregunta adónde la llevan tiene por toda respuesta: «Es una monja y le vamos a “dar el paseo”, es decir, la llevamos a la muerte». Siguen su camino, la calle Manuel de Medrano y, superando la altura de lo que hoy es la Avenida del Ejército, comienzan a avistarse los cipreses del cementerio. Arrecian las insinuaciones de los milicianos y se empeñan en hacerla gritar: «¡Viva el comunismo!», con lo que ese grito significaba en aquellas circunstancias. Teresa, valiente y firme en sus propósitos de consagración a Dios, se sobrepone a todo y a todos y grita: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!». Era el grito que había soñado y hasta profetizado. Cansados ya los milicianos y despechados ante tanta fortaleza no saben qué hacer. Teresa, extendiendo sus brazos como Cristo en la cruz, echa a correr y grita una vez más: «¡Viva Cristo Rey!». Ellos la disparan por la espalda y cae a tierra desplomándose sobre el lado derecho.

Hasta los mismos verdugos dieron testimonio de la valentía de Teresa, esta hija invicta de Mochales. Alguien que los oyó cuando volvían hacia el centro de la ciudad certifica que venían diciendo que les había dado lástima tener que matar a una joven tan valiente y tan guapa.

Los rumores de la muerte de las tres fueron llegando a los refugios donde se encontraban sus hermanas de comunidad. A los rumores de aquella tarde y noche, pasada en una gran angustia, sucede al día siguiente la noticia segura y confirmada de que las tres han sido asesinadas. Los cuerpos de las tres fueron echados en una fosa común en el patio tercero del cementerio de la ciudad la misma tarde de su muerte, ya anocheciendo.

Allí estuvieron hasta el 15 de marzo de 1941, cuando se procedió al reconocimiento de los restos. Debidamente identificadas, en una procesión multitudinaria, volvieron al monasterio de donde habían sido arrancadas, fue un triunfo. Las tres cajas, con sus cruces y coronas de rosas blancas sobre la tapa, se colocaron en el crucero de la iglesia del monasterio. Se comenzó el oficio de sepultura en la iglesia. A continuación, mientras se va cantando la antifona gregoriana *In paradisum* («al paraíso te lleven los ángeles...»), sale el cortejo hacia la portería del convento.

Sigue la procesión hasta la cripta, y allí quedan los ataúdes. Las velan orantes y emocionadas sus compañeras de comunidad viendo, respetuosas, los despojos mortales de las tres mártires, y pensando en la gloria de que ya disfrutaban.

Al día siguiente, el 18 de abril, se cierran las cajas en los nichos preparados en la bóveda del cementerio conventual, en la pared frontal de la cripta. El día 21 de abril se celebra un gran funeral. Preside don Julián, hermano de la hermana Teresa. Está profundamente emocionado. ¡No es para menos!

Ya antes del traslado, es decir, a raíz de su muerte, se había ido difundiendo la fama del martirio de estas tres carmelitas descalzas no sólo por España sino también por Francia, Portugal, Italia, América... El caso de Francia merece recordarse especialmente pues la propagadora de la devoción a las tres mártires fue la madre Inés, hermana de Teresa de Lisieux. Un artículo largo que se publicó en la revista *Almanach des Annales de Sainte Thérèse de Lisieux* se lo enviaron a don Juan García, padre de la hermana Teresa, y él, debajo de la fotografía de la hija, escribió con mano temblorosa: «Nació el 5-3-1909. Tomó el hábito el 4-11-1925. Profesó el 6-3-1930. Fue martirizada bárbaramente en Guadalajara por los marxistas el 24-7-1936».

A darlas a conocer y a extender su devoción contribuyó mucho el libro *Tres azucenas carmelitas*, publicado en 1944 y escrito por María Teresa del Sagrado Corazón (Emilia Mendes Valente), natural de Lisboa y carmelita descalza en el mismo convento de San José de Guadalajara, donde lo fueron las tres mártires. Se comenzó a hablar también de curaciones, gracias y favores múltiples alcanzados por la intercesión de las tres azucenas carmelitas.

Ya en 1946 el Consejo General de la Orden daba su autorización para que se comenzase a trabajar en el proceso de beatificación de las tres mártires. Así se fueron dando los pasos sucesivos que culminarían felizmente en la declaración de martirio cuando el papa Juan Pablo II, el 22 de marzo de 1986, declaró oficialmente:

«Consta del martirio y de la causa del martirio de las siervas de Dios María del Pilar de San Francisco de Borja y de sus dos compañeras, monjas profesas de la Orden de las Carmelitas Descalzas,

de modo que, concedida la dispensa de las señales o milagros, se puede seguir adelante, en el caso y a los efectos de que se trata».

Posteriormente, el Papa dispuso que la fecha de la beatificación tuviese lugar el 29 de marzo de 1987, domingo *Laetare*. Y ese domingo, en la basílica de San Pedro, fueron beatificadas Pilar, Teresa y María Ángeles, junto con el cardenal Marcelo Spínola y el sacerdote mosén Domingo y Sol.

El papa Juan Pablo II, en la homilía de la misa, puntualizaba:

«En el martirio de las tres carmelitas descalzas resaltan hoy, ante la Iglesia, unos testimonios que debemos aprovechar: el gran valor que tiene el ambiente cristiano de la familia, para la formación de la fe de sus miembros; el tesoro que supone para la Iglesia la vida religiosa contemplativa, que se desarrolla en el seguimiento total del Cristo orante y es un signo preclaro del anuncio de la Iglesia celestial; la herencia que deja a la Iglesia cualquiera de sus hijos que muere por su fe, llevando en sus labios una palabra de perdón y de amor a los que no los comprenden y por eso los persiguen; el mensaje de paz y reconciliación de todo martirio cristiano, como semilla de entendimiento mutuo, nunca como siembra de odios ni de rencores; y una llamada a la heroicidad constante en la vida cristiana, como testimonio valiente de una fe, sin contemporizaciones pusilánimes, ni relativismos equívocos».

Estas tres hijas de Santa Teresa son las primeras elevadas al honor de los altares de entre los que entregaron su vida martirialmente en la persecución religiosa en la España de 1936 a 1939.

Algunas voces de desacuerdo con esta beatificación se fueron apagando. En la revista *Ecclesia* (21-3-1987) se decía exactamente:

«Ellas, las tres mártires, permaneciendo ajenas a militancias políticas, y sin optar por ninguna bandería, recibieron la muerte por ser monjas y haber elegido a Jesús, de quien aprendieron a saber perdonar. Las nuevas beatas nos han legado la ejemplar y cristiana consigna del perdón y de la reconciliación».

Los restos de las tres mártires descansan en la iglesia conventual en un altar-retablo precioso, en el nicho del presbiterio frente al coro bajo del monasterio. Autor, el artista Antonio Mesquida. Interrogado por mí sobre la idea germinal que llevaba en su obra, me contestó: «Mi idea es la siguiente: dentro de

los santos de la Iglesia, los y las mártires son verdaderas joyas. Había, pues, que preparar un joyero. Esto he querido que sea el altar».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Decreto sobre el martirio: *AAS* 78 (1986) 936-940.

CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 111-134.

CARMELITAS DESCALZAS DE SAN JOSÉ DE GUADALAJARA, *Deseos realizados* (Guadalajara 2003).

CRISTINA DE LA CRUZ DE ARTEAGA FALGUERA, *El Carmelo de San José de Guadalajara y sus tres azúcnas* (Madrid 1985).

DÍEZ, M. A., OCD, «Primeras actas de pasión y gloria en Guadalajara 1936-1939»: *Monte Carmelo* 95 (1987) 105-131. Interesa por los documentos que publica: una larga relación de la madre Araceli, priora, al P. Silverio (p.110-126); dos cartas de María Teresa del Sagrado Corazón al P. Silverio (p.126-131).

GIACOMELLI, J. G., *Martirio a Guadalajara* (Roma 1960).

MARÍA TERESA DEL SAGRADO CORAZÓN, OCD, *Tres azúcnas carmelitas. Datos biográficos de las tres mártires* (Madrid ³1954).

Positio super martirio (Roma 1983).

RODRÍGUEZ, J. V., OCD, *Nuevos diálogos de carmelitas en Guadalajara* (Madrid ²1987).

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo*, XV (Burgos 1952) 291-310.

VAQUERIZO MORENO, F., *Las tres mártires carmelitas de Guadalajara* (Guadalajara 1987).

BEATA MARÍA DE LAS MERCEDES PRAT PRAT

Religiosa y mártir († 1936)

Mercedes Prat Prat, hija de Juan Prat Serra y de Teresa Prat Bordoy, estrenó una fecundidad matrimonial cristiana que daría seis hijos; dos prematuramente fallecidos. Fruto auténticamente primaveral, madurado por el sol mediterráneo el 6 de marzo de 1880, en pleno corazón urbano barcelonés; en el histórico y artístico barrio que pone marco a la maravilla arquitectónica de Santa María del Mar, bautizada precisamente como «catedral de la Ribera».

Padres e hijos vivían del comercio mayorista de comestibles que absorbía al cabeza de familia. Demasiado trabajo para una sola persona —y no precisamente sobrada de salud—, pues Juan Prat no podía contar con la ayuda de su esposa. Teresa tenía bastante con las atenciones maritales, el cuidado de los hijos y la atención a las tareas domésticas. El hombre ya no aguanta-

ba y hubo de desprenderse del almacén. Vendió el negocio y se contentó con un colmado. Es verdad que económicamente recortaba ganancias. Pero también es cierto que no necesitaba más para sacar adelante a los suyos.

Todos integrados en un hogar profundamente cristiano; donde primaban la honradez, la laboriosidad, el amor a las virtudes y a los valores morales y religiosos. Un templo doméstico donde la piedad estallaba en el diario rosario familiar y en la celebración mariana del «mes de mayo»; donde la devoción al Sagrado Corazón de Jesús florecía en junio; donde el pesebre centraba la ilusión navideña de los niños...

Carambolas de la vida: la admiración de un bellissimo y meritorio bordado, presentado por las Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús en la *Exposición Universal* de 1888, muy elogiado incluso por algún medio periodístico de la época, decidió la formación escolar de Mercedes. Resulta que Teresa Prat se interesó por las religiosas firmantes de la tela. Y la curiosidad derivó en interés y éste en el encargo de la instrucción primaria y la educación de su primogénita a la fundación del tortosino Enrique de Ossó, futuro santo; una joven institución destacada en el cultivo de las labores de artesanía, de singular importancia en la cultura femenina de la época.

Con las teresianas, Mercedes seguirá los estudios primarios completos y cultivará su natural temperamento artístico. Ellas, por supuesto, la moldearán también moral y religiosamente; y le inculcarán el entusiasmo por el ideal de la actividad religiosa y educativa al servicio de la niñez y de la juventud.

«Para la gloria de Dios y para el bien de la religión —razonó— no hay nada mejor que los Institutos dedicados al apostolado de la enseñanza. Son sumamente necesarios».

Su vocación cristiana ya tenía cauce.

La insinuada andadura religiosa de Mercedes Prat comenzó en el noviciado de Tortosa, en el extrarradio, entre frutales y huertos. Era el verano de 1904, más concretamente el 27 de agosto, día en que había llamado a sus puertas.

El primero de marzo siguiente vistió el hábito de las teresianas y el 10 del mismo mes, en 1906, consagraría temporalmente

a Dios sus veintiséis años en flor, rabiosamente ilusionados. Ya profesa, estrena destino en Barcelona.

En 1909 la obediencia la aparta de su ciudad natal y la lleva a Madrid, al acreditado y prestigioso colegio de la Purísima Concepción, subvencionado, que instruía y formaba a las huérfanas de la flor y nata de la capital de España.

Al poco tiempo vuelve a Cataluña, ahora con destino en Sant Celoni, una pintoresca población del Vallés Oriental. Sin apenas tiempo para ambientarse, ya la encontramos nuevamente en la Ciudad Condal, en un colegio de las Ramblas de Cataluña, esquina a Diagonal, como educadora de párvulos y sacristana.

Es verdad que la dedicación infantil no era de su agrado. No rimaba con su temperamento ni con sus aptitudes y aficiones artísticas. Pero, obediente en extremo, orilló preferencias; aceptando, sin rechistar, y desbordando entrega e ilusión en la labor encomendada. En cambio, el encargo de la sacristía sí que la satisfizo. Resultaría toda una artista adornando el presbiterio, cuidando el altar y mimando el sagrario. Eran mimos de flores y especialmente de perfumes exquisitos que le abastecía la tienda familiar.

Es en esta segunda etapa barcelonesa cuando, el 10 de marzo de 1913, liga con votos perpetuos su compromiso de dedicación exclusiva a Dios. Y, de la experiencia parvularia, pasa a la Consejería provincial. Es nombrada en 1915 y se traslada a la ciudad del Ebro, donde, oficialmente apartada de las aulas, se tornará catequista y, sobre todo, desbordará su gran afición pictórica, decorando con artísticos murales al óleo las paredes de la casa.

A partir de 1920 se afinca nuevamente en la capital catalana. Reinstalación definitiva. Pero ignorándose protagonista del final de la andadura religiosa.

Tenía 40 años cuando inaugura residencia en el joven y singular edificio gaudiniano de la calle Ganduxer, sede materna de la institución teresiana. Allí sumará complejas y variadas experiencias en su hoja de servicios: colaboradora de la revista escolar *Jesús Maestro* y directora del suplemento mensual *Sus labores*; vicesuperiora de la comunidad; encargada del ocio de las junioras; secretaria de la madre general. Todo esto con las corres-

pondientes largas y silenciosas horas de trabajo burocrático, con los pertinentes ensayos teatrales, con la preparación de las fiestas litúrgicas. Pero siempre afable, humilde, sencilla y caritativamente servicial. Algunos testimonios:

«Recuerdo que todas la apreciábamos por su afabilidad y virtud».

«Una hermana muy apreciada por su trato afable».

«Era de pocas palabras, pero siempre tenía a punto las necesarias, las adecuadas al momento».

«Amable, reservada e imperturbablemente serena».

«No se impacientaba por nada del mundo; no perdía la paz».

«No se alteraba ni impacientaba nunca, sino que normalmente mostraba una gran serenidad».

«[...] Sobre todo una gran prudencia. Era secretaria particular de la madre general y nunca respiró nada de cuanto, de resultas del cargo, conocía».

«Nunca la oí criticar. Si algo no le parecía bien u observaba alguna irregularidad [...], callaba».

«Nunca la oí hablar mal de nadie. Recuerdo que decía: “Cada uno es cada uno y tiene sus cosas. Que nadie se ponga con nadie porque nadie sabe quién es nadie...”».

«Una teresiana —expresión de una conviviente— según el Corazón de Dios».

En Sant Gervasio será también donde vivirá la inquietud de los primeros años treinta y la tremenda convulsión política y social, a nivel nacional, mediada ya la década. Más que previsible, flotando en el ambiente la persecución religiosa, comentó en comunidad las posibilidades de dar la vida por la fe. Confiada y animosa ella:

«No pasará nada más que lo que Dios quiera. Si somos mártires, mejor; así ganaremos más pronto el cielo».

«El Sagrado Corazón nos salvará. Nada hemos de temer estando en manos de Dios».

Un optimismo paralelo con su mayor frecuencia del sagrario y precisamente más largas las visitas. Se veía venir y vino el estallido persecutorio.

El 2 de agosto de 1936, Andrés Nin, jefe del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), se ufanaba en *La Vanguardia*: «La clase obrera ha resuelto el problema de la Iglesia sencillamente, no dejando en pie ni una siquiera [...] Lo hemos resuelto

yendo a la raíz. Hemos suprimido sus sacerdotes, las iglesias y el culto».

Y *Solidaridad Obrera*, el 15 del mismo mes, abría a toda página: «¡Abajo la Iglesia!». Subtitulando, entre otras proclamas: «El cura, el fraile y el jesuita mandaban en España»; «Hay que extirpar a esta gente»; «La Iglesia ha de ser arrancada de cuajo de nuestro suelo». Y editorializando: «Las órdenes religiosas han de ser disueltas. Los obispos y cardenales han de ser fusilados. Y los bienes eclesiásticos han de ser expropiados». Por su parte *La Batalla*, órgano oficial del POUM, cuatro días más tarde explicitaba: «No se trata de incendiar iglesias y de ejecutar a los eclesiásticos, sino de destruir a la Iglesia como institución social».

Persecución descarada...

Madrugona la alarma. A las cuatro y treinta minutos del domingo día 19 de julio de 1936 alertan, vía telefónica, desde el colegio de la Rambla de Cataluña: «¿Oís el tiroteo? Barcelona es un campo de batalla. La situación aconseja que estéis preparadas para lo que pueda ocurrir». Y, a la mañana, las barricadas callejeras, el bombardeo de cuarteles y edificios, las descargas estratégicas, los francotiradores disparando desde balcones y terrazas retuvieron al capellán en casa. Avisó que no acudiría. Y la comunidad, en pequeños grupos, para no llamar la atención, se desplazó al cercano convento de las josefinas compartiendo con ellas la celebración eucarística dominical.

Aisladas e incomunicadas —el teléfono había quedado fuera de servicio—, sobre el mediodía el vigilante nocturno del barrio les sumó inquietud y zozobra comentándoles los primeros asaltos a iglesias y conventos y la persecución de unas religiosas. Aún más: en llamas el templo de Nuestra Señora de la Bonanova. Un bondadoso ciudadano les hizo ver que era un disparate seguir enclaustradas... La superiora decide que todas vayan a la portería vestidas de seglar. Y, congregadas, justificaría:

«Se trata de salvar la vida. La iglesia de la Bonanova está ardiendo, ya han asesinado a algunos Hermanos de la Doctrina Cristiana y nos han avisado que corremos igual peligro».

Por los suelos la planificación veraniega, recién estrenada. Y, sobre los cascotes de la programación, el pánico. Un pánico que

hizo mella en la sensibilidad femenina colectiva; pero destaca la serenidad de la madre Mercedes, nuevamente animosa: «Ten-gamos confianza. El Corazón de Jesús del Tibidabo salvará Barcelona».

«Inmediatamente corrimos —testimonio escrito— a buscar nuestras maletas, bolsas, paquetes y demás objetos personales».

Pero la búsqueda de seguridad para tantas mujeres, para una comunidad numerosa, se había tornado problemática. Las previsiones fallaban; la distribución, programada con calma, minuciosamente, entre familias del centro urbano era absolutamente imposible. No quedaba más remedio que la improvisación. Así que:

«Sin alejarnos del entorno del colegio —otra aportación de primera mano—, fuimos a donde nos guió el Señor y donde las personas caritativas a última hora nos habían ofrecido refugio».

Hubo sus dificultades pero todas las monjas recibieron alojamiento. Inicialmente, la madre Prat y otras treinta religiosas ocuparon una cercana torre particular, toda ella convertida en dormitorio, compartiendo, apretadas como sardinas en lata, dependencias, somieres, colchones y mantas en el suelo. Un par de días. No más.

Corrían serios riesgos. En el posible y temible registro resultaría problemático justificar su condición personal. Difícil disimulo. Aunque tenían ensayada la comedia de una pretendida medio residencia, medio academia estudiantil, donde unas cumplirían el papel de profesoras, otras serían alumnas y otras cuidarían de los servicios. Pero no habría ocasión para la hipotética representación teatral porque, cuando el humo y las llamas delataron el incendio de la cercana residencia jesuítica, la treintena de religiosas se dispersaron en pequeños grupos.

Ahora —la tarde del miércoles 22 de julio—, las religiosas iban de casa en casa mendigando refugio. Normalmente eran correspondidas con el rechazo o, sencillamente, con mil disculpas comprensibles por comprometedoras. Pero la madre Prat encontró brazos caritativos en un piso de la zona, aunque por pocas horas, pues continuarían errantes en dirección a Horta, un barrio apartado del núcleo urbano, en el otro extremo de Barcelona.

La madre Prat está convencida de que va a la muerte pues comentó a la hermana Joaquina Miguel, de origen portugués, con quien había de compartir mudanza: «Nos matarán». No obstante, decidida: «Pero vayamos adonde la obediencia nos envía». Mediada la mañana siguiente se pusieron en ruta.

«Por una calle estrecha —testimoniara la acompañante— salimos al descampado [...] Desconocía el terreno. Sé que anduvimos cerca de dos horas y, al llegar a una plazoleta, nos preguntaron si éramos religiosas».

Dos horas de caminata y cercanas a la vivienda que les recibiría con los brazos abiertos y donde huirían de los riesgos de Sarriá. La indumentaria y la maleta las hacían sospechosas. Y, en el caso de la Prat, sumaba sospechas la gran mata de pelo —contra toda previsión, rechazó el corte— recogida en un moño. Habían sido interrogadas por unos individuos armados. Heroicamente sincera ella: «Somos religiosas de enseñanza». En correspondencia a la confesión: «¿Sabéis que es motivo suficiente para fusilaros?».

Dicho y hecho. Comienza el calvario. En una cercana masía de doble planta, sede del comité revolucionario, donde milicianos y milicianas armados las sumaron a las cuatro monjas reclusas que custodiaban. Y, a no tardar, a la media docena de mujeres aún añadirían un fraile. Terrible simulacro.

«Colocadas en el patio —sigue el relato de la hermana Joaquina—, nos mandaron poner en fila y nos amenazaban con matarnos al tiempo que nos apuntaban con sus fusiles. Así varias veces. Al religioso lo maltrataban más que a nosotras e incluso amenazaron con arrojarlo al cercano barranco».

Y en boca de un individuo del comité: «Las desnudaron, hicieron que se tendieran en el suelo y, para atormentarlas, amontonaron sobre ellas sacos de arroz». Posiblemente fueran violadas. Pero no hay constancia. Aunque sí sabemos que en las restantes horas matinales, durante la noche que siguió y todo el otro día, protagonizaron interrogatorios, escarnios, vejaciones, amenazas y angustia.

En cada momento temiendo lo peor. Pero siempre orantes, con el acto de contrición en los labios. Sobre todo Mercedes Prat, impresionantemente serena. Hasta el extremo que los

guardianes, desconcertados, enfurecidos, amenazaron: «Como volváis a rezar os clavaremos la bayoneta por la boca. Ya lo sabéis».

Y con las avemarías del rosario en los labios las sorprendió la llegada del camión de la muerte. Ya cuando se insinuaba la oscuridad nocturna. Intercesión y lamento de una buena mujer: «¿Por qué os las lleváis si no han hecho ningún mal?». «Porque son monjas».

El vehículo, cargando las víctimas para el sacrificio, salió disparado. Rumbo desconocido con paradas alternativas acompañadas de sospechosas conversaciones de quienes resultarían ser sus verdugos, sólo para tenerlas en vilo, para mayor sufrimiento de los condenados a morir.

Hasta llegar al descampado. Entonces... Volvemos al testimonio personal de la religiosa Joaquina Miguel:

«Nos hicieron bajar del camión [...] Fue cuando la madre Mercedes, con toda serenidad, me dijo: “Ahora sí que nos matan”».

Les ordenaron ponerse de espaldas junto a la cuneta pegada a la montaña, las dos teresianas y una franciscana. En el lado contrario de la carretera, la otra religiosa, una viuda que habían recogido en ruta y el fraile. Y, en el centro vial, entre unos y otros, el piquete. Cinco hombres que dispararon por dos veces la ametralladora.

«Nos desplomamos todas, heridas —empalmamos el relato de la superviviente— y los milicianos se fueron, creyéndonos muertas o, al menos, agonizantes. Yo [...] logré incorporarme y acercarme para asistir a la madre Mercedes que sufría y gemía mucho y fuerte y rezaba el padrenuestro [...] Estaba materialmente acribillada. Sin duda le perforaron los pulmones por varias partes [...] La vi tan mal que le cogí la cabeza para recostarla; pero, al preguntarme ella qué tal me encontraba y responderle yo que muy mal, dijo que no quería incomodarme y dejó caerla nuevamente sobre el suelo. Entonces le pregunté angustiada: “Madre Mercedes, ¿y a dónde iré yo?”. Pues me di cuenta que no estaba herida de muerte. “Vaya donde le parezca mejor [...] Yo ya no me levantaré de aquí [...]”.

Noté que se acercaba un coche y le dije que callara, a fin de evitar que nos remataran. A lo que ella serenamente respondió que no le importaba. Llegó el coche [...] Yo, que simulé estar muerta, vi cómo el hombre que lo ocupaba sacaba la mano y disparaba contra la madre Mercedes, que seguía gimiendo. Seguidamente se alejó y yo me acerqué nuevamente a la madre, asistiéndola cuanto pude.

Ayudándola en la plegaria, especialmente el padrenuestro y jaculatorias. No quise separarme de ella mientras tuviera vida. Mientras, los labios agonizantes, intermitentemente y cada vez con mayor fatiga, incrustaban en la oscuridad silenciosa de la noche veraniega: "Jesús, José y María...". Y: "Perdona nuestras culpas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden...».

Mientras, el agujereado cuerpo de esta protomártir teresiana se deshilachaba en sangre empapando un recodo de la carretera de La Rabasada, en el Tibidabo, la montaña que empuja Barcelona al mar. Lenta agonía pero con plena lucidez mental. Eran las primeras horas del 24 de julio cuando el corazón se paró y las venas quedaron secas. Muertos cincuenta años, treinta y uno de consagración a Dios.

Entonces la fiel y heroica compañera en la detención y en el suplicio, también herida, huyó. Sangrando en la mano, en la muñeca, en el brazo, en el hombro, iniciaba la andadura de una odisea con final feliz en el consulado portugués de Barcelona donde, abrazada a otras hermanas, ingenua y sencilla, celebraría textualmente:

«Eu sou muito tonta, pero en aquellos momentos Dios me dio muito, muito talento para decir cosinhas boas a la madre Mercedes y ayudarla a ben morrer».

Los restos mortales de la madre Mercedes Prat descansan en la capilla gaudiniana de la casa madre. El papa Juan Pablo II la elevó al honor de los honores el 29 de abril de 1990, elogiando:

«Las acciones heroicas no se improvisan. Han de ir precedidas por toda una vida de renuncia y abnegación. Éste es el testimonio que, de modo particular, nos da la beata María Mercedes Prat».

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

AAS 82 (1990) abril y noviembre.

MARTÍNEZ PUCHE, J. A. (dir.), *Nuevo año cristiano. Julio* (Madrid 2001).

MOLINS, M.^a V., STJ, *Fins a donar la vida. Vida i martir de Mercè Prat de la Companyia de Santa Teresa de Jesús* (Barcelona 31990).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid 2004).

www.stjteresianas.pcn.net

BEATO JAVIER BORDÁS PIFERER

Religioso y mártir († 1936)

El 11 de noviembre de 1875, San Juan Bosco conseguía poner en marcha la primera expedición misionera de sus hijos. Sólo la componían diez religiosos. Pero durante el siglo XIX, ni en Europa ni en las tierras llamadas *de misión*, se presentó ocasión para coronar el heroísmo diario de miles de salesianos con la prueba suprema del martirio. Hubieran estado, no obstante, preparados para ella. Porque Don Bosco, proyectando, casi *soñando* —recordemos que es el santo de *los sueños*— con los suyos el método a seguir en la apertura de las obras propiamente misionales en tierras remotas —entre los «salvajes» y las «tribus»—, no había vacilado en pedir a sus compañeros, sabiendo de qué pasta estaban hechos, la máxima generosidad: «Si el Señor dispusiera en su Providencia que alguno de nosotros sufriera el martirio, ¿tendríamos que amedrentarnos por eso?».

Para el siglo XX, martirial para la Iglesia entera, estaba reservado marcar a la familia de Don Bosco con el sello, trágico y glorioso, del martirio cristiano. Las primeras víctimas, los «promártires salesianos», fueron inmolados en China. El obispo salesiano Luis Versiglia, vicario apostólico en la misión de Shiu-Chow, al norte de Cantón, junto con el joven sacerdote salesiano Calixto Caravario, se había opuesto enérgicamente a que unos bandidos violaran a tres muchachas catequistas que viajaban con ellos en barca durante una visita a la misión. En respuesta, fueron detenidos y asesinados por los piratas. Era el 25 de febrero de 1930. El papa Juan Pablo II los beatificó en Roma el 15 de mayo de 1983. En aquella ocasión, el Sumo Pontífice afirmó que, aunque indirectamente, se trataba de «mártires de la castidad»:

«Los dos mártires salesianos dieron su vida por la salvación e integridad moral del prójimo. Se pusieron como escudo y defensa de la persona de tres jóvenes alumnas de la misión, a las que acompañaban a casa de sus familiares o al campo del apostolado catequístico. Defendieron al precio de su sangre la elección responsable que de la castidad habían hecho aquellas jóvenes. Y lo hicieron cuando éstas estaban a punto de caer en manos de quienes no las iban a respetar. Es, pues, un testimonio heroico a favor de la castidad».

Los beatos Versiglia y Caravario fueron canonizados, con un grupo de 120 mártires, el 1 de octubre del Año Jubilar 2000. Ese mismo día el rector mayor de los salesianos anunciaba que los mártires de la antigua Inspectoría Salesiana Tarraconense serían también beatificados a los cinco meses, el 11 de marzo de 2001. Llegaba, por fin, la hora que había predicho aquel benemérito arzobispo salesiano de Valencia (1946-1966), don Marcelino Olaechea y Loizaga cuando, en 1957, cuatro años después de abrir la causa de beatificación o declaración de martirio, había afirmado: «El Vicario de Jesucristo en la tierra pondrá sello de infalibilidad a la persuasión que los salesianos tenemos, declarando el martirio de nuestros hermanos».

La historia de España, zamarreada por el liberalismo, venía siendo convulsa a todo lo largo del siglo XIX. El XX, como era de prever, comenzó bajo el signo de la sangre y la violencia. El anticlericalismo anarquista, rampante en la católica España desde 1835, iba a desarrollar una persecución religiosa tan obsesiva como encarnizada.

La «Semana Trágica de Barcelona», en julio de 1909, supuso una gran serie de profanaciones —robos, destrucción, incendios— de lugares de significación religiosa, como iglesias, conventos, casas religiosas o centros educativos cristianos. El *incendiarismo*, como espectáculo triunfal, se convirtió en el exponente más claro y vergonzoso de las anomalías que sufría la vida de la Ciudad Condal. Como tantas iglesias y conventos, el instituto San José de los Salesianos de Barcelona-Rocafort ardió durante toda la noche del miércoles 28 al jueves 29 de julio, y el colegio de las Hijas de María Auxiliadora de Barcelona-Sepúlveda, durante todo el jueves 29. El martes 27, tras las protestas y reivindicaciones huelguistas, había explotado la revuelta callejera, con barricadas y disparos, muertos y heridos.

Poco más de veinte años tardaría en repetirse la historia, ahora ya no sólo circunscrita a Barcelona, sino en varias ciudades de España. A menos de un mes de proclamarse la malhadada Segunda República el 14 de abril de 1931, los días 11 y 12 de mayo la llamada «quema de conventos», si no orquestada sí al menos permitida por el Gobierno, deterioraba para siempre las relaciones entre la Iglesia y un régimen recién estrenado, contra

el cual aquélla no había alimentado animadversión alguna. Las obras salesianas de Alicante y El Campello quedaron entonces destruidas por el fuego. El anticlericalismo popular, furibundo, crecía por días ante la tácita aquiescencia de las autoridades republicanas, que se complacían en afirmar, a pesar de la libertad de cultos proclamada en la Constitución de 1931: «España ha dejado de ser católica».

Las elecciones de 1933 habían dado una victoria sorprendente, aunque relativa, a la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), encabezada por Gil Robles. La entrada de tres ministros católicos en el Gobierno desencadenó una revolución por parte de la izquierda. Los socialistas, con el apoyo de anarquistas y comunistas, fueron los máximos responsables de una política de violencia. Una propaganda absurda contra el supuesto «fascismo» de Gil Robles acabó de caldear los ánimos de los obreros (había un millón en paro), que se lanzaron a la calle. Esta revolución tuvo tres escenarios. En los de Madrid y Barcelona fracasó pronto; pero en el de Asturias, plantó cara a las fuerzas gubernamentales durante los días 5 al 19 de octubre de 1934. Se intentó una verdadera revolución social —la «Revolución de Asturias»— semejante a la de la Europa Occidental a raíz de la revolución rusa de 1917. Dolores Ibárruri, llamada *la Pasionaria*, incitaba a las mujeres al «amor libre», y a los proletarios a una violencia bestial. La Unión General de Trabajadores (UGT) y la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) aunaron sus fuerzas para derribar el predominio burgués. Por fin, el ejército, con el joven general Franco a la cabeza, acabó sofocando la rebelión minera, que había dejado, cómo no, un reguero de mártires. Entre ellos los primeros santos de la persecución religiosa española: ocho Hermanos de la Doctrina Cristiana y un padre pasionista; son «los mártires de Turón», que murieron perdonando a sus injustos agresores.

Las elecciones de febrero de 1936 fueron favorables al Frente Popular (alianza electoral de socialistas, anarquistas, anarcosindicalistas y comunistas), que obtuvieron la victoria por medio de violencias y falsificaciones. Ante la situación insostenible de la República, el ejército se sublevaba en Marruecos el 17 de julio de 1936. El general Francisco Franco se puso

al frente del llamado «Alzamiento» que, a partir del sábado 18, se extendía a toda la Península, con resultado diverso. Mientras triunfó en Navarra, Castilla la Vieja, Galicia, Zaragoza, Sevilla y la baja Andalucía, fracasó en Málaga, Alicante, Valencia, Bilbao, Cataluña y... Madrid y otras plazas centrales. Las dos Españas enfrentadas entraron en un proceso de revolución interna: política, económica y social. Había estallado una guerra civil que, en contra de las previsiones de los militares protagonistas del levantamiento, duraría casi tres años. Y, junto con la revolución y la guerra, se había originado una verdadera persecución religiosa, que dio lugar a que muchas personas —más de 7.000 religiosos; probablemente más de 10.000 sumando los seculares— murieran como mártires de Cristo. No se trata sólo de víctimas de la represión política o caídos en acciones de guerra, sino de auténticos *testigos* sacrificados por odio a la fe cristiana. El ya citado arzobispo Olaechea dejó escritas de los salesianos mártires estas palabras: «Ninguna mente sana pondrá jamás en duda que fueron muertos por el odio que tenían sus verdugos a Cristo».

El periodista Manuel Ibáñez Escofet escribió con realismo y veracidad en *La Vanguardia* (31-3-1987), ante las protestas que se levantaban en España por la beatificación de las tres carmelitas de Guadalajara, asesinadas el 24 de julio de 1936:

«Cuando ya no existen problemas de conciencia para los católicos, que cada día son menos y muchos de ellos se han hecho socialistas, creo que hay algo que no se puede discutir: en España hubo, en aquella época, persecución religiosa. No se trataba de atacar y exterminar al canónigo rico y al político ultramontano, sino a la pobre monja. A todo el que vistiera hábito».

Se trató, realmente, de una persecución religiosa con un odio tan apasionado, con tanto sadismo y ensañamiento, que no tiene parangón en ningún momento de la historia de Europa, y quizá, del mundo.

La contienda dividió la geografía de las casas salesianas de la antigua Provincia Tarraconense: unas —como Pamplona y Huesca— quedaron en la *zona nacional*; otras —como Valencia, Alicante, Alcoy, Villena, Ciudadela (Menorca), Barcelona, Mataró, Gerona y San Vicente dels Horts— en la *zona roja*. Sobre estas casas, sobre sus hombres y actividades, descargó, y de qué manera, el peso de la revolución antirreligiosa.

En la noche del 20 al 21 de julio los milicianos asaltaron la iglesia y el colegio de los salesianos de Valencia, donde 37 religiosos hacían Ejercicios Espirituales, acusándoles de disparar contra el pueblo... La verdad la explicaba así el superior provincial, José Calasanz, al rector mayor:

«Desde la una de la madrugada comenzaron a sonar disparos alrededor de toda la casa, y se iban repitiendo constantemente, llegando a romper los cristales de nuestras ventanas los proyectiles que disparaban contra la casa... Sobre las cinco de la mañana y convencidos, seguramente, de que no nos defendíamos porque no teníamos armas, asaltaron nuestra casa».

Horrible fue el asalto del colegio externado, horrible el saqueo de la iglesia, destruyendo y quemando cuanto se les antojaba, incluida una joya artística: la bellísima imagen de María Auxiliadora, que desde su camarín había enjugado tantas lágrimas... Era el placer bestial de hacer daño, de destrozar unas escuelas modelo, alegres, higiénicas, levantadas a fuerza de sacrificios, en donde centenares de niños pobres, hijos tal vez de aquellos que las destruían, recibían educación e instrucción gratuitas.

Hacia las diez de la mañana del día 21 fueron sacados los religiosos de su casa «con el himno de la Internacional» y trasladados a la Cárcel Modelo de Mislata. Inesperadamente, el día 29 por la mañana eran puestos en libertad. Y así, cada uno comenzó, como pudo, su propia aventura. Algunos salvaron la vida; otros, no. Recordaremos primero a los salesianos sacrificados junto con el Provincial, después a los que sufrieron la muerte en Barcelona y por último a otros dispersos en otras diócesis.

El primer grupo de salesianos martirizados está formado por nueve religiosos de la COMUNIDAD SALESIANA DE VALENCIA, detenidos todos ellos en julio de 1936 y ejecutados en lugares distintos:

— *José Calasanz Marqués*. Sacerdote, inspector de la Provincia Tarraconense (* Azanuy, Huesca, 23-XI-1872; † Valencia, 29-VII-1936).

— *Jaime Buch Canals*. Coadjutor (* Bescanó, Girona, 9-IV-1889; † El Saler de Valencia, 31-VII-1936).

— *Juan Martorell Soria*. Sacerdote (* Picassent, Valencia, 1-IX-1889; † Valencia, 10-VIII-1936).

— *Pedro Mesonero Rodríguez*. Clérigo (* Aldearrodrigo, Salamanca, 29-V-1912; † El Vedat de Torrent, ?-VIII-1936).

Los cinco que siguen, después de haber pasado algunos meses en San Miguel de los Reyes y en la Cárcel Modelo de Valencia, fueron fusilados en el Picadero de Paterna el 9 de diciembre de 1936.

— *Antonio Martín Hernández*. Sacerdote (* Calzada de Béjar, Salamanca, 18-VII-1885).

— *Recaredo de los Ríos Fabregat*. Sacerdote (* Bétera, Valencia, 11-I-1893).

— *Julián Rodríguez Sánchez*. Sacerdote (* Salamanca, 16-X-1896).

— *José Giménez López*. Sacerdote (* Cartagena, Murcia, 31-X-1904).

— *Agustín García Calvo*. Coadjutor (* Santander, 3-II-1905).

A la COMUNIDAD SALESIANA DE ALCOY (Alicante) pertenecían:

— *José Otín Aquilé*. Sacerdote (* Huesca, 22-XII-1901; † Valencia, 1-XI-1936).

— *Álvaro Sanjuán Canet*. Sacerdote (* Alcozer de Planes, Alicante, 26-IV-1908; † Villena, 2-X-1936).

También en Barcelona la gran masa se revelaba violentamente antirreligiosa y anticlerical. Explicaba, a pesar de ser masón, el político gallego Manuel Portela Valladares, que peor que la CNT o la FAI (Federación Anarquista Ibérica) era esa «multitud advenediza que, por codicia, por tomar puesto de ventaja, o por la novedad, o por hacer méritos, o por miedo, se pasó a la revolución. Llamábanse “grupos o patrullas de control”; penetraban en las casas para hacerse dueños de lo ajeno y, como justificación del robo, empleaban el asesinato».

Sin duda, el mejor recuerdo de la estancia de San Juan Bosco en Barcelona en 1886 es el Templo Nacional Expiatorio en la cumbre del Tibidabo, erigido gracias a la generosidad de la venerable doña Dorotea de Chopitea, donde los salesianos, y miles de adoradores, constantemente, mantienen viva la llama de la oración ante Jesús sacramentado. Con su gigantesca estatua del Corazón de Jesús en actitud de abrazar a Barcelona y a España, el Tibidabo constituía una provocación para la furia

persecutoria de los rojos, que se presentaron allí el 22 de julio y, no pudiendo desfogarse con las personas —los religiosos y los niños se habían puesto a salvo—, se ensañaron con cuanto hallaron al paso, comenzando un saqueo vandálico, prendiendo fuego a todo y parodiando con horribles obscenidades y blasfemias el culto divino. Objeto primario de su odio era la majestuosa imagen del Sagrado Corazón que desde la azotea de la cripta extendía sobre la ciudad enloquecida sus brazos protectores. Fueron inútiles sus esfuerzos por derribar aquellas doce toneladas de bronce, aunque emplearon para ello gruesos cables de acero tirados por poderosos tractores. Intentaron volarla con dinamita. Por fin, el día 25, la desmontaron por piezas, que fundirían para cañones. Más tarde el Gobierno destinó el edificio a almacén y depósito de municiones, convirtiéndolo en un verdadero fortín. Pero el Corazón Divino no permitió fuera bombardeado aquel lugar de su trono, que sería recuperado por los hijos de Don Bosco, acabada la contienda.

De la COMUNIDAD SALESIANA DEL TIBIDABO, de Barcelona, dieron su vida por amor al Corazón de Cristo Rey:

—*José Caselles Moncho*. Sacerdote (* Benidoleig, Alicante, 8-VIII-1907; † Barcelona, 27-VII-1936).

—*José Castell Camps*. Sacerdote (* Ciudadela, Menorca, 12-X-1902; † Barcelona, 28-VII-1936).

De la COMUNIDAD SALESIANA DE SAN VICENTE DELS HORTS (Barcelona) fueron mártires:

—*Alejandro Planas Saurí*. Fiel laico, célibe (* Mataró, Barcelona, 31-X-1878; † Garraf, 19-XI-1936). Conocido como «El sord», por lo que no pudo profesar salesiano, aunque lo fue por voluntad y dedicación.

—*Eliseo García García*. Coadjutor (* El Manzano, Salamanca, 25-VIII-1907; † Garraf, 19-XI-1936).

De la COMUNIDAD SALESIANA DE GERONA:

—*Julio Junyer Padern*. Sacerdote (* Vilamaniscle, Gerona, 30-X-1892; † Monjuic, 26-IV-1938). Condenado a muerte por el «Tribunal de espionaje y alta traición», que manifestó su odio al sacerdote.

De nuevo en 1936, como en 1909, la iglesia de los salesianos de Barcelona-Rocafort fue saqueada y entregada a las llamas,

como una antorcha más en medio de la noche del 19 al 20 de julio, envuelta en ingentes hogueras y columnas enormes de humo. Pasto del pillaje y las llamas fueron también las Escuelas de San José, donde los salesianos daban educación gratuita a más de 500 niños de la barcelonesa barriada de Rocafort.

Los mártires de la COMUNIDAD SALESIANA DE LA CALLE DE ROCAFORT (Barcelona) son:

— *José Bonet Nadal*. Sacerdote (* Santa María de Montmagastrell, Lleida, 26-XII-1875; † Barcelona, 13-VIII-1936).

— *Jaime Bonet Nadal*. Sacerdote (* Santa María de Montmagastrell, Lleida, 4-VIII-1884; † Tárrega, 18-VIII-1936). Primo hermano del anterior.

Los milicianos se presentaron el día 20 en la casa salesiana de Barcelona-Sarriá, comunidad que contaba con 61 profesos, a los que se añadían en verano algunos que estudiaban en Roma, Madrid y Turín. El 21, los de Esquerra Republicana de Sarriá declaraban que, en nombre de la Generalitat de Cataluña, toda la Institución —con sus escuelas profesionales, colegio del Santo Ángel, iglesia, editorial-librería y demás dependencias— quedaba incautada, y ordenaban que los salesianos la abandonaran inmediatamente, a pesar de que daba cobijo a casi 500 alumnos, todos ellos internos y repartidos, mitad y mitad, entre artesanos y estudiantes, que fueron dispersados. Era el original método de las autoridades de la Generalidad, en su afán por la cultura del pueblo, a la que habían contribuido tan eficazmente incendiando centenares de escuelas gratuitas. También aquí, cada cual hubo de comenzar su odisea hacia lo desconocido, posiblemente hacia la muerte...

Pertenecían a la COMUNIDAD SALESIANA DE SARRIÁ (Barcelona):

— *Francisco Bandrés Sánchez*. Sacerdote (* Hecho, Huesca, 24-IV-1896; † Barcelona, 3-VIII-1936).

— *Sergio Cid Pazo*. Sacerdote (* Allariz, Orense, 24-IV-1884; † Barcelona, 30-VII-1936).

— *José Batalla Parramón*. Sacerdote (* Abella, Lleida, 15-I-1873; † Barcelona, 4-VIII-1936).

— *José Rabasa Bentanachs*. Sacerdote (* Noves, Lleida, 26-VII-1862; † Barcelona, 8-VIII-1936).

— *Gil Rodicio Rodicio*. Coadjutor (* Requejo, Orense, 20-III-1888; † Barcelona, 4-VIII-1936).

— *Ángel Ramos Velázquez*. Coadjutor (* Sevilla, 9-III-1876; † Barcelona, 11-X-1936).

— *Felipe Hernández Martínez*. Estudiante de teología (* Villena, Alicante, 14-III-1913; † Barcelona, 27-VII-1936).

— *Zacarías Abadía Buesa*. Clérigo (* Almuniente, Huesca, 5-XI-1913; † Barcelona, 27-VII-1936).

— *Jaime Ortiz Alzueta*. Coadjutor (* Pamplona, 24-V-1913; † Barcelona, 27-VII-1936).

— *Javier Bordás Piferer*. Clérigo (* San Pol de Mar, Barcelona, 24-IX-1914; † Barcelona, 23-VII-1936).

— *Félix Vivet Trabal*. Clérigo (* San Félix de Torelló, Barcelona, 23-I-1911; † Esplugues, Barcelona, 25-VIII-1936).

— *Miguel Domingo Cendra*. Clérigo (* Caseres, Tarragona, 1-III-1909; † Prat de Compte, Tarragona, 12-VIII-1936).

Hablemos ahora más extensamente del BEATO JAVIER BORDÁS PIFERER, cuyo *dies natalis* celebramos hoy.

Nació en el pueblecito costero de Sant Pol de Mar, provincia de Barcelona y diócesis de Gerona, el 24 de septiembre de 1914, en el seno de una familia profundamente cristiana. Su infancia transcurrió en un ambiente muy salesiano. Alumno interno en el colegio salesiano de Mataró, profesó como hijo de Don Bosco en 1932. El año siguiente inició en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma los estudios de Licenciatura en Filosofía, que concluyó al inicio del verano de 1936. Junto con Don Félix Vivet, volvió a España para las vacaciones el día 17 de julio, permaneciendo en la casa de Sarriá en espera de que el Inspector le señalara el lugar de su residencia durante el verano. Al ser expulsado el martes 21, se refugió en casa de don Pedro Campón —muy amigo de la familia Bordás— en la calle del Oro, 46, en Barcelona.

Aquel mismo día 21 volvió a Sarriá para retirar algunos objetos que, con las prisas de su salida, se había dejado allí al ser expulsados los salesianos. El día siguiente, junto con el Sr. Campón, fue a telégrafos, desde donde se apresuró a cursar un telegrama a sus padres, residentes en San Pol, anunciándoles que había llegado y que se hallaba en casa sin novedad. Cuando el

cable fuese leído por sus progenitores, Javier estaría volando al cielo, actibillado por las balas homicidas... El 23 por la mañana no se movió de casa; por la tarde, a pesar de la advertencia de la Sra. Campón, quiso llegarse hasta el barrio de Horta, a la llamada, en catalán, «Casa de fusta», una pequeña finca que sus padres poseían entre las carreteras de Valle Hebrón y de la Rabasada, junto al antiguo orfelinato Ribas. Según su hermano Mariano, quería ver si en ella «podrían refugiarse algunos salesianos», creyendo que en aquel lugar apartado estarían seguros. Pero Javier quedó allí para siempre.

A las diez de la noche, como no hubiera regresado, salió en su busca don Pedro, quien, al decir a unos milicianos que iba a la carretera de la Rabasada, fue alertado: era muy peligroso aquel paraje para los que por allí transitaban. Desde aquel mismo día, la estrecha y apartada carretera de Valle Hebrón se había convertido en un lugar fatídico donde, para los condenados, finalizaba el «paseo». El Sr. Campón se volvió atrás.

Pero al día siguiente, a las seis de la mañana, se encaminó de nuevo allí y, una vez llegado a la «Casa de la Madera» —nombre de la finca—, preguntó al colono si había visto a Javier. Le dijo que no. Más tarde se supo que no sólo le vio, sino que incluso le había rechazado, impidiéndole la entrada en la casa, y que sus hijos habían visto su cadáver en la cuneta de la carretera. Allí había sido fusilado el hermano Javier Bordás. Probablemente, lo denunció alguno de los colonos, o fue reconocido como religioso al descubrirse su pasaporte expedido en Italia en el cual constaba su condición de religioso salesiano.

Don Pedro Campón, durante varios días, se dedicó a recorrer los depósitos de cadáveres de los distintos hospitales y cementerios, pero sin hallarlo en ninguna parte, hasta que, por fin, el día 29 apareció expuesta la fotografía del cadáver de Javier en el Hospital Clínico de Barcelona. Su ficha estaba redactada en los siguientes términos: «3912. Ingresó el 24, a las doce. Un hombre de unos veinticinco años, pantalón oscuro, americana clara. Lleva lentes. Presenta heridas de arma de fuego en el tórax y cabeza. Diagnóstico: hemorragia interna traumática».

Así de escueta y asépticamente se consignaba uno más de la lista de infames asesinatos que durante muchos meses llenaron

de terror y consternación al mundo entero; asesinatos perpetrados a sangre fría, sin proceso alguno, sin más móvil que el odio a la religión del amor.

Impresiona ver la fotografía del cadáver. Los veintiún años bien plantados y nimbados de vigorosa pureza de aquel mocetón, convertidos en una flor tronchada, en un despojo humano ante el cual se oculta el rostro. Hay una fotografía de pocos meses antes. En ella, Javier, serenos los ojos y trasminando su rostro llenumbre de corazón, mira de perfil al infinito a través de las gafas redondas, que confieren a su porte impecablemente ensotariado una gravedad superior a sus años. En esta otra foto, la de su cadáver, es un guñapo: alborotado el cabello, cubiertos de sangre la boca y el pecho, sin acabar de cerrar los ojos, como entreviendo ya el cielo... Los milicianos no habían asesinado a aquel joven limpio, inocente y noble, sin ensañarse antes con él. Así entendían ellos, como tantas veces se han entendido en la historia, las llamadas «libertades»... Seguramente, por aquella masacre, el cuerpo de Javier no pudo ser identificado. Pero Jesús, el rey de los mártires, sí reconoció a su amigo cuando, al verlo llegar a su Reino, lo abrazó, diciéndole: «Ea, siervo bueno y fiel, ¡entra en el gozo de tu Señor!».

Junto con sus 29 hermanos salesianos mártires, fue elevado al supremo honor de los altares por el papa Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001, en la beatificación más numerosa de la historia de la Iglesia. Aquel día eran elevados al honor de los altares 233 mártires, valencianos en su mayoría, que dieron la vida por su fe durante la terrible persecución religiosa de la guerra civil española de 1936 a 1939. En aquella ocasión, el Papa dijo en su homilía, en la abarrotada Plaza de San Pedro del Vaticano, ante una multitud de peregrinos españoles, entre los cuales había algunos familiares de los nuevos beatos:

«Eran hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos. Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia. Todos ellos, según consta en los procesos canónicos para su declaración como mártires, antes de morir perdonaron de corazón a sus verdugos...

Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entretrejidas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, pa-

rruquias y congregaciones religiosas. Muchos de ellos gozaban ya en vida de fama de santidad entre sus paisanos. Se puede decir que su conducta ejemplar fue como una preparación para esa confesión suprema de la fe que es el martirio...

¡Cuántos ejemplos de serenidad y esperanza cristiana! Todos estos nuevos beatos y muchos otros mártires anónimos pagaron con su sangre el odio a la fe y a la Iglesia desatado con la persecución religiosa y el estallido de la guerra civil, esa gran tragedia vivida en España durante el siglo XX. En aquellos años terribles muchos sacerdotes, religiosos y laicos fueron asesinados sencillamente por ser miembros activos de la Iglesia. Los nuevos beatos que hoy suben a los altares no estuvieron implicados en luchas políticas o ideológicas, ni quisieron entrar en ellas... Ellos murieron únicamente por motivos religiosos. Ahora, con esta solemne proclamación de martirio, la Iglesia quiere reconocer en aquellos hombres y mujeres un ejemplo de valentía y constancia en la fe, auxiliados por la gracia de Dios. Son para nosotros modelo de coherencia con la verdad profesada, a la vez que honran al noble pueblo español y a la Iglesia».

Pero no se piense que son sólo estos 30 los hijos de Don Bosco que dieron su vida en la persecución religiosa española como supremo testimonio de fe. Nos atrevemos a esperar nuevos reconocimientos solemnes de su heroísmo por parte de la Iglesia, pues los salesianos martirizados en la España republicana fueron 88, a los que se añaden dos salesianas y cinco seglares cooperadores. La mayoría fueron asesinados por separado o en grupos reducidos en lugares, situaciones y fechas muy diferentes, a causa de la dispersión obligada en diversos domicilios, muchas veces en grandes ciudades. La mayor parte murieron sin ningún juicio previo, pocos con uno de mero trámite, y sólo nos consta un juicio formal en el «Tribunal de espionaje y alta traición» de Barcelona: en él fue condenado a muerte el sacerdote don Julio Junyer Padern el 23 de marzo de 1938, sentencia que se cumplió al ser fusilado en los fosos de Montjuïc el 26 de abril de 1938.

Terminemos haciendo nuestro y encomendando a la intercesión de los mártires el deseo que Juan Pablo II expresara al beatificarlos: «¡Que su recuerdo bendito aleje para siempre del suelo español cualquier forma de violencia, odio y resentimiento!».

Bibliografía

- Actas del Consejo Superior de la Sociedad Salesiana de Don Bosco* (1983) n.309, p.56-59.
 ALBERDI, R., *Los mártires salesianos* (Madrid 2001).
 BURDEUS, A., *Lauros y palmas. Crónica de la Inspectoría Salesiana Tarraconense durante la revolución roja* (Barcelona 1958).
 CÁRCCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
 CERIA, E. (rec.), *Memorias biográficas del Beato Juan Bosco, XII* (Madrid 1991-1998) 21.
L'Osservatore Romano (11-3-2001; 12 y 13-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS BORIS Y GLEB

Mártires († 1015)

Ambos eran hijos de San Vladimiro, gran duque de Kiev, que hizo del cristianismo la religión oficial de su estado. En el bautismo habían recibido los nombres de Román y David respectivamente. A la muerte repentina de su padre, resultó que éste dividía sus dominios entre sus doce hijos o, como quieren otros, no dejó claramente establecido cuál de sus hijos debía heredarlo. Pero uno de ellos, Svjatopolk, quiso quedarse con toda la herencia paterna y para ello pagó sicarios que asesinasen a sus hermanos. Los asesinados fueron estos dos: el primero, el 24 de julio, y el segundo, el 5 de septiembre.

Boris, que tenía unos veinte años por entonces, volvía de una expedición militar y fue avisado de las intenciones de su hermano pero se negó a oponer violencia a la violencia, alegando que no guerreaba contra su hermano, y por tanto se ofreció mansamente a los asesinos. Gleb, por su parte, atendiendo la llamada de su hermano asesino volvía a Kiev cuando lo encontraron los sicarios junto al río Dniéper, y él trató en vano de convencerles de que no debían realizar aquella acción criminal. Como no consigue convencerles, se dejó matar por ellos con gran mansedumbre y humildad. El mayor de los hermanos, Jaroslavo, logró vencer al hermano rebelde y asesino, y trasladó los cuerpos de los mártires a la iglesia de San Basilio en Vigorod, procediéndose en el siglo XII a su formal canonización por parte del metropolitano de Kiev. Su muerte fue el año 1015. Se les han dedicado numerosas iglesias.

SAN BALDUINO

Abad († 1140)

Era hijo de Bernardo X, conde de los Marsos; y era hermano del cardenal Rinaldo, nombrado como tal por Inocencio II. Nació a finales del siglo XI. Sintiendo la vocación religiosa, entró en el monasterio de Claraval, regido entonces por San Bernardo. En 1130 el santo Doctor lo envió a fundar y ser abad del monasterio de San Mateo junto a Rieti. No fue sencillo su gobierno pues encontró numerosas dificultades que venció con gran ánimo y paciencia. San Bernardo no dejó de ayudarle con sus consejos y exhortaciones. Balduino vivió santamente y a su muerte, el 24 de julio de 1140, su hermano Dodón, que era obispo de Rieti, llevó su cuerpo a descansar en la catedral. *Enseguida los fieles comenzaron a venerarlo en su tumba y a invocarlo como santo.* En 1701 la Sagrada Congregación de Ritos aprobó su oficio y misa, celebrándolo la diócesis de Rieti y la Orden Cisterciense.

BEATO JUAN TAVELLI DE TOSIGNANO

Obispo († 1446)

Nace en Tosignano, Bolonia, el año 1386. Luego de pasar la adolescencia con sus dos hermanos, fue enviado a Bolonia para que obtuviera los grados académicos en derecho; para ello el padre vendió una finca que luego Juan, ya obispo, pudo volver a comprar y devolverla a la familia. Fue un joven piadoso y mortificado que superó con espíritu religioso fuertes tentaciones. Cuando decidió darle rumbo a su vida, eligió la vida eclesiástica y recibió la clerical tonsura y las órdenes menores. Pero luego repensó mejor su dedicación a Dios y decidió que debía ser en la vida religiosa y no en el clero diocesano e ingresó en 1408 en la nueva Congregación de los Jesuatos, que había fundado hacía unos diez años San Juan Colombini. Esto no complació a su padre, que intentó por todos los medios disuadirlo pero no lo consiguió. Juan marchó finalmente a Venecia a hacer el noviciado.

Aunque su congregación era laical, como él ya era clérigo perseveró en esta vocación clerical, y se preparó teológicamente

dedicándose al estudio de la Escritura y los Santos Padres, sobresaliendo como copista y traductor de libros y autor de varias obras muy alabadas en su tiempo. En el capítulo general de su Congregación del año 1426 fue elegido como rector de la comunidad de Ferrara y construyó para ella la iglesia de San Jerónimo.

En 1431, vacante el obispado de Ferrara por renuncia de su obispo, fue elegido para sucederle, consagrándose obispo el 27 de diciembre de 1431, y entrando a los pocos días en su diócesis.

Fue desde el principio muy buen pastor, y practicó con gran celo la visita pastoral a las iglesias de su diócesis. Luego de asistir al concilio ecuménico en Basilea, recibió al concilio en Ferrara, y lo siguió a Florencia cuando la peste obligó a este traslado. Tras la peste fundó el hospital de Santa Ana. Ayudó al mundo de la cultura y procuró la buena instrucción del clero. Tras larga enfermedad murió el 24 de julio de 1446. Tenido por santo por los fieles, el papa Clemente VIII autorizó oralmente a su paso por Ferrara que se dijera misa y oficio del beato.

BEATO ANTONIO TORRIANI

Presbítero († 1494)

Nace en Milán en 1424 en la noble familia de los Torriani, llamados también de la Torre. Llegada la juventud fue a la Universidad de Pavía, donde estudió medicina. Terminados los estudios, volvió a Milán, donde ejerció honestamente su profesión médica. Era persona religiosa y de profunda vida interior, y meditando en el sentido de su vida, decidió dejar el mundo y hacerse fraile agustino. Entró en la Orden de los Ermitaños de San Agustín, en el convento de San Marcos, de Milán, y allí hizo el noviciado y la profesión religiosa. Hizo seguidamente los estudios de teología y se ordenó sacerdote. Comenzó enseguida a tener gran crédito entre los habitantes de Milán, tanto que el beato pensó que la estima de tanta gente ponía en peligro su vida religiosa y obtuvo de la superioridad el traslado al convento de San Nicolás en la ciudad de Foligno. Pero aquí también le rodearía la fama como predicador y taumaturgo, e hizo varias peregrinaciones: Loreto, Roma y Compostela. Posteriormente fue enviado a Áquila, donde tuvo como primer objetivo componer las discordias de la ciu-

dad y donde dio un gran testimonio de caridad durante la epidemia de peste. Dirigió muchos años el convento local de las agustinas y fundó una casa para mantelatas de la misma Orden. Alma de intensa oración, le concedió el Señor numerosos éxtasis y también el don de profecía. Murió en Águila el 24 de julio de 1494. Su culto fue confirmado el 1 de julio de 1759.

BEATA LUISA DE SABOYA

Princesa y religiosa († 1503)

Luisa era hija del Beato Amadeo IX, duque de Saboya, y de su esposa Yolanda, hija a su vez del rey de Francia, Carlos VII. Nació en Ginebra el año 1461. Desde niña manifestó ser un alma piadosa y buena, inclinada a todas las buenas obras. Muerto su padre, quedó confiada a la custodia de su tío el rey Luis XI, que le buscó un ventajoso matrimonio con Hugo de Chalon, conde de Nozeroy. Aquí fijan su corte y se dedican los dos esposos, unidos en igualdad de sentimientos cristianos, a una vida matrimonial ejemplar y al cuidado de sus súbditos, cuyo bien buscan. De la corte estuvieron ausentes los bailes menos honestos, las frivolidades y cualquier cosa que desdijera de la religión. Luisa se vuelca especialmente en los pobres y enfermos, no a través de terceros sino por sí misma. Su esposo la aprobaba y acompañaba no pocas veces en estas santas acciones. En 1490 muere su esposo y pasa ella por una pena inmensa.

Desde ese momento decide consagrar su vida en adelante sólo a Dios y para ello forma y realiza el proyecto de ingresar como clarisa en el monasterio de estas religiosas de Orbe. Tarda dos años en dejar arreglados los asuntos de Estado y tiene que hacer frente a la negativa de sus parientes y amigos para que ingrese en el monasterio. Por fin, puede realizar su ideal, repartiéndolo antes sus bienes entre instituciones benéficas y religiosas. Ya dentro del convento procura ser una más de las religiosas, sobrepasando a muchas en humildad, obediencia y sencillez, llevando la vida común con gran empeño y cumpliendo con esmero la regla clarisa. Murió el 24 de julio de 1503 y enseñuida el pueblo la aclamó por santa y le atribuyó milagros. Gregorio XVI confirmó su culto el 12 de agosto de 1839.

**BEATOS NICOLÁS GARLICK, ROBERTO LUDLAM
Y RICARDO SIMPSON**
Presbíteros y mártires († 1588)

El 24 de julio de 1588, en un carromato, fueron sacados de la cárcel de Derby y llevados al lugar de la ejecución donde estaba dispuesta la horca tres sacerdotes seculares que en el juicio contra ellos no habían podido ser acusados de otro crimen que el de haberse ordenado sacerdotes en el extranjero y haber vuelto a Inglaterra —contra el Estatuto 27 de Isabel I— a ejercer su ministerio y propagar la doctrina católica.

NICOLÁS GARLICK había nacido el año 1554 más o menos, en Glossop, en Derbyshire. Era hijo del jefe de guardas de los bosques de Peak. Luego de estudiar un tiempo en el Gloucester College, de Oxford, trabajó como maestro de escuela en Tideswell entre 1574 y 1581. En este año decide su vocación sacerdotal y marcha al colegio inglés de Reims, donde se ordena sacerdote el 18 de marzo de 1582. En enero de 1583 vuelve a Inglaterra y comienza su trabajo apostólico. Denunciado en 1585 estando en Londres, es arrestado, juzgado y desterrado. Vuelve a Reims, pero a los dos días de llegar decide volver a Inglaterra y trabaja en Hampshire y en Dorsetshire, siendo denunciado por su trabajo pero sin que se le pudiera arrestar hasta enero de 1587, cuando ya estaba en Padley, en casa del católico Mr. Fitzherbert. Allí también estaba el Beato Roberto Ludlam que será su compañero de martirio. Nicolás, antes de ser arrestado, había pedido a Dios que su padre quedara impedido para que no acudiera a la iglesia protestante, condición que tenía que cumplir para que sus bienes no fuesen confiscados, prefiriendo así la pobreza a la apostasía paterna. Cuando llegaron a la casa los buscadores de sacerdotes, ambos se escondieron en un refugio, pero un hijo del Sr. Fitzherbert, llevado por el miedo, dijo dónde estaba el escondite y así ambos sacerdotes, junto con su hospedador, fueron arrestados.

Llevados a la cárcel encontraron en ella al Beato Ricardo Simpson, al que infundieron ánimos. El 23 de julio de 1588 tuvo lugar el juicio en Derby. Nicolás respondía por sus compañeros. Se le acusó de haber llegado a Inglaterra para seducir a las personas, y él negó que su trabajo fuera seducción sino lla-

mamiento a volver a la fe verdadera de la Iglesia. Cuando lo llevaban a ejecutar, lo saludó un antiguo amigo con el que había ido de cacería, y él le dijo que aquello sí que era un verdadero tiro. Subido al cadalso arrojó sobre la multitud folletos que había escrito en la cárcel y en los que defendía el catolicismo, y se dice que aquellos folletos hicieron que se convirtiera mucha gente. Fue ahorcado, y estaba todavía consciente cuando empezó la carnicería: fue destripado y descuartizado en vivo mientras hablaba con sus verdugos.

ROBERTO LUDLAM había nacido en Radbourne, en el Derbyshire, sobre el año 1551. Estudió dos años en Oxford, en el St. John's College, y luego, sin haberse graduado, se dedicó a la enseñanza. En 1580 decidió su vocación sacerdotal y marchó a Reims, donde entró en el colegio inglés el año 1580. Ordenado sacerdote en 1581, en abril de 1582 se le envió a la misión inglesa, y trabajó con afán y celo durante seis años en su condado natal. Arrestado y juzgado con Garlick, mostró gran ánimo y seguridad en la prisión, en el juicio y frente al patíbulo. Ejecutado Garlick, Roberto Ludlam se levantó y con gran energía habló de los puntos básicos de la fe católica y de las señales de la verdadera Iglesia, afirmando a sus oyentes que Inglaterra se había apartado del camino recto y haciendo un llamamiento a todos sus oyentes para que volvieran al seno de la verdad. Pidió por los presentes, por todos sus enemigos y por Inglaterra y recitó el *Venite, benedicti Dei* mientras subía al cadalso. Fue ahorcado, destripado y descuartizado.

RICARDO SIMPSON o Sympson había nacido en Wells, junto a Ripon, y se había educado en el Gloucester Hall, en Oxford, y parece que nació de familia protestante. Convertido al catolicismo, fue denunciado y pasó por una larga prisión en York antes de ser dejado libre. Cuando lo fue marchó a Douai, en cuyo colegio inglés entró el 19 de mayo de 1577. Ordenado sacerdote no mucho después, volvió a Inglaterra y ejerció provechosamente su ministerio. Pero nuevamente fue apresado y después de un tiempo de cárcel enviado al destierro. Volvió enseguida a Inglaterra para ser apresado en 1587 por tercera vez y detenido en la cárcel de Derby. Juzgado y encontrado sacerdote ordenado en el extranjero, fue condenado a muerte. Parece que estaba

aterrorizado por la perspectiva de la horrible muerte que le esperaba y que no acudió al martirio con la alegre confianza con que lo hicieron sus compañeros, pero no se echó atrás, no apostató, mantuvo su fe hasta el final y por ella dio la vida junto con los otros dos mártires.

Los tres fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ LAMBTON

Presbítero y mártir († 1592)

Nace en Malton, en Yorkshire, el 1568. Tenía solamente dieciséis años cuando siguió la vocación sacerdotal y se fue a Reims a estudiar en el Colegio Inglés. De ahí pasó a Roma en 1589 y con solos veintidós años, en 1590, se ordena sacerdote. Ese mismo año deja Italia para volver a Inglaterra y comienza su trabajo apostólico en Westmoreland, pero su apostolado duró muy poco tiempo porque fue arrestado en Newcastle upon Tyne muy poco después de su llegada. Creyeron que era extranjero y lo arrestaron bajo la sospecha de ser sacerdote. También fue arrestado el Beato Eduardo Waterson, que había sido su compañero de viaje desde Roma, y ambos se encontraron en la cárcel. Los dos debieron comparecer en juicio y se les condenó por ser sacerdotes ordenados en el extranjero y llegados al reino inglés. Pero no fueron ejecutados juntamente. José fue llevado al suplicio en el mismo lugar de su arresto y allí le fue aplicado el tormento con gran crueldad, tardando mucho el mártir en morir. Tenía sólo 24 años. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por Juan Pablo II.

SAN JUAN BOSTE

Presbítero y mártir († 1594)

Juan Boste nació hacia el año 1543 en Dufton, Westmoreland, en el seno de una familia protestante. Estudió en el Queen's College, de Oxford, y queriendo consagrar su vida al apostolado se hizo pastor protestante. Pero hubo una crisis en

su alma y se convirtió a la fe católica, decidiendo entonces ser sacerdote. Marchó al colegio inglés de Reims en 1580 y al año siguiente era ordenado sacerdote en Chalons en el mes de marzo. Vuelve enseguida a Inglaterra donde durante doce años haría su apostolado por el norte del país, pasando también algunas veces a Escocia, y desarrollando una amplia labor.

Era muy buscado pero solamente fue capturado cuando intervino un Judas Iscariote. El renegado Francis Ecclesfeld le pidió la confesión y la comunión que recibió sacrílegamente, y seguidamente lo denunció al presidente del Consejo del Norte, conde de Huntingdon. Éste envió los *cazasacerdotes* a Waterhouse, la residencia de William Claxton, a varias millas de Durham, y no sin trabajo lograron hallarlo en su escondite. Llevado ante el presidente tuvo un brillante discurso, al final del cual dijo que habían buscado a Boste pero ya tenían su Boast (orgullo). Fue enviado a Londres e interrogado por Topcliffe, el terrible enemigo del catolicismo, y luego llevado a la Torre, donde fue torturado muchas veces hasta quedar lisiado. No consiguiendo nada de él, fue reenviado a Durham para que fuera juzgado y ejecutado. Era el verano de 1594. En el juicio se le condenó a muerte por ser un sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto al país.

El día 24 de julio fue sacado en un carromato y llevado al sitio de la ejecución, junto a tres árboles. Cuando le mandaron subir al cadalso lo hizo rezando el *Ángelus*. Llegado arriba, le pusieron el lazo de la horca. Él quiso hablar pero no le dejaron, y entonces dijo que su muerte hablaría por él. Le dijeron que pidiera perdón a la Reina y él dijo no haberla ofendido nunca. El verdugo lo ahorcó por espacio de un padrenuestro y luego lo dejó caer. Mientras lo destripaban recobró la conciencia y le dijo al verdugo: «Jesús te perdone». Estaba presente el Beato Cristóbal Robinson, que luego contó el martirio. Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

SAN JOSÉ FERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1838)

Nació en Ventosa de la Cueva, Ávila, el 3 de septiembre de 1775, y se educó cristianamente. A los 21 años ingresó en la

Orden de Predicadores, el 12 de agosto de 1796, en el convento de Valladolid. Hizo el noviciado, la profesión religiosa y los estudios pertinentes y se ordenó sacerdote el año 1805. Se ofreció para las misiones y fue enviado a la misión del Tonkín, país al que llegó luego de un penoso viaje, en junio de 1806. Le quedaban por delante 32 años de fecundo apostolado, que transcurrieron en el poblado de Kien-Lao. Tomó el nombre indígena de Dand-Trium-Hien para mejor encarnarse en el pueblo al que servía. Tuvo un gran éxito como propagandista de la religión de Cristo y se conquistó un gran crédito así como el amor de todos los cristianos.

Llegada la persecución de 1838 cuando era ya anciano y achacoso, debió huir por parajes inhóspitos, y estaba intentando refugiarse en una barca cuando fue arrestado. Se le encontraron muchos objetos religiosos, lo que sirvió para ver que se trataba de un misionero. Era el 18 de junio de 1838. Encerrado en una jaula de bambú, fue enviado a Nam-Dinh unos días más tarde. Intentaron con promesas y amenazas atraerlo a la apostasía pero él se mantuvo firme en la fe que había ido a predicar a aquel país. Condenado a muerte, se esperó la confirmación real, que llegó el 23 de julio de aquel año. Al día siguiente, el mandarín volvió a ofrecerle la libertad si pisaba la cruz, a lo que el mártir se negó. Llevado en la jaula a un campo, fue puesto sobre una estera y le fue cortada la cabeza.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

*BEATO MODESTINO DE JESÚS Y MARÍA (DOMINGO)
MAZZARELLO*

Presbítero († 1854)

Domingo Mazzarello nace en Frattamaggiore, Nápoles, el 5 de septiembre de 1802 en el seno de una cristiana familia de artesanos. Sirve en la parroquia como monaguillo y tiene una gran devoción a la Virgen del Buen Consejo. A los 16 años el obispo de Aversa, mons. Agostino Tommasi, lo admite en el seminario diocesano, pero, muerto el obispo, se ve obligado a vol-

ver a casa. Atraído por la vida austera y piadosa de los franciscanos de Grumo Nevano, ingresa el 3 de noviembre de 1822 en el convento franciscano de Piedimonte Matese. Fue enviado al convento de Santa Lucía al Monte, de Nápoles, para hacer el noviciado y emite la profesión religiosa el 27 de noviembre de 1824 con el nombre de fray Modestino de Jesús y María. Hace luego los pertinentes estudios y se ordena sacerdote el 22 de diciembre de 1827 en la catedral de Aversa.

Los superiores lo dedican a la predicación y al confesonario, ministerio en el que cosechó abundantes frutos y, acreditado por sus cualidades y santa vida, fue elegido guardián de los conventos de Mirabella Eclano y de Pignataro Maggiore. En 1839 es enviado al convento de Santa María della Sanità, en un barrio popular de Nápoles, y aquí estaría hasta su muerte, ejerciendo su ministerio. Se dedicó especialmente a los pobres y enfermos. Difundió cuanto pudo la devoción a la Virgen del Buen Consejo y fue dejando una estela de virtud y amor cristiano que lo hizo ser querido de todos. Llegada la epidemia de cólera de 1854, se dedicó con toda su alma a la atención de los afectados hasta que él mismo contrajo el terrible mal y murió de él el 24 de julio de dicho año. Fue beatificado por Juan Pablo II el 29 de enero de 1995.

25 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. El apóstol Santiago, hijo del Zebedeo, hermano de San Juan Evangelista, primer apóstol en sufrir martirio por la fe **.
2. En Licia, San Cristóbal, mártir († s. III) **.
3. En Barcelona, San Cucufate († s. IV) mártir **.
4. En Cesarea de Palestina, santos Valentina, Tea y Pablo († 308), mártires.
5. En Nicomedia (Bitinia), el tránsito de Santa Olimpiades († 409), viuda, que apoyó fielmente a San Juan Crisóstomo *.
6. En Tréveris (Renania), San Magnerico († 596), obispo.
7. En el mismo sitio, santos Beato y Banto († s. VI-VII), presbíteros y ermitaños.

8. En Metz, de la Galia Bélgica, Santa Glodesinda († s. vi), abadesa.
9. En Córdoba, San Teodomiro de Carmona († 851), monje y mártir*.
10. En Angers (Francia), Beato Juan Soreth († 1471), presbítero, de la Orden Carmelita*.
11. En Camerino, del Piceno (Italia), Beato Pedro Corradini de Mollano († 1490), presbítero, de la Orden de Menores.
12. En Salsette (India), beatos Rodolfo Aquaviva, Alonso Pacheco, Pedro Berno, Antonio Francisco, presbíteros, y Francisco Aranha († 1583), religiosos, todos de la Compañía de Jesús, mártires*.
13. En Bobino (Apulia), Beato Antonio Lucci († 1752), obispo, de la Orden de Hermanos Menores Conventuales*.
14. En Rochefort (Francia), Beato Miguel Luis Brulard († 1794), presbítero, carmelita descalzo, mártir*.
15. En Madrid, Beata María del Carmen Sallés y Barangueras († 1911), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción**.
16. En Urda (Toledo), beatos Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, presbítero, Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun y Benito de la Virgen del Villar Solana Ruiz († 1936), religiosos de la Congregación de la Pasión, mártires*.
17. En Talavera de la Reina (Toledo), beatos Federico Carlos Rubio Álvarez, presbítero, Primo Martínez de San Vicente Castillo, Jerónimo Ochoa Urdangarín y Juan de la Cruz Eloy Delgado Pastor († 1936), religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártires**.
18. En Monzón (Huesca), Beato Dionisio Pamplona Polo († 1936), presbítero, de la Orden de Clérigos Regulares Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías, mártir**.
19. En Motril (Granada), beatos Deogracias de San Agustín Palacios, León de la Virgen del Rosario Inchausti, José de la Virgen de los Dolores Rada, Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez († 1936), religiosos todos ellos de la Orden Agustina Recoleta, mártires**.
20. En el campo de concentración de Dzialdowo (Polonia), Beata María Teresa Kowalska († 1941), virgen, religiosa capuchina, mártir*.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

APÓSTOL SANTIAGO EL MAYOR

(† s. I)

Cuando inició Jesucristo su vida pública, existía en el pequeño mar de Galilea una empresa de pesca formada por cinco socios, que iban a conquistar bien pronto la mayor y más duradera celebridad del mundo.

Los empresarios principales eran el Zebedeo y sus dos hijos, Santiago y Juan. Estaban asociados a ellos los dos hermanos pescadores de Betsaida, Simón y Andrés.

El Zebedeo y sus hijos, como escribió el sabio Orígenes en su *Libro I contra Celso*, no eran simples pescadores, como Simón y Andrés, sino también verdaderos «nautas», con un navío de cabotaje, en el cual, como dice San Marcos (1,20), tenían a su servicio «mercenarios», es decir, marineros a sueldo.

El negocio pesquero era importante en los puertos principales de aquel mar, como Cafarnaún, Betsaida, Magdala, Tiberíades y Tariquea. Sólo en este último puerto, que no era el mayor, había según Josefo —historiador judío casi contemporáneo— no menos de 230 naves de pesca.

El Zebedeo, según otro historiador antiguo —Nicéforo de Constantinopla—, poseía también una buena casa en lo mejor de Jerusalén, dentro de la llamada «ciudad de David», en la colina de Sión, donde estaban el cenáculo y el palacio del sumo pontífice, pues dice aquel historiador que Juan, el hijo menor del Zebedeo, había vendido al pontífice Caifás una parte de su casa para ampliar el mencionado palacio. Precisamente en aquella colina de Sión, y junto al lugar en que estaba el palacio del pontífice, se levanta magnífica la llamada «basílica de la Dormición», donde es tradición que vivió y murió la Virgen María, con lo cual se confirma que estaba allí la casa del Zebedeo, donde luego Juan cumpliría la manda testamentaria que le hizo Jesucristo en la cruz con respecto a su Madre santísima, *desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa*.

La vecindad de la casa del Zebedeo con el palacio del pontífice y la compra de parte de aquélla verificada por éste explican cómo Juan, según dice en su evangelio, *era conocido del pontífice*, y no sólo entró libremente en su palacio durante el proceso de Cristo, sino que *habló a la portera e introdujo a Pedro* (Jn 18,15-16).

San Jerónimo añade que el hijo del Zebedeo *era conocido del pontífice por la nobleza de su linaje y no temía las asechanzas de los judíos, hasta el punto de introducir a Pedro en su atrio y ser el único de los apóstoles que estuvo junto a la cruz*.

Le acompañó en el Calvario Salomé, a la que llama San Mateo *la madre de los hijos del Zebedeo* (27,56). Era una de las distin-

guidas señoras que, juntamente con María Magdalena y Juana, mujer del administrador de Herodes, y otras varias, seguían a Jesús en sus viajes y *le servían de sus haciendas*, como apunta San Lucas (8,3). Entre el grupo de mujeres que contemplaban a Jesucristo en la cruz menciona San Marcos especialmente a *María Magdalena, María, la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé; las cuales, cuando estaba en Galilea, le seguían y servían* (15,40). Y eran también precisamente *María Magdalena y María de Santiago y Salomé* las tres animosas mujeres que en la madrugada del domingo de Resurrección *compraron aromas para ir a ungir a Jesús* (16,1), lo cual supone que disponían de bastante hacienda, a juzgar por el precio del unguento, que en reciente ocasión había indignado a Judas (Jn 12,5).

¿Era Salomé aquella mujer a la que alude, sin nombrarla, San Juan cuando dice que *estaban junto a la cruz de Jesús su Madre, la hermana de su Madre, María de Cleofás y María Magdalena?* (Jn 19,25). Fernández Truyols dice que eso es lo más probable aunque no la nombra San Juan, que tiene la modesta costumbre de no consignar nunca su nombre ni el de ninguna otra persona de su familia. Además, consta por San Marcos que estaban en el Calvario, en compañía de San Juan, Salomé y las otras dos Marías, con las cuales fue ella a comprar aromas en la mañana del domingo de Resurrección.

Según esto, siendo Salomé *hermana* de la Madre de Jesús, Santiago era primo de Jesucristo y pertenecía a la descendencia del rey David, con lo cual se explica lo que dice San Jerónimo sobre *la nobleza de su linaje*, que era nada menos que el del modesto carpintero de Nazaret, mencionado honoríficamente por el ángel, y resulta menos extraño que su padre poseyese una casa propia en la ciudad de David, donde su hermano Juan recibió y cuidó a la Madre de Jesús.

La educación que Santiago y Juan recibieron de sus nobles padres debió de ser muy piadosa y muy austera a juzgar por lo que nos dice San Epifanio acerca de los dos, afirmando que guardaron perpetua virginidad y observaron las prácticas religiosas características de los llamados nazareos.

Esas prácticas las describió Moisés en el libro de los Números, capítulo 6, donde ordenó que los que se consagrasen a Dios

con el voto de nazareato debían abstenerse de vino y de todo licor embriagante, no comer nada de cuanto produce la vid, no cortarse el cabello y observar otras normas de gran austeridad.

Éste fue el ambiente familiar, social y religioso en que ejercían su profesión Santiago y Juan en el momento histórico en que pasó Jesucristo por las orillas del mar de Galilea y llamó definitivamente a sus cuatro primeros discípulos.

Jesucristo encontró primeramente a dos pescadores de Betsaida, los hermanos Simón y Andrés, que estaban echando al mar su red, y les dijo: *Seguidme, y haré que seáis pescadores de hombres. Y al momento dejaron las redes y le siguieron.* Un poco más adelante vio a los dos hermanos Santiago y Juan, que estaban con su padre, el Zebedeo, y con sus mercenarios arreglando las redes, no en una simple barca, sino en el navío (*en to ploio*), y los llamó también, pero sin hacerles ninguna promesa, como se la hizo antes a Simón y Andrés. Los animosos jóvenes no sólo dejaron, como aquéllos, sus redes, sino también a su padre, a sus mercenarios y su navío, y le siguieron inmediatamente, sin pedir explicaciones, con la más absoluta entrega (Mt 4,18-22).

Pero observa San Jerónimo que también a estos dos los hizo pescadores de hombres, y de hombres bien lejanos, cuando, *viéndolos en la orilla, junto al mar de Genesaret, arreglando sus redes* (no «echando la red», como a los otros), *los llamó y los envió al mar grande* («in magnum mare»), *para que, convertidos de pescadores de peces en pescadores de hombres, saliesen de Jerusalén y predicasen el Evangelio hasta el Ilírico y las Españas.*

No fueron enviados por Jesucristo a las Españas los dos hermanos, sino solamente Santiago, como luego veremos. Pero antes hubo que prepararle para esta misión, no sólo aprendiendo durante tres años la doctrina evangélica en la escuela de su divino Maestro y adquiriendo la sólida formación que exige el apostolado, sino también corrigiendo los defectos morales y temperamentales de su carácter personal.

Santiago el Mayor había reflejado, desde el principio mismo de su llamamiento, varias de las cualidades características que había de encontrar en el pueblo cuya evangelización le confiaría más tarde su Maestro, pero también participaba de sus defectos característicos.

Tenía, por una parte, un carácter muy resuelto, muy desprendido y muy sacrificado para llegar a emprender una profesión andariega desconocida, abandonando inmediatamente a su padre, su navío y sus mercenarios, sin fijarse en los sacrificios y trabajos que le podía deparar tan atrevida corazonada. Pero tenía también dos defectos muy característicos del pueblo hispano que luego había de evangelizar: el extremismo y el individualismo. Los hubo de corregir primero paternalmente Jesucristo y curarlos después radicalmente el Espíritu Santo con el fuego del día de Pentecostés.

Refiere San Lucas (9,54-56) que Jesucristo, yendo hacia Jerusalén, pasó por Samaría, y sus discípulos entraron en una aldea para prepararle albergue; pero aquellos samaritanos eran enemigos de los judíos, *y no fueron recibidos, porque iban a Jerusalén. Viéndolo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que baje fuego del cielo y los consuma?* Jesucristo les dio una lección de cristiana moderación y mansedumbre, reprendiéndoles con estas palabras: *No sabéis de qué espíritu sois, porque el Hijo del hombre no ha venido a perder las almas de los hombres, sino a salvarlas. Y se fueron a otra aldea.*

En otra ocasión, habiendo anunciado Jesucristo que estaba próxima su dolorosa muerte y su resurrección, creyó Salomé que era inminente la restauración del reino de David, y temió que Pedro ocupase en él un puesto superior al de sus hijos. Dejándose vencer de un individualismo ambicioso disfrazado de amor materno, tomó aparte a sus dos hijos, se presentó con ellos ante Jesucristo y le dijo: *Dispón que estos dos hijos míos se sienten en tu reino el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.* Viendo Jesús que también los dos jóvenes estaban de acuerdo con su madre en esta actitud indisciplinada, les dijo a ellos, refiriéndose al cáliz de la pasión que antes les había anunciado: *No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo tengo que beber?* Ellos contestaron intrépidamente: *Podemos.* Esta generosa respuesta agradó, sin duda, mucho a Jesucristo, y les dijo: *Mi cáliz, sí, lo beberéis; pero el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí otorgárosllo a vosotros, sino a quienes está dispuesto por mi Padre (Mt 20,20-23).*

Esta lección de disciplina no impidió las muestras especiales de aprecio con que distinguió siempre Jesucristo a los tres contendientes: Simón, Santiago y Juan. Los tres solos fueron

elegidos para ser testigos de su gloria en el Tabor; los tres solos para presenciar la resurrección de la hija de Jairo; los tres solos para ver de cerca su agonía en Getsemaní; los tres solos para llevar un apellido nuevo impuesto por él cuando a Simón le puso el sobrenombre de *Pedro*, y a Santiago y Juan los llamó *Boanerges*, es decir, *Hijos del Trueno*.

Santiago, por su parte, justificó plenamente su sobrenombre, haciendo resonar de viva voz el pregón evangélico hasta la extremidad occidental del Mundo Antiguo, como Juan entregó al mundo, con su pluma, el último y más sublime de los cuatro evangelios y la historia final de la humanidad en su incomparable Apocalipsis.

Para dos misiones principales estaba destinado Santiago el Mayor. Cumplió las dos con admirable rapidez en el breve espacio de los catorce años que mediaron entre el año 30 de la era cristiana, fecha del bautismo de fuego de Pentecostés, según la mayoría de los cronólogos modernos, y el año 44 de la misma era, fecha de su glorioso martirio.

Fue su primera misión, como nos dijo antes San Jerónimo, llevar el Evangelio hasta *las Españas*, es decir, hasta las *tres Hispanias*, la Tarraconense, la Bética y la Lusitana, en que estaba dividida nuestra Península, con tres gobiernos distintos, en los tiempos de Santiago, y en donde florecen hoy las dos naciones hispánicas y católicas de España y Portugal.

Aquí había de tener también, como añade el mismo San Jerónimo, el sepulcro en que descansase después de su muerte; porque dice que los apóstoles, al dispersarse por las diversas provincias, lo hicieron con el designio de que *uno fuese a la India, otro a las Españas, otro al Ilírico, otro a Grecia, y cada uno descansase en la provincia evangelizada y enseñada por él*.

Como San Jerónimo fue por bastante tiempo secretario del insigne papa español San Dámaso y era también amigo del historiador español Paulo Orosio, pudo saber muy bien hasta el lugar de la sepultura de Santiago en *las Españas* por él evangelizadas. El intrépido *Hijo del Trueno* salió de Jerusalén lo más pronto que pudo para trasladarse por mar a *las Españas*. Como la Virgen María estaba al cuidado de su hermano Juan en la casa de su padre el Zebedeo y con frecuencia le haría también compa-

ña su madre Salomé, es natural que hablase con ellos de su viaje hasta el antiguo «Fin de la Tierra» y que se despidiese de ellos antes de embarcarse para *las Españas*. Quizá entonces le anunció la Virgen aquella maravillosa visita que, según la inmemorial y honrosísima tradición de España, recibió el apóstol en Zaragoza, en aquel sagrado lugar en que se levanta el pilar marmóreo que simboliza y garantiza la firmeza, rectitud e inflexibilidad de la fe católica en *las Españas* del Viejo Mundo y en la gran familia de naciones hispánicas y católicas del Nuevo Mundo, prolongación espiritual de la herencia apostólica de Santiago.

Apenas terminó Santiago la parte esencial de su primera misión al dejar asentados, bajo la protección de María Santísima, los cimientos de la Iglesia hispánica, se trasladó rápidamente a Jerusalén con algunos de los nuevos cristianos occidentales para cumplir allí su segunda misión de ser el primero de los apóstoles que sellase con su sangre el Evangelio.

La presencia de Santiago con discípulos procedentes de la gentilidad debió de causar en Jerusalén mayor asombro y revuelo que el que había producido poco antes la noticia de que San Pedro había bautizado en Cesarea de Palestina al centurión gentil Cornelio. *Oyeron* —dice San Lucas— *los apóstoles y los hermanos que estaban por la Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. Y, cuando subió Pedro a Jerusalén, discutían con él los de la circuncisión, diciendo que había entrado en casa de hombres incircuncisos y había comido con ellos* (Hch 11,1-3). San Pedro tuvo que pronunciar el discurso que allí copia San Lucas para defenderse a sí mismo y aquietarlos a ellos. Pero debió de ser todavía mayor el alboroto que produjo entre los judíos Santiago con sus cristianos de España, y Herodes Agripa, que por entonces reinaba en la Judea por nombramiento del cruel emperador Calígula, aprovechó aquella buena ocasión para congraciarse con los judíos, y, como escribe San Lucas, *quitó la vida con la espada a Santiago, hermano de Juan. Y, viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro* (Hch 12,2-3).

Dios concedió una fecundidad maravillosa a la sangre ardiente del protomártir de los apóstoles y a su voz de trueno, que retumbó hasta la extremidad occidental del mundo conocido para que sus hijos espirituales la extendiesen luego a través

del inmenso mundo desconocido que ellos habían de descubrir y evangelizar.

Gracias a esta singular fecundidad, la herencia apostólica de Santiago el Mayor y de sus hijos espirituales abarca hoy a los cinco continentes.

En efecto, según la última estadística aparecida recientemente en Roma ¹, los católicos de las diecinueve repúblicas hispánicas de América suman 160 millones; los católicos de Filipinas son por lo menos 19 millones y medio; los de España, 29 millones; los de Portugal con sus territorios de Asia y África, 10 millones y medio. Por consiguiente, los católicos de las veintidós naciones hispánicas y jacobeanas suman 219 millones.

Ahora bien, el número total de los católicos de todo el mundo se calcula en 425 millones. La mitad serían 212.500.000. Pero como los de las veintidós naciones hispánicas son 219 millones, resulta que suman la mitad más 6.500.000.

¡Qué fuerza tan enorme podrían desplegar ahora, en el orden religioso, esos millones de hijos espirituales de Santiago el Mayor, derramados profusamente, no sólo por la península hispánica, sino también desde el Extremo Occidente hasta el Extremo Oriente, para continuar su misión apostólica, trunca-da en flor por la espada del tercer Herodes!

Que él alcance de Dios para todos sus hijos de ambos mundos un gran espíritu de fraternal unión y colaboración, una nueva y espléndida floración de vocaciones sacerdotales y misioneras y una gran anchura de corazón para transformar esta gran familia de naciones en oasis de paz y prosperidad y en crisol católico de auténtica y recia cristiandad para todos sus connacionales y para todos los hijos de otros pueblos que afluyen a ellas con ritmo creciente.

ZACARÍAS DE VIZCARRA Y ARANA

¹ Los datos que figuran a continuación corresponden a los manejados por el autor en la primera edición del *Año cristiano*. Según la última estadística aparecida en el *Anuario Pontificio 2002*, el 17 por 100 de la población mundial es católica (unos 1.050 millones de personas). De éstos, el 49,4 por 100 están en América; el 26,7 por 100 en Europa; el 12,4 por 100 en África; el 10,7 por 100 en Asia; y el 0,8 por 100 en Oceanía.

Bibliografía

- AYUSO, T., *Santiago en la historia, la literatura y el arte*, I: *Standum est pro traditione* (Madrid 1954) 84-126.
- CANTERA ORIVE, J., *La batalla de Clavijo* (Vitoria 1943).
- FERNÁNDEZ TRUYOLS, A., *Vida de nuestro Señor Jesucristo* (Madrid 1954).
- LÓPEZ FERREIRO, A., *Historia de la Santa A. M. Iglesia de Santiago de Compostela*, I (Santiago 1898).
- PORTELA PAZOS, S., «Orígenes del culto al apóstol Santiago en Compostela»: *Compostellanum* (1956) abril-junio, p.161-199.
- VELASCO, C., *Santiago y España* (León 1948).
- Actualización:
- CASTELLÁ FERRER, M., *Historia del apóstol de Jesús Cristo Santiago Zebedeo, Patrón y capitán general de «las Españas»* (Santiago de Compostela 2001).
- CEBRIÁN FRANCO, J. J., *El apóstol Santiago* (Madrid 2003).
- PRECEDO LAFUENTE, M. J., *Santiago el Mayor, patrón de España. Vida y culto* (Santiago de Compostela 1985).
- *Santiago el Mayor y Compostela. Un apóstol, una ciudad, unos caminos* (Madrid 1999).

SAN CRISTÓBAL

Mártir († s. III)

Aguerrido y asaz petulante es el mozo. Sueña con aventuras y se ha propuesto no cejar en el empeño. Sabe que tiene buen porte y anda muy pagado de su figura gentil. Tan airosa es su facha que, andando los siglos, se leerá en el himno antiguo del *Breviario toledano*: «Elegans statura, mente elegantior —visu fulgens, corde vibrans—, et capillis rutilans» (Lindo talle, de mejor entendimiento —ojos alegres, corazón ardiente—, y de cabellos rubios rutilantes). Pero el mozo no conoce aún la luz verdadera y sólo para mientes en sus ansias de gloria.

Se le conoce por varios nombres: Offero, Réprobo, Relicto y Adócimo. Por todos ellos responde el joven, muy pagado de su alcornia y su linaje. Porque es el unigénito, y primogénito de un rey cananeo, cuya esposa veía transcurrir su vida sin descendencia. Su nacimiento le ha costado muchas lágrimas y muchos rezos.

Relicto —el nombre más usual en sus biografías— ha visto la luz primera en tierra cananea. Acaso en Tiro, acaso en Sidón. Ambas se disputan la supremacía de la Tierra de Promisión, dada por Dios hace muchos años a los hijos de Israel, en premio a los inmensos trabajos que padecieron por espacio de cuatro centurias uncidos a la tiranía de los faraones.

Ambas ciudades envuelven su cuna en leyendas mitológicas, y de ellas habla la Biblia en sus primeros libros. Gén 10,19 designa a Sidón ya con este nombre, y en Jos 11,8 Tiro pasa por ser una plaza fuerte.

Ambas, asimismo, rivalizaron en importancia y lucharon con denuedo para irrogarse la supremacía del mar, detentada a la postre por Tiro, madre de ciudades, como Hipona y Cartago, en África del Norte.

Las dos aportaron la madera incorruptible de los famosos cedros para el Templo que Salomón levantara a Yahvé, el Dios único. Hiram, rey de Tiro, había recibido del más sabio de los hijos de los hombres apremiante mensaje:

«Quiero edificar a Yahvé, mi Dios, una casa como se lo manifestó Yahvé a mi padre David, diciendo: “Tu hijo al que pondré yo en tu lugar sobre tu trono, edificará una casa a mi nombre”. “Manda, pues, cortar para mí cedros en el Líbano; mis siervos se unirán a los tuyos, y yo te daré lo que tú me pidas, pues bien sabes que no hay entre nosotros quien sepa labrar la madera como los sidonios”».

Hiram contestó:

«He oído lo que has mandado a decir. Haré lo que me pides en cuanto a la madera de cedros y cipreses. Mis siervos los bajarán del Líbano al mar y yo los haré llegar en balsas, hasta el lugar que tú me digas. Allí se desatarán y tú los tomarás, y cumplirás mi deseo proveyendo de víveres mi casa» (3 Re 5).

Por «el país de Tiro y de Sidón» pasó Jesús derramando mercedes. «Señor, hijo de David, ten lástima de mí: mi hija es cruelmente atormentada del demonio» (Mt 15,22), oyó el Maestro en estas tierras, cuyos habitantes supieron de la majestad omnipotente del Hijo de Dios y merecieron sus palabras de consuelo y esperanza: «¡Ay de ti, Corozáin!, ¡ay de ti, Betsaida!, que si en Tiro y en Sidón se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotras, tiempo ha que habrían hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio. Por tanto, os digo que Tiro y Sidón serán menos rigurosamente tratadas en el día del juicio que vosotras».

Mas la historia no cuenta para Relicto, quien sólo piensa en aventuras y en oropeles. ¿Le empujan acaso los soberbios bajeles que el mozo contempla en el puerto de Tiro o en el de Si-

dón, y con los cuales ambas ciudades siguen manteniendo su hegemonía marítima, heredada de siglos, por el Mediterráneo? ¿O quizá su noble alcurnia, pues se sabe hijo de un rey o virrey, con poder y con súbditos? Tal vez su noble facha y gigantesca robustez. «Era además —escribe uno de sus biógrafos— de enorme robustez, hercúlea fuerza y de tan apuesta y agradable figura, noble aspecto y disposición en su persona, que atraía a sí los ojos de cuantos le miraban».

Para su sed de glorias, espoleada por su noble porte, Relicto pone su espada al servicio del rey. Pero un rey poderoso, no el que rige aquellos territorios. El apuesto mozo toma a deshonra servir a un monarca corto de talla y de glorias. ¿Cómo Relicto, de estatura gentil, de ojos ardientes y de cabellos rubios, valeroso y aguerrido, gigante membrudo, puede rendir su espada invicta ante un insignificante reyezuelo?

«Púsose a considerar su elegante estatura, sus extraordinarias fuerzas, su corazón animoso, su valor tan celebrado, y, hallándose sirviendo a un rey cananeo, que, a la cuenta, o no era de mucha fama, o tenía cortas prendas para la corona, se desdeñó de servir como vasallo humilde a quien sólo le excedía en la fortuna del cetro. Pues muchas veces concedió la fortuna (en fin, como ciega y loca) las reales insignias a muchos que aun para ser mandados eran indignos. Y si abandonamos el fabuloso nombre de la fortuna, pues los cristianos no reconocemos fortuna fabulosa, sino decretos y permisiones de la divina Providencia, tal vez concedió Su Majestad el cetro a quien era indigno del trono porque no merecían los pueblos otra cosa que sus culpas, y no es éste el menor testigo de la ira, pues siente mucho el súbdito el golpe del azote cuando viene por mano del que debe ser en la república, no tirano, sino padre».

No quería el mozo mandar, sino ser mandado. Ansiaba sólo servir, pero buscaba rey que fuese digno de ser servido. «Soy discreto —pensaba—, robusto, galán, entendido, valeroso, y ¿he de sujetarme a quien considero indigno de mandar?».

Así, pues, deja Relicto aquellos lugares donde transcurriera su niñez y se pone en camino a la busca del rey mayor de la tierra. Tropiézase con Gordiano, emperador de Roma, empeñado a la sazón en lucha tenaz contra los persas.

Admiróse el monarca de la prócer estatura del nuevo soldado, enamoróse de su bizarría y se aficionó al valor que demostraba.

Llegado hasta el rey, Relicto habló sin miedo y sin tacha:

«Yo, oh rey soberano, busco al mayor rey de la tierra, al rey de la mayor fama; no por interés villano de riquezas y hacienda, sino sólo por la noble codicia de honra y fama, que mis prendas, mi valor, mi gigantesca estatura, no son para servir a reyes pequeños, sino para emplearse en servicio del mayor rey del mundo. Yo allá, en Caná, servía a mi rey; mas me pareció que a un rey pigmeo no debía servir un soldado gigante. Sediento de triunfos, busqué al mayor rey de la tierra, y oí decir que a esta hora tú eras en la tierra el rey más famoso. Por eso dejé aquel rey y vengo a servirte a ti; porque ya que mi estrella me conduce a servir como vasallo, sólo he de servir al que es el mayor rey del mundo.

Pagóse el rey de la libertad de la respuesta, o acaso por la lisonja de oírle decir que era celebrado en la tierra por el rey mayor; que este pestilente aire de la lisonja suena mejor que en otros en los reales oídos. Facilísimamente pasa al pecho, que es un cebo muy dulce, y gana tanto la voluntad que pocas veces se le cierran las puertas del corazón».

Entra Relicto a formar parte de las tropas del rey, y tanto es su valor y tanta su destreza en el combate, que el monarca lo tiene junto a sí en los momentos de peligro. Y, cuando vuelven las banderas victoriosas, el monarca abre sus salones a la alegría del triunfo. Relicto asiste a la fiesta, y contempla con asombro que el rey palidece cuando uno de los juglares exalta el poder de Satán.

«Luego Satán es más poderoso que mi rey —piensa Relicto—. He de ponerme a su servicio».

«Relicto no era el primero ni el último hombre que entre los de su estirpe creyeran en Satán, el antagonista del hombre, el príncipe de este mundo; le concebía como encarnado y real, y como a tal le seguía».

Sale Relicto al encuentro de Satán, «el rey más poderoso de la tierra». Únese a su cortejo, presto a desenvainar la espada tan pronto el enemigo haga acto de presencia. Gran algarabía reina en los ejércitos de Satán. Mas Relicto observa que todos palidecen cuando divisan una cruz en el camino. Satán ordena un largo rodeo. El soldado se extraña.

—¿No viste una cruz que estaba en el camino real? —responde malhumorado Satán a las preguntas del gigante.

—La divisé, como todos los demás.

—Pues sabe que sólo por no pasar junto a ella me aparté del camino, aunque conocía la grave molestia que se le seguía a mis gentes.

—Pues, ¿qué mal te hace aquella cruz? ¿Es más que un palo? ¿Es más que un madero? Yo paso junto a ella sin susto —respondió, desdeñoso, Relicto.

—Esa cruz que has visto es insignia de un capital enemigo mío, que se llama Cristo. Un hombre que, por malhechor, ha muerto crucificado en esa cruz.

—¿Qué Señor es ése que tanta virtud da desde esa señal que ella sola llena tu pecho de pavor?

Satán permanecía callado. No quería confesar su derrota. Relicto insistía.

—¿No dices que ya murió en esa cruz? Pues, ¿qué te asusta, si ya perdió la vida?

Ante el mutismo de Satán, Relicto toma una decisión tajante.

—«Yo voy a buscar a este Cristo, que es, sin duda, más poderoso que Satán».

«¡Con qué suavidad, oh Cristóbal —exclama fray Tomás Monzón—, te va llevando hacia sí la gracia! Ya da luz a tus pasos para que sigas la dicha. Y más acelerados fueran si este enemigo te hubiera dicho también que Cristo había muerto en esa cruz por tí, por sacarte de su tiranía y redimirte de la esclavitud de la culpa; pero ya lo vas conociendo, y veremos cómo diste pasos tan gigantes que desquitaste todo el tiempo perdido, sacando ventaja en la carrera a muchos que lo conocieron con más tiempo».

Ya tenemos a Cristóbal soldado de Cristo:

«El joven licencioso, pagano, que recorre el mundo en busca de la felicidad, pero está preocupado de hallar la verdad y acallar su conciencia, que le reprende sus extravíos, ha encontrado el verdadero camino, la auténtica dicha».

La leyenda esmaltó con bellas narraciones la vida del gigantesco soldado de Cristo. Resulta complicado y hartamente difícil discernir la fantasía de la verdad. La gran popularidad de San Cristóbal, perpetuada en copiosa iconografía, desparramada por todo el mundo, contribuyó poderosamente a la exaltación de tales gestas, basadas en hechos reales, pero salpicadas con fuertes dosis de imaginación.

No puede negarse la existencia del mártir:

«Fue —afirma el padre Cascón— más que suficientemente probada por el jesuita Nicolás Serario en su tratado sobre las letanías (*Litaneutici*) (Colonia 1609), y por Molanus en su “Historia de las pinturas e imágenes sagradas” (*De picturis et imaginibus sacris*) (Lovaina 1570)».

La corroboran

«los testimonios de los Bolandos, críticos eclesiásticos cuya misión es examinar los documentos relacionados con los santos, especialmente de los primeros tiempos, para depurarlos de lo que en ellos haya podido mezclarse de legendario, reduciendo la tradición a los límites lógicos que, como fuente de la historia, pueden admitirse».

La patentizan los martirologios y misales antiguos, y el breviario mozárabe, en los que se alude a la existencia de Cristóbal, «mártir de Cristo bajo el reinado de Decio, emperador», y «en Licia, San Cristóbal, mártir, el cual en el imperio de Decio, deshecho con varillas de hierro y librado, por virtud de Cristo, de la voracidad de las llamas, finalmente acribillado a saetas y cortada la cabeza, consumó el martirio».

El *Martirologio* da el 25 de julio como fecha de la muerte de Cristóbal, en cuyo día la Iglesia proclama el triunfo del santo. Por coincidir la efemérides con la festividad de Santiago, Patrón de España, se traslada la conmemoración del martirio de San Cristóbal al 10 del mismo mes, en memoria de un singular prodigio acaecido en Valencia.

Dan fe, por último, las numerosas reliquias del mártir, desperdigadas por España. Se asegura que en el año 258, poco después de su martirio, fueron traídas a nuestra Patria las reliquias del mártir. Un brazo se conserva en Santiago de Compostela, una mandíbula en Astorga, y Toledo y Valencia poseen asimismo otras reliquias venerandas del insigne soldado de Cristo.

¡Cristóbal, soldado de Cristo! Ya sirve a un Señor que a nadie teme y de todos es temido. Ha muerto en la cruz, ante la que tiembla Satán y ante la que se arrodilla humilde un viejo ermitaño.

—Decidme, hermano, ¿dónde he de encontrar a ese Cristo, Rey más poderoso que todos los pasados? —pregunta, sumiso, el arrogante soldado al eremita.

—¿Para qué queréis hallarlo?

—Con ánimo resuelto de servirle.

«Regocijóse en extremo el siervo de Dios con la ocasión tan buena que se le venía a las manos, conociendo que el Señor se la enviaba para que ilustrase aquel ciego entendimiento con las luces de la fe, transformando aquel corazón bruto en un diamante peregrino que pudiese servir de anillo en la divina mano».

Déjase Relicto instruir por el ermitaño, quien va descubriéndole los misterios de la fe verdadera.

—¿Cómo he de servir a mi nuevo Señor? —íntale Relicto.

—Con la oración y el ayuno.

—No sé rezar.

—Ayuna entonces.

—¿No ves mi corpulenta estatura? He de comer más que los otros para mantenerme.

—Sírvele entonces con tu estatura y tu fuerza. Ayuda a vadear el torrente a los caminantes que lo precisen.

Relicto obedece al ermitaño. Su cuerpo gigantesco transporta a nado sobre sus hombros a los que no se atreven a vadear el peligroso río.

De esta guisa comenzó el nuevo soldado de Cristo a servir a su Señor. Hasta que un día divisó un niño bien pequeño en la misma ribera del río. Preguntóle qué deseaba y el pequeño le respondió que le pasase a la otra orilla. Tomóle Relicto y se lo puso al hombro, teniendo por cosa de juguete el peso.

Dejemos a uno de los biógrafos narrarnos el milagroso hecho, cuya autenticidad no parece probada, pero que, sin embargo, inspiró la iconografía del santo más difundida desde el Medievo.

«Cristóbal entró animoso al río con su báculo, como jugueteando con las ondas; pero a pocos lances conoció que aquel alto bajel se iba a pique, arrebatado de la furia de la corriente. Crecían las aguas, entumecíanle las olas; procuraba cortarlas valiente, haciendo en la arena pie firme; pero nada le valía, porque el pequeño niño que llevaba en sus hombros tanto le abrumaba con el peso que si él mismo no le diera (aunque él no lo conocía) la mano, como a San Pedro, para librarle del naufragio, en ellas hubiera hallado Cristóbal su sepultura. Rendido, como sudando y gimiendo, salió a la orilla y puso (bien que admirado) al niño en la arena, y le dijo al que imaginaba niño estas palabras: “¿Quién eres, niño? En grande peligro me has puesto. Jamás me vi en riesgo de perder la vida, sino hoy, que te llevé sobre mi espalda. Las coléricas aguas aumentaban su enojo, y tú ibas multiplicando el peso. No pesabas tanto al

principio. ¿Quién eres, niño, que tan en la mano tienes hacerte ligero o pesado? Creo que más pesas tú que el mundo, pues éste no me acobardara con el peso, aunque me lo echara al hombro».

Entonces Cristóbal oyó la respuesta que le abriría de par en par las puertas de la gracia y le señalaría el nombre que habría de adoptar en el bautismo.

«Te llamarás Cristóforo, porque has llevado a Cristo sobre tus hombros. No te admires, Cristóbal, de que yo te pese más que el mundo, aunque me ves tan niño; porque peso yo más que el mundo entero. Yo soy de este mundo que dices, el único Criador; y así no sólo al mundo, sino al Criador del mundo, has tenido sobre tus hombros. Bien puedes gloriarte con el peso: Yo soy Cristo. Yo soy ese Señor que buscas. Ya hallaste lo que deseas, y a quien has servido tanto en estas obras piadosas, y, aunque sobra mi palabra para crédito de mi verdad, pues sólo porque yo lo digo tiene su firmeza la fe, ejecutaré un prodigio para que conozcas la grandeza de este Niño pequeño. Vuélvete a tu casa, no tienes ya que temer las olas. Fija en la tierra ese árido tronco que te sirve de báculo, que mañana le verás no sólo florido, sino coronado de frutos».

Y el prodigio fue. A la mañana siguiente la estaca seca plantada en el suelo se había trocado en esbelta palmera cuajada de frutos.

¡Cristóbal, portador de Cristo! De cuatro maneras —observa monseñor Tihamer Toth— llevó el gigantesco soldado a su nuevo Señor. Sobre sus hombros, cuando el paso del río; en los labios, por la confesión y predicación de su nombre; en el corazón, por el amor, y en todo el cuerpo, por el martirio.

Ya está preparado Cristóbal para recibir el bautismo. Se lo administra el santo patriarca Babilas en la basílica de Antioquía. Relicto cambia de nombre al profesar su fe en el Redentor. De aquí en adelante se llamará Cristóbal, es decir, portador de Cristo.

Mas quien ha llevado una vez a Cristo sobre sus hombros ha de llevarlo siempre con su ejecutoria. De nuevo la tradición aporta una leyenda ejemplar y bellísima.

«Allá en el siglo III de la Iglesia, a un valerosísimo cristiano, de real estirpe, le abofetea en la plaza pública un hombre de vilísima condición.

El soldado le coge con sus puños de hierro. Le derriba en el suelo. Desenvaina la espada y la alza para darle el golpe de muerte.

—¡Mátale, mátale! —grita el gentío que le rodea, indignado por la cobarde y desvergonzada acometida del injuriador...

El soldado, como volviendo en sí, levanta los ojos al cielo, suelta a su ofensor, envaina la espada y dice:

—Le mataría si no fuera cristiano.

—¡Mátale! ¡Mátale! —le grita de nuevo el gentío.

—¿Matarle? Le mataría si no fuera cristiano...».

Aquel valerosísimo cristiano, de real estirpe, había recibido en el bautismo el nombre de Cristóbal.

Mas los días de Cristóbal están ya contados. Su ardoroso celo en la predicación evangélica espolea sus ansias. Licia primero, Samos después, oyen su inflamado verbo y presencian la conversión de muchos gentiles.

Y otra vez fue el prodigio.

«En medio de la plaza de Samos se hallaba Cristóbal, a vista de todo el pueblo, arrastrados del prodigio de ver aquel monstruo (por tal le tenían) tan singular. Hablaba y predicaba; pero ni por señas le entendían. Lleváronle a la puerta donde residían los jueces; mas éstos tampoco alcanzaban los intentos de este hombre, porque ni él los entendía ni le entendían ellos, y así eran inútiles todos sus trabajos. No desconfió Cristóbal en medio de su aflicción; y si San Pablo dijo que todo lo podía en el Señor que le confortaba, lo mismo le sucedió a Cristóbal, pues, sabiendo que su Dueño era todopoderoso, y que dio lenguas a sus discípulos en el Cenáculo para que fuesen entendidos de diecisiete naciones distintas, hablando a cada uno en su particular idioma, conoció que aquí podía repetir el mismo prodigio, pues el mismo era su fin, que era predicarles la verdadera fe. Y así, en presencia de los mismos jueces, comenzó a clamar a Dios en oración tan fervorosa y humilde que, al verle todos con las rodillas en el suelo, clavados en el cielo los ojos, puestas las manos en el pecho, y que daba aquellas voces que nadie las entendía, los mismos jueces le volvieron como a loco las espaldas, dejándole como a tal por risa y escarnio del pueblo, que todo lo cercaba, o para ver el fin de aquel prodigio, o para entretenerse con el loco.

Aquí fue donde en medio de la plaza plantó su báculo, y, haciendo breve oración a Dios, se vio convertido en palma por segunda vez, ejecutando Dios aquel milagro por que no tuviesen por loco al que les predicaba a Jesucristo. Mas presto conocieron el fruto de la oración, que ellos, como bárbaros, imaginaron locura. Porque no bien había concluido su oración, cuando la divina gracia le concedió el don de lenguas, y con el nuevo favor comenzó a predicar de Dios las maravillas».

Llegó a oídos del rey Dagón el portentoso suceso, del que fuera protagonista uno de los cristianos, a quienes tenía ordenado por el emperador Decio su persecución y encarcelamiento. Mandó entonces el soberano soldados para que le prendieran, pero no se atrevieron y regresaron a palacio sin Cristóbal. Enojóse sobremanera el monarca y redobló la guardia con la orden terminante de que condujesen a prisión al alborotador.

Dejóse conducir Cristóbal maniatado, como vulgar facineroso, ante la presencia del reyezuelo, quien, colérico y enojado, preguntóle:

—¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas?

—Soy cananeo. Mi nombre no es ahora el mismo que antes tenía. Antes me llamaba Réprobo, y bien decía mi nombre quién yo era, pues tales eran mis obras mientras ciego vivía, como vosotros, en las tinieblas de la gentilidad, que no sólo el nombre, sino todo yo era Réprobo, hijo del demonio, hijo de la perdición. Mas ahora me llamo Cristóbal, porque mi Señor es Cristo, Hijo de Dios verdadero.

—¿Qué nombre es ése? —replicó el tirano, disimulando su enojo—. ¿Es posible que, siendo tú bizarro y generoso cananeo, te sujetes a la vil servidumbre de este Cristo? Ese Cristo no es más que un hombre, que, por ser engañoso y malhechor, le quitaron la vida en una cruz. ¿A quién podrá salvar ese hombre si no pudo salvarse a sí mismo? Deja, cananeo, ese nombre de cristiano, y no seas encantador, como ellos. Mira que mis palabras no son sólo amenazas: te aseguro que serán obras, que apuraré los martirios y te daré mil muertes si no sacrificas luego a nuestros dioses.

—Yo soy cristiano y adoro a Jesucristo —respondió con valentía Cristóbal—. A Jesucristo, a quien llevo en mi nombre, llamándome Cristóbal, gloriándome de él como el apóstol San Pablo, pues le llevo en el nombre, en la boca y en el pecho. Pero tú te llamas Dagón, que quiere decir muerte, porque realmente eres muerte del mundo, compañero del demonio; demonios son esos ídolos que adoras, hechuras de manos de hombres.

Montó en cólera el tirano y escupióle indignado.

—Bien se conoce que eres bárbaro cananeo. Bruto eres en el semblante, y de bruto son tus costumbres. Mamaste leche de

fieras, y así de fieras son tus obras. No quiero gastar contigo mis palabras. Te mando que sacrifiques a nuestros dioses. Si lo haces te haré singulares honras, estarás a mi lado y serás de los principales de mi reino. Pero si no quieres sacrificar, sabe que infaliblemente has de morir y con los más rigurosos martirios.

Vano empeño del tirano, quien vio sorprendido que ya algunos soldados de su escolta proclamaban en su presencia que eran cristianos. Indignado el reyezuelo, los mandó degollar y recluir a Cristóbal en el calabozo.

De nuevo volvió a su intento Dagón. No se le ocultaba la extraordinaria importancia de que Cristóbal abjurase de sus creencias y sacrificase a los dioses. Preparó hábil estratagema. Niceta y Aquilina, dos cortesanas de vida licenciosa, visitarán a Cristóbal en la prisión y con halagos y seducciones le harán abjurar de su fe.

«Mas, al verlas, levantóse con brío en pie Cristóbal, con un aspecto tan feroz que, al ver la severidad y enojo de su semblante, cayeron en tierra desmayadas las mujeres, creyendo que no tenía más término su vida que hablar Cristóbal la primera palabra, pues rayos son los que arrojan los santos, que quitan la vida a sus enemigos».

Cayeron ambas en tierra, heridas por la gracia, y confesando sus muchas faltas y proclamando su arrepentimiento, imploraron de Cristóbal el perdón.

Dioles ánimos el mártir para que públicamente confesasen a Cristo e increpasen al tirano por su maldad. Llegadas a presencia del rey, echáronle en cara su impiedad y perfidia y burláronse de los falsos dioses, cuyas estatuas arrojaron al suelo ante el asombro de la corte.

Furioso el soberano, ordenó matar a las dos cortesanas, quienes, invocando el auxilio de Cristóbal y renovando su profesión de fe, entregaron sus almas al Creador en medio de crueles tormentos.

«Así fueron las dos coronadas en el mismo día, glorificando a Jesucristo con los mismos cuerpos con que antes le ofendieron».

Todo ello no sirvió más que para exasperar al rey, quien, fuera de sí, recapacitaba la forma de deshacerse de Cristóbal, a quien no podía vencer con halagos y vanas promesas.

Estaban ya contados los días del invicto soldado de Cristo. Ansiaba Cristóbal seguir presto la suerte de las dos convertidas por su virtud y santidad, y ansiaba también el tirano desquitarse de la afrenta infligiendo al santo nuevos y crueles martirios.

Intentó de nuevo apartarle de la fe con el señuelo de honores y de glorias. Empeño vano. «Lo mismo era persuadirle que adorase sus dioses falsos y que mudase de propósitos, que enternecer una peña o ablandar un bronce», por lo que decidió darle muerte.

Mandó que lo azotasen con varillas de hierro, pero Cristóbal no cesaba de entonar himnos a Dios. Ordenó luego el tirano que le colocasen en la cabeza un casco de hierro al rojo vivo, cuyo tormento soportó el mártir con entereza, saliendo indemne de la dura prueba.

Desesperado el rey, dispuso que tendiesen a Cristóbal sobre una gigantesca parrilla, a fin de que fuese quemado a fuego lento. Mas las llamas respetaron el cuerpo del santo y derritieron, en cambio, la parrilla.

Tanto prodigio exaspera al tirano, quien ve que la entereza de Cristóbal gana adeptos para la religión cristiana. Ordenó entonces que atasen al reo a un árbol y que cuatrocientos soldados disparasen sin cesar flechas con sus arcos hasta que el cuerpo de Cristóbal se rindiese. Mas Dios tenía dispuesto nuevo prodigio. Porque un día entero pasáronse los soldados arrojando flechas sin que ninguna diese en el blanco. Por el contrario, una de ellas clavóse en el ojo del monarca, quien quedó ciego.

La voz de Cristóbal resonó vibrante.

«Mi fin se aproxima. El Señor prepara ya mi corona; pero no la recibiré hasta mañana por la mañana. Hasta entonces no sanarás. Cuando la espada separe mi cabeza de mi cuerpo, unge tu ojo con mi sangre, mezclada con el polvo, y al punto quedarás sano. Entonces reconocerás quién te creó y quién te ha curado».

A la mañana siguiente, la espada del verdugo separa la cabeza del cuerpo de Cristóbal y el rey hace lo que el mártir le advirtiera. Al punto recobra la visión y, volviendo sus ojos a la verdadera fe, ordena a todos sus súbditos que adoren a Cristo y proscriban los dioses falsos.

Y Gualterio de Espira termina el relato del martirio afirmando que toda la nación siria se apresuró a cumplir el manda-

to del rey, más por los milagros de Cristóbal que por la orden del monarca.

Es San Cristóbal uno de los catorce santos auxiliares de la humanidad por su acendrado amor a los hombres y a quienes los cristianos invocan con especial devoción en todas sus necesidades espirituales y materiales. Por haber llevado a Cristo sobre sus hombros, defendiendo al tierno Infante de ser arrastrado por las aguas, la cristiandad comenzó desde el Medievo a colocar su efigie en el interior de las catedrales para que su gigantesca figura ahuyentase a los perseguidores de la Iglesia y defendiese al propio tiempo los tesoros religiosos y artísticos guardados en el templo.

Los himnos litúrgicos proclaman desde muy antiguo la excelsa protección del soldado de Cristo a los caminantes, que no dudan en acogerse a tan excelso patronazgo, y pródiga es nuestra literatura —desde Gualterio de Espira hasta nuestros más modernos poetas, García Lorca y Antonio Machado, pasando por Cervantes— en inspirados cánticos al Patrono de los caminantes. No menos se hizo popular su efigie —siempre colosal y gigantesca, tomando por tema la tierna leyenda del transporte del Niño a través del torrente— que decora muchísimas catedrales y vigila los pasos de los automovilistas. Porque los que van sobre ruedas escogieron por Patrono a San Cristóbal, y cada día cobra mayor auge y esplendor la fiesta litúrgica y son cada vez más numerosos los que acuden con sus coches a recibir la bendición del Santo, prenda segura de buenos augurios.

Como muestra de la tierna devoción de los caminantes a San Cristóbal recogemos la oración del automovilista, que a diario rezan muchos de los que han de sostener el volante entre sus manos:

«Dame, Dios mío, mano firme y mirada vigilante, para que a mi paso no cause daño a nadie. A Ti, Señor, que das la vida y la conservas, suplico humildemente guardes hoy la mía en todo instante. Libra, Señor, a quienes me acompañan de todo mal: choque, enfermedad, incendio o accidente. Enséñame a hacer uso también de mi coche para remedio de las necesidades ajenas. Haz, en fin, Señor, que no me arrastre el vértigo de la velocidad, y que, admirando la hermosura de este mundo, logre seguir y terminar mi camino con toda felicidad. Te lo pido, Señor, por los méritos e intercesión de San Cristóbal, nuestro Patrono. Amén».

La efigie del coloso soldado de Cristo, colocada en el automóvil o en el camión, habrá salvado más de una vez de peligro cierto a quienes le invocan con devoción y fe.

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ

Bibliografía

- CASCÓN, M., si, *San Cristóbal* (Santander 1952).
 MONZÓN, T., *Vida y prodigioso martirio del gigante en naturaleza y gracia, el glorioso San Cristóbal abogado contra la peste, nubes, rayos y granizo* (Madrid 1725).
 PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano*, V (Madrid 1951).
Vida del glorioso mártir San Cristóbal, recopilada por un devoto del Santo (Madrid 1955).
 • Actualización:
 BRUGADA CLOTAS, M., *San Cristóbal, el portador de Cristo* (Barcelona 2003).
 SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Santos de leyenda, leyendas de santos* (Madrid 2000) 162-168.

SAN CUCUFATE

Mártir († s. IV)

Al presentar Prudencio, en el canto IV del *Peristephanon*, dedicado a los mártires de Zaragoza, las más sublimes glorias que las diversas ciudades presentarán ante el Señor, refiriéndose a Barcelona nos dice: «Y tú, Barcelona, te levantarás confiada en el eximio San Cucufate».

Por otra parte, en el *Martirologio jeronimiano*, y posteriormente en todos los calendarios y martirologios, se consigna en este día y en Barcelona el nacimiento al cielo de San Cucufate.

Evidentemente, la vida de San Cucufate, tal como se nos refiere en la «leyenda de oro» de la Edad Media, presenta muchos rasgos característicos de las leyendas, tan frecuentes en todas las naciones cristianas. Sin embargo, la circunstancia de que ya Prudencio en su tiempo nos comunique con tanta precisión el hecho del martirio de San Cucufate en Barcelona, indica con suficiente claridad que, al menos, los hechos fundamentales de su martirio responden a la realidad. Téngase presente que Prudencio debió escribir dicha obra hacia el año 380 y que el martirio de San Cucufate debió ocurrir el año 305 o 306. Por consiguiente, se trataba de hechos relativamente recientes y que, por referirse a los mártires cristianos, tan venerados por todos los fieles, permanecían en la memoria de todos.

Hay más. El testimonio de Prudencio sobre la verdad del martirio de San Cucufate adquiere un valor muy especial si se le considera juntamente con los demás que presenta el poeta en el mismo himno. Pues bien, así como debemos decir que todos esos mártires a que alude Prudencio son realmente históricos, aunque tal vez en las Actas o Pasiones correspondientes se hayan mezclado rasgos legendarios, lo mismo debemos decir de San Cucufate.

Esto supuesto, es difícil, y aun prácticamente imposible, señalar no sólo con precisión, pero ni aun aproximadamente, cuáles son en el martirio de San Cucufate los datos históricos y cuáles los legendarios. En general podemos afirmar que los hechos fundamentales de su valor y constancia, de su ardiente fe y de su heroísmo en derramar su sangre por defenderla, son históricos y responden a la realidad. En cambio, entran, sin duda, en el campo de la leyenda multitud de rasgos accidentales o circunstanciales del martirio, particularmente la multitud de tormentos a que es sometido, los milagros estupendos y repetidos y las muertes de los perseguidores de San Cucufate. En todo caso, persiste la ejemplaridad del martirio como modelo para todo cristiano de nuestros días.

He aquí, pues, lo que se nos ha transmitido sobre el martirio de San Cucufate:

Era de origen africano, y nació de padres nobles y cristianos en la población de Scila. Enviado, con su hermano Félix, a Cesarea de la Mauritania para aprender las letras humanas, hizo allí grandes progresos, no sólo en el estudio, sino más aún en el espíritu. Mas, como ambos se sintieran animados de un intenso deseo del martirio, teniendo noticias de que había estallado una sangrienta persecución contra los cristianos, partieron para España y desembarcaron en Barcelona.

Al entender, pues, que el prefecto Daciano, atravesando las Galias, se dirigía a España, mientras Félix se dirigió a Gerona, Cucufate decidió esperarlo en Barcelona, mientras se preparaba con especiales oraciones para el martirio. Al mismo tiempo se dedicó al oficio de mercader, procurando ejercitar la caridad con los hermanos cristianos. Llegado, pues, Daciano a Barcelona, como entretanto se había dado a conocer Cucufate por su

eximia caridad con los pobres y necesitados y por sus obras de celo, fue bien pronto delatado.

Preso, pues, por orden del juez, fue encerrado en un calabozo, donde se trató primero por todos los medios posibles de inducirle a que sacrificara a los ídolos. Mas, como persistiera con la mayor firmeza en la confesión de la fe, fue entregado en manos del prefecto Galerio para ser torturado. Éste, en efecto, presa de una fiera rabia contra los cristianos, lo entregó a doce robustos soldados, con la orden de que por turno le azotaran y con las uñas de hierro y con los escorpiones lo despedazaran hasta que le quitaran la vida. Aplicáronle al punto tan inhumano tormento, y ya estaba el cuerpo del mártir completamente dilacerado cuando, por justo castigo de Dios, los verdugos se sienten heridos de ceguera y el prefecto cae herido de muerte, mientras Cucufate es milagrosamente sanado de sus heridas.

Ante tan estupendos milagros gran multitud del pueblo abandona la superstición pagana y abraza la fe de Cristo; pero, entretanto, el nuevo prefecto Maximiano, sucesor de Galerio, ordena a los verdugos asar cruelmente al mártir en las parrillas y, para aumentar la tortura, untar el cuerpo asado con vinagre y pimienta. El mártir, por su parte, puesto en medio del tormento, entona salmos al Señor, y con un nuevo milagro es sanado repentinamente, mientras los verdugos perecen en el fuego. Ciego de rabia el prefecto, y atribuyendo todas estas maravillas a arte diabólica, manda inmediatamente que se encienda un gran fuego y en él se queme al mártir; mas, puesto Cucufate en medio de la ingente llama, sumido en oración al Señor, permanece enteramente ileso, mientras la llama se extingue por completo.

Desconcertado y confuso el prefecto Maximiano, ordena volver al mártir a la cárcel, para decidir él durante la noche lo que se deberá hacer. Mas, durante aquella noche, es recreado el mártir con un resplandor celeste en su prisión, con el cual, ilustrados los carceleros, penetraron en la verdadera luz interior y creyeron en Cristo. Al tener, pues, noticia de todo esto, ciego de ira Maximiano, manda flagelar al mártir con azotes de hierro hasta quitarle la vida; pero, mientras se le aplicaba tan inhumano tormento, por efecto de la oración del mártir arde en llamas

la carroza del prefecto Maximiano, y, mientras se dirigía al templo para sacrificar a los ídolos, muere presa de las llamas, al mismo tiempo que los ídolos caen al suelo hechos pedazos.

Finalmente, el nuevo prefecto Rufo, escarmentado en sus predecesores, no se atrevió a aplicar ningún tormento al mártir, sino que, pronunciando la sentencia contra Cucufate, ordena que lo pasen por la espada. Así, pues, habiendo superado la crueldad del fuego, del hierro y de todos los tormentos, herido por la espada obtuvo la palma del martirio el 25 de julio. El martirio tuvo lugar en las afueras de la ciudad, en el campamento militar denominado «Castrum Octavianum», que es la actual población de San Cugat del Vallés, junto a Barcelona.

La memoria de San Cucufate se mantuvo fresca en Barcelona y en toda la Península, según se manifiesta claramente en las palabras de Prudencio, citadas al principio, y en los breves elogios de los martirologios. Desde el siglo VIII existió en el «Castrum Octavianum» un monasterio dedicado a San Cucufate (o San Cugat), de quien se suponía que se conservaban las reliquias. Sin embargo, conforme a una tradición, la cabeza había sido llevada a Francia. Este monasterio de San Cugat recibió su forma definitiva en los siglos XII y XIII y se conservó hasta la supresión general de 1835. El edificio se puede admirar todavía en nuestros días.

Son curiosas, por otra parte, las noticias que sabemos sobre los recuerdos de San Cucufate en Francia. En efecto, consta que Fulrado, abad del monasterio de San Dionisio, se procuró algunas reliquias de San Cucufate y las depositó en un monasterio fundado por él en Alsacia. Su nombre antiguo era La Celle-de-Fulrad; pero se cambió entonces por el de San Cucufate. Pero el año 835 el abad Hildnin hizo llevar estas reliquias a San Dionisio, de París. De hecho, consta que desde el siglo IX la devoción a San Cucufate se extendió por los alrededores de París. En las proximidades de Rucil, en medio del bosque, hay un pequeño lago que ostenta el nombre de Saint Cucufat. Según algunos investigadores, hubo allí en otros tiempos una capilla dedicada al santo, de la que todavía en el siglo XVIII se conservaba la memoria, acudiendo el pueblo para ciertas peregrinaciones. Se la designaba con el nombre transformado de Saint Quiquen-

fat. Otros nombres vecinos de Guinelat, Conat y Coplian son interpretados como recuerdos de San Cugat.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 25 de julio.

DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium hieronymianum* (Bruselas 1940) 98s; 100s.

— *Les origines du culte des martyrs* (Bruselas 21933) 367s.

FÉLIBIEN, M., *Histoire de l'abbaye de Saint-Denis en France* (París 1706).

LE BLANT, E., *Les Actes des martyrs. Supplément aux «Acta sincera» de Dom Ruinart* (París 1882).

RUINART, T., *Acta primorum martyrum sincera et selecta* (Ámsterdam 1713).

SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis*, I (Bruselas 1900) 1997-1998.

BEATA MARÍA DEL CARMEN SALLÉS Y BARANGUERAS

Virgen y fundadora († 1911)

Dios no fabrica las personas en serie. Le da una misión y un carisma concomitante a cada una. Por ello surgieron en la Iglesia del siglo XIX tantas congregaciones religiosas destinadas a la enseñanza, que sin embargo no son todas iguales, porque cada una nace del corazón de una persona singular que proyecta en su obra el carisma recibido de Dios. Y aunque no faltaron obispos y sacerdotes fundadores de congregaciones femeninas dedicadas a la enseñanza, otras muchas nacen de un corazón de mujer que imprime en ellas su fuerte personalidad, una personalidad lograda a base de hacer crecer en el Espíritu los dones que Dios mismo había sembrado en su alma. Éste es el caso de la M. María del Carmen Sallés y Barangueras, fundadora de las Religiosas Concepcionistas de la Enseñanza.

Carmen era catalana. Había nacido en la ciudad episcopal de Vich, provincia de Barcelona, el 9 de abril de 1848. Dios le dio como primera gracia el nacer en una excelente familia. Sus padres, José Sallés y Vall y Francisca Barangueras y de Planel, presidían un hogar numeroso, en el que los valores cristianos tenían la primacía. Practicaban de modo muy concreto la pie-

dad y la caridad. El alma de la casa era la oración, que se practicaba en familia y se nutría de los sacramentos de la Iglesia, recibidos con mayor frecuencia de lo que era usual en el siglo XIX. La familia como tal practicaba la caridad. Se atendía a los pobres que llegaban a la puerta con generosidad evangélica y se iba a visitar a los enfermos del hospital para que se sintieran queridos y acompañados. Carmen se mostró muy receptiva a este clima cristiano de su casa y se llenó por entero de espíritu verdaderamente religioso.

Carmen conocería el estado religioso porque las monjas se harían presentes en su vida. En efecto, tenía sólo 8 años cuando sus padres se trasladaron a vivir a Manresa. Y aquí había un excelente colegio religioso, el llamado de la Enseñanza, regentado por las monjas de la Compañía de María. En él fue inscrita como alumna Carmen y se aprovechó desde primera hora de la formación magnífica que las monjas proporcionaban. La piedad profundizó en su corazón, y se abrió aún más a la devoción mariana, aprendida en el hogar, y tan viva en el colegio. De manera muy particular Carmen se aficionó afectivamente al misterio mariano de la Inmaculada Concepción, definida como dogma de fe a los dos años de su ida a Manresa, por el papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Y comenzó a florecer en su corazón el deseo de ser religiosa. Este deseo se hizo más vivo conforme creció y así al llegar a los 16 años se encontró con que sus padres le imponían un noviazgo que llevaba camino de conducir a un matrimonio ventajoso. Se llegó a formalizar el compromiso matrimonial, pero en su corazón Carmen nunca dio la aprobación a esta iniciativa que ni era suya ni ella la asumía con gusto y convicción. En septiembre de 1868 se produjo la llamada Gloriosa, una revolución que destronó a Isabel II y abrió en España un período de gran inestabilidad política, sucediéndose en pocos años varios regímenes políticos. También a Carmen y su familia afectaron las circunstancias de esta revolución. Ella insistió con firmeza en que no quería contraer matrimonio y por el contrario deseaba licencia para ser religiosa. Su tenacidad llevaría a sus padres a darle el ansiado permiso.

Acudió al P. Goberna, de la Compañía de Jesús, y le consultó su atractivo por una vida religiosa que estuviera dedicada a la

adoración del Santísimo y a las obras de caridad. Ésta era la Congregación de las Adoratrices, a la que se ofreció por medio del dicho sacerdote, y obtuvo que la Congregación la aceptara, iniciando el postulantado el año 1869. Pero una vez dentro, vio que aquélla no era su casa espiritual ni aquél su llamamiento divino, y así dejó la comunidad. Pero esta salida no significaba voluntad alguna de ser seglar sino que continuaba buscando una congregación en que pudiera realizarse como religiosa. Se puso bajo la dirección espiritual de D. Sebastián Aliberch, y entonces basculó hacia la espiritualidad dominicana, y se unió a las terciarias dominicas, llamadas de la Anunciación, iniciando un largo período de maduración espiritual al ingresar en 1871. Entonces fue fijando los motivos nucleares de su espiritualidad: la devoción a María en el misterio de la Inmaculada Concepción; la educación como «obra de redención» y precisamente de redención preservativa, como la de María en su concepción, brindando a las jóvenes una cultura que las inserte en la nueva sociedad que entonces se alumbraba y en la que el papel de la mujer iba a ser mucho más activo. Terminado el noviciado, emitió la profesión religiosa, y recibió sucesivamente diferentes cargos en la congregación: profesora, directora de un colegio y por fin superiora de la casa de Barcelona. Halló sin embargo dificultades para su realización personal y no sin dolor llegó a la conclusión de que no era por ese camino por donde Dios la llamaba, y por ello decidió dejar y dejó en efecto la congregación.

Comienza entonces a perfilar la idea de que lo suyo es fundar una nueva congregación. Marcha a Madrid, perfila su carisma y comienza a rodearse de otras jóvenes que comparten su ideal. En la catedral de Madrid, ante el altar de la Virgen del Buen Consejo, toma su determinación y encuentra en el arzobispo de Burgos, don Manuel Gómez Salazar, el prelado que la entiende y la anima y está dispuesto a darle la aprobación diocesana. Se traslada a Burgos y con siete compañeras el 7 de diciembre de 1892 comienza su congregación, cuyo nombre se perfilaría finalmente como el de Concepcionistas Misioneras de la Enseñanza.

Empezaban para ella diecinueve años de etapa fundacional. Constituida superiora general de la nueva congregación, lo será

hasta su muerte. Y ella se dedicará a formar a las religiosas según el carisma recibido. En primer lugar procuró la formación cultural y espiritual de las religiosas alegando que tenían que ser como las fuentes que se llenan de agua: así ellas tienen que llenarse de piedad y ciencia por la oración y el estudio. Y ello en orden a su misión educadora. Pues decía: «La instrucción por sí sola no es suficiente; es necesario entrar en el ámbito de la piedad y meterse en el alma de las jóvenes para unir las a Cristo». Estaba convencida de que nada redime tanto como la buena educación, hecha de instrucción y formación, y que brindarla es una forma excelente de colaborar en la obra de Cristo. Por ello no quiso dirigirse sólo a las niñas sino también a las jóvenes, y procuró abrir no solamente colegios de niñas sino escuelas de adultas, muy preocupada por la promoción social de la mujer y de su formación profesional. Tuvo el consuelo de que en 1908 el santo papa Pío X aprobara su congregación.

Fue su deseo de llevar su obra a las zonas más necesitadas de promoción femenina el que la llevó a querer fundar en la zona sur de España, y en efecto logró abrir siete colegios de Madrid hacia abajo. De manera que su fundación tuvo una etapa de consolidación con fundaciones en Burgos, Madrid y Segovia, de expansión en La Mancha y Andalucía, y pensando que era un rico venero de vocaciones abrió casa en Navarra. Llegó a abrir trece casas, pudo admitir a 166 religiosas y tener un alumnado de 4.000 niñas y jóvenes. Carmen miró entonces a América y comenzó los preparativos para la fundación de una casa en Brasil, pero moriría antes de poder verla abierta.

Fue un alma de profunda vida interior. Dedicaba largas horas a la oración y crecía de forma admirable en la unión con el Señor, dejando atrás todos los cuidados temporales para vivir sólo para Dios y desde esta plena dejación en Dios hacer con tanta perfección todas sus cosas. Su amor a María la llevaba a vivir toda entregada al Señor, pues su devoción mariana era de imitación del espíritu y el corazón de María, en quien ella tenía su modelo de vida para un seguimiento perfecto de Cristo.

Toda su vida fue de salud débil, que no fue obstáculo para su continua actividad y su entrega esforzada al cumplimiento de sus obligaciones como superiora de la congregación. En 1907

se puso muy enferma, tanto que los médicos pensaron había llegado su hora. Pero ella estuvo segura de que el Señor le iba a conceder en vida sus tres grandes anhelos: el de tener casa la congregación en Madrid, el de poner en ella el noviciado y el de levantar un hermoso templo a la Inmaculada Concepción. No murió en 1907 y el Señor le concedió sus deseos con la casa de la calle madrileña de la Princesa. Cuando enfermó en 1911 los médicos no acertaron con la gravedad pero ella predijo que moriría el día de Santiago Apóstol y, en efecto, el 25 de julio de 1911 moría con la muerte de los justos en la capital de España.

Treinta y cinco años más tarde se iniciaba en la diócesis de Madrid-Alcalá su causa de beatificación, y completado el proceso ordinario fue llevada a Roma. Pero se pidió suplementar las informaciones y ello llevó a una cierta dilación en el progreso de la causa. Por fin el 17 de diciembre de 1991 el papa Juan Pablo II declaró heroicas sus virtudes. El milagro requerido para su beatificación fue aprobado el 18 de diciembre de 1997 y el Santo Padre Juan Pablo II procedió a su beatificación el 15 de marzo de 1998.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 90 (1998) 946-948.

FERNÁNDEZ, C., CME, *Madre Carmen Sallés, fundadora de las Religiosas Concepcionistas de la Enseñanza* (Madrid 1943).

VALLS, M.^a A., *Carmen Sallés, mujer de ayer y hoy* (Madrid 1986).

BEATOS MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE TALAVERA DE LA REINA

Federico (Carlos) Rubio Álvarez, Primo Martínez de San Vicente Castillo, Jerónimo Ochoa Urdangarín, Juan de la Cruz (Eloy Francisco Felipe) Delgado Pastor
Religiosos y mártires († 1936)

En Talavera de la Reina, Toledo, en 1935 decidió la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios abrir una escolanía misionero-hospitalaria con finalidad vocacional. Fueron destinados a ella cuatro hermanos y tenían treinta alumnos. Llegó el mes de

julio de 1936 y los hermanos, oídas las noticias, decidieron mandar a todos los niños a sus casas salvo a los ocho mayores. Los cuatro hermanos permanecieron en la fundación entregados a la voluntad de Dios. El día 23 de julio, a las cuatro de la tarde más o menos, un nutrido grupo de milicianos armados de fusiles y escopetas llegó a la casa. Encañonaron al hermano Jerónimo y le hicieron objeto de burlas y malos tratos. Los milicianos invadieron la casa haciendo un minucioso registro en busca de armas, según aquella teoría de que los religiosos guardaban armas en sus conventos para atacar al pueblo. No encontraron nada y se marcharon no sin proferir insultos y amenazas.

Los religiosos vieron que el horizonte se podía poner muy oscuro y que lo único posible era orar con fervor al Señor para que les diera fuerza y ánimo frente a cualquier contingencia que pudiera sobrevenir, pero llegaron a pensar que las cosas de momento no pasarían a más. El día 24 no pasó nada. Pero el día 25 por la mañana volvieron los milicianos y procedieron a nuevos y más exigentes registros, igualmente acompañados de malos tratos hacia los hermanos, a los cuales seguidamente les dicen que quedan arrestados y les obligan a que se vistan de paisanos. Eran el anciano sacerdote P. Federico Rubio Álvarez, el hermano Primo Martínez de San Vicente Castillo, superior de la casa, el hermano Jerónimo Ochoa Urdangarín y el hermano Juan de la Cruz Delgado Pastor. Parece que la suerte futura de los religiosos ya había sido decidida en el comité. Les notifican que han de comparecer ante un tribunal popular. Los sacan a la calle, donde se ha juntado una multitud de personas que los increpa e insulta. Cachean a los hermanos y les quitan sus objetos religiosos. Entre empellones y teniendo los hermanos los brazos en alto los llevaron al Teatro Victoria, donde han instalado una sala de juicio, y luego de un breve interrogatorio en el que quedó de manifiesto que no había para su muerte otra causa que su condición de religiosos, a las tres de la tarde fueron llevados en coche a las afueras y junto al Santuario de la Virgen del Prado fueron fusilados. Pero dos de ellos no murieron en el acto. Uno fue llevado al hospital, donde falleció, y el otro murió camino del mismo luego de haberse arrastrado hasta un puente desde el que pidió auxilio. Eran las cuatro primeras víctimas de la perse-

cución que se cernía sobre toda la Orden Hospitalaria que quedó en la zona republicana.

No le sirvió a la Orden la elogiosa mención que hizo de ella el ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, en el Parlamento cuando el 18 de octubre de 1931 afirmó que ante los hermanos de San Juan de Dios desaparece toda discrepancia dogmática para no ver sino un testimonio de la abnegación de que es capaz un alma enfervorizada. No le sirvió tampoco la seguridad que les dio a los hermanos Manuel Azaña en enero de 1935 cuando delante de otros notables políticos recibió en su casa y dio una limosna al hermano limosnero que solía ir a recoger su óbolo. No le sirvió. El odio antirreligioso se cebó en numerosos hermanos hospitalarios que mantuvieron en alto la bandera de la fidelidad y cayeron como testigos de la misericordia hasta la muerte.

En Cataluña fueron martirizados cuatro hermanos del Hospital Infantil de San Juan de Dios, de Barcelona; dos religiosos del Sanatorio de San Juan de Dios de Manresa; un religioso del Sanatorio de Nuestra Señora de Montserrat, de San Baudilio de Llobregat; y dieciséis hermanos del Sanatorio de San Juan de Dios, de Calafell (Tarragona).

En el centro de España fueron martirizados treinta y cinco religiosos de la comunidad del Sanatorio Psiquiátrico de San José, de Ciempozuelos, Madrid, luego de que veintidós de ellos pasasen varios meses de prisión en el ocupado colegio escolar de San Antón. Estos hermanos perecieron en Paracuellos de Jarama. Del Hospital Infantil de San Rafael, de Madrid, murieron martirizados cinco religiosos de la comunidad. Del Instituto Asilo de San José, de Carabanchel Alto, fueron sacrificados doce de los catorce miembros de la comunidad. Y, como queda dicho, fueron fusilados los cuatro miembros de la comunidad de Talavera de la Reina.

En Andalucía perdieron la vida ocho de los once religiosos que formaban la comunidad del Sanatorio de San José, de la capital malagueña.

Y en Valencia fueron muertos los once miembros de la comunidad del Hospital de San Juan de Dios, primero dos de ellos y luego la totalidad de la comunidad, tras haber padecido incautación y cárcel en el propio hospital.

De estos mártires se formaron varias causas de beatificación, habiéndose logrado ya la beatificación de setenta y uno de ellos el 25 de octubre de 1992, tras su declaración como verdaderos mártires el 14 de mayo de 1991. Ahora se prosigue la causa de los demás testigos de la fe. En estos procesos previos a la beatificación quedó claro que estos hermanos habían recibido la muerte con ánimo generoso y paciente y que se la habían infligido por odio a la religión cristiana. Ellos, al ponerse difíciles las cosas en la situación política española, no habían desertado de su puesto de atención a los enfermos. Habían escuchado la voz de su propio Prior General, el P. Narciso Durschein, el cual en carta circular fechada en Roma el 4 de abril de 1936, producida ya la llegada al poder del Frente Popular, había escrito:

«Vista y examinada atentamente la gravísima situación política de España [...] nuestros religiosos no abandonarán la asistencia de los enfermos sino cuando las autoridades se hagan cargo de ellos [...] Estén a la cabecera de los enfermos hasta que fuerza mayor imponga abandonarlos [...] Esto será heroico en algunos casos, dado el estado de anarquía reinante, pero así nos lo impone un sagrado deber».

Por tanto los hermanos que permanecieron dentro de la Orden sabían a ciencia cierta el peligro que corrían y asumieron con valor religioso los riesgos de su profesión de hermanos hospitalarios. No pusieron a salvo sus vidas. Se arriesgaron a ser objeto de malos tratos y se hablaba claramente del peligro de la muerte, ya que en 1934 en Asturias había quedado claro el odio a los religiosos y sacerdotes de los que componían los partidos integrados ahora en el Frente Popular. Pero todos ellos se sentían llamados por Dios a ser testigos de la misericordia evangélica en el mundo atendiendo a los niños enfermos pobres y necesitados de auxilio y a tantos adultos enfermos, de manera singular a enfermos de la mente, para quienes los hermanos hacían de afectuosos hermanos y padres volcados en su sostenimiento y alivio.

Por parte de los perseguidores no podía haber y no había otra causa que su propósito de acabar con la religión, cuyos templos incendiaban, cuyas casas igualmente daban al pillaje y al fuego, cerrando no solamente las instituciones formalmente religiosas, como las parroquias, sino también las obras de bene-

ficencia social, como las escuelas y colegios y los asilos, hospitales, orfanatos, etc. La Orden de San Juan de Dios, dedicada por entero a la beneficencia, no entraba ni poco ni mucho en la política. Los hermanos no manifestaban partidismo político alguno. En sus casas no había propaganda de ninguna opción política ni eran centro de actividades contrarias al Frente Popular. Obviamente no eran marxistas ni alentaban la revolución anti-burguesa pero tampoco hay prueba alguna de que ellos reclamaran a los elementos derechistas o militares una sublevación contra el gobierno republicano, por muy desafecto que éste fuera a la causa de la religión. Su único crimen era ser religiosos: ésa y no otra fue la razón por la que fueron perseguidos. No faltó quien llegara a pensar que su continua asistencia a los pobres y enfermos les podría hacer perdonar su condición de religiosos. Pero no fue así. Aquello fue tomado como un delito y, como se les dijo expresamente por ejemplo al grupo de fusilados en Calafell, con la muerte iban a pagar todo lo que habían hecho. ¿Qué habían hecho? Allí concretamente, en Calafell, atender a niños tuberculosos y escrofulosos. Un verdadero crimen, por lo visto.

Los 71 hermanos beatificados en 1992 pertenecían a todos los estados o etapas por donde un religioso puede pasar dentro de la Orden: postulantes, oblatos, novicios, profesos simples, profesos solemnes, hermanos sacerdotes, hermanos laicos, hermanos superiores, hermanos de comunidad sin cargos de mayor responsabilidad. Sus edades igualmente son muy variadas: cinco tenían menos de veinte años, veinticinco tenían entre veinte y treinta años, diez de treinta a cuarenta, veintitrés entre cuarenta y sesenta, y ocho tenían más de sesenta años.

Algunos fueron fusilados por sorpresa el mismo día de su arresto, como los de Talavera de la Reina o Calafell, otros luego de meses de cárcel, como los fusilados en Paracuellos del Jarama; unos murieron en grupo, otros murieron en solitario. Algunos murieron en el acto, otros luego de horas de estar heridos y desangrándose. A algunos quisieron quitarles su propia dignidad personal invitándolos a que blasfemasen, negándose ellos con toda energía. A uno lo ahorcaron en un puente y mientras pendía le dispararon. Muchos gritaron vivas a Cristo Rey mien-

tras sonaban las descargas. Algunos se arrodillaron para morir en actitud de oración. Algunos manifestaron expresamente su perdón a los asesinos. Algunos eran personas de notable cultura, otros eran personas de menor formación cultural. Algunos se habían hecho notar en la comunidad por cualidades relevantes, otros eran —por decirlo de algún modo— hermanos de fila, no conocidos más allá del área de la propia casa y Orden en que vivían.

Ninguno apostató. Ninguno se vino atrás de su vocación misericordiosa ante el peligro. Ninguno manifestó estar arrepentido de la profesión religiosa por la que había optado. Ninguno adoptó pose de héroe. Murieron todos con mucha mansedumbre y humildad, pero al mismo tiempo con firmeza y fuerza espiritual, plenamente conformes con la voluntad de Dios.

La persecución sufrida por los Hermanos de San Juan de Dios la ha historiado fray Octavio Marcos, OH y nos ha dejado una completa descripción de lo sufrido por la Orden bajo la revolución marxista desatada en el campo republicano tras el 18 de julio de 1936. En los primeros días de anarquía —cuenta el hermano Marcos— en nada fue molestada la vida de las casas de la Orden. Las comunidades siguen normalmente sus ejercicios religiosos y hospitalarios y en muchas siguen vistiendo el hábito. Fue al quinto día cuando en las comunidades más infortunadas comienzan las visitas de grupos milicianos que establecen vigilancia. Se pasa luego a la incautación, pero aun así los hermanos siguen en las casas prestando sus habituales servicios bajo la tutela de los jefes designados por los comités revolucionarios. Entonces es cuando se les impide el hábito religioso, se les prohíbe los ejercicios religiosos, se retiran los objetos piadosos, etc. Los hermanos continúan incluso bajo ese régimen haciendo lo que se les permite por los enfermos y realizando en clandestinidad sus ejercicios piadosos, haciendo los jefes revolucionarios la vista gorda. Se les garantiza a los hermanos la vida, al menos en algunos casos de forma hipócrita, toda vez que en las reuniones de los comités ya se trama contra ella. Se aceptan las sabidas denuncias contra los hermanos de guardar armas, de connivencia con el fascismo, de espionaje, y ello trae

consigo los registros, interrogatorios, amenazas, etc. Pasados unos días, todas las comunidades son detenidas y mientras unas son conducidas a la Dirección General de Seguridad, en otros casos se pasa directamente al fusilamiento, viniendo luego la profanación de las capillas y objetos sagrados de las casas, de las cuales, salvo dos, todas quedan ya sin los hermanos. La Sagrada Eucaristía pudo ser salvada de profanación en todos los casos por haberla consumido a tiempo, excepto en Talavera de la Reina donde fue objeto de vil sacrilegio. En las casas que permanecieron abiertas se les privó a los enfermos de toda asistencia religiosa.

Digamos ahora algo de cada uno de los cuatro mártires de Talavera de la Reina, cuyo martirio fue hoy, día 25 de julio, fiesta del apóstol Santiago el Mayor, patrono de España.

FEDERICO (CARLOS) RUBIO ÁLVAREZ había nacido en Benavides, León, el 3 de diciembre de 1862 en el seno de una familia campesina de hondos sentimientos religiosos. El 18 de mayo de 1882 ingresó en la Orden Hospitalaria, en la que también ingresaría su hermano Simón. Hizo la primera profesión el 7 de febrero de 1886 y la solemne el 25 de julio de 1890, habiendo cumplido por tanto las bodas de oro como religioso cuando fue martirizado. Humilde y dócil, cuando profesó fue destinado a limosnero de la casa de Ciempozuelos. San Benito Menni decidió en 1892 que fuera sacerdote y seguidamente lo mandó de prior a la casa de Gibraltar, de la que salió en 1896 para cursar estudios superiores en la Universidad Gregoriana de Roma, ordenándose sacerdote el 12 de febrero de 1899. Seguidamente fue designado maestro de novicios. En 1905 fue prior del Asilo madrileño de San Rafael y consejero provincial (1905-1911). Él fue el alma de la construcción de un nuevo edificio para su institución. Entre 1911 y 1919 fue provincial de su Orden en Castilla. En 1919 pasó de prior a Gibraltar. En 1922 director espiritual en la Escolanía de Ciempozuelos. En 1925 fue otra vez maestro de novicios. Pasó otra vez a Gibraltar en 1931 y en 1935, ya mermadas sus facultades físicas por la edad, pasó a Talavera. Ante el tribunal que le juzgaba dijo que él era sacerdote y que había traído unas formas sin consagrar por si en su detención podía celebrar misa, lo que le hizo objeto de

burla y desprecio. Su nombre ha encabezado la causa de beatificación con el P. Braulio María Corres.

PRIMO MARTÍNEZ DE SAN VICENTE CASTILLO nació en San Román de Campeza, Álava, el 9 de junio de 1869 en el seno de una cristiana familia que dio tres hijos religiosos a la Iglesia. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 13 de mayo de 1885, haciendo su primera profesión el 11 de octubre de 1887 y la solemne el 24 de agosto de 1902, ambas en las manos de San Benito Menni. Enviado a distintas casas, sirvió con amor a los enfermos mentales y a los niños enfermos, y pasó una temporada (1909-1915) en la casa de Guadalajara (Méjico). No murió cuando lo fusilaron sino que quedó gravemente herido y fue llevado al hospital, donde perdonó expresamente a los que le habían herido de muerte. Murió besando su escapulario carmelitano e invocando a la Virgen María. Era el superior de la casa de Talavera.

JERÓNIMO OCHOA URDANGARÍN era natural de Goñi, Navarra, donde nació el 28 de febrero de 1904 en el seno de una familia de pastores muy cristiana. Su otro hermano se hizo también religioso. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 1 de octubre de 1915, profesó el 3 de junio de 1923 y emitió los votos solemnes el 6 de marzo de 1928. Piadoso, trabajador, observante, tenía habilidades para la cocina y ejerció este oficio en las diferentes casas por donde pasó: Ciempozuelos, Carabanchel, Santurce, Valencia, Jerez de la Frontera y Talavera de la Reina. Cuando los llevaban al Teatro Victoria para el llamado juicio, al pasar por la plaza le propusieron diera vivas al comunismo, pero él respondió dando vivas a Cristo Rey y a España.

JUAN DE LA CRUZ (ELOY FRANCISCO FELIPE) DELGADO PASTOR nació en Puebla de Alcocer, Badajoz, el 10 de diciembre de 1914 de padres labradores modestos. Tuvo otro hermano también religioso. Ingresó en la Orden Hospitalaria el 3 de junio de 1929, profesó los votos el 8 de diciembre de 1932 y recibió el martirio antes de haber pronunciado los votos solemnes. Joven de buenas cualidades y notables prendas, pese a su juventud, fue destinado a la casa de Talavera para la formación de los escolares. Cuando en la noche del 24 de julio se sintieron tiros por la ciudad, el hermano Juan de la Cruz comentó que

había que estar dispuesto a dar la vida, si Dios la pide. Malherido tras ser fusilado, se arrastró hasta un puente para pedir auxilio, y fue conducido al hospital, pero falleció en el camino.

Los restos mortales de los cuatro mártires fueron exhumados el 11 de noviembre de 1936.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 85 (1993) 475-478.

CÁRCEL ORTÍ, V., «Los 71 hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 286-290.

LIZASO BERRUETE, F., OH, *Beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y compañeros mártires. 71 Hermanos de San Juan de Dios testigos de la misericordia hasta el martirio* (Madrid 1992).

MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).

BEATOS DEOGRACIAS DE SAN AGUSTÍN PALACIOS,
LEÓN DE LA VIRGEN DEL ROSARIO INCHAUSTI,
JOSÉ DE LA VIRGEN DE LOS DOLORES RADA,
JULIÁN BENIGNO DE SAN NICOLÁS DE
TOLENTINO MORENO, JOSÉ RICARDO
DEL SAGRADO CORAZÓN DE
JESÚS DÍEZ

Religiosos y mártires († 1936)

Entre el 25 de julio y el 15 de agosto de 1936 fueron sacrificados en Motril, diócesis y provincia de Granada, siete agustinos recoletos y un sacerdote diocesano conocidos hoy como los «Beatos mártires de Motrib». Todos ejercían el apostolado silencioso y caritativo sin acepción de personas, pero con subido recogimiento altruista y particular entrega a la gente humilde.

Son ellos: Deogracias de San Agustín Palacios, León de la Virgen del Rosario Inchausti, José de la Virgen de los Dolores Rada, Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez (25 de julio); el hermano Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, y el sacerdote diocesano y párroco de la Divina Pastora don Manuel Martín

Sierra (26 de julio); Vicente de San Luis Gonzaga Soler (15 de agosto).

Motril rondaba en 1936 los 16.385 habitantes, católicos practicantes la mayoría, muchos de ellos agricultores, y no pocos desdichadamente, visto lo que luego pasó, influenciados por diferencias económicas que los últimos meses habían cristalizado en revolución y anticlericalismo. Los agustinos recoletos llevaban allí desde el 5 de mayo de 1899. Además del culto en la iglesia de la Victoria, tenían a su cargo alguna capellanía y ayudaban en las parroquias. Casi todos eran conocidos de los vecinos de Motril, ya que su iglesia era muy frecuentada, y numerosos pobres acudían diariamente a la residencia en busca de ayuda. Funcionaba en el convento, además, una escuela nocturna para obreros.

El sórdido asesinato de que fueron víctimas estos hombres de Dios quedaría probado muy pronto por documentos fidedignos y gran número de testigos, presenciales algunos, conocedores otros de la tragedia a raíz de los sucesos. Fueron inmolados por el solo hecho de su consagración a Dios y al servicio de los pobres. Los hechos se desarrollaron en tres momentos sucesivos: el 25 de julio de 1936, a las 6 de la mañana, una chusma de indeseables incendió el convento y acribilló a tiros en la vía pública, en medio de la milicianada hostil y armada, toda ella enloquecida de odio a la religión, a los PP. Deogracias Palacios, José Rada, León Inchausti, Julián Moreno y al hermano José Díez. Al día siguiente, entre las 10 y las 11 de la mañana, la turba frentepopulista sacó a empellones de la iglesia parroquial de la Divina Pastora, donde se habían refugiado, al P. Vicente Piniella y al párroco, don Manuel Martín Sierra. Al primero lo ametrallaron casi en el mismo atrio de la iglesia, y unos metros adelante al segundo. El 29 de julio de 1936 arrestaron al P. Vicente Soler, refugiado en casa de unas señoritas conocidas por su acendrada religiosidad y, al amanecer del 15 de agosto, lo fusilaron juntamente con otros 18 prisioneros delante de las tapias del cementerio a la luz de los faros de la camioneta con que los habían transportado.

Todos los testigos, sin excepción, consideran a estos ocho siervos de Dios verdaderos mártires, que dieron su vida en de-

fensa de la fe. De ahí que el día de la exhumación de los cadáveres, octubre de 1939, se diera una verdadera manifestación de piedad. Ninguno fue perseguido por motivos personales o pertenencia a partido político alguno; sólo porque representaban los ideales de la fe. Ella y la confianza en Dios brillaron en el corazón de aquellos mártires; el odio a Dios y a la religión, en sus verdugos. Pudieron huir, pero prefirieron permanecer en sus puestos para no abandonar las almas a ellos confiadas. Durante las horas de cárcel, el P. Vicente Soler fue acabado ejemplo de fortaleza de ánimo y de celo apostólico, y el consuelo de sus compañeros de prisión. El último acto suyo fue impartir la absolución a los condenados a muerte. Afrontaron todos el supremo instante serenos, sin oponer resistencia alguna a los perseguidores. Consta en las actas del proceso, por ejemplo, que el P. Pinilla murió besando el crucifijo; don Manuel, gritando ¡Viva Cristo Rey!, y el P. Soler absolviendo al que iban a matar después de él.

Divino don es el martirio, del que no hay modo de salir invicto como no sea orando por los perseguidores, que, según San Agustín, no son propiamente los hombres, sino su maldad (cf. *Sermón 90,9*). En la madrugada del 25 de julio de 1936, fiesta del apóstol Santiago, patrono de España, cañonazos y disparos sueltos herían de continuo y por doquier el aire de Motril. Aquel hatajo de milicianos descerebrados sin orden ni control, aquella fanática turbamulta de zoquetes incendiarios y agitadores marxistas armados hasta los dientes, capaces ellos solos de cubrir de vergüenza a una católica nación como España, se precipitaron con algarabía amenazante ante las puertas conventual y eclesial de los agustinos recoletos, primero incendiándolo todo y, a continuación, llevándose hacia la explanada, lugar de la primera ejecución, entre injurias y escarnio y blasfemias a una comunidad inerme cuyo único delito era haber hecho siempre el bien, empujando por sus verdugos. Serían las 6,15 de la mañana: la hora de su viernes santo. También la del príncipe del mal. Así se adveraba una vez más la palabra de Jesús al inicio de la Pasión: «Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas» (Lc 22,53).

La sucinta semblanza de cada uno rebosa sencillez y transparencia de puro simplicísima. Veamos.

DEOGRACIAS DE SAN AGUSTÍN PALACIOS Y DEL RÍO. Penúltimo de siete hermanos, nacido el 22 de mayo de 1901 en Baños de Valdearados, provincia de Burgos y diócesis de Osma (hoy de Burgos), bautizado el 24 de mayo por el párroco de la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, don Tomás Esteban Illana, recibió la confirmación en su pueblo el 13 de septiembre de 1901 por monseñor José María García Escudero Ubayo, obispo de Osma. Dispuesto para la vida religiosa, así que acabó la escuela a los doce años se preparó hasta los quince con el párroco don Leandro Almajano. Ésos tenía cuando se fue a los agustinos recoletos de Ágreda, Soria, en cuyo convento estudió humanidades entre 1915-1917, marchando luego a Berlanga de Duero, en la misma provincia. El 22 de septiembre de 1918 profesó de votos simples en manos del P. León Ochoa del Carmen. Cursó con aplicación las disciplinas filosóficas en Berlanga de Duero (1918-1919), Villaviciosa de Odón (Madrid: 1919) y Monachil (Granada: 1919-1920). En septiembre de 1923, todavía inacabada la carrera se embarcó para Brasil, prosiguiendo la teología en Ribeirão Preto. Se ordenó allí de sacerdote el 28 de marzo de 1925 y ejerció de coadjutor en la parroquia de Santa Adelia, diócesis y estado de São Paulo. El 13 de junio de 1925 fue nombrado párroco de Cajoby hasta el 6 de octubre de 1930. En diciembre volvió a Monachil para maestro de espíritu, hasta el 22 de mayo de 1931. En junio del 31 la obediencia dispone su destino a Buenos Aires hasta el 14 de mayo de 1932. Desde el 15 de mayo hasta el 12 de julio de 1933, ejerció en Santa Fe (Argentina). Vuelto a Monachil como prior, 1933-1936, a mediados del 36 lo será de Motril hasta su martirio.

LEÓN DE LA VIRGEN DEL ROSARIO INCHAUSTI Y MINTEGUÍA. Segundo de cinco hermanos, vio la luz en el caserío de «Mendieta Beaskoa», Ajánguiz, Vizcaya, diócesis de Vitoria (hoy de Bilbao), el 27 de junio de 1859. Bautizado al día siguiente en Ajánguiz, recibió el 6 de junio de 1864 la confirmación de manos de monseñor Diego Mariano Alguacil y Rodríguez, obispo de Vitoria. Sus padres, Benito Inchausti y Juana Minteguía, profundamente católicos, fueron sus educadores. En aquel piadoso ambiente maduró su vocación religiosa. A los 19 años viste el hábito de agustino recoleto en Montegudo, donde profesa el

11 de noviembre de 1879 en manos del P. Patricio Adell de San Macario. Cursa filosofía y ciencias allí mismo (1879-1881); dogmática en San Millán, Logroño (1881-1883); y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla, Navarra (1883-1884). Enviado a Filipinas el 1 de junio de 1884, se ordena de sacerdote el 22 de diciembre en Cebú y ejerce de coadjutor en Loay, provincia de Bohol. Recorre como párroco Dimiao, Bantón, Sierra Bullones, Ubay y el 20 de marzo de 1890 Azagra, como misionero en la isla de Romblón. El 13 de junio de 1892 párroco de Bantón (Romblón), hasta octubre del 97, en que vuelve a Marcilla hasta enero de 1903, pero en septiembre se embarca rumbo a Coromandel, Brasil, estado de Minas Gerais, hasta diciembre de 1904; parroquia Abadia dos Dourados hasta mayo de 1905; y Monte Carmelo hasta febrero de 1920. Asiste en España al capítulo provincial de 1921, como benemérito de misiones y reside un año en Granada y Motril. Destinado en 1927 a Bilbao, vuelve en 1928 a Motril, donde será martirizado.

JOSÉ DE LA VIRGEN DE LOS DOLORS RADA Y ROYO. Nació en Tarazona, Zaragoza, el 17 de noviembre de 1861, hijo de Alejandro Rada y Timotea Magallón. Bautizado al día siguiente en Santa María Magdalena de Tarazona, ingresa quinceañero en Monteagudo y allí, acabado el noviciado, profesa de simples el 4 de septiembre de 1878 y cursa filosofía y ciencias (1878-1880); dogmática en San Millán (1880-1882); y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla (1882-1884). El 1 de junio de 1884 zarpa rumbo a Manila. Destinado a Liloan, Cebú, es ordenado sacerdote en noviembre de 1884. El 7 de mayo de 1885 lo envían a Bilar, isla de Bohol, y el 17 de marzo de 1886 a Dimiao, en la misma isla. El 6 de abril de 1886 es nombrado párroco de Sierra Bullones, hasta agosto de 1896, y de Candijay hasta marzo de 1898, en que pasa a Manila. Una insurrección le obliga a quedarse en la isla Negros: luego de tres meses de prisión, llega el 7 de febrero de 1899 a Manila. Poco después deja la Orden por asuntos de administración de una propiedad del convento de Cebú y regresa a Tarazona, España. Pide revisión del proceso y, reconocida su inocencia, reingresa el año 1912, incorporado a la Provincia de Santo Tomás de Villanueva. Residente en Berlanga de Duero, se le destina a Brasil:

Ribeirão Preto (São Paulo). Ejerce el ministerio en Belém do Pará, junio-diciembre de 1913; y como coadjutor en Estrella do Sul, diócesis de Uberaba, Estado de Minas Gerais, hasta febrero de 1916. De 1916 a 1922 en Fazenda do Centro (Espírito Santo), pero extiende su ministerio hasta la parroquia de Cochoeiro de Itapemirim y la ciudad de Vitoria. De nuevo en España, agosto de 1922, pasa a Motril. El 10 de mayo de 1927, como capellán, a Lucena (Córdoba). Desde el 15 de abril de 1929 reside en Monachil, y en enero de 1930 regresa a Motril, donde sufrirá el martirio.

JULIÁN BENIGNO DE SAN NICOLÁS DE TOLENTINO MORENO Y MORENO. Nació en Alfaro, La Rioja, diócesis de Tarazona (ahora Calahorra-Logroño), el 16 de marzo de 1871 y allí fue bautizado al día siguiente en la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel. La confirmación data de noviembre del 75. Sus padres, Ignacio Moreno y Valentina Moreno, le dieron educación cristiana. Influyó en su vocación su tío Ezequiel Moreno, hoy santo, que había vuelto en 1885 a España como rector de Monteagudo, donde Julián tomó el hábito y en cuyas manos profesó el 17 de marzo de 1887, cumplidos 16 años. Cursadas allí filosofía y ciencias (1887-1889); dogmática en San Millán (1889-1891), y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla (1891-1893), se ordena de sacerdote el 18 de mayo de 1894. Profesor de latín en San Millán y Monteagudo, en 1894 viaja a Filipinas hasta su regreso a Monteagudo en 1898. En 1902 toca Venezuela. De 1904 a 1906, Pasto (Colombia) junto a su tío San Ezequiel Moreno, obispo de aquella diócesis. A mediados de 1906 a Chepo, Panamá, por seis meses. A principios de 1907, Venezuela de nuevo. Espírito inquieto, en 1920 regresa a San Millán hasta 1924. En 1928 vuelve a los curatos venezolanos de Macuto y La Guaira hasta 1929. Pide volver a España, y solicita traslado de la Provincia de San Nicolás a la de Santo Tomás de Villanueva. El 27 de octubre de 1928 el defensorio de esta última accede a su petición y es afiliado a ella por el Padre general. En San Sebastián 1929-1930, y en Monachil 1930-1931, viaja ese año a Brasil como residente del colegio de Franca hasta abril del 33. De vuelta en España, fija residencia en Monachil hasta finales de septiembre. Motril será su último destino hasta el martirio.

JOSÉ RICARDO DEL SAGRADO CORAZÓN DÍEZ. Nació en Camposalinas, León, diócesis de Oviedo (hoy de León) el 16 de febrero de 1909 y al día siguiente recibió el bautismo. Su madre, María Díez Rodríguez, deficiente mental profunda, y el padre —como reza el acta de bautismo— «incógnito», por cuyo motivo llevaba los apellidos maternos. Era, no obstante, un niño muy bien dotado para el estudio. Tuvo que alternar entre la escuela y pastorear ovejas y, sin embargo, sobresalía en clase. En 1923 se fue con otros dos compañeros a los agustinos recoletos de Ágreda (Soria). Novicio el año 1925 en Villaviciosa de Odón, profesó para clérigo el 1 de octubre de 1926. Iniciada la filosofía, la interrumpe poco después, dispensado de votos el 20 de enero de 1927 para darse en su pueblo a la labranza. Se incorpora en 1930 a la mili en Jaca, donde vive la conjura antimonárquica de los capitanes Galán y García. Una vez licenciado en 1931, le vuelve el deseo de reingresar en la Orden. Todo en secreto, preparadas sigilosamente sus escasas pertenencias, muy de madrugada, sin decir adiós a nadie, dejó una carta de despedida a su tía Severina y se alejó para no regresar más. Reingresó en la madrileña Villaviciosa de Odón el 22 de junio de 1932 sabiendo que lo hacía para hermano de obediencia, pero con la secreta esperanza del sacerdocio. Comenzado el noviciado el 29 de enero de 1933, profesó el 30 de enero de 1934 ante el P. Juan Ruiz del Carmen, prior de la comunidad. El 26 de febrero de 1935 recibe destino a Monachil, en cuya comunidad desempeña el oficio de sastre. Y el 6 de marzo de 1936, a Motril. El 25 de julio de 1936 ayudó a la misa que a las seis de la mañana celebró el P. Vicente Soler. Momentos después era hecho prisionero y fusilado en la vía pública.

La memoria de los tres beatos siguientes se celebra el día de su martirio (26 de julio y 15 de agosto), pero adelantamos una breve reseña de su vida.

VICENTE DE SAN LUIS GONZAGA PINILLA E IBÁÑEZ. Nació el 5 de junio de 1870 en Calatayud, Zaragoza, y bautizado al día siguiente por mosén María Bernardo Pérez, coadjutor de la parroquia Mayor del Santo Sepulcro. Ingresó el año 1885 en el noviciado de Monteagudo, donde profesó en manos de San Ezequiel Moreno el 7 de noviembre de 1886. Cursadas allí filo-

sofía y ciencias (1886-1888); dogmática en San Millán (1888-1890), y moral, derecho canónico e historia eclesiástica en Marcilla (1890-1892). El 19 de agosto de 1892 salió rumbo a Filipinas. Sacerdote el 23 de septiembre de 1893, se le destina el 3 de marzo de 1894 a Santa Cruz de Manila y el 14 de junio a la Ermita. Pasó, el 26 de abril de 1895, a Calapán y en diciembre como misionero de Bongabong donde, en 1898, cayó prisionero de los insurrectos filipinos hasta mediados de 1900. El 22 de octubre de 1900 salió de Manila para España. Residió en Marcilla hasta el 27 de septiembre de 1901 y en Monteagudo hasta febrero de 1902, mes en que se embarcó en Valencia rumbo a Brasil. Residió sucesivamente en Ribeirão Preto, Uberaba, estado de Minas Gerais, São Paulo hasta 1919, y en Tayuva, estado de São Paulo, como párroco, hasta 1920; en Bahía (Lapinha), en calidad de prior, hasta 1924; y lo mismo en Belém do Pará durante el trienio 1924-1927. El 25 de enero de 1927 se traslada a España y es elegido definidor provincial para el trienio 1927-1930, con residencia en Motril. En el capítulo provincial de 1930 es nombrado prior de Motril, donde, acabado el mandato en 1933, permanece hasta el día de su martirio. Era el P. Vicente Pinilla de carácter festivo, por lo que se ganaba la voluntad de los fieles, sobre todo de los más necesitados. Su vida era en todo ejemplar, siendo muy humilde, piadoso y caritativo.

MANUEL MARTÍN Y SIERRA. Párroco de la Divina Pastora de Motril, nació el 2 de octubre de 1892 en Churriana de la Vega, provincia y diócesis de Granada. Al día siguiente recibió el bautismo en la parroquia de la Visitación de Nuestra Señora, y el 28 de junio de 1906 la confirmación. Sus padres, honestos agricultores, educaron cristianamente a sus once hijos, entre los que, además de Manuel, sacerdote diocesano, hubo dos religiosas. Sencillo y bondadoso desde niño, siente pronto la vocación. Bachiller en los escolapios, ingresa en el Seminario de San Cecilio de Granada y allí recibe la ordenación el 24 de octubre de 1915. Tras doctorarse en teología cubre los cargos de capellán del Convento de la Encarnación y del Convento de Santa Catalina de Siena, Granada; profesor del Seminario de San Cecilio, vicesecretario de estudios de la Universidad Pontificia de Granada, cura ecónomo de Gabia Grande, cura sólo semanas de Marace-

na; y ecónomo de la Divina Pastora de Motril, parroquia que en 1930 obtiene en propiedad. Oposita después y gana la de la Concepción de Motril, pero, pese a ser doctor en teología, renuncia al cargo por considerar que el otro candidato reunía más virtudes. Desde pequeño procuró trabajar con quienes no habían hecho la primera comunión por falta de ropa, descuido o poca instrucción. Humilde, generoso, amante de los pobres, de la pureza, del cumplimiento del deber, de la salvación de las almas, del sacrificio y del trabajo, vivía y vestía pobremente, pues las ganancias iban a los pobres, a la iglesia y a suscripciones de periódicos y revistas católicos, ya que, decía, los católicos están obligados a dar culto a la prensa católica. Sus ansias de martirio se vieron cumplidas el 26 de julio de 1936.

VICENTE DE SAN LUIS GONZAGA SOLER Y MUNÁRRIZ. Nacido el 4 de junio de 1867 en Malón, provincia de Zaragoza y obispado de Tarazona, al día siguiente recibió el bautismo en la Parroquia de San Vicente. Sus padres, Luis Soler y Dominica Munárriz, honrados vecinos de Malón, le dieron educación cristiana y amor a los pobres. A los 15 años viste de agustino recoleto en Monteagudo, y el 15 de mayo de 1883 profesa. Allí cursa filosofía y en 1885 pasa a San Millán para dogmática. Moral, derecho canónico e historia eclesiástica, en Marcilla. Sacerdote el 31 de mayo de 1890 en Filipinas, nueve meses le bastaron para imponerse en tagalo y asumir la misión de Mamburao, de la que guardará vivo recuerdo. Tras 19 largos meses de vejaciones de los insurrectos —llegó a estar ante el pelotón de ejecución—, aprendió a sufrir en silencio y a confiar en Dios, experiencia muy útil luego en el Motril de 1936. Nombrado en 1902 secretario del vicario provincial y trasladado a Manila, vuelve tras 17 fecundos años primero a Marcilla, y luego a Puente la Reina (Navarra), y Granada, donde sobresale por el apostolado de la pluma. Afiliado a la nueva Provincia de Santo Tomás de Villanueva, en el capítulo de 1912 sale elegido definidor provincial, y en 1915 provincial hasta 1918. Retirado como superior de Motril (1919-1924), vuelve al provincialato, y en el capítulo general de 1926 en Monachil es elegido general. Sus dos preocupaciones fueron: hacer vivir la caridad y la unidad según San Agustín, y consagrar la Orden a la Virgen. Creyéndose inepto y sin salud,

presenta la renuncia, que el 18 de diciembre de 1926 le acepta el definitorio general en Madrid. Desde entonces vive en Motril, donde alcanzará la palma del martirio.

Desde mayo de 1936 la residencia y alrededores de los agustinos recoletos de Motril venían siendo blanco de amenazas. En Motril cundía la hostilidad contra la Iglesia, el orden, y las personas de bien. Los religiosos decidieron permanecer en el convento, primero porque nada malo habían hecho, al contrario, muchísimo bien, sobre todo a sus mismos perseguidores, y luego, porque su presencia allí, compartiendo las tribulaciones de la ciudad, habría de fortalecer a no pocos, consolar a los más y edificar a todos. El gesto del P. Soler pidiendo ocupar el puesto del que iban a matar el primero, un padre de siete niños pequeños y otro en camino, iba a tener pronto justa imitación en San Maximiliano Kolbe. A medianoche del 14 al 15, domingo y fiesta de la Asunción, sacaron de la cárcel 19 presos, entre ellos al P. Vicente Soler, que en la lista tenía el número 10, y el siguiente, el 11, era un joven de Acción Católica y de la Hermandad de San José, llamado Francisco Burgos Ramírez. Fueron conducidos todos en una camioneta hasta las tapias del cementerio de Motril bajo la feroz custodia de groseros milicianos con fusiles diciendo que los llevaban al puerto. Una vez allí, los mandaron bajar de uno en uno, quitándoles cuanto tenían de valor. Y puestos en fila mirando hacia la puerta del cementerio, los fueron sacando luego de la fila uno por uno de cara al campo: en ese trance les llegaba una descarga de fusil por la espalda, un miliciano para cada uno, menos al P. Soler que lo pusieron frente a un pelotón, que lo abatió con una descarga cerrada para mayor seguridad de su muerte. En el supremo instante, cada uno pedía perdón y perdonaba, también a los asesinos. Y el P. Vicente Soler los absolvía. Por eso no lo fusilaron el último ni el primero, sino el décimo, pues algunos de los verdugos, hartos ya de verlo bendecir tantas veces, se dijeron: «Vamos a matar al tío ése para que no nos eche ya más bendiciones». Y después de pedir perdón y perdonar y bendecir a todos, lo mataron, no sin antes haber dicho éste al siguiente, el undécimo, el joven Francisco Burgos Ramírez: «Encomiéndate al Corazón de Jesús y a la Virgen Santísima, y te doy la absolución». Fueron sus últimas palabras.

En todos resplandece, de una u otra manera si se quiere desde el punto de vista externo y episódico, pero idéntica en lo interno y fundamental, el martirio. De modo memorable y para siempre lo dejó escrito San Agustín replicando al gramático donatista Cresconio: «Al mártir de Cristo no lo hace la pena, sino la causa» (*Christi martyrem no facit poena, sed causa*: C. Cr. 3, 47, 51). Fue la suya disponibilidad interior y deliberada aceptación de las consecuencias bautismales, traducidas en suprema oración ante el holocausto: murieron perdonando, conscientes de hacerlo por Cristo y su justicia, no por otra causa. Perseverantes hasta el fin, confesaron su fe de muchas formas y a través de múltiples expresiones hasta el sacrificial derramamiento de su sangre a manos de unos perseguidores que, so pretexto de la política, la ideología, el trabajo, la violencia, etc., en realidad lo eran más bien de la religión. Manejaba sus terribles armas de fuego el odio a la fe, cenagoso manantial de la insaciable sed de venganza, según corroboran aquellas procacidades y reiteradas incitaciones a la blasfemia, a renegar de Cristo, a profanar los símbolos religiosos, o su diabólico instinto en la quema de la iglesia y del convento. Frases suyas como la que sigue lo dicen todo: «Ése (o eso), el Crucifijo, es lo que primero nos estorba». Las víctimas aceptaron el martirio y lo consumaron con un valor apologético en grado heroico contra el miedo, la indiferencia o la temeridad, sin fanatismo y sin rencor, es cierto, pero con fortaleza de espíritu y presencia de ánimo. Mejor aún: con amor.

Pasada la tormenta, se procedió a exhumar y reconocer los cuerpos, identificados sin dificultad por las ropas marcadas con sus iniciales y otras señales. Como estaban en la parte inferior de la fosa no les había llegado la acción de la cal. Desde entonces, colocados en arquetas, descansan en el mausoleo construido para ellos en el cementerio. Los restos de don Manuel Martín Sierra, reconocidos por sus familiares, fueron trasladados al cementerio de Churriana de la Vega, hasta que poco después el señor arzobispo de Granada autorizó su inhumación en la iglesia parroquial, donde actualmente se veneran.

A las 10,30 horas del jueves 29 de abril de 1937, fue celebrado en la iglesia de las Agustinas Recoletas Nazarenas de Motril,

días después de liberada la ciudad, un solemne funeral, de cuya preparación y desarrollo dio cuenta el periódico local *El Faro*. Lo mismo se hizo en Churriana de la Vega, y en todas las casas de la Orden de Agustinos Recoletos, encomendándose a ellos como a hermanos e intercesores ante el Padre y ante su Hijo Jesucristo. Dice el Vaticano II en la constitución dogmática *Lumen gentium*:

«El martirio, en el que el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte por la salvación del mundo, y se conforma a Él en la efusión de su sangre, es estimado por la Iglesia como un don eximio y la suprema prueba de amor. Y, si es don concedido a pocos, sin embargo, todos deben estar prestos a confesar a Cristo delante de los hombres, y a seguirle, por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42).

Los mártires, por tanto, afirma conclusivo San Agustín, con su inmolación por Dios y su justicia, al defender su fe y perdonar a sus perseguidores, murieron heroicamente, y ya viven gloriosamente felices con Cristo, Rey de los Mártires, convirtiendo en hermosas las mismas feas acciones del odio y de la impiedad de los perseguidores (cf. *Sermón 277A,1*).

La muerte de estos ocho Siervos de Dios fue inmediatamente considerada verdadero martirio. Ya en 1937 sus hermanos en religión iniciaron las primeras diligencias del proceso sobre el martirio, cuya apertura tuvo lugar el 2 de febrero de 1952 ante el arzobispo de Granada, monseñor Balbino Santos y Olivera. Paralelamente hicieron lo mismo con el proceso *Super non cultu*. Dificultades burocráticas anejas a la legislación de entonces, sin embargo, retrasaron su curso. La primera fase duró hasta 1957. La postulación presentó el 28 de noviembre de 1971 nueva lista de testigos y aportó nuevos documentos, de modo que al día siguiente comenzó la segunda. La clausura llegó el 2 de junio de 1972 y la Congregación de las Causas de los Santos emitió el decreto de validez el 2 de mayo de 1986. Preparada la *Positio*, el congreso especial de teólogos consultores dio su veredicto favorable el 28 de mayo de 1996 y el 21 de enero de 1997, en sesión ordinaria de Cardenales y Obispos para la Causa de los Santos, el de la veracidad de su martirio. El Papa, en fin, ratificó el 25 de marzo de 1997 la declaración anterior y mandó re-

dactar, según las normas, el correspondiente decreto por él firmado el 8 de abril de 1997 y hecho público y anotado en las actas del mencionado Dicasterio.

Auténticos hombres de Iglesia e hijos de San Agustín de Hipona, su sangre debe ser recordada como fecunda semilla para este siglo nuestro de posmodernidad. Al Señor Jesús, despreciado y el último de los hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias (cf. Is 53,3), han seguido e imitado una inmensa multitud de hombres y mujeres que, sostenidos por la fuerza del Espíritu, vinieron de una gran tribulación y lavaron sus vestidos y los blanquearon en la sangre del Cordero (Ap 7,14). De esta preclara muchedumbre de todas las naciones, pueblos y lenguas (Ap 7,9) ciertamente forman parte los que sacrificaron su vida por la fe en la guerra civil española (1936-1939), cuando la Iglesia y sus hijos fueron asediados, que no vencidos, por el poder de las tinieblas. Brilló su luz más bien con mayor claridad en las mismas tinieblas (cf. Jn 1,4), y Cristo fue glorificado por sus tribulaciones y el derramamiento de su sangre.

Fueron beatificados por Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999.

Hay un cuadro de los mártires de Motril, del pintor granadino Antonio Molina de Torres, el «Velázquez del siglo XX», que refleja a la perfección cuanto aquí llevo dicho. Los personajes del mismo respiran paz interior y alegría a lo divino a la vez que invitan a lo sobrenatural.

«No murieron por una ideología —puntualizó Juan Pablo II en la homilía de beatificación el domingo 7 de marzo de 1999—, sino que entregaron libremente su vida por Alguien que ya había muerto antes por ellos. Así devolvieron a Cristo el don que de él habían recibido. Por la fe, estos sencillos hombres de paz, alejados del debate político, trabajaron durante años en territorios de misión, sufrieron multitud de penalidades en Filipinas, regaron con su sudor los campos de Brasil, Argentina y Venezuela, fundaron obras sociales y educativas en Motril y en otras partes de España. Por la fe, llegado el momento supremo del martirio, afrontaron la muerte con ánimo sereno, confortando a los demás condenados y perdonando a sus verdugos. ¿Cómo es posible esto? —nos preguntamos—, y San Agustín nos responde: “Porque el que reina en el cielo regía la mente y la lengua de sus mártires, y por medio de ellos en la tierra vencía” (*Sermón 329,1-2*). ¡Dichosos vosotros, mártires de Cristo! Que todos se alegren por el honor tributado a estos testigos de la fe. Dios los ayudó en sus tribulaciones y les dio

la corona de la victoria. ¡Ojalá que ellos ayuden a quienes hoy trabajan en España y en el mundo en favor de la reconciliación y de la paz! [...] Ellos, a pesar de las pruebas de la vida, no endurecieron su corazón, sino que escucharon la voz del Señor, y el Espíritu Santo los colmó del amor de Dios. Así, pudieron experimentar que la esperanza no defrauda (Rom 5,5). Fueron como árboles plantados junto a corrientes de agua, que a su tiempo dieron abundantes frutos (cf. Sal 1,3)».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

- AAS 91 (1999) 1110.
- CALVO MADRID, T., *Beato Deogracias Palacios, agustino recoleto. Prudente, fiel y mártir (1901-1936)* (Monachil, Granada 1999).
- CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Granaten. «Beatificationis seu declarationis martyrio Servorum Dei Vicentii a Sancto Aloisio Gonzaga (in saec.: Vincetii Soler Munárriz) et VI sociorum ex Ordine Augustinianorum Recollectorum et Emmanuelis Martín Sierra, Presbyteri († 1936). Decretum super martyrio [8.4.1997: A. BOVONE, Pro-Praefectus]»: AAS 89 (1997) 835-839.
- JUAN PABLO II, Homilia «Apud S. Petrum habita in beatificatione decem Servorum Dei [7-3-1999]»: AAS 91 (1999) 858-861.
- LANGA, P., Nota compl. 18: «San Agustín y su concepto del martirio frente a los donatistas», en *Obras completas de San Agustín. XXXII: Escritos antidonatistas (1.º)* (Madrid 1988) 871-873.
- MARTÍNEZ CUESTA, A. - BERDONCÉS, J., *Una comunidad mártir. El Beato Vicente Soler y los otros mártires de Motril* (Madrid 1999).
- Los mártires de Motril. La Comunidad mártir. Siete agustinos recoletos y un sacerdote diocesano, Orden de Agustinos Recoletos (OAR)* (Madrid 1998).
- Martyrologium romanum*, o.c., 393, n.16; 771.
- MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid 1961) esp. 182, 278.
- Positio super martyrio*. Abundante documentación original que obra en los archivos de la Curia provincial de la Provincia Santo Tomás de Villanueva, OAR (Madrid 1998).
- RODRÍGUEZ, D., *Beato José Ricardo Díez. Un joven que trasciende lo ordinario* (Monachil, Granada 1999).

BEATO DIONISIO PAMPLONA POLO

Presbítero y mártir († 1936)

La figura de cualquier mártir de la guerra civil española, que ensangrentó los pueblos y las ciudades desde 1936 a 1939, hay que entenderla en el contexto de la locura del momento. Fueron años de odios y de venganzas, en los que el solo color de los uniformes era motivo de sentencias de muerte. Para la gente

despiadada el hecho de ser sacerdote, religioso o miembro de un grupo cristiano equivalía a la sentencia final por parte de los desalmados enloquecidos por años de siembra venenosa de utopías y de engaños.

El número de las víctimas asesinadas por motivos religiosos nunca se conocerá del todo, porque todavía hoy resulta difícil deslindar las fronteras entre lo político y lo moral, entre la avaricia y la venganza, entre la enfermedad mental y el veneno de teorías totalitarias. Lo único que quedó claro es que muchos fueron limpia y fríamente masacrados por ser miembros fieles de la Iglesia y que las órdenes de ejecución las daban individuos sin entrañas, que actuaban como marionetas de consignas recibidas de lejos. Pero la Iglesia de España siempre tuvo la conciencia de que habían sido muchos millares y en sus recuentos dio en ocasiones la cifra de unas 25.000 ejecuciones por motivaciones religiosas, entre ellas: 4.184 miembros del clero —incluidos 13 obispos y muchos seminaristas—, 2.365 religiosos y 283 religiosas, en total 6.832. Con estas cifras, prácticamente todas las diócesis de España y todos los institutos de la Iglesia, incluso si no estaban en zona republicana durante la contienda, tuvieron su aporte martirial y presencia dolorosa en los acontecimientos.

En ese contexto hay que entender cada una de las muertes, que todavía hoy sobrecogen de sorpresa y de contenida veneración a quienes reciben o aportan datos, referencias y recuerdos. Así acontece con la figura del escolapio Dionisio Pamplona Polo, hombre fiel y bueno, culto y valiente, auténtico espíritu sacerdotal que fue consciente de su responsabilidad hasta los últimos momentos de su vida.

Había nacido en Calamocha (Teruel) el 11 de octubre de 1868. Su familia era sencilla y muy piadosa y, en el contexto del pueblo en el que pasó su infancia, era tradicional, virtuoso y brillante en las virtudes cristianas y en la austeridad. Desde niño quiso ser religioso y en una de las «redadas vocacionales» de los reclutadores de entonces ingresó en la casa de estudios de los escolapios de Peralta de la Sal (Huesca), el pueblo donde un 11 de septiembre de 1556 había nacido el fundador de las Escuelas Pías, San José de Calasanz.

Su vida religiosa comenzó, pues, el año 1882; y, con el cumplimiento de sus proyectos vocacionales, inició también un itinerario académico de estudiante, de profesor, de rector, de párroco, de mártir. Vistió el hábito escolapio el 16 de noviembre de 1882 y tomó el nombre de Dionisio Pamplona de Santa Bárbara. Emitió su primera profesión, al terminar el noviciado, el 2 de agosto de 1885. Después fue enviado a la casa de estudios de Irache, a fin de realizar sus estudios de filosofía, y más tarde a San Pedro de Cardeña para seguir los de teología. Como cualquier otro estudiante del grupo vivió años de piedad y disciplina, sin sobresalir en otra cosa que en la bondad de carácter, en la seriedad y en la fidelidad a sus deberes. Parece que, por testimonios de sus compañeros, era mentalmente despejado, de fácil comprensión, algo soñador al hablar del futuro, consciente de que su destino de buen seguidor de Calasanz era el mundo de los jóvenes y de la educación.

Emitió su profesión solemne y perpetua el 17 de noviembre de 1889. Su vocación religiosa iba acompañada de gran ilusión por su apostolado, normal en cualquier joven de su edad y entorno. Por eso, después de recibir la ordenación sacerdotal, el 7 de septiembre de 1893, fue enviado al colegio de Zaragoza, donde realizó la primera actividad educadora. En 1895 fue enviado al colegio de Alcañiz, en donde permaneció seis cursos académicos impartiendo diversas asignaturas. Luego fue destinado al colegio de Jaca para trabajar otros tres años.

Tenía 28 años cuando fue trasladado a la Casa de estudios de Peralta de la Sal. Allí tenían los escolapios un centro muy cuidado, pues era el lugar de formación de las futuras generaciones para el Instituto. Estuvo como formador, como prefecto de estudios y como rector a lo largo de trece años, desde 1906 a 1919. Fue modelo de vida, de piedad y de ciencia para los estudiantes que se formaban en el centro. Compartió la docencia con diversas actividades religiosas en el pueblo y en otras regiones cercanas que cuidaban con generosidad los escolapios.

Austero como persona, abnegado como compañero, amable con los feligreses y sobre todo con los alumnos, la figura de este religioso íntegro y sencillo siempre resultó admirable, según el testimonio fiel de los que con él convivieron. En todos

los centros en los que le tocó actuar, su preferencia espiritual estaba en la Eucaristía. Estableció grupos para promover la comunión frecuente y animaba turnos de oración para educar la fe y el corazón de los niños y jóvenes. Los últimos años de su estancia en Peralta ocupó el cargo de maestro de novicios y trabajó con afecto para que los nuevos escolapios fueran conscientes del significado de la vida religiosa y advirtieran la originalidad de la vocación calasancia y el sentido del trabajo escolar.

En 1919 fue invitado a marchar a Argentina. Durante tres años actuó como párroco de la iglesia de San José de Calasanz, de Buenos Aires. Tenía bajo su responsabilidad unos 40.000 feligreses, muchos de ellos emigrantes, en aquel Buenos Aires de comienzo de siglo, invadido por italianos, gallegos y personas de toda procedencia, que buscaban en la gran urbe del Plata una mejor vida. Fue al mismo tiempo rector del colegio anejo a la parroquia. Parece que fue en el centro escolar donde encontró alguna dificultad como responsable, al no lograr la eficacia que pretendía y al querer aplicar las exigencias a las que estaba acostumbrado en sus actuaciones de España. Pero en la parroquia, por su dedicación y su inquebrantable fidelidad a todos los servicios que tan abundante número de fieles le reclamaba, dejó un gratísimo recuerdo de su paso y de su entrega sin medida. Fue en ella donde todos lloraron a su despedida, cuando en 1922 recibió de los superiores la orden de regresar a la península.

La cumplió sin especiales dificultades y de nuevo se vio envuelto en las tareas docentes en el colegio de Pamplona, a donde fue destinado. Reanudó su afición a promover los grupos eucarísticos para alentar la piedad. En 1928 fue enviado al colegio de Barbastro por otros seis cursos escolares y allí se entregó con la misma dedicación a la que estaba habituado.

Cierta secreta preferencia por las tareas parroquiales y la atención espiritual propia de estos entornos le llevaron en los últimos años de su vida apostólica a otra parroquia como animador religioso de los fieles. Fue la de Peralta de la Sal, en donde actuó de párroco entre 1934 a 1936, estancia que fue truncada por los acontecimientos y por su martirio inesperado y violento. Dado el amor que se había granjeado entre los parroquianos y el prestigio de hombre celoso que tenía en la locali-

dad, no podía sin más dejar el símbolo de su responsabilidad a los energúmenos que se lo pedían. Y ello fue el desencadenante del desenlace final.

Al estallar la guerra civil de 1936, la angustia se apoderó de los residentes en el centro de estudios que desde siempre había existido en la localidad en que había nacido San José de Calasanz, el fundador. Padres, hermanos y estudiantes se quedaron a la espera de los acontecimientos. La población era pequeña y el afecto secular de los habitantes hacia los escolapios no hacía prever ninguna situación anómala. Sin embargo, las noticias que iban llegando fueron cada vez más alarmantes. Los dirigentes de los partidos y sindicatos de izquierda se iban adueñando de la situación y no eran los pacíficos habitantes de los pueblos los que tomaban las decisiones, sino personajes incontrolados y sedientos de rapiña y de sangre, que habrían de venir del exterior.

El P. Dionisio fue consciente de la tensión y peligro del momento. Días antes del alzamiento militar del 18 de julio, el día 10, escribía a unos familiares:

«Pasamos unos tiempos muy difíciles, y no hay más remedio que obrar con toda prudencia para que nadie pueda decirnos que estamos fuera de nuestro lugar. Siempre ha sido preciso el cumplimiento de nuestro propio deber, pero hoy es de extrema necesidad».

Como párroco del pueblo, oficio que desde hacía mucho habían desempeñado los escolapios, tenía deberes singulares que no podía dejar de cumplir. No sólo le movía a ello su dignidad de sacerdote responsable, sino también la seriedad de su carácter y la delicadeza de su conciencia. El mismo día 21, cuando los rumores del alzamiento contra la República se iban extendiendo por horas, él cumplió con su deber de decir la santa misa en la iglesia parroquial. Asistió una sola persona. En el momento del ofertorio, entró un comisario en la iglesia y le obligó a suspender el sacrificio, indicando que las cosas habían cambiado y que no tardaría en recibir órdenes de quien pudiera darlas. Se le obligó a cerrar la iglesia y marcharse, lo cual hizo, no sin protestas.

El día 23 de septiembre, él y los demás hermanos de la comunidad fueron encarcelados en una casa particular convertida

en cárcel. No fueron los habitantes del pueblo, sino un grupo de milicianos advenedizos los que impusieron su ley. Un compañero suyo, el P. Faustino Oteiza, en una carta enviada al P. Provincial, describía así lo que pasó aquel día:

«A las 4,30 de la tarde vino una cuadrilla de 40 o 50 extremistas de Binéfar. Traían bombas para destruir y quemar el Colegio. Nosotros, al saberlo, nos reunimos en el oratorio, recibimos la absolución y esperamos tranquilamente la muerte. Los del pueblo pudieron evitar la quema de la iglesia y del colegio, pero con la condición de sacarnos a nosotros de la casa y quemar todo lo que significara religión. Después vino el Comité comunista a intimarnos el abandono del colegio. El P. Rector hizo lo posible, pero tuvimos que ceder a la fuerza».

En previsión de lo que pudiera acontecer, el Santísimo Sacramento fue trasladado de la iglesia al oratorio, por ser lugar más seguro. Los padres pensaban que, cuando se marcharan los de Binéfar, se podría volver a la casa. Pero no fue así. Un grupo de gente armada rodeó a los padres, hermanos, estudiantes y novicios, y todos fueron llevados a la casa de familia de Llari, habilitada como cárcel. Personas amigas llevaron algunos colchones y algo de cenar para el grupo. El P. Dionisio recibió la orden del Comité de quedarse en vigilancia, sin acostarse, sin que le explicaran ningún motivo.

Al día siguiente, 24, muy de mañana, temiendo que el Santísimo pudiera ser profanado en la parroquia, se escapó de la cárcel, mientras los dos guardianes impuestos por el Comité se habían quedado dormidos. Preguntó antes a los novicios si alguno se animaba a acompañarle y uno de ellos, José Yáñez, se ofreció voluntario. Alguien que los vio por la calle avisó a los del Comité. Mientras varios enviados les buscaban por las casas, el P. Dionisio entró en la iglesia que cerró por dentro, celebró la Eucaristía rápidamente y consumió las sagradas formas. Apenas terminada esta acción, observó que la iglesia estaba rodeada de hombres armados. Uno le divisó por la ventana y le dijo: «Baja, que ya no podrás escapar».

Con gran serenidad, salió con su acompañante, cerró y guardó en el bolso la llave. El compañero huyó de nuevo a la casa de Llari. A él le llevaron a la Plaza Mayor. Le pidieron la llave de la iglesia, a lo que respondió: «He recibido las llaves de mi

obispo, solamente a él se las entregaré». Lo insultaron, lo amenazaron de muerte, poniéndole un fusil en la nuca. Pero no cedió a su petición. Un observador que era amigo suyo le gritó: «Por Dios, P. Rector, déles las llaves, que le van a matar». Como no cediera, con violencia e insultos le arrancaron las llaves y no le permitieron volver a reunirse con sus hermanos.

Al intentar marchar, varios forajidos le retuvieron y le registraron, sacándole de los bolsillos todo lo que llevaba: rosario, medallas, el breviario, que tiraron por el suelo. Le quitaron también el dinero del colegio que guardaba en el bolso. Fue luego conducido al Ayuntamiento. Y media hora más tarde fue sacado de allí y, con las manos esposadas, le llevaron a la cárcel de Monzón en una camioneta.

Tras una noche de incertidumbre en la celda número 1, fría, lóbrega y sucia, y después de haber pasado una jornada allí encerrado sin ninguna atención o relación con nadie, le sacaron al día siguiente, día 26 de julio, a las 22,30 horas. Durante el intervalo había llegado a Monzón una columna de matones, que se decían miembros del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista), los cuales decidieron ajusticiar a los prisioneros.

Al salir de la celda, pidió con toda serenidad al carcelero un cepillo para limpiarse la sotana del polvo y de las telarañas que había cogido en la destartada estancia carcelaria, hecho lo cual se lo devolvió con un gesto amistoso y, dándole un golpe afectuoso en la espalda, le dijo: «Adiós, hasta la eternidad». Con el grupo de condenados fue llevado a la Plaza Mayor, que estaba llena de gente y muy iluminada. El P. Dionisio, el único sacerdote entre los detenidos, fue colocado en primera fila para ser el blanco preferido. Se le vio mover los labios en fervorosa plegaria y suavemente animó a los demás a ofrecer la vida a Dios. Al darse la orden de fuego, hizo la señal de la cruz y gritó: «Viva Cristo Rey», mientras juntaba las manos sobre el pecho. Junto a él fueron acribillados los otros 23 compañeros de suplicio. Eran las 11 de la noche cuando su cuerpo cayó al suelo.

Media hora más tarde, un camión recogió todos los cadáveres y, llevados al cementerio, fueron arrojados a una fosa común. La gente que presenció la ejecución, inerte ante las armas de los asesinos, se alejó pronto del lugar, rechazando aque-

lla carnicería. Más tarde todos estarían conformes con llamar a aquella plaza «De los mártires».

Juan Pablo II beatificó el 1 de octubre de 1995 al P. Dionisio con un grupo de 12 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares. Al beatificarlos, Juan Pablo II dijo en la homilía:

«Dionisio Pamplona y sus compañeros mártires no son héroes de una guerra humana, sino educadores de la juventud que, por su condición de religiosos y maestros, afrontaron su trágico destino como auténtico testimonio de fe, dándonos con su martirio la última lección de su vida».

PEDRO CHICO FERNÁNDEZ, FSC

Bibliografía

- VILA PALÀ, C., *Escolapios víctimas de la persecución religiosa en España (1936-1939)*. III: Aragón (Salamanca 1966).
 CARISIO, M., *Testigos de la fe: escolapios mártires* (Madrid 1990).
 CÁRCCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 491-496.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA OLIMPLADES

Viuda († 409)

Olimpiades u Olimpias nace en Constantinopla en la década de los 360 en el seno de una familia acomodada. Queda huérfana muy pronto y se hace cargo de ella su tío Procopio, que era prefecto de la ciudad. La educación realmente corrió a cargo de Teodosia, la hermana de San Anfiloquio, una mujer piadosa e ilustrada que se volcó en transmitir a su pupila una educación esmerada, fomentando en ella los sentimientos y las prácticas de la más ortodoxa piedad y dándole una adecuada cultura.

El año 384 Procopio le buscó un matrimonio adecuado a su clase. El marido fue Nebridio, antiguo prefecto de la ciudad, y para el que Olimpiades fue una esposa excelente, dedicada a sus deberes y llena de amor y de ternura hacia él, al tiempo que seguía siendo la persona devota y religiosa que era de soltera. Pero Nebridio no tenía buena salud y murió prontamente. Su tío en-

seguida le propuso un nuevo matrimonio, y hasta el emperador Teodosio buscó para ella otro partido excelente. Pero Olimpiades dijo con toda claridad que en adelante ya no quería casarse. Prefería vivir en la castidad de la viudedad, entregada a la piedad y las buenas obras. El emperador puso su dinero en manos de su tío y lo mandó ser su guardián hasta que ella cumpliera los treinta años. Ella le dio las gracias al emperador por relevarla de los asuntos temporales y le sugirió que de sus rentas se diera a los pobres y a la Iglesia.

Llegada a los 30 años de edad, volvió a entrar en posesión de sus bienes, y entonces ella habló con San Nectario, obispo de Constantinopla, al que ofreció su colaboración. El prelado tenía de ella una alta opinión por sus obras de caridad y su piedad insigne, y aunque no se concedía el grado de diaconisa sino a viudas entradas en años, hizo una excepción y se lo concedió a Olimpiades. Ésta, yendo más lejos en su dedicación a Dios, se va a vivir en una casa junto a la basílica de Santa Sofía con otras mujeres solteras y viudas que deseaban vivir consagradas al Señor, y cuyo número no hizo más que crecer. Olimpiades y sus compañeras vivían una vida recogida, austera y devota, de gran edificación para la comunidad cristiana. Cuando el año 398 San Juan Crisóstomo fue elegido obispo de Constantinopla, él que ya estimaba y dirigía a la comunidad, la tomó bajo su especial protección. Ella, ampliando su obra religiosa, fundó un orfanatorio y un hospital para pobres y los sostuvo con sus bienes.

Llegó la tormenta en torno a la figura de San Juan Crisóstomo, depuesto y enviado al destierro. Olimpiades y sus monjas sostuvieron firmemente al santo obispo y tuvieron que padecer la persecución iniciada contra todos los amigos del obispo. Se la acusó de ser la causante del incendio del palacio episcopal pero ella se defendió con firmeza y eficacia. Hubo de dejar la ciudad y ver su convento dispersado por el ilegítimo sucesor de San Juan Crisóstomo y cerrados sus establecimientos benéficos. Su enfermedad no impidió que se diera contra ella decreto de exilio en Nicomedia. No tuvo otro consuelo que las cartas que le escribió San Juan Crisóstomo desde su destierro antes de morir. No mucho después, en torno al 409, murió ella, siendo enterrada en Nicomedia.

SAN TEODOMIRO DE CARMONA

Monje y mártir († 851)

Cuenta su martirio de forma muy breve San Eulogio de Córdoba en el cap. VI de la parte II de su *Memorial de los santos*. Con este martirio concluye la primera etapa de la persecución iniciada el día 3 de junio del 851 con la muerte del monje San Isaac, siendo así dos monjes los que inician y cierran este período de la persecución. Hasta noviembre de aquel año no habría un nuevo martirio, el de las santas Flora y María.

Teodomiro o Teodemiro, como dice realmente San Eulogio, era natural de Carmona, la bella ciudad cercana a Sevilla, y había profesado la vida monástica no sabemos si en la propia Carmona o en Córdoba, donde de todos modos estaba al tiempo de su martirio, y no dice San Eulogio de qué monasterio era monje. Lo que sí nos dice es que era una persona joven. Se presentó al martirio y lo alcanzó el día 25 de julio de 851, siendo su cuerpo arrojado a las afueras del palacio, donde permaneció insepulto hasta que los cristianos lo retiraron cautelosamente y lo enterraron junto con el del diácono y mártir Pablo, martirizado el día 20 del mismo mes y año, en la basílica de San Zoilo. San Teodomiro es el patrono de su patria, Carmona, en cuya iglesia principal, Santa María, tiene dedicado un hermoso retablo barroco, teniendo otro también con preciosa imagen de vestir del siglo XVIII en la parroquia de San Pedro. La diócesis de Sevilla celebra su memoria el día 27 de julio, al estar ocupado el día de su martirio por la fiesta del apóstol Santiago.

BEATO JUAN SORETH

Presbítero († 1471)

Juan Soreth nació en Caen, Normandía, el año 1394, estando entonces Normandía bajo dominio de los reyes de Inglaterra. No se sabe a ciencia cierta en qué año entró en la Orden del Carmen pero sí se conoce que su ordenación sacerdotal, siendo ya religioso carmelita, fue el año 1417. Hace posteriormente estudios de teología en la Universidad de París, donde el año 1438 alcanza el doctorado, siendo nombrado después regente de es-

tudios de su provincia carmelitana. En 1440 es elegido provincial de su Orden y continúa en esta labor por espacio de cerca de once años, acreditándose por su cultura, piedad y vida interior, espíritu verdaderamente religioso y creatividad para abordar nuevas situaciones y saber darles respuesta. Por ello, reunido el capítulo general de la Orden, lo eligió su prior general el 1 de noviembre de 1451, como sucesor de Juan Faci, que dejó el cargo al ser nombrado obispo de Rietz.

Juan Soreth se da cuenta de que la Orden necesita una seria reestructuración para acomodarse a los nuevos tiempos y ser verdaderamente útil al servicio de Dios y de la Iglesia. Por ello se hace presente en todas las provincias de la Orden impulsando la reforma religiosa y el buen espíritu, la cultura religiosa y la vida interior, la vida de comunidad, una manera simple y humilde de vivir el espíritu del Carmelo, y atendiendo al bien de las almas con la predicación y la dirección de conciencias. Exigente pero flexible y comprensivo, propugnaba que todos se atuvieran a la mitigación de la Regla obtenida en 1435, y procuró mantener diálogo y buenas relaciones con la llamada Congregación Mantuana, un sector reformista de la Orden con cierta tendencia separatista y que se había llevado mal con el anterior general. El P. Soreth le mostró a esta congregación afecto y apoyo y valoró debidamente su espíritu de austeridad y reforma. Intentó legalizar los afanes reformadores de religiosos y conventos con los decretos del capítulo general de París de 1456, y logró que el papa Calixto III confirmara estos decretos. Intentó así que convivieran en el interior de la única Orden las dos tendencias reformistas, la llamada calixtina y la mantuana. Con los abusos no fue flexible, y así exigió a quienes tenían beneficios que optaran entre ellos y la Orden e insistía en la observancia regular y la vida de comunidad, y logró que Pío II le diera poderes especiales para poder cortar los abusos y que todos los conventos tuvieran su debida regularidad. Y con el fin de impulsar la perfección de la vida regular, publicó su *Exposición a la Regla*, que, nacida de la experiencia como provincial y general, hizo mucho bien. Completó su obra con la codificación de las leyes de la Orden en los capítulos de Bruselas (1462) y Aurillac (1469) y que se imprimieron en Venecia en 1499. Insistió en la

importancia de la formación, en la necesidad de que todos los religiosos, clérigos o legos, tuvieran un trabajo preciso, y que todo estuviera bien ordenado y vigilado. Insistió en la necesidad de la visita canónica y él dio ejemplo visitando sin cansancio las provincias de la Orden.

Pero sobre todo Juan Soreth pasa a la historia como el fundador de las monjas carmelitas, ya que él como prior general aplicó la bula *Cum nulla* de Nicolás V (1452) y acogió en la Orden a las mujeres y formalizó la existencia jurídica de carmelos femeninos. Dechado de virtudes y lleno de méritos, murió en Angers el 25 de julio de 1471. El papa Pío IX confirmó su culto inmemorial el 3 de mayo de 1866.

*BEATOS RODOLFO AQUAVIVA, ALONSO PACHECO,
PEDRO BERNÓ, ANTONIO FRANCISCO
Y FRANCISCO ARANHA*
Religiosos y mártires († 1583)

El 25 de julio de 1583 fueron masacrados en la península de Salsette, junto a Goa, en la India, cinco religiosos jesuitas, cuya presencia en disposición de erigir iglesias cristianas les acarreo el odio feroz de quienes se oponían a la introducción del cristianismo en su tierra. Salsette tenía unos 90.000 habitantes, agrupados en 66 aldeas, siendo doce de ellas las principales y teniendo una especie de gobierno autónomo, pero en definitiva bajo dominio portugués. Había unos 200 templos de los dioses y un número importante de sacerdotes de los mismos, con gran influencia en lo social y político del país. Se resistieron fuertemente a la entrada del cristianismo, pero, amparados por el virrey portugués, en 1560 habían penetrado los misioneros jesuitas y en diez años de trabajo ímprobo habían creado una cristiandad de unos dos mil fieles, logrando edificar cinco iglesias. Pero la oposición de los sacerdotes era muy eficaz y habían llegado a maltratar a los conversos al cristianismo e incluso a retener como presos algunas veces a los misioneros. El virrey Antonio de Noronha recurrió entonces a la fuerza y con sus tropas derribó templos paganos y permitió que el P. Pedro Berño, uno de los futuros mártires, con sus manos destrozara nu-

merosos ídolos. Esta prueba de fuerza animó a los cristianos que, sintiéndose amparados por el virrey, salieron de su desaliento y en unos años la comunidad cristiana creció hasta los doce mil fieles. Pero los paganos pedían con insistencia licencia para restaurar sus destruidas pagodas y apelaron al Consejo Real de la corte lisboeta, donde la licencia por fin se les concedió. Pero el P. Alonso Pacheco, jesuita, estaba en Lisboa de vuelta de Roma y se entrevistó con Felipe II, ya para entonces rey de Portugal, y consiguió que el monarca anulase la licencia del consejo lisboeta. Atemorizados entonces los salsetanos, buscaron negociaciones de paz, sirviéndose del propio P. Pacheco, de vuelta en la India, y las negociaciones prosperaron. Entonces se pensó que se podían abrir cinco nuevas residencias de los misioneros en Salsette y se mandó a los cinco religiosos que morirían mártires y al secretario de un capitán portugués y a unos cincuenta cristianos nativos. Llegados a la aldea de Coculino, comenzaron a disponer las cosas para la edificación de la primera residencia, cuando animados por un sacerdote pagano llamado Pondú se hicieron presentes los habitantes de la aldea enfurecidos y gritando que había que matarles. Quiso defenderlos el secretario del capitán, pero el P. Pacheco, viendo la situación, le dijo que era la hora del martirio y había que ser pacientes y mansos. Los cinco religiosos fueron atacados con cuchillos y lanzas y una vez muertos fueron arrojados sus cuerpos a un pozo, de donde posteriormente fueron recogidos y llevados en solemne procesión a una iglesia.

Éstos son los datos de los mártires:

ALONSO PACHECO había nacido en Minaya, Albacete, el año 1551 en el seno de una familia de la aristocracia. Educado en el colegio jesuita de Belmonte, a los 16 años decide ingresar él mismo en la Compañía de Jesús, que lo recibe el 8 de septiembre de 1567. Hecho el noviciado en Villarejo de Fuentes, pasó al estudiantado de Alcalá de Henares. Estaba estudiando teología cuando pasó por España el P. Valiñano con licencia del general de la Orden para llevarse misioneros a la India y Oriente, y se ofreció Alonso, pero de momento no fue aceptado. Sin embargo al fallar por enfermedad uno de los elegidos se le reclamó desde Lisboa y embarcó para la India. Llegado a Goa, completó

sus estudios y se ordenó sacerdote. Se ofreció para ir al Japón pero los superiores lo destinaron al colegio de San Pablo, de Goa. Luego fue secretario del provincial y como tal recorrió los diversos puestos misionales y casas de la región. En 1578 fue enviado a Europa para informar a la corte, a la Santa Sede y al P. General de la situación de la religión en la India. Dos años estuvo en esta misión y a su vuelta es cuando supo que los de Salsette habían logrado licencia para reedificar sus templos y logró que Felipe II la anulase. Llegado a Goa, fue nombrado superior del colegio destinado a la educación de los naturales de Salsette. Cuando llegó la hora del martirio, mostró gran fortaleza. Murió atravesado por dos golpes de lanza. Cuando en su pueblo se supo la noticia de su martirio, sus padres, los señores de Minaya, organizaron festejos dando gracias por tener un mártir en la familia.

RODOLFO AQUAVIVA, hijo del duque de Atri, Juan Jerónimo Aquaviva, y de Margarita Pía de Saboya, nace en Atri, reino de Nápoles, el año 1550. Dos hermanos suyos serán cardenales. Educado cristianamente, cuando su tío Claudio Aquaviva, futuro general de la Compañía de Jesús, ingresó en esta Orden, el joven Rodolfo quiso también seguirle, pero no obtuvo permiso paterno y sin él San Francisco de Borja, general de la Orden entonces, se negó a recibirle. Informado el papa San Pío V, dijo que no debía entrar sin licencia del padre. Como el joven insistía, San Francisco de Borja le habló a San Pío V y éste llamó al duque a decirle que no debía oponerse más tiempo a la vocación religiosa de su hijo. De esta forma el propio padre llevó al joven a San Francisco de Borja y se lo entregó para que fuera jesuita (2 de abril de 1568).

Hizo el noviciado en San Andrés del Quirinal junto con San Estanislao de Kostka y ya entonces sintió la vocación misionera, pero como tenía poca salud los superiores no consideraron oportuno acceder. Mas en 1576 llegaba a Roma el procurador de la India, P. Martín Silva, y Rodolfo interpuso los buenos oficios de este padre con el general, del cual consiguió lo que quería. Rodolfo en 1577 obtiene la licencia y marcha a Lisboa. Aquí es ordenado sacerdote en marzo de 1578. Enviado seguidamente a Goa, aquí es empleado como profesor de filosofía y no

como misionero directo. Pero al año siguiente se le envía al imperio del Gran Mogol, cuyo emperador quería conocer el cristianismo. Recibidos él y sus compañeros cortésmente, la misión finalmente no pudo establecerse y a los tres años, en 1583, volvieron a Goa. Entonces recibe del P. Provincial la tarea de estar al frente de las residencias de Salsette, a donde marchó con sus compañeros, para hallar enseguida el martirio. Recibió una cuchillada en las piernas, otra en el cuello y otra en la espalda, y finalmente le quitaron la vida atravesándole el pecho con una estocada.

PEDRO BERNO nació en Ascona, Ticino, seguramente en 1553, hijo de un modesto artesano que, finalmente, buscando mejor fortuna, se trasladó a Roma. Aquí Pedro empezó los estudios eclesiásticos, alumno del Colegio Germánico, y pasó al noviciado de la Compañía de Jesús en 2 de julio de 1577. Cuatro meses más tarde es destinado a las misiones de la India y se le envía a Lisboa para que acabe su noviciado, y, hecha la profesión religiosa, embarcó el 4 de abril de 1579. Llegado a Goa en octubre de ese año, al año siguiente se ordena sacerdote. Acompañó al virrey en su expedición de castigo y quebró con sus propias manos numerosos ídolos. Destinado en los distritos de Margan y Coulan, obtuvo la palma del martirio cuando acompañando a sus compañeros iba a empezar la fundación de un puesto misional. Al P. Pedro le dieron una cuchillada en la cabeza y otra en el cuerpo y le metieron una lanza por el ojo, y, ya muerto, y como venganza por haber quebrado sus ídolos, hicieron mil afrentas a su cuerpo.

ANTONIO FRANCISCO nació en Coimbra el año 1553. Comenzó los estudios en su célebre Universidad pero a los 17 años decidió ingresar en la Compañía de Jesús, donde hizo la profesión. Destinado a las misiones de la India, se ordenó en Goa de sacerdote el año 1583, el mismo de su glorioso martirio. Pedía a Dios en la misa la gracia del martirio. Le partieron la cabeza y le llenaron de heridas hasta que expiró.

FRANCISCO ARANHA era también portugués y había ido a la India acompañando a su tío, el primer arzobispo de Goa. A los 20 años ingresó en la Compañía y se hizo coadjutor temporal. Tenía conocimientos de arquitectura y sirvió por ello como

proyectista y director de la construcción de varios edificios e iglesias para la misión. Y con esta misma finalidad se le dio sitio en el grupo que iba a Salsette al establecimiento de cinco puestos misionales. Herido mortalmente de una cuchillada en el cuello y una lanzada en el costado, seguía vivo cuando ya sus compañeros habían muerto y entonces lo arrastraron dándole vueltas alrededor de un ídolo indicándole que lo adorara, pero él se negaba diciendo que sólo adoraba al Dios verdadero. Entonces lo ataron de pies y manos, lo pusieron en alto y se cebaron en él a flechazos hasta que murió.

Fueron beatificados por León XIII el 30 de abril de 1893.

BEATO ANTONIO LUCCI

Obispo († 1752)

Antonio Lucci nació el 2 de agosto de 1682 en Agnone, diócesis de Trivento, Italia, y se le puso en el bautismo el nombre de Ángel Nicolás. Recibió en su casa una sólida educación cristiana. Perdió a su padre a los doce años y se encargaron de su formación un sacerdote y un religioso celestino. Luego entró como alumno en la escuela que tenían los franciscanos conventuales y de aquí le vino su vocación religiosa, siendo admitido al noviciado de dicha Orden el 6 de febrero de 1697 y recibiendo el nombre de fray Antonio en el convento de Isernia. En agosto de 1698 hizo la profesión religiosa, y seguidamente cursó los estudios en varios conventos hasta que, estando en el de Asís, recibió la ordenación sacerdotal el 19 de septiembre de 1705. Allí hizo el primer curso del trienio de perfeccionamiento pasando luego a Agnone, donde simultaneó los estudios con el encargo de regente del colegio local y por fin se doctoró en teología en 1709. Enviado al convento de San Lorenzo de Nápoles como profesor de teología en el estudio general, también ejercía como predicador y se ocupaba con mucha caridad de los pobres. Se granjeó un gran crédito en su Orden por su preparación cultural y sus muchas virtudes, y ello le valió que el 8 de febrero de 1718 le eligieran provincial de la provincia de Sant Angelo. Al año siguiente es llamado a Roma como regente del Colegio de San Buenaventura, deponiendo por ello su oficio de

provincial. Prestigiado en Roma, el papa Benedicto XIII lo nombró teólogo consultor del Sínodo Romano (1725) y del Santo Oficio.

Pero el Papa pensó que fray Antonio podía dar mayores servicios a la Iglesia y por su sola voluntad lo nombró en 1729 obispo de Bovino, presidiendo personalmente su consagración episcopal el 7 de marzo de 1729 y colmando de elogios al nuevo prelado. Se encontró una diócesis pequeña y escasa de recursos y él intentó darle nuevos alientos y nueva vitalidad. Se ocupó mucho de la formación del clero, para el que no tenía seminario, pero formó un Estudio teológico que garantizase al menos una buena formación teológica para los aspirantes al sacerdocio. Abrió la primera escuela pública para combatir el analfabetismo y buscó fórmulas de ayuda a los más pobres, ya que su diócesis padecía la plaga del pauperismo. Y sobre todo emprendió la visita pastoral que desde mucho tiempo atrás no se hacía, visitando cada parroquia e incentivando las obras de piedad, celo y caridad. Amado de sus sacerdotes y sus diocesanos, también las autoridades civiles, empezando por los mismos reyes, le mostraron su afecto, y otros obispos, como San Alfonso María de Liguori, le mostraron su aprecio y solidaridad. Predicaba con frecuencia y gran entusiasmo religioso y llevaba una vida de gran austeridad y ejemplaridad. No desmayó ante las dificultades que le atrajeron algunas de sus obras caritativas. Murió el 25 de julio de 1752. Fue beatificado el 18 de junio de 1989 por el papa Juan Pablo II.

BEATO MIGUEL LUIS BRULARD

Presbítero y mártir († 1794)

Miguel Luis Brulard fue bautizado en la parroquia de San Bartolomé, de Chartres, el día 11 de junio de 1758, y ése parece ser el día mismo de su nacimiento en una familia de clase media. Se decidió primero por la vocación eclesiástica y estudió teología en la Universidad de París, pero luego optó por la vida conventual e ingresó en 1772 en el convento de los carmelitas descalzos de Charenton. No se saben otros detalles de su vida en el Carmelo, salvo el que era sacerdote, antes de la Revolu-

ción Francesa. Llegada ésta y suprimidos los conventos, volvió a su casa paterna, donde procuró llevar una vida de religioso todo cuanto le era posible, viviendo con gran recogimiento, austeridad y piedad. Se negó a seguir las directrices religiosas de la Revolución y a prestar el juramento de Libertad-Igualdad. Fue arrestado en 1793 y destinado a la deportación, partiendo de Chartres para Rochefort con otros nueve eclesiásticos en fecha anterior al 5 de mayo de 1794, en que ya estaba en Rochefort y fue sometido a registro. Embarcado en *Les Deux Associés*, dio un alto ejemplo de espíritu de sacrificio, de espiritualidad y de paciencia, procurando en sus conversaciones no hablar sino del destino eterno que aguarda a los fieles del Señor, mereciendo que sus compañeros de padecimientos lo tuvieran por un verdadero ángel. El hambre y los padecimientos redujeron su cuerpo a la mayor delgadez, sin que él exhalase una queja, y murió de una pulmonía en la noche del 25 de julio de 1794, siendo enterrado en la isla de Aix. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

*BEATOS MÁRTIRES PASIONISTAS
DE DAIMIEL (URDA)*

GRUPO DE URDA: Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo,
Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun, Benito de la Virgen
del Villar Solano Ruiz
Religiosos y mártires († 1936)

El convento de religiosos pasionistas de Daimiel, Ciudad Real, luego de haber sido registrado en diferentes ocasiones fue mandado evacuar por los religiosos en la noche del 21 al 22 de julio de 1936. Se les aseguró a los religiosos que su vida iba a ser respetada, y luego de recibir la absolución y la sagrada comunión, todos los religiosos tuvieron que abandonar el convento y se dividieron en grupos. Uno de ellos fue el compuesto por los tres mártires que se conmemoran hoy. Se despidieron de los demás compañeros en la bifurcación de la carretera que va a El Campillo. Siguieron carretera adelante y cuando llegaron a Torralva se echaron al descampado, aguantando el sol de julio por los campos de La Mancha. Esquivaron el santuario de Las Cru-

ces, y acuciados por la sed se acercaron a pedir agua a una casa de campo. Dijeron a los dueños que iban a Malagón a coger el tren a Madrid, y les recomendaron que no cogieran por la carretera, pero ellos dijeron que ya no podían más y que tomarían la carretera para llegar a Malagón cuanto antes. Pero en el Puente Navarro del río Guadiana fueron reconocidos y arrestados siendo llevados al Ayuntamiento de Malagón, donde los entregaron a las cinco de la tarde. A las cinco de la mañana, luego de doce horas de estar en la cárcel municipal, los llevaron a la estación para que cogieran el tren correo a Madrid. Pero los esperaban en Urda, Toledo, los revolucionarios avisados. Los obligaron a bajar y se hicieron cargo de ellos en medio de grandes gritos. Los llevaron al oeste de la estación cerca del depósito de agua y allí los fusilaron. Ellos cuando eran conducidos llevaban la cabeza baja e iban en silencio. Les conminaron a que levantaran el puño al estilo comunista y se negaron. Aunque muertos al amanecer, los cuerpos permanecieron en la estación hasta la una del mediodía en que un camión los llevó al cementerio de Los Yébenes donde fueron inhumados.

Éstos son sus datos personales:

PEDRO LARGO REDONDO había nacido en Alba de los Cardaños, Palencia, el 19 de marzo de 1907 en el seno de una familia campesina. En su infancia guardó ganado. En su casa recibió una buena educación cristiana. Los inviernos iba al colegio. Con catorce años decidió su vocación religiosa e ingresó el 29 de septiembre de 1921 en el convento pasionista de Corella. El 17 de octubre de 1922 tomó el santo hábito y recibió el nombre de Pedro del Corazón de Jesús, emitiendo su profesión religiosa el 18 de octubre de 1923. Luego de tener que salir del convento de Zaragoza unos meses tras la proclamación de la República en abril de 1931, pudo por fin hacer los votos perpetuos el 6 de noviembre de aquel año en la ciudad del Pilar. El 19 de junio de 1932 lo ordenaba sacerdote el arzobispo Doménech. Hubo de irse al servicio militar en Melilla como ayudante del capellán militar de Sanidad entre el 9 de noviembre de 1934 y el mismo día del año siguiente. Seguidamente fue destinado a Daimiel.

FÉLIX UGALDE IRURZUN había nacido en Mendigorriá, Navarra, el 6 de noviembre de 1915, en una familia numerosa y

piadosa. Tenía un tío pasionista y de ahí seguramente le vino su vocación. Recibida la bendición de su casa, ingresó en la congregación en Zaragoza el 28 de septiembre de 1928 con sólo trece años. Ingresó en el noviciado el 22 de octubre de 1932, recibiendo el nombre de Félix de las Cinco Llagas, e hizo la profesión religiosa el 29 de octubre de 1933. En septiembre de 1934 se le mandaba a Daimiel. Cuando supo el martirio de algunos pasionistas en la revolución de Asturias, escribió a sus padres que «dichosos ellos» y que «el martirio es una muy grande gracia de Dios». Era un religioso sencillo, alegre y respetuoso, y aunque no era muy listo, era aplicado y estudioso.

BENITO SOLANO RUIZ había nacido en Cintruénigo, Navarra, el 4 de enero de 1898, último de cuatro hermanos e hijo del carpintero del pueblo. Educado cristianamente, fue un chico bueno y piadoso, que ingresó en el colegio pasionista de Corella en marzo de 1912, sin que sus padres aprobasen su vocación religiosa, que no terminaban de ver clara. Él mismo solicitó ser admitido en la Congregación de la Pasión en calidad de hermano coadjutor. Por fin tomó el hábito el 11 de mayo de 1913 y tomó el nombre de Benito de la Virgen del Villar. Le retrasaron la profesión de los votos, cosa que él llevó con paciencia y humildad, y pudo emitir la profesión religiosa el 29 de junio de 1914. Fue primero destinado a Daimiel como cocinero y sastre, luego fue enviado a Santa Clara (Cuba) en 1919 y de ahí pasó a Méjico en 1922 hasta julio de 1926 en que, a causa de la persecución religiosa, los superiores lo devolvieron a Cuba, desde donde volvió a España y fue otra vez destinado a Daimiel. El 7 de abril de 1929 era enviado a la casa de Zaragoza como enfermero y sastre. En 1935 es enviado a Valencia como hermano limosnero, desarrollando un trabajo difícil y comprometido dadas las circunstancias políticas, pero tras las elecciones de febrero de 1936 fue nuevamente destinado a Daimiel, a donde llegó a comienzos de julio.

Fueron beatificados el 1 de octubre de 1989 por Juan Pablo II, junto con los otros mártires de Daimiel.

BEATA MARÍA TERESA KOWALSKA

Virgen y mártir († 1941)

Miecislava Kowalska nació en Varsovia en 1902. No se conocen los nombres de sus padres, pero sí se sabe que el padre era simpatizante socialista que en 1920 se marchó a la Unión Soviética con una parte de la familia. Las ideas políticas de su padre no habían impedido que Miecislava hiciera la primera comunión (21 de abril de 1915) y recibiera la confirmación (21 de mayo de 1920). Miecislava quedó en Polonia y al llegar a los 21 años decidió su vocación religiosa e ingresó en el monasterio de Monjas Capuchinas de Przasnysz el 23 de enero de 1923. Ella quería reparar la defección de su familia, que se había dejado imbuir del espíritu ateo. Comenzó su noviciado el 15 de agosto de 1923 y tomó el nombre de sor María Teresa del Niño Jesús. Hizo la profesión simple el 15 de agosto de 1924 y la profesión solemne el 26 de julio de 1928. En el convento ejerció sucesivamente estos oficios: portera, sacristana, bibliotecaria, maestra de novicias y consejera.

Llegada la II Guerra Mundial y ocupada Polonia por los alemanes, éstos arrestaron, el 2 de abril de 1941, a todas las monjas del monasterio y las llevaron al campo de concentración de Dzialdowo. Para entonces sor María Teresa estaba ya enferma de tuberculosis. Las 36 monjas capuchinas fueron recluidas en un único local y sometidas a condiciones horribles de vida. La tuberculosis de sor Teresa avanzó de forma rápida e inexorable, sobreviniéndole numerosas hemorragias pulmonares, hasta que murió piadosamente el 25 de julio de 1941, siendo su cuerpo retirado de la sala, sin que se sepa qué se hizo con él. Las hermanas fueron liberadas dos semanas más tarde pero no pudieron volver al monasterio hasta el final de la guerra.

Fue beatificada el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

26 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Joaquín y Santa Ana, padres de la Santísima Virgen María **.
2. La conmemoración de San Erasto, que en la ciudad de Corinto ayudó al apóstol San Pablo.
3. En Padolirone (Mantua), San Simeón († 1016), monje y ermitaño.
4. En Auch (Aquitania), San Austindo († 1068), obispo.
5. En Verona (Italia), beatos Evangelista y Peregrino, presbíteros († s. XII/XIII).
6. En Sassoferrato (Italia), Beato Hugo de Actis († 1250), de la congregación de los Silvestrinos de la Orden de San Benito.
7. En San Severino Marche, Beata Camila Gentili († 1486), mártir.
8. En Gateshead, junto a New Castle (Inglaterra), Beato Juan Ingram († 1594), presbítero, mártir bajo el reinado de Isabel I*.
9. En Darlington (Inglaterra), Beato Jorge Swallowell († 1594), mártir bajo el reinado de Isabel I*.
10. En Lancaster (Inglaterra), beatos Eduardo Thwing y Roberto Nutter, éste de la Orden de Predicadores († 1600), presbíteros y mártires bajo el reinado de Isabel I*.
11. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Webster († 1641), presbítero y mártir bajo el reinado de Carlos I*.
12. En Phú Yén (Annam), Beato Andrés († 1644), catequista y mártir **.
13. En Rochefort (Francia), beatos Marcelo Labigne de Reignefort, de la Sociedad de Misiones, y Pedro José Le Groing de la Romagère († 1794), presbíteros y mártires*.
14. En Orange (Francia), beatas María Margarita de San Agustín Bonnet y sus cuatro compañeras: Catalina de Jesús (María Magdalena) de Justamont, Ana de San Basilio Cartier, Clara de Santa Rosalía (María Clara) du Bac e Isabel Teresa del Corazón de Jesús Consolin († 1794), vírgenes, de la Orden de Santa Úrsula, mártires en la Revolución Francesa*.
15. En Lóvere (Italia), Santa Bartolomea Capitanio († 1833), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas de la Caridad de la Virgen Niña junto con Santa Vicenta Gerosa (cuya memoria se celebra el 28 de junio) **.
16. En Motril (Granada), beatos Vicente de San Luis Gonzaga Pini-lla, religioso agustino recoleto, y el sacerdote diocesano y párroco de la Divina Pastora don Manuel Martín Sierra († 1936), presbíteros y mártires*.
17. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Tito Brandsma († 1942), presbítero, de la Orden Carmelita, mártir **.
18. En La Valetta (Isla de Malta), Beato Jorge Preca († 1962), presbítero, fundador de la Sociedad de la Doctrina Cristiana **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA ANA

Madre de la Virgen María

Empecemos por afirmar que nada sabemos sobre la santa madre de la Virgen María, Nuestra Señora. Nada rigurosamente histórico. Los cuatro evangelios canónicos, con su sobriedad característica, guardan absoluto silencio sobre los padres de María. Ni siquiera sus nombres nos han transmitido.

Si algo queremos saber acerca de ellos tendremos que acudir a los evangelios apócrifos, ingenuos relatos urdidos por la imaginación fervorosa de los primeros cristianos para completar con ellos los silencios de los evangelios canónicos. En estos escritos —no reconocidos por la Iglesia como revelados— resulta difícil entresacar la verdad del error, aunque bien pudiera ser que gracias a ellos haya llegado hasta nosotros algún dato auténtico silenciado por los cuatro evangelistas. Así, pues, con ingenua sencillez de niños, escuchemos lo que los apócrifos nos han transmitido acerca de la santa mujer que mereció ser la madre de Nuestra Señora y la abuela de Nuestro Señor.

Vivía en aquellos tiempos en tierras de Israel un hombre rico y temeroso de Dios llamado Joaquín, perteneciente a la tribu de Judá. A los veinte años había tomado por esposa a Ana, de su misma tribu, la cual, al cabo de veinte años de matrimonio, no le había dado descendencia alguna.

Joaquín era muy generoso en sus ofrendas al Templo. Un día, al adelantarse para ofrecer su sacrificio, un escriba llamado Rubén le cortó el paso diciéndole: «No eres digno de presentar tus ofrendas por cuanto no has suscitado vástago alguno en Israel».

Afligido y humillado, Joaquín se retiró al desierto a orar para que Dios le concediera un hijo. Mientras tanto Ana se vestía de saco y cilicio para pedir a Dios la misma gracia. No obstante, los sábados se ponía un vestido precioso por no estar bien, en el día del Señor, vestir de penitencia. Estando así en oración en su jardín, suplicaba a Dios con estas palabras: «¡Oh Dios de nuestros padres! Óyeme y bendíceme a mí a la manera que bendijiste el seno de Sara, dándole como hijo a Isaac».

Al decir estas palabras dirigió su mirada al árbol que tenía delante y, viendo en él un pájaro que estaba incubando sus polluelos, exclamó amargamente y con repetidos suspiros: «¡Ay de mí! ¿A quién me asemejo yo? No a las aves del cielo, puesto que ellas son fecundas en tu presencia, Señor».

La humilde súplica de Ana obtuvo una respuesta inmediata de lo alto. Un ángel del Señor se le apareció anunciándole que iba a concebir y a dar a luz, y que de su prole se hablaría en todo el mundo. Nada más oír esto prometió Ana ofrecerlo a Dios al instante. Al mismo tiempo Joaquín recibió idéntico mensaje en el desierto, por lo cual, lleno de alegría, volvió al punto a reunirse con su esposa.

Y se le cumplió a Ana su tiempo y al mes noveno alumbró. Cuando supo que había dado a luz una niña, exclamó: «Mi alma ha sido hoy enaltecida». Y puso a su hija por nombre Mariam.

Al cumplir su primer año, Joaquín dio un gran banquete presentando su hija a los sacerdotes para que la bendijeran. Mientras tanto Ana, dando el pecho a la niña en su habitación, componía un himno al Señor Dios diciendo:

«Entonaré un cántico al Señor mi Dios porque me ha visitado, ha apartado de mí el oprobio de mis enemigos, y me ha dado un fruto santo. ¿Quién dará a los hijos de Rubén la noticia de que Ana está amamantando? Oíd, oíd, las doce tribus de Israel: "Ana está amamantando". Y, dejando la niña en su cuna, salió y se puso a servir a los comensales».

Joaquín quiso llevar a la niña al Templo del Señor para cumplir su promesa cuando la pequeña cumplió dos años. Pero Ana respondió: «Esperemos todavía hasta que cumpla los tres años, no sea que vaya a tener añoranza de nosotros». Y Joaquín respondió: «Esperemos».

Por fin a los tres años fue llevada la pequeña María al Templo, donde el sacerdote la recibió con estas palabras: «El Señor ha engrandecido tu nombre por todas las generaciones, pues al fin de los tiempos manifestará en ti su redención a los hijos de Israel». Y la hizo sentar sobre la tercera grada del altar.

Y sus padres regresaron, llenos de admiración, alabando al Señor Dios porque la niña no se había vuelto atrás.

Con este heroico rasgo de desprendimiento los apócrifos cierran el capítulo dedicado a los padres de la Virgen María.

Después de dejar a su hija en el Templo, Ana se aleja silenciosamente y se esfuma para siempre. Su misión había terminado.

Sin duda, nosotros habríamos deseado saber algo más. Pero, aunque esbozada apenas, es una encantadora y admirable figura de mujer la que se adivina en esos breves trazos.

Una mujer paciente y humilde. Durante veinte años Ana sufre sin queja la tremenda humillación de la esterilidad. Cuando, por fin, su amargura se derrama en presencia del Señor, sus quejas son tan suaves y humildes que inclinan al Señor a escucharla. Su larga prueba no ha endurecido su corazón, no le ha agriado. Es todavía capaz de reconocer que todas las criaturas de Dios siguen siendo buenas y la obra del Señor, perfecta; es ella únicamente la que parece desentonar en este armonioso conjunto. Y —nótese ese detalle de una exquisita femineidad— en honor del Señor, en su día, se viste de gala aunque su corazón esté triste. Toda mujer sabrá apreciar lo que esto supone de delicado olvido de sí.

Una mujer generosa. Pide para tener, a su vez, el gozo de dar. En cuanto tiene la seguridad de haber sido escuchada, su primer pensamiento es devolver algo por la gracia recibida: hará donación a Dios de este mismo hijo cuyo nacimiento se le anuncia.

Una mujer agradecida. En su felicidad no se olvida de dar gracias al Señor. ¡Y con qué júbilo exultante y candoroso! «Oíd, oíd, las doce tribus de Israel: Ana está amamantando!». Ella misma ignora cuán fausta es la nueva que está anunciando a Israel y al mundo entero: «¡Ana está amamantando!».

Una mujer abnegada, dispuesta a desprenderse de su hija para siempre; a privarse de ella cuando sea preciso para darse a los demás. Así, dejando a la niña en su cuna, se dedica a atender a sus invitados.

Abnegada, pero no fría ni insensible. «Esperemos —le dice a su esposo—, esperemos a que la pequeña cumpla tres años [...] No sea que vaya a tener añoranza de nosotros...». Y en su voz temblorosa se adivina la añoranza que está ya atenazando su propio corazón. La vena soterrada de la ternura asoma en estas tímidas palabras de Ana. Y ésta es la pincelada definitiva, la que nos revela su alma entera y nos la hace sentir muy cercana a nuestro corazón.

La crítica moderna está de acuerdo en negar todo fundamento histórico al episodio de la presentación de María al Templo. La costumbre, afirmada por los apócrifos, según la cual los primogénitos, varones y hembras, pertenecían a Dios y debían ser educados en el Templo hasta su pubertad, no existió, en realidad, en Israel. Los primogénitos eran, en efecto, consagrados al Señor, pero rescatados en el acto mediante una ofrenda. Los padres los tomaban de nuevo consigo y eran educados en el seno del hogar. Claramente nos cuenta San Lucas cómo se hizo con el Niño Jesús.

Así, pues, Dios no pidió este sacrificio a la bendita madre de la Virgen María. Pudo Ana guardar a su hija junto a sí, verla crecer sobre sus rodillas, tener el gozo de educarla, disfrutar de su presencia hasta su muerte. Breve sería, sin embargo, su felicidad: de los Evangelios se desprende que María era ya huérfana en el momento de sus esponsales con José, hacia sus quince años.

Dios no pidió a Ana el sacrificio de la separación. Pero le impuso otro sin duda mayor: la dejó en una total ignorancia de su gloriosa misión. Si consideramos la estricta sobriedad de las revelaciones hechas a la propia Madre del Salvador, tendremos que dar por descontado que nunca supo Ana que su hija era una criatura única, excepcional; nunca supo qué nieto iba a tener de ella. No bajó un ángel para revelarle el prodigio que se había realizado en su seno: la concepción sin mancha del único ser humano exento del pecado de Adán (aparte Jesucristo, hombre-Dios).

La separación física de su hija, unas leguas más o menos de distancia entre las dos, habría significado muy poco para Ana si, al dejarla en el Templo, la hubiera sabido inmaculada, llena de gracia, futura Madre de Dios. Fue el desconocimiento de estas grandezas lo que abrió lejanías insondables entre madre e hija. Estar tan cerca del misterio, rozar ya los días tan suspirados de la redención, ser ella misma una pieza tan importante en la precisión del engranaje divino —¡abuela de Dios!— y no tener de ello conocimiento, ¿no es acaso una privación mucho más dura que la impuesta a Moisés, al que se permitió, por lo menos, entrever la Tierra Prometida en la que no iba a poder entrar?

Ana se convierte así en una figura singularmente atractiva, amable y consoladora para cuantos, al trasponer el umbral de la vejez, se sienten de pronto invadidos por la penosa impresión de haber vivido una vida inútil, carente de sentido. Es entonces cuando puede ser alentador el recuerdo de Ana, de su vida oscura, sin trascendencia aparente, en contraste con la altísima misión que estaba cumpliendo sin saberlo.

«¿Quién sabe a lo que uno está destinado? —dice el padre Faber—. Nuestra misión es quizá lo contrario de cuanto hemos pensado; porque las misiones son cosas divinas, ocultas por lo regular, y se cumplen sin que tengamos conciencia de ellas».

Así fue en el caso de Ana.

Hay almas tan completamente entregadas a Dios, tan fieles y tan sencillas, que la Providencia sabe muy bien que puede disponer de ellas sin contar con su consentimiento previo. Almas en estado de disponibilidad total: Dios no tiene por qué molestarse en darles explicaciones. De las tales, Ana es una buena muestra.

Bueno es vivir ignorado de los demás, pero es mucho más seguro todavía ignorarse a sí mismo. Que la santa abuela de Jesús nos haga comprender la segura belleza de su oscuro camino.

DOLORES GÜELL

Bibliografía

Los únicos datos que poseemos proceden de un evangelio apócrifo: *Protoevangelio de*

Santiago, cuyas ediciones y versiones críticas enumeramos a continuación:

AMIOT, F., *Évangiles apocryphes* (París 1952).

BONACCORSI, G., *Vangelii apocryfi*, I (Florenia 1948).

HENNECKE, E., *Neutestamentliche Apokryphen* (Tubinga ²1924).

JAMES, M. R., *The apocryphal New Testament* (Londres ²1953).

SANTOS OTERO, A. DE, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1956; reimp. 2003) 120-129.

TISCHENDORF, C., *Evangelia apocrypha* (Lipsiae ²1876).

• Actualización:

FUNDACIÓN SAN JUSTINO, *El protoevangelio de Santiago* (Madrid 1997).

LLIGADAS, J., *Santa Ana y San Joaquín* (Barcelona ²2001).

SAN JOAQUÍN

Padre de la Virgen María

Es inútil buscar en la Sagrada Escritura una huella, siquiera fugaz, del abuelo materno de Jesús. Las genealogías que San Mateo (1,1) y San Lucas (3,23) incluyen en sus Evangelios dibujan a grandes rasgos el árbol genealógico de Jesús, tomando por puntos de referencia los cabezas de familia, desde San José, su padre legal, hasta Adán, pasando por David y Judá. La línea materna, en cambio, queda silenciada. Ante este problema, y en la necesidad de dilucidar la cuestión de la ascendencia de María, Padres de la Iglesia oriental tan venerables como San Epifanio y San Juan Damasceno no tuvieron reparo en echar mano de una añeja tradición en la que se contienen diversas noticias acerca de los abuelos maternos de Jesús. Por otra parte, el hecho de que tantas veces encontremos representaciones pictóricas y escultóricas alusivas a los primeros años de María, quien aparece reclinada en los brazos de su madre, Santa Ana, y a escenas de la vida pastoril de San Joaquín, a quien se presenta como padre de María, lo mismo en mosaicos bizantinos del Monte Athos que en tablas de la escuela valenciana o castellana, atestigua la raigambre y el favor de que ha gozado en la cristiandad la piadosa tradición que hace a San Joaquín y Santa Ana padres de María y abuelos de Jesús.

Dicha tradición fue recopilada en la Edad Media por Jacobo de Vorágine y Vicente de Beauvais, quienes se encargaron de difundirla por el Occidente, pero ya en el siglo VI había sido aceptada oficialmente por la Iglesia oriental, refrendada como estaba por escritos venerables, cuya antigüedad llega a remontar el siglo II. En todos los datos que dicha tradición recoge acerca de la vida de San Joaquín descansa un fondo de verosimilitud que no puede ser turbado por el carácter apócrifo de los documentos escritos en que están contenidos. Pero ellos no constituyen, naturalmente, un cimiento incommovible, sobre el que se pueda edificar históricamente la vida del augusto abuelo de Jesús: junto al nombre comúnmente aceptado de Joaquín (que significa el hombre a quien Yahvé levanta), se encuentran otros más raros como Cleofás, Jonachir y Sadoch, que no son sino variantes sin importancia de los documentos escritos. Una curiosa tradición

retransmitida por los cruzados hace nacer a San Joaquín en Séforis, pequeña ciudad de Galilea. Otros dicen que fue Nazaret su ciudad natal. San Juan Damasceno dice que su padre se llamaba Barpanther. Según el *Protoevangelio de Santiago*, apócrifo, que se remonta a las últimas décadas del siglo II en su núcleo primitivo, contrajo matrimonio con Santa Ana a la edad de veinte años. Pronto se trasladaron a Jerusalén, viviendo, al parecer, en una casa situada cerca de la famosa piscina Probática. Gozaban ambos esposos de una vida conyugal dichosa y de un desahogo económico que les permitía dar rienda suelta a su generosidad para con Dios y a su liberalidad para con los prójimos. Algunos documentos llegan incluso a decir que eran los más ricos del pueblo y dan incluso una minuciosa relación de la distribución que hacía San Joaquín de sus ganancias.

Sólo una sombra eclipsaba su felicidad, y ésta era la falta de descendencia después de largos años de matrimonio. Esta pena subió de punto al verse Joaquín vejado públicamente una vez por un judío llamado Rubén al ir a ofrecer sus dones al Templo. El motivo de tal vejación fue la nota de esterilidad, que todos por entonces consideraban como señal de un castigo de Dios. Tal impacto causó este incidente en el alma de San Joaquín, que inmediatamente se retiró de su casa y se fue al desierto, en compañía de sus pastores y rebaños, para ayunar y rogar a Dios que le concediera un vástago en su familia. Mientras tanto Ana, su mujer, había quedado en casa, toda desconsolada y llorosa porque a su condición de estéril se había añadido la desgracia de quedar viuda por la súbita desaparición de su marido. Después de cuarenta días de ayuno Joaquín recibió una visita de un ángel del Señor, trayéndole la buena nueva de que su oración había sido oída y de que su mujer había concebido ya una niña, cuya dignidad con el tiempo sobrepujaría a la de todas las mujeres y quien ya desde pequeñita habría de vivir en el templo del Señor. Poco antes le había sido notificado a Ana este mismo mensaje, diciéndosele, además, que su marido Joaquín estaba ya de vuelta. Efectivamente, Joaquín, no bien repuesto de la emoción, corrió presurosamente a su casa y vino a encontrar a su mujer junto a la puerta Dorada de la ciudad, donde ella había salido a esperarle.

Llegó el fausto acontecimiento de la natividad de María, y Joaquín, para festejarlo, dio un banquete a todos los principales de la ciudad. Durante él presentó su hija a los sacerdotes, quienes la colmaron de bendiciones y de felices augurios. Joaquín no echó en olvido las palabras del ángel relativas a la permanencia de María en el Templo desde su más tierna edad, e hizo que, al llegar ésta a los tres años, fuera presentada solemnemente en la casa de Dios. Y para que la niña no sintiera tanto la separación de sus padres procuró Joaquín que fuera acompañada por algunas doncellas, quienes la seguían con candelas encendidas.

Éstos son los detalles que la tradición cristiana nos ha transmitido acerca de la vida de San Joaquín. Todos ligados, naturalmente, al nacimiento y primeros pasos de María sobre la tierra. Si es verdad que buena parte de los referidos episodios deben su inspiración a analogías con figuras del Antiguo Testamento y al deseo de satisfacer nuestra curiosidad sobre la ascendencia humana de Jesús, no lo es menos que todos, en conjunto, ofrecen una estampa amable y altamente ejemplar del padre de la Virgen, que ha sido forjada por muchos años de tradición y que goza del refrendo autorizado de la Iglesia.

AURELIO DE SANTOS OTERO

Bibliografía

Los únicos datos que poseemos proceden de un evangelio apócrifo: *Protoevangelio de Santiago*, cuyas ediciones y versiones críticas enumeramos a continuación:

AMIOT, F., *Évangiles apocryphes* (París 1952).

BONACCORSI, G., *Vangelii apocryfi*, I (Florencia 1948).

HENNECKE, E., *Neutestamentliche Apokryphen* (Tubinga ²1924).

JAMES, M. R., *The apocryphal New Testament* (Londres ²1953).

SANTOS OTERO, A. DE, *Los evangelios apócrifos* (Madrid 1956; reimp. 2003) 120-129.

TISCHENDORF, C., *Evangelia apocrypha* (Lipsiae ²1876).

• Actualización:

FUNDACIÓN SAN JUSTINO, *El protoevangelio de Santiago* (Madrid 1997).

LLIGADAS, J., *Santa Ana y San Joaquín* (Barcelona ²2001).

BEATO ANDRÉS DE PHÚ YÉN

Catequista y mártir († 1644)

El 5 de marzo de 2000 fue beatificado en la Plaza de San Pedro por Juan Pablo II. Andrés nació en la provincia Ran Ran

(Phú Yén) de Cochinchina, actualmente Vietnam. Había nacido en 1625 o 1626. Nos es desconocido el nombre de su familia. Sabemos sólo que el nombre cristiano de su madre era Juana. La madre viuda cuidó y educó con todo esmero a Andrés, de salud bastante precaria, pero despierto de mente y temperamentamente muy bondadoso. Junto con su madre recibió el bautismo en 1641 de manos del misionero jesuita Alejandro de Rhodes. Un año después del bautismo el mismo misionero lo recibió entre sus más estrechos colaboradores, es decir, entre sus catequistas. Era éste un pequeño grupo de cristianos ejemplares, en parte muy jóvenes, que llegaron después a constituir, de hecho, el primer núcleo del clero autóctono en Vietnam. Estos catequistas recibieron una formación muy esmerada en la llamada «casa de Dios», creada por el padre Rhodes. Sus miembros se comprometían con una promesa formal y pública a estar por toda la vida al servicio de la Iglesia, ayudando a los sacerdotes a difundir el Evangelio. Entregados al apostolado y acompañando en sus viajes apostólicos al padre Rhodes, en 1643, el 31 de julio, fiesta de San Ignacio de Loyola, Andrés y alguno de sus compañeros emitieron también el voto de castidad, para estar más libres y dispuestos en su ayuda a los misioneros.

Bien pronto, después de un año de grande y fructífero apostolado fue sometido a la prueba suprema del martirio. La cosa fue así:

Azuzado por Tong-Thi-Toaim, concubina del rey y enemiga acérrima del catolicismo, el gobernador de la provincia de Auang-nam mandó, el 25 de julio de 1644, soldados para que detuviesen al jefe de los catequistas, llamado Ignacio, que había sido antes un alto magistrado del país. Los soldados encontraron sólo a Andrés que, sin preocuparse del peligro que corría, había obtenido del padre Rhodes el permiso para quedarse en la casa para cuidar de algunos enfermos. Los soldados no queriendo volver ante el gobernador con las manos vacías, detuvieron a Andrés, lo apalearon y después de haberlo atado, lo llevaron a una barca para conducirlo al palacio del gobernador, llamado Ông Nghè Bô.

El mismo día 25 de julio, ya anochecido, llevaron a Andrés ante el mandarín. Los soldados le contaron lo sucedido; al no

Andrés había sido muerto por odio a la fe y que había entregado libremente su vida por Cristo.

Comunicándose al Papa todos estos resultados, el Sumo Pontífice ordenó que se confeccionase el Decreto sobre el martirio del siervo de Dios Andrés. Hecho esto, el día 27 de enero de 2000, convocados el Prefecto de la Sagrada Congregación de los Santos, el cardenal ponente de la Causa y todos los demás que suelen asistir, el Sumo Pontífice, presente en la reunión, declaró que consta del martirio y de la causa del mismo del siervo de Dios Andrés, catequista laico, en el caso y a los efectos de que se trata.

Finalmente el siervo de Dios Andrés fue beatificado por Su Santidad Juan Pablo II el 5 de marzo de 2000.

En la homilía de la beatificación de un gran número de siervos de Dios, al referirse al beatificado Andrés, el Papa, hablando en francés, hizo este gran elogio:

«Aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10,32). Estas palabras del Señor, Andrés, de Phu Yên, en Vietnam, las hizo suyas con una intensidad heroica. Desde el día en que recibió el bautismo, a la edad de 16 años, se dio a desarrollar una profunda vida espiritual. En medio de las dificultades a las que se exponían los que se adherían a la fe cristiana, vivió como testigo fiel de Cristo resucitado y, sin descanso, anunció el Evangelio a sus hermanos en el seno de la asociación de catequistas “casa de Dios”. Por amor al Señor, consagró todas sus fuerzas al servicio de la Iglesia, ayudando a los sacerdotes en su misión. Perseveró hasta derramar su sangre, permaneciendo fiel al amor de aquel a quien se había entregado totalmente. Las palabras que repetía encaminándose al martirio son la expresión de lo que animó toda su existencia. “Devolvamos amor por amor a nuestro Dios, devolvámosle vida por vida”».

A continuación le presentó como modelo, diciendo:

«El beato Andrés, protomártir del Vietnam, se da hoy como modelo a la Iglesia de su país. Puedan todos los discípulos de Cristo encontrar en él fuerza y sostén en la prueba, y tener la solicitud de afirmar su intimidad con el Señor, su conocimiento del misterio cristiano, su fidelidad a la Iglesia y su sentido de la misión».

En verdad que este catequista es ejemplo de fidelidad y de fortaleza y estímulo para quienes tienen que vivir su fe entre di-

ficultades y peligros y más ejemplar acaso para quienes pueden vivirla con libertad y sin persecución alguna, y son remisos en su vida cristiana.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Homilía en la beatificación: *AAS* 92 (2000) 424-426.

Decreto del martirio: *AAS* 92 (2000) 583-584.

MOLINARI, P., «Andrea, catequista», en *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) 66-67.

RHODES, A. DE, *Relatione della morte di Andrea catequista...* (Roma 1652; París 1653).

UFFICIO DELLE CELEBRAZIONI LITURGICHE DEL SOMMO PONTEFICE (ed.), «Capella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la Beatificazione dei Servi di Dio André de Soveral e Ambrosio Francisco Ferro [...], Nicolas Bunker Kitbamrung, Maria Stella Adela Mardosewicz, Pedro Calungsod, Andrea di Phú Yën, 5 de marzo de 2000» (Ciudad del Vaticano 2000) 95-98.

SANTAS VICENTA GEROSA Y BARTOLOMEA CAPITANIO

Virgenes y fundadoras († 1847, 1833)

He aquí dos almas gemelas en santidad, en el lugar de cuna y muerte, en la fundación de un mismo Instituto religioso y hasta en su misma canonización, proclamada a la par en la fiesta de la Ascensión del Año Santo 1950 por Su Santidad Pío XII.

Ambas santas son hijas de un mismo pueblo: Lóvere. Pocos paisajes hay más singularmente envidiables en el norte de Italia que el que corona el marco luminoso de esa villa recostada a lo largo de la orilla del Sebino, que desciende de los majestuosos Alpes del Bergamasco, al norte de la Lombardía. Es el 13 de enero de 1807 cuando viene al mundo Bartolomea Capitanio, en el seno de un hogar de mediana condición, elegida por Dios para resplandecer sobre las ruinas morales y sociales acumuladas al principio del 800 por el nefasto influjo de la Revolución Francesa y el jansenismo, como faro de caridad.

Mas tanto Bartolomea como Vicenta Gerosa —anterior en nacimiento (29 de octubre de 1784)— serán desde sus primeros años como flores entre espinas. En sus hogares no reina la paz ni la armonía doméstica. El padre de Bartolomea, comerciante

de comestibles, era demasiado aficionado a la bebida, lo que provocaba en casa turbaciones, disgustos, gritos y lágrimas de la paciente esposa y buena madre cristiana; la cual decidió, para alejar a la inocente criatura de tales escenas, recluir a la muchacha en el pensionado de monjas clarisas de Lóvere, una vez reinstalado su monasterio tras el huracán napoleónico.

En cuanto al hogar de Vicenta Gerosa, su padre, Juan Antonio, era poco inteligente y práctico para los negocios de pieles, y su madre, Jaimina Macario, bastante inepta para las tareas domésticas, todo lo cual originaba continuos roces y mutuas incomprendimientos de carácter. A los diecisiete años murió su padre, y entonces su madre, rechazada por sus parientes y tíos, que estaban en buena posición, tuvo que huir de casa e ir a mendigar, con gran pena de la hija, a la que sus tíos no quisieron soltar de su lado. En 1814, cuando Vicenta iba ya por los treinta años, moría su madre.

Volvamos ahora los ojos a Bartolomea, acogida a los once años al monasterio de clarisas de Lóvere. Cuando la maestra, sor Francisca Parpani, le abrió sus puertas, poco pensaba que adquiriría una joya preciosa, la que luego ella misma había de llamar orgullosamente la *ragazza d'oro* (joven de oro). Era, sí, la edificación de todos. Soportaba las molestias, castigos y aun golpes de sus compañeras en silencio. La maestra la probó con humillaciones, que sabía sobrellevar sin molestarse. «La humildad, la abnegación y la oración me han de santificar», decía ella misma.

Ya aquí, en el pensionado de las clarisas, aparece como confesor y director espiritual D. Angelo Bosio, que fue puesto por la divina Providencia al lado de Bartolomea como su guía, consejero y ángel tutelar de su gran empresa apostólica. Preclaro en virtud y de certera intuición, quedará indeleblemente grabada su figura en los anales del Instituto de las Hermanas de la Caridad, de la que fue inspirador, animador y definitivo sostén. Él intuyó con sagacidad de santo el fondo inmenso de aquella joven, y la ayudó en el camino de la perfección hasta llegar a la meta propuesta.

Mas, entretanto, su madre añoraba a la hija querida. Dos veces llamó a las puertas del pensionado para reclamarla. A la se-

gunda vez, en 1823, Bartolomea, con los encantos de sus dieciséis años, pero más aún con los de su formación espiritual cabe aquellos santos muros, tuvo que regresar al hogar con cierta pena. Conocía la diferencia del remanso de paz del monasterio y la agitación de su casa paterna, a causa del mal ejemplo del padre; pero también aquí vio una gran oportunidad de conducir a su progenitor al buen camino. En efecto, para apartarle del vicio iba ella en su busca por tabernas y mesones, y con sus zalamerías y buenas mañas le convencía a seguirla para casa. Poco a poco el lobo se trocó en cordero, y en siete años la santidad de Bartolomea logró su cometido. El padre moría en 1831 en la paz del Señor, después de haber vivido días tranquilos en la armonía familiar.

Entretanto Bartolomea no se ceñía al apostolado doméstico. Con ser mucho, no habría sido nada para su espíritu dinámico y emprendedor. El párroco de Lóvere le había propuesto sacar el título de maestra para consagrarse a la enseñanza. Parecióle acertada la idea, y así cursó los estudios necesarios para ello hasta obtener el diploma en Bérgamo; pero la enseñanza a los pobres era sólo una parte de su vasto programa. Día tras día confió sus planes a su confesor Dom Bosio. Ella quería abarcar toda clase de obras de misericordia corporal y espiritual.

Su corazón compasivo se estremecía ante tantas necesidades de alma y cuerpo, pero su director quería ver una mayor madurez en su dirigida, y así aguardó hasta seis años —que le parecieron eternos—, al cabo de los cuales la autorizó, con la venia del prelado, monseñor Nava, para echar los primeros cimientos del Instituto religioso con la creación de un hospital a base de sus propias rentas, y del que ella fue su directora. Con el hospital nació también la idea del Instituto de las Hermanas de la Caridad, inspirándose en las reglas del Instituto que había fundado San Vicente de Paúl. Pero ella sola no podía dar un paso. Mas, ¿quién se pondría a su lado en tamaña empresa?

Fue entonces cuando D. Bosio, que conocía a Catalina Gerosa —la que luego cambiaría su nombre en religión por el de *Vicenta*—, puso en contacto con Bartolomea a aquella mujer de cuarenta años, alma sencilla y humilde, desprovista de cultura, pero instruida con las luces del Señor en las cosas de Dios, y

muy conocida en Lóvere también por sus generosas obras de misericordia, dada su mayor holgura económica como heredera del pingüe patrimonio de sus ricos tíos.

Después de algunas dificultades por causas familiares, las dos almas entraron en contacto mutuo, y, compenetradas con el plan de un Instituto religioso de caridad, con el dinero de sus respectivos patrimonios compraron la casa *De Gaya*, el 12 de marzo de 1832. El 21 de noviembre del mismo año emitían sus votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia y caridad, obligándose a ofrecerse a sí mismas y sus bienes en servicio de los pobres. Así quedaba fundada la obra en aquel pequeño nido, al que todos llamarían «conventito» para distinguirlo del convento de las clarisas. Bartolomea organizó el orfanato, la escuela y las congregaciones, dedicando algunas horas del día al hospital, y Vicenta, aunque designada superiora a pesar suyo, asumió las tareas más penosas de la casa, del huerto, de la cocina y asistencia a las huerfanitas y a los enfermos. Careciendo aún de capilla, de buena mañanita corrían a la iglesia de San Gregorio a practicar allí sus devociones y rezos.

La obra estaba en marcha. Cada día eran más las escolares y huerfanitas acogidas. Todo iba muy bien; pero he aquí que el Señor quería para sí a Bartolomea, flor lozana de virtud, a los veintiséis años tan sólo, tras unas fiebres malignas que habían de llevarla al sepulcro en cuatro meses. Resignada, se dispuso a bien morir, consolando a su compañera y prometiendo ayudarla en el Instituto desde el cielo, más que si estuviera en la tierra, y que el Instituto duraría por los siglos de los siglos. Todo lo contrario, empero, parecía humanamente; muerta ella, diríase que desaparecía la obra. Así, al menos, lo creían las gentes de Lóvere, que lloraron unánimemente su muerte; mas los caminos de Dios son muy distintos.

Hasta Vicenta pensó en volver al retiro de su hogar; pero Dom Bosio, aquel director espiritual de ambas almas, logró convencerla haciéndole ver claramente la voluntad divina. Ella debía continuar y perpetuar su empresa. Obedeció dócilmente. Al poco tiempo centenares de fervorosas doncellas llamaban a las puertas del «conventito» para enrolarse en sus filas. Elegida superiora general, presidió durante su vida la toma de hábito de

243 religiosas y fundó 24 comunidades por toda Italia. Se palpaba la promesa de Bartolomea en su lecho de muerte. Cuando Vicenta Gerosa dormía en la paz del Señor el 29 de julio de 1847, a los sesenta y tres años de edad, rica en méritos y en virtudes, el Instituto de las Hermanas de la Caridad quedaba consolidado y agrandado.

Si miramos el cuadro estadístico del Instituto hoy en día —1966—, es realmente impresionante. Sólo en Italia hay 566 comunidades. En misiones de infieles (Bengala, China, etc.) hay setenta. En total, las religiosas son 8.665. No hay obra de misericordia que no caiga dentro del campo apostólico y caritativo del Instituto: desde los asilos, hospitales, enfermerías, orfanatos, leproserías y casas para viudas hasta los reformatorios y cárceles de mujeres, escuelas, colegios, cocinas económicas, comedores de obreras...

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

- Santa Bartolomea Capitanio e Santa Vincenza Gerosa, fondatrice delle Suore di Carità di Loreve* (Milán 1950).
- PIO XI, «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Bartholomaea Capitanio Beata renunciatur»: *AAS* 18 (1926) 267-271.
- «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Famula Vincenza Gerosa Beata renunciatur»: *AAS* 25 (1933) 300-303.
- PIO XII, «Acta Pii PP. XII: In sollemni canonizatione Beatarum virginum Bartholomaeae Mariae Capitanio et Catharinae Vincentiae Gerosa Homilia»: *AAS* 32 (1950) 4-17.
- Actualización:
- CARRARO, M. - MASCOTTI, A., *L'Istituto delle Sante Bartolomea Capitanio e Vincenza Gerosa* (Milán 1987-1996).
- LUBICH, G. - LAZZARIN, P., *Vincenza Gerosa la «sciura» della carità* (Roma 1982).
- PREVEDELLO, M. A., *Santa Bartolomea Capitanio, fundadora de las Hermanas de la Caridad* (Buenos Aires 1958).
- SUORE DI CARITÀ DELLE S. BARTOLOMEA CAPITANIO E VINCENZA GEROSA, *Un istituto tutto fondato sulla carità. Regola di vita delle Suore di Carità delle sante B. Capitanio e V. Gerosa* (Milán 1975).

BEATO TITO BRANDSMA

Presbítero y mártir († 1942)

Se llamaba Anno Sjoerd Brandsma, aunque se le conozca como Tito, el nombre de su padre, adoptado cuando se hizo

carmelita. Nació en la mañana del 23 de febrero de 1881 en una casa de campo a las afueras de Bolsward, en Frisia, la provincia más norteña de Holanda, y fue bautizado aquel mismo día por la tarde en la parroquia de San Martín, regentada por los franciscanos. Fue Anno el quinto hijo de los seis que formaron el hogar de Tito Brandsma y de Tjistje Postma, de sólida tradición católica, cuyo mejor termómetro para medir la sensibilidad religiosa de aquella familia campesina fue que cinco hijos abrazaron la vida sacerdotal y religiosa.

El chaval tenía frágil salud y ánimo dispuesto. Desde luego era avisado, inteligente y tesonero. Sus excelentes cualidades intelectuales orientaron su vida hacia el estudio y la vida religiosa; de hecho, al año de su primera comunión, recibida a los once años, dejó su Frisia natal y por consejo de su párroco, que lo tenía por «muchacho inteligente y juicioso, amante del estudio y generoso amigo de Nuestro Señor», se fue en septiembre de 1892 a un colegio franciscano de Meghen, ciudad en cuyo convento de clarisas había tomado el hábito su hermana mayor. Pero un primo de su madre, sacerdote carmelita, le llevó a conocer la Orden del Carmen. Más tarde, en 1898, confesaría que «la espiritualidad del Carmelo, que es vida de oración y de tierna devoción a María, me llevaron a la feliz decisión de abrazar esta vida».

Entró en el convento de Boxmeer, donde vivían en comunidad cuarenta religiosos, entre sacerdotes, estudiantes y hermanos, tomó el hábito de carmelita y el 3 de octubre de 1899 hacía su profesión solemne. Después estudió filosofía, pero durante esta etapa de su vida comenzó a sentir problemas estomacales que le mantuvieron en reposo durante largas temporadas. Al comienzo de curso de 1902 se tuvo que trasladar al convento de Zendere para estudiar teología, unos estudios que completó en Oss. Por entonces, descubiertas sus inquietudes periodísticas, fundó una revistilla manuscrita con el nombre de *Bautista Mantuano*, que pronto acabó impresa y cambiada de título: *Van Nederlands Carmel*. Escribió en ella numerosos artículos, sin descuidar sus estudios, y la pilotó como jefe de redacción, convencido cada vez más de que la pluma era un extraordinario instrumento de apostolado. Muchos de sus escritos fueron reproducidos

por periódicos de más altos vuelos —*Katholieke Gids* o *Katholieke Sociaal Weekblad*—, pero nadie sospechaba que bajo esa pluma se escondía un joven estudiante.

A los 24 años, recién acabado el tercer año de teología, Tito Brandsma recibe la ordenación sacerdotal en la catedral de Her-togenbosch. La primera contrariedad le llegó cuando, al finalizar sus estudios en Oss, no le concedieron el título de lector, aunque era a juicio de sus compañeros el más idóneo para la enseñanza universitaria, y todo porque un profesor inflexible lo tachaba de «peligroso». El contratiempo lo comentaría años después con paladina humildad refiriéndose a los «provechosos consejos» del maestro con quien mantuvo las disputas: «No creía que fuera algo malo, dado que se trataba de temas libres». Fue, sin duda, una prueba, pues en seguida se enderezó el camino para que fray Tito fuese a estudiar a Roma. Se curaba en salud ante el Provincial recordándole que algunos pensaban lo peligroso de su modo de opinar en cuestiones teológicas. «Razón de más para que vayas a Roma», le contestó.

Y a Roma se fue, al Colegio internacional de San Alberto, a estudiar filosofía en la Universidad Gregoriana y seguir al mismo tiempo cursos de sociología. Pese a sus dolencias, que distraía con algún reposo en conventos italianos, aún hacía gala del humor que nunca le abandonó. Podía escribir con sorna en una carta, a propósito de la abundancia del menú: «Con la comida del colegio no me cuesta poner en práctica la máxima que alaba el levantarse de la mesa con algo de apetito». Un mal día, después de obtener la licenciatura en filosofía, cayó desvanecido y tuvo que interrumpir su curso de doctorado. Guardó cama durante tres meses en Holanda, pero al fin superó tanto la prueba física como la académica. Era el mes de octubre de 1909.

Volvió Tito a su Holanda natal dispuesto a emprender su vida de apostolado. Le nombraron profesor de filosofía en el seminario carmelita de So, primer escalón hacia las aulas universitarias. Se dedicó a la educación católica y fundó la «Unión de las Escuelas Católicas». Pero sobresalió, ante todo, como publicista. Editó la revista *Carmelrozen*, que llegó a tirar 13.000 ejemplares, y aparecía su firma en periódicos holandeses e internacionales como *De Tijd*, *De Gelderlander* o *Ons Noorden*. Cogió el

timón de *De Stad Oss*, que estaba a punto de desaparecer, y le dio un nuevo impulso —desde 1918 hasta 1923— de carácter formal y de contenidos. Por esta época se ocupó de una tarea eminentemente carmelitana: preparar la traducción y comentario de las obras de Santa Teresa.

En 1923 iba a nacer la universidad católica de Nimega. Desde el primer momento contó con Tito Brandsma como profesor de filosofía e historia de la mística, una tarea que le mantendría alejado durante toda la semana de la vida conventual. Fue un profesor ameno y convincente que fuera de horario se comportaba como un amigo con los alumnos. Al año de abrir la universidad ya se comprometió con el proyecto de editar textos y estudios de Nimega y de reunir una biblioteca espiritual que llegó a contar con 17.000 manuscritos. No tardó en nacer en Nimega un Carmelo cuya iglesia sirvió de capilla universitaria. A todo esto, Tito, en su empeño por acopiar documentación sobre literatura mística, quiso conocer de cerca a los maestros españoles del Carmelo, y muy en especial a Santa Teresa de Jesús, razón por la que viajó a España en 1929 y visitó Barcelona, Burgos, Madrid, Toledo, Sevilla y Ávila. Años más tarde, en 1935, visitaría Estados Unidos para dar conferencias sobre espiritualidad carmelitana.

No es difícil imaginar a Tito Brandsma en su época de infatigable periodista, asiduo firmante de artículos en periódicos y revistas, amigo y consejero de los periodistas católicos, embarcado en el ejercicio pastoral de la prensa. No es difícil porque hay fotografías que lo muestran sonriente, con hábito, gafas de aro, peinado hacia atrás, ante su mesa de trabajo y escribiendo en una máquina de escribir portátil; o empuñando su pipa retacada de oloroso tabaco holandés en el patio conventual de Nimega. Había desempeñado ya por entonces, durante el curso 1932-1933, el cargo de rector magnífico de la Universidad y había movido todos los palillos para que los alumnos más pobres disfrutasen becas de estudio. Cargado de trabajo, estaba siempre dispuesto a salir del convento y ayudar a otras personas, «dejaba a Dios por Dios». Más de una vez le echaron en cara sus superiores que se ocupase de tantas cosas, una actividad frenética que debilitó su salud y le mantuvo en crisis, con altibajos, desde 1937 hasta 1940.

Desde luego profesor, pero ante todo y siempre carmelita. Para él la vida en comunidad era como un recordatorio de la comunión de los santos y la misa «el mejor bocado del día». Cuando fue prior en Nimega conciliaba la observancia con la cordialidad entre los frailes del convento, decía que «la oración es una vida, no un oasis» y que «nuestro deber es, a ejemplo de María, concebir en nosotros a Jesús». Además, había elegido como lema de vida el «nada te turbe / nada te espante...» de Santa Teresa.

Su nombramiento como asistente eclesiástico de la Unión de Periodistas Católicos fue recibido con entusiasmo. Pronto se distinguió el padre Tito como consejero, conciliador, fundador de una cátedra de periodismo en la Universidad de Nimega, colaborador infatigable en los medios, aunque su labor más comprometida y enérgica en sus actividades periodísticas se produjo a raíz de la invasión de Holanda por los ejércitos alemanes, en mayo de 1940. En una de sus cartas familiares, escribía: «Lo que más me preocupa es la prensa, dadas las limitaciones que nos imponen y los embustes que propalan».

Los judíos, la enseñanza y la prensa católica eran las tres obsesiones de los nazis durante la ocupación. El padre Brandsma, secundando la pastoral conjunta del episcopado holandés contra el nazismo, publicada en enero de 1941, libró una batalla admirable en defensa de la enseñanza católica como presidente de la Unión de Escuelas Católicas, y por supuesto en defensa de la prensa católica. Los alemanes enviaban a los periódicos propaganda nazi con la obligación de insertarla; los periodistas, por su parte, celebraron un congreso para unificar criterios y ofrecer resistencia a los ocupantes.

Se lamentaba Brandsma de las muchas dificultades para el entendimiento, y eso que «la prensa —escribía— después de los templos, es el primer púlpito para enseñar la verdad. Es la fuerza de la palabra contra la violencia de las armas». La decisión episcopal de negar los sacramentos a quienes se alistasen en las organizaciones nazis, hizo que Tito Brandsma pusiera toda su carne en el asador para actuar con valentía. En el periódico *De Gelderlander*, donde ejercía de censor, seguían llegando consignas nazis para su publicación, pero acababan en la papelera, lo

cual motivó un comunicado de la «Corporación de educadores» que recibió también el mismo destino. El director fue llamado al orden y amenazado con la destitución.

La cosa se agravaba. El padre Brandsma, de acuerdo con el arzobispo de Utrecht, adoptó «una firme voluntad de resistencia» a las pretensiones nazis. Con fecha 31 de diciembre de 1941 escribió una carta dirigida a los periodistas católicos exponiendo sus directrices. Decía, entre otras cosas, que «el episcopado holandés se ve obligado a oponerse a un movimiento político que ataca a los dogmas y propaga principios que son contrarios a los de la Iglesia», que algunos directores «se encuentran frente a un deber especialmente difícil por lo arriesgado que resulta el distinguir entre lo que debe o no debe tolerarse» y elogiaba en nombre del episcopado el esfuerzo de muchos «en mantener el carácter católico para su periódico». A propósito de la orden que obligaba a la publicación de los comunicados del nacional-socialismo, añadía:

«Los periódicos católicos no pueden acoger tales órdenes, si no quieren actuar contra las disposiciones de sus obispos, que prohíben apoyar ese Movimiento [...] No hay otra alternativa. Se ha rebasado ya con creces el límite. Estoy seguro de que, ante esta difícil coyuntura, los periodistas católicos sabrán ser coherentes con su fe y seguir unidos en la línea de conducta que la jerarquía les ha trazado. Cuanto más unidos nos sintamos, más fuertes seremos».

Y acababa la carta con estas palabras:

«Comprendo perfectamente que estas disposiciones son duras... pero deben comprender que actuando en contra se harían cómplices de todo el mal que llevan a cabo aquellos que quieren violentar las conciencias [...] Dios tiene la última palabra y él sabrá recompensar a sus fieles servidores».

La carta fue entregada personalmente por Tito Brandsma a los obispos y a los directores de periódicos en los primeros días de 1942. El obispo de Huibers le advirtió del «serio peligro de muerte» que corría por haberla escrito. Y así fue: el día 7 de enero, el jefe de prensa del Reich le enviaba a su comisario en La Haya esta orden contra Tito Brandsma: «Para evitar que este movimiento de oposición se haga más fuerte debe ser arrestado inmediatamente y enviado a un campo de concentración».

Un amigo acudió a Nimega para avisar al prior que había una orden de arresto contra Tito por sabotaje, y al mismo tiempo le pedía que lo ocultara en algún convento. No hubo consejo que valiera. El padre Brandsma no estaba dispuesto a esconderse. El 14 de enero se recibió en el convento una llamada telefónica de un supuesto estudiante que preguntaba por el profesor. Como le dijeron que estaba de viaje —se hallaba en Amsterdam— quiso saber cuándo volvería. El 19 por la tarde regresó a Nimega, y a los pocos minutos de entrar en el convento, aparecieron en la portería dos jóvenes que querían hablar con él. Uno de ellos se presentó como Steffen, agente de la Gestapo, y le dijo en alemán que quedaba detenido. Registraron su habitación y se incautaron de numerosos papeles que juzgaron útiles para su acusación. Le hicieron cambiar el hábito por un traje negro y tomaron el tren de las 7,35 con destino a Arnhem. Al salir, saludó al prior y a los demás frailes mientras les pedía que rezaran por él.

Aquella noche quedó recluido en la cárcel de Arnhem, pero a la mañana siguiente lo trasladaron a la prisión de Scheveningen, cerca de La Haya, donde le asignaron la celda 577. El 21 de enero fue llevado ante el sargento mayor Hardegen para ser interrogado. Le preguntó por el conflicto entre la prensa católica y las autoridades nazis, por la finalidad de sus visitas a los periódicos y por el supuesto sabotaje de la Iglesia en esta intervención. El padre Tito afirmó que la Iglesia católica de Holanda obedecía las órdenes de los ocupantes mientras no contradijeran sus sagrados principios.

«Cuando se da esta contradicción —dijo— la Iglesia rechaza toda colaboración y acepta las consecuencias que de ello puedan derivarse [...] la Iglesia combate el nacionalsocialismo no por ideas políticas sino por razones doctrinales y religiosas».

Días después se cursaba a Berlín un oficio acusando a Brandsma de «desacreditar al gobierno alemán y al nacionalsocialismo». La conclusión era contundente: «Es un hombre peligroso, no tenemos intención alguna de dejarlo libre hasta el fin de la guerra. La cárcel es el lugar apropiado para él».

En su celda 577 escribió Tito Brandsma un diario, además de varias cartas, unos versos y varios capítulos de la vida de

Santa Teresa. Describe la disposición de la celda y cuenta con detalle cómo empleaba su tiempo. Recién levantado, con su pijama de rayas, después de santiguarse y saludar a la Virgen del Carmen que tiene sobre una rinconera, confiesa:

«Me arrodillo en las mantas sobre la estera y celebro la “misa”, hago la comunión, espiritual se entiende, y la acción de gracias. ¡La celebración es más breve y muy diferente de la del convento! Pero es un buen principio del día».

Recita el breviario a sus horas y cumple el horario que le imponen en la cárcel, lee, puede fumar hasta que el día 29 de enero le retiran la pipa y el tabaco. En medio de aquella angustiada vida, Brandsma era capaz de sonreír a sus compañeros de prisión. «Cuando alguien en esas condiciones se comporta así —escribió el coronel Fogtelo— es, sin duda, un hombre espiritualmente fuera de lo común».

Tras 53 días de reclusión en Scheveningen, fue enviado al campo de Amersfoort con un centenar de prisioneros. Llegaron el 12 de marzo a las nueve de la mañana bajo una intensa nevada. Les hicieron vestir un uniforme militar y en la guerrera tuvieron que coser un número y un distintivo de preso político. A Tito le tocó el 58. El campo era —según Fogtelo— «un infierno en la tierra, dirigido por una manada de bestias», donde imperaba la violencia. En aquel campo de concentración Tito trabajó primero de leñador y después pelando patatas, pero ante todo fue animador espiritual de un grupo de prisioneros cristianos a los que despedía cada noche trazando sobre su mano una cruz. Un día cayó enfermo de disentería y fue llevado junto a otros enfermos al barracón 4 donde, olvidando su estado, se ganó la consideración de «hombre más amable del campo». Morían allí a montones. Cuando fue dado de alta, por semana santa, disfrutó unos días de convalecencia y celebró reuniones clandestinas con sus compañeros en las que leían los textos de la misa y hacían una comunión espiritual. El día de Viernes Santo Tito les dijo:

«Hoy es para nosotros una gran fortuna poder conmemorar la Pasión de Cristo [...] en este día debe reinar entre todos una atmósfera de gozoso agradecimiento, porque podemos contemplar la Pasión del Señor unida a nuestro dolor».

El 28 de abril de 1942 fue conducido a la cárcel de Scheveningen y encerrado en la celda 632, para someterse a un nuevo interrogatorio. La primera pregunta consistía en comprobar si las penalidades sufridas le habían hecho cambiar de opinión. Todo lo contrario, se reafirmaba en sus posiciones. Respondió sobre sus clases de nacional-socialismo y algunas cuestiones relacionadas con la enseñanza y sus alumnos judíos. Aquel mismo día, 6 de mayo, el juez nazi le comunicó que sería enviado al campo de concentración de Dachau, cerca de Munich, en Alemania. Inmediatamente pudo telefonar a su prior de Nimega y escribir una carta a sus familiares en la que les pedía «a todos, también a los niños, que recéis por mí».

Cruzaron la frontera alemana en la ciudad fronteriza de Kleve, en cuya prisión compartió celda con un pastor protestante del que se hizo amigo. Tenía capilla la cárcel y un capellán que celebraba la misa los domingos y a la que el padre Tito pudo asistir en aquella temporada. Este capellán escribiría años después: «Tuve la impresión de haber encontrado en el padre Tito a un santo, a un mártir de la fe». El mismo capellán creyó en la posibilidad de que pudiera cumplir el arresto domiciliario en un convento alemán, y se hicieron gestiones al respecto. Incluso le aconsejaron que presentara un recurso al servicio de seguridad de La Haya exponiendo su estado de salud. Al día siguiente de firmarlo salía una expedición de cuarenta presos, entre ellos el padre Brandsma, para el campo de Dachau.

Era el 13 de junio. Iban al tren, de dos en dos, encadenados. En Gladbach se les unieron prisioneros belgas, muchos de ellos sacerdotes, llegaron a Francfort el día 15 y pernoctaron en la cárcel. Tres días en Nuremberg y a las cinco de la tarde del 19 de junio de 1942 llegaban a la estación de Dachau, donde les esperaban oficiales de las SS que, entre voces y culatazos, les hicieron subir a unos camiones. Una vez en el campo, otros oficiales, látigo en mano y armados, les hicieron formar a la entrada para su identificación y apertura de expediente. Fotografías de frente y de perfil, huellas dactilares, afeitado total, ducha y entrega de ropa, entre la diversión y la burla de los guardianes, que no se privaban ni de la humillación ni de la tortura. A Tito Brandsma le pusieron el número 30.492 y un distintivo triangu-

lar rojo de «político». Lo mandaron al barracón 28, «un pequeño convento» —decía él— porque allí se encontró a cuatro sacerdotes más y a un hermano carmelita. En aquel infierno del campo, con miles de presos convertidos en números, había más de doscientos mil hombres que acabarían muchos de ellos asesinados o en cámaras de gas.

Tenía 61 años el padre Brandsma cuando ingresó en el campo de Dachau, un lugar donde no se respetaban los derechos humanos. Dormían en literas de a tres y estaban sometidos a un horario insoportable que consistía en trabajar de sol a sol bajo una estricta vigilancia. Brandsma trabajó en una finca de 83 hectáreas arrancando hierbas, transportando aperos o arrastrando carretas, pero este tipo de actividad, en persona dedicada a trabajos intelectuales y de frágil salud, le traía no pocas dificultades, agravadas por golpes e insultos de los guardianes. Se admiraban sus compañeros de cómo soportaba este trato «con calma y tranquilidad». La desnutrición y el trabajo inhumano acrecentaba sus enfermedades, y sobre todo el trato brutal que recibía.

Le propinaron una paliza porque un día se olvidó de las gafas y otra por una inspección de pies, pero en esta ocasión llevaba consigo en el estuche de las gafas una hostia consagrada, de tal manera que cuando un compañero se le acercó a preguntarle si le habían hecho daño, respondió: «Oh, hermano, yo sabía a quién llevaba conmigo». Y es que en el barracón 26 del campo había una capilla a la que podían acudir sólo los sacerdotes alemanes, sin embargo éstos buscaban el modo de que, clandestinamente, tanto los demás sacerdotes como los seglares católicos pudieran recibir la comunión, y para ello escondían las formas consagradas en papelitos o en paquetes de tabaco con el fin de distribuirlos.

La última carta que escribió Brandsma se la dirigió a sus familiares, y les decía para tranquilizarlos que se encontraba bien, que «puede uno resistir, con la gracia de Dios». Un día le golpeó un guardia en la espalda y le tuvo de rodillas a la intemperie durante cuatro horas mientras llovía. Cuando le preguntó un compañero por aquellos torturadores, no obtuvo más respuesta que ésta: «Me inspiran tanta compasión que no puedo desearles mal

alguno». Y decía que rezaba por ellos: «¡Quién sabe! Quizá aún quede en ellos algún sentimiento».

Aquellas cuatro horas bajo la lluvia acabaron con las pocas fuerzas que le quedaban y sintió que no podía más. Tosía y respiraba con dificultad. Se agravaba de tal modo su salud que sus compañeros holandeses acudieron al jefe de sección por si había alguna posibilidad de internarlo en la enfermería. Era el 18 de julio de 1942. Y el padre Brandsma se resistía a ingresar en la enfermería porque se sabía que los enfermos eran sometidos como cobayas a experimentos bioquímicos.

Permaneció una semana en la enfermería deshaciéndose en delicadezas con los enfermos y moribundos. «Estaba corporalmente acabado —cuenta el pastor Overduim—, delgado y con las piernas hinchadas por el edema, pero espiritualmente fuerte, amable y alegre en el Señor». El doctor Fritz Kuhr, católico, que tenía amigos en el barracón de sacerdotes alemanes, ante la gravedad del padre Tito, hizo de tarsicio y le llevó varias veces el viático.

Una enfermera de las SS que testificó en 1956 en el Proceso de beatificación de Tito Brandsma contó los últimos momentos de aquel prisionero en el hospital de Dachau. Después de reconocer que gracias a su intercesión encontró el camino recto, dio testimonio de su bondad, de su buen humor y de cómo al comunicarle que debía someterse a un experimento médico, respondió: «Hágase, Señor, tu voluntad».

El relato explica, entre otras cosas:

«Ordinariamente, los enfermos se ocupaban sólo de sí mismos, pero el padre Tito estaba siempre de buen humor y era el apoyo de todos, en particular de mí. Era, indudablemente, un santo, de otro modo no hubiera sido capaz de ser así. Estoy convencida de que en él había algo sobrenatural [...] Los dos últimos días de su vida los pasó en coma. El primero de ellos deliraba. El médico me dijo que le pusiera la inyección de gracia (ácido fénico). Cuando me lo ordenó era la una y media de la tarde. El mismo médico (el doctor Wolter) preparó la inyección, cosa que hacía siempre personalmente. Después la puse yo misma en la vena del padre Tito [...] Le puse la inyección hacia las dos menos diez. Todo esto tuvo lugar el día 26 de julio de 1942. [...] Murió a las dos de la tarde. Yo misma estaba presente en su muerte, así como el médico con el fonendoscopio para cubrir las apariencias. Apenas dejó de latir su corazón, me dijo el médico: “Ya ha muerto este cerdo maldito”».

Introdujeron su cuerpo en una carreta y lo llevaron a un horno crematorio para incinerarlo tres días después. Son muchos los compañeros de prisión que han atestiguado por escrito que era un santo, que pagaba los agravios como Jesús: «Perdónales, Señor, porque no saben lo que hacen». En la homilía de la beatificación, celebrada en la basílica de San Pedro de Roma el 3 de noviembre de 1985, decía Juan Pablo II: «En medio de este castigo, en medio del campo de concentración, que sigue siendo la afrenta vergonzosa del siglo XX, Dios ha encontrado a Tito Brandsma digno de sí».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

ALZIN, J., *Ese frailecito peligroso: Padre Tito Brandsma, carmelita* (Madrid 1956).

ARRIBAS, M., *El precio de la verdad: Tito Brandsma, carmelita* (Roma 1998).

AUKES, H. W. F., *Het leven van Titus Brandsma* (Utrecht 1961).

Ecclesia (1985) n.2246, p.8-11.

Homilía en la beatificación (3-11-1985): *Ecclesia* (1985) n.2246, p.8-9.

VALLAINE, F., *Un giornalista martire: Padre Tito Brandsma* (Milán-Roma 1961).

BEATO JORGE PRECA

Presbítero († 1962)

La semblanza del Beato Jorge Preca (1880-1962), un santo de nuestros días, es prueba palmaria de cómo el Espíritu Santo despierta en la Iglesia, cada momento de su peregrinación histórica, los carismas que le son más necesarios y oportunos.

Pionero en los frentes más modernos del apostolado y en los más actuales arcópagos, es modelo ejemplar en su prioritaria dedicación a fundamentar la vida cristiana en los sólidos cimientos de una catequesis plenaria e integral, en la línea de la mejor tradición de la Iglesia.

Maestro y testigo, aseguró la pervivencia de su apostolado con la «Sociedad de la Doctrina Cristiana», por él fundada. Nació en La Valetta (Malta), el 12 de febrero de 1880. La república actual de Malta, independiente desde 1964, estaba entonces bajo el poder colonial del Reino Unido. El archipiélago, formado por las islas de Malta, Gozo y Comino, con los islotes inha-

bitados Cominotto y Filpola, se alza sobre el azul del Mediterráneo a 80 kms. de Sicilia y a menos de 300 kms. de las costas africanas. Tiene un encanto sutil a pesar de su áspera aridez y el sol implacable. Sin embargo, a través de los siglos, Malta ha sido extraordinariamente generosa y fértil en los campos del espíritu. Por su estratégica posición, ha sido codiciada e invadida mil veces a lo largo de su historia milenaria. Después de una civilización megalítica, con huellas prehistóricas notables, se convirtió en estación de los fenicios, y experimentó la influencia griega, cartaginesa y romana.

Conquistada más tarde por los bárbaros y los árabes, el normando Roger de Sicilia se adueñó de ella en 1090. El año 1530, Carlos V la cedió a los Caballeros Hospitalarios que, desde entonces, cambiaron el nombre por el de Caballeros de Malta. En 1798 se apoderó de ella Napoleón Bonaparte y, en 1800, la conquistaron los ingleses.

Encrucijada de civilizaciones y culturas, jamás se ha borrado la huella de San Pablo que naufragó junto a sus costas y fue su primer evangelizador. La fe inquebrantable del pueblo maltés ha permitido a esta roca, alzada sobre el mar, ser la buena tierra de la que habla el Evangelio. El 93 por 100 de sus casi 400.000 habitantes actuales, son católicos.

Jorge Preca era el séptimo de los nueve hijos de Vicente y Natalia Ceravolo, padres cristianos muy piadosos, pertenecientes a la clase media. Vicente era comerciante de telas, y llegó a ser inspector de sanidad; la madre estaba dedicada a la enseñanza.

Con este ambiente tan propicio a una educación esmerada, tras una infancia feliz y una adolescencia tranquila, muy pronto sintió Jorge la llamada al ministerio sacerdotal. Pasó con toda naturalidad de los centros de enseñanza media estatales al seminario diocesano. Allí destacó principalmente en el conocimiento y dominio de la lengua latina y en unas cualidades pedagógicas notables.

Desde muy joven ejercía benéfico influjo en los muchachos que se le acercaban atraídos por su simpatía acogedora. Demostró su temple apostólico instruyéndoles en el catecismo e infundiendo en sus corazones la piedad cristiana y el amor a la cruz

de Cristo. Eran las primicias primaverales de su gran obra futura. Ya de seminarista escuchó las proféticas palabras de uno de sus formadores: «Jorge, cuando seas mayor, muchos de los que temen al Señor se estrecharán a tu alrededor. Tú serás una bendición para ellos y ellos la serán para ti».

Fue ordenado sacerdote en las vísperas de la Navidad, el 22 de diciembre de 1906. Era especialmente devoto del misterio de la Encarnación y más concretamente de las palabras acuñadas por el evangelista San Juan en el prólogo de su evangelio, *Et Verbum caro factum est* («Y el Verbo se hizo carne») (Jn 1,14). Repetía y glosaba: *Verbum Dei caro factum est* («La Palabra de Dios se encarnó»). Era el fundamento de su vocación y de su apostolado. En cierto sentido el Verbo divino se encarna continuamente en el cuerpo místico, la Iglesia. La semilla de la Palabra de Dios se siembra en el corazón de las personas para que Cristo viva en ellas.

Dondequiera que iba, don Jorge era seguido por una muchedumbre de personas fascinadas por sus palabras. ¿Por qué? Porque reconocían en la predicación de don Jorge la voz del mismo Jesús. Escuchaban al Señor mismo. Eran atraídos por el encanto irresistible de Cristo. Sabían que era el único en condiciones de satisfacer los deseos más hondos de su corazón. La belleza de la santidad que se encuentra en sumo grado en Jesús, se refleja en los santos, transparentes para esa luz. D. Jorge mostraba el rostro de Jesús resucitado. Por eso convencía y conquistaba las almas de modo sorprendente. Y éste es el secreto y el sello que imprimió en la «Sociedad de la Doctrina Cristiana».

Ésta fue aprobada el año 1931 por el obispo Mauro Caruana, a los 25 años de su fundación. Los estatutos, redactados por D. Jorge, obtuvieron la aprobación el 12 de abril de 1932. En ellos refleja su espíritu contemplativo para la eficacia de la acción apostólica. En la profundidad de la contemplación se descubre la gloria de Dios que está reflejada en el rostro de Cristo (cf. 2 Cor 4,6). Por este motivo la regla de vida exige intensa oración y frecuente comunicación con los guías espirituales en el camino de la fidelidad.

Contemplar el rostro de Cristo es colmarse de energía para la misión. Desde la contemplación surge la llamada a ser misio-

neros. No sólo como maestros sino también como testigos que pueden hablar con la misma fuerza de los primeros discípulos: «Hemos visto al Señor» (Jn 20,25).

El Beato Jorge fue maestro y testigo, por eso le escuchan con gusto los hombres de nuestro tiempo, que no se fían de las solas palabras. San Pablo, en su carta a los Gál 1,16, escribe: «Dios tuvo a bien revelar a su Hijo en mí y hacerme su mensajero entre los paganos». No habla de Cristo revelado a mí, sino en mí. Está tan lleno de Cristo que llega a decir: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20). Toda su vida, lo que hace, dice y piensa, su corazón y su palabra, se convierten en revelación de Jesús al mundo. Éste es el misterio de la vocación sublime de Pablo, del Beato Jorge y de sus compañeros y aun de todos los cristianos.

La misión de la «Sociedad de la Doctrina Cristiana» (*Societas Doctrinae Christianae*), fundada por el Beato Jorge, es propagar la Buena Nueva de Cristo en el pueblo, a través de la enseñanza asidua y profunda del catecismo vivido. Se dirigía a todos, pero con preferencia a los niños, adolescentes y jóvenes.

Esta fundación era y es conocida como *MUSEUM*, que es el emblema de su ideal. La sigla de seis letras significa: *Magister: Utinam Sequatur Evangelium Universus Mundus* («Maestro, ojalá el mundo todo siga el Evangelio»).

Es un deseo vehemente y una plegaria que refleja exactamente el mandato misional del Señor: «Id y haced discípulos [...] enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado» (Mt 28,19-20).

Se distinguió también el beato en el campo del apostolado de la prensa. Escribió muchos libros de espiritualidad popular que siguen leyéndose y estudiándose hoy, con numerosas ediciones.

Lleno de años y de méritos, murió con gran fama de santidad el 29 de julio de 1962. El 13 de marzo de 1975, la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos firmaba el *Nil obstat* para que se abriera el proceso de beatificación. El decreto declarando sus virtudes heroicas se publicó el año 2000.

Juan Pablo II concluyó en Malta su peregrinación jubilar ilusionada, en seguimiento evocador de la historia de la salva-

ción. Desde la tierra de Abrahán al Sinaí, donde Dios entregó los diez mandamientos, por Tierra Santa donde tuvieron lugar los grandes acontecimientos de nuestra redención, hasta recorrer las huellas de San Pablo en sus rutas apostólicas.

Después de 11 años de su primera visita pastoral, por segunda vez llegaba el Santo Padre a la isla que tantos y tan vivos recuerdos guarda del «apóstol de las gentes», su padre en la fe. Allí arribó Pablo después de un terrible y dramático naufragio, cuando era llevado prisionero, camino de Roma, lugar de su martirio. El libro de los Hechos (27,39-44) nos da detalles de la azarosa travesía y del desamparo de la tripulación y los pasajeros, cuando el barco quedó encallado y comenzó a hacerse pedazos. Aquí en Malta, Pablo y sus compañeros náufragos fueron tratados con «toda clase de atenciones» (Hch 28,2). Aquí dio testimonio de Cristo y curó al padre de Publio y otros enfermos de la isla (Hch 28,8).

Como otrora Pablo, el sucesor de Pedro visitó a los malteses para confirmarlos en la fe y alentarles en la esperanza y el amor cristiano. Y para animarles a dar los frutos abundantes de los santos, decidió celebrar solemnemente, no en Roma sino en la capital de su patria, a Jorge Preca e Ignacio Falzón, junto con la hija adoptiva de Malta, María Adeodata Pisani.

Jamás en su larga historia se había concentrado en Malta una muchedumbre tan grande y fervorosa como la que participó en la Plaza de los Graneros de Floriana, La Valetta, el 9 de mayo de 2001.

La Valetta está situada sobre una península, entre dos golfos muy ramificados, alrededor de los cuales Sliema y Hamrun forman una aglomeración urbana casi continua, mirando al mar.

En torno a Juan Pablo II y el altar de la concelebración, se apiñó la muchedumbre. Fue una jornada inolvidable la exaltación a los altares de los beatos malteses en el ambiente mismo donde ejercieron su apostolado.

Ante todo el Papa recordó el testimonio evangélico de los malteses a lo largo de dos milenios. Fieles al apóstol Pablo, se han distinguido en la Iglesia por su piedad y su celo misionero. La secular herencia cristiana es un don que entraña una gran responsabilidad.

Los nuevos beatos tomaron a pecho las palabras de la segunda carta a Timoteo (2 Tim 2,8.12): «Haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos [...] Si perseveramos reinaremos con él». Los tres beatos desde el cielo invitan a escalar las cumbres de la santidad que ellos alcanzaron por la gracia de Dios correspondida.

Después de esta introducción general, se fue deteniendo en cada uno de los tres beatificados. Al primero de ellos le dedicó esta semblanza sintética y certera:

«Desde su muerte en 1962 —poco antes de que se inaugurara el Concilio Vaticano II—, el Beato Jorge Preca ha gozado de fama de santidad tanto en Malta como en todo lugar en que se hayan establecido malteses. “Dun Gorg” fue pionero en el campo catequético y en la promoción de la misión de los laicos en el apostolado, aspecto éste que el Concilio acentuaría de especial manera.

De este modo se transformó, por así decirlo, en el segundo padre de la fe de Malta. Abrazando la mansedumbre y la humildad y empleando plenamente los talentos de mente y corazón recibidos de Dios, Dun Gorg hizo suyas las palabras de Pablo a Timoteo: “Lo que me oíste a mí, garantizado por muchos testigos, confíalo a hombres fieles, capaces, a su vez, de enseñar a otros” (2 Tim 2,2).

La Sociedad de la Doctrina Cristiana por él fundada continúa su labor de testimonio y evangelización en estas islas y en otros lugares [...] Hoy la Iglesia que está en Malta llama a Jorge Preca Beato, pues sabe que es para ella fuente local de luz y fuerza.

En sus escritos sobre la mansedumbre Dun Gorg exhorta a los hermanos cristianos a seguir el ejemplo de Cristo crucificado perdonando toda ofensa (cf. Lc 23,34). ¿No resulta tal vez este mensaje de respeto y perdón mutuos harto necesario en la actualidad tanto en Malta como en el mundo entero?

Así es: la mansedumbre de las Bienaventuranzas tiene el poder de transformar la familia, el ambiente de trabajo y la escuela, ciudades y pueblos, política y cultura. ¡Puede cambiar el mundo! “Dichosos los sufridos porque ellos heredarán la tierra” (Mt 5,5).

Durante el año del gran jubileo, la Iglesia entera ha vuelto a experimentar la eterna lozanía de la amorosa misericordia del Padre que envió a su Hijo para nuestra salvación. ¿Y no fue tal vez la capacidad de Dun Gorg de comunicar la lozanía del mensaje cristiano lo que hizo de él tan gran apóstol? ¿Tal vez Malta no necesita hoy sacerdotes, religiosos, catequistas, maestros que proclamen con pasión la Buena Nueva de lo que el Padre ha realizado por nosotros en Cristo?

En los albores de un nuevo milenio, la Iglesia te contempla, Malta, para que vivas con fervor aún mayor tu vocación apostólica

y misionera. ¡Toda la Iglesia te contempla!» (Homilía en la beatificación).

El testimonio y la intercesión del Beato Jorge, a quien el Papa no dudó en llamar segundo padre en la fe de los malteses, serán garantía y ejemplo de unidad y corresponsabilidad comprometida entre el clero, los religiosos y los laicos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Breve de beatificación: *AAS* 94 (2002) 608s.

Decreto sobre las virtudes heroicas: *AAS* 92 (2000) 207-210.

JUAN PABLO II, «Discurso en el encuentro con los miembros de la "Societas Doctrinae Christianae", Hamrun, 9-5-2001»: *Ecclesia* (2001) n.3054, p.950-951.

— «Homilía en la beatificación de los siervos de Dios Don Jorge Preca, Ignacio Falzon y María Adeodata Pisani, 9-5-2001»: *Ecclesia* (2001) n.3054, p.948-949.

SAID, M., «Preca, Giorgio», en *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) 1087.


C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN INGRAM

Presbítero y mártir († 1594)

Nace en Stoke Edith, Herefordshire, en 1565 en el seno de una familia protestante. Se dice que estudiaba en Oxford, en el New College, cuando se hizo católico y que por ello fue expulsado del mismo. Entonces marcha a Douai con intención de ser sacerdote. De ahí en 1582 pasó a Reims y en el camino fue capturado por unos soldados calvinistas pero pudo escapar. En octubre de 1584 pasó al Colegio Inglés de Roma, donde se ordena sacerdote el año 1589, y en 1591 partió para Escocia donde ejerció su apostolado, siendo durante meses capellán de sir Walter Lindsay en Forfar. Pasó luego a Inglaterra y, arrestado el 25 de noviembre de 1593, pasó por las cárceles de Berwick y York, de donde al cabo de unos meses pasó a la Torre de Londres. Aquí padeció horribles torturas porque Topcliffe quería a todo trance que delatara a las personas convertidas por él o puestas en contacto con él. Pese a las espantosas torturas, no delató a nadie. Para el juicio se le envió sucesivamente a York, Newcas-

te y Durham, donde por fin se le juzgó los días 22 al 24 de julio de 1594, siendo condenado como traidor. Para su ejecución, el día 26 del mismo mes y año, se le llevó a Gateshead junto a Newcastle, donde se le ahorcó, destripó y descuartizó. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.



BEATO JORGE SWALLOWELL

Mártir († 1594)

Nacido en el condado de Durham, se cría en el seno de una familia protestante, mostrándose desde pequeño muy inclinado a las cosas de la religión. Por ello opta por el ejercicio del ministerio ordenado en Houghton-le-Spring. Pero visitó en la cárcel a un católico detenido por su fe, y entabló con él conversación acerca de la religión, quedando convencido por las razones alegadas por el católico. Entonces se decidió a pedir el ingreso en la Iglesia católica, y esto lo anunció a su feligresía desde el púlpito diciendo que había vivido en un error, que se había convencido de que aquélla no era la verdadera Iglesia y que no seguiría por tanto en el oficio de ministro protestante. Como no podía ser de otro modo, fue enseguida arrestado y detenido en la cárcel de Durham, donde estuvo un año hasta que fue llevado a juicio junto con San Juan Boste y el Beato Juan Ingram. Los tres fueron condenados a muerte. Esto aterrorizó a Jorge, el cual manifestó que prestaría el juramento de acatar la supremacía religiosa de la Reina. San Juan Boste le hizo ver que cambiaba la vida eterna por la vida temporal. Jorge se vino atrás de su declaración y se hizo firme su condena a muerte. Fue llevado a ejecutar a Darlington y allí se le dio muerte el 26 de julio de 1594. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

BEATOS EDUARDO THWING Y ROBERTO NUTTER

Presbíteros y mártires († 1600)

El 26 de julio de 1600 en Lancaster tuvo lugar la ejecución de dos sacerdotes, Eduardo Thwing y Roberto Nutter, secular el primero y dominico el segundo. Esta ejecución fue presencia-

da por muchos católicos, los cuales, dando prueba de una gran valentía, comenzaron a apoderarse de las ropas, los cabellos y aun los dedos de los mártires antes de que los verdugos concluyesen su trágica tarea. Hubo un cierto revuelo, y mientras los soldados atendían a controlarlo, unas pocas mujeres se hicieron con los corazones de los mártires arrojados al fuego. Posteriormente los católicos se hicieron con sus cabezas y otros miembros.

EDUARDO THWING nació en Heworth, junto a York, en 1565. Con diecisiete años se decidió por el sacerdocio y marchó al colegio inglés de Reims, de donde cinco años más tarde pasó a Roma. Motivos de salud le obligaron a volver a Reims, y se ordenó de sacerdote en Laon en 1590. Los cuatro años siguientes los empleó como profesor del colegio y luego se le autorizó a volver a Inglaterra como misionero. Se sabe que los años siguientes hasta su detención en 1600 ejerció su ministerio pero se desconocen los detalles de este tiempo, aunque sí consta que por prudencia usó diferentes alias. Arrestado a comienzos de 1600, fue detenido en el castillo de Lancaster y llevado a juicio en julio de aquel año junto con Roberto Nutter. No ocultó que a sus ojos la ley que castigaba a los jesuitas y sacerdotes de los seminarios era injusta. Fue condenado por haber sido ordenado sacerdote en el extranjero y vuelto al país.

ROBERTO NUTTER había nacido en Clitheroe, en el Lancashire en 1556 y se educó con un maestro católico. Fue al colegio inglés de Reims en 1579 y dos años más tarde era ordenado de sacerdote en Soissons. Volvió a Inglaterra y, protegido por un alias, trabajó apostólicamente por los alrededores de Londres y los condados de Londres y Hampshire. Arrestado en Oxford en 1584, estuvo en la Torre y fue torturado y coincidió su prisión con la ejecución de su hermano, el beato Juan Nutter (12 de febrero de 1584). Su detención terminó en destierro en 1585 y volvió de esta forma a Reims. Unos meses más tarde él y otros sacerdotes se embarcan con destino a Inglaterra, pero su barco es interceptado y ellos terminan en la cárcel de Marshalsea. Quiso defenderse de la acusación de haber quebrantado la pena de destierro diciendo que iba realmente a Escocia, y quizás por ello no se le condenó por entonces a muerte. En 1588 fue tras-

ladrado a la prisión de Wisbech, donde pasaría los últimos doce años de su vida. Estando en ella solicitó y obtuvo licencia para profesar en la Orden de Predicadores, lo que hizo en presencia de otros sacerdotes. Cuando en marzo de 1600 se escapó con otros cinco y fue prontamente apresado de nuevo, firmó su sentencia de muerte. Fue llevado a juicio, como queda dicho, y condenado.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO GUILLERMO WEBSTER

Presbítero y mártir († 1641)

El *Martirologio romano* ha preferido llamarle de apellido Webster, nombre que ciertamente usó, pero usó también el de Ward, y no está del todo claro cuál de los dos era su verdadero apellido. Se le ha presentado como natural de Thornby, en Westmoreland, pero la población con este nombre no está en ese condado y se ha pensado entonces si su lugar de nacimiento será Thrimby que sí está en Westmoreland. Otra fuente lo presenta como hijo de Robert Ward, de Cumberland. De todos modos es seguro que entró en el colegio de Douai en 1604 teniendo ya cuarenta años, lo que nos hace pensar que nació hacia 1565.

Se ordenó de sacerdote en 1608 y en octubre de ese mismo año desembarca en Escocia, donde fue arrestado enseguida y pasó tres años en la cárcel. Liberado, se dirigió a Inglaterra y aquí otra vez fue arrestado y llevado a la cárcel de Newgate, de la que sale con el castigo de destierro en 1613. Pero vuelve a Inglaterra y es detenido otras varias veces, pareciendo que en total pasó veinte años en la cárcel. Pero sus arrestos no le arredaban de volver al trabajo apostólico en cuanto salía de la prisión. Su tenor de vida era admirable: vestía pobremente, comía con gran austeridad, ayunaba frecuentemente y era persona de honda vida de oración. Pese a ser de débil constitución, trabajaba como un hombre robusto y se había abrazado con gran voluntad a la pobreza evangélica.

En 1641 el presidente de la Cámara de los Comunes dio orden de intensificar la persecución de los católicos, y ello trajo un nuevo arresto de Guillermo el 15 de julio de dicho año. Unos días antes le habían advertido de la oportunidad de dejar Londres, pero él dijo que debía permanecer en su puesto. Estaba cuando lo arrestaron en casa de su sobrino en Pyer Corner, Smithfield. El día 23 de julio fue procesado en Old Bailey acusado de ser sacerdote. Frente a la declaración de varios testigos, él dijo que su sacerdocio debía ser probado y él no lo declaró. Deseoso del martirio, pidió que no intercediesen por él. En la mañana de su ejecución dijo la misa en la cárcel y dio su dinero a un compañero sacerdote para que le diese algo al carcelero y lo demás a los pobres. Un amigo le llevó ropa nueva y él, tan pobre siempre en su vestido, la aceptó diciendo que para ir al gran banquete del reino de Dios era bueno ir con vestidos de fiesta. Cuando lo sacaron en carromato para llevarlo a Tyburn a ser ajusticiado, vio a un amigo que lloraba por él y le dijo que no llorara, que él podía conservar la vida si quisiera pero que la daba a gusto por la religión. Llegado al lugar del suplicio, manifestó que moría por ser sacerdote, negó que hubiera seducido a nadie sino convertido a algunos, se recogió un tiempo en oración y antes de ser ahorcado pidió por el Rey y la familia real, y mientras se encomendaba a Jesús fue ahorcado, luego destripado y descuartizado. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por Pío XI.

*BEATOS MARCELO LABIGNE DE
REIGNEFORT Y PEDRO JOSÉ LE GROING
DE LA ROMAGÈRE*

Presbíteros y mártires († 1794)

En el puerto de Rochefort, Francia, donde estaban detenidos en las peores condiciones de vida que es posible imaginar, consumaron el martirio muriendo de miseria y abandono estos dos sacerdotes de Jesucristo, beatificados con sus compañeros de prisión y martirio el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

MARCELO LABIGNE DE REIGNEFORT había nacido en Limoges el 3 de noviembre de 1751. Luego de optar por la carrera sacerdotal, se hizo miembro de la Compañía de Misioneros de Limoges. Al no ocupar ninguno de los cargos eclesiásticos que se consideraron en la Revolución cargos de funcionarios públicos, él no tenía obligación alguna de prestar el juramento de la constitución civil del clero. Y sin embargo fue arrestado y llevado a la prisión de La Règle con los sacerdotes refractarios. Luego de muchos meses de encarcelamiento fue condenado, juntamente con su hermano Pedro-Gregorio, a la deportación como refractario a la ley del 14 de agosto de 1792 y debió dejar Limoges el 25 de febrero de 1794 en el primer convoy de sacerdotes limusinos. Estaba en Rochefort el 12 de abril siguiente en que era registrado. Embarcado en Les Deux Associés, enfermó a comienzos de julio y fue llevado a una goleta que servía de hospital, donde murió el 25 de julio, siendo enterrado en la isla de Aix, y ocultándose su muerte a su hermano durante unos días, por entonces también gravemente enfermo. Este hermano sería el que luego contase todos los padecimientos sufridos por los que esperaron en Rochefort, recibiendo tantos de ellos la muerte a causa de las insanas condiciones de vida. Consta que Marcelo era un sacerdote lleno de piedad y virtud, notable por la dulzura de su carácter, y que llevó con suma paciencia las penalidades de una detención tan arbitraria como la suya.

PEDRO JOSÉ LE GROING DE LA ROMAGÈRE nació el 28 de junio de 1752 en Saint-Sauvier, Allier, Francia, en una familia aristocrática. Hizo estudios en París, donde obtuvo en 1780 la licenciatura en teología, siendo ya para entonces sacerdote de la Sociedad de Navarra. Dos meses más tarde, el obispo de Bourges, mons. Phelypeaux, lo nombraba su vicario general. Dos años más tarde fue nombrado canónigo de la Santa Capilla, y cuando el cabildo protestó por la supresión de los cabildos, él se sumó a la protesta, que no sirvió de nada pues la Revolución mantuvo por la fuerza su decisión. Se queda un tiempo en Bourges pero luego se va a Saint-Sauvier, donde él, su hermano sacerdote Matías y otros sacerdotes refractarios celebraban misa en una capilla dispuesta por el padre de Pedro José. Pero el cura juramentado de Saint-Sauvier se propuso ponerles dificult-

tades y así la municipalidad cerró el 7 de mayo de 1792 la capilla y se les abre expediente. En el verano siguiente pidió que se les dejara de hacer objeto de vejaciones. Por fin, en marzo de 1793, es arrestado y conducido a Moulins y encerrado en la prisión de Santa Clara. Consta su nombre en la lista de condenados a la deportación en noviembre de 1793, y se sabe que ya estaba en Rochefort el 13 de abril de 1794 en el barco Borée, de donde pasa a Les Deux Associés y allí muere el 26 de julio de 1794, un día antes del 9 Termidor en que tuvo lugar la caída de Robespierre. Se le enterró en la isla de Aix. Carácter firme y persona de gran vida interior, mostró una gran serenidad y conformidad en medio de la tragedia. Su hermano estuvo a su lado en los días finales, dándole todo el ánimo que pudo y admirando su fe y resignación cristianas. Su hermano Matías sobrevivió a la detención en Rochefort y fue obispo de Saint-Brieuc entre 1819 y 1841.

BEATAS MARÍA MARGARITA DE SAN AGUSTÍN
 BONNET, CATALINA DE JESÚS (MARÍA
 MAGDALENA) DE JUSTAMONT, ANA DE SAN
 BASILIO CARTIER, CLARA DE SANTA ROSALÍA
 (MARÍA CLARA) DU BAC E ISABEL TERESA
 DEL CORAZÓN DE JESÚS CONSOLIN

Virgenes y mártires († 1794)

Entre las religiosas martirizadas en Orange en el período del Terror de 1794 se cuentan las cinco esposas del Señor cuyo martirio conmemora hoy el *Martirologio romano*, ya que tuvo lugar este día del dicho año. Sus datos sucintos son:

MARGARITA BONNET, nacida en Sérignan, el 18 de junio de 1719, y que en su juventud optó por la vida religiosa e ingresó en el monasterio de las sacramentinas de Bollène, tomando el nombre de sor San Agustín, y perseverando en la vida monacal hasta que la Revolución interrumpió esta vida y la obligó a dejar su monasterio, siendo llevada a Orange.

MARÍA MAGDALENA DE JUSTAMONT, nacida en Bollène en septiembre de 1714, cuando en su juventud sintió la llamada a la vida religiosa, ingresó en el monasterio de las Ursulinas de

Pont-St-Esprit, donde profesó con el nombre de sor Catalina de Jesús y donde perseveró hasta que fue arrestada por la Revolución.

ANA CARTIER, nacida en Livron, Valence, el 19 de noviembre de 1733, se había decidido en su juventud por la vida religiosa y había obtenido ingreso en el monasterio de las Ursulinas de Pont-St-Esprit, donde hizo la profesión religiosa con el nombre de sor San Basilio, profesión que guardó fielmente hasta que la Revolución la arrancó de su monasterio.

MARÍA CLARA DU BAC, nacida en Laudun, Nimes, el 9 de enero de 1727. Siguió la llamada de Dios a la vida religiosa e ingresó siendo muy joven en el monasterio de las Ursulinas de Bollène, donde hizo la profesión religiosa con el nombre de sor Clara de Santa Rosalía. También perseveró en la vida religiosa hasta que fue arrancada violentamente de su claustro.

ISABEL TERESA CONSOLIN, nacida en Courthezon el 6 de junio de 1736, al optar por la vida religiosa eligió el monasterio de las Ursulinas de Sisteron, y años después de profesar como sor Corazón de Jesús fue elegida superiora del convento de Bollène. El día 25 de marzo de 1794 se negó a prestar el juramento que se le proponía, lo que le valió pasar cuatro meses en la cárcel de Orange. Delante de los jueces afirmó con plena entereza su adhesión a la Iglesia y su firme fe católica.

Llevadas a la plaza de Orange para ser guillotinas, cantaron el *Te Deum* y dieron su vida por la fe. Fueron beatificadas el 10 de mayo de 1925 por Pío XI.

BEATOS VICENTE DE SAN LUIS GONZAGA PINILLA Y MANUEL MARTÍN SIERRA

Presbíteros y mártires († 1936)

En Motril, Granada, el 26 de julio de 1936 fueron martirizados el P. Vicente Pinilla, agustino recoleto, y el párroco de la Divina Pastora, don Manuel Martín. Ellos se añadieron a los que el día anterior ya habían regado aquel suelo con su sangre. Forman parte del llamado grupo de «Beatos mártires de Motril». Éstos son sus datos:

VICENTE PINILLA IBÁÑEZ había nacido en Calatayud, diócesis de Tarazona, el 9 de abril de 1872. Sintiendo la vocación religiosa ingresó en la Orden de los Agustinos Recoletos e hizo la profesión de los votos el año 1886 con el nombre de Vicente de San Luis Gonzaga. Prosiguió luego los estudios eclesiásticos y se ordenó sacerdote el año 1893. Destinado a las Islas Filipinas, desarrolló allí con gran celo su apostolado hasta que cayó en 1898 en manos de los insurgentes y permaneció preso hasta 1900, volviendo entonces a España. Luego fue destinado a Brasil, donde igualmente trabajó con gran dedicación y donde residió y trabajó desde 1902 a 1927. Enviado finalmente a España, fue definidor provincial y durante unos años superior del convento de Motril, cargo en el que cesó en 1933 quedando luego como miembro de la comunidad.

MANUEL MARTÍN SIERRA nació en Churriana de la Vega, Granada, el 2 de octubre de 1892, e ingresó adolescente en el Seminario Pontificio de Granada, ordenándose sacerdote en 1915 y prosiguiendo los estudios hasta alcanzar el grado de doctor en teología. Fue profesor del seminario, capellán de religiosas y luego pasó al ministerio parroquial en varios pueblos sucesivos de la provincia de Granada hasta que fue destinado a Motril como párroco de la Divina Pastora. Empezada la persecución, tuvo oportunidad de marcharse con su familia el día 24 de julio pero quiso quedarse entre sus fieles. Refugiado con las religiosas y los agustinos en la parroquia, allí fue buscado y encontrado en la mañana del día 26 y obligado a salir al atrio de la iglesia, donde le quisieron obligar a blasfemar. Al no querer hacerlo fue fusilado ante los muros del templo con el P. Vicente Pinilla.

Fueron beatificados por Juan Pablo II el 7 de marzo de 1999 junto con los demás agustinos recoletos.

27 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de los Siete Santos Durmientes de Éfeso (fecha desconocida).
2. En Nicomedia de Bitinia, San Pantaleón o Pantalimón († 303), mártir **.
3. En Mataró (Barcelona), santas Juliana y Semproniana, vírgenes y mártires (fecha desconocida) *.
4. En Lons-le-Saunier (Francia), San Desiderio, tenido por obispo de Besançon († s. v).
5. En Roma, San Celestino I († 432), papa **.
6. Junto a Antioquía de Siria, San Simeón Estilita († 459), monje **.
7. En Loches (Francia), santos Urso y Leobacio († s. v/vi), abades.
8. En Rávena (Flaminia), San Eclesio († 532), obispo.
9. En el Bearn (Pirineos franceses), San Galactorio († s. vi), obispo de Lescar y mártir.
10. En Mantineion, Claudiópolis, en la Honoriade, Santa Antusa († s. viii), virgen y monja, que soportó destierro por defender el culto a las sagradas imágenes *.
11. En Córdoba (Andalucía), santos Jorge, diácono y monje, Aurelio y Sabigoto, cónyuges, y Félix y Liliosa, asimismo cónyuges († 852), mártires *.
12. En Ocrida, en el Ilírico, San Clemente, obispo de Velica. Con él se conmemoran los santos obispos Gorazdo, Nahum, Sabas y Angelario, que prosiguieron en Bulgaria la obra de los SS. Cirilo y Metodio († s. ix/x) *.
13. En Garsten (Estiria), San Bertoldo de Rachez († 1142), abad.
14. En Piacenza (Emilia), Beato Raimundo Palmero († 1200), padre de familia y fundador de un hospital *.
15. En Fayenza (Emilia), Beato Nevolone († 1280), peregrino y ermitaño *.
16. En Ameria (Umbría), Beata Lucía Bufalari († 1350), virgen, oblata de la Orden de San Agustín *.
17. En Stafford (Inglaterra), Beato Roberto Sutton († 1588), presbítero y mártir bajo Isabel I *.
18. En Beaumaris (Gran Bretaña), Beato Guillermo Davis († 1593), presbítero y mártir bajo Isabel I *.
19. En Brescia (Lombardía), Beata María Magdalena Martinengo († 1737), abadesa de la Orden de las Clarisas Capuchinas *.
20. En Ollería (Valencia), Beato Joaquín Vilanova Camallonga († 1936), presbítero y mártir **.
21. En Llisá (Barcelona), Beato Modesto Vegas Vegas († 1936), presbítero, franciscano conventual, mártir **.
22. En Barcelona, beatos Felipe Hernández Martínez, Zacarías Abadía Buesa y Jaime Ortiz Alzueta († 1936), religiosos salesianos y mártires *.

23. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beata María Clemencia de Jesús Crucificado Staszewska († 1943), virgen, de la Orden de Santa Úrsula, mártir*.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PANTALEÓN

Mártir († 303)

En la vida de San Pantaleón, tal como hasta nosotros ha llegado su relato, a través de las *Actas*, a través de la tradición, se nos manifiestan dos aspectos particularmente destacados, sobre todo si llegamos a él con alguna preocupación crítica. Sobre la vida histórica del santo, dirá alguno, se monta una exuberancia de milagros verdaderamente sospechosa. La razón de ser del santo, se podrá también decir, fue precisamente ésa: dar testimonio del poder de Cristo y de su verdad insoslayable, haciendo de su vida un continuo milagro, llevando sobre sus hombros el peso enorme del milagro, porque a los planes de Dios así convenía providencialmente.

Ambas posiciones pueden ser parcialmente ciertas, y ambas, por tanto, pueden conjugarse. Conviene desde ahora, antes de entrar en la intimidad del santo, tomar posición y acercarnos sin prejuicios. No abreviemos la mano de Dios. Conviene no rechazar lo excepcional porque sí. Ahora particularmente es importante señalar esa circunstancia. Vamos a ver al santo tal como *Actas* y tradición nos lo han transmitido, sin posibilidad de quitar ni poner, prudentemente. La verdad entera, Dios la sabe.

Pantaleón nace en Nicomedia, corriendo el siglo III de nuestra era. Tiempos recios iban a ser los suyos. El Imperio romano está ensayando fórmulas varias para impedir el hundimiento que se avecina, y como una de ellas se va a pensar, naturalmente, en la implantación de la religión oficial como obligación universal. El Imperio de Roma no es ya el poder seguro de sí mismo que avasallaba al mundo. Ahora ha sido necesario poner un emperador, un César, en Oriente para sostener aquellas regiones tan distantes de la metrópoli. Y Nicomedia es la residencia de los emperadores de Oriente. Estamos en una ciudad del Asia Menor, en la mitad segunda del siglo III de Jesucristo.

La figura del futuro mártir se nos muestra en los relatos sumamente atractiva. Pantaleón es un joven de nobles inclinaciones, de sano corazón. Es hijo de un gentil, Eustorgio, senador y rico. Su madre era cristiana, pero murió joven: el niño era pequeño y apenas si pudo enseñarle más que unos rudimentos que no llegaron a darle idea completa del cristianismo.

La formación del joven se desarrolló con felicidad, sobre la base de una inteligencia muy despierta y con muy buenos profesores. Al concluir el aprendizaje de las letras Eustorgio hizo que Pantaleón estudiara la medicina bajo la dirección de Eufrosino, médico del mismo Diocleciano. Pantaleón se va haciendo un joven distinguido y respetado: llama la atención entre sus compañeros, y su buen corazón le hace ejercer su ministerio con una abnegación ejemplar, cuya honestidad pasa a ser verdaderamente excepcional en el medio pagano en que vivía.

El encuentro definitivo con la gracia le vino a Pantaleón a través de un sacerdote cristiano. Hermolao vivía oculto por el rigor de la persecución. Un día se encontró con Pantaleón y fue el mismo sacerdote quien, admirado por las condiciones del joven, se lanzó a hablar abiertamente de la doctrina de Jesucristo. Pantaleón quedó impresionado. Los recuerdos, desdibujados ya, de las enseñanzas de la madre cristiana subieron agolpadamente a su conciencia. Pantaleón prometió que continuarían en contacto. El golpe final de la llamada vino ya milagrosamente. Poco después hubo de encontrarse el médico Pantaleón ante un caso desesperado. Un niño yacía muerto, mientras, cercana, reptaba la víbora fatal. El médico, impotente, recuerda entonces unas palabras del sacerdote Hermolao. El nombre de Cristo bastaba para resucitar a los muertos. Pantaleón no vacila, y la increpación llena de fe opera el milagro. El niño vuelve a la vida y la serpiente muere en el acto. Pantaleón es ya cristiano. Unos días de convivencia con el sacerdote oculto le proporcionan la instrucción necesaria para recibir después el bautismo de Jesús.

A partir de este momento la vida de Pantaleón es ya un tejido de milagros, encadenándose unos y otros de manera abrumadora, inverosímil casi. La conversión de su padre también se obra a golpe de prodigio. En casa de Pantaleón se presenta un ciego incurable, y esta ocasión va a ser eficazmente aprovecha-

da. El joven médico llama a su padre para que esté presente a lo que va a tener lugar, y, después de invocar el nombre de Cristo sobre el ciego irremediable, pone sus manos sobre los ojos sin luz: instantáneamente una explosión jubilosa y sobrecogida acompaña al milagro. Eustorgio y el ciego caen de rodillas: Cristo, Cristo es el Dios verdadero. El senador pagano hace añicos los ídolos que adornan la casa: él ahora sólo quiere ser instruido en el cristianismo para recibir el bautismo inmediatamente, como sucede en realidad, con júbilo ilimitado de Pantaleón. Poco después Eustorgio muere. Es éste otro momento culminante en la vida de nuestro santo.

Efectivamente, aquí tiene lugar la segunda conversión del entusiasta neocristiano. Pantaleón, que se ve desligado de toda traba, responsable único de sus actos, por sí y ante sí, se arroja a una vida de absoluto fervor: entrega a los pobres sus cuantiosas riquezas, quedándose con lo indispensable; pone en libertad a todos sus esclavos, se entrega a las obras de caridad en la práctica de su propia profesión de médico. Naturalmente, esta conducta no pudo pasar inadvertida; además, los restantes médicos de Nicomedia ardieron en celo al ver que la gran mayoría de los enfermos querían ser curados por Pantaleón, con lo que las pérdidas materiales iban a ser cuantiosas de seguir en auge el médico sospechoso. Naturalmente, había que deshacerse de él, y fue acusado ante el emperador como cristiano.

Diocleciano fue un emperador de excepcionales vuelos. Quiso llegar a una solución que evitase el camino de catástrofe por el que se avanzaba. Sus decisiones fueron múltiples. Para la crisis económica arbitró el edicto del *Máximum*, de 301, el más grande intento de tasación estatal que se recuerde de tiempos antiguos. En el gobierno montó una máquina que creyó eficaz: el mismo año en que la muerte de Carino le dejó el Imperio se buscó un colega, Maximiano. Seis años después, ante lo eficaz del resultado, añade dos nuevos emperadores (292), y, además, fue afortunado en la elección de las personas: Galerio y Constancio Cloro. Soldado excepcional aquél, pero rudo y de primitivos sentimientos. Constancio Cloro, en cambio, general destacado, era de más fina formación. Galerio movió a Diocleciano a firmar el decreto de exterminio general de los cristianos. Fue el

23 de febrero del 303. No era tolerable que ante los proyectos de religión oficial un grupo irreductible se mantuviera en el seno del Imperio rompiendo la unidad de creencia. Se inauguró la décima gran persecución. Ríos de sangre cristiana corrieron por todo el ámbito del Imperio.

La presencia de Pantaleón ante el tirano es el triunfo manifiesto de la fe de Cristo sobre todos los intentos opresores. Incluso sobre la fuerza física, sobre las leyes naturales, sobre el instinto de las fieras hambrientas. Pantaleón pasa a ser un grito de triunfo, el emblema de la fe invencible por obra del poder de Jesús. El interrogatorio ya se abre con un milagro. El ciego curado por Pantaleón ha declarado ser cristiano y se le ha quitado la vida. Pantaleón recogió su cuerpo y lo sepultó junto a su padre. Entonces es también él llamado a juicio: se le intenta seducir, pero todo es en vano. Declara su fe y afirma en ella su poder excepcional.

Después Pantaleón es atado al potro. Aquí se hacen presentes los garfios de hierro con que se le desgarran las carnes, las teas encendidas que se le aplican a las llagas. Pero una fuerza misteriosa hace reanimarse al mártir, y los brazos de los verdugos caen, dominados por una fuerza prodigiosa. La ira del tribunal no tiene límite. Se prepara una caldera de plomo fundido, en la que va a ser sepultado Pantaleón. Pero, en el momento en que el cuerpo del mártir toca la ardiente superficie, ésta queda como helada, y Pantaleón puede apoyarse sobre el plomo endurecido. Ahora el mudo estupor se junta con la inmediata reacción ciega de la soberbia enfebrecida. Pantaleón va a ser arrojado al mar, atada al cuello la gran piedra que impida su vuelta a la superficie. Se quiere ahora impedir también el que los demás cristianos recojan su cuerpo y lo veneren. Pero Pantaleón vuelve andando a la playa sobre la superficie de las aguas.

Lo evidente del caso no logra hacer que el tribunal abra los ojos. Se ensaya el tormento de las fieras. La ciudad sabe ahora que el invencible va a probar el terrible tormento, y una multitud inmensa llena el anfiteatro. A la señal estremecedora, y en medio de un silencio impresionante, se abren las jaulas. Varias fieras avanzan a saltos, rugientes, hacia el mártir, que está solo, en medio de la arena. Mas, apenas se le llegan, se aquietan,

sumisas, a sus plantas. Pantaleón las bendice y ellas se retiran. El vocerío loco de la multitud reclama la libertad para el inocente, y tiembla en el ambiente la sensación de que el Dios verdadero es el que le sostiene.

Bajo la opresión del griterío los jueces, abrasados de rencor, humillados, deciden seguir con la intentona de los tormentos. Es en vano que el pueblo grite a su favor. Pantaleón es sometido al suplicio de la rueda. Sale ileso. Entonces se le arroja en un calabozo. Son detenidos Hermolao y otros dos cristianos: la pretensión es que seduzcan al mártir a que apostate. Hermolao se niega, y con Hermipo y Hermócrates, los dos cristianos, padece el martirio.

Pantaleón es azotado. Se preludia el final. La condena es que se le decapite y luego se queme su cuerpo. Pantaleón, gozoso, va al suplicio. Es atado a un olivo. El verdugo alza la espada para cortarle la cabeza, pero en el momento de dar el golpe el hierro se ablanda y el mártir ni siquiera percibe el metal sobre su cuello. Ante el nuevo prodigio el lictor cae de rodillas pidiendo perdón; pero Pantaleón se siente ya impaciente. Ahora es él quien pide, entre súplicas y forcejeos, que se cumpla la sentencia. Los verdugos, que inicialmente se resisten, acceden por fin, y después de abrazarse con el mártir, hacen caer la cuchilla definitiva. Salta la sangre e instantáneamente florece el olivo y se llena de frutos. El cuerpo no es quemado. Los soldados no se atreven. Los cristianos se lo llevan y recibe sepultura en medio de intensa veneración.

San Pantaleón ha pasado a ser uno de los principales patronos de los médicos. Su culto ha sido extendidísimo y popular. Su nombre en la hora ciega de las persecuciones tuvo el valor de un símbolo. Los cristianos confesaron a Dios, y él estuvo con ellos, prestándoles un poder incalculablemente más grande que todas las insidias de sus enemigos.

CÉSAR AGUILERA, SCHP

Bibliografía

- Acta sanctorum*. Iulii, t.VI p.397s.
 Art. en *Analecta Bollandiana* 12 (1893) 299; 17 (1898) 179-190.
 Art. en *Acta Sanctae Sedis* 6 (1870) 397-426.
 AIGRAIN, R., *L'hagiographie* (Paris 1953) 59.

- Actualización:

AYAPE MORIONES, E., *La sangre de San Pantaleón en Madrid* (Madrid 21987).

CALVO GARRIDO, F., *San Pantaleón, médico y mártir* (Madrid 21975).

Vida de San Pantaleón (Burujón, Toledo 1988).

SAN CELESTINO I

Papa († 432)

En los tiempos en que la Iglesia de Cristo iba precisando y consolidando su fe católica, Dios suscitó en la sede romana un pastor firme y vigilante que, reafirmando su sucesión apostólica y el primado de San Pedro, sancionó las definiciones del tercer Concilio ecuménico, purificó el pueblo de Dios de los errores novacianos y pelagianos y alentó a los pastores de diversas Iglesias a mantenerse firmes en el cuidado de la grey que les había sido confiada.

Celestino había nacido seguramente, o tenía sus orígenes, en Campania. Su formación fue enteramente latina, aunque desconozcamos pormenores de la misma. Tal vez pasó algún tiempo con San Ambrosio en Milán; en su juventud entró a formar parte del clero romano. Es probablemente el diácono, apreciado como un hijo por Inocencio I, que este papa menciona en una carta de 416 dirigida al obispo Decencio de Gubbio. Parece que es también el diácono a quien San Agustín dirigió una carta muy cordial hacia el año 416.

En 422 fue elegido sin oposición para suceder en la silla de Pedro a San Bonifacio I. A lo largo de sus diez años de pontificado, desplegó una actividad muy intensa y extendida a la Iglesia una y católica, entonces indivisa. Afianzó con intervenciones y decisiones doctrinales la sede romana en su primado de salvaguarda de la fe, mantuvo y promovió la disciplina eclesial y cimentó la organización de la Iglesia sobre firmes bases jurídicas.

El pontificado de Celestino I estuvo marcado, desde los inicios, por su preocupación por preservar en su pureza la fe católica. Se enfrentó a los residuos del cisma del rigorista Novaciano que se había levantado contra el papa Cornelio en 251; expulsó a los novacianos de las iglesias que aún retenían en Roma y les obligó a reunirse en casas particulares. Asimismo restauró la ba-

sílica Julia, actualmente llamada Santa María in Trastevere, muy dañada durante el saqueo de Alarico de 410. Construyó, asimismo, la basílica de Santa Sabina en la colina del Aventino.

Otros problemas le llegaron de África por recursos que algunos interpusieron ante la Sede Apostólica contra las sanciones de que habían sido objeto. El papa San Bonifacio había acogido favorablemente las quejas del obispo Antonio de Fussala y le había restablecido en su sede después de que hubiera sido depuesto de la misma. San Agustín escribió a Celestino, poco después de su elevación al supremo pontificado, una carta muy enérgica (*Epístola* 209) en que reivindicaba la razón de tal deposición y le previno sobre la necesidad de no sentar precedentes para el futuro. Acogió luego la reclamación de otro personaje africano, igualmente poco fiable, Apiario, presbítero de Sicca Veneria, que por dos veces había sido excomulgado. Celestino le dio audiencia en Roma y luego lo envió de nuevo a África con una carta para los obispos de su país y lo hizo acompañar por el legado Faustino, que no tenía buenos antecedentes en África. El asunto no prosperó por la firme determinación de los obispos africanos; ante éstos Apiario confesó sus delitos y el legado tuvo que regresar a Roma con una carta de los prelados en la que exhortaban al Papa a no admitir tan fácilmente reclamaciones procedentes de sus obispados.

Mejores resultados consiguió el papa Celestino en sus intervenciones en el Ilírico, en la Italia meridional y en la Galia Narbonense y Vienesa.

Alrededor del año 424 escribió a los obispos del Ilírico una carta en defensa del obispo de Apolonia, Félix, y sostuvo los derechos del vicariato apostólico de Tesalónica.

El 25 de julio de 428 dirigió una carta a los obispos de la Narbonense y de la región narbonense. Empezaba por reivindicar el puesto que Dios le había otorgado para observar y vigilar cortando diligentemente lo que debía estar prohibido y sancionando aquello que debía ser observado. Recriminaba que algunos negaran la penitencia a los moribundos; proscribía las ordenaciones episcopales conferidas a quienes no habían pasado por los diversos órdenes inferiores; llamaba a comparecer ante su tribunal a un cierto Daniel que, tras haber protagoniza-

do escándalos en Oriente, había conseguido ser ordenado obispo en una diócesis de las Galias. Prescribía, en fin, que cada provincia tuviera su metropolitano y que ningún metropolitano se inmiscuyera en los asuntos de otras provincias. A pesar de esta reprensión a obispos galos, Celestino no dudará en elegir, el 429, a un obispo de las Galias, San Germán de Auxerre, para que acuda a Inglaterra a refutar y confundir a los partidarios de la herejía pelagiana. El éxito de esta misión fue rotundo ya que apartó de las islas, también de Irlanda, a quienes las infestaban con sus falsas doctrinas, e Irlanda recibió del Papa su primer obispo, Paladio.

El 21 de julio de 429 exhortó a los obispos de Apulia y de Calabria para que no cedieran a las pretensiones de algunas comunidades de elegir laicos para el oficio episcopal.

También en las Galias, Celestino tuvo que afrontar el problema que luego recibió el nombre de «semipelagianismo». Todo empezó con una denuncia de los monjes Próspero de Aquitania y de Hilario de Marsella, que conocían profundamente la doctrina de San Agustín sobre la gracia y la predestinación; con las enseñanzas del doctor hiponense habían combatido las conferencias del monje Casiano de Lérins, pero éste no se había retractado sino que persistía en recortar la fuerza de la gracia divina desde la primera decisión de aceptar la fe y la salvación de Cristo. Hilario y Próspero acudieron personalmente a Roma para entrevistarse con el papa Celestino. Éste les dio una carta, en mayo de 431, dirigida a Venerius, obispo de Marsella, y a otros preladados de la zona, en la que alababa su celo por la verdad y les exhortaba a vigilar la predicación de sus presbíteros y a permanecer fieles a la doctrina de San Agustín, muerto el año anterior, y que Roma siempre había mantenido en su comunión. Un *syllabus* que exponía la recta enseñanza sobre la gracia, probablemente redactado por el mismo Próspero, iba anejo a la carta. Así empezó la lucha contra la falsa doctrina que, a partir del siglo XVI, sería conocida con el nombre de semipelagianismo.

En la proscripción de estas doctrinas, Celestino había sido coherente con la postura que siempre había mantenido. En el comienzo de su pontificado, Celestino —uno de los jefes pel-

gianos—había intentado reiniciar sus intrigas, aunque una decisión del emperador lo había desterrado de Italia. Nestorio había intervenido en su favor; pero después de ser elegido patriarca de Constantinopla, se dirigió por carta a Celestino para pedirle que instruyera personalmente la causa de Juan de Eclano y de otros tres obispos italianos pelagianos expulsados de sus sedes y refugiados en Bizancio. Nestorio afirmaba, en la epístola encabezada por la palabra *Fraternas*, querer evitar toda discrepancia o malentendidos con Roma. Pero el Papa no contestó enseguida esta carta. Nestorio volvió a insistir reclamando la respuesta. Celestino le contestó con una carta de 11 de agosto de 430, en la que recordaba que tal herejía ya había sido condenada por Roma y por otras sedes, como la constantinopolitana misma, por obra del predecesor de Nestorio, Sisinio.

En la citada carta *Fraternas*, de 429, Nestorio introducía un tema mayor de controversia, que ocuparía los últimos años del pontificado de San Celestino I. El nuevo patriarca de Constantinopla informaba al papa sobre las discusiones en torno del título de «Madre de Dios», dado a la Virgen María; Nestorio expresaba su opinión al respecto. En la carta posterior insistió sobre el mismo tema. Celestino había ya recibido información de otras fuentes sobre esta cuestión, en concreto del obispo de Alejandría, San Cirilo. Éste había advertido a Nestorio que sus sermones habían causado mala impresión al papa y a los obispos italianos. Después de la Pascua de 430, Cirilo denunció al Papa: «Todas las Iglesias de Oriente gimen a causa de los errores de Nestorio». En efecto, el pueblo fiel de Constantinopla había sentido gran malestar ante las nuevas propuestas del patriarca sobre todo en la negación a María del título de *Theotokos*.

El nuevo patriarca de Constantinopla, discípulo de la escuela teológica antioquena, acentuaba en su predicación la distinción y hasta división de lo humano y lo divino en Jesucristo, de tal forma que llegaba a admitir no sólo dos naturalezas, sino dos personas en el Hijo de Dios encarnado, unidas moralmente. María era sólo «madre de Cristo» hombre, no «madre de Dios».

El concilio romano de 430, bajo la presidencia de Celestino, condenó estos errores de Nestorio y le conminó a abjurarlos dentro de los diez días siguientes a la recepción de la intimación

de tal pronunciamiento. El encargado de presentar a Nestorio el documento de condena fue San Cirilo, quien redactó una profesión de fe a suscribir por el patriarca. Celestino envió cartas, informando de la condena, a San Cirilo, a Juan de Antioquía, Juvenal de Jerusalén, Rufo de Tesalónica, Flaviano de Filipos, a Nestorio y a los presbíteros, diáconos, clérigos y servidores de Dios y pueblo católico de Constantinopla.

Pero el emperador Teodosio II quiso que la controversia se dirimiese en un concilio, que él convocó en Éfeso para celebrar después de Pentecostés de 431. Celestino I aceptó tal convocatoria pero se mantuvo en su condena a las enseñanzas de Nestorio. El 8 de mayo de 431 nombró a sus delegados, los obispos Proyecto y Arcadio y el presbítero Felipe, quienes tenían que velar por los derechos de la Sede Apostólica y, por lo demás, debían atenerse a las decisiones de Cirilo, el cual había sido invitado, por una carta papal del día anterior, a la moderación en el caso de que Nestorio persistiera en sus posiciones.

Las sesiones del Concilio fueron harto accidentadas. Prevalció en todo momento la vehemente iniciativa de su presidente, el patriarca Cirilo de Alejandría. Del 22 de junio al 31 de julio estuvo reunido el Concilio de Éfeso. La primera sesión definió que las dos naturalezas, humana y divina, se habían unido en conjunción inefable en una sola persona, la de Jesucristo, Hijo de Dios. Por tanto, «los santos Padres no dudaron en llamar a la Virgen *Theotokos*, Madre de Dios». Condenaron a Nestorio y consecuentemente le depusieron de la sede patriarcal de Constantinopla, y le nombraron sucesor en la persona de Maximiano.

No habían llegado aún a esta sesión del 22 de junio los legados pontificios. Llegaron el 11 de julio y ratificaron la definición conciliar en nombre de «nuestro santo y bienaventurado obispo, el papa Celestino, sucesor y vicario legítimo de Pedro», reafirmando asimismo que la decisión del precedente concilio romano era ya definitiva porque «Pedro está a la cabeza de la fe común y de todos los apóstoles».

Diversas cartas fueron dirigidas por el papa el 15 de marzo de 432 a los obispos que habían elegido al patriarca Maximiano, al emperador y al nuevo patriarca. En ellas Celestino expresaba

su preocupación por el peligro que Nestorio había hecho correr a la fe católica, mostraba su inquietud porque el heresiarca no había sido suficientemente alejado como para no ser impotente para causar nuevos daños, recordaba finalmente el buen juicio tradicional de la sede romana y la autoridad que posee el Papa para juzgar las causas de esta importancia.

El siguiente 27 de julio moría el pontífice en Roma, coronado del triunfo en el noble combate de la fe, sobre todo contra los errores de Pelagio y de Nestorio. Su carisma había afianzado la fe de los creyentes en Cristo sobre la gracia necesaria para acceder a la salvación, y sobre la unidad de la persona de Jesucristo, Hijo de Dios, nacido de Santa María Virgen, invocada por los Padres y por el pueblo fiel como *Theotokos*, «Madre de Dios». Desgraciadamente la herejía de Nestorio y el cisma persistieron en Oriente y se ahondó más la hendidura entre las Iglesias orientales y la occidental. El servicio pontifical de Celestino I obtuvo un balance muy positivo para la Iglesia de Dios, a la que confirmó en la fe y en la unidad.

Fue sepultado en la basílica de San Silvestre junto al hipogeo de Priscila, donde, mientras vivía, hizo realizar unos frescos, acompañados de una inscripción que conmemora los dogmas efesinos de la encarnación y de la resurrección de la carne. Pascual I hizo trasladar sus restos mortales a la basílica de Santa Práxedes.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

- Acta sanctorum*. Aprilis, 540-544.
 Art. en *Bibliotheca sanctorum*. III: Bern-Ciro (Roma 1963) cols.1096-1100.
 ALBERIGO, G. (ed.), *Les conciles oecuméniques*, I (París 1994) 71-84.
 AMMAN, E., «L'affaire Nestorius vue de Rome»: *Revue de Sciences religieuses* 23 (1949) 5-37; 207-244.
 BARDY, G., «Célestin I», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*. XII: *Catulinus-Clinchamp* (París 1953) cols.56-58.
 CAMELOT, P. T., «Éphèse et Chalcédoine», en *Histoire des conciles oecuméniques*, II (París 1962) 1-75.
 CONSTANT, P., *Epistolae Romanorum Pontificum*, I (París 1721) cols.1051-1228: PL. 50,417-558.
 FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia*. IV: *Los reinos germánicos* (Valencia 1975) 165-190.
 GRISAR, H., *Roma alla fine del mondo antico secondo le fonti scritte e i monumenti* (Roma 1943).

- LONGO, U., «Celestino I», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 488-489.
- MANSI, t.IV, p.567-689.
- PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 45-49.
- PASCHINO, P. - MONACHINO, V. (dirs.), *I papi nella storia*, I (Roma 1961) 88-100.
- SCHWARZ, E. (ed.), «Concilium Universale Ephesinum», en *Acta Conciliorum Oecumenicorum*, I (Berlín-Leipzig 1924-1930) 1-18.

SAN SIMEÓN ESTILITA

Monje († 459)

Se le llama San Simeón Estilita el Viejo por haber sido el primero de los que pasaron sobre una columna (*stilos*) su vida y de ahí viene su nombre. Es también el mejor conocido de los santos estilitas, pudiendo nombrarse San Daniel (11 de diciembre) y San Simeón Estilita el Joven (24 de mayo).

Simeón era hijo de un pastor y nació en la región de Nicópolis, en los confines entre Cilicia y Siria, en un pueblo cuya localización no se conoce exactamente y que se llamaba Sisan o Sis. Debió nacer a finales del siglo IV pero no hay plena seguridad de la fecha. Sus padres eran cristianos e hicieron bautizar al niño a poco de nacer. Tuvo muchos hermanos. Cuando llegó a los ocho o nueve años le encomendaron que cuidara de las ovejas de la familia. Ya cuando era un joven, a cuenta de una nevada, no sacó el ganado al campo, y fue a la iglesia a misa, donde escuchó la lectura del evangelio de las bienaventuranzas, que lo dejó fuertemente impactado. Preguntó cómo era posible alcanzar esas bienaventuranzas y se le dijo que el camino más seguro era la vida monástica, y se quedó pensando en ello. Estando en oración tuvo en sueños una visión y como resultado de la misma se fue a un monasterio y ofreció allí sus servicios como criado o colaborador. Aquí estuvo dos años, al cabo de los cuales, y luego de haberse acreditado por su austeridad y sus milagros, decidió dividir la herencia paterna, dejando la mitad a su hermano Sansón y repartiendo la otra mitad entre los pobres y los monasterios.

Decide seguidamente integrarse en la vida monástica como verdadero monje y marcha al monasterio de Teleda, regido entonces por Heliodoro. Él debía conocer este monasterio por la presencia en él de un primo suyo. Contaba el monasterio un

centenar de monjes. Vino poco después a visitar el monasterio el obispo Mara de Gabala que bendijo amorosamente al nuevo religioso. Poco después su hermano Sansón vino a integrarse también a la comunidad monástica. En este monasterio pasó unos nueve años, hasta que su régimen de vida excesivamente austero obligó al superior a pedirle que se fuera ante el miedo de que los otros monjes quisieran imitarle. Se retira entonces a la soledad en una vecina montaña y se aloja en una cisterna seca, de donde los propios monjes vienen a sacarle pidiéndole que vuelva con ellos. Pasó tres años más en el monasterio y luego se decidió a marchar al actual Der Siman, a 75 kilómetros de Antioquía, y aquí se fue al monasterio de Mari, donde pidió se le emparedara durante toda la cuaresma, lo que no se le concedió sino a condición de tener sólo pan y agua. Al término de la cuaresma se le halló sin fuerzas porque no había probado bocado. Los monjes le dieron un trozo de terreno donde construirse una choza. Aquí vivió en la contemplación tres años, al cabo de los cuales decidió dirigirse a un monte vecino y aquí quedarse encadenado para no poder tener libertad de movimientos, de lo que no se libró hasta que un obispo se lo aconsejó.

Aquí empezaron a acudir muchas personas, atraídas por la fama de santidad del estricto penitente, las cuales entendían recibir de Dios beneficios por esta visita, y fue entonces cuando decidió vivir en lo alto de una columna. Aquí no dejó de ser objeto de la devoción de los fieles, y hasta llegó a construirse un monasterio en la cercanía. La última columna de las varias en que vivió el santo estaba formada por tres trozos de columna adosados, y se dice que era muy alta. Encima de ella vivía Simeón al sereno, no defendiéndose de las inclemencias del tiempo sino con una capucha. Los días festivos oraba con las manos alzadas y hacía innumerables inclinaciones hasta tocar —se dice— los pies con la frente. A causa de estar de pie y de no andar se le formaron llagas, de las que sin embargo curó. Dormía muy poco, comía una sola vez por semana, no comía durante la cuaresma, y la mayor parte del día y de la noche la pasaba en oración, unas veces postrado, otras en pie. Nunca se le vio echado ni sentado. En las grandes festividades pasaba toda la noche en oración con las manos levantadas. Dos veces al día

predicaba a los fieles arremolinados en la cercanía de la columna y luego se dejaba consultar por toda clase de personas sobre problemas de vida espiritual o de justicia social. Y acudían a él enfermos a que pidiera al Señor por su salud. Se le atribuyeron muchas gracias y milagros. Atendía a todos con modestia, humildad y dulzura, con una caridad y benignidad que resultaba absolutamente edificante y atrayente, difundiendo de sí el aroma del evangelio.

No faltaron quienes tacharon de extravagante su vida, y se cuenta que algunos monjes de Egipto le enviaron a decir que lo consideraban fuera de su comunión religiosa, pero luego, mejor informados de la verdadera santidad y virtudes del estilita, lo reintegraron a su comunión. Los archimandritas antioquenos aprobaron expresamente en 430 su modo de vida luego de haberlo visitado y hablado con él. Gentes de todas las clases sociales, de dentro y de fuera del Imperio Romano, acudieron a verlo y a admirar su género de vida, quedando verdaderamente edificados de su apacible conducta. Muchos de los que acudieron a él eran paganos, como los venidos de Arabia o Persia, y se convirtieron en gran número al cristianismo. Tuvo también discípulos que convivían junto a él.

Simeón se interesó vivamente por la paz de la Iglesia turbada por la controversia nestoriana e intervino para lograr la reconciliación del patriarca Juan de Antioquía con el patriarca San Cirilo de Alejandría, y no dejó de dirigirse al patriarca Juan para pedirle que condenara sin ambages a Nestorio, y cuando se produjo la reconciliación, insistió en que los otros obispos también condenaran el nestorianismo. A la clase principal la exhortaba a defender a la Iglesia y a los pastores de la Iglesia les recordaba su gran responsabilidad como guardianes y guías del rebaño de Cristo. Años más tarde no dejó de significar claramente tanto al emperador como a todos los que lo oían su adhesión al concilio de Calcedonia.

Simeón permaneció en su género de vida hasta su muerte, ocurrida el año 459, según parece. Se le conmemoraba el 5 de enero, mas ahora el nuevo *Martirologio* sitúa su memoria el 27 de julio, pero parece que su muerte fue el último día de agosto. Su funeral fue un gran triunfo de los valores que él representaba.

Los que lo habían tenido como maestro en vida dieron noticia a las autoridades civiles y eclesiásticas, que acudieron y ordenaron traer un ataúd de plomo. Llevado de Telnesin a Antioquía, su cuerpo, acogido triunfalmente en la capital, fue enterrado en la llamada iglesia grande, la que hoy llamaríamos catedral, tras unas exequias multitudinarias presididas por el patriarca, y se empezó enseguida a decir que Dios obraba muchos milagros en su tumba. Posteriormente, al menos una gran parte de sus reliquias serían llevadas a Constantinopla.

De su culto podemos decir que fue muy popular y que se celebraban en su honor varias festividades al año, la principal de ellas el 27 de julio, motivo por el cual ha venido sin duda a fijarse en ese día su memoria en el nuevo *Martirologio*. Su vida la escribió Teodoreto de Ciro, que lo conoció personalmente y lo visitó cuando estaba en la columna.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Ianuarii, t.I p.261-264.

Art. en *Bibliotheca sanctorum*. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1116-1138.

DELAHAYE, H., *Les saints stylites* (Bruselas 1923).

TEODORETO DE CIRO, *Historia filotea*: PG 72,1464-1484.

BEATO JOAQUÍN VILANOVA Y MÁRTIRES DE VALENCIA EN 1936

Presbíteros, religiosos y seglares († 1936)

Primero tuvo lugar el martirio de las cosas. El patrimonio histórico artístico de la Iglesia en la Comunidad Valenciana sufrió entre los años 1936-1939 el mayor desastre ocurrido nunca, en los últimos veinte siglos de historia de la humanidad. El odio de los que atropelladamente penetraban al asalto en aquellos tristes días en ermitas, parroquias, catedrales, conventos y monasterios valencianos quedó saciado al reducir a cenizas en un instante la historia multiseccular de arte y cultura custodiada en las iglesias católicas. Además, aduciendo razones urbanísticas en algún caso, incluso antes de comenzar la contienda fratricida, se llegó a arrasar el templo parroquial (en alguna población fue-

ron tres los templos asolados), quedando un anodino solar como última señal de lo que fue. En Alicante se demolieron los templos de San Juan Bautista de Benalúa y San Francisco, y en la provincia éstos: Alcoy: Santa María, San Mauro y San Francisco y San Agustín; Elda: Santa Ana; Elche: El Salvador y San Juan Bautista; Novelda: Sagrado Corazón de los Redentoristas; Orihuela: convento de Santa Lucía; Lorcha: Santa María Magdalena; Polop: ermita de San Roque; Villajoyosa: iglesia conventual de San Pedro y San Pablo; y en Jávea: convento de Agustinas Descalzas. En Castellón fueron destruidas, en la capital: Santa María, monumento nacional declarado el 3 de junio de 1931; Villarreal: convento de Nuestra Señora del Rosario y Real Capilla de San Pascual Bailón; Burriana: El Salvador (arruinada por el estallido de las 32 cajas de dinamita colocadas estratégicamente en la torre parroquial, el 5 de julio de 1938); y en Nules: San Bartolomé (el 7 de julio de 1938 se hizo estallar la carga de dinamita colocada en el refugio que comunicaba por debajo del campanario la plaza Mayor con la de la Soledad, que produjo el derrumbe de la fábrica parroquial y su torre). En Valencia se demolió el palacio arzobispal, pero en la provincia el resultado final es estremecedor: Algemesí: capilla de la Virgen de la Salud y San Vicente Ferrer; Alzira: San Agustín y San Juan Bautista; Barxeta: Santos Desposorios; Bellreguard: San Miguel Arcángel; Benifaió: capilla del Sagrario; Benimuslem: Purísima Concepción; Carlet: Asunción de Nuestra Señora; Corbera: Santos Vicentes; Gandía: San José y el ábside, capilla del Sagrario, sacristía, archivo y sala capitular de la Insigne Colegiata de Santa María (declarada monumento nacional el 3 de junio de 1931); Lliria: ermita de Santa Bárbara; Miramar: San Andrés Apóstol; Oliva: capilla de San Nicolás; Rafelguaraf: Nacimiento del Señor; Torrent: convento de Monte Sión de Terciarios Capuchinos y ermita de San Gregorio; y en Játiva: claustro del convento de Santa Clara.

Lo sucedido en el templo de Santa María de Castellón fue realmente una bravuconada, teniendo en cuenta que este templo era Monumento Histórico Artístico Nacional desde el 3 de junio de 1931, pues dicho reconocimiento otorgado por la Segunda República no impidió que las autoridades locales acorda-

ran y llevaran a cabo su total destrucción. Cuando el 11 de mayo de 1937 llegó al Ayuntamiento de la capital de la Plana la orden de la Dirección General de Bellas Artes, disponiendo el cese inmediato del derribo de la iglesia arciprestal de Santa María, el templo ya había sido demolido. Lo propio aconteció con la Insigne Colegiata de Santa María de Gandía, donde la piqueta demoledora sólo dejó en pie la nave central y el campanario de este Monumento Histórico Artístico Nacional desde 1931 de la ciudad de San Francisco de Borja.

Por lo que respecta a Burriana y Nules, ambas poblaciones sirven de testimonio de la falta de escrúpulos en quienes ordenaron la voladura de los templos parroquiales de El Salvador y San Bartolomé, respectivamente, produciéndose unas descomunales explosiones que causaron la destrucción de dichas iglesias y, al mismo tiempo, produjeron gravísimos y cuantiosos daños materiales en los edificios próximos. En las poblaciones de Aigües y Banyeres (Alicante), Albalat dels Sorells, Massanassa y La Pobla de Farnals (Valencia) la autoridad local ordenó la demolición del campanario parroquial hasta el cuerpo de las campanas, instalándose incluso en alguno de ellos una batería de ametralladoras para la defensa antiaérea, como ocurrió en Albalat dels Sorells. En Villarreal (Castellón) se instaló una potente ametralladora en el campanario de la arciprestal de San Jaime, por lo cual esta esbelta y hermosa torre fue objeto de los ataques de las baterías republicanas, que ocasionaron graves desperfectos, sobre todo en el tercer cuerpo de la misma, derribando tres de los grandes ventanales de las campanas el 16 de junio de 1938. El 19 de julio del mismo año, y durante el avance de las tropas del general Franco, se produjo el bombardeo de la estación del ferrocarril de Segorbe, cayendo fortuitamente una bomba sobre el tejado del templo parroquial de Castellnovo, localidad muy próxima a la ciudad ducal, que ocasionó graves desperfectos en la bóveda de dicha iglesia.

Recuperar la memoria de un patrimonio destruido alevosamente nos sitúa ante la triste realidad de la probada incultura de los vociferantes, que violentaron las iglesias parroquiales de los pueblos valencianos, dando cumplimiento a una consigna que pretendía borrar de la memoria colectiva de las buenas gentes

de estas tierras las huellas de una religión que en el transcurso de los siglos había creado un inmenso patrimonio artístico que, además, pertenecía a todos. La ancestral incultura ejecutó, en primer lugar, el alevoso y premeditado proyecto trazado para aniquilar cualquier signo religioso cristiano, pasando, seguidamente, a perseguir y asesinar a hombres y mujeres que se identificaban con el evangelio.

La cronología de los hechos, parcialmente conocida aún, demuestra con declarada evidencia que cuanto ocurrió en los numerosos templos de la Comunidad Valenciana estaba organizado desde el inicio de la Segunda República. El 15 de enero de 1936 es destruido el retablo mayor de la iglesia conventual de las Agustinas de Denia (Alicante), en donde recibía culto la bellísima imagen de la Santísima Sangre que, providencialmente, había sido ocultada. En el transcurso de la noche del 19-20 de febrero es asaltado el templo parroquial de Relleu (Alicante) y el 20 sufren idéntico trato en Elche (Alicante) la iglesia de Santa María, donde se representa el célebre *Misterio de Elche* (declarado por la Segunda República en 1931 monumento nacional), El Salvador y San Juan Bautista, y la parroquia de La Nucia (Alicante). Al día siguiente, 21 de febrero, es asaltado el convento de Nuestra Señora de Orito en Monforte del Cid (Alicante). El 3 de marzo, el templo parroquial de Torrevieja (Alicante); el 14 de marzo todos los templos de Villena (Alicante); el 16, la iglesia de Silla (Valencia); el 21 de marzo, el templo de Almussafes (Valencia); el 24 de marzo, los templos de Sax (Alicante); el 1 de abril, las iglesias de Alcoy (Alicante); el 12 de abril, la parroquia de La Font de la Figuera (Valencia); el 20 de abril, la iglesia parroquial de Catral (Alicante); el 1 de mayo, el templo parroquial de Cullera (Valencia); el 11 de mayo, Torremanzanas (Alicante) y todos los templos de Alzira (Valencia); el 12 de mayo, Elda (Alicante); entre los días 12 y 14 de mayo, los templos de Biar, Benissa, Onil, Villajoyosa y Jávea (Alicante); el 13 de mayo, el santuario de la Virgen del Castillo de Cullera (Valencia); entre el 13-14 de mayo, todos los templos de Carcajente y Cogullada (Valencia); en la noche del 14-15 de mayo, el templo parroquial de Rafelguaraf (Valencia); el 16, el de Barxeta (Valencia); el 24 de mayo, la iglesia de Castell de Guadalest (Alicante); el 26 de

mayo, el templo parroquial de Orxeta (Alicante), y el 16 de julio de 1936, el templo parroquial de Daimús (Valencia).

Y la guerra civil aún no se había iniciado. Valga como lamentable ejemplo del inmenso patrimonio artístico destruido por la barbarie y la incultura el 20 de julio (parroquia) y 5 de agosto (Real Iglesia de la Patrona, capillas y ermitas locales), las 102 imágenes y 97 lienzos de los templos de la ciudad de Sueca (Valencia).

Destruído el patrimonio artístico comenzó la persecución religiosa de sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares comprometidos con la acción pastoral de la Iglesia. Dos lugares destacan en la geografía valenciana en donde se produjeron numerosos sacrificios martiriales: El Saler y el llamado «Picadero» de Paterna, resultando bastante difícil conocer el conjunto de personas que recibieron el martirio, aunque consta que fueron asesinados 372 hombres y jóvenes de Acción Católica y 93 mujeres de idéntica afiliación. En muchos pueblos pereció casi todo el clero parroquial, siendo asesinados en Alcoy 14 sacerdotes; 9 en Gandía y Onteniente; en Sueca y Torrent, 8; en Játiva y Carcajente, 7; en Algemesí, Alzira y Llíria, 6; en Benifayó y Oliva, 5, y en Manises, 4. Las ejecuciones en masa afectaron a sacerdotes y seglares en numerosas ocasiones, siendo de señalada memoria la del 22 de septiembre en Alzira y la del 29 de diciembre en el «Picadero» de Paterna. En la diócesis de Valencia fueron asesinados 327 sacerdotes; en la de Orihuela, 54 sacerdotes y en la de Segorbe, 61, aunque a éstos deben añadirse los párrocos de las poblaciones del Maestrazgo que pertenecen al obispado de Tortosa. También fue asesinado el obispo de Segorbe, don Miguel Serra, y el administrador apostólico de la diócesis de Orihuela, don Juan de Dios Ponce.

El primero en el tiempo de los sacerdotes valencianos martirizados en 1936 y beatificados por el papa Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001, es el Beato JOAQUÍN VILANOVA CAMALLONGA (Onteniente 1881), quien el 19 de septiembre de 1920 celebra su primera misa y recibe su primer encargo pastoral como regente de Quatrefondeta (Alicante), donde está poco tiempo, pues en el mismo año pasa como coadjutor a la parroquia de Ibi (Alicante). Ambas poblaciones pertenecían en aquel tiempo

a la diócesis valenciana. Durante los quince años que transcurre su vida en Ibi despliega una infatigable atención a los niños, organiza la Congregación de los Luises, un grupo de jóvenes de Acción Católica, pero se entrega sobre todo al Patronato, al que destina su tiempo y su dinero, objeto de sus desvelos y sacrificios. Sacerdote humilde, pobre y modesto —«era un alma de Dios»—, lamenta el incendio provocado por las turbas en su amado Patronato el 19 de marzo de 1936, y persevera en su reconstrucción. A pesar de su corta inteligencia entendía admirablemente la ciencia de dirigir las almas hacia la perfección, dedicando largas horas a oír confesiones. El 27 de julio de 1936 sufre el martirio: «Hoy será mi primera misa en la gloria por todos vosotros», dice al despedirse de los suyos. Fue encontrado con los brazos en cruz y una mano agujereada por un clavo en el término de L'Ollería (Valencia). El año 1952 sus restos se inhumaron en el templo parroquial de la Transfiguración del Señor, de Ibi.

Además de premeditada, esta persecución se desarrolló de forma cruel, pues estuvo precedida de torturas, golpes, insultos y mutilaciones «con un odio, una barbarie y una ferocidad que no se hubiera creído posible en nuestros días». En realidad la persecución religiosa durante la Segunda República «es el tema más humillante de la guerra civil española». Violencias y humillaciones que afectaron también a familiares y parientes próximos a las víctimas, que quisieron acompañar a los suyos y obtuvieron el mismo final que aquéllos. La muerte.

Al vicesecretario del arzobispado de Valencia, José Fenollosa, le destrozaron el rostro. Uno de los beneficiados de San Martín de la capital del Turia, Enrique Gimeno Archer, fue encontrado con la cabeza totalmente deshecha y las manos atadas. Al capellán de las Hermanitas de Ancianos Desamparados de Valencia le sacaron un ojo, le cortaron una oreja y la lengua, degollándole seguidamente. El beneficiado de San Agustín, Vicente Peretó, fue llevado a la plaza de toros, en donde sufrió horribles mutilaciones, incluso la del sexo. El coadjutor de Algemesí, Juan Bautista Arbona, fue decapitado. El anciano coadjutor de Jesús Pobre (Alicante), Vicente Borrell, fue desnudado totalmente y martirizado sádicamente y, vivo aún, le

mutilaron, metiéndole a viva fuerza en la boca las partes viriles, antes de rematarlo. Al párroco de Benaguasil (Valencia), Fermín Gil, le hicieron saltar la masa encefálica a garrotazos. Al coadjutor de Les Ventes de la Pobla de Vallbona, Francisco Ferrando, le maltrataron tan horrorosamente, de palabra y de obra, que cuando le asesinaron estaba casi moribundo. El director espiritual del reformatorio de Godella, Pascual Tatay Sanjulián, después de haber sido torturado en una mazmorra, fue atado de pies y manos y arrojado a un horno de cal, que estaba ardiendo. El cura de Albalat de la Ribera, Carlos Giner Martínez, fue torturado en el mismo pueblo con agujas saqueras y, cortada la lengua, fue colgado de un árbol, entre insultos soeces y burlas obscenas.

Ignominiosa fue la muerte del párroco de Cheste, José González Huguet, a quien pasearon por las calles de la población entre insultos y gritos de la gente, mientras su cuerpo era pinchado a navajazos y toreándole como si fuera un toro. Le cortaron las orejas en la plaza Mayor del pueblo, y casi moribundo, fue asesinado en la madrugada del 12 de octubre.

Las congregaciones religiosas también presentan un crecido número de mártires. Las Carmelitas de la Caridad vieron cómo el 19 de agosto eran asesinadas en El Saler la superiora y ocho religiosas de la comunidad del colegio de Cullera (Valencia), mientras que el 24 de noviembre perecían doce religiosas de la comunidad de Valencia en el «Picadero» de Picassent. La superiora general y 16 Hermanas de la Doctrina Cristiana, con la casa madre en Mislata (Valencia), fueron asesinadas el 29 de noviembre en el «Picadero» de Paterna. Una religiosa tenía 86 años, otra 84 y la mayoría más de 60. La misma suerte corrieron en otros lugares diocesanos cuatro capuchinas de clausura del convento de Agullent, cinco escolapias de Valencia, dos Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Requena y dos agustinas descalzas de la misma población. El 9 de diciembre fueron martirizadas en el «Picadero» de Paterna cinco Hijas de la Caridad de Bétera, junto con una sirvienta de la casa.

Las ejecuciones en masa tienen en los Hermanos de San Juan de Dios del Asilo de la Malvarrosa de Valencia un ejemplo desgarrador, pues fueron asesinados los 14 religiosos que com-

ponían la comunidad, más otros seculares, empleados en dicho centro benéfico. Aunque nada que se iguale con lo ocurrido en Rafelbunyol (Valencia), donde tuvo lugar el más estremecedor de los abominables hechos ocurridos en la persecución religiosa en tierras valencianas. El 28 de septiembre sufrieron martirio nueve hermanos, hijos todos ellos de Onofre Mestre Castellar y Mercedes Iborra Sancho, ejemplarísimo matrimonio que les había educado en la fe cristiana con profunda formación. No se encuentra otro caso como éste, en que se diera muerte a la vez a nueve hermanos. Otro ejemplar sacrificio es el de los hermanos Medes Ferrís de Algemesí (Valencia), uno de ellos seglar, casado, dos religiosos carmelitas y la cuarta, una monja cisterciense. Los cuatro fueron martirizados en el transcurso de la noche del 10 al 11 de noviembre.

Entre los casos de mujeres martirizadas el más llamativo es el de Teresa Ferragud Roig de Algemesí (Valencia), detenida junto con sus cuatro hijas religiosas que se habían refugiado en su casa al inicio de la contienda civil. El 25 de octubre, fiesta de Cristo Rey, fueron inmoladas todas ellas en el paraje conocido como la Creu Coberta d'Alzira, animando a sus hijas con ejemplar valentía. Del grupo numerosísimo de mujeres de Acción Católica podemos recordar a Luisa María Frías Cañizares, profesora de la Universidad de Valencia, a quien en la noche del 5 al 6 de diciembre torturaron salvajemente antes de morir, sacándole los ojos y cortándole la lengua. A Sofía Ximénez los milicianos la obligaron a levantar de la cama a su hijo Luis, minusválido, introduciéndolo en la camioneta que los trasladó al «Picadero» de Paterna, y a quien dieron muerte antes que a su madre. El extraordinario testimonio de entrega personal a la Iglesia llevó a Carmen Viel Ferrando de Sueca (Valencia) a ocultarse en un domicilio de la capital del Turia, de donde fue llevada a la checa de la calle del Grabador Esteve y dos días más tarde era asesinada cruelmente en El Saler, afirmándose que fue violada.

El ensañamiento con las mujeres fue bastante general entre los milicianos, pues no se contentaron con la muerte física de la víctima, sino que previamente, en muchos casos, sometieron su cuerpo a torturas y escarnios, profanando sus restos y

rociándolos con gasolina y en algunos casos mutilándoles salvajemente.

Entre los hombres de Acción Católica también se dieron casos siniestros, como el de Rafael Alonso Gutiérrez de Onteniente (Valencia), a quien junto con otros dos detenidos llevaron a la localidad de Aiello de Malferit (Valencia) sometiendo a diversas torturas, entre ellas la de intentar enterrarlos vivos, colocándoles en una fosa y echándoles tierra hasta cubrirles la cabeza. Concluido este martirio los sacaron de allí, les dieron una gran paliza, y después de pasar unas treinta horas sin comer ni beber fueron asesinados. A José María Corbín Ferrer de Valencia, Licenciado brillantemente en Ciencias Químicas con premio extraordinario a los veintiún años, se le pensionó para la Universidad de verano de Santander en las vacaciones del tristemente famoso 1936. La fama de este apóstol incansable llegó también a la capital cántabra, y el 28 de agosto fue detenido y encarcelado posteriormente en el buque-prisión «Alfonso Pérez». Murió en la horrorosa matanza del 27 de diciembre.

Señaladas por un profundo sentido social sobresalen algunas mujeres valencianas de Acción Católica, como la anteriormente mencionada Carmen Viel Ferrando, preocupadas por la formación profesional y educación cristiana de las obreras, animando en sus poblaciones la organización del Sindicato de la Aguja. Éste es el caso de la ya mencionada, y también el de Francisca Cuallado Baixauli de Massanassa (Valencia), a quien quitaron la vida el 18 de septiembre. Digna de esta santa memoria es la anciana Társila Córdoba Belda de Sollana (Valencia), de 75 años, viuda y madre de tres hijos fallecidos, también mártir.

A pesar del dramatismo de su heroica muerte y del bárbaro sadismo de sus verdugos, el caso de los hermanos Ribera Puchol de Sueca (Valencia) no ha sido registrado por ninguno de los historiadores que han tratado las muertes ocurridas durante los tres primeros meses de la guerra civil. El Padre Antonio Ribera Puchol había profesado en la Orden Seráfica, después de meditada decisión y tras 21 años de ministerio sacerdotal en diversas poblaciones diocesanas. El hermano menor, Julián, también profesó en la Orden Franciscana, pero pidió la secularización durante la Segunda República, regresando

al hogar familiar, y ayudando a su hermano Romualdo en las labores agrícolas. En la noche del 25 de septiembre y después de haber asaltado la casa en donde se encontraban reunidos todos los familiares, los milicianos detuvieron a los tres hermanos y los trasladaron al término municipal de Llaurí (Valencia), donde a Romualdo, que se resistió a bajar del automóvil, le pegaron un fuerte golpe con la culata de la escopeta, fracturándole el cráneo, mientras que según vox populi al Padre Antonio Ribera Puchol le cortaron los brazos, para que no pudiera absolver a sus hermanos. Increíble crueldad e inexplicable barbarie.

Las numerosas checas establecidas en la capital del Turia, símbolo de la represión republicana, fueron lugar de terribles atrocidades y torturas para seculares católicos, sacerdotes y religiosos. Una de las checas valencianas de más triste memoria se instaló en el convento de Santa Úrsula, junto a las Torres de Quart, y en ella estuvo detenido el abogado, periodista, escritor y político Luis Lucía Lucía, fundador de la «Derecha Regional Valenciana», partido demócrata cristiano inspirado en la doctrina social de la Iglesia. Por la checa de la calle de Sorní número 7 pasó, entre otros, el entonces estudiante Jesús Sancho-Tello Mercadal, siendo torturado por ser miembro de las Juventudes Católicas. En la checa de la calle del Grabador Esteve, junto al viejo cauce del río, estuvo detenida entre el 2 y 4 de noviembre Carmen Viel Ferrando, que fue asesinada en la noche del 4-5 del mes mencionado. En la checa de la calle de Carniceros, instalada en el colegio de los Escolapios, estuvo el padre escolapio José Antonio Puche, el padre franciscano Buenaventura Yagüe y el empresario Fernando García Berlanga, hermano del que más tarde sería cineasta Luis García Berlanga.

También en la ciudad ducal de Gandía se organizó una checa en el colegio de los Escolapios, antigua Universidad creada por los jesuitas en el siglo XVI. Entre los que fueron bárbaramente maltratados se halla el padre Tomás Sitchas, rector de la comunidad de jesuitas gandiense, el padre Constantino Carbonell y los hermanos jesuitas Grimaltos y Gelabert.

El 14 de mayo de 1957 y por iniciativa de don Marcelino Olaechea Loizaga, arzobispo de Valencia, tuvo lugar el inicio del proceso ordinario para la declaración de martirio de 37

cerraron en España sus conventos con diversos breves del papa Pío V. En los tres siglos y medio de ausencia siempre renacía en esta familia franciscana la nostalgia de la vuelta. Finalmente, se pudo restaurar en 1904. En esa fecha el P. Miguel Salvador, venido a España desde Italia, se establece en el Santuario de la Virgen de la Vega, en Alcalá de la Selva (Teruel). La fundación no era nada definitivo, de modo que, abandonado este primer sitio, se inaugura el convento de Granollers (Barcelona) en noviembre de 1905. En 1907 la comunidad está formada por una media docena de religiosos. La ampliación de la casa donde van a vivir se termina en 1909, aunque la capilla que se dedica a Nuestra Señora del Montserrat y a San Antonio de Padua comienza a funcionar en 1908. El padre guardián, Ángel Salvador, todo contento, escribía al ministro general, hablándole del convento: «Tiene todas las dependencias que piden nuestras Constituciones: todo es pobre pero decente. Pueden habitar quince o dieciséis personas, aunque sólo hay camas, sábanas, etc., para diez personas». En junio de aquel mismo año durante la «Semana Trágica de Barcelona», en una revuelta callejera, la turba amenaza con que va a quemar la iglesia de los frailes. Y no se queda en palabras: «Iglesia y convento ardieron durante tres días, alimentando el fuego con leña traída de fuera. Rociaron el techo de la iglesia con petróleo, pero no ardió». El convento quedó destruido. Pasada aquella furia, se reconstruye la casa y vuelven a habitarla en septiembre de 1910. La reconstrucción de la iglesia se terminó sólo en 1927. En 1921 la fraternidad de Granollers contaba con nueve religiosos. Allí se estableció la sede del postulante y noviciado. Una vez profesos pasaban a Italia, donde seguían los estudios eclesiásticos.

En este punto conviene dar la secuencia de algunos hechos de la política nacional en la que más o menos directamente se verán implicados, mejor, afectados los hermanos de Granollers.

El 14 de abril de 1931 se proclamaba la II República en España, a raíz de las elecciones municipales del día 12.

El nuevo régimen «se instauró sin disparar un solo tiro; llegó en medio de un clima general de esperanza de un futuro mejor [...]; por fin, habría llegado la hora de una convivencia civilizada en el seno de la cual pudiera vivirse en justicia y libertad».

Pero, como los sueños, sueños son, no había pasado un mes cuando se desató con virulencia increíble una manía incendiaria y destructiva. Fueron asaltados e incendiados un centenar de edificios religiosos: iglesias, conventos, colegios. Los desmanes comenzaron en Madrid el 11 de mayo. El movimiento destructor se fue extendiendo a otras poblaciones: Valencia, Alicante, Murcia, Málaga, Sevilla, Córdoba, Cádiz... Intelectuales del momento afectos a la República (Marañón, Pérez de Ayala, Ortega y Gasset) condenaron sin paliativos lo ocurrido, proclamando que «quemar conventos e iglesias no demuestra ni verdadero celo republicano, espíritu de avanzada, sino más bien un fetichismo primitivo y criminal, que lleva lo mismo a adorar las cosas materiales que a destruirlas». «Jornada bochornosa», «hecho repugnante», el producido en Madrid el 11 de mayo. Los mismos calificativos merecen los acontecimientos de igual índole producidos en otras capitales. Desde el Vaticano, Pío XI calificaría aquellos incendios destructores de «sacrilegios contra Dios y la santa religión». El 28 de junio hubo elecciones para las Cortes Constituyentes, ganando por mayoría abultada los partidos de izquierdas.

Incendios y destrucciones siguieron dándose en 1932 y 1933. Lo mismo en enero-febrero de 1934. En la llamada «Revolución de Asturias» en octubre de 1934 se destruyeron más de 50 iglesias y fueron asesinados más de 30 sacerdotes y religiosos. En 1936, en las elecciones políticas del 16 de febrero, triunfó el Frente Popular. A los tres días, no más, «comienzan los incendios, asaltos, saqueos y destrucciones de iglesias y conventos y los asesinatos a personas diversas en toda España». En marzo, abril, mayo, junio, más ataques a edificios y sacerdotes. El 18 de julio, la sublevación militar; ha comenzado la guerra civil.

Los acontecimientos, apenas señalados, que venían sucediéndose desde 1931 desembocan, dentro de la zona republicana, como los ríos en la mar, en la mayor persecución religiosa nunca vista en España. No es cierto, como algunos ingenuos o mal documentados han pensado, que el inicio de la guerra suponga el comienzo de la animadversión más cruel contra todo lo religioso; fue un suma y sigue de una crueldad inaudita. Los

intelectuales mencionados llamaron en 1931 a aquellas atrocidades contra todo lo sacro «fetichismo primitivo»; esa desviación idolátrica se ha ido transformando en persecución religiosa e iconoclasta y contra los creyentes, ministros y personas consagrados al Señor, sobre todo en los primeros meses de la contienda bélica.

Las últimas raíces de tan gran exacerbación habría que examinarlas a la luz de la psiquiatría. Se trataba de una sociedad caracterizada en aquellas décadas del siglo XX «por la incultura del pueblo, la malograda evangelización de la sociedad, el anticlericalismo y la antirreligiosidad».

Con este caldo de cultivo, las masas populares de las que se abusa impunemente, ya soliviantadas e incontroladas, se lanzan a acabar con todo y con los que resultan incómodos, con los que «sólo verlos da grima», como en secuencia bien lograda se dice en el libro de la Sabiduría (2,12-21).

Desde estas actitudes, tantas veces alimentadas por la ignorancia, se va llegando, en definitiva, como se dice en muchos de los procesos de los mártires, a lo que con nombre propio se llama *odium fidei* («odio de la fe»).

¿Cómo vivieron estos años y estos acontecimientos los Hermanos Menores Conventuales de Granollers? Éste era el único convento que tenían en España.

En 1931, proclamada la República, fueron pasando mal que bien con las debidas precauciones y con alguna salida del convento a casas amigas. Dejaron de recibir postulantes hasta 1935, y entonces tenían hasta 17 de estos prenovicios. Los días de la revolución de Asturias en octubre de 1934 «todos los frailes abandonaron el convento durante algunas horas, aunque no durmieron fuera de casa». El 6 de noviembre moría el padre Ángel Salvador, considerado como el restaurador de la Orden en España.

Cuando estalla la guerra, la comunidad franciscana está compuesta por 9 sacerdotes, 4 hermanos no sacerdotes, 1 novicio, 1 oblató y 12 postulantes. En este grupo se encuentran los 6 que padecerán martirio.

La comunidad, además de su vida religiosa de oración y sacrificio, atiende apostólicamente al bien espiritual del pueblo,

lleva las que llaman Escuelas Antonianas de primera enseñanza, cultiva las propias vocaciones franciscanas de novicios y postulantes o «seráficos», como los llamaban entonces.

El 19 de julio de 1936 es ya un día de grandes sobresaltos en la fraternidad conventual. En el decreto sobre el martirio se dice que un grupo de desalmados irrumpió en el convento, «en búsqueda de armas y, como no las encontraron, echaron fuera entre rabiosas amenazas a los frailes, que tuvieron que ir a refugiarse en casa de vecinos y amigos. Pero su ocultación duró poco más de una semana». Se dispersan, pues, los religiosos fuera del convento, quedando sólo en casa el hermano Buenaventura Remón aquella noche del día 19. Este hermano Buenaventura bien se merece una mención honorífica, aunque no se encuentre entre el grupo de los que han sido beatificados como mártires. También a él lo fusilaron junto con el padre Alfonso López y fray Miguel Remón Salvador; logró sobrevivir y, llevando en su cuerpo las cicatrices de los balazos, murió el 15 de marzo de 1963, habiendo sido un testigo de toda excepción en el proceso de sus compañeros y habiendo perdonado heroicamente a quien los había asesinado.

El 20 de julio, por la tarde, va llegando un gran número de milicianos a Granollers. Entran en la iglesia del convento, sacan las imágenes de los santos a la calle y las prenden fuego. Vuelven al interior del templo y «amontonan bancos, sillas y cuanto encuentran a su paso, lo rocían de gasolina y le encienden fuego. Suben a las bóvedas de la iglesia y derraman unos cuantos barriles de petróleo que encienden. Las consecuencias fueron que se hundió parte del techo de la iglesia y dos o tres bóvedas; mientras que todo el interior quedó ahumado con las llamas de los bancos y la quema de las puertas». Incendian también el convento, después de haberlo dado al pillaje.

Martirizada así la iglesia y el convento, faltaban las verdaderas víctimas: los religiosos. Los nombres de estos héroes son los siguientes: Alfonso López López, Miguel Remón Salvador, Modesto Vegas Vegas, Dionisio Vicente Ramos, Francisco Remón Játiva y Pedro Rivera Rivera.

La *positio* sobre el martirio se titula «Positio de la beatificación o declaración de martirio de los siervos de Dios Alfonso

López y sus cinco compañeros». El 27 de julio aparece en el *Martirologio* el primero de ellos: Modesto Vegas Vegas. Por este motivo nos extendemos más aquí en esta fecha de su martirio.

MODESTO VEGAS VEGAS nació el 24 de febrero de 1912 en un pueblecito llamado La Serna (provincia de Palencia y diócesis de León, entonces). Bautizado a los cuatro días de nacer en la iglesia de la Asunción. La confirmación la recibió en León el día 9 de septiembre de 1922.

Realizó los estudios primarios en la escuela del pueblo. En una declaración de su maestro de escuela, éste declara emocionado:

«El P. Modesto Vegas “desde niño se significó siempre por su carácter bondadoso, pudiendo afirmar que durante los años de escolaridad demostró su bondad en todo momento, siendo un niño obediente y cariñoso con sus compañeros de clase, practicando la virtud de la caridad en sus manifestaciones pueriles, demostró, en fin, ser uno de los elegidos, que Dios tendrá en el cielo”».

La elección de Dios le llegó al chiquillo cuando apareció por el pueblo un colector de vocaciones, o promotor vocacional, Pedro Melero. Con él se fue al seminario de los Conventuales en Granollers en 1924. Allí hizo su bachillerato. Entre sus profesores estaban dos de los que serán mártires con él: Alfonso López y Dionisio Vicente. Pasando al noviciado allí mismo en Granollers, tuvo como maestro de novicios al padre Alfonso López. Su primera profesión tuvo lugar el 27 de octubre de 1927. En octubre de 1930 pasa a Osimo (Italia) en la provincia de Las Marcas, para seguir los estudios eclesiásticos superiores. Un discípulo suyo, italiano, da este testimonio acerca de Modesto en estos años: «Era educado, piadoso, preciso [...], muy delicado con todos los compañeros».

Hecha su profesión solemne en enero de 1934, recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio del mismo año. El 20 de julio pasó de Osimo a Asís, donde permaneció por unos meses. Vuelto a España en octubre de 1934 y en Granollers, ejerció el ministerio sacerdotal en el convento y en parroquias del Vallés oriental.

Delicado de salud, después de haber terminado sus estudios se le manifestó la tuberculosis que le condujo a la pérdida de un pulmón después de una operación en una clínica de Barcelona.

Ya la noche del 18 de julio o el 19 se refugió en la casa de doña Dolores Artigas Font, terciaria franciscana, casada con don José Anglada. En esta casa prestaba sus servicios como empleada de hogar la hermana de Modesto, Carmen, que será testigo principal de los últimos días de su hermano. En la misma casa estaba refugiado también otro de los frailes de la misma comunidad, Agustín Cisneros, que cuenta que Modesto «repetía muchas veces que, dado su estado de enfermo en que se encontraba, prefería ser mártir de Jesucristo que vivir dando preocupaciones y molestias a los que le rodeaban».

El 27 de julio, viendo que había sido descubierto, optó por dirigirse al hospital-asilo de la ciudad, donde pensaba que iba a estar más seguro. Allí estaba acogido el anciano y ya ciego padre Dionisio Vicente.

Le acompañaba su hermana Carmen. De camino para el hospital unos niños le reconocen y comienzan a llamarle: «¡Padre Modesto! ¡Padre Modesto!». Este grito inocente y espontáneo hace que un grupo de milicianos que lo oyen corran a detenerlo.

Lo condujeron al Comité revolucionario para interrogarle. La declaración de su hermana Carmen, que acompaña a un hermano y a un futuro mártir, es insustituible.

«Al pedirle la documentación, él contesta: “Aquí no la tengo; si queréis, voy a buscarla a casa de mi hermana inmediatamente”. Ellos responden: “No, no. ¡Tú no eres uno cualquiera! ¡Dinos la verdad!”».

Le preguntan si es religioso. Modesto ni lo afirma ni lo niega en ese primer interrogatorio. Es su hermana la que lo niega para poder salvarlo de una muerte segura. Le invitan a que se siente un momento. En ese entretiem po «mi hermano me rogó que no ocultase su condición de religioso, y yo me oponía a ello».

Reanudado el interrogatorio, sigue contando su hermana:

«Aun siendo consciente del peligro mortal que implicaba semejante confesión, mi hermano afirmó ser religioso: “¡Soy un religioso y sacerdote franciscano!”. A la confesión de mi hermano, los rojos prorrumpieron en horrendas blasfemias, y en acusaciones contra los curas y los frailes. Ellos dijeron: “¡Ya lo sabíamos! ¡Sois una mala raza! ¡El opio del pueblo! ¡Las sanguijuelas de la humani-

dad! ¡No servís para nada más que para hacer mal al pueblo soberano! ¡El pueblo ahora en tu persona, castiga a todos los curas y frailes!”. Ante estas babas de lugares comunes que les han metido en la mollera, Modesto con calma y serenidad replicó: “¡No es cierto! ¡Los curas y los frailes no hacemos mal a nadie! ¡Por el contrario, hacemos todo cuanto está a nuestro alcance en beneficio de los demás!”.

Había por allí un ex-seminarista que, lleno de ira y de rabia, contestó: “¡No seas embusterol! ¡Yo he estudiado con curas y frailes y os conozco bien! ¡Todos debéis ser quemados vivos!”.

Dejaron libre a la hermana, y al padre Modesto le subieron a un camión diciéndole que le llevaban a la cárcel. «No supe más de mi hermano». La señora a cuyo servicio estaba Carmen le contó después que uno de los asesinos le había dicho que, a la pregunta de Modesto: «¿Me lleváis a la muerte?», había respondido: «¡No!».

Y sigue contando su hermana lo oído a su ama:

«Pero el padre Modesto, que estaba seguro que pretendían su muerte, les dijo: “¿No tenéis compasión con un pobre enfermo?”. Le respondieron: “¡Si realmente estás enfermo, ya no tienes nada que hacer en esta vida! ¡Nosotros te vamos a llevar a un lugar donde, según tus creencias, estarás mucho mejor!”».

En el punto 11 de su declaración jurada y firmada el 30 de enero de 1984 en Granollers dice:

«Mi hermano fue conducido al bosque de Can Moncada, a 4 kilómetros de Granollers, y allí fue fusilado hacia las 5 de la tarde, permaneciendo tres días insepulto».

En el último número dice:

«Tres días más tarde, el 30 de julio de 1936, fue inhumado en el cementerio municipal de Llisá de Munt, en una fosa común».

El decreto de martirio de los seis hermanos conventuales fue dado en Roma a 26 de marzo de 1999, donde, hechos todos los trámites del caso, en la sesión última y definitiva el Papa declaró que: «En el caso y para la finalidad de que se trata consta del martirio y su causa de los siervos de Dios Alfonso López López y sus cinco compañeros de la Orden de los Hermanos Menores Conventuales, martirizados en el año 1936».

La beatificación de estos seis Frailes Menores Franciscanos Conventuales tuvo lugar en San Pedro de Roma el 11 de marzo

de 2001. Fueron beatificados ese día 233 mártires de la persecución religiosa de los años 1936-1939 en tierra española. De estos seis testigos como de todos los demás dijo el Papa en su homilía:

«Fueron asesinados por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia. Todos ellos, según consta en los procesos canónicos para su declaración como mártires, antes de morir perdonaron de corazón a sus verdugos... Son para nosotros modelo de coherencia con la verdad profesada. Su testimonio no debe ser olvidado. ¡Cuántos ejemplos de serenidad y esperanza cristiana!».

Y refiriéndose al día siguiente a esta beatificación, la más numerosa de su pontificado, en su discurso en la audiencia a los peregrinos que habían acudido a la glorificación de los 233 mártires, puntualizaba:

«Un número tan notable no hace olvidar las características individuales. En efecto, en todos hay una historia personal, un nombre y un apellido propio, unas circunstancias que hacen de cada uno de ellos un modelo de vida, que es más elocuente aún con la muerte libremente asumida como prueba suprema de su adhesión a Cristo y a su Iglesia».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

- CÁRCEL ORTÍ, V., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995).
 — *La persecución religiosa en España durante la segunda república (1931-1939)* (Madrid 1990).
 Decreto sobre el martirio: *AAS* 91 (1999) 978-982.
 Homilía en la beatificación: *AAS* 93 (2001) 589-593; *Ecclesia* (2001) n.3041, p.24-27.
 MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España 1936-1939* (Madrid 2004).
Positio super martirio (Roma 1991).
 REDONDO FUENTES, V., OFM CONV., *Entregaron su vida. Alfonso López y compañeros mártires beatos franciscanos conventuales* (Madrid 2001).
 — *Testigos de paz y bien, mártires franciscanos conventuales* (Folletos «Con Él», 204; Madrid 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTAS JULIANA Y SEMPRONIANA DE MATARÓ

Virgenes y mártires (fecha desconocida)

En Mataró, la antigua Iluro, son veneradas desde muy antiguo estas dos mártires, tenidas por naturales de esta población. Según la tradición eran dos cristianas, convertidas por San Cucufate, y a quienes su familia presionó para que abandonaran el cristianismo, pero sin lograrlo. Ellas estuvieron presentes en el martirio y recogieron los sagrados despojos del mártir y confesaron con ello su fe, lo que les valió ser arrestadas y sufrir toda clase de vejaciones a fin de que renunciaran a Cristo, lo que no se consiguió porque ambas perseveraron firmes en la santa fe. Por ello fueron degolladas. Se las suele situar en la persecución de Diocleciano a comienzos del siglo IV, sin que este dato sea seguro. El papa Pío IX confirmó su culto el 13 de septiembre de 1850.

SANTA ANTUSA

Virgen (s. VIII)

Antusa nace a comienzos del siglo VIII, hija de Estrategio y Febronia, y desde muy joven decide consagrar su virginidad a Dios y se retira a la vida eremítica, donde persevera en la austeridad y la oración muchos años. Luego fundó en Honoríade dos monasterios, uno para hombres en Mantineion, junto a Claudiópolis, y otro para mujeres en una isla cercana. Aquí levantó también una iglesia que dedicó a la Virgen María. Antusa era el alma de ambos monasterios, escuchando también los monjes a la santa virgen por su sabiduría espiritual. Llegada la persecución iconoclasta bajo el reinado de Constantino Coprónimo, Antusa fue acusada de no acatar las leyes que prohibían dar culto a las sagradas imágenes. Fue arrestada y llevada a la presencia del emperador, ante el que ella manifestó claramente su fe ortodoxa y su veneración por los sagrados iconos. Fue torturada y enviada al exilio. Pero le predijo a la emperatriz que daría felizmente a luz a dos gemelos, un hijo y una hija, como en efecto

sucedió. Y entonces, Irene, la emperatriz, decidió ponerle a la hija el nombre de Antusa, que igualmente es venerada como santa, y logró se le levantara el destierro a la santa religiosa. Ella volvió, parece, a su monasterio, y allí es donde después de una vida santa sitúa su muerte el nuevo *Martirologio*, y no en Constantinopla como hacía el anterior. No hay seguridad en las fechas del nacimiento y la muerte; sólo es segura su existencia en pleno siglo VIII. Su memoria se celebra el 27 de julio.

*SANTOS JORGE, AURELIO, SABIGOTO, FÉLIX
Y LILIOSA*

Mártires de Córdoba († 852)

El 27 de julio del año 852 fueron decapitados en Córdoba cinco cristianos, el diácono y monje Jorge, y dos matrimonios, formados por Félix y Liliosa y Aurelio y Sabigoto o Natalia. Conocemos este martirio por San Eulogio, que conoció y trató personalmente a los mártires. Sus datos son éstos:

JORGE era natural de Belén de Judá, el pueblo donde nació Jesús, y había ingresado en su juventud en la famosa laura de San Sabas, donde por entonces vivían quinientos monjes bajo la dirección del abad David. Ya en el monasterio había sido ordenado de diácono. Por obediencia había emprendido un viaje a África en busca de limosnas para su monasterio y de África pasó a España, para visitar a los cristianos españoles, cuya difícil situación conocía, y para también recaudar algunas limosnas, si podía. Llegó hasta Córdoba y se dirigió al monasterio de Tábanos, cuando ya dudaba si iba siendo hora de volver a su monasterio. En Tábanos pidió oraciones, y allí conoció a Natalia, la cual le dijo haber tenido la visión de que en el martirio se le uniría un monje de Oriente y reconoció a Jorge en el monje de su visión. Ante esto decidió unirse a los futuros mártires.

AURELIO y SABIGOTO habían nacido ambos en el seno de familias musulmanas y ricas. Aurelio perdió muy pronto a sus padres y quedó al cuidado de una tía suya que era cristiana, y de ahí le vino su conversión. Estudiante entre musulmanes, disimuló pero no perdió su fe cristiana. Natalia por su parte conoció el cristianismo cuando, tras morir su padre, su madre con-

trajo matrimonio con un cristiano oculto, que convirtió madre e hija al cristianismo, tomando ésta en el bautismo el nombre de Sabigoto. Se conocieron y vinieron a darse cuenta de que eran cristianos y entonces decidieron casarse, en público por el rito musulmán y secretamente con la bendición de un sacerdote. El deseo del martirio les llegó cuando visitaron en la cárcel a San Juan el Confesor, y a las futuras mártires santas Flora y María. Decidieron entonces presentarse ambos al martirio.

FÉLIX y LILIOSA eran, hasta entonces, un matrimonio cristiano que en público simulaba ser musulmán. Félix, pariente de Aurelio, era musulmán de nacimiento, llegó no se sabe por qué medio a la fe cristiana, y cuando fue amenazado por ello renegó del cristianismo y regresó al Islam, pero se arrepintió, volvió al cristianismo, y siguió pareciendo musulmán en público. Liliosa era de familia cristiana, y no se sabe por qué en público aparecía como musulmana. Unidos en gran amistad con Aurelio y Natalia, se contagiaron del fervor religioso de ambos esposos, y ellos también tomaron la resolución de presentarse al martirio. Se desprendieron de sus bienes en favor de las iglesias y los pobres, y llevaron el mismo género de vida que sus amigos, entregados a la oración y las buenas obras.

El medio elegido por los cuatro para hacer ver su cristianismo fue salir a la calle llevando ellas la cara descubierta y dirigiéndose a la iglesia. A la vuelta del templo les preguntó un oficial que por qué iban a la iglesia y contestaron los cuatro que eran cristianos. Estaban seguros con esto de que pronto serían arrestados. Pasaron la noche en oración y Aurelio visitó a su mentor San Eulogio, que para entonces había salido de la cárcel. Eulogio lo animó. Acordonada la casa por la policía, los mártires se entregaron sin resistencia y Jorge, a fin de que también lo arrestaran, dijo allí mismo que Mahoma era falso profeta, lo que le valió ser golpeado allí mismo y pisoteado. Llevados los cinco ante el cadí, los dos matrimonios insistieron en su profesión de fe y Jorge en su negativa a la cualidad profética de Mahoma. Los cuatro primeros fueron condenados a muerte por el delito de apostasía y Jorge por insultar al Islam. Fueron decapitados. Los cuerpos fueron tomados por los cristianos, siendo enterrados los de Jorge y Aurelio en el monasterio de

Peñamelaria, el de Félix en el monasterio de San Cristóbal al otro lado del Guadalquivir, el de Sabigoto en la basílica de los santos Fausto, Jenaro y Marcial, y el de Liliosa en la basílica de San Ginés. Los cuerpos de los santos Jorge y Aurelio y las cabezas de ambas santas serían más tarde trasladados a París, donde se les dispensó festiva acogida.

SANTOS CLEMENTE DE OCRIDA, GORAZDO, NAHUM, SABAS Y ANGELARIO

Obispos (s. IX/X)

Conmemora hoy el *Martirologio* a cinco obispos misioneros que, asociándolos a los santos Cirilo y Metodio, los han llamado los «Siete apóstoles de Bulgaria». Estos compañeros, junto con Clemente, son: Gorazdo, Nahum, Sabas y Angelario, que según la tradición fueron ordenados sacerdotes en Roma cuando acudieron a la Ciudad Eterna acompañando a los grandes apóstoles de los eslavos por orden del papa Adriano II.

CLEMENTE nació hacia el año 840, seguramente de raza eslava, y desde muy joven siguió a San Metodio. Acompañó a los dos santos misioneros en la etapa de la evangelización de Panonia y Moravia con el cargo de maestro o catequista de las masas eslavas que se convertían al cristianismo. Era sacerdote a la muerte de San Cirilo en Roma (869) y participó en la lucha por mantener la liturgia en lengua eslava, combatida por los misioneros germanos, pero apoyada por los papas. Marchó luego a Bulgaria, donde fue muy bien recibido por el rey Boris I. Enviado a la provincia suroccidental, se dedicó sobre todo a la enseñanza, logrando infundir espíritu y cultura cristiana en miles de jóvenes, algunos de ellos especialmente formados y capaces para la labor de dirigir una nación cristianizada, pero también cuidó el camino de tantos nuevos cristianos aún con reminiscencias paganas. Nombrado obispo de Velica, continuó su actividad procurando la formación y consolidación de una Iglesia búlgara verdaderamente metida en la cultura y el alma de la nación, y para ello formó un clero capaz de dirigirla, siendo infatigable en su obra pastoral. Al cabo de veinte años, quiso dejar el cargo episcopal pero no le fue permitido. Se estableció en el

monasterio de Ocrida y desde allí dirigió la diócesis hasta su muerte el 27 de julio del año 916.

De GORAZDO sabemos que fue discípulo y colaborador de la obra de los santos Cirilo y Metodio, y que llamado a Bulgaria continuó la labor misionera con cualidad de obispo.

NAHUM era eslavo e igualmente discípulo y colaborador de los santos Cirilo y Metodio. Cuando pasaron los cinco misioneros a Bulgaria, Nahum evangelizó en la capital. Luego fundó un monasterio junto al lago de Ocrida, en el que se estableció tras siete años de trabajo apostólico. Se fija su muerte el 23 de diciembre de 910. Se le suele llamar «el taumaturgo».

SABAS fue uno de estos apóstoles o evangelizadores, probablemente llamado también Laurenzio, y cuya actividad parece haber sido breve tras su entrada en Bulgaria, seguramente por haber muerto al poco tiempo.

ANGELARIO, el último de estos apóstoles, también parece haber podido trabajar a causa de su pronta muerte poco tiempo en la evangelización de Bulgaria.

BEATO RAIMUNDO PALMERO

Padre de familia († 1200)

Raimundo Zanfogni nace en Piacenza, Italia, el año 1140 en una familia artesana, y a los doce años se colocó como aprendiz. Pero, muerto su padre, decidió su madre hacer la peregrinación a Tierra Santa, acompañándola Raimundo cuando tenía 15 años. A la vuelta de Jerusalén murió la madre y él solo volvió a Piacenza trayendo una palma como peregrino, y de ahí le vino su sobrenombre de «palmero». Se coloca como zapatero remendón, se casa y tiene cinco hijos, pero demostrando siempre su gran espíritu religioso y dando catequesis a los artesanos y aprendices. Muertos sus cinco hijos, le propuso a su mujer guardar castidad pero ella no accedió y entonces nació su hijo Gerardo, que será el guardián de la memoria y la tumba de su padre. Muerta su esposa, dejó a su hijo en manos de los abuelos, e hizo peregrinación a Santiago de Compostela, y a su vuelta, hacia el año 1178, por inspiración divina, se dedica a obras de caridad.

Los canónigos de los Doce Apóstoles le dan una casa donde empieza a recoger enfermos y pobres, para los que pide por las calles y logra atender a una multitud. Otras personas se le unen en el cuidado de los enfermos. Recogía también niños abandonados, peregrinos y viajeros sin recursos. Se presentaba en los tribunales a acompañar a los pobres que pedían justicia. Fundó también una casa para mujeres sin recursos y prostitutas arrepentidas, a las que buscaba trabajo o matrimonio. Procuró la moralidad pública, la paz entre las ciudades y la buena convivencia de los grupos o partidos, no siempre con éxito. Murió entre los pobres de su hospicio el 27 de julio del año 1200. Aunque se procuró su canonización, ésta no se obtuvo, pero sí indulgencias papales a su invocación y culto litúrgico desde 1602.

BEATO NEVOLONE

Oblato camaldulense († 1280)

Nevolone o Novelone, natural de Faenza, fue zapatero. Contrajo matrimonio y su vida fue primero poco piadosa, pero a los 24 años se convirtió al Señor. Entonces se inscribe en la Orden Tercera de San Francisco y practica con verdad su condición de hermano de penitencia. Expía sus faltas con verdadero espíritu de reparación y da de sus modestos ingresos cuanto puede a los pobres. Peregrinó en varias ocasiones a Santiago de Compostela y edificó a todos con su conducta ejemplar. Muerta su esposa, parece que entra como oblato en un monasterio camaldulense, donde muere el 27 de julio de 1280. Pío VII aprobó su culto el 4 de junio de 1818.

BEATA LUCÍA BUFALARI

Virgen († 1350)

Nació hacia el año 1310 en Porchiaro, Italia, junto a Amelia, en la Umbría. Fue hermana del Beato Juan de Rieti. Era muy joven cuando decidió su vocación religiosa ingresando en el monasterio de terciarias agustinas de su ciudad. Pasados varios

años y acreditada como religiosa observante, la comunidad la eligió como superiora. Las monjas y el pueblo apreciaron mucho las notables virtudes de Lucía, a la que todos tuvieron por santa. Muerta el 27 de julio de 1350, su culto fue confirmado el 9 de abril de 1832.

BEATO ROBERTO SUTTON

Presbítero y mártir († 1588)

Nació en Burton-on-Trent, Staffordshire, en 1544. Su padre era carpintero y otros dos hermanos suyos llegarán a ser también sacerdotes. Pero inicialmente no era católico, y fue alumno del Christ College de Oxford. Se le dio el beneficio eclesiástico de Lutterworth, en el Leicestershire, en 1571 y se ordenó diácono dentro de la iglesia anglicana. Pero en 1576 renunció a su beneficio, al hacerse católico, y marchó al continente, ingresando en el colegio inglés de Douai en marzo de 1577. Un año más tarde recibió la ordenación sacerdotal y regresó a Inglaterra. Aquí pudo trabajar durante siete años pasando inadvertido, pero en 1584 se pudo probar que había dicho misa y, por ello, en 1585 recibió la pena del destierro, debiendo volver al continente. Fue por poco tiempo, pues enseguida regresó a Inglaterra y se fue a su condado natal, donde pudo trabajar apostólicamente durante tres años. Al cabo de ellos fue arrestado en casa de un católico en Stafford. Era el mes de julio de 1588. Llevado a Londres para los interrogatorios, el juicio tuvo lugar en Stafford, a donde fue devuelto. Aquí se le condenó por traición al ser sacerdote ordenado en el extranjero y vuelto al país. Su ejecución por ahorcamiento, destripamiento y descuartizamiento tuvo lugar en el propio Stafford el 27 de julio de 1588. Fue beatificado el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATO GUILLERMO DAVIS

Presbítero y mártir († 1593)

Era galés, natural de Croes-yn-Eirias, y parece que nació el año 1558. Entre 1582 y 1585 fue alumno del colegio inglés de

Douai, ordenándose en abril del último de esos años como sacerdote. En junio siguiente marcha a Inglaterra, donde es arrestado nada más desembarcar y es detenido en la Torre de Londres desde julio de 1585 hasta septiembre de 1588, cuando, sin que se sepan bien las causas, se le deja en libertad. Entonces se marcha a su tierra natal y trabaja con mucho celo y éxito hasta que en 1592 es nuevamente arrestado en Holyhead cuando se disponía a marchar a España trayendo cuatro estudiantes para el colegio inglés de Valladolid. Los cinco fueron sometidos a juicio y condenados a muerte, pero se tuvo lástima de la poca edad de los jóvenes y pudieron eludir la pena capital. Pero a Guillermo se le insistió para que abjurara del catolicismo, asistiera al culto protestante y de esta forma salvara la vida. El mártir se mantuvo firme en su fe. Su cautiverio tuvo lugar en Beaumaris, y aunque tuvo ocasión de huir no quiso, y allí tuvo lugar su ejecución. En el patíbulo dijo que no había otra causa para su muerte que el ministerio sacerdotal. Dijo que su sangre inocente no pediría venganza sino misericordia para que el Señor le devolviera a su patria la verdadera fe. Ahorcado, destripado y descuartizado, consumó gloriosamente su carrera terrena con el martirio el 27 de julio de 1593. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

BEATA MARÍA MAGDALENA MARTINENGO

Abadesa († 1737)

Margarita Martinengo nace en Brescia el 5 de octubre de 1687 en una familia aristocrática, la de los condes de Barca. Era hija única. Recibe de una religiosa ursulina una sólida educación cristiana en su familia, a la que ella se muestra muy receptiva, siendo notable desde la niñez por su espíritu de oración. A los diez años entra como educanda en la casa de las ursulinas, hace la primera comunión y se enciende su corazón ese día del amor de Dios. Pero cree que dos tías suyas, religiosas en su colegio, la miman demasiado y le pide a su padre la traslade a otro internado, y es llevada entonces al internado del Monasterio del Espíritu Santo.

Al llegar a los 16 años su padre deseaba ya que dejara el internado para que se integrara en la sociedad, a tono con su rango social. Margarita manifiesta a su padre su decisión de ser religiosa y él lucha cuanto puede por apartarla de una vocación en cuya autenticidad no creía. Pero cuando ella insiste humilde y firmemente, el padre le da su licencia y Margarita ingresa en el monasterio de monjas capuchinas de Santa María de las Nieves, en Brescia, y al tomar el hábito cambia de nombre y se pone María Magdalena. Era el 8 de septiembre de 1705. Ella busca adentrarse en la vida interior, en la más austera penitencia, y hace el voto de buscar en todo la voluntad de Dios. El Señor permite que sus hermanas de hábito no la comprendan y tiene que sufrir numerosas humillaciones, mientras interiormente pasa por numerosas pruebas y tentaciones. Se goza ella en la humillación y la tribulación para seguir a Cristo crucificado, y es su humildad la que gana poco a poco el corazón de las monjas, que cambian su parecer sobre ella y la van estimando cada día más.

Por fin es elegida para cargos importantes: primero debe ser unos años maestra de novicias, confiándosele el alma de las aspirantes, y luego es elegida abadesa del monasterio, cargos en los que da un ejemplo admirable de virtud. Se reserva para sí el cargo de enfermera y admira a todos con la caridad y entrega que pone en el servicio a las enfermas. Los tres últimos años de vida los pasó muy enferma, llevando con gran paciencia su enfermedad, y viendo todas que su fortaleza la sacaba de la Eucaristía que se le llevaba a su celda. Murió santamente el 27 de julio de 1737, y fue beatificada por León XIII el 3 de junio de 1900.

*BEATOS FELIPE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ,
ZACARÍAS ABADÍA BUESA Y JAIME
ORTIZ ALZUETA*

Religiosos y mártires († 1936)

El día 27 de julio de 1936 un grupo de milicianos se presentaba en la pensión de doña Aurelia Viñas, en la calle Diputación 71, piso 2.º, de Barcelona, para arrestar a dos salesianos. En

efecto, en aquella casa se hallaban Jaime Ortiz y Felipe Hernández. Y justo a aquella hora, entre las cinco y las seis de la tarde, llegaba a la pensión, a ver a sus compañeros religiosos, el salesiano Zacarías Abadía acompañado del alumno Mariano Laborda. Los milicianos preguntaron si ellos eran salesianos, y los tres dijeron sin ningún tipo de titubeo que en efecto ellos tres eran religiosos de la Congregación Salesiana. Intercedieron para que el alumno, que no era salesiano, quedara libre, lo que se lograría luego. Bajo la acusación de ser religiosos se llevaron presos a los tres. Fueron torturados y fusilados y, al día siguiente, llevaron sus cadáveres al Hospital Clínico.

Los tres religiosos pertenecían a la Comunidad Salesiana de Sarriá (Barcelona). Éstos son sus datos:

FELIPE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ había nacido en Villena, provincia de Alicante, el 14 de marzo de 1913. Alumno del colegio salesiano de su pueblo, de ahí le vino la vocación religiosa, ingresando en la congregación en 1930. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, hizo los estudios de filosofía y para hacer los de teología marchó al estudiantado de Carabanchel Alto, Madrid, donde estuvo hasta el mes de julio de 1936, en que la obediencia lo llevó a Sarriá. Arrojado de esta casa por la revolución el día 21 de julio, pasó a la señalada pensión de la calle Diputación.

JAIME ORTIZ ALZUETA había nacido en Pamplona el 24 de mayo de 1913. Estudió en el colegio salesiano de su ciudad natal y concluidos los estudios pasó a trabajar en un taller. Aquí oía conversaciones que le hacían pensar que el mundo se ocupa de todo menos de lo más importante: la salvación eterna, y decidió buscar su propia salvación y ayudar a otros a lograrla ingresando en la vida religiosa. Tomó una conducta plenamente consciente y responsable y se decidió por ingresar en la congregación salesiana el año 1932. Hecha la profesión religiosa, fue enviado a Italia donde cursó los estudios y prácticas de maestro mecánico, volviendo a España en 1935 y siendo destinado a las Escuelas profesionales salesianas de Sarriá, Barcelona. Al tiempo que daba clases seguía estudiando, pues deseaba obtener el título de perito industrial. Tras la llegada al poder del Frente Popular, manifestó en carta a su familia que estaban dispuestos los

salesianos a aceptar las pruebas que el Señor les mandara y a seguir contribuyendo a la gloria de Cristo Rey. Cuando cerraron las Escuelas se fue con Felipe a la nombrada pensión.

ZACARÍAS ABADÍA BUESA había nacido en Almuniente, Huesca, el 5 de noviembre de 1913. Tras entrar en la congregación salesiana su hermano Federico, se decidió también él y lo hizo en 1929, profesando al año siguiente. Destinado al colegio del Santo Ángel, de Sarriá, fue un buen maestro y un buen coordinador del deporte escolar. Iba a comenzar los estudios de teología en orden a ser sacerdote y poder marchar a las misiones cuando le llegó el martirio. Echado del colegio tras el 18 de julio, pasó por diversas peripecias hasta que encontró acogida en la casa de un antiguo alumno. A los pocos días y sabiendo que dos compañeros estaban en la citada pensión, decidió ir a visitarlos junto con el alumno, y fue la ocasión de su martirio.

Los tres mártires fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA CLEMENCIA DE JESÚS CRUCIFICADO

Virgen y mártir († 1943)

Elena Staszewska nació el 30 de julio de 1890 en Zloczew en el seno de una familia numerosa, en la que recibió una magnífica educación cristiana. Terminado el bachillerato en Piotrków, decidió hacerse maestra para ayudar a su numerosa familia, lo que se hizo más necesario cuando murieron al poco su padre y su madre y hubo que hacer frente al cuidado de los hermanos pequeños. Esto le hizo retrasar su ingreso deseado en una congregación religiosa, lo que no pudo hacer hasta el año 1921 en que ingresa en las monjas ursulinas de Cracovia; tenía 31 años. En esa congregación ya habían entrado dos hermanas suyas mayores. El 28 de agosto de ese año tomó el hábito religioso y recibió el nombre de sor María Clemencia, y al hacer sus votos al año siguiente añadió a su nombre «de Jesús Crucificado». Tres años más tarde emitió los votos perpetuos. Durante

su vida religiosa, llevada adelante con gran espíritu y entrega, ejerció diversos cargos, sobre todo el de vicaria en los conventos de Siercz, Zakopane, Gdynia, Czestochowa y Stanislawowo, hasta que en agosto de 1939 fue elegida superiora del convento de Rokiciny Podhallanskie. Aquí estaba cuando la arrestó la Gestapo, siendo llevada seis semanas más tarde al campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. Maltratada y enferma, murió el 27 de julio de 1943. Ella había dicho que deseaba unir su sacrificio a las intenciones por las que Cristo se sacrificó y que lo que deseaba era amar y unirse a la cruz de Cristo. Fue beatificada por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

28 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de santos Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás († s. I), que fueron de los siete varones elegidos por los apóstoles para el servicio de los pobres *.
2. En Roma, San Víctor I († 198), papa *.
3. La conmemoración de muchos santos mártires que padecieron por Cristo en la Tebaida (Egipto), bajo Decio y Valeriano († 250-258) *.
4. En Mileto (Caria), San Acacio († 308), mártir.
5. En Milán (Liguria), santos Nazario y Celso (fecha desconocida), mártires, cuyos cuerpos halló San Ambrosio en 395 *.
6. En Troyes (Galia), San Cameliano († s. VI), obispo.
7. En Dol (Bretaña Menor), San Sansón († 565), abad y obispo.
8. En Suecia, San Botvido († 1100), mártir *.
9. En Nam Dihn (Tonkín), San Melchor García Sampedro († 1858), obispo, de la Orden de Predicadores, mártir **.
10. En Madrid, San Pedro Poveda Castroverde († 1936), presbítero y mártir, fundador de la Institución Teresiana **.
11. En Gabasa (Zaragoza), beatos Manuel Segura López, presbítero, y David Carlos Marañón, religioso escolapio († 1936), mártires *.
12. En Barcelona, los beatos José Caselles Moncho y José María Castell Camps († 1936), presbíteros, de la Sociedad Salesiana, mártires *.
13. En Bharananganam (India), Beata Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana) Muttathupadathu († 1946), virgen, de las Clarisas del Malabar **.
14. En varias diócesis españolas se celebra hoy la memoria de Santa Catalina Tomás († 1574), virgen, religiosa canonisa de San Agustín **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MELCHOR GARCÍA SAMPEDRO

Obispo y mártir († 1858)

«No hemos tenido un día de paz ni quietud, ni una hora en que nuestra vida no peligrase. El infierno entero se ha conjurado contra nosotros, y estos mandarines, como otros Nerones, se han propuesto concluir con la obra del Señor [...] Persecución cruel, hambre extremada y guerra civil son los tres azotes con que los neófitos del Tonkín central purgan sus pecados y labran una corona más brillante que el sol, que ceñirán por toda una eternidad. En un día cortaron la cabeza al sacerdote Huang y a cinco cristianos; al día siguiente a diez, y poco después a otros diez; luego a tres sacerdotes, y antes de todos éstos habían hecho pedazos en un solo día a trece cristianos. Ayúdenme con sus oraciones a lavar mis culpas con mi sangre y que consiga la palma del martirio».

Así escribía a su padres asturianos Melchor García Sampedro, religioso dominico, obispo misionero y mártir del Tonkín. Cuando estas líneas llegaban, cruzando mares y saltando montañas, hasta el concejo de Quirós, en Cortes —pleno corazón de Asturias—, unos ancianos padres se estremecían de emoción y zozobra preocupados por la futura suerte del hijo lejano. Y no iban descaminados. Poco tiempo habría de transcurrir entre esta carta y otra, no escrita ya de su puño y letra, en la que les describían su horroroso martirio. En la casa del mártir, congregada toda la familia, se leía la relación escalofriante de tanta firmeza y de tan heroica muerte; el silencio reinaba en la reducida estancia mientras crepitaban unos ramojos de chámara, hacinados sobre el fogaril. El padre bajaba la cabeza añosa, nevada por las canas, para ocultar las furtivas lágrimas, en tanto que la madre del heroico mártir —parecida en fortaleza a la de los santos Macabeos— le decía: «Juan, Juan, demos gracias a Dios, que nos ha dado un hijo tan santo».

Nada menos que unos treinta mil mártires subieron al cielo, de 1856 a 1862, en Tonkín, bajo el mandato del feroz y sanguinario reyezuelo Tu-Duc, que en su cólera satánica planeaba exterminar la religión cristiana en sus dominios. Una espléndida floración de heroicos confesores de la fe festonearía aquellos fecundos campos con sus amapolas de martirio en los dilatados

arrozales del Río Grande, regados con el sudor de tantos misioneros dominicos a través de los años desde 1676, fecha en que plantaron allí por vez primera la cruz de Cristo los hijos del Santo de Caleruega. Cuando en 1917 se inició el proceso ordinario de la causa de beatificación, englobaba nada menos que a 1.315 compañeros de los 30.000 que fueron martirizados bajo la sañuda égida de Tu-Duc; pero, dado el ingente número de mártires, a fin de acelerar el curso de la causa, se eligió solamente a 25 para que la Sagrada Congregación de Ritos determinara su martirio oficialmente. Así el 29 de abril de 1951 eran proclamados solemnemente beatos, por Pío XII, los obispos mártires José Díaz Sanjurjo y Melchor García Sampedro con otros 23 indígenas, entre ellos cuatro religiosos dominicos y los restantes seglares, de los cuales siete eran padres de familia. ¡Qué fulgente corona en las sienas de la Iglesia!

El 28 de abril de 1821, en una de las «quintanas» del concejo asturiano de Quirós, metido entre las montañas que suben hacia León, dando vista a la llanura castellana, nació en Cortes el mayor de siete hijos, Melchor García Sampedro, el cual, para aprender los primeros latines, caminaría mañana y tarde tres kilómetros hasta Bárzana de Arrojo, pobremente abrigado, con un «fardeb» a la espalda, donde llevaba los libros y una frugal comida. Tras un examen brillantísimo de cultura general pudo matricularse en la Universidad de Oviedo y llegar a ser preceptor del Colegio de San José, de la misma ciudad.

La vida del Beato Melchor discurre bastante paralela a la del Beato José María Díaz Sanjurjo (cf. 20 de julio), desde el mismo parecido de su cuna en humildes hogares de labrantío, que si escasean en fortuna sobreabundan, en cambio, en fe y piedad, hasta su glorioso martirio como misioneros y obispos del mismo vicariato apostólico, sucesivamente. En efecto, terminados sus estudios de filosofía, despreciando los halagos y oropeles mundanos, sintiendo entrambos la vocación religiosa al claustro dominicano, corren hacia el convento de Ocaña, el uno en 1842 y el otro en 1845.

Luego de vestir el santo hábito, emitir sus votos solemnes y completar sus estudios eclesiásticos reciben la ordenación sacerdotal. Los inefables consuelos de su primera misa son ya el

anticipo del caudal de energía sobrenatural que almacenarán sus almas generosas, prestas a sacrificar sus vidas en lejanas tierras de infieles. Ocaña era entonces el mejor plantel de la Orden de Predicadores para la exportación de misioneros al Lejano Oriente.

El 7 de marzo de 1848 el padre Melchor García Sampedro embarca en Cádiz, rumbo a Manila. Corta es su permanencia en Filipinas. Quieren utilizarle para profesor en Manila, pero a poco consigue llegar a Doun-Xu-yen, en el Tonkín. Ya está en su centro y de lleno en su ambiente: infieles, neófitos, cristianos viejos, valientes, esforzados y a dos pasos siempre del martirio.

Contaba entonces la misión de aquel vicariato con 150.000 cristianos, rodeados por todas partes de infieles. Cuando llegaron nuestros dos misioneros el vicario apostólico del Tonkín, monseñor Martí, previendo el desastre de la Iglesia anamita, obtuvo de la Santa Sede bula para consagrar a fray Díaz Sanjurjo como obispo coadjutor suyo, y así se hizo el 8 de abril de 1849, cuando éste apenas contaba treinta años de edad, resistiéndose a tan alta dignidad con muchas lágrimas. Muerto monseñor Martí, el nuevo prelado obtuvo, a su vez, bula de la Santa Sede para consagrar obispo coadjutor suyo a su compañero fray García Sampedro (en septiembre de 1855), que frisaba en los treinta y cuatro abriles.

El 20 de julio de 1857 fue martirizado fray Díaz Sanjurjo. Presintiendo también un fin parecido el nuevo vicario apostólico, fray García Sampedro, consagró obispo coadjutor suyo al Beato Valentín Berrio-Ochoa, vasco, también dominico, a los treinta años. Apresado fray García Sampedro el 8 de julio de 1858, el tirano quería ensañarse con su víctima. El 28 fue sacado para el lugar de ejecución entre gran algarabía y aparato de tropa, elefantes y caballos. Tras ellos, con su «canga» o cepo al cuello, se arrastraba extenuado el mártir. «Cortadle primero las piernas, después las manos, luego la cabeza y por fin abridle las entrañas», gritó el mandarín.

Después de atarle a unas estacas, distorsionando todo el cuerpo, le desnudaron y estiraron por pies y cabeza con gran fiereza y griterío. Luego, como quien hace leña, con hachas romas, sin corte, para que durara más el tormento, empezaron

por las piernas, cortándolas por las rodillas con doce golpes. Después hicieron lo mismo con los brazos con siete golpes. Con otros quince golpes le machacaron la cabeza, y, en fin, con un cuchillo le abrieron el vientre y con un gancho le sacaron el hígado y la hiel. Luego cogieron la cabeza y la suspendieron junto a la puerta del Mediodía, y el hígado y la hiel a la de Oriente. Al día siguiente, 29 de julio, hecha pedazos la cabeza, la arrojaron por la noche al mar.

San Melchor de Quirós —como llaman los asturianos a su hijo ilustre Melchor García Sampredo— fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

LUIS SANZ BURATA

Bibliografía

- GARCÍA FIGAR, F., OP, *El Beato Melchor García Sampredo, OP, obispo y mártir de Tonkín. Vida popular del protomártir de Asturias* (Madrid 1951).
- PIÓ XII, «Litterae apostolicae quibus Ven. Dei Fam. Iosephus M. Díaz Sanjurjo, Melchior García Sampredo et XXIII socii Tunquinenses martyres, beati renuntiatur»: *AAS* 43 (1951) 7.
- SARRI, J., *El venerable Fr. Melchor García Sampredo, protomártir asturiano* (Oviedo 1888; reimp. 1951; reprod. facsímil 1988).
- Actualización:
- CERRA SUÁREZ, S., *San Melchor de Quirós, un santo para Asturias* (Oviedo 1988).
- CUESTA, T., *El protomártir asturiano Fr. Melchor García Sampredo* (Oviedo 1988; reprod. facsímil de la ed. de Oviedo 1895).

SAN PEDRO POVEDA CASTROVERDE

Presbítero, fundador y mártir († 1936)

San Pedro Poveda fue un hombre sencillo, profundamente humilde, dialogante y audaz, con una marcada coherencia entre su sentir, su pensar y su hacer, mantenida con serena fortaleza entre la pluralidad y la contradicción. No se parecía a los que destacaron por su protagonismo, en una época en que todos deseaban tener un papel importante en el complejo escenario de la vida nacional; era de los que discretamente se tomaban en serio lo que había que hacer, cediendo los honores, los primeros puestos y las alabanzas a los demás. Pero todos le conocían. Sabían

dónde estaba el P. Poveda, el sacerdote santo dispuesto siempre a arriesgarse por la causa del Evangelio, a escuchar y a animar.

Cada época tiene sus posibilidades y sus retos, y la suya fue el momento en que Europa disfrutaba y padecía los logros y las carencias de la modernidad. Tenía 26 años cuando comenzó un siglo nuevo, el XX, nacido con el ansia de renovación propia de todo cambio de centuria. Animoso y decidido, a la vez que con probada virtud y perseverante, se entusiasmó a fondo con su ideal apostólico y se lanzó de lleno no a lamentar lo mucho que estaba por hacer, sino a comprometerse con lo que tenía a su alcance. Así lo hizo siempre, llegando a ser un gran santo. Un santo decidido y prudente, que ofreció un carisma nuevo de fe-ciencia y santidad en la asociación laical «Institución Teresiana» fundada por él, presente hoy en más de treinta países de cuatro continentes. Y un santo amable y paciente, de los que enseñan cómo se vive y cómo se entrega la vida en martirio por amor a Jesucristo.

Pedro Poveda Castroverde nació en Linares (Jaén) el 3 de diciembre del 1874 y fue bautizado en la Parroquia de Santa María una semana después. Era el hijo mayor de don José Poveda Montes y de doña María Linarejos Castroverde, un matrimonio profundamente cristiano y que participaba activamente en el complejo ambiente local.

Linares era un núcleo urbano importante, porque estaban en plena explotación las minas de plomo que atraían a numerosos emigrantes, aunque tuvieran que vivir en condiciones muy duras mientras algunos empresarios acumulaban grandes fortunas. Llena de contrastes, esta ciudad era un muestrario de credos religiosos, de escalonados estamentos sociales y de los distintos partidos políticos y las diversas tendencias culturales que se estaban dibujando o debatiendo en España. En este contexto, la familia Poveda pertenecía a una clase media de escaso poder económico, pero sensible a los valores humanos y culturales y a los problemas de la sociedad. De sólida raigambre religiosa, tenían amigos entre los pobres y entre los ricos. Don José era químico de una Sociedad minera, pero tuvo que dejar pronto el trabajo a causa de una enfermedad reumática. La madre se ocupaba de la numerosa familia, con cinco hijos varones.

Pedro, que vivió su infancia en el amplio ambiente familiar, donde estaban bien integrados los abuelos, tíos y primos, manifestó pronto destacada atracción por el sacerdocio. Él mismo cuenta su afición por las «misas» de niño, y se pueden ver hoy las casullas y otros ornamentos y objetos para celebrarlas, que cariñosamente le preparaban sus tías. Sin embargo, el padre no accedió inmediatamente a su deseo, porque prefería que consolidara bien la vocación. Al fin, tras prolongada insistencia, le autorizó a que ingresara en el Seminario de Jaén cuando contaba quince años de edad, con la condición de que continuara a la vez los ya comenzados estudios de Bachillerato. Así lo hizo, y obtuvo este título en 1893, al terminar 3.º de Filosofía. Según escribía después, el permiso para prepararse a ser sacerdote «fue la mayor alegría que pudieron darme. Yo soñaba con el seminario y me pasaba la vida haciendo planes». En estos años se esmeró en cumplir sus obligaciones de estudiante y en la caridad con los pobres.

Las dificultades económicas de la familia por la prolongada enfermedad del padre, le obligaron a solicitar una beca, que le fue concedida por el nuevo obispo de la diócesis en el seminario de Guadix (Granada), donde se trasladó en 1894. Terminó sus estudios eclesiásticos a la vez que cumplía algunos servicios, y el 17 de abril de 1897, Sábado Santo, recibió la ordenación de presbítero en la capilla del obispado. Allí celebró también su primera misa solemne el día 21. Siempre fueron éstas las fechas personales más recordadas y agradecidas por él. En los aniversarios hacía súplicas como éstas: «¡Señor! Que yo sea sacerdote siempre: en pensamientos, palabras y obras». «Señor, que cada día celebre mejor el Santo Sacrificio».

Permaneció en la diócesis de Guadix como vicesecretario del obispo y secretario del gobierno eclesiástico, profesor y director espiritual del seminario, presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de la Obra de la propagación de la fe. También dedicó tiempo al estudio y en 1900 obtuvo en Sevilla el título de Licenciado en teología.

Durante estos intensos años en cuanto a su formación y experiencia sacerdotal, fue conociendo mejor el contexto en que vivía. Con motivo de la misión predicada por él en la cuaresma

de 1902 en el barrio de las cuevas que rodean la ciudad de Guadix, desde esa fecha incorporó a sus actividades habituales la de promover humana y cristianamente a los habitantes de esa extensa zona, que padecían paro, hambre, analfabetismo, pobreza y abandono, y comenzó a establecer relaciones entre la periferia y la ciudad. «Lo primero que hicimos fue instalar el Santísimo Sacramento en nuestra ermita», escribía en 1904, porque «el fundamento de todo progreso moral y material es Jesucristo». Ponía así bien de manifiesto desde el principio lo que había de caracterizarle hasta el final: la centralidad de la Eucaristía en su pensamiento y acción.

Con ayudas de entidades públicas y de particulares, en pocos meses pudo construir las «Escuelas del Sagrado Corazón de Jesús», pagar a los maestros, dar de comer a algunos niños y niñas y crear clases nocturnas y talleres para adultos, realizando así una importante obra de ayuda humanitaria, educativa y de formación cristiana y profesional en este amplio sector de la población, marginado y carente de recursos. Además, interesó a las autoridades locales y a los centros de cultura de Guadix, acercando a los habitantes de la ciudad y a los de las cuevas, secularmente distanciados entre sí. Las autoridades supieron reconocerle esta importante tarea y en 1904 el Ayuntamiento lo nombró «Hijo adoptivo predilecto» y puso su nombre a una calle de la ciudad. Le dedicaron también un bonito álbum de más de 700 firmas —la primera la del obispo don Maximiano Fernández del Rincón— «costeado por el elemento joven de la localidad», según está escrito en la portada.

En ese momento, se habían trasladado ya a vivir con don Pedro sus padres y Carlos, el hermano menor. Decididos a permanecer en Guadix, habían llevado con ellos incluso un gran cuadro de la Inmaculada que tenía desde antiguo la familia, ante el cual, según él mismo escribía después, una tía abuela lo había ofrecido a la Virgen al nacer «para que me bendijera y para pedirle que si no había de ser buen cristiano me quitara la vida antes de ver la luz». Siempre le tuvo un cariño especial. También se grabó de modo muy singular en su alma otro cuadro de la Virgen, el de nuestra Señora de Gracia, en la ermita de las cuevas. En 1934, dos años antes de su muerte, lo recordaba de esta manera:

«Confieso ingenuamente que al subir yo a las cuevas de Guadix con un grupo de mis seminaristas, no pensé en otra cosa sino en una catequesis; que de nuestras visitas a la ermita de la Virgen de Gracia, titular de aquel sagrado recinto, medio cueva, medio capilla, surgió el plan de las escuelas y que la vocación a este género de apostolado tuvo su origen allí y las cambiantes posteriores, hasta llegar a la realización de su última etapa, la Institución Teresiana, ante otra imagen de nuestra Señora, en la santa cueva de Covadonga».

Después de unos años de intensísimo trabajo, ante las serias dificultades que se le presentaron, provocadas, sobre todo, por celos y envidias, en 1905 se trasladó a Madrid con el deseo de fundar un asilo para niños de la calle, que no pudo realizar. Fue un momento de duro sufrimiento y amarga angustia, en el que decidió regresar a su diócesis de origen, Jaén, donde fue muy bien acogido. Poco después, en 1906, recibió el nombramiento de canónigo de la Basílica de nuestra Señora de Covadonga (Asturias), donde permaneció hasta 1913.

El cambio de circunstancia y de ambiente respecto a su Andalucía natal no modificó su actitud. Atento al nuevo entorno en que vivía por exigencia de su fe, se preocupó en primer lugar de los numerosos peregrinos que acudían al santuario, para los que publicó libros y opúsculos destinados a su formación cristiana, como *Plan de vida*, *En provecho del alma*, y *Para los niños*. En *Visita a la Santina* les ofrecía sugerencias para el tiempo que permanecieran allí, y con los cinco folletos titulados *La voz del amado*, pretendía facilitarles la práctica de la oración con base en textos de la Sagrada Escritura. En ellos les exhortaba a la conversión, a aprovechar bien el tiempo y a la comunión frecuente, debidamente preparada y agradecida, según las orientaciones pastorales que el papa Pío X estaba dando en ese momento en la Iglesia.

Durante los siete intensos años que duró su estancia en Covadonga, fue profundizando en la comprensión de lo que ya había comenzado a percibir en Guadix: la importancia de la función social de la educación y, por tanto, la necesidad de que los maestros estuvieran bien preparados profesionalmente, vivieran su fe de modo coherente y responsable, fueran solidarios y supieran cooperar. Sus frecuentes estancias en Madrid, paso obligado en sus viajes a Linares, y la proximidad de Oviedo, con

una prestigiosa Universidad, y de Gijón, con un importante puerto abierto a Europa y América, le ampliaron su horizonte y sus conocimientos, de modo que llegó a captar con gran profundidad los problemas concretos de la relación entre la fe y la ciencia, que estaban incidiendo de modo decisivo en la escuela. Además, era el momento en que, a partir de experiencias aisladas, comenzaba a sistematizarse la pedagogía científica y cuando el Estado intentaba responsabilizarse de la escuela, antes principalmente en manos de la Iglesia. La etapa de Covadonga fue, pues, decisiva para su biografía: en ella maduró su ideal apostólico y educativo, orientándose de lleno hacia la formación de los educadores.

En sus amplios espacios de silencio y oración, «mirando a la Santina» profundizó en la Encarnación del Verbo y en la implicación de los creyentes en el misterio de la redención. Así, de su propia identificación con Cristo crucificado y de la reflexión sobre la realidad que progresivamente iba descubriendo, surgieron nuevos proyectos de acción. Para llevarlos a la práctica escribió y publicó artículos, como los recopilados en *Alrededor de un proyecto*, y opúsculos programáticos, como *Ensayo de proyectos pedagógicos*, el *Simulacro pedagógico* y *Diario de una fundación*, en los que tuvo la clarividencia y la audacia de proponer a los obispos y educadores un amplio plan de formación y coordinación del profesorado, iniciativa que poco después dio lugar a la Federación Nacional de Maestros Católicos. Por su parte, dispuesto siempre a «comenzar haciendo», con el fin de ofrecer medios para la mejor formación del profesorado, a partir de 1911 fundó academias para estudiantes de magisterio, centros pedagógicos y revistas, que dieron inicio a la Institución Teresiana. Para las academias teresianas escribió los *Avisos espirituales de Santa Teresa de Jesús*, selección de sus obras en veinte breves capítulos, y unos originales *Consejos a las profesoras y alumnas*, futuras maestras, donde se esbozan las líneas pedagógicas que habría de desarrollar después.

Para mejor impulsar esta Obra, que agrupaba a personas dedicadas a evangelizar en el mundo de la educación y la cultura, en 1913 regresó a Jaén, donde fue canónigo de la catedral, obtuvo el título de maestro, trabajó como profesor del seminario y

de las Escuelas Normales y participó activamente en la vida de la ciudad, prestando siempre notable atención a los sectores más necesitados y a las nuevas corrientes educativas y culturales del ambiente local. Pronto fue reclamada su presencia en diversas iniciativas ciudadanas, como la Asociación de la Prensa, la Academia de Estudios Superiores y la Real Sociedad de Amigos del País. Fue también director espiritual del Centro Obrero, miembro de la Junta de Reclusos y Libertos y vocal de la Junta Provincial de Beneficencia. Además, desde 1912 pertenecía a la Unión Apostólica de Sacerdotes Seculares, de carácter internacional. Y en Jaén publicó el folleto *El estudio de la pedagogía en los seminarios*, convencido de que quienes tenían por misión educar en la fe, deberían procurarse la preparación pedagógica adecuada.

Apenas llegado a esta ciudad, propuso a María Josefa Segovia, a punto de concluir sus estudios en la Escuela Superior del Magisterio de Madrid, la dirección de una nueva academia-internado para alumnas de la Escuela Normal que ese mismo año —1913— pretendía fundar. Así lo hizo, y ella llegó a ser su principal colaboradora. Después de dos cursos dedicada a la academia, pasó a ser profesora de la Escuela Normal y luego inspectora de enseñanza primaria creando la Inspección femenina en la provincia de Jaén. Don Pedro Poveda continuó activamente dedicado a proyectar nuevas fundaciones y a orientar la vida de las academias de Santa Teresa y los centros de formación pedagógica existentes que, siendo al mismo tiempo hogares de profunda vida de fe y viveros de renovación pedagógica, presentaban una fisonomía cada vez más propia y definida. Tenían como referencia el estilo de los primeros cristianos.

La Institución Teresiana se extendió con mucha rapidez y vio crecer notablemente sus actividades y sus colaboradores. En 1914 don Pedro Poveda abrió en Madrid la primera Residencia Universitaria femenina de España y su Obra llegó a ser tal vez el grupo más cualificado y comprometido en la formación humana y cristiana de la mujer estudiosa. Personas como Carmen Cuesta, primera mujer doctora en Derecho, o Julia Ochoa y Magdalena Martín Ayuso, destacadas pedagogas, se formaron en este ambiente. También entró pronto en contacto

con él María de Echarri, pionera en promover la acción social de los católicos.

En 1917 la Institución Teresiana, articulada en diversos grupos y activamente presente en los diversos sectores de la cultura y de la sociedad, obtuvo reconocimiento civil en Jaén según la «Ley de Asociaciones», y aprobación eclesiástica diocesana como asociación de fieles —«Pía Unión»— según el recién promulgado Código de Derecho Canónico. Quedó constituida desde el principio como una Institución laical compleja, con un único espíritu y misión y diversos modos de ser miembro de ella. Se acogía a la titularidad de Santa Teresa de Jesús, mujer de amplia cultura y de sólida vida de oración, adoptaba como estilo de vida el de los primeros cristianos e identificaba la educación y la cultura como ámbito propio de su misión.

En estos años de Jaén, el P. Poveda publicó *Consideraciones* y, sobre todo, el folleto y el libro titulados *Jesús, Maestro de oración*, ampliamente difundidos. También vieron nuevas ediciones sus escritos de la etapa de Covadonga y añadió una importante serie a sus consejos.

No fueron años fáciles los pasados por Poveda en Jaén, que vinieron a coincidir con la I Guerra Mundial y la notable crisis ideológica, social y económica provocada en España como consecuencia de este conflicto, aunque no participara militarmente en él. Y, lo que fue más importante: aunque no admitía comparación posible la recién fundada Institución Teresiana con la prestigiosa Institución Libre de Enseñanza, presente durante más de cuarenta años en los debates ideológicos del país, se hizo inevitable la confrontación, porque la naciente Obra de las academias ponía bien de manifiesto que fe y progreso, adhesión a la Iglesia y modernidad no resultaban tan incompatibles en la práctica como postulaban los profesores institucionistas, lanzados ya de lleno a hacer prosperar sus ideas desde los ministerios o los escaños del parlamento. Pero la Institución Teresiana, que, además, era una humilde pero eficiente prueba a favor de las posibilidades de la mujer, no sólo no sucumbió, sino que providencialmente salió fortalecida de una verdadera persecución.

En 1921 San Pedro Poveda tuvo que fijar su residencia en Madrid, por haber sido nombrado uno de los seis capellanes

reales. Activo como siempre, en esta ciudad desempeñó diversos encargos, entre ellos el de formar parte, en 1922, de la Comisión central contra el analfabetismo. Ese mismo año fue nombrado Arcipreste de Vic, por permuta de su cargo en la catedral de Jaén, y enseguida de El Burgo de Osma, con dispensa de residencia para poder atender a los servicios que tenía encomendados en Madrid.

Buena parte de su actividad consistió en consolidar la Institución Teresiana, que continuaba creciendo tanto en personas como en actividades. En 1919 María Josefa Segovia fue nombrada primera directora general, y en esos años la Obra quedó definitivamente configurada en sus fines y en su compleja organización que articulaba, en una sola Institución, un núcleo de mujeres plenamente comprometidas con la misión en entrega total a Jesucristo y diversas asociaciones cooperadoras. La finalidad educativa y cultural contaba con el sólido apoyo de una cuidada formación cristiana, humana y profesional en todos los miembros, y también su característica principal: la presencia en puestos que permiten la relación con todos los grupos sociales, como son los de carácter público.

Alcanzado un considerable desarrollo geográfico y organizativo, bien precisado el espíritu que había de animarla y los modos y formas de realizar la misión, a instancias del nuncio en España, el fundador decidió presentar la Asociación de fieles «Institución Teresiana» en Roma, a través de algunos de sus miembros, en solicitud de aprobación pontificia. La obtuvo a perpetuidad mediante el breve *Inter frugiferas*, del papa Pío XI, el 11 de enero de 1924, siendo la primera asociación católica de estas características.

Al aumentar el número de estudiantes universitarios en la tercera década del siglo XX, don Pedro Poveda se interesó vivamente por dicho sector. Abrió nuevas residencias y creó asociaciones, como la Liga Femenina de Orientación y Cultura; prestó continua atención al movimiento cultural y participó, como uno de los principales promotores, en el proyecto de creación de una universidad católica en España, al estilo de las que se estaban iniciando en otros países europeos. De este modo se dirigía a las universitarias en 1930, expresándoles lo más genuino del carisma de la Institución Teresiana:

«En nuestro programa, después de la fe, mejor dicho, con la fe, ponemos la ciencia. Somos hijos del Dios de las Ciencias, de quien dice la Sagrada Escritura, *Deus Scientiarum, Dominus est*. El autor de la fe y de la ciencia es uno mismo, Dios, y el sujeto de la fe y de la ciencia la criatura humana. Así como os decía el otro día que seáis mujeres de mucha fe, de fe viva, de fe sentida, y que nunca digáis: no más fe, así os digo hoy: desead la ciencia, trabajad por conseguirla y no os canséis nunca, ni digáis jamás: no más ciencia. La mucha ciencia lleva a Dios, la poca nos separa de él».

Con un claro proyecto de fe y de ciencia, acostumbrado a orar y solidario con los más necesitados, estaba convencido de que los cristianos debían aportar su esfuerzo para la construcción de un mundo más solidario y fraterno, por lo que promovió la presencia de hombres y mujeres de fe en los distintos ámbitos culturales y de la sociedad. Así, colaboró en la fundación de la Obra del Divino Maestro, que reunía a educadores; trabajó activamente en la Acción Católica como consiliario nacional de los padres de familia y, por especial encargo del cardenal primado, organizando las juventudes y las estudiantes universitarias. Fue también uno de los socios fundadores de la FAE (Federación de Amigos de la Enseñanza) y animador de la SADEL (Sociedad Anónima de Enseñanza Libre), en momentos tan difíciles para la escuela. Perteneció al consejo de redacción de la revista *Atenas*, fomentó la celebración de semanas y encuentros pedagógicos, promovió planes para la creación de escuelas en las zonas rurales más desatendidas, y facilitó la colaboración de maestras de la Institución Teresiana en las misiones populares para los emigrantes en el sur de Francia promovidas por el episcopado español. Además, desde 1930 pertenecía a la Hermandad del Refugio y Piedad, para atender a pobres, vagabundos y enfermos.

Reconocido como hombre prudente y de concordia; de probada discreción y de consejo; de heroica caridad, sencillo, dialogante y profundamente humilde, don Pedro Poveda supo acoger y ofrecer su madura experiencia a jóvenes sacerdotes, religiosos y seculares, algunos de ellos iniciadores de obras que se han ido consolidando después, que acudían a él en búsqueda de orientaciones, sugerencias y apoyos. «Todos hemos de cooperar»; «hay en el campo lugar para todos, puesto para cada uno y esfera de acción donde moverse», había escrito en fecha tem-

prana, sabiendo llevar siempre a la práctica el contenido de este convencimiento.

Aun sin formar parte de los organismos directivos de la Institución Teresiana, en los últimos años de su vida se dedicó intensamente, como fundador, a abrir nuevos campos a los diferentes aspectos de su misión, a impulsar decididamente esta Obra que estaba ofreciendo un carisma muy nuevo y eficaz en la Iglesia, y a tomar las adecuadas previsiones para impedir que el paso del tiempo, o diferentes circunstancias, la pudieran desidentificar.

«Prototipo: los primeros cristianos —escribía—. La Obra ha de ser ahora y siempre como se pensó en un principio. Santidad más que nunca: virtudes sólidas a costa de la vida; pero nada que obstaculice la marcha de la Obra, la vida de la Institución».

Y se reafirmaba en lo expresado poco después de la aprobación pontificia de la Institución Teresiana:

«Pía Unión Primaria. Una mínima asociación en el orden canónico, pero ¡cuán grande es su misión! ¡Cuánta santidad se les pide!».

Todo ello partiendo de esta rotunda afirmación, formulada desde el comienzo:

«Nadie, por más autoridad que tenga, por más ilustrado que sea, por más virtud de que esté adornado, nadie puede ni podrá jamás poner otro cimiento que el puesto desde el principio, que es Cristo. Ésta es nuestra Obra, ésta es la doctrina que hemos profesado, y bajo ningún pretexto debemos admitir elementos humanos en lo que en Cristo, por Cristo y para Cristo se fundó».

Con clara conciencia de la universalidad de este carisma, alentó también la expansión geográfica de la Institución Teresiana, intensificando las relaciones con organizaciones internacionales, e iniciando la presencia fuera de España: en Chile en 1928 y en Italia en 1934.

La más genuina formulación del carisma, del don de Dios para la Iglesia y para el mundo recibido por quien desde muy pronto se definió a sí mismo como «instrumento» en manos del Señor, está condensada en este breve texto, tempranamente redactado por San Pedro Poveda:

«La Encarnación bien entendida, la persona de Cristo, su naturaleza y su vida dan, para quien lo entiende, la norma segura para llegar a ser santo con la santidad más verdadera, siendo al propio tiempo humano, con el humanismo de verdad».

Corresponde a la parte final, conclusiva, de un breve escrito de 1915, hecho público en el *Boletín de las Academias Teresianas* de octubre de 1916, que, refiriéndose a Santa Teresa de Jesús, pretendía explicar, refiriéndola a los miembros de la Institución Teresiana, el «carácter eminentemente humano» de «aquella vida toda de Dios». Esta firme y contundente llamada a la santidad, ofrecida a todos como fruto de haber entendido bien el misterio de la Encarnación del Verbo, constituye el núcleo de la espiritualidad del sacerdote Pedro Poveda y del carisma de la asociación de fieles laicos fundada por él.

Lo demás, es desarrollo de este pensamiento primero, fundamental, básico, que presenta, también desde el principio, un subrayado esencial. «Fe y ciencia» o «espíritu y ciencia», «oración y estudio», «profesorado virtuoso y sabio», «piedad y cultura», son algunas de las variantes del repetido binomio povedano, cuyos términos se reclaman entre sí, definido por él como «forma sustancial», «dogma» o voluntad fundacional de la Institución Teresiana. Expresado de otro modo, con palabras escritas en 1932: «Hay que demostrar con los hechos que la ciencia hermana bien con la santidad de vida».

También de estas fechas, y para el mismo destinatario, es esta otra afirmación muy suya, que repite y subraya en el folleto *Hablemos de las alumnas*, publicado en 1933:

«Juzgo como un error el afán desmedido de rodear a la joven estudiante de todo género de comodidades y de aislarla de todo contacto con la humanidad pobre y necesitada para evitarle sufrimientos y disgustos. ¿Para qué servirá después una joven así educada? ¿Qué papel hará en la sociedad, qué remediará con su ciencia?».

Porque estaba convencido de la responsabilidad social de un título académico y de que los cristianos podían y debían aportar a la sociedad pluralista contemporánea orientaciones, valores y compromisos para la construcción de un mundo más justo, más humano y fraterno. Si proporcionó a los habitantes de las cuevas de Guadix los mejores métodos pedagógicos del momento,

era porque en su modo primero y permanente de entender la conjunción fe-ciencia subyacía un sentido de comunión, de solidaridad y de justicia capaz de encauzar los esfuerzos comunes hacia un futuro mejor, más concorde con la verdadera voluntad del Señor.

Y otro subrayado esencial: «Yo os pido un sistema nuevo; un nuevo método; unos procedimientos tan nuevos como antiguos inspirados en el amor». O, dicho de este modo: «Con dulzura se educa, con dulzura se enseña, con dulzura se consigue la enmienda, con dulzura se evitan muchos pecados, con dulzura se gobierna bien, con dulzura se hace todo lo bueno». Por eso, el estilo de esta espiritualidad se caracteriza por la sencillez, la alegría, la mansedumbre, la bondad, la responsabilidad en el trabajo, la capacidad de colaborar y la constante exigencia en el estudio. Y tiene como meta la más auténtica santidad.

Los numerosos escritos dedicados a la Institución Teresiana por su fundador trazan, por tanto, un itinerario que parte de la radicalidad de la vida cristiana y presenta algunos trazos esenciales como la centralidad de Jesucristo, la necesidad de vivir en el Espíritu, la sólida devoción a María y el profundo sentido de Iglesia, y hace de la educación y la cultura en favor, especialmente, de los más necesitados, un verdadero signo del Reino de Dios.

En lo que respecta a su propia persona, su espiritualidad como sacerdote se centra en una profunda vida eucarística, de la cual brotaba su intensa actividad apostólica y su continua adhesión a la voluntad de Dios. La identificación con Cristo crucificado, la heroica caridad con todos, la profundísima humildad y la auténtica mansedumbre son los rasgos que más caracterizan a este inconfundible hombre de Dios. Éstas son algunas de sus palabras:

«Señor, que yo piense lo que tú quieres que piense; que yo quiera lo que tú quieres que quiera; que yo hable lo que tú quieres que hable; que yo obre como tú quieres que obre. Ésta es mi única aspiración».

«Hay que hacerse todo para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo. Si hay que velar, se vela; si hay que sufrir, se sufre; si hay que humillarse, se humilla; si hay que pedir limosna, se pide; si hay que enfermar, se enferma; si hay que morir, se muere».

Y, como síntesis, la importancia del buen obrar, del testimonio elocuente de los hechos. De 1935 son estas afirmaciones, expresadas desde el principio de modos muy diversos:

«La verdad está en los hechos, no en las palabras, como decía San Juan con esta frase: Hijitos míos, no amemos solamente con la lengua y con las palabras, sino con las obras, porque éste es el verdadero amor. Las obras, sí; ellas son las que dan testimonio de nosotros y las que dicen con elocuencia incomparable lo que somos».

El deseo de vivir su fe hasta la donación de la propia vida si fuera necesario, manifestado en algunas ocasiones, había ido generando en San Pedro Poveda una auténtica espiritualidad marcial. «Humillaciones, abatimientos, contrariedades, persecuciones, sufrimientos, martirio, todo ello viene como consecuencia legítima» de ser coherente con la fe, había escrito en 1920. La circunstancia concreta, la dura persecución religiosa que tuvo lugar en España en 1936, fue la ocasión que hizo evidente lo que ya se había ido consolidando en su interior.

En esos años difíciles, de tanto extremismo y dolor, insistió continuamente en la no violencia. Decía: «No hay que hacerse ilusiones; la mansedumbre, la afabilidad, la dulzura son las virtudes que conquistan al mundo». Y también:

«Ahora es tiempo de redoblar la oración, de sufrir mejor, de derrochar caridad, de hablar menos, de vivir muy unidos a nuestro Señor, de ser muy prudentes, de consolar al prójimo, de alentar a los pusilánimes, de prodigar misericordia, de vivir pendientes de la Providencia, de tener y dar paz».

El 27 de julio de 1936, a los pocos días del golpe de Estado que desencadenó luego una dura guerra civil, fue detenido en su casa de la calle de La Alameda de Madrid cuando acababa de celebrar la santa misa. No ocultó su identidad ante la pregunta de quienes trataban de identificarlo: «Soy sacerdote de Jesucristo», confesó con valentía y firmeza. Unas horas después dijo a su hermano, que le había acompañado, cuando le separaron de él: «Adiós, Carlos. El Señor, que me ha querido fundador, quizá también me quiera mártir».

A la mañana siguiente, una profesora y una joven doctora de la Institución Teresiana encontraron su cadáver junto a la capilla del cementerio de Nuestra Señora de la Almudena, con

signos recientes de haber recibido disparos de bala. Sobre su pecho aparecía, atravesado, el escapulario de la Virgen del Carmen. Tenía sesenta y un años de edad. Recogieron y llevaron su cadáver a la sacramental de San Lorenzo, donde recibió sepultura el día 29. Estas reliquias fueron trasladadas años después a la Casa de Espiritualidad «Santa María», de la Institución Teresiana, en Los Negrales (Madrid).

La gran fama de santidad gozada por don Pedro Poveda ya en vida y después de la muerte, que se consideró desde el principio verdadero martirio a causa de la fe, indujo a la Institución Teresiana a solicitar la instrucción de su causa de canonización. El proceso ordinario comenzó en 1955 en Madrid *per viam martyrii*. Introducida la causa, el proceso apostólico tuvo lugar *per viam heroicis virtutibus*. Concluidas las fases sucesivas, Pedro Poveda fue beatificado en Roma en 1993 por sus virtudes y su martirio. Su solemne canonización ha tenido lugar en Madrid, durante la visita apostólica de Juan Pablo II a la Iglesia de España, el domingo 4 de mayo de 2003. Dijo el Papa en su homilía:

«San Pedro Poveda, captando la importancia de la función social de la educación, realizó una importante tarea humanitaria y educativa entre los marginados y carentes de recursos. Fue maestro de oración, pedagogo de la vida cristiana y de las relaciones entre la fe y la ciencia, convencido de que los cristianos debían aportar valores y compromisos sustanciales para la construcción de un mundo más justo y solidario. Culminó su existencia con la corona del martirio».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

- GALINO, M. A., *Pedro Poveda. Itinerario pedagógico* (Madrid 1962; ²1965).
 GONZÁLEZ, M. E., *Pedro Poveda. Jesús, Maestro de oración* (Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1997 y 2001).
 MONDRONE, D., *Un prete scomodo. Don Pietro Poveda Castroverde, fondatore della Istituzione Teresiana* (Roma 1961; Milán 1969).
Pedro Poveda. Volumen-homenaje cincuentenario, 1936-1986 (Madrid 1988).
 SILVERIO DE SANTA TERESA, *Vida de D. Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana* (Madrid 1942; ²1952).
 VELÁZQUEZ, F. P., *Cuadernos biográficos*, 8 vols. (Madrid 1986s).

*BEATA ALFONSA DE LA INMACULADA
CONCEPCIÓN (ANA MUTTATHUPADATHU)*

Virgen († 1946)

«Primera flor de santidad nacida en la India». Es la alborozada expresión del papa Juan Pablo II en la bula de beatificación de Alfonsa de la Inmaculada Concepción, esta joven y humilde religiosa, que «desde la infancia no anheló otra cosa que permanecer escondida en el corazón de Cristo, unirse a sus dolores y plegarse en todo a la voluntad divina, llevando cada día con gozo su cruz». Flor de la India, en Kerala, exhaló el buen olor de Cristo en una tierra de multiseccular tradición de fidelidad al Señor crucificado y resucitado, que ahonda sus raíces en el apostolado de Santo Tomás, el testigo del Evangelio que, después de sus dudas tras la resurrección del Maestro, llevó la fe salvadora del que es «el camino, la verdad y la vida» y el amor de su «Señor» y de su «Dios» (Jn 20,28) a las tierras más lejanas del Oriente. La Beata Alfonsa nació y fue bautizada en la comunidad católica, formada por los llamados «cristianos de Santo Tomás».

Éstos constituyen la Iglesia siro-malabar, la más antigua de la India que, según la tradición, fue plantada por la predicación del apóstol, que aquí llegó, al país de Kerala, hacia el año 52 de la era cristiana. En Malaipur, cerca de Madrás, sufrió martirio y allí su sepulcro atrae aún a numerosos fieles.

La inculturación del cristianismo en el pueblo malabar, que ha conservado sus raíces sirias y caldeas, ha dado el fruto de una liturgia muy caracterizada por una expresión teológica propia, reveladora de una rica espiritualidad y muy unida a la estructura de la Iglesia local. Sobre todo la profunda vivencia espiritual y la tensión hacia la mística del espíritu hindú dan un tono peculiar a la celebración de los divinos misterios que alimentan, como fuente primera, la vida en Cristo de los fieles discípulos de Santo Tomás. Intentos de latinización desde la dominación portuguesa en el siglo XVI, rupturas y escisiones de la unidad católica, no han podido desintegrar el cristianismo malabar, que en el variopinto panorama religioso de la India sigue manteniendo en Oriente la Luz que no conoce ocaso. Desde los tiempos de León XIII y de Pío XI, la jerarquía siro-malabar

indígena se ha ido consolidando y la comunidad malabar católica está formada por unos tres millones de fieles, algunos residentes fuera del estado de Kerala. Las vocaciones sacerdotales y religiosas abundan, han ido surgiendo congregaciones autóctonas; laicos, sacerdotes, religiosos, están comprometidos en la misión evangelizadora. La Iglesia oriental siro-malabar, iluminada ahora con la santidad de sus mejores hijos, se encuentra en un momento de expansión, reconfortada por la bondad paternal cercana de Juan Pablo II que en 1986 peregrinó a la India cristiana y allí beatificó en la «madre India» («Baratha Matha»), en la capital de Kerala, a dos religiosos, auténticos discípulos de Jesucristo, que brillan ante la Iglesia una y católica por el testimonio vivo de su predicación evangélica y por su seguimiento, ardiente y hasta el final, de la cruz redentora.

El Beato Kuriakose Elías Chavara (1805-1871), fundador de una comunidad carmelita siro-malabar, y la Beata Alfonsa de la Inmaculada representan la santidad floreciente en la comunidad católica de la India en los dos últimos siglos.

Ana Muttathupadathu nació en Kudamaloor, en el estado indio de Kerala, en la región de Arkupara, el 19 de agosto de 1910, en el seno de una familia católica malabar. Recibió las aguas bautismales en la parroquia de su pueblo el siguiente día 26. Quedó a los pocos meses huérfana de madre, que murió a consecuencia de una picadura de serpiente. Fue educada por su abuela y por una tía rígida y severa que cifraba su ilusión en el matrimonio de su ahijada.

La pequeña Ana (Annakutti) sobresalió por su diligencia en los estudios y en las labores que se le encomendaban. A los trece años ya la prometieron en matrimonio, según la costumbre del país. De tal compromiso se liberó Ana decididamente, pues desde la infancia se sentía inclinada a la consagración virginal y religiosa. Afirma Juan Pablo II en la bula de beatificación que hasta llegó a quemar parte de su cuerpo para desfigurarlo y así poder eludir el compromiso matrimonial.

Curada de sus quemaduras, resolvió ingresar en las clarisas terciarias de San Francisco, una congregación malabar de vida activa, dedicada preferentemente a la enseñanza. En Pentecostés de 1927 fue admitida como postulante. Después de dos

años, empezó el noviciado recibiendo el nombre de sor Alfonsa de la Inmaculada Concepción. Tras dos semanas de noviciado, enfermó gravemente; en varias partes de su cuerpo, padecía hemorragias y úlceras. A pesar de su estado enfermizo, fue admitida a los votos temporales en 1931 y el 12 de agosto de 1936 emitió los perpetuos. Resolvió toda duda sobre su profesión el obispo de Changanacherry, quien aconsejó a los superiores que la admitieran teniendo en cuenta sus admirables virtudes; él mismo la llamaba ya «la pequeña santa». Tras la profesión perpetua, fue destinada a la comunidad de la ciudad de Bharananganam. Su enfermedad no le permitió continuar la labor de enseñanza que había iniciado.

Diez años permaneció oculta en la vida de comunidad, insistiendo en la oración, difundiendo la bondad de su corazón, ofreciendo toda su vida como un sacrificio, unido al de Cristo, una oblación de sus lacerantes sufrimientos físicos y morales. Fueron diez años de cruz, de compartir sus dolores con su Esposo crucificado; diez años que labraron la insigne santidad de esta joven malabar, toda consagrada al amor de Dios y al amor al prójimo.

Repetía una y otra vez a su obispo que su ideal era ofrecerse y sufrir, como lo había realizado Santa Teresa de Lisieux, por los pecados de la humanidad. Cargó cada día con la cruz de Cristo, lo siguió con una consagración total. Como su seráfico padre San Francisco, amaba sufrir por amor de Aquel «que se dignó morir por nuestro amor». Afirmaba que intuía que el Señor la había constituido oblación y sacrificio de dolor. «El día que no sufro, para mí es un día perdido», palabras que recuerda el Papa en su bula de beatificación. El Santo Padre ve en la bienaventurada Alfonsa un ejemplo preclaro de lo que él mismo había enseñado en su carta apostólica *Salvifici doloris*, sobre la gran verdad de la fuerza redentora que reside en el sufrimiento.

Murió Sor Alfonsa en su convento de Bharananganam el 28 de julio de 1946. Al día siguiente fueron celebrados sus funerales. En la homilía el carmelita P. Rómolo, confesor extraordinario de la religiosa, pronunció estas palabras proféticas:

«Habiendo conocido íntimamente a sor Alfonsa, puedo afirmar con profunda convicción que estamos reunidos junto al cadáver de una persona que ha sido santa en la presencia de Dios [...]

quiero decir que esta joven religiosa no ha sido menos santa que Teresa de Lisieux».

El sepulcro de sor Alfonsa se convirtió enseguida en meta de peregrinación: crecía la impresión de que se obtenía cuanto se pedía a Dios por su intercesión. No eran sólo los cristianos quienes obtenían favores extraordinarios de la sierva de Dios. Muchos hindúes acuden en busca de gracias a su tumba; éstos y aun los musulmanes se sienten atraídos por su vida pura y por su poder taumatúrgico.

En el Congreso mariano de la India de 1954, 72 arzobispos y obispos firmaron una petición para la beatificación de sor Alfonsa. También los diputados católicos del parlamento hindú se adhirieron a tal propuesta porque —afirmaban— «ningún acontecimiento reciente de la historia de la Iglesia en la India podría contribuir tanto a la difusión de la verdad cristiana».

En 1955 se incoaron los procesos diocesanos sobre la fama de santidad de la humilde religiosa. El día uno de junio de 1979 su causa de canonización fue aceptada en Roma. Sus virtudes heroicas fueron proclamadas el 9 de noviembre de 1984 y el milagro para la beatificación fue aprobado por Juan Pablo II el 6 de julio del año siguiente. El mismo Papa tuvo la inmensa alegría de celebrar la beatificación de la primera cristiana de la India el 8 de febrero de 1986, en Kottayan. Fue el acto más emocionante y festivo de su peregrinación a aquel inmenso país, en la que el obispo de Roma se encontró con esta antigua Iglesia católica y con jerarcas y fieles de las Iglesias ortodoxas malankares, la jacobita y la siro-ortodoxa. Para la beatificación, el Papa celebró la Eucaristía en rito siro-malabar.

En su homilía, Juan Pablo II ensalzó la vocación religiosa de los nuevos beatos, el P. Kuriakose y sor Alfonsa.

«A lo largo de su breve vida, de sólo 36 años, —la nueva beata— dio continuamente gracias a Dios por el gozo y el privilegio de la propia vocación religiosa, por la gracia de los votos de castidad, pobreza y obediencia [...] Sor Alfonsa sabía que, por medio de sus sufrimientos, participaba en el apostolado de la Iglesia [...] Dios la había dotado de un carácter afectuoso y alegre, con gran capacidad de gozar de las cosas comunes y simples. Ni el peso del sufrimiento humano ni la incompreensión ni los celos de otros podían apagar el gozo del Señor que le colmaba el corazón».

A los religiosos presentes, les exhortó a renovar «el celo de vuestra preciosa vocación. En vuestro amor por Cristo, inspiraos en su fervor (de los nuevos beatos). Que podáis como ellos mantener la simplicidad de los “pequeños” del Evangelio. Sed puros de corazón y rebosantes de compasión. Estad siempre deseosos de agradar al Señor. Pues es a los pequeños a los que son revelados los misterios de Dios (Mt 11,25)».

Hacia el final de su homilía expresó su inmenso gozo:

«Es en verdad extraordinario este día en la historia de la Iglesia y de la cristiandad india. Es también importante en la historia del ministerio pastoral del obispo de Roma, sucesor de San Pedro. Es la primera vez que él ha tenido el gozo de elevar a la gloria de los altares a un hijo y a una hija de la Iglesia de la India, en su tierra natal».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 83 (1991) 457-459.

L'Osservatore Romano (8 y 9-2-1986).

Art. en *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) cols.949-950.

SACRA CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis ven. servae Dei Alfonsae ab Immaculata Conceptione, in saec.: Anna Muttathupadathu... Positio super causae introductione* (Roma 1977).

— *Positio super miraculo* (Roma 1985).

— *Positio super scriptis* (Roma 1969).

— *Positio super virtutibus* (Roma 1983).

SANTA CATALINA TOMÁS

Religiosa y virgen († 1574)

Hay vidas de santos realmente espectaculares. Santos que producían o calmaban tempestades. Santos que desencadenaban plagas tremendas. Santos que obraban prodigios con las multitudes. Como la santidad es más un camino que un esquema, resulta que los santos marchan por ese camino con muy distinta andadura. Y junto a ese santo taumaturgo de los fantásticos prodigios, están los santos como esta muchachita mallorquina, Catalina Tomás. Su santidad es sencilla, pequeña, escondida. La inteligencia humana, que anda siempre comparando la gloria de Dios con las hermosuras de acá abajo, falta de un co-

nocimiento que dé punto de comparación, quiere suponer —al menos la mía— a Catalina Tomás en un paisaje sencillo como ella misma. Un pequeño valle con torrentes en una isla llena de sol y de flor de rocalla. Una ventana con cortina y una maceta. Y ella misma, una muchacha sonriente y humilde que quiso serlo todo para Dios como Dios fue todo para ella.

Cuando se va a Mallorca es obligado visitar Valldemosa. El turismo se basa en lo espectacular, y así, les enseñarán la Cartuja, con sus celdas, y aquellas donde vivieron Federico Chopin y la escritora George Sand una pobre aventura humana. O en La Foradada, verán la mancha de humo de aquella hoguera que encendió Rubén Darío, cuando quiso hacer una paella junto al mar. Salvo que ustedes pregunten, nadie o casi nadie les hablará de Catalina Tomás, aquella «santita mucama», como la llamó un escritor viajero español.

Pues allí, en Valldemosa, nació la chiquilla. En 1531, según unos historiadores. O en 1533, según otros. Hija de Jaime Tomás y Marquesina Gallard. Desde su niñez, la leyenda dorada que acompaña piadosamente a los santos con milagros candorosos y prodigios extraños, se hizo presente en ella.

Las biografías de Catalina Tomás recogen un sinfín de datos que muestran que la santa tuvo, ya en vida, una admiración popular fervorosa: mientras recoge espigas, Catalina recibe la visión de Jesús crucificado. Otra vez, huyendo de una fiesta popular que no le gustaba, es Nuestra Señora misma quien baja a decirle que ha sido escogida por su Hijo. Hasta prodigios candorosos: una vez, llorando arrepentida por haber deseado unos vestidos como los de su hermana, dice la tradición que Santa Práxedes y Santa Catalina mártir —que será siempre fiel protectora suya— bajaron del cielo para consolarla.

Pocos prodigios tan poéticos, tan bellos, como el de aquella noche en que, al despertarse, vio Catalina la habitación inundada de una luz hermosa y clara. Era la luz blanca azulada del plenilunio. Catalina piensa que está amaneciendo y se levanta a por agua a una cercana fuente. Estando allí, dieron las doce de la noche en la Cartuja y luego la campana que llamaba a coro a los frailes del convento. Catalina se asusta entonces, al encontrarse perdida en aquella noche de luz tan misteriosa. Como es una

chiquilla, empieza a llorar. Y San Antonio Abad, dicen, bajó del cielo y la tomó de la mano para llevarla a casa.

Hay en Catalina una portentosa amistad con los santos. Dialogará con ellos como si estuviesen en la misma habitación. Ellos la ayudarán en momentos difíciles de su existencia. Y todo esto tendrá un aire de profunda y encantadora naturalidad. Otro día, acompañando a su abuelo, muy achacoso, va a misa en la Cartuja, y ayudándole a subir una pendiente, el anciano se conmovió por el amor y la ternura de la niña al ayudarle. Y deseoso de complacerla, le dijo su esperanza: «Quiera Dios que te cases pronto y bien acomodada». Y entonces es San Bruno quien se aparece a Catalina para sonreírle: «No, tu abuelo te verá acomodada, mas no del modo que él piensa, porque serás esposa de Cristo».

Y, naturalmente, la castidad. La tradición cuenta a este propósito muy diversas anécdotas y sucesos. Santa Catalina y el mismo Jesús acudían muy prestamente a apoyar su gran firmeza en la virtud.

Catalina va a conocer una gran amargura muy joven. A los tres años murió su padre. Ella se puso a rogar por su alma y un ángel vino a decirle que estuviese contenta, porque su padre estaba en la gloria de Dios. Cuatro años más tarde, tenía siete, se le aparece su madre:

«Hija mía, acabo de expirar en este mismo momento. Estoy esperando tus oraciones para entrar en la gloria». Y tres horas más tarde, Catalina recibía el consuelo de que su madre estaba en el cielo. Huérfana, Catalina fue recogida por unos tíos que la llevaron al predio «Son Gallart». Durante once años Catalina vivió en aquella finca, a seis o siete kilómetros de Valldemosa. Es éste un momento duro para Catalina, pues la ausencia de Valldemosa significa dificultad para ir al templo, para oír misa y para las prácticas religiosas en la casa de Dios. Los domingos, al fin, podía asistir a misa en el oratorio de la Trinidad. Es aquella zona donde los eremitas buscaban la paz de Dios frente a la paz de aquel mar inolvidable; frente a esos crepúsculos de Mallorca en los que el sol parece incendiar finalmente las aguas, teñirlas de rojo o, cuando está en lo alto, revelar desde la cornisa vallde-mosina el fondo limpiísimo del mar.

Pero Catalina no tenía mucho tiempo para la contemplación poética. Una finca como «Son Gallart» exige mucho trabajo. Hay en ella muchos peones, y ganado, y faenas de labranza que realizar. Catalina es una muchacha activa. Va a donde trabajan los peones a llevarles la comida de mediodía, trabaja en la casa: fregando, cosiendo, barriendo; guarda algún rebaño cuando lo manda tío Bartolomé. Y tiene siempre buen semblante, sonrisa a punto, corazón abierto. A pesar de esa misteriosa lejanía que la tiene todo el día y toda la noche como ausente de este mundo. Porque allá en el campo, mientras las ovejas o las cabras mordisquean la hierba, Catalina se pone de rodillas y asiste milagrosamente a la misa de los cartujos de Valldemosa. Otra vez se pierde al regreso de un recado, en el campo, y Santa Catalina mártir acude a ella, seca sus lágrimas y la lleva de la mano hasta cerca de «Son Gallart».

Aparece entonces en la vida de Catalina un personaje importante y muy decisivo. Uno de aquellos ermitaños, el venerable padre Castañeda. Es un hombre que ha abandonado el mundo buscando la total entrega de su alma al Señor. Vive en las colinas y de limosna. Un día pasa por el predio a pedir y Catalina le conoce. Surge entre ambos una corriente de simpatía y de afecto. Recomendada más tarde por Ana Mas, Catalina va a visitar al padre Castañeda al oratorio de la Trinidad. Catalina se le confía: ella quiere ser religiosa. A la segunda entrevista, el padre Castañeda está convencido. La dirección espiritual del religioso hará todavía un gran bien a la muchacha. Pero entonces empieza un largo episodio: el de las dificultades.

Los tíos, al saber la vocación de su sobrina, se oponen decididamente. Por aquellas fechas, una muchacha valldemosina, que había ingresado en un convento de Palma, se sale, reconociéndose sin verdadera vocación. Es, pues, mal momento político para que nadie ayude a Catalina. Por otra parte, Catalina era una muchacha guapa y muy atractiva. Es natural que muchos jóvenes de los alrededores se fijaran en ella con el deseo de entablar relaciones y casarse. Catalina espera pacientemente. Y otra dificultad llega. El padre Castañeda decide marcharse de Mallorca.

Catalina se despide de él con una sonrisa misteriosa. No, el padre se irá, pero volverá, porque Dios quiere que él sea su apo-

yo para entrar en el convento. Efectivamente, el barco que llevaba al religioso sale de Sóller con una fuerte tormenta que le impide llegar a Barcelona. Y regresa de nuevo a Valldemosa. El religioso ve que la profecía de la muchacha se ha cumplido y decide ayudarla plenamente. Va a hablar con los tíos y los convence. Catalina se marcha a Palma, para ir realizando las gestiones previas a su ingreso en un convento. Y, en tanto, se coloca como sirvienta en la casa de don Mateo Zaforteza Tagamanent y, en concreto, al servicio de una hija de este señor llamada Isabel. Las dos muchachas se cobran un fuerte cariño. Isabel la enseña a leer, escribir, bordar y otros trabajos. Catalina da más; Catalina habla de Dios, permanentemente, a Isabel. Y lleva una vida tan heroica, tan mortificada, que cae enferma. Los señores y sus hijos se turnan celosamente junto al lecho de la criada. Como si la criada fuese ahora la señora y ellos los honrados en servirla.

Y llega el momento de intentar, ya en serio, el ingreso en alguno de los conventos de Palma. El padre Castañeda los recorre, uno tras otro. Hay un grave inconveniente: Catalina carece de dote. Es totalmente pobre. Pero estos conventos son también necesitados. No pueden acoger a una aspirante que no traiga alguna ayuda... Convento de Santa Magdalena, de San Jerónimo, de Santa Margarita... Las noticias que el padre va llevando a Catalina son descorazonadoras. Catalina se refugia en la oración. Y reza tan intensamente que, cuando ya todo parece perdido, los tres conventos a la vez, interesados por la descripción que de la joven les ha hecho el religioso, deciden pasar por alto el requisito de la dote. Y los tres conventos están dispuestos a admitir a Catalina Tomás.

Una tradición representa a Santa Catalina, sentada en una piedra del mercado, llorando tristemente su soledad. Y en aquella piedra, según la misma tradición, recibe Catalina la noticia de que ha sido admitida. Aún se conserva esta piedra, adosada al muro exterior de la sacristía, en la parroquia de San Nicolás, con una lápida —colocada en 1826— que lo acredita. Catalina, entonces, decide ingresar en el primero de los tres conventos visitados, el de Santa Magdalena.

A los dos meses y doce días de su ingreso, Catalina toma el velo blanco. Media ciudad de Palma, con su nobleza al frente,

acude al acto, pues tanta es ya la fama de la muchacha. Enero de 1553.

Los años que vive Catalina en el convento palmesano serán casi ocultos. Pero como es tan difícil que la santidad pueda estar bajo el celemín, toda la ciudad acude a verla, a consultarle sus problemas, a encomendarse a sus oraciones, a pedirle consejo... Ella se resiste a salir al locutorio, se negaba a recibir regalos y cuando tenía que recibirlos, los daba a las demás monjas. Practicaba la pobreza, la obediencia, la castidad, siempre en grado heroico. La prelada decidió un día someterla a una prueba bien dura. En pleno verano, la ordenó que se saliese al patio y estuviera bajo el sol hasta nueva orden. Catalina no dice una sola palabra: va al lugar indicado y permanece allí varias horas, hasta que la superiora, admirada de su fortaleza, la manda llamar.

Catalina crece en amor y sabiduría. Sus éxtasis son cada vez más frecuentes e intensos. Algunos duran hasta días. En su celda se conserva aún la piedra sobre la que se arrodillaba y que muestra las hendiduras practicadas por tantísimas horas de oración en hinojos. Aunque ella procuraba ocultar, por humildad, estos regalos de Dios, era natural que sus hermanas se enterasen. Y la fama crecía.

Un día, Catalina recibe el aviso de Dios. Diez años antes de su muerte, supo cuándo sería llamada por el Señor. Y estuvo esperando ansiosamente este momento. La Domínica de Pasión de 1574, el 28 de marzo, Catalina entró en el locutorio donde estaba una hermana suya con una visita. Iba a despedirse —dijo—, pues se marchaba al cielo. Y efectivamente, al día siguiente, después de comulgar en éxtasis, mandó llamar al sacerdote porque se sentía morir. Los médicos dijeron que no la encontraban grave, pero el sacerdote acudió y apenas recibidos los sacramentos, mientras la superiora rezaba con ella las oraciones, tras haber pedido perdón a la madre y a las hermanas, cayó en un éxtasis al final del cual entregó su alma a Dios.

Lo demás, vendría por sus pies contados: el proceso de beatificación, la beatificación, el proceso siguiente y por fin la gloria de los altares. Con una particularidad. El fervor popular por Santa Catalina Tomás iría creciendo y manteniéndose de tal modo que, aunque ella murió en 1574, la beatificación

se dicta —por Pío VI— en 1792 y la canonización —por Pío XI— en 1930. El cuerpo de Catalina Tomás se ha conservado incorrupto.

La vida de esta muchacha mallorquina es un camino distinto de la santidad. Una santidad vivida con impresionante sencillez, con rotunda eficacia. Una santidad hecha de la elevación de la virtud al grado heroico. Y, al mismo tiempo, una santidad popular. En el alma de Mallorca sigue bien recio el amor por su santita criada, su santita pastora, su santita monja. Aunque el turismo no muestre su itinerario, ella está en el corazón de los mallorquines.

JOSÉ MARÍA PÉREZ LOZANO

Bibliografía

MASSANET ZAFORTEZA, M.^a L., *Vida de Santa Catalina Tomás, virgen mallorquina* (Palma de Mallorca 1967).

THOMÁS, A., MSSC, *Vida y milagros de Santa Catalina Tomás* (Palma de Mallorca 1935).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PRÓCORO, NICANOR, TIMÓN, PÁRMENAS Y NICOLÁS

Ministros del Señor (s. I)

El libro de los Hechos de los Apóstoles, entre las noticias que proporciona de la naciente Iglesia, nos narra en el cap. 6 cómo la Iglesia de Jerusalén crecía al multiplicarse cada día el número de los fieles. Jesucristo era predicado con todo valor y gente de variadas condiciones aceptaban el evangelio y se adherían a la fe de la Iglesia. Entre esta gente agregada a la Iglesia había griegos, es decir personas de lengua helénica. Funcionaba en el interior de la comunidad un servicio de caridad por el que a las personas necesitadas se les suministraba socorros oportunos por parte de la bolsa común. Cada día se daba la comida a todos los que tenían necesidad de ella. Y ahí surgió el problema: los griegos comenzaron a decir que sus viudas eran descuidadas en el suministro cotidiano.

Los apóstoles encararon el problema y quisieron darle una solución justa y comunitaria, es decir a partir de los mismos fieles. Por ello, reunida la comunidad, expresaron los apóstoles que no era propio que ellos se hicieran cargo personalmente de la distribución de los alimentos, pues la tarea que a ellos les correspondía era el culto y la predicación, y a ello se debían dedicar. Convenía, por tanto, que se eligiera a personas responsables, a siete hermanos, poniendo como condición que tuvieran buena reputación y que estuvieran llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, y a ellos se les encomendara el servicio. Esta propuesta apostólica fue bien acogida por toda la asamblea y entonces eligieron a siete varones, cuyos nombres son Esteban, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás. Como puede verse, los nombres son de origen helénico, y uno de ellos no era de raza judía sino un prosélito de Antioquía, Nicolás, y se diría que con ello ya gozaban de la confianza del sector helénico de la comunidad jerosolimitana. Presentados los elegidos a los apóstoles, éstos oraron y les impusieron las manos, signo sagrado con el que quedó expresada la misión que se les encomendaba en la Iglesia. La tradición posterior les ha llamado diáconos, palabra que no emplea el libro de los Hechos, y ha visto en esta acción apostólica la institución del diaconado. De suyo la elección era para el servicio de las mesas, pero veremos más tarde a algunos de estos siete elegidos como ministros intrépidos de la Palabra divina.

El *Martirologio* tiene fechas especiales para conmemorar a Esteban y a Felipe, cuyas obras de evangelización narra el libro de los Hechos, más el martirio del primero. A los otros cinco los conmemora en el día de hoy.

SAN VÍCTOR I

Papa († 198)

Víctor era un clérigo africano al que en 189 la comunidad cristiana de Roma eligió como su obispo, siendo el primero de cultura latina que se sentó en la sede romana. Persona de firmes convicciones, procuró que todas las otras iglesias cristianas siguieran el método romano de calcular la fecha de la Pascua, lo

que trajo consigo la convocatoria de numerosos sínodos regionales que trataron el tema. La mayoría aceptó la decisión del obispo de Roma, pero no así los de Asia Menor, cuyas iglesias estaban seguras de seguir una tradición que era distinta pero era apostólica, y Víctor no tuvo escrúpulos en recurrir a la excomunión con quienes disentían. Esta actitud pareció intolerante a algunos, como por ejemplo San Ireneo de Lyon, el cual no dejó de hacer ver que los predecesores de Víctor habían tolerado el uso discrepante y no habían recurrido a la ruptura de la comunión. Como de hecho las iglesias de Asia Menor siguieron en comunión con Roma, parece que Víctor no se mantuvo en su decisión excluyente. Víctor luchó contra varias herejías, como el adopcionismo de Teodoro de Bizancio o el gnosticismo de Florino, siempre con su habitual fortaleza y radicalidad. Es claro que Víctor tenía conciencia segura de su autoridad más allá de la comunidad local de Roma. Aprovechó que una de las concubinas del emperador Cómodo, Marcia, era cristiana, para obtener la vuelta de muchos cristianos condenados a las minas de Cerdeña. Murió el año 198.

SANTOS MÁRTIRES DE LA TEBAIDA

(† 250-258)

En las persecuciones de Decio y Valeriano que se sucedieron con tan pocos años de diferencia a mitad del siglo III, la región de la Tebaida en Egipto conoció el martirio de numerosos fieles. Su número fue muy crecido, y por esta multitudinaria confesión de fe, los perseguidores no pudieron menos que sentirse despechados. Por ello acudieron al sistema de procurar su apostasía a base de maltratarlos con refinados tormentos, no limitándose a poner fin a su vida mediante el rápido degüello. Estos tormentos repetidos y refinados buscaban que los confesores de la fe renegaran de la misma para evitar la crueldad de que eran objeto.

Se cuenta de uno de ellos que, después de vencer el tormento del potro, las planchas de hierro y las sartenes candentes, unido con miel y atadas las manos, fue expuesto a un sol abrasador para que le punzasen las moscas, abejas y avispas. Otro,

atado a un lecho de flores y solicitado por una mujer pública, la repelió arrojándole un trozo de su propia lengua. Los cristianos de la Tebaida demostraron ser personas de fe heroica e invencible en una época de persecuciones en la que hubo en otros sitios lamentables deserciones.

SANTOS NAZARIO Y CELSO

Mártires (fecha desconocida)

A poco de la muerte del emperador Teodosio en 395 San Ambrosio encontró en un huerto los sepulcros de los santos Nazario y Celso, hecho del que tenemos noticia por Paulino, el biógrafo de San Ambrosio, y que estaba presente cuando las cosas sucedieron. Según Paulino, una vez abierto el sepulcro del mártir Nazario, se encontró íntegro y fresco el cuerpo del mártir, como si hubiera sido martirizado recientemente, y la cabeza, separada del cuerpo, igualmente incorrupta. San Ambrosio decidió llevar el cuerpo santo a la basílica de los apóstoles, cuya dedicación hizo el propio santo prelado en 386, y que a partir de entonces se la conoció como la basílica de San Nazario. Descubierta el cuerpo de San Nazario, los guardianes del huerto le hablaron de que había allí enterrado otro mártir y entonces se atendió al sepulcro donde estaba San Celso, cuyo cuerpo, no entonces sino años más tarde, fue trasladado por el obispo Landolfo. Sobre ambos santos no había noticia alguna acerca de su identidad y fecha de su martirio. Carece de todo fundamento la *passio* que se les inventó en el siglo v. Desde Milán y aún en vida de San Ambrosio empezó a difundirse el culto a ambos santos.

SAN BOTVIDO

Mártir († 1100)

Botvido de Hammarby nació en una rica familia pagana. Decidido a ejercer el comercio, viajó a Inglaterra y vino a alojarse en casa de un sacerdote que llevaba una vida piadosa y ejemplar. Al joven le apeteció conocer la religión del sacerdote y éste lo instruyó en nuestra fe y oportunamente lo bautizó. Botvido

volvió a Suecia, y se hizo apóstol de su gente, ganándola con su buen ejemplo de bondad y caridad y transmitiéndoles de palabra el mensaje del evangelio. El Señor bendijo su apostolado y numerosas personas se hicieron cristianas.

Su muerte se debió a su bondad. Tenía un esclavo vando, al que él convirtió al cristianismo, y una vez bautizado le dio la libertad. Entonces decidió que el neoconverso volviera a su tierra para ver de convertir a los suyos y decidió acompañarlo durante un tiempo por el camino. Al llegar a Ragö, en el archipiélago de Södermanland, Botvido se dio al descanso, y el ex-esclavo aprovechó la oportunidad para asesinarlo y tomando la nave darse a la huida. Su hermano Björn, al ver que no volvía, salió en su busca y lo halló. La leyenda cuenta que un pájaro extraño se posó en su nave y lo guió hasta el sitio donde yacía abandonado el cadáver de su hermano. Llevado su cuerpo y enterrado en la iglesia del rico Hermund, se sucedieron los prodigios en su tumba y el pueblo empezó a tenerlo por santo y por mártir. Su hermano levantó una iglesia en su honor, llamada la Botkyrka, a la que fue llevado solemnemente el cuerpo del mártir. Santa Brígida de Suecia era devota del santo. La fecha de su muerte fue el año 1100/1120 y su memoria se celebra el 28 de julio.

*BEATOS MANUEL SEGURA LÓPEZ Y DAVID
CARLOS MARAÑÓN*

Religiosos y mártires († 1936)

El primero de estos religiosos era presbítero, el otro hermano lego. Ambos fueron arrestados con el resto de la comunidad del santuario calasancio de Peralta de la Sal, la población natal de San José de Calasanz, el fundador de la Orden de las Escuelas Pías. El día 23 de julio fueron encerrados en la casa Llari con su comunidad, y el día 28 de octubre fueron requeridos y llevados a Gabasa, donde les fusilaron.

MANUEL SEGURA LÓPEZ había nacido en Almonacid de la Sierra, en la diócesis de Zaragoza, en el seno de una cristiana familia, el día 22 de enero de 1881. Habiendo sentido la vocación religiosa, ingresó en 1899 en la Orden de las Escuelas Pías y, he-

cho el noviciado, profesó los votos simples en 1901, haciendo la solemne en 1906. El año 1907, concluidos los estudios oportunos, fue ordenado sacerdote. Pasó por los colegios de Barbastro, Tamarite, Pamplona y Tafalla, dedicado por entero a la enseñanza de los niños y jóvenes, hasta que por sus magníficas cualidades religiosas y morales le fue confiado el delicado cargo de maestro de novicios en Peralta de la Sal, donde dirigía a los aspirantes a la vida religiosa con el mayor esmero, lo que procuró hacer también cuando la comunidad se vio arrestada y detenida. Al llegar los milicianos armados, los novicios estaban jugando al fútbol en el patio. El padre maestro les dijo que pasaran del deporte al martirio. Ellos se libraron y lo recordaron siempre como un maestro de novicios lleno de virtudes. Cuando estando detenido lo llamaron, se dio cuenta de que iba a la muerte y se confesó con uno de sus compañeros detenidos y se despidió de ellos. Murió gritando vivas a Cristo Rey.

DAVID CARLOS MARAÑÓN nació el 29 de diciembre de 1907 en Asarta, diócesis de Pamplona. Con 23 años ingresa en la Orden de las Escuelas Pías, y, hecho el noviciado, profesa como hermano lego en 1932 y tres años más tarde es admitido a la profesión solemne. Religioso observante y ejemplar, humilde, trabajador y obediente, fue cocinero y hortelano. Estaba destinado en el colegio de Peralta de la Sal cuando fue llamado al martirio. Se le dijo que se le perdonaría la vida si renegaba de su hábito religioso, pero él se mantuvo firme en su vocación y fue fusilado.

Fueron beatificados por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de trece escolapios martirizados en diversos días.

BEATOS JOSÉ CASELLES MONCHO Y JOSÉ MARÍA CASTELL CAMPS

Presbíteros y mártires († 1936)

El martirio de estos dos religiosos salesianos se inscribe en la coyuntura por la que pasó la casa salesiana del Tibidabo, fundada el año 1912, con el objetivo de estar al servicio del culto y proseguir las obras del templo, a lo que se unió en 1927 la aten-

ción de la escolanía, compuesta por 50 niños internos. El domingo 19 de julio se podían ver desde la altura del Tibidabo las columnas de humo de las iglesias barcelonesas entregadas al fuego. El martes 21 decidieron los salesianos enviar a los niños a sus propias familias y buscar refugio los miembros de la comunidad en casas y fincas vecinas.

Los mártires de la comunidad fueron dos:

JOSÉ CASELLES MONCHO había nacido en Benidoleig, Alicante, el 8 de agosto de 1907. Fue alumno del colegio salesiano de Valencia y de ahí le vino su vocación religiosa. Hecho el noviciado, profesó en 1927 y prosiguió sus estudios sacerdotales, ordenándose el 21 de mayo de 1936. Estaba destinado en la comunidad del Tibidabo. Decidido a arreglar el envío de los niños a sus pueblos, tenía el día 27 de julio dispuestos los papeles de los que aún quedaban y bajó con tres de ellos a Barcelona para acompañarlos a tomar el tren para Tarragona. A las siete de la tarde dejó a los chicos en la puerta de la casa de una familiar de compañeros salesianos y subió para saludarla. En ese momento pasó un grupo de milicianos y detuvieron a los muchachos. Cuando él lo supo, decidió bajar y seguirlos, pese a que le advirtieron que ello era muy peligroso. Bajó en efecto y siguió a los muchachos, siendo detenido por los milicianos. A las doce de la noche ingresaba su cadáver en el Hospital Clínico.

JOSÉ MARÍA CASTELL CAMPS, nacido en Ciudadela, Menorca, el 12 de octubre de 1901, estudia en el colegio salesiano de su población, de donde le vino la vocación religiosa. Ingresó en la congregación salesiana en 1918 y prosiguió sus estudios hasta su ordenación sacerdotal en 1927. Destinado a la casa del Tibidabo, salió de ella el 22 de julio de 1936 y encontró refugio en la Gran Vía barcelonesa, yendo a comer a casa de una familia de salesianos, donde hallaba a otros salesianos de paso, y se confortaban mutuamente. No se sabe cómo, pero consta que al anoecer del día 28 de julio estaba ya detenido y en un coche. De allí lo hicieron subir al domicilio de la señora Obiols para que reconociera a un sobrino de ella a quien querían detener, y que era el sacerdote don Pablo Baraut. El no lo delató como tal sacerdote pero mientras los milicianos estaban discutiendo le pidió a don Pablo la absolución. Se lo llevaron y aquella misma noche fue fusilado.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

29 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Santa Marta († s. I), que en Betania hospedó al Señor **.
2. La conmemoración de santos Lázaro ** y María de Betania (s. I), hermanos de Santa Marta.
3. En Gangris (Paflagonia), San Calínico († s. II/III), mártir.
4. En Roma, en la Via Portuense, San Félix (s. III/IV), mártir.
5. En Roma, en el cementerio de Generosa, santos Simplicio, Faustino, Viatrix y Rufo (s. III/IV), mártires.
6. En Troyes (Galía), San Lupo († 479), obispo *.
7. En Orleáns, San Próspero (s. V), obispo.
8. En Nidaros (Noruega), San Olav († 1030), rey y mártir **.
9. En Roma, Beato Urbano II († 1099), papa **.
10. En Saint-Brieuc (Bretaña Menor), San Guillermo Pinchón († 1234), obispo *.
11. En Amura (Japón), beatos Luis Beltrán, presbítero, Mancio de Santa Cruz y Pedro de Santa María, religiosos dominicos († 1627), mártires *.
12. En Rochefort (Francia), Beato Carlos Nicolás Antonio Ancel († 1794), presbítero, de la Sociedad de Jesús y María, mártir *.
13. En Qingyan (China), santos José Zhang Wenlan, Pablo Chen Changpin, seminaristas, Juan Bautista Lou Tingyin, administrador del seminario, y Marta Wang Louzhi, viuda († 1861), mártires *.
14. En Esplugues (Barcelona), Beato Juan Bautista Egozcuezábal Aldaz († 1936), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártir *.
15. En Calanda (Teruel), beatos Lucio Martínez Mancebo, presbítero, de la Orden de Predicadores, y compañeros: Antonio López Couceiro, Felicísimo Díez González, Saturio Rey Robles, Tirso Manrique Melero, presbíteros, Gumersindo Soto Barros y Lamberto de Navascués y de Juan, todos ellos religiosos de la misma Orden de Predicadores, y el sacerdote secular Manuel Albert Ginés († 1936), mártires **.
16. En Valencia, Beato José Calasanz Marqués († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA MARTA

Hermana de Lázaro († s. 1)

En la pendiente oriental del monte Olivete, y a una distancia aproximadamente de un kilómetro de su cúspide, yace una aldea típicamente árabe llamada El-Azariyeh, que acaso tenga relación con el Lazarion, nombre que se daba a la población cristiana bizantina construida a unos 200 o 300 metros del emplazamiento del villorrio de Betania de que habla el Evangelio. Dice San Juan que el poblado «estaba cerca de Jerusalén, como unos quince estadios» (11,18), o sea, a unos tres kilómetros (exactamente: 2.775 m.), en el supuesto de seguir el camino recto que conduce a Betania a través de Getsemaní, la cima del monte Olivete y Betfagé. Más largo es el trayecto por la carretera de Jerusalén a Jericó y Transjordania, que roza el poblado de Betania.

Por su proximidad muchos judíos de Jerusalén iban frecuentemente a Betania, y el mismo Jesucristo se retiraba allí al atardecer, una vez terminado su magisterio diurno en el Templo, buscando en el hogar de una familia amiga el calor que un corazón humano comprensivo podía proporcionar al peregrino divino que no disponía de una piedra donde reclinar su cabeza. Componían la familia los tres hermanos: Marta, María y Lázaro. No parece que vivieran sus padres, ni que alguno de los mencionados hermanos estuviera ligado en matrimonio o lo hubiera contraído en un tiempo. Era Marta la mayor de la hermandad y hacía ella las veces de ama de casa. Esto último significa su nombre en lengua hebrea, *martab*, que no aparece en el Antiguo Testamento, pero se halla en la literatura talmúdica bajo la forma femenina con el significado de «ama», «dueña». En uno de los muchos sepulcros judío-cristianos del siglo I descubiertos en el paraje llamado Dominus Flevit, en la vertiente occidental del Olivete, han aparecido juntos los nombres de «Marta y María» (*martab wemariah*).

Una santa amistad unía la familia con el divino Redentor. Marta, como ama de casa, era la encargada de recibir y atender a los huéspedes. El santo Evangelio señala algunos de sus en-

cuentros con Jesús. La primera vez que Marta salta al terreno de la historia fue con ocasión de hospedar a Jesús en su viaje a Jerusalén siguiendo el camino de Jericó. Al llegar a Betania decidió detenerse en casa de sus amigos. La noticia de la llegada del Maestro puso en revuelo a la piadosa familia, que le acogía con sincero y devoto afecto. Como ama de casa salió Marta a su encuentro e introdujo a Jesús en ella.

Como de costumbre, al poco de entrar empezó Jesús a hablar, quedando todos los presentes, incluso los apóstoles que le acompañaban, pendientes de sus labios. Marta pudo gozar unos momentos de beatífico reposo escuchando al Maestro, pero su condición de «ama de casa» la forzaba a tener que abandonar la compañía del Maestro divino para dedicarse a los trabajos conducentes a asegurarle un hospedaje digno. Trataba Marta de armonizar su actividad con sus ansias de escuchar al Maestro, pero, dado el volumen de trabajo, comprendió que se le escapaba la oportunidad de poder oír las palabras de Jesús. Con envidia contemplaba a su hermana María, abstraída totalmente de toda preocupación material, atenta a las palabras de Cristo. En su ir y venir echó Marta sus cálculos de que, si María la ayudara en sus quehaceres, más pronto quedaría libre para escuchar tranquilamente a Jesús. Dada la íntima confianza con que la familia trataba a Jesús, se atrevió Marta a proponerle lo que había premeditado en su interior, diciéndole: «Señor, ¿no te da enfado que mi hermana me deje a mí sola en el servicio? Dile, pues, que me ayude» (Lc 10,40). No eran sus palabras un reproche para su hermana, sino una angustiosa llamada al bondadoso Jesús para que sugiriera a María la idea de que, con el trabajo aunado de las dos, tendría Marta más tiempo libre para dedicarlo también a la contemplación.

Comprendió Jesús que las palabras de Marta estaban dictadas por el ardiente anhelo que tenía de escucharle. Por eso le contestó con otras que tenían más de lección para los presentes y para las generaciones venideras que de reprensión para la hacendosa hermana: «Marta, Marta, tú te acongojas y conturbas por muchas cosas, cuando de pocas hay necesidad; en rigor, de una sola. María ha escogido la mejor parte, que no le será arrebatada». En efecto, dado el inestimable privilegio dispensado a

la familia de tener a Jesús como huésped, lo principal era escucharle, pasando a segundo término las preocupaciones por el alimento material.

Cuando Jesús se dignó entrar en casa de Marta no pretendía que se le dispensara a él y a sus discípulos una recepción fastuosa o que se les preparase un exquisito banquete. El divino Maestro tenía un manjar que los hombres no conocían (Jn 4,32), y quería que todos pospusieran el alimento material a la comida espiritual. Cristo había dicho: «No os preocupéis diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos, o qué vestiremos? Los gentiles se afanan por todo esto [...] Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura» (Mt 6,31-33). Jesús entró en casa de sus amigos de Betania con el fin de saciar el hambre espiritual que sentían sus moradores, por lo cual no convenía que desviaran su atención a otras cosas secundarias, aunque tuvieran como finalidad exclusiva el servicio de Cristo y su móvil fuera el amor hacia él.

Puestos a enjuiciar la actitud de las dos hermanas conforme a la jerarquía de los valores espirituales, cabe decir que la ocupación de María es en sí más perfecta que la de Marta. De suyo es más noble vagar en la contemplación de las cosas divinas que andar entre ollas y pucheros. ¿De lo dicho se deduce que debemos ser todos unos contemplativos, abismándonos en el estudio de las cosas de Dios, olvidados del mundo que nos rodea? No; Jesús, dice San Agustín, no reprende a Marta; sólo señala diferencia de ministerios. Hay vocaciones a un estado superior de contemplación. Que no digan los activos que los que contemplan no trabajan: trabajan mejor que ellos si contemplan mejor. De aquí la importancia suma que a la vida contemplativa dio siempre la Iglesia. Pero, cuando debe prevalecer la acción, entonces la misma Iglesia es la que orienta la actividad de sus hijos en este sentido. Este criterio ha hecho que surgieran en el campo de la Iglesia, en días de lucha con el enemigo, esta pléyade de hombres, de instituciones, que tienen por lema unir la acción a la contemplación.

Otro encuentro más sensacional tuvo Marta con Cristo en su misma casa de Betania. Se hallaba Jesús al otro lado del Jordán cuando una cruel enfermedad se apoderó de Lázaro. Desde el

primer momento sus dos hermanas, Marta y María, pensaron que el mejor médico era su amigo Jesús, dueño de las enfermedades y de la muerte. De ahí que le mandaran un recado con las palabras: «Señor, el que amas está enfermo». Bien conocía Cristo la gravedad del mal que aquejaba a Lázaro y su desenlace, pero tardó en ir para dar lugar a un ruidoso milagro. Cuando fue «se encontró con que Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro». Al enterarse Marta de que Jesús llegaba, le salió al encuentro, en tanto que María se quedó sentada en casa. Transida de dolor y abrigando al mismo tiempo gran confianza en su corazón, se atrevió Marta a decirle: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano; pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará». Dijo Jesús: «Resucitará tu hermano». Marta le contestó: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Viendo Jesús el dolor que embargaba a Marta, quiso disipar cualquier sombra de duda que pudiera atormentar el corazón de aquella laboriosa ama de casa diciéndole: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera vivirá; y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?». Respondió Marta: «Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios que ha venido a este mundo» (Jn 11,20-27).

Apenas oyó Marta las palabras esperanzadoras de Jesús, le dejó y corrió a casa para anunciar en secreto a su hermana María que el Maestro estaba allí y la llamaba. De repente se levantó María y corrió también al encuentro de Jesús. Así que María llegó donde Jesús estaba, viéndole, se echó a sus pies, diciendo: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano». Las lágrimas de las dos hermanas y sus gritos de dolor contagiaron a la muchedumbre allí presente, que lloraba con ellas la desaparición del hermano querido.

El mismo Jesús, ante aquel espectáculo, «se conmovió hondamente, se turbó y dijo: “¿Dónde le habéis puesto?”. Mientras se dirigían todos presurosos al sepulcro de Lázaro, las lágrimas asomaron en los ojos de Jesús, resbalando silenciosamente sobre sus divinas mejillas, lo que hizo exclamar a muchos de los judíos presentes: “¡Cómo le amaba!”. Rodeado de las hermanas y demás comitiva Jesús llegó al monumento, que era una cueva tapada con una piedra. Dijo Jesús: “Quitad la piedra”, a lo que

contestó Marta, acaso para evitar que un cuadro espeluznante se ofreciera a su vista: "Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días". Jesús atajó toda duda diciendo: "¿No te he dicho que, si creyeres, verás la gloria de Dios?". Pocos momentos después, Lázaro salía del sepulcro, ligados con faja pies y manos y el rostro envuelto en un sudario» (Jn 11,32-44). Jesús había premiado con un extraordinario milagro la fe de una familia amiga que le amaba entrañablemente.

En este episodio evangélico aparece Jesús como el sincero amigo, el huésped agradecido, el compasivo consolador, el sencillo bienhechor, el delicado compañero. ¡Oh, dichosos una y mil veces los que, como Lázaro, Marta y María, le tienen y tratan como amigo! Dichosos los que oyen y entienden las palabras: «Todo el que vive y cree en mí no morirá jamás, aun cuando muera, vivirá». A Marta debemos el que Cristo pronunciara estas palabras tan consoladoras para nosotros, mortales que caminamos hacia la eternidad con la esperanza de vivir para siempre en compañía del que es la resurrección y la vida.

Todavía el Evangelio nos ha conservado otro recuerdo de la solícita hermana de Lázaro. «Seis días antes de la Pascua vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. Le dispusieron allí una cena; y Marta servía, y Lázaro era de los que estaban en la mesa con él» (Jn 12,1-2). Como siempre, también el Evangelio nos presenta en este pasaje a Marta sirviendo a Jesús, ejerciendo amorosamente con él los deberes que le imponía su condición de «ama de casa». También en este pasaje evangélico María demuestra su amor por Cristo con el modo que le es peculiar. Mientras Marta servía la cena, su hermana «ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos» (Jn 12,3). De nuevo las dos hermanas son el prototipo de las dos vidas, activa y contemplativa.

A partir de este hecho desaparece Marta del marco de la historia para entrar en el campo de la leyenda. Ningún documento antiguo nos informa sobre su comportamiento durante los días de la pasión de Cristo y del tiempo que siguió a su resurrección hasta la ascensión a los cielos; pero todo induce a creer que la hacendosa «ama de casa» a quien amaba Cristo, sintiera vivísimamente su pasión y muerte, aunque lo manifestara de manera

menos espectacular que su hermana María. Cabe también suponer que vio al divino Maestro resucitado. Llena de méritos y madura para el cielo, murió a una edad que desconocemos, yendo a ocupar un sitio de honor en las mansiones de la casa del Padre celestial en premio de su total devoción y entrega al servicio de Cristo. Muy probablemente murió y fue sepultada en Betania, donde se enseñaba su sepulcro en el siglo IV. Una leyenda, con muy poco fundamento histórico, asegura que en el año 1187 se descubrió su sepulcro en Tarascón (Francia), dando pie con ello a otra leyenda del traslado de toda la familia a Francia y de su afincamiento en Tarascón, con la consiguiente actividad apostólica corroborada con portentosos milagros.

A causa de su familiaridad con Cristo, y por decir el Evangelio que «Jesús amaba a Marta» (Jn 11,5), su culto penetró muy pronto en la liturgia, variando extraordinariamente el día de su conmemoración. En Roma se le dedicó una iglesia por sugerencia de San Ignacio de Loyola.

En 1528 los familiares pontificios formaron una hermandad, y, con el permiso del papa Paulo III, edificaron una iglesia en honor de Santa Marta, junto al Vaticano. En el curso de los años fueron muchos los institutos religiosos femeninos que escogieron a Marta como protectora. Es considerada la santa como patrona del ramo de hostelería por razón de haberse mostrado ella diligentísima en el servicio del huésped divino, Jesucristo. Siempre ha gozado Marta de muchas simpatías a causa de ser ella diligente, cariñosa y condescendiente hasta tolerar el exceso de fatiga que le ocasionaba el carácter diferente de su hermana María. En el desenvolvimiento de sus quehaceres ella mira siempre las cosas por el lado práctico. El Salvador la amaba extraordinariamente porque, si María se muestra insaciable en recibir de él el alimento espiritual, Marta, en cambio, se comporta como una tierna madre, tanto para él como para los discípulos, los cuales eran considerados en Betania como personas de casa. Tienen los hosteleros en Marta un modelo que imitar. A todos nos enseña la santa que debemos tratar a nuestros hermanos con la misma solicitud con que ella atendía a Cristo y a sus apóstoles.

Bibliografía

- Actes du Congrès archéologique d'Avignon*, I (1909) 262-273 (Sobre la iglesia de Tarascón).
- LESETRE, H., «Marthe», en F. VIGOUROUX (ed.), *Dictionnaire de la Bible*, IV (París 1908) cols.825-826.
- MOMBRITIUS, B., *Sanctuarium, seu, vitae sanctorum*, 2 vols. (París 1910) (Sobre la vida legendaria de Santa Marta).
- SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el misal romano*, VIII (Barcelona 1948).
- VACANDARD, E., «La venue de Lazare et de Marie-Madeleine en Provence»: *Revue de Questions Historiques* 100 (1924) 257-305 (Sobre las leyendas provenzales).
- Actualización:
- HERVELIN-MICHAUT, M., *Être Marthe et Marie* (París 1988).
- MOURLON BEERNAERT, P., *Marthe, Marie et les autres. Les visages féminins de l'Évangile* (Bruselas 1992).

SAN LÁZARO DE BETANIA

Hermano de Santa Marta († s. I)

De dos fuentes de información disponemos para trazar la semblanza de San Lázaro: el santo Evangelio y algunas actas de carácter legendario. De entre los evangelistas es San Juan el que más se ha ocupado de nuestro santo y, si bien no es pródigo en describirnos demasiadas facetas del mismo, nos proporciona algunos trazos que por sí solos enmarcan los hechos más salientes de su vida.

Era Lázaro un judío de buena posición social, perteneciente a una familia muy conocida en toda Palestina y muy relacionado con familias distinguidas de Jerusalén. Vivía en Betania, pequeña aldea situada a quince estadios de Jerusalén, junto al camino que unía la capital teocrática con el valle del Jordán. La familia componíase de tres miembros: Lázaro y sus dos hermanas, Marta y María. Nunca se habla de sus padres ni de otros familiares, señal de que aquéllos habían pasado a mejor vida y de que los tres hermanos vivían solos en la casa. De vez en cuando se aumentaba la familia con la llegada de Cristo y de sus apóstoles, que encontraban en casa de Lázaro amplio y cariñoso acogimiento. En sus viajes de Jericó a Jerusalén pasaba Jesús junto a Betania y no dejaba nunca de entrar a saludar a su familia amiga. Otras veces, cansado de luchar en Jerusalén contra los escribas y fariseos, tomaba al anochecer el camino de Betania y

descansaba allí de sus fatigas apostólicas. No era Lázaro el jefe de familia, o, al menos, no era el encargado de obsequiar a los visitantes y de llevar el peso de la casa. Estas funciones de amo y dueño de casa las ejercía su hermana Marta, acaso porque Lázaro fuera mucho más joven que ella o porque la enfermedad le impedía ejercerlas por sí mismo. Entre la familia de Lázaro y Jesús existía una amistad sincera y profunda. No especifican los evangelistas en qué radicaba esta confraternidad, pero una piadosa tradición afirma que ello se debía a que Lázaro llevaba una vida profundamente religiosa, ajustando su conducta a las prescripciones de la ley mosaica, de manera que podían aplicársele las palabras que pronunció Cristo a propósito de Natanael: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo» (Jn 1,47). Apenas hubo oído hablar del Salvador y le hubo visto, se prendió del mismo, convirtiéndose en su verdadero discípulo. Tanto Lázaro como sus hermanas formaban parte, muy probablemente, de un grupo de piadosos israelitas que esperaban la redención de Israel. Eran muchos los que anhelaban oír la voz del Mesías, tantas veces preanunciado por los profetas, para deshacerse de la antigua ley, desfigurada por los fariseos, y abrazar la ley de gracia. Es también posible que la familia de Lázaro formara parte del movimiento religioso capitaneado por un grupo monástico residente en la región de Qumrán, al noroeste del Mar Muerto, que se obligaba, entre otras cosas, a ejercer la hospitalidad.

El mejor elogio que puede hacerse de Lázaro lo hallamos en una frase que nos ha legado el evangelista San Juan al relatar las incidencias de la enfermedad de Lázaro. Afirma el evangelista que, habiendo enfermado Lázaro, sus hermanas enviaron un recado a Jesús, diciéndole: «Señor, el que amas está enfermo» (Jn 11,3).

La mencionada frase entraña un profundo contenido. El amor que sentía Jesús hacia Lázaro está patente en las pocas palabras que pronuncia. No es posible que el divino Maestro tuviese predilección por él si no hubiese atesorado Lázaro en su corazón el fascinante talismán de la santidad. Entre Jesús y las almas podría establecerse este paralelismo: Jesús ama a las almas en la medida que éstas atesoran más grados de perfec-

ción, de tal manera que a mayor santidad, más predilección por parte de Cristo.

El amor que Jesús profesaba a Lázaro aparece visiblemente en el diálogo mantenido entre él y las hermanas del santo. Informado el Maestro de la enfermedad que aquejaba a Lázaro por los mensajeros que le mandaron Marta y María, no partió inmediatamente a la cabecera del enfermo, sino que, como afirma San Juan, «permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más; pasados los cuales dijo a los discípulos: Vamos otra vez a Judea» (Jn 11,7). Enterada Marta de que Jesús estaba para llegar, voló a su encuentro, se arrodilló a sus pies y, anegada en lágrimas, le dijo:

—Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que cuanto pidieres a Dios te lo concederá.

Respondióle Jesús:

—Tu hermano resucitará.

—Sé —dícele Marta— que resucitará en la resurrección en el último día.

Jesús dijo entonces:

—Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aun cuando hubiera muerto, vivirá, y quien vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?

—Sí, Señor —dijo Marta—, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, el que viene al mundo.

Y dicho esto se fue a llamar a su hermana, diciéndole secretamente:

—Está aquí el Maestro y te llama.

Apenas María oyó estas palabras, se levantó apresuradamente, abandonando a los asistentes, y, rápida como el entusiasmo de su corazón, salió al encuentro del Maestro. Los judíos que estaban con ella, viendo que María se levantaba y salía de prisa, la siguieron creyendo que iba a la tumba para llorar allí. Cuando María llegó a donde estaba Jesús, viéndole, postróse a sus pies, diciendo:

—Señor, si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano.

Jesús, al ver llorar a María y a los judíos, se estremeció en su espíritu y se conturbó.

—¿Dónde lo habéis puesto?, dijo.

Contestáronle:

—Señor, ven y velo.

Y Jesús lloró. Y, al presenciar los judíos cómo gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, exclamaron:

—¡Cómo le amaba!

Jesús, frente a la tumba de Lázaro, se estremece y llora. Las lágrimas son palabras del corazón. Manda Jesús que se quite la losa del sepulcro y con voz fuerte exclama: «Lázaro, sal fuera». Salió el muerto atado de pies y manos y el rostro envuelto en un sudario. El Dominador de la muerte, ante la estupefacción de los presentes, añadió: «Soltadle y dejadle ir» (Jn 11,17-44). Las delicadas manos de sus dos hermanas apresuráronse a cumplir el mandato de Cristo, soltando las trabas que oprimían el cuerpo redivivo del que hacía cuatro días que había muerto.

El milagro tuvo gran resonancia; el nombre de Lázaro corría de boca en boca y su persona habíase convertido en signo de contradicción.

«De la misma manera que el sol brilla sobre el barro y lo endurece, y brilla sobre la cera y la ablanda, así este gran milagro de nuestro Señor endureció algunos corazones para la incredulidad y ablandó a otros para la fe» (FULTON-SHEEN).

El pueblo sencillo acudía a Betania llevado por la curiosidad de ver a un ser redivivo, saludar a la familia y congratularse con ella del gran milagro que en su favor había obrado Cristo. «Muchos de los judíos que habían venido a María y vieron lo que había hecho (Jesús) creyeron en él» (Jn 11,45). Debió de convertirse Betania en meta de peregrinaciones, porque, según el Evangelio, «una gran muchedumbre de judíos supo que Jesús estaba allí, y vinieron no sólo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos» (Jn 12,9). Para los que le habían visto muerto y encerrado durante cuatro días en el sepulcro, era Lázaro una prueba irrefutable del poder taumático de Cristo.

Lo comprendieron así los príncipes de los sacerdotes, los cuales, alarmados por el número creciente de conversiones, resolvieron matar a Lázaro. Pero aún más: viendo que Jesús multiplicaba sus milagros y temiendo que todos creyeran en él, reuniéronse en consejo y determinaron hacerle morir. Como no

había llegado todavía su hora, Jesús ya no andaba en público entre los judíos, antes se retiró a una región próxima al desierto de Judá, donde moró con sus discípulos. En Jerusalén se le buscaba afanosamente, preguntando si subiría a la fiesta de la Pascua. Muchos temían que Jesús no asistiría a la misma, «pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que, si alguno supiese dónde estaba, lo indicase, a fin de echarle mano» (Jn 11,37). Buscaban los hombres la manera de dar muerte al que es *la resurrección y la vida*, creyendo que de ellos dependía el momento y el día de su ejecución. Sin embargo, al prenderle (Mt 26,53-56), hízoles saber Cristo que se entregaba voluntariamente en sus manos y que ofrecía su vida para la redención del mundo, porque era ésta la voluntad del Padre celestial. La resurrección de Lázaro fue lo que selló su muerte. Puesto que una piedra acababa de ser quitada de su sepulcro y Lázaro era llamado para que volviera a la vida. Caifás, en representación de las autoridades, «profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios» (Jn 11,51-52).

La resurrección de Lázaro puso en ridículo a las autoridades judías. Todas sus acusaciones contra Jesús se derrumbaban estrepitosamente. Los hechos eran patentes: un hombre había muerto y Jesús lo resucitó al cabo de cuatro días. ¿Habéis oído cosa semejante? No se atrevieron las autoridades a negar la veracidad del hecho; no podían, porque muchos hombres de Jerusalén y Betania habían sido testigos oculares de los acontecimientos: siguieron el curso de la enfermedad de Lázaro, le vieron morir, asistieron a la conducción de su cadáver y divisaron el movimiento de la piedra, que, girando sobre sí misma, cerró la boca del sepulcro. Al cuarto día, cuando el cadáver presentaba señales evidentes de putrefacción —«Ya hiede», decía su hermana Marta—, la voz imperiosa de Cristo le grita: «Lázaro, sal fuera». Lo que no hicieron entonces los enemigos de Jesús, lo han intentado sus sucesores, los racionalistas modernos. Para Paulus, Lázaro sufrió un síncope; creyéndole muerto, lo llevaron al sepulcro. Al llegar Cristo y mandar abrirlo, una ráfaga de aire fresco penetró en la caverna, reanimando al que equivocadamente habían dado por muerto. Renán propone otra ex-

plicación no menos grotesca: cuando Jesús llegó a Betania, Lázaro estaba curado; pero sus dos hermanas, ruborizadas por haber molestado a Jesús al haberle obligado a venir, quisieron reparar la falta proporcionándole la ocasión de obrar un milagro. Prestóse Lázaro a dejarse vendar brazos y piernas, envolver su cabeza con un sudario y tenderse como un muerto en el sepulcro de familia. No tuvo Cristo gran trabajo en reanimar al que estaba realmente vivo. Otros racionalistas eliminan el milagro recurriendo a la tesis de la alegoría: descartada la realidad histórica del milagro, dicen, la resurrección de Lázaro no es otra cosa que una composición literaria, o sea, un símbolo que pretende desarrollar el conocido tema, tan del agrado de Cristo, y que enuncia el evangelio de San Juan con las palabras: «Yo soy la resurrección y la vida» (Jn 11,25). Para ellos, la tesis crea el hecho.

Después de su resurrección llevó Lázaro una vida normal. Seis días antes de la Pascua fue Jesús a Betania, «donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos» (Jn 12,1). La familia amiga le dispuso una cena, en la cual Marta servía, «y Lázaro era de los que estaban a la mesa con él». Los judíos se enteraron de que Cristo estaba en Betania y fueron allí. Al día siguiente continuaba en Jerusalén el entusiasmo por Jesús. Le rendía testimonio la muchedumbre que estaba con Él cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. «Por esto le salió al encuentro la multitud, porque habían oído que había hecho este milagro. Entretanto los fariseos se decían: Ya veis que no adelantamos nada, ya veis que todo el mundo se va en pos de él» (Jn 12,17-19). Esto último cabe decir de las hipótesis que los racionalistas han forjado para eliminar el milagro de la resurrección de Lázaro. Una hipótesis sucede a otra, sin que el pueblo se entere de su existencia. El alma popular, limpia del orgullo intelectual, sigue creyendo en la realidad del milagro y abriga la persuasión de que todo lo puede Aquel que es la resurrección y la vida. Sabe que Cristo vino al mundo para que todos «tengan vida, y la tengan abundante» (Jn 10,10). A Lázaro, junto con la vida del alma, devolvió Cristo la vida del cuerpo.

La historia deja a Lázaro en el convite con que obsequió a su celestial bienhechor y amigo Jesús y no vuelve a ocuparse jamás de él. La leyenda nos dice que, con ocasión de un levantamiento

contra los cristianos, Lázaro y sus dos hermanas marcharon a la ciudad de Jaffa. Allí fueron apresados, y, con el fin de que pudiesen ahogados en las aguas del mar, los enemigos les obligaron a entrar en un navío viejo y averiado, creyendo en su inminente naufragio. Pero quiso Dios que, tras una venturosa travesía, llegaran a las costas del sur de Francia y desembarcaran felizmente en Marsella. Lázaro púsose inmediatamente a predicar las doctrinas de Jesús con tanta viveza y persuasión, que sus palabras calaban en lo íntimo de las almas, siendo muchos los que abrazaban la doctrina de Cristo. La fama de su predicación y el número de conversiones alarmaron a las autoridades, que desencadenaron contra el santo y sus seguidores una violenta persecución. Marsella era considerada en aquel entonces como el emporio del saber humano, debido, sin duda, a la célebre Academia allí establecida, y que era frecuentada por lo más selecto de la ciudad, de los alrededores y hasta de la misma Roma.

Las autoridades apresaron al santo y le invitaron con palabras halagadoras a que ofreciese incienso a los ídolos. Respondióles con entereza que profesaba las doctrinas de Jesucristo, con el que había convivido y con el que le había ligado íntima amistad. «Si no adoras a nuestros dioses —díjole el prefecto—, perderás la vida en medio de horribles tormentos». Contestóle el santo: «Bien sabes tú que tan sólo puedo ofrecer sacrificios al Dios verdadero y que tus dioses no merecen tales ofrendas. Y, en cuanto a tus amenazas, dígotte que no puede acontecerme cosa más placentera, dulce y gloriosa que dar la vida por Aquel que me la devolvió después de haberla perdido y que se dignó morir por mí para que yo pueda sobrevivir eternamente». Indignado y lleno de rabia ante tan heroica respuesta, dio la orden de que le despedazasen con látigos, lo que se cumplió con tan inhumana crueldad que su cuerpo manaba sangre por todas partes. Después de esta dolorosa tortura, sigue diciendo una de las actas del glorioso mártir, se le arrastró cruelmente por toda la ciudad y se le encerró posteriormente en una prisión muy oscura, esperando a que se repusiese de sus heridas para someterle a nuevos suplicios. El Señor le visitó en su lúgubre calabozo, le fortificó para la hora del último combate, prometiéndole hacerle partícipe en el cielo de las delicias de que gozan los apóstoles.

El prefecto invitóle de nuevo a abjurar de su fe; pero inútilmente. Viendo que nada ni nadie era capaz de doblegar el ánimo de Lázaro, mandó el prefecto que fuera atado a un poste y atravesado por una lluvia de flechas. Como el santo vivía, le aplicaron a las heridas planchas de hierro candente. En medio de este pavoroso suplicio sonreía el mártir, gozoso de sufrir por amor de su amigo Jesús. El juez puso término a su vida cortándole la cabeza.

La tradición señala dos sepulcros del santo: uno en Betania y otro en Marsella. Del sepulcro de Betania habla Orígenes (185-254). Consta de un vestíbulo de tres metros de ancho, desde donde se baja, por una escalera estrecha, a un rellano con una anchura de dos metros. Era éste el lugar donde reposó cuatro días el cuerpo difunto de Lázaro. El vestíbulo en el cual se colocó Cristo y desde donde imperó a Lázaro que saliera, fue convertido en capilla, como atestiguan los pequeños ábsides y altares que han aparecido después de unas excavaciones arqueológicas. Según antiguos peregrinos, la misma cámara sepulcral fue revestida de mármol y convertida en capilla. Con la invasión de los árabes, el lugar fue profanado. A fines del siglo XVI transformaron las ruinas de la iglesia antigua en mezquita y prohibieron a los católicos acercarse al sepulcro de Lázaro. Más tarde los franciscanos, custodios de Tierra Santa, consiguieron, mediante una gruesa cantidad de dinero, abrir otro acceso al sepulcro. Desde entonces el peregrino que desea visitar tan augusto lugar se ve en la precisión de bajar veinticuatro gradas de una estrecha y desgastada escalera para llegar al mencionado vestíbulo. Modernamente, la Custodia de Tierra Santa ha levantado sobre el lugar una devota iglesia, que evoca maravillosamente la escena de Cristo, vencedor de la muerte, llamando a su amigo Lázaro y deshaciéndole las ataduras con que le habían aprisionado al morir. ¡Qué bien suenan allí aquellas consoladoras palabras del relato evangélico!: «Señor, el que amas está enfermo»; «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre»; «¡Cómo le amaba!». Que este amor nos tenga Cristo al bajar nosotros al sepulcro, ello sería prenda de vida eterna.

Bibliografía

- Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, VIII/2: *Latran-Lexique* (París) cols.2009-2086.
- GRANDMAISON, L. DE, SI, *Jésus Christ. Sa personne, son message, ses preuves*, I (París 1931) 171-188.
- NÖHL, A., OP, «Dissertatio de beatae Mariae Magdalenae, Lazari et Marthae in Gallias», en *Historia ecclesiastica veteris novique testamenti, ab orbe condito ad annum post Christum natum millesimum sexcentisimum*, III (París 1778) 182-196.
- RENARD, P., «Lazare», en F. Vigouroux (ed.), *Dictionnaire de la Bible*, IV (París 1908) col.144.
- VACANDARD, E., «De la venue de Lazare et de Marie-Madeleine en Provence»: *Revue de Questions Historiques* 100 (1924) 257-305.
- Actualización:
 MARCHADOUR, A., *Lazare. Histoire d'un récit, récits d'une histoire* (París 1988).

SAN OLAV

Rey y mártir († 1030)

Con el protestantismo cesaron en Noruega las peregrinaciones a la tumba de San Olav y ya ni siquiera suena su nombre en las celebraciones del culto luterano. Pero palpita su recuerdo en las sagas nórdicas que dedican heroicas estrofas a sus gestas batalladoras y a su vida y milagros. En el Canto a Olav compuesto en la segunda mitad del siglo XII (71 estrofas) se narra su nacimiento, vida, muerte y glorificación, los milagros obrados en su tumba, la felicidad de que goza en el cielo y su celebridad en el mundo. He aquí una de las estrofas introductorias:

«A ti, bravo pueblo, ofrezco
 este cantar que declamo
 sobre el noble rey Olav;
 ¡que el canto sea digno!
 Nunca supe de ningún hombre
 tan excelso en su morada
 que brillara por encima de éste
 que hace oscurecer a todos los héroes».

Es una estrofa patriótica a la que sigue respondiendo el entusiasmo de los noruegos: Olav es para ellos el héroe nacional, el «Rey perpetuo de Noruega».

Según el *Diccionario biográfico noruego*, nació en 995, hijo del rey Harald Cabello hermoso. Era de talla más bien media, fuerte y de cabello rojizo y cara ancha, bellos ojos pero terribles

cuando se encolerizaba. Buen atleta, manejaba el arco, lanzaba la jabalina y nadaba muy bien.

No bien cumplidos los doce años ya quiso embarcarse por primera vez; y pronto comenzó a tomar parte en las expediciones vikingas, tan temidas en todas las costas europeas de Occidente. Ganó batallas en Dinamarca, en Frisia, en Inglaterra, en Normandía... Las incursiones de Olav afectaron a las costas de Galicia, y llegó a Cádiz, sembrando desolación. Fue aquí donde tuvo un misterioso sueño, en el que se le mandaba regresar: «Regresa a tu país de origen, porque serás rey de Noruega para siempre». Regresó con sus embarcaciones a las costas francesas de Poitou, dispuesto a nuevas luchas. Entre sus fechorías de este momento, se cuenta el incendio y toma de la ciudad de Guerrande.

Su permanencia en Normandía duró dos veranos y un invierno. Aquí conoció de cerca el cristianismo y se produjo su conversión: Olav recibió el bautismo en Rouen, en el invierno de 1014.

Siendo heredero del trono de Noruega, sucedió que durante su larga ausencia el reino, que había caído en manos del usurpador Eric-jarl, pasó a las de su hijo Haakon. Olav retornó dispuesto a hacer valer sus derechos: prendió y desterró a Haakon y sometió gran parte del país. Seguidamente venció también en batalla naval a Svein-jarl, hermano de Haakon, quedando dueño de todo el reino. Fue el 25 de marzo de 1016.

La tradición lo describe como destructor del paganismo en Noruega. De hecho organizó el país al estilo de los reinos cristianos, construyó iglesias e hizo venir de Inglaterra a varios sacerdotes católicos. Con él comenzó a aplicarse en Noruega el derecho eclesiástico anglosajón, pero todos sus días transcurrieron entre el fragor de las batallas: luchas dentro del país para sofocar las frecuentes rebeliones; contiendas con el rey Canuto de Dinamarca; nuevas ausencias motivadas por audaces expediciones fuera de Noruega.

Sus contrarios dentro del reino aprovecharon una de estas ausencias para proclamar rey a Canuto. Olav retornó en el verano del 1030 para recuperar su trono. La batalla de Stiklestad, lugar próximo a Nidaros (hoy Trondheim), marcó su fin: Olav fue herido de muerte.

Sus señales de fe y piedad cristiana tuvieron que ser muy grandes en los años de su reinado y, sobre todo, en el momento de su muerte, porque inmediatamente se levantó una capilla de madera para acoger su tumba, sustituida en 1075 por otra de piedra. Más tarde, construida la catedral de Nidaros, se trasladaron a ella sus reliquias, depositadas en rica urna de plata, siendo objeto de continua veneración hasta mediados del siglo XVI, en que se impuso, con la reforma protestante, la abolición del culto a los santos.

La literatura medieval en torno a la figura de San Olav baraja todos los recursos épicos y hagiográficos, respondiendo plenamente al sistema cultural monárquico-cristiano. Así, en el análisis de los numerosos milagros que se le atribuyen no siempre es fácil discernir lo que se debe a la intercesión del santo y lo que es obrado por los especiales poderes espirituales atribuidos al rey.

Lo que sí está rigurosamente documentado es la devoción al santo, sobre todo desde el 3 de agosto de 1031, en que el obispo Grimkel decretó que fuese celebrado como mártir. Durante toda la Edad Media la catedral de Nidaros fue centro de peregrinaciones para toda Noruega y otros países europeos. Su huella en el arte es poderosa; tiene numerosas iglesias dedicadas en Noruega y, además, en la isla de Gotland, Dinamarca, Finlandia, Islandia, Islas Feroe, Alemania, Escocia, Irlanda... Recientemente la colonia noruega de Gran Canaria inauguró una capilla dedicada a él en Agüimes.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

- ALMAZÁN, V., *San Olav Rey perpetuo de Noruega* (Santiago de Compostela 2002).
 HENRIKSEN, V., *St. Olav of Norway. King, saint, and enigma* (Oslo 1985).
 MÜLLER, O., *Saint Olav: king of Norway* (Oslo 1993).

BEATO URBANO II

Papa († 1099)

El Beato Urbano II (1040-1099) es, indudablemente, uno de los papas más insignes de la Edad Media, cuyo mérito principal consiste, aparte de la santidad de su vida, en haber hecho progresar notablemente y llevado adelante la reforma eclesiástica, ampliamente emprendida por San Gregorio VII (1073-1085). El re-

sultado brillante de sus esfuerzos aparece bien de manifiesto en los grandes sínodos de Piacenza y de Clermont, de 1095, y en la primera Cruzada, iniciada en este último concilio (1095-1099).

Nacido de una familia noble en la diócesis de Soissons, en 1040, llamábase Eudes u Otón; tuvo por maestro en Reims al fundador de los cartujos, San Bruno: fue allí mismo canónigo, y el año 1073 entró en el monasterio de Cluny, donde se apropió plenamente el espíritu de la reforma cluniacense, entonces en su apogeo. De esta manera se modeló su carácter suave y humilde, pero al mismo tiempo entusiasta y emprendedor. Por esto llegó fácilmente a la convicción de que el espíritu de la reforma cluniacense, que iba penetrando en todos los sectores de la Iglesia, era el destinado por Dios para realizar la transformación a que aspiraban los hombres de más elevado criterio eclesiástico. Por esto, ya desde el principio de la gran campaña reformadora emprendida por Gregorio VII, Otón fue uno de sus más decididos partidarios.

Estaba entonces al frente de la abadía de Cluny el gran reformador San Hugón, a cuya propuesta Gregorio VII elevó en 1078 al monje Otón al obispado de Ostia. Bien pronto pudo éste dar claras pruebas de sus extraordinarias cualidades de gobierno, pues, enviado por el Papa como legado a Alemania, supo allí defender victoriosamente los derechos de la Iglesia frente a las arbitrariedades del emperador Enrique IV. Al volver de esta legación acababa de morir Gregorio VII.

La situación de la Iglesia era en extremo delicada. Al desaparecer el gran Papa, personificación de la reforma eclesiástica, dejaba tras sí un ejército de hombres eminentes, discípulos o admiradores de sus ideas. Frente a ellos estaban sus adversarios, entre los cuales se hallaban el violento Enrique IV y el antipapa puesto por él, Clemente III. En estas circunstancias fue elegido el papa Víctor III (1086-1087), antiguo abad de Montecasino, gran amigo de las letras, pero indeciso, reconciliador y poco partidario de las medidas violentas. Pero muerto inesperadamente al año de su pontificado, fue elegido entonces nuestro Otón de Ostia, quien tomó el nombre de Urbano II.

Era, indudablemente, el hombre más a propósito, el hombre providencial en aquellas circunstancias. Dotado de las más exi-

mias virtudes cristianas, era un amante y entusiasta decidido de la reforma eclesiástica, de que ya había dado muestras suficientes. Precisamente por esto su elección fue considerada por todos como el mayor triunfo de las ideas gregorianas, y rápidamente recobraron todo su influjo los elementos partidarios de la reforma eclesiástica. Así lo entendieron también Enrique IV, el antipapa Clemente III y todos los adversarios de la reforma, los cuales se aprestaron a la lucha más encarnizada.

Ya desde el principio quiso el nuevo Papa dar muestras inequívocas de su verdadera posición. En diferentes cartas, dirigidas a los obispos alemanes y franceses, escritas en los primeros meses de su pontificado, expresó claramente su decisión de renovar en todos los frentes la campaña de reforma gregoriana. Así lo manifestó en el concilio Romano de la cuaresma de 1089, y, sobre todo, así lo proclamó en el concilio de Melfi, de septiembre del mismo año, en el que se renovaron las disposiciones contra la simonía, contra el concubinato y contra la investidura laica, y que constituye el programa que Urbano II se proponía realizar en su gobierno.

Mas, por otra parte, con su carácter más flexible y diplomático, con su espíritu de longanimidad y mansedumbre, siguió un camino diverso del que se había seguido anteriormente, y con él obtuvo mejores resultados. Inflexible en los principios y genuino representante de la reforma gregoriana, sabía acomodarse a las circunstancias, procurando sacar de ellas el mayor partido posible. Símbolo de su modo de proceder son Felipe I de Francia, vicioso y afeminado, pero hombre en el fondo de buena voluntad, y Enrique IV de Alemania, bien conocido por sus veleidades y mala fe. Del primero procuró sacar lo que pudo con concesiones y paternales amonestaciones. Con el segundo ni siquiera lo intentó, manteniendo frente a él los principios de reforma y alentando siempre a los partidarios de la misma.

Con clara visión sobre la necesidad de intensificar el ambiente general de reforma fomentó e impulsó los trabajos de los apologistas. Movidos por este impulso pontificio, muchos y acreditados escritores lanzaron al público importantes obras, que contribuyeron eficazmente a que ganaran terreno y se afianzaran las ideas de reforma. Así Gebhardo de Salzburgo compuso

una carta, dirigida a Hermann de Metz, típico representante de la oposición a la reforma, en la que defiende con valiente argumentación la justicia del Papa. Bernardo de Constanza dirigió a Enrique IV un tratado en el que establece como base la expresión de Mt 18,17: «El que rehúsa escuchar a la Iglesia sea para ti como un pagano y un publicano»; y poco después publicó una verdadera apologética de la reforma. Otro escritor insigne, Anselmo de Lucca, redactó una obra contra Guiberto, es decir, el antipapa Clemente III. Indudablemente este movimiento literario, impulsado por Urbano II, fue un arma poderosa y eficaz para la realización de la reforma.

Así, pues, mientras con prudentes concesiones y convenios ventajosos para la Iglesia Urbano II logró robustecer su influjo en Francia, España, Inglaterra y otros territorios, en Alemania siguió la lucha abierta y decidida con Enrique IV. En Francia mantuvo con energía la santidad del matrimonio cristiano frente al divorcio realizado por el rey al separarse de la reina Berta, llegando en 1094 a excomulgarlo; mas, por otra parte, en la cuestión de la investidura laica, por la que los príncipes defendían su derecho de nombramiento de los obispos, llegó a un acuerdo, que fue luego la base de la solución final y definitiva: el rey renunciaba a la investidura con anillo y báculo, dejando a los eclesiásticos la elección canónica; pero se reservaba la aprobación de la elección, que iba acompañada de la investidura de las insignias temporales. También en Inglaterra tuvo que mantenerse enérgico Urbano II frente al rey Guillermo, quien, a la muerte de Lanfranco, no quería reconocer ni a Urbano II ni al antipapa Clemente III; pero al fin se llegó a una especie de reconciliación.

El resultado fue un robustecimiento extraordinario del prestigio pontificio y de la reforma eclesiástica por él defendida. El espíritu religioso aumentaba en todas partes. Los cluniacenses se hallaban en el apogeo de su influjo y por su medio la reforma penetraba en todos los medios sociales. El estado eclesiástico iba ganando extraordinariamente, por lo cual se formaban en muchas ciudades grupos de canónigos regulares, de los cuales el mejor exponente fueron los premonstratenses, fundados poco después.

Es cierto que, durante casi todo su pontificado, Urbano II se vio obligado a vivir fuera de Roma, pues Enrique IV mantenía allí al antipapa Clemente III. Pero, esto no obstante, desplegó

una actividad extraordinaria y fue constantemente ganando terreno. En una serie de sínodos, celebrados en el sur de Italia, renovó las prescripciones reformadoras, proclamadas al principio de su gobierno. Pero donde apareció más claramente el éxito y la significación del pontificado de Urbano II fue en los dos grandes concilios de Piacenza y de Clermont, celebrados en 1095.

En el gran concilio de Piacenza, celebrado en el mes de marzo ante más de cuatro mil clérigos y treinta mil laicos reunidos, proclamó de nuevo los principios fundamentales de reforma. Pero en este concilio presentáronse los embajadores del emperador bizantino, en demanda de socorro frente a la opresión de los cristianos en Oriente. Así, pues, Urbano II trató de mover al mundo occidental a enviar al Oriente el auxilio necesario para defender los Santos Lugares. Fue el principio de las Cruzadas; mas, como se trataba de un asunto de tanta trascendencia, se determinó dar la respuesta definitiva en otro concilio, que se celebraría en Clermont.

Efectivamente, dedicáronse inmediatamente gran número de predicadores del temple de Pedro de Amiens, llamado también Pedro el Ermitaño, a predicar la Cruzada en todo el centro de Europa. Urbano II, con su elocuencia extraordinaria y el fervor que le comunicaba su espíritu ardiente y entusiasta, contribuyó eficazmente a mover a gran número de príncipes y caballeros de la más elevada nobleza. El resultado fue el gran concilio de Clermont, de noviembre de 1095, en el que, en presencia de catorce arzobispos, doscientos cincuenta obispos, cuatrocientos abades y un número extraordinario de eclesiásticos, de príncipes y caballeros cristianos, se proclamaron de nuevo los principios de reforma y la «Tregua de Dios». Después de esto, a las ardientes palabras que dirigió Urbano II, en las que describió con los más vivos colores la necesidad de prestar auxilio a los cristianos de Oriente y rescatar los Santos Lugares, respondieron todos con el grito de Dios lo quiere, que fue en adelante el santo y seña de los cruzados. De este modo se organizó inmediatamente la primera Cruzada, cuyo principal impulsor fue, indudablemente, el papa Urbano II.

Después de tan gloriosos acontecimientos, mientras Godofredo de Bouillon, Balduino y los demás héroes de la primera

Cruzada realizaban tan gloriosa empresa, Urbano II continuaba su intensa actividad reformadora. En las Navidades de 1096 pudo, finalmente, entrar en Roma, donde celebró una gran asamblea o sínodo en Letrán. En enero de 1097 celebró otro importante concilio en Roma; otro de gran trascendencia en Bari, en octubre de 1098; pero el de más significación de estos últimos años fue el de la Pascua, celebrado en Roma en 1099, donde, en presencia de ciento cincuenta obispos, proclamó de nuevo los principios de reforma y la prohibición de la investidura laica.

Poco después, en julio del mismo año 1099, moría el santo papa Urbano II, sin conocer todavía la noticia del gran triunfo final de la primera Cruzada, con la toma de Jerusalén, ocurrida quince días antes.

En realidad, el Beato Urbano II fue digno sucesor en la sede pontificia de San Gregorio VII y digno representante de los intereses de la Iglesia en la campaña iniciada de la más completa renovación eclesiástica. En ella tuvo más éxito que su predecesor, logrando transformar en franco triunfo y en resultados positivos la labor iniciada por sus predecesores. Esta impresión de avance y de triunfo aparece plenamente confirmada y enaltecida con el principio de una de las más sublimes epopeyas de la Iglesia y de la Edad Media cristiana, que son las Cruzadas, y con el éxito final de la primera, que es la conquista de Tierra Santa y la formación del reino de Jerusalén con que termina este glorioso pontificado. Por eso la memoria de Urbano II va inseparablemente unida a la primera Cruzada, la única plenamente victoriosa.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

- DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis*, II (París 1892).
 FLICHE, A., *Histoire de l'Église*. VIII: *La Réforme grégorienne et la reconquête chrétienne (1057-1125)* (París 1944).
 PAULOT, L., *Un pape français, Urbain II* (París 1903).
 RUNCIMAN, S., *A history of the Crusades*. I: *The first crusade and the foundation of the Kingdom of Jerusalem* (Cambridge 1951); ed. italiana: *Storia delle Crociate* (Turín 1980).
 «Urbain II», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, et al. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique*. XV/2: *Trinité-Zwinglianism* (París 1950).
 «Vie d'Urbain II», en V. THUILLIER, OSB (ed.), *Ouvrages posthumes de D. Jean Mabillon et de D. Thierry Ruinart*, III (París 1967, reimp. anastática de la ed. de 1724).

• Actualización:

BIFFI, I., *Protagonisti del Medioevo. Anselmo e Lanfranco, Urbano II, Suger, Pietro il Venerabile, Tommaso Becket* (Milán 1996).

FLICHE, A. - MARTIN, V. (dirs.), *Historia de la Iglesia. VIII: Reforma gregoriana y reconquista* (Valencia 21985).

BEATOS LUCIO MARTÍNEZ MANCEBO Y MÁRTIRES DOMINICOS DE CALANDA

Antonio López Couceiro, Felicísimo Díez González, Saturio Rey Robles, Tirso Manrique Melero, Gumersindo Soto Barros, Lamberto de Navascués y de Juan, Manuel Albert Ginés
Religiosos y mártires († 1936)

En primer lugar hay que aclarar la lista de los mártires dominicos de la persecución española, por ello tenemos que hacer tres grupos:

1. Mártires de Calanda

Eran siete dominicos y un sacerdote, muertos en Calanda el día 29 de julio de 1936. Sus nombres: P. Antonio López Couceiro, P. Felicísimo Díez González, H. Gumersindo Soto Barros, H. Lamberto de Navascués y de Juan, P. Lucio Martínez Mancebo, P. Saturio Rey Robles, P. Tirso Manrique Melero.

A éstos hay que añadir un sacerdote secular, Manuel Albert, que murió con ellos.

No debemos olvidar, sin embargo, otros mártires dominicos de esta misma comunidad; que, aunque no han sido beatificados, fueron mártires como los demás. Y no entraron en la lista de los beatificados porque sus cuerpos desaparecieron. Pero en esta historia de los dominicos mártires, ellos no pueden faltar. No ocurra que, después de que otros hicieran desaparecer sus cuerpos, nosotros hagamos desaparecer también sus nombres. Son los siguientes: H. Ángel Rodríguez Alonso, estudiante de filosofía; H. Antonio Abad Gómez, novicio cooperador; H. Enrique Ortells Carda, novicio cooperador; H. Eutimio Robles Ferreras, estudiante de filosofía; H. Fausto Barrera Villar, novicio clérigo.

Quienes se quejan de que el Papa beatifica a los mártires de nuestra persecución, no saben que existen muchos más márti-

res que los que beatifica el Papa, producto macabro de la persecución religiosa en España de los años 1931-1939.

2. **Mártires de Valencia**

Son otros siete dominicos y un sacerdote asesinados en distintos días y en diversos lugares. Sus nombres: P. Constantino Fernández Álvarez, P. Francisco Calvo Burillo, P. Jacinto Ignacio Serrano Lopes, P. José María Vidal Seguí, P. Luis Urbano Lanaspá, H. Rafael Pardo Molina, P. Felipe Santiago Meseguer Burillo. A estos siete dominicos hay que añadir otro sacerdote muerto en las mismas condiciones que ellos, se llamaba Zósimo Izquierdo Gil.

En esta lista deberían entrar más mártires dominicos que no están porque sus cuerpos no aparecieron. La Iglesia pone esa condición: que los cuerpos aparezcan. Y si no aparecen, no los beatifica. Pero es consciente de que éstos son tan mártires como los anteriores. Son los siguientes: H. Antonio Sandín Rebeque, H. Domingo-Cayo Mediavilla Mena, P. Francisco Monzón Romeo, P. Francisco Terrado Julve, H. Joaquín Prats Balueña, P. José María Muro Sanmiguel, H. Juan Ramis Grimalt, P. Pedro Guillén Oliver, P. Ramón Peiró Victori.

Y los ponemos aquí porque en esta historia al menos deben constar sus nombres. Fueron testigos de Jesús con el sello de su martirio. Lo menos que podemos hacer ahora es no descartarlos de la lista de sus compañeros mártires.

3. **Otros mártires**

Hay un grupo de mártires que no entran en estas listas por diversas razones. Tampoco están beatificados, pero fueron mártires como los anteriores. Y son los siguientes: Antero Mateo Gracia, seglar dominico, padre de familia; Miguel Peiró Victori, hermano de Ramón, de la lista anterior, seglar dominico; sor Josefina Sauleda Paulis, del monasterio de Montesino; sor María del Carmen Zaragoza Zaragoza, del beaterio de Santa Catalina; sor María Rosa Adriver Martí, como la anterior; Hna. Ramona Fossas Románs, de la Anunciata; Hna. Adolfa Soro Bo, de la

Anunciata; Hna. Teresa Prats Martí, de la Anunciata; Hna. Otilia Alonso González, de la Anunciata; Hna. Ramona Parramón Vila, de la Anunciata; Hna. Reginalda Picas Planas, de Manresa; Hna. Rosa Jutglar Gallart, de Manresa.

Todos estos mártires dominicos entregaron sus vidas a Jesús en verdadero martirio. Murieron gritando «Viva Cristo Rey» y rezando el rosario. Murieron perdonando a sus verdugos. Los mataron porque eran religiosos y sólo por eso.

Murieron gritando ¡Viva Cristo Rey! Es una cosa que llama la atención. Casi todos los mártires de la persecución española terminaban sus trágicos últimos momentos con este grito: ¡Viva Cristo Rey! ¿Por qué sucedía esto así?

Hacía poco tiempo que el papa Pío XI había instituido la fiesta de Cristo Rey. Lo había hecho con estas palabras: Instituímos la fiesta de Nuestro Señor Jesucristo Rey y decretamos que se celebre en todas las partes el último domingo de octubre. Ordenamos que en ese mismo día se renueve todos los años la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús.

En la misma declaración del Papa (11 de diciembre de 1925) se hace ver que esta fiesta de Cristo Rey tiene mucha relación con la devoción al Sagrado Corazón. En realidad, se trata de dar culto a Nuestro Señor con una modalidad nueva: el reinado de Cristo.

Por aquellas fechas la Iglesia estaba pasando una etapa de aniquilación por parte de los gobiernos de distintas naciones. Ése fue el motivo de proclamar a Cristo como Rey. Si otras instancias proclaman su soberanía, hacemos constar que Cristo está por encima de todos los reyes de la tierra.

Sólo habían pasado diez años. El fervor por la devoción a Cristo Rey estaba en su mejor momento. Y entonces ocurre la persecución en España. Para aclamar su fe, los mártires no encuentran mejor frase que ésta: «¡Viva Cristo Rey!». Podrían haber empleado otras. Pero en los tiempos de nuestra persecución, los mártires decían precisamente ésta.

Hay muchísimos ejemplos de dominicos que murieron así:

Al P. Jacinto Serrano López lo mataron en Puebla de Híjar (Teruel). Tenía 36 años. Sus verdugos comentaron el hecho: «Hemos matado a un fraile y ha tenido la valentía de gritar “¡Viva Cristo Rey!”». En realidad añadió que quería morir como

soldado de Cristo y cuando le mandaron que se pusiera mirando a la pared, se negó diciendo que quería morir de frente profesando su fe».

El P. Luis Urbano Lanaspá, de 54 años, se había dedicado a obras sociales. Era profesor, escritor y misionero en América. Lo mataron el 21 de agosto de 1936. Durante la detención se pasaba el día rezando el rosario y murió con él atado al cuello. Un testigo dijo: «Yo me encontraba a unos quince metros de distancia. Lo vi bajar del camión y caminar tranquilamente sin ofrecer ninguna resistencia».

El P. Constantino Fernández Álvarez murió en la cárcel Modelo de Valencia. Tenía 29 años. Cuentan de él: «El día en que pude conseguirle una hostia consagrada, encontró una gran satisfacción. Aquella misma noche lo mataron». Se pasó sus últimas horas rezando el rosario.

Fray Rafael Pardo Molina fue asesinado el 26 de septiembre de 1936, en la carretera de Valencia a Nazaret. Tenía 37 años. Una hermana suya, llamada Josefina, cuenta que Rafael le decía muchas veces que estaba dispuesto a dar la vida por Cristo si ésa era la voluntad de Dios. Hacía grandes elogios del martirio y decía que ése era un atajo para ir al cielo. «Todo se reduce a un paseillo y... ¡al cielo!».

El P. Ramón Peiró Victori fue asesinado en un barrio de Barcelona el 21 de agosto de 1936. Tenía 45 años. Estuvo refugiado en la casa de unos amigos durante doce días. Recitaba el breviario y dedicaba gran parte del día a la oración. Rezaba con la familia el rosario. Por fin fue detenido y estuvo cuatro días en la cárcel. Su hermana iba a visitarle y él le encargó que le dijera a la madre que estaba contento. Hablamos de los mártires, pero nos olvidamos muchas veces de las innumerables familias que los acogieron en sus casas exponiendo sus vidas. Fueron héroes de verdad.

El P. Santiago Meseguer Burillo era maestro de teología y fue asesinado a finales de noviembre de 1936 en Barcelona, a los 51 años de edad. En la habitación que le sirvió de cárcel rezaba el rosario con los otros prisioneros. Estaba muy resignado a cumplir la voluntad de Dios.

El P. Francisco Calvo Burillo tenía 55 años cuando lo mataron. Se arrodilló, teniendo el rosario en la boca, extendió

los brazos en forma de cruz y dijo: «Ahora podéis disparar». Y dispararon.

Al P. Joaquín Prats, antes de matarlo, los asesinos le invitaron a gritar «Viva el comunismo», con la promesa de perdonarle la vida si lo decía. Pero él respondió por tres veces a voz en grito: «¡Viva Cristo Rey!».

Otros muchos testimonios se podrían traer aquí sobre el final de estos mártires dominicos.

Morían perdonando. Perdonar cuando te están matando es el supremo signo del perdón. Es hacerlo como Jesús, en el mismo momento del martirio. Durante la persecución religiosa en España hubo muchos testimonios de perdón hacia los asesinos. Parecía como si todos los mártires tuvieran las mismas consignas y el mismo maestro. Todos terminaban perdonando a los que les estaban asesinando. Unos tuvieron la oportunidad de expresarlo con toda claridad. Otros, lo llevaban en el fondo de su corazón. Pero todos murieron igual. Perdonando.

El P. Francisco Calvo Burillo quiso morir de frente. Le preguntaron por qué, y dijo que era para ver a sus verdugos, para ver quiénes le mataban, para perdonarles y pedir por ellos.

Cuando a don Zósimo y otros dos compañeros les iban a matar, se pusieron de rodillas. Uno de los milicianos les preguntó qué hacían en aquella postura. Y don Zósimo contestó: Estamos rezando para encomendaros a Dios y para pedirle que os perdone. Y estando de rodillas, recibieron las balas que los mataron.

El P. Antonio López Couceiro se distinguió entre todos por su empeño en que había que perdonar. Era el que con más insistencia les decía a todos: «Es necesario perdonar, es necesario perdonar». Era como si este hombre de 66 años tuviera clara la intuición de que, para terminar bien la faena, era preciso perdonar. Para morir como Jesús, era necesario perdonar. Fue uno de los mártires de Calanda. De ellos hablaremos más adelante.

Los mataron porque eran religiosos. Cuando a uno le preguntan ahora por qué mataban a los religiosos en 1936, no cabe más que esta explicación: «Porque eran religiosos».

El año 1917 había triunfado en Rusia la revolución bolchevique. Y en aquella revuelta mundial había un lema muy claro: la religión es el opio del pueblo. Por tanto, lo primero que hay

que hacer es matar a todos los religiosos porque éstos son los que infectan al pueblo con el opio de la religión. Y del año 1917 a 1934 no van más que 17 años. Y la nación que caía bajo su influjo seguía siempre el mismo lema. Y así cayeron bajo el dominio soviético muchos países. España fue uno de ellos. Y había que matar a los curas. Cuando llegó el año 1936, el Frente Popular estaba convencido de que los conventos estaban abarrotados de armas. Y se metían en los lugares sagrados para buscar fusiles y para sacar a los curas a la calle. Y los mataban en cualquier zanja de cualquier camino, con la sola acusación de que eran religiosos. Parece mentira que pudieran ocurrir estas barbaridades, pero ocurrieron.

Al P. Constantino Fernández Álvarez lo andaban buscando, pero lograba zafarse. Un miliciano lo reconoció y dijo: «Es un fraile. Lo conozco muy bien». Y sin más se lo llevaron a la cárcel Modelo de Valencia. El 29 de agosto lo sacaron a las once de la noche. Salieron varios coches con presos religiosos y personas católicas. Los llevaron a Cuart de Poblet, les quitaron las ropas externas y los dejaron acribillados a balazos en el cementerio del pueblo.

Fray Rafael Pardo Molina había salido del convento el día 19 de julio y se refugió en el piso de unos amigos. Iba acompañado de una persona recién entrada en el convento como postulante para hermano. Luego se comprobó que era un espía del partido comunista. Éste fue quien denunció a Fray Rafael.

El P. Ramón Peiró Victori se metió en una pensión de Barcelona para esconderse de la matanza. Pero, apenas entró allí, fue detenido. Le preguntaron si era fraile y él contestó que sí, que era religioso dominico. Le contestaron: «Pues te has metido en la boca del lobo». Todos sospecharon que le había denunciado una extranjera que estaba hospedada en la misma pensión.

El P. Santiago Meseguer Burillo fue detenido el 13 de noviembre. Lo primero que le preguntaron fue si era cura. Dijo que sí. Luego le preguntaban sus amigos que por qué había dicho que sí a la primera. Él contestó que no quería negar su ideal. Si era voluntad de Dios, aceptaba la muerte gustoso.

El P. José María Vidal Segú se encontraba en una casa de labranza haciendo las labores de la vendimia. Era el día 19 de julio. Llegaron unos milicianos preguntando por un cura. Le co-

gieron a José María y le registraron los bolsillos. Le encontraron una carta que le había escrito una hermana religiosa con motivo de su primera misa y se lo llevaron como a un cordero camino del matadero. Pero él iba sereno.

El P. Francisco Calvo Burillo había nacido en Híjar (Teruel). Allí estaba refugiado en su casa cuando entraron los milicianos en el pueblo el día 28 de julio. Lo primero que éstos hicieron fue quemar las iglesias y destruir los objetos de culto. Luego organizaron una procesión en la que una miliciana vestida con la túnica morada del Nazareno, escoltada por camaradas fusileros, paseaba por el pueblo como anunciando la condena de la religión. Tres días más tarde empezaron las matanzas. A los pocos días fusilaban al Padre Francisco.

El P. Lucio Martínez Mancebo era el superior del convento de Calanda y estaba refugiado en casa de unos amigos. Y llegó el anuncio de que estaba condenada a muerte toda persona que escondiera a religiosos o curas. Es que querían coger especialmente a los frailes del convento de dominicos. Razón: que eran frailes.

Fray Joaquín Prats Baltueña, novicio, se encontraba en la cárcel con otros compañeros. Los milicianos lo sacaron juntamente con don Zósimo, el párroco, y otro dominico. Los fusilaron. Volvieron los milicianos diciendo: «Aquellos desgraciados cuervos ya están en su sitio. Ahora venimos a por otros».

Don Zósimo presenció una disputa entre sus verdugos porque todos querían matarlo. Cuando volvieron después de asesinarlo, uno de ellos, del mismo pueblo, se vanagloriaba de haber sido él quien lo había liquidado. Y señalaba que le había matado de un tiro en las gafas.

Podríamos traer mil testimonios más sobre el motivo de la muerte de nuestros mártires. Pero, ya que estamos en el día 29 de julio, nos centraremos en los ocho mártires de este día. Son siete dominicos y un sacerdote. Murieron juntos y hoy se celebra el recuerdo de su santo martirio.

Martirio en Calanda (29 de julio de 1936)

Los dominicos de Valencia se habían trasladado a Calanda en 1931, cuando vieron que las cosas se estaban poniendo turbias para la Iglesia en España. Calanda es un pueblo que en 1936 te-

nía unos 3.000 habitantes. Se encuentra a media distancia entre Zaragoza y Teruel. Era un punto escondido en la geografía española. Por tanto, se vivía allí con cierta tranquilidad, lejos de las ciudades y de las aglomeraciones. El 25 de julio los frailes celebraron la misa con cierta serenidad. Pero dos días más tarde corrió la voz de que los milicianos catalanes iban a copar el pueblo. Por tanto, el P. superior mandó desalojar el convento.

Efectivamente, el 27 los milicianos ocuparon el pueblo y empezaron a detener gente. Ese mismo día cayeron presos fray Gumersindo y los PP. Antonio, Felicísimo y Saturio; son cuatro. Al día siguiente echaron mano al P. Lucio, a fray Lamberto y al sacerdote Manuel Albert. El 29 al amanecer cayó el octavo, el P. Tirso. Siete dominicos y un sacerdote secular. Los tuvieron presos en los bajos del ayuntamiento, mezclados con otros muchos seglares de signo religioso. Estaban metidos en un local indecente, sin luz, sin servicios higiénicos y sin ventilación. Peor que una cuadra.

Se hizo un juicio de faltas. Alguien exigía que se hicieran las cosas con justicia. Pero aquella justicia resultaba ser de la siguiente manera: unos exigían matar a todos, y otros solamente a los religiosos. Prevalció la tendencia más benigna. Había que matar a estos ocho sacerdotes.

Y así se ejecutó sin más. Hay que decir que esta clase de juicios y de decisiones se hacían siempre entre insultos, blasfemias y alguna que otra bofetada. El grupo nuestro se daba perfecta cuenta de su situación y todos se prepararon para la muerte. Se confesaron unos a otros. Y fue aquí donde Antonio López Couceiro se mostró más animoso que los demás para decirles que era éste el momento de perdonar. «Hay que perdonar. Es necesario perdonar». También animaban a los seglares presos para que fueran fieles hasta la muerte.

Cerca de las once de la noche un miliciano se acercó a la puerta y mandó que salieran los ocho amigos nuestros. Salieron de entre los demás presos. El P. Saturio se puso más nervioso que los demás y empezó a invocar a su patrono, Santo Domingo, para que le ayudara. Los demás le animaban para que recobrarla la serenidad.

Los sacaron a la calle. Una muchedumbre les esperaba entre insultos y gritos. Se les mandó que subieran a un camión.

Los jóvenes subían sin dificultad. A los viejos los arrojaban como fardos. Y antes de ponerse en marcha el camión, uno de esos religiosos le regaló su pluma estilográfica a uno de los milicianos.

Ya estaban en el camión. La suerte estaba echada. Entonces empezaron a gritar: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!». El P. Lucio tomó el rosario y empezó a rezar. Ante este espectáculo, los milicianos se enfurecían cada vez más; blasfemaban y les obligaban a tirar el rosario al suelo. Los otros gritaban cada vez con más fuerza: «¡Viva Cristo Rey!».

Los presos rezaban a gritos hasta aplastar las blasfemias de los asesinos. Así llegaron a cinco kilómetros de Calanda. Les mandaron bajar del camión. Uno a uno dijeron a los asesinos que les perdonaban el crimen que iban a cometer. Los otros les llamaban estúpidos e imbéciles y les mandaron andar unos treinta metros. Luego los pusieron en fila. El camión dio media vuelta para colocar los focos de cara a los mártires, de forma que los asesinos tuvieran luz para disparar con tino. Mientras tanto, las víctimas seguían gritando cada vez con más fuerza: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Cristo Rey!». Uno de esos gritos coincidió con la orden de disparar.

Los fusileros recibieron orden de disparar a las piernas para que sufrieran más. Les retaban a que Cristo viniera a salvarlos. A todo esto, el P. Antonio, el que se distinguió con más entereza que nadie, caído en tierra, gritaba: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen». Y los otros: «¡Viva Cristo Rey!». Y allí, tendidos en tierra, los remataron a todos.

Al día siguiente los rociaron con gasolina y pretendieron quemarlos. Pero no sabían que los cuerpos humanos no arden de ninguna manera. Como quedaron sin arder, al día siguiente intentaron la operación de nuevo. Gasolina y cerillas. Nada. Por fin, después de estar insepultos varios días, los enterraron con cal viva, a poca profundidad. En 1938 desenterraron sus cuerpos y los llevaron al claustro del convento de Calanda.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

Bibliografía

FORCADA COMINS, V., *Testigos fieles. 18 mártires dominicos en España, 1936 y 2 sacerdotes aragoneses* (Valencia 1997).

www.dominicos.org/aragon/histo/martires.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LUPO DE TROYES

Obispo († 479)

Lupo nace en Toul, Galia, en la última década del siglo IV. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con una hermana de San Hilario de Arlés, pero siete años más tarde, en 426, ambos esposos deciden ingresar en la vida religiosa. Mientras ella se hacía monja, Lupo se retiraba al monasterio de Lerins. Pero pudo disfrutar poco tiempo de la vida contemplativa en el monasterio pues solamente unos meses más tarde fue elegido obispo de Troyes, oficio pastoral que serviría durante medio siglo. Adoptó la vida austera de un monje y dedicaba muchas horas a la oración. Su crédito fue creciendo por días y, conforme fue subiendo en edad, fue tenido por el padre de los obispos y el guía moral de los pastores de la Galia, encomendándose todos a las oraciones del santo prelado. El año 429 acompañó —así parece— a San Germán de Auxerre a Gran Bretaña poniendo en guardia a las iglesias de la isla contra el pelagianismo. Y cuenta una tradición que a él se debió que los hunos no asaltaran Troyes cuando en 451 pusieron cerco a la ciudad. Pero que cuando volvió del campamento huno a la ciudad lo acusaron de colaboracionista con los hunos y hubo de estar varios años en el destierro. Esta tradición no está comprobada históricamente. Lleno de méritos y virtudes murió en Troyes el año 479.

SAN GUILLERMO PINCHÓN

Obispo († 1234)

Guillermo Pinchón nació en el seno de una familia campesina en Saint-Alban, diócesis de St. Brieuç, en 1184. En su juventud se decide por la vocación sacerdotal, luego de haber sido uno

de los jóvenes que se crían en la casa del obispo Gocelino y reciben de él directamente la formación y también la ordenación sacerdotal. Durante unos años forma parte del clero diocesano de St. Briec y colabora con Gocelino y con sus sucesores hasta que obtiene una canonjía en la catedral de Tours, de donde fue llamado en 1220 porque había sido elegido obispo de su propia diócesis natal. Enérgico en la defensa de los derechos de la Iglesia, se opone con otros obispos a Pedro de Mauclerc, duque de Bretaña. Éste los destierra y ha de pasar dos años de exilio en Poitiers, donde ayudó al obispo local que estaba enfermo. Fue un pastor excelente. Hombre de oración, preocupado y volcado en los pobres y en sus derechos, vivía con gran austeridad y ejemplaridad. Murió en 1234, cuatro años después de volver a su diócesis, lo que fue posible cuando el duque se sometió a Gregorio X en 1230. Tenido por santo, se emprendió su causa de canonización, lograda el 15 de abril de 1274.

BEATOS LUIS BELTRÁN, MANCIO DE SANTA CRUZ Y PEDRO DE SANTA MARÍA

Religiosos y mártires († 1627)

LUIS (EXARC) BELTRÁN nació en Barcelona, pariente por parte de madre de San Luis Beltrán, y por ello dejó su apellido paterno y se apellidaba solamente Beltrán. Parece que nació el año 1593 pero el dato no es seguro. Con unos quince años entra en la Orden de Predicadores en el convento de Santa Catalina de su ciudad natal y hace la profesión religiosa. Pese a su delicada salud, era un religioso muy austero y penitente y tenía el aprecio de sus superiores que lo enviaron al estudio dominico de Orihuela.

Ya ordenado sacerdote es invitado, en 1618, por el obispo Diego Aduarte a ofrecerse para las misiones de Filipinas, y así lo hace, siendo aceptada su oferta. Viaja a pie hasta Sevilla, en cuyo convento de San Pablo se hospeda, y en su puerto se embarca para Filipinas. Aquí se le manda aprender tagalo para hacer apostolado entre los nativos, y visto su buen trabajo se le pide que aprenda chino para el trabajo evangelizador con los muchos chinos que había en Filipinas, y así lo hace. En 1623 se plantea la necesidad de enviar misioneros a Japón a sustituir a los que habían

muerto por martirio o fatigas. Se ofrece Luis y con otros tres compañeros, vestido como caballero español, viaja a Japón y desembarca sin ningún problema. Se dedica primero a aprender el idioma, y es recibido como un ángel por los perseguidos cristianos que enseguida le toman un singular aprecio. Trabajó mucho y bien, sostuvo a los cristianos en la fe y logró atraer a otros muchos a ella. Para su propia salvaguarda, vivía en una cabaña entre las cabañas de los leprosos. Iba de un pueblo a otro con gran energía espiritual, pero con sumo sacrificio y trabajo, dispuesto siempre a desgastarse por las almas. Llegó a visitar a cristianos que hacía veinte años no habían recibido los sacramentos.

Por fin se produjo su detención el 28 de julio de 1626, fue en una casa de leprosos y a causa de la delación de un apóstata. Fue llevado a la horrible cárcel de Omura. Estuvo en esta cárcel todo un año con los que le habían hospedado, padeciendo privaciones y crueldades, pero teniendo el consuelo de poder celebrar la eucaristía y dar el hábito religioso a sus compañeros de cárcel.

MANCIO DE LA CRUZ era un cristiano japonés, fervoroso catequista, que había adoptado el apelativo «de la Cruz» cuando encontró en el tronco de un madero dos cruces admirablemente grabadas, y que a él le pareció que le anunciaban el martirio. Estaba con el P. Luis Beltrán cuando fue cogido preso y al llegar con él a la cárcel le pidió el santo hábito, haciendo el noviciado en la prisión y profesando como hermano lego.

PEDRO DE SANTA MARÍA era cristiano desde pequeño y había demostrado desde su infancia una gran inclinación a la piedad. Era catequista y ejercía su oficio con gran celo, acompañando y guiando con gran prudencia a los misioneros en los viajes. El P. Luis Beltrán lo apreciaba sobremanera y lo tenía por un ángel. Tenía dieciséis años cuando lo cogieron preso junto con el P. Luis. En la cárcel de Omura hizo el noviciado y con los 17 años ya cumplidos hizo la profesión en la prisión.

El día 29 de julio de 1627 fueron llevados al lugar del suplicio, donde les ataron a sendos postes, rodeados de leña a la que prendieron fuego. El P. Luis animó a sus compañeros de martirio, los cuales se sumaron a él en alabar y bendecir a Dios hasta que se quemaron sus cuerpos y sus almas volaron al cielo. Fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por Pío IX.

BEATO CARLOS NICOLÁS ANTONIO ANCEL

Presbítero y mártir († 1794)

Carlos Nicolás Antonio Ancel nació el 11 de octubre de 1763 en Ruán, siendo bautizado al día siguiente. Llegado a la adolescencia, opta por la vida clerical y, hechos los estudios pertinentes, recibe el sacerdocio en Lisieux el 22 de marzo de 1788. Estaba adscrito a la congregación eudista. Poco tiempo después de su ordenación, el 18 de mayo de 1788 se le vuelve a encontrar en el colegio de Lisieux, donde se inscribe como miembro de la congregación de la Inmaculada. Parece que prestó servicios sacerdotales intermitentes en Pin. Rehusó el juramento de 1791 y no se marchó de Francia, alegando que las leyes que lo establecían no iban con él pues no era funcionario público, es decir, sacerdote con cargo. Arrestado e interrogado el 23 de abril de 1793, volvió a negarse a prestar el juramento o dejar voluntariamente Francia. Detenido en la prisión de Saint-Vivien, parte para Rochefort el 9 de marzo de 1794, y consta que en abril ya estaba allí. Embarcado en Les Deux Associés, murió de enfermedad y miseria el 29 de julio de 1794. Sacerdote piadoso y lleno de virtudes, sus compañeros apreciaron en él sus magníficas cualidades. Beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

**SANTOS JOSÉ ZHANG WENLAN, PABLO CHEN
CHANGPIN, JUAN BAUTISTA LOU TINGYIN
Y MARTA WANG LOUZH**

Mártires († 1861)

El 12 de junio de 1861 eran arrestados José Zhang Wenlan y Pablo Chen Changpin, seminaristas, junto con Juan Bautista Lou Tingyin, administrador seglar del seminario de Qingyan, en la provincia china de Guizhou. Los soldados llegaron al seminario e interrogaban a Juan cuando llegaron José y Pablo. Los tres fueron llevados a una húmeda cueva donde los tuvieron detenidos hasta el día de su martirio, padeciendo muchas privaciones y malos tratos, y siendo su único consuelo humano Marta Ouang o Wang Louzhi, que les procuraba alimentos y ropa. Se

les quiso amedrentar diciéndoles que el obispo y los misioneros habían muerto y que la misión estaba disuelta, pero ellos perseveraron firmes en la fe, y no se volvieron atrás cuando les dijeron que si no apostataban estaban condenados a muerte.

Llegada la fecha del 29 de julio de 1861 los sacaron para conducirlos al lugar del suplicio, y al pasar vieron a Marta que estaba lavando la ropa de los mártires. Reconocida por los soldados, la hicieron presa y la llevaron también. Los cuatro confesores de la fe fueron degollados.

JOSÉ ZHANG WENLAN había nacido en 1832 de padres cristianos. Hizo primero los estudios del seminario menor, y luego pasó un tiempo como maestro junto al P. Goutelle. Seguidamente estudió la filosofía e hizo prácticas como catequista. Finalmente fue admitido en el seminario mayor y comenzó los estudios de teología con la intención de ser sacerdote.

PABLO CHEN CHANGPIN había nacido en 1838 en una familia pagana. Fue criado en la Obra de la Santa Infancia, bautizado e instruido en la fe. Admitido en el seminario menor en 1853, siete años más tarde entraba en el seminario mayor, donde se preparaba al sacerdocio.

JUAN BAUTISTA LOU TINGYIN había nacido en Yong-meytchay en 1825 en el seno de una familia pagana. Empezó pero no completó los estudios de derecho. Contrajo matrimonio y, por influencia de un amigo, él y su esposa se convirtieron al cristianismo a la edad de 30 años. Colocado en la administración del seminario de Qingyan, muy pronto se ganó la confianza del superior del mismo, P. Payan.

MARTA WANG LOUZHI había nacido hacia 1812 en Hin-y. Muy joven había contraído matrimonio, pero al poco tiempo quedó viuda sin hijos. En Tang-chau conoció el cristianismo y se convirtió. Una vez bautizada, se puso al servicio de la misión, últimamente como cocinera del seminario mayor de Qingyan. Cuando vio que el administrador y los dos seminaristas eran arrestados, ella procuró aliviarlos proporcionándoles comida y ropa, lo que hizo que los carceleros la conocieran y por ese motivo fue arrestada y llevada a la muerte.

Fueron canonizados el 1 de octubre de 2000, junto a los demás mártires de China.

BEATO JUAN BAUTISTA EGOZCUEZÁBAL ALDAZ

Religioso y mártir († 1936)

Nacido en Nuin, Navarra, el 13 de marzo de 1882, ingresó a los veintinueve años en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, y hechos los votos religiosos sirvió a los enfermos en las comunidades de Ciempozuelos, Zaragoza (manicomio), Pamplona (manicomio) y San Baudilio de Llobregat antes de ser destinado al asilo-hospital de Barcelona. Ésta era la casa madre de la restauración de la Orden en España y la residencia del superior provincial. Llegada la revolución el 18 de julio de 1936 hubo de vivir con los otros hermanos los registros, amenazas, profanación de la iglesia, etc. Al dispersarse la comunidad el día 26 de julio, el Hno. Juan Bautista se fue con el Hno. Nilo Martí en busca de alojamiento, que no hallaron. Por lo cual decidieron separarse y buscarlo por separado. Se dirigió a Esplugas de Llobregat donde fue reconocido y detenido. Se le mandó que se pusiera de rodillas y abriera los brazos y pronunciara blasfemias contra Dios y la Hostia consagrada, y que si lo hacía le respetarían la vida, si no, le dispararían. Guardó silencio ante tal propuesta y se puso a rezar. Entonces le dispararon y lo dejaron tirado en el suelo. Encontrado más tarde en estado agónico, fue llevado al hospital, donde murió al cuarto de hora de ingresar, siendo enterrado en el cementerio de Esplugas el 29 de julio. Era un religioso observante, humilde y piadoso. Fue beatificado por Juan Pablo II el 25 de octubre de 1992.

BEATO JOSÉ CALASANZ MARQUÉS

Presbítero y mártir († 1936)

Nacido en Azanuy, provincia de Huesca, el 23 de noviembre de 1872, a los once años había perdido ya a sus padres y entonces una hermana lo llevó consigo a Barcelona y los señores de los que era criada costearon al muchacho la estancia en el colegio salesiano de Barcelona-Sarriá. Allí estaba cuando en

abril-mayo de 1886 visitó la casa el propio San Juan Bosco, a quien el joven pudo así conocer personalmente.

Estimado por los profesores del colegio, acogieron muy bien su deseo de ser salesiano. Hizo la profesión religiosa y los estudios eclesiásticos y se ordenó en diciembre de 1895 con 23 años. Pudo en la casa de Sarriá tener trato con otro santo: el Beato Felipe Rinaldi, que la dirigía desde 1889. Encargado de la sección de bachillerato de La Esmeralda, en las Cortes de Sarriá, trasladó la misma a Mataró, de cuyo colegio fue él así el fundador y lo dirigió entre 1905 y 1916. Los siguientes nueve años los pasó en tierras americanas —Cuba, Perú y Bolivia— dejando algunas fundaciones y volviendo a Barcelona en 1925, donde le dan el cargo de inspector o superior provincial de la provincia salesiana de Nuestra Señora de la Merced, llamada también tarraconense, y con sede en Barcelona. De su etapa al frente de la provincia hay que decir que sirvió para que quedaran claras sus grandes cualidades como religioso, sacerdote y dirigente. *Trabajador, serio, enérgico, eficaz, humilde, servicial y amigo de todos.*

Presidía la tanda de ejercicios espirituales en la casa salesiana de Valencia-Sagunto, comenzada el día 16 de julio, cuando se dio cuenta el día 18 de que había una nueva y peligrosa situación, y dispuso que no se interrumpiera la tanda de ejercicios para no alarmar a la comunidad, pero se encontró con que el día 21 todos los salesianos residentes en la casa eran llevados a la Cárcel Modelo de Mislata, desde donde escribió al rector mayor, don Ricaldone, expresando su ignorancia sobre el futuro que les aguardaba. El día 29 de julio les dieron inesperadamente a todos la libertad. Pero él y otro religioso fueron al poco tiempo detenidos de nuevo en la propia Mislata. Registrados, hallaron en su maleta una sotana. Confesó que él era sacerdote y su compañero también. Entonces le dijeron que iban a matarlo. Llegaron detenidos otros dos sacerdotes y a los cuatro los metieron en un camión camino de Valencia. Entraban en Valencia cuando sonó un tiro y se oyó a don José Calasanz exclamar: ¡Dios mío!, cayendo seguidamente sin vida. Le habían dado un tiro en el parietal derecho. Uno de los religiosos que iban en el camión le dio la absolución. El cadáver lo depositaron en la casa de socorro de Valencia.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Pedro Crisólogo († 450), obispo de Rávena, doctor de la Iglesia, cuyo tránsito fue tal día como mañana **.
2. En Roma, en el cementerio de Ponciano en la Via Portuense, santos Abdón y Senén, mártires († s. III) **.
3. En Cesarea de Capadocia, Santa Julita († 303), mártir.
4. En Tebourba (África), santas Máxima, Domitila y Segunda († 304), vírgenes y mártires.
5. En Auxerre (Galia), San Urso, obispo († s. VI).
6. En Ghisteltes (Flandes), Santa Godeleva († 1070), mártir *.
7. En Londres (Inglaterra), beatos Eduardo Powel, Ricardo Fetherstone y Tomás Abel († 1540), presbíteros y mártires bajo Enrique VIII *.
8. En Daying (China), San José Yuan Gengying († 1900), mártir.
9. En Calafell (Tarragona), beatos Braulio María (Pablo) Corres Díaz de Cerio, presbítero, y catorce compañeros de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios: Julián (Miguel) Carrasquer Fos **, Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Vicente de Paul Canelles Vives, todos ellos profesos; Tomás Urdániz Aldaz, Rafael Flamarique Salinas, Antonio Llauradó Parisi, Manuel López Orbara, Ignacio Tejero Molina, Enrique Beltrán Llorca, Domingo Pitarch Gurrea, Antonio Sanchis Silvestre y Manuel Jiménez Salado († 1936), novicios, todos ellos mártires *.
10. En Castelserás (Teruel), beatos José María Muro Sanmiguel, presbítero, Joaquín Prats Baltueña, religiosos ambos de la Orden de Predicadores, y el sacerdote secular Zósimo Izquierdo Gil († 1936), todos ellos mártires *.
11. En Barcelona, Beato Sergio Cid Pazo († 1936), presbítero, de la Sociedad Salesiana, mártir *.
12. En Padua (Italia), San Leopoldo (Bogdan Juan) Mandić († 1942), presbítero de la Orden de Menores Capuchinos **.
13. En Guadalajara (México), Beata María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco († 1949), virgen, fundadora del Instituto de Siervas de la SS. Trinidad y de los Pobres **.
14. En Guadalajara (México), Santa María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre († 1959), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas del Sagrado Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO CRISÓLOGO

Doctor de la Iglesia († 450)

«Confieso que un mismo sentimiento de veneración y de devoción me liga por igual con todas las iglesias; mas me siento obligado de un modo particular con la iglesia de Ímola (*Corneliensi ecclesiae*), a causa de su nombre mismo. Pues Cornelio, de muy santa memoria [...], fue mi padre, fue él quien me engendró por el Evangelio; piadoso como era, piadosamente me crió; él, santo, me dedicó a los oficios santos; siendo obispo me ofreció y consagró al servicio de los sagrados altares [...]».

Estas palabras que San Pedro Crisólogo pronunció siendo metropolitano de Rávena al consagrar a su sufragáneo Proyecto como obispo de Ímola (*Forum Cornelii*) (Sermón 165), hacen suponer que esta localidad fuese la patria de nuestro santo, si bien no lo afirman expresamente. Pedro debió de nacer hacia el año 380. Parece que le satisfizo que se le llamara con un nombre apostólico; con este nombre juega al exclamar durante la consagración de otro sufragáneo suyo, Marcelino de Voghenza, antiguo pescador: «Que nadie se admire si Pedro se ha escogido como colega a un pescador» (Sermón 175). Cornelio de Ímola, como hemos visto, le educó y le inició en el orden sagrado: le ordenó de diácono, dice Andrés Agnelo en el *Liber pontificalis* de Rávena, no sabemos con qué fundamento histórico.

Es curioso que un forastero, un imolense como Pedro, forastero por lo menos como clérigo, fuese elegido para gobernar la iglesia de Rávena. Quizá para justificar tal anormalidad se tejó una leyenda que reproduce Andrés Agnelo. A la muerte del prelado ravenés, una representación de la ciudad y de su clero habría ido a presentar al Papa el nuevo candidato para la sede vacante de Rávena; entre los de la delegación de dicha sede se habría encontrado el obispo de Ímola, acompañado de su diácono Pedro que ejercía entonces funciones de vicario general. Repetidas apariciones del apóstol San Pedro y de San Apolinar, el fundador de la iglesia de Rávena, habrían indicado al Papa (que Agnelo dice ser, sin duda erróneamente, Sixto III) el verdadero escogido por Dios para regir la diócesis huérfana: por lo cual el Sumo Pontífice, rechazado el candidato ravenés y venci-

das las resistencias momentáneas de los ciudadanos disgustados, habría designado a Pedro Crisólogo como pastor querido por Dios para ocupar la cátedra episcopal vacante.

La elevación de Pedro a la dignidad de obispo de Rávena tuvo lugar probablemente entre los años 424-429. Desde el año 404 Rávena era residencia imperial de Occidente. Se explica que, a instancias del emperador romano, el Papa confiriera a esta sede la dignidad de metropolitana. Pedro fue el primer arzobispo, «antistes», como se decía entonces. Como a tal, ya en 431 Teodoreto de Ciro, y más tarde, a principios del 449, Eutiques, le escriben para pedir su protección en la polémica suscitada por las cuestiones cristológicas, tan debatidas en Oriente. Se ha conservado la respuesta de Pedro a Eutiques, la cual es un preclaro testimonio en favor de la sumisión debida al sumo jefarca de la Iglesia, el Papa, máxime en cuestiones de fe.

«En todo te exhortamos, honorable hermano —escribe—, a que acates con obediencia todas las decisiones escritas por el santísimo Papa de la ciudad de Roma, ya que San Pedro, que continúa viviendo y presidiendo en su propia sede, brinda a los que la buscan la verdadera fe. Nosotros, en cambio, para el bien de la paz y de la fe, no podemos asumir las funciones de juez sin el consentimiento del obispo de Roma».

Como prelado, Pedro se distinguió por su actividad como constructor de edificios sagrados y como consejero de la emperatriz regente, Gala Placidia. Ambos se estimularon en la devoción hacia la memoria de los santos. En 445 expiró en brazos de Pedro el obispo de Auxerre, San Germán, a quien, de paso por Rávena, llamó Dios a la gloria.

Pero sobre todo sobresalió Pedro como predicador. Su celebridad, el título de «Doctor de la Iglesia» que el papa Benedicto XIII le otorgó en 1729, proviene de sus sermones, que han llegado hasta nosotros. Su sermonario clásico consta de 176 piezas, de las cuales hay que rechazar ocho como no auténticas (números 53, 107, 119, 129, 135, 138, 149 y 159); en cambio, a la colección de los sermones genuinos hay que añadir otros catorce, editados en lugares muy distintos. La mayor parte de estos discursos sagrados son homilías sobre determinadas perícopes evangélicas. Seis sermones comentan otros tantos salmos (son los únicos textos del Antiguo Testamento a los que nuestro predicador ha de-

dicado expresamente unos comentarios). Doce explican varios pasajes de las epístolas de San Pablo. Siete son explicaciones del símbolo de la fe y seis de la oración dominical; están dirigidos, por consiguiente, a los catecúmenos. Hay, además, algunas series de sermones heortásticos, parte homiléticos, parte no, mezclados con exhortaciones al ayuno, panegíricos de santos y otros discursos circunstanciales, principalmente los pronunciados con motivo de consagraciones episcopales.

El estilo de Pedro es retórico, académico. Sus discursos acusan una preparación esmerada; Pedro no decía nada que antes no hubiese escrito, estudiado, aprendido. Le falta la espontaneidad, la naturalidad de un Agustín, por ejemplo. A pesar de todo, en sus frases, llenas de figuras retóricas y de sentencias, de juegos de palabras, de redundancias y pleonasmos, terminadas siempre con cláusulas rítmicas, se refleja el talento del orador. El retoricismo, sin duda decadente, de Pedro, que en la primera mitad de la Edad Media le mereció el sobrenombre de «Crisólogo» (palabra de oro o también el que dice oro), no es suficiente para ahogar el calor humano y el fervor divino que desprenden las palabras de nuestro santo predicador.

San Pedro Crisólogo predicó entre los concilios de Éfeso y de Calcedonia. Por eso, es natural que sus discursos estén saturados de las preocupaciones cristológicas de la época. Creemos que este aspecto es el más interesante de los sermones. Pero no hay que olvidar que Crisólogo no es teólogo propiamente dicho. En las exhortaciones se refleja, ante todo, la preocupación pastoral del obispo de Rávena. En este sentido sus palabras son realmente el espejo de su santidad. Si algún epíteto hubiese que darle a este orador, el más apropiado sería el de «Doctor del amor paternal de Dios». Es característica, por ejemplo, la afición que manifiesta por la idea, que continuamente está repitiendo, de que Dios prefiere ser amado que temido. Su mariología está impregnada de un verdadero lirismo; lo que él dice de la Santísima Virgen, con unas exuberancias de conceptos que parecen preanunciar las bizantinas, no tiene parangón en la literatura patristica.

Pedro murió el 3 de diciembre del año 450. Según la tradición, fue a morir a su patria, junto al sepulcro del mártir San

Casiano. De hecho, actualmente su sepulcro se venera en la cripta llamada de San Casiano, de la catedral de Ímola.

ALEJANDRO OLIVAR, OSB

Bibliografía

- BALDISSERRI, L., *San Pier Crisologo, arcivescovo di Ravenna* (Ímola 1920).
- BÖHMER, G., *Petrus Chrysologus, Erzbischof von Ravenna, als Prediger* (Paderborn 1919).
- DAPPER, H., *Der hl. Petrus Chrysologus* (Colonia 1867).
- MCGLYNN, R. H., *The incarnation in the Sermons of S. Peter Chrysologus* (Mundelein 1956).
- OLIVAR, A., «Els principis exegetics de Sant Pere Crisolog»: *Miscellanea biblica B. Ubach* (1953) 413-437.
- «Clavis S. Petri Chrysologi»: *Sacris Erudiri* 6 (1954) 327-342 (donde se indican los lugares en que se hallan editados los sermones no comprendidos en la colección tradicional y se enumeran las obras falsamente atribuidas al Crisólogo).
- PETERS, F. J., *Petrus Chrysologus als Homilet* (Colonia 1918).
- SCHILTZ, E., «Un trésor oublié: Saint Pierre Chrysologue comme théologien»: *Nouvelle Revue Théologique* 55 (1928) 265-276.
- SESSA, G., *La dottrina cristologica di S. Pier Crisologo* (Pozzuoli 1946).
- STABLEWSKI, F. VON, *Der hl. Kirchenvater Petrus van Ravenna* (Posen 1871).
- TARLAZZI, A., *S. Pietro Crisologo* (Rávena 1887).
- La colección de los sermones, más de 50 veces impresa desde 1534, se lee en MIGNE: PL 52. Trad. en catalán: *Sermons* (Barcelona 1985-2001), 6 vols.

SANTOS ABDÓN Y SENÉN

Mártires († s. III)

De los santos Abdón y Senén se recitaba esta «lección» en el oficio de maitines del *Breviario* antes de la simplificación de rúbricas llevada a cabo el año 1956 por la Sagrada Congregación de Ritos, en que su antiguo oficio de rito simple quedó reducido a «memoria» o conmemoración:

«Bajo el imperio de Decio, Abdón y Senén, de nacionalidad persa, fueron acusados de enterrar en sus propiedades los cuerpos de los cristianos que eran dejados insepultos. Habiendo sido detenidos por orden del emperador, intentóse obligarles a sacrificar a los dioses; mas ellos se negaron a hacerlo, proclamando con toda energía la divinidad de Jesucristo, por lo cual, después de haber sido sometidos a un riguroso encarcelamiento, al volver Decio a Roma obligóles a entrar en ella cargados de cadenas, caminando delante de su carroza triunfal. Conducidos a través de las calles de la ciudad a la presencia de las estatuas de los ídolos, escupieron sobre ellas en señal de execración, lo que les valió ser expuestos a los

osos y a los leones, los cuales no se atrevieron a tocarles. Por último, después de haberlos degollado, arrastraron sus cuerpos, atados por los pies, delante del simulacro del Sol, pero fueron retirados secretamente de aquel lugar, para darles sepultura en la casa del diácono Quirino».

La «lección» transcrita recoge la leyenda que nos ha transmitido la «pasión de San Policronio», pieza que parece remontarse a finales del siglo V o principios del VI. Esta pasión representa a nuestros santos como *subreguli* o jefes militares de Persia, donde habrían sido hechos prisioneros por Decio, circunstancia evidentemente falsa, puesto que Decio no hizo guerra alguna contra aquella nación. Añade el documento que padecieron martirio en Roma bajo Decio, siendo prefecto Valeriano, detalle igualmente inexacto, puesto que Valeriano no fue prefecto durante el reinado de Decio. Sin embargo, la mención de estos dos emperadores nos permite fijar la fecha del martirio de Abdón y Senén, ya bajo Decio, en 250, ya bajo Valeriano, en 258.

Lo que sí podemos retener como seguro es el origen oriental de ambos santos, suficientemente atestiguado por sus nombres. Muy bien puede creerse que fueran de origen ilustre, príncipes o sátrapas, ya refugiados en Roma a consecuencia de alguna revolución en su país o por haber caído en desgracia de sus soberanos, ya traídos de Persia como prisioneros o como rehenes, no por Decio, que no estuvo allí, sino por su inmediato predecesor, el emperador Felipe el Árabe. Si vivieron en la corte de Decio pudieron haber muerto víctimas no solamente de su fe cristiana, sino también del odio que los escritores cristianos atribuyen a Decio contra todo lo que guardaba relación con su predecesor.

Alguien ha propuesto otra hipótesis. Teniendo en cuenta que el cementerio de Ponciano, donde fueron sepultados estos mártires, se halla enclavado en un barrio pobre, próximo a los almacenes del puerto de Roma, cabría preguntarse si Abdón y Senén no fueron simplemente dos obreros orientales. Se habla en la pasión de un cierto Galba, cuyo nombre podría haber sido sugerido por la proximidad de los *horrea Galbae*, los *docks* para el vino, el aceite y otras mercancías de importación.

Sea lo que fuere de tales conjeturas, hay un dato cierto e indudable en la vida de nuestros santos, y es la constancia de su

martirio, atestiguada por su sepultura en el referido cementerio o catacumba de Ponciano y la nota que trae el cronógrafo de Filócalo, del año 354, que dice así en su lista de enterramiento de mártires: «El 3 de las calendas de agosto (es decir, el 30 de julio), Abdón y Senén en el cementerio de Ponciano, que se encuentra junto al “Oso encapuchado”». Igual referencia y para igual fecha aporta el calendario jeronimiano, repitiéndola los diversos itinerarios compuestos para uso de los peregrinos del siglo VII, e incluyéndola los martirologios de redacción posterior, como el de Beda, Adón y Usuardo.

El cementerio de Ponciano se encuentra en la Via Portuense, y una de sus criptas, la situada junto a la escalera, poseyó la tumba de estos mártires. Fue decorada posteriormente, en la época bizantina, hacia el siglo VI según Marucchi y monseñor Wilper. Esta cripta fue siempre objeto de particular veneración. En un hueco cavado en la roca se edificó un baptisterio, decorándolo con una cruz gemada que parece salir de las aguas, mientras de los brazos de la cruz penden las letras alfa y omega. Debajo del nicho se encuentra una pintura con el bautismo del Señor.

La tumba de Abdón y Senén ocupaba la pared de la derecha y hallábase coronada con un fresco representando a Cristo que sale entre nubes y pone dos coronas sobre las frentes de los mártires, estando escrito debajo de uno SCS ABDO, y del otro SCS SENNE. Su indumentaria es asiática, y ambos están tocados con un capuchón enroscado, en forma de gorro frigio. El resto de sus vestidos se compone de un manto que prolonga el capuchón, dejando ver una túnica de piel, que va recogida por delante, quedando las piernas al aire.

Tales detalles en el vestido denotan que, al tiempo en que fue decorada la cripta, la tradición oriental de Abdón y Senén no ofrecía duda alguna, pero no concuerdan del todo con el origen ilustre que la pasión les atribuye, pues la túnica recogida, dejando ver las piernas, parece indumentaria de gente humilde. Sin embargo, ha aparecido una lámpara de terracotta, que se data como del siglo V, la cual representa a San Abdón portando el manto persa de pieles, aunque adornado con esferillas y piedras preciosas, lo que está acorde con la pasión al decir que los mártires se presentaron ante Decio con su espléndida vestimenta oriental, como sátrapas o príncipes. Esta lámpara pudo inspi-

rarse en alguna pintura del mismo cementerio de Ponciano, hoy desaparecida.

Los cuerpos de San Abdón y San Senén no estuvieron mucho tiempo en el sarcófago de ladrillo que aún se conserva en la cripta. Después de la paz de la Iglesia se les transportó a la rica basílica que fue levantada encima de la catacumba. El itinerario de Salzburgo lo indica claramente cuando invita al peregrino a que, después de visitar el subterráneo o espelunca, suba arriba y entre en la gran iglesia, «donde descansan los santos mártires Abdón y Senén».

Esta basílica fue restaurada a fines del siglo VIII por el papa Adriano I, pero de ella hoy no queda rastro. Años después, en 826, el papa Gregorio IV transfirió los cuerpos de los dos mártires a la iglesia de San Marcos, dentro del actual palacio de Venecia.

En Roma llegaron a tener dedicada otra iglesia cerca del Coliseo, la cual se construiría en relación con la noticia de la pasión de que sus cadáveres fueron arrojados ante el «simulacro del Sol», que era la grandiosa estatua de Nerón que daba nombre de Coliseo al anfiteatro Flavio. Esta iglesia está registrada en un catálogo mandado confeccionar por San Pío V y debe señalar el sitio en que fueron ajusticiados ambos santos.

Parte de las reliquias de San Abdón y San Senén fueron transportadas al monasterio de Nuestra Señora de Arles-sur-Tech, en el actual departamento francés de los Pirineos Orientales. Están guardadas en dos bustos relicarios, ricos y artísticos. Por esta región se conservan poblaciones, como Dondesennec, que evocan el nombre del primero de los mártires.

Aquí terminaríamos esta semblanza si no creyéramos defraudar al lector.

No debe tomarse a menoscabo para los gloriosos mártires el tener que movernos entre conjeturas; es una prueba de la antigüedad de su martirio, si bien la carencia de documentación abundante nos impide noticias ciertas, que el relato fantástico de la pasión procuró suplir tres siglos después. Lo principal, que es su martirio, está atestiguado por el calendario filocaliano y por el culto constante junto a su tumba y después en su basílica. También está comprobado su origen oriental, como lo demuestran sus nombres, la propia leyenda y la iconografía.

Fueron mártires de una de las más tristes y gloriosas persecuciones, la de Decio.

Este emperador reinó tres años, del 249 al 251. Era hombre de grandes cualidades; pero, cegado por el esplendor del trono, quiso volverlo a su antigua grandeza y pretendió que la religión del Estado alcanzara la significación que tuvo en los tiempos de gloria del Imperio.

Como el cristianismo había echado hondas raíces en la sociedad romana, se propuso exterminarlo, pues Decio lo consideraba como el principal estorbo a sus proyectos. Anteriormente las persecuciones habían sido esporádicas, en virtud de una legislación ambigua, que por un lado prohibía buscar a los cristianos, y por otro los juzgaba y condenaba cuando se presentaban denuncias contra ellos en los tribunales.

El edicto que ahora se publicó era general y sentaría las bases jurídicas de la persecución, nuevas en relación con la antigua jurisprudencia. Los procónsules o gobernadores de provincias habían de exigir de todos los súbditos del Imperio una prueba explícita del reconocimiento de la religión del Estado, ya ofreciendo alguna libación o sacrificio, ya quemando unos granos de incienso ante el altar de los dioses. Los que cumplieran este requisito recibirían un certificado o *libellum*, y su nombre sería incluido en las listas oficiales.

La persecución se extendió a todo el Imperio, desde España a Egipto, desde Italia a África. Los efectos fueron terribles, porque hubo muchos mártires, pero los magistrados preferían hacer apóstatas, recurriendo para ello a todas las estratagemas.

Entre los que resistieron heroicamente la prueba, tenemos a nuestros santos Abdón y Senén. Ya fuesen de origen noble, ya de condición plebeya, demostraron gran entereza de alma.

¿Serían apresados porque, como afirma la pasión, enterraban en sus propiedades los cuerpos de los mártires?

No es inverosímil. En momentos de terror hasta los mismos familiares abandonan a sus parientes para no comprometerse. Por esta o por otra causa, o porque hubieran sido convocados simplemente a sacrificar, como otros muchos ciudadanos, lo cierto es que no retrocedieron ante el peligro y confesaron con valentía su fe. Tenemos también constancia de

otros muchos mártires, sobre todo obispos y personas de relieve, que sufrieron la muerte en esta persecución, como el papa San Fabián, el obispo de Alejandría, San Dionisio; el de Cartago, San Cipriano; la virgen Santa Águeda, de Sicilia, San Félix, de Zaragoza. Los perseguidores buscaban las cabezas para desorganizar mejor la Iglesia.

Hubo también innumerables «confesores» que soportaron cárceles, cadenas y torturas por Cristo, aunque obtuvieran posteriormente la libertad, pudiendo mostrar las señales de sus padecimientos en sus heridas y cicatrices. Eran como mártires vivos, que habían conservado la vida para ejemplo y estímulo de los demás. Uno de los más célebres confesores de este período fue el ilustre escritor alejandrino Orígenes.

En fin, de esta época y de este ambiente son San Abdón y San Senén. Si podemos tomar por novelescos muchos detalles de la pasión, siempre será cierto el hecho fundamental: que derramaron generosamente su sangre por Cristo en la confesión de su fe, y así los ha venerado por mártires, a través de una larga tradición de siglos, la Iglesia católica.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.VIII p.130-141.

Art. «Abdon», en *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique*. IX: *Aach-Albus* (París 1912).

Arts. «Abdon», «Baptistère», «Pontien», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París).

DUFOURCQ, A., *Étude sur les gesta martyrum romains* (París 1900) 236; 240.

DE ROSSI, J. B., *La Roma sotterranea christiana*, I (Roma 1864) 181-183.

SAN LEOPOLDO (BOGDAN JUAN) MANDIĆ

Presbítero († 1942)

Bogdan Juan Mandić nació en Herzeg-Novi (Castelnovo), diócesis dálmata de Kotor (Croacia), el 12 de mayo de 1866. Fue bautizado, el 13 de junio siguiente, con el nombre de Bogdan (Adeodato) Juan. Era el undécimo hijo de los doce que tuvieron Pedro Antonio Mandić y Carlota Zarević, matrimonio cristiano que, para sacar adelante a sus hijos, trabajaba en el co-

mercio marítimo. Su padre provenía de la antigua nobleza bosnia, hijo de un «patrón de nave» que faenaba en el Adriático. Su madre era hija de Leonor, condesa de Bujovi, pero por las condiciones políticas habían perdido sus riquezas y no les quedaba más que su fe y el trabajo.

Su madre, especialmente, lo inició en la oración y en el amor de Dios y en la bondad para con los demás. Él lo recordaba en su vejez:

«Mi madre era de una piedad extraordinaria. A ella le debo de modo particular cuanto soy».

Bogdan acompañaba diariamente a su padre para participar en la santa misa. Ya desde niño mostró una devoción singular a la Virgen María.

Frecuentó la escuela pública con gran provecho en sus estudios y, por la tarde, se acercaba al convento de los frailes menores para jugar.

Con los consejos de su párroco fue descubriendo la vocación a la vida consagrada y, más tarde, un jesuita le aconsejó que se hiciera capuchino. Con este fin, a los dieciséis años, el 16 de noviembre de 1882 ingresó en el noviciado que los padres franciscanos capuchinos del Véneto tenían en la vecina ciudad de Udine.

Después de dos años de vida ejemplar, como atestiguaron sus compañeros, tanto en su vida espiritual como en su formación intelectual, el 2 de mayo de 1884 tomó el hábito de la orden con el nombre de Leopoldo, en el convento de Bassano del Grappa (Vicenza), y el 4 de mayo del año siguiente, allí mismo, hizo su primera profesión. Seguidamente fue trasladado al convento de Padua, donde realizó los estudios filosóficos y emitió su profesión solemne el 28 de octubre de 1888. De allí fue trasladado a Venecia, al convento de Giudecca, para cursar estudios teológicos, y allí recibió las órdenes menores y mayores, y, el 20 de septiembre de 1890, a sus veinticuatro años, el presbiterado.

Al ser ordenado sacerdote, pidió ser destinado a misiones, concretamente a Oriente. Porque ya desde sus veintiún años, en 1887, había sentido claramente una llamada para dedicarse a la unidad de los cristianos, de los ortodoxos con la Iglesia católica.

Lo recordaba con toda nitidez al cumplirse cincuenta años de aquella llamada:

«En este año se cumple el cincuenta aniversario en el que, por primera vez, experimenté la vocación de Dios que me llamaba a la oración y a promover la vuelta de los disidentes orientales a la unidad católica...».

Esta misma llamada la escucharía más veces, como escribía el 7 de octubre de 1912:

«Hoy al comulgar en la santa misa claramente entendí por la naturaleza de las cosas y con la evidencia de la verdad estar llamado a la obra de la redención de mi pueblo. Es decir, el Señor Jesús y la Virgen María quieren que apaciente las ovejas errantes; entre otros llamados a esta obra quieren que yo también esté. Serán la razón de toda mi vida aquellas palabras divinas: “Habrá un solo pastor y un solo redil”».

Pero nunca le fue concedido debido a su débil constitución física, pues era menudo —medía 1,35 m. de estatura—, delgado y encorvado; y a causa, también, de un defecto en el habla que le hacía difícil la predicación. Aceptó, pues, los encargos ministeriales que le fueron encomendando hasta que, progresivamente, fue dedicándose por completo al ministerio del sacramento de la reconciliación.

Primero estuvo en Venecia siete años, perfeccionándose en su formación sacerdotal a la vez que atendía a los ministerios que el superior local le encomendaba. Después fue superior, durante tres años (1897-1900), del convento de Zara, donde dejó un rastro de testimonio religioso y de virtudes sacerdotales. A continuación fue trasladado al convento noviciado de Bassano del Grappa, donde permaneció cinco años (1900-1905). Más tarde fue vicario en el convento de Capodistria por un año (1905-1906) y después por tres años —con uno de interrupción en Padua— en Thiene (Vicenza), donde comenzó a dedicarse plenamente al confesionario del santuario de la Virgen del Olmo (1906-1909).

Pero será en el convento de Padua donde ejercerá su misión de manera continuada —desde el 25 de abril del 1909 hasta su muerte en 1942—, interrumpida sólo en dos ocasiones.

La primera, durante la primera guerra mundial, desde julio de 1917 hasta mayo de 1918, cuando permaneció desterrado voluntario, confinado político por no tener nacionalidad italiana

y no querer renunciar a su origen croata, en el sur de la península, al principio en Acri, después en Tora, y luego en Arienzo, en conventos de distintas provincias religiosas capuchinas. No quería renunciar a su nacionalidad para volver después de la guerra a los suyos, croata entre los croatas, para guiarlos en el retorno a la Iglesia una y católica.

La segunda, más breve, desde el 16 de octubre al 11 de noviembre de 1923, cuando fue trasladado provisionalmente a Fiume d'Istria.

Hay que notar que, en ambas ocasiones, hubo reacción popular para que volviera pronto a Padua. En la primera ausencia no sólo por parte de la gente, sino que hasta el periódico defendía la presencia en Padua, por su buen hacer, del padre Leopoldo. En la segunda, más breve, el mismo obispo de Padua, el siervo de Dios Elías dalla Costa, escribía al Superior provincial de la provincia religiosa: «El destino a Fiume del buenísimo padre Leopoldo ha despertado en toda la ciudad de Padua un sentimiento de gran amargura y de verdadero disgusto. Muy distinguidas personalidades del clero y de los seglares piden a Vuestra Paternidad Reverendísima que permanezca aquí».

Precisamente, ese mismo año de 1923, el mismo Superior provincial escribía sobre el padre Mandić:

«Su constitución física muy débil no le permite dedicarse a otros ministerios. En la confesión, no obstante, ejerce una fascinación extraordinaria por su gran cultura, por su aguda intuición y, especialmente, por la santidad de su vida. A él afluyen no solamente gente del pueblo sino particularmente intelectuales y aristócratas, así como profesores y estudiantes universitarios y el clero secular y regular».

Acudían a confesarse con él multitud de sacerdotes. Con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, en 1940, acudieron a su fiesta más de quinientos. Algunos decían que era un «confesor de manga ancha» pero él se definía a sí mismo: *confesor de la misericordia de Dios*, pues mostraba a Cristo en la cruz, de donde venía el perdón. No obstante, era fidelísimo al magisterio de la Iglesia en la moderación de los espíritus:

«Cuando confieso y doy consejos, siento todo el peso de mi ministerio y no puedo traicionar a mi conciencia. Primeramente y ante todo, la verdad».

Defendía la vida antes de nacer, la fidelidad matrimonial, el afecto doméstico —para que nunca hubiera violencia—, pero a la vez era exigente ante los que violaban los derechos de los pobres, de los obreros o de cualquier persona explotada.

En el ministerio de la reconciliación permaneció, pues, en la basílica de San Antonio de Padua, junto a las reliquias de este santo, ya ininterrumpidamente desde 1918 a 1942, oculto en el confesionario a razón de diez o doce horas diarias pero, al mismo tiempo, resplandeciendo también allí en santidad.

Ponía poca penitencia. Solía repetir: «Pongo poca penitencia a los que se confiesan porque lo demás lo hago yo».

Cuando lo encontraron en una noche que permanecía en oración, explicó: «Tengo que hacer penitencia por mis penitentes».

A la vez no dejaba de vivir el ideal de la unión de la Iglesia. Cuando era director de los estudiantes de filosofía en Padua, de 1910 a 1914, con fecha de 21 de agosto de 1914 escribía:

«El objetivo de mi vida debe ser el retorno de los disidentes orientales a la unidad católica; esto es [...] tengo que encauzar todas mis energías, en cuanto me lo permita mi pequeñez, a llevar lo que sea a obra tan grande, con el mérito del sacrificio de mi vida. Por esto, mientras por obediencia de mis superiores siga ejerciendo el cargo de director de nuestros jóvenes, procuraré por todos los medios que las circunstancias pongan a mi alcance preparar a los apóstoles que a su debido tiempo se encargarán de obra tan importante».

Como nunca vio cumplido su impulso interior de ir a desarrollar personalmente este trabajo ecuménico en el Oriente, en cada momento renovaba su voto, explicándose a sí mismo que tenía que hacerlo a su modo: *pro modulo meo*.

«Toda la razón de mi vida tiene que ser este diseño divino, o sea, que también yo, a mi modo (*pro modulo meo*), aporte algo, a fin de que un día [...] los disidentes orientales regresen a la unidad católica».

Era obedientísimo a sus superiores, y así entendió que era la voluntad de Dios el ministerio de la reconciliación más que la misión entre los orientales y escribió: «Toda alma que pida mi ministerio, será mi Oriente».

Bajaba al templo a las cuatro de la mañana para prepararse a la celebración de la misa, que celebraba a las cinco derramando —muchas veces— lágrimas sobre el mantel. Solía celebrar en el altar de la Inmaculada. Después de la acción de gracias, enseguida entraba en el confesionario y allí permanecía hasta la hora de comer. Después de un breve recreo con los hermanos, se recogía en su habitación hasta la hora de vísperas, y cuando se terminaban, otra vez entraba en el confesionario hasta la hora de cenar. En su tiempo de soledad en la celda, leía o escribía cartas de dirección espiritual. Se conservan más de doscientas.

Y esto todos los días, hiciera mucho frío o mucho calor. Tenía tal fila de penitentes que sus superiores le dispensaban de algunos actos de comunidad. En los momentos en que no había penitentes, se ponía de rodillas para orar. O rezaba el oficio parvo, además de la Liturgia de las Horas. Y no paraba de rezar rosarios.

Después de cenar, y del breve recreo con la comunidad, volvía a la oración y permanecía de rodillas hasta la media noche. Decía que oraba por los pecadores que había absuelto y que por eso tenía que hacer penitencia. Le quedaban, pues, para el sueño cuatro horas o todo lo más cinco.

No salía del convento a no ser para escuchar confesiones en otro instituto religioso o en la visita a los enfermos. Nunca tuvo vacaciones.

Era, y así lo veía todo el mundo, un verdadero hombre de Dios y un sacerdote cabal, lleno del Espíritu del Señor. Trataba en la oración al Señor con toda familiaridad y así lo comunicaba a toda clase de penitentes, ricos y pobres, tuvieran o no preparación intelectual. Mantenía sereno el ánimo y se comportaba con toda humanidad con los pecadores sufriendo cualquier molestia. No dejaba su ministerio ni por su mal de ojos o de estómago ni por su artritis, que le producía no pocos dolores. Escuchando confesiones y moderando los espíritus, se comprobaba que estaba totalmente en Dios.

En sus dificultades y aflicciones, enfermedades o molestias no perdía la alegría y soportaba con una increíble paciencia el peso y la fatiga de su labor pastoral de cada día. Se mostraba amable con todos, especialmente con los enfermos de la Orden o con los que iba a atender en el sacramento de la Penitencia.

Era cumplidor de la regla de su Orden y minucioso en el hablar siempre con modestia y pureza de corazón. A la vez humildísimo, se tenía por el último de sus hermanos gozándose de los dones y de todo lo bueno de los demás. Cuando tenía que referirse a él mismo, decía: «Este pobre de mí».

Por eso y de esa forma contagiaba a todos con su amor a Dios y su limpieza de alma.

Lo más llamativo es que todo esto aparecía por fuera pero dentro tenía un temperamento y un carácter fuertes, como del lugar del que provenía, que lograba dominar y controlar —como se ve— sin mostrar exteriormente lo que pasaba en su interior. También él, como su paisano San Jerónimo, oraba con una fórmula heredada de él: *Parce mihi, Domine, quia dalmata sum* (Perdóname, Señor, que soy de Dalmacia).

Todavía un año antes de morir, el 14 de febrero de 1941 escribía: «Yo tengo siempre el Oriente ante mis ojos».

Su deseo de permanecer fiel a su sangre y a su tierra no provenía de una conciencia nacionalista sino de su ardiente vocación apostólica que había descubierto donde había nacido, en el límite entre Oriente y Occidente.

Había escrito en muchas hojas sueltas o estampas, en latín, la renovación de sus votos y propósitos de su vocación y acción misionera ecuménica. En 1912 había escrito en una de esas estampas: «He aquí que me ofrezco como víctima por los hermanos».

En otra de 1913:

«Me obligo con voto, corroborado con juramento, a cumplir lo que falta a la Pasión en relación con los disidentes orientales».

También mantenía la misma insistencia en un librito desde 1931 a 1938 y en una agenda de 1939. El 19 de octubre de 1935:

«Me obligo con voto: cuantas veces celebre la Misa, si no me lo impide la justicia o la caridad, todo el fruto del santo sacrificio será por el retorno de los disidentes orientales a la unidad católica».

Y el 16 de agosto de 1936:

«Yo, Fray Leopoldo, hoy, antes de la hora de sexta, he comprendido la economía de la divina gracia: que yo he sido llamado para la salvación de mi gente, del pueblo eslavo, y al mismo tiempo para la salvación de las almas, especialmente en la adminis-

tración del sacramento de la penitencia. En resumen, con este plan tan claro, pondré todos mis esfuerzos en buscar por todas partes, ayudado siempre por la gracia de Dios, el cumplir esta mi doble misión: ante todo la salvación de mi pueblo y también el cuidado espiritual de los fieles por medio del sacramento de la penitencia».

Éstas fueron, pues, las dos claves de su ministerio y vida en el camino de la santidad: el ecumenismo y el ministerio del perdón. En el mismo mes de su muerte había renovado su voto:

«Por la redención de mi pueblo»; «Por mis hermanos»; «Por la salvación de mi gente».

Había pedido al Señor cumplir con su ministerio en el sacramento de la penitencia hasta la muerte:

«Que el Señor me lleve estando en la brecha».

Y así le fue concedido. Aunque al final tuvo un tumor de esófago que le impedía comer, a no ser la Eucaristía, no desistió ni un solo día en su atención ministerial en la penitencia. El día anterior a su muerte, el 29 de julio, atendió a cincuenta personas en la confesión y celebró su última misa.

A los 76 años, el 30 de julio de 1942 cuando se preparaba para la celebración de la misa, vestido ya con el alba, le sobrevino un ictus cerebral y se desplomó en la sacristía. Recibió la unción de enfermos y la recomendación del alma, mientras recitaba con sus hermanos la Salve.

En el momento de concluir: *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria*, tendiendo las manos al cielo, expiró plácidamente, a las 6,30 horas.

Su muerte congregó a muchos fieles en Padua, a pesar del peligro continuo de bombardeos de la segunda guerra mundial, y el funeral tuvo que hacerse en la amplísima iglesia de los Sierros de María, ante la presencia de numerosísimo pueblo con autoridades civiles y eclesiásticas.

El 1 de agosto fue sepultado en el cementerio de Padua, el féretro fue llevado por sacerdotes y quisieron que su confesor estuviera en la capilla, hasta que en 1963 fue trasladado al convento, donde había vivido tantos años, y cerca de su confesionario, donde había pasado tantas horas atendiendo a miles de penitentes.

Desde entonces, y especialmente ahora después de su canonización, cuando se peregrina a Padua, en la misma basílica se encuentra uno con dos santos, con San Antonio y con San Leopoldo. Junto a la tumba de San Leopoldo está expuesta, en un relicario, la mano derecha del santo, con la que absolvía en el confesionario.

En 1946 se inició en Padua el proceso ordinario para su canonización. Juan XXIII introdujo la causa en 1962 para ser trasladado a Roma. El proceso apostólico sobre las virtudes y los milagros se realizó en Padua y Venecia entre 1963 y 1966. En el reconocimiento de los restos que se hizo en 1966 su cuerpo fue encontrado incorrupto. En 1974 se dio el decreto sobre la heroicidad de las virtudes y en 1976 sobre la constancia de dos milagros: uno, sobre Elsa Raimondi de una peritonitis tuberculosa fibrinosa, y otro, sobre Pablo Castello de una gravísima trombosis arterial mesentérica superior con infarto extenso del intestino delgado.

Pablo VI lo beatificó el 2 de mayo de 1976 en la Plaza de San Pedro y en su homilía dijo:

«Se santificó principalmente en el ejercicio del sacramento de la reconciliación. Por fortuna, se han escrito y divulgado copiosos y espléndidos testimonios sobre este aspecto de la santidad del nuevo beato. A nosotros no nos corresponde sino admirar y dar las gracias al Señor, que ofrece hoy a la Iglesia una figura tan singular de ministro de la gracia sacramental de la penitencia; que invita, por una parte, a los sacerdotes al ministerio de tan capital importancia, de pedagogía tan actual, de tan incomparable espiritualidad; y que recuerda a los fieles, ya sean fervorosos, o tibios, o indiferentes, qué providencial servicio es todavía hoy, mejor dicho, hoy más que nunca, para ellos la confesión individual y auricular, fuente de gracia y de paz, escuela de vida cristiana, consuelo incomparable en la peregrinación terrena hacia la eterna felicidad».

Añadió:

«El padre Leopoldo fue “ecuménico” ante litteram, esto es, soñó, presagió, promovió, incluso sin actuar clamorosamente, la recomposición de la perfecta unidad de la Iglesia».

Enseguida se produjo otro milagro por su intercesión: la curación de Isabel Ponzolotto de una isquemia postembólica del ventrículo izquierdo por causa de una patología de la válvula mitral.

Juan Pablo II, en el consistorio del 27 de septiembre de 1983 estableció la canonización del Beato Leopoldo Mandić de Castelnuovo para el 16 de noviembre de 1983. En ese día y en ese año santo de la reconciliación, durante la VI Asamblea Ordinaria del Sínodo de los obispos dedicada a «La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia», en la misma Plaza de San Pedro, el Papa lo inscribió en el catálogo de los santos.

El Papa, en la homilía de la eucaristía de canonización, dijo:

«San Leopoldo no dejó obras teológicas o literarias, no deslumbró por su cultura ni fundó obras sociales. Para cuantos lo conocieron, fue únicamente un pobre fraile, pequeño y enfermizo. Su grandeza consistió en otra cosa, en inmolarse y entregarse día a día a lo largo de su vida sacerdotal, es decir, 52 años, en el silencio, intimidad y humildad de una celdilla-confesionario: “El buen pastor da la vida por las ovejas”. Fray Leopoldo estaba siempre allí a disposición, sonriente, prudente y modesto, confidente discreto y padre fiel de las almas, maestro respetuoso y consejero espiritual, comprensivo y paciente. Si lo queremos definir con una palabra, como solían hacerlo en vida sus penitentes y hermanos, entonces es “el confesor”; sólo sabía “confesar”. Y justamente en esto reside su grandeza. En saber desaparecer para ceder el puesto al verdadero Pastor de las almas. Solía definir su misión así: “Ocultemos todo, aun lo que puede parecer don de Dios; no sea que se manipule. ¡Sólo a Dios honor y gloria! Si posible fuera, deberíamos pasar por la tierra como sombra que no deja rastro de sí”».

Pues no fue posible, porque él, que pasó como sombra, dejó tras de sí este rastro de santidad, a favor del ecumenismo y de la conversión en el ministerio de la reconciliación y del perdón de los pecados.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

- JUAN PABLO II, «Litterae decretales, Beato Leopoldo Mandić, Sanctorum caelorum honores decernuntur»: *AAS* 76 (1984) 937-944.
- RIESE (PIO X), F. DE, «San Leopoldo Mandić, bisagra entre los hombres y Dios», en *AA.VV.*, «*El Señor me dio hermanos*». *Biografías de santos, beatos y venerables capuchinos*, II (Sevilla 1997) 297-319.

**BEATA MARÍA VICENTA DE SANTA DOROTEA
CHÁVEZ OROZCO**

Virgen y fundadora († 1949)

«Vicentita», «madre Vicentita», le llamaban cariñosamente las hermanas de su congregación y todos los «pobrecitos enfermos» que en sus hospitales recibieron sus cuidados. Dorotea era su nombre de pila, que después cambió, al hacerse religiosa, por el de María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco y acabó siendo llanamente, sin remilgos, «Vicentita», una mujer con un «corazón de amabilísima dulzura», rasgo maternal superlativo para un retrato con el que están de acuerdo cuantos la conocieron.

Dorotea, la hija más pequeña del matrimonio formado por Luis Chávez y Benigna de Jesús Orozco, nació el 6 de febrero de 1867 en Cotija, un plácido lugar rodeado de colinas en el estado mexicano de Michoacán, en cuya parroquia fue bautizada y recibió la primera comunión. Transcurrió su primera infancia con total sencillez, disfrutando de la paz del campo, una experiencia vivida intensamente durante los días en que hizo de pastora cuidando el pequeño rebaño de ovejas de su casa. Los modestos recursos económicos de la familia obligaban a la colaboración de todos para salir a flote; pero en cambio eran muy ricas y fecundas las enseñanzas cristianas que los cuatro hermanos recibieron con ejemplaridad. Su casa, sus padres, fueron la primera escuela de amor a Dios para aquella niña, que, aunque nunca fue a la escuela primaria con otros niños, tuvo sin embargo un profesor particular de excepción en su hermano Eligio, maestro de profesión que le fue enseñando a su ritmo, comenzando por las primeras letras.

Cuando Dorotea había cumplido ya los ocho años, la familia dejó la tierra natal de Cotija y se trasladó a vivir un poco más al norte, a Cocula, una localidad no muy distante de Guadalajara, pero sería al fin la capital del estado de Jalisco el lugar definitivo de residencia de la familia, en una zona pobre del barrio de Mexicalzingo habitado por gente humilde. Y allí pasó los años de su adolescencia y juventud muy vinculada a la parroquia del barrio, donde mantenía una gran actividad caritativa y asistencial,

centrada en el pequeño hospital de la Santísima Trinidad atendido por las damas de la Conferencia de San Vicente de Paúl.

Una enfermedad pulmonar, que se le declaró a la joven Dorotea en febrero de 1892, con 25 años recién cumplidos, vino a cambiar para siempre el rumbo de su vida. Fueron las damas de la Conferencia de San Vicente de Paúl las que la convencieron para que aceptara tratamiento y quedase internada en el hospital durante algunos meses al cuidado de aquellas caritativas enfermeras. El afecto recibido, el trato observado con los enfermos, fue para Dorotea como una llamada al ejercicio de la caridad. Había descubierto en aquella entrega afectuosa, solícita y compasiva de las damas con ella durante su enfermedad, que esa misma iba a ser también su tarea en el futuro, que consagraría su vida a Dios y a los «pobres enfermos».

Superada la crisis pulmonar, abandonó el hospital para pasar un tiempo de convalecencia en su propia casa. Y una vez restablecidas sus fuerzas físicas, retornó al hospital de la Santísima Trinidad, para responder con generosidad a la vocación que había sentido en su interior durante la enfermedad. El 19 de julio de 1892 entró en el hospital para quedarse, decidida a servir. En realidad, según confesión suya, ya lo tenía pensado desde meses antes:

«Por señalado favor de Dios, el mismo día que ingresé al hospital, concebí la idea y tomé la resolución de consagrarme al servicio de Dios Nuestro Señor en la persona de los pobrecitos enfermos».

Esa voluntad de servicio fue cuajando y llenándose de fechas significativas hasta el nacimiento de una nueva congregación religiosa. Los primeros pasos los dio el día de Navidad de 1897 haciendo sus votos privados, en compañía de Catalina Velasco y de Juana Martín, en la iglesia de Jesús María de Guadalajara. La reacción de algunas enfermeras del hospital que en 1898 la abandonaron, no fue obstáculo para seguir adelante, sino, muy al contrario, acicate para que abriera nuevos centros hospitalarios en el estado de Jalisco.

En 1905, en Guadalajara, en el asilo de Ancianos de la Santísima Trinidad del barrio de Mexicalzingo, fundó la madre Vicentita de Santa Dorotea, con el consejo espiritual de Miguel Cano Gutiérrez, un sacerdote que sirvió de guía en el naciente

instituto y veló por él con espíritu fundador, en tiempos difíciles de persecución religiosa, hasta su muerte ocurrida en 1924. La Congregación de Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres consiguió la aprobación diocesana, el 12 de mayo de 1905, de manos del arzobispo de Guadalajara José Jesús Ortiz. La confirmación de Roma tardaría todavía seis años en llegar, pero en ese medio tiempo se sucedieron hitos importantes para la institución y para la madre Vicenta: en febrero de 1908 tomó el hábito, dos años después fue maestra de novicias. En la fiesta de la Asunción de María de 1910 hizo sus primeros votos simples y cambió su nombre por el de María Vicenta de Santa Dorotea, un homenaje a San Vicente de Paúl sin olvidar a su santa onomástica. En octubre del mismo año abrió y dirigía en Zapotlán el Grande el Hospital de San Vicente, primera filial del instituto. Por aquellas fechas, en esta misma localidad, llamada hoy Ciudad Guzmán, la madre Vicenta y su congregación atendieron a los afectados por un violento terremoto.

Pese al estallido de la Revolución Mexicana y sus repercusiones para la Iglesia, la madre Vicenta hace sus primeros votos canónicos el 3 de diciembre de 1912 y tres años más tarde, el mismo día del mes, pronunció sus votos perpetuos. Para entonces, con las tropas revolucionarias de Venustiano Carranza ocupando Guadalajara, la congregación supo lo que era vivir momentos de zozobra, sobre todo porque su director espiritual, el padre Miguel Cano, había sido encarcelado varias veces en aquellos tiempos de persecución religiosa. Años después, cuando en 1926 el hospital de San Vicente de Paúl de Zapotlán el Grande se llenó de heridos de guerra, las hermanas hicieron gala de aquel amor paulino que «no toma en cuenta las ofensas», y eso que aquellos militares alardeaban de perseguir a la Iglesia y se manifestaban sus declarados enemigos. La madre Vicentita lo supo bien, ya que el 30 de julio de 1926 se vio obligada a cerrar la capilla de la Casa Generalicia de la congregación como consecuencia de la suspensión de cultos.

Durante treinta años estuvo al frente de las Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres como superiora general. Fue abriendo nuevos lugares donde cumplir con el lema de San Pablo —«la caridad nos anima»— que orientó y alentó su vida de

servicio a los pobres y enfermos. En Puebla, en Torreón, en Culiacán, hasta 22 fundaciones administró la madre Vicentita a lo ancho y largo de todo México, entre hospitales, clínicas, asilos y hospicios. Vivió con abnegación, paciencia, humildad y caridad volcada en los que sufren. Fue un modelo de religiosa enfermera, capaz de contagiar confianza y ánimo a los que la rodeaban, las hermanas y los enfermos. A las religiosas les explicaba que «los pobres deben ser servidos con espíritu de fe, con dulzura y caridad, con sentido de la humildad y alegría en el corazón, soportándolos pacientemente, consolándolos y dando gracias a Dios al ejercitar el significado y el fin de este nombre de Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres». Al fin y al cabo, su carisma era el de amar y servir a los hermanos como templos vivos donde habita la Santísima Trinidad. A los enfermos los trataba con dulzura, les pedía que siguieran «con ánimo generoso la senda de la cruz», «recíbanlo todo —decía— como venido de la Divina Voluntad».

El 9 de noviembre de 1997, en la ceremonia de beatificación, compartida con Vilmos Apor y Juan Bautista Scalabrini, celebrada en la Plaza de San Pedro de Roma, el papa Juan Pablo II resumió las virtudes y la ejemplaridad de la beata mexicana. La describió como

«Virgen sensata y prudente, que edificó su obra sobre el cimiento de Cristo doliente, curando con el bálsamo de la caridad y la medicina del consuelo los cuerpos heridos y las almas afligidas de los predilectos de Cristo: los indigentes, menesterosos y necesitados».

Y añadió:

«Su ejemplo luminoso, entretelado de oración, servicio al prójimo y apostolado, se prolonga hoy en el testimonio de sus hijas y de tantas personas de buen corazón que trabajan con denuedo para llevar a los hospitales y a las clínicas la buena nueva del Evangelio».

En su hospital de la Santísima Trinidad de Guadalajara, el 30 de julio de 1949, murió la madre Vicentita mientras ante su lecho se celebraba la santa misa, en el preciso momento de la elevación. Así lo cuentan los testigos interpretando el hecho como un signo providencial relacionado con la devoción eucarística de la beata. El día 29 había sufrido un ataque cardíaco

que alarmó a toda la comunidad. La hospitalizaron, y como se agravaba su estado de salud, las religiosas avisaron al arzobispo de Guadalajara José Garibi Rivera para que le administrara los sacramentos y celebrase la eucaristía. Fue la última misa de la madre María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco. No la pudo terminar.

Fue la suya un alma fuerte y humilde, un carácter enérgico que la brega de la vida fue cincelando, «pues Dios la quería sencilla, dulce y obediente». Supo leer con sensibilidad materna las necesidades de los más pobres, de los enfermos. Y trató de contagiarla con el ejemplo a los que vivían a su alrededor. En esa página evangélica también han aprendido a leer el rostro de Cristo las Siervas de la Santísima Trinidad y de los Pobres fundadas por Vicentita.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 91 (1999) 156-158.

CHANAL, F., *Historia de un corazón de amabilísima dulzura* (Guadalajara, México 1950).

L'Osservatore Romano (9-11-1997) 8.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (14-11-1997) 7-8.

RAMÍREZ, J. R., *Alma consagrada para el servicio de los enfermos y de los pobres. Biografía de la Beata María Vicenta de Santa Dorotea (Chávez Orozco), fundadora de la Congregación de la Santísima Trinidad y de los Pobres* (Guadalajara, México 1997).

SANTA MARÍA DE JESÚS SACRAMENTADO VENEGAS DE LA TORRE

Virgen y fundadora († 1959)

María Natividad Venegas de la Torre nació en la granja de «La Taponá», Zapotlanejo, estado de Jalisco, en la república mexicana el 8 de septiembre de 1868. Fue bautizada el 13 de septiembre en la parroquia de Zapotlanejo. Era hija de Doroteo Venegas Nuño y de María Nieves de la Torre Jiménez que tuvieron doce hijos, la última de las cuales es precisamente la que sería primera santa mexicana.

Recibiría el sacramento de la confirmación con cuatro años, en 1872, en la catedral de Guadalajara, y con nueve, la sagrada comunión en la localidad de San Pedro Lagunillas.

Desde pequeña manifestó un profundo espíritu religioso y buscó ayuda en su director espiritual, el párroco de Lagunillas. A los quince años entra a formar parte de las Hijas de María, asociación laica. Muertos en temprana edad sus padres, fue acogida por su tía Crispina Venegas en Zapotlanejo. Con algunas jóvenes deseosas de entregarse a Dios se pone bajo la dirección espiritual de don Antonio González que les propuso ir a la casa de ejercicios de San Sebastián Analco en Guadalajara para hacer ejercicios espirituales: era el mes de noviembre de 1905. María Natividad tenía entonces 37 años. Una vez que hubieron acabado los ejercicios espirituales sintió verdaderamente que era el momento de consagrarse a Dios.

Había que escoger la congregación religiosa. Entre las muchas posibilidades que se le brindaban, estaban las carmelitas descalzas, las salesas o las siervas de los pobres, pero prefirió unirse a una comunidad de mujeres pías que desde 1886 regían un pequeño hospital para pobres. Eran una pequeña congregación fundada por don Atenágoras Silva, futuro obispo de Colima, y se habían dado a sí mismas el título de «Hijas del Sagrado Corazón». María Natividad entró allí un 8 de diciembre de 1905; en 1910 emitió, en forma privada, sus votos religiosos y en 1912 fue elegida vicaria, oficio que conservó hasta que en 1912 fue elegida superiora. En ese mismo año el obispo de San Luis Potosí, monseñor Miguel de la Mora, la convenció a escribir las constituciones para poder mandarlas a la congregación romana y fuesen aprobadas. Fue un lento trabajo que la madre hizo con la ayuda de algunos sacerdotes.

Mientras tanto con algunas limosnas y donaciones, en el año de 1922 fue construyendo la casa de la comunidad que continuamente aumentaba con nuevas vocaciones. Eran años de persecución hacia la Iglesia, pero la madre logró salvar la obra que había puesto entre las manos de Dios. En 1924 la curia diocesana de Guadalajara restituía el ejemplar de las constituciones para hacer algunos retoques; la aprobación diocesana no llegó hasta 1930 de mano y firma del arzobispo Francisco Orozco y Jiménez. De las cinco antiguas fundadoras, sólo quedaba la madre. Fue superiora general del 1921 al 1954. Los últimos años de su vida los transcurrió en profunda oración y comunión con

Cristo, en total sumisión a la nueva superiora general. En 1956 perdió la movilidad en sus piernas, lo que redujo notablemente su actividad, muriendo con fama de santidad el 30 de julio de 1959.

Durante su vida, la santa realizó quince fundaciones y cada vez que abría una nueva casa decía: «Otro Sagrario más donde sea amado y glorificado el Corazón de mi Jesús».

La congregación está presente hoy en diversos países y desde 1999 ha abierto una nueva casa en África, en Guinea Conakry.

La espiritualidad de la madre María de Jesús fue fundamentalmente eucarística, por lo que su piedad estaba toda ella centrada en el misterio de la Eucaristía. Para ella, Jesús eucarístico lo era todo. Su vida interior se alimentaba de la llama de la caridad con un cuidado especial hacia todos los necesitados; unía la contemplación de los misterios del Señor con una piedad filial hacia el Sagrado Corazón de Jesús, la Eucaristía y María Santísima. De la Virgen solía decir: «Si tenemos a la Virgen por modelo nos será fácil conseguir la santidad», y también: «Si quieres perseverar en tu vocación, encomiéndate sin tardar a María».

El proceso de beatificación se inició en 1981. El milagro requerido fue la curación milagrosa del sacerdote Ricardo Leonel Monzón. El día 22 de noviembre de 1992, María de Jesús Sacramentado Venegas fue solemnemente proclamada beata junto con 25 mártires mexicanos y el domingo 21 de mayo de 2000 canonizada por el mismo Juan Pablo II. En aquella ocasión el Papa dijo de ella:

«Santa María de Jesús Sacramentado Venegas, primera mexicana canonizada, supo permanecer unida a Cristo en su larga existencia terrena y por eso dio frutos abundantes de vida eterna. Su espiritualidad se caracterizó por una singular piedad eucarística, pues es claro que un camino excelente para la unión con el Señor es buscarlo, adorarlo, amarlo en el santísimo misterio de su presencia real en el Sacramento del Altar. Quiso prolongar su obra con la fundación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús, que siguen hoy en la Iglesia su carisma de la caridad con los pobres y enfermos. En efecto, el amor de Dios es universal, quiere llegar a todos los hombres, y por eso la nueva Santa comprendió que su deber era difundirlo, prodigándose en atenciones con todos hasta el final de sus días, incluso cuando la energía física declinaba y las duras pruebas que pasó a lo largo de su existencia habían mermado sus

fuerzas. Fidelísima en la observancia de las constituciones, respetuosa con los obispos y sacerdotes, solícita con los seminaristas, Santa María de Jesús Sacramentado es un elocuente testimonio de consagración absoluta al servicio de Dios y de la humanidad doliente».

JUAN JAVIER FLORES ARCAS, OSB

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Canonizationis servae Dei Mariae a Iesu Sacramentato (in saec.: Mariae Venegas de La Torre) fundatricis Congregationis Sororum Filiarum a Corde Iesu (1868-1959)* (Roma 1987-1991), 3 vols.
L'Osservatore Romano (21-5-2000); (22 y 23-5-2000).

BEATO JULIÁN (MIGUEL) CARRASQUER FOS

Religioso y mártir († 1936)

El día 11 de mayo de 1881 nació en la entonces Villa de Sueca Miguel Carrasquer Fos, fruto del matrimonio formado por Enrique Carrasquer Burguera y Vicenta M.^a Fos Ferrando; el padre, propietario de un pingüe patrimonio de hanegadas de tierras de arroz, que le permitían llevar una holgada vida familiar; la madre, una mujer de señaladas virtudes cristianas que transmitió a sus ocho hijos. Siguiendo la costumbre de la época, Miguel fue cristianado en el templo parroquial de San Pedro Apóstol al día siguiente, recibiendo en 1891 la primera comunión. En el colegio regentado por don Agustín Guillén recibió una buena formación cultural y humana, dando muestras de aplicación y formalidad en el trato con sus compañeros.

Su adolescencia transcurrió ayudando en los trabajos del cultivo del arroz, junto con sus hermanos, y el numeroso grupo de jornaleros que trabajaban a las órdenes de su padre. Entabló una entrañable amistad con uno de ellos, llamado Julián, que entró a trabajar en su juventud y permaneció al servicio de esta familia toda su vida.

Muy a menudo tomaba la comida de los jornaleros y les daba la que le habían preparado en su casa para él, poniendo empeño en que no trasluciese lo que practicaba por razón de su humildad. Daba pruebas de mucha paciencia en las adversidades, que soportaba admirablemente, sin tolerar que otros se molestasen por él, sacrificándose por todos con prontitud. Era

frecuente verle retirado, después de la labor cotidiana, dedicado a la oración en un aposento retirado de la casa familiar.

El sábado y domingo solía visitar algunos enfermos, a quienes repartía el dinero que sus padres le daban semanalmente. Eran bien evidentes las grandes cualidades que adornaban su magnánimo corazón, siendo la mayor, sin duda alguna, su ardiente caridad. El año 1901 tuvo que hacerse cargo de una herencia familiar, desplazándose a Valencia en diversas ocasiones, y en uno de sus viajes entabló relación con los Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios, que habían llegado a la capital del Turia en 1886 y regentaban el asilo construido en la playa de la Malvarrosa, frente al Mediterráneo, donde atendían a niños enfermos. Sus frecuentes visitas a este centro hospitalario inclinaron su corazón a compartir esta excelente obra de caridad, ayudando en diversas tareas a los hermanos, a quienes, además, favorecía con limosnas y alimentos para los asilados. Fue uno de los bienhechores que ayudó en la construcción del magnífico Asilo de San Juan de Dios y, naturalmente, participó activamente en la conclusión de la monumental iglesia erigida en estilo neogótico, que se bendijo solemnemente el año 1913. El 1 de febrero del año siguiente falleció su madre, Vicenta María, y dieciséis días después su padre, Enrique. Estos tristes acontecimientos le acercaron con singular afecto a la Orden Hospitalaria, frecuentando más asiduamente el asilo valenciano. Sin comunicarlo a ningún familiar y después de meditarlo profundamente se decidió a entrar en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, marchando a Ciempozuelos en marzo de 1917, donde recibió el hábito el 18 de julio del mismo año. Tomó el nombre de Julián por ser el nombre del más pobre entre los pobres de los jornaleros de su casa. Por humildad permaneció tres años como simple hermano oblato, ingresando en el noviciado en 1920, donde admiró a todos por su docilidad y observancia de los deberes religiosos; era bondadoso y caritativo de corazón. Contaba con treinta y nueve años de edad. El 19 de enero de 1924 emitió la profesión solemne, encargando a sus hermanos con inmensa alegría diversas obras de caridad:

«Quisiera que para mi profesión dieras 200 pesetas al Asilo de San Juan de Dios, para los niños y para la comunidad, para que dicho día tomen algo de extraordinario. Al Asilo de la Encarnación

también alguna cosa, que lo tomen todos, comunidad y huérfanas. No es menester que digas el porqué de la cosa; y a los pobres que haya vergonzantes también, en sufragio de aquellos seres que nos dieron el ser. ¡Qué satisfechos estarían!».

Permaneció unos tres años en Ciempozuelos encargado del ropero, lavadero y la despensa, desempeñando seguidamente el cargo de maestro de aspirantes por su mucha virtud, carácter afable y sumamente bondadoso. Sus superiores admiraban la solicitud demostrada para con los niños, con quienes era muy cuidadoso, y su gran devoción a la Virgen María, llevando el rosario en sus manos en los momentos de sosiego comunitario. Según testimonio de sus compañeros, para mejor practicar la virtud santa era frecuente que mortificara su cuerpo con diversas disciplinas y ayunos extraordinarios, sufriendo con grandeza de ánimo las injurias que alguna vez le dirigía cualquier enfermo. Su devoción a la Eucaristía era bien manifiesta, pasando muchos ratos en oración ante el Sagrario, ofreciendo actos de reparación por las ofensas inferidas a Dios.

En el verano de 1925 estuvo en la Casa de salud de Mondragón (Guipúzcoa), de donde pasó el 20 de agosto a Lourdes, venerando a la Santísima Virgen en la gruta milagrosa. El año 1927 sus hermanos solicitaron que fuera trasladado a Valencia, pues durante los primeros meses se encontraba en un estado de ánimo que no lograba superar. Era de suponer que en la capital del Turia, con un clima más benigno y apropiado para su salud, mejoraría muy pronto. Pasado un tiempo prudencial y viendo que no mejoraba, el padre provincial determinó: «Pase a Valencia, a nuestro asilo de la Malvarrosa una temporada, en donde suponemos se restablecerá por completo». A mediados del caluroso mes de julio de 1927 el nuevo superior del asilo de San Juan de Dios llegó a la capital valenciana, con la inmensa alegría de sus familiares. Volvía a la casa donde había recibido la semilla de la vocación hospitalaria.

Durante su estancia al frente de la comunidad valenciana renovó profundamente la vida interna, aboliendo la cuestación individual practicada hasta el momento, asistiendo a partir de entonces, sin distinción, todos los Hermanos a solicitar la caridad de los valencianos para mantener el asilo de la Malvarrosa. En el mes de mayo del año siguiente la comunidad de Herma-

nos de San Juan de Dios de Valencia pasó una jornada en la casa estival de sus hermanos en El Perelló, a donde llegaron en barca desde El Palmar. Efectivamente, el clima de esta tierra alegró su espíritu y la proximidad de sus hermanos produjo el necesario remedio que su salud demandaba. Al instaurarse en 1931 la Segunda República, el superior del asilo de la Malvarrosa se encontraba preocupado y temeroso de los males que amenazaban a la Iglesia, y nos encargaba mucho que rogásemos para que esto no ocurriera. Completamente restablecido y admirando sus cualidades, en mayo de este mismo año fue nombrado superior del hogar-clínica de San Rafael de Santafé de Bogotá (Colombia). El 28 de mayo se hallaba en Jerez de la Frontera donde veneró los restos del entonces Beato Juan Grande, a quien profesaba una ferviente devoción y a quien, sin duda alguna, encomendó el fruto de su nuevo cargo en tierras colombianas. Unos años después, también ante las reliquias de San Juan Grande, despertó la vocación hospitalaria de un joven jerezano, Manuel Jiménez Salado, que ingresó en la orden de San Juan de Dios el año 1935, siendo destinado al Sanatorio Marítimo de Calafell (Tarragona), como hermano oblat, donde conocería al hermano Julián Carrasquer.

El 31 de mayo llegó a las Islas Canarias. Durante la travesía por el océano el vapor Juan Sebastián Elcano pasó a unos 80 metros de nosotros. No he visto una escena más emocionante entre unos y otros. El 16 de junio atravesaba el Canal de Panamá y el 25 de junio llegaba, por fin, a Santafé de Bogotá, su nuevo destino. La capital colombiana le produjo una agradable impresión:

«Es bonita, (y sus habitantes) cariñosos y cultos, como ellos solos. Finos en extremo [...] Da gusto trabajar con este personal tan bueno. Son muy madrugadores [...] A las diez de la noche todo el mundo está retirado, aun en las calles más céntricas. Esto he tenido ocasión de comprobarlo varias noches, por tener que asistir a enfermos en su casa».

A partir del mes de octubre tuvo que multiplicarse para ayudar en una nueva fundación, a unos 80 km. de la capital, demostrando sus cualidades organizativas y su espíritu práctico. En una ocasión, observando que los hermanos eran alimentados con tortas de maíz, mientras las gallinas permanecían en el corral, exclamó: «¡Que se coman las gallinas el maíz, y nosotros

nos comemos las gallinas!». Según sus superiores, desempeñó este encargo colombiano con verdadera ejemplaridad.

El 25 de enero de 1934 embarcó con destino a España, llegando al puerto de Barcelona el 9 de marzo. Marchó a Carabanchel Alto (Madrid), donde estuvo hasta el mes de mayo de 1936. Durante este tiempo fue elegido primer vocal del Capítulo general de la Orden, habiendo sido nombrado viceprior de la casa de Carabanchel Alto en 1935, donde, sin detrimento de la dignidad de sus cargos, practicaba cosas humildes, propias de los novicios.

En el mes de junio de 1936 los superiores le nombran superior del Sanatorio Marítimo de Calafell (Tarragona), a unos 60 km. de Barcelona, en donde los niños con enfermedades óseas o procesos tuberculosos pasaban algunas temporadas, e incluso se bañaban en el mar. En principio esta casa no tenía superior, pues dependía del asilo de Barcelona, aunque, finalmente, se independizó de aquél. Además, en Calafell, convivieron dos comunidades de la orden de San Juan de Dios, cada una con su propio superior. Estaba el sanatorio, con su comunidad, dedicada a la atención a los niños enfermos, y de la que en 1936 era superior el hermano Julián Carrasquer Fos, y la comunidad de novicios, bajo la dirección del P. Braulio M.^a Corres. Los enfermos, en grupos de cincuenta, como complemento de la terapia impartida en Barcelona alternaban su estancia en Calafell en los meses estivales, con la natural alegría de los niños y adolescentes.

El 22 de julio de 1936 la comunidad hospitalaria pudo observar desde las ventanas del refectorio el incendio del templo parroquial de Calafell, con el consiguiente sobresalto. Siguiendo las instrucciones recibidas en abril de ese año según indicó el superior general de la Orden,

«Nuestros religiosos no abandonarán la asistencia de los enfermos sino cuando las autoridades se hagan cargo de ellos [...] estén a la cabecera de los enfermos hasta que fuerza mayor imponga abandonarlos [...] Esto será heroico en algunos casos, dado el estado de anarquía reinante, pero así nos lo impone un sagrado deber».

En la tarde del día 23 de julio se presentó un camión con milicianos y el presidente del Comité Revolucionario de Calafell-Playa ordenó colocar en el Sanatorio Marítimo la bandera de la Cruz Roja, con intención de proteger a los hermanos,

pero al día siguiente llegó otro grupo de milicianos armados y milicianas que invadieron la casa y apresaron a los religiosos, encañonándoles con pistolas y fusiles. Durante horas estuvieron registrando todos los departamentos buscando armas que, naturalmente, no aparecieron. Mientras, la comunidad permanecía vigilada y custodiada en la portería, soportando resignadamente los improperios que les dirigían: «¡Parásitos de la sociedad que vivís sin trabajar. Ya os llegó la hora!», acompañando las palabras agresivas con soeces blasfemias, dirigidas especialmente contra el superior, que soportó con una mansedumbre inagotable y una caridad sin límites todos los insultos. Además, ordenó que se les diera de comer a los milicianos de todo lo que había en la despensa. Y lo decía con tal contento y caridad que parecía se trataba de obsequiar a unos buenos amigos, a los cuales debía grandes favores.

Al marcharse, por fin, los milicianos advirtieron a la comunidad que volverían al día siguiente con enfermeros laicos para atender a los niños, amenazándolos de muerte, dejando alrededor del sanatorio guardias armados para vigilarlos. A partir de este momento se prepararon con redoblados actos de piedad, confesiones y comuniones, conducidos por el P. maestro y el P. superior que eran dos verdaderas hogueras de piedad. En la tarde del 25 de julio llegaron los nuevos dirigentes del sanatorio, como les habían anunciado, pertenecientes todos ellos a la FAI y CNT y afiliados al Sindicato de Productos Químicos de Barcelona, bajo el mando de Francisco Miguel Serrano. Los religiosos estaban prisioneros en su propia casa; con todo, soportaron con gran caridad este cautiverio, prestando su labor a los niños enfermos. Celebraban a diario una misa con gran sigilo en la capilla del noviciado, comulgando con ferviente ánimo.

En los días 28 y 29 de julio llegaron al sanatorio unas cuantas mujeres que procedieron a retirar los crucifijos y objetos religiosos de la casa, al grito de: «¡Con este Cristo tenemos que terminar!». El superior del sanatorio pidió al jefe de los milicianos que dejara marchar a los novicios, pero éste se negó. La prisión era para todos. El día 30 de julio, de madrugada, el P. Corres celebró misa, y dirigió una emotiva y fervorosa plática que templó los ánimos de todos, preparándolos para la gloria. A las nueve de la

mañana el mencionado Francisco M. Serrano, rodeado de mujeres, reunió a la comunidad en la portería, diciéndoles:

«Los que quieran marcharse pueden hacerlo, pero no podemos darles salvoconducto, ni documento alguno. Los que quieran quedarse pueden hacerlo, serán nuestros compañeros, gozarán de libertad y vida alegre y feliz».

La decisión fue unánime: marchar todos a Barcelona, con intención de llegar posteriormente a Francia. Subieron a la capilla del noviciado, cantaron el «Acordaos» y el P. Corres les dio a besar el crucifijo del altar. A la una de la tarde, después que los jefes hubieran elegido a cuatro hermanos profesos y cuatro novicios ocultamente, para que se quedasen con los niños, el resto de religiosos en número de veinticinco salieron en pequeños grupos en dirección a las estaciones ferroviarias de Calafell y Sant Vicenç. El P. Braulio se dirigió a Calafell y el hermano Julián Carrasquer a Sant Vicenç, pero antes de abandonar el sanatorio entonó el «Magnificat». Apenas salieron, el citado Francisco M. Serrano avisó por teléfono al Comité de Vilanova i la Geltrú, que desplazó grupos de milicianos que salieron a los cruces de los caminos con intención de agrupar a todos los religiosos. El primer mártir fue el hermano Constancio Roca, a quien tenían cierto resentimiento por su celo en corregir los vicios o errores de los niños. El grupo presidido por el hermano Julián Carrasquer fue detenido apenas llegó a la estación de Sant Vicenç, conduciéndolos a la plaza mayor de Vendrell, donde se les unió el grupo del P. Braulio. Después de un simulacro de fusilamiento requisaron un camión, al que ordenaron subir a veinte religiosos. A todos ellos absolvió el P. Corres: «¡Hijos míos, ahora nos van a matar, haced un acto de contrición que os voy a dar la absolución!».

Una vez pasado Calafell, a un kilómetro y medio de la población, los milicianos detuvieron el camión y ordenaron que bajasen los religiosos. El primero en hacerlo fue el hermano Julián Carrasquer, quien fue ayudando a bajar a todos, animándoles para que no tuviesen miedo. Una vez en tierra, los milicianos apartaron del grupo a cuatro novicios, a quienes perdonaron la vida por su joven edad. Los quince religiosos restantes (el hermano Roca ya había sido asesinado) fueron colocados en fila, junto

a la cuneta, y comenzaron las descargas mientras los Hospitalarios de San Juan de Dios de Calafell gritaban: «¡Viva Cristo Rey!» y «¡Viva Jesús sacramentado!». El P. Braulio y los hermanos Julián Carrasquer y Antonio Llauradó murieron de rodillas, con las manos juntas ante el pecho, dejándonos el testimonio más fidedigno de amor y perdón a los enemigos, como Cristo en la cruz. El martirio tuvo lugar entre las cinco y las seis de la tarde del día 30 de julio de 1936. Los vecinos de Calafell recogieron aquella misma tarde, al anochecer, los cuerpos de los mártires, y los depositaron en el cementerio local, dándoles sepultura al día siguiente en tres fosas abiertas en el centro del camposanto.

El día 1 de junio de 1940 se procedió a exhumar los restos de estos mártires, que fueron depositados en la iglesia del Sanatorio Marítimo de Calafell el 23 de junio del mismo año, en una impresionante ceremonia. El 21 de enero de 1942 se bendijo una Cruz en el lugar del martirio, con la relación de sus nombres. Este mismo año el director cinematográfico José Sáenz de Heredia incorporó en la película *Raza* el asalto a un convento y posterior asesinato de los religiosos, inspirándose en la tragedia de los Hermanos Hospitalarios de Calafell. Según los Estudios Ballesteros, se trataba de plasmar una escena edificante, fundada en un hecho real.

El 18 de noviembre de 1948 tuvo lugar en Barcelona la apertura del proceso informativo sobre la declaración de martirio de veintidós Hermanos de San Juan de Dios de Calafell, Barcelona y Manresa. Al tener que abandonar la Orden Hospitalaria el Sanatorio Marítimo de Calafell, los superiores eligieron la iglesia del Sanatorio de Sant Boi de Llobregat (Barcelona) como santuario de las venerables reliquias de los mártires, a donde fueron llevadas el 25 de septiembre de 1972.

Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar en suspenso las causas de martirio, el año 1983 Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seculares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. El 14 de mayo de 1991, en la biblioteca privada del Papa tuvo lugar la lectura del decreto de martirio de 71 religiosos hospitalarios, muertos en 1936, dentro de la conmemoración del III cen-

tenario de la canonización de San Juan de Dios. El 25 de octubre de 1992 Juan Pablo II beatificó a los 71 mártires de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios:

«Todos estos hermanos, perseverando en su consagración a Dios en el abnegado sacrificio a los enfermos y en fidelidad a los valores del carisma y misión hospitalaria que practicaban, dieron su vida por la fe, y como prueba suprema de amor. Su martirio sigue los pasos de Cristo, misericordioso y buen samaritano, tan cercano al hombre que sufre al entregar la vida por la salvación del género humano [...] Todos estos mártires nos han dejado, de palabra o por escrito, un mensaje particular: el perdón de los enemigos [...] La fuerza de la fe, de la esperanza y del amor se ha demostrado más fuerte que la violencia. Ha sido vencida la crueldad de los pelotones de ejecución y el entero sistema del odio organizado».

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

- CÁRCEL ORTÍ, V., «Los 71 hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios», en ID., *Mártires españoles del siglo XX* (Madrid 1995) 295-307.
- MARCOS, O., *Los mártires del Sanatorio Marítimo de Calafell (Tarragona)* (Palencia 1937).
- MARCOS, O., *Testimonio martirial de los Hermanos de San Juan de Dios en los días de la persecución religiosa española* (Madrid 1980).
- REPETTO BETES, J. L., *Vida y martirio del Beato Manuel Jiménez Salado, OH de San Juan de Dios* (Jerez de la Frontera 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA GODELEVA

Mártir († 1070)

Esta joven esposa, natural de Boulogne, estaba casada con Bernulfo de Ghisteltes, de quien recibía un pésimo trato, agravado por la crueldad que su suegra tenía también con ella. La joven soportaba con paciencia y humildad este trato. El marido se separó de ella pero la curia episcopal no halló motivo real para esta separación y obligó al marido a volver a la convivencia conyugal, lo que él llevó muy a mal e hizo entonces que dos criados acabaran con la vida de la infeliz esposa el 30 de julio de 1070.

La opinión pública reaccionó ante el crimen teniendo por mártir a la muchacha, cuya paciencia y sacrificio había admirado. Años más tarde el obispo de Tournai hizo el levantamiento de las reliquias y autorizó el culto popular que ya se le daba.

BEATOS EDUARDO POWEL, RICARDO
FETHERSTONE Y TOMÁS ABEL

Presbíteros y mártires († 1540)

Frente a la actitud sumisa al rey de tantos eclesiásticos ingleses, estos tres mártires pusieron por delante su adhesión a la fe de la Iglesia y se dejaron la vida en la defensa de la fe católica, negando la supremacía religiosa de la corona que, como base de sus innovaciones religiosas, había establecido Enrique VIII. Eduardo Powel, Ricardo Fetherstone y Tomás Abel salieron el día 30 de julio de 1540 de la Torre de Londres, donde llevaban años de prisión, y fueron conducidos por las calles de Londres al lado de tres luteranos condenados igualmente a muerte hasta Smithfield, donde los tres luteranos fueron quemados vivos como herejes, y los tres sacerdotes católicos ahorcados y descuartizados bajo la acusación de reos de alta traición.

EDUARDO POWEL nació en Gales en 1478. Estudió en el Oriel College de Oxford, logrando en 1506 el doctorado en teología, siendo ya sacerdote y desde 1501 rector de Bleadon, Somersetshire, y luego consiguió dos beneficios canonicales, uno en Lincoln y otro en Salisbury. Cuando conoció la reforma religiosa propugnada por Lutero, no dudó en oponerse a la misma con su obra *Propugnaculum sacerdotii evangelici ac septem sacramentorum* (Londres 1523), libro por el que el rey Enrique VIII le felicitó calurosamente. Llegada la ocasión de discutir la validez del matrimonio del monarca con Catalina de Aragón, fue elegido como uno de los cuatro teólogos encargados de defenderlo y lo hizo con gran ardor (1529) y publicó su juicio teológico. En 1534 fue arrestado y encarcelado en Dorchester, de donde luego se le llevó a la Torre de Londres. Ese mismo año se le condenó como traidor al negarse a prestar el juramento de supremacía religiosa del rey. Los siguientes seis años los pasó en dicha Torre hasta que se le sacó para ser ajusticiado.

RICARDO FETHERSTONE había estudiado en Cambridge, donde consiguió el doctorado en teología. Desde 1523 era arcediano de Brecon, en el sur de Gales. Se le llamó para que fuera profesor de latín de la princesa María y lo fue hasta 1533. En la llamada Convocación de 1529 él habló a favor de la validez del matrimonio de Catalina con el rey. En 1534 se negó a

reconocer el nuevo matrimonio del rey y jurar el acta de supremacía, por lo que fue arrestado, juzgado y condenado y retenido en la Torre.

TOMÁS ABEL había estudiado en Oxford, donde consiguió el grado de «master of arts». Nombrado capellán de Catalina de Aragón, le dio clases también de música y lengua. Vino a España como parte de la comisión que quería conseguir el apoyo de Carlos V al matrimonio de Catalina con Enrique. Catalina logró para él un beneficio en Bradwell, en Essex. Leal a la reina y a su conciencia, cuando vio que las universidades se pronunciaban a favor de la nulidad del matrimonio real, escribió varias obras a favor de la validez del mismo, obras que le atrajeron la ira del monarca. Preso desde 1532, al año siguiente fue dejado libre pero nuevamente apresado posteriormente bajo la acusación de que había apoyado a la famosa vidente, la «Hija de Kent», que había hablado contra el rey. Llevaba seis años preso cuando el carcelero lo puso en libertad por su cuenta, pero enseguida fue nuevamente arrestado y esta vez juzgado y condenado a muerte como traidor, el 24 de julio de 1540, siendo ejecutado seis días más tarde.

Fueron beatificados el 30 de julio de 1886 por el papa León XIII.

BEATOS BRAULIO MARÍA (PABLO) CORRES DÍAZ DE CERIO Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CALAFELL (TARRAGONA)

Julián (Miguel) Carrasquer Fox, Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Vicente de Paul Canelles Vives, Tomás Urdános Aldaz, Rafael Flamarique Salinas, Antonio Llauradó Parisi, Manuel López Orbara, Ignacio Tejero Molina, Enrique Beltrán Llorca, Domingo Pitarch Gurrea, Antonio Sanchis Silvestre, Manuel Jiménez Salado
Religiosos y mártires († 1936)

El día 30 de julio de 1936 fueron sacrificados en odio a la fe cristiana y a la profesión religiosa quince religiosos de la Orden

Hospitalaria de San Juan de Dios, pertenecientes a la comunidad del Sanatorio de San Juan de Dios de Calafell, Tarragona.

Entre el día 18 de julio de 1936 y el día 22 no hubo novedad en la dicha casa religiosa, pero ese día se pudo saber que había sido profanada la parroquia del pueblo y se habían quemado las imágenes sagradas. El día 23 fue de alarma y visitas de inspección al sanatorio. El día 24 la casa fue tomada por los milicianos. Registraron la casa en busca de armas que no hallaron. Mandaron a los religiosos quitarse los hábitos y se marcharon. Los hermanos comprendieron el peligro y se pasaron la noche en adoración, confesiones y preparación espiritual para lo que el Señor dispusiera. A las cuatro de la mañana se celebraron las misas y todos comulgaron. Se pasó el día 25 en relativa tranquilidad hasta las 6 de la tarde en que volvieron los milicianos, exigieron las llaves al superior y se hicieron cargo de todo. Les dijeron a los hermanos que iban a ser sustituidos en el sanatorio y que mientras tanto siguieran llevando la casa bajo sus órdenes. No se celebró misa ese día y se hicieron las oraciones en voz baja. Se les prohibió hacer rezar a los niños del sanatorio. El día 27 a las 3 de la madrugada se celebró la misa en el noviciado y todos comulgaron. Ese día algunas mujeres se instalan en el sanatorio. El día 28 vuelven a celebrar la misa muy de madrugada, y ese día los hermanos pudieron ver cómo eran retirados del sanatorio todos los crucifijos e insignias religiosas. Los hermanos prepararon sus cosas para poder irse cuando se lo indicaran y se les dio la documentación necesaria para poder ir a Francia. El día 29 también celebraron la misa muy de madrugada y pasaron el día en la esperanza de poder salir, pero no fue así. El día 30 igualmente celebraron la misa muy temprano y el P. Braulio, maestro de novicios, les animó al martirio si ello era necesario. A las 9 de la mañana los reunieron y les dijeron que aquel día saldrían, pero sin salvoconducto ni documentación, y no respondían de sus vidas una vez salieran del sanatorio. Algunos decidieron quedarse pero la mayoría decidieron marchar. Se despidieron de la imagen de la Virgen del noviciado, se dieron un abrazo fraterno y a la una de la tarde salieron. Divididos en grupos, se dirigieron a diversos sitios, y un grupo se dirigió a la estación. En el camino el Hno. Constancio Roca, que caminaba solo, fue ametrallado junto a la vía del tren. Los demás llegaron

a la estación y mientras esperaban el tren se hallaron con que venía un camión y los mandaban subir a él. Llevados primero a la plaza de Vendrell, por fin los subieron de nuevo en la camioneta y en el término de Calafell fueron parados por otros milicianos. Los hicieron bajar. Los pusieron en fila. Separaron a cuatro por ser muy jóvenes y fusilaron allí a los demás. Los más gritaron vivas a Cristo Rey mientras los fusilaban. Eran las cinco de la tarde. Éstos son sus datos personales:

JULIÁN (MIGUEL) CARRASQUER FOX era el superior de la comunidad. Había nacido en Sueca, Valencia, en 1881 e ingresó en la Orden Hospitalaria el año 1917. Luego de varios años de ejercicio de la hospitalidad, acreditado como un competente religioso, fue prior en la casa de Valencia, y de ahí pasó a Colombia, igualmente como superior. En junio de 1936 era destinado como superior al sanatorio de Calafell. Intentó ante todo salvar la vida de los novicios y conseguir su libertad pero no logró su objetivo más que en parte. Cuando pararon la camioneta, invitó a los hermanos a bajar de ella, diciéndoles: «Vamos, vamos». Se puso de rodillas y en oración y así fue acibillado a balazos.

BRAULIO MARÍA (PABLO) CORRES DÍAZ DE CERIO era maestro de novicios en la casa de Calafell, que además de sanatorio de niños era noviciado de la provincia aragonesa de la Orden. Nació en Torralba del Río, Navarra, el año 1897. A los 13 años ingresó en la escuela apostólica de la Orden Hospitalaria, profesó en 1916 y se ordenó sacerdote en 1922. Maestro de novicios en 1931, cuando en 1934 se hicieron tres las provincias hospitalarias, recibió el mismo cargo en la aragonesa y por ello se le mandó a Calafell. Intentó mantener el buen ánimo y la paciencia en los religiosos los días del confinamiento y los animó al martirio. Cuando vio que los llevaban en el camión, les dijo a los hermanos que los llevaban a la muerte y que les daba la absolución. Al ser colocado en fila, rezó, como Jesús: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

EUSEBIO (ANTONIO) FORCADES FERRATE nació en Reus, Tarragona, el 28 de septiembre de 1875. Ingresó en la Orden Hospitalaria en 1899 y pasó doce años como hermano hospitalario en México. Destinado al sanatorio de Calafell, estaba encargado de la ropería, y como tal preparó ropa para cada

hermano cuando se decidió la salida. Fusilado, tardó en morir y por ello le dieron el tiro de gracia.

CONSTANCIO (SATURNINO) ROCA HUGUET había nacido en San Sadurní de Noya, Barcelona, el 12 de agosto de 1895 e ingresó en la Orden Hospitalaria en 1910, profesando el año 1914. Pasó sucesivamente por las comunidades de Barcelona, Valencia, Madrid, San Baudilio y luego fue enviado a Chile, donde estuvo en tres casas de su Orden. Estaba destinado a su vuelta a España en el asilo-hospital de Barcelona, y había ido en el mes de julio a Calafell con un grupo de chicos enfermos. Era muy partidario de la disciplina y muy recto, y por ello algunos chicos en los días previos al 30 de julio se habían quejado de él a los milicianos. Al salir ese día del sanatorio, varios milicianos lo llamaron y le hicieron ir delante de ellos. Él comprendió que lo iban a matar, y en efecto recibió una descarga que lo hizo caer de bruces en el suelo, donde empezó a desangrarse. Los asesinos le dieron por muerto y se marcharon pero él horas más tarde se quejaba pidiendo agua. Le dieron la vuelta algunos niños y una mujer se acercó a darle agua. Supieron los asesinos que no estaba muerto y entonces fueron y lo remataron. Otro hermano suyo, Cristino, también fue mártir en la misma persecución.

BENITO (ARSENIO) JOSÉ LABRE MAÑOSO GONZÁLEZ nació en Lomoviejo, Valladolid, el 19 de julio de 1879. Ingresó en la Orden en 1913 y una vez hecha la profesión pasó por las comunidades de Madrid, Barcelona, Granada, Valencia, Santa Águeda, San Baudilio y Calafell. Era muy dado a la oración. Cuando tras ser arrestados en la estación, fueron los hermanos llevados a la plaza de Vendrell, al ver la iglesia saqueada, gritó un viva a Jesús Sacramentado, que le reportó improperios y golpes. En la primera descarga no cayó, pero reconocieron que era el que había dado «el viva» a Jesús Sacramentado y entonces le dispararon.

VICENTE DE PAUL CANELLES VIVES había nacido en Onda, Castellón de la Plana, el 25 de junio de 1894. Por tener que ayudar en su casa no entró en la Orden hasta 1926. Pasó por las comunidades de Madrid, Valencia, Manresa y Barcelona, a la que pertenecía. Estaba pasando unos días en Calafell. Era un religioso muy piadoso y observante.

MANUEL JIMÉNEZ SALADO había nacido en Jerez de la Frontera el 29 de octubre de 1907. Trabajaba como mayordomo de una casa acomodada cuando conoció a los hermanos hospitalarios e ingresó en la Orden, pero hubo de salir por serle difícil el trato con los dementes. Admitido de nuevo en septiembre de 1935, estuvo en el Hospital de Barcelona y se le dio el hábito como donado el 7 de diciembre de aquel año. Luego de unos meses como limosnero fue enviado a Calafell y estaba admitido al noviciado pero aún no lo había empezado cuando le llegó el martirio. Uno de los días del confinamiento intentó escaparse por la playa pero fue devuelto al sanatorio. Ahora sus reliquias han sido llevadas a su ciudad natal.

TOMÁS URDÁNOZ ALDAZ era nacido en Echarrri, Navarra, el 7 de marzo de 1903. Al hacer el servicio militar, perdió no poco de su religiosidad y al volver a casa tuvo problemas con su madre. Se marchó de casa y anduvo por España y Francia. Pero por fin dio un vuelco espiritual y se decidió a ingresar el año 1935 en la Orden Hospitalaria, siendo martirizado durante su noviciado. Frente a las escopetas lanzó un fuerte «¡viva!» a Cristo Rey.

RAFAEL FLAMARIQUE SALINAS había nacido en Mendivil, Navarra, el 24 de octubre de 1903. Tras rechazar propuesta de matrimonio, se decidió en 1935 por la vocación hospitalaria, ingresando en el noviciado, durante el cual fue martirizado. También gritó: «¡Viva Cristo Rey!», ante sus asesinos.

ANTONIO LLAURADÓ PARISI nació en Reus, Tarragona, el 13 de junio de 1910. Tras hacer ejercicios espirituales en 1932 se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden Hospitalaria en 1935, llamándolo el Señor al martirio durante su noviciado. Ante sus asesinos se arrodilló, juntó las manos y pronunció palabras de perdón.

MANUEL LÓPEZ ORBARA nació en Puente la Reina, Navarra, el 5 de febrero de 1913. Aunque probó en otra congregación religiosa, se decidió por fin por la Orden Hospitalaria e ingresó el 6 de marzo de 1936 en el noviciado. Cuando separaron a cuatro novicios jóvenes para no fusilarlos, él alegó que también era joven, pero fue fusilado.

IGNACIO TEJERO MOLINA nació en Monzalbarba, Zaragoza, el 31 de julio de 1916. Ingresó en la Orden Hospitalaria en

1935 y superó fuertes tentaciones durante el noviciado. Manifestó que él era joven cuando excluyeron de fusilar a los cuatro jóvenes, pero fue fusilado.

ENRIQUE BELTRÁN LLORCA nació en Villarreal, Castellón de la Plana, el 14 de noviembre de 1899. Luego de una juventud piadosa y pura se decidió por la Orden Hospitalaria y entró en 1935 en el noviciado. Cuando comenzaron a disparar contra los religiosos salió huyendo pero fue alcanzado y asesinado.

DOMINGO PITARCH GURREA nació en Villarreal, Castellón de la Plana, el 12 de febrero de 1909. Trabajaba en una farmacia y llevaba una vida muy piadosa cuando se decidió por la Orden Hospitalaria e ingresó en ella en 1935. Al empezar los disparos, huyó, pero fue alcanzado y cayó regando con su sangre su rosario. Pidió a los milicianos que se lo llevaran a su madre, y éstos lo remataron.

ANTONIO SANCHIS SILVESTRE había nacido en Villamarquante, Valencia, el 6 de diciembre de 1910. Se decidió por la Orden Hospitalaria luego de haber intentado la vida religiosa en los dominicos y franciscanos y haber sido alumno del seminario diocesano. Ingresó en la Orden en 1936 y hacía el noviciado cuando fue martirizado.

Fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JOSÉ MARÍA MURO SANMIGUEL, JOAQUÍN PRATS BALTUEÑA, ZÓSIMO IZQUIERDO GIL

Mártires († 1936)

El día 30 de julio de 1936 fueron martirizados por su condición de sacerdotes o religiosos tres siervos de Dios, que habían consagrado su vida con el sacerdocio o los votos religiosos. Era medianoche y fueron fusilados.

JOSÉ MARÍA MURO SANMIGUEL había nacido en Tarazona, Zaragoza, el 26 de octubre de 1905. Se decide en su niñez por la vocación sacerdotal e ingresa en el seminario diocesano de San Gaudioso, donde hace los estudios de humanidades, filosofía y teología, ordenándose sacerdote el año 1928. Como sacerdote diocesano pasó los cargos de coadjutor de Villalengua, re-

gente de Purojosa y coadjutor en Novallas. Sacerdote piadoso y celoso, repensó su vocación y se decidió en 1934 por la Orden de Predicadores, donde hizo el noviciado y profesó los votos religiosos, siendo destinado a la comunidad de Calanda. Cuando las milicias entraron en Calanda, huyó y se dirigió a Torres Mazas, camino de Alcañiz. El día 29 de julio se acerca a una masía de Castelserás para preguntar por el camino más directo para ir a Alcañiz, pero le encaminan a otra masía donde había significados elementos del comité. Y allí empezó su calvario hasta su fusilamiento.

JOAQUÍN PRATS BALTUEÑA nació en Zaragoza en 1915. Recibió su primera instrucción en el colegio de los Padres Escolapios. Estudió latín en la preceptoría de la misma Orden. Al llegar la República interrumpe los estudios eclesiásticos y emprende los del bachillerato universitario. Pero en septiembre de 1935 se dirige a Calanda y solicita ser admitido en la Orden de Predicadores, y da comienzo a su noviciado. La tarde del 27 de julio con otros religiosos quería ir a Zaragoza, pero no sintiéndose capaz de andar tanto, se dirigió a Mas de las Matas, cerca de Calanda, residencia de su abuelo paterno. Llegado a Torres Mazas se encuentra con el P. José María Muro y ya no se separó de él hasta la muerte.

ZÓSIMO IZQUIERDO GIL nació en Villahermosa, Teruel, en 1895, y pasó luego a vivir con su familia a Zaragoza. Aquí ingresa en el seminario conciliar, siendo ordenado sacerdote en 1920. Es destinado sucesivamente como coadjutor en Ariño, párroco de Corbalán, de Huesa del Común y de Castelserás en 1935. Llegada la revolución, fue detenido en la puerta de su casa y ante el mal trato que le dieron mientras lo llevaban al Ayuntamiento para ser juzgado, respondió serenamente que lo fusilaran a él pero que dejaran libres a los demás presos. Una vez en la cárcel, confesó a los presos, los exhortó pastoralmente y rezó con ellos el rosario. Llevado a fusilar, se puso de rodillas para recibir la descarga.

Los tres mártires fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO SERGIO CID PAZO

Religioso y mártir († 1936)

Había nacido en Allariz, Orense, el 24 de abril de 1886. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en el aspirantado de Barcelona-Sarriá. Hecho el noviciado, profesó los votos religiosos el año 1906 y tras acabar sus estudios eclesiásticos se ordenó sacerdote el año 1912. Su destino como salesiano fue todo el tiempo en Sarriá como catequista o animador religioso de los estudiantes. Era un sacerdote celoso y muy estimado, cuyas virtudes todos apreciaban. Al día siguiente a los sucesos del 18 de julio, que era domingo, en el sermón de la misa habló con entusiasmo del martirio por la causa de Jesucristo.

Cuando hubo de salir de la casa religiosa, parece que no halló ningún refugio sino que anduvo como un pordiosero por la ciudad hasta que fue arrestado yendo en un tranvía. Preguntado si era sacerdote salesiano, dijo que sí, y entonces fue obligado a subir a un coche y lo llevaron por la carretera de Sarriá hasta las proximidades de la estación del funicular de Vallvidriera, donde lo fusilaron. Su cadáver fue llevado al Hospital Clínico de Barcelona. Era el 30 de julio de 1936.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

31 de julio

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Ignacio de Loyola († 1556), presbítero, fundador de la Compañía de Jesús **.
2. En Milán, San Calimero († s. II), obispo.
3. En Sínada (Frigia), santos Demócrito, Segundo y Dionisio († s. III), mártires.
4. En Cesarea (Mauritania), San Fabio († 303/304), mártir.
5. En Roma, en la Via Latina, San Tertulino († s. IV), mártir.
6. En Ravena (Flaminia), el tránsito de San Germán († 448), obispo de Auxerre **.

7. En Ímola, San Pedro Crisólogo († 450), obispo de Rávena y doctor de la Iglesia, cuya memoria se celebró ayer.
8. En Sköfde (Suecia), Santa Elena († 1160), viuda y mártir.
9. En Acquapendente (Toscana), el tránsito del Beato Juan Colombini († 1367), fundador de la Orden de los Jesuatos **.
10. En Londres (Inglaterra), Beato Everardo Hanse († 1581), presbítero y mártir bajo Isabel I *.
11. En Rochefort (Francia), Beato Juan Francisco Jarrige de la Morélie du Breuil († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Cay Met (Cochinchina), santos Pedro Doan Long Quy, presbítero, y Manuel Le Van Phung († 1859), mártires *.
13. En Alighede (Etiopía), San Justino de Jacobis († 1860), obispo, de la Congregación de la Misión **.
14. En Granollers (Barcelona), beatos Dionisio Vicente Ramos, presbítero, y Francisco Remón Játiva († 1936), religiosos franciscanos conventuales, mártires *.
15. En Valencia, Beato Jaime Buch Canals († 1936), religioso salesiano, mártir *.
16. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Miguel Ozieblowski († 1942), presbítero y mártir *.
17. En Kalisz (Polonia), Beato Francisco Stryas († 1944), mártir *.
18. En Trnava (Eslovaquia), Beata Zdenka Schelingová († 1955), virgen y mártir, de las Religiosas de la Caridad de la Santa Cruz *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Presbítero y fundador († 1556)

El fundador de la Compañía de Jesús fue un español que nació en la casa-torre de Loyola (Azpeitia) el año 1491. Su niñez pertenece al siglo XV, siglo de otoño medieval con restos feudales y luces nuevas de humanismo, descubrimientos, aventuras; su juventud y madurez, al siglo XVI, a la época de Lutero, de Carlos V y del Concilio de Trento. Algo medieval latirá siempre en el corazón de Loyola, aunque su espíritu será siempre moderno, hasta el punto de ser tenido por uno de los principales forjadores de la moderna catolicidad, organizada, práctica y apostólica.

En el verde valle que baña el río Urola, entre Azcoitia y Azpeitia, corrieron los primeros pasos de aquel niño de cara redonda y sonrosada, último vástago —el decimotercero— de

una familia rica y poderosa en el país. Diéronle por nombre de bautismo Íñigo, que él cambiará en París por el de Ignacio.

Pronto murió su madre. Quizá ya estaba muy débil cuando Íñigo nació, pues, no pudiéndolo criar ella, lo puso en brazos de una nodriza campesina, cuyo marido trabajaba en las herrerías de los señores de Loyola. Allí se familiarizaría Íñigo con la misteriosa lengua vasca, de la que, siendo mayor, no pudo hacer mucho uso; allí aprendería las costumbres tradicionales del país, fiestas populares, cantos y danzas, como el zorcico y el aurreku, etc. Sabemos que siempre fue aficionado a la música, y una vez, siendo de cuarenta años, no tuvo reparo en bailar un aire de su tierra para consolar a un melancólico discípulo espiritual que se lo pedía. La educación que el niño recibió en su casa fue profundamente religiosa, si bien alguna vez llegarían a su conocimiento ciertos extravíos morales de sus parientes. Parece que su padre quería enderezarlo hacia la carrera eclesiástica, pero al niño le fascinaba mucho más la vida caballerisca y aventurera de sus hermanos mayores. Dos de ellos habían seguido las banderas del Gran Capitán en Nápoles. Un tercero se embarcó después para América, siendo comendador de Calatrava. Otro se estableció en un pueblo de Toledo, después de participar, como capitán de compañía, en la lucha contra los moriscos de Granada. Y otro, finalmente, acaudilló tropas guipuzcoanas al servicio del duque de Alba contra los franceses.

Poco antes de morir su padre, pidióle el caballero don Juan Velázquez de Cuéllar que le enviase al más joven de sus hijos, para educarlo en palacio y abrirle las puertas de la corte. Don Juan, pariente de los Loyola por parte de su mujer, María de Velasco, era contador mayor, algo así como ministro de Hacienda, del Rey Católico, y recibió a Íñigo entre sus hijos, dándole una educación exquisitamente cortesana y caballerisca, que admirarán después en el fundador de la Compañía cuantos se le acerquen: distinción en el porte, en la conversación, en el trato, hasta en el comer. En Arévalo, provincia de Ávila —su residencia ordinaria—, y también en Medina del Campo, Valladolid, Tordesillas, Segovia, Madrid, en dondequiera que se hallase la corte, estaría frecuentemente don Juan Velázquez, y con él su paje Íñigo de Loyola. Toda la inmensa llanura de la vieja Castilla la pasearía éste

a caballo, acostumbrando sus ojos a la redonda lejanía de los horizontes. Ejercitábase en la caza, en los torneos, en tañer la viola, en correr toros, en servir y participar en los opíparos banquetes que su señora doña María de Velasco preparaba a la reina doña Germana de Foix, segunda esposa de don Fernando. Devoraba ávidamente las novelas de caballerías, como el *Amadís*, y las poesías amatorias de los cancioneros. «Aunque era aficionado a la fe —nos dirá más tarde su secretario—, no vivió nada conforme a ella ni se guardaba de pecados, antes era especialmente travieso en juegos y cosas de mujeres y en revueltas y cosas de armas»; mas todos reconocían en él eximias cualidades naturales: valor, magnanimidad, desinterés, fina destreza en gobernar a los hombres. Se ha dado excesiva importancia a un proceso criminal que en 1515 se entabló en Azpeitia «contra don Pero López de Loyola, capellán, e Íñigo de Loyola, su hermano, sobre cierto exceso, por ellos diz que el día de carnestulendas últimamente pasado cometido e perpetrado». Ignoramos en qué consistió aquel exceso, que acaso se redujo a una nocturna asechanza frustrada contra alguna persona eclesiástica.

Caballerescamente se enamoró de una alta dama que «no era de vulgar nobleza; no condesa ni duquesa, mas era su estado más alto» (¿quizá la reina doña Germana o la infanta doña Catalina?). Muerto don Juan Velázquez en 1517, Íñigo, que había pasado en Arévalo más de doce años, se acogió a otro alto pariente suyo, don Antonio Manrique, duque de Nájera y virrey de Navarra. Sirviendo al duque participó en sosegar los tumultos durante la revolución de los comuneros —espada en mano en la toma de Nájera, diplomáticamente en Guipúzcoa—, y peleó animosamente defendiendo el castillo de Pamplona contra los franceses, hasta caer herido en las piernas por una bala de cañón (20 de mayo de 1521). Impropiamente se le llama «capitán», era un caballero cortesano, o, mejor, un gentilhomme de la casa del duque.

Mientras le curaban en Loyola se hizo aserrar un hueso, encabalgado sobre otro, sólo porque le afeaba un poco, impidiéndole llevar una media elegante, y estirar con instrumentos torturadores la pierna, a fin de no perder la gallardía en el mundo de la corte; todo lo cual sufrió con estoica imperturbabilidad. En la convalecencia, no hallando las novelas de caballerías que él de-

seaba, se puso a leer las *Vidas de los santos* y la *Vida de Cristo*, lo cual le encendió en deseos de imitar las hazañas de aquellos héroes y de militar al servicio no de un «rey temporal», sino del «Rey eterno y universal, que es Cristo Nuestro Señor». Reflexionando sobre las desolaciones y consolaciones que experimentaba, aprendió a discernir el buen espíritu del malo con fina psicología sobrenatural. Su conversión y entrega a Dios fue perfecta.

A principios de 1522 sale de Loyola en peregrinación a Jerusalén. Detiéndose unos días en el santuario de Montserrat, donde cambia sus ropas lujosas por las de un pobre; conságrase a la Santísima Virgen, hace confesión general y recibe de un monje benedictino las primeras instrucciones espirituales. Pasa un año en Manresa, llevando al principio vida de continua oración y penitencia; luego, de apostolado y asistencia a los hospitales. En una cueva de los contornos escribe, iluminado por Dios, sus primeras experiencias en las vías del espíritu, normas y meditaciones que, redondeadas más adelante, formarán el inmortal librito de los *Ejercicios Espirituales*, «el código más sabio y universal de la dirección espiritual de las almas», como dijo Pío XI. Ya en Manresa el Espíritu Santo le transformó en uno de los místicos más auténticos que recuerda la historia. La ilustración más alta que entonces tuvo, y que le iluminó aun los problemas de orden natural, fue junto al río Cardoner. Prosiguiendo su peregrinación se embarca en Barcelona para Italia. De Roma sube a Venecia, siempre mendigando; el mismo dux veneciano le procura pasaje en una nave que va a Chipre, de donde el santo sigue hasta Palestina. Visita con íntima devoción los santos lugares de Jerusalén, Belén, el Jordán, el Monte Calvario, el Olivete. A su vuelta, persuadido de que para la vida apostólica son necesarios los estudios, comienza a los treinta y tres años a aprender la gramática latina en Barcelona, pasa luego a las universidades de Alcalá y Salamanca, juntando los estudios con un ardiente proselitismo religioso. Falsamente le tienen por «alumbrado». No la Inquisición, como a veces se ha dicho, sino los vicarios generales de esas dos ciudades le forman proceso y le declaran inocente.

En febrero de 1528 se presenta en la célebre universidad de París, adonde confluyen estudiantes y maestros de toda Europa. Obtiene el grado de maestro en artes o doctor en filosofía (abril de

1534) y reúne en torno de sí algunos universitarios, que serán los pilares de la Compañía de Jesús: Fabro, Javier, Laínez, Salmerón, Rodrigues, Bobadilla, con quienes hace voto de apostolado, en pobreza y castidad, a ser posible en Palestina, y, si no, donde el Vicario de Cristo les ordenare (Montmartre, 15 de agosto de 1534).

De hecho el viaje a Tierra Santa resulta irrealizable, e Ignacio de Loyola va con sus compañeros a Roma, a ofrecerse enteramente al Sumo Pontífice. Una honda experiencia mística, recibida en el camino (La Storta, noviembre de 1537), le confirma en la idea de fundar una Compañía o grupo de apóstoles, que llevará el nombre de Jesús. Paulo III, el mismo que abrirá el Concilio de Trento, aprueba el instituto de la Compañía de Jesús, innovador en la historia del monaquismo (27 de septiembre de 1540). Mientras los compañeros de Ignacio y sus primeros discípulos salen con misiones pontificias a diversas tierras de Italia, de Alemania y Austria, de Irlanda, de la India, de Etiopía, el fundador permanece fijo en Roma, como en su cuartel general, recibiendo órdenes inmediatas del Papa y comunicándolas a sus hijos en innumerables cartas, de las que hoy conservamos 6.795. No por eso deja de predicar, dar ejercicios, enseñar el catecismo en las plazas de Roma, remediar las plagas sociales, fundando instituciones y patronatos para atender a los pobres, a los enfermos, a las muchachas en peligro, a las ya caídas que querían redimirse, etc. Con razón ha sido llamado «el apóstol de Roma». Y no se contenta con regenerar moralmente la Ciudad Eterna. Quiere que la capital del catolicismo sea un centro de ciencia eclesiástica, con un plantel de doctores, de los que pueda disponer cuando quiera el Sumo Pontífice. Y con este fin crea el Colegio Romano (1551), que después se llamará, como en nuestros días, Universidad Gregoriana, madre fecunda de alumnos ilustres y de maestros que enseñarán en todas las naciones. A su lado surge desde 1552 el Colegio Germánico, primer seminario de la Edad Moderna, prototipo de los tridentinos, cuya finalidad era educar romanamente a los jóvenes sacerdotes alemanes que habían de reconquistar a su patria para la Iglesia. Sus estatutos fueron redactados por el mismo San Ignacio.

A sus hijos esparcidos por todo el mundo los exhortaba a dar los ejercicios espirituales, método eficaz de reforma individual; a

enseñar el catecismo a los ignorantes, a visitar los hospitales. Los últimos años de su vida despliega increíble actividad, fundando colegios, orientados principalmente a la formación del clero, para lo cual se enseñará en ellos desde la gramática latina hasta la teología y los casos de conciencia. Dicta sabias normas de táctica misional para los que evangelizan tierras de infieles, para Javier en la India y Japón, Andrés de Oviedo en Abisinia, etc., y no menos prudentes reglas propone a Pedro Canisio para la restauración católica en Alemania, y a Carlos V y Felipe II para el aniquilamiento de la media luna en el Mediterráneo.

Pocas figuras de la Contrarreforma son comparables a la de Ignacio de Loyola. Su devoción al Vicario de Cristo y a «nuestra Santa Madre la Iglesia jerárquica» brota naturalmente de su apasionado amor al Redentor, «nuestro común Señor Jesús», «nuestro Sumo Pontífice», «Cabeza y Esposo de la Iglesia». Sus Reglas para sentir con la Iglesia serán siempre la piedra de toque del buen católico.

El fundador de la Compañía de Jesús murió en Roma el 31 de julio de 1556. Su magnitud histórica impone admiración a todos los historiadores, a los protestantes tanto o más que a los católicos. Quizá su misma excelsitud haya impedido que su culto popular cundiese tanto como el de otros santos, al parecer, más amables. Preciso es reaccionar contra ciertos retratos literarios que nos lo presentan tétrico y sombrío. Sus coetáneos nos lo pintan risueño y sereno siempre, tierno y afectuoso, con extraordinaria propensión a las lágrimas. «El padre Ignacio —decía Gaspar Loarte— es una fuente de óleo». Sabía hacerse amar, aunque es verdad que todos sus afectos, aun los que parecían más espontáneos, iban gobernados por la reflexión. El «reflektir» (verbo de prudencia) le brota a cada paso de la pluma; pero no menos frecuente en sus labios era el «señalarse» (verbo de audacia), es decir, el distinguirse y descollar por el heroísmo y por las aspiraciones hacia lo más alto y perfecto: *Ad maiorem Dei gloriam*. Nunca fue un gran especulativo, pero sí un genio práctico y organizador, grande entre los grandes. Reduciendo a esquemas simplistas sus consejos espirituales, muchos interpretaron falsamente su doctrina como un ascetismo voluntarista y árido. No era ésa su alma. Basta leer su *Diario espiritual*, donde

con palabras entrecortadas y realistas, no destinadas al público, descubre las intimidades de su alma y las altas experiencias místicas de cada día, para persuadirnos de que estamos ante una de las almas más privilegiadas con dones y carismas del Señor.

RICARDO GARCÍA-VILLOSLADA, SI

Bibliografía

La bibliografía sobre San Ignacio de Loyola es inmensa. Debe consultarse, ante todo, la *Autobiografía* dictada por el mismo San Ignacio a su confidente, el portugués GONZÁLEZ DE CÁMARA, y la clásica biografía que escribió en el siglo XVI, con amor filial y penetración psicológica, su discípulo PEDRO DE RIVADENEIRA, ambas publicadas en la BAC.

ASTRAIN, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España*. I: *San Ignacio de Loyola, 1540-1556* (Madrid 1905).

LETURIA, P. DE, *El gentilhombre Íñigo de Loyola* (Buenos Aires 1940).

GARCÍA-VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola* (San Sebastián 1955).

• Actualización:

GARCÍA-VILLOSLADA, R., *San Ignacio de Loyola. Nueva biografía* (Madrid 1986).

LONGCHAMP, A., *Vida de San Ignacio de Loyola* (Madrid 42001).

TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Ignacio de Loyola, solo y a pie* (Salamanca 82002).

SAN GERMÁN DE AUXERRE

Obispo († 448)

Los tiempos de San Germán, entre los siglos IV y V, marcaban una nueva etapa en la historia de la Iglesia: de la época de los mártires, de la comunidad cristiana frecuentemente perseguida y en régimen de clandestinidad, se había pasado desde Constantino a disfrutar primero de la libertad religiosa y luego al reconocimiento de religión del Imperio romano. Cuando éste se desintegraba militar, económica y política y culturalmente, los pastores de la Iglesia tuvieron que ejercer su misión de vigías de la fe y de evangelizadores de masas de los aún no bautizados, de maestros y vigilantes frente a gérmenes de descomposición social y moral en una sociedad en continuo sobresalto por la presión y el acoso de las hordas bárbaras. Germán, en concreto, fue protagonista y testigo de la fe en Cristo encarnada en las Galias en el ocaso del Imperio romano.

Es difícil, casi imposible, trazar una biografía crítica, con hechos históricamente constatables, de Germán de Auxerre. De él tenemos noticias a través de algunos testimonios de su contem-

poráneo Próspero de Aquitania; del santo obispo nos han llegado dos «vidas» que podemos llamar clásicas en la hagiografía cristiana. La primera fue redactada por Constancio de Lyon unos treinta años después de la muerte del santo: es una biografía que imita la de Ambrosio de Milán, escrita por Paulino, y la *Vita Martini* de Sulpicio Severo. Por esta dependencia, y por el estilo de que por entonces empiezan a revestirse las vidas de los santos, la narración de Constancio adorna a Germán con virtudes sin cuento y lo enaltece con fabulosos milagros. La segunda «vida» fue escrita a principios del siglo IX. Pretende completar la «vida» primera a base de las tradiciones que mantenía de su santo pastor la Iglesia de Auxerre. Sobre todo a partir de la «vida» primera podemos construir una biografía aproximada del santo, que nos presenta el perfil de Germán como hombre espiritual y pastor solícito de la Iglesia de su tiempo dedicado a la promoción de su clero, al bienestar y a la guía solícita de su grey, atento asimismo a la misión hacia los que aún no habían abrazado el cristianismo.

Nació de nobles padres, Rústico y Germanilla, grandes terratenientes, en Auxerre, en la Galia central, hacia el año 380. Fue instruido en las artes liberales y estudió derecho en Roma. Ejerció la profesión de abogado brillantemente. También desempeñó altos cargos civiles o militares; probablemente fue gobernador de la provincia lionense cuarta. Contrajo matrimonio con una mujer muy virtuosa y acaudalada.

Como sucedía entonces frecuentemente, clero y pueblo eligieron obispo de su ciudad natal a un hombre de tanta cultura y elevada posición social. Fue a la muerte de San Amador, en 418. El nuevo obispo renunció entonces a sus honores, a las riquezas y a su vida conyugal. Germán eligió el camino del ascetismo para dar soporte espiritual a su ministerio pastoral. Dirigió sus esfuerzos a elevar el nivel moral del clero y a eliminar en el pueblo restos de paganismo. Confiaba enormemente en la fuerza del monacato. Él mismo vivía como un ermitaño en el mundo. Parece que influía en él el gran ejemplo del cenobio de Lérins, a través de dos personajes de este monasterio, Hilario de Arles y Lupo de Troyes, con los que mantenía una gran amistad y compartía los ideales de pureza de la fe y de búsqueda constante de

la perfección cristiana. Su amor a la vida ascética le llevó a fundar un monasterio enfrente de su ciudad episcopal, en la orilla izquierda del río Yonne, que tituló de San Cosme y San Damián. Le guiaron en esta fundación sus deseos de atraer las masas a la fe católica y de ofrecer un medio de instrucción y formación al clero. Desde este monasterio, Germán ofreció generosamente hospitalidad a los peregrinos, otra virtud característica de los buenos pastores del pueblo de Dios.

Con toda probabilidad, el santo obispo de Auxerre tuvo relación con el gran evangelizador de Irlanda, San Patricio. Parece que este misionero vivió largo tiempo en Auxerre, donde fue ordenado diácono y presbítero por el predecesor de Germán, San Amador, y obispo por el mismo Germán en 432, tras la muerte de Paladio, el primer obispo de Irlanda que había recibido su misión del papa Celestino I pero que murió antes de llegar a la isla.

No sólo en Auxerre desempeñó Germán su función episcopal de maestro y propagador de la fe. El año 429, con San Lupo de Troyes, se dirigió a Britania para combatir el pelagianismo que se había adueñado de la mente de muchos cristianos. Según Próspero de Aquitania, fue el papa San Celestino I (422-432) quien le confió esta misión. En Britania, San Germán y San Lupo sostuvieron un encendido debate para refutar los errores pelagianos frente a un gentío; de la gran disputa, celebrada en Verulamium, los pelagianos marcharon confundidos y llorando, según la narración de San Beda. Los dos obispos galos peregrinaron al santuario del primer mártir de la isla, San Albán. Por aquellas fechas, los habitantes de Britania fueron atacados por los sajones y los pictos. Germán, conjuntamente con San Lupo, se erigió en defensor del pueblo britano y jefe militar para organizar el contraataque y parar el avance de los invasores. Inspeccionó las montañas y valles por donde tenían que pasar los sajones y dispuso la defensa de los nativos para repeler la agresión. Era la Pascua del año 430. En el momento del ataque de pictos y sajones, los dos obispos hicieron gritar por tres veces y con vehemencia Aleluya a los britanos ante la proximidad del enemigo; pictos y sajones creyeron estar enfrente de un numerosísimo ejército y huyeron despavoridos. Los obispos ganaron pacíficamente la batalla y condujeron al triunfo a los britanos sin causar derramamiento alguno de sangre.

Algunos años más tarde, entre 435 y 437, Germán viajó hasta Arles para recabar de la autoridad imperial el aligeramiento de los impuestos que ahogaban a sus diocesanos. El prefecto de las Galias accedió a su legítima exposición.

Constancio alude también a un segundo viaje de Germán a Britania, que no goza de mucha fiabilidad histórica.

También San Germán aparece, según la primera «vida», frente al caudillo de los alanos Goar, en la actitud que varios pastores de la Iglesia en este tiempo protagonizan, como sucederá con el papa San León Magno. Armórica (la Bretaña actual), que no había sido invadida por los bárbaros, se rebeló contra las autoridades del decrepito Imperio. El vicario imperial de las Galias, Aecio, encargó al rey alano Goar que reprimiera la rebelión de los armóricos e invadiera su país. El caudillo bárbaro iba a cumplir tal encomienda. Germán se presenta ante las tropas alanas, solo ante los jinetes armados, por medio de un intérprete interpela a Goar, después agarra la brida de su caballo y lo detiene. Están frente a frente la fuerza de las armas y la fuerza moral y espiritual de un pastor pacífico del pueblo cristiano. El rey alano se retira, pero pide que la gracia del perdón a los revoltosos sea impetrada ante el gobernador Aecio o ante el emperador.

«De seguida —escribe Constancio— Germán se dirige a Italia para entrevistarse, en Rávena, con Gala Placidia que gobierna el imperio con su joven hijo Valentiniano». El santo obispo es acogido con grandes muestras de cordialidad, por la fama de sus virtudes y sus poderes taumatúrgicos. El santo obispo de Rávena, Pedro Crisólogo, admira y venera al obispo galo. Pero los armóricos, con otra insurrección, dieron al traste con las gestiones pacificadoras del santo obispo.

Germán cae enfermo. Ruega que, tras su muerte, sus restos sean devueltos a la patria. Muere a los siete días, el 31 de julio de 448, con toda probabilidad. El 22 de septiembre llegan sus despojos a Auxerre y el día uno de octubre reciben sepultura, en el oratorio de San Mauricio, que Germán hiciera construir al norte de la ciudad episcopal. Junto a su sepulcro, el culto de San Germán arraigó y creció entre los fieles que él había conducido como buen pastor y se difundió por las Galias y por Britania. Fue el primer santo local de Auxerre.

La santa reina Clotilde, esposa del rey de los francos Clodoveo, acudió en peregrinación a su sepulcro en San Mauricio y parece que pidió su intercesión para la conversión de su marido a la fe cristiana. Agradecida al santo obispo, mandó edificar, entre 493 y 545, una gran basílica sobre el sepulcro del santo obispo, que atrajo a muchos peregrinos. Posteriormente le fue agregado un monasterio, ampliado en el siglo IX y reconstruido entre los siglos XIII-XIV. En 1567 los hugonotes destruyeron la basílica, pero pudieron salvarse las reliquias. 109 municipios en Francia llevan el nombre de Saint-Germain, si bien cabe pensar que algunos puedan evocar a santos homónimos.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

- Art. en *Bibliotheca sanctorum*. VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) cols.232-236.
- DUBOIS, J., «Germain (Saint), évêque d'Auxerre», en *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastique*. XX: *Gatianensis-Giry* (París 1984) cols.901-904.
- EVANS, S. J., «Germanus in Britain»: *Archaeologia Cantinana* 80 (1965) 175-185.
- GRIFFE, E., *La Gaule chrétienne à l'époque romaine*, II (París 1966).
- GROSJEAN, P., Art. en *Analecta Bollandiana* 75 (1957) 158-185.
- GUALANDRI, I., «Germán de Auxerre», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 938-940.
- LEVISON, W., *Bischof Germanus von Auxerre und die Quellen zu seiner Geschichte* (Hannover 1903).
- MATHISEN, R. W., «The last year of Germanus of Auxerre»: *Analecta Bollandiana* 99 (1981) 151-159.
- THOMPSON, E. A., «A chronological note on St. Germanus of Auxerre»: *Analecta Bollandiana* 75 (1957) 135-138.
- *Saint Germain of Auxerre and the end of Roman Britain* (Woodbridge 1984).
- Saint Germain d'Auxerre et son temps. Communications présentées à l'occasion du 19. Congrès de l'Association Bourguignonne des Sociétés Savantes réuni à Auxerre (29 juillet - 2 août 1948)* (Auxerre 1950).
- Vita prima*, publicada por R. BORJUS en CONSTANCE DE LYON, *Vie de Saint Germain d'Auxerre* (Sources chrétiennes, 112; París 1965).
- Vita secunda*, que se encuentra en *Acta sanctorum*. Iulii, VII, 201-221, y en L. M. DURU, *Bibliothèque historique de l'Yonne*, I (Auxerre 1850) 46-89.

BEATO JUAN COLOMBINI

Fundador († 1367)

La vida de Juan Colombini es una ráfaga de luz en la mitad del siglo XIV, uno de los períodos más oscuros y difíciles de la historia de la Iglesia, hasta el punto de ser designado como un

siglo de hierro. Hechos muy graves dañan la convivencia europea. La población disminuye notablemente. La tierra produce menos, la carestía es asfixiante. Pero lo más terrible y dramático es la peste que golpea todos los países. Sólo en Aviñón, en cuatro meses, murieron la mitad de los habitantes.

Las guerras fueron incesantes. Los ejércitos devastaban regiones enteras con saqueos e incendios de las cosechas. Los campos quedan abandonados y son frecuentes las revoluciones de los campesinos. Los señores y sus cortes intentan olvidar esta situación angustiosa con una vida desordenada de lujos y placeres.

En esta situación de crisis el pueblo se centra en el pensamiento obsesivo de la muerte que, con su paso inevitable, iguala a todos los hombres. De esta época son esos grandes cuadros escénicos, las macabras danzas en las que la muerte es el personaje central que siega mitras y tiaras, cetros y coronas. Los enormes contrastes de riqueza y pobreza tenían, por lo demás, una publicidad llamativa y cruel. Cada clase y profesión era reconocida por su vestido. Los pobres y harapientos se lamentaban en las puertas de las iglesias y palacios mostrando sus deformidades. Los leprosos hacían sonar sus campanillas y se movían en procesiones. En los edificios religiosos, que dominaban la ciudad con sus imponentes dimensiones y la altura de sus torres, el pueblo, los plebeyos, buscaban seguridad y refugio.

En medio de tanta decadencia, se advierte en la Iglesia el deseo de una vida cristiana más auténtica en conformidad con el Evangelio. Varios grupos de cristianos laicos intentan convertirse en fermento para revitalizar las experiencias de la fe. No pocos incurren en desviaciones heréticas por no inspirarse en la verdadera tradición de la Iglesia y enfrentarse con la jerarquía. Otros, en cambio, permanecen en el seno de la Iglesia buscando desde dentro la verdadera y auténtica renovación y reforma. No resulta fácil, a menudo, distinguirlos. Se multiplican los predicadores de la penitencia que deambulaban de país en país, vestidos como los mendigos, pregonando la urgencia de la conversión y de tomar en serio el cristianismo. El pueblo los escuchaba y se conmovía. Lloraba sus pecados.

Siguiendo el camino abierto por San Francisco y Santo Domingo en el siglo anterior, los franciscanos y dominicos lleva-

ron la Palabra de Dios a Tierra Santa, Grecia, Turquía, Damasco, Armenia, Persia, difundiendo el cristianismo, más que con la fuerza de las armas cruzadas, con la predicación y la caridad, construyendo hospitales y ayudando a la gente. A la muerte de Bonifacio VIII (11 de octubre de 1303), después del ignominioso atentado de Anagni instigado por el rey francés Felipe IV el Hermoso, quedó la Iglesia desorientada. El sucesor, Benedicto XI, gobernó sólo un año. Clemente V, elegido en Perusa y coronado en Lyón, lejos de Roma, peregrinó por el sur de Francia esquivando los territorios del rey y estableció su residencia en Aviñón (1309) porque esta ciudad pertenecía a los Anjou de Nápoles, vasallos del Papa. No era su intención permanecer en ella; pero así comenzó el destierro de Aviñón, que ha sido comparado al de Babilonia. La ciudad se desarrolló de modo sorprendente con la presencia de la corte pontificia y de las legaciones, obispos, diplomáticos, juristas, mercaderes, artistas. A pesar de los deseos de Clemente V y de sus sucesores, Juan XXII (1316-1334), Benedicto XII (1334-1342), Clemente VI (1342-1352), Inocencio VI (1352-1362), Urbano V (1362-1370), y de todo el pueblo cristiano, no pudieron volver a Roma, que permanecía en desorden, peleas y banderías.

El vivo deseo de toda la cristiandad tuvo en la extraordinaria personalidad de Santa Catalina de Siena su mejor portavoz. Movido principalmente por sus insistentes cartas e intervenciones, el 13 de septiembre de 1376, Gregorio XI (1370-1378) abandonó por fin la ciudad francesa de Aviñón y, tras un viaje de cinco meses, llegó a Roma donde fue acogido triunfalmente, después de 70 años de ausencia de los papas.

En este período tan asendereado de dificultades, pero en el que, por cierto, no faltaron grandes santos, se desarrolló la vida de Juan Colombini, apellidado también Juan de Siena, donde nació en 1304 de una familia acomodada de mercaderes. El apellido «Colombini» no era el originario de la familia, apellidada en el siglo XIII «Strozzavacche» (cuidadores de vacas o vaqueros). Lo habían cambiado, para «ennoblecerse», por el «de las palomas». Afortunado y rico mercader de telas, como sus padres, en 1320 Juan se especializó en el sector de la lana y logró extender el área de su negocio en amplias redes comerciales. Su privilegiada posición económica se tradujo también en prestigio

social dentro de la rica burguesía de Siena y fue llamado a participar en la «Magistratura de los 9» que detentaba el poder político y el gobierno oligárquico de la ciudad. A los 39 años contrajo matrimonio con la noble Biagia, de los ilustres apellidos Messer Giovanni di Niccolò dei Corretani. Con ella tuvo dos hijos, Pedro y Angelina. Cuando todo le sonreía en la plenitud de su vida y sus negocios, se produjo un giro copernicano, al parecer repentino y ciertamente decisivo, el de su conversión. Los biógrafos, unánimes en afirmar la súbita mudanza, ofrecen varias explicaciones que pudieron ser el contexto de su drástica decisión. Famoso como era por su talento para los negocios y por la alta posición económica, también lo era por algunos rasgos destacados de su mal carácter. Un día llegó malhumorado a casa, irritado tal vez por el sesgo ruinoso que iban tomando los asuntos económicos y políticos de Siena —ciertamente hubo grandes crisis a partir de 1355—; mientras él esperaba impaciente le sirvieran la comida, su esposa le puso en las manos un libro con vidas de santos donde estaba incluida la de Santa María Egipciaca. Sabemos por el testimonio de Biagia que, a través del atractivo espiritual de la vida impresionante de esta santa penitente, quedó tan tocado por la gracia que comenzó a revisar su vida a la luz del duro ascetismo de los padres del desierto, desprendidos de todos los bienes materiales, y de los cargos y de los honores. En la revisión a fondo de su conducta comenzó por renunciar a los bienes que provenían de ganancias ilícitas, sin olvidar aquellas formas de usura agraria tan frecuentes en la comarca toscana. Quería de este modo corregir sus yerros y devolver con creces, como Zaqueo, lo que había robado. Pasaba largas horas de oración en las iglesias y repartía abundantes limosnas a los pobres. Pero, seguramente, fue la muerte prematura de su hijo queridísimo Pedro y el providencial encuentro con el cartujo Pedro de Petroni, el santo varón de quien más tarde el propio Juan escribiría la vida, lo que determinó definitivamente su cambio radical de vida e ideales. El que había sido esclavo de sus pasiones, emprendió un rápido ascenso a la perfección. Hizo voto de castidad de acuerdo con su esposa Biagia, a quien entregó una renta vitalicia, confió su hija Angelina, de 13 años, a las monjas del monasterio de Santa Bonda, con las que tenía particular amistad, principalmente con su abadesa Paola Foresi.

Por cierto que la niña falleció al año de su ingreso en la abadía. Juan repartió todos sus restantes bienes entre este convento, el Hospital de Scala de Siena y la Compañía de María Virgen. Abandonó su casa y, en compañía de Francisco Vincenti, otro convertido como él, se dedicó por completo a la oración, a la penitencia y a la pobreza más absoluta. Emulando los toscos procederes de la primitiva experiencia de los mendicantes, hacían manifestaciones penitenciales humillantes en los mismos escenarios donde habían sido honrados. Asumían voluntariamente la condición de criados y servidores en el Palacio Comunal que albergaba al «Gobierno de los 9». Sus pobres atuendos de mendigos mostraban de modo casi hiriente su cambio total de valores. En 1360, con el citado Francisco Vincenti, su primer compañero, y otros que se les fueron asociando, fundó la «Sociedad de San Jerónimo», llamada por el pueblo «de los jesuatos», cuyos miembros, laicos, se dedicaron preferentemente al cuidado de los enfermos. En torno a Juan se congregaron muchos jóvenes, atraídos por su estilo y trato, por sus ejemplos y por sus milagros. El nombre popular de «jesuatos» obedece a la constante invocación que hacían del santísimo nombre de Jesús en sus oraciones y en su predicación.

Algunos rasgos chocantes de su vida hicieron a Juan y a sus compañeros sospechosos de herejía, hasta el punto de que fueron denunciados a la Inquisición. Las autoridades civiles de Siena, considerándolos vecinos al menos molestos, llegaron a expulsarlos de la ciudad. Este injusto destierro amplió el horizonte de su acción apostólica, pues, con este motivo, muchos poblados del entorno pudieron escuchar la palabra ardiente de Colombini. Todos admiraban la pobreza y la penitencia de los jesuatos: Arezzo, Città di Castello, Luca, Montalcino, Pisa, Florencia, Pistoia, acogieron a Colombini como a un santo. Se había convertido de bandido en el pregonero del nombre de Cristo por toda Toscana y Umbría. Sin polemizar con la Iglesia, más bien al contrario, en obediencia humilde, sin caer en los extremos rebeldes de los pauperistas *fraticelli*, se apoyaban en los ambientes laicales de la devoción organizada (hermandades de disciplinantes) tanto como en las autoridades diocesanas para renovar la Iglesia, que no necesita de reformadores sino de santos, los verdaderos transformadores de sí mismos y de los de-

más. Muchos obispos los comprendieron y ayudaron queriendo dar cauce canónico y protección de la curia romana a tan benéfico movimiento renovador.

No obstante, este fervor reformista suscitó también reacciones hostiles en parte del clero secular y de algunos franciscanos en aquel ambiente agitado en el que se preparaba el tan deseado regreso del Papa de Aviñón a Roma. En el interior de la sociedad, con el crecimiento, surgieron también disensiones entre los que preferían el camino de la pura contemplación y los que no querían ahogar su vitalidad apostólica en las celdas monásticas sino volcar toda su potencialidad en la misión evangelizadora.

El movimiento, ya muy extenso, estaba expuesto a desviaciones que preocupaban a Juan. Quería obtener la aprobación y el reconocimiento eclesial de su obra para protegerla de toda sospecha de connivencia con los heréticos *fraticelli*. Buscó el apoyo de los prelados más cercanos, los obispos de Siena, Arezzo, Città di Castello. Ellos le aconsejaron que recabara la aprobación papal de Urbano V, que regresaba de Aviñón. El Papa se acercó a Viterbo y desembarcó en el pequeño puerto de Cornetto el 4 de junio de 1367. Colombini, enfermo, temiendo no llegar a tiempo, envió por delante a Francisco Vincenti que presentó al Papa el proyecto de los jesuatos y sus ideales. Fue el primer encuentro con la curia pontificia y con su proverbial prudencia y lentitud. Se suscitaron suspicacias y ataques contra Juan, que al fin pudo entrevistarse con el Papa.

La comisión cardenalicia que se creó, debido a sus minuciosas investigaciones, produjo desánimo en algunos que terminaron por abandonar el grupo. No obstante, concluyó positiva y favorablemente. En el fondo estaba la urgente necesidad de discernir entre el integrismo pauperístico y rebelde de los *fraticelli* y la pura y noble intención religiosa y obediente de los jesuatos. Colombini y sus compañeros se habían apresurado a acoger al Papa y rendirle homenaje. Urbano V les recibió en audiencia y aprobó y bendijo su género de vida. Incluso, a sus expensas, les hizo revestirse de túnica blanca y manto oscuro y les dio como protector al cardenal de Aviñón, hermano suyo. Pero Juan no quedó satisfecho con el informe favorable, quería resolver el problema de la legitimación más a fondo. Decidió no volver in-

mediatamente a Siena. Se quedó en Viterbo con algunos de los hijos más fieles para redactar con el cardenal Angélico de Gri-moard una «forma vital» o regla para el grupo encuadrándola en los esquemas previstos por la tradición canónica.

Esta redacción modificaba parte de los elementos originales, pero servía para que los jesuatos fueran confirmados y reorganizados por Juan a la luz de las nuevas directrices concretas. En este clima de refundación, Colombini y sus compañeros emprendieron el regreso a Siena, pero el santo fundador, agotado por los trabajos, fue sorprendido por una fiebre maligna en Bolsena y su salud se fue agravando de modo alarmante. Trasladado a la abadía del Santísimo Salvador, junto a Acquapendente, falleció el 31 de julio de 1367. Dejaba a sus hijos en una situación fundacional no muy bien definida, pero su espíritu renovador y el legado valiosísimo de las *cartas*, con las que había mantenido vivas sus relaciones con los miembros dispersos de su grupo, son un tesoro y una prenda memorial que contiene el desarrollo de su experiencia religiosa original.

A estas cartas y al magnífico trabajo hagiográfico de F. Belcari debemos la memoria fiel de la ardiente y extraordinaria epopeya del espíritu que llevó a cabo Colombini. Su cuerpo fue llevado después al monasterio de Santa Bonda, donde toda la ciudad de Siena le rindió honores fúnebres. Juan Colombini no tuvo una beatificación oficial pero el papa Gregorio XIII lo incluyó en el *Martirologio romano*; y Paulo V le concedió misa y oficio en la diócesis de Siena y en las casas de los jesuatos. Estos, después de notable florecimiento en Italia y en España, fueron suprimidos por Clemente IX en 1668. Aunque su «forma vital» había sido reconocida en 1367, al año siguiente, 1368, fue revocada la aprobación oficial. Colombini había fundado también la rama femenina llamada «Pobres Jesuatas de la Visitación de Nuestra Señora», con la colaboración de una prima suya, Catalina Colombini, hija de un noble caballero de Siena, venerada también como beata. Las jesuatas estaban dedicadas a la oración y a la asistencia de los enfermos. Vivían de su trabajo y de las limosnas. Favorecida por el Señor con éxtasis y apariciones, Catalina rigió la comunidad más con su ejemplo que con el rigor de la disciplina; después de 22 años de vida religiosa murió el 20 de octubre de 1387. Las jesuatas se extinguieron en 1872.

Colombini nos ha legado 114 cartas. Se le atribuyen muchas composiciones himnicas de dudosa autoría. Ciertamente es suya la que comienza: «Diletto Giesucristo, chi ben t'ama...».

Uno de los más ilustres y famosos jesuatos fue el obispo de Ferrara, el Beato Juan Tavelli de Tossignano (1386-1446), que se hizo miembro de la congregación laical de los jesuatos diez años después de su fundación. Fue traductor de la Biblia y de los sermones de San Bernardo. A pesar de su resistencia le consagraron obispo en 1431. Como San Bernardino de Siena, fue gran propagandista de Dulcísimo Nombre de Jesús, que permanece estampado en las fachadas de las casas. Fue sepultado en la iglesia de los jesuatos con gran veneración.

El *Martirologio romano* actualmente en uso hace memoria de nuestro biografiado con este elogio: «En Acquapendente (Toscana), el tránsito del bienaventurado Juan Colombini, que, siendo rico mercader de telas, se convirtió a la pobreza y agrupó a sus discípulos en la orden de los jesuatos para que fueran pobres de Cristo y esposos de la dama pobreza». Se le representa con hábito blanco, capa marrón, cinturón de cuero, sandalias y nimbo o aureola con el nombre de Jesús.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

Acta sanctorum. Iulii, t.VII p.333-408.

BALBONI, D., «Tavelli, Giovanni, vescovo di Ferrara (1386-1446)», *Bibliotheca sanctorum*. XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) col.151.

BELCARI, F., *Vita del Beato Giovanni Colombini da Siena* (Parma 1839).

BENVENUTI, A., «Juan Colombini», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos*, I (Madrid 2000) 1292-1295.

FANTOEZI, D. (ed.), *Lettere del Beato Giovanni Colombini da Siena* (Lanciano 1925).

PROJA, G. B., «Colombini, Giovanni», en *Bibliotheca sanctorum*. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1963) cols.121-122.

SAN JUSTINO DE JACOBIS

Obispo († 1860)

La vida de Justino de Jacobis es una apología de la vida interior. Su vida mística tiene auténticas raíces en la abnegación de sí mismo por la humildad y la mortificación y se vierte ente-

ra en obras de caridad y apostolado. Hasta los treinta y nueve años es el misionero más popular del reino de Nápoles, con fama de santo y taumaturgo. Después es el apóstol de la unidad en Etiopía, donde llega a incorporar a la Iglesia romana a doce mil cismáticos, según los cálculos sobrios del *Breviario romano*. Su muerte en el campo, como la de San Francisco Javier, corona gloriosamente su vida.

Con su vida se confunde, en parte, la de Ghebra Miguel (cf. biografía el día 14 de julio, p.402), monje y sacerdote, mártir de la unidad en su patria de Abisinia.

Jacobis había nacido en San Fele, del reino de Nápoles, el 9 de octubre de 1800. Su madre, Josefina Muccia, pone especial interés en su formación religiosa. Un día su padre comprueba: «Nuestro Justino es un ángel». A los dieciocho años ingresa en la Congregación de la Misión, en la famosa casa *Dei Vergini*, centro de la espiritualidad napolitana en el momento. Allí se enseña aún la tribuna donde más tarde es fama que pasó una noche entera en éxtasis.

A los treinta y nueve años, la Santa Sede le nombra «vicario apostólico de Etiopía y países limítrofes». Abisinia es un país de altas mesetas —entre dos y tres mil metros de altura—, separadas por valles profundos y montañas altísimas. Gracias a su geografía conservó su cristianismo en medio de la pleamar musulmana. Cerrada al catolicismo desde 1640, vive ahora un momento medieval en su organización política y social.

Sobre el terreno, los tres misioneros hacen el plan y se dividen el país como los apóstoles. El P. Sapeto ocupa el reino de Choa; el P. Montuori, el de Amhara, y el vicario apostólico se queda en el Tigré para mantener el contacto con Europa.

El ras Ubié, rey del Tigré, le autoriza para residir en Adua, y el misionero prepara la toma de contacto, desnudándose de europeo y vistiéndose de abisinio. Tal fue su acomodación, que a mons. Massaia le costó trabajo distinguirlo de los abisinios. Su apostolado en aquel momento es el único posible, el apostolado del testimonio. Reza, estudia, planea, visita a los enfermos, saluda cordialmente a las gentes y reparte la medalla de la Milagrosa, recientemente acuñada, ocupando con ella el terreno común entre cismáticos y católicos.

Justino de Jacobis se da cuenta de que el cisma en Etiopía persiste principalmente por el aislamiento. Un día dice a un grupo de sacerdotes y de monjes: «Yo quisiera llevaros a todos a Roma para que la vierais». Y he aquí que el príncipe Ubié, ganado por el trato evangélico del misionero, le pone al frente de una embajada que se dirige a El Cairo en busca de un obispo para toda Etiopía. Jacobis insinuó la conveniencia de pedir el obispo al papa, pero el príncipe no se decidió. En cambio, le daba permiso para llevar hasta Roma a los embajadores con una carta suya de cortesía para el papa.

Este viaje es decisivo en el apostolado de Jacobis. A su vuelta de Roma, estos abisinios —nobles, sacerdotes y monjes—, sin convertir aún, harán, a lo largo y a lo ancho del imperio, la mejor apología de la Iglesia católica y la propaganda de la santidad de Justino de Jacobis.

En este momento se cruza en su vida Ghebra Miguel, que, andando el tiempo, será su mejor colaborador.

Ghebra Miguel es el doctor más famoso de todo el imperio y representa en la embajada a los monjes de Gondar. Culmina su vida en la madurez de los cincuenta y tres años. Nacido en Kidane Meherett en 1788, a orillas del Nilo Azul, había estudiado con los monjes mientras éstos tuvieron algo que enseñarle. A los veinticinco años profesa la vida monacal. Después peregrina con sus discípulos de convento en convento con el único afán de consultar sus libros. Hecho maestro en Gondar, la escuela más famosa del país, descubre la inconsistencia de la teología copta, y por primera vez sospecha que su iglesia no está en posesión de la verdad. Incluido en la embajada, sólo piensa en la oportunidad de aclarar sus ideas en El Cairo y en Jerusalén.

Su encuentro con Jacobis no fue simpático. Jacobis era europeo y católico. La obligación era tolerarle, no más. Pero Ghebra era sincero, objetivo y justo, y la conducta de Jacobis, de pleno Evangelio, le conmovió.

Su ascensión hacia la luz va jalonada de fracasos en sus mejores planes de reforma religiosa. En la sede patriarcal de El Cairo no encuentra más que ignorancia y mala fe, que él mismo palpa por su propia mano. La visita a Roma y la familiaridad con Jacobis alumbran otra ruta en su alma.

Con todo, a su vuelta de Roma y Jerusalén arranca al viejo patriarca un decreto favorable a las dos naturalezas de Cristo, y, soñando aún con la unidad doctrinal de todo el país, llega a Gondar, pero el abuna se apodera del documento y se niega a publicarlo. Fue el golpe definitivo.

Poco después llama a las puertas de la misión católica de Adua, donde mons. Jacobis le recibe con alegría inmensa. Más tarde será ordenado sacerdote y meses antes de su martirio pide la entrada en la Congregación de la Misión.

Desde este momento, Ghebra Miguel toma parte en todas las obras de la misión. Enseña en el seminario y colabora en la composición de los libros necesarios para los seminaristas y en las obras de apologética destinadas a los cismáticos.

Mientras tanto, el espíritu de Dios soplabla sobre las almas en Abisinia, y no había día en que no llamasen a sus puertas nuevos convertidos. Justino de Jacobis se multiplicaba en todas las direcciones, pero al mismo tiempo planeaba con sabiduría. Pensaba en la persistencia de su obra por medio del clero nativo y en su propio rito copto. Por eso el seminario era su obra más querida. Con un método paternal de contacto inmediato con los seminaristas, llegó a ordenar a unos treinta sacerdotes. Casi todos hicieron una labor hermosa en la misión y muchos confesaron a Cristo en el tormento.

Jacobis no tomaba parte permanente en las tareas escolares, pero era el alma del seminario. Más bien se reservaba para la expansión misionera. Viajaba sin cesar en todas las direcciones. Precedido de la fama de su santidad, abríasele todas las puertas. Los jefes de tribu poníanse a su disposición y los monasterios le recibían con alegría y admiración. Entre los monjes charla familiarmente con ellos, plantea con naturalidad el problema religioso y resuelve las dificultades y en todas partes incorpora nuevos adeptos a la Iglesia católica. En estos viajes, Ghebra Miguel era a su lado la mejor apología del catolicismo. El gran maestro conocía por sí mismo los enredos de las dificultades, y en sus manos se sueltan solas. Con frecuencia, Jacobis se hace acompañar de un grupo de alumnos al estilo de los doctores del país, y hace una figura conmovedora aprovechando los descansos obligados para las lecciones y los actos de piedad.

Un momento llegaron a soñar en una conversión masiva de Etiopía; pero el enemigo no descansaba. Los protestantes sembraban la confusión y no siempre jugaron limpio. El abuna Salama —único obispo en todo el imperio— no le perdonaba que Jacobis fuese también el abuna Yakob, y no perdía ocasión de perseguirle en su persona, en las casas de la misión o en las personas de los convertidos. Hubo momentos de persecución general. A esto se añadió en algunos momentos la calumnia y la desconfianza de los superiores.

En la persecución del emperador Teodoro es encarcelado con un grupo de cristianos; pero esta vez sólo Ghebra Miguel es seleccionado para el holocausto. Trece meses duró su cautiverio, sin que pudieran doblegar su espíritu ni promesas, ni amenazas, ni el terrible *ghenz* —cepo abisinio— que agarrotó sus piernas durante la mayor parte de este tiempo. Golpeado por orden del tirano en el único ojo sano que tenía, apareció más luminoso que nunca después del tormento, cuando todos pensaban verle ciego. Murió en el campamento del tirano, donde unos soldados semibárbaros ya le veneraban como santo.

Al maestro le sorprendió la muerte cinco años después también en el campo, en el camino de Hallay, en medio de sus discípulos. Tres horas antes comprendió que se moría. Se confesó y luego fue dando el último consejo y la última bendición. A los monjes les recordó cómo había pensado agruparles en comunidad y cómo no había tenido tiempo de realizar la empresa. A los seminaristas les dijo: «Caminad siempre y con diligencia por el camino del bien».

Por fin, recibida la extremaunción, a la sombra de una mimosa, con una piedra por almohada, rindió su alma al Señor.

EMILIO CID, CM

Bibliografía

- PANE, S., CM, *Il Beato Giustino de Jacobis* (Nápoles 1949). (Tiene una nota bibliográfica completa).
- HERRERA, J., CM, *Abuna Yakob* (Madrid 1951). (Tomo II de *Hacia las tierras del Negus*).
- *Hacia las tierras del Negus* o *El Beato Justino de Jacobis de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paul* (Madrid 1946).
- *Vida del bienaventurado Abba Ghebra Miguel* (Madrid 1927).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO EVERARDO HANSE

Presbítero y mártir († 1581)

Nace en Northampton en 1545 en el seno de una familia protestante. Parece que estudia en Cambridge y que se hace ministro anglicano y que le fue otorgado un beneficio. Pero a raíz de una grave enfermedad examina los fundamentos de su profesión religiosa y temiendo morir de aquella enfermedad sin estar dentro de la verdadera Iglesia, llama a un hermano suyo que se había hecho sacerdote católico y le pide que lo admita en el seno del catolicismo, renunciando seguidamente a su beneficio anglicano.

Se decide por el sacerdocio y en 1580 marcha a Reims, siendo ordenado sacerdote el 25 de marzo de 1581. Seguidamente vuelve a Inglaterra. Estaba visitando a unos presos católicos cuando levanta sospechas y es preguntado si era sacerdote católico, a lo que contesta afirmativamente, siendo detenido el 26 de junio de 1581 en la cárcel de Newgate. En el interrogatorio se intentó confundirlo pero sorteó todas las insidias y mostró su fidelidad a la Reina en los asuntos temporales. Fue condenado a muerte como traidor (28 de julio de 1581). Desde la prisión escribe una carta conmovedora a su hermano sacerdote, manifestándose dispuesto a llevar hasta el final la cruz de Cristo. Cuando lo sacaron para la ejecución repetía: «¡Oh día feliz!». Ahorcado por breve espacio, cayó vivo al suelo y así fue desuartizado. Su corazón saltó de la hoguera cuando lo echaron a ella. Era el 31 de julio de 1581. Fue beatificado el 30 de julio de 1886 por el papa León XIII.

*BEATO JUAN FRANCISCO JARRIGE DE LA
MORÉLIE DU BREUIL*

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Saint-Yrieux el 11 de enero de 1752 en una familia muy religiosa. Estudia en Angers y Poitiers y en octubre de 1776 entra en el seminario de ordenandos en Limoges para pre-

pararse al sacerdocio, que recibe al poco. Consigue una canonjía en el cabildo de su pueblo natal, del que era decano su tío. Con los demás canónigos en 1790 él protesta cuando los cabildos son suprimidos. Se niega a prestar el juramento a la constitución civil del clero pero a causa de su mala salud no emigra. Para evitar la deportación, presta el juramento de libertad-igualdad, pero se retracta al poco, lo que le vale el arresto y la ida a Limoges, donde es detenido en La Règle. Es condenado a la deportación como sacerdote refractario y parte para Rochefort el 29 de marzo de 1794. Embarcado en *Les Deux Associés*, muere el 31 de julio de 1794 a causa de las miserias padecidas, y es enterrado en la isla de Aix. Murió tuberculoso, luego de cuatro meses de languidecer en el barco-hospital entre muertos y moribundos. Soportó con gran paciencia y entereza de alma su enfermedad y dolores, muy arrepentido de haber prestado el citado juramento, pero confiando en la misericordia de Dios. Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995.

*SANTOS PEDRO DOAN LONG QUY Y MANUEL
LE VAN PHUNG*

Mártires († 1859)

El 31 de julio de 1859 fueron sacados, fuertemente escoltados, de la cárcel donde habían estado los últimos meses dos cristianos tonquineses: uno de ellos era sacerdote, el otro seglar y padre de familia. Llegados a Cay Met, junto a Chau Doc, el sacerdote entregó su sombrero como pequeño obsequio a un joven que en la prisión le había atendido con gran afecto. El seglar se arrodilló ante el sacerdote y le pidió la absolución, que éste le dio emocionado. Entonces se arrodilló a su vez el sacerdote y ofreció su cuello al verdugo, que le cortó la cabeza. Seguidamente el seglar fue estrangulado. Éstos son sus datos personales.

El sacerdote se llamaba PEDRO DOAN LONG QUY o Pedro Qui, como también se le llama. Había nacido en Bung, provincia de Gia-Dinh, en 1826. Siguiendo la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Penang y terminados los estudios se ordenó sacerdote, siendo enviado como vicepárroco a Cai-

Mong. Aquí demostró un gran celo apostólico y una gran valentía en la difusión del evangelio. Luego fue enviado a Dau Nuoc, en la isla de Cu-Lao-Gieng, donde prosiguió con gran entrega su labor, viéndose que no tenía miedo alguno a la muerte. Aquí tenía como catequista al que sería su compañero de martirio. Estaba en su casa cuando fue descubierto. Llamado, salió fuera y se encontró con trescientos soldados que habían venido a asegurar su captura. No tuvo reparo en confesar claramente su condición de cristiano y sacerdote. Fue arrestado y con él el catequista y otros treinta y dos cristianos. Llevado a la cárcel de Chau Doc, resultaron vanos los intentos de hacerlo apostatar, por lo que fue condenado a muerte y quedó en la prisión a la espera de la confirmación real de la sentencia. Para ir al martirio se puso sus mejores vestidos.

MANUEL LE VAN PHUNG o Manuel Phung, como también se le llama, había nacido en Dua Nuoc hacia el año 1800. Cristiano fervoroso, casado y padre de familia, era muy celoso de la gloria de Dios y del progreso del evangelio, erigiendo él a sus propias expensas una iglesia, un convento de religiosas y un colegio. Su dinero además lo utilizó para ganarse al subprefecto de la provincia, de forma que todas las denuncias contra él como cristiano venían a terminar en nada. Dos despechados, sin embargo, dándose cuenta de que eran inútiles las denuncias ante el subprefecto, se fueron directamente al gobernador, diciéndole que en casa de Manuel había un sacerdote. El gobernador mandó los trescientos soldados mencionados. Manuel, catequista y colaborador asiduo de la misión cristiana, fue arrestado junto con el P. Pedro Qui, y con él llevado a la prisión de Chau Doc. En la cárcel siguió haciendo un intenso apostolado. Pudieron visitarlo sus hijos, a quienes les rogó que llevasen su cuerpo, tras el martirio, a su pueblo y lo enterrasen en la iglesia. Juzgado como cristiano, confesó la fe, se negó a apostatar y fue condenado a muerte por estrangulamiento.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

**BEATOS DIONISIO VICENTE RAMOS Y FRANCISCO
REMÓN JÁTIVA**

Religiosos y mártires († 1936)

El 31 de julio de 1936 eran fusilados en Granollers, Barcelona, dos religiosos franciscanos conventuales por su sola condición de creyentes en Jesucristo. Eran el sacerdote Dionisio Vicente Ramos y el hermano Francisco Remón Játiva. El primero había nacido en Caudé, provincia de Teruel, el 9 de octubre de 1871. Decidido a seguir la vocación religiosa, pidió ingreso en la rama de los conventuales de la Orden de Menores, ingresando en el noviciado de Montalto, Italia, el año 1886. Hecha la profesión religiosa, pasó a estudiar filosofía en el convento de Bagnoregio y luego fue enviado a Roma para el estudio de la teología, ordenándose sacerdote en 1894. Sirvió a su Orden como docente en Roma, luego pasó como vicario cooperador a Civitavecchia y Anzio, y luego confesor a Loreto y después los superiores decidieron su vuelta a España. Estuvo en Granollers como rector y guardián y lo reclamaron de Italia para que en los años 1930-1932 fuera maestro de novicios en Brescia. Regresado a España y destinado a Granollers, padecía una grave enfermedad de la vista, y por ello se dedicó principalmente al confesonario. Era un hombre de gran fe, caridad y celo apostólico.

Por su parte el hermano Francisco Remón Játiva había nacido en el mismo pueblo de Caudé, Teruel, el 3 de septiembre de 1890. Decidido por la vocación religiosa, ingresó en el convento de Granollers de los franciscanos conventuales en 1906, pasando a Asís para hacer el noviciado, y emitiendo por fin la profesión solemne el año 1916. Quedó en Asís durante los años 1914-1935 como sacristán y como belenista, especialidad ésta en la que cosechó grandes éxitos. Destinado a Granollers en 1935, allí le llegó la hora del martirio. Se ocultó primeramente en casa de un amigo, pero cuando buscaba otro fue reconocido y arrestado. Recibió una paliza que le provocó una hemorragia interna y fue llevado al hospital. De aquí salió para ser martirizado.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa de Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JAIME BUCH CANALS

Religioso y mártir († 1936)

Jaume Buch Canals nació en Bescanó, provincia de Gerona, el 6 de abril de 1889. Al cumplir los 14 años se colocó en la Granja Escuela de San Isidro, de Gerona-Pont Major. En 1909 decidió su vocación salesiana y entró en la congregación. Hecho el noviciado y la profesión religiosa, en 1914 se le envió a Alicante como parte del grupo fundacional del colegio de esta ciudad. Aquí estuvo hasta que, proclamada la República en abril de 1931, al mes siguiente la casa salesiana era entregada al fuego por los enemigos de la Iglesia. En 1934 fue enviado a Valencia y aquí estaba cuando se declaró la guerra el 18 de julio de 1936. Fue encarcelado junto con los demás religiosos y puesto en libertad el día 29 de aquel mes. No halló una familia que lo acogiera, y por fin se acogió con otro compañero en la clínica de un exalumno. A la mañana siguiente salió a buscar comida, llevando la documentación del compañero, en la que figuraba la condición de sacerdote. Sólo se sabe que su cadáver fue llevado al cementerio de Valencia con la identidad del compañero.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa de Valencia de los años 1936-1939.

BEATO MIGUEL OZIEBLOWSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nació en el seno de una familia obrera y numerosa en Izdebnó, Polonia, el 28 de septiembre de 1900. Ingresó en el seminario a los 22 años, pero contrajo la tuberculosis y estuvo a punto de tener que desistir de su vocación sacerdotal. Por fin pudo volver al seminario en 1934 y ordenarse sacerdote en Varsovia el 11 de junio de 1938. Enviado a la parroquia de San Lorenzo de Kutno como coadjutor, llevó adelante con gran celo su misión. Ocupada Polonia por las tropas alemanas, fue arrestado el 6 de octubre de 1941 y llevado al campo de concentración de Lad. Al poco fue trasladado al campo de Dachau, donde no soportó los malos tratos, el hambre y los traba-

jos forzados, falleciendo de agotamiento el 31 de julio de 1942. Hombre piadoso y manso, dejó una estela de bondad en cuantos le conocieron. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

BEATO FRANCISCO STRYAS

Mártir († 1944)

Nace en Popowo, Polonia, el 26 de enero de 1882 en el seno de una familia de granjeros. Va unos años a la escuela y luego se integra en el trabajo de la granja. Llegado a la juventud contrae matrimonio con Josefa Kobyłka, con la que tiene siete hijos. Se muere su esposa siendo los hijos muy pequeños y se casa de nuevo con Josefa Leiman, viuda, con la que no tuvo hijos. Residió más tarde en Chelmce y luego en Takomysle. Persona grandemente religiosa y lleno de celo por la transmisión del evangelio a las nuevas generaciones, cuando comenzaron a escasear sacerdotes por estar presos o huidos, decidió él ocuparse de que los niños hicieran la primera comunión y para ello montó varios centros de catequesis, que él recorría a pie o en bicicleta, no importándole las incomodidades ni el peligro. El 20 de julio de 1944 fue arrestado, sometido a torturas y malos tratos, quedando tan maltrecho por ello que fallecía en la prisión de Kalisz el 31 de julio de dicho año. Fue beatificado por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999.

BEATA ZDENKA SCHELINGOVÁ

Virgen y mártir († 1955)

Zdenka Schelingová nace en Krivá, Orava, Eslovaquia, el 24 de diciembre de 1916, en el seno de una numerosa y cristiana familia, que vivía del trabajo en el campo. Hizo los estudios primarios entre 1922 y 1930; conoció el año 1929 a las Hermanas de la Caridad de la Santa Cruz, y su ejemplo la atrajo, decidiéndose por la vida religiosa. Hizo primero los estudios de enfermería en Podunajské Biskupice y se especializó en radiología. Concluidos éstos, ingresó en 1936 en dicha congregación y tras

hacer el noviciado profesó los votos religiosos el 30 de enero de 1937, eligiendo como nombre religioso el de hermana Zdenka. Primeramente fue destinada a trabajar como enfermera en Humenné, al oriente de Eslovaquia; en 1942 recibió una invitación del Estado para trabajar en el hospital público de Bratislava como ayudante de radiología.

Se dedicó siempre a su trabajo con entrega ejemplar, siendo una religiosa de profunda vida interior y gran caridad con todos, y teniéndola todos por modelo de enfermera y de religiosa. En 1948 los comunistas se hacen con el poder en Checoslovaquia y comenzó la persecución contra la Iglesia. Sor Zdenka perseveró firme en sus convicciones religiosas y en el cumplimiento de sus deberes. En febrero de 1952 ayudó a huir a un sacerdote detenido que se encontraba en el hospital para ser curado de las heridas causadas por las torturas de los interrogatorios, y le pidió al Señor lo salvara a cambio de su propia vida. Fue detenida el 29 de febrero de 1952 y debió pasar por interrogatorios, torturas y humillaciones; llevada a juicio el 17 de junio de 1952, fue condenada por el delito de traición al Estado a doce años de cárcel y diez de pérdida de sus derechos civiles. Hubo de pasar por varias cárceles, todas ellas muy duras, y de resultas de las torturas se le formó un tumor en un pecho y, además, se vio afectada por la tuberculosis.

Paciente, humilde y sacrificada, en medio de las torturas no tenía sino palabras de perdón para sus verdugos. El 7 de abril de 1955, para que no muriera en la cárcel, la amnistiaron y quedó en libertad nueve días después. Pero sólo duró hasta el 31 de julio de ese año en que, confortada con los santos sacramentos, moría en Trnava. Declarada verdadera mártir el 7 de julio de 2003, el papa Juan Pablo II la ha beatificado en Bratislava el 14 de septiembre del mismo año en el curso de su viaje apostólico a Eslovaquia.

APÉNDICE

1 de julio

LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

¡Canta, lengua, el misterio del Cuerpo glorioso y de la Sangre preciosa de Cristo; de esa Sangre, fruto de un seno generoso, que el Rey de las gentes derramó para rescate del mundo: «in mundi praetium»!

Pero, antes de que la lengua cante gozosa y el corazón se explaye en afectos de gratitud y amor, es necesario que medite la inteligencia las sublimidades del misterio de sangre que palpita en el centro mismo de la vida cristiana.

Hay tres hechos que se dan, de modo constante y universal, a través de la historia del hombre: la religión, el sacrificio y la efusión de sangre.

Los más eminentes antropólogos han considerado la religiosidad como uno de los atributos del género humano. La función céntrica de toda forma religioso-social ha sido siempre el sacrificio. Éste se presenta como la ofrenda a Dios de alguna cosa útil al hombre, que la destruye en reconocimiento del supremo dominio del Señor sobre todas las cosas y con carácter expiatorio. Por lo que se refiere a la efusión de sangre, observamos que el sacrificio —al menos en su forma más eficaz y solemne— importa la idea de inmolación o mactación de una víctima, y, por lo mismo, el derramamiento de sangre, de modo que no hay religión que, en su sacrificio expiatorio, no lleve consigo efusión de sangre de las víctimas inmoladas a la divinidad.

La sangre es algo que repugna y aparta, sobre todo si se trata de sangre humana. Sin embargo, en los altares de todos los

pueblos, en el acto cumbre en que el hombre se pone en relación con Dios, aparece siempre sangre derramada.

Así lo hace Abel, a la salida del paraíso (Gén 4,4), y Noé, al abandonar el arca (Gén 8,20-21). El mismo acto repite Abrahán (Gén 15,10). Y sangre emplea Moisés para salvar a los hijos de Israel en Egipto (Éx 12,13), para adorar a Dios en el desierto (Éx 14,6) y para purificar a los israelitas (Heb 9,22). Una hecatombe de víctimas inmoladas solemnizó la dedicación del templo de Salomón.

Y no es sólo el pueblo escogido el que hace de la sangre el centro de sus funciones religiosas más solemnes, sino que son también los pueblos gentiles; en ellos encontramos igualmente víctimas y altares de sacrificio cubiertos de sangre, como lo cuentan Homero y Herodoto en la narración de sus viajes.

Adulterado el primitivo sentido de la efusión de sangre, en el colmo de la aberración, llegaron los pueblos idólatras a ofrecer a los dioses falsos la sangre caliente de víctimas humanas. Niños, doncellas y hombres fueron inmolados, no sólo en los pueblos salvajes, sino también en las cultas ciudades. Y todavía, cuando los conquistadores españoles llegaron a México, quedaron horripilados a la vista de los sacrificios humanos. Los sacerdotes idólatras sacrificaban anualmente miles de hombres, a los que, después de abrirles vivos el pecho, sacaban el corazón palpitante para exprimirlo en los labios del ídolo.

El hecho histórico, constante y universal, del derramamiento de sangre como función religiosa principal de los pueblos encierra en sí un gran misterio, cuya clave para descifrarlo se halla entre dos hechos también históricos, uno de partida y otro de llegada, de los que uno plantea el tremendo problema y el otro lo resuelve, para alcanzar su punto culminante en el «himno nuevo», que eternamente cantan los ancianos ante el Cordero sacrificado (Ap 7,14), al que rodean los que, viniendo de la gran tribulación, lavaron y blanquearon sus túnicas en la Sangre del Cordero (ibid.), y vencieron definitivamente, por la virtud de la Sangre, al dragón infernal (cf. Ap 12,11).

El pecado original creó un estado de discordia y enemistad entre Dios y el hombre. Consecuencia del pecado fue la siguiente: Dios, en el cielo, ofendido; el hombre, en la tierra, ene-

migo de Dios, y Satanás, «príncipe de este mundo» (Jn 12,31), al que reduce a esclavitud.

En la conciencia del hombre desgraciado quedó el recuerdo de su felicidad primera, la amargura de su deslealtad para con el Creador, el instinto de recobrar el derecho a sus destinos gloriosos y el ansia de reconciliarse con Dios.

¡Y surge el fenómeno misterioso de la sangre! El hombre siente en lo más íntimo de su naturaleza que su vida es de Dios y que ha manchado esta vida por el pecado original y por sus crímenes personales. La voz de la naturaleza, escondida en lo íntimo de su conciencia, le exige que rinda al supremo Hacedor el homenaje de adoración que le es debido, y, después de la caída desastrosa, le reclama una condigna expiación. Adivina el hombre la fuerza y el valor de la sangre para su reconciliación con Dios, pues en la sangre está la vida de la carne, ya que la sangre es la que nutre y restaura, purifica y renueva la vida del hombre; sin ella, en las formas orgánicas superiores, es imposible la vida: al derramarse la sangre sobreviene la muerte.

Por otra parte, si en la sangre está la vida —vida que manchó el pecado—, extirpar la vida será borrar el pecado. De ahí que el hombre, llevado por su instinto natural, se decide a «hacer sangre», eligiendo para este oficio a «hombres de sangre», como han llamado algunas razas a sus sacerdotes, para que, con los sacrificios cruentos, rindan, en nombre de todos, homenaje y expiación a la divinidad. Dios mostró su agrado por estos sacrificios (Gén 4,4; 8,21) y consagró con sus mandatos esta creencia al ordenar el culto del pueblo hebreo (Lev 1,6; 17,22).

La sangre, por representar la vida, fue entonces elegida como el instrumento más adecuado para reconocer el supremo dominio de Dios sobre la vida y sobre todas las cosas y para expiar el pecado. Por eso Virgilio, al contemplar la efusión de sangre de la víctima inmolada, dirá poéticamente que es el alma vestida de púrpura la que sale del cuerpo sacrificado (*Eneida*, 9,349).

Pero como el hombre no podía derramar su propia sangre ni la de sus hermanos, buscó un sustituto de su vida en la vida de los animales, especialmente en la de aquellos que le prestaban mayor utilidad, y los colocó sobre los altares, sacrificándolos.

los en adoración y en acción de gracias, para impetrar los dones celestes y para que le fueran perdonados sus pecados. He aquí descifrado el misterio del derramamiento de sangre. Su universalidad hace pensar si sería Dios mismo el que enseñara a nuestros primeros padres esta forma principal del culto religioso.

Los sacrificios gentílicos, aun en medio de sus aberraciones, no eran otra cosa que el anhelo por la verdadera expiación. Por eso se ofrecían animales inmaculados o niños inocentes, buscando una ofrenda enteramente pura. Pero vana era la esperanza de reconciliación con Dios por medio de los animales: no hay paridad entre la vida de un animal y el pecado de un hombre (cf. Heb 10,4). Era inútil para ello la efusión de sangre humana, de niños y doncellas, que eran sacrificados a millares: no se lava un crimen con otro crimen, ni se paga a Dios con la sangre de los hombres.

Quedaban los sacrificios del pueblo judío, ordenados y queridos por Dios, pero en ellos no había más que una expiación pasajera e insuficiente.

Los sacrificios judaicos, especialmente el sacrificio del cordero pascual y el de la expiación, tenían por fin principal anunciar y representar el futuro sacrificio expiatorio del Redentor (Heb 10,1-9). Estos sacrificios no tenían más valor que su relación típica con un sacrificio ideal futuro, con una sangre inocente y divina que había de derramarse para nivelar la justicia de Dios y poner paz entre él y los hombres (cf. Cor 2,17). Todo el Antiguo Testamento estaba lleno de sangre, figura de la Sangre de Cristo, que había de purificarnos a todos y de la que aquélla recibía su eficacia. Los sacrificios del Antiguo Testamento eran, en efecto, de un valor limitado, pues su eficacia se reducía a recordar a los hombres sus pecados y a despertar en ellos afectos de penitencia, significando una limpieza puramente exterior, por medio de una santidad legal, que se aviniera con las intenciones del culto, pero que no podía obrar su santificación interior.

Por lo demás, Dios sentía ya hastío por los sacrificios de animales, ofrecidos por un pueblo que le honraba con los labios, pero cuyo corazón estaba lejos de él (cf. Mt 15,8). «¿Si todo es mío! ¿Por qué me ofrecéis inútilmente la sangre de animales, si

me pertenecen todos los de las selvas? No ofrezcáis más sacrificios en vano» (Is 1,11-13; 40,16; Sal 49,10).

Para reconciliar al mundo con Dios se necesitaba sangre *limpia*, incontaminada; sangre *humana*, porque era el hombre el que había ofendido a Dios; pero sangre de un valor tal que pudiera aceptarla Dios como *precio* de la redención y de la paz; sangre *representativa* y *sustitutiva* de la de todos los hombres, porque todos estaban enemistados con Dios. ¡Ninguna sangre bastaba, pues, sino la de Cristo, Hijo de Dios!

Esta sola es incontaminada, como de Cordero inmaculado (1 Pe 1,19); de valor infinito, porque es sangre divina; representativa de toda la sangre humana manchada por el pecado, porque Dios cargará a este su divino Hijo todas las iniquidades de todos los hombres (Is 53,6).

Si los hombres tuvieron facilidad para venderse, observa San Agustín, ahora no la tenían para rescatarse; pero aún más, no tenían siquiera posibilidad de ello. Y el Verbo de Dios, movido por un ímpetu inefablemente generoso de amor, al entrar en el mundo le dijo al Padre: «Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron; entonces dije: “Heme aquí presente”» (Heb 10,5-7). Y ofreciendo su sacrificio, con una sola oblación, la del Calvario, perfeccionó para siempre a los santificados (Heb 10,12-14). Y el hombre, deudor de Dios, pagó su deuda con precio infinito; alejado de Él, pudo acercarse con confianza (Heb 10,19-22); degradado por la hecatombe de origen, fue rehabilitado y restituido a su primitiva dignidad. Se había acabado todo lo viejo; la reconciliación estaba hecha por medio de Jesucristo; Dios y el hombre habían sido puestos cerca por la Sangre de Cristo Jesús. Todo había sido reconciliado en el cielo y en la tierra por la Sangre de la Cruz (2 Cor 5,18-19; Ef 2,16; Col 1,20).

La sangre real de Cristo (Lc 1,32; Ap 22,16), divina y humana, sangre preciosa, precio del mundo, había realizado el milagro. El rescate fabuloso estaba pagado. «Nada es capaz de ponerse junto para compararla, porque realmente su valor es tan grande que ha podido comprarse con ella el mundo entero y todos los pueblos» (San Agustín).

Pudo Jesucristo redimir al mundo sin derramar su sangre; pero no quiso, sino que vivió siempre con la voluntad de derramarla por entero. Habría bastado una sola gota para salvar a la humanidad; pero Jesús quiso derramarla toda, en un insólito y maravilloso heroísmo de caridad, fundamento de nuestra esperanza.

«¡Oh generoso amigo, que das la vida por tus amigos! ¡Oh Buen Pastor, que te entregaste a la muerte por tus ovejas!» (Jn 15,13; 10,15). ¡Y nosotros no éramos amigos, sino pecadores! Jesucristo se nos presenta como el Esposo de los Cantares, cándido y rubicundo; por su santidad inmaculada, más blanco que la nieve; pero con una blancura como la de las cumbres nevadas a la hora del crepúsculo, siempre rosada por el anhelo, por la voluntad, por el hecho inaudito de la total efusión de su sangre redentora.

«¡Sangre y fuego, inestimable amor!», exclamaba Santa Catalina de Siena. «La flor preciosa del cielo, al llegar la plenitud de los tiempos, se abrió del todo y en todo el cuerpo, bañada por rayos de un amor ardentísimo. La llamarada roja del amor refulgió en el rojo vivo de la sangre» (San Buenaventura).

Las tres formas legítimas de religión con las que Dios ha querido ser honrado a lo largo de los siglos (patriarcal, mosaica y cristiana) están basadas en un pacto que regula las relaciones entre Dios y el hombre; pacto sellado con sangre (Gén 17, 9-10,13; Éx 24,3-8; Mt 26,8; Mc 14,24; Lc 22,20; 1 Cor 11,25). La sangre purísima de Jesucristo es la sangre del pacto nuevo, del Nuevo Testamento, que debe regular las relaciones de la humanidad con Dios hasta el fin del mundo.

Cada uno de estos pactos es un mojón de la misericordia de Dios, que orienta la ruta de la humanidad en su camino de aproximación a la divinidad: caída del hombre, vocación de Abrahán, constitución de Israel, fundación de la Iglesia.

Todo pacto tiene su texto. El texto del Nuevo Testamento es el Evangelio en su expresión más comprensiva, que significa el cúmulo de cosas que trajo el Hijo de Dios al mundo y que se encierran bajo el nombre de la «Buena Nueva». Buena Nueva que comprende al mismo *Jesucristo*, alfa y omega de todo el sistema maravilloso de nuestra religión; la *Iglesia*, su cuerpo místico,

con su ley, su culto y su jerarquía; los *sacramentos*, que canalizan la gracia, participación de la vida de Dios, y el texto precioso de los sagrados Evangelios y de los escritos apostólicos, llamados por antonomasia el Nuevo Testamento, luz del mundo y monumento de sabiduría del cielo y de la tierra.

Además, el pacto lleva consigo *compromisos* y *obligaciones* que Cristo ha cumplido y sigue cumpliendo, y debe cumplir también el cristiano. Antes de ingresar en el cristianismo y de ser revestidos con la vestidura de la gracia hicimos la formalización del pacto de sangre, con sus renunciaciones y con la aceptación de sus creencias. «¿Renunciáis?... ¿Crees?...», nos preguntó el ministro de Cristo. «¡Renuncio! ¡Creo!». «¿Quieres ser bautizado?». «¡Quiero!». Y fuimos bautizados en el nombre de la Trinidad Santísima y en la muerte de Cristo, para que entendiéramos que entrábamos en la Iglesia marcados con la sangre del Hijo de Dios. Quedó cerrado el pacto, por cuyo cumplimiento hemos de ser salvados. «La sangre del Señor, si quieres, ha sido dada para ti; si no quieres, no ha sido dada para ti. La sangre de Cristo es salvación para el que quiere, suplicio para el que la rehúsa» (*Serm.* 31, lec.9, Brev. in fest. Pret. Sanguinis).

El pacto de paz y reconciliación tendrá su confirmación total en la vida eterna. «Entró Cristo en el cielo —dice Santo Tomás— y preparó el camino para que también nosotros entráramos por la virtud de su sangre, que derramó en la tierra» (3 q.22 a.5).

«No os pertenecéis a vosotros mismos. Habéis sido comprados a alto precio. Glorificad, pues, y llevad a Dios en vuestro cuerpo», advierte San Pablo (1 Cor 6,19-20). Glorificar a Dios en el propio cuerpo significa mantener limpia y radiante —por una vida intachable y una conducta auténticamente cristiana— la imagen soberana de Dios, impresa en nosotros por la creación, y la amable fisonomía de Cristo, grabada en nuestra alma por medio de los sacramentos. Si nos sentimos débiles, vayamos a la misa, sacrificio del Nuevo Testamento, y acerquémonos a la comunión para beber la sangre que nos dará la vida (Jn 6,54).

En esta hora de sangre para la humanidad sólo los rubíes de la sangre de Cristo pueden salvarnos. Con Catalina de Siena, «os

suplico, por el amor de Cristo crucificado, que recibáis el tesoro de la Sangre, que se os ha encomendado por la Esposa de Cristo», pues es sangre dulcísima y pacificadora, en la que «se apagan todos los odios y la guerra, y toda la soberbia del hombre se relaja».

Si para el mundo es ésta una hora de sangre, para el cristiano ha sonado la hora de la santidad. Lo exige la sangre de Cristo. «Sed santos —amonestaba San Pedro a la primera generación cristiana—, sed santos en toda vuestra conducta, a semejanza del Santo que os ha llamado a la santidad [...] Conducíos con temor durante el tiempo de vuestra peregrinación en la tierra, sabiendo que no habéis sido rescatados con el valor de cosas percederas, el oro o la plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, que es como de Cordero incontaminado e inmaculado» (1 Pe 1,15-18).

Roguemos al Dios omnipotente y eterno que, en este día, nos conceda la gracia de venerar, con sentida piedad, la Sangre de Cristo, precio de nuestra salvación, y que, por su virtud, seamos preservados en la tierra de los males de la vida presente, para que gocemos en el cielo del fruto sempiterno (*Colecta de la festividad*).

¡Acuérdate, Señor, de estos tus siervos, a los que con tu preciosa sangre redimiste!

JUAN HERVÁS BENET

Bibliografía

- Art. en *Lexikon für Theologie und Kirche*. II: *Baronius bis Cölestiner* (Friburgo 21958) cols.401-402.
- GOMÁ, I., *Jesucristo redentor* (Barcelona 1943).
- HOLWECK, F. G., *Calendarium liturgicum festorum Dei et Dei Matris Mariae* (Filadelfia 1925) 235.
- PIAZZA, A., *La sangre preciosa de Cristo* (Madrid 1953).

7 de julio

SAN FERMÍN

Obispo de Pamplona († 553)

Pamplona era entonces Pompelon, una pequeña aglomeración urbana fundada por los romanos, presidiendo en el centro de la tierra navarra, sobre una pequeña meseta a las orillas del Arga, una llanura rodeada de montañas. Los vascos habitantes de esta llanura conocían esa población romana con el nombre de Iruña, es decir, la ciudad. Según Estrabón: «Sobre la Jaccetania, hacia el Norte, habitan los vascones, en cuyo territorio se halla Pompelon».

Pompelon, producto humano lógico, tenía para los romanos un valor estratégico, pero asimismo realizaba otra importante misión: reunía las ásperas montañas pirenaicas, tras las cuales se extendían los ubérrimos campos de Aquitania, con la comarca de las riberas colindantes con el Ebro. Pompelon era un punto de confluencia en el trazado de las vías romanas que atravesaban Navarra.

Aún no había cristianos en el país. Los más antiguos cuentos del folklore vasco, unos cuentos de textura esquemática que resuenan todavía desde un fondo de siglos, establecen la separación de dos mundos radicalmente distintos: el mundo cristiano y el mundo anterior a la evangelización del país. Hay en algunos de esos seculares cuentos, procedentes casi todos de una edad pastoril, alusiones claras a las primeras iglesuelas cristianas y al conjunto de prevenciones y de resistencias que su emplazamiento exaltaba entre los gentiles. El vasco introdujo en su milenario idioma el adjetivo «gentil» (*jentillak*, los gentiles), expresando así el mundo idolátrico de sus antepasados, desconocedores del cristianismo o refractarios a su introducción.

Todos los habitantes de la tierra vasca eran entonces gentiles, lo mismo que fuesen pastores en el campo que los avecindados en las aglomeraciones urbanas. Pompelon y sus habitantes pertenecían al mundo del paganismo. Entre esos habitantes se contaban Firmo, alto funcionario de la administración romana en la ciudad, y su esposa Eugenia, matrona de ilustre ascen-

dencia. Todo hace imaginar, sin embargo, que Firmo y Eugenia, aunque paganos, eran creyentes, que sus almas sentían aspiraciones mucho más allá de sus efigies tutelares predilectas. Firmo y Eugenia ofrendaban, sacrificaban en los altares de su culto con la sencilla fe del pueblo que creía en sus dioses con una pasión que durante casi medio milenio hizo frente al cristianismo, que avanzaba con fuerza arrolladora. En la fe pagana del pueblo había ardor y había vitalidad. Esto explica los mártires.

En la vida de Fermín, el hijo de Firmo y Eugenia, nos movemos en un mundo de conjeturas, pero la mención del nombre de la madre evoca la gran receptibilidad de las mujeres paganas a la nueva doctrina destinada a toda la humanidad, sin excluir de la esperanza a los más humildes y despreciados, y que traía un positivo consuelo a los desesperados y a los vacilantes.

Las viejas hagiografías describen a Firmo y Eugenia dirigiéndose al templo de Júpiter para ofrecer sacrificios, y detenidos en el camino a la vista de un extranjero que con dulce y grave palabra explicaba al pueblo la figura y la doctrina de Cristo. Al llegar aquí hay que imaginarse el amoroso ardor de aquellos humildes y eficaces apóstoles, mucho más cercanos que nosotros en el tiempo a la figura de Jesús.

Firmo y Eugenia invitaron a su hogar al extranjero, hondamente impresionados por el discurso de éste. Honesto, que así se llamaba el apóstol, explicó a aquéllos los fundamentos de la religión cristiana, y cómo venía de Tolosa de Francia, de donde le había enviado el santo obispo Saturnino, discípulo de los apóstoles, con la concreta misión de difundir en Pompelón la fe de Jesucristo. Las convincentes palabras de Honesto en la intimidad del hogar de Firmo conmovieron todavía más a éste, que no solamente dio a aquél esperanzas de convertirse al cristianismo, sino que, además, manifestó deseos de conocer a Saturnino.

El santo obispo de Tolosa no tardó mucho en acceder a los deseos de Firmo. Una cosa es la gran devoción de Pamplona y Navarra a San Saturnino, pero tiene sobre todo importancia ese recio resumen de su obra apostólica que acostumbran añadir los navarros a la mención del mártir y que vale por la mejor biografía: «San Saturnino, el que nos trajo la fe».

Cuentan que Saturnino evangelizó en Navarra más de cuarenta mil paganos, entre ellos a Firmo, Fausto y Fortunato, los tres primeros magistrados de Pompelón, y que, a impulsos de aquella ardorosa predicación, se construyó rápidamente la primera iglesia cristiana, que pronto resultó insuficiente.

Todos estos preliminares, un poco largos, resultan necesarios para explicar la figura de Fermín, el hijo de Firmo y Eugenia, niño de diez años de edad, que Honorato se encargó de modelar en el espíritu al quedar a la cabeza de la grey de Pompelón, vuelto ya Saturnino a Tolosa. La historia de Fermín, a esa grande e imprecisa distancia histórica, resulta demasiado lineal, pero no por eso menos reveladora del ardor de aquellos heroicos confesores de Jesucristo, íntimamente comprometidos a confesarlo dondequiera y en cualquier situación que fuese. Honesto, dedicando con afán sus esfuerzos al alma que él adivinó excepcional del niño Fermín, obtuvo que éste, ya para los dieciocho años, hablara en público con admiración de todos los oyentes. Firmo y Eugenia enviaron entonces a Fermín a Tolosa, poniéndole bajo la dirección de Honorato, obispo y sucesor de Saturnino. Éste, no menos admirado del talento y de la prudencia de Fermín, venciendo su modestia, le ordenó presbítero, consagrándolo después obispo de Pamplona, su ciudad natal.

El celo evangelista de Fermín en su tierra navarra emparejaba con el de su antecesor Saturnino. Al conjuro de la palabra entusiasta de Fermín los templos paganos se arruinaban sin objeto y los ídolos hacíanse pedazos: en poco tiempo el territorio fue llenándose de fervorosos cristianos.

Las devociones fundamentales de San Fermín eran precisamente las devociones fundamentales, dicho sea sin ánimo de paradoja: la Santísima Trinidad y la Santísima Virgen María. Invocando a la Santísima Trinidad, la devoción de las devociones, operaba milagros tan prodigiosos que los gentiles en Navarra y en las Galias llegaron a mirarle como un dios. Vamos a dejar a un lado la leyenda. Digamos en lenguaje actual que el amor de Dios inflamaba el alma de Fermín en una caridad milagrosa.

Fermín, después de ordenar suficiente número de presbíteros en su tierra, pasó a las Galias, cuyas regiones reclamaban el entusiasmo del joven obispo, pues a la sazón ardía en ellas fu-

riosa la persecución. La indiferencia ante la persecución constituía en Fermín otra manera de predicar y no precisamente la menos eficaz. Los paganos de Agen, de la Auvernia, de Angers, de Anjou, en el corazón de las Galias, y también en Normandía, quedaban admirados de aquella presencia que daba sereno testimonio de Cristo, indiferente a todos los peligros. El ansia tranquila del martirio movía a Fermín.

Esta ansia dirigió a Fermín hacia Beauvais, donde el presidente Valerio sostenía una crudelísima persecución contra todo lo que tuviera nombre de cristiano. Fermín, encerrado muy a poco de llegar, habría muerto en la prisión, víctima de durísimas privaciones y sufrimientos, de no haber acaecido la muerte de Valerio, circunstancia que el pueblo creyente aprovechó para ponerlo en libertad. La fama de su entereza moral y su gesto de comenzar a predicar públicamente a Jesucristo tan pronto como salió de la cárcel movieron en aquella ocasión eficazmente el corazón de muchos paganos, que juntamente con los viejos cristianos, contagiados todos ellos del entusiasmo de Fermín, edificaron iglesias por todo el territorio.

A Fermín, infatigable, se le señala en la Picardía y más tarde, de regreso de una correría por los Países Bajos, otra vez en la ciudad de Amiens, capital de aquella región, en donde había de encontrar gloriosa muerte. La cercanía intuida del martirio acrecentó más todavía su santa indiferencia y el entusiasmo de Fermín, ya incontenible en su empeño de predicar a Jesucristo. Por otra parte, la fe de Fermín seguía operando prodigios asombrosos, comparables a los de los primeros apóstoles.

El pretor de Amiens, alarmado de aquel ascendiente, llamó a su presencia a Fermín; pero, prendado de su persona y de la sinceridad de sus palabras, mandó ponerle en libertad. Pero, como Fermín insistiera en predicar al pueblo la fe en Cristo, el pretor, volviendo de su acuerdo, ordenó encerrarlo en la prisión. La agitación del pueblo creyente, mal resignado con esta medida, determinó un miedoso y cruel impulso del pretor: mandó cortar la cabeza a San Fermín en la misma cárcel. En medio de la consternación de los cristianos, un tal Faustiniense, convertido por San Fermín, tuvo el valor de atreverse a rescatar el cuerpo decapitado para enterrarlo provisionalmente en una

de sus heredades, y más tarde, con todo sigilo, trasladó los restos de aquel gran devoto de María a una iglesia que el mismo San Fermín había dedicado a la Santísima Virgen.

JOSÉ DE ARTECHE

Bibliografía

- AROCENA, F., *El País Vasco visto desde fuera* (San Sebastián 1949).
 CARO BAROJA, J., *Historia de la cultura española: España primitiva y romana* (Barcelona 1957).
 — *Los vascos. Etnología* (San Sebastián 1949; Madrid ⁸1986).
 IRIBARREN, M., *Navarra. Ensayo de biografía* (Madrid 1956).
 MAÑÉ y FLAQUER, J., *El oasis. Viaje al país de los Fueros*, 3 vols. (Barcelona 1878-1880).
 URABAYEN, L., *La vida de una ciudad reflejada en su solar y en sus piedras* (Pamplona 1952).
 • Actualización:
 ARRAIZA FRAUCA, J., *San Fermín patrono* (Pamplona 1989).
 — *San Fermín, el santo, la devoción, la fiesta* (Pamplona 2002).
 MARCO REAL, J., *Historia de San Fermín*, 2 vols. (Pamplona 2000).

20 de julio

SANTA LIBRADA

Virgen y mártir († s. IV)

A veces las leyendas sirven para exaltar a un personaje que en la vida real no tuvo tanto relieve; a veces para subrayar fuertemente algún aspecto verdadero del personaje, aspecto que se exalta cuando se lo aísla. Pero a veces las leyendas pueden gastar una mala pasada cuando, con sus inverosimilitudes y fantasías, de tal modo tapan al personaje real que lo vuelven irreconocible e incluso hacen dudar de su existencia. Éste es el caso de Santa Librada, virgen y mártir, otrora patrona de la Diócesis de Sigüenza y cuya memoria se celebraba con máximo rango litúrgico, y ahora rebajada esa celebración hasta no ser ya patrona de la diócesis, sitio ocupado por la Asunción de la Virgen María, y no celebrada sino con la mínima categoría de memoria libre.

La culpa es de la leyenda, una leyenda que se enroscó en la memoria de la santa y que llevó a pensar que se estaba frente a un personaje fabuloso, que ni siquiera merecía ser recordado en el culto católico, condenando su devoción a una extinción plena. La sabiduría de algunos hijos de Sigüenza, que no pudieron impedir se la borrara del patronato, ha conseguido que al menos se la celebre cada año por parte de quienes quieran celebrarla, y aunque el nuevo *Martirologio romano* no se ha dignado conmemorarla, pero su memoria ha quedado reivindicada, máxime cuando un italiano —Attilio Bislenghi (cf. bibliografía)— ha contado con serenidad y claridad histórica los mil años de amor y devoción a Santa Librada por parte de la eximia diócesis de Sigüenza.

Dos puntos tenemos que tratar en esta semblanza biográfica: uno, qué sabemos sobre la persona de Santa Librada, y dos, cuál ha sido la génesis y el íter de su devoción en la Iglesia seguntina.

Lo que con seguridad sabemos sobre Santa Librada es bien poco, pero diríamos que suficiente, pues de otros muchos mártires que están en los santorales apenas sabemos más. Pues podemos decir con plena seguridad histórica que hubo una virgen y mártir de Cristo llamada Librada, que padeció en Aquitania donde fue venerado su sepulcro, y que este martirio se remite con la mayor probabilidad a la época final de las persecuciones romanas, aunque no se descarta del todo que pudiera ser quizás en la época de la monarquía visigoda arriana.

Aquitania es una región francesa, comprendida entre los Montes Pirineos y los cursos bajos de los ríos Dordogne, Garona y Lot. Allí se conserva la memoria de Santa Librada en el nombre de algunos lugares, pero singularmente en el de Sainte-Livrade-sur-Lot, donde es objeto de veneración especial y que tiene la pretensión honrosa de ser el lugar de su cuna terrena y de su partida al cielo. Ser el lugar del martirio de un santo no es menos honroso que ser el lugar de su nacimiento terreno, porque el martirio, tremendo en su vertiente humana, es un triunfo en su definitiva dimensión religiosa y moral. Otros datos personales que pudieran contarse de la santa carecen de apoyatura histórica, pero su martirio no fue por crucifixión,

como quiso la leyenda, sino por decapitación. Al no haber una constancia de que sea una mártir del siglo II, como se ha pretendido, ni tener mayor apoyatura la hipótesis de que su martirio sea durante el reino visigodo de Tolosa, lo más probable es que pertenezca a la persecución de Diocleciano, y por ello con mayor verosimilitud entre los años 304 y 306, en que fueron sacrificados tantos y tantos mártires.

Desde que el catolicismo tuvo paz en lo que hoy llamamos Francia y la aparición de los primeros documentos que prueban que Santa Librada tenía veneración en Aquitania pasan varios siglos. Hay firme constancia de que a comienzos del siglo XII existe ya una iglesia de Sainte Livrade, con considerables dependencias, a cuyo servicio estaba un cuerpo o cabildo de clérigos seculares con derechos sobre una docena de iglesias menores. Consta documentalmente que en 1117 la iglesia de Sainte Livrade con todas sus dependencias fue convertida en priorato benedictino y otorgada al Monasterio de Chaise-Dieu, donación reconocida a poco por el papa Calixto II (1120) y por el duque de Aquitania, Guillermo el Joven (1122). A finales de siglo el papa Lucio III pondrá el nuevo priorato bajo su protección (1184). Hay que decir que los canónigos y capellanes de Sainte-Livrade estuvieron de acuerdo con la antedicha donación. Será de este priorato del que vendrá a Sigüenza una parte, la mitad, del cuerpo allí venerado de Santa Librada. ¿Dónde está la otra mitad? No en Sainte Livrade, y lo que puede decirse es que en el siglo XIV (1342) estaba en la parroquia de San Juan, de Mazères-sur-l'Adour, diócesis de Tarbes, a donde se trasladó con toda solemnidad, pero la urna marmórea que se conserva y donde está la inscripción que asegura y data su traslación está hoy vacía.

¿Cómo llegaron las reliquias de Santa Librada a Sigüenza? La tradición apunta a que las trajera Bernardo de Agen († 1152), primer obispo de Sigüenza tras la reconquista, pues tuvo la oportunidad, ya que era de Aquitania, y aunque era benedictino cluniacense y no de Chaise-Dieu, pero reclamaba las reliquias para una buena causa: instalarlas en la nueva catedral que había que construir en la ciudad recién conquistada al Islam. De todos modos pudo ser el siguiente obispo, su sobrino Pedro de

Leucate (1152-1156) o su sucesor Cerebruno de Poitiers. Seguramente las sagradas reliquias fueron primero depositadas en Santa María la Antigua, para estar ya en la nueva catedral en 1181. En el siglo XIII las reliquias —y tienen que ser insignes, es decir, al menos medio cuerpo— ya estaban en Sigüenza, como consta de la bula de Inocencio IV (25 de febrero de 1250) en la que se dice que en la catedral de Sigüenza —según le han dicho al Papa— reposan los cuerpos de los santos Sacerdote y Librada. Consta desde entonces de forma ininterrumpida la presencia y el culto de Santa Librada en la catedral, y en honor de ella y para colocar la urna con sus reliquias, se construyó, a partir de 1512 y por orden del obispo don Fadrique de Portugal, un suntuoso altar de estilo plateresco concluido en 1537. El 15 de julio de ese año tuvo lugar el solemne traslado, antecedido el día previo por un resonante milagro de la santa, y antecedido también por un reconocimiento de las reliquias. A causa de este traslado la fiesta de la santa pasó del 18 de enero (en pleno invierno) al 15 de julio (en pleno verano), fecha obviamente más oportuna desde el punto de vista social. En 1936, pese a lo mucho que padeció la catedral en la guerra civil, el arca de la santa se conservó milagrosamente intacta, y el 14 de octubre de 1946 se hizo un nuevo reconocimiento de las venerables reliquias.

Cuando San Pío V dispuso la reforma del *Breviario* (1568) mandó que todos los breviarios particulares en la veneración de los santos propios se acogieran al común a menos que sus lecciones tuvieran más de doscientos años de antigüedad. La tenían las lecciones de Santa Librada en Sigüenza, que databan del siglo XII, pero en vez de alegarla se tomó la decisión de sustituirlas por las del común de vírgenes y mártires. Se intentó arreglar el despropósito, pero se retrasaron las actuaciones y cuando vino a aprobarse el nuevo oficio divino de la santa, por influencia del recién aparecido y falso Flavio Dextro, a Santa Librada se la hizo llamar Wilgefortis o Librada y se dio entrada a la espesa leyenda (7 de junio de 1625). Las *Acta sanctorum* de los bolandistas dieron entrada igualmente a la confusión y la leyenda, no sin advertir que se estaba frente a un laberinto del que difícilmente se podía salir. Se empezó a decir que el cuerpo de la santa había llegado desde Italia y se desfiguraron por completo

los datos auténticos de la historia. Salió al paso de estas falsedades el deán Diego Eugenio González Chantos (1806), movido a ello porque el jerezano don Juan Díaz de la Guerra († 1801), obispo de Sigüenza y hombre ilustrado, viendo tantas leyendas en torno a la santa no veía con buenos ojos su culto. Posteriormente el obispo fray Toribio Minguella (1910) y el alcalde Juan A. Martínez Gómez-Gordo y el canónigo Felipe Peces Rata reivindicarían la verdad histórica (bien que fray Toribio aún llame a la santa portuguesa), y a esa verdad histórica dedicaría su ponderada y bien documentada monografía el citado Bislenghi.

Pero sucedió algo muy trascendente. El 14 de febrero de 1961 una Instrucción de la Sagrada Congregación de Ritos disponía que se revisaran los calendarios particulares de las diócesis y que se justificaran las celebraciones que se quisieran conservar. El obispo de entonces, mons. Bereciartúa, nombró una comisión que estudiase el tema de Santa Librada. No recibidas aún las conclusiones, el obispo preguntó al cabildo catedral qué opinaba de sustituir por la Asunción de la Virgen María el antiguo patronato de Santa Librada sobre la diócesis. El cabildo optó por mantener el patronato de Santa Librada. La comisión dictaminó también mantener a Santa Librada pero sugería que el obispo dejara el asunto en manos de la Congregación de Ritos. El obispo hizo a Roma una exposición en la que narraba la maraña de leyendas en torno a la santa, no negando la antigüedad de su culto en Sigüenza, pero preguntando si no sería conveniente sustituir el patronato de la santa por el de la Asunción de María. Roma contestaba el 26 de febrero de 1962: que se suprima poco a poco el culto a Santa Librada y que en adelante la patrona de la diócesis de Sigüenza-Guadalajara sea la Asunción de la Virgen María. A no pocos seguntinos dolió esta medida radical, y se consiguió que el obispo siguiente, mons. Castán Lacoma, agenciara en Roma que se restableciera el culto de la santa en la diócesis con categoría de tercera clase y el 20 de julio (8 de julio de 1967). En la nueva catalogación de las memorias diocesanas tras la promulgación del misal de Pablo VI la celebración ha quedado en memoria libre. Sin duda, en el cielo, Santa Librada no se ha enfadado ni por las leyendas ni por las

equivocaciones, y sigue protegiendo a Sigüenza, cuya diócesis tantos siglos se ha acogido a su patrocinio.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

- BISLENGHI, A., *Luces y sombras. Mil años de amor y devoción a Santa Librada* (Sigüenza 2003).
- CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año*. VII: Julio (Madrid 1854) 379-384.
- GONZÁLEZ CHANTOS Y ULLAURID, D. E., *Santa Librada, virgen y mártir, patrona de la santa Iglesia, ciudad y obispado de Sigüenza, vindicada* (Madrid 1806).
- MARTÍNEZ GÓMEZ-GORDO, J. A., «Las reliquias itinerantes de Santa Librada, virgen y mártir»: *Abside II* (1988) n.5 p.17-21.
- MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, 3 vols. (Madrid 1910-1913).
- «Santa Librada», en L. CALPENA Y ÁVILA, *La luz de la fe en el siglo XX. El libro de la familia cristiana*, VII (Madrid 1912s) 325-351.
- PECHES RATA, F. G., «El culto a Santa Librada»: *El Eco* (Sigüenza, 27-7-1986).

21 de julio

SAN DANIEL

Profeta (Antiguo Testamento)

Daniel es un profeta del Antiguo Testamento. Su nombre es raro en la Escritura. En 1 Crón 3,1, figura un Daniel entre los hijos que le nacieron a David en Hebrón y del cual nada se dice en la historia sucesiva. En 1 Esd 8,2, aparece otro Daniel entre los repatriados que subieron con Esdras de Babilonia a Jerusalén. Ninguno de éstos tiene nada que ver con nuestro profeta. Pero en Ez 14,14,20, se hace mención de un personaje conspicuo en la forma siguiente: «Hijo de hombre: cuando, por haberse rebelado pérfidamente contra mí la tierra, tienda yo mi brazo contra ella y la quebrante el sustento del pan, y mande sobre ella el hambre, y extermine en ella hombres y animales, aunque hubieran estado en ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia hubieran salvado su vida, dice el Señor, Yahvé». Lo mismo viene a repetir en 14,20, donde declara mejor que no salvarían a «un hijo ni una hija;

por su propia justicia escaparían ellos y salvarían la propia vida». Aquí se pondera la justicia de Daniel, junto con la de Noé y Job, la cual, sin embargo, no sería suficiente para obtener gracia en favor del pueblo rebelde y condenado ya en el tribunal de la justicia divina a la pena del cautiverio. No podemos rehuir aquí la impresión de que este Daniel es un personaje antiguo, famoso por su justicia, como Noé y Job. Más adelante el mismo Ezequiel vuelve a mencionar a Daniel en un discurso al príncipe de Tiro, el cual, en su soberbia, se había atrevido a decir: «Yo soy un dios, habito en la morada de Dios, en el corazón de los mares». «Y siendo tú un hombre, no un dios, igualaste tu corazón al corazón de Dios, creyéndote más sabio que Daniel, a quien ningún secreto se le ocultaba» (28,2s). Aquí se nos vuelve a hablar de Daniel como conocedor de los secretos divinos y, por tanto, un gran amigo de Dios; pero también un personaje antiguo y famoso.

Los documentos hallados no hace mucho tiempo en Fenicia nos dan a conocer a un cierto Daniel o Danel, y se discute sobre su identificación con el de Ezequiel. No es éste el lugar propio para discutir el problema, sobre el cual no están concordes los doctos.

Y con esto pasamos al libro bíblico de Daniel, donde largamente se habla de Daniel, como un personaje a quien se revelan los secretos de Dios, como el de Ezequiel (28,2s). Esto nos lleva a recordar cómo en la literatura pseudoepigráfica del Antiguo Testamento, igual que en los apócrifos del mismo, los verdaderos autores de los libros recurren a los personajes antiguos, tales como Enoc, Moisés, Salomón, Esdras, Baruc, etc., a quienes hacen hablar o los consideran como los verdaderos autores de las obras. Es éste un artificio literario de todos conocido y que por esto a nadie engañaba ni engaña.

El libro de Daniel es una obra llena de misterios, no precisamente misterios divinos, sino literarios e históricos, que ofrece a los doctos materia de largos estudios, de múltiples hipótesis, sin que hasta el presente se haya llegado a soluciones claras. Entre los mismos expositores católicos se da como probable que el libro de Daniel es una obra apocalíptica y que el autor que aquí figura no sería el Daniel antiguo, cuyo nombre tomaría un escri-

tor posterior, que habla al pueblo para instruirle en la doctrina de la Ley y para alentarle, con la próxima llegada del Mesías, a sufrir la persecución suscitada por Antíoco IV Epífanes, rey de Siria y primer perseguidor de la religión mosaica. Hay, pues, en el libro dos partes, una histórica y la otra profética; la primera parenética, que nos ofrece en Daniel y sus compañeros otros tantos modelos de la fidelidad a la Ley, y la segunda profética, que en diversas visiones de Daniel nos anuncia la próxima venida del Mesías. En las dos se contiene todo cuanto podemos saber de la vida de Daniel.

Por el libro de los Reyes conocemos dos deportaciones de Judá a Babilonia: la una al principio del reinado de Jeconías, el año 598, y la otra al fin del reinado de Sedecías, en 587, que fue la definitiva. Pero en el mismo libro de los Reyes se cuenta que el rey Joaquim había estado sujeto a Nabucodonosor durante tres años; pero que luego se rebeló contra él. «Entonces mandó Yahvé contra Joaquim tropas caldeas, sirias, moabitas y amonitas, y las envió contra Judá para destruirle, según la palabra que Yahvé había pronunciado por sus siervos los profetas» (2 Re 24,2s). Aquí no se habla de deportación, pero nada tendría de extraño que a la invasión acompañara también la deportación de algunas partes de la población y con ella la de Daniel y sus compañeros.

La introducción histórica del libro de Daniel nos presenta a los cuatro jóvenes celosos de la observancia de la Ley. El rey quiere aumentar el personal de su corte con algunos jóvenes de los deportados de Judá. Y el jefe del personal de palacio recibe orden de tratarlos de modo que resulten unos buenos mozos. Además, deben ser instruidos en la sabiduría caldea, de suerte que nada les falte para que hagan en la corte un papel lucido. Pero los jóvenes, llevados de su amor a la Ley, temen quebrantar los preceptos divinos comiendo cosas prohibidas, y así ruegan y obtienen que los dejen pasar con legumbres y agua. Y, en efecto, con este tratamiento, que Dios bendice, los jóvenes hombres aparecen los más lucidos de todos los de su clase. Con esto vino a corresponder el progreso en las letras y ciencias en que se los instruía. Llegado el tiempo de su presentación al rey, éste los encontró muy de su agrado, por encima de todos los de

su clase. Indudablemente que Dios había premiado el amor de aquellos jóvenes por la Ley divina.

Pronto llega el momento de la prueba. El rey tiene una visión, pero se le olvida su contenido. Sólo una cosa retiene, el hecho de la visión y que ésta debe ser muy importante. El monarca hace venir a todos los sabios de la corte, a los sacerdotes, cuya ciencia consistía en conocer el sentido de los sueños. Pero en el caso presente, como en el del Faraón, la ciencia caldea, tan famosa en el mundo antiguo, se declara impotente para resolver el problema que se le presenta. El rey insiste y hasta amenaza, pero nada saca con ello. Al fin se presenta Daniel, uno de los cuatro jóvenes hebreos, el cual empieza por excusar la ignorancia de sus compañeros y confesar que la ciencia de la profecía es un don de Dios. Luego trae a la memoria de Nabucodonosor el sueño olvidado y a la vez le declara su sentido. Es el sueño de la estatua, que concuerda con las visiones que luego vendrán. En todas aparece la sucesión de los imperios que aparecerán en Oriente: el caldeo, representado por el mismo Nabucodonosor; el persa, el macedonio y el seléucida o sirio, fuerte, porque será el perseguidor del pueblo escogido, pero débil por las divisiones y guerras civiles, que acabarán con él. Finalmente vendrá el reino que no será destruido jamás y que no pasará a otro pueblo, mas permanecerá para siempre. El relato se cierra con dos cosas: la glorificación de Dios por Nabucodonosor y la exaltación de Daniel y sus compañeros, que reciben así el premio de su amor por la Ley.

Un segundo episodio nos lo ofrece la loca pretensión del rey, que quiere ser adorado en una estatua colosal. El autor sagrado nos ofrece aquí una imagen de la soberbia del rey, que acaba por rendirse a la gloria del Dios de Israel. En medio del inmenso campo de Dura se levanta la estatua: todos los vasallos de Nabucodonosor se postran ante ella; sólo se niegan a rendirle adoración los tres compañeros de Daniel, a quienes, a ruegos de Daniel, había el rey constituido sobre la provincia de Babilonia (2,49). La negativa vendrá a constituir un crimen de lesa majestad, que sólo se expía con la muerte. Pero entonces aparece el milagro. En medio del fuego un ángel protege a los tres jóvenes y se hace patente el poder del Dios verdadero. Resultado fi-

nal: que Nabucodonosor, que antes quería ser adorado como dios, ahora se rinde con toda su corte a reconocer al Dios de Israel, y más todavía: que todo hombre que hable mal del Dios de aquellos jóvenes será descuartizado y su casa convertida en un muladar. Resultado del episodio: la glorificación de Dios por el rey y la de sus fieles siervos, entre los cuales no aparece Daniel, pero que, sin duda, está oculto en la escena.

Un nuevo episodio, en el que aparece de nuevo Daniel como profeta, en el cual está el espíritu del Dios santo. Es la visión del árbol frondoso, que es derribado, pero que renace de nuevo, y es el castigo de aquel rey, que antes quiso igualarse con Dios y a quien Dios abatió hasta que reconoció su bajeza y la soberanía de Dios.

El largo reinado de Nabucodonosor terminó, y va a terminar también el reino de Babilonia bajo el cetro de un príncipe llamado Baltasar. La crónica babilónica nos cuenta cómo fue ocupada la gran ciudad, sin derramar una gota de sangre, por el ejército de los persas mandado por un general caldeo. La crónica no se mete en más detalles. Pero el profeta nos cuenta el banquete suntuoso y hasta sacrílego de Baltasar y de su corte, y las tres palabras misteriosas que aparecieron escritas en la pared. Como en casos anteriores, acude la ciencia caldea a descifrar aquellas palabras misteriosas, pero tiene que confesar su impotencia. Entonces se presenta Daniel, a quien se revelan los secretos de Dios, y éste de plano declara el misterio, que aquella misma noche se cumplirá; aunque todavía queda lugar para la glorificación de Daniel y en Daniel la del Dios verdadero, que le revela sus secretos.

El imperio pasa de los caldeos a los persas o, según la afirmación del profeta, a Darío, rey de los medos, lo que constituye uno de los problemas más difíciles que presenta el libro de Daniel. Éste, que en el imperio de Nabucodonosor había ocupado un alto puesto en la corte caldea, vino a ser en el nuevo imperio uno de los personajes más altos de la jerarquía imperial. Que esto despertara envidias nada tiene de particular, teniendo en cuenta, sobre todo, que Daniel era extraño a la raza imperante. El modo empleado para perderle es de lo más singular. Los enemigos de Daniel proponen al rey Darío la publicación de un

decreto en que se prohíba hacer petición alguna a hombre o dios, fuera del rey Darío. Y sólo Daniel no respeta tal decreto, pues, según su costumbre, continúa haciendo su oración a Dios tres veces al día. El rey se ve forzado a condenar a Daniel al foso de los leones, los cuales le respetan, dando lugar a que el rey glorifique a Daniel como a siervo de Dios y por un decreto ordene que todos en su reino teman al Dios de Daniel. Los acusadores de Daniel fueron arrojados al foso de los leones y devorados por éstos.

A estos episodios proféticos de la vida de Daniel siguen las cuatro visiones proféticas, en que se reproduce el plan de la visión de la estatua. Con diferentes detalles las visiones nos ofrecen la serie de los imperios orientales desde el caldeo al seléucida, perseguidor, con Antíoco IV, del pueblo de Dios. A este cuarto imperio sucederá el mesiánico, no inmediatamente, sino a la distancia que Dios conoce.

Tal es el resumen de la parte semítica del libro de Daniel, al cual se añade un apéndice en lengua griega, en que se cuenta la intervención del joven Daniel en el episodio de Susana, que salva a los inocentes y condena a los culpables. Es de notar aquí el cuadro que se nos ofrece de la casa de Joaquim, y de la vida del pueblo, que goza de autonomía hasta para aplicar la pena de muerte. Con esto «Daniel se hizo famoso en el pueblo».

Otros dos episodios de distinto carácter vienen a ser una sátira contra la idolatría caldea, como tantas que leemos en los profetas: la de los manjares presentados al dios Bel, que Daniel demuestra eran consumidos por los sacerdotes y sus familiares; la muerte dada al dragón, que los caldeos veneraban como a una divinidad, y que Daniel prueba que no hay tal divinidad. Este atrevimiento de Daniel le trae, como en otro caso, ser condenado a los leones, de los que la mano de Dios le libra, dando esto lugar a una nueva glorificación del Dios de Daniel, a quien un decreto del rey ordena a todos sus vasallos que le teman como verdadero salvador y obrador de maravillas en la tierra.

El autor sagrado, más que la vida de Daniel, lo que se propone es la glorificación de Dios por los reyes de Caldea y de Persia. Y esta glorificación, más que de la realidad histórica de las cosas que se cuentan, recibe su fuerza de la autoridad del

profeta que nos lo cuenta, el cual sería un profeta apocalíptico, a juicio de muchos. Del juicio que sobre este problema se forme dependerá la historia del profeta Daniel. La exégesis futura logrará poner más en claro lo que al presente se halla para nosotros bastante obscuro.

ALBERTO COLUNGA, OP

Bibliografía

- AGUSTÍN (SAN), *Enarrationes in Psalmos*: PL 37,1731 (presenta a San Daniel como modelo de monjes contemplativos).
- DENNEFELD, L., *Les grands prophètes* (París 1946).
- LINDER, J., *Commentarius in librum Daniel* (París 1939).
- LECLERCQ, H., Arts. «Daniel» y «Hébreux», en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

- Día 1 En Valencia, la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.
- Día 4 En Zaragoza, Santa Isabel de Portugal.
En Bilbao y San Sebastián, San Valentín de Berriochoa, obispo y mártir.
En Sevilla, San Laureano, obispo y mártir.
- Día 5 En Vich y Valladolid, San Miguel de los Santos, presbítero.
- Día 7 En Pamplona, Tudela, Bilbao y San Sebastián, San Fermín, obispo y mártir.
En Urgel y Solsona, San Odón, obispo.
- Día 9 En Burgos, Santa Juliana, virgen y mártir.
- Día 10 En Orense, los beatos Juan Jacobo Fernández y compañeros, mártires.
En Cartagena, Beato Pedro Soler, presbítero y mártir.
En Alcalá, beatos Nicanor Ascanio y Nicolás Alberca, presbíteros y mártires.
En Burgos, Beato Manuel Ruiz López, presbítero y mártir.
En Valencia, Beato Carmelo Bolta, presbítero, y Francisco Pinazo, religioso, mártires.
- Día 12 En Zaragoza, San Ignacio Clemente Delgado Cebrián, obispo y mártir.
- Día 14 En Córdoba, San Abundio, presbítero y mártir.
En Mallorca y Valencia, Beato Gaspar Bono, presbítero.
En Toledo, Beato Francisco Pérez Godoy, mártir.
- Día 15 En Canarias y Tenerife, beatos Ignacio de Acevedo y compañeros, mártires.
- Día 17 En Sevilla y Orihuela, santas Justa y Rufina, vírgenes y mártires.
En Calahorra y La Calzada, Beato Gregorio Escribano, mártir.
- Día 19 En Córdoba, santos Pablo y Sisenando, mártires.
En Sevilla, Santa Áurea, virgen y mártir.
- Día 20 En Lugo, San José María Díaz Sanjurjo, obispo y mártir.
En Sigüenza, Santa Librada, virgen y mártir.
- Día 21 En Astorga, San Lorenzo de Brindis, presbítero.

- Día 23 En Alzira, San Bernardo, religioso, María y Gracia, mártires.
 En Tarazona y Zaragoza, beatos Tomás y José María Cuartero y compañeros, mártires.
 En Zaragoza, Beato Martín Martínez Pascual, presbítero, y compañeros, mártires.
 En Orihuela, Beato Antonio Perulles, presbítero y mártir.
 En Toledo, beatos Pedro Ruiz de los Paños, presbítero, y compañeros, mártires.
- Día 24 En Mérida, San Sisenando, mártir.
 En Sigüenza, Tarazona, Madrid, Getafe y Zaragoza, Beatas Carmelitas de Guadalajara, vírgenes y mártires.
 En Burgos, Beato Felipe del Corazón de María, mártir.
 En Urgel, Beato José Sala, presbítero y mártir.
 En Calahorra, La Calzada y Logroño, Beato Germán de Jesús y María Pérez Giménez, presbítero y mártir.
 En Valladolid, Beato Pedro Ruiz de los Paños, presbítero y mártir.
 En San Sebastián, beatos Juan Pedro Bengoa y Nicéforo de Jesús y María, presbíteros y mártires.
 En Ciudad Real, beatos Nicéforo de Jesús y María y compañeros, mártires.
- Día 27 En Barcelona, San Cucufate, mártir.
 En Córdoba, santos Aurelio y compañeros, mártires.
 En Sevilla, San Teodomiro de Carmona, monje y mártir.
- Día 28 En Mallorca, Santa Catalina Tomás, virgen.
 En Oviedo, San Melchor García Sampetro, obispo y mártir.
 En Madrid, Orihuela, Jaén y Málaga, San Pedro Poveda, presbítero y mártir.
- Día 29 En Astorga, beatos Federico Rubio y compañeros, mártires.
- Día 30 En Jerez, beatos Manuel Jiménez Salado y compañeros, mártires.
 En Almería, Beato Cecilio López, mártir.
 En Ciudad Real, beatos Pedro Bernalte, Diego García y compañeros, mártires.
 En Zaragoza, beatos Acisclo Pina, Ignacio Tejero y compañeros, mártires.
 En Gerona, beatos Cosme Brun y compañeros, mártires.
 En Barcelona, beatos Cristino Roca y compañeros, mártires.
 En Burgos, beatos Doroteo Rubio y Juan Alcalde, mártires.
 En Tarragona, beatos Eusebio Forcades y compañeros, mártires.

En Tortosa, beatos Tobías Borrás y compañeros, mártires.

En Urgel, beatos Protasio Cunells y compañeros, mártires.

En Vich, beatos Francisco Javier Ponsa y compañeros, mártires.

En Cartagena, beatos Proceso Ruiz Cascales y Canuto Gómez Franco, mártires.

En Málaga, beatos Martiniano Meléndez y compañeros, mártires.

En Osma-Soria, beatos Juan Jesús Adradas, presbítero, Pedro María Alcalde y Gonzalo Gonzalo, religiosos y mártires.

En Teruel-Albarracín, Beato Faustino Villanueva, mártir.

En Valladolid, Beato Benito José Labre Mañoso, religioso y mártir.

En Bilbao, San Sebastián, Pamplona y Tudela, San Ignacio de Loyola, presbítero.

Día 31

INDICE ONOMÁSTICO

1. Santos y beatos

- Aarón, San, día 1, 4-11.
- Abdón, San († s. III), día 30, 954-959.
- Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Abundio, San († 854), día 11, 288.
- Adrián Fortescue, Bto. († 1539), día 9, 254-255.
- Adriano de Hilvarenbeek, San († 1572), día 9, 236-239.
- Adriano III (papa), San († 885), día 8, 220-221.
- Águeda Lin, Sta. († 1858), día 9 (memoria), 224-235.
- Agustín Fangi de Biella, Bto. († 1493), día 22, 604.
- Agustín José (Elías) Desgardin, Bto. († 1794), día 6, 171-172.
- Agustín Zhao Rong, San († 1815), día 9 (memoria), 224-235.
- Alberico Crescitelli, San († 1900), día 21 (memoria: día 9), 573-584.
- Alejo Delgado, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Alejo, San († s. IV), día 17, 495.
- Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana Muttathupadathu), Bta. († 1946), día 28, 894-898.
- Alfonso de Baena, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Alonso Pacheco, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
- Álvaro Mendes, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Amada de Jesús (María Rosa) de Gordon, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
- Amalberga, Sta., cf. Amelia, Sta.
- Amalia, Sta., cf. Amelia, Sta.
- Amaro Vaz, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Amelia, Sta. († 772), día 10, 273.
- Ana (madre de la Virgen María), Sta., día 26, 787-791.
- Ana An Jiaozhi, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.
- Ana An Xinzhi, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.
- Ana Andrea de San Alejo Minutte, día 13, 355-357.
- Ana de San Basilio Cartier, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
- Ana Kim Chang-gum, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
- Ana María Javouhey, Bta. († 1851), día 15, 425-433.
- Ana Wang, Sta. († 1900), día 22 (memoria: día 9), 605-606.
- Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Anatolio de Constantinopla, San († 458), día 3, 83.
- Andrés (Zoerardo) de Hungría, San († 1010), día 17, 498.
- Andrés Bauer, San († 1900), día 9, 259.
- Andrés de Creta, San († 740), día 4, 92-96.
- Andrés de Phú Yén, Bto. († 1644), día 26, 794-799.

- Andrés de Soveral, Bto. († 1645), día 16, 452-460.
- Andrés Gonçalves, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), San († 1855), día 15, 440.
- Andrés Wang Tianqing, San († 1900), día 22 (memoria: día 9), 605-606.
- Andrés Wouters, San († 1572), día 9, 236-239.
- Angelario (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
- Angelina de Marsciano, Bta. († 1435), día 14, 399-400.
- Ansuero, San († 1066), día 15, 436.
- Antonino Fantosati, San († 1900), día 7 (memoria: día 9), 206-207.
- Antonio Beszta-Borowski, Bto. († 1943), día 15, 441.
- Antonio Correia, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Antonio Daniel, San († 1648), día 4, 121-122.
- Antonio de Hoornaert, San († 1572), día 9, 236-239.
- Antonio de Weert, San († 1572), día 9, 236-239.
- Antonio Fernández, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Antonio Francisco, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
- Antonio López Couceiro, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Antonio Lucci, Bto. († 1752), día 25, 780-781.
- Antonio Llauradó Parisi, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Antonio María Zacarías, San († 1539), día 5, 124-128.
- Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, San († 1840), día 10, 274-275.
- Antonio Perulles Estivill, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- Antonio Sanchis Silvestre, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Antonio Soares, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Antonio Torriani, Bto. († 1494), día 24, 707.
- Antusa, Sta. († s. VIII), día 27, 864-865.
- Apolar, San († s. II), día 20, 530-536.
- Águila, San († s. I), día 8, 219.
- Aquiles Puchala, Bto. († 1943), día 19, 527-529.
- Aquilino (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
- Arnulfo de Metz, San († 641), día 18, 511.
- Ascanio Nicanor, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Atanasio de Jerusalén, San († 451), día 5, 141.
- Atanasio el Atonita, San († 1004), día 5, 128-140.
- Atilano Cruz, San († 1928), día 1, 31-32.
- Augusto Chapdelaine, San († 1856), día 9 (memoria), 224-235.
- Áurea, Sta. († 856), día 19, 516-518.
- Aurelio de Cartago, San († 430), día 20, 556.
- Aurelio de Córdoba, San († 852), día 27, 865-867.
- Balduino de Rieti, San († 1140), día 24, 706.
- Bárbara Cui Lianzhi, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars, Bto. († 1794), día 13, 354-355.
- Bartolomea Capitanio, Sta. († 1833), día 26, 799-803.
- Basilio Hopko, Bto. († 1976), día 23, 657-658.

- Benedicto XI (papa), Bto. († 1304), día 7, 201-202.
- Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Benito de Castro, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Benito de Hungría, San († 1010), día 17, 498.
- Benito de la Virgen del Villar Solano Ruiz, Bto. († 1936), día 25, 782-784.
- Benito de Nursia, San († 547), día 11, 276-284.
- Bernardino Realino, San († 1616), día 2, 38-45.
- Bernardo de Baden, San († 1458), día 15, 438.
- Bernoldo de Utrecht, San († 1054), día 19, 525.
- Berta, Sta. († 725), día 4, 117-118.
- Bertrán de Grandseive, Bto. († 1149), día 11, 288-289.
- Blas Ribeiro, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Bonifacio de Cartago, San († 484), día 2, 58.
- Bonifacio de Saboya, Bto. († 1270), día 14, 369-373.
- Boris, San († 1015), día 24, 705.
- Botvido, San († 1100), día 28, 907-908.
- Braulio María (Pablo) Corres Díaz de Cerio, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Brígida, Sta. († 1373), día 23, 607-617.
- Bruno de Segni, San († 1123), día 18, 500-507.
- Buenaventura, San († 1274), día 15, 404-408.
- Calixto Caravario, San († 1930), día 9 (memoria), 224-235.
- Camilo de Lelis, San († 1614), día 14, 360-369.
- Canuto IV, San († 1086), día 10, 264-267.
- Carlos Manuel Rodríguez Santiago, Bto. († 1963), día 13, 342-350.
- Carlos Nicolás Antonio Ancel, Bto. († 1794), día 29, 946.
- Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Carmelitas de Compiègne, Btas. († 1794), día 17, 489-494.
- Carmelo Volta, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Catalina de Jesús (María Magdalena) de Justamont, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
- Catalina de Tanaka, Bta. († 1626), día 12, 310-312.
- Catalina Jarrige, Bta. († 1836), día 4, 96-107.
- Catalina Soiron, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Catalina Tomás, Sta. († 1574), día 28, 898-904.
- Celestino I (papa), San († 432), día 27, 835-841.
- Celso, San (fecha desconocida), día 28, 907.
- Cesidio Giacomantonio, San († 1900), día 4 (memoria: día 9), 122.
- Ceslao, Bto. († 1242), día 15, 437.
- Ciprila, Sta. († 303), día 5, 140.
- Citino (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
- Clara de Santa Rosalía (María Clara) du Bac, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
- Claudio Béguinot, Bto. († 1794), día 16, 472-473.
- Clelia Barbieri, Sta. († 1870), día 13, 328-334.

- Clemente de Ocrida (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
- Clemente Ignacio Delgado Cebrián, San († 1838), día 12, 300-305.
- Colmán de Stockerau, San († 1012), día 17, 497-498.
- Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Constanza (María Genoveva) Meunier, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, San († 1572), día 9, 236-239.
- Cristino Gondek, Bto. († 1942), día 23, 656-657.
- Cristóbal, San († s. III), día 25, 723-736.
- Cucufate, San († s. IV), día 25, 736-740.
- Cunegunda, Sta. († 1292), día 24, 664-666.
- Daniel (profeta), San, día 21, 1040-1046.
- David Carlos Marañón, Bto. († 1936), día 28, 908-909.
- David de Västeras, San († 1080), día 15, 437.
- David Gunston, Bto. († 1541), día 12, 307-308.
- Deogracias de San Agustín Palacios, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
- Diego de Andrade, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Diego Pires, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Dionisio Pamplona Polo, Bto. († 1936), día 25, 765-772.
- Dionisio Vicente Ramos, Bto. († 1936), día 31, 1019.
- Domiciano, San († 440), día 1, 26.
- Domingo Carvalho, Bto. († 1645), día 16, 452-460.
- Domingo Fernández, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Domingo Nicolás Dinh Dat, Sto. († 1839), día 18, 514.
- Domingo Pitarch Gurrea, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Donata (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
- Dorotea (Julia) del Corazón de María, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
- Eduardo Cheevers, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
- Eduardo Fulthrop, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
- Eduardo Powel, Bto. († 1540), día 30, 985-986.
- Eduardo Thwing, Bto. († 1600), día 26, 821-823.
- Eduvigis, Sta. († 1399), día 17, 485-488.
- Elías Facchini, San († 1900), día 9, 259.
- Elías Tesbita (profeta), San († s. IX a.C.), día 20, 536-540.
- Engelberto Kolland, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Enodio de Pavía, San († 521), día 17, 495-496.
- Enrique Abbot, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
- Enrique Beltrán Llorca, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Enrique, San († 1024), día 13, 316-320.
- Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Epafras, San († s. I), día 19, 523.
- Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Esdras, San, día 13, 320-328.
- Esperato (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.

- Esteban Zudaire, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Eufrosia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Eugenia Joubert, Bta. († 1904), día 2, 45-58.
- Eugenio de Cartago, San († 501), día 13, 350-351.
- Eugenio III (papa), Bto. († 1153), día 8, 209-218.
- Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Everardo Hanse, Bto. († 1581), día 31, 1016.
- Ezequiel (profeta), San, día 23, 617-624.
- Federico (Carlos) Rubio Álvarez, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
- Federico de Utrecht, San († 838), día 18, 512.
- Felicitísimo Díez González, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Felipe de San Miguel Ruiz Fraile, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Felipe Evans, San († 1679), día 22, 598-602.
- Felipe Hernández Martínez, Bto. († 1936), día 27, 872-874.
- Felipe Phan Van Minh, San († 1853), día 3, 85-86.
- Felipe Zhang Zihe, San († 1900), día 9, 261.
- Félix (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
- Félix de Córdoba, San († 852), día 27, 865-867.
- Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun, Bto. († 1936), día 25, 782-784.
- Félix de Milán, San († 303), día 12, 305-306.
- Félix de Thibiuca, San († 303), día 15, 433-434.
- Fermín, San († 553), día 7, 1031-1035.
- Fernando María Baccilieri, Bto. († 1893), día 13, 334-341.
- Fernando Sánchez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Fidel Chijnacki, Bto. († 1942), día 9, 262-263.
- Francisca del Corazón de Jesús Aldea y Araujo, Bta. († 1936), día 20, 540-552.
- Francisco Álvarez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Francisco Aranha, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
- Francisco de Magallanes, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Francisco de Roye, San († 1572), día 9, 236-239.
- Francisco Díaz del Rincón, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
- Francisco Fogolla, San († 1900), día 9, 259.
- Francisco Massabki, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Francisco Pérez de Godoy, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Francisco Pinazo, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Francisco Regis Clet, San († 1820), día 9 (memoria), 224-235.
- Francisco Remón Játiva, Bto. († 1936), día 31, 1019.
- Francisco Serrano, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
- Francisco Solano, San († 1610), día 14, 379-387.
- Francisco Stryas, Bto. († 1944), día 31, 1021.
- Francisco Zhang Rong, San († 1900), día 9, 262.

- Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Gabriel Pergaud, Bto. († 1794), día 21, 586.
- Gabriel Taurino Dufresse, San († 1815), día 9 (memoria), 224-235.
- Gaspar Álvarez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Gaspar Bono, Bto. († 1604), día 14, 374-379.
- Generosa (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
- Germán de Auxerre, San († 448), día 31, 1000-1004.
- Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Jiménez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Ghebra Miguel, Bto. († 1855), día 14, 402.
- Gleb, San († 1015), día 24, 705.
- Goar, San († s. VI), día 6, 169-170.
- Godeleva, Sta. († 1070), día 30, 984.
- Godofredo Coart de Melveren, San († 1572), día 9, 236-239.
- Godofredo van Duynen, San († 1572), día 9, 236-239.
- Gonzalo Henriques, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Gorazdo (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
- Gregorio Escribano, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Gregorio Grassi, San († 1900), día 9, 257-262.
- Gualterio, San († 1224), día 22, 603.
- Guillermo Andleby, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
- Guillermo Davis, Bto. († 1593), día 27, 870-871.
- Guillermo Pinchón, San († 1234), día 29, 943-944.
- Guillermo Plaza Hernández, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- Guillermo Webster, Bto. († 1641), día 26, 823-824.
- Gumersindo Soto Barros, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Hermán Stepien, Bto. († 1943), día 19, 527-529.
- Hroznata, Bto. († 1217), día 14, 398-399.
- Hunfredo Pritchard, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
- Ifigenia de San Mateo, Bta. († 1794), día 7, 205.
- Ignacio Azevedo, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Ignacio de Loyola, San († 1556), día 31, 994-1000.
- Ignacio Falzón, Bto. († 1865), día 1, 20-26.
- Ignacio Tejero Molina, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Inés Cao Kuiying, Sta. († 1856), día 9 (memoria), 224-235.
- Inés de Jesús (Silvia) de Romillon, Bta. († 1794), día 10, 274.
- Inés Le Thi Thanh De, Sta. († 1841), día 12, 314.
- Irmengarda, Bta. († 866), día 16, 467.
- Isabel (reina), Sta. († 1336), día 4, 87-92.
- Isabel Julieta de San Francisco Javier Verolot, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Isabel Qin Bianzhi, Sta. († 1900), día 19 (memoria: día 9), 527.
- Isabel Teresa del Corazón de Jesús Consolin, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
- Isidoro Bover Oliver, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- Jacobo de Vorágine, Bto. († 1298), día 13, 351-352.

- Jaime Buch Canals, Bto. († 1936), día 31, 1020.
- Jaime Ortiz Alzueta, Bto. († 1936), día 27, 872-874.
- Javier Bordás Piferer, Bto. († 1936), día 24, 693-705.
- Jenara (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
- Jerónimo de Weert, San († 1572), día 9, 236-239.
- Jerónimo Lou Tin-Mey, San († 1858), día 9 (memoria), 224-235.
- Jerónimo Ochoa Urdangarín, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
- Joaquín (padre de la Virgen María), San, día 26, 792-794.
- Joaquín He Kaizhi, San († 1839), día 9, 256-257.
- Joaquín Prats Baltueña, Bto. († 1936), día 30, 991-992.
- Joaquín Royo, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
- Joaquín Vilanova Camallonga, Bto. († 1936), día 27, 844-855.
- Jorge Beesley, Bto. († 1591), día 1, 27-28.
- Jorge de Córdoba, San († 852), día 27, 865-867.
- Jorge Nichols, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
- Jorge Preca, Bto. († 1962), día 26, 814-820.
- Jorge Swallowell, Bto. († 1594), día 26, 821.
- José Barsabas, San († s. I), día 20, 552-553.
- José Calasanz Marqués, Bto. († 1936), día 29, 948-949.
- José Caselles Moncho, Bto. († 1936), día 28, 909-911.
- José de Jesús y María Osés Sainz, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- José de la Virgen de los Dolores Rada, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
- José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- José de Tesalónica, San († 832), día 15, 435-436.
- José Fernández, San († 1838), día 24, 712-713.
- José Kowalski, Bto. († 1942), día 4, 123.
- José Lambton, Bto. († 1592), día 24, 711.
- José Ma Taishun, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- José María Castell Camps, Bto. († 1936), día 28, 909-911.
- José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- José María Díaz Sanjurjo, San († 1857), día 20, 562-563.
- José María Gambaro, San († 1900), día 7 (memoria: día 9), 206-207.
- José María Muro Sanmiguel, Bto. († 1936), día 30, 991-992.
- José María Peris Polo, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- José Nguyen Dinh Upen, San († 1838), día 3, 84-85.
- José Pascual Carda Saporta, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
- José Sala Picó, Bto. († 1936), día 23, 636-650.
- José Wang Guiji, San († 1900), día 13 (memoria: día 9), 358-359.
- José Wang Yumei, San († 1900), día 21 (memoria: día 9), 587.
- José Yuan Gengiyin, San († 1900), día 30 (memoria: día 9), 224-235.
- José Yuan Zaide, San († 1817), día 9 (memoria), 224-235.
- José Zhang Dapeng, San († 1815), día 9 (memoria), 224-235.

- José Zhang Wenlan, San († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
- Juan («Agregado»), Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Juan Alcober, San († 1748), día 9 (memoria), 224-235.
- Juan Bautista Duverneuily, Bto. († 1794), día 1, 29-30.
- Juan Bautista de Bruxelles, Bto. († 1794), día 18, 513.
- Juan Bautista Egozcuezábal Aldaz, Bto. († 1936), día 29, 948.
- Juan Bautista Lou Tingyin, San († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
- Juan Bautista Wu Mantang, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Juan Bautista Wu Wenyin, San († 1900), día 8, 222.
- Juan Bautista Yi Kwang-nyol, San († 1839), día 20, 557-562.
- Juan Bautista Zhao Mingxi, San († 1900), día 3 (memoria: día 9), 86.
- Juan Bautista Zhou Wurui, San († 1900), día 19 (memoria: día 9), 526.
- Juan Becchetti de Fabriano, Bto. († 1420), día 2, 59.
- Juan Boste, San († 1594), día 24, 711-712.
- Juan Carey, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
- Juan Casiano, San († 435), día 23, 624-632.
- Juan Colombini, Bto. († 1367), día 31, 1004-1011.
- Juan Cornelius, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
- Juan Chen Xianheng, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
- Juan de Colonia, San († 1572), día 9, 236-239.
- Juan de la Cruz (Eloy Francisco Felipe) Delgado Pastor, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
- Juan de Mayorga, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Juan de San Martín, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Juan de Siria, San († s. VI), día 21, 584-585.
- Juan de Triora, San († 1816), día 9 (memoria), 224-235.
- Juan de Zafra, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Juan Fernández (I), Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Juan Fernández (II), Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Juan Francisco Jarrige de la Morélie du Breuil, Bto. († 1794), día 31, 1016-1017.
- Juan Gualberto, San († 1073), día 12, 293-299.
- Juan Ingram, Bto. († 1594), día 26, 820.
- Juan Jones, San († 1598), día 12, 308-310.
- Juan José Juge de Saint-Martin, Bto. († 1794), día 7, 204.
- Juan Lenaerts, San († 1572), día 9, 236-239.
- Juan Lloyd, San († 1679), día 22, 598-602.
- Juan Nagai Naisen, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
- Juan Nepomuceno Chrzan, Bto. († 1942), día 1, 32-33.
- Juan Pedro Neel, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
- Juan Plessington, San († 1679), día 19, 518-522.
- Juan Santiago Fernández, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Juan Soreth, Bto. († 1471), día 25, 774-776.

- Juan Sugar, Bto. († 1604), día 16, 468-471.
- Juan Tanaka, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
- Juan Tavelli de Tosignano, Bto. († 1446), día 24, 706-707.
- Juan Wang Guixin, San († 1900), día 14 (memoria: día 9), 403.
- Juan Wang Rui, San († 1900), día 9, 261.
- Juan Zhang Huan, San († 1900), día 9, 261.
- Juan Zhang Jingguang, San († 1900), día 9, 261.
- Juan Zhang Tianshen, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
- Juana de Orvieto, Bta. († 1306), día 23, 656.
- Juana María de San Bernardo de Romillon, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
- Juana Scopelli, Bta. († 1491), día 9, 253-254.
- Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Julián (Miguel) Carrasquer Fos, Bto. († 1936), día 30, 976-984, 986-991.
- Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
- Juliana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), día 27, 864.
- Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Justa, Sta. († s. IV), día 17, 483-485.
- Justino de Jacobis, San († 1860), día 31, 1011-1015.
- Justino Orona, San († 1928), día 1, 31-32.
- Kenelmo, San († 821), día 17, 496.
- Ketilo, San († 1150), día 11, 289.
- Kiliano, San († 689), día 8, 219-220.
- Lamberto de Navascués y de Juan, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Lang Yangzhi, Sta. († 1900), día 16 (memoria: día 9), 475-476.
- Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Lázaro de Betania, San († s. I), día 29, 918-926.
- León de la Virgen del Rosario Inchausti, Bto. († 1936), día 25, 752-765.
- León I, San († 1079), día 12, 307.
- León Ignacio Mangin, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- León II (papa), San († 683), día 3, 84.
- León IV (papa), San († 855), día 17, 496-497.
- Leonardo Vechel, San († 1572), día 9, 236-239.
- Leoncio de Burdeos, San († 570), día 11, 287-288.
- Leopoldo (Bogdan Juan) Mandić, San († 1942), día 30, 959-968.
- Letancio (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
- Liberato de Cartago, San († 484), día 2, 58.
- Librada, Sta. († s. IV), día 20, 1035-1040.
- Liliosa de Córdoba, Sta. († 852), día 27, 865-867.
- Lorenzo Bai Xiaoman, San († 1856), día 9 (memoria), 224-235.
- Lorenzo de Brindis, San († 1619), día 21, 567-573.
- Lorenzo Humphrey, Bto. († 1591), día 7, 202-204.
- Lorenzo Wang Bing, San († 1858), día 9 (memoria), 224-235.
- Lucía Bufalari, Bta. († 1350), día 27, 869-870.
- Lucía Kim, Sta. († 1839), día 20, 557-562.

- Lucía Wang Cheng, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Lucía Wang Wangzhi, Sta. († 1900), día 22 (memoria: día 9), 605-606.
- Lucía Yi, Sta. († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
- Lucio Martínez Mancebo, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Luis Armando José Adam, Bto. († 1794), día 13, 354-355.
- Luis Beltrán, Bto. († 1627), día 29, 944-945.
- Luis Correia, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Luis Nagai, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
- Luis Rodríguez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Luis Versiglia, San († 1930), día 9 (memoria), 224-235.
- Luisa de Saboya, Bta. († 1503), día 24, 708.
- Lupo de Troyes, San († 479), día 29, 943.
- Macrina la Joven, Sta. († 379), día 19, 523-524.
- Magdalena de la Madre de Dios (Isabel) Verchière, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
- Magdalena Du Fengju, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Magdalena (Francisca) del Santísimo Sacramento de Justamont, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
- Magdalena Yi Yong-hui, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
- Mancio Araki, Bto. († 1626), día 8, 221-222.
- Mancio de Santa Cruz, Bto. († 1627), día 29, 944-945.
- Manuel Albert Ginés, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Manuel Álvarez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Manuel Fernández, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Manuel Jiménez Salado, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Manuel Le Van Phung, San († 1859), día 13, 357-358.
- Manuel Le Van Phung, San († 1859), día 31, 1017-1018.
- Manuel López Orbara, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Manuel Martín Sierra, Bto. († 1936), día 26, 759-760 y 827-828.
- Manuel Pacheco, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Manuel Rodríguez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Manuel Ruiz López, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Manuel Segura López, Bto. († 1936), día 28, 908-909.
- Marcelina, Sta. († 400), día 17, 494-495.
- Marcelo Labigne de Reigneftort, Bto. († 1794), día 26, 824-826.
- Marcos Caldeira, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Marcos Ji Tianxiang, San († 1900), día 7 (memoria: día 9), 207.
- María Adolfina (Ana Catalina) Dierk, Sta. († 1900), día 9, 260.
- María Amandina (Paulina) Jeuris, Sta. († 1900), día 9, 261.
- María An Guozhi, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.
- María An Lihua, Sta. († 1900), día 11 (memoria: día 9), 292.
- María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- María Ana de San Francisco Lambert, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
- María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, Bta. († 1794), día 16, 473-475.

- María Ana de San Miguel Doux, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
- María Ana de Santa Francisca Depyre, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
- María Ana Francisca de San Luis Briedeau, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- María Ana Magdalena de Guilhaemier, Bta. († 1794), día 9, 256.
- María Ana Margarita de Rocher, Bta. († 1794), día 9, 256.
- María Ana Mogas Fontcuberta, Bta. († 1886), día 3, 73-83.
- María Anastasia de San Gervasio Rocard, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
- María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas, Bta. († 1936), día 24, 667-684.
- María Clara (Clelia) Nanetti, Sta. († 1900), día 9, 260.
- María Clara de San Martín Blanc, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
- María Clemencia de Jesús Crucificado Staszewska, Bta. († 1943), día 27, 874-875.
- María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
- María de Jesús Crucificado Petkovic, Bta. († 1966), día 9, 248-253.
- María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre, Sta. († 1959), día 30, 973-976.
- María de la Paz (María Ana) Giuliani, Sta. († 1900), día 9, 260.
- María de las Mercedes Prat Prat, Bta. († 1936), día 24, 684-692.
- María de San Enrique (Margarita Leonor) de Justamond, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
- María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, Sta. († 1900), día 9, 260.
- María de Santa Marta Dufour, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, Sta. († 1900), día 9, 260.
- María del Carmen Sallés y Barangueras, Bta. († 1911), día 25, 740-744.
- María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- María Du Tianshi, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- María Du Zhaozhi, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- María Ermelina de Jesús (Irma) Gri-vot, Sta. († 1900), día 9, 260.
- María Fan Kun, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- María Fu Guilin, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin, Bta. († 1794), día 10, 274.
- María Goretti, Sta. († 1902), día 6, 146-151.
- María Guo Lizhi, Sta. († 1900), día 7 (memoria: día 9), 208.
- María Isabel de San Teoctisto Pélissier, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
- María Magdalena Martinengo, Bta. († 1737), día 27, 871-872.
- María Magdalena Postel, Sta. († 1846), día 16, 460-466.
- María Magdalena, Sta. († s. i), día 22, 588-598.
- María Margarita de San Agustín Bonnet, Bta. († 1794), día 26, 826-827.
- María Margarita de Santa Sofía de Barbegie d'Albarède, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
- María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Bta. († 1936), día 24, 667-684.

- María Qi Yu, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- María Romero Meneses, Bta. († 1977), día 7, 208-209.
- María Rosa de San Andrés Laye, Bta. († 1794), día 16, 473-475.
- María Teresa Kowalska, Bta. († 1941), día 25, 785.
- María Teresa Ledochowska, Bta. († 1922), día 6, 152-165.
- María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco, Bta. († 1949), día 30, 969-973.
- María Won Kwi-im, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
- María Zhao Guozhi, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- María Zhao, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- María Zheng Xu, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- María Zhou Wuzhi, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- Mariano de Jesús Euse Hoyos, Bto. († 1926), día 14, 387-398.
- Marina o Margarita, Sta. (fecha desconocida), día 20, 553-555.
- Marta de Betania, Sta. († s. I), día 29, 912-918.
- Marta del Ángel Bueno (María) Cluse, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
- Marta Kim Song-im, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
- Marta Wang Louzhi, Sta. († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
- Martín Martínez Pascual, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- Martín Wu Xuesheng, San († 1862), día 9 (memoria), 224-235.
- Mártires Carmelitas Descalzas de Guadalajara, Btas. († 1936), día 24, 667-684.
- Mártires de Brasil, Btos. († 1570), día 15, 412-419.
- Mártires de Cunhaú, Btos. († 1645), día 16, 452-460.
- Mártires de China, Stos. († 1648-1930), día 9 (memoria), 224-235.
- Mártires de Damasco, Btos. († 1860), día 10, 267-272.
- Mártires de Gorkum, Stos. († 1572), día 9, 236-239.
- Mártires de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, Btos. († 1936), día 23, 650-655.
- Mártires de la Tebaida, Stos. († 250-258), día 28, 906-907.
- Mártires de Motril, Btos. († 1936), día 25, 752-765.
- Mártires de Valencia en 1936, Btos. († 1936), día 27, 844-855.
- Mártires Dominicanos de Calanda, Btos. († 1936), día 29, 934-942.
- Mártires Escilitanos, Stos. († 180), día 17, 477-483.
- Mártires Hospitalarios de Calafell (Tarragona), Btos. († 1936), día 30, 986-991.
- Mártires Hospitalarios de Talavera de la Reina (Toledo), Btos. († 1936), día 25, 744-752.
- Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Urda), Btos. († 1936), día 25, 782-784.
- Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupos de Manzanares y Carabanchel), Btos. († 1936), día 23, 632-636.
- Mateo Lambert, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
- Matías Araki, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
- Matías Feng De, San († 1900), día 9, 262.
- Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Máximo de Cartago, San († 484), día 2, 58.

- Melchor García Sampedro, San († 1858), día 28, 876-879.
- Miguel Bernardo Marchand, Bto. († 1794), día 15, 439.
- Miguel Luis Brulard, Bto. († 1794), día 25, 781-782.
- Miguel Ozieblowski, Bto. († 1942), día 31, 1020.
- Modestino de Jesús y María (Domin-go) Mazzarello, Bto. († 1854), día 24, 713-714.
- Modesto Andlauer, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Modesto Vegas Vegas, Bto. († 1936), día 27, 855-863.
- Montfordo Scott, Bto. († 1591), día 1, 27-28.
- Mónica Nagai, Bta. († 1626), día 12, 310-312.
- Mooti Massabki, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Nabor de Milán, San († 303), día 12, 305-306.
- Nahum (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
- Nartzal (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
- Nazaria Ignacia de Santa Teresa de Jesús March Mesa, Bta. († 1943), día 6, 165-169.
- Nazario, San (fecha desconocida), día 28, 907.
- Nevolone, Bto. († 1280), día 27, 869.
- Nicanor, San († s. I), día 28, 904-905.
- Nicasio de Heeze, San († 1572), día 9, 236-239.
- Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Nicolás Alberca, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Nicolás Dinis, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Nicolás Garlick, Bto. († 1588), día 24, 709-711.
- Nicolás Pieck, San († 1572), día 9, 236-239.
- Nicolás Poppel, San († 1572), día 9, 236-239.
- Nicolás Savouret, Bto. († 1794), día 16, 472-473.
- Nicolás, San († s. I), día 28, 904-905.
- Nuestra Señora del Carmen, día 16, 442-452.
- Odino Barotti, Bto. († 1400), día 7, 190-193.
- Odón de Urgel, San († 1122), día 7, 188-190.
- Olav, San († 1030), día 29, 926-928.
- Olga, Sta. († 969), día 11, 284-287.
- Olimpiades, Sta. († 409), día 25, 772-773.
- Oliverio Plunket, San († 1681), día 1, 12-19.
- Pablo Chen Changpin, San († 1861), día 29 (memoria: día 9), 946-947.
- Pablo Denn, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- Pablo Ke Tingzhu, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Pablo Lang Fu, San († 1900), día 16 (memoria: día 9), 475-476.
- Pablo Lieou Han Tso, San († 1818), día 9 (memoria), 224-235.
- Pablo Liu Jinde, San († 1900), día 13 (memoria: día 9), 358.
- Pablo Wu Juan, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Pablo Wu Wanshu, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Paladio, San († 432), día 6, 169.
- Pantaleón, San († 303), día 27, 830-835.
- Panteno de Alejandría, San († s. III), día 7, 174-188.

- Pármenas, San († s. I), día 28, 904-905.
- Patricio Cavanagh, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
- Patricio Dong Bodi, San († 1900), día 9, 261.
- Patricio Salmon, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
- Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, Sta. († 1942), día 9, 244-248.
- Pedro Arakiyori Chobioye, Bto. († 1626), día 12, 310-312.
- Pedro Aredio Labrouhe de Laborderie, Bto. († 1794), día 1, 29-30.
- Pedro Becchetti de Fabriano, Bto. († 1421), día 2, 59.
- Pedro Berno, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
- Pedro Crisci, Bto. († 1323), día 19, 526.
- Pedro Crisólogo, San († 450), día 30 (memoria), 951-954.
- Pedro de Fontoura, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Pedro de Luxemburgo, Bto. († 1387), día 2, 34-38.
- Pedro de Santa María, Bto. († 1627), día 29, 944-945.
- Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, Bto. († 1936), día 25, 782-784.
- Pedro Doan Long Quy, San († 1859), día 31, 1017-1018.
- Pedro Jorge Frassati, Bto. († 1925), día 4, 107-117.
- Pedro José Le Groing de la Romagère, Bto. († 1794), día 26, 824-826.
- Pedro Khanh, San († 1842), día 12, 315.
- Pedro Li Quan-hui, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Pedro Liu Wenyuan, San († 1834), día 9 (memoria), 224-235.
- Pedro Liu Ziyu, San († 1900), día 17 (memoria: día 9), 498.
- Pedro Nguyen Ba Tuan, San († 1838), día 15, 439-440.
- Pedro Nguyen Khac Tu, San († 1840), día 10, 274-275.
- Pedro Núñez, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Pedro Poveda Castroverde, San († 1936), día 28, 879-893.
- Pedro Ruiz de los Paños, Bto. († 1936), día 23, 636-650.
- Pedro Sans y Jordá, San († 1747), día 9 (memoria), 224-235.
- Pedro Soler, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Pedro To Rot, Bto. († 1945), día 7, 193-199.
- Pedro van der Slagmolen d'Assche, San († 1572), día 9, 236-239.
- Pedro Vincioli, San († 1007), día 10, 273.
- Pedro Wang Erman, San († 1900), día 9, 262.
- Pedro Wang Zuolong, San († 1900), día 6 (memoria: día 9), 173.
- Pedro Wu Anpeng, San († 1900), día 9, 261.
- Pedro Wu Guosheng, San († 1814), día 9 (memoria), 224-235.
- Pedro Zhang Banniu, San († 1900), día 9, 262.
- Pedro Zhao Mingzhen, San († 1900), día 3 (memoria: día 9), 86.
- Pedro Zhou Rixin, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- Pío I (papa), San († 155), día 11, 287.
- Pompilio María Pirrotti de San Nicolás, San († 1766), día 15, 420-424.
- Práxedes, Sta. († s. II), día 21, 585.
- Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, día 1, 1023-1030.
- Primo Martínez de San Vicente Castillo, Bto. († 1936), día 25, 744-752.
- Priscila, Sta. († s. I), día 8, 219.
- Prócoro, San († s. I), día 28, 904-905.

- Rafael Flamarique Salinas, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Rafael Massabki, Bto. († 1860), día 10, 267-272.
- Raimundo Gayrard, San († 1118), día 3, 70-73.
- Raimundo Li Quanzhen, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Raimundo Palmero, Bto. († 1200), día 27, 868-869.
- Recaredo Centelles Abad, Bto. († 1936), día 23 (memoria), 650-655.
- Remigio Isoré, San († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Ricardo Fetherstone, Bto. († 1540), día 30, 985-986.
- Ricardo Langhorne, Bto. († 1679), día 14, 400-401.
- Ricardo Simpson, Bto. († 1588), día 24, 709-711.
- Ricardo Yaxley, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
- Rita de la Dolorosa Pujalte Sánchez, Bta. († 1936), día 20, 540-552.
- Roberto Grissold, Bto. († 1604), día 16, 468-471.
- Roberto Ludlam, Bto. († 1588), día 24, 709-711.
- Roberto Meyler, Bto. († 1581), día 5, 141-142.
- Roberto Nutter, Bto. († 1600), día 26, 821-823.
- Roberto Sutton, Bto. († 1588), día 27, 870.
- Rodolfo Aquaviva, Bto. († 1583), día 25, 776-780.
- Rodolfo Milner, Bto. († 1591), día 7, 202-204.
- Rogato de Cartago, San († 484), día 2, 58.
- Rogero Dickinson, Bto. († 1591), día 7, 202-204.
- Rosa Chen Aixie, Sta. († 1900), día 5 (memoria: día 9), 145.
- Rosa de San Javier (Magdalena Teresa) Tallien, Bta. († 1794), día 12, 313-314.
- Rosa Fan Hui, Sta. († 1900), día 9 (memoria), 224-235.
- Rosa Kim, Sta. († 1836), día 20, 557-562.
- Rosa Zhao, Sta. († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- Rosalía Clotilde de Santa Pelagia Bès, Bta. († 1794), día 11, 290-291.
- Rufina, Sta. († s. IV), día 17, 483-485.
- Rústico de Cartago, San († 484), día 2, 58.
- Sabas (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), día 27, 867-868.
- Sabigoto de Córdoba, Sta. († 852), día 27, 865-867.
- Santiago de Nísibe († 338), día 15, 435.
- Santiago el Mayor (apóstol) († s. I), día 25, 715-723.
- Santiago Lacops, San († 1572), día 9, 236-239.
- Santiago Lombardie, Bto. († 1794), día 22, 604-605.
- Santiago Yan Guodong, San († 1900), día 9, 262.
- Santiago Zhao Quanzin, San († 1900), día 9, 262.
- Sarbelio Makhlouf, San († 1898), día 24, 660-663.
- Saturio Rey Robles, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Segunda (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
- Semproniana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), día 27, 864.
- Senén, San († s. III), día 30, 954-959.
- Septimio de Cartago, San († 484), día 2, 58.
- Sergio Cid Pazo, Bto. († 1936), día 30, 993.

- Servo de Cartago, San († 484), día 2, 58.
- Simaco (papa), San († 514), día 19, 524-525.
- Simeón de Lipnica, Bto. († 1482), día 18, 508-511.
- Simeón Salo, San († s. VI), día 21, 584-585.
- Simeón Estilita, San († 459), día 27, 841-844.
- Simón Chen Ximan, San († 1900), día 9, 261.
- Simón da Costa, Bto. († 1570), día 16, 468.
- Simón López, Bto. († 1570), día 15, 412-419.
- Simón Qin Chunfu, San († 1900), día 19 (memoria: día 9), 527.
- Sisenando, San († 851), día 16, 466-467.
- Susana Águeda (María Rosa) de Loye, Bta. († 1794), día 6, 172-173.
- Susana Arakiyori, Bta. († 1626), día 12, 310-312.
- Tadeo Liu Ruiting, San († 1823), día 9 (memoria), 224-235.
- Tarcisia (Olga) Mackiv, Bta. († 1944), día 18, 514-515.
- Teodomiro de Carmona, San († 851), día 25, 774.
- Teodorico Balat, San († 1900), día 9, 259.
- Teodorico van der Eem, San († 1572), día 9, 236-239.
- Teodosia, Sta. († s. VIII), día 18, 511-512.
- Teresa Chen Jinxie, Sta. († 1900), día 5 (memoria: día 9), 145.
- Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García, Bta. († 1936), día 24, 667-684.
- Teresa Enriqueta de la Anunciación Faurie, Bta. († 1794), día 13, 355-357.
- Teresa Soiron, Bta. († 1794), día 17, 489-494.
- Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), día 20, 557-562.
- Teresa Zhang Hezhi, Sta. († 1900), día 16 (memoria: día 9), 476.
- Timón, San († s. I), día 28, 904-905.
- Tirso Manrique Melero, Bto. († 1936), día 29, 934-943.
- Tito Brandsma, Bto. († 1942), día 26, 803-814.
- Tomás (apóstol), Sto. (s. I), día 3, 60-70.
- Tomás Abel, Bto. († 1540), día 30, 985-986.
- Tomás Alfield, Bto. († 1585), día 6, 170-171.
- Tomás Belson, Bto. († 1589), día 5, 142-144.
- Tomás Benstead, Bto. († 1600), día 11, 289-290.
- Tomás Bosgrave, Bto. († 1594), día 4, 119-120.
- Tomás Hunt, Bto., cf. Tomás Benstead.
- Tomás Maxfield, Bto. († 1616), día 1, 28-29.
- Tomás Shen Jihe, San († 1900), día 9, 261.
- Tomás Sprott, Bto. († 1600), día 11, 289-290.
- Tomás Tunstal, Bto. († 1616), día 13, 352-354.
- Tomás Urdánaz Aldaz, Bto. († 1936), día 30, 986-991.

- Tomás Warcop, Bto. († 1597), día 4, 120-121.
- Toscana, Sta. († 1344), día 14, 399.
- Ulrico de Augsburg, San († 973), día 4, 118.
- Urbano II (papa), Bto. († 1099), día 29, 928-934.
- Valeriano de Cimiez, San († 460), día 23, 655.
- Verónica Giuliani, Sta. († 1727), día 9, 240-243.
- Vestia (mártir escilitano), Sta. († 180), día 17, 477-483.
- Veturio (mártir escilitano), San († 180), día 17, 477-483.
- Vicenta Gerosa, Sta. († 1847), día 26, 799-803.
- Vicente de Paul Canelles Vives, Bto. († 1936), día 30, 986-991.
- Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, Bto. († 1936), día 26, 758-759 y 827-828.
- Víctor I (papa), San († 198), día 28, 905-906.
- Vivenciolo de Lyón, San († 523), día 12, 306.
- Vladimiro el Grande, San († 1015), día 15, 408-412.
- Vulmaro, San († 689), día 20, 557.
- Wandregisilo, San († 668), día 22, 602-603.
- Wilealdo de Dinamarca, San († 1572), día 9, 236-239.
- Wilibaldo, San († 787), día 7, 199-200.
- Xi Guizi, San († 1900), día 20 (memoria: día 9), 564-567.
- Zacarías Abadía Buesa, Bto. († 1936), día 27, 872-874.
- Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Bto. († 1936), día 23, 632-636.
- Zdenka Schelingová, Bta. († 1955), día 31, 1021-1022.
- Zhang Huaileu, San († 1900), día 1 (memoria: día 9), 30-31.
- Zósimo Izquierdo Gil, Bto. († 1936), día 30, 991-992.

2. Colaboradores

- Aguilera, C. 830-834.
- Alonso Schökel, L. 536-540.
- Arnaldich, L. 60-69 912-917.
- Arteche, J. de 1031-1035.
- Barranquero Orrego, J. M.^a 12-19.
- Bau, C. 420-424.
- Bejarano, V. 607-616.
- Carro Celada, J. A. 244-248 803-814 969-973.
- Cid, E. 1011-1015.
- Colombás, G. M.^a 293-299.
- Colunga, A. 1040-1046.
- Chico González, P 264-267 300-305 452-460 765-772.
- Díaz Fernández, J. M.^a 188-190 483-485 664-666 926-928.
- Echeverría, L. de 70-72 360-368 567-572 844-855.
- Ferri Chulio, A. de S. 34-38 328-333 508-511 976-984.
- Flores Arcas, J. J. 165-169 632-636 660-663 973-976.
- García Cordero, M. 617-623.
- García-Villoslada, R. 994-1000.
- González Chaves, A. J. 45-57 334-341 573-584 693-704.

- González Rodríguez, M.^a E. 96-107
879-893.
- Güell, D. 787-791.
- Guim Castro, L. 918-925.
- Hervás Benet, J. 1023-1030.
- Iriarte de Aspurz, L. 236-239.
- Langa, P. 152-164 224-235 387-398
752-765.
- López Melús, R. M.^a 442-452.
- Luca de Tena y de Brunet, M.^a L.
588-597.
- Llabrés y Martorell, P.-J. 425-432
835-840 893-898 1000-1004.
- Llorca, B. 530-535 736-740 928-933.
- María H. de la Santa Faz 240-243.
- Martín Abad, J. 636-655 959-968.
- Martins, M. 87-92.
- Mary G. Santa Eulalia 489-494.
- Meseguer, J. 404-408.
- Molina Piñedo, R. 128-140 500-507
540-551.
- Núñez Uribe, F. 20-26 485-488 934-
942.
- Olivar, A. 951-954.
- Ortiz Muñoz, A. 723-736.
- Pascual, A. 190-193.
- Peraire Ferrer, J. 107-117 193-199
342-350 684-692.
- Pérez Arruga, L. 316-320.
- Pérez Lozano, J. M.^a 898-904.
- Pérez Suárez, L. M. 174-188 209-218
460-466 624-632.
- Prado, G. 276-284.
- Repetto Betes, J. L. 26-33 58-59
83-86 117-123 140-145 169-173
199-209 219-222 248-253 253-263
267-272 273-275 287-292 305-315
350-359 369-373 398-403 433-441
466-476 494-499 511-515 518-522
523-529 552-567 584-587 598-602
602-606 655-658 705-714 740-744
744-752 772-785 820-828 841-844
864-875 904-911 943-950 984-993
1016-1022 1035-1040.
- Robres Lluch, R. 374-379.
- Rodríguez, J. V. 73-82 667-684 794-
799 855-863.
- Sánchez Aliseda, C. 146-151 477-483
954-959.
- Santos Otero, A. de 792-794.
- Sanz Burata, L. 799-803 876-879.
- Sendín Blázquez, J. 92-96 284-287
408-412 516-518.
- Setién, J. M.^a 124-128.
- Vargas Ugarte, R. 379-387.
- Velado Graña, B. 4-11 320-328 814-
820 1004-1011.
- Vizcarra y Arana, Z. de 715-722.
- Yzurdiaga Lorca, F. 412-419.
- Zurbano, F. 38-45.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «AÑO CRISTIANO. JULIO», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 22 DE FEBRERO DEL AÑO 2005, FESTIVIDAD DE LA CÁTEDRA DEL APÓSTOL SAN PEDRO, EN LOS TALLERES DE SOCIEDAD ANÓNIMA DE FOTOCOMPOSICIÓN, TALISIO, 9. MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI